
12.21.42

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
fundada bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
26

Sainetes de Don Ramón de la Cruz

en su mayoría inéditos.

Colección ordenada por

D. Emilio Cotarelo y Mori

De la Real Academia Española y su Secretario perpetuo.

Tomo II



Madrid
Casa Editorial Bailly//Bailliere
Núñez de Balboa, núm. 21.
1928

SAINETES

DE

DON RAMÓN DE LA CRUZ

89

El casamiento desigual.

SAINETE NUEVO

1769 (1).

PERSONAS

Mariana, *graciosa.*
Cortinas, 2.ª
Joaquina, *característica.*
Ignacia, 4.ª
Mujeres.
Chinica, *gracioso.*
Espejo, *barba.*
Calvejo, 2.º *gracioso.*
Merino, 2.º
Eusebio, 3.º
Simón, 2.º *barba.*
Prado, 4.º
Un criado.
Ronda.

(Mutación de plaza del lugar, con unas casas á un lado y puerta corriente para entrar y salir los que puedan, de payos, cantando atravesando el tablado, y luego sale Chinica, *de militar, muy charro, pero decente y pensativo).*

Coro. «¡Viva la alegría,
los pesares mueran
y el que quiera aburrirse
tome unas cuerdas!
Siga la bulla,
ande la fiesta
y los que fueren tontos
tengan paciencia.» *(Vanse.)*

Chinica. Todos los que fueren tontos,
dicen que tengan paciencia:
yo soy tonto; pero á mí
me es imposible tenerla.
¡Ay! caséme: ¿he dicho mucho?
Pues más que decir me queda,
y si lo dijese todo,
larga conversación era.
¡Ay! ¡cómo es mi casamiento
una lección estupenda
para los plebeyos que
se casan con la nobleza!

(Sale el Alcalde por el estado y le.)

Simón. ¿Juanillo Redondo?... Usted
perdone la inadvertencia;
que me olvidé de su ascenso
y que llamarle era fuerza
señor don Juan.

Chinica. Pues ¿qué cosa
he logrado yo ó qué hacienda?

Simón. ¡Ahí es una chilindrina,
subir desde la llaneza
de su linaje á enlazar
con la familia más llena
de blasones de la villa!

Chinica. Y ¿de qué sirve al que trepa
trepar mucho, si después
se cae y cae de cabeza?

Simón. No entiendo.

Chinica. Suele haber cosas
duras en esta materia.

Simón. Pues ¿qué ha habido?

Chinica. En dos palabras,
que ayer rico y libre era
y hoy soy esclavo y soy pobre,
y si Dios no lo remedia,
mañana seré lo peor
que hay que ser sobre la tierra.

Simón. ¿Cómo?

Chinica. Ya se apoderaron
mis dos suegros de mis rentas.
Mi mujer triunfa y malgasta;
gusta de bailes y fiestas;
distribuye mis caudales
en la muchedumbre inmensa
de sus hambrientos parientes,

---

(1) Bib. Municipal, leg. 1-163-19. Varias copias antiguas sin año. Se estrenó el 3 de junio de 1769, como entremés, con la comedia de *Andrómeda* y *Perseo*, refundida por el mismo Don Ramón de la Cruz, y *La fiesta de pólvora*, de fin de fiesta, por la compañía de Juan Ponce. Suelto muchas veces; y en la colección de Durán, tomo I, página 123, con el aditamento de «*ó los Gulibambas y Mucibarreras*», aunque incompleto.

y si quiero reprenderla,
dice que para eso es noble
y que yo soy un trompeta,
que no debo hacer sino
callar y soltar pesetas,
aunque ella haga lo que haga
y yo vea lo que vea.

SIMÓN. Y á eso ¿qué dicen sus padres?

CHINICA. Que su hija es muy discreta,
muy prudente, muy juiciosa,
muy virtuosa y muy bella,
porque es noble, y yo que soy,
porque no logro la mesma
exención, un malicioso,
un picaronazo, un bestia.

SIMÓN. Pero de vuestra mujer
¿tenéis algunas sospechas?

CHINICA. No, aunque es alegrita,
y en viendo que alguno llega
de Madrid ó de otra parte
se pone muy petimetra,
dice que quiere tertulias
y anda el fandango y las grescas.

SIMÓN. Y ¿eso es malo?

CHINICA. Puede serlo;
y por fin, noble ó plebeya,
ya es mi mujer, y yo soy
su marido ya, y mi tema
es que no quiero perder
mi caudal ni que se pierda.

SIMÓN. Vos queréis bien, Juan Redondo.
Manteneos, norabuena,
en esa resolución;
en todo obrad con prudencia,
y si os dieren que sentir
algún agravio en la hacienda
ó en la estimación, callad
y dejadlo de mi cuenta;
que á esos señores yo haré
mirar que la diferencia
de los linajes es menos
que la unción que hizo la Iglesia.
Y adiós, que parece que anda
por ahí la gente de fiesta,
y voy á procurar que
sin perjuicio se diviertan.

CHINICA. Vaya usted con Dios. El juzga
que un suegro hambriento, una suegra
vana y una mujer loca
son gentes que se sujetan
fácilmente; pero, en fin,
bueno es, por lo que suceda,
tener de su parte un hombre
la justicia. Voy... Aquella
es mi casa. Solamente
de ver la fachada tiembla
un hombre; ¿qué será al ver
todo lo que hay dentro de ella?
¡Si han venido á merendar
con mi ilustrísima parienta [1]
mis nobles suegros y el resto
de su hidalga parentela!

(Sale CALLEJO, *de payo, por la puerta de la casa.)*

Mas ¡hola! ¿qué hombre es aquel
que parece que á reserva
sale de mi casa?

CALLEJO. ¡Malo!
Ya no haré la diligencia
(porque allí un hombre me mira)
sin que ninguno me vea.

CHINICA. El se ha parado.

CALLEJO. ¡Buen chasco
sería que éste dijera
que me vió salir de aquí!

CHINICA. Adiós.

CALLEJO. Tenga usted muy buenas
tardes.

CHINICA. ¿Usted es forastero?

CALLEJO. Señor, soy mozo de espuelas,
que he venido aquí con unos
señores desde Vallecas

CHINICA. Y ¿viene usted de esa casa?

CALLEJO. ¡Chis!

CHINICA. ¿Cómo?

CALLEJO. ¡Chis!

CHINICA. ¡Linda flema!
¿Por qué?

CALLEJO. ¡Chito! y no decir
que me visteis salir de ella.

CHINICA. Pero ¿por qué?

CALLEJO. ¡Ahí que no es nada!

CHINICA. Decidlo.

CALLEJO. Dejad que vea
primero si hay quien nos oiga.

CHINICA. Nadie, nadie.

CALLEJO. Pero cuenta
que habéis de guardar secreto.

CHINICA. Seguro estad que se sepa
por mí.

CALLEJO. Pues yo, amigo, vengo
de hablar á una damisela
que vive ahí, muy hermosa
y muy rica, y á traerla
un recadito de parte
de dos señores que intentan
cortejarla; mas cuidado
con no despegar la lengua.

CHINICA. Muy bien está.

CALLEJO. Su marido,
según dicen, es un bestia
y un celoso, que no gusta
que á su mujer le hagan fiesta.
Usted ya me entiende.

CHINICA. Sí.

---

(1) Sobra una sílaba, si no se hace elisión de la última *i* en *ilustrísima*.

CALLEJO. Pues ¡chis! y allá se la avengan.
CHINICA. Y ¿quién son?
CALLEJO. Los dos mejores
caballeros que pasean
por España. ¿Queréis creer
que por esta chilindrina,
que ya veis que no es trabajo,
me han dado cuatro pesetas
cada uno?
CHINICA. Y el recado,
últimamente, ¿qué era?
CALLEJO. Que si gusta que mañana
ó luego á visita vengan,
ó que esta noche en el baile
que hay en la plaza la esperan
CHINICA. Y ¿se lo habéis dicho?
CALLEJO. No;
pero tiene una mozuela
por criada, que en mi vida
he visto cosa más bella
para entender un recado
de tanta importancia, y ésta
dice que se lo dirá,
y aun le dará estratagema
para que á pesar del bruto
del marido le divierta.
CHINICA. (¡Ah, insolente!)
CALLEJO. ¡Ya es alhaja
la criadita!
CHINICA. (¡Ah, perversa!)
CALLEJO. El rabiará.
CHINICA. Creo que sí.
CALLEJO. Mande usted La boca seca,
y no decir nada á nadie,
porque el otro no lo sepa
CHINICA. Bien, bien. (*Hace que se va.*)
CALLEJO. No sea usted el demontre.
Cuidado, porque no crean
que soy hablador: callad.
CHINICA. Ya quedo con la advertencia.
CALLEJO. Pues bien; verá usted qué risa
tenemos, si usted me encuentra
en el baile, de ver que
al brutazo se la pegan. (*Vase.*)
CHINICA. Antes pegues tú y los otros
contra una esquina las muelas.
Con que, señor Juan Redondo,
en ocasión tan estrecha
¿qué ha de hacer usted? Callar,
porque sería indecencia
profanar con un garrote
de su esposa placentera
las nobles costillas. ¡Ah,
desigualdad! ¡cuál sujetas
la libertad de un marido!
Estoy por darme trescientas
bofetadas en castigo
de mi ambición majadera
por la nobleza. ¡Oh, qué cara
por todas partes me cuesta!
Pero ¿callar? No, señor;
su padre y su madre sepan
la alhajita que es su hija,
y si ellos no lo remedian,
entonces... Pero ellos salen...
¡Dios te la depare buena!

(*Salen* ESPEJO *y* JOAQUINA, *de hidalgos, muy serios.*)

ESPEJO. ¿Jerónimo?... Mas parece
que da ese semblante señas
de triste.
CHINICA. Tengo por qué.
JOAQUINA. ¿Que no hay forma de que seas
político con las gentes,
yerno, cuando se te acercan?
CHINICA. Suegra, pende de que hay cosas
que á un cristiano le desvelan.
JOAQUINA. ¡Esa es otra! ¡Que tan poco
cuides de mis advertencias!
¿No te has de acostumbrar
á decir, cuando me veas,
con veneración, señora
y no suegra?
CHINICA. De manera
que como me llamais yerno,
yo también os llamo suegra.
ESPEJO. Déjale.
JOAQUINA. Señor marido,
vos usais mucha indulgencia
con él, y eso es descender
demasiado de su esfera.
ESPEJO. Basta que de cuando en cuando
su obligación se le advierta.
Pues ¿qué ha habido?
CHINICA. Mi mujer...
ESPEJO. Esa sí que es insolencia,
hablando de nuestra hija
decir mi mujer.
CHINICA. ¡Me lleva
Barrabás! Pues mi mujer
¿no es mi mujer?
JOAQUINA. Cosa es cierta;
mas si te hubieras casado
con otra villana, necio,
¿cómo tú dirías lo mismo?
CHINICA. ¡Ah, Juan Redondo! ¡en qué gresca
te has metido por tu boda!
Pues, señor, sea enhorabuena,
y dejando por un rato
aparte tanta nobleza,
permitir que os diga en pocas
palabras, pero [muy] buenas
que estoy poco satisfecho
del casamiento.
JOAQUINA. ¿Qué quejas
podéis tener de una cosa
con tantas ventajas vuestras?
CHINICA. Y ¿qué ventajas, señora

(pues que señora os contenta)
son las mías? Más ventajas
en esto creo que tengan
los hambrientos que á mi costa
tienen la barriga llena
y han hecho de mi dinero
apoyo de su soberbia.

ESPEJO. Pues ¿por tan poco contais
enlazaros con la excelsa
casa de los Gutibambas?

JOAQUINA. ¿Y de los Mucibarrenas,
de quien desciendo; blasones
de una altura tan inmensa,
que el plumaje del morrión
se roza con las estrellas?

CHINICA. Sí; mis hijos serán Guti-
bambas y Mucibarrenas;
mas yo seré un gran camueso
si el Señor no lo remedia.

ESPEJO. Y ¿qué quiere decir eso?

CHINICA. Esto es, porque usted lo entienda,
que vuestra hija no vive
como Cristo nos enseña.

JOAQUINA. Mira bien lo que te dices,
que mi familia está llena
de virtudes, y no ha habido,
gracias á Dios, en toda ella
quien se descuidase en un
pecado venial siquiera.

CHINICA. Tampoco los de la novia
discurro yo que lo sean.

ESPEJO. Su abuela fué una señora
que fué á Madrid por las ferias
y despreció mil doblones
y dos arrobas de perlas
sólo por no dar á un duque
un cuarto de hora de audiencia.

CHINICA. Pues temo que vuestra hija
no se parece á su abuela.

ESPEJO. Y ¿en qué lo fundais?

CHINICA. En que
la que danza con vihuela
sola, ¿qué hará en escuchando
violines y castañetas?

ESPEJO. Pero ¿qué hace?

CHINICA. Esos señores
que han venido de Vallecas
os contarán cómo gusta
de tener correspondencia.

ESPEJO. ¿Mi hija? No fuera mi hija.

JOAQUINA. Ni noble, si tal hiciera.

ESPEJO. Di la verdad, que, si es cierto,
yo le haré justicia seca,
y atravesará mi espada
los cuerpos de ellos y de ella.

JOAQUINA. Así vengaban su honor
también los Mucibarrenas,
si cogían sus mujeres
en unas picardigüelas.

CHINICA. Mucho es, siendo una familia
de tantas virtudes llena.

ESPEJO. Mirad bien lo que decís,
porque son estas materias
de duelo entre caballeros
de mi sangre y de mis prendas,
y cuando uno mata, es bien
que lo que se mata sepa.

CHINICA. Yo respondo... Pero ¡tate!
que los dos aquí se acercan.

ESPEJO. Pues entra tú á examinar
á la niña mientras llegan.

JOAQUINA. ¿Puede ser que haya olvidado
el recato y la prudencia
que la enseñé?

ESPEJO. Puede ser;
que tú también, si te acuerdas,
eras flaca de memoria
cuando moza; mas por esa
propia razón es preciso
continuar las advertencias.

JOAQUINA. Voy. *(Vase.)*

ESPEJO. Tú, majadero, calla,
y déjalo por mi cuenta.

(Se presentan MERINO *y* EUSEBIO *al paño.)*

CHINICA. Vea usted si tienen esos
traza de hacer cosa buena.

MERINO. En mala ocasión venimos,
pues, si no mienten las señas,
el padre y marido son
los dos que están á la puerta.

EUSEBIO. Y ¿qué se nos da á nosotros?
(Salen.)

ESPEJO. Estoy á vuestra obediencia. *(Serio.)*
¿Me conocéis?

EUSEBIO. No tenemos
tanta fortuna.

ESPEJO. Pues sepan
que soy don Pantaleón
Gutibamba de Contreras.

MERINO. Nos alegramos.

ESPEJO. Mi nombre
se conoce y se celebra
por toda Europa, y yo soy
sobrino por linea recta
del primer alcalde de hijos
dalgo que hubo en esta tierra.

MERINO. Se conoce.

ESPEJO. Mis abuelos
don Canuto de Contreras
y Cornelio Gutibamba
descubrieron las Batuecas,
y se le dieron por armas,
en campo azul, dos colmenas
de corcho, tres alcornoques
y un cuoscon.

LOS DOS. Sea enhorabuena.

ESPEJO. Pues yo sé que ustedes rondan

á una señora que en esta
casa vive, y es mi hija;
con que les ruego que cedan
por mí y por este pobre hombre,
á quien hoy la privilegia
el honor de ser mi yerno,
para que seguro duerma.

MERINO. ¿Quién lo dice?
ESPEJO. Quien lo sabe.
EUSEBIO. Pues miente la infame lengua
que lo sabe si lo dice.
MERINO. ¿Tendréis vos la ligereza
de creer que yo soy capaz
de galantear á una prenda
del barón de Gutibamba?
¡Vaya! ¡poquito respeta
el mundo vuestra familia,
para que nadie se atreva
á galantear las madamas
que su ilustre sangre tengan!
EUSEBIO. El que lo ha contado miente.
MERINO. El que os lo ha dicho es un bestia,
ESPEJO. Vaya, señor yerno.
CHINICA. ¿Qué?
ESPEJO. Respondedlos.
CHINICA. ¿Qué respuesta
he de dar?
ESPEJO. Sacar la espada
y sostener en defensa
de vuestra verdad el punto
ó que os corten la cabeza.
CHINICA. Yo sé que es verdad y basta,
sin defenderlo.
MERINO. Agradezca
el infame á que en su rostro
resplandecen ya las señas
de Gutibamba, que si no
se acordara de la fiesta

(Salen JOAQUINA, MARIANA *y* CORTINAS, *de criada.)*

JOAQUINA. Señor marido: esto es
un enredo, una insolencia
de nuestro yerno villano.
MARIANA. Señor: con vuestra licencia
me retiraré á un convento;
que si mi marido empieza
á pagar con menosprecio
mi cariño y mis finezas,
me moriré.
CORTINAS. Y yo también
soy capaz de caerme muerta.
CHINICA. Ven acá, tú, picarona
CORTINAS. ¿Yo picarona? Defiendan
ustedes á una inocente.
Mi ama mayor, que es tan buena
y me ha criado, dirá
si soy honrada doncella.
JOAQUINA. Como que siempre he tenido
yo las llaves de las puertas
de mi casa, y nunca ignoro
quién entra ó sale por ellas.
CHINICA. ¡Ah, bribona! ¿tú no has sido
la que ha recibido cierta
embajada?
CORTINAS. ¿Yo? Señora,
por Dios, que usted me defienda.
¿Acaso yo he dicho á usted
que estos señores desean
visitarla ó que en el baile
de la plaza quieren verla?
¿Yo había de decirlo? ¿Yo,
que soy la misma inocencia?
CHINICA. Calla, que tú no eres hija
ni de los Mucibarrenas
ni de los Gutibambas, y
te derribaré las muelas.
MARIANA. Este es un gran testimonio.
Si alguna culpa se encuentra
en mí, sólo es el querer
á un marido que me afrenta
más cuanto yo más le adoro.
CHIN. *(Ap.)* ¿Habrá mayor embustera?
MARIANA. Ojalá fuera capaz
de reducir mis tristezas
al trato y á los festejos,
que por fin me divirtiera.
JOAQUINA. Yerno, tú eres un bribón.
ESPEJO. Yerno, tú eres un tronera.
MERINO. No merece una mujer
tan virtuosa y tan bella.
ESPEJO. Vamos, pídela perdón
de las injustas sospechas,
y después á estos señores.
CHINICA. ¿Quién, yo?
ESPEJO. No andemos en fiestas.
Dales satisfacción y
para otra vez escarmienta.
CHINICA. ¿Yo?
ESPEJO. Vamos.
CHINICA. Antes me ahorcara.
MERINO. Esto nace de simpleza
sin educación, y así
sepúltese esta materia
en el olvido. Nosotros
nos vamos, con su licencia,
á divertir, suplicando,
ya que la ventura nuestra
nos arrojó á los umbrales
de una casa tan excelsa,
que cuenten con estos dos
escuderos más.
EUSEBIO. La mesma
expresión hago yo, aunque
soy más breve en mis arengas.
(Vanse.)
JOAQUINA. Aprende á ser cortesano.
ESPEJO. Cómo se conoce á legua
la gente de forma.

CHINICA. Como
la gente Mucibarrenas.

ESPEJO. Pues, vaya, esto se acabó.
Para que no se trascienda
por el lugar, vámonos
á recoger, y tú entra
en casa y procura ser
en todo digna hija nuestra,
como hasta aquí, que Juanillo
ahora está como una piedra
en bruto, pero ya iremos
labrándole.

CHINICA. La paciencia.

MARIANA. Padres, la mano.

JOAQUINA. ¡Qué humilde!
Lo mismo es que una cordera.

ESPEJO. Juan, á acostar.

JOAQUINA. Buenas noches.

CHINICA. Téngala usted muy buenas.
Vamos.

MARIANA. Vete tú si quieres,
que yo me quedo á la puerta
un rato á coger el fresco.

CHINICA. Sea muy enhorabuena;
que hasta el acostarse tarde
es blasón de la nobleza.
Vamos á dormir ahora
á ver que medio se encuentra.
(*Vase.*)

CORTINAS. ¿Quién diantres se lo habrá dicho?

MARIANA. Tú fuiste muy loca y necia
en contestar el recado,
y como esto te acontezca
otra vez, te irás de casa.

CORTINAS. Hacia aquí viene la gresca.
¿No se le bailan á usted
los pies?

MARIANA. Sí, pero paciencia.
Diviértete bien, Antonia.

(*Salen los que pudieren como de broma, con vigüela, y la* IGNACIA.)

IGNACIA. Pues qué, ¿no vienes tú, Pepa?

MARIANA. No puedo, amiga.

CORTINAS. El maldito
villano nos tiene presas.

IGNACIA. No seas tonta; mira que,
si al principio te sujetas,
de aquí á poco no podrás
respirar sin su licencia.

CORTINAS. Eso digo yo á mi ama.

IGNACIA. Vamos, darás cuatro vueltas
y luego podrás volverte.

MARIANA. No quiero, que si nos echa
menos rabiará.

CORTINAS. Estará
ya roncando á pierna suelta
el otro. Vamos, señora.

MARIANA. Vamos, mujer, no seas terca.
Si no tengo de bailar,
¿á qué he de ir?

IGNACIA. Para que veas
qué lindas fiestas tenemos
con la gente forastera.

MARIANA. Vaya, vamos; pero yo
al instante estoy de vuelta.

CORTINAS. Respiremos por un rato
repitiendo con la gresca:
«¡Viva la alegría!», etc.

(*Vanse con bulla, y sale* CHINICA *á la ventana en camisa.*)

CHINICA. ¿Mas qué, no quiere esta noche
acostarse mi parienta?
¿Pepa?... Sí... ya: ¿Ilustre esposa?
¿Señora doña Josefa?
Mas ¿cuánto va que se han ido
á correr el gallo? ¿Pepa?
Vaya, ciertos son los toros [1].
¿Muchacho?

(*Sale* PRADO.)

PRADO. Señor, ¿qué ordenas?

CHINICA. ¿Y tu ama?

PRADO. Yo la he sentido
hablar estando á la puerta,
y no ha entrado.

CHINICA. ¿Y la criada?

PRADO. También estaba con ella,
Sin duda que se habrán ido
á la función.

CHINICA. ¿Sí? Pues cierra
la puerta de golpe, y ves
y di á mis suegros que vengan
luego luego, que es preciso;
y de camino, si encuentras
ó está en casa el alcalde,
te lo traerás por contera.
Corre.

PRADO. Voy. (*Vase.*)

CHINICA. A ver si así
puedo lograr que me crean.
Yo la aseguro... Mas ¡hola!
parece que gente suena.

(*Salen* MARIANA *y* CORTINAS, *siguiéndolas* MERINO *y* EUSEBIO.)

MARIANA. Váyanse ustedes, porque,
si mi marido despierta,
tendré yo una pesadumbre.

CHINICA. ¡Tarde has echado la cuenta!

EUSEBIO. ¿Por qué os retirais tan pronto?

MARIANA. Quizá más me detuviera
si no fuera por ustedes.
Váyanse ustedes y atiendan
mi estimación.

CORTINAS. Y la mía,
que no es inferior.

---

[1] Falta este verso en el manuscrito; pero consta en los impresos.

MERINO. ¡Qué pena
nos causa que tenga un bruto
por dueño tanta belleza!

CORTINAS. Siempre la mejor bellota.
el más ruin puerco la lleva.

CHINICA. ¡Cuál me honran!

ELLAS. Adiós.

ELLOS. Adiós. (*Vanse.*)

MARIANA. Entremos sin que nos sientan.

CORTINAS. De puntillas. ¡Ay, señora,
que está cerrada la puerta!

CHINICA. Y bien cerrada.

MARIANA. Hijo mío,
¿de cuándo acá te desvelas
tanto?

CHINICA. Madrecita mía,
es para ver tus finezas.

MARIANA. Manda que abran.

CHINICA. Fué el criado
á hacer una diligencia.

MARIANA. Pues baja tú.

CHINICA. Estoy descalzo
y me baldaré las piernas.

MARIANA. Baja ó me enfado.

CHINICA. Dos males
tendrás, y tres si no cenas.
Amiga, llegó mi hora,
y de que tus padres vean
las virtudes de los Guti-
bambas y Mucibarrenas.

MARIANA. ¡Esto es peor! Mátame tú
y mis padres no lo sepan.

CHINICA. Ya lo saben á estas horas.

MARIANA. Abrenos, ó con las tijeras
me atravieso entrambas sienes.

CHINICA. Con que en una bien te dieras
estábamos despachados.

CORTINAS. Señor, que se desespera.
¡Baje usted, por Dios!

CHINICA. No quiero.

CORTINAS. Hacednos esta fineza,
si no por mi ama, por mí.

CHINICA. ¡Bravo empeño se atraviesa!

MARIANA. ¿No me abres?

CHINICA. No.

MARIANA. Pues mira
que he de matarme de veras.
(*Aparte.*) Ayuda, Inés, á ver si
nos vale esta estratagema.

CORTINAS. ¡Señor!

CHINICA. No hay que clamorear.

CORTINAS. Pues, señora, miedo fuera
y matémonos entrambas,
que á bien que, en viéndonos muertas,
no hallándose aquí otro reo,
morirá ahorcado por fuerza.

MARIANA. La venganza de mi padre
será cruel.

CHINICA. ¡Ni por esas!

MARIANA. ¿No abres?

CHINICA. No.

MARIANA. Pues ¡muerta soy!

CORTINAS. ¡Dios me dé la gloria eterna!

CHINICA. ¡Amén!

MARIANA (*Quedo.*) Ponte aquí debajo,
donde los bultos no vea.

CHINICA. Ya procurarán matarse
de modo que no les duela;
digo...; mas ya no responden.
No, pues ellas son tan buenas
que, porque me ahorquen, quizá
se habrán matado á sí mesmas.
¿Queréis entrar? ¡No lo digo!
Voy á tomar mi linterna
y á ver qué es esto. ¿Qué va
que esta noche hay mil tragedias?
Si ellas se han muerto, en camisa
me escapo de aquí á Ginebra. (*Vase.*)

MARIANA. Cuidado con avanzar
al punto qua abra la puerta.

CORTINAS. No, que ya está acobardado.
Mejor es estar alerta,
dejar que salga, y entonces
cerrar y dejarlo fuera.

(*Sale* CHINICA *en camisa y calzones blancos, con linterna.*)

CHINICA. Bien dicen que una mujer
despechada es mala bestia.
(*Entranse las dos por la puerta.*)
Mas ¿dónde están? ¡Sí, matarse!
A recoger la verbena
se habrán ido; pero á bien
que por mío el campo queda.

(*Salen, de noche,* ESPEJO *y* JOAQUINA *y un criado con farol y quitasol.*)

ESPEJO. Fresquita está la noche.
¿Qué embajada será esta?

JOAQUINA. Lleva bien esa mampara
para que no me descienda
en la cabeza el rocío.

ESPEJO. Esto será una simpleza
de nuestro yerno.

JOAQUINA. Sin duda
será alguna friolera.

(*Sale* SIMÓN, *de ronda.*)

SIMÓN. ¿Qué ha habido aquí? ¡La justicia!

CHIN. (*Alegre.*) Ya está la gente completa.

MARIANA. ¡Ay, padres del alma mia!
Venid, que estoy casi muerta,
y ved á qué hora me tiene
ese picarón en vela.

CORTINAS. Ved cómo viene, y á la hora
que viene de la taberna.

CHINICA. ¡Esto es bueno!

MARIANA. Yo no puedo
sufrir vida tan inquieta
para el alma y para el cuerpo.
(*Baja.*)

CHINICA. ¡Esto es mejor!
JOAQUINA. ¡Qué insolencia!
ESPEJO. Pues ¿cómo...?
CHINICA. Poquito á poco:
yo...
JOAQUINA. ¡Villano! ¿qué, aún alientas?
CHINICA. Yo...; parece que me han dado
cuatro nudos en la lengua.
JOAQUINA. ¡Jesús! pónganle una capa,
que me muero de vergüenza
de ver un hombre en camisa.
CHINICA. Yo...
ESPEJO. ¡Por Cristo que me tengan
ó hago un disparate!
MARIANA. ¡Ay, padre!
ved si es malo, pues se juega
hasta los propios vestidos.
CHINICA. Señor, que es muy embustera:
que ella es la que se ha escapado
de casa, y para cogerla
en el garlito os llamé.
ESPEJO. ¿Cómo es fácil que desmientas
tu picardías, cogido
in fraganti?
SIMÓN. Valga flema,
que á la señorita yo
la vi en el baile; y por señas
que estaba con dos alanos
forasteros á la oreja.
Por cierto que se sabía
sacudir con gran destreza.
CHINICA. Y hasta la puerta de casa
no desasieron la presa.
ESPEJO. Pues ¿cómo están ellas dentro
cerradas y él está fuera?
CHINICA. Como al salir yo á buscarlas
me jugaron esta treta.
(*Sale* PRADO *por la puerta.*)
PRADO. Señor, tome usted la ropa,
que está la noche muy fresca.
CHINICA. Ved si vengo de jugar
los vestidos.
ESPEJO. Mucho aprietan
estos testigos.
JOAQUINA. Aprieten
ó no, la razón es nuestra:
que él es plebeyo y nosotros
nobles por naturaleza.
ESPEJO. Y gracia que hizo á no sé
quién mío no sé qué reina.
SIMÓN. Yo sé que todo este daño
nace de la ventolera
de ustedes. El es honrado
y esta señorita es buena;
él ha adelantado en clase
y ustedes en la riqueza;
con que vaya uno por otro;
y, en fin, cuando hay diferencia,
mirarlo antes, que después
indispone y no aprovecha.
Cada uno en su casa, y Dios
en la de todos; y cuenta
que tiene más privilegios
mi vara que la nobleza.
CHINICA. Con permiso de los Guti-
bambas y Mucibarreras.
ESPEJO. Pues mi bendición, y allá
con tu marido te avengas.
CHINICA. Y con ustedes también,
si me tratan con franqueza
y amor; porque yo los quiero
como á mis padres, y en prueba
hemos de dar entre todos
un asalto á mi despensa;
se ha de brindar bien, y en tanto
ha de haber música y fiesta,
que una cosa es el recelo
y otra cosa es la imprudencia.
SIMÓN. ¡Viva Juan Redondo!
TODOS. ¡Viva!
ESPEJO. Y aquí concluye la idea,
pidiendo todos, humildes,
perdón de las faltas nuestras.

90

El cocinero.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.
SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1769 (1).

(*Al levantar el telón aparece la mutación de casa pobre, que figura una gran antecocina. A los lados del fondo dos mesas; en la una, con alguna luz, varios platos de cocina acabados, y en la otra mesa, larga,* GALVÁN, CALLE, CAMPANO *y* JUAN MANUEL, *de cocineros: dos haciendo masa y dos picando con los cuchillos al sonecillo del cuatro.* SIMON, *con chupa de galones, muy peinado y con mandil, como ayudante. E ínterin el coro salen:* CHINICA, *de galopín, con leña al hombro, y la entra, y luego con una espuerta de carbón;* CALLEJO, *de francés galopín, con casaca larga, rota, abrochada en piernas, y gran peluca despeinada, sombrero de picos correspondiente, y conduciendo agua. En las mesas habrá botellas, y al estribillo beberán todos. La escena se adornará con algún armario, una mesa chica, dos sillas, dos bancos, un medio carnero, que colgará de un garabato, al medio del ámbito, con otras cosas*)

CORO: HOMBRES.

«Este es un buen oficio,
que rinde buen jornal;
comer y beber mucho
y poco trabajar.
¡La, ra, ra, ra, ra, la!
¡La, ra, ra, ra, ra, la!

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-162-59. Autógrafo de 1769, y otro manuscrito, copia antigua, con las licencias para su representación, que van al final.

JUAN MANUEL Y CAMPANO.

Los mejores bocados
se quedan por acá,
y el amo más contento
cuanto lo paga más.
¡La, ra, ra, ra, la la!
¡La, ra, ra, ra, la, la!

CHINICA, *con la leña ó carbón. Seguidillas gitanas:*

«Cocinero me hizo
mi buena estrella,
que siempre en las cocinas
algo se pega.
Cualquier galopín,
si no sabe guisarla,
la sabe freir.

(*Sale* CALLEJO, *con los cántaros de cobre.*)

¡La, ra, ra, ra, la, la!
¡La, ra, ra, ra, la, la!»

SIMÓN. Vamos, *monsiur* Andoville,
que hoy todos estamos lerdos.

CALLEJO. *Amico*, no *puede más*;
yo *hace* todo *aquel* que puedo.

SIM. (*á* CHIN.) ¿Por qué no echas tú más lumbre
¡valga el diablo tu pellejo!
galopín de los demonios?

CHINICA. ¿No ve usted que riñe luego
el mayordomo?

SIMÓN. ¡Que vaya
á reñir á los infiernos;
que de la cocina nadie
va á mandar á su tinelo!

CHINICA. ¿Cuánto carbón he de echar?

SIMÓN. Echa un carro, por lo menos,
entero.

CHINICA. ¿Con su carreta,
sus bueyes y carretero?

SIMÓN. No me seas bufón; un carro,
y si no basta, eche ciento.

CHINICA. Si cupiera en el bolsillo,
no lo echarían al fuego. (*Se entra.*)

SIMÓN. ¡Cuidado con los asados!
Con menos repiqueteo
se pica mejor, compadres.
¿Se ha mechado ya aquel pecho
de ternera?

GALVÁN. Ya lo está.

SIMÓN. ¿Qué vino es éste?

CAMPANO. Manchego.

SIMÓN. ¡Puf! Apretar esa masa;
no he visto brazos más tiernos.

GALVÁN. ¡El diablo del ayudante
dispone más que el maestro!

J. MAN. ¡Y maldita sea la cosa
que en toda la tarde ha hecho!

(*Sale* MERINO, *de vestido de galones, bastón, etc.*)

MERINO. *Alon*, *monsieur* de Andoville.
Buenas noches, caballeros.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¡Ah, *monsieur* de Papillón!
¿Comandez?

MERINO. *E bien* ¿está hecho
todo?

(*Se quita el espadín con biricú y bastón, sombrero, etc., lo da á* CALLEJO, *que lo mete en el armario.*)

SIMÓN. ¿Todo? Aún es temprano.

MERINO. Estos *español*, yo veo
que están un poco poltrones;
tantos oficial, é *penso*
que *habró mi* de *hacerle* todo.

SIMÓN. ¿Y se viene de paseo
después de las oraciones?

MERINO. ¡Oh, yo vendré cuando *quierro!*
Una *botell* de *Perralta*.

CALLEJO. Hasta ahora sólo tenemos
poco de la Mancha, y malo.

MERINO. *Mosiu* de Andoville, presto;
demandez al *maestre* de hotel
de *ma part.*

CHINICA. Fiesta tenemos.

MERINO. Una *docein* de *botell*
de *bon vin*

SIMÓN. Vaya usted luego.

CALLEJO. *Monsiu*, *ye croa* que á *presant*
le metre de *hotel è fierro*
come un diable. (*Vase* CALLEJO.)

MERINO. *Tut allon*,
allez vus an. ¡Que burlemos!
Si *ne a puent* de *vin*, *ne a puent*
de *supe;* vaya, gustemos
un poco *cualquiu ragut*
y venga *un poco* el tintero;
sentaremos dos partidas.

CHINICA. ¿Qué irá á poner? Atisbemos.
(*Detrás de él*)
¡Jesús! veintidós pesetas
de higadillas y de sesos;
treinta reales de alcaparras.

MERINO. ¿Qué miras tú, desatento?

CHINICA. Si yo no sé lo que dice.

MERINO. *¿E tu* no sabes leer? Bueno;
ma escucha; no es menester
mirar cuando otro sujeto
escribe. *Siembre* la buena
crianza.

CHINICA. ¿Conque en teniendo
buena crianza no importa
que uno tenga otros defectos?

MERINO. *El* demás es *bagatella.*

(*Sale* CARRETERO, *con dos botellas de Madera.*)

CARRET. ¿Qué pide, señor maestro?

MERINO. ¡Maestro! ¿maestro yo?
No *estoy* un hombre de aquellos
que enseñan el *á*, *bé*, *cé*

los niños, ni *zapaterro.*
¡Yo *estoy queje, queje!*

CARRET. Bien;
por eso no reñiremos;
¿qué pide usted, señor jefe?

MERINO. Vino *per* los *caballero*
que *trabacan, é* también
per mí, que también lo bebo.

CARRET. Ya lo sé; aquí hay dos botellas;
y ¡cuidado, que es de aquello
rico!

MERINO. *Serviter tres umbl;*
con dos *botell* no tenemos
per untar un chico diente.

CARRET. Pues vayan á los infiernos
por más

MERINO. *Andaré* en mi casa,
que, á Dios *las* gracias, no tengo
de menester de ninguno.

CARRET. Usted marchará en cumpliendo
con su obligación.

MERINO. *E bien;*
rosté hará de cocinero,
que es *mecor* que mayordomo.

CHINICA. Para sisar, yo lo creo.

CARRET. Dígole á usted que se esté.

MERINO. Le *dico* á usted que no *quierro.*

CARRET. ¿A mí? ¡Vinagre!

MERINO. *¡Oh, mon Diu!*
¡si atrap le batón!

CARRET. Con tiento;
porque si envío al cuartel
por un par de granaderos...

MERINO. *¡Ma foa, cuartié!*

CARRET. Poco á poco;
¿qué apostamos que le estrello?

MERINO. *Allón monsiú* de Andoville;
mon epée.

CHINICA. Cuando éste ha hecho
que se altere el mayordomo,
alterará un cementerio.

MERINO. *Vosté* está un hombre brutal
san creanza.

CARRET. Y usté un perverso
la... y no me haga decirlo.

MERINO. *Mí estar* hombre de provecho,
y él *estar* un *miserrable.*

CARRET. Robando.

MERINO. *¿Comán?*

(*Sale* EUSEBIO.)

EUSEBIO ¿Qué es ésto,
que desde mi gabinete
se están las voces oyendo?

CARRET. Señor, en pocas palabras:
que este hombre está destruyendo
la casa de usía, sin que
se pueda poner remedio.

MERINO. *A* poco á poco, *siñor.*
Esto *está* que yo no puedo
servir ni *cumplir* la cena;
rosía está un *caballerro*
que ha corrido mundo y sabe,
cuando llegan los *empeño,*
expender su *archant; ma* tiene
un criado cicatero,
que *non* da los *menester,*
ni los *utensil* á tiempo;
que á todo regaña, todo
enfada, y por poco dinero,
y *sans pane*, *come* dicen
á España, no baila el *pero.*

EUSEBIO. Tiene razón. ¿No te he dicho
que, en llegando un lance de éstos,
nada tases y des cuanto
pidan, á los cocineros?

CARRET. El caso es, señor, que usía
no les tasa nada á ellos,
y á mí me lo tasa todo,
y pago lo que no debo
al ajustar de las cuentas.

EUSEBIO. No me seas bachillero
y dale cuanto te pida.
Conque ¡vaya! ¿y quedaremos
bien, monsiur de Papillon?

MERINO. Vea usía cuánto hay hecho,
y acá siempre *trabacamos.*

CHINICA. ¡Y lleve el diablo si ha puesto
mano en maldita la cosa!

EUSEBIO. ¡Por amor de Dios! que tengo
á la cena muchas gentes
de gusto y de cumplimiento,
y deseo quedar bien.

MERINO. *Monsieur ¿y combien de cubierto?*

EUSEBIO. Seremos veinte.

MERINO. Aunque haya
trenta todos *cenarremos.*

EUSEBIO. Y mañana en la comida
es preciso echar el resto.

MERINO. ¿Mañana, *siñor*?

EUSEBIO. Mañana;
¿ahora salimos con éso?

MERINO. Pues aquí está poca *quente*
y *cansado*, porque habemos
pasado toda la noche;
y nosotros no *pelemos*
aves, ni hay un galopín
que debiera estar al fuego
siempre.

CHINICA. ¡Tú solo, gabacho! (1)

EUSEBIO. Pero que no encontraremos
quien lo haga.

MERINO. Sí, señor;
rosía manda, *portaremo*
cuatro oficiales de *ma;*

(1) El censor tachó «gabacho» y puso «ladrón».

y por pelar bien y presto,
que traigan unas *moqueres*.

CHINICA. Si usía gusta, yo tengo
cuatro hermanitas, que para
dejar cualquier pavo en cueros
no necesitan de más
que pillarle entre los dedos.

EUSEBIO. ¿Eso sabes y callabas?
Marcha por ellas corriendo

CHINICA. Voy, señor.

CAMPANO. ¿Oyes, Garulla?
Trae á la Josa, tendremos
un rato de fiesta.

CHINICA. ¡Toma!:
¿discurres que yo me acuerdo
de tales hermanas? Voy
á traer la Pepa Prieto,
la Josa, la Redondilla
y la Taruga. Hasta luego.

CARRET. Mire usía...

EUSEBIO. Tú, don Roque,
eres un gran majadero;
y como nunca has salido
de entre los sillones viejos
de la antecámara, todo
te asusta. Da al cocinero
cuanto te pida, no tenga
disculpa contigo luego,
que te acordarás de mí.

CARRET. ¡Mas que se lleven doscientos
diablos á él, la cocina,
la casa y á todos ellos!

(*Al entrarse, rabiando, encuentra con* JOAQUINA *y* ESPEJO, *de payos.*)

JOAQUINA. ¿Está aquí su señoría?

CARRET. ¿Qué sé yo? ¡Aparta, paleto,
con mil demonios! (*Vase.*)

ESPEJO. Marica,
jamás hagas caso de éstos,
que en Madrid tienen los más
la cabeza al retortero.

JOAQUINA. Allí está el amo ¡Señor! (*A gritos.*)

EUSEBIO. ¡Mariquilla, tío Moreno!
¿qué buena venida es ésta?

JOAQUINA. Pues, señor, ¿no le dijeron
á usía cómo llegamos
cuando estaba usted comiendo?

ESPEJO. Y á traerle la *probeza*
como sus vasallos *güenos*;
(ahora encaja) con motivo
del presente santo tiempo,
que logre usted muchas Pascuas
en vida, del nacimiento
de usía y los señoritos,
y también muchos aumentos...

(*Interin este diálogo, el cocinero está haciendo gran fachenda.*)

EUSEBIO. ¿De qué, Marica?

JOAQUINA. De gracia,
en el alma y en el cuerpo.

ESPEJO. Gracia en el cuerpo y el alma,
y después...

EUSEBIO. Yo le agradezco
las expresiones, buen tío.

ESPEJO. Espere usía un momento,
que poco falta, y después...
lo demás, que no me acuerdo.

EUSEBIO. Muy bien; aparten á un lado,
que estoy con mi cocinero
tratando cosas mayores.

ESPEJO. ¿Y ha visto usía qué bello
pavo, qué doce gallinas
y qué banasta de peros
tan gordos?

EUSEBIO. No he visto nada.

ESPEJO. Pues los criados mintieron
ó miente usía.

EUSEBIO. ¿Por qué?

ESPEJO. Porque lo entraron adentro,
y sacaron la *rempuesta*
de allí á dos horas, diciendo
que nos *juéramos* con Dios;
que usía estaba contento;
pero como ya era tarde
y el lugar está algo lejos,
nos quedamos esta noche.

EUSEBIO. Y yo estimaré en extremo
que se queden estos días.
(*Ap.*) ¡Eh, cuántas veces solemos,
por ser los criados malos,
los señores parecerlo!
Hasta ahora nada sabía.

JOAQUINA ¡Jesús, y cuánto embustero
debe de haber en Madrid!

ESPEJO. ¡Pero qué pavo tan tierno
y qué gordo! que ni usía,
ni su padre, ni su *agüelo*
le habrán comido mejor;
¡y si usted viera mi nieto
cómo jugaba con él!

JOAQUINA. Y yo he criado á mis pechos
las pollas. Bien puede usía
comerlas con aquel mesmo
escrúpulo que si el ama
hubiese puesto los huevos [1]
para sacarlos.

EUSEBIO ¿Habrá
disparate más tremendo? (*Se ríe.*)

ESPEJO. No hay que reir, que es la clueca
lo mejor que hay en el pueblo;
á excepción del señor cura,
que ése parece un San Pedro,

EUSEBIO. Yo lo estimo todo mucho;

---

(1) Este verso está tachado, y pone encima, con otra letra «Tuviese á la vista el cesto.»

y yo daré el orden luego
de que me los traten bien,
y entren y salgan sin miedo
por toda la casa; que
ya mañana nos veremos.
Digo, monsieur Papillon,
en sus manos me encomiendo.

ESPEJO. ¡Qué grandeza la del amo!
JOAQUINA. ¿Por qué?
ESPEJO. ¡Mujer! ¿no estás viendo
que parece más señor
que el amo su cocinero?

(*Sale* CARRENERO *cargado de botellas.*)

CARRET. ¿Tiene usted bastante vino
con diez botellas?
MERINO. *Veremo*;
en acabando, traer más.
EUSEBIO. Dice bien.
CARRET. ¡Mas que con ello
reviente!
EUSEBIO. Vamos, don Roque,
á ver que hace el repostero. (*Vase.*)
CARRET. ¡Ese es otro que bien baila!
y á fe que no es extranjero,
sino que hay ciertos oficios
que parece que se hicieron
para estafar y dejar
al estafado contento. (*Vase.*)
ESPEJO. ¿Y dónde vamos nosotros?
JOAQUINA. Mejor es que nos sentemos
aquí, que está abrigadito.
ESPEJO. ¡Mira, mira qué rellenos
y qué pastelones!
JOAQUINA. ¡Calla!
que dirán que estás hambriento.
ESPEJO. Más come el amo en un día
que en un mes todo mi pueblo.

(*Sale* CHICO.)

CHICO. Padre, que dice mi madre
que si la envía usted aquello.
GALVÁN. Di que ahora no puede ser,
porque está aquí el cocinero
mayor; vuelve de aquí á un rato;
pero lleva desde luego
esta botella de vino
y estos dos pescados frescos.
CHICO. Queden ustedes con Dios. (*Vase.*)
SIMÓN. Compadre, ¿qué ha sido aquello?
GALVÁN. Una botella vacía
que le he encargado al chicuelo
para echar el vino en casa.
SIMÓN. ¡Vaya; en fin, la tragaremos!
MERINO. *Monsiu* Andoville.
GALVÁN. ¿*Monsiu*?
MERINO. Vasos, y *allon*, *caballerros*,
á beber.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Aquí están ya
cuatro muchachas, que apuesto
que pelan que se las pelan.

(*Salen, de mozas de barrio,* MARIANA, GERTRUDIS, MÉNDEZ *y* ISABEL.)

MARIANA. ¡Dios guarde todo lo bueno!
CAMPANO. Adiós, muchachas.
J. MAN. ¿Qué hay, prima?
GALVÁN. Adiós, cuñada.
MARIANA. Lorenzo,
¿pues qué? ¿está usted por acá?
MERINO. ¿Tanto, tanto *parrentesco?*
¡Presto la *esporta* y las aves;
y cuidado no *emporquemo*
la *avant cusina*, ni nada!
MARIANA. Señor; verá con qué aseo
hago yo lo que hay que hacer,
y lo que hay que pelar, pelo.
GERTR. Yo pelo, en cuatro minutos,
seis docenas de conejos.
MARIANA. ¿Qué has de pelar tú? Yo soy
capaz de pelar un huevo.
SIMÓN. A ver quién pela *micor*,
señorritas, y callemos.
MÉNDEZ. ¿Y no se puede cantar?
MERINO. ¡Oh, cantar sí! ¡tanto bueno!
ISABEL. Pues á trabajar cantando.
MERINO. Y mientras tanto, bebemos.

(*Durante las seguidillas, ellas, alrededor de la espuerta, cada una con su ave, hacen que pelan, y ellos beben.*)
(*Música cualquiera.*)

ESPEJO. Cuando me llegue la vez;
suplico á usted, caballero.
SIMÓN. Vaya este trago.
ESPEJO. ¡Gran cosa!
Este vino es de los cielos.
Prueba, pruébalo, Marica.
JOAQUINA. Parece que está *reguelto*
en el color.
ESPEJO. El sabor
es de lo más estupendo.
JOAQUINA. ¿Y qué vino es?
MERINO. De *Canarria*.
ESPEJO. ¿De la *Narria?*
JOAQUINA. ¡Pus! ¡reniego
de él; que me ha sabido á purga!
ESPEJO. Pues á mí me hará provecho.
GALVÁN. ¿Quieren ustedes un trago?
MARIANA. Nosotras no lo bebemos;
pero por no hacer desaire...
MÉNDEZ. No, señor; yo no lo pruebo.
ISABEL. ¡Vaya, pruebale, mujer!
¡aunque tuviera veneno!
MÉNDEZ. ¿Y si me hace mal, y al punto
todita me desvanezco?
GERTR. ¿Qué importa, mujer?
CHINICA. Señoras;
¡vaya, fuera cumplimientos!

MERINO. ¿*Tené*, *monsieur* de Andoville?
CALLEJO. ¡Oh, *monsieur*, mucho agradezco
su buen corazón! (*Le besa la mano.*)
MERINO. *Allons:*
á beber todos á un tiempo.
ESPEJO. Pues yo soy uno de todos.
JOAQUINA. Del asco estoy que reviento.
CHINICA. Taruga, vamos los dos:
A la salud del primero
que inventó el embotellarlo
para mantenerlo fresco.
MARIANA. ¡Viva ese hombre!
CHINICA. ¿Qué le miras?
MARIANA. Que es poco.
CHINICA. Repetiremos.
Si consigo emborracharla,
no ha de andar mal el solfeo.
(*Beben.*)

(*Sale* CHICO.)

CHICO. Aquí estoy yo, padre.
GALVÁN. Ven;
y mientras están bebiendo,
apara en la capa y vuelve.
(*Van á una mesa y hace lo dicho.*)
Llevarás lo demás luego;
y escúrrete por detrás,
sin que te vean, con tiento.
ESPEJO. Ni el día que nos casamos
tuve rato más perfecto
que éste.
JOAQUINA. ¿Oyes? ¿será el amo
el que pague todo esto?
ESPEJO. Si es el amo ó si nosotros,
eso después lo veremos.
MARIANA. Muchachas, ya estoy yo alegre
en forma; ¡pobre pellejo
que yo pille! le saqué
toda la pluma de un vuelo.
(*A pelar.*)

(*Sale* CARRETERO.)

CARRET. ¿Aquí hay boda, ó qué función
es ésta?
MERINO. Nos *divirtemos*,
é se *trabaca* á la vez.
CARRET. Pues, á fe, que yo no veo
nada adelantado.
MERINO. *Amico*,
falta manteca.
CARRET. (*Aparte.*) Callemos.
Muchacho, sube por ella.
MERINO. Con el de casa no *haremo*
nada, que está todo rancio.
CARRET. Pues usted tiene dinero;
cómprela.
MERINO. Todo he gastado.
CARRET. ¿Pues no le di á usted cien pesos
ayer?
MERINO. ¡Brava porquería!
(En una mano de *cuego*
al sacanete ¡paf! van
chinque medalla al infierno.)
CARRET. ¿Es posible?
MERINO. *Cuenta*, *cuenta*.
CARRET. ¿Y que se pase por esto?
¿Pues lo más no estaba en casa?
MERINO. No *entiende* de más ni menos.
Vosté cuente: diez *doblon*
de diez *pavo*.
ESPEJO. ¿Cómo es eso?
Yo he traído un pavo que había
para cenar un convento.
CARRET. Déjanos tú.
MERINO. Treinta *polles*
me han costado treinta *peso*,
que están *cebada* con leche
y miguitas de pan tierno.
Un doblón de perejil;
cuatro de sal y pimiento;
y *de la seta* y *cibolla*
siete doblones y medio.
Resta, cabal *come* el sol,
la conta de los cien pesos.
CHINICA. Mi jefe, ¿y las alcaparras,
las higadillas y sesos?
MERINO. *E justo*; en estas funciones
semper se *perde* dinero.
ESPEJO. ¡El demontre del francés
debe de ser muy chancero!
CARRET. Amigo, la cuenta es clara;
¿con cuánto quedáis contento
ahora?
MERINO. Con otro tanto,
una vez que no *tenemo*
nada que comprar.
CARRET. Muy bien;
me convence el argumento;
y si quiere mis calzones,
los del amo y los cocheros,
se le traerán al instante.
Yo te la armaré con queso;
pues, aunque el amo me riña,
mi honor y ley son primero. (*Vase.*)
CHINICA. Muchachas, ¿queréis probar
qué tal están los buñuelos
y los pastelillos?
TODOS. Sí.
CHINICA. Pues disimulad, que vuelvo.
MARIANA. *Allon monsiu*, ¿sabe *bu*
danzar?
MERINO. Bien poco *le* entiendo
el español.
MARIANA. Pues no es más
que mover con garbo á un tiempo
todos los cinco sentidos
al aire del instrumento.
MERINO. ¿Y cómo se *fá?*
MARIANA. Así, á plomo.

MERINO. *E* bien está; *bailarremo.*
GERTR. ¡Qué *mica* tienes, Taruga!
MARIANA. ¡Eso á la ley!
MERINO. *E pelemos.*
MARIANA. Mientras se pela la pava,
nadie está ocioso; cantemos.

(*Un estribillo, y* CHINICA *les trae algo con disimulo.*)

ESPEJO. ¿Qué tal te ha sentado el vino?
JOAQUINA. Déjame, hombre, que me muero.
ESPEJO. Pues, amiga, yo en mi vida
mejor reparo me he puesto.

(CORTINAS *y* MAYORA.)

CORTINAS. Entra, Pascuala, que yo
le trato sin cumplimiento.
CALLEJO. *Manden vosté, señorrita.*
CORTINAS. ¿Está el señor cocinero
mayor en casa?
MERINO. ¡Oh, madamas!
¡Tanto honor! *¿E come* es esto?
CORTINAS. No venía á incomodar;
sólo traía un empeño
con usted.
MERINO. *E bien*, señora;
bien está; nos *sentarremos*
aquí aparte.
CORTINAS. Va muy bien.
MAYORA. Vámonos de aquí corriendo,
mujer, ¿qué dirá la gente?
CORTINAS. Aguárdate.
MERINO. ¿Es un secreto?
CORTINAS. No, señor; escuche usted.
CHINICA. ¡Digo! ¿Madamas tenemos?
MARIANA. Madamas ó no madamas,
yo por ninguna me trueco;
y ¡viva la Pepa!
CHINICA. Dilas
que, si quieren, apostemos
á quién está más alegre.
MARIANA. ¡Oh, eso y más, poco poleo!
CORTINAS. Pues, señor; como decía,
esta noche no tenemos
ninguna cosa de gusto
que cenar; conque, viniendo,
de unas palabras en otras,
al punto de los cortejos,
se dijo, y en verdad que
lo digo como lo siento,
que por la Navidad todos
se limitan más de aquello
que es razón, y que nos dejan
cenar solas, con pretexto
de los padres, de los tíos,
los jefes y los enfermos.
Dijo ésta que no tenía
nada exquisito ni bueno,
porque son sus tertulianos
un hato de cicateros.
Y yo la dije: «Pues ven,
que con uno que yo tengo
no necesito de nadie.»
Conque así, *monsiú*, ya espero
que esta noche quedaré
con el mayor lucimiento.
MERINO. Sí, *señorra*; venga usted,
y de todo *el* que tenemos
trabacado, usted *escoca*.
MAYORA. No, mujer, yo no me muevo;
que me muero de vergüenza.
(*Tapándose.*)
MERINO. *Eh* vamos, sin cumplimiento.
CORTINAS. ¿Gustas tú de pastel? (*La levanta.*)
MAYORA. Mucho.
CORTINAS. ¡Ay, ahora que me acuerdo!
Repara bien cómo estás,
y si te gusta algo de ésto,
dínoslo, sin patarata.
MAYORA. Vaya este pescado fresco.
MERINO. Bien.
SIMÓN. Esa es pieza difícil;
¿no veis que la echarán menos?
CHINICA. Decir que la llevó el gato.
MERINO. *Andovill*, *marche* corriendo
á llevar estos dos platos
á esta dama, y vuelve presto.
Siñor *Garrulla*, va usté
á llamarme el repostero.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Voy
RAMÓN. Monsieur de Papillón.
MERINO. A propósito; yo tengo
que regalar estas damas,
y es menester dulces bellos,
de ramilletes y fruta.
RAMÓN. Al punto; yo también quiero
un plato de pastelillos
y un par de lenguados buenos
para otra moza.
MERINO. Al instante;
amico, todos cenemos.
RAMÓN. Pues que me aguarden un poco,
que al punto voy a traerlos. (*Vase.*)
JOAQUINA. ¡Hombre, yo estoy aturdida!
ESPEJO. ¡Jesucristo, cuál va esto!
¡Y que digan que Madrid
está limpio de rateros!
MARIANA ¡Que no naciese yo usía!
GERTR. ¿Y para qué quieres ser serlo?
CHINICA. Porque siempre las regalan
mejor, aunque valgan menos.
CORTINAS. Por fin, esto ya, mujer,
se puede llamar cortejo.
MAYORA. A muchos les cuesta poco
el dar de bolsillo ajeno.

(*Sale* RAMÓN.)

RAMÓN. Aquí están dulces y fruta.

ESPEJO. ¡Eso de que han de ir mis peros
á mesas de colondroñas!...
(Los quita.)
¡Aunque se cayera el techo!
RAMÓN. ¡Suelta, tonto!
MERINO. ¡Quita, bruto!
ESPEJO. Dígole á usted que no quiero.
LOS DOS. ¡Suelta!
ESPEJO. Tenlos ahí, Marica;
verás qué tal los defiendo.
(Saca la vara.)
(Sale CARRETERO.*)*
CARRET. ¿Qué bulla es ésta?
(Sale EUSEBIO.*)*
EUSEBIO. Muchacho,
¿qué buscas tú aquí?
CHICO. *(Sin cortarse.)* Yo vengo
sólo á decir una cosa
á mi padre.
CORTINAS. Mientras ellos
disputan, vamos, mujer.
MAYORA. ¡Qué caro pescado fresco! *(Vanse.)*
CARRET. ¿Qué bulto es ese?
CHICO. Dos pollas
y este cuarto de carnero
que quería que le asase,
mi padre, un vecino nuestro;
y me ha dicho su merced
que ahora no puede hacerlo,
porque está muy ocupado.
CHINICA. ¡Valgame Dios, qué portento
de chiquillo! No es capaz
de mentir mejor un viejo.
EUSEBIO. ¡Digo! y allí faltan platos
de los que yo vi primero.
ESPEJO. Señor, si es todo un atajo
de estafas y de embelecos;
y están estos picarones
á sus majas manteniendo
á costa de usía, después
de ganar ciento por ciento.
CHICO. Mientras tanto que regañan
con el francés, escapemos.
MERINO. El amo tiene gran gusto
que le robe cu nto quiero,
en poniendole á la mesa
dos guisados *extranquerro*.
EUSEBIO. Mientes, que no gusto tal.
ESPEJO. Ni gusta ni puede hacerlo
en conciencia.
MERINO. ¡Oh, la conciencia
no está en muchos cocineros!
ESPEJO. Es verdad; porque es muy limpia,
y vosotros sois muy puercos.
CARRET. Calla tú.
EUSEBIO. Tiene razón;
y mañana yo te ofrezco
enmendarlo.
MERINO. Ahora *micor*.
Monsiur de Andovill, marchemos.
CALLEJO. *Allon, monsiu.* *(Se van.)*
EUSEBIO. ¡En qué ocasión!
SIMÓN. No tenga usía por eso
cuidado, que aquí estoy yo.
EUSEBIO. ¿Y qué importas tú, no siendo
extranjero?
SIMÓN. Lo que importa
es todo lo que está viendo
usía, pues, hasta ahora,
maldita la cosa ha hecho,
sino es echarnos la culpa
de lo que no sale bueno;
y por lo que acá acertamos
gozar los gajes y sueldos.
EUSEBIO. Bien, don Roque, me decías.
ESPEJO. Señor, el marqués abuelo
decía que á estos don Roques
los tenía por tan buenos
como era su señoría;
y á fe que era caballero.
EUS. *(Afligido.)* ¿Y tendremos qué cenar?
SIMÓN. Señor, y todo completo,
que hasta las diez de la noche
hay tres horas de por medio.
EUSEBIO. Pues, hombre, déjame bien
y fía de mí tu premio.
CARRET. El desengaño de usía
es lo que yo más celebro.
SIMÓN. ¡Ea, pues, á trabajar!;
y usted verá que el ejemplo
es sólo el que hace ladrones
ó fieles los subalternos.
CHINICA. Vamos; y con esto acaba
este capricho del tiempo,
y sirva de diversión,
si no sirve de consejo.
TODOS. ¿Y no hay tonadilla?
CHINICA. Nueva.
TODOS. Pues que la canten, y adentro ([1]).

([1]) Siguen estas censuras: «He leido el sainete intitulado *El Cocinero*, compuesto por D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 20 de diciembre de 1769.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Nos el Dr. D. Cayetano de la Peña y Granda, presbítero, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por el presente damos licencia para que se pueda representar y represente en los coliseos de comedias de esta corte el sainete antecedente, intitulado *El Cocinero*, por D. Ramón de la Cruz, para la compañía de Juan Ponce, atento que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid veinte de diciembre de mil setecientos sesenta y nueve.—*Dr. Peña.*—Por su mandado, *Martín Antonio de Zornoza.*

Madrid 20 de diciembre de 1769.—Pase este sainete, intitulado *El Cocinero*, al censor, para su examen, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid 21 de diciembre de 1769.—Señor: Este sainete del *Cocinero* puede representarse, si fuere del agrado de V. S., omitiéndose una voz que va tachada, como es la de *Gabacho* la que,

91

¿Cuál es tu enemigo?

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.
SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1769 [1].

(En mutación de selva. Sale por un lado CALLEJO, *y por otro* PRADO, *de sacristanes, con dos sogas al cuello.)*

CALLEJO. ¿Cuál de estos olmos será
más robusto y más derecho?
PRADO. ¿Cuál, para ahorcarse uno bien,
será el mejor árbol de éstos?
CALLEJO. ¿Si me habrá seguido alguno?
PRADO. ¿Si alguno vendrá en mi acecho?
CALLEJO. Mas juzgo que al sacristán
del hospital allí veo.
PRADO. El sacristán de la ermita
es aquel, si yo no tengo
tan turbia la vista como
vendado el entendimiento.
CALLEJO. ¡Adiós, Juan!
PRADO. ¡Adiós, Mauricio!
CALLEJO. ¿Dónde vas?
PRADO. A ahorcarme vengo.
CALLEJO. Juan, en tu vida tuviste
más honrado pensamiento.
PRADO. ¿Quién te ha dicho que antes no
me hubiera ahorcado á saberlo?
CALLEJO. Amigo: más vale ahorcarse
que ver lo que estamos viendo.

(Sale PONCE, *de médico, y* ESPEJO, *de pastelero, con dos puñales.)*

ESPEJO. ¡Si será verdad que está
el corazón en el pecho!
PONCE Pues, según práctica, cura
la opilación el acero,
la opilación de mi rabia
curarme con él intento.
ESPEJO. Señor doctor, larga vida.
PONCE. Adiós, señor pastelero.
ESPEJO. ¿A qué venís?
PONCE. A matarme.
ESPEJO. Yo he venido aquí á lo mesmo.
PONCE. ¿Y habéis de tener valor
para mataros?
ESPEJO. Yo creo
que no; mas pues dos estamos,
hay un oportuno medio.
PONCE. Pues decid luego cuál es.
ESPEJO. Matarle yo á usted primero,
y que usted haga lo propio
conmigo después de muerto.
PONCE. Habéis discurrido bien.

(Sale corriendo, con un trabuco, CARRETERO.)

CARRET. ¿Quién de ustedes, caballeros,
me hace el gusto de encajarme
cuatro balas en el cuerpo?
ESPEJO. Yo, que soy buen cazador.
PONCE. Hombre, que mires te ruego
que es muy distinto tirar
á uno que tirar al vuelo.
ESPEJO. Eso lo repara quien
tira por divertimiento,
y lo propio se le da
cazar chochas que vencejos;
pero no aquellos que tiran
por desahogar su despecho,
como yo, de que otro acierte
el blanco que yo no acierto.
CARRET. Pues yo ¿qué mal le hice á usted
para ese aborrecimiento?
ESPEJO. Yo bien sé por qué lo digo;
no es con usted, seo maestro
de esgrima.
TODOS. ¿Pues con quién es?
ESPEJO. Contra ese tonto, ese necio
sacristán de la parroquia,
tan feliz villancicquero,
que apenas se hace función
sin sus solfas en el pueblo,
siendo así que no ha estudiado
siquiera los rudimentos
del canto ni el contrapunto.
CALLEJO. Y lo dice el pastelero.
PONCE. Hombre, de oirte me aturdo;
que todo el encono vuestro
fuera, porque acuden más
á casa del figonero
á comer que á vuestra casa,
con ese hombre, ya lo entiendo;
pero con el sacristán,
¿por qué?
ESPEJO. ¡Ah! porque el perverso,
en algunos villancicos
que hizo para los festejos
del lugar, por sospechoso
dió mi ejercicio, diciendo
«Abate, Abate, la mosca;
descubre el pastel con tiento.»
CARRET. ¿Y esa es causa de mataros?
ESPEJO. ¿Qué he de hacer si no hay reme-
[dio?
PRADO. Que mi compañero y yo,
enfadados, nos ahorquemos
porque él se lo canta todo
si quiere, y porque en el pueblo

dicha á uno que se figura francés, es regular que, aunque nada quiere decir, se resientan los de la nación; este es mi parecer; V. S. mandará lo que fuere servido. Así lo siento, salvo, etcétera.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 21 de diciembre de 1769.—Ejecútese.—*Delgado.*

Madrid 21 de diciembre de 1769.—Ejecútese como queda corr gido.—*Barcia.*»

(1) Bib. Municip. leg. 1-162-32. Autógrafo. Otro ejemplar, copia, con las licencias y aprobaciones que van al final.

es el que pilla más gajes
de las bodas y bateos,
vaya; ¿pero vos?

CALLEJO. Bien hace;
y yo sólo lo que siento
en esta desgracia es
no tener doce pescuezos,
para ahorcame doce veces,
antes que sufrir que un lego,
que no ha estudiado palabra
ni sabe poner los dedos
en el órgano, disfrute
más aplausos y más premios
que yo, que, aunque yo lo diga,
sé yo que soy muy discreto.

ESPEJO. Los villancicos de usted
lo dicen, que son perfectos.

CARRET. Esa es la causa por qué
yo también matarme quiero;
pues ¿qué paciencia hay que baste
para sufrir que un mozuelo,
que jamás supo esgrimir
según arte, embobe al pueblo
porque se planta mejor
y dá los tajos más recio,
sin hacer caso de mí,
que soy el mayor maestro
de esgrima que se conoce?

PONCE. A mí me está sucediendo
casi lo propio. ¿Hay paciencia
para aguantar que el barbero
cure mejor, y no obstante
que cura á sangre y á fuego,
sabiendo que estoy yo aquí,
que los curo con refrescos,
emplastos y lavativas,
todos le busquen primero?

CALLEJO. Está el mundo alucinado.

PRADO. No se sabe lo que es bueno
hoy en día.

CARRET. ¡Ah, quién hubiera
nacido cuando su abuelo!

PONCE. Pues, señores, ya que son
tan iguales y tan bellos
nuestros propósitos, nadie
impida á su compañero.

LOS CUAT. Vamos á morir.

ESPEJO. Señores;
sin embargo que estoy viendo
en vuestra idea la prueba
mayor de vuestro talento,
me ha ocurrido una cosilla
oportuna; porque es cierto
que, si morimos rabiando,
es dar otro tiempo nuevo
al sacristán; además,
que no nos echarán menos
en el lugar, porque en él
maldita la falta hacemos.

LOS CUAT. Adelante.

ESPEJO. Pues, señor,
el más eficaz remedio,
más conforme á caridad
y á la honra y al provecho
del prójimo, me parece
será reducir al pueblo
contra el enemigo.

CALLEJO. ¿Y cómo,
si ya tiene el barlovento
ganado?

ESPEJO. Muy fácilmente;
en primer lugar, haciendo
nosotros, que somos sabios
y por tales nos tenemos,
de todos sus villancicos
sátiras y menosprecios,
haciéndoles ver á todos
cada uno los defectos
de su contrario, y que, así
el valiente y el barbero
como el sacristán, no saben
siquiera el menor precepto
de la esgrima, medicina
ni del canto llano.

LOS CUAT. Bueno.

ESPEJO. Y si podemos lograr
que se entere también de ello
la justicia y que les mande
poner perpetuo silencio,
con su privación de oficio,
mucho mejor.

LOS CUAT. Pues á ellos.

ESPEJO. A ellos, y nadie desmaye,
una vez que á favor vuestro
va nuestra sabiduría.

CALLEJO. El diantre del pastelero
está hecho un vinagre.

ESPEJO. ¡A mí,
«*Abate la mosca?*» ¡Ah, perro!
Ya verás tú los moscones
que pegan tras de tus huesos.

LOS CUAT. Pues ¡al arma!

ESPEJO. Pues ¡al arma,
una y mil veces!, diciendo:
¡Viva la ciencia y despierte
el público de tal sueño!

(Vanse, y descubriéndose calle ó plaza de lugar, sale CHINICA, *de sacristán, con un papel de solfa, cantando lo que se sigue, y luego por un lado, de cirujano,* EUSEBIO, *y por otro* SIMÓN, *de valiente, cada uno con un libro en la mano, é ínterin canta, salen á su tiempo algunos de los que entraron, embozados, y plantan algunos carteles á las esquinas de los bastidores.)*

(Villancico)

¡Alegría, alegría, alegría;
alegría y alégrense todos;
y que sólo se pudra
quien fuere bobo!

(*Representado.*)

Todo el mundo en silencio y tamañito,
mirando de hito en hito
los más agigantados horizontes,
el parto se aguardaba de los montes,
y parieron al cabo
un ratón sin orejas y sin rabo
Y entonces los sacristanes,
que siempre están de chacota,
jugaron á la pelota
con las campanas así:
Dirindín, dín, dín.
Dirindín, dín, dín.
Y soltaron el reloj.
Dorondón, dón, dón.
Dorondón, dón, dón.
Que al tal parto tal función.
Y el uno de ellos decía:
¡Alegría, alegría, alegría;
alegría y alégrense todos;
y que sólo se pudra
quien fuere bobo!

EUSEBIO. Señor sacristán, ¿qué hacéis?
CHINICA. Aquí me estoy divirtiendo,
por huir de la ociosidad,
con poner en solfa un cuento.
EUSEBIO. Yo también, con el deseo
de aprovechar, estudiando
estoy en los movimientos
de naturaleza el arte
de acudir á su remedio.
SIMÓN. Y yo el arte de la esgrima
jamás de la mano dejo,
hasta que repetir pueda
de memoria sus preceptos.

(*Sale* GALVÁN, *mirando los carteles, y pasa enfadado.*)

GALVÁN. ¿Habrá mayor picardía?
Buenas tardes, caballeros.
¿De qué sirve que el alcalde,
por auto de buen gobierno,
mande que ninguno escriba
sino á rostro descubierto,
si con alquilar un nombre
se abusa de sus decretos?
EUSEBIO. Don Lope, ¿por qué llevais
tan avinagrado el gesto?
GALVÁN. ¡Qué! ¿No han reparado ustedes
en los carteles que hay puestos
por esas esquinas?
LOS TRES. No.
GALVÁN. Pues, amigos, todos ellos
son contra ustedes,
CHINICA. ¿Qué importa?
GALVÁN. ¡Qué libres están! y creo
que yo sé bien los autores.
SIMÓN. Pues yo no quiero saberlos.
CHINICA. Hacéis bien, que harta desgracia,
á juicio de los discretos,
es el estrellarse con
quien no se mete con ellos.
EUSEBIO. Pero ¿qué dicen al cabo?
GALVÁN. Que ustedes son unos necios,
y el sacristán sobre todos,
que es el principal objeto
de sus sátiras.
CHINICA. No dicen
mal del todo; porque es cierto
que yo no sé mucho, aunque
para el cargo que manejo
fuera bien fácil hacerles
ver que no saben más ellos.
EUSEBIO. ¿Y quién había de gastar
su vida en satisfacerlos?
SIMÓN. Las obras son solamente
la prueba real del talento;
y el modo de censurar,
aunque tengan mil defectos,
las ajenas, es poner
otra propia para ejemplo
tan perfecta, que no haya
una coma sin acierto.
CHINICA. Agur, que ustedes, amigos,
lo van tomando muy serio,
y yo necesito estar
de buen humor, porque tengo
que hacer muchos villancicos
para festejar al pueblo,
obedecer y dar gusto
á cuatro amigos discretos,
que es mi negocio, y escriban,
que de esa suerte tendremos
de qué reirnos si es malo
y de qué aprender si es bueno.
VOCES (*dentro.*) ¡Por allí escapa!
OTROS. ¡Favor
á la justicia!
OTROS. ¡Cogedlo!
MUJERES. ¡Ladrones, ladrones!
UNO (*dentro.*) No
te escaparás, pastelero.
EUSEBIO. ¡Hola! ¿qué podrá causar
tanto alboroto?
SIMÓN. Guardemos
los libros; esta disputa
se acabe y vamos á verlo.

(*Sale* MERINO, *de prisa, de alcalde.*)

MERINO. ¿Saben ustedes la causa
de este ruido, caballeros?
CHINICA. No, señor; pero el tropel
viene hacia aquí.
ESTEBAN (*dentro.*) Compañeros,
allí está el señor alcalde;
atadlos y vayan presos
á su presencia.
MERINO. Quizá
serán algunos rateros,

ó de éstos que, por ociosos,
se entretienen sin provecho
público y llevar se dejan
de sus malos pensamientos.

(*Sacan* Esteban, Calle *y* Juan Manuel, *de alguaciles, presos, disfrazados, á* Espejo, Ponce, Callejo, Carretero *y* Prado, *y detrás las mujeres, unas de mantilla y otras en cuerpo, y* Campano, *de quinquillero, con capa y su vara de medir en la mano.*)

Todos. Aquí está su merced.
Merino. ¡Hola!
Señoras, vamos con tiento;
hagan todos un gran rancho
y no nos atropellemos
unos á otros.
Calle. Aquí
están, señor, estos presos.
Cortinas. ¡Ay, que son los sacritanes,
el doctor y el pastelero,
y el maestro de armas!
Los presos Soltadnos,
que no nos escaparemos.
Esteban. En mandándolo el alcalde.
Merino. Soltadlos, porque yo infiero
que aquí será más el ruido
que las nueces que hallaremos.
Campano. Mis amigos son: pues yo
he de ver todo el enredo
en qué pára, aunque se lleven
mil demonios el comercio.
Merino. Aunque, conociendo á ustedes,
ningún delito sospecho
de su disfraz, me es preciso
saber el motivo.
Espejo. A eso
responderé yo por todos.
Callejo. En todo acontecimiento,
la verdad, caiga el que caiga.
Joaquina. ¿Quiere usted que saque asientos,
señor alcalde?
Merino. En buen hora,
que algo cansadillo vengo.
Chinica. Sí, que estas cosas se deben
tomar con mucho sosiego.
Espejo. Pues, señor, no hay más malicia
en el disfraz, ni el estruendo,
que estar los cinco aburridos
de ver que celebre el pueblo
los villancicos de aquel
sacristán más que los de éstos;
que deje para curarse
al doctor por el barbero,
y que tenga, alucinado,
por esgrimidor más diestro
á ese fanfarrón que á éste.
que es maestro de armas. Y viendo
que para desengañarlos
no se halla ningún remedio,
se han compuesto unas obrillas,
bajo de nombres supuestos,
para ver si por fortuna
se les puede armar con queso
sin que conozcan la mano.
Merino. ¡Pastelero, pastelero,
á tus pasteles!
Callejo. También
se debe añadir á eso
que aquél no ha estudiado nada.
Prado. Que esotro sabe lo mesmo.
Ponce. No hay que cansarse, que son
todos tres á cuál más lego.
Merino. Lo que extraño es que unos hombres
tan hábiles y discretos
como ustedes, se rehusen
cara á cara los empeños
y anden buscando tablillas,
y más con unos sujetos
que lo que hacen, bien ó mal,
jamás niegan lo que han hecho.
Campano. Señor, es una injusticia
que, estando estos caballeros,
que saben tanto, se haga
caso de ninguno de esos.
Merino. ¡To, to, to, to! Poco á poco.
¿Quién le llama al quinquillero
á votar en facultades
tan ajenas de su gremio?
Métase usted en aprender
á no cortarse los dedos
cuando despache sus cintas,
y déjese de argumentos.
Campano. Ni por ésas; yo bien sé
que soy un gran majadero;
pero tengo vocación
de crítico, y así tengo
de embrollarlos, aunque vaya
con mil diablos el comercio.
Merino. ¿Señor sacristán?
Chinica. Señor.
Merino. ¿Qué dice usted á todo esto?
Chinica. Nada; sólo una cosilla
me ocurre.
Merino. Pues despachemos.
Chin. (*Canta.*) «Emboscóse entre unas zarzas
un hambriento á coger moras,
y sin sacar fruto alguno,
salió con las bragas rotas.»
Todos. ¡Viva!
Callejo. Me lleva Patillas
siempre que celebrar veo
las coplas del sacristán.
Espejo. La culpa de todo esto
la tiene el señor alcalde
que no sentencia este pleito
á nuestro favor.
Merino. Pues qué,
¿soy yo un alcalde tan necio
como aquel no sé de dónde,

y el otro de Ciempozuelos,
que les hicieron tragar,
en el *litis* que tuvieron
el público y los poetas,
que era lícito el cortejo,
legítimos los abates,
todos los maridos cuerdos,
sociedad lo escandaloso
y política el exceso
de los trajes? No, señor;
yo camino con más tiento,
Y aunque el mismo Don Quijote,
cuanto más un contrahecho,
y aunque un doctor de Alcalá,
cuanto más un fiel de fechos
entremetido, me hubieran
dicho que aquello era bueno,
lo despreciara, pues no hay
metafísica ni genios
tan sagaces que persuadan
sin temeridad aquello
que tan inmediatamente
se opone á los tres derechos.

ESPEJO. ¿Pues qué? ¿ha de quedarse así,
y hemos de estar los discretos
abatidos de los tontos?

MERINO. ¿Quién tiene la culpa?

ESPEJO. El pueblo.

MERINO. Pues reconvenidle á él,
porque yo á su voz me atengo.

TODOS. Hable esta moza por todos.

MARIANA. Pues, señor, lo que queremos
todos los del pueblo es,
ya que ha llegado á este extremo,
que den una breve muestra
cada cual de su talento,
y el que pueda más que lleve
los aplausos y los premios.

MERINO. ¿Qué dice usted?

CHINICA. Que está bien,
y que yo seré el primero
que, celebrando sus gracias,
me arroje por esos suelos.

MERINO. ¿Sí? Pues traigan dos floretes,
y veamos el maestro
de esgrima y el fanfarrón
qué tal lo hacen.

SIMÓN. Me convengo.

CARRET. Ello vergüenza es ponerme
con semejante sujeto;
pero haré cuenta que voy
á divertirme.

SIMÓN. Callemos
y manos á la obra.

CARRET. ¡Vaya
que es alentado el mozuelo!

(*Batallan un poco.*)

SIMÓN. Poco á poco: habéis ya visto
que tengo algún fundamento,
que conozco los compases,
que sé cubrir mi coleto
y aprovechar la ocasión
que está el otro descubierto.

CARRET. Es verdad.

SIMÓN. Habéis ya visto
que sé algo.

CARRET. No lo niego,
y que sin algún estudio
no fuérais capaz de hacerlo.

SIMÓN. Pues ved ahora en lo que yo,
por providencia del cielo,
os llevo ventaja, que es
en dar los golpes á tiempo.

(*Dale y cae* CARRETERO.)

TODOS. ¡Viva!

MERINO. ¡Brava cuchillada
ha sido ésta, seor maestro!

CARRET. ¿Quién es él para conmigo?

GALVÁN. Hombre; ¿pues no lo estais viendo?

CARRET. ¿Quién, él derribarme á mí?
¿cómo es posible, sabiendo
yo más que él?

CHINICA Dice muy bien:
no es fácil, mas ya está hecho.

CARRET. ¿Qué dice usted?

CHINICA. ¿No lo ha oído?
pues aplique usted este cuento:

«Una dama, por lucirlo,
se puso al sol en agosto,
derritióse la hermosura
y se apareció el demonio.»

ESPEJO. Eso es una bufonada,
y ha caído porque el suelo
está desigual: ya, ya
lo verá.

MERINO. ¡Pastelero, á tus pasteles!

CAMPANO. Señor...

MERINO. ¡A tus drogas, quinquillero!

PONCE. Eso consiste en las fuerzas
de los brazos, más ó menos;
pero que salga conmigo
á disputar el barbero.

EUSEBIO. Puede ser que usted entienda
á Hipócrates y á Galeno
mejor que yo; pero yo
otros autores entiendo,
y de la naturaleza
sé más, quizá, los efectos,
y aplico las medicinas
según las clases y tiempos.

MARIANA. Vuestro partido nos toca
á nosotras defenderlo.

PONCE. ¡Ustedes, de quien he oído
tantas veces los lamentos
de que las hace rabiar
y que las pica!

MARIANA. Es muy cierto
que nos pica, pero acierta
los males que padecemos,
y mezcla las medicinas
con un acíbar tan tierno,
que al tiempo que nos amarga
nos estamos divirtiendo
el paladar; además
que, como tampoco vemos
en qué escoger, elegimos
lo menos malo.

PONCE. Pero eso,
¿no es necedad?

CHINICA. No, señor;
porque usted las pone el gesto
confuso; las va observando,
las receta mil venenos,
tisanas y lavativas,
y ellas se están consumiendo,
porque son vivas y quieren
que las curen mal y presto.
El barbero es al contrario;
sabe poco más ó menos
ya de qué pata cojean,
las dice dos chicoleos,
las sangra ó las da una untura
y las envía á paseo.

TODAS. Dice el sacristán muy bien.

MARIANA. Rabie ó no rabie de celos,
mejor es el cirujano.

PONCE. Pues, aunque se estén muriendo,
y me llamen, en mi vida
he de visitarlas.

CHINICA. Eso
no lo cumpliréis.

PONCE. ¿Por qué?

CHINICA. Escuchadlo en cuatro versos:

«Los médicos y las mozas
suelen andar muy conformes
que en faltando las visitas
al punto se pára el coche.»

CALLEJO. Con esas frioleritas
los engaña el majadero.

GALVÁN. ¿Por qué no hace usté otro tanto?

CALLEJO. Señor, porque no me atrevo;
no porque yo no sé más,
sino porque considero
que soy fatal.

PRADO. Como yo
lograr pudiera el ascenso
á su sacristía, entonces
haría yo ver el sujeto
que soy; pero un sacristán
de un hospital huele á enfermo.

MERINO. ¡Ah! cuántos bobos pensaron
que á estar en el candelero
lucirían, y al instante
que los vimos en él puestos,
sin alumbrar ni lucir
los pobres se consumieron.

ESPEJO. Pero, al fin ¿en qué quedamos?

MERINO. Eso que lo diga el pueblo;
que en punto de habilidades
tiene todo el privilegio
de decidir.

MARIANA. Pues decimos
que el dictamen suspendemos,
en cuanto á los villacincos,
instrucciones y talento
de los sacristanes: que
nos hagan muchos y buenos
todos, y se les dará
á los mejores el premio.

MERINO. Ya lo oyen ustedes.

CHINICA. Yo.
bastante oído lo tengo
y bastante acreditado
que con ninguno me meto;
que no solicito nunca
las funciones, ni me niego
á quien me puede mandar;
que hago todo cuanto puedo
por dar gusto á quien me busca
con la atención que merezco,
si no por mi habilidad,
siquiera porque me empleo
en un asunto en que hay tantos
hombres de bien para ejemplo.
Si esto es ser mal sacristán,
y juzgan que mi silencio
es necedad, sea en buen hora;
que desde ahora les prometo
tres cosas: escribir mucho,
callar y reirme de ellos
hasta oir diez villancicos
seguidos y todos buenos.

TODOS. Prudente resolución.

MERINO. También yo, amigo, lo apruebo.

ESPEJO. Voy á meterme en el horno
y á tostarme bien los huesos
por no oirlo. (*Vase.*)

CALLEJO. Voy á tirarme
desde el campanario al suelo. (*Vase.*)

PRADO. Voy á rodearme la soga
de la campana al pescuezo. (*Vase.*)

CAMPANO. Cuando los sabios se ahorcan,
bueno será; voy tras ellos. (*Vase.*)

CHINICA. Y yo les voy á cantar
ahora un juguetico nuevo
á modo de tonadilla;
pues mientras no experimente
que enfadan mis necedades
¿qué se me da de ser necio?

MERINO. Pues vaya, porque se acabe
esta idea, cuyo empeño
más ha sido divertirse
que despicarse.

TODOS. Pidiendo
que supla vuestra prudencia
sus descuidos y los nuestros (1).

92

El deseo de seguidillas.

SAINETE PARA EMPEZAR TEMPORADA DE INVIERNO LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.

1769 (1).

(*El teatro representa calle pública.—Salen por un lado* PONCE *y* GALVÁN, *de militar, y por el otro* MERINO *y* SIMÓN, *de capa y peluquín y chupa, á lo majo usía.*)

PONCE. ¡Qué lástima que las ferias
se hayan acabado!
GALVÁN. Es cierto;
que mejores quince días
no los hay en este pueblo.
PONCE. Hombre hay que se va á pasear
hacia allá en amaneciendo,
y hasta las diez de la noche
suele durar el paseo.

(*Sale* MERINO.)

MERINO. Conque ello ¿hasta el Lavapiés
no hemos de parar, don Pedro?
SIMÓN. Y por mi gusto me había
de quedar allí de asiento.
MERINO. Tenéis vocación de tuno,
amigo.
SIMÓN. Yo lo confieso;
pero, como dijo el otro,
Dios me entiende y yo me entiendo.
MERINO. Y ¿por dónde hemos de echar,
que es un barrio en que no creo
que he estado en toda mi vida?
SIMÓN. Gire usted todo derecho,
bajaremos por la calle
del Olivar.
PONCE. Caballeros,
¿de capita tan temprano?
MERINO. Señores, ¿á dónde bueno
por aquí?
PONCE. Hacia la comedia
un rato, que aún no está el tiempo
para apetecer el sol.
GALVÁN. Y ¿cómo en el día primero
de la temporada faltan
dos tan firmes mosqueteros
de nuestra tertulia?
MERINO. Yo
tenía ese pensamiento,
ó ya fuese por costumbre,
ó fuese por el deseo
de ver qué tal nos hacían
la primer comedia; pero
pasó por casa el amigo
y me hizo dos argumentos
tan graciosos y eficaces,
que al fin no he podido menos
de seguirle al Lavapiés.
PONCE. ¿Sarao de candilejo
hay armado?
SIMÓN. No le hay
armado, mas le armaremos,
si Dios quiere.
PONCE. ¡Que tengais
ese gusto tan perverso,
tan vil y tan chabacano!
MERINO. No seais bobo, don Pedro;
vámonos á la comedia
á ver qué nos dan de nuevo.
GALVÁN. Puede ser que la Mayora
cante algo.
PONCE. O quizá tendremos
algún baile.
MERINO. Vamos, hombre.
SIMÓN. Dígole á usted que no quiero;
que estoy de arias y cabriolas
atestado hasta los sesos,
y me he empeñado en oir
á una muchacha de trueno
cantar unas seguidillas
manchegas con el pandero,
y verlas bailar con toda
el alma y con todo el cuerpo.
PONCE. Cosas vuestras.
SIMÓN. Cosas mías
serán; pero yo me acuerdo

(1) Siguen las censuras:

«Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Prior de las Ermitas, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de Sevilla, Inquisidor ordinario y Vicario de esta villa y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete antecedente, titulado *Cuál es tu enemigo*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dado en Madrid á 9 de mayo de 1769.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Nicolás de la Fuente*.

De representar:

He leído el sainete nuevo, intitulado *Cuál es tu enemigo*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permítirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 9 de mayo de 1769.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Madrid 9 de mayo de 1769.—Pase al fiscal para su examen, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Señor: He reconocido este sainete, intitulado *Cuál es tu enemigo*, y no hallo inconveniente en su representación, *pues la metáfora que sigue su autor manifiesta una decente y pundonorosa defensa, permitida en lides de entendimiento, sin vulnerar las personas*. Así lo siento, salvo el parecer de V. S., con cuyo permiso y licencia se debe ejecutar.—Madrid y mayo 9 de 1769.—*Antonio Pablo Fernández.*

Madrid 10 de mayo de 1769.—Ejecútese.—*Delgado.*

Madrid 11 de mayo de 1769.—Ejecútese.—*Barcia.*»

(1) Bib. Municip.: leg. 1-165-25. Copia antigua con las aprobaciones y licencias que van al final. Impreso por Durán en el tomo I, pág. 424 de su colección.

de que he nacido en España,
y de cuando en cuando quiero
ir á mi tierra.

MERINO. Pues ¿dónde
estais?

SIMÓN. No lo sé de cierto;
sólo sé que cuando voy
á los arrabales nuestros,
veo bayeta y rodetes,
paño pardo con remiendos,
mujeres que laven, críen
y cuiden de su puchero;
hombres que vengan cansados
del trabajo, que hablen recio,
y que de cada suspiro
echen una casa al suelo ([1]).

MERINO. ¡Bravo gusto!

SIMÓN. Y, sobre todo,
yo discurro, cuando veo
aquellas mujeres bravas
y diligentes, aquellos
hombres tan mal afeitados
y aquellos chicos en cueros,
que así como á las montañas
de Asturias se recogieron
los últimos godos, por
temer de los sarracenos
el mayor poder, así
se albergan á los extremos
de Madrid las pocas barbas
que nos han quedado, huyendo
la inundación de velleras,
modistas y peluqueros,
que han arrasado el bigote
de la patria á sangre y fuego.

MERINO. ¡Hombre!: tenéis unas cosas,
que no parecéis, por cierto,
hombre de bien ni de gusto.

SIMÓN. A mí me gusta lo bueno,
y he asistido á las zarzuelas,
los bailes y los conciertos
puntual; pero como son
extraordinario alimento
los faisanes para mí,
me he saciado, y apetezco
mi antigua olla de cascos
y de carne de pescuezo.

MERINO. Pues no lo digais delante
de muchos, y buen provecho.

SIMÓN. Delante de todo el mundo.
¿Pues qué? ¿es acaso defecto
de honor ni de religión
el decir que los festejos
de mi tierra me diviertcn?

([1]) Estos tres versos están tachados y sustituídos de esta manera:

«del trabajo y tosan recio,
y que defiendan á coces
y bofetadas sus pleitos»

Amigo, lo que yo veo
(y á un ladito adulaciones)
que los mismos extranjeros
y paisanos que nos culpan
y hacen ascos, en oyendo
unas buenas seguidillas
se levantan del asiento,
y al ver bailar el fandango,
les da convulsión de nervios.

GALVÁN. En eso no hay la menor
dificultad.

PONCE. Pero hablemos
claro: ¿hay partido ajustado,
ó tenéis conocimiento
por allá en alguna casa
donde la tarde pasemos?

SIMÓN. Tengo yo allí una Lorenza,
un tío Sebastián, yesero,
y un Manolillo, tallista,
que se apostarán á textos
y erudición picaresca
con Torres y con Quevedo.

GALVÁN. Pues eso no es de perder.

MERINO. Vámonos allá, y dejemos
por hoy la comedia.

SIMÓN. Ved
que allí quizá no tendremos
canapés, turés ni batas,
ni sacarán el refresco
en vasos de talco, ni
oiréis arias de instrumentos
obligados.

GAL. y PON. Pues, ¿qué habrá?

SIMÓN. Un gabinete tan negro
como colgado del humo
natural; unos asientos
sin respaldo; si pedís
de beber, un jarro viejo;
si queréis bailar, guitarra,
castañuelas y pandero,
y si os gusta alguna moza
y la empezais con requiebros,
os responderá: «¡Pues!... ¡Vaya!...
¡Toma!... ¡Ya me lo dijeron!...
¡Hola! ¿qué me cuenta usía?...
Póngase usía más lejos,
que hace calor y se chafa
con la jerga el terciopelo...
¡Que si quiés...! ¡Afuera, chucho!»
y si se ven en aprieto,
resolverán la cuestión
con un respingo y un cuerno ([1]).

LOS TRES. Vamos allá.

SIMÓN. Sin embargo,

([1]) Variante de la censura:

«y si se ven en aprieto,
sueltan el reloj y acaban
en la hora el argumento.»

¿veis solo este triste peso
gordo? Pues distribuído
en una vela de sebo,
cuerdas para la guitarra,
en vino, sardinas, huevos
duros, pan y uvas jaenes,
nos ha de dar un festejo
y una merienda á la ley;
nos ha de sobrar dinero,
y nos han de preguntar
al salir cuándo volvemos.

PONCE. No creí que eras tan tuno
ni bromista.

SIMÓN. Más de ciento
sé yo que lo disimulan,
y pueden ser mis maestros.

LOS TRES. Vamos á aburrir la tarde.

SIMÓN. A la vuelta nos veremos.

(*Casa pobre, y salen, como de casa, las señoras* JOAQUINA *y* MAYORA, *y por el otro lado la* CORTINAS, *con un pandero muy encintado; y así éstas como los demás que saldrán después, de rodetes ó cofias y de majas, sin plata y oro.*)

CORTINAS. Tía Lorenza: ¿está usté en casa?

JOAQUINA. ¿Qué traes?

CORTINAS. Vea usted qué pandero
me feriaron ayer tarde.

JOAQUINA. ¡Valientes ferias, por cierto!

CORTINAS. Tal cual son, yo las estimo
y me alabaré, á lo menos,
de que me las dió, digamos,
un hombre de fundamento.

JOAQUINA. ¿Qué fundamento de hombre
será el de quien da un pellejo
sobre cuatro palitroques
y un cascabelito dentro?

MAYORA. ¡Mire usted que media libra
de pernil para el puchero!

CORTINAS. Veamos las ferias de ustedes,
ya que hacen tanto desprecio
de las mías.

MAYORA. Unos vasos
tiene mi tía allá dentro,
que, arrojados en la calle,
cualquiera dará por ellos
un peso gordo. Esos sí
son prendas de caballeros
de pelo proprio y galones,
que honran con sólo el resuello,
y quedan como quien son;
pero un pito y un pandero
son ferias que sólo toma
la gente de poco pelo.

CORTINAS. ¡Anda, fuera vanidá;
y se quitaba los *piejos*!

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. ¡Por siempre sea alabado
el que mata los gallegos!

JOAQUINA. ¿Como vienes tan temprano,
Sebastián?

ESPEJO. Ya no hay más yeso
que llevar por esta tarde.
Daca la capa, que quiero
ir un rato á la comedia
á ver si le han puesto á Espejo
buen papel en el sainete.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¿Tiene usted mucho dinero,
tío Sebastián?

ESPEJO. ¿Qué se ofrece,
Alonsillo?

CALLEJO Es que no tengo
para ir esta tarde un rato
al patio del coliseo
del Príncipe.

ESPEJO. ¿Oyes? y ¿sabes
si nos echan algo bueno?

CALLEJO. Sí, amigo, ¡qué gran comedia!
Vaya, vaya, que yo apuesto
no han hecho en todo el verano
otra de más lucimiento [1].

ESPEJO. Y ¿tiene tramoyas?

CALLEJO. No;
pero hay un sainete nuevo,
tonadillas, seguidillas
y ¡qué sé yo qué!

ESPEJO. Me alegro.
Pues, hombre, vamos allá:
daca la capa.

JOAQUINA. No quiero;
porque con una peseta
que vas á gastar tenemos
mañana para comer;
y unos *probes* jornaleros
no se han de divertir más
que los días de fiesta.

ESPEJO. Eso
no es de tu cuenta. La capa.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Buenas tardes, caballeros.
¿Qué haces aquí tú, Marica,
y la puerta abierta?

CORTINAS. Vengo
ahora mesmo.

CHINICA. ¿A qué?

CORTINAS. A enseñar
á la vecina el pandero.

CHINICA. ¡Malhaya quien te le ha dado,

(1) Estos cinco versos están en un papel sobrepuesto que tapa los cinco primitivos, y decían:

«CALLEJO. Sí, Antonio, que la comedia
es de Calderón.

ESPEJO. Apuesto
que es mejor que cuantas hacen
los poetas de estos tiempos.»

que he sido yo, y más sabiendo
tu poco juicio, y con él
has de acabar de perderlo!
¿Dónde está tu madre?

CORTINAS. Al río.

CHINICA. ¿Me has remendado el coleto?

CORTINAS. No, que he estado todo el día
encintando mi pandero.

CHINICA. ¡Y que me haya dado Dios
este genio tan abierto
para regalarte a ti,
con la experiencia que tengo
de lo mal que me lo pagas!

ESPEJO. Daca la capa.

JOAQUINA. Es empeño
que no has de ir á la comedia.

ESPEJO. ¿Cuánto ha que no te solfeo,
Lorenza?

JOAQUINA. Ya ha algunos días;
aguarda á ver si me acuerdo.

MAYORA. Yo me acuerdo, tía; desde
el día de San Lorenzo.

ESPEJO. Es verdad; la capa, ó voy
por la varita allá dentro.

CALLEJO. Tome usted la mía, ó yo
la dejaré aquí, y iremos
los dos á lo *melitar*,
ó si no, vamos en cuerpo
á la taberna, que allí
no hay gente de cumplimiento.

CHINICA. Vamos de aquí, con licencia
de los señores, que tengo
que decirte...

(*Salen* SIMON *y los suyos.*)

SIMÓN. ¡Tía Lorenza!

JOAQUINA. ¡Oh, señores, caballeros!

MAYORA. Sean ustedes bien venidos.

ESPEJO. ¡Vaya, vaya! ¡Qué buen viento
los arroja acá esta tarde?

SIMÓN. Venimos con un empeño
con usted, tío Sebastián.

ESPEJO. Ya sabe usted que deseo
servirle, como yo pueda.
Mande usted, señor don Pedro.

SIMÓN. Pues es necesario armar
un ratico de bureo
para divertir la tarde;
porque venimos hambrientos
de seguidillas.

JOAQUINA. Por mí,
ya sabe usted que es el dueño
de la casa y las *presonas*.

MERINO. Querida, ¡qué lindo pelo
tiene usted!

MAYORA. Pues todo es mío.

MERINO. Nô se puede creer sin verlo.

MAYORA. Sáquese usted bien los ojos
hacia fuera, y vealo.

MERINO. ¡Fuego
de Dios, y qué gentecilla!

MAYORA. ¡Qué traza de bollo tierno,
sin sal tiene el tal señor!

PONCE. Aunque sea atrevimiento,
¿es la señora mujer?

CHINICA. Yo no lo sé; pero creo
que las faldas dan más señas
de mujer que de camello.

PONCE. Yo pregunto mujer propria.

CORTINAS. No, señor; tengo mal genio
yo para apropiarme á nadie.

PONCE. Y ¿por qué?

CHINICA. También es eso
querer saber mucho; ella
se entenderá, y yo la entiendo.

SIMÓN. ¿Y Manolillo, el tallista?

CHINICA. Aquí estoy, señor don Pedro;
¿no me ha visto su merced?

SIMÓN. No, amigo; ¡cuánto me alegro!
¿Se trabaja mucho ahora?

CHINICA. No, señor; lo más que hacemos
al año son cornucopias [1]
para los hombres, y espejos
para las mujeres.

SIMÓN. Vaya,
que todo vale dinero.
¿Y la guitarra?

CHINICA. Encordada
á la ley, y aquí la tengo
en casa de ésta, que es ahora
archivo de mis secretos,
y yo lo soy de los suyos.

CORTINAS. Si no vea usté qué *estrumento*
me ha feriado.

CHINICA. Calla, tonta,
que se *abichorna* un sujeto
de escuchar sus alabanzas:
estimalo tú, y callemos;
que en un lance así, cualquiera
sabe gastar el dinero.

SIMÓN. Pues marcha por la guitarra;
y usted avise al momento
á las vecinas y alguno
que traiga qué merendemos.

CALLEJO. ¡Esa es una gran palabra!

JOAQUINA. ¿Para qué son cumplimientos?
No, señor.

SIMÓN. Aquí está un duro.

JOAQUINA. Nosotras le ablandaremos.

SIMÓN. ¿Qué ha de ser?

JOAQUINA. Lo que usted quiera.

SIMÓN. ¿Creerá usted que aún me acuerdo
de aquel gazpacho de marras?

---

(1) Variante de la censura:

«Al año, son canapés
de caña dulce y espejos.»

JOAQUINA. ¿Sí?; pues verá usted qué presto
le dispongo.

SIMÓN. ¡Qué gazpacho!
Aun me saben bien los dedos
á él, cuando me los chupo.

ESPEJO. Y, vaya sin cumplimiento:
¿lo beben ustedes blanco
ó tinto?

MERINO. Acá bebemos
de todo.

ESPEJO Esa es la causa
de andar tantos escupiendo.

JOAQUINA. Voy á disponerlo todo. (*Vase.*)

MAYORA. Tomen ustedes asiento
entre tanto.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. Aquí estoy yo;
pero ¿sabe usted qué pienso?
¿Qué milagro es el que falten
ustedes del coliseo
esta tarde?

MERINO. Estar ahitos
de bailes y cantos serios,
y querer oir y bailar
seguidillas.

ESPEJO. Pues, don Pedro,
con perdón de usted, yo juzgo
que los bailes extranjeros
y las arias italianas
de moda son mucho cuento.

CHINICA. ¡Vaya, hombre! haga usté cuenta
que, para mí, todo aquello
me parece que no es más
que un fandango por lo serio.

GALVÁN. Sin embargo, allí se baila
con arte y conocimiento.

CALLEJO. Hombre, hay por acá en el barrio,
que, en bebiendo de lo negro
un cuartillo más, no da
un paso sin contratiempo.

MERINO. ¿Y las arias?

MAYORA. No me gustan,
porque yo no las entiendo
una palabra.

ESPEJO. Yo sí,
y me quedo boquiabierto.

CHINICA. Yo no, porque no me río.

CALLEJO. Para mí todo es muy bueno,
y me divierte.

CORTINAS. A mí nada
me divierte no saliendo
el de los botones gordos,
el caga-la-olla, el viejo,
y no habiendo tonadilla
para rematar el cuento.

MERINO. Alternado uno con otro,
todo es gran cosa.

SIMÓN. Dejemos
la conversación, y vamos
á nuestro asiento.

CHINICA. Cantemos
algo.

CORTINAS. Canta tú, Manolo,
porque oigan el *estrumento*
y acudan alguna cosa.

CHINICA. Yo canto como un becerro;
pero unas seguidillas
las vomitaré.

TODOS. ¡Silencio!

CHINICA. «La cartilla he estudiado
letra por letra,
y sólo he *deprendido*
Pe á pa, Pepa.
¡Come pimientos,
te pondrás colorada
como un *madreño*!»

MERINO. ¿Dónde nos habéis metido?

SIMÓN. ¡Poco á poco, caballeros,
que esto es empezar!

MERINO. ¡Por dónde,
si así empieza, acabaremos?

ESPEJO. ¿Estas ronco, Manolillo?

CHINICA. ¿Quién? ¿yo ronco? no por cierto;
antes tengo ahora una voz
como una trompa.

MERINO. De cuerno [1].

ESPEJO. Sobrina; canta tú algunas.

CORTINAS. ¿Quieres que te acompañemos?

CHINICA. Canta un dúo con tu tío,
nos darás un rato bueno.

MAYORA. En ese caso, mejor
cantaré sola.

TODOS. ¡Silencio!

(*Seguidillas majas la* MAYORA.) [2]

---

[1] Variante de la censura:

«Como un ángel
MERINO. Con cencerro.»

[2] Durán, que utilizó un manuscrito posterior y más imperfecto, copia las seguidillas, que no son del autor, y dicen:

«En mi calle me dicen
¡ole, ole, ole!
¡Ay, Manolillo!
que soy usía, que soy usía,
porque amo a un escribiente
de lotería.
¡Andar, andallo!
y el que tuviese envidia
llame á Cachano.
¡Ole, ole!
que le requiero
¡Ole! porque me hechiza
¡Ole! que es un muchacho
de fantasía.
¡Ole, ole, ole!
un escribiente
de lotería.
Y si llegamos
á sacar algún terno
tendremos ambo.»

SIMÓN. ¿Y ahora, qué dicen ustedes?
LOS TRES. ¡Amigo, esto es mucho cuento!

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Ya está aquí la gente.

(*Salen los* MAJOS *y* MAJAS *que quisieren.*)

MAJOS. ¡Dios
bendiga todo lo *güeno*!
PONCE. Amigo, ¡valiente flota!
JOAQUINA. Pues no hay que perder el tiempo;
que aquí se viene á bailar.
MERINO. Pues que bailen.
CORTINAS. Los primeros
que han de bailar son usías.
JOAQUINA. Y si no, toco á despejo. (*Vase.*)
MAYORA. Eso es, que para hacer *bulra*,
con nosotras mismas *semos*
bastantes.
SIMÓN. Dice muy bien.
CHINICA. Chica, enarbola el pandero,
y brinque más el que pueda.
TODOS. ¡Que viva el señor don Pedro!

(*Bailan al son del pandero ó panderos entre ocho.*)

CHINICA. «Unos gustan de cascos
y otros de lomo;
pero al fin y á la postre,
carnero es todo.
Naide se asombre;
porque esto de los gustos
va en opiniones.»
TODOS. ¡Prosiga!

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Vengan ustedes,
que ya está el gazpacho hecho,
en casa de esta vecina,
que ha comprado platos nuevos
y cucharas en la feria,
y también allí podremos
bailar, que es mejor la sala.
CORTINAS. Tanta dicha no merezco,
mujer.
ESPEJO. Señores, lo mismo
que en mi casa, y en viniendo
su madre verán ustedes
una moza de talento.
CHINICA. Y que ni el mayor doctor
dará mejores remedios
que ella para las lombrices,
los sabañones y el muermo.
P. Y MER. Vamos donde ustedes manden.
CORTINAS. Pues si habemos de ir ¿qué hace- [mos?
ESPEJO. Aguárdate, que es preciso
mostrar agradecimientos
debidos, por tantas honras,
á quien hoy se las debemos.
CHINICA. Y todo el año.
CORTINAS. Por mí,
todo lo más en que puedo
servirles es en cantar
una tonadilla.
CALLEJO. Bueno;
que no estamos obligados
á más de lo que podemos.
ESPEJO. Y así como el maldecir
es vil pensión de los necios,
es carácter de los sabios
el disimular defectos.
TODOS. Cuya piedad imploramos
para indulto de los nuestros (1).

93

La fiesta de novillos.

1769 (2)

(*Plaza de lugar, alajada con carros; puerta del loril; balcón del Ayuntamiento sobre ella. Mozos en jubones, con sus monteras y cachiporras debajo del brazo; alguna lienda de feria a un bastidor; lambor y clarín, locando y paseándose delante de la fachada de la iglesia.*)

ALC. 1.º ¿Alguacil?
ALGUACIL. ¿Señor?
ALC. 1.º ¿Has visto
por ahí á mi compañero?
ALGUACIL. Habrá entrado su merced
en la casa de concejo
á dar unas providencias.
ALC. 1.º Dile que salga al momento,
que hay mucho que hablar, porque
los mesones están llenos

---

(1) Siguen las censuras, en esta forma: «He leído el sainete intitulado *El deseo de seguidillas*, y no he advertido en él cosa alguna contraria á las buenas costumbres; por lo que me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 5 de octubre de 1769.—*Dr. D. Francisco de Fuenle.*

Concédase la licencia que se solicita.—*Dr. Peña.*

Nos el Dr. D. Cayetano de la Peña y Granda, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por lo á que Nos toca damos licencia para que pueda representarse el sainete antecedente, titulado *El deseo de seguidillas*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y parece no contiene cosa alguna opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid cinco de octubre de mil setecientos sesenta y nueve.—*Doctor Peña.*—Por su mandado, *Bernardo Pérez.*

Madrid y octubre de 1769.—Pase al censor, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid 6 de octubre de 1769.—Señor: Este sainete de *El deseo de seguidillas* puede representarse como va enmendado, si fuere del agrado de V. S. conceder el permiso, pues este es mi parecer, salvo, etc.—*Nicolás González Marlínez.*

Madrid 6 de octubre de 1769.—Ejecútese.—*Delgado.*

Madrid 6 de octubre de 1769.—Ejecútese omitiendo lo tachado.—*Barcia.*

(2) *Inédilo.* Bib. Munic.: leg. 1-166 5. Copia antigua anterior á 1772, á cuyo año pertenece un reparto que lleva, posterior al primitivo, que es de 1769.

de gentes de Madrid, y hoy
es fuerza que nos portemos.

ALGUACIL. Allí sale ya.

(*Sale* ALCALDE 2.º *y* ESCRIBANO.)

ALC. 2.º (*al* ESCRIBANO.) Cuidado
que afirmen los carpinteros
los andamios y carretas,
porque no tengamos luego
desgracias.

ESCRIB. El obligado
dice que, si no hay toreros,
que no da el toro de muerte,
porque es un animal fiero,
marrajo de cuatro suelas
y muy guapo.

ALC. 1.º ¿Y qué tenemos?
Los guapos y el buen vino
dicen que se acaban presto.

ALC. 2.º ¿Y si no hay toreros, dónde
hemos de ir ahora por ellos?
Para tener fiesta bastan
cuatro ó seis novillos buenos.

ALC. 1.º ¡Eso de que no haya toros,
siendo yo alcalde!... Primero
se quedará sin sermones
toda la Cuaresma el pueblo.

ALC. 2.º Pues eso ya se verá.

ALC. 1.º Ya se ve que lo veremos.

ALC. 2.º ¡Yo soy alcalde!

ALC. 1.º También
yo soy alcalde, y soy terco.

ALC. 2.º Pues no habrá toro de muerte
por hoy.

ALC. 1.º ¡Sobre que ha de haberlo!

ALC. 2.º Sujetaos á la razón,
ó puede ser que el concejo.
os aperciba.

ALC. 1.º Mas que
venga el apercibimiento;
¡después de corrido el toro!...

ALC. 2.º ¿Qué interés tenéis en eso?

ALC. 1.º El que gusta mi mujer
de ver toros, y la quiero
dar ese gusto, antes que
me cueste un montón de pesos
el llevarla á que los vea
á Madrid.

ALC. 2.º Pues yo no tengo
mujer á quien contemplar;
y no se ha de hacer, á riesgo
de los vecinos, la fiesta.

ALC. 1.º En estando yo contento
y mi mujer cortejada,
¿qué me importa á mí que luego
le hagan á cada vecino
en la tripa un *abujero?*

ALC. 2.º ¡Pues no ha de ser!

ALC. 1.º ¡Sí ha de ser!

ALC. 2.º ¿Y el obligado?

ESCRIB. En el cerro
de la ermita está esperando
el ganado.

ALC. 2.º Voy á verlo,
y decirle que no traiga
el toro. (*Vase.*)

ALC. 1.º ¡Sí, que por eso
faltarán! ¡Así supiera
yo torear como los puedo
hacer venir!

(*Salen* PAYA *y* PAYO.)

PAYA. No te canses,
Jusepillo, que no quiero
dejarte torear.

PAYO. Marica:
ya sabes tú que no tengo
vicio *nenguno*; y un día
que se ofrece hacer del cuerpo
entre la gente de forma,
y que vienen forasteros
tal cual y usías de Madrid,
me parece santo y bueno
mostrar que también los *probes*
sabemos lo que sabemos.

PAYA. Pero si tú no lo entiendes,
¿por qué quieres, majadero,
exponerte?

PAYO. Pero, tonta,
¿acaso soy yo el primero
que se mete en otros muchos
negocios sin entenderlos?

PAYA. Pero no serán asuntos
de tanto peligro, necio.

PAYO. En yendo un hombre con buena
intención, no lleva miedo.

PAYA. Pero los toros la tienen
muy mala

PAYO. Yo nunca pienso
mal del prójimo; y cada uno
obra como quien es.

PAYA. Presto,
vuélvete á casa, ó me voy
á la justicia al momento.

PAYO. ¿Y quién la ha hecho á la justicia
tutora de mi pellejo?

PAYA. ¿El pellejo no más? ¿Y si
te rompe el *jugón* nuevo?

PAYO. No había reparado en tanto;
eso se compone en yendo
á casa á ponerme otro.

PAYA. ¡Pepe! mira que tenemos
tres hijos chicos.

PAYO. ¿Por qué
los pares tú tan pequeños?

PAYA. Y se han de quedar sin padre.

PAYO. Eso no importa; en muriendo
un hombre con honra, deja
dichosos sus herederos.

PAYA. ¡Sobre que te he de encerrar!
PAYO. ¡Mal día es hoy para encierro!
PAYA. ¡Has de venir!
PAYO. ¡No he de ir!
PAYA. ¡Señor alcalde!
ALC. 1.º ¿Qué es eso?
PAYA. Que mi marido...
ALC. 1.º Hoy es día
de *junción* y no de pleitos.
PAYA. Oígame usted.
ALC. 1.º Pues despacha.
PAYA. Señor, que me pongáis preso
á mi marido.
ALC. 1.º ¿Por qué?
PAYA. Señor, porque se le ha puesto
en la cabeza torear.
ESCRIB. Ese no es mal pensamiento,
como lo entienda.
PAYO. Señor,
no solamente lo entiendo,
sino que tengo la carta
de examen aquí; por cierto
rubricada de la pluma
y testa del toro negro
que se corrió este verano
la víspera de San Pedro.
ALC. 1.º Torea, que si te portas
esta tarde, yo te ofrezco
el toro y cien reales.
PAYO. ¡Viva!

(*Sale un* VALIENTE *y su* MAJA.)

VALIENTE. Señor alcalde, ¿qué hacemos?
¿hay fiesta ó no hay fiesta?
ALC. 1.º Fiesta
siempre habrá; lo que recelo
es que haya toro de muerte;
porque está mi compañero
tenaz en que no ha de haberle
como no vengan toreros;
pero ustedes no se vayan,
que yo sabré componerlo.
VALIENTE. ¿Pues qué? ¿en aqueste lugar
tiene tan pocos alientos
la gente que le da espanto
de tales animalejos?
¡Si estas gentes no son gentes!
PAYO. ¿Pues qué somos?
VALIENTE. No me meto
yo con gente que no tenga
trece palmos por lo menos.
PAYO. Me dirá usted: de esa marca,
¿cuántas personas ha muerto?
VALIENTE. ¿Qué le importa á usted?
PAYA. Jusepe,
¿quieres no meterte en cuentos
con *naide?*
MAJA. Seguro está,
mujer; que aquí no comemos
escarabajos ni berzas
sancochadas. Vamos, Diego,
á hacer por ahí burla de este
miserable lugarejo.
VALIENTE. Aguarda, que por aquí
ha de vivir mi pajero;
á ver si nos da ventana
para ver este festejo.
MAJA. ¿Qué fiesta ha de haber, si no hay
quien mate un toro?
VALIENTE. En queriendo
tú que la haya, sabré yo
tirar mi capa en el suelo
y matar una corrida
con desempanar los dedos.
MAJA. ¡Esto es ser hombres!
VALIENTE. Juliana,
mira si te pide el cuerpo
algo de esa tienda.
MAJA. ¡Qué asco!
TENDERA. ¿Quiere usted alfileres buenos,
cofias ó ligas?
MAJA. Vea usted
la real cofia de mi pelo,
que ya he visto yo su tienda;
y si quiere que troquemos,
diga cuánto me da encima.
VALIENTE. ¡Qué atrasado está el comercio
en este lugar!
PAYO. Pues no es
porque también no tenemos
géneros y posesiones
mejor que en la corte; pero
no se venden por acá
á todo el que trae dinero.
MAJA. ¿Y qué más?
VALIENTE. Ven acá, bruto;
¿qué quieres decir en eso?
PAYO. Yo hablo por hablar; usted
lo entenderá, si es discreto.
MAJA. ¡Que te metas con salvajes!
VOCES (*Dentro*). ¡Pára, pára, calesero!

(*Salen dos* PETIMETRES.)

PET. 1.º ¡Valientemente ha corrido!
PET. 2.º En tres cuartos de hora y menos
hemos llegado.
PET. 1.º Y ahora,
¿no me dirás lo que haremos
hasta que empiece la fiesta?
PET. 2.º Por ahí habrá compañeros
y amigos de Madrid.
PET. 1.º ¿Oyes?
¿no es mejor divertimiento
buscar un par de palurdas
que, á trueque de dos requiebros,
nos den ventana, después
de merendar, y que armemos
fandango para esta noche?

PET. 2.º ¡Como saliera el proyecto,
no es malo!
PET. 1.º ¿No ha de salir?
PET. 2.º ¡Pues si no conocemos
á nadie!
PET. 1.º Verás qué breve
hago yo conocimientos.
PET. 2.ª ¿Con quién?
PET. 1.º Allí hay una moza;
entretén tú á ese paleto
mientras la embromo.
PAYA. ¡Jusepe,
vamos!
PAYO. ¡Digo que no quiero!
PET. 2.º Compadre: ¿sabe usted dónde
vive el tío Blas, el Tuerto?
PAYO. Amigo; en este lugar
todos miramos derecho.
PET. 1.º ¿Tiene usté ahí un poco de agua?
PAYA. Señor, usted viene ciego.
¿Dónde el agua he de tener,
si cantarilla no tengo?
PET. 1.º ¿Pues qué, no es esta tu casa?
PAYA (*Ap.*) ¡Qué llano es el caballero!
No, señor.
PET. 1.º Y al señor cura,
¿cómo le va?
PAYA. Ahora está bueno.
PET. 2.º Parece que este lugar
está sano.
PAYO. No me acuerdo
de haberle oído quejar nunca.
PET. 1.º ¿Se venden estos pañuelos
en el lugar?
PAYA. Jusepillo
me le trajo de Toledo.
PET. 1.º ¿Quién es ése?
PAYA. Mi marido.
PET. 1.º ¿Ese? Lástima te tengo;
porque es horrible, y tú eres
bonita como los cielos.
PAYA. ¿Oyes, Jusepillo? Mira
lo que dice: que eres feo
y yo soy hermosa.
PET. 2.º Escucha,
hombre; deja que acabemos
la conversación.
PET. 1.º Amigo,
si acaso en Madrid nos vemos,
te he de regalar.
PAYO. Pues ya
que usté ha venido primero,
yo le regalaré. ¡Chicos!
(*A los mozos, que se llegan.*)
prestadme un garrote de ésos
que tengo que agasajar
á este par de amigos.
MOZOS. ¡A ellos!
¡A los usías!
PETS. ¡Zambomba!
PAYA. ¡Que tengas, hombre, ese genio!
¿qué te hacen?
PAYO. Yo antes que me hagan
los favores, doy el premio.
PAYA. ¡Jesús, y lo que allí viene!

(*Salen dos* DAMAS *y un* CABALLERO.)

DAMA 1.ª Bonito lugar, Alfonsa.
DAMA 2.ª ¿No te lo he estado diciendo?
DAMA 1.ª Yo me hubiera aquí venido
este verano, á saberlo;
pero vive mi marido
tan prendado de Pozuelo,
que todas las primaveras
me hace (sin tener por cierto
de qué) hacer allí ejercicios.
DAMA 2.ª Prevenga usted, don Lamberto,
que siga el coche.
CABALL. Señora,
no es fácil obedeceros;
porque lo estorban los carros.
DAMA 1.ª Pues mandar á los cocheros
que los quiten.
PAYO. ¡Cómo mandan
éstos de Madrid, en yendo
á los lugares! ¡Parecen
señores del universo!
PAYA. No seas provocativo,
hombre.
PAYO. Yo lo digo quedo.
PAYA. ¿No ves que trae espadín?
PAYO. Sí; pero no me da miedo
el espadín; los galones
del vestido es lo que temo.
CABALL. Mozo, ¿dónde está el alcalde?
PAYO. Por ahí anda, disponiendo
las cosas para la fiesta.
CABALL. Pues anda, búscale presto,
donde quiera que estuviere,
y dile que un caballero
de Madrid tiene que darle
un orden, que venga luego.
PAYO. ¿De quién?
CABALL. Haz lo que te mando,
ó te derribo en el suelo
de un mojicón.
PAYA. ¿Y por qué?
¿y por qué, si no le ha hecho
á usted mal? Anda, Pepillo,
y estáte en tu casa quieto.
¡Vaya bendito de Dios!
¡Jesús, qué hombres tan soberbios
hay en Madrid!
PAYO. Allí viene
la justicia.
PAYA. Y traen un preso.
CABALL. Yo le mandaré soltar.

(*Salen los de justicia, trayendo preso al* OBLIGADO.)

ALC. 1.º Le he de encajar en el cepo,
ó ha de dar el toro.
OBLIGADO. Pido
testimonio de este exceso,
señor escribano.
ALC. 2.º Usted
no haga, de bueno, mal pleito;
que ya corre de mi cuenta
el dar la queja al concejo.
¡No ha de haber fiesta!
ALC. 1.º ¡Ha de haberla!
Señor alcalde, ¿á que os prendo?
ALC. 2.º ¿A que os prendo yo antes á vos?
ESCRIB. Alcaldes, ¿qué estáis haciendo?
¿qué irán diciendo á Madrid
del caso los forasteros?
ALC. 1.º Mi compañero, que ceda.
ALC. 2.º Que ceda mi compañero.
OBLIGADO. Señores, pronto está el toro
y todo el ganado; pero
si mata cuatro ó seis hombres,
no soy responsable de ello.
VALIENTE. ¿Qué ha de matar? Cada uno
elija seguro puesto;
y dejarlo de mi cuenta.
ALC. 2.º ¡Pero sobre que no quiero
yo!
ESCRIB. Mirad, señor alcalde,
que hay aquí muchos sujetos
de distinción y madamas,
y es menester complacerlos.
TODOS. ¡Vamos, señores!
ALC. 1.º Por mí,
al instante.
ALC. 2.º Yo protesto.
ALC. 1.º Alguacil, ve á la alcaldesa
y di que venga al momento.
Señor obligado, al punto
que se disponga el encierro.
TODOS. ¡Viva! ¡viva!
DAMA 2.ª Buscad casa
donde nos acomodemos.
CABALL. Señores, ¿podrán honrar
el balcón de Ayuntamiento
estas damas?
ALCALDES. No, señor.
CABALL. ¿Cómo que no?
DAMA 2.ª Don Lamberto,
nunca os empeñéis por cosas
que las compone el dinero.
DAMA 1.ª Alquilad una ventana.
CAB. (*Ap.*) ¡Pobre de mí, que no tengo
un cuarto! Aquí no se alquilan.
DAMA 1.ª Sin embargo, en ofreciendo
un par de duros, cualquiera
nos dará lugar.
MOZO 1.º Yo tengo
allí una casa.
MOZO 2.º Venid
á mi carro, que está nuevo,
es alto y seguro.
ALC. 1.º Aprieta
los carrillos, trompetero,
que ya viene mi mujer.
OBLIGADO. Señor alcalde, prevengo
que los novillos se corran
poco.
ALC. 1.º ¡Después lo veremos!

(*Sale* ALCALDESA.)

ALCALD.ª ¡Qué lerdos que son ustedes
para alcaldes! ¿Está puesto
ya mi estrado en el balcón?
ALGUACIL. Sí, señora.
ALC. 1.º Haced luego,
alguacil, que se acomoden
todos y se haga el despejo.
PAYA. Josillo, vamos.
PAYO. Aunque
vinieran más de trescientos
bueyes á tirar de mí,
no me movieran del puesto.
PAYA. Pues bien te puede matar
el toro; pero te advierto
que no he de llorar, y busco
otro marido al momento.
PAYO. Ya sé yo que aunque muriera
de otro mal, fuera lo mesmo.
ESCRIB. Vamos tomando lugares,
que voy á hacer el despejo.
TODOS. ¡A los carros!
DAMA 1.ª Busque ustéd
á dónde podamos verlo.
CABALL. Señoras: si no hay...
ESCRIB. Señores,
que está ya cerca el encierro.
ALC. 1.º Vamos á subir nosotros
al balcón de Ayuntamiento.
ALCALD.ª Cuidado, que al tercer toro
se ha de servir el refresco.
PAYO 1.º Yo voy á subir á un carro.
PAYO 2.º Pues yo en la plaza me quedo,
que soy aficionadillo.
PAYO. Voy á poner mi pañuelo
en la punta del garrote,
y que vengan toros.
TODOS LOS MOZOS. ¡A ellos!
¡que salen! ¡que salen!
OBLIGADO Cuenta
con mi ganado, ¡mostrencos!

(*Toca el tambor y clarín; ínterin se acomodan todos, y luego llega el* ESCRIBANO *desde la plaza.*)

ESCRIB. Señor, el toro de muerte,
los novillos y cabestros
piden licencia.
ALCALDES. Decidles
que ya se la concedemos.

TODOS. ¡Viva! ¡viva!
OBLIGADO. ¡Ese novillo, que va cojo!
TODOS. ¡A ellos! ¡á ellos!
PAYA. Josillo, ¡no seas el diantre! Súbete aquí.
PAYO. Que no quiero.
TENDERA (*á la* PAYA *que está con ella*): Déjale, mujer.
PAYA. ¡Mas que le coja por el pescuezo!
ALC. 1.° ¡Que salga uno!
ESCRIB. Abre el toril, y yo me voy á mi asiento. (*Vase.*)

(*Sale un novillo enmaromado, y los huecos que no hay versos toca el clarín y tambor.*)

PAYO. Madamas, ¡á la salud de ustedes! ¡Entra, moreno! ¡Otra!
PAYA. ¡Viva mi Josillo de mi alma! El es pequeño; pero tiene un corazón de un Herodes en el cuerpo.
TODOS. ¡Viva! ¡Viva!
PET. 2.° Aparta á un lado, que esto se hace, majadero, de esta suerte.
TODOS. ¡Que le coge!
PAYA. ¡Pobrecito caballero!
TODOS. ¡Viva el usía!
ALCALD.ª ¡Que dure!
OBLIGADO. Mandad que le metan dentro, que se estropea.
ALC. 1.° ¿Y qué importa?
OBLIGADO. ¡Hola! ¿Sabe usted el bermejo la alhaja que es? No le ha habido novillo de más alientos, ni mejor plantado, en toda su casta de usted.
ALC. 1.° Es cierto que es buen animal; salga otro.
ALCALD.ª ¡Que nos traigan el refresco!
TODOS. ¡El toro de muerte!; ¡el toro!
ALC. 2.° Salga, pues lo pide el pueblo.

(*Encierran el novillo, se ponen á refrescar en el balcón de justicia. Sale el toro suelto, y nadie en un rato habla palabra.*)

PAYO. ¡Zapato!: ¡y qué puntas tiene! á éste le tengo respeto.

(*Se mete debajo de un carro. Silencio.*)

CABALL. ¿No hay quien mande en esta plaza?
VALIENTE. ¡Vamos, que va anocheciendo!
ESCRIB. Señores, háganse cargo de que está el Ayuntamiento refrescando; aguárdense ustedes, ó vuelvan luego.
ALC. 2.° El pueblo tiene razón; maten el toro al momento.
ESCRIB. ¿Pero quién, señor?
ALC. 1.° ¡Cualquiera!
ALC. 2.° Pues salid vos, compañero, que lo habéis mandado.
DAMA 1.ª ¿Quién permite en Leganés esto?
PAYO. ¡Voy allá!
PAYA, ¡Jesús mil veces! que te coge; ¡majadero!
PAYO. Déjenme saltar al corro.

(*Sigue el toro al* PAYO, *y se cae un carro y todos.*)

TODOS. ¡Ay mi cabeza! ¡Ay mis dedos!
ALC. 1.° ¿No hay quien le mate, escribano?
ESCRIB. ¡No!
ALC. 1.° Pues bajad, y cogedlo por la mano y conducidlo, por esta noche, á un encierro.
ESCRIB. Venga usted conmigo.
VALIENTE. ¡Poco á poco!

(*Baja á la plaza y dobla la capa.*)

¿De quién tienen miedo? ¿de un torillo que está ahí deseando caerse muerto? ¡Por vida de tal...! ¡Juliana, guárdame allá esos trebejos; verás qué breve que cae!
TODOS LOS PAYOS. ¡Viva el majo madrileño!
VALIENTE. Digo, señores alcaldes, manden á unos mozos de esos que le aseguren; verán y qué breve le despeno.
PAYO. Como usted le tenga. yo hacer otro tanto ofrezco.
PAYO 1.° ¡Toro hay para algunos días!
ALC. 1.° Usted, que salió al empeño, cúmplale usté.
VALIENTE. ¿Y por qué no? En lances así como éstos, si no se matan de un golpe, se les despacha de un trueno.

(*Tírale un trabucazo y cae.*)

TODOS. ¡Víctor! ¡Víctor!
ALC. 1.° ¡Fiesta grande!
MAJA. Si no has venido tú, Diego, torea el toro á los vecinos.
PAYO. ¿Ha estado usted mucho tiempo en aprender á torear?
PAYA. Josillo, ¡qué bien lo has hecho; pero buen susto me has dado!
TODOS. ¡Alto á Madrid!
ALCALD.ª Caballeros, señoras: aunque la fiesta ha tenido mil defectos, si quieren música y danzas regulares, las tenemos

dispuestas; el que quisiere
se puede quedar á verlo.

TODOS. Todos nos quedamos.

ALCALD.a Pues
todos á mi casa á verlo.

TODOS. Y con una tonadilla
tenga fin este intermedio.

94

La fiesta de pólvora.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.

1769 ([1]).

(*Calle, con una puerta y banco de herrador.—Salen por un lado* MERINO *y* EUSEBIO, *de paseo, y por el otro* PONCE, *acelerado.*)

MERINO. No me parece que está
la noche para paseo;
si te parece, mejor
será que á beber entremos
en cualquier botillería.

EUSEBIO. Por mí á todo me convengo;
ó si no, vámonos á
la tertulia desde luego.

MERINO. Es temprano, y después dicen
que va uno por el refresco
ó por el chocolatillo.

EUSEBIO. ¿Oyes?; pues á muchos creo
que no les hacen agravio,
aunque se diga por ellos.

MERINO. No me parece que hay cosa
más desairada á un sujeto
de honor que ir á refrescar,
y cuando se empieza el juego,
fingir negocio ó hacer
la turca y huir el cuerpo.

EUSEBIO. Esa es gran receta para
no salir jamás perdiendo.

(*Sale* PONCE.)

PONCE. Agur, amigos.

MERINO. ¡Antonio!:
¿á dónde vas tan ligero
á estas horas?

PONCE. Voy, que es tarde,
y mi mujer hoy, comiendo,
me ha sacado la palabra
de llevarla á ver los fuegos,
y se la quiero cumplir.

MERINO. ¡Gracias á Dios que no tengo
más obligaciones que
las que yo tomarme quiero
cuando se me antoja, y cuando
me da la gana las dejo!

EUSEBIO. ¿Dónde hay pólvora esta noche?

PONCE. De fijo no sé, mas creo
que ha de ser en la parroquia,
según lo que me dijeron.
Adiós, pues. (*Vase*).

MERINO. Adiós, que allá
quizá nos encontraremos.
¡Gran pensión es ser casado!

EUSEBIO. Yo no lo soy y las tengo.

MERINO. Pero cortejas, y ese es
el mayor ardid de nuestro
enemigo; porque el hombre
que no pierde el sufrimiento
como casado, le exponga
mucho más como cortejo.

EUSEBIO. ¿Y el que es casado y corteja?

MERINO. Esos son, en mi concepto,
si cumplen ambas funciones,
unos héroes, y los tengo
por más personas que al Cid,
Artajerjes y Pompeyo.

EUSEBIO. ¡Siempre estás de buen humor!
Si te parece, pasemos
por casa de doña Luisa,
que gusta de estos festejos
mucho, y está su marido
en el Sitio.

MERINO. Yo no intento
usurpar á mis amigos
ni un ápice de su obsequio.
Pues todo el mérito es tuyo,
sea tuyo todo el premio (*Burlándose*).

EUSEBIO. Yo lo hacía porque fuera
mejor el rato, teniendo
con quién hablar.

MERINO. ¿Pues acaso
en estando en algún puesto
juntos los dos, hay alguno
que os merezca ni aun aquello
que se llama lo preciso?
Vaya usted, señor don Pedro,
que aunque no somos del arte,
todos, todos le entendemos.

EUSEBIO. Pues me habrás de dar licencia;
porque antes que me eche menos
voy á darla este placer.

MERINO. ¡Jesús, hijo!: yo te cedo
tiempo y ventura, y si quieres,
también te daré dinero.

EUSEBIO. No lo necesito para
salir de cualquier empeño
por ahora. Adiós. (*Vase.*)

MERINO. Adiós,
y hágate muy buen provecho,
que á mí nunca se me olvida
el adagio del buey suelto.

([1]) Bib. Municip.: leg. 1-167-29. Autógrafo de 1769. En la cubierta lleva el título de *La noche de fuegos;* pero en la primera hoja, á la vuelta, el que ha prevalecido. Impreso incompleto por Durán en su colección: I, 500.

(Salen, como majas de Maravillas, en cuerpo, las señoras CORTINAS *y* ISABEL, *y siguiéndolas, de capa,* GALVÁN.)

CORTINAS. ¡El demontre del petate!
pues ¿no nos viene siguiendo
desde Antón Martín?

ISABEL. ¿Hay más
que, si llega, le peguemos
un petardo, y enviarle
después á expulgar á un cerro?

CORTINAS. ¿Petardo? Mira no sea
que, como nos descuidemos,
nos pida limosna.

ISABEL. ¿Quién,
ese que nos sigue?

CORTINAS. El mesmo.

ISABEL. Pues qué, ¿le conoces?

CORTINAS. Ha
días que nos conocemos.

ISABEL. Y di, ¿quién es?

CORTINAS. Un pasante
de abogado, que hace gestos
á cuantas ve; pero tiene
el pobre tanto dinero
como la verdad, que dicen
que la pintan siempre en cueros.

ISABEL. ¿De veras?

CORTINAS. Pues yo lo digo,
bien estudiado lo tengo.
Si te quieres divertir,
mírale; verás qué presto
llega.

GALVÁN. Paráronse y miran.

MERINO. Aquel perillán va haciendo
la rueda del pavo á aquellas
dos doncellas; observemos.

GALVÁN. Parece que ustedes van
á la pólvora.

CORTINAS. En efecto;
¡el demontre del señor
adivina el pensamiento
de las *presonas!*

GALVÁN. Cuidado
con ponerse algo á lo lejos,
porque caen chispas.

ISABEL. No importa,
que nosotras las sabemos
sacudir.

GALVÁN. Esto es hablar.

CORTINAS. Oye usted; ¿se vió aquel pleito?

GALVÁN. ¿Cuál? que como acuden tantos
al estudio, no me acuerdo.

CORTINAS. Aquel de que usté aguardaba
la propina de cien pesos.

GALVÁN. Para el catorce de julio
le ha señalado el Consejo.

CORTINAS. Pues vuelva usté por acá
el día quince, y hablaremos.

GALVÁN. Pero ahora ¿por qué no?

CORTINAS. Agur.

GALVÁN. Si ustedes gustan...

ISABEL. Tenemos
los maridos muy celosos.

GALVÁN. Vaya...

CORTINAS. No sea usted molesto,
ó se lo diré á guantadas.
Vamos en casa de Diego
el herrador, y en su banco,
bien asentadas, veremos
la función como señoras.

ISABEL. Le habrán cogido primero
otros.

CORTINAS. Que lo desocupen,
que en el banco y en el dueño
sólo mando yo.

ISABEL. Acabóse.

CORTINAS. Vamos. ¡Adiós, seor cerero! *(Vanse.)*

GALVÁN. ¡La culpa tiene quien se habla
con semejantes sujetos! *(Vase.)*

MERINO. A aquel le espolearon; voy
á alcanzarlas yo, y al vuelo
decirlas algo... Mas ¡hola!
un poco mejor es ésto.

(Sale MARIANA, *de maja, y* ESPEJO, *de hombre ordinario, en cuerpo, con un garrote en la mano.)*

MARIANA. Anda, hombre, que parece
que te vas cayendo muerto,
y son las nueve.

ESPEJO. En mi vida
he tenido mayor sueño
que esta noche.

(Se espereza y bosteza á veces.)

MARIANA. Siempre tienes
algún achaque en queriendo
yo salir á divertirme.

MERINO. O yo soy mal perdiguero,
ó este hombre huele á marido.

ESPEJO. ¡Sobre que me estoy durmiendo!

MERINO. ¿Saben ustedes por dónde
se va adonde están los fuegos?

MARIANA. *Cacia* allá vamos nosotros.

ESPEJO. Vénganos usté siguiendo
y lo sabrá.

MERINO. Muy bien.

ESPEJO. ¿Trae
usted relox, caballero?

MERINO. Sí, señor.

ESPEJO. ¿Y qué hora es?

MERINO. Las ocho y media

ESPEJO. ¡Reniego
de la pólvora á estas horas!

MARIANA. No has de ser tan majadero,
que noche hay para dormir.

ESPEJO. ¡Sobre que me estoy durmiendo!

MERINO. ¿Conque se va por aquí?

ESPEJO. Sí, señor; todo derecho.

MERINO. Mejor será ir con ustedes.

MARIANA. ¿Pues qué? ¿es usted forastero?

MERINO. Sí, esta mañana llegué
á la corte.
MARIANA. ¡Ya lo huelo!
ESPEJO. Y, aunque sea descortesía,
¿me dirá usted de qué pueblo?
MERINO. De Aragón.
ESPEJO. ¿No es una villa
junto á Talavera?
MERINO. Cierto.
ESPEJO. Ya sé dónde. ¿Y cómo están
por allá los campos?
MERINO. Buenos.
ESPEJO. ¡Gracias á Dios!
MARIANA. ¡Qué valiente
púa es el tal caballero!

(Salen CHINICA, CAMPANO *y el* CHICO, *de ciegos.)*

ESPEJO. ¿Sabe usted también si van
á ver la pólvora éstos?
MARIANA. Si quieres saberlo, ¿hay más
de que se lo preguntemos?
MERINO. ¡Ciegos!
CHINICA. ¿Quién nos llama?
MERINO. ¿Van
ustedes á ver los fuegos?
CHINICA. No, señor; vamos buscando
los tontos que van á verlos.
MARIANA. ¿Cuál de los tres ve mejor?
CHICO. Yo, gracias á Dios, bien veo.
CHINICA. Yo me alegrara con ver
la mitad de lo que quiero.
MERINO. Yo también, y no tenía
para hallarlo que ir muy lejos:
¿no es verdad?
MARIANA. ¿Me ha hecho usté á mí
archivo de sus secretos
para saber yo lo que
tiene usté en su pensamiento?
¡Me ha gustado la pregunta!
ESPEJO. ¡Déjale, que todos estos
usías de ciudad suelen
ser unos grandes mostrencos.
CAMPANO. ¿Es esto conversación
ó quiere usted que cantemos
algo?
MERINO *(á* MARIANA.) ¿Sois aficionada
á música?
MARIANA. De pandero,
que en los saraos del Rastro
es el primer *esturmento*.
MERINO. Los violines hablan más
al alma.
MARIANA. Yo tengo el cuerpo
de cal y canto, y así,
en no sonando muy recio
las voces, jamás me hacen
en el corazón efecto.
MERINO. Si en eso consiste, yo
le hablaré á usted en *crescendo*,
con diez pares de timbales
y cuarenta clarineros.
MARIANA. ¡Jesús, qué bulla! Marido,
vámonos de aquí corriendo,
que me ha puesto la cabeza
el señor como un harnero.
ESPEJO. Vamos.
CHINICA. Chico, ¿qué gente es?
CHICO. El es hombre de provecho,
y ella parece una maja.
CHINICA. Pues no hay *pa* qué detenernos;
que esa gente se corteja
con un plato de torreznos
ó de fritada mejor
que con música ni versos.
CAMPANO. Sigamos, á ver si está
de Dios que nos estrenemos.
(Vanse tocando.)

(Salen, de hombres ordinarios, en cuerpo, CALLE *y* ESTEBAN.)

ESTEBAN. Si en lugar del quince sale
el diez y seis, saco un terno.
CALLE. Yo acerté el cuarenta y cuatro.
ESTEBAN. Por no creer yo al barbero
de la plazuela, no doy
un golpe de setecientos
reales.
CALLE. Para otra extracción
yo ganaré bien si acierto. *(Vase.)*

(Salen la señora JOAQUINA, *de maja, y la* GARRO, *y detrás* CARRETERO, *de capa.)*

CARRET. ¡Bravos pedazos de mozas!
GARRO. Aquel nos viene siguiendo,
Pepa.
JOAQUINA. Déjale que siga,
que él parará.
GARRO. Me da miedo.
JOAQUINA. ¿De qué?
GARRO. ¿Si será ladrón?
JOAQUINA. ¿Quién, ése? ¡Bravo sujeto!
De un soplo me atrevo á echarle
de aquí á la Virgen del Puerto.
CARRET. No, pues ellas van mirando,
y algo quiere decir esto. *(Vanse.)*

(Pasa, muy serio, de abate, SIMÓN, *y alumbrando, de lacayo,* JUAN MANUEL.)

MARIANA. ¿Qué hacemos aquí parados?
ESPEJO. ¿Qué sé yo? Anda.
MERINO Aguardemos.
que se adelante esa luz.
MARIANA. ¡Hola! ¿qué? ¿es usted mochuelo?
MERINO. Soy un poco tierno de ojos.
MARIANA. Ya conozco que usté es tierno.
MERINO. ¿Y usté?
MARIANA. Como un pedernal;
y por lo mismo le ruego

que se aparte, porque puede
quebrarse si le tropiezo.

MERINO. ¿Cuánto va que no?

MARIANA. ¡Anda, plomo!

ESPEJO. ¡Sobre que me estoy durmiendo!
(Vanse.)

MERINO. Sacudida es; pero así
son los lances que debemos
buscar, que se pasa el rato
y no lo paga el dinero. *(Vase.)*

(Salen la señora MAYORITA *y* PONCE, *de capa y gorro.)*

PONCE. Arrópate bien, que puede
hacerte mal el sereno,
Juanita.

MAYORA. ¿Qué ha de hacer mal,
si hace calor?

PONCE. Con todo eso,
siempre el ambiente nocturno
trae algunos vicios frescos.
¿Quieres otro capotillo,
ó los dos? que siempre es bueno
el abrigo.

MAYORA. ¡Hombre, tú eres
ridículo! Ya que vengo
corrida con la mantilla
y sofocada, dejemos
esa tontería.

PONCE. Aprende
á cuidarte; yo me he puesto
dos gorros dobles, y aún
mañana, quizá, recelo
amanecer constipado.
Vaya, hija, ponte á lo menos
el cabriolé, que por fin
está forrado en pellejo.

MAYORA. ¡Qué caro me sale un gusto
que me das! Calla ó me vuelvo
á casa.

PONCE. Mejor harías;
no sea quizá que el tiempo
se revuelva.

MAYORA. Yo no he visto
un hombre más majadero.

PONCE. Ni yo otra más temeraria.

MAYORA. ¿No ves á todas en cuerpo
por esas calles?

PONCE. ¿Qué importa,
si, en conciencia, yo no debo
permitirlo? Arrópate,
ó te vas sin ver los fuegos.

MAYORA. Daca entrambos capotillos,
y si es poco, ve corriendo
á casa y trae un par de
mantas, nos arroparemos.

PONCE. No, ni tanto ni tan poco;
que si hace más aire luego,
te prestaré mis botines
y mi capa y mi sombrero. *(Vanse.)*

(Descúbrese calle larga, con la fachada de iglesia, el árbol de pólvora delante, luminarias apagadas, y tocan timbales y clarines y repique á veces. Salen los que puedan, como de pueblo, y van tomando puestos, y luego la señora IGNACIA, *de petimetra,* EUSEBIO *y la* CHICA.*)*

IGNACIA. ¿Ve usted como aun es temprano?

EUSEBIO. Agradeced mi deseo
de que jamás se malogre
asunto del gusto vuestro.

CHICA. ¿Cuándo nos sentamos, madre?

IGNACIA. Estará todo tan puerco,
que quizá será difícil.

EUSEBIO. Ven, Maruja, que allí veo
un banco de un herrador
enfrente; le ocuparemos.

CHICA. ¿Y desde aquí se ve bien
el castillo?

IGNACIA. Como luego
no salgamos con echar
el humo á esta parte el viento.

EUSEBIO. Voy á calcularlo.

IGNACIA. ¿Cómo?

EUSEBIO. Ya lo dirá mi pañuelo.
Hacia allá gira el impulso;
bien estamos, con efecto.

(Salen JOAQUINA, GARRO *y* CARRETERO.*)*

JOAQUINA. Busquemos un escalón
de un portal.

GARRO. Aquí le hay bueno.

CARRET. ¿Son ustedes hermanitas?

GARRO. ¡Qué pesado que está el tiempo!

JOAQUINA. Asentémonos, mujer.
(Se sientan á una punta.)

CARRET. ¡Jesús, qué cansado vengo!
(Se sienta cerca.)

(Salen MARIANA, ESPEJO *y* MERINO.*)*

MARIANA. Busquemos dónde sentarnos.

ESPEJO. Aquí hay un paraje bueno.

MERINO. Deje usted, pondré mi capa,
que hay mucho polvo en el suelo.

MARIANA. No es menester.

ESPEJO. Dice bien;
junto á este poste; con eso
mientras disparan podré
yo descabezar el sueño.

MARIANA. ¡Hombre, que has de ser tan tonto!

ESPEJO. ¡Sobre que me estoy durmiendo!
Vaya, siéntate á este lado;
usté á estotro, caballero.

MERINO. ¿No está usted mejor aquí?

ESPEJO. No, señor; yo siempre en medio,
y ahora hablen ustedes cuanto
quisieren mientras yo duermo.

(Sale PRADO.*)*

PRADO. ¿Dónde diantres andará
mi mujer, que no la veo? *(Pasa.)*

(*Sale* GALVÁN.)

GALVÁN. Con la bulla de la gente,
de vista se me perdieron
las mozas; voy hacia atrás
para ver si las encuentro. (*Se vuelve.*)

(*Salen* MAYORA *y* PONCE.)

MAYORA. Vaya, que aún no hay mucha gen-
PONCE. Aguárdate, buscaremos [te.
un paraje abrigadito.
MAYORA. Si no se mueve ni un pelo
de aire.
PONCE. De un instante á otro
nos hace una burla el tiempo.
MAYORA. Así hubiera un lugarcito
en aquel banco.
PONCE. Veremos;
que allí estás más resguardada
del airecillo, que es cierzo.
MERINO. Señora, ¿sabe usted á cuántos
estamos del mes de Enero?
PONCE. ¡Qué bufonada!
MAYORA. Hacen bien
de reirse; yo me alegro.
PONCE. No importa; esté yo caliente
y ríase el universo.
JOAQUINA. Estos vienen de bañarse.
CARRET. Hacen bien; yo les apruebo
la precaución.
JOAQUINA. ¡Dios me libre
de gente de poco sebo!
CARRET. ¿Eso es á mí?
JOAQUINA. ¿Quién es él
pa que nosotras le hablemos?
PONCE. ¿Hay lugar para esta dama
en el banco, caballero?
CHICA. ¡Qué visión!
IGNACIA. Calla, muchacha.
EUSEBIO. Aunque algo nos estrechemos,
se le hará.
MAYORA. ¡Viváis mil años!
PONCE. Yo estaré aquí, y te defiendo
las espaldas. (*Detrás.*)
MAYORA. ¡Qué pelmazo!
MARIANA. Mi esposo, ¡con qué sosiego
duerme!
MERINO. ¿Qué ha de hacer el pobre?
MARIANA. Tendrá molido aquel cuerpo
de trabajar todo el día.
MERINO. ¿Qué oficio tiene?
MARIANA. Cabrero,
y es capaz con una china
de hender en el aire un...
MERINO. Quedo,
no le despertéis.
ESPEJO. No; yo,
aunque duermo, no me duermo.
MERINO. Pues duerma, que cuando sea
hora le despertaremos.
ESPEJO. Ya, ya; prosigan ustedes.

(*Salen los* CIEGOS *tocando.*)

CHICA. ¡Los ciegos, madre, los ciegos!
IGNACIA. Déjalos.
EUSEBIO. Si usted se quiere
divertir, los llamaremos.
IGNACIA. Yo no.
CHICA. Yo sí quiero, madre.
IGNACIA. ¿No ves que soltarán presto
la pólvora?
CHICA. Mientras tanto,
llámelos usted, don Pedro.
EUSEBIO. Si no quiere madre.
IGNACIA. Vaya,
llamadlos, pues ha hecho empeño
Maruja.
EUSEBIO. ¡Ciegos, acá!
CIEGOS. Buenas noches, caballeros.
IGNACIA. ¿Qué tonadas saben?
CHICO. Todas.
EUSEBIO. Pues canten algo de bueno.
CHINICA. ¿Y quién paga?
CHICA. Este señor.
CHINICA. Si nosotros no le vemos,
¿de qué sirve?
EUSEBIO. ¿Y qué queréis
que yo le haga?
CHINICA. Buen remedio;
hacer oir el ruido
de la moneda primero,
que en empezando los cohetes
se alborota el gallinero
y nos quedamos á oscuras.
EUSEBIO. Si todo consiste en eso,
ahí va ese par de pesetas.
CHINICA. Ahora sí.
CHICO. ¿Qué cantaremos?
CAMPANO. La tonadilla del paje.
CHICO. ¿Sabe usted si yo me acuerdo?
IGNACIA. Es antigua.
CHINICA. La que canta
el chico que es un portento,
es la de la Mayorita;
mas la excede en quinto y tercio.
PONCE. Ya le he oído yo en el Prado;
canta mejor, con efecto,
el chico.
TODOS. Pues que la cante.
MERINO (*A* MARIANA, *tomándole del brazo*):
¿Oye usté? ¿es pulga eso negro
que le corre por la manga?
ESPEJO. ¡Válgame Dios, y qué sueño
tan pesado! (*Se sacude.*) [bre?
MERINO. ¿Qué hace usté, hom-
ESPEJO. ¡Sobre que me estoy durmiendo!
MERINO. ¡El demontre del pastor
siempre despierta á mal tiempo!
CHICO. Vaya, ¿he de cantar ó no?

TODOS. Sí.
CHICO. Pues, señores, silencio.

(*Canta el* CHICO *algo de la tonadilla que empieza:* Señores y señoras, etc., *y cuando parezca empiezan á remedarle la* JOAQUINA *á un lado y* MARIANA *á otro.*)

MERINO. ¿Allí cantan, ó le quitan
á algún gatico el pellejo?
CHINICA. Prosigue, chico.
CHICO. (*Llorando.*) ¡Que vayan
á hacer burla á los infiernos!
EUSEBIO. ¡No te enfades, alma mía!
CHICA. Dice bien. Si están haciendo
todos burla. ¡Pobrecito,
no llores, que yo te quiero;
toma este par de limitas
para que ablandes el pecho.
CHINICA. Para limarle la voz,
mejor era una de acero.
CHICO. ¡Ay, tío! lo que me ha dado
una niña como un cielo
de bonita.
IGNACIA. ¿Y de qué sabes
que es bonita, si eres ciego?
CHICO. Es que yo, en siendo graciosas
las señoritas, las veo.
EUSEBIO. ¡Hola! ¿y no cantáis vosotros?
CAMPANO. Este, que no es más que tuerto,
y es el que va á las comedias
á aprender todo lo nuevo,
es el que sabe un juguete
de Chinica.
CHINICA. Eso es cierto;
pero como el tal Chinica
tiene una voz de becerro,
no se le puede tomar
sustancia.
IGNACIA. Canta, y veremos
qué tal lo haces tú.
CHINICA. Pues, vaya
con todos sus manoteos;
ahí va la guitarra, y cuenta
que me acompañéis atentos.

(*Tonadilla de* CHINICA.—*Timbales y campanas.*)

CHINICA. Los timbales y campanas
me quitan el lucimiento.
EUSEBIO. Vayan ustedes con Dios,
que ya parece que va esto
á empezar.
CAMPANO. Vamos á un lado,
veremos también los fuegos.

(*Salen* CORTINAS *é* ISABEL.)

CORTINAS. ¡Arrea, Marica¡ ¿ves
cómo ya están encendiendo
las luminarias?
ISABEL. Y el banco
del herrador está lleno
también de gente.
CORTINAS. No importa.
¡Lorenzo!
CALLEJO (*Dentro.*) ¿Quién va?
CORTINAS. ¡Lorenzo!

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¡Hola, señora Lucía;
ya la echaba yo á usted menos!
CORTINAS. En dando yo una palabra,
la sé cumplir.

(*Sale* GALVÁN.)

GALVÁN. Ya las veo.
¡Bravo par de chuscas son!
CORTINAS. ¿Y el banco?
CALLEJO. Aquí. Caballeros,
con su licencia de ustedes,
tengo pagado ese puesto
y le necesito.
EUSEBIO. Amigo,
ya que antes que otras vinieron
estas damas, permitid
que se estén.
CALLEJO. Amigo, tengo
yo otras damas convidadas
para el banco, y son primero.
IGNACIA. ¿Y dónde están?
CALLEJO. Estas son.
EUSEBIO. Pues ésas bien pueden verlo
en cualquiera parte.
CORTINAS. ¡Hola!
CALLEJO. Dejémonos de argumentos
y desalojen.
EUSEBIO. ¿Qué va
que te rompo cuatro huesos?
CALLEJO. ¡Sobre que este banco es mío!
IGNACIA. Dice usted muy bien. Don Pedro,
pongámonos más abajo
y dejémonos de cuentos.
EUSEBIO. Agradezca á donde está.
CHICA. ¡Hay, madre, que no lo veo!
IGNACIA. Tome usted la chica en brazos,
no la hagan mal.
EUSEBIO. ¡Peor es esto.
IGNACIA. Que bastante lugar hay.
PONCE. Juanita, ven; buscaremos
un sitio donde no haya
correspondencia. (*Al otro lado.*)
CHICA. Con tiento,
no me haga usté mal.
EUSEBIO. ¡Que yo
no escarmiente!
JOAQUINA. Caballero,
más arriba ó más abajo,
que hace *bichorno* y queremos
que nos dé el aire.
CORTINAS. (*En el banco.*) Así estamos
como gente de provecho.
CALLEJO. Aunque me pidiera el banco

un marqués, fuera lo *mesmo*.
¡Sobre Lucía, ninguna!

CORTINAS. Vaya, siéntate aquí en medio.

CALLEJO. ¿Queréis un traguito?

LAS DOS. Venga.

CALLEJO. Pues voy por la bota, y vuelvo.

MARIANA. ¿Les parece á ustedes que
he venido yo primero
para aguantar espantajos?

MAYORA. Vaya, que todos cabemos.

MARIANA. A un lado.

PONCE. Aquí hay un recodo
donde será el aire menos.

MERINO. Vaya, ¿y qué dice usted?

MARIANA. Nada.

MERINO. Este lance salió huero.

GALVÁN. Buen balcón tienen ustedes.

CORTINAS. Fuera de *alantre*.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¿Qué es eso?

CORTINAS Nada.

CALLEJO. Aquí está ya la bota
y esta friolera.

ISABEL. Bueno.

(*Sale muy serio el* ABATE *y* LACAYO.)

EUSEBIO. ¡Esto sólo nos faltaba!

MERINO. ¡Qué hacha tan fuera de tiempo!

UNOS. ¡Afuera esa luz!

OTROS. ¡Afuera!

J. MAN. ¿Apagaré?

SIMÓN. Estate quieto.

CORTINAS. ¡Afuera esa hacha!

CALLEJO. Verás
qué tronchazo que le pego.

J. MAN. ¡Voto va!...

TODOS. ¡Fuera esa luz!

J. MAN. ¡Ay, mi ojo!

SIMÓN. Estate quieto.

MARIANA. ¿Qué? ¿os tendéis?

MERINO. Estoy cansado.
(¡Si hay quien me conozca, quedo
lucido!)

MARIANA. ¿Qué se le da
de nadie, si es forastero?

EUSEBIO. Apéate, Maruja.

CHICA. ¡Ay, madre,
que me suelta!

EUSEBIO. (*A media voz.*) ¡Calla, cuerno!

IGNACIA. ¿Qué es eso?

EUSEBIO. Aguarda, hija mía;
que voy á tomar aliento
y á ponerme bien la capa.

IGNACIA. ¡Vaya, que aunque fuerais hecho
de alcorza! ¡una pluma es
la niña! (*Un cohete.*)

EUSEBIO. ¡Válgame el cielo!

SIMÓN. Anda, no venga una chispa
y me chamusque el cabello. (*Vase.*)

(*Tocan.*)

MERINO. ¡Hola, esto ya va de veras!

MARIANA. Vamos, levántate.

ESPEJO. Luego.

(*Ahora la bulla y fiesta.*)

TODOS. ¡Bun, bun!

ESPEJO. ¡Adiós mi dinero!

CORTINAS. ¡Brava friolera ha sido!

CHINICA. ¡Vaya! que función de fuegos
como ella jamás la he visto.

(*Llega* PRADO.)

PRADO. ¡Lleve el diantre tu pellejo!
¿dónde habéis estado?

JOAQUINA. Aquí.

CARRET. Yo soy testigo, por cierto.

PRADO. ¿Y éste quién es?

GARRO. ¡Qué sé yo!

PRADO. Mas de mil vueltas me has hecho
dar; pero yo te aseguro
que te has de acordar en yendo
á casa.

CARRET. Mejor es irme
á cenar y dejar esto.

UNOS. ¡A casa, á casa!

CORTINAS. ¡Marica!

VOCES. ¡Antonio! ¡Tomasa! ¡Diego!

IGNACIA. Vámonos antes que empiecen
á venir coches, don Pedro.

CHICA. Tómeme usté en brazos.

EUSEBIO. Vaya.

MERINO. ¿Esto se acabó?

ESPEJO. No creo
haya otra cosa que hacer,
en una fiesta de fuegos,
que irse cada uno á su casa
en acabando de verlos.

PONCE. Vámonos, hija, antes que entre
más, con la noche, el sereno.

MAYORA. Sí; pero manda que vengan
detrás á casa los ciegos,
que quiero cantar.

PONCE. Seguidnos.

CIEGOS. Está muy bien.

MERINO. Y á todo esto,
¿en qué quedamos?

MARIANA. Agur,
que nos estamos durmiendo.

PONCE. A casa, porque complete
la tonadilla el festejo,
(*Con todos los más que pueda*)
y todos nuestros afanes
el perdón de nuestros yerros.

95

Las Foncarraleras.

Sainete nuevo para la compañía de Juan Ponce.

1769 ([1]).

(El teatro de selva. En mutación de selva dilatada estarán los que pudieren, de payos, de jubones, subidos sobre árboles y echando abajo ramos; el Chico *buscando cardillos y criadillas por un lado, y por otro se pasea* Chinica *muy pensativo, y luego se sienta suspirando.)*

Coro de payos.

«Bien venido seas,
bien venido, Mayo,
casando doncellas,
floreciendo prados.

Prado. Entonces las mozas
madrugan temprano
para ver su mozo
cuando sale al campo.

Coro. Bien venido seas,
bien venido, Mayo.

J. Man. Cuando por la noche
vuelva del trabajo,
si estás en la fuente
nos diremos algo.

Coro. Bien venido seas,
bien venido, Mayo,
casando doncellas,
floreciendo prados.»

Chinica. ¡No se os secara el gaznate!
Está aquí un hombre rabiando
y han de estar ellos de gorja.

Prado. Hola, Juanillo Peinado,
¿qué haces ahí, que con nosotros
no vienes á cortar ramos?

Chinica. ¡Para ramos estoy yo!

Esteban. Toma un cordel y ve atando.

J. Man. En ese álamo los hay
güenos; súbete.

Chinica. Ya bajo.

Coro. «Bien venido seas,
bien venido, Mayo.»

Chinica. Pablillos, mira una cosa.

Chico. No puedo, que estoy buscando
cardillos y criadillas.

Chinica. Ven, hablaremos un rato,
mientras descansas, y luego
te volveras á buscarlos.

Chico. ¿Qué quiere usté?

Chinica. Siéntate
aquí.

Chico. Yo nunca me canso.
Vaya, ¿qué quiere usté?

Chinica. Nada.

Chico. ¿Y para eso me ha llamado?
¡Toma!

Chinica. Ven aquí.

Chico. No quiero.

Chinica. Ven aquí, te daré un cuarto

Chico. A verle.

Chinica. ¿Cómo le quieres,
en una pieza ó trocado?

Chico. ¿Va de veras?

Chinica. Sí, hombre, sí.

Chico. Pues déme usted dos ochavos,
que es mejor para jugar.

Chinica. Toma, hombre, y mira qué guapos.
¿Oyes? ¿con que ha ido tu hermana
á *Madril?*

Chico. Se fué *trempano*,
con mi madre y Juan de Piernas.

Chinica. ¿Y fué á pata ó á caballo
en la borrica?

Chico. Bien sé
que la borrica llevaron;
pero no sé si iba ella
caballera.

Chinica. ¿Y qué han llevado
á vender, huevos ó leche?

Chico. Huevos y unos manojazos
de espárragos y cardillos.

Chinica. Y tu hermana ¿no había estado
nunca en *Madril?*

Chico. No, señor.

Chinica. Yo diera un ojo y tres brazos
porque no hubiera ido. ¡Adiós,
Pepilla! no doy dos cuartos,
si das en ir y venir
á Madrid, por tu recato.

Chico. Puede ser que ya no vuelva,
si mi madre la ha topado
conveniencia en que servir.

Chinica. ¿Qué? ¿ha de servir? ¿Pues acaso
sabe coser ni guisar?

Chico. Según lo que anoche hablaron
mi madre y mi padre, pienso
que la habrán acomodado
para arrullar un chiquillo.

Chinica. Para arrullar un muchacho,
no me parece á mí que es
ir á Madrid necesario,
que hartos hay en el lugar.

Chico. Dicen que dan más salario
en *Madril*.

Chinica. Y también suelen
tener allá más trabajos.

(Salen, de cazadores con varetas, Merino, *de francés, y* Ponce, *de caballero de Madrid, que están á divertirse.)*

Ponce. En este tiempo de veda
más sirve de fatigarnos
cazar que de divertirnos.

([1]) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-168-11. Autógrafo de 1769.

MERINO. *E bien*, pasa un hombre el rato
sin hacer mal á ninguno.

PONCE. Las varetas en el campo
suelen ser infructuosas.

MERINO *Amico*, está demasiado
el mundo en la picardía;
hasta los chicos *pacáros*
saben su negocio.

PONCE. Y ¿qué?
¿parece á usted que sigamos
el camino de Madrid?

MERINO. ¡Oh! sí, que ya irán llegando
las mozas de la gran villa,
después de haber despachado
sus *quéneros*.

PONCE. No discurro
que á usted le parecen barro
nuestras payas.

MERINO. ¿*Cosa es* payas?

PONCE. Las hijas de estos villanos
y mujeres.

MERINO. *Vus antand*,
le fam de village: ¡oh, diablo!
están puercas un poquito;
me tienen un *garrabato*
y unos *ocos* vivos, ¡cuerno!

PONCE. Eso lo dice usted claro.

MERINO. Es que de esta fruta en todos
los países abundamos.

PONCE. ¿Y ha visto usté en Fuencarral
alguna paya de garbo
que le guste?

MERINO. ¡Ay! una *amable*,
la hermana de aquel *mochacho*;
ma es. . es... ¿cómo se *dise?*

PONCE. Si no acierta usté á explicarlo,
hable en francés.

MERINO. Ofendida.

PONCE. Pues ¿la ha hecho usté algún agra-
[vio?

MERINO. Agravio, no; yo he *querrido*
hacerla mis *agasacos*;
me n'apuent de politese.

PONCE. ¿No os respondió con agrado?

MERINO. ¡Oh que no! siempre reía;
sin más hablar que *gabacho*
gabacho, y luego ha corrido.

PONCE. Estas pegan muchos chascos.

CHINICA. ¿Con que no se despidió
de nadie?

CHICO. Sí, iba llorando.

CHINICA. ¿Y á ti no te dijo nada;
ni: si ves á Juan Peinado,
dile que me he ido y que ya
no estoy en Fuencarral?

CHICO. Harto
sentía la pobrecilla
el irse.

CHINICA. Yo apuesto algo
que no vuelve según fué
como esté por allá un año.

CHICO. ¿Por qué?

CHINICA. Porque vendrá guapa
y hará burla de los payos.

CHICO. Allí viene la de Roque.

PONCE. Ya me parece que alcanzo
allí á ver alguna chica.

MERINO. ¿Sí?; bueno.

PONCE. Y viene cantando.

(*Sale* MARIANA, *con una cesta vacía, de paya, de rebozo y montera, con sus enfaldas, etc.*)

MARIANA.

«Como suele en el campo la mata
agostarse en la ausencia del sol,
así el alma cobarde se amustia
en estando distante su amor.
Ahora sí, ahora sí que se ríe
la boquita de mi corazón.
Quiéreme, porque si tú me quieres
es preciso que te quiera yo.»

Adiós, Juanillo; Pablillos,
tu hermana muchos recados.

CHINICA. ¿Pues qué?; ¿no viene?

MARIANA. Discurro
que en casa de unos indianos
se queda á servir.

CHINICA. Pues ya
estoy desacomodado.

CHICO. ¿Y mi madre?

MARIANA. Ahí atrás viene.

CHINICA. Estoy por darla de palos.

CHICO. ¿A mi madre?

CHINICA. Sí, á tu madre.

MARIANA. ¿Y por qué?

CHINICA. Porque ha pensado
en llevarla allá á servir.

MARIANA. Dice que aquí está el pan caro.

CHINICA. Puede ser que el pan de allá
no le salga más barato.

CHICO. Pues métase usted con ella,
y verá usté de un cantazo
si le rompo las narices.

CHINICA. ¿Qué entiendes tú de eso, Pablo?

MERINO. ¡Adiós, picarilla!

MARIANA. ¡Qué
monsiú tan estrafalario!

PONCE. ¡Adiós, hermosa!

MARIANA. ¿Oye usté?:
dos docenas he dejado
en Madrid mejor vestidas,
y quizá no lo son tanto.

MERINO. *Ell e joli com le jour.* (*A* PONCE.)

MARIANA. Señor, hable usté cristiano.

MERINO. *Osté* bien me entiende.

MARIANA. ¿Yo?
ni tal gana que me ha dado.

PONCE. Parece que de extranjeros
no gusta.

MARIANA. Ni de paisanos
de pelo postizo. *Agur.*
PONCE. Mujer, aguárdate un rato,
que aun hay sol.
MARIANA. Estoy de prisa
y volveré más despacio.

(*Canta.*)

«Ahora sí, ahora si que se alegra
la boquita de mi corazón.» (*Vase.*)
PONCE. ¡Qué chusca es!
MERINO. Venga *osté* un poco;
hablaremos al muchacho
de la hermana.
PONCE. Mire usté
que á éstos es fuerza tratarlos
con gran cuidado.
MERINO. ¡Oh, señor;
qué cuidado ni cuidado!
Petit garsón, ven isí.
CHINICA. ¿No oyes que te están llamando?
CHICO. ¿A mí?
PONCE. Sí; ven acá, chico.
MERINO. *¿Coman tapelas?*
CHICO. ¿Que cuando
me pelo? Nunca. ¡Poquito
estimo yo mi pelazo!
PONCE. Que cómo te llamas.
CHICO. ¡Ah!
para servir á usted, Pablo.
MERINO. ¡Oh, señor Pablo; yo sé
que *osté* está un chico muy guapo,
y yo le *quierro* á *osté* mucho.
CHICO. ¡Viva su merced mil años!
MERINO. Usté *meta* su sombrero.
CHICO. Es montera.
MERINO. Muy bien; vamos,
monterra, sin *cirimoña*.
CHICO. *¡Cerimoña!* Juan Peinado,
¿quién será? (*Se ríe.*)
CHINICA. Pregúntale,
Pablillos, si es italiano.
CHICO. ¿Es usté italiano?
MERINO. ¡Oh, no!
yo *estoy* nacido y *creado*
vecino tuyo.
CHINICA. ¿La casa
más arriba ó más abajo?
PONCE. Con unas doscientas leguas
de diferencia.
CHICO. Y al cabo,
¿qué manda usté?
MERINO. Yo te quiero
regalar, y que *siamos*
amicos; *me* tú darás
á la hermana mis recados,
y la harás mis cumplimientos.
CHICO. Pues, ¿la conoce usté acaso?
MERINO. ¡Oh que sí!
CHINICA. (*En secreto.*) Pregúntale,
¿oyes? que si la ha tratado
y cómo y á dónde.
MERINO. (*Enfadado.*) *E bien*
¿qué buscas tú acá, *naranco*
tonto?
PONCE. Déjale, que no ha
menester vocabulario.
¡Bruto!
CHINICA. Se conoce á legua
que son éstos cortesanos.
CHICO. ¿Y qué es lo que usté me da?
MERINO. Oiga *osté* un poco, don Pablo.
PONCE. ¿Y tú, eres de *Foncarral?*
CHINICA. Así lo fueran los nabos
que se venden en la plaza
de Madrid á cuatro cuartos,
y luego hay que dar á dos
los de acá.
PONCE. Pues señalarlos
con las armas del lugar,
para evitar contrabandos.
JOAQUINA. (*Dentro*). ¡Arre, burra!
CHICO. Esta es mi madre.
CHINICA. Dios me tenga de su mano.

(*Empieza á cantar dentro, y luego sale detrás de una borrica, con aguaderas y cántaros, de guardapies, casaca antigua de paño, un gran pañuelo por el pescuezo, otro en la cabeza y montera grande.*)

(*Seguidilla.*)

JOAQUINA. «Cuando estás á la puerta
(¡arre, borrica!)
por las mañanas,
pareces á las flores
entre las malvas,
(¡arre!)
pareces á las flores
entre las malvas.
(¡Arre, Juan de Piernas!)
Anda, Teresa,
que tú eres el cogollo
de la azucena.»
CHICO. ¡Madre!
JOAQUINA. ¿Qué haces á estas horas
todavía por el campo?
CHICO. Si no topo criadillas.
JOAQUINA. Te habrás estado jugando;
bribón, luego lo verás
con tu padre.
CHICO. ¿Y se ha quedado
en Madrid la Pepa?
JOAQUINA. Sí;
con eso tendré descanso,
y ella, si es mujer de bien,
podrá ganar cuatro trapos.
CHINICA. Ya se ve, y sin decir nada
á *naide* se la han llevado.
JOAQUINA. Te pediríamos á ti

licencia. ¡El diantre del trasto,
sin camisa y holgazán!
¿Te parece que ha faltado
quien me diga que tu andabas
levantándola de cascos?

CHINICA. Mire cómo habla, que yo
no soy hombre que levanto
nada á *naide*.

JOAQUINA. Por lo mismo
le supliqué á un parroquiano
la buscase conveniencia.

CHINICA. ¿Y por fin la ha acomodado?

JOAQUINA. En una casa muy *güena*,
donde gana buen salario
y comerá bien.

CHINICA. Por eso,
que á mí me deja ayunando.

MERINO. ¿No viene más la muchacha?
(*Aparte los dos.*)

PONCE. No, amigo.

MERINO. Nos conformamos,
amico; que hay muchas otras.

CHICO. Vaya ¿y no me da usté algo?
(*A* MERINO.)

MERINO. ¿Qué cosa?

CHICO. Aquello que usté
me ofreció.

MERINO. Señor don Pablos,
ya no es menester de *tú;*
ve buscar los *esparrágos.*

JOAQUINA. ¿Y por eso lloras? ¡Toma! (*A* CHIN.)
Aprieta bien al trabajo,
y en teniendo un par de mulas
y cuatro reales ahorrados,
puedes pensar en casarte.

CHINICA. Ya lo tenía pensado.

JOAQUINA. ¡Anda, animal! Vamos, chico.

PRADO. Juanillo, ¿no quieres ramos?

CHINICA. ¿Para qué, si ya no tengo
ventana donde colgarlos?

ESTEBAN. Vamos, vente con nosotros.

CHINICA. No quiero. (*Ap.*) Mas ya he pensado
lo que he de hacer. Yo he de ver
si encuentro otro parroquiano
que me amode en Madrid. (*Vase.*)

JOAQUINA. Anda, chico. Adiós, muchachos.
¡Arre, burra!

CHICO. ¡Madre, un coche!
(*Campanillas.*)

VOCES. (*Dentro.*) ¡Arre, Tordilla; arre, macho!

CHICO. Y va por el mal camino
al lugar.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Toma, Morucho!

JOAQUINA. Está ahora hecho una corte
Foncarral. ¡Arrea, Pablos,
á ver quién son!

CHICO. ¿Monto, madre?

JOAQUINA. No, que ya está cerca: vamos.
(*Vanse.*)

(*Sale la* MAYORA, *de rebozo, como la* MARIANA, *con una espuertica graciosa de verdura en la cabeza, cantando y jugando con unas flores.*)

MAYORA. «Son las flores
mis amores,
mi placer y diversión.
De disgustos
y de sustos
libre está mi corazón.
Afuera cariños,
afuera desvelos,
que dan desconsuelos
y causan pasión.
En mi huertecito
son mis verduritas
y mis florecitas
toda mi pasión.»

MERINO. *Bon Dieu! celle-ci e charmant.*

PONCE. Es hija de un hortelano
de aquí.

MERINO. Puede *estar*, muy bien
una ninfa del Parnaso.

PONCE. ¿Qué le parece á usted ésta?

MERINO. *Micor* que todas, ¡zapato!
¿*vusté* la conoce?

PONCE. Un poco.

MERINO. Yo me alegrara otro tanto.
Vusté siga su *musíca.* (*A la mujer.*)

MAYORA. Diga usté, ¿qué? ¿le ha gustado?

MERINO. Yo quisiera tener *caula*
para un tan *bueno canarrio*
á mi casa.

PRADO. *Telifora*
pasa por aquí. ¡Muchachos,
vení, vení!

MAYORA. ¿Que hay, Alonso?
¿qué hacéis aquí?

ESTEBAN. Cortar ramos
para hacer las enramadas
esta noche.

PRADO. ¿Qué milagro
que vas tan sola al lugar?

MAYORA. Me quise venir paseando
á traer al señor cura
estas yerbas que ha encargado
olorosas para adorno
de las cruces y los santos.

PRADO. Todos te acompañaremos.

MERINO. ¡El *demoño* de los payos!
Es menester que se vayan.

PONCE. Mejor será que nos vamos
nosotros á ver quién viene
en el coche que ha llegado
de Madrid.

MERINO. ¿Qué importa esotro?
Señorrita, ¿usté es *casado*?

ESTEBAN. ¿Mandaba usté alguna cosa?

MERINO. Amigo, yo *á tu* no hablo;
cada uno á su negocio.

PRADO. ¿Cuánto apostais que, si agarro
á los usías, que llegan
á Foncarral más temprano
por el aire?

PONCE. No seais terco.

MERINO. Son grandes desvergonzados
éstos.

PONCE. Callad y creedme.

TODOS. ¡Fuera usías!

MAYORA. Dejadlos,
y vamos hacia el lugar.

PRADO. Si pusieras tú en el mayo
un limón, era capaz
de matarme por pillarlo.

J. MAN. Pues, ¿qué hicieras por un dulce
si así ofreces por un agrio?

PRADO. Yo esta noche he de enramarte
las ventanas, el tejado
y la puerta.

MAYORA. ¿Para qué,
si no tengo de estimarlo?

PRADO. ¿Y eso qué importa? Más quiero
que tú me eches un gargajo
que otra me diga un favor.

MAYORA. ¡Qué amor tan bien ponderado!

MERINO. Como yo hubiera traído
mi grande escopeta...

MAYORA. Vamos,
que *dempués* se me hará tarde.

TODOS. Vamos diciendo en tu aplauso.
«Bien venido seas,
bien venido, Mayo» etc.

(Cercada de los mozos con los ramos, se van por un lado, y por el otro PONCE, *llevando por fuerza á* MERINO, *que va rabiando.)*

(Calle de lugar. Salen por un lado ESPEJO, EUSEBIO *y la señora* GARRO, *y* GALVÁN *con la señora* ZÁRATE, *y por el otro* CALLEJO, *de payo.)*

ZÁRATE. ¿Había de llegar el día
de cumplirme la promesa
de venir á Foncarral?

GARRO. Y aun ahora no viniera
si no me hubieran traído
á buscar una ama buena
y dejarla apalabrada.

ZÁRATE. ¿Y cuándo volverte piensas
á Madrid?

GARRO. ¿Cuándo? Esta noche.

ZÁRATE. Para volver tan de priesa,
¿á qué has venido?

ESPEJO. Por mí,
que se estuviese quisiera
mi mujer un par de meses,
que dice, según su cuenta,
que tardará en dar á luz
lo que trae entre tinieblas;
pero no quiere.

GARRO. Ya sabes
que no me ha dado licencia
mas que por hoy la tertulia,
con condición que estuviera
en casa antes de las diez
de la noche ya de vuelta.

ZÁRATE. Viniendo con tu marido
y el señor, serás muy necia
en volverte.

ESPEJO. Ya se ve.

EUSEBIO. Madama hará lo que quiera;
pero mi voto es que aquí
sólo estemos hora y media.

GARRO. Y es muy bastante. Dime, hija,
¿quién hará la diligencia
de un ama?

GALVÁN. En este lugar
las hallaréis á docenas.

ZÁRATE. ¿Digo? *(A* CALLEJO.)

CALLEJO. Mande su merced.

ZÁRATE. ¿Sabéis de alguna que quiera
ir á criar á Madrid?

CALLEJO. No faltará, no.

EUSEBIO. Pues, ¡ea!:
traednos para escoger,
y quedará de mi cuenta
regalaros.

GARRO. Estando ahí
mi marido, bueno fuera
ese exceso.

ESPEJO. ¿Qué más tiene?

CALLEJO. Pues presto daré la vuelta;
asiéntense sus mercedes,
si gustan, aquí á la puerta,
que tengo la casa sola,
que quizás puede que quiera
también mi mujer criar
en Madrid.

GALVÁN. Decid que venga.

CALLEJO. No tardará; que hoy ha ido
allá á despachar la hacienda
y llevar una muchacha
á servir. *(Vase, y grita dentro.)*

ESPEJO. ¿Qué bulla es ésta?

GALVÁN. Son los mozos del lugar,
que en esta noche festejan
á sus mozas y las ponen
muchos ramos á las rejas.

ZÁRATE. Yo te aseguro que estoy
en el lugar muy contenta.

GARRO. ¿Y el francés y don Patricio?

ZÁRATE. Cazando andan con varetas
por ahí.

GALVÁN. A caza de gangas
fuera mejor que dijeras.

ZÁRATE. A divertirse han venido;
déjalos que se diviertan.

ESPEJO. Ahí vienen.

EUSEBIO. Ya nos han visto.

(Sale PONCE.)

PONCE. ¡Mi señora doña Elena!:

¿qué milagro?

MERINO. *Oh, mon ami!*

ESPEJO. ¡Valiente vida se lleva, amigos!

ZÁRATE. Lo más del día se van y sola me dejan.

MERINO. Un poquito á hacer el *tur* á la villa.

ESPEJO. ¿Y no presentan ustedes la caza?

PONCE. Amigo, toda la pólvora nuestra esta tarde se fué en salvas.

MERINO. Don *Piedro*...

PONCE. Ya veo que llega.

(*Sale la* MAYORA *y los mozos con los ramos, que pasan.*)

MOZOS. Hasta luego, *Telisfora.*

MAYORA. ¿Para qué será esa tema, si yo no estimo á ninguno que me rompa la cabeza?

MOZOS. No importa, no importa. Adiós. (*Vanse.*)

EUSEBIO. ¡Qué hortelanita tan bella!

ZÁRATE. Las más tardes suelo yo bajarme sola á su huerta á divertir. ¿Telesfora?

MAYORA. Estoy á vuestra obediencia, señora.

ZÁRATE. Ven hacia acá, que quiero yo que te vean estos señores.

MAYORA. Aquellos ya me han visto, y por más señas que son un poco pesados.

ZÁRATE. ¿Qué es eso? ¿Te galantean?

PONCE. Yo no; quien se alborotó fué aquí *monsiú* de la Percha.

MERINO. Su *musíca* me ha encantado.

ZÁRATE. Eso es verdad; ¡si la oyeras cómo canta!

GARRO. Eso es muy fácil, si un rato hacernos quisiera ese favor.

MAYORA. Voy de prisa ahora á llevar estas yerbas al señor cura.

ZÁRATE. Repara que esta dama lo desea y está embarazada.

MAYORA. Ese es un testigo que aprieta demasiado.

MERINO. *E* yo también tener barriga quisiera, porque usté cantara siempre. *Alon.*

MAYORA. Pues si ha de ser, sea un juguetillo que hice que de Madrid me trajeran, para instruir mis amigas de que á los hombres no crean en su vida.

ESPEJO. ¿Y tú has estado en Madrid?

MAYORA. Veces diversas, y por eso los conozco. En fin, dice así.

TODOS. Comienza

(*Tonadilla.*)

TODOS. ¡Viva, viva!

MAYORA. Adiós, señores.

ZÁRATE. Aguárdate un rato, espera.

MAYORA. No puedo, que estoy de prisa.

EUSEBIO. Pues da por aquí la vuelta.

MAYORA. Muy bien está. (*Vase.*)

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. Aquí hay tres amas.

(*Salen, con chiquillos,* MARIANA, *la* GERTRUDIS *é* ISABEL, *y luego* JOAQUINA, *con el* CHICO *y* CARRETERO *y* SIMON; *éste de payo, de capa, y el otro en cuerpo.*)

GERTR. Señora, si la contenta, yo iré de balde.

MARIANA. Señora, mire usté qué chica ésta que estoy criando.

ISABEL. Yo iré; que no tengo parentela ni marido.

ESPEJO. Desde luego digo que es mejor aquélla.

GARRO. ¿Y qué entiendes tú?

ESPEJO. Por eso traemos á quien lo entienda.

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. ¡Jesús, Jesús! ¡tanto *güeno* por mi casa y por mi puerta!

CALLEJO. Aquí hay otra ama, señores, y que irá con *convenencia*, que se nos murió el chiquillo.

EUSEBIO. Esa ya parece vieja.

JOAQUINA. ¡El demonio del usía! ¡pues si agarro una silleta!...

GALVÁN. Poco á poco, y vamos viendo cuál parece mejor.

EUSEBIO. Esta.

SIMÓN. Esta no va.

MARIANA. Deja á ver si es cosa que tiene cuenta.

SIMÓN. No irás.

EUSEBIO. ¿Tú eres su marido?

SIMÓN. No, señor.

EUSEBIO. Pues no te metas en nada. ¿Quién es tu esposo?

MARIANA. Es aquel de las melenas.

EUSEBIO. Pues ven tú acá y trataremos

CARRET. ¿Yo? Tratemos norabuena; pero una vez que aquél dice que no, no vayas: ¡paciencia!

ESPEJO. Pues que vaya otra.
GARRO. Tú calla,
que una vez que el señor media,
sabrá lo que se ha de hacer.
ESPEJO. Pues ya ha dicho el señor que ésta.
CARRET. Pero si no quiere esotro.
SIMÓN. Pues ya se ve: ahora está *güena*
ir á Madrid; la señora
parirá una sanguijuela,
la chupará las entrañas,
sacará poca moneda
y vendrá hecha un esqueleto,
que ninguno podrá verla.
CARRET. Dice bien; no vayas, chica.
ESPEJO. Lo que alabo es la paciencia
del marido.
MARIANA. Déjame ir
hasta que pára siquiera;
tomaré algo adelantado,
alguna basquiña nueva
ó guardapiés, la propina
del padrino, lo que pueda
arrebatar, y después
les armaré una quimera
ó encanijaré la cría
y al instante estoy de vuelta.
SIMÓN. No irás.
MARIANA. ¿Y por qué?
CARRET. Una vez
que no quiere, no seas terca.
ISABEL. Aquí estoy yo.
GERTR. Yo iré
JOAQUINA. Yo
crié uno á una marquesa;
pero que no hay en Madrid
otra alhaja como ella.
ZÁRATE ¿Y cuánto ganabas?
JOAQUINA. Poco;
diez pesos y una peseta,
seis libras de chocolate
al mes, tres libras y media
de jabón cada semana,
y cuando iba por las ferias,
Navidad, Semana Santa,
Corpus y Carnestolendas,
nos estábamos dos meses
yo y una hija soltera,
este niño, mi marido,
las dos borricas, la perra
y el ama de mi chiquillo
con su marido y su suegra.
CALLEJO. ¡Y qué bien nos recibía
el marqués! ¡Qué casa aquélla!
ESPEJO. Yo os hubiera recibido
con dos cañones de á treinta.
GARRO. Buena conveniencia fué.
EUSEBIO. Trátese el ajuste de ésta
y dejemos las demás.
SIMÓN. No irá.
EUSEBIO. Sí irá, que estas cuentas
se ajustan con los maridos.
SIMÓN. Pues vaya usté, seo Melenas,
y trate con el señor.
ESPEJO. Yo no entiendo esas materias.
SIMÓN. Tampoco esotro, por eso
soy yo el que *manipulea*.
CHICO. ¡Mi hermana, madre, mi hermana!
JOAQUINA. ¿Cómo puede ser, si queda
en Madrid?
CALLEJO. Ella es Pepilla.

(Sale CORTINAS.*)*

CORTINAS. ¡Ay, padre, que vengo muerta!
CALLEJO. ¿Vienes sola?
CORTINAS No, señor;
que el marido de Lorenza
me trajo, y ahí atrás viene.
JOAQUINA. ¿Y por qué de esa manera
te has salido?
CORTINAS. Porque vi
que era una casa perversa;
me daban mal de comer,
me decían desvergüenzas,
aprendía malas cosas,
no me enviaban á la iglesia
ni se rezaba el rosario.
CALLEJO. ¡Válgame Dios qué insolencia!
Tú, mujer, tienes la culpa.
JOAQUINA. ¿No ves que es una embustera?
¿Cómo puede decir eso,
cuando habrá tenido apenas
tiempo para ver la casa?
CORTINAS. ¡Ay, madre! que por la muestra
se conoce el paño.
ESPEJO. ¡Ay, hija,
y qué palos!

(Sale CHINICA, *con alforjas.)*

CHINICA. ¿Hay quien tenga
que mandar para Madrid,
que voy...?
CORTINAS. Ya estoy yo de vuelta,
Juan Peinado de mi alma.
CHINICA. ¿Con que ya has venido, Pepa?
CORTINAS. Sí.
CHINICA. Pues voy á cortar ramos
para enramarte la puerta.
JOAQUINA. Mira aquí todo lo malo
que tiene la conveniencia.
CALLEJO. Déjamela, que á uno y á otro
los he de cortar las piernas.
TODOS. Dejadlos.
CALLEJO. Agradeced
á los señores que median;
pero luego nos veremos.
CHINICA. ¡Sobre que me quiere ella
y yo la quiero!
CORTINAS. Cabal.
CALLEJO. Pues está la boda hecha.

JOAQUINA. ¿Y con qué habéis de comer?
CHINICA. Con la boca y con las muelas.
ESPEJO. Los abusos y costumbres
de Madrid todos motejan;
pero, poco mas ó menos,
en Fuencarral son las mesmas.
GARRO. ¿Y en qué quedamos?
ZÁRATE. Ahora
mismo son las seis y media;
hasta las diez de la noche
vamos á casa, refrescas,
y mientras buscan el ama,
se armará un rato de gresca
con la gente del lugar,
y luego que te diviertas
puedes marcharte.
EUSEBIO. Madama
ha hablado como discreta;
procure usted divertirse,
que sus intereses quedan
á mi cargo.
ESPEJO. Mire usted
también por mi faltriquera.
SIMÓN. Pues si ha de haber baile, voy
al punto por la vihuela. *(Vase.)*
ZÁRATE. Aquí tenemos también
quien cante tonadas buenas,
y hay de todo.
GARRO. Eso me gusta.
ZÁRATE. Pues, señores, todos vengan
á mi casa.
MERINO. La hortelana
quisiera yo que viniera.
PONCE. Todo es bueno.
CHINICA. Y dando fin,
por precisión, á la idea...
TODOS. Esperamos el indulto
de sus faltas y las nuestras.

96

INTRODUCCIÓN Á LA

Tragedia ridícula de Manolo

1769 (1)

(Después de las voces dentro, salen CHINICA *y la* CORTINAS, *muy enfadados, y* PONCE *detrás de ellos.)*

UNOS. Se ha de hacer.
OTROS. No se ha de hacer.
CHIN. *(dentro.)* Esto es una desvergüenza.
(Sale CORTINAS.)
CORTINAS. También lo demás es falta
de justicia y de prudencia.

(1) *Inédita.* Bib. Municip.: leg. 1-184-1. Copia antigua de 1769.

(Salen PONCE *y* CHINICA.)
PONCE. ¡Por amor de Dios, Chinica!
CHINICA. ¡Por amor de Dios, Vicenta!
CORTINAS. No quiero. Tasadamente,
para ponerse más tiesa
la mujer, no necesita
más que ver que se lo ruegan.
CHINICA. Dígale usted, señor Ponce,
que aunque cien años viviera
no vuelvo á hacer más papel
de sainete ni comedia
hasta volver por mi honor
y que todo Madrid sepa
que tiran á deslucirme
el *autor* y los poetas.
CORTINAS. Lo mismo digo yo.
PONCE. ¿Y cuál
es la causa de tan nueva
aprensión?
CHINICA. ¿No está bien clara?
PONCE. No está sino muy espesa
para mí.
CORTINAS. ¡Cómo se hace
el bobo! ¡qué brava pesca
es el tal autor!
CHINICA. Tú calla
y déjalo, compañera;
que la venganza de entrambos
ha de correr de mi cuenta.
PONCE. Pero si yo no os entiendo.
¿De qué nace vuestra queja?
CORTINAS. ¿Es poco haberme dejado
sin papel en una fiesta
de empeño?
PONCE. Si no le había
para ti.
CORTINAS. Pues que le hubiera;
y si no, darme una parte
en el baile de la Greca;
que si yo quiero soy tan
danzanta como cualquiera.
PONCE. ¡Pues qué! ¿tú sabes bailar
sin guitarra y castañuelas?
CORTINAS. ¿Que si sé? y quizá con tantos
talentos y ligereza
como la Isabel Monteis.
CHINICA. Y diga usté, ¿quién sufriera,
sino yo, que le dejasen
sin papel en la tragedia
y le obligasen después
á hacer el Gran Turco?
CORTINAS. Esa
es una parte muy noble,
muy descansada y muy seria.
CHINICA. Dices muy bien: salir á
que le rompan la cabeza
con los platos de latón;
estar mudo como un bestia;
presentarle allí las moras

á que le hagan reverencias;
mandarle escoger, y luego
que ha escogido y que le alegran
con el *zalá*, las cabriolas
y las peregrinas muecas,
echarle allá adentro, y otros
quedarse á bailar con ellas.
Este es un chasco que ni
al Gran Turco se le diera,
cuanto ni más á cristiano.

PONCE. Eso es una friolera,
y por eso desde aquí
se toma otra providencia,
y sólo se dará un baile
para que el público tenga
todo aquello que apetece,
dándole en cualquier comedia
con baile su sainetillo
con su tonadilla nueva.

CHINICA. Pues que le hagan los demás.

CORTINAS. Que la cante la que quiera.

PONCE. Y si no queréis vosotros
de grado, lo haréis por fuerza.

CHINICA. Yo no he de hacer cosa alguna
hasta hacer una tragedia.

PONCE. ¿Y la supieras tú hacer?

CHINICA. Y no sólo sabré hacerla,
sino escribirla. Y quizá
la traigo en la faltriquera.

PONCE. ¿Y es original?

CHINICA. En todo.

PONCE. ¿Y es caso de Roma ó Grecia?

CHINICA. ¿Pues qué? ¿faltan en Madrid
asuntos para tragedias,
habiendo maridos pobres
y mujeres petimetras,
para exponer caracteres
de compasión; tantas viejas
para inspirar el terror;
tantas justas providencias
que animen á la virtud;
y para que se aborrezca
el vicio, un Antón Martín,
predicando penitencia?
¿Qué país del universo
ofrece en todas materias
más héroes; ni en qué país
hay tantas civiles guerras
como aquí, que hay pretensiones,
primos, cuñados y suegras?

PONCE. Vaya; ¿y cómo la intitulas?

CHINICA. *El Manolillo: tragedia*
para reir y sainete
para llorar.

PONCE. ¿Y la escena?

CHINICA. Es en medio de la calle,
para que todos lo vean.

PONCE. ¿Y adónde?

CHINICA. En el Lavapiés,
delante de una taberna.

PONCE. Ella será como tuya.

CHINICA. Señor mío, si no es buena,
hacerla mejor.

PONCE. ¿Y cuándo
la he de ver?

CHINICA. Cuando usted quiera;
pues yo, tres amigos míos
y otras tantas compañeras
la sabemos.

PONCE. ¿Y hay comparsas?

CHINICA. Lo primero cuatro de ellas
de muchachos, de aguadores,
de pillos y verduleras.

PONCE. ¡Gran disparate será!

CHINICA. Esos los tiene á docenas;
pero todo está en que pete
y se haga cargo el que vea
de que anda el discurso á tiento
buscándole cosas nuevas,
por huir de que le canse
siempre la misma menestra.

PONCE. Pues bien.

CORTINAS. Vamos á empezarla.

CHINICA. Y porque se admire aquella
dignidad correspondiente
de empezar una tragedia,
baje la cortina.

PONCE. Baje.

CHINICA. Y háganos boca la orquesta
con timbales y clarines
que llenen las almas nuestras
de heroicidad y furor.

PONCE. Sea muy enhorabuena.

C. y CHIN. Y, con licencia de ustedes,
atención, que se comienza.

Manolo

TRAGEDIA PARA REIR Ó SAINETE PARA LLORAR

1769 [1]

¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si después los domingos ó los lunes
disipáis el jornal en la taberna?

PERSONAJES

EL TÍO MATUTE, *tabernero de Lavapiés, marido de*
LA TÍA CHIRIPA, *castañera.*
LA REMILGADA, *hija del* TÍO, *amante de* MEDIODIENTE.
MANOLO, *hijo de la* TÍA, *amante pasado de*
LA POTAJERA, *enamorada (en ausencia de* MANOLO) *de*
MEDIODIENTE, *amante de la* REMILGADA.
SABASTIÁN, *esterero, confidente de todos.*
Comparsas de verduleras, aguadores, pillos y muchachos.

(La escena es en Madrid y en medio de la calle ancha del Lavapiés, para que la vea todo el mundo.)

---

(1) Impreso por el autor en el tomo IV, p. 381 de su colección; suelto muchas veces, y por Durán (I, 481).

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

(Después de la estrepitosa abertura de timbales y clarines se levanta el telón y aparece el teatro de la calle pública, con magnífica portada de taberna y su cortina apabellonada de un lado, y del otro tres ó cuatro puestos de verduras y frutas, con sus respectivas mujeres. La Tía Chiripa *estará á la puerta de la taberna con su puesto de castañas, y* Sabastián *haciendo soguilla á la punta del tablado; en el fondo de la taberna suena la gaita gallega un rato, y luego salen, dándose de cachetes,* Mediodiente *y otro tuno, que huye luego que sale el* Tío Matute *con el garrote, y comparsa de aguadores.)*

MEDIODIENTE.

O te he de echar las tripas por la boca,
ó hemos de ver quién tiene la peseta.

SABASTIÁN.

Aguarda, Mediodiente.

TÍA CHIRIPA.

Pues ¿qué es esto?
¿Cómo no miran quién está á la puerta
de la taberna y salen con más modo,
y no que por un tris no van la mesa
y las castañas con dos mil demonios?

MEDIODIENTE.

Los héroes, como yo, cuando pelean
no reparan en mesas ni en castañas.

TÍA CHIRIPA.

Yo te aseguro...

SABASTIÁN.

Moderaos, princesa,
pues, si no me equivoco, el tío Matute
con su gente y sus armas ya se acerca.

ESCENA II.

Tío Matute, *su comparsa y los dichos.*

TÍO MATUTE.

Escuadrón de valientes parroquianos;
ya véis que la opinión de mi taberna
está pendiente; nadie los perdone,
y cada cual les dé con lo que pueda.

MEDIODIENTE.

¡Aguárdate, cobarde!

TÍO MATUTE.

No le sigas,
y date tú á prisión.

MEDIODIENTE.

Pues ¿qué más prueba
queréis, si el otro huye y yo me quedo,
de que él os hizo noche la peseta?

TÍO MATUTE.

Tengas ó no la culpa, pues te pillo,
tú, Mediodiente, pagarás la pena;
porque la fama, que hasta aquí habrá roto
más de catorce pares de trompetas
por ese Lavapiés, preconizando
mis medidas, mi vino y mi conciencia,
no ha de decir jamás que hubo en mi casa
un hurto que importase una lenteja.
¿Se ha de decir que hurtaron cuatro reales
en una que es acaso la primera
tertulia de la corte, donde acuden
sujetos de naciones tan diversas
y tantos petimetres con vestidos
de mil colores y galón de seda?
Aquí donde, arrimados los bastones
y plumas que autorizan las traseras
de los coches, es todo confianza,
¿se ha de decir que hay quien faltó á ella?
Aquí, donde compiten los talentos
dempués de deletreada la *Gaceta*,
y de cada cuartillo se producen
diluvios de conceptos y de lenguas.
Aquí, donde las honras de las casas,
mientras yo mido, los criados pesan,
de suerte que, á no ser por mí y por ellos,
muchas cosas quizá no se supieran.
¿Aquí ha de haber quien robe? ¡Rabio de ira!
¿Que se emborrachen? ¡vaya enhorabuena!;
que á eso vienen aquí las gentes de honra;
¿pero quién será aquél, *dempués* que beba,
que hurte, juegue, murmure ni maldiga
en el bajo salón de mi taberna?

MEDIODIENTE.

Matute, ¿qué apostáis *cagarro* un canto
y os parto por en medio la mollera?

TÍO MATUTE.

¿Yo amenazado?

MEDIODIENTE.

¿Yo ladrón?

TÍA CHIRIPA.

Esposo,
déjale con mil diablos.

TÍO MATUTE.

No pretendas
que deje sin castigo su amenaza.

TÍA CHIRIPA.

¡Ay, señor! que amenaza tu cabeza,
y conforme te puede dar en duro,
también te puede dar donde te duela.

TÍO MATUTE.

Tú dices bien. ¡Ah cuánto, en ocasiones,
las mujeres prudentes aprovechan!

SABASTIÁN.

¡Templanza heroica!

MEDIODIENTE.

¡Formidable aspecto!

ESCENA III

REMILGADA *y los dichos.*

REMILGADA.

La llave me entregad de la bodega,
que el jarro se acabó del vino tinto.

TÍO MATUTE.

Yo tengo capitanes de *experencia*
y de robusta espalda que manejan
mejor los cubos y subirle puedan.

TÍA CHIRIPA.

Para esta expedición fuera más útil
que no faltase tu persona excelsa,
no equivoquen el vino veterano;
pues el que ayer llegó de Valdepeñas
aún está moro, y fuera picardía
consentir que cristianos le bebieran.

TÍO MATUTE.

¡Qué discreción! Ven, pues, porque al momento
la llave saques y el candil enciendas.

ESCENA IV

REMILGADA, MEDIODIENTE, SABASTIÁN *y las* VERDULERAS.

MEDIODIENTE.

¿Es posible, divina Remilgada,
que siquiera la vista no me vuelvas?
¿Y la fe que juraste á Mediodiente?

REMILGADA.

Yo no me hablo con gente sin vergüenza;
ni yo, por *medio diente* más ó menos,
he de exponer mi aquel á malas lenguas,
no teniendo otra cosa más de sobra
que los dientes enteros y las muelas.

MEDIODIENTE.

Ya te entiendo, y te juro, dueño mío,
que nunca he vuelto á ver la Potajera
dende la noche que la di la tunda
por darte á tí *sastifación*...

REMILGADA.

No mientas:
que yo el dia te vi de los *Defuntos*
ir *cacia* el *hespital* junto con ella.

MEDIODIENTE.

No viste tal...

REMILGADA.

Si vi...

(Dentro suenan unos cencerros.)

MEDIODIENTE.

Pero ¿qué salva
de armonía bestial el aire llena?

SABASTIÁN.

Esto es, señor, sin duda, que Manolo,
aquel de quien han sido las *probezas*
en *Madril* tan notorias; aquel joven
que, *aluno* de las mañas y la escuela
del *ensine* Zambullo, dió al maestro
tanto que hacer, en el mesón se apea
dempués de concluir las diez campañas
en que la Africa vió; pues su soberbia,
no cabiendo del mundo en la una parte,
repartió entre las dos su corpulencia.

MEDIODIENTE.

¿No es éste el hijo de la tía Chiripa,
tu *madrasta*, y el que en los *patos* entra
de que ha de ser tu esposo, pues tu padre,
el tío Matute, se casó con ella?

REMILGADA.

El mismo es.

MEDIODIENTE.

¡Pues reniego de tu casta!
¿Para qué me *dijites*, embustera,
que me querías? ¿Este era el motivo
de estar conmigo por las noches seria,
y de darme sisados los cuartillos?
¡Oh, santos Dioses! Yo te juro, ¡ah perra!
que has de ver de los dos cuál es más hombre,
en medio del Campillo de Manuela,
de *naaja* á *naaja* ó puño á puño,
y le tengo de echar las tripas *juera*.

REMILGADA.

¡No te *inrrites*, señor! ¡Destino *alverso*:
suspende tus furiosas influencias!
¿Casarme con Manolo yo?, y ¡qué poco!;
primero me cortara la *caeza*.

MEDIODIENTE.

¿Serás firme?

REMILGADA.

Testigo el espartero.
¡Así lo fueras tú!

MEDIODIENTE.

Si te hago ofensa
y falto á mi palabra, que me falten
el vino y el tabaco, la moneda
en el juego...

REMILGADA.

No más, ¡mi bien!, que bastan
los juramentos para que te crea.
Queda en paz.

MEDIODIENTE.

Vete en paz.

REMILGADA.

Sólo te encargo
que no vuelvas á ver la Potajera.

MEDIODIENTE.

¡Ay, que viene Manolo!

REMILGADA.

¡Ay, que eres tuno!

LOS DOS.

¡Cielos, dadme favor ó resistencia!

ESCENA V

MEDIODIENTE, SABASTIÁN *y las* VERDULERAS.

MEDIODIENTE.

¡Cuidado, Sabastián, con el secreto!

SABASTIÁN.

Soy quien soy; soy tu amigo, ve, sosiega,
y tus cosas dispón, pues esto *naide*
lo sabe sino yo, y las verduleras.

(Vase MEDIODIENTE).

¡Oh, amor! cuando en dos almas te introduces,
y más cuando son almas como éstas,
¡qué heroicos pensamientos los sugieres
y con qué *heroicidá* los desempeñan!
Pero Manolo viene; ¡santos cielos!:
aquí del interés de la tragedia;
y porque nunca la ilusión se trunque,
influya Apolo, la unidad, centena,
el millar, el millón; y si es preciso,
toda la tabla de contar entera.

ESCENA VI

MANOLO, *de tuno, con capita corta y montera, y la posible comparsa de pillos, y* SABASTIÁN.

MANOLO.

Ya estamos en *Madril* y en nuestro barrio,
y aquí nos honrará con su presencia
mi madre, que, si no es una real moza,
por lo menos veréis una real vieja.
¡La patria! ¡qué dulce es para aquel hijo
que vuelve sin camisa ni calcetas,
sin embargo de que eran de Vizcaya
las que sacó en el día de su ausencia!

SABASTIÁN.

¡Manolo!

MANOLO.

¡Sabastián! Dame los brazos,
y no extrañes, amigo, me sorprenda
de verte en un estado tan humilde.
¿Tú manejar esparto, en vez de cuerdas
para asaltar balcones y cortinas?
¿Tú, que por las rendijas de las puertas
introducías la flexible mano,
la aplicas á labores tan groseras?
¿Qué es esto?

SABASTIÁN.

¿Qué ha de ser?: que se ha trocado
tanto *Madril* por dentro y por *ajuera*,
que lo que por *ajuera* y por adentro
antes fué porquería, ya es limpieza.

MANOLO.

¿Cómo?

SABASTIÁN.

Son cuentos largos; pero, amigo,
tú con tu gran talento considera
cómo está todo, cuando yo me he puesto
á sastre de serones y de esteras.

MANOLO.

Dime más novedades. ¿Y la Pacha,
la Alfonsa, la Ojazos y la Tuerta?

SABASTIÁN.

En San Fernando.

MANOLO.

Si sus vocaciones
han sido con fervor, ¡dichosas ellas!

SABASTIÁN.

No apetecieron ellas la clausura,
que allí las embocaron de por *juerza*.

MANOLO.

¿Pues qué tirano padre les da estado
contra su voluntad á las doncellas?

SABASTIÁN.

Ya sabes que entre gentes conocidas
es la razón de estado quien gobierna.

MANOLO.

¿Y nuestros camaradas el Zurdillo,
el Tiñoso, Braguillas y Pateta?

SABASTIÁN.

Todos fueron en tropa.

MANOLO.

Dende chicos
fueron muy inclinados á la guerra;
y el día que se hallaban sin contrarios,
jugaban á romperse las cabezas.

SABASTIÁN.

Permíteme que gane las albricias
de tu llegada.

MANOLO.

Yo te doy licencia.

SABASTIÁN.

Pero no hay para qué, pues ya te han visto.

MANOLO.

¡Cielos: dadme templanza y fortaleza!

ESCENA VII

La TÍA CHIRIPA *y los dichos.*

TÍA CHIRIPA.

¡Manolillo!

MANOLO.

¡Señora y madre mía:
dejad que imprima en la manaza bella
el dulce beso de mi sucia boca.
¿Y mi padre?

TÍA CHIRIPA.

Murió.

MANOLO.

Sea norabuena.
¿Y mi tía la Roma?

TÍA CHIRIPA.

En el *Hespicio.*

MANOLO.

¿Y mi hermano?

TÍA CHIRIPA.

En Orán.

MANOLO.

¡Famosa tierra!
¿Y mi cuñada?

TÍA CHIRIPA.

En las *Arrecogidas.*

MANOLO.

Hizo bien, que bastante anduvo suelta.

ESCENA VIII

Los dichos, y el TÍO MATUTE *y la* REMILGADA.

TÍO Y REMILGADA.

Manolo, bien venido.

MANOLO. *(A la* TÍA CHIRIPA.*)*

¿Quién es éste
que tan serio me habla y se presenta?

TÍA CHIRIPA.

Otro padre que yo te he prevenido,
porque con la *orfandá* no te afligieras.

MANOLO.

¿Y qué destino tiene?

TÍO MATUTE.

Tabernero.

(Con dignidad, y MANOLO *y su comparsa le hacen una profunda y expresiva reverencia.)*

TÍA CHIRIPA.

Y ésta, que es rama de la misma cepa,
es su hija y tu esposa.

REMILGADA.

¡Yo fallezco!

TÍA CHIRIPA.

Repárala qué aseada y qué compuesta.

MANOLO.

Ya veo que lo está.

TÍA CHIRIPA.

¿Vienes cansado?

MANOLO.

¿De qué? Diez ó doce años de miseria
de grillos y de zurras, son lo mismo
para mí que beberme una botella.

TÍO MATUTE.

¿Cómo te ha ido en *presillo?*

MANOLO.

Grandemente.

SABASTIÁN.

Cuenta de tu jornada y tus *probezas*
el cómo, por menor ó por arrobas.

MANOLO.

Fué, señores, en fin, de esta manera:
No refiero los méritos antiguos
que me adquirieron en mi edad primera
la común opinión; paso en silencio
las pedradas que di, las faltriqueras
que asalté y los pañuelos de tabaco
con que llené mi casa de banderas,
y voy, sin reparar en accidentes,
á la sustancia de la dependencia.
Dempués que del Palacio de Provincia
en público salí con la cadena,
rodeado del ejército de pillos,
á ocupar de los moros las fronteras,
en bien penosas y contadas marchas,
sulcando ríos y pisando tierras,
llegamos á Algeciras, *dende* donde,
llenas de aire las tripas y las velas,
del viento protegido y de las ondas,
los muros saludé de la gran Ceuta.
No bien pisé la arena de sus playas,
cuando en tropel salió, si no en hileras,
toda la guarnición á recibirnos,
con su gobernador en medio de ella.
Encaróse conmigo y preguntóme:
«¿Quién eres?» Y al oir que mi respuesta
sólo fué: «Soy Manolo», dijo serio:
«Por tu fama conozco ya tus prendas.»
Dende aquel mismo *istante*, en los diez años
no ha habido expedición en que no fuera
yo el primerito. ¡Qué servicios hice!
Yo levanté murallas; de la arena
limpié los fosos; amasé cal viva;
rompí mil picos; descubrí canteras,
y en las noches y ratos más ociosos,
mataba mis contrarios treinta á treinta.

TÍO MATUTE.

¿Todos moros?

MANOLO.

Nenguno era cristiano,
pues que de sangre humana se alimentan.
En fin; de mis pequeños enemigos
vencida la porfía y la caterva,
me vuelvo á reposar al patrio suelo;
aunque, según el brío que me alienta,
poco me satisface esta jornada,
y sólo juzgo que salí de Ceuta
para correr *dempués* las demás cortes,
Peñón, Orán, Melilla y *Aljucemas*.

SABASTIÁN.

Y entre tanto á las minas del Azogue
puedes ir á pasar la primavera.

TÍO MATUTE. (*A la* REMILGADA.)

Habla á tu esposo.

REMILGADA.

Gran señor, no quiero.

TÍO MATUTE.

¡Qué gracia, qué humildad y qué obediencia!

TÍA CHIRIPA.

Ven, pues, á descansar.

ESCENA IX

La POTAJERA *y los dichos.*

POTAJERA.

Dios guarde á ustedes,
y tú, Manolo, bien venido seas,
si vuelves á cumplirme la palabra.

MANOLO.

¿De qué?

POTAJERA.

De esposo.

MANOLO.

Pues en vano esperas,
que tengo aborrecidas las esposas
dempués que conocí lo que sujetan.

POTAJERA.

Tú me debes...

MANOLO.

Al cabo de diez años,
¿quieres que yo me acuerde de mis deudas?

POTAJERA.

Mira que de paz vengo; no resistas,
ó apelaré al despique de la guerra;
pues á este fin mi ejército acampado
dejo ya en la vecina callejuela.

TÍO MATUTE.

¡Hola! ¿qué es esto?

POTAJERA.

Es un asunto de honra.

TÍO MATUTE.

¡Cielos, qué escucho! Aquí de mi prudencia.
(Haced vosotros gestos, entretanto
que yo me pongo así como el que piensa.)

(*Pausa.*)

MANOLO.

¡Qué bella escena muda!

TÍO MATUTE.

Ya he resuelto,
y voy á declararme.

TÍA CHIRIPA.

Pues revienta.

TÍO MATUTE.

Aquí hay cuatro intereses: el de mi hija;
el de Manolo, que á casarse llega;
el nuestro, que cargamos con hijastros,
y, finalmente, el de la Potajera,
que pretende que pague el que la debe,
y es justicia, con costas, *excetéra.* (*Pausa.*)
Manolo ha de casarse con mi hija. (*Resuelto.*)
Este es mi gusto.

REMILGADA.

¡Cielos! ¡qué sentencia!

TÍO MATUTE.

Con que es preciso hallar entre tu honra
y mi decreto alguna conveniencia.

POTAJERA.

Mi honor valía más de cien ducados.

TÍO MATUTE.

Ya te contentarás con dos pesetas.

POTAJERA.

No lo esperes.

TÍO MATUTE.

Pues busca quien le tase.

POTAJERA.

Lo tasarán las uñas y las piedras.

ESCENA X

MEDIODIENTE *y los mismos.*

MEDIODIENTE.

Yo te vengo á servir de aventurero,
pues hoy quiere el destino que dependa
tu suerte de la mía.

POTAJERA.

Yo te estimo
la generosa, Mediodiente, oferta;
porque mientras yo embisto cara á cara,
tú por la retaguardia me defiendas.

MANOLO.

Amigo Mediodiente...

MEDIODIENTE.

No es mi amigo
quien del honor las leyes no respeta,
y sabré...

MANOLO.

¿Qué sabrás? ¿Cómo á la vista
de este feroz ejército no tiemblas?
(*Señala á los pillos.*)

MEDIODIENTE.

Nunca el pájaro grande retrocede
por ver los espantajos en la higuera.

POTAJERA.

Haz que toquen á marcha.

SABASTIÁN.

(Si nos vamos
todos á un tiempo, se acabó la fiesta.)

MEDIODIENTE.

Yo le ofrezco á tus pies rendido ó muerto.

REMILGADA.

¡Ay de mí!

TÍO MATUTE.

¿Qué es aquesto?

REMILGADA.

Ya que llega
á este extremo mi mal, no se malogre
mi gusto por un poco de vergüenza,
que sólo es aprensión, y sepan cuantos
aquí se hallan que por ti estoy muerta,
y que te he de matar ó he de matarme
si vuelves á mirar la Potajera.

MEDIODIENTE.

No lo creas, mi bien... Mas mi palabra
empeñada está ya por defenderla.
Aquí me llama amor; aquí mi gloria.
¿Dónde está mi valor? Mas, mi fineza,
¿á dónde está también? ¡Oh, injustos hados!
¡Qué de *afetos* contrarios me rodean!

MANOLO.

(¡Cómo exprime el cornudo las pasiones!)

MEDIODIENTE.

Pero, al fin, de este modo se resuelva.
Lidiaré por la una, y á la otra
satisfaré *dempués.* ¡Al arma!

MANOLO.

¡Guerra!

POTAJERA.

¡Avanza, infantería, á las castañas!

MANOLO.

Amigos, asaltemos la taberna;
y á falta de clarines y tambores,
hagan el son con la gaita gallega.

ESCENA XI

Los dichos, y al verso «Avanzi, Infantería», salen unos muchachos, que á pedradas derriban el puesto de castañas y andan á la rebaliña. MANOLO *y los tunos entran en la taberna, y suena ruido de vasos rotos; la* CHIRIPA *anda á paladas con los muchachos, y luego se agarra con la* POTAJERA; *el* TÍO *tiene á la* REMILGADA *desmayada en sus brazos;* SABASTIÁN *está bailando al son de la gaita; y luego salen, dándose de cachetes,* MANOLO *y* MEDIODIENTE; *y á su tiempo, cuando le da la navajada, se levantan las tres verduleras, y van saliendo tunos y muchachos y forman un semicírculo, haciendo que lloran con sendos pañuelos, etc.*

MANOLO.

¡Ay de mí! ¡muerto soy!

MEDIODIENTE.

Me alegro mucho.

REMILGADA.

Ya respirar podemos.

TÍA CHIRIPA.

¿Quién se queja?

TÍO MATUTE.

No te asustes; no es más de que á tu hijo
le atravesaron la tetilla izquierda.

MANOLO.

Yo muero... No hay remedio ¡Ah, madre mía!
Aquesto fué mi sino... Las estrellas...
Yo debía morir en alto puesto,
según la *heroicidá* de mis empresas;
¿pero qué hemos de hacer? No quiso el cielo.
Me moriré, y después tendré *pacencia*.
Ya no veo los bultos... aunque veo
las horribles visiones que me cercan.
¡Ah, tirano! ¡Ah, perjura! ¡Ay, madre mía!...
Ya caigo... ya me tengo... vaya de ésta. (*Cae.*)

TÍA CHIRIPA.

¡Ay, hijo de mi vida! ¡Para esto
tantos años lloré tu triste ausencia!
¡Ojalá que murieses en la plaza,
que, al fin, era mejor que en la plazuela!
Pero aguarda, que voy á acompañarte,
para servirte en lo que te se ofrezca.
¡Oh, Manolo, el mejor de los mortales!
¿Cómo sin ti es posible que viviera
tu triste madre? ¡Ay! ¡allá va eso! (*Cae.*)

TÍO MATUTE.

Aguárdate, mujer, y no te mueras...
Ya murió, y yo también quiero morirme,
por no hacer duelo ni pagar *esequias*. (*Cae.*)

REMILGADA.

¡Ay, padre mío!

MEDIODIENTE.

Escúchame.

REMILGADA.

No puedo,
que me voy á morir á toda priesa. (*Cae.*)

POTAJERA.

Y yo también, pues se murió Manolo,
á llamar al doctor me voy derecha,
y á meterme en la cama bien mullida,
que me quiero morir con *convenencia*.

ESCENA ÚLTIMA

SABASTIÁN, MEDIODIENTE, *las comparsas y los difuntos.*

SABASTIÁN.

Nosotros ¿nos morimos ó qué hacemos?

MEDIODIENTE.

Amigos, ¿es tragedia ó no es tragedia?
Es preciso morir, y sólo deben
perdonarle la vida los poetas
al que tenga la cara más adusta
para decir la última sentencia.

SABASTIÁN.

Pues dila tú, y haz cuenta que yo he muerto
de risa.

MEDIODIENTE.

Voy allá. ¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si *dempués* los domingos ó los lunes
disipáis el jornal en la taberna?

(*Cae el telón y se da fin.*)

97

El Manolo.

SAINETE Ó TRAGEDIA BURLESCA

SEGUNDA PARTE ([1])

Representado en los teatros de esta corte.
Para siete personas.

Con licencia. En Madrid. Año de 1791.
Se hallará en la librería de Quiroga, calle de la Concepción Jerónima, junto á Barrio Nuevo; y asimismo un gran surtido de comedias antiguas, tragedias y comedias modernas, autos, sainetes, entremeses y tonadillas.

PERSONAS

El Tio Alifonso.—La Ojazos.—Manolo.—Media Muela.—La Tuerta.—Pateta.—Un Alguacil.

(*La escena se representa en el Avapiés, ó su plazuela, á la puerta de la tienda del* Tio Alifonso, *zapatero de viejo, adonde se descubre éste, sentado en su silla, con una mesa de zapatería; y en el suelo, á un lado,* La Ojazos, *y á otro* La Tuerta, *ésta con su parche en el ojo.*)

ESCENA PRIMERA

Tio Alifonso, La Ojazos *y* La Tuerta.

Alifonso.

Esta fué la fatal, la inexorable
desgracia sucedida en la taberna;
pues muertos de dolor aquellos héroes,
hoy son del Avapiés memoria eterna.

Tuerta.

¡Herocidad notable!

Ojazos.

¡Quién lograra
ver una acción de tanta gloria llena!

Alifonso.

Allí se presentó de la desgracia
la imagen más atroz y verdadera,
pues un hombre, cual era Manolillo,
lleno de lauros y de honrosas señas,
al golpe de un acero mal bruñido
perdió el aliento: ¡Oh, mísera tragedia!
Si así acabas con tales *presonajes*,
¿qué harás con los que menos valor tengan?
Mas, ¿cómo en San Fernando habéis estado?

Ojazos.

Con bastante soltura recoletas;
pues aunque nos tuvieron encerradas,
nosotras procuramos estar sueltas.

Alifonso.

¡Digno esplendor de vuestro nacimiento!
¿Y en qué pasábais, pues, vuestra tarea?

Tuerta.

En hilar unos hilos tan delgados,
de tan lustrosa y tan sutil faena,
que á cables de navío brevemente
servirán de su hilaza las materias.

Alifonso.

En menos no era justo el ocuparos.

Ojazos.

Según como salimos de la excelsa
galera de Madrid, era forzoso
que fuese decorosa la sentencia.

Alifonso.

Tened, que me parece que aquí viene
hijo de Medio Diente, Media Muela,
fruto de aquel que, fiero y alevoso,
á mi sobrino dió la muerte fiera.

Tuerta.

¡Oh, agresor más tirano! pues su padre
privó al mundo de un héroe.

Ojazos.

¡Cesa, cesa!;
que si tú, apasionada á Manolillo,
eres contraria á la familia ésta,
yo conozco que aquéllos son del barrio
vilipendio y horror y desvergüenza.

Tuerta.

¿Pues cómo tú...?

Ojazos.

Arrímate, si quieres,
y verás que esta mano, más sangrienta,
de tus pelos no deja ni aun señales
entre mis uñas.

Alifonso.

¡Bárbara! ¿qué intentas?
¿A dónde está, decidme, aquí el decoro?
Y en vosotras, ¿á dónde la nobleza
que os ilustra? ¿queréis volver, osadas,
á visitar la orilla que celebra
el Guadarrama, dando por las calles
nuevo fomento y nueva desvergüenza?
¿Queréis que vuelva aquel fatal *menistro*
á quitaros las moscas con la suela,
mostrando del candor de vuestras carnes
toda la masa y la naturaleza?
Templaos ya.

([1]) No es seguro que esta segunda parte pertenezca á D. Ramón de la Cruz; pero como objeto de curiosidad nos hemos resuelto á reimprimirla.

OJAZOS.

Iba á decir no quiero;
pero válgame aquí de mi prudencia.

ALIFONSO.

Lo que pueden palabras respetables,
y más en personajes de esta esfera.

ESCENA II

(*Sale* MEDIA MUELA, *de tuno, embozado en una capa muy rota, que sin desembozarse saca los brazos por los agujeros, con un zapato no más y el otro en la mano, muy viejo.*)

MUELA.

Oid, tío Alifonso; diestramente
á este zapato compondréis la suela,
que tengo que acudir en breve rato
á desollar un burro en la plazuela.

ALIFONSO.

Para una acción de tanto lustre y fama,
emplear es forzoso mi asistencia.
¿Qué le falta al zapato?

MUELA.

Cosa corta:
el cordobán, tacones y las suelas.

ALIFONSO.

Di que falta el zapato todo junto,
habrás finalizado con tu arenga.

ESCENA III

(*Sale, por el lado opuesto,* MANOLO, *de tuno y muy pillo.*)

MANOLO.

¿Ah, tío Alifonso? Aquí os traigo un recado
de parte de mi amigo Juan Pateta,
hijo de Manolillo, aquel que al mundo
dejó pasmado por sus nobles prendas.

ALIFONSO.

Qué pretende declara, que me hallo
despachando con prisa una materia
que, digna de la mano que la labra,
es asunto de la mayor empresa.

MANOLO.

El caso es arduo; dice que, sabiendo
que está aquí ahora mismo Media Muela,
hijo de aquel que dió la muerte, osado,
á su padre en pública palestra,
siendo usted aquí el juez, le desafía,
para que admire el barrio, y porque advierta
cómo lava con sangre del contrario
su más cruel y sanguinaria ofensa.

TUERTA.

¡Digna acción de su esplendor ilustre!

OJAZOS.

¡No lo puedo escuchar, rabio de pena!
¡Ay, Media Muela mío! ¡qué de sustos
por ti ha de sufrir tu amada prenda!

TUERTA.

Parece que te turban esas voces,
ó que sientes el daño que le espera.
¿A quién defiendes?

OJAZOS.

Procura moderarte,
que yo no soy ni me hallo aqui tan ciega
que ame á ése tan solo, siendo tantos
los que de mí lograron confidencias.

TUERTA.

Y si no que lo digan San Fernando,
el *Hespicio*, la Plaza y la Galera.

OJAZOS.

Esos son accidentes decorosos,
á que estamos nosotras muy expuestas,
siempre que, dadivosas, no negamos
parecer de que fuimos medianeras.

TUERTA.

Pues no fué esa mi culpa.

OJAZOS.

Yo lo creo,
porque en mí fué el castigo sin reserva,
por amistad de muchos, y en ti ha sido
por ser de aquestos trastos estafeta.

TUERTA.

Pues, ¿cómo?

OJAZOS.

¿Tú quieres que aquí mismo,
llevada del furor de mi impaciencia,
demuestre el occidente de tu vientre
vapulando esa vil baja materia?

ALIFONSO.

¿Cómo es eso? Señoras, ¿no reparan
el sitio donde están y la grandeza
de mi empleo y estado? ¡Voto á Crispo!

OJAZOS.

Tío Alifonso: ya por mí estoy quieta.

TUERTA.

¿Yo ultrajada de aquesta cochistrona?
¡Ah, uñas!... Mas, valga la prudencia,

y dé á conocer en ocasiones
lo heroico de la sangre que la alienta.

ALIFONSO (*A* MEDIA MUELA.)

Ya oiste este mensaje, ya le oiste:
¿qué respondes?

MUELA.

Son tantas las materias
que me confunden, que quiero consultarlas
con mi discurso; en breve doy respuesta.

MANOLO.

Yo me aparto á esperar. (*Vase.*)

TUERTA.

Yo á desahogarme. (*Vase.*)

ALIFONSO.

Y yo á buscar entro en la tienda
fragmento de materia tan lustrosa
para acabar de perfilar las suelas. (*Vase.*)

ESCENA IV

MEDIA MUELA *y* LA OJAZOS.

MUELA.

¡Ah! ¡oh tú, querida Ojazos mía!
dime qué haré en una acción como ésta,
en que fama y honor, hacienda y vida
á un trance de batalla miro expuestas.

OJAZOS.

Lo que puedo decirte (¡yo fallezco!)
es que (¡ay de mí! ya titubea
toda mi humanidad), es que procures
salir como quien eres. Las excelsas
virtudes de tu padre no son dignas
de que un hijo cual tú las oscurezca;
obra según tu sangre, que en mí tienes,
si te portas cual eres, quien, atenta,
con todo aquel *afleuto* que mereces,
sabrá por ti morirse: adiós te queda.
(¡Oh pasión de este mundo, cuál me tienes,
pues, cuando fuí prudente, esta violencia
me arrastra de tal suerte, que no puedo
dejar de querer fina y ser *afeta!*) (*Vase.*)

ESCENA V

MEDIA MUELA *solo.*

MUELA.

Fuertes voces; aquí de mi discurso,
y pues solo he quedado, ahora, paciencia,
te he menester. Si fué crudo mi padre
y á Manolo le dió la muerte fiera,
¿he de exponerme á que conmigo haga
su hijo aquí la misma diligencia?
No, señor; yo no admito desafío...
¿Cómo no? ¡ah, boca la más puerca!
¿Qué dijera de mí toda la fama
de Lavapiés y de sus callejuelas?
Mas, si me mata, ¿qué me hará la fama?
¿Revivir? No; pero en memoria eterna
dirán todos, según mi noble sangre,
obré como quien soy; la vida es buena,
y sin fama y aplauso muchos viven...
Yo no salgo... ¡mas si ha dicho mi prenda
que sabrá, si obro como debo,
morirse!... Que se muera norabuena:
no es favor que me insta, no, está claro;
es común para todos, no es fineza.
Luego, ¿no he de salir? ¡Oh, alma grande!
¡Oh, heroico espíritu! ¡cómo balanceas
en *presonas*, cual yo, de tanto porte,
por obrar como deben! ¡Ea, cautela!
Lo que debo ahora hacer es prepararme
y salir prevenido... Diligencia,
á tus manos apelo y á este acero.

(*Saca una navaja muy larga y fea.*)

Logre yo lo que intento, que así es fuerza
que, si escapar consigo con la vida,
dirá de aquestos barrios la suprema
herocidad que fué de Medio Diente
heroico hijo el grande Media Muela.

ESCENA VI

(*Salen* LA TUERTA, LA OJAZOS *y el* TIO ALIFONSO, *por diferentes lados.*)

ALIFONSO.

¿Qué has resuelto?

MUELA.

Que voy al desafío.

TUERTA.

No es menester que vayas; tente, espera,
que aquí detrás Manolo está esperando
el que yo le conduzca la respuesta,
pues dice que su espíritu brillante
para vengarse no le da paciencia. (*Vase.*)

ESCENA VII

MUELA.

Aquí le espero. ¡Oh, fatal momento
en que se va á formar la mísera tragedia!

ESCENA VIII

(*Sale, por la parte opuesta de* MEDIA MUELA, PATETA, *de pillo, embozado.*)

PATETA.

Alifonso, señoras, buenas tardes.

ALIFONSO.

Ya tienes prevenida la palestra;
dime, ¿cómo ha de ser el desafío?

PATETA.

No me compete á mí esa diligencia;
á él, que retado está, toca, y las armas.

MUELA.

No entiendo ceremonias ni etiquetas;
á cachetes ha de ser, y puto el postre,
hasta quedar sin dientes y sin muelas.

ALIFONSO.

¡Heroicidad notable!

OJAZOS.

Tío Alifonso,
templad de aquesos héroes la fiereza.

(Agarra el cuchillo de la mesa el TIO ALIFONSO, *y parte el sol con algunas ceremonias de gente baja.)*

ALIFONSO.

Yo no debo, en acción que tanto monta,
dejar de *instimularlos* á la empresa.
Ya el sol está partido, y con cuchillo;
¡á las armas, y viva aquel que venza!

OJAZOS.

Apartaré la vista, que no quiero
ver el trance de riña tan funesta.

(Riñen PATETA *y* MEDIA MUELA *á cachetes, patadas y bocados.)*

MUELA.

Detente, que me has roto las narices.

PATETA.

Ese es mi fuerte, y si eres Media Muela,
yo haré que, con quitártelas de un golpe,
acabe con tu nombre y con sus prendas.

TUERTA.

Pateta va venciendo.

OJAZOS.

¡Fiera suerte!
Ay de mí, que ya muero!

MUELA.

Ahora es ella,
y pues estoy de espaldas, este golpe
afiance mi honor.

(Peleando procura cogerle de espaldas, y le da una navajada y le hiere.)

PATETA.

¡Ay, qué vileza!
que este monstruo voraz con la navaja
me ha abierto en esta espalda una compuerta.
(Cae.)

TUERTA.

¡Ah, traidor inhumano!

MUELA.

Honrosamente
he vencido.

ALIFONSO.

Hazaña como vuestra;
por detrás, cara á cara, ser valiente.
¡Pero ay de mí, que la justicia llega!

ESCENA IX

(Salen varios, vestidos de golillas, y escapa MEDIA MUELA.)

ALGUACIL 1.º

¿Qué es esto de cachetes y de riña?
¿Sangre aquí? ¿y aquí heridos? ¡A la trena!
Prendan á éste corriendo, que yo á esotro
también le agarraré con ligereza. *(Vase.)*

ESCENA X

TUERTA.

¿Ve usted aquí de la riña los efectos?
Agarran al herido, y se mosquea
el matador, ¡oh, bárbaro discurso!

OJAZOS.

¡Oh, momento fatal! ¡oh, triste ausencia!

ESCENA XI

(Sale el ALGUACIL *y trae á* MEDIA MUELA *agarrado.)*

ALGUACIL.

Caíste entre mis uñas.

MUELA.

No era mucho,
que son largas y es fuerza hicieran presa.

PATETA.

Señor *menistro*, mire que me muero.

ALGUACIL.

En la cárcel veremos esa fiesta;
y usted, tío vejete, zapatero,
venga también, que así de la pendencia
dará razón delante del alcalde.

ALIFONSO.

¡Que esto á mí (¡oh, fortuna!) tal suceda!
¡Ay, honor de mi casa! ¡oh, ilustre fama!
¡ay, alhajas, que os miro ya dispersas
entre manos de lobos carniceros!
¡Ay, infeliz y desdichada tienda!

OJAZOS.

Dejadme me despida de quien amo.
¡Ay, Media Muela mío, que te llevan!

MUELA.

Sí; pero sólo en esto me es alivio
el ver que lo que más á mí espera
son presidios y azotes, escalones
por donde mis hazañas y proezas
llegarán á lo sumo, y cuando, avara,
la suerte me reduzca á la tragedia
de morir en la horca, es gran destino
morir en alto... lauro de mi empresa.

ALIFONSO.

Ambición generosa, digno empleo
de iguales héroes y tan gran nobleza.

OJAZOS.

Señor *menistro*, mire que le pido,
compasivo, no agrave la materia.

ALGUACIL.

Aunque me acuerdo que por otro caso
como éste, en que fuistes medianera,
me costó un pan la torta, como dicen,
y tuve mil pesares y mil penas,
atento á que tú eres dadivosa,
moderaré los grillos y cadenas.

OJAZOS.

Débate yo ese amor.

ALGUACIL.

De mí te fía;
conducid á los dos.

PATETA.

¡Oh, suerte adversa!
Vine á mi sangre, y con la mía
lavé yo los umbrales de estas puertas.
(*Llevándolos presos vanse.*)

ESCENA XII Y ULTIMA

LA OJAJOS, LA TUERTA, TÍO ALIFONSO.

TUERTA.

Mira cómo suceden los castigos
traídos de tu infame mala lengua.

OJAZOS.

¿Qué castigos? El dar un navajazo
por detrás, acción es de nobleza;
¿qué puede sucederle? ¿que el verdugo
le solfee? Es grande conveniencia.
¿No es delicia salir, como tú sabes,
con el concurso, ver las calles llenas
de gentío, que al verlos más se admira
el acompañamiento que le cerca?
No hablo con bobos, digo, pues entrambas
logramos de esa dicha la experiencia.

TUERTA.

¿Y el rubor y vergüenza que se pasa?

OJAZOS.

Si no la conocemos, ni es materia
que jamás hemos visto, ¿cómo quieres
que nos asuste? ¡Grande negligencia!
Mas sigámoslos todos á la cárcel.

ALIFONSO.

Esperad, acabemos esta escena.
Mortal, huye de riñas; mira, cuerdo,
que este es el paradero de pendencias:
si te matan, acabas malamente;
si matas, á la horca es tu carrera;
lo mejor de los dados, no jugarlos;
este es proverbio y la mejor sentencia.

98

Los payos en Madrid.

SAINETE NUEVO

1769 (1)

PERSONAS

PECHOSECO Y JARAPO, *payos.*	UN MAJO.	HOMBRE 1.º
DON DILIGENCIAS.	UN VALENCIANO.	HOMBRE 2.º
DON LIQUIDO.	UN CHICO QUE HABLA.	UN CABO.
SEBASTIANA.	UN CIEGO.	UN SOLDADO.
	UNA CIEGA.	GENTE QUE NO HABLA.

(*Vista de la Puerta del Sol, con la mejor propiedad que se pueda. Al foro estará la fuente de Mariblanca y aguadores en acción de entrar y salir llenando cántaros. A la izquierda del teatro se figurará el vivac, con un granadero de centinela á la puerta; bancos á los lados, á imitación de los que están de piedra al lado del vivac. En el segundo bastidor de la izquierda habrá dos carteles grandes y que estén de modo que se vean bien desde afuera. A la derecha, en el primer bastidor, ha de haber otro banco. Más arriba se ha de figurar una casa de juego de trucos, con ventana encima de la puerta, y ésta transitable, y por la ventana se ha de asomar un chico; dentro se ha de imitar que se juega cuando lo pidan los versos. Inmediato á la puerta de la casa de trucos estará el* VALENCIANO, *con mesa, garrafón y demás trebejos de vender agua de cebada. El* CIEGO *y* CIEGA *se aparecerán, él tocando el violín y ella al lado con papeles en la mano. Habrá hombres y mujeres esparcidos por el teatro, unos mirando los carteles, otros oyendo tocar al* CIEGO, *y otros en conversación ó paseándose, y conforme van saliendo los*

(1) *Inédito.* Bibl. Municip.: leg. 1-158-28. Copia de 1791. Incluímos este sainete anónimo en la copia dicha, por si, más ó menos refundido, puede ser el titulado *Los payos en la Corte*, que consta compuso D. Ramón de la Cruz en 1769, cosa que, por falta de otro manuscrito, no es posible comprobar.

que tienen papel en el sainete se van entrando, dejando el teatro desocupado. Toca el Ciego *el fandango, imitánte la orquesta y se levanta el telón.)*

Ciega. ¡Al papelillo curioso!
Valenc. *¿Qui vol beure, que es gelada?*
Ciego. «Llantos, gemidos y quejas
que le hacen á Mariblanca
los borricos de Madrid...»
Ciega. Los que andan en cuatro patas.
Ciego. «Para aumentarles el pienso
y abaratar la cebada.»
Ciega. ¡Al papelillo curioso!
Valenc. *¿Qui vol aigua de cibada?*
¿Quién refresca, caballeros?
H. 1.º y 2.º Carambola.
(Dentro ruido de jugar.)
Chico *(dentro)*. Tres y nada.

(Salen Jarapo *y* Pechoseco*, de payos, con ademanes éste de admiración, y* Jarapo *le va señalando todo.)*

Pecho. Tío Jarapo, ¿no veis
en *Madril* tantas cosazas?
La *estauta* de aquella fuente
¿es de algún santo ó santa?
Jarapo. Yo no sé; puede que sea
una que es tan afamada
por todo el mundo, que dicen
que se llama Mariblanca. [bre?
Pecho. Pues qué, ¿hay santa de ese nom-
Jarapo. ¡Si es de piedra, majagranzas!
Pecho. Y ¿qué *habelidades* tiene?
Dímelo, por Dios; despacha.
Jarapo. Pechoseco, como tú
no has salido de tu casa,
no has visto el mundo; yo estuve
en *Madrí* una temporada
de seis horas, y vi mucho;
pero tú no has visto nada.
Pecho. Pues hacedme relación
de lo que yo ignoro.
Jarapo. Vaya.
Esa que sobre la fuente
miras, es la Mariblanca,
mujer de tanta conducta,
tan honesta, tan honrada,
que, aunque vea y oiga mucho,
jamás habla una palabra.
Pecho. Pues mira, para ser hembra,
es una cosa muy rara.
Jarapo. Si te he dicho que es de piedra.
Pecho. Aqueso no importa nada,
porque hay autores que dicen
que aun muerta la mujer habla.
Jarapo. Pues la mía se murió
y no ha hablado más palabra.
Pecho. La mujer que tengo yo,
entre otras, tiene la gracia
que cuanto más la sacudo
gruñe más y más regaña.
Es tan porfiada y tan terca (1)
que ya pasa á temeraria,
y en empezando una tema
no la deja en dos semanas.
El otro día, porque
la dije me remendara
unos calzones que tengo,
me respondió en voces altas:
«¡El demonio del sarnoso!
¿piensa que yo soy su esclava?»
«¡Sarnoso, sarnoso!» vuelve
á decirme la malvada.
Agarré, pues, un garrote,
y en mitad de las espaldas
le sacudí lindamente
para ver si así callaba.
Cuantos más palos la dí
más *¡sarnoso!* me encajaba.
Pues, amigo, me enfadé,
agarré una cuerda larga
y, que quiso que no quiso,
la até, para amenazarla
que la echaría en el pozo
si sarnoso me llamaba;
pero ella, terca que terca,
la porfía no dejaba.
La dije: «Mira, mujer,
que si un poco más me enfadas,
te he de meter en el pozo.»
Pero ella no escarmentaba,
pues *¡sarnoso!* y más *¡sarnoso!*
con más fuerza me llamaba.
Pues, amigo, la agarraré,
y quitándome de chanzas
la emboqué en el pozo á ver
si de aquél modo callaba.
Yo iba soltando la cuerda,
y la decía en voz alta:
«Mira, mujer, que te ahogas
y que vas llegando al agua,
dime, ¿que soy yo?» «Un sarnoso»,
repetía la malvada.
Amigo, suelto la cuerda
y la zambullí en el agua.
Pero, hombre, mira lo que es
una mujer temeraria;
que ya que se estaba ahogando
sin poder hablar palabra,
y sacaba así las manos,
haciendo como quien rasca
con las uñas de este modo,
como quien dice en sustancia:
supla esta acción con las obras,
pues me faltan las palabras.
Jarapo. ¿Y la dejaste ahogar?

(1) Toda esta relación aparece tachada y con razón en el manuscrito, por la censura. Es un cuento de la Edad Media ó anterior.

PECHO. Escucha, que poco falta.
Viendo no había remedio,
y que nada adelantaba,
movido de compasión
la subí ya medio ahogada
del pozo; allí la dejé
y me salí de mi casa,
admirado al ver lo que es
una mujer porfiada,
pues he visto claramente [blan.
que aun después de muertas ha-
JARAPO. Hombre: me ha gustado el cuento
de tu mujer.
PECHO. Es malvada.
JARAPO. Hasta que sea de noche
no iremos á la posada,
y veremos la retreta.
PECHO. A mí todo esto me pasma.
CIEGA. ¡Libritos del jubileo!
CIEGO. ¡El papel de Mariblanca!

(Sale DON DILIGENCIAS, *acelerado, con un papel en la mano, y sin dejar de pasearse dice los versos, y al entrar deja caer los payos, mirando la lista y como que no los ha visto.)*

D. DIL. Por mi oficina, esta tarde
he faltado á mi palabra,
pues una niña bonita
en el Prado me esperaba.
Mas ¿qué se ha de hacer? Paciencia:
yo la buscaré mañana,
y si no se conformase.
á bien que Castilla es ancha,
y por donde aquésta vino
vendrán cuantas me dé gana,
y si no, en aquesta lista
traigo escritas y apuntadas
hasta más de seis docenas,
solteras, viudas, casadas,
dónde viven, cómo viven,
número, escalera y casa.
Voime al café á oir mentiras,
y á contarles otras tantas.

(Vase aceleradamente, atropellando á los payos, y los deja caer.)

JARAPO. ¿Este es hombre ó torbellino?
PECHO. ¡Maldita sea su casta!
Tanta cortesía tiene
como un mulo de la Mancha.
JARAPO. De éstos hay en Madrid muchos.
PECHO. Dios me libre de sus gracias.
¿Qué papeles son aquéllos
(Señalando los carteles.)
que están pegados con masa
en aquella esquina?
JARAPO. Son
los carteles que declaran
varias cosas, y también
las comedias que hacen.
PECHO. Vaya:
¿con que hay en *Madril* comedias?
JARAPO. Sí, y si vieras qué guapas.
Yo una tarde estuve en una,
pero no entendí palabra.
Uno salió allí gordillo,
que Garrido le llamaban,
que por poquito de risa
no me hizo echar las entrañas.
Vaya, que lo hizo muy bien
el hijo de una borracha.
PECHO. Y ¿era buen mozo ese tal?
JARAPO. ¿Si era buen mozo? Ya baja:
en toda mi vida he visto
una figura más rara.
PECHO. Y *dempués*, ¿qué más hicieron?
JARAPO. Cantaron unas muchachas
unas coplas muy bonitas,
que todos palmoteaban,
y se metían corriendo.
PECHO. Pues di: ¿qué? ¿las espantaban?
JARAPO. Yo no lo sé; mas después
ellas volvían la cara,
y haciendo de aqueste modo,

(Imitando á las mujeres cuando hacen la cortesía al tiempo de entrarse.)

allá dentro se colaban.
PECHO. Y ¿qué más hubo, Jarapo?
JARAPO. Hubo mil cosas extrañas;
y lo que más me aturdió,
ver que en el aire bajaban
y subían tantas cosas,
que el teatro se llenaba,
y al dar un chiflido, todas,
sin ver cómo, se marchaban,
y después un paño grande
toditico lo tapaba.
PECHO. Todo estaría muy bueno;
Pero el día de *Santana*,
allá en mi lugar se hizo
una comedia muy guapa,
que tuvo mucho que ver.
JARAPO. Y ¿cómo se intitulaba?
PECHO. Yo no me acuerdo muy bien:
un diablo que *perdicaba*
creo yo que la decían.
JARAPO. Hombre, creo que se llama
El Diablo predicador.
PECHO. Como soy, no me acordaba,
Jarapo; es verdad, esa era.
Hizo la primera dama
el monago de la iglesia,
y ¡qué bien que lo parlaba!
Mucha gente de *Madril*,
que allí en la comedia estaba,
decían lo hacía bien,
y tanto gusto les daba,
que, lo mismo era salir,
se reían y se chiflaban.

JARAPO. ¿Con que lo hizo grandemente?
PECHO. ¿Que si lo hizo bien? ¡No es nada!
Mejor que una que la nombran
en *Madril* la Niñinana,
que dicen que hace el papel
siempre de primera dama.
JARAPO. ¿La Niñinana? Yo he oído
que la llaman la *Tirana* (1).
PECHO. Sí; la *Tirana* dijeron;
pero yo no me acordaba.
JARAPO. Y tú, ¿no hacías papel?
PECHO. Uno hice, por mi desgracia,
que cada vez que me acuerdo
me da un temblor de terciana.
JARAPO. Y ¿qué hacías tú?
PECHO. Un angelote
que desde arriba bajaba;
pero á los demonios di
el ángel ó morondanga.
JARAPO. Pues ¿qué fué? Dímelo.
PECHO. Escucha,
te lo diré en dos palabras.
Me subieron al tejado,
que había cuarenta varas
hasta abajo, y unos mozos
una soga al cuerpo me atan,
que era de esparto y muy vieja;
y al decir «Ya el ángel baja»,
empezaron á dar cuerda;
pero á muy poca distancia
se quebro la soga y di
abajo tal costalada,
que me rompí dos costillas,
la cabeza y una pata,
que eché al ángel á mil diablos
y fuí á curarme á mi casa.
¡No más comedia en mi vida!
JARAPO. Vaya que fué cosa guapa;
la gente se reiría.
PECHO. Mucho, pero yo rabiaba,
y en el lugar desde entonces
ángel patudo me llaman.

(Sale SEBASTIANA, *de guardapiés y mantilla, y el* MAJO, *en traje pobre, de peón de albañil, con ademanes de borracho.)*

MAJO. Sebastiana, anda ligera;
que aunque pongas mala cara,
una mujer debe ir siempre
del marido acompañada,
y más como yo, que soy
un hombre de *cercustancias*.
SEBAST. Más valiera, borrachón,
que lo poco que tú ganas
lo dieras á tu mujer
para mantener la casa,
y no gastártelo en vino.
MAJO. Pues ¿he de gastarlo en agua?
SEBAST. En el Prado he de ponerte
si no te enmiendas.
MAJO. Bastiana,
siéntate á tomar el fresco
y no me hables más palabras.
SEBAST. Sobre que no voy, ni quiero.
MAJO. Sobre que á mí me da gana.

(La hace sentar por fuerza en el banco de la izquierda.)

Voy á echar un cigarrillo.
(Saca una navaja.)
SEBAST. Ve y echa hasta las entrañas.
MAJO. ¿Tiene usted yesca? *(A los* CIEGOS.)
CIEGA. A dos cuartos
es cada uno.
MAJO. Caramba,
que yo no pregunto eso;
si tiene usted yesca para
pegarle fuego á un cigarro.
CIEGO. ¡A un ladito! *(Le amenaza con el palo.)*
MAJO. Muchas gracias.
PECHO. Vamos, Jarapo, y veremos
estos papelotes,
JARAPO. Anda,
y sabremos lo que dicen,
pues tienen muchas letrazas.

(Se van los payos á hacer que leen los carteles, haciendo muchos ademanes, y sale D. LIQUIDO, *de militar ridículo, con un anteojillo, reconociendo todo; á su tiempo tropieza con los* CIEGOS, *y luego, cuando lo dicen los versos, se sienta al lado de* SEBASTIANA.)

D. LÍQ. Como ya se ha puesto el sol,
la claridad me hace falta,
y si no fuera este auxilio,
tropezara hasta en las tapias;
pero vamos viendo si hay
alguna buena muchacha
para divertir el tiempo
y decirla cuatro chanzas.
Por aquí... ¿no ven ustedes?
(Tropieza con los CIEGOS.)
CIEGOS. Pues ¡es buena la chulada!
¡si somos ciegos!
D. LÍQ. Lo mismo
me sucede á mí. ¿Muchacha?
parece que estás solita.

(Se sienta al lado de SEBASTIANA *y la va á mirar con el anteojillo, y ella se vuelve.)*

SEBAST. Apártese allá el fantasma,
y quite ese *nicruscopio*,
no me lo arrime á la cara.
(Quita el anteojillo.)
D. LÍQ. ¡Arrepuraditamente
está la chica de gracias!

(1) Parece evidente que este nombre fué sustituído al de «*Lavenana*» (Francisca Ladvenant) que habrá escrito D. Ramón, pues en 1769 aun no había aparecido en el teatro *la Tirana*.

(Se levanta y se quita de allí, y el MAJO *se sienta al instante donde estaba ella.)*

MAJO. ¡Que ninguuo tenga yesca!
D. LÍQ. Vaya, no seas ingrata.
(Creyendo que habla con SEBASTIANA.*)*
Ya sé yo que eres hermosa
y que tienes linda cara;
dame un abrazo.
MAJO. ¡Arre allá!
Como soy, que me dan ganas
de sacudirle los mocos
con un par de manotadas.
D. LÍQ. ¿Quieres beber?
MAJO. ¿Tinto ó blanco?
(Aplica D. LIQUIDO *el anteojo á la vista, y ve al* MAJO.*)*
D. LÍQ. ¡El calendario me valga!
¡Si me descuido un poquito
la tremolina que anda!
MAJO. ¿Tiene usted un poco de yesca
para echar una fumada?
D. LÍQ. Tengo un Vesubio, un volcán.
(Se levanta enfadado.)
VALENC. ¡Agua fresca de cebada!
SEBAST. Para leer un cartel
los payos ¡lo que se tardan!
PECHO. Si no conocemos letra,
¿no hemos de tardar, muchacha?
¿Quiere usté hacerme el favor,
(A D. LIQUIDO.*)*
y le daremos las gracias,
de ver qué dice el papel
que tiene aquellas letrazas?
D. LÍQ. Es el cartel de comedias.
(Enfadado.)
PECHO. ¿Comedias? ¡Malhaya su alma!
¿Es el diablo que *perdica?*
que iría de buena gana
á ver si el ángel también
se daba otra costalada.
MAJO. Escuche usted, caballero.
(A PECHOSECO,*)*
PECHO. ¿Qué me quiere, camarada?
MAJO. ¿Tiene usted un poco de yesca
para echar una fumada?
Al decir este verso se desemboza y tiene una navaja en la mano, de modo que la vea el payo.)
PECHO. Apártese usted un poquito.
¡Buena cortesía gasta!
¡Qué tabardillo que tiene
el señor de la navaja!

(Sale D. DILIGENCIAS *muy aprisa, haciéndose aire con un abanico, y los payos, luego que lo ven, se sobresaltan y apartan de él.)*

D. DIL. ¡Válgame Dios, qué calor!
Ya no tengo tolerancia
ni fuerzas para encontrar
dónde vive doña Juana.
Fuí al Barquillo; desde allí
me incliné á la Cava Baja;
de aquí, á la calle del Pez,
plazuela de la Cebada,
á la calle de la Luna;
de aquí al cuartel de los Guardias;
luego á la calle de Atocha,
á la calle de la Palma,
al Lavapiés, Leganitos,
y, por fin, no hallé tal casa.
¿Señor don Líquido?
D. LÍQ. Amigo,
¿cómo va?
D. DIL. Bien; pero mala
tarde he tenido, pues una
señorita que buscaba,
por más diligencias que hecho,
aún no he podido encontrarla,
ni he sabido dónde vive;
pero no se me da nada,
que por donde aquésta vino
vendrán cuantas me dé gana,
y si no, en aquesta lista *(La saca.)*
traigo escritas y apuntadas
hasta más de seis docenas.
JARAPO. ¿Este miente?
PECHO. En cuanto habla.
D. LÍQ. ¿Quiere usted leer la lista?
D. DIL. ¿Por qué no? De buena gana.
(Todos se arriman á oirla.)
«Doña Juana Fuelles vive
en la calle de la Zarza,
número mil ochocientos.»
¡Si viera usted qué muchacha!
«Pantaleona Jiménez.»
Esta es un poquito paya:
es de Móstoles, pero
da muy buenas esperanzas.
«Doña Ruperta Quiñones,
Góngora, Heredia y Peñalba.»
Es viuda de un capitán
del regimiento de Arnania.
PECHO. ¿Y qué regimiento es ése,
que no le he oído en mi alma¿
D. DIL. No entienden de esto los brutos.
PECHO. Usted mire cómo habla.
D. LÍQ. No interrumpa.
MAJO. *(A* D. DILIGENCIAS.*)* ¿Tiene yesca
para echar una fumada?
D. DIL. ¡Quite allá!
D. LÍQ. Prosiga usted.
D. DIL. En una casita baja,
que la puerta está en la calle
y lo mismo la ventana,
en la calle de la Flor,
vive Teresa de Gualda.
Esta vino á Madrid pobre
y ya tiene dos criadas.
LOS DEL JUEGO: ¡Luces, que ya no se ve!
Van poniéndolas.)

PECHO. ¿Conoce usted una muchacha
que de mi lugar se vino
á Madrid la otra semana?

D. DIL. ¿Cómo es su nombre?

PECHO. La dicen,
por mal nombre, Cucaracha.

D. DIL. La conozco mucho. ¿No es
muy chiquita, un poco alta,
muy vivaracha de ojos,
ni muy negra ni muy blanca,
delgadita de cintura,
pálida, recolorada,
con un lunar pequeñito
más abajo de la espalda?

PECHO. Sí, señor.

D. DIL. ¿No tiene madre?

PECHO. También.

D. DIL. La madre ¿se llama
Blasa?

PECHO. Ello por ello, ésa es.

D. DIL. Pues, amigo, en dos palabras:
si es ésa, no la conozco
ni nunca he visto su cara.
Vamos los dos á sentarnos.

D. LÍQ. Vamos, que el tiempo se pasa.

(*Se van á sentar al banco de la izquierda. Hasta ahora ha estado la ventana que figura ser el juego de trucos sin luces, pero aquí se ilumina.*)

PECHO. ¡El demonio del usía!
Es valiente faramalla.
Tio Jarapo, ¿no veis
allá en aquella ventana
qué iluminación que han puesto?
¿Qué será?

JARAPO. Yo no sé nada:
puede que sea una iglesia
y aquí caiga la ventana,
y sea hoy la función
de algún santo ó de una santa.

(*Ruido de jugar dentro.*)

CHICO (*Dentro.*) ¡Seis y siete!

HOMB. 1.º Erré la bola:
¡maldita sea mi casta!

PECHO. Este no es santo, que jura.

VALENC. *¿Qui vol beure, que es gelada?*

PECHO. Al muchacho que está allí
voy á preguntarle.

JARAPO. Anda.

PECHO. Chico, ¿qué función hay dentro,
(*Se arrima á la ventana.*)
que arden tantas luminarias?

CHICO. (*A la ventana.*) Es la función de los tontos
y los dos solo faltaban.
Y á los que tanto preguntan,
de este modo se les trata.

(*Les tira el muchacho un puñado de harina á la cara y se entra.*)

TODOS (*Rien.*) ¡Ja, ja, ja!

PECHO. ¡Ah, picaruelo!
¡hijo de una gran borracha!

JARAPO. Calla, no alborotes, hombre.

PECHO. ¿No hemos de tomar venganza?

JARAPO. No, y en cerrando la noche
iremos á la posada,
y á su lugar cada uno
marcharnos por la mañana.

D. LÍQ. Diga usted, don Diligencias;
de las novedades que andan
por Madrid, ¿sabéis algunas?

D. DIL. Sí, señor, y muy extrañas.
En el Mesón de los Huevos
han llegado ahora de Italia
drogas para las modistas,
muy exquisitas y extrañas,
pero de valor.

D. LÍQ. ¿Qué son?

D. DIL. Espiines para madamas,
sombreros de piedra jaspe,
zapatos de cornicabra,
espadines de marfil,
vueltas de piedras de Francia,
peinados de coquicló
y hebillas de seda blanca.

D. LÍQ. Y ¿sabéis más novedades,
don Diligencias?

D. DIL. Dos cartas
tuve de Constantinopla
y traen una que no es mala.

D. LÍQ. Y ¿cuál es? Este hombre miente,
y le oigo de buena gana.

D. DIL. Me escriben que el mes pasado
parió la Puerta otomana
un niño con siete piernas
y la cabeza de rana.
Si los ciegos lo supieran,
¡qué pronto lo publicaran!

D. LÍQ. Vamos á que toquen algo,
(*Se levantan.*)
y á costa de un real de plata
cantarán y pasaremos
el rato.

D. DIL. De buena gana.

(*Se van á donde están los ciegos y hacen que les hablan, mientras los versos de los payos.*)

PECHO. Jarapo, ¡qué sed que tengo!
Paisano, ¿cómo se llama
el agua que vende aquí?

VALENC. Señor, agua de cebada.

PECHO. De lo que comen los burros
¿también se vende aquí agua?

VALENC. Es muy fresca: ¿cuánta quieren?

PECHO. Esa agua á mí no me agrada.
¿Hay agua de culantrillo?

VALENC. Eso en la botica.

PECHO. Es sana.
Mi mujer muy á menudo
la toma por temporadas.

JARAPO. Si está fría, cehe dos vasos
mas que sea agua de malvas.
CIEGOS. ¿Cantamos, señor?
D. LÍQ. Ya pueden.
TODOS. Vamos, que el tiempo se pasa.

(Al empezar á cantar los ciegos los payos se arriman á beber agua de cebada, de pie, y sacan media rosca para hacer que mojan. D. DILIGENCIAS *y los demás se arriman á oir cantar los ciegos, de modo que vean lo que hacen los payos. La orquesta acompañará las coplas que canten los ciegos.)*

CIEGA *(canta.)* «Bien venîbido, prímido, amígui-
¿cómo está tu bella amábile? [do,
Remendando está el vestíbido,
componiendo está el calzábido,
la cinta que tú has traíbido...
LOS DOS. Se volvió tu tu ru té.
¡Cuánto tonto hay en el mundo
y no lo quieren creer!
CIEGA *(canta.)* Hoy la márique con su párique
han venido á no sé qué;
todo se quedó comprábido
y perdíbido también.
La cinta de la bella amábile...
LOS DOS. La cinta de tu tu ru té.
¡Cuánto tonto hay en el mundo,
válganos San Babilés!»
TODOS. ¡Vítor, viva! Se han portado.
VALENC. ¡Agua fresca de cebada!
PECHO. ¡Agua fresca del demonio,
que me ha descompuesto el alma!
(Dentro ruido de jugar.)
CHICO *(Dentro.)* ¡Siete á siete!
HOMB. 1.° Este no es modo
de jugar.
HOMB. 2.° Me da la gana;
tómelo por donde quiera.
(Dentro del juego como que riñen.)
HOMB. 1.° Si usted me habla más palabra,
le he de romper este taco
en mitad de las espaldas.
HOMB. 2.° ¡Salga usted afuera si es hombre!
HOMB. 1.° Allá voy.
CHICO *(Dentro.)* ¡Ah de la guardia!

Salen riñendo de los trucos HOMBRE 1.° Y 2.°, *éste huyendo del otro con los tacos en las manos. Al salir el* HOMBRE 1.° *tropieza con el* VALENCIANO, *lo deja caer y echa á rodar los trebejos de vender agua; al caer tropieza el* VALENCIANO *con un payo, y éste deja caer al otro, y todo con la mayor prontitud. Los demás que están en el teatro se colocarán á los lados, para que se vean los payos y el* VALENCIANO *en el suelo. Los que han salido riñendo hacen la acción de pegarse y* DON DILIGENCIAS *y* D. LÍQUIDO *los tienen sujetos.)*

HOMB. 1.° ¡Pícaro, te he de matar!
VALENC. ¡Que me han roto la garrafa!
PECHO. A mí me han roto las piernas.
TODOS. ¡Señores! ¡ah de la guardia,
que se matan!

(Salen del vivac el CABO *con cuatro granaderos; toma el* CABO *el centro y dos granaderos á cada lado, acordonando á todos, de modo que cada uno tome su correspondiente lugar.)*

CABO. ¿Qué ha sido esto?
Ninguno de aquí se vaya.
Sujeten á aquesos dos.
(A los de la riña.)
PECHO. ¡No más *Madril* en mi alma!
CABO. ¿Qué ha habido aquí?
HOMB. 1.° Que el señor...
HOMB. 2.° Yo lo diré en dos palabras...
(Todo esto á prisa, quitándose los versos uno á otro.)
JARAPO. El señor salió riñendo...
PECHO. Yo estaba bebiendo agua...
SEBAST. Yo oyendo cantar los ciegos...
D. L. Y D. D. Yo ya me iba á mi casa...
CIEGOS. Nosotros nada hemos visto...
VALENC. Me han roto á mí la garrafa...
TODOS. Ninguno tenemos culpa.
CABO. Poco á poco; con cachaza,
que todo esto es baraunda.
Y ¿usted aquí qué hacía?
(Al MAJO.)
MAJO. Nada,
buscaba un poco de yesca
para echar una fumada.
CABO. Una yesca tienes tú
que te parte las entrañas.
Aten á ése.
SEBAST. Señor...
CABO. Tú no te aflijas, muchacha.
En el vivac esta noche
pasará, y por la mañana,
después de dormir el lobo,
irá tan contento á casa.
¿Por qué ha sido la camorra?
PECHO. Señor, toda la algazara
ha sido que aquestos dos
(Señala á los de la riña.)
han salido de esa casa
con aquesos dos garrotes
sacudiéndose la caspa.
Al salir, á aqueste hombre
le rompieron la garrafa,
á mí la cabeza y á este
toiticas las espaldas:
aquí hay testigos de vista.
Hablen ustedes, caramba.
(A los CIEGOS.)
CIEGOS. Si somos ciegos, señor.
CABO. Estos dos al vivac vayan
(A los de la riña.)
con estotro; allí veremos
de todo la verdad clara,
y mañana pagarán
al valenciano del agua
el destrozo que le han hecho,
y se les hará la causa

para que otra vez no vuelvan
á reñir.

LOS DOS HOMBRES: Si no fué nada.

CABO. Eso después lo veremos.
Ustedes váyanse á casa,
(A los otros.)
pues quedan libres.

TODOS. Muy bien.
Todos le damos las gracias.

PECHO. ¡No más *Madril* en mi vida!

JARAPO. Pechoseco, á la posada.

SEBAST. Mi marido pasará
una noche toledana.

D. DIL. Amigo, á nuestra tertulia.

CABO. Los tres al cuerpo de guardia
llevadlos.

SOLDADO. Está muy bien.

SEBAST. Y dando fin la humorada...

TODOS. Pidamos todos, rendidos,
el perdón de nuestras faltas (1).

99

El adorno del Nacimiento.

SAINETE NUEVO

1770 (2)

(Atrio. Salga delante CHINICA, *de pastor, de gala, con un gorro muy tieso y tocando un gran tambor al aire de la pastorela, y después la señora* JOAQUINA, JUANA *y* NICOLASA, *cantando y bailando, con* CAMPANO, JUAN MANUEL *y* PEPE, *todos de pastores, con instrumentos correspondientes.)*

CORO *(Pastorela.)*

«Zagales, pastores,
venid y cantad,
pues hoy ha nacido
nuestro mayoral.»

JOAQUINA. Señorito; bueno está;
ya es razón que descansemos.

CHINICA. Yo digo que no es razón
el descansar, ni está bueno,
y pues, siendo señorito,
yo no me canso, es mal hecho
que se cansen mis criados.

CAMPANO. ¿Acaso somos de hierro
los criados?

CHINICA. Yo no sé
si lo son, mas deben serlo,
para que cuando nos venga
la gana los machaquemos.
¿Paquillo?

PEPE. ¿Qué manda usía?

CHINICA. Ve á decir al carpintero
que venga, y mira en qué estado
va el monte del nacimiento.

JOAQUINA. Yo, por mí, no bailo más.

CHINICA. Ella bailará, si quiero,
y bailarán todos. ¡Hola!

(Sale CALLEJO.)

CALLEJO. Señorito, ya tenemos
otras dos figuras más.

CHINICA. Hasta mil y setecientos
pastores se han de poner,
y todos de cuerpo entero;
dos mil vacas, dos mil bueyes
y catorce mil carneros.

JOAQUINA. Conque ¿el portal no se pone?

CHINICA. ¿Para qué, si le tenemos
arriba en un cuadro grande,
y siempre le estamos viendo?

JOAQUINA. ¿Y los tres reyes?

CHINICA. Tampoco,
que esa es gente de respeto.
Yo sólo quiero animales
que se muevan, muchos cerros,
muchos pastores que bailen
y hacerme rajas con ellos.

CALLEJO. Señor, ¿y cómo es posible
que yo halle tanto embeleco?

CHINICA. Comprarlo.

CALLEJO. Y ¿dónde se vende?

CHINICA. Ahí es donde está el talento
de un mayordomo: en comprar
lo que no hay por poco precio.
¿Oyes? dime: y ¿qué figuras
son las nuevas que tenemos?

CALLEJO. Vuestra prima, mi señora
doña Joaquina, y don Diego.

CHINICA. Esas, hermano, no son
figuras de Nacimiento,

---

(1) Siguen las licencias: «Subrogándose otra voz en lugar de las rayadas, dese la licencia. (*Rúbrica.*)

Nos el Doctor D. Lorenzo Igual de Soria, Inquisidor ordinario y Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *Los payos de Madrid* (*sic*), se pueda representar en los teatros públicos de esta corte, con tal que se subroguen otras voces en lugar de las que van rayadas, en atención á haberse reconocido y no contener cosa que se oponga á nuestra santa fe católica y buenas costumbres.—Madrid y julio once de mil setecientos noventa y uno.—*Doctor Igual.*—Por su mandado, *Diego Alonso Mrn.*

Madrid 13 de julio de 1791.—Pase al Reverendo Padre fray José Puerta Palanco y al corrector D. Santos Diez González, para su examen, y evacuado tráigase.—*Armona.*

En cumplimiento al anterior decreto del señor Corregidor de esta villa, he leído el sainete que antecede, titulado *Los payos en Madrid*, y, observando la advertencia hecha en la anterior censura, por lo que hace á lo demás soy de sentir se pueda permitir su representación.—La Victoria de Madrid y julio 15 de 1791.—*Fr. José Puerta Palanco.*

De orden del Sr. Corregidor, Juez protector de teatros, etc., he examinado este sainete, intitulado *Los payos*, ó más bien *La Puerta del Sol en Madrid*, y no hallo reparo en que se permita representar.—Madrid 17 de julio de 1791.—*Don Santos Diez González.*

Madrid 17 de julio de 1791.—Apruébase y represéntese con arreglo á las anteriores censuras.—*Armona.*»

(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg 1-161-10. Copia antigua con las censuras que van al final.

sino figuras de coches,
visitas y coliseos.

(*Salen* GALVÁN, *de carpintero, en cuerpo, y* PEPE.)

GALVÁN. ¿Qué mandáis?
CHINICA. ¿Está acabado?
GALVÁN. En buen estado lo llevo.
CHINICA. Y ¿no me has puesto allí un río,
con muchos despeñaderos
y un molino?
GALVÁN. Eso es difícil
de imitar.
CHINICA. Yo no pretendo
que le pongas imitado,
sino todo verdadero.
GALVÁN. ¿De agua viva?
CHINICA. De agua viva.
Pues ¿de qué sirve el ingenio?
y si no tiene bastante
Manzanares, traer el Duero.
GALVÁN. Pero diga usía, ¿cómo
se ha de traer y he de ponerlo?
CHINICA. Si yo lo supiera, no
te pagara mi dinero.
Ve á ponerle, y tú á mandar
que caiga nieve del cielo,
para que lo mismo sea
ir allá que tiritemos.
TODOS. ¡Qué necedad! ¡qué locura!
CHINICA. ¡Digo! ¿qué me están gruñendo?
Pues como suelte el tambor,
verán qué tal baqueteo
el timbal de las costillas.
CALLEJO. Vos no estais en vuestro acuerdo.
JOAQUINA. Hoy estais fuera de tino.
CHINICA. Aguardar á ver si acierto
y atino, para quebraros,
á baquetazos, los huesos.

(*Sale* ESPEJO, *de señor en casa; la señora* IGNACIA *y* EUSEBIO, *de petimetres, y* PONCE, *de abogado.*)

UNO. ¿Señorito?
OTROS. ¿Señorito?
CHINICA. Ahora lo veréis.
ESPEJO. ¿Qué es ésto,
hijo mío? ¿quién te inquieta?
¿quién te disgusta, sabiendo
que tú eres el amo, como
mi unigénito heredero?
CHINICA. Padre mío, que no quieren
que yo haga mi Nacimiento (*Llora.*)
á lo vivo estos bribones,
y me pierden el respeto.
ESPEJO. ¿El mayordomo?
CHINICA. El segundo,
y los pajes el primero.
JOAQUINA. Señor, si nos tiene á todos
molidos con que ensayemos
pastorelas, y aturdidos
á tamborilazos.
ESPEJO. Eso
me gusta; esté él divertido,
y mas que os muela los huesos.
CALLEJO. ¿Usía sabe que pide
imposibles?
ESPEJO. Yo bien creo
que pedirá, y hace bien,
y hará mejor si hasta verlos
logrados aturde el mundo
y atropella el universo;
que á un señor deben estar
los imposibles sujetos.
CAMPANO. ¡Si pide unas tonterías...!
ESPEJO. ¡Borracho! ¿qué estás diciendo?
¿El señorito, con un
mayorazgo de doscientos
mil ducados, tonto? ¿Habrá
semejante atrevimiento?
IGNACIA. Tío, no se enfade usía,
que los señores solemos
tener á veces caprichos
raros. Vaya, Filiberto:
¿qué es lo que quieres?
CHINICA. Figuras.
EUSEBIO. Pues vámonos al paseo,
ó á la Plaza, y las verás
que te hagan reir con extremo.
CHINICA. Si quisiera yo reirme
de ellas, con vosotros tengo
bastante.
IGNACIA. El sólo pretende
figuras de Nacimiento.
ESPEJO. Y es fuerza que se las traigan,
aunque cuesten un talento.
CALLEJO. Y ¿dónde le tiene usía,
mi amo, para ofrecerlo?
ESPEJO. Le tengo en doblones de á ocho.
PONCE. Y ese es el modo perfecto
de haberle; que en cantidad
discreta no tiene precio.
CALL. (*Ap.*) Yo te traeré mil figuras,
á pagar de tu dinero,
y á cobrar de mi bolsillo
y los de mis compañeros.
¡Vaya! ¿qué se hace parados?
(*A gritos.*)
Venga usted, señor maestro,
y concluya lo que falta.
Dispónganse todos ellos
á lo que les manden. Vamos,
¡ea, fachenda y á ello!;
que es el modo de quedar
un hombre con lucimiento.
(*Se va con los pastores.*)
PONCE. ¿Figuras? Si quiere usía,
todos nos disfrazaremos,
y se dispondrá un Belén
en forma.
CHINICA. No me convenzo;

ni los abogados pueden
adornar los Nacimientos.

PONCE. No sé por qué.

CHINICA. Yo sí; pues,
según dice mi maestro,
Dios sólo está donde hay paz,
y usted sólo donde hay pleitos.

EUSEBIO. ¿Y nosotros?

CHINICA. Petimetres
tampoco son de provecho;
que no hubiera Dios nacido
entre pajas y entre hielos
si gustara de plumajes,
estufas y terciopelos.

IGNACIA. ¿Ni yo tampoco?

CHINICA. Tampoco;
que aquella noche no hicieron
papel sino los pelones,
y tú tienes mucho pelo.

ESPEJO. Y á ti y á mí, ¿qué papel
has destinado?

CHINICA. A su tiempo:
usía Herodes, y yo
un inocente de aquellos,
ó si no, el buey ó la mula,
que para el caso es lo mesmo.

(*Tocan.*)

ESPEJO. Estás gracioso. Mas ¡hola!:
¿dónde suena este instrumento?

IGNACIA. Parece gaita gallega.

CHINICA. ¿La gaita gallega? Bueno;
para bailar en Belén,
pocos como los gallegos.

(*Sale* CALLEJO, *con* CARRETERO, *de gaitero, y* MIGUELILLO, *tocando ambos.*)

CALLEJO. Señor, aquí tiene usía
á propósito este juego
de gaita y tamboril.

CHINICA. Hombre,
me parece que el gaitero,
para tocar hasta Reyes,
tendrá poco aire en el cuerpo.

ESPEJO. ¿Hay más que traer los fuelles
de casa del cerrajero?

CARRET. ¿Tan gordo está usía?

CHINICA. Yo
estoy flaco porque quiero,
y porque soy mayorazgo,
y porque así Dios lo ha hecho.

PON. (*Serio.*) ¿Qué quiere decir «y porque?»

CHINICA. ¿Qué quiere decir? lo mesmo
que lo que suele poner
usted en sus pedimentos:
Y porque sí, y porque no,
y porque vale cien pesos,
y porque á mí se me antoja
que esta parte gane el pleito.

ESPEJO. ¡Bien respondido, hijo mío!
El es un rayo y un trueno.

CHINICA. Y tú ¿quién eres?

MIGUEL. Un chico.

CHINICA. Yo soy otro chico.

MIGUEL. Pero
usía es chico con barbas,
que ya no tiene remedio.

CHINICA. ¿Ah, mayordomo?

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¿Señor?

CHINICA. Colócalos al momento
sobre el peñasco.

CALLEJO. Muy bien,
y entre tanto que los llevo,
vea usía si esas dos
pastoras son de provecho.

(*Se los lleva, y salen las señoras* POLONIA *y* NICOLASA, *de pastor y pastora, graciosa la primera, con una linda zambomba, y la segunda con tabletillas, cantando y bailando pastoralmente.*)

A DUO. «Pastorcillos del valle del mundo,
inflamados de amor y placer,
aplaudid esta noche festivos
la fortuna de los de Belén.

POLONIA. ¡Oh, quién hubiera nacido
en un tiempo como aquel,
para haber visto á las doce
de la noche amanecer!

NICOLASA. ¡Oh, quién allí hubiera estado,
para dar el parabien
á los pobres que pudieron
hablar cara á cara al Rey!

POLONIA. ¡Tiempo de verdad!

NICOLASA. Y de sencillez.

A DUO. Que se apreciaba el pellico
más que ahora el *deshabillé.*»

(*Como antes.*)

«Pastorcillos del valle» etc.

(*Cantando y bailando.*)

IGNACIA. ¡Qué zagala tan graciosa!

EUSEBIO. ¡Qué pastorcito tan bello!

CHINICA. A un lado, que no están bien
los lobos con los corderos.

IGNACIA. ¿A dónde vais, pastorcitos?

POLONIA. Señora, vamos pidiendo
limosnita.

CHINICA. Ustedes piden
lindamente; pero temo
que no encuentren un ochavo
si no empeñan los pellejos.

ESPEJO. Vaya, ¿y qué quieren, turron,
nueces?

POLONIA. Mejor es dinero.

ESPEJO. Y ¿qué han de comprar con él?

NICOLASA. De camino llevaremos
nuestro ganado.

ESPEJO. Pues no
le compréis en este pueblo;

porque aunque hay mucho ganado,
y se halla de todos precios,
aquí hay muchas cabras cojas.

PONCE. Y los machos son traviesos.

CHINICA. Mi padre y el abogado
son valientes ganaderos,
sin que por esto se agravie
mi primo el señor don Diego.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. Ahí va otra figura más.

Sale la LADVENANT *de maja.*)

LADV. Dios guarde todo lo bueno.
¿Es aquí donde se venden
figurones y muñecos?

ESPEJO. Aquí se compran.

LADV. ¿Y á cómo?

EUSEBIO. Por cuanto pide su dueño,
en siendo como éstas dos.

LADV. ¿Conque valdré, según eso,
yo doble?

ESPEJO. No; porque aquí
no las compramos al peso.

CALLEJO. Conque ¿os han gustado?

CHINICA. Mucho;
mira, llénales primero
bien la bota y el zurrón,
y colócalos en medio,
donde pueda yo alcanzarlos
para juguetear con ellos.

POLONIA. Yo no sé jugar sino
á la calva.

CHINICA. Pues pondremos
al mayordomo, pelado,
á distancia, y tiraremos.

CALLEJO. No hay piedras.

CHINICA. Pero hay las bolas
de los balcones de hierro.

CALLEJO. Vamos. (*Llévanlos.*)

EUSEBIO. ¡Que se deja usted
esta pieza en el tintero!

CALLEJO. Es verdad, que también ponen
majas en los Nacimientos.

ESPEJO. No se pondrán en el mío;
que donde todo el concepto
es inocencia, no tiene
la malicia cabimiento.

LADV. Yo me estaré quietecita.

CHINICA. Dígole á usted que no quiero.

LADV. Yo quiero bailar.

ESPEJO. No sabes.

LADV. ¿No? Tasadamente atrueno
toda la circunferencia,
cuando bailo y taconeo.

CHINICA. Por lo mismo tú no puedes
bailar delante del cielo,
que allí quien respinga cae
y no pára hasta el infierno.

EUSEBIO. Pues yo te la he de feriar,
que me gusta su despejo.

CHINICA. Si no quiero esta figura.

LADV. Ni yo tampoco me ferio,
y si á usía no le gusto,
por fin me queda el consuelo
que usía tampoco á mí;
y así desde ahora podemos
reñir ó quedar en paz,
que yo á todo me convengo.
¡Qué señor tan tonto, tan
hablador y tan mal hecho!

ESPEJO. Mira, chica, la verdad,
y yo ¿qué tal te parezco?

LADV. Que el hijo es como cincuenta;
pero usía como ciento.

ESPEJO. ¿Como cien qué? ¿cien pimpollos
de oro?

LADV. ¿Pues no se está viendo?
Agur y hasta nunca. (*Vase.*)

ESPEJO. Adiós,
que me guarde de tu gesto.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¡Señorito, qué fortuna!
¡señorito, qué contento!
¡estas sí que son figuras!

CHINICA. ¿Cuáles?

CALLEJO. Estos cuatro negros.

(*Salen las señoras* FIGUERAS *y* MARIANA, MERINO *y* SIMÓN, *de negros, con sonajas, cantando y bailando.*)

GUINEO. «Esta noche qué la noche bena
cenalemo tulón y hipocás,
y lempué bailaremo la cota
á la puelta del santo poltal.

LAS DOS. Mi moleno te quelo, te alolo.

LOS DOS. Yo te quelo, mi molena, más.
Pue bailemo otro poquilitiyo
(*Como antes.*)
y lempué á lomil y cayar.»

CALLEJO. ¿Qué tal, señor?

CHINICA. Me parecen
bien, solamente que advierto
que no son los cuatro iguales.
Anda, llama al carpintero.

CALLEJO. ¿Para qué?

CHINICA. Para que corte
á estos dos cuatro ú seis dedos
de piernas, y de esta suerte
quedan los cuatro parejos (1).

SIMÓN. Non é plesiso, siolo;
yo celé chiquilituelo
zi quele su señolía.

CHINICA. ¡Válgame Dios, y qué feo
te parió tu madre?

MERINO. E yo,

(1) Josefa Figueras y Simón de Fuentes eran muy altos

ziolo, ¿qué le palezco?
¿qué le palece la plima?
¿y eztota plima de Pedo,
mi plimo, que le palece?

CHINICA. ¿Todos tienen parentesco?
SIMÓN. Y tolos plimos de uzía.
CHINICA. Pues yo la usía dispenso;
que entre primos no es razón
andarse con tratamientos.
FIGUERAS. Pues zi quele manda, plimo,
que toloz te sevilemo;
que Cataliniya baila
la fandunga y el copeo;
yo canto la zigaliya,
tonalilla y mucho cuento,
y tocan que ez un primol
Periquillo y Antoñuelo.
ESPEJO. ¿Y tú eres Catalinica?
MARIANA. Zí, ziolo.
ESPEJO. Buen pellejo
tienen las dos para guantes
de castor en el ivierno.
MARIANA. ¿Pala guantes?; ¡y qué poco!;
que, aunque tene coló pleto
Catanlina, azí la quelen
sus paires y su moleno.
MERINO. Zí, ziolo, que la quele
y lempué de Pascua ilemo
al cula que nos infoze.
CHINICA. Este diablo me da miedo.
MARIANA. Porque eztá pleto, ziolo;
manana moz veztiremo
tolito de cololado.
CHINICA. Y parecerán pimientos
de Valencia, que regalan
á un viudo con lazos negros.
Vaya, llévalos al punto,
y haz que vayan encendiendo
la iluminación del monte,
que quiero ver lo que hay puesto.
CALLEJO. Siga la cuadrilla. Vamos.
LOS DOS. Agul, plimo.
LAS DOS. Agul, moleno.
CHINICA. ¡Achi, achi!
SIMÓN. Pala ezta.
IGNACIA. Repitan el sonajeo.
MARIANA. Zí, ziolo. Francisquiya,
vuelve tú á cantar aquello.

(*Repitiendo el juguete del Guineo y muecas se entran, y* EUSEBIO *hace que los sigue.*)

CHINICA. Digo, primo, ¿dónde vas?
EUSEBIO. A ver lo que van poniendo.
IGNACIA. Con las figuras que tienen
es preciso que esté bueno.
EUSEBIO. Y si no, yo tengo idea.
CHINICA. Ya lo sé, y yo te la entiendo;
al olor de las morcillas
te vas y el de los corderos.
IGNACIA. ¿Tan mal gusto tenéis?
CHINICA. No
es gusto, como el gallego
decía, ni habilidad,
sino *influju* del *terrenu*.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. Señorito, cuando usía
quiera; todo está dispuesto
mal ó bien.
CHINICA. De esa manera
dispondré de todo un reino
yo, tú ó cualquier borrico.
TODOS. ¡Ea, pues! vamos á verlo.
CHINICA. Si está á mi gusto, mañana
te doy el peluquín viejo.

(*Vanse y se descubre el peñasco con todas las figuras que han salido. y las demás y animales pintados, como estará prevenido; todos bailando en diferentes actitudes, sonando todos los instrumentos, y saldrán al tablado cantando los que al principio su pastorela; y vuelven á salir los cinco que se entraron.*)

TODOS. ¡Lindamente!
CHINICA. Mayordomo,
que le den al carpintero
dos reales por el trabajo
y un trago de pan y queso.
IGNACIA. ¡Brava propina, después
de trabajo tan tremendo!
CALLEJO. Y es fuerza también que usía
disponga lo que les hemos
de dar á todos, en mesas,
en alhajas y dineros;
que aquí nadie está de balde.
CHINICA. Pues, ¿no se están divirtiendo?
Diles que me paguen, y
yo les divertiré á ellos
con mi tambor.
PASTORES. Señorito:
aguinaldo y cantaremos
tonadillas.
IGNACIA. ¿Tonadillas?
Ese es el mejor festejo
que se puede dar.
ESPEJO. Pues vaya,
que yo regalar ofrezco
á todos; y si esta idea,
por lo breve y por del tiempo,
no gusta, vaya por tantas
en que, afanado el ingenio,
combinó con sus tareas
afanes de nuestro afecto.
TODOS. Que siempre postrado vuelve
á festejaros diciendo:

(*Con la pastorela y movimiento de las figuras se da fin.*)

Hay otro final, que sustituye desde el verso «¿Pues no se están divirtiendo?», *y dice así:*

CHINICA. Ved la lista de los precios
que tiene cada figura.
ESPEJO. La gaita y tamborilero,
treinta doblones.
CHINICA. ¡Jesús,
qué disparate!; y podemos
por diez comprar dos cochinos
de treinta arrobas de peso.
CARPINT. ¿Los da usía?
ESPEJO. No los doy.
CARPINT. Pues á otra parte á bureo.
EUSEBIO. Aquel pastor yo le pago,
y las negras.
MERINO. No quelemo
los negliyos.
CHINICA. ¿Por qué no?
IGNACIA. ¡Qué tonto eres, Filiberto!
Tío, ¡qué tonto es usía!
¿No véis que se están riyendo
la familia de vosotros?
EUSEBIO. Hombre, ¡que seas tan ciego!
¿no ves que son tus criados,
disfrazados, todos éstos
CHINICA. ¿Conmigo chuladas? Padre,
aunque no haya Nacimiento,
vayan todos noramala.
ESPEJO. Menos aquel pastorzuelo,
que le quiero hacer mi paje
de cámara.
POLONIA. Este embeleco
es cosa del mayordomo,
que, una vez ya descubierto,
ni él se lo puede vender.
CALLEJO. Ni yo tampoco lo vendo.
TODOS. ¡Aguinaldo, señorito!
CHINICA. Con un trabuco.
EUSEBIO. No es tiempo
sino de fiesta.
POLONIA. ¡Perdón!
Aguinaldo y cantaremos
tonadillas.
IGNACIA. ¿Tonadillas?
Ese es el mejor festejo
que se puede dar.
CHINICA. Pues vaya,
y si gustais, prima, de eso,
también yo quiero cantar,
que lo hago como un jilguero.
ESPEJO. Canten y siga la fiesta,
que yo regalar ofrezco
á todos. Y si esta idea,
por lo breve y por del tiempo,
no gusta...
TODOS. Pedimos todos
el perdón de nuestros yerros (1).

(1) Siguen las aprobaciones y licencias en esta forma:
«He leído el sainete nuevo, intitulado *El adorno del Nacimiento*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 22 de diciembre 1770.—*Dr. Don Francisco de la Fuente.*
Nos el Dr. D. Cayetano de la Peña y Granda, presbítero, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Damos licencia para que en los coliseos de comedias de esta corte se pueda representar y represente, el sainete intitulado *El adorno del Nacimiento*, su autor D. Ramón de la Cruz, atento que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y que no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid veinte y dos de diciembre de mil setecientos setenta.—*Dr. Peña.*—Por su mandado, *Martín Antonio de Zornoza.*
Señor: He leído este sainete, intitulado *El adorno del Nacimiento*, y juzgo puede V. S. permitir su representación, salvo etcétera. Madrid y diciembre 23 de 1770.—*Ignacio López de Ayala.*
Madrid 23 de diciembre de 1770.—Ejecútese.
Madrid, diciembre 24 de 1770.—Visto.—*Cuellar.*»

100

La boda del cerrajero.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.
SU AUTOR, D. RAMÓN DE LA CRUZ.

1770 (1)

(*Calle corta. Sale* CHINICA, *de oficial de herrero ú cerrajero, de día de fiesta la ropa, y capa y sombrero, y llama con campanilla á una puerta cerrada, por donde saldrá* CALLEJO, *demostrando igual oficio.*)

CHINICA. ¿Si estará en casa Jeromo?
La puerta tiene cerrada;
mire si dije yo bien.
A ver si acaso... (*Llamo.*)
CALLEJO. (*Dentro.*) ¿Quién llama?
CHINICA. Yo soy, Jeromo
CALLEJO. ¿Qué quieres?
CHINICA. ¿De veras estás en casa?
CALLEJO. Sí, hombre.
CHINICA. Pues baja á abrir.
CALLEJO. Espérate una migaja.

(*Sale* SIMÓN *embozado, con sombrero de picos y cofia, capa de color, muy majo.*)

SIMÓN. Dios guarde á usted.
CHINICA. A usted también.
SIMÓN. ¿Quiere usted una palabra?
CHINICA. ¿Para qué la quiero yo?
Si fuera una letra, vaya;
y más de mil pesos.
SIMÓN. ¡Chito!;
que cuando las gentes hablan
de veras, hablan de veras.
CHINICA. ¡Pues!; y cuando en chanza, en chanza.
tanto como eso yo lo
sé sin ir á Salamanca.
SIMÓN. Calle y responda.
CHINICA. Ninguno.
puede responder si calla.
SIMÓN Escuche usted.

(1) Bib. Municip.: leg. 1-162-8. Copia antigua, con las censuras que van al final. Impreso suelto en Barcelona, 1771, en 8.º

CHINICA. Adelante.
SIMÓN. ¿Es cierto que usted se casa
con una hija del tío
Tinieblas?
CHINICA. Ahora se acaban
de hacer... ésto... las... los... las...
SIMÓN. ¿Las qué?
CHINICA. Las... ¿cómo se llaman?
Los ajustes.
SIMÓN. ¿Qué? ¿se ajustan
como la fruta en la plaza
las bodas?
CHINICA. Pues, ¿y qué fruta
debe ser más regateada
que aquella que no se prueba
hasta después que se paga?
Requiere elegir melones
y mujeres, mucha maña;
que en tres docenas, á veces
hay treinta y seis calabazas.
SIMÓN. Y entre las cuatro, ¿cuál es
la que tiene usted acotada?
CHINICA. La Tomasita.
SIMÓN. Supongo
que usted hasta ahora ignoraba
que la Tomasa me quiere
y yo quiero á la Tomasa.
CHINICA. Sí, señor.
SIMÓN. Pues ya lo sabe.
Y si ahora, por su ignorancia,
se le perdona la vida,
como se atreva á mirarla
otra vez; como se atreva
á proseguir la demanda;
y como se atreva, al fin,
á tocar su mano blanca,
le abriré de arriba á abajo
de la primer cuchillada.
CHINICA. Es que...
SIMÓN. ¡No hay apelación!
CHINICA. Pero...
SIMÓN. ¡No hay pero que valga!
Usted la quiso: está bien,
que lo merece la dama;
quiere su padre: mejor,
con eso no hay que sacarla
por el vicario. Después
ha sabido usted que estaba
otro delante, que tiene
más brazo para alcanzarla,
y dijo usted: «Acabóse;
echemos por otra banda.»
La deja usted; yo la tomo;
el padre se alegra, ó rabia;
nos casamos, si Dios quiere;
se serena la borrasca;
y usted se queda burlado
y alegre como una pascua.
Agur y mandar, amigo.
CHINICA. ¡Afloje usted esa manaza,
con mil diablos!
SIMÓN. Esto es seña
de una amistad apretada. (*Vase.*)
CHINICA. ¡Así te aprieten á ti
la lengua con las tenazas
de un herrero!
(*Sale* CALLEJO.)
CALLEJO. ¿Qué hay, Juanillo?
Perdona, amigo, que estaba
mudándome la camisa.
¿Qué se te ofrece?
CHINICA. Ya nada.
CALLEJO. ¿Por qué?
CHINICA. Porque soy fatal.
¡Reniego de tu tardanza
en abrir; de ti reniego;
reniego de la muchacha;
de la música reniego,
y reniego de mi casta!
¡Ay, pobre de mí!
CALLEJO. ¿Qué tienes?
¿te ha dado alguna zarpada
en esa mano el martillo?
CHINICA. No.
CALLEJO. ¿Te has quemado en la fragua?
CHINICA. ¡Ojalá!
CALLEJO. Pues esa es cosa
que en tu mano está lograrla.
CHINICA. Déjame, hombre.
CALLEJO. ¡Anda con Dios!
CHINICA. Cuando uno necesitaba
más los amigos, le dejan (*Llora.*)
CALLEJO. Pues, hombre, si eres un maza.
Dí qué quieres, y por qué
son lágrimas tan amargas.
CHINICA. ¡Ha! ¡ha! ¡ha!; por otro lado
me da risa ver qué cara (*Se ríe.*)
tiene el hombre de vinagre.
CALLEJO. ¿Y á qué es esa carcajada
ahora? Tú vienes loco.
CHINICA. Ya ha días que yo lo estaba,
y ahora con esta boda
estoy cosa rematada.
CALLEJO. ¿Pues qué? ¿se compuso?
CHINICA. Sí.
CALLEJO. ¿Y cómo?
CHINICA. La otra mañana
me llamó el maestro y me dijo:
«Siéntate sobre la cama,
Juanillo; y mientras están
almorzando las muchachas
allá arriba en la cocina,
dame la mano y palabra
de esposo.
CALLEJO. ¿A quién? ¿al maestro?
CHINICA. Pues.
CALLEJO. Gozáos edades largas,
y sea muy en buen hora.

CHINICA. Hubo mucho más, aguarda.
Dice: «Como yo soy ciego
del todo y no veo nada,
para cuidar de cuatro hijas
necesito estar en brasas
y andar detrás siempre, oyendo
cuanto hacen y cuanto hablan;
y necesitando quien
me ayude á llevar la carga
de la tienda y de las hijas,
la idea más acertada,
me parece casar una
con un hombre que no traiga
camisa.» Entonces le dije:
«Aquí estoy yo.» Y él me agarra
y me dice: «Calla, tonto,
que aún más que decir me falta.»
Y prosiguió: «Con un *probe*
honrado, y que no se vaya
á visitar las tabernas,
como otros las cruces santas...»
«Ya no estoy aquí», le dije
entonces con voz airada.
Y él replicó: «Ya lo sé,
que tú sólo bebes agua.
Tú sé que sabes tal cual
leer, escribir sin pauta
y algo de cuentas; por eso
te hago dueño de mi casa.
Y casándote con una,
aquella que más te agrada
de mis hijas, las demás
vienen á ser tus hermanas;
y en cerrando yo la boca
(que es la única ventana
que me queda por cerrar),
cuando de este mundo salga
serás tutor y heredero
de mi prole y mis alhajas.»

CALLEJO. Y después ¿en qué quedó?

CHINICA. En que me caso mañana,
y en que esta noche es la fiesta
y tenemos convidadas
las parientas á bailar.

CALLEJO. ¡Pues es una cosa rara,
la víspera la función!

CHINICA. Es que el día que se casan
las gentes, como madrugan
y es tanto lo que se afanan
en composturas, visitas,
parabienes y matracas,
al anochecer se duermen;
y si el fandango se arma,
se desvelan; pasan luego
una noche toledana,
y al otro día parece
que salen de unas tercianas.
No, señor; bailemos hoy,
y casémonos mañana,
que la víspera del santo
se ponen las luminarias.

CALLEJO. Hombre, ¿y cuál has elegido?

CHINICA. La mejor; ¿qué? ¿soy yo rana?

CALLEJO. Y ella, ¿te quiere?

CHINICA. Lo mismo
que los perros las zarazas,
y los ladrones á los
oficiales de la sala.

CALLEJO. ¿Y la eliges?

CHINICA. Por lo mismo;
y está la razón bien clara.
El día que te casaste
decías: «¡Qué enamorada
está mi mujer de mí!»
Esto sería por Pascua;
y el día de San Silvestre,
me acuerdo que te quejabas
de que en viéndote venir
por la calle, vomitaba
de asco.

CALLEJO. Todo eso es verdad.

CHINICA. Pues la consecuencia saca.
Si ésta me está aborreciendo
hoy, que conmigo se casa,
dentro de dos ó tres días
me querrá como á su alma.

CALLEJO. ¡Dios lo quiera!

CHINICA. Dios sí quiere;
que ellas quieran es la gracia.

CALLEJO. ¿Y qué se ofrece?

CHINICA. Que al punto
juntes á los camaradas
y que llevéis el violín,
la bandurria y la guitarra,
porque haya un fandango en for- [ma;
que habrá una famosa sala
de mozas y mucho vino,
pan candeal, queso y castañas.

CALLEJO. Pues, hombre, voy al instante;
que justamente me aguardan
ahí en la botillería
del callejón de la Plaza
todos.

CHINICA. Hombre, no tardéis.

CALLEJO. Quizá llegaré á tu casa
con ellos antes que tú.
Voy á ponerme la capa;
manda otra cosa, y adiós.

CHINICA. Adiós, y ven en volandas.

(*Vase el uno; el otro entra por la puerta de su casa; y salen, como de paseo, las señoras* MAYORA *y* POLONIA, *de petimetras, con* MERINO, EUSEBIO *y* PONCE, *en igual traje, de capas, etc. Y luego* SIMON, *colérico, sin reparar.*)

POLONIA. No he visto tarde peor.

MAYORA. Es imposible que haya
seis personas en el Prado.

POLONIA. En estas tardes pasadas,

que hacían de primavera,
nos tuvieron encerradas
los señores; y esta tarde,
sin duda, amiga, nos sacan
á quitarnos la polilla.

MERINO. ¿Hay más de volverse á casa,
si ustedes no van contentas?

EUSEBIO. ¿No será mejor llevarlas
á la comedia?

MAYORA. ¡A buena hora!,
ya son cuatro y media dadas,
y antes de llegar, las cinco.

PONCE. Por las calles no está mala
la tarde: demos la vuelta,
y rematar en la Plaza
á llevar qué merendar.

POLONIA. Yo sé que hay buenas banastas
de besugos.

EUSEBIO. Pues, á ellos,
y tendremos cuchipanda.

(*Sale* SIMON.)

SIMÓN. Si paro en Madrid, me pierdo,
ú he de hacer una fritada
de la asadura de aquel
pícaro, ú me voy á Jauja.

MERINO. Pepe, ¿dónde vas tan ciego,
que ni nos ves ni nos hablas?

SIMÓN. Perdonen ustedes; voy
que, si ustedes no me llaman,
ni los bultos había visto.

PONCE. Hombre: mira con qué barbas
me tienes. ¿De cuándo acá
haces tú la menor falta?

MERINO. A mí me suele hacer muchas;
en teniendo alguna daifa
entre ojos, no hay cristiano
que le pueda echar la zarpa.

EUSEBIO. ¿Se ha escapado alguna liebre?

SIMÓN. En su vida, ni en su alma
me hablen ustedes de mozas.
¡Ojalá se levantara
un aire tan fuerte que
se las llevase en volandas
á todas donde jamás
pudiesen volver á España!

LAS DOS ¡Vivais mil años!

SIMÓN. Ustedes
perdonen, por Dios, madamas;
que esto se compone con
que ustedes dos se quedaran.

MERINO. Sí, que á un lugar como éste
con dos mujeres le bastan.

EUSEBIO. ¡Hombre! ¿qué te ha sucedido
que vienes echando llamas?

SIMÓN. Señor don Felipe, cosas
de hombre. Yo vi una muchacha,
hija de ese cerrajero
ciego, de tan grande fama,
que me regustó (dejemos
á un lado las circunstancias)
y dije: «No ha de ser otra
la señora de mi casa,
luego que ponga la tienda,
y quien meta la cuchara
en mi plato, sino tú.»
Y cuando ya casi estaba
para pedirla á su padre,
he sabido que la casa
con uno que ella aborrece;
y que de verle la traza
solamente, es fuerza que
la pobre muerta se caiga.

PONCE. Y ella, ¿te quiere á ti?

SIMÓN. ¡Toma!
¿Usted sabe que es tan alta
como yo? y según parece,
la naturaleza, sabia,
dijo: «Ahí va en simetría
al mundo ese par de estampas:
la de Tomasa, con Pepe;
la de Pepe, con Tomasa»!
¡Si está más claro que el sol!

EUSEBIO. Todo lo vence la maña.

SIMÓN. ¿Qué maña ni qué demonio,
si se han de ir por la mañana
á casar, y hay esta noche
un baile y una borrasca
que será imposible verla,
y más imposible hablarla?

MERINO. ¿Ella á ti, te tiene cuenta?

SIMÓN. Ocho mil reales de plata
en dinero, bien vestida,
honesta y que me idolatra;
mire usted, para adornar
mi tienda, si son alhajas.

MAYORA. Si nos dejaran entrar
al baile, de buena gana
fuera yo.

POLONIA. Y yo, si pudiera,
había de aconsejarla
no se casase á disgusto.

MERINO. Amigos, va de humorada;
Pepe, vente con nosotros.

LOS OTROS. ¿Dónde?

MERINO. Ya está proyectada
la acción, donde divirtamos
un par de horas estas damas,
burlemos dos majaderos
y saquemos una esclava
de cautiverio.

LAS DOS. ¡Cuidado...!

MERINO. Cuando yo entro con mi cara
descubierta en una acción,
yo sabré desempeñarla.

LOS OTROS. Vamos allá.

MERINO. Tú quedito,
que tuya será Tomasa.

SIMÓN. Esto no saben premiar
las mujeres: ¡ah, tiranas!

(Vanse; y en casa pobre, con algunas sillas y bancos, salen CHINICA, ESPEJO, *de casaquilla, baslón, etc., las señoras* MARIANA, LADVENANT, JUANA *y* FIGUERAS, *sus hijas, y la última más guapa que todas.)*

ESPEJO. ¿Conque de veras, muchacho,
nos traerán tus camaradas
la música?

CHINICA. Vendrá luego
gente de provecho á manta.

ESPEJO. Dales bien de refrescar,
y árdase Troya. Muchachas,
¡cuidado que estéis alegres!
¿Os habéis puesto muy guapas?

MARIANA. Mucho, señor; la que menos,
está como una tarasca.

JUANA. Yo todo el cofre he sacado
y el cofre encima.

LADV. ¡Ahí es nada,
la fortunilla que se entra
hoy por las puertas de casa,
y el real cuñado que Dios
nuestro señor nos depara!

CHINICA. ¿Va eso de veras?

LADV. ¿Pues no
se nos conoce en la cara
el gusto? *(Aparte.)* ¡Malhaya tu
pelo!

JUANA. *(Ap.)* ¡Que no reventaras!

MAR. *(Ap.)* ¡Que, de tantos tabardillos,
uno encima no te caiga!

CHIN. *(Ap.)* Ellas se conoce á legua
que igualmente me idolatran;
y lo que es por mí, al instante
con las cuatro me casara;
pero por acá no dan
más que á una mujer por barba.
(Llora la niña.)
¿Por qué llora usted?

ESPEJO. ¿Quién llora?

FIG. *(Ap.)* ¡Que no fuera la palabra
última que hablaras ésta!

CHINICA. ¿Quién, la señora Tomasa?

ESPEJO. ¿Llora? ¡Gran señal, muchacho!
De su madre, que Dios haya,
me acuerdo que el día que
se casó también lloraba;
y después toda su vida
fué alegre como una gaita.
¿A ver? ¡hola! ¿qué? ¿te has puesto
el guardapiés de melania? *(Tocando.)*
Me alegro. ¡Viva la novia!
Chico, parece que llaman.

CHINICA. ¡Mis amigos, mis amigos! *(Vase.)*

LADV. Si son de tu misma traza, *(Ap)*
mas que nunca acá vinieran.

MARIANA. ¿Y te has de casar, hermana?

FIGUERAS. ¿Qué he de hacer?

MARIANA. ¿Y el cirujano?

FIGUERAS. ¡No me le nombres, Pascuala,
por Dios!

MARIANA. Si acaso te mueres,
déjamele á mí por manda.

(Sale CALLE, *en igual traje al de* ESPEJO, *y las señoras* JOAQUINA *y* NICOLASA. *Sale* CHINICA.)

CHINICA. Son vuestro primo y sobrinas.

CALLEJO. Muy buenas tardes, muchachas.

ESPEJO. ¡Adiós, primo!

JOAQUINA. ¿Conque, en fin,
te pones á la garganta
el lazo?

FIGUERAS. ¡No hay más remedio!

JOAQUINA. A fe, que yo bien le hallara.
Cuando el cura te pregunte
di que no quieres, mañana.

ESPEJO. ¿Qué le dicen á la novia
sus primas?

JOAQUINA. Tío, le daba
la enhorabuena, y á usted.

ESPEJO. Dios te lo pague, Juliana,
y te depare otro tal.

JOAQ. *(Ap.)* ¡Antes quiero la mortaja!

ESPEJO. ¿Y tus amigos?

CHINICA. Parece
que lo hace la mala trampa;
cuando uno lo ha de lucir,
todas las luces se apagan.

ESPEJO. No importa; vamos bailando:
¿no tienes ahí tu guitarra?
Pues sácala, que Blasito
y yo nos haremos rajas:
que está esta boda muy fría.

CALLE. Hombre, ya tenemos canas

ESPEJO. ¡No importa!

LADV. Si está usted ciego.

ESPEJO. Por el tacto de las patas,
no perderé yo compás.
Quien tuvo, retuvo; anda
por tu vihuela.

CHINICA. Aquí está.

ESPEJO. Salgan la novia y Juliana.

LAS DOS. Luego bailaremos.

ESPEJO. Vamos.

NICOLÁS. ¡Qué boda tan esmurriada!

ESPEJO. ¿Oyes?: canta una de aquellas
que sueles cuando machacas.

(Canta CHINICA, *y bailan los dichos, volviéndose siempre* ESPEJO *de espaldas á la compañera; y se ríen todos.)*

CHINICA. «Enamoréme el lunes,
caséme el martes,
y el miércoles rabiaba
por descasarme.
¡Ay, cuántos veo
que por la negra honrilla
no alzan el dedo!»

ESPEJO. ¡Mire cómo ya se ríen!
Siga la fiesta.
VOCES (*Dentro.*) ¡Ah de casa!
CHINICA. Entren, que abierto quedó.
CALLEJO. ¡Alabado Dios!
OTROS. ¡Deo gracias!

(*Van saliendo todos los que pudieren de tunos, con instrumentos, y después los petimetres y señoras, habiendo trocado capas* SIMON *y* MERINO.)

CHINICA. ¡Vamos con dos mil demonches!
¡Reniego de vuestra casta!
¿Qué hora de venir es ésta?
¡Por vida de la!... que estaba
para daros con la puerta
en los hocicos.
CALLEJO. ¡Aguarda,
que es bueno el recibimiento!
¿Qué apuestas que, si me enfadas,
nos volvemos?
CHINICA. Ya se ve.
Vale más la confianza
con que yo os he convidado
á que echéis ahí las entrañas
cantando y bailando, que
todito.
GALVÁN. Vamos á casa;
si quiere tener la orquesta
pronta, ¿por qué no la paga?
ESPEJO. ¡Poco á poco, caballeros!:
que él sentía la tardanza
porque la novia desea
bailar y él quiere sacarla,
LADV. Esto se acabó.
CALLEJO. Agradece
á las razones honradas
de tu suegro, que si no
no bailaras, ó bailaras
sin son.
CHINICA. Eso de bailar
sin son, mira cómo hablas;
que soy más hombre yo solo
que todos.
ESPEJO. ¡Dale, machaca!
CALLE. Señores, yo estoy en medio.
CHINICA. Lo mismo en el Prado estaba
la torrecilla, y la echaron
á tierra porque estorbaba.
MARIANA. Siéntense ustedes y no anden
en respuestas y demandas.
CAMPANO. ¡Chis! ¿cuál es la novia?
CHINICA. Aquélla.
CAMPANO ¡Zape, qué perdiz te mamas!

(*Salen los señores.*)

SEÑORES. Tengan ustedes muy buenas
tardes.
LADV. ¿Quién se entra en mi casa
de ese modo?
MERINO. Con licencia
de ustedes, estas dos damas,
habiendo sabido al paso
que la moza más gallarda
del barrio estaba de novia
y sus deudos festejaban
su dicha, quisieron verla;
y estando una con tres faltas
y otra con cuatro sospechas,
nos ha parecido darlas
este gusto.
CHINICA. Desde luego;
que no es razón que dos almas [1]
se expongan á perecer
porque á mí me dé la gana.
ESPEJO. ¿Y qué ropa es?
CHINICA. Mucho cuento.
ESPEJO. Vaya, que ha de ser sonada
la boda en todo Madrid.
CHINICA. ¿Oye usted?: ¿por qué se tapa
aquel señor?
(*Por* SIMÓN, *que se emboza.*)
PONCE. Es un grande:
¿no lo veis?
CHINICA, Por la fachada,
es verdad. También hay uno
de los más grandes de España
entre los usías. (*A* ESPEJO.)
ESPEJO. En todo
eres feliz, mi Tomasa.
FIGUERAS. Me parece que sí, padre.
ESPEJO. Vamos, ármese la zambra.
POLONIA. Venga entre las dos la novia.
ESPEJO. Así estará más honrada.
CHINICA. Ahora salimos con más
y con menos.
ESPEJO. ¡Bruto, calla!
y que empiecen á bailar.
JOAQUINA. Ya estamos todas, muchachas,
aquí demás.
MARIANA. ¿Y por qué?
JOAQUINA. Porque querrán las madamas
bailárselo todo.
MARIANA. Eso
luego saldrá á la colada.
CHINICA. Vamos, muchachos, con brío.
CAMPANO. Aguárdate á ver quién baila.
LADV. Las señoras las primeras.
MAYORA. Primero son las de casa.
ESPEJO. De ningún modo; ¡qué voces
tienen tan aseñoradas!
LADV. ¡Vaya usías!
MAYORA. ¡Vaya ustedes!
MERINO. Señores, porque no haya
cuestión, rompa el baile el novio,

---

[1] Pone con otra letra:
«damas
desaire alguno padezcan»

con idea más extraña
como bailar el fandango,
haciendo varias mudanzas,
entre multitud de huevos,
y á ciegas.

CHINICA. ¡Guarda la gamba!
que eso de bailar á ciegas,
y novio, puede ser trampa.

ESPEJO. Basta que el señor lo mande.
Anda, ve, Pepilla (*A Juana*), y saca
al instante una cestilla
de los que están en el arca.

CHINICA. Tapar no; vaya á ojos vistos.

EUSEBIO. Eso, hombre, no tiene gracia.

CHINICA. Que me lo mande la novia.

FIGUERAS. Yo lo suplico.

CHINICA. Pues vaya;
¿á qué se espera? Parece
que está usted más aliviada.

FIGUERAS. Un poquito.

CHINICA. De ese modo
estará buena mañana.

(*Sale* JUANA.)

JUANA. Aquí esta la cesta.

CHINICA. Padre,
eche á la novia una ojeada
mientras bailo.

ESPEJO. ¡Si no veo!

CHINICA. Pues téngala usted agarrada.

CALLE. Yo te taparé, Juanillo.

CHINICA. Cuenta que toquen de gana.

EUS. (*Ap.*) Yo ire previniendo á todos
el asunto mientras baila,
pues dice usté que están todas
de su boda lastimadas.

FIGUERAS. Sí, señor.

CHINICA. ¿Cuándo empezaís?

CAMPANO. Cuando tú avises.

CHINICA. Pues vaya.

(*Baila el fandango, etc. Interin* EUSEBIO *habla á todas, y se alegran; la* MAYORA, FIGUERAS *y* SIMON *se ocultan, y al acabar la música deja el pañuelo al pescuezo y le coge por él* MERINO.)

ESPEJO. ¡Qué bien lo baila mi yerno!

TODOS. ¡Viva, viva! ¡Basta, basta!

CHINICA. Es honor que ustedes me hacen...
¿Pero, dónde está Tomasa?

LADV. Con su marido.

ESPEJO. Pues bien;
¿de qué te quejas, panarra?

CHINICA. Es que no soy yo el marido
con quien está.

ESPEJO. ¡Santa Clara!

CHINICA. ¡Por vida!...

MERINO. Mire que tengo
la llave de su garganta.

ESPEJO. ¿Cómo es esto?

MERINO. Tío Tinieblas:
cuatro personas honradas,
sabiendo que vuestra hija
iba tan mal empleada,
la han venido á redimir
de una desdicha y casarla
con otro que ella quería,
cirujano de gran fama,
buen mozo y con tienda abierta.

ESPEJO. ¿Y dónde está?

(*Salen los tres.*)

LOS TRES. A vuestras plantas.

CHINICA. No es usted hombre de bien
si á todos no los despanza.

ESPEJO. ¡A ver!

PONCE. Esta es la madrina;
éste el novio.

ESPEJO. ¡Brava batalla
(*Le tienta de pies á cabeza.*)
y bien portado! Juanillo:
vete muy en hora mala;
y con éste, por lo menos
diremos que hay hombre en casa.

LAS MUJ. ¡Viva el tío Tinieblas!

HOMBRES. ¡Viva!

TUNOS. Juanillo, daca la maza.

CHINICA. Con ese recado al novio,
que es el que la lleva, y larga.

MAYORA. Pues vamos á festejar
la boda.

POLONIA. Y para que haya
de todo, yo cantaré
una bonita tonada,
con que tenga el intermedio
fin, si no merece gracia (1)

---

(1) Siguen las aprobaciones y licencias en esta forma:

«He leído el sainete intitulado *La boda del cerrajero*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 2 de diciembre de 1770.—*Dr. D. Francisco de la Fuente Uruñuela.*

Nos el Dr. D. Cayetano de la Peña, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete antecedente, titulado *La boda del cerrajero*, atento á que de nuestro orden ha sido visto y no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á tres de diciembre de mil setecientos y setenta.—*Dr. Peña.*—Por su mandado, *Juan Martínez Mora*

Señor: He leído el sainete intitulado *La boda del cerrajero*, y me parece puede V. S. permitir su representación, con tal que se omitan en ella los versos que van notados, salvo, etc.—Madrid y diciembre 4 de 1770.—*Ignacio López de Ayala.*

Madrid y diciembre 4 de 1770.—Ejecútese. (*Sin firma.*)

Madrid y diciembre 4 de 1770.—*Cuéllar.*»

101

La crítica.

SAINETE NUEVO

1770 [1].

(El teatro representa la sala del ensayo, en casa del autor. Habrá una mesa, alrededor de la cual estarán algunas sillas; dentro suena música de cuatros; GARRIDO, *la señora* PACA MARTÍNEZ, CORONADO *y algunos otros se estarán paseando y estudiando. Cantarán, con efecto, algún coro breve, y concluido saldrá* MARTÍNEZ, *en el traje que le acomode.)*

(Coro cualquiera.)

GARRIDO. No escribieran los poetas
unos papeles tan largos,
si de memoria después
tuvieran que vomitarlos.

(Sale MARTÍNEZ.*)*

MARTÍNEZ. Muy buenos dias, señores.
Parece que aún es temprano.
GARRIDO. Parece, según la poca
gente que hay en el ensayo;
pero según mi reloj,
son las nueve menos cuarto.
PACA. Sólo las pobres mujeres
somos las que madrugamos.
CORONADO. Algnnas, que otras se están
hasta las diez descansando
en la cama, y después vienen
con un humor de mil diablos.

(Sale PACO.*)*

PACO. Señor, á la puerta están
tres sujetos bien portados,
que os quieren hablar.
MARTÍNEZ. ¿Quién son?
PACA. Di que estamos ensayando;
que vuelvan á mejor hora.
CORONADO. Rato más desocupado
que éste, puede ser que no
le tengas en todo el año.
GARRIDO. Mándalos entrar aquí;
divertiremos el rato
con las visitas.
MARTÍNEZ. Di que entren
(si no fuere reservado
el asunto que los trae)
á esta pieza.
PACO. Voy volando. *(Vase.)*
MARTÍNEZ. Sin duda estos caballeros
vendrán á pedir prestado
algún vestido ó alguna
friolera del teatro
para comedia casera.
GARRIDO. Harás bien en no prestarlos;
que después los vuelven tarde,
deslucidos, estropeados;
y sin darle á uno siquiera
gracias por el agasajo.

(Sale PACO.*)*

PACO. Aquí están estos señores;
y fuera quedan tres payos
con la propia pretensión
de ver á usté.
MART. *(A* PACO*).* En despachando
con estos señores. ¿Qué hay
(A los tres.)
en que yo pueda obsequiarlos?

(Con PACO *han salido* PALOMINO, *de médico;* SIMÓN, *de vestido negro, y* JUAN RAMOS, *de petimetre rigoroso.)*

SIMÓN. Señor, yo soy familiar
de la justicia.
MARTÍNEZ. ¿Criado?
SIMÓN. De aquellos de confianza
que la sirven á la mano.
GARRIDO. ¿De confianza? Ya lo oigo.
RAMOS. Yo, amigo, soy un muchacho
discreto y bonito: tengo
un decente mayorazgo;
como bien, duermo mejor,
enamoro, juego y gasto.
CORONADO. Es discreto: ya lo vemos.
MARTÍNEZ. ¿Y usted?
PALOM. ¿No lo está dictando
la fachada? Uno de los
médicos más afamados.
PACA. Ya lo siento en mis humores,
que todos se han alterado.
MARTÍNEZ. ¿Y qué tienen que mandarme?
(A un tiempo los tres.)
SIMÓN. Yo...
RAMOS. Escuchad...
PALOM. Esto es...
MARTÍNEZ. Despacio.
y hable cada uno á su tiempo,
para que nos entendamos.
SIMÓN. La justicia nunca cede.
Yo empiezo.
CORONADO. En algunos casos
la he visto ceder; ya por
evitar mayores daños
en la república, y ya
por no perder un vasallo.
GARRIDO. Tú has tomado la justicia
en general, y aqui hablamos
de la de no por mi casa.
Deja hablar al escribano.
SIMÓN. ¿Qué sabe usted si lo soy,
ó procurador, notario,

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-153-4. Copia antigua.

agente, alguacil, portero,
alcaide ú otro de tantos
subalternos? Yo soy uno:
lo demás no viene al caso.

MARTÍNEZ. Prosiga usted.

SIMÓN. En dos palabras:
yo vengo de apoderado
de todos mis compañeros
y dependientes de cuantos
tribunales tiene el reino,
ahora que empieza el verano,
á pediros que en estatua
no nos saquéis al tablado
en la vida, ni expongáis
al mundo nuestro retrato,
como si fuéramos unos
piratas, unos corsarios...

CORONADO. Eso es verdad.

SIMÓN. ¿Qué decís?

CORONADO. Que hay razón para quejaros;
pues la crítica se debe
extender sólo á los malos.

SIMÓN. A que ustedes no se acuerden
de nosotros aspiramos
no más.

MARTÍNEZ. Si ha sido eso sólo
lo que tenéis que mandarnos,
bien pudiera usted haber
esta visita excusado;
pues aquí nada queremos
de ustedes, escarmentados
de que el público no os puede
tolerar, y fuera chasco
nuestro ponerle delante
aquello de que huye tanto.

SIMÓN. Me gusta que ustedes sean
gentes de razón. ¿Quedamos
en que no saldremos más
aquí á danzar?

MARTÍNEZ. No.

SIMÓN. ¡Cuidado;
porque somos más terribles
que las nubes de verano;
y aunque no os amenacemos
con truenos, piedras ni rayos,
lloverán sobre vosotros
nubes de papel sellado,
que os arrasen en un día
labores de muchos años! *(Vase.)*

PACA. ¿Y á usted, señor, que le trae?

RAMOS. Vuestro proceder malvado.

MARTÍNEZ. ¿Cómo?

RAMOS. En sacar cada día
petimetres al tablado.
¿Sabéis qué es un petimetre,
digo de los consumados
de Madrid? Es un diamante
que contribuye á su ornato;
un auxilio del buen gusto;
una basa del palacio
de las artes y la industria.
Es un jovial literato,
que por calles y tertulias
va francamente enseñando
mucho más de lo que sabe.
Es un adorno del Prado;
un aliento del comercio;
un conocedor exacto
de lo útil y despreciable
que tienen nuestros teatros.
Es, finalmente, un empeño
para que en Madrid tengamos
mujeres limpias, alegres
y dóciles en el trato.
Mirad si, con estas gracias,
será desde hoy desacato
que no expíe la mayor
satisfacción, el burlaros
de un petimetre.

GARRIDO. Es verdad;
mas nunca satirizamos
á los hombres como usted
nosotros.

RAMOS. Eso es engaño,
que yo lo he visto.

PACA. Quizá
os habéis equivocado.

GARRIDO. En tal crítica, no son
ustedes contra quien vamos.

RAMOS. ¿Pues contra quién?

GARRIDO. Contra el padre
que os permite estar al lado
de sus hijas; contra aquellas
damas que, por agradaros,
sobre sus cabezas sufren
montes de piedras y trapos
y se ponen en las prensas
de cotillas y zapatos;
contra el mercader que os fía
más de aquello necesario;
contra el oficio que os sirve
mal y os hace pagar caro;
contra los necios que están
con la boca abierta cuando
explicáis vuestras doctrinas
modernas, en los más altos
puntos, ú estáis de la patria
y el amigo murmurando.
Contra éstos sí que tal vez
se suele tirar un tajo;
pero ustedes siempre quedan
airosos.

RAMOS. En ese caso,
toda nuestra queja debe
convertirse en agasajo,
recompensa y gratitud.
Apretad aquesa mano,
en prueba de la amistad

que desde hoy os profesamos
los petimetres, y agur,
que dos damas me han citado
para que tratemos de una
nueva observación de lazos
de pelo, que ha dado á luz
un abate literato. (*Vase.*)

MARTÍNEZ. Usted puede hablar si gusta.

PALOM. Yo, el doctor y licenciado
don Damián Clamores, vengo,
de mi Cuerpo comisario,
á quejarme de las muchas
licencias que se han tomado
ustedes de hacer reir
al concurso en los teatros
á expensas de la preciosa
medicina, y yo no hallo,
á la verdad, razón justa
para exponer como plato
de gusto una facultad
digna del mayor espanto.

MARTÍNEZ. Señor doctor, mucho temo
que habéis venido á cansaros
en balde.

PALOM. Es una osadía
común estar murmurando
toda la vida de un cuerpo
tan útil y necesario.

CORONADO. No hay duda que ustedes llenan
á todo el género humano
de servicios. Verbi gracia:
por ustedes un muchacho
se ve libre de la triste
sujeción de un padre anciano;
ustedes tal vez á un pobre
dan un rico mayorazgo;
ustedes libran de un
marido desconfiado
y mísero á las mujeres;
ustedes sólo de un rasgo
suelen en una oficina
proporcionar veinticuatro
ascensos; á las hermosas
libráis de los espantajos
de tutores y de suegras;
ustedes al más pesado
agilitan, de manera
que al otro mundo da un salto
en un credo; por ustedes
el hambriento y fatigado
sale de necesidad
y logra eterno descanso.
En celebridad continua,
y en justo debido aplauso
de los favores de ustedes,
vocean los campanarios
de día y de noche; en fin,
vuestras liberales manos
sacan á todos los hombres,
á excepción de los ahorcados,
de pretensiones, miserias,
pesadumbres y trabajos.

PALOM. Y, con todo eso, murmura
de nosotros el ingrato
corazón del hombre. ¡Ah,
quién le viera asaeteado!

GARRIDO. ¿Qué más saeta que una
cantárida en el costado?

PALOM. ¡Váyanse muy noramala!:
que yo les prometo, en pago
de sus críticas, y en nombre
de la facultad, negarlos
nuestra vista para siempre.

GARRIDO. Y nosotros lo estimamos,
como evidente señal
de vivir más tiempo sanos.

PALOM. ¡Permita Dios que os hartéis
de pepinos el verano,
el otoño de membrillos,
en el Adviento de nabos,
el invierno de lombarda
y en el Carnaval de pavos
y fiambres; á ver cómo
os libráis de nuestras manos! (*Vase.*)

PACA. No es nada la pretensión
que traen; sobre que el teatro
habla á todos, sin hablar
con sujeto señalado.

GARRIDO. Con todo, suele coger
á algunos de arriba á bajo.

MARTÍNEZ. Ese no será defecto
del que propone el retrato
del vicio, sino del que oye
con el corazón viciado.
¿Paco?

(*Sale* PACO.)

PACO. ¿Señor?

MARTÍNEZ. ¿No dijiste
que esperaban unos payos
para verme?

PACO. Se han dormido
en la antesala, cansados
de esperar.

CORONADO. Desde aquí se oye
cómo roncan.

MARTÍNEZ. Despertarlos,
á ver qué quieren.

GARRIDO. Autor,
vea usted esto que se ha entrado
sin llamar.

MARTÍNEZ. No hay que asustarse.

(*Salen, de majas, las señoras* MARIANA, NICOLASA, SILVERIA *y* PÉREZ.)

MARIANA. Sea por siempre alabado
el que dispuso las noches
escuras y el día claro.

PACA. ¿Qué es esto?

MARIANA. Gente de paz.

PACA. ¿Cómo se entran aquí?
MARIANA. Andando.
PACA. ¿Pues á quién buscan?
MARIANA. A nadie.
PACA. ¿Y qué es lo que quieren?
MARIANA. Algo.
CORONADO. ¿Pues cómo consientes?
NICOLASA. ¡Chito!
y hasta haber desembuchado
nosotras la comisión,
nadie despliegue los labios.
CORONADO. Por mí, cedo.
NICOLASA. Ese es el modo
de no salir arañado
de la sala: usté hace bien.
MARTÍNEZ ¿Quién son ustedes?, sepamos.
NICOLASA. La Usía, por el Barquillo.
PÉREZ. La Redonda, por el Rastro.
SILVERIA. La Tilde, por Maravillas.
MARIANA. Y por el *ensine* barrio
del Lavapiés, yo, que no
me acuerdo cómo me llamo.
GARRIDO. Sean ustedes bien venidas.
MARTÍNEZ. ¿Y de qué oficio ó qué trato
sois, hijas?
NICOLASA. Yo, buñuelera
por la mañana temprano,
naranjera por la tarde,
y por la noche en mi cuarto
costurera de hilo gordo.
PÉREZ. Yo tengo lonja de callos
á la puerta de mi casa;
y dentro, en el cuarto bajo,
botillería de vino
de poca sustancia y caro.
CORONADO ¿Y tú?
SILVERIA. Yo soy tejedora
de cintas, pico más alto;
y mi marido arquitecto
de goteras de tejados.
GARRIDO. ¡Mi alma!
MARIANA. Diga usté, mi vida.
GARRIDO. ¿Y usté, tiene oficio?
MARIANA. Cuatro.
GARRIDO. ¿Cuáles?
MARIANA. Según y conforme
los cuatro tiempos del año.
Diciembre, Enero y Febrero
soy besuguera; por Marzo,
que hace aire; en Abril, que llueve,
y el mes siguiente, de Mayo,
soy calcetera; por Junio,
Julio y todo Agosto planto
cerca del río mi fonda
de huevos duros, livianos,
ensalada y queso, para
la gente que va á los baños;
Septiembre, Octubre y Noviembre
vendo acerolas y salgo
á que me dé por las ferias
el aire de cuando en cuando;
que es fuerza dar á este cuerpo
miserable algún descanso.
¿Lo entiende usté, dueño mío?
GARRIDO. Sí, mi bien; ya me hice cargo.
MARTÍNEZ. Calla, tú. Señoras, basta
de broma, y vamos hablando
de veras, que estoy de prisa.
MARIANA. Pues nosotras muy despacio.
Usía, Redonda, Tilde:
ahí tenéis sillas, *sentaivos*,
mientras yo platico en nombre
de todos los cuatro barrios.
CORONADO. ¡Chis! ¿quién es ésta? (*Ap. á* NICOL.)
NICOLASA. La Pava,
de la calle del Rosario;
moza de cuatro provechos
y medio, que, mejorando
lo presente, no hay *nenguna*,
adonde ella pone el rancho,
que diga esta boca es mía.
MARIANA. Pues, señor (vamos callando):
¿se ha de componer la cosa
de bien á bien ó á sopapos?
PACA. Si la disputa ha de ser
una á una y brazo á brazo,
como usté quisiere, reina,
que aquí estoy y á todo hago.
MARTÍNEZ. Calla tú.
PACA. Si me va ya
subiendo el humo á los cascos;
y quiero, antes que se encienda
la cocina, evaporarlo.
MARIANA. ¿Qué secreto es ése?
MARTÍNEZ. Nada.
¿Qué manda usted?
MARIANA. Poco y claro.
El *españolismo* gremio
de las majas y los majos
dice poco y dice mucho
á ustedes; me iré explicando:
Dice poco, porque sólo
decir á usté me ha mandado
que en su vida vuelva usté
á ponerle en el teatro
con el carácter de pillo
ni con el nombre de bajo
pueblo, porque cada uno
es quien es, y cuatro trapos
limpios y con honra valen
más que todo el aparato
que llevan muchas *presonas*;
pues, como dice el adagio:
«el hábito no hace al monje».
Y si fuera dable el caso
de descubrir, á la luz
de la verdad, en un campo,
conciencias, genealogías,

caudales y mayorazgos,
para que cada *endeviduo*
fuera lo suyo agarrando,
quizá quedaran más pobres,
más feos y escarmentados
muchos de los que ahora están
más brillantes y más vanos.
Dice mucho, porque dice
que si se ve *jorobao*
con críticas otra vez,
formarán sus cuatro bandos
concejo en el Prado longo,
y, de pepinos armados,
con lentas marchas se irán
al coliseo acercando;
que entrarán con disimulo;
que sitiarán el tablado,
y que á la triste *fegura*
que remede maja ó majo
sin mucha honra, le echarán
de la escena á pepinazos.
Concluí: vean ustedes
qué dicen á este recado.

MARTÍNEZ. Que ustedes tienen razón;
que les doy palabra y mano
á todas y á cada una,
y, si no basta, un abrazo,
en señal de la concordia
que con todos cuatro barrios
pretendo.

MARIANA. Pues queda hecha
en su nombre; y no firmamos
por no saber escribir.

NICOLASA. Pero en semejantes tratos
la palabra hace más fuerza
que la fe de un escribano.

MARIANA. Poca parola; á otra parte,
que aquí ya hemos *despachao*.

SILVERIA. Anda, Pava.

MARIANA. *Anday* delante
vosotras. Agur, *salaos*.

GARRIDO. Agur, hermosuras.

PÉREZ. ¡Deja!

LAS CUAT. Lo que aquí sobra es el garbo.

(*Vanse las cuatro.*)

PACA. Ello no se ensaya; pero
está divertido el rato.

(*Sale* PACO.)

PACO. Aquí están estos señores.

CORONADO. ¿Qué ideas traerán los payos?

(*Salen* ROMERO, HUERTA *y* LÓPEZ, *de payos, y* ENRIQUE.)

ROMERO. Pan en cuerda, caballeros.

MARTÍNEZ. Pon unos asientos altos,
chico.

LÓPEZ. Asiéntense ustedes
también

GARRIDO. Nosotros estamos
muy bien.

ROMERO. Pues nosotros no (*Se sientan*),
que nos duele el espinazo
y toda la horcajadura
de venir despatarrados
sobre las bestias; en fin,
á esto nos han enviado
á la corte, y dennos pronto
la *rempuesta*, que nos vamos.

MARTÍNEZ. ¿Qué respuesta?

GARRIDO. Dice bien;
vuelvan ustedes.

MARTÍNEZ. ¿Acaso
han dicho?...

CORONADO. ¿Quieres callar?
Este auditorio tan sabio,
que ha oído sin respirar
el retórico aparato
de la oración de la villa,
dice que queda enterado
y se hará lo que se pueda.
Idos.

LÓPEZ. Beso á usté la mano.

(*Se levantan.*)

ROMERO. Esta es la primera vez
que en Madrí hemos *despachao*
pronto.

LÓPEZ. ¡Si no has dicho nada,
animal!

GALVÁN. ¿Pedro, Bernardo?:
¿dónde váis?

ENRIQUE. Señor alcalde,
¿no véis que se están burlando
de ustedes?

ROMERO. Pues préndelos,
como puedas.

MARTÍNEZ. Sentaos,
y perdonad, que este ha sido
un chiste de Coronado,
oyendo que usted nos pide
respuesta antes de enterarnos
del asunto que les trae
á esta casa.

ROMERO. Soy un macho,
señores.

MARTÍNEZ. Sea en hora buena,
y decid.

ROMERO. Este es el caso:
mi concejo, en nombre propio
y en nombre de todos cuantos
concejos hay en el reino,
nos envía á que sepamos
de dónde es aquel alcalde
tonto que sale al tablado
con vara y botones gordos;
alcalde tan ordinario
y tan bobo, que se deja
engañar de los gitanos,
se blandea cuando le hacen
las muchachas arrumacos,

firma como en un barbecho
cuanto quiere el escribano,
y otras cosas que, aunque allá
las hacemos más de cuatro,
siempre que se representan,
de verlas nos enfadamos.

MARTÍNEZ. ¿Es usté así?

ROMERO. Casi casi.
Una vez porque me hallo
con empeño, y otras veces
porque me veo *atarugao.*
Si yo no soy para alcalde,
y por fuerza me nombraron,
para que no descubriera
la caca á mi *antipasado,*
que se comió qué se yo
cuántas hanegas de grano
del Pósito, y del caudal
de Proprios no sé qué tanto.

LÓPEZ. Eso no se dice.

ROMERO. Ya;
pero se hace los más años,
de modo que yo no tengo
éste dónde hincar la mano.

MARTÍNEZ ¿Y á qué fin de los concejos
venís por apoderado?

ROMERO. Para acudir á la audiencia
y poner pleito al teatro.

MARTÍNEZ. Pues id, y decid á vuestro
concejo y á todos cuantos
hay iguales, que ellos son
los que salen al tablado.
Y que la prueba de que
son muy dignos de sacarlos
á él, es que en el instante
que lo oyeron se han picado;
pues la crítica burlesca
tiene dos semblantes varios:
uno que divierte al bueno,
y otro que confunde al malo.

LÓPEZ. ¿Lo has entendido tú?

ROMERO. No.

LÓPEZ. Ni yo tampoco.

ROMERO. Pues vamos
á ver, en vista de todo,
lo que dice el abogado.

LOS CUAT. Manden ustedes.

GARRIDO. Agur,
que váis muy bien despachados [1].

---

(1) En un arreglo que se ve en el manuscrito quedaba suprimido todo lo restante hasta el fin, poniendo en su lugar estos versos, que serán los del primitivo sainete:

«PACA. Yo he estado muy divertida,
y pues por hoy el ensayo
con esto se ha concluído,
sólo falta que pidamos

TODOS. á la piedad del concurso
el perdón de yerros tantos.»

PACA. Yo estoy harto divertida.

CORONADO. Y todos, aunque el ensayo
irá hoy por el Alvarillo.
Callad, ¿quién viene cantando?

(Salen, de petimetras rigurosas, las señoras GRANADIDA *y* BORDA, *con poloncsas, y de petimetres* VICENTE, RAMOS *y* RAFAEL, *cantando el coro y algún minuet, que salen bailando.)*

MINUET Á CUATRO.

«¡Viva el capricho!
¡viva la moda,
alma de toda
la esplendidez!
¡Vivan del gusto,
las variedades
que á las beldades
dan brillantez!»

MARTÍNEZ. ¿Qué tropa es ésta de locos?

CORONADO. Primero que preguntarlo,
es averiguar qué es esto
que suena en el otro lado.

(Las señoras CARAMBA *y* VALDÉS, GALVÁN *y* AMBROSIO, *vestidos á la española antigua, sin ridiculez, bailando folías y cantando.)*

(Grave)

«Nuestros invictos abuelos
Nuño Rasura y el Cid,
compraban un buen vestido
por doce maravedís.

(Allegro)

¡Qué dijeran aquellos señores
que poblaron á Valladolid,
si ahora vieran dar por una bata
ordinaria treinta y cuatro mil!»

GARRIDO. Vele ahí otros que bien bailan.

MARTÍNEZ. Las confianzas aplaudo
de entrarse de esta manera.

GRANAD. Yo desde luego me salgo
y abandono mis ideas,
por no ver ese espantajo.

GALVÁN. Antes me iré yo, por no
ver delante de mis claros
ojos la niebla que ofusca
la vista de mis paisanos.

MARTÍNEZ. ¿Quién sois, para que la causa
de la disputa sepamos?

GALVÁN. Yo la Antigüedad

GRANAD. Y yo
la Moda.

CARAMBA. Ved: ¿en qué estrado
me podrán negar á mí
la preferencia?

GRANAD. En llegando
yo, en cualquiera donde haya
buenas mozas y muchachos;
y si se reduce á pleito,
tendré tantos abogados

como personas de gusto
hay en el siglo en que estamos.

GALVÁN. Di personas orgullosas
como tú, y atolondrados
genios; pues no me podrás
negar que los hombres sabios,
para serlo han de acudir
á mis almacenes.

GARRIDO. Fallo:
que la Antigüedad nos surte
de los géneros baratos;
y la Moda los revende
mal zurcidos y muy caros.

GALVÁN. ¿Tú te atreves contra mí,
que he visto á los Alejandros,
Aníbales y Scipiones,
los Virgilios, los Horacios,
los Demóstenes, los Plinios,
los Licurgos, Justinianos,
los Euclides, los Galenos,
Aristófanes y Plautos;
y en fábulas y en historias
tanto he visto y leído tanto?

GRANAD. Tú serías más amable
á los ojos, cortesano,
si supieras mucho menos
y supieras adornarlo
de voces menos usadas
y conceptos abultados.

CARAMBA. Eso es engañar.

GRANAD. Esotro
también es querer secarnos,
con persuadir necedades
de nuestros antepasados.

GALVÁN. Los necios son los presentes,
que, de tu ilusión sectarios,
los dejan á los futuros
las ideas de lo falso.

GRANAD. Yo reino en los corazones.

CARAMBA. Eres tirana.

PACA. Es engaño;
porque no hay dueño que tenga
más contentos sus vasallos.

CARAMBA. Yo tengo juicio.

GRANAD. Yo no;
pero tengo más agrado
y más brillo.

GALVÁN. No lo niego;
pero es un brillante falso,
que corrompe.

CORONADO. Antes que apeste
la conversación, veamos
si podemos sosegarlas.

PACA. Señoras: vamos despacio,
que si ustedes se convienen,
en una y en otra hallo
méritos que hacer pudieran
feliz al género humano.

CARAMBA. Pues que ceda.

GRANAD. Pues que ceda.

MARTÍNEZ. No á la disputa volvamos.
Usté tiene mil razones;
(A la Antigüedad.)
mas será ninguno ó raro
quien no se le dé á la Moda;
y usté no levante el gallo;
(A la Moda.)
pues si la Antigüedad no
la socorre en los más casos,
el buen gusto, la invención,
ciencias y artes me persuado
que atrasen en pocos días
todo lo que van ganando.

CAR. *(Ap.)* Tiene razón.

GRAN. *(Ap.)* Dice bien.

CARAMBA. Yo desde luego me allano.

GRANAD. Pero no hemos de salir
ridículas al teatro
en la vida.

GARRIDO. Eso será
conforme á los que veamos.

MARTÍNEZ. Yo por mí, señora Moda,
os doy la palabra y mano
de que en esta compañía
jamás vuelvan á sacaros,
si unís al valor antiguo
la moderación, el garbo
á la decencia, el aseo
á la prudencia del gasto,
las tareas á enseñanzas,
la facilidad del trato
á utilidad, el obsequio
de las damas al recato,
la bizarría al socorro
puro del necesitado,
etcétera, que bastante
juzgo que me he declarado.
Pero si la extravagancia,
amigas, se va aumentando,
yo creo que los poetas
están de asuntos escasos;
y dudo que por su aduana
pase ningún contrabando
que dejen de denunciar
al público en el teatro.

GALVÁN. Los poetas de mi tiempo
de ese modo reformaron
las costumbres.

GRANAD. Pues á mí,
por más que me criticaron,
lo he convertido en sustancia,
y jamás me han reformado.

PACA. ¿Y cómo estamos de paces
entre las dos?

GRANAD. Con mis brazos
la confirmo por mi parte.

CARAMBA. Con los míos la afianzo.

TODOS. Sea enhorabuena.

GALVÁN. Y en prueba
de las paces que han tratado
la Antigüedad y la Moda,
se ha de dar fin á este acto
abrazándonos las dos
cuadrillas, porque sus lazos
sean á un tiempo diversión
y fianza del contrato.
GARRIDO. Esto estará bueno, y más
si le ponemos al canto
una buena tonadilla.
MARTÍNEZ Así estaba proyectado.
TODOS. Porque de nuestros defectos
el indulto consigamos.

102

La Fantasma.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE PONCE.

1770 [1].

(*Bosque con dos bastidores de calle, que figuran entrada de lugar. Salen las señoras* CORTINAS, JOAQUINA, MENDEZ, GERTRUDIS *y* ISABEL, *con líos de ropa, como que vienen de lavar del arroyo, cantando, y detrás, con la misma cantinela, de mozos de trabajo, con azadas,* CHINICA, JUAN MANUEL, CAMPANO *y* MAYORITO.)

CORO.

«¡Ole, ole, ole,
y cómo se alegran
toditas las mozas
en Carnestolendas!
Los peores chascos
que las pobres llevan,
es enamorarse
y quedar solteras.

MOZOS (*dentro.*)

¡Ole, ole, ole!
y cómo se alegran.»
JOAQUINA. ¡Digo!: *aguardaivos*, muchachas,
que ahí detrás viene la recua
de los mozos del lugar.
CORTINAS. Antes, por la razón mesma
que vienen nos hemos de ir,
antes que alcanzarnos puedan.
GERTR. ¡Que se vayan noramala!
CORTINAS. Dice muy bien la Teresa;
que son á cual más gallinas,
y ha más de semana y media
que no nos rondan de miedo.
JOAQUINA. Pues siga la cantinela,
sin dejar nuestro camino,
y no hacer caso aunque vengan.

CORO (*dando vuelta.*)

«Siempre para el hombre
son Carnestolendas;
pues si una se fía,
siempre se la pegan.

MOZOS (*Saliendo* CHINICA, CAMPANO, JUAN MANUEL Y MAYORITO)

¡Ole, ole, ole,
y cómo se alegran
toditas las mozas
por Carnestolendas!»
CHINICA. ¡Digo!, muchachas: ¿tenéis
tabicadas las orejas
con cal y canto?
JOAQUINA. Marica:
que viene la noche, ¡arrea!,
no encontremos la *pantasma*
y nos dé una pataleta.
CORTINAS. No importa, que ahora venimos
con hombres que nos defiendan.
JOAQUINA. Sí tal.
CHINICA. Muchachas, ¿no véis
que ha más de un cuarto de legua
que os seguimos?
CORTINAS. ¿Y á qué fin?
JOAQUINA. ¡Que no le conozcas, bestia;
por no entrar solos en el
lugar luego que anochezca!
CHINICA. Es mentira, que ninguno
conoce el miedo, y cualquiera
de los cuatro es muy bastante
para otros cuatro que vengan.
CORTINAS. Ya se los conoce; al punto
que da la oración se encierran
en sus casas, y le ponen
cuatro trancas á la puerta.
CAMPANO. ¡Jesús, hombre, qué mentira!
CHINICA. ¡Vaya, no seas embustera!;
que una cosa es recogerse
un hombre, porque no sea
que le pille la justicia,
y otra tener miedo.
CORTINAS. ¡Ea!
¿Qué apostamos á que no
vas á las diez á mi reja
por un buñuelo, Andresillo?
CHINICA. Por un buñuelo, yo fuera,
y más de tu mano. . ¡toma!,
aunque fuera de aquí á Ceuta.
Pero si alguno lo ve
y lo dice, no quisiera
que peligrase tu honor.

[1] Bib. Municip.: leg. 1-164-47 y 48. Autógrafo de 1770 y otro manuscrito, copia antigua, con las censuras que van al final. Impreso suelto varias veces. Durán, I, 213, lo reimprimió incompleto y conservó el título de *La fantasma del lugar*, que llevan las impresiones sueltas, pero no los manuscritos originales.

CAMPANO. Dice bien, que hay malas lenguas
en el lugar.
JOAQUINA. ¿Y por qué,
antes que se apareciera
la pantasma por las noches,
teníais tan poca cuenta
de nuestra honra; y por más
que nos hacíamos lelas
y sordas, estábais tercos
en rompernos las cabezas
todas las noches?
CHINICA. Es que
hay muchas cosas que menguan
según y conforme crece
en los hombres la experiencia.
MÉNDEZ. ¡Bribones!: id noramala,
que no es sino miedo.
CHINICA. ¡Pepa,
habla mejor!
CORTINAS. Dice bien.
¡Cobardes! ¡que no naciera
yo hombre! Yo os aseguro
que habíais de correr más tierra,
sólo de verme delante,
que hay desde aquí á Ingalaterra.
Y aun así: ¿cuánto apostáis
á que, si estiro las cejas
y aprieto bien ambos *puños*,
quito á los cuatro las muelas?
CHINICA. No apuesto.
LOS OTROS. Ni yo tampoco.
GERTR. ¡Qué mozos para la guerra!
MÉNDEZ. ¡Bellos cuatro granaderos
para asaltar una almena!
CHINICA. Una cosa es uno, y otra
esotro, hablando de veras.
Pelear hombres contra hombres,
eso lo hace cualquiera;
pero atreverse á fantasmas,
es un lance de que cuentan
los ancianos del lugar
muchas malas consecuencias...
J. MAN. ¿Y cómo?
MAYOR.º De esos ejemplos,
quien sabe más es mi abuela;
yo, con las gentes del otro
mundo jamás quiero fiestas
JOAQUINA. ¿Qué gentes del otro mundo?
Yo apostaré dos pesetas
que, si se examina bien,
todo es una friolera.
GERTR. Pero si los hombres que hay
en el lugar son muñecas.
CAMPANO. A eso de hombres no me trueco
por ninguno.
CHINICA. Yo bien fuera
y daría á la fantasma
un porrazo; pero mientras
que no se meta conmigo,
¿quién me mete á mí con ella?
CORTINAS. ¡Ah, gallinas!
CHINICA. Es mentira,
que soy gallo.
CORTINAS. ¿Cuánto apuestas
á que no vas á cantar
luego un corrido á mi reja
con esotros?
CHINICA. ¿A que sí?
Así encontrara vihuela.
CORTINAS. ¿Pues y la tuya?
CHINICA. Le faltan
tapa, clavijas y cuerdas.
JOAQUINA. Es mentira, porque ayer
te vi tocando á la puerta
por la tarde.
MÉNDEZ. Si todo es
miedo del coco.
JOAQUINA. ¡Y que seas
tan tonta que no los dejes,
por unos niños de escuela,
unos hombres para nada;
pues á sus queridas dejan
por miedo de un enredillo
que por el lugar se cuenta!
CORTINAS. Dices bien, ¡Eh: á recogerse!
¡Retírate, no te pierdas,
mi bien!
JOAQUINA. ¡Ay, que viene el coco!
MZ. Y GER. ¡Que viene la cosa negra:
huir!
CHINICA. Antes dicen que es blanca.
TODAS. ¡Cobardes!
(*Cantan*)
¡Ole, ole, ole!» (*Vanse.*)
CAMPANO. Burlándose van de todos.
MAYOR.º ¡En buena opinión nos dejan!
J. MAN. ¿Y qué hemos de hacer?
CHINICA. Conforme.
Si no tenemos vergüenza,
nada; mas si la tenemos,
aunque en la plaza salieran
cuarenta y cinco fantasmas,
darles la música es fuerza,
y que sepan que sus mozos
son hombres de brío y fuerza.
CAMPANO. Yo no voy.
CHINICA. Tampoco yo.
J. MAN. ¿Pues para qué cacareas?
CHINICA. Porque basta que vosotros
toméis á cargo la empresa,
y mañana me diréis
todo lo que pasó.
CAMPANO. ¡Buena
salida! O hemos de ir todos
ó ninguno.
CHINICA. Si me aprietan,
yo tengo de ir solo.
TODOS. ¿Tú?

CHINICA. Sí, señores: ¡miedo fuera!
¿qué es una fantasma? ¿Es más
que una cosa que vocean
todos que es mala, y ninguno
ha visto si es mala ó buena?
Pues yo he de ver lo que es esto.
TODOS. Y todos, como te atrevas
á ir delante.
CHINICA. ¿Quién yo? Vamos;
á ver después por quién queda.

(*Vanse con la canzoneta del* «Ole, ole,», *ó sin ella. Y se descubre plaza de lugar, con una reja al lado derecho, y al izquierdo portada grande de casa de labrador (que es la del alcalde), y balcón encima, que se usa. Salen de tropel todos los que puedan por un lado; y después por la puerta* ESPEJO, *en cuerpo, con vara, y* MARIANA, *su hija;* PONCE, *de hidalgo, con la* MAYORA; MERINO, *de escribano;* EUSEBIO, *de justicia, y* SIMÓN. *Los demás de payo, y* CALLE *y* GALVÁN *son alguaciles.*)

VOCES. ¡Señor alcalde, justicia!
OTROS. ¡Que salga el alcalde fuera!
PONCE. ¡Que ronde, pese á sus tripas!
MERINO. Señores, tened paciencia.
IGNACIA. ¡Si no hay justicia en el pueblo!

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. ¿Qué? ¿qué voces son éstas?
MERINO. La fantasma.
ESPEJO. ¿La fantasma?
¡Jesús, Dios me libre de ella!
MERINO. Oiga usté, alcalde, y escuche
las oraciones completas.
ESPEJO. ¿Oraciones de tu boca?...
Pues los escribanos ¿rezan?
MERINO. Y ofrecen.
ESPEJO. ¿Pero qué importa,
si no lo cumplen, que ofrezcan?
Adelante.
MERINO. La fantasma
trae á la villa revuelta
ESPEJO. Pues ir con dos alguaciles,
escribano, y traedla presa.
MERINO. Yo no puedo.
ESPEJO. Pues si á vos,
con unas uñas de á tercia,
se os escapa de las manos,
¿quién es fácil que la prenda?
IGNACIA. A vos, que el alcalde sois,
es á quien toca prenderla
y tener quieto el lugar.
PONCE. Yo no me meto en si inquieta
ó no; pero sí me meto
en que está la villa expuesta
á arruinar su población;
pues desde que anda esta gresca
ha habido seis malos partos;
y, si Dios no lo remedia,
malpare esta pobrecita
anoche.
ESPEJO. ¿Pues, llegó á verla?
MAYORA. No, señor; pero escuché
un aullido de trompeta
tan horroroso, un estruendo
tan repetido de ruedas
de molinos disparadas,
y un arrastre de cadenas
tan espantoso, que, el pulso
vacilante, la voz muerta,
la vista torpe, el cabello
tieso y temblando las piernas,
estuve si doy ó no
con el edificio en tierra;
hasta que, cobrada un poco
y volviendo la cabeza,
reparé que era un mosquito
que me andaba en las orejas.
PONCE. ¡Milagro fué que del susto
no se cayese allí muerta!
ESPEJO. ¿Conque sacamos en limpio
que la gran fantasma era
un mosquito?
SIMÓN. Así son todas.
EUSEBIO. Y la vez que no es quimera
y embuste, es algún enredo
de un mozo que galantea
en el lugar á las mozas,
para que nadie lo sepa.
CALLEJO. ¡Malo, que nos ven el juego,
Manolita!
MARIANA. No lo temas;
que mi padre es muy miedoso;
y yo le haré ahora que crea
que es un ejército armado
de artillería y de flechas.
MERINO. No dice mal el señor.
SIMÓN. Cuando yo estaba en mi tierra,
acometí diez fantasmas
atroces, y á la primera
voz que las di se cayeron
en su mismo polvo envueltas.
ESPEJO. ¿Quiere usted venir y darle
un par de gritos á ésta?
EUSEBIO. ¿Y dónde está esa fantasma?
MERINO. La casa donde se alberga
no se sabe, mas se sabe
que todas las noches suenan
unos bufidos, á modo
de una vaca que degüellan.
MARIANA. Yo la he visto.
IGNACIA. Yo también.
ESPEJO. ¿Y cómo es?
IGNACIA. De esta manera:
ella es una cosa blanca,
de una altura tan inmensa,
que no le llega al ombligo
el tejado de la iglesia;
la boca tiene seis varas,
con unos dientes de á tercia;
trae por narices un poste,

y por ojos dos linternas;
muchos manojos de escobas
por barbas, y por orejas
dos grandes serones de éstos
de que usan las panaderas.

ESPEJO. ¿Pues cómo puede todo eso
salir por la callejuela?

MARIANA Pues más trae.

ESPEJO. ¿Qué trae, muchacha?

MARIANA. Una charpa de escopetas
y tiros de artillería;
y si oye que pasos suenan,
haciendo de la manaza
zurda terrible cureña,
y poniendo uno de á veinte,
le enciende con la derecha.

ESPEJO. ¡Para el pícaro que vaya
á pretender el cogerla!

EUSEBIO. ¡Pues es preciso!

UNOS. ¡Justicia!

OTROS. ¡Muera la fantasma!

TODOS. ¡Muera!

ESPEJO. ¿Hay más que matarla? Yo
los doy á todos licencia.

SIMÓN. Nada de eso sirve; el modo
es unirse una caterva
de hombres de fuerza y valor.

ESPEJO. Que se unan enhorabuena.

SIMÓN. Y éstos, juntos con la ronda...

ESPEJO. ¿Con qué ronda?

SIMÓN. Con la de esta
villa.

ESPEJO. El alcalde está malo.

MERINO. A mí me duelen las piernas.

SIMÓN. Eso ha de ser, y con todos
he de ir yo con mi escopeta;
se forma un cordón, se coge,
y la matamos.

ESPEJO. ¿De veras?

EUSEBIO. Sí, señor.

ESPEJO. Pues que me avisen,
porque la quiero ver muerta.

EUSEBIO. ¿Cómo? Usted ha de ir á rondar
con todos, ó se le pega
fuego á su gran casa.

MERINO. ¡Sopla!

IGNACIA. A rondar, que cuando sean
tan gallinas los hombrones
que á embestirla no se atrevan,
yo con un par de mujeres
he de ser la que la venza. *(Vase.)*

ESPEJO. Pues vamos todos á casa;
que, para lo que suceda,
no será malo ir cenados.
Y pues ya la noche cierra,
de aquí saldrá la patrulla,
y lo que viniere venga.
¿No viene usted?

PONCE. Yo no puedo.
dejar sola á mi parienta.

MARIANA. Los casados, nunca deben
ir donde haya contingencias.

ESPEJO. Yo sé de algunos que van
y dan de hocicos con ellas.

SIMÓN. Vamos, señor.

ESPEJO. Este hombre
debe ser Francisco Esteban.

(Vanse. Se entran por la puerta.)

CALLEJO. Hasta mañana; esta noche
no vengo á verte, Manuela.

MARIANA. ¿Por qué?

CALLEJO. Porque estarán tu padre
y todo el lugar alerta.

MARIANA. ¿Y qué se te da á ti de eso?
En sonando la corneta
y viendo el gigante blanco,
no pararán en dos leguas
de correr. Esta es la noche
que hemos de tener más fiesta.

CALLEJO. Siendo tu gusto, acabóse.

MARIANA. Ve á prepararte y no temas;
verás qué risa.

CALLEJO ¿Y serás
mi esposa?

MARIANA. Cuando tú quieras,
aunque le pese á mi padre
y á todo el lugar.

CALLEJO. ¡Mi perla!

MARIANA. ¡Ay, herrador de mi vida!

CALLEJO. Adiós.

MARIANA. Adiós, que me esperan
para cenar, y no tengo
la llave de la despensa. *(Vase.)*

(Se oscurece el teatro, y sale CHINICA, con capa, vihueta, y los suyos con otras y garbosos.)

CHINICA. Vaya, no vengáis jugando;
las cosas se han de hacer serias,
ó no se han de hacer.

CAMPANO. Pues, hombre,
bien quietos vamos.

CHINICA. ¡Qué bella
está la noche: un fantasma
me parece cada estrella!

CAMPANO. ¡Aehí! *(Estornuda.)*

CHINICA. ¡Jesús sea conmigo!

J. MAN. Andresillo, ¿de qué tiemblas?

CHINICA. ¿No habéis escuchado el ruido
que sonó aquí detrás?

CAMPANO. Tú sueñas;
si era yo que estornudaba.

CHINICA. Pues no hay que andarse con fies-
y á dar la música presto, [tas,
antes que truene ó que llueva.

LOS TRES. Si está raso.

CHINICA. ¿Eso qué importa?
Si se mudan las veletas,
lloverá al instante.

CAMPANO. Nadie está
á la ventana.
J. MAN. Templa,
y echa tu corrido.
CHINICA. Ahora
irá de cualquier manera,
que allá en casa templaremos.
¡Estarvos quietos!
LOS TRES. Empieza.

*(*CHINICA *empieza una jácara, y suena dentro un bufido de corneta y va todo á rodar.)*

CHINICA. Con efecto está en campaña
la fantasma.
LOS TRES. Hombre, no temas.
CAMPANO. Y prosigue, que este ruido
es que han cerrado una puerta.
CHINICA. ¡Y cómo chillaba!
DENTRO. ¡Buu! *(Bufa)*
CAMPANO. ¡El diantre que se detenga!
MAYOR.º ¡Ay, que la veo!
CHINICA. Yo no,
ni quiera Dios que la vea.

(Huyen, dejándose los trastos, y salen los de ronda, por la puerta del alcalde, uno á uno, temblando.)

ESPEJO. Vamos poco á poco.
SIMÓN. Esto
más quiere maña que fuerza.
ESPEJO. La mitad vaya delante
de mí, y la otra mitad venga
detrás.
EUSEBIO. Quien vaya el primero
debe llevar la linterna.
GALVÁN. Pues vaya usted.
EUSEBIO. Vaya usted.
SIMÓN. ¡Eh!, que la lleve cualquiera,
que á no ser porque yo voy
cargado con la escopeta,
á ella y á toda la ronda
había de llevar á cuestas.
MERINO. Cargue usted con la fantasma,
pues tiene tal fortaleza.
EUSEBIO. Los alguaciles, que cojan
bien todas las callejuelas.
ESPEJO. Que las cojan. ¿Qué es aquéllo?
GALVÁN. Es una capa.
ESPEJO. ¡Prendedla!
GALVÁN. Y un palo.
ESPEJO. ¡Vaya á la cárcel!
SIMÓN. Callen, ¿no tienen vergüenza
de ser cobardes?
DENTRO. ¡Buu!
SIMÓN. ¡Ay, Jesús!
TODOS. ¡La Magdalena!

(Echan á correr todos detrás de SIMÓN*; sale* MARIANA *á la ventana, y por el bastidor último la fantasma, que hará* CALLEJO*, como se dirá, y pára á la puerta, tapándola.)*

MARIANA. ¡Qué presto huyeron, al punto
que escucharon la trompeta!
CALLEJO. Esta noche tengo miedo,
porque temo que me pescan.
MARIANA. ¡Qué han de coger! no parece
ninguno hasta que amanezca.
CALLEJO. ¡Ay, que vuelven!
MARIANA. Da un bufido,
verás cómo los ahuyentas.

(Vuelven á salir todos hechos un pelotón.)

MERINO. Todas las cosas unidas
dicen que tienen más fuerza.
EUSEBIO. ¡Ay, que está allí!
ESPEJO. Señor guapo,
enristre usted la escopeta.
SIMÓN. Voy. ¡Jesús, qué larga que es!
(Se le cae.)
MERINO. ¿Pues no mató usted en su tierra
á tantas? ¿de qué se asusta?
SIMÓN. Es que eran de otra manera;
son muy malas las fantasmas
éstas que crecen y menguan.
Sin duda contra el alcalde
viene, porque está á su puerta.
ESPEJO. Y contra vos, escribano;
estas son las culpas nuestras.
¡Ay! que es aviso de Dios
porque usurpamos las tierras
á la viuda del herrero
por aquellas cuatrocientas
fanegas de trigo que
los dos sacamos á cuestas
del pósito, antes de anoche,
y otras algunas cosuelas
que hemos entre los dos hecho
y no debíamos hacerlas!
Yo quiero restituir.
MERINO. Que restituya el que deba.
ESPEJO. ¿Pues los dos no lo partimos?
MERINO. Yo hice testamento y cuenta;
me lo apliqué por derechos,
y así salvé mi conciencia.
ESPEJO. Pues yo no; á restituir,
que este es alguno que pena
por lo que yo estoy triunfando.
MARIANA. ¿No te ries?
CALLEJO. No, Manuela;
más miedo tengo yo que ellos.

(Salen las mujeres, seguidas de la señora IGNACIA*, con luces y piedras.)*

IGNACIA. ¿Dónde está esa bagatela
de esa fantasma?
TODAS. ¡Aquí está!
IGNACIA. ¡Chicas, pedradas en ella!
MARIANA. ¡Toca, toca!
CALLEJO. ¡Buu!
TODAS. ¡No hay bu!;

háblenos en otra lengua.
CALLEJO. ¡Por amor de Dios, Marica,
Juana, Pepilla, Teresa;
que soy yo! *(Descúbrese).*
TODAS. *(Tiran.)* Diga quién es,
el bribón.
CALLEJO. ¡Ay, mi cabeza!
(Cae la máquina.)
GALVÁN. ¡Hola, que es el herrador!
ESPEJO. ¡Digo! ¿qué tramoya es ésta?
CALLEJO. El amor por vuestra hija;
y viendo que me la niegan,
pensé...
SIMÓN. ¿No lo dije yo
que era todo friolera?
EUSEBIO. Y yo también.
MERINO. Lo peor es
que han quedado descubiertas
las mañas de nuestro alcalde,
y no han de menester más prueba
que su confesión.
ESPEJO. Por eso
que tú jamás te confiesas.
SIMÓN. Y eso que vimos la muerte
al ojo.
ESPEJO. Aunque éstos la vean,
como tienen siete vidas,
aguardan á la postrera.
CORTINAS. En todo caso, vencimos
las mozas.

(Sale CHINICA.*)*

CHINICA. ¿Qué bulla es ésta?
GALVÁN. Que ha caído la fantasma.
CHINICA. Y si no, que no cayera;
que aquí estaba yo. ¿No oiste
la música?
CORTINAS. Sí; por señas
que te dejastes en medio
de la plaza la vihuela.
CHINICA. La dejé allí para que
por la mañana la vieras.
ESPEJO. El más burlado soy yo.
¿Dónde estás, hija perversa?

(Sale MARIANA.*)*

MARIANA. A tus pies, señor, pidiendo
perdón de mi ligereza.
ESPEJO. ¿Pudo entrar por el balcón?
MERINO. Como ella lo consintiera,
pudo bien.
ESPEJO. Pues más valdrá
que éntre ahora por la puerta,
y de lo que pudo ser
no se apure la materia.
TODOS. ¡Viva el alcalde!
ESPEJO. Con esto,
y restituir la hacienda
que no es suya, y con ahorcar,
si no hace lo que se le ordena
la justicia, al escribano,
queda la cosa completa.
MARIANA. Y el triunfo de la fantasma
se celebrará con fiesta.
IGNACIA. Las mujeres, que vencimos,
debemos ser las primeras.
CORTINAS. Ofreciendo, desde luego,
una tonadilla nueva,

(Con todos.)

con que concluya el sainete
y demos fin á la idea (1).

103

La farsa italiana.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.

1770 (2).

(La casa pobre, con las dos primeras bambalinas de aire, de modo que parezca patio de una casa de campo. Sale ESPEJO, *en bata y gorro, con sombrero y caña y un pañuelo blanco al pescuezo, y detrás de él, de payos,* CARRETERO, CAMPANO, JUAN MANUEL *y algún otro que no se citase después.)*

ESPEJO. Amigos, lo dicho, dicho:
todas las órdenes dadas
se han de cumplir á la letra.
Las puertas y las ventanas
al anochecer se cierren;
luego las llaves se traigan
á mi poder, que es el modo
de que ninguno las abra,
sino cómo, á quién y cuándo
á mí me diere la gana.
CARRET. Y su mercé, ¿á qué hora suele
despertar por las mañanas?

---

(1) Siguen las aprobaciones y licencias, en esta forma:

«He leído el sainete nuevo, intitulado *La fantasma*, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.— Madrid 30 de enero de 1770.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Nos el doctor D. Cayetano de la Peña, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete antecedente, titulado *La fantasma*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á treinta y uno de enero de mil septecientos y setenta.—*Dr. Peña.* —Por su mando, *Juan Jerónimo Martínez.*

Madrid y enero 31 de 1770.—Pase al Censor, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Madrid 1 de febrero de 1770.—Señor: Este sainete, intitulado *La fantasma*, ejecutándose con la modestia que corresponde, puede representarse, si fuese del agrado de V. S. conceder el permiso. Así lo siento, salvo, etc.—*Nicolás González Martínez.*

Madrid 1 de febrero de 1770.—Ejecútese.—*Delgado.*

Madrid 2 de febrero de 1770.—*Barcia.*»

(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-166-7. Autógrafo de 1770.

ESPEJO. En este tiempo, como hace
calor, á las once dadas.

CARRET. Y á esas horas, ¿á qué han de ir
los mozos á las labranzas?

ESPEJO. Como aprovechen las horas
y en ellas trabajen, bastan
siete más que las catorce
que suelen tenderse panza
arriba, y si no hay quien cele,
siempre está ociosa la azada.

UN PAYO. Eso no habla con nosotros.

ESPEJO. Ya sé yo que con quien habla
es con mi bolsa, que pena
lo que tú y otros descansan.
Pero dejémonos de esto,
que más despacio mañana
se pondrá remedio á todo;
pues quiero estar de campaña
unos quince ó veinte días
á purgarme de las bascas
que los humos de Madrid
al hombre de juicio causan.

CARRET. ¿Manda su mercé otra cosa?

ESPEJO. Id con Dios. ¿Hola, muchachas?

LOS 3 PAY. El es caprichudo.

CARRET. Sí;
pero pocas vecés maira.

(Vanse los payos, y á la segunda llamada de ESPEJO *salen las señoras* LADVENANA, NICOLASA *y la* JUANA, *en deshabillés, y de criada de rumbo la* POLONIA.*)*

ESPEJO. ¡Hijitas! Ellas son locas,
y su madre, que Dios haya,
era lo mismo; no había
forma de tenerla en casa
en Madrid, y si á la hacienda
venía una temporada,
solía estarse rezando
por tarde, noche y mañana.
¡Hijitas de vuestra madre!

MUJ. *(dentro.)* ¿Qué manda usted?

(Sale LADVENANA.*)*

LADV. Siempre que una
está en su tarea ocupada
la ha de incomodar usted.

(Sale NICOLASA.*)*

NICOLASA. ¡Que siempre le dé á usted gana
de llamar cuando está una
á sus oraciones dada!

ESPEJO. ¡Pobre de mí, si no tiene
más oraciones mi alma
que las vuestras.

(Sale JUANA.*)*

JUANA. Padre mío,
perdone usted la tardanza:
aquí me tiene á sus pies.

ESPEJO. Esta es la de mejor pasta,
y está, con la bendición
del Señor, como una pava.

LAD Y NIC. Vaya, ¿qué nos manda usted?

(Sale POLONIA.*)*

POLONIA. ¿Soy también de las llamadas,
señor? *(Viva.)*

ESP. *(Remedándola.)* No, señora mía.
¡Esta es otra que bien baila!
Si la llaman, no responde,
y siempre que no la llaman
se pone encima del plato
á meter su cucharada.

MUJERES. ¿Qué manda usted?

ESPEJO. Que toméis
los sombreros y las cañas
y nos vamos á pasear.

NICOLASA. Yo estoy coja.

POLONIA. Yo estoy manca.

JUANA. A mí me duelen las muelas.

LADV. A mí me ha dado en el alma
un flato, desde que vine
á respirar en las auras
sulfúreas de este país,
que parece que se abrasa,
y con ella el corazón.
Y como aquí no hay horchata,
fresas, ni humazos benignos,
si estoy aquí hasta mañana,
á esotro día me muero.

ESPEJO. Mejor para tus hermanas,
que las tocará más dote.

LADV. ¿Y qué importa que una nazca
rica y tal cual parecida,
si ha de vivir encerrada
en Madrid ó entre gañanes
aquí?

ESPEJO. Pues de aquí se saca,
de estos gañanes, lo más
que en la corte se malgasta
por daros gusto.

LADV. ¿Qué gustos
nos da usted?

ESPEJO. ¿No os llevo cuantas
gullorías me pedís?
¿No tenéis vestidos, batas
de moda, y para comer
golosinas letra franca?
Pues, ¿qué queréis?

LADV. Libertad.
Pues ¿de qué sirve estar guapa
á una mujer, si no sale
donde puedan celebrarla,
ó no vienen cuatro que
la celebren á su casa?

ESPEJO. ¡Sobre que no gusto yo
de esas salidas ni entradas!

POLONIA. Vaya, señor, que también
es manía extraordinaria

traer á las señoritas
al desierto en una Octava
del *Corpus*, sin permitir
tan siquiera que pasearan
aquel día la Carrera.

ESPEJO. Son carreras arriesgadas,
donde más se precipitan
aquellas que más se paran.

NICOLASA. En yendo con usted...

ESPEJO. Yo,
¿querías que presentara
en una pública feria,
donde se trata y contrata
á empujones y pellizcos,
materia tan delicada?
Además, que de vergüenza
no era justo que llevara
un hombre de bien allí
sus hijas encorozadas.

LADV. ¡Señor! ¿Qué es lo que usted dice?

POLONIA. ¡Qué chochez!

ESPEJO. ¡Desvergonzada!
Yo bien sé lo que me digo.
¿No os ponéis una cosaza
á modo de cucurucho
sobre el pelo, que levanta
casi un palmo la mantilla?
Pues ¿qué más tiene, en sustancia,
el que la coroza sea
de musolina ó de pasta?

POLONIA. Dice bien. *(Con fisga.)*

ESPEJO. ¡Toma si digo!;
y, en fin, bastantes tarascas
habría; discurro que
no hicisteis vosotras falta.

LAS TRES. ¿Manda usted otra cosa?

ESPEJO. Vamos.
á paseo.

LADV. Yo estoy mala.

NICOLASA. Yo también.

JUANA. Y yo también.

POLONIA. Y yo tengo en esta pata
un calambre que me muero.
¡Ay, que no puedo estirarla!

ESPEJO. Todo es falta de ejercicio.
(Dentro tiros de caza.)
Vamos... Mas, ¡hola! ¿qué salva
es ésta? ¡Digo!; ¿muchachos?

(Salen los payos.)

PAYOS. ¿Señor?

ESPEJO. ¿Qué tiros sonaban
cerca?

CARRET. Son unos señores
que por una temporada
han venido de Madrid
al lugar vecino, y bajan
á cazar todas las tardes
por aquí.

ESPEJO. Pues estáis malas,
dejaremos el paseo
por hoy.

LADV. ¡Otra idea extraña!
Ya que usted nos ha engreído,
y conoce, como acaba
de decir, que nuestro mal
sólo procede de falta
de ejercicio, aunque por fuerza,
iremos.

POLONIA. Voy por las cañas.
y los quitasoles. *(Corre.)*

ESP. *(La detiene.)* ¡Hola!
Ven aquí tú, ¡buena alhaja!
Parece que ya no sientes
el calambre de la pata.

POLONIA. No, señor.

ESPEJO. A mí me ha dado
ahora, y me duele que rabia.
¡Ay, ay!: vamos á sentarnos
aquí en esta sala baja,
y tú, Roque, ve al lugar *(A CAMPANO)*
y di que vengan á cuantas
mozas alegres y mozos
hay de la cáscara amarga,
y veréis qué divertidos
aquestos días se pasan.

LADV. ¡Qué bellas funciones!

NICOLASA. ¡Qué
óperas!

JUANA. ¡Qué serenatas!

ESPEJO. Si antes me lo hubiérais dicho,
se hubiera traído estudiada
alguna cosilla, pues
ya sabéis cuánto me agrada
la música, y que la sufro
á ésta sólo porque canta.
Vayan unas seguidillas.
(A POLONIA)

POLONIA. Voy á picar la ensalada *(Vase.)*

ESPEJO. Bien; tú me las pagarás.
Vamos adentro, muchachas,
(Tiros.)
á conversación, y tú
¿por qué no vas. papanatas,
á lo que te he dicho?

CAMPANO. Voy. *(Vase.)*

ESPEJO. ¡Qué cerca buscan la caza
los amigos! Vamos, hijas.

NICOLASA. ¡Qué mujer tan desgraciada!

JUANA. ¡Reniego de mi fortuna!

LADV. ¡Ah, infelice la que ama
correspondida y la cierran
las puertas y las ventanas!
(Vanse.)

(Mutación de selva larga, con fachada exterior de una casa de campo, cuyas ventanas y puertas estarán cerradas, y salen MERINO, EUSEBIO y SIMÓN, de cazadores, como acechando á la casa.)

MERINO. Cerrado está á piedra y lodo.
EUSEBIO. Es imposible que haya
aquí gente.
SIMÓN. ¡Qué locura!
Si sabéis cómo las guarda
el viejo, ¿por qué extrañáis
que tabique las ventanas,
puertas y aun las chimeneas?
Antes la señal más clara
de que ya están dentro es
no hallar nadie de la casa
á las puertas á estas horas.
EUSEBIO. Tu criado, que con tanta
facilidad prometió
discurrir alguna traza
para introducirse y de
nuestra venida avisarlas,
¿á dónde estará?
SIMÓN. Quizá
le habrá cogido en la trampa
el viejo.
MERINO. Mucho lo dudo;
porque si él tuviera gracia
para servirme en las otras
cosas como tiene maña
para entrarse á dar recados
por la puerta más cerrada,
dar papeles en secreto,
mentir y desmentir varias
figuras, lenguas y trajes,
era la mejor alhaja
que puede tener señor
para correr cortes.
SIMÓN. Calla,
que parece que allí viene.
EUSEBIO. ¡Y á qué carrera tan larga
ha pillado el trote!
MERINO. Apuesto
que trae algo de importancia
dispuesto ya ó discurrido.

(Sale CHINICA, corriendo, desabrochado, limpiándose el sudor, y se tiende en el tablado como á descansar.)

CHINICA. ¡Lleve el diablo las madamas,
el viejo, el amor y á quien
me metió á mí en esta danza!
MERINO. ¿Qué has hecho?
CHINICA. ¿Y qué han hecho ustedes,
que les importa pillarlas,
por el dote y por el gusto
de redimir tres esclavas?
MERINO. ¿Qué? ¿á ti no te importa?
CHINICA. ¿A mí?
MERINO. Vaya, hombre, que la criada,
bien sabemos que no te
parece costal de paja.
CHINICA. ¡Oh, como ella no comiera,
quizá me la merendara!
MERINO. Si dispones que nosotros
almorcemos con sus amas,
tú te la merendarás.
CHINICA. ¿Según y como Dios manda?
LOS TRES. Sí.
CHINICA. ¿Sí?; pues capitulemos;
y no me salga la galga
después capona.
EUSEBIO. Según
eso, ya tienes tú dadas
tus providencias.
CHINICA. Señor
mío, usted no se me salga
del caso capitular:
mi dote, ó no hablo palabra.
MERINO. ¿Te fías de mí?
CHINICA. No, señor.
MERINO. Pues di, ¿qué prueba te basta
ó te asegura?
CHINICA. Dinero.
MERINO. Si nuestro designio allanas,
tendrás más que necesites,
y saldrán en mi fianza
los amigos.
LOS DOS. Desde luego.
CHINICA. En fin, quien no tiene nada,
algo más tiene que tuvo
cuando ya tiene esperanza.
MERINO. Vamos, ¿qué has adelantado?
CHINICA. Es aventura tan rara,
que ni las de Don Quijote;
mas ¡juro á brios! que se encaja
ya encima.
SIMÓN. Yo sólo veo
una galera entoldada.
CHINICA. Pues ahí viene la botica
que ha de curar vuestras ansias.
LOS TRES. ¿De qué modo?
CHINICA. Antes que llegue
os lo contaré. En sustancia,
yo hallé un criado del viejo
que iba á convidar las payas
y payos de ese lugar,
con panderos y guitarras,
ya por divertir las niñas
ó divertirse, que él rabia
por músicas y por bailes
como la mejor muchacha.
Dejéle ir y me paré,
y cuando yo proyectaba
sobre el caso, descubrí
un carro con una farsa
volante, que, al olorcillo
de que gustan en España
las óperas y los bailes,
vienen aquí desde Italia,
para hacer por las ciudades
y villas donde no alcanzan
los primores de la corte
sus fiestas á la italiana.

MERINO. ¿Y qué sacamos con eso?
CHINICA. ¿Qué? Que yo he tenido maña
para trabar amistad
con el *impresario*, y tanta
que... Pero ya lo veréis;
lo que importa es que ande franca
la bolsa, no repugnar
la idea, y chita callanda,
que ya llegan.
LOS TRES. En tus manos
ponemos nuestra esperanza.

(Sacan un carro entoldado con tres mulas ó borricos, á la catalana, haciendo de calesero el MARIDO DE LA POLONIA, *y* ORDÓÑEZ *de zagal. En la parte delantera del carro vendrán sentados la* JOAQUINA *y* CALLEJO, *con papeles de música; á la parte de atrás* GALVÍN *y* CALLE, *con un violín y una trompa, y ocultos los demás que se citarán después. Todos en el traje extraordinario que suelen llevar de camino iguales gentes. Mientras el carro sale y se pára, cantarán hombre y mujeres con la orquesta, echando el compás* CALLEJO, *el siguiente coro italiano, que se pondrá en música y breve.)*

CORO (1).

«Chi ha il core giocondo
ha gioia e piacere;
piu bella richezza
in terra non é.»
CARRET. ¡Reniego de vuestros gritos,
que no os entiendo palabra!
ORDÓÑEZ. Vamos arreando, que es tarde,
CALLEJO. *Aspetate.*
CHIN. *(A los carreteros.)* Pára, pára.
Questi sono i cavalieri
detti? *(A* CALLEJO.)
CALLEJO. *I vostri camarada.*
CHINICA. *Si, amico.* *(Se apean. Cortesía.)*
CALLEJO. *O principi miei;*
lasciati que a vostra pianta
oferisca il core e quanto
questa povera comparsa
potrá rendiros servicio.
MERINO. Muchas gracias.
LOS OTROS. Muchas gracias.
EUSEBIO. ¿No sabe hablar español?
CALLEJO. *Io sono stato in Spania*
altra volta e facilmento
li intendo.
MERINO. *Ma, non lo parla?*
CALLEJO. *Qualque cosa.*
CHINICA. Pues ahora,
desembarcad las madamas
y la gente, que esta noche
se ha de parar en la casa
de campo que está vecina,
y vosotros á su espalda
poned el carro, entretanto
que os abren la puerta falsa.
(Se apean.)
MERINO. Lindamente lo dispones.
(Retiran el carro.)
CHINICA. Callar; y en cuanto á la paga,
será buena
CALLEJO. *Schiavo vostro.*
O, tuta tropa italiana
aviamo questo di bono,
que non siamo interesata.
LOS CAB. Señoras, á vuestros pies.
IGNACIA. *Serva sua.*
JOAQUINA. *Vostra schiava.*
MERINO. *Che fa questa siñorina?*
(Por IGNACIA.)
CALLEJO. *Questa fa la prima dama*
di serio.
SIMÓN. *E como arribate?*
IGNACIA. *Signor, mi ha tuta istropiata*
la maledetta carroza.
MERINO. ¡Carroza! ¿tengo legañas,
ó era carro el que traían?
CHINICA. Es nombre que éstos encajan,
por lo regular, á todo
lo que tiene ruedas y anda
con bestias, como los coches
de don Simón, verbigracia,
carrozas de corcho con
tiras de papel de estraza.
CALLEJO. *Qual è il padrone?*
CHINICA. *Son tutti*
padroni.
EUSEBIO. ¿Y esta madama?
JOAQUINA. *Io son prima ballerina,*
ma adesso non sto in gamba.
MERINO. *O! ma fate una capriola*
per mostrar.
JOAQUINA. *Ecco una otava.*
Brinco.
MERINO. ¿Eres águila ó mujer?
CHINICA. ¡Fuego, lo que se levanta!
CALLEJO. *Questi cavalieri sono*
tutta la orquesta e comparsa.
EUSEBIO. Me parece que traeis
compañía muy escasa.
IGNACIA. *O! sono molti di piu*
que in altre carroze andan
in via y arribarano
al matino o la serata.
MERINO. Y las actrices, supongo
que todas son italianas.
CALLEJO. *Una aviamo spañoleta,*
que di maravilla canta,
e credo sicuramente
que arriba questa giornata
col maestro di capella.
SIMÓN. ¿Y qué os parece de España?
IGNACIA. *O terra cativa! dove*

(1) Al margen de estos versos italianos hay esta nota del autor: «Cualquiera de ópera italiana es bueno.»

non si trovano posata
ni osteria per le vie,
e meno di gente brava
que oferiscano i palazzo
a pasagieri.

MERINO. En Italia,
creo que ustedes caminan
en carrozas de oro y nácar,
y de palacio en palacio
van haciendo sus jornadas,
y que á cada media legua
mil reposteros preparan
sorbete con que servir
de balde á los que lo pagan,
¿no es verdad?

IGNACIA. *Questo è sicuro.*

JOAQUINA. *È quella una terra brava*
e non cosi bruta: ¡puf!

CHINICA. *Tutti parola:* ya basta
de conversación, y vamos
á que entre los tres se trata
de far una burla a un vechio
que ha tute piene due arca
di pesi duri.

IGN. Y JOAQ. *O, bravissimo!*

CHINICA. *I ha pasione extraordinaria*
per la musica e il ballo.

CALLEJO. *Ma tutta la gente manca.*

CHINICA. *E lasciate far a me;*
io farò tuta la trama;
dirò que so il maquinario,
e mentre que sía arribata
la tropa, questi signori
fingiran le parti.

CALLEJO. ¡Brava!

MERINO. *Voy acrete bon denaro*
por servir questa humorata,
e tachiamo.

CALLEJO. *Schiavo vostro.*

CHINICA. Pues ánimo y á las gachas.
Retirémonos de aquí,
no nos vean de la casa,
si alguien se asoma, entretanto
que mi capricho os prepara
con algunas advertencias;
y para que sepan que anda
gente alegre por el campo,
suene la música.

SIMÓN. Vaya,
que presto se vuelve en lloro.

CHINICA. Mal sabéis quién es badana.

(Se retiran con la musica; vuelve la primera mutación y sale ESPEJO *escuchando.)*

ESPEJO. Yo me descuidé al comer
y bebí mucho, ó jurara
que por el camino un coro
de acordes voces sonaba
¿Ah, mayordomo?

(Sale CARRETERO.*)*

CARRET. ¿Señor?

ESPEJO. ¿Qué suena?

CARRET. Yo no oigo nada.

ESPEJO. Pues barrénate un oído,
y entreabriendo una ventana
ó el postigo de la puerta,
mira quién son los que pasan
cantando por el camino.

CARRET. Voy.

ESPEJO. Y avisa sin tardanza.

(Salen las hijas, cada una con su verso.)

LADV. Padre, ¿qué música es esta
que suena cerca de casa?

ESPEJO. ¡Qué sé yo!

NICOLASA. ¿No oye usted, padre,
lo que suena en la campaña?

JUANA. ¡Ay, padre, lo que hemos visto!

POLONIA. Al fin nos vino rodada
la fortuna.

ESPEJO. Pues ¿qué es ello?...
Pero parece que anda
ruido en la puerta, callad...
Y es la conversación larga.
¿Ah, mayordomo?

CARRET. ¿Señor?

ESPEJO. ¿A qué abres y con quién hablas?

CARRET. Abrí para ver quién era,
á tiempo que ya llamaba
una tropa de italianos,
que dicen que acaso pasan
por aquí, y que si esta noche
gustais de darles posada,
os hagan algún festejo,
porque son una gran farsa
para la música y baile.

ESPEJO. ¿Qué decís desto, muchachas?
¿queréis que nos divirtamos?

POLONIA. Esa es pregunta excusada.

LADV. ¿Cuándo nos hemos negado
á divertirnos?

ESPEJO. Pues marcha
y di que suban. ¿Son muchos?

CARRET. Creo que son dos madamas
y hasta unos ocho ó diez hombres.
(Vase.)

ESPEJO. ¡Qué lástima es que no haya
macarrones! Pero á bien
que hay verdura en abundancia.

POLONIA. Les daremos de cenar
becafigos y ensaladas.

(Sale, siguiendo á CHINICA, *toda la tropa.)*

CHINICA. *Signore: vosa ilustrissima*
prenda su de la sua alta
protectione questa tropa,
que si prostra preparata
a farle qualque servicio.

ESPEJO. ¡Qué gente tan bien criada!
La primer vez que me ven,
como á un obispo me tratan [1].
¡Yo ilustrísimo!

MERINO. *E l'ilustrissima*
signiorina bella et brava
dame riberita viva.
(Vase junto á la LADVENANA.)

EUSEBIO. *Riberisco vostra gratia.*
(A la NICOLASA.)

SIMÓN. *Son vostro con tuto il core.*
(A la JUANA.)

CHINICA. *Io vos beso la bianca*
manina. (A la POLONIA.)

ESPEJO. ¿Cómo besar?
Aquí no se besa nada.

CHINICA. *Per riverenza.*

ESPEJO. Esas son
reverencias excusadas.

MERINO. *Il costume.*

ESPEJO. Si es costumbre,
no quiero yo que entre en casa [2].
¡La manina!...

IGNACIA. (Desdeñosa.) *O, troppo vechio!*

MERINO. Si queréis salir de esclavas,
como decís, es la hora
de cumplirnos la palabra.

LAS TRES. Desde luego. (Se ríen.)

POLONIA. Cuanto antes.

ESPEJO. ¡Hola!: ¿qué es eso, muchachas?
¿De qué os reís?

LADV. De que no
les entendemos palabra
á estos buenos extranjeros.

ESPEJO. Pues es muy mala crianza,
y ellos se pueden reir
también por la misma causa;
pero sepamos cada uno
qué papel hace en la farsa.

MERINO. *Le due siamo amorosi.*
(Por EUSEBIO.)

ESPEJO. Ya veo que tenéis traza
valiente entrambos á dos
de enamorar una estatua.
¿Y aquel otro, no enamora?

SIMÓN. *Io fa la parte tirana*
dil teatro; so il demonio.

ESPEJO. Pues á bien que hay en la casa
una buena chimenea
donde te pongan la cama.

CHINICA. *Yo hago el maquinario.*

ESPEJO. ¿Y qué
máquina traes proyectada?

CHINICA. Soy tramoyista.

ESPEJO. Y aquesas
tramoyas, ¿suben ó bajan?

CHINICA. *Al naturale: io voglio*
sortir queste tre madama
e la serva del casino;
penso una maquina brava;
sortino tre cavalieri,
pillanle per mano y anda
si maritano si huelgano
e il vechio resta una estatua.

ESPEJO. ¿Qué viejo?

CHINICA. *Un vechio portiero*
que le signiorine guarda.

ESPEJO. Eso es otra cosa, y vamos:
por allá ¿cuánto se gana?

IGNACIA. *Cinque mila pesi duri*
per cantar sole quatro aria
me davano a mi in Milano.

ESPEJO. ¿Y eran en oro ó en plata?

IGNACIA. *In moneta dil paese.*

JOAQUINA. *Per far en una serata*
una sortita di balo,
me donó il duque di Mantua
cinquenta octo mil cequini...

ESPEJO. Hijas, vámonos á Italia.

MERINO. ¡Valiente bolas!

SIMÓN. Tan gordas,
que no podemos tragarlas.

ESPEJO. Pues, señores de mi vida,
ustedes con Dios se vayan,
que yo no tengo dinero
para divertirme á tanta
costa.

CHINICA. ¡Malo! *A lei signiori*
li faremo tuta gratia,
y en le tre nocte sequenti
faremo tre serenata
solamente per quarenta
dopie d'oro en la piñata.

ESPEJO. ¿Cuarenta doblones? Bien;
pero ha de entrar mi criada.

CHINICA. *Canta bene?*

ESPEJO. Manolilla,
disponles una cantada
de aquellas de maravilla
y hazme esta gente una plasta.

MERINO. *E tu fatte la escritura*
mentre que la serva canta.

ESPEJO. ¿Qué escritura?

CHINICA. *I italiani*
no fachemos sin contrata
niente.

ESPEJO. Si no hay escribano.

CHINICA. *Una firma vostra basta.*

POLONIA. Muchacho, saca el tintero.

CHINICA. *Io escribiró.*

ESPEJO. Y en sustancia
¿qué has de poner? Pero yo

---

[1] Corregido este verso así:
«ilustremente me tratan.»

[2] Este verso decía antes:
«no quiero yo caer en faltas.»

no echaré la acostumbrada
sin leerlo de rabo á oreja.

CHINICA. *E molto justo.*

ESPEJO. Pues daca.

CHINICA. Diviértele con alguna
cosa que sea buena y larga.
(A la POLONIA.)

POLONIA. Bien está.

ESPEJO. Digo, chiquillas.

LAS TRES. Si no entendemos palabra.

ESPEJO. ¿Y os reís de lo que dicen,
bravos pedazos de albarda?

(Canta la POLONIA *sus seguidillas, divirtiendo á* ESPEJO, *y los italianos, en los intermedios, dicen sus bravos, y acabado le trae* CHINICA *á que firme, sin levantar el papel de la mesa, porque no vea el arte con que está escrito.)*

CHINICA. *Signate, signate.*

ESPEJO. Pero
sepamos antes qué trata.
(Lee.) «Digo yo, don Celedonio
de la Mota y de la Mata,
que doy cuarenta doblones
á esta compañía honrada,
además de la comida
y la paja y la cebada
para su tren y carrozas,
por hacer tres serenatas,
y lo firmé de mi mano.»
Es una cosa arreglada:
lo firmaré. *(Escribe.)* «Celedonio
de la Mota y de la Mata.»

MERINO. ¿Ha firmado?

CHINICA. Sí, señor.

MERINO. Pues esa escritura daca,
y vengan nuestras mujeres.

CHINICA. ¡Ea, Manuela del alma,
ya saliste del servicio!

ESPEJO. ¡Digo!, pues ¿qué es esto?

CHINICA. Nada;
la tramoya que yo he hecho,
que ahora ni sube ni baja,
y después vuestro dinero
saldrá volando del arca.

ESPEJO. Mi dinero es muy pesado.

MERINO. Señor mío, carta canta.

ESPEJO. Pues ¿ahí qué dice?

MERINO. Escuchadlo,
toda la hoja desdoblada:
«Digo yo, don Celedonio
de la Mota y de la Mata,
que estoy pronto á dar mis hijas
á tres caballeros que aman,
supuesto que son á todos
notorias sus circunstancias,
ofreciéndolas de dote
diez mil ducados de plata
de contado, y así mismo,
para que funciones haya,
digo yo, don Celedonio,
etcétera.» Lo que falta
ya lo sabéis de memoria.

ESPEJO. La voluntad es la amarga.
¡Ah, bribonas!

CHINICA. ¡Sobre que
no les entienden palabra!

ESPEJO. ¡Al arma, criados míos!

CALLEJO. *Signor, darribar acaba
la cantarina spagnola,*
única que hay en la farsa.

ESPEJO. ¿Otro demonio? Si ya
conozco que todo es trampa.

CHINICA. No todo; porque esas gentes
son de la tropa italiana,
y éstos unos caballeros
que quizá daréis las gracias
á las hijas en sabiendo
su riqueza y circunstancias.

ESPEJO. ¿Son ricos?

LOS TRES. Las mantendremos.

ESPEJO. ¿Y son de noble prosapia?

LOS TRES. Nuestros blasones lo dicen.

LAS TRES. Perdonad...

ESPEJO. ¡Buenas alhajas!
Pero, al fin, me he descargado
y otros cargan con las maulas.

(Sale PONCE, *de abate con valona, y saca á la* MERCUCHI *de la mano.)*

PONCE. *Eco qua la cantarina
única española.*

MUJERES. *O, brava!*

IGNACIA. *E una grande virtuosa.*

ESPEJO. Yo quisiera que tomaran
nuestros cómicos ejemplo
de los cómicos de Italia,
que allá son todos virtuosos
y acá sabe Dios cómo andan.

LADV. ¿Está muda?

PONCE. *Non, signiora.*

LADV. Como no nos dice nada.

PONCE. *Non sa parlar que cantando.*

ESPEJO. ¿Y cantará?

CALLEJO. *Si comanda
ley signor, subitamente
cantará qualque tonada
in espagnol.*

ESPEJO. ¡Bueno, bueno!
Sentémonos á escucharla;
después las cortejaremos
con refresco, mesa franca,
y holguémonos todos, ya
que mi dinero lo paga.

PONCE. *Atencione.*

MERINO. Y dando fin
esta idea extraordinaria
con esto...

TODOS. Todos pedimos
el perdón de nuestras faltas.

104

Las gitanillas.

Sainete para la compañía de Juan Ponce.
Su autor D. Ramón de la Cruz.

1770 ([1]).

(*Mutación de casa pobre, con una chimenea en el fondo, una arca de cebada, bancos y demás utensilios que manifiesten un mesón. Sale* Chinica *y la* Joaquina, *de mesoneros, muy cabizbajos.*)

Joaquina. Ya son cerca de las nueve,
¡buena semana tenemos!;
y cierto que con tan malos
y tan pocos pasajeros,
podremos muy bien comer,
pagar el arrendamiento
del mesón y arrinconar
en el cofre cuatro pesos
para la vejez.

Chinica. ¿Y qué
quieres que yo le haga á eso?
¿No será porque yo soy
tan manirroto ó tan necio
que al que llega á mi posada,
si puedo hacer pagar ciento,
me contente con sesenta?
Pero consiste en los tiempos,
que, como han sido tan malos,
todo el mundo se está quieto
en sus casas.

Joaquina. Es mentira:
que en el triste mesonzuelo
de la plaza, que no tiene
cuarto para caballeros,
pozo ni pilas para agua,
ni hay jamás un par de huevos
prevenidos por si alguno
á deshora llega hambriento,
siempre está llena la casa;
y solamente de arrrieos
hacen veinte ó treinta reales
todas las noches.

Chinica. Para eso
murmuran en el lugar
que no es por el mesonero
por quien van á parar todos
allí.

Joaquina. Sí tal; que es muy bello,
los trata con agasajo,
los avía en un momento
y les da buena cebada
y paja.

([1]) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-166-18. Copia antigua con las censuras que se trasladen al final.

Chinica. Mejor la tengo
yo; y no doy sólo cebada,
sino cebada y centeno,
que es muy cordial y les hace
á las bestias gran provecho.
¡Fueras tú fandanguerilla,
y hubiera, para el manejo
de candiles y de jarras
y hacerles sus guisoteos,
en lugar de mozos, mozas
de cascabel gordo, y presto
se viera nuestro mesón
de día y de noche lleno!

Joaquina. Mientras que tú vivas y
lo gobiernes, no lo espero;
porque á la primera vez
escamas los pasajeros,
y no vienen la segunda.

Chinica. No es la madre del cordero
ésa.

Joaquina. ¿Pues cuál es?

Chinica. Que tú
los recibes con mal gesto;
y hay pocos que den por ver
malas caras su dinero.

Joaquina. ¡Si no fueras tú ladrón!

Chinica. ¡No sería mesonero!

Joaquina. Si tú...

Chinica. ¿Qué si tú, si tú?
¡Si tú fueras otra...!

(*Sale* Antonio de la Calle, *de mozo de mesón.*)

Antonio. ¿Cierro?

Chinica. ¿Qué has de cerrar?

Antonio. El portón.

Chinica. Sí, amigo, ciérrale luego
y vámonos á acostar
en gracia de Dios, pidiendo
que, ya que hoy no nos envía
quien contribuya á lo menos
con el diario, mañana
nos envíe un caballero
rico y tonto, con madamas
y un mayordomo podenco,
con quien poder desquitarme,
siquiera hasta el mes de Enero.

Joaquina. Ese modo de rezar
que tienes, es un portento.

Antonio. Voy á cerrar.

(*Salen, de gitanos,* Simón, Galván, Eusebio, Ponce, *las ocho damas restantes de la compañía, y detrás, muy despitfarrados,* Campano *y algunos otros. Salen todos con mucho descaro, trayendo en medio de toda la tropa un burro en pelo.*)

Simón. Poco á poco;
¿qué es cerrar? ¿qué fundamento
hay para echar tan temprano
el candado un mesonero?

¡La puerta debe estar franca!
Dé gracias á Dios que vengo
de buen humor, que si no...
más vale que lo dejemos.
¿Quién es el patrón?

CHINICA. ¡Yo soy!

SIMÓN. Pues vamos, y despejemos
al instante la posada;
que no ha de haber donde entro
yo con mi familia nadie
sino los que tras mí llevo.

JOAQUINA. Porque no hay *naide* se iba
á cerrar y á recogernos.

EUSEBIO. ¿Que no hay huéspedes? Mejor.
Vamos: ir sacando asientos
y bancos, para que vamos
acomodando los tercios.

CHINICA. ¿Tercios? ¿dónde están las cargas
y la recua?

SIMÓN. ¡Ea, callemos!
¡Chis!: haga lo que le mandan,
ó andará el manipuleo.

JOAQUINA. ¿A mi marido?

IGNACIA. Señora;
todas las ocho traemos
dolor de cabeza. ¡Chito!
Estas cosas, con silencio.

ANTONIO. ¡Qué gentes!

PONCE. ¿Decía usted algo?

ANTONIO. Digo, señor, que me alegro
de ver tanta gente honrada.

PONCE. ¿Habrá tal atrevimiento?
¿Y por qué se han de alegrar?

CHINICA. ¡Qué familia es ésta, cielos!
Mas por los moños parece
que toda es gente de pelo.

SIMÓN. ¿No van por sillas?

LOS TRES. Ya vamos.

SIMÓN. ¡Como soy, que están haciendo
burla de mí!

MARIANA. No te enfades
por tan poco, Borromeo;
que á esta gente ruín es fuerza
que algo les disimulemos.

JOAQUINA. Aquí hay sillas.

CHINICA. Y aquí hay bancos.

SIMÓN. Pues vamos tomando asiento;
y mientras pone en la cuadra
el carruaje el mesonero,
patrona, ponga la mesa,
y sáquenos mucho y bueno.

IGNACIA. Yo quiero un par de perdices
y cuatro de huevos frescos.

MARIANA. Yo una polla asada y cuatro.
costillitas de carnero.

LADV. Yo dos magras de jamón
y una fritada de sesos.

SOBRES. Yo una fuente de gazpacho
y unas migas con torreznos.

PALOM. Yo un pajarito estofado.

JUANA. Yo una pierna de carnero.

IGNACIA. Vaya, ¿y tú, por qué no pides
lo que quieras?

POLONIA. Yo no quiero
cenar; lo que quiero yo
es un rato de bureo,
jacarear y echar al aire
por un par de horas el cuerpo;
porque se enfrían los pies
estándose mucho quietos.

SIMÓN. Todito se hará, todito.
Vaya, patrona, ¿qué hacemos?
Ya ha oído usted lo que estas mo-
desean; tráigalo luego; [zas
y otro tanto, ó poco más,
á nosotros; suponiendo:
el pan candeal, el buen vino,
las aceitunas, el queso,
las pasillas ú otras cosas
que tendrá por allá dentro;
que con gente de razón
no es justo que machaquemos.

JOAQUINA. ¿Y á dónde están tantas cosas?

CHINICA. ¿Y qué te metes tú en éso?
Los señores, que lo piden,
sabrán dónde han de ir por ello
y quién se lo ha de guisar.

SIMÓN. Claro está que lo sabemos;
lleve usted esa criatura
y démele un par de piensos,
y no se mate, que acá
no gastamos cumplimientos;
que, como buenos amigos,
todos nos ayudaremos.

CHINICA. El es hombre divertido.
¡Arre, burro!

PONCE. ¡Majaero!
¡Insolente! ¿Qué es lo que haces?

MARIANA. ¡El pobrecito Moreno;
enseñadito estás tú
que nadie te toque el pelo
ni te levante la mano!

SIMÓN. A no ser uno tan cuerdo,
era preciso perderse
cada instante. Di, ¡perverso:!
¿te ha parecido que tratas
con otro como tú? ¡Bueno!
¡Tasadamente es las niñas
de todos los ojos nuestros
el animalito! Vaya,
cójalo con gran respeto
en brazos y llévele
á acostar á su aposento.

CHINICA. ¿Yo coger el burro en brazos?

SIMÓN. Sí; que no será el primero
que encuentra un burro y le da
un abrazo muy estrecho.

CHINICA. Yo me abrazaré, si quieren,

con ustedes desde luego;
pero con el burro, no.

SIMÓN. Llévele y no repliquemos,
y tráigase de camino,
si tiene, algún instrumento,
para que se baile un rato.

CHINICA. Voy; y también voy corriendo,
por el postigo, á dar cuenta
al alcalde de todo esto.

(Vase llevando el burro.)

IGNACIA. Patrona, ¿en qué piensa usted?
Vamos la mesa poniendo
y sacando esas perdices.

JOAQUINA. ¡Sobre que yo no lo tengo...!

CAMPANO. Mayoral, lo que yo he visto
es un guapo gallinero
que tiene la mesonera.

GALVÁN. Y yo, que la maña tengo
de ser un poco curioso
y nunca me sé estar quedo,
he visto en aquel armario
una pierna de carnero,
unas seis ú ocho perdices,
dos liebres y tres conejos,
que para tantos no es mucho;
pero, al fin, nos compondremos.

JOAQUINA. Eso no es mío; que es de un
cazador que hay en el pueblo,
que lo dejó por si acaso
quería algún forastero
pagarlo y cenar á gusto.

MARIANA. ¿Y qué? ¿no lo pagaremos
nosotros? Lo más de sobra
que se trae es el dinero.

SIMÓN. Todo eso es gastar saliva;
lo que conviene es cocerlo
ó guisarlo presto y bien.
¿A dónde está el cocinero
de comitiva?

(Sale CALLEJO.)

CALLEJO. Señor:
á la puerta estoy cogiendo
la fresca, como en la alforja
no ha quedado más que hueso
del fiambre, hasta que usted
diese providencia.

SIMÓN. Presto:
avánccse la alacena;
pasad dos el gallinero
á cuchillo; y otros dos
á pelar y encender fuego;
y mientras tanto vosotras,
porque traigo con el tiempo
tristes las memorias y algo
afligido el pensamiento,
bailad unas seguidillas
gitanas, con taconeo,
ó cantadme algún corrido.

(Sale CHINICA con una guitarra.)

CHINICA. Aquí está ya el instrumento.
¡Hola, mujer! ¡digo, digo!;
¿quién aquel armario ha abierto?

JOAQUINA. Si esta es una desvergüenza
y no hay hombre de provecho
en esta casa. ¡Justicia!

SIMÓN. Vaya, ¿quién la mete en pleitos,
patrona.? Calle. ¿Cuánto mejor
es que aquí, alegres, gastemos
en vino lo que se había
de gastar en los derechos
del escribano?

JOAQUINA. ¡Justicia!

LADV. Vaya; pues grita, gritemos
todas, y vamos bailando
con brío.

TODOS. ¡Arrea, puchero!

(Interin los gitanos despilfarrados han sacado del armario lo que dicen los versos, encienden lumbre fingida en la chimenea y hacen que preparan la cena, las ocho madamas bailan en medio unas seguidillas gitanas. Los cuatro gitanos forman un concilio á una punta del tablado; CHINICA, JOAQUINA y ANTONIO están desesperados á la otra; y queriéndose alguna vez escapar CHINICA, le llama SIMÓN, le hace estar quieto, con los ademanes correspondientes á uno y otro. Y después de los primeros versos siguientes sale ESPEJO, de alcalde, y JUAN MANUEL, de alguacil.)

SIMÓN. Basta; que por la mañana
tenéis que pasar el puerto
y tendréis los pies cansados.

J. MAN. ¡La justicia, caballeros!

JOAQUINA. ¡Ay, señor alcalde, y cuánto
de que ahora vengáis me alegro!

CHINICA. Aquí es menester hacer
un ejemplar.

ESPEJO. ¿Pues, qué es ésto?
¿no os tengo encargado que,
en viniendo forasteros,
me vais al punto á dar cuenta?

CHINICA. ¿Y si me han tenido preso?
¿y si esta gente...?

SIMÓN. Señor
alcalde: ¡cuánto celebro
la venturosa ocasión
de ofrecerme á los pies vuestros,
con todas estas muchachas
y rendidos compañeros,
que deseamos servirle;
pero no podemos menos
de decir que en un lugar
que tiene en todito el reino
nombradía por lo grande,
por su nobleza y comercio
y por las grandes cabezas
de su ilustre Ayuntamiento,
se hallen tan malas posadas,
y consienta un mesonero

tan descuidado, tan tonto,
tan ladrón y desatento,
que si, como dijo el otro,
no fuera un hombre de aquellos
que saben vivir y saben
perdonar vidas á cientos,
se hubiera con el mesón
perdido el lugar entero!

ESPEJO. ¡Pícaro! ¿no ha de haber forma
de escarmentarte? ¿qué has hecho?

CHINICA. ¿Yo, señor? Nada, ¡ni hablar
me han dejado! Ellos vinieron
á tiempo que iba á cerrar
mi triste mesón, desierto
de pasajeros. Entraron;
mandaron sacar asientos;
se sacaron; se sentaron;
luego después me pidieron
muchas cosas que cenar,
sin darme ningún dinero;
me hicieron cargar... ¡aquí
de ira y cólera reviento!
con un burro despreciable
que traen sarnoso y en cueros;
me han saqueado la alacena,
el arca y el gallinero;
y con ¡chito, chito! á todo,
ni replicarles podemos.

ESPEJO. ¡Hola!

SIMÓN. Todito es mentira;
y quedara mi honor bueno
en este lance á no haber
tantos testigos de peso
y tan honrados delante.
Tómeseles juramento
con declaración: y á quien
mienta plantarlo en el cepo.

ESPEJO. Dice bien.

CHINICA. Señor alcalde:
¿pero no estais conociendo
que son todos los testigos,
sus amigos y sus deudos?

ESPEJO. También dice bien.

SIMÓN. Señor:
si no vienen pasajeros
nunca á este mesón, porque
no se encuentra en él un bledo,
¿cómo pudiera ser suya
la prevención que traemos?

ESPEJO. Dice bien.

CHINICA. ¿Y si yo aquí
el cazador os presento
que lo ha traído, será
un testigo verdadero?

ESPEJO. Tiene razón.

JOAQUINA. Y, por fin,
señor alcalde, no andemos
en retrónicas; usted
póngalos á todos presos;
y yo apuesto la cabeza
si antes de muy poco tiempo,
no se descubre que es una
cuadrilla de bandoleros
y gitanas.

LADY. ¿De gitanas?
Algunas hay, no lo niego;
pero gitanas de paz.

IGNACIA. Y gente de gran respeto
á la justicia.

MARIANA. ¡Jesús!
En *Vayadolid*, me acuerdo
que un alguacil una tarde
me persiguió en el paseo;
estuve por estrellarle;
pero tuve tal respeto
á la rosquilla de mimbre,
que, por no llegarle al pelo
de la ropa de la manga,
me contenté con hacerlo
escupir, de un mojicón,
una docena de huesos.

ESPEJO. ¿Al alguacil?

MARIANA. Sí, señor;
porque yo, en algunos de éstos,
nunca he visto la justicia
sino en lo exterior del cuerpo.

ESPEJO. ¡Ya es buen casillo! Alguacil:
ve y llama á mi compañero;
y tú cita al cazador *(Al mozo)*;
y entre tanto examinemos,
quién son ustedes, señoras.

CHINICA. Este golpe ha estado bueno;
veamos quién son estas gentes
de ¡chito, que acá me entro!

SIMÓN. Yo, señor, soy abogado.

ESPEJO. Pues la traza no es, por cierto,
de haber estudiado leyes.

SIMÓN. Ahí está el conocimiento:
no hay tribunal en España
donde no haya habido pleitos
criminales contra mí;
pero yo me los defiendo
de forma que siempre salgo
bien y me valen dinero.

CHINICA. ¡En buenas manos está
la causa de mis conejos!

ESPEJO. ¿Y este pulido?

EUSEBIO. Señor,
yo soy maestro de salterio;
y en metiéndome en función,
de tal manera manejo
las uñas y hago salir
las voces al instrumento,
que suele quedar memoria
del zumbido mucho tiempo.

CHINICA. No mete otro tanto ruido
la campana de Toledo.

ESPEJO. ¿Y quién es usted?

PONCE. Unas veces
soy sastre, y otras ropero;
á veces soy tejedor,
y á veces pasamanero;
y ayudándome á pasar
la destreza de mis dedos,
con cuantos encuentro al paso
se hace correr el dinero.

CHINICA. Sí; la pinta es admirable
de tejedor de embelecos.

ESPEJO. ¿Y este largote?

GALVÁN. Herbolario.

CHINICA. ¡No he visto animal más feo!

GALVÁN. Yo me entretengo, señor,
en buscar la flor del berro,
la verbena, manzanilla,
el sándalo y el poleo;
y haciendo con estas hierbas
juntitas un cocimiento
en la noche de San Juan,
se le damos por refresco
á esas niñas, y con él
se aclara su entendimiento.
Saben la buenaventura;
y á cualesquiera sujetos
los declaran el estado
de su conciencia.

ESPEJO. Dejemos
la conciencia por ahora,
y sepamos de qué efectos
os mantenéis.

SIMÓN. Como algunos
alcaldes de algunos pueblos,
que, á falta de propios, viven
de los arbitrios y medios.

CHINICA. Arbitristas son, no hay más
que tratar en convencerlos;
porque quien dice arbitrista
dice holgazán, zalamero,
ambicioso, atolondrado,
perseguidor y molesto.
Arbitristas son...

(Sale CARRETERO, *de alcalde, y el alguacil.)*

CARRET. ¡Deo gracias!
¿qué se ofrece, compañero?

ESPEJO. Téngalas usted muy buenas,
y tome un ratito asiento.
Hombre, aquí hay una familia...

CARRET. La familia ya la veo;
pero ¿qué familia es ésta?

ESPEJO. Yo, lo que toca por ellos,
me ha parecido que son
una tropa de embusteros.

CARRET. ¿Y ellas?

ESPEJO. Ellas lo dirán;
pónganse ustedes en medio.

TODAS. Siervas de vueseñorías.

(Reverencia con los brazos cruzados.)

CARRET. Por la muestra, el paño es bueno.

CHINICA. En descubriendo la hilaza
por un lado, será ello.

ESPEJO. (Aquí es menester usar
de cautela, compañero.) *(Ap. á él.)*
Examinemos las niñas,
que ellas, como tienen menos
malicia, nos contarán
la verdad, y la sabremos.

IGNACIA. ¡Señor alcalde, piedad,
y no crea al mesonero!

MARIANA. Mire usted que es un ladrón
ó un gitanazo de aquellos
que á un bachiller se la pegan.

CHINICA. ¡Como soy tan bachillero!...

LADV. La *pulítica* del mundo
es dar buen alojamiento
y tratar con mansedumbre
á todos los pasajeros.

CHINICA. Esa virtud es la que
más se observa en este pueblo.

ESPEJO. Callen ustedes, que ya,
si es necesario, hablaremos.
Venid acá, chiquitillas.

POLONIA. ¿Quién? ¿yo?

ESPEJO. Sí, señora.

CARRET. ¡Fuego
de Dios! ¡qué dos ojos tiene
tan pícaros y tan negros!

ESPEJO. ¿Cómo te llamas?

POLONIA. Polonia.

ESPEJO. ¿Y de dónde eres?

POLONIA. Del centro
de las riquezas de España;
del clima donde nacemos
morenitas, porque el sol,
como presume de bello
y al mismo tiempo presume
de poeta y de discreto,
viendo que se los empatan,
en lo chusco, los ingenios
de mi tierra y que le dejan
atrás en cualquier empeño,
se ha querido hacer pesado
y vengarse con ponernos
á todas de este color
chairo! Pero ¿qué tenemos?:
si como nadie se tizna
por tratarnos ni por vernos,
nos llaman las negras de
los ojos del universo.

(Interin este razonamiento quita la COLASA *á los alcaldes las cajas y los relojes.)*

ESPEJO. ¡Hola! ¿qué me cuenta usted?
¡Qué pico tienes tan suelto,
niña!

CARRET. ¿Y tú, no dices nada?

MARIANA. Yo, señor, apenas puedo

hablar, que tengo frenillo.
Ahora, lo grande que tengo
es la soltura de manos
y los ganchos de los dedos.

ESPEJO. ¿Y aquella mojigatita,
que está allí la turca haciendo,
quién es?

MAYORA. Señor, yo soy la Jilguera.

ESPEJO. ¿Y cantas?

MAYORA. Yo no lo entiendo;
pero otros dicen que sí.

SIMÓN. Señor, canta de lo bueno.

(Sale el alguacil, con MERINO.*)*

J. MAN. Señor alcalde, aquí está
nuestro cazador.

CHINICA. Me alegro:
ahora se verá quién tiene
razón de los dos.

SIMÓN. Pues eso,
¿tiene que dudar, panarra?
Ni el señor fuera tan lerdo
que en tiempo de veda había
de ir á cazar, exponiendo
su libertad, su persona,
sus armas y sus pertrechos.

MERINO. Dice muy bien el señor.
¿Quién ha sido el embustero
que dice que yo he salido,
ni con armas ni con perros,
siquiera un día á matar
un gorrión.

ESPEJO. El mesonero.

CHINICA. ¿Y digo mal? ¿Pues quién trajo
esta tarde los conejos
y perdices, para que
vendiese á los pasajeros?

MER. *(Ap.)* ¡Piérdase la caza, y no
me pierda yo si confieso!
¡Vaya, usted está trascordado!
¡Y poco á poco con esto
de levantar testimonios,
que es pecado con *coleto*!

ESPEJO. Hombre ¡que no ha de haber forma
de que enmiendes ese genio!
Así te ves tú perdido.

JOAQUINA. Pues ahora yo le defiendo;
que tiene mucha razón.

ESPEJO. ¿También vos, Mariromero,
os habéis hecho á las armas?
Pero yo haré un escarmiento
con que todo se remedie.

SIMÓN. ¡Y haréis múy bien en hacerlo;
pues ¿quién ha visto en el mundo
traiga un pobre pasajero
su prevención, chica ó grande,
y el pícaro huésped luego
diga que es suya? ¡Por vida!...

(Sale ORDÓÑEZ, *de propio.)*

ORDÓÑEZ. Buenas noches, caballeros.

ESPEJO. ¿Qué trae ese propio?

ORDÓÑEZ. Traigo,
señores, en este pliego
un exhorto de las villas
inmediatas á este pueblo;
que, si por fortuna llegan
hoy ó mañana aquí, huyendo,
una tropa de gitanos
de doce ó trece sujetos,
inclusas ocho mujeres,
se les prenda, porque han hecho
mil robos en la comarca.

ESPEJO. Justamente llega á tiempo;
que aquí hay gente de sospecha.
(Empieza la cuadrilla á turbarse.)

SIMÓN. No alterarse, compañeros,
que el abogado está pronto;
y mientras yo me prevengo,
¡Jilguera: echarles el gancho!

CHINICA. Señor, ya confiesa el reo.

JOAQUINA. ¡Justicia, señor!

ESPEJO. Ministro,
ve á avisar tus compañeros;
tómense todas las puertas
del mesón, y averigüemos
si son éstos los gitanos,
y matarlos ó prenderlos.

(Canta la MAYORA.*)*

MAYORA. «Prisiones y muertes
suspenda tu ceño,
y afable perdone,
pues yo te lo ruego.

(Coro de las gitanas.)

CORO. Y las gitanillas,
con mil seguidillas,
músicas y versos,
le harán una fiesta
de «así me lo quiero.»

ESPEJO. Si ellos no fueran tan malos,
por ellas son mucho cuento.

CARRET. Vaya, niñas, otro poco;
que me ha gustado por cierto.

ORDÓÑEZ. Haced me den testimonio,
señor, de la hora que llego.

ESPEJO. Es verdad. Veamos: ¡hola!

CARRET. Aguardad, que yo le tengo
arreglado; ¿dónde está?
¡En verdad que no le encuentro!

ESPEJO. Sí, con la caja. ¿Y la caja?

CARRET. ¿Y mi caja y mi pañuelo?

CHINICA. Me alegro que los alcaldes
también la paguen; con eso
nos ahorramos confesiones
y testigos.

LOS 2 ALC. Toquen luego
á rebato; que se junte

toda la gente del pueblo,
y cérquenlos.
CHINICA. Que los pasen,
señor alcalde, á degüello,
como ellos hacer querían
con mis gallinas.
IGNAC. *(Todos de rodillas.)* Ejemplo
de justicias y piedades;
alcaldes los más perfectos
que tiene España: ¡perdón!
LOS GIT. ¡Perdón, que no ha sido esto
más que querer dar un chasco
al bribón del mesonero.
LOS ALC. Y á nosotros.
POLONIA. Aquí está
todo, limpito y compuesto:
y el pillárselo fué sólo
por hacerles ver mi juego
de manos.
ESPEJO. ¡Fuego de Dios!
¡qué ágiles tienes los dedos!
SIMÓN. Vamos, señores alcaldes,
haya piedad, y ofrecemos
no volver por esta tierra
é irnos á tomar de asiento
un oficio honrado.
LADV. Vaya,
ablande usía ese pecho
ESPEJO. Está duro.
LADV. Pues, Jilguera,
con tu voz de caramelo,
cántales una tonada
que los ablande.
ESPEJO. No andemos
con andróminas.
CARRET. Sí tal;
como canten y al momento
desalojen el lugar,
perdonarlos
SIMÓN. Pues á ello.
Chiquilla: cántales algo
que los deje patitiesos.
MAYORA. Atención, pues.
ESPEJO. Pero advierto
que al que quede aquí está noche
en el instante le prendo.
SIMÓN. Nos iremos de camino,
porque se acabe con esto
toda la humorada, el chasco;
(Con todos.)
y para no ser molestos,
También se acabe el sainete.
Disimulad sus defectos.

---

(1) Siguen las censuras, que dicen:

«He leído el sainete intitulado *Las gitanillas*, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dectamen.—Madrid 24 de abril de 1770.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Dese la licencia. *(Rúbrica).*

Nos el Dr. D. Cayetano de la Peña y Granda, presbítero, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Damos licencia para que en los coliseos de comedias de esta corte se pueda representar y represente el sainete antecedente, intitulado *Las gitanillas*, por D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y que no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Fecha en Madrid y abril veinte y cuatro de mil septecientos y setenta.—*Dr. Peña.*—Por su mandado, *Martín Antonio de Zornoza.*

Madrid 24 de abril de 1770.—Pase al censor, para su examen, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Mediante la ausencia del censor y fiscal he leído este sainete, intitulado *Las gitanillas*, y en todo él no encuentro cosa que se oponga á su ejecución; por lo que, si fuere del agrado de V. S., le puede mandar representar.—Madrid y abril 25 de 1770.—*Dr. Julián Morelt.*

Madrid 25 de abril de 1770.—Para que este sainete se represente al público y se logre la perfección que se apetece, se volverá al autor, por quien, en lugar de la altanería con que supone entran hablando los gitanos en el mesón, lo que es contra su costumbre, use de las frases de los gitanos que llaman jerga, y la encontrará al fin del diccionario de Oudín. En lugar de los versos que se dicen por el propio, que llega al fin del sainete, para que se les prenda, porque han hecho muchos robos en la comarca, se dirá: «Porque un jumento han hurtado en la comarca.».—*Delgado.*

Madrid 28 de abril de 1770.—Ejecútese como viene censurado. *Barcia.*»

105

Inesilla la de Pinto.

SAINETE TRÁGICO.

1770 (1).

(La casa pobre con sillas.—Sale ESPEJO, *de alcalde, con otros dos de alguaciles, muy acelerados, y por otro lado* JOAQUINA, *de alcaldesa, y* MARIANA, *de paya, con una escoba en la mano.)*

ESPEJO. ¿Si estará por dicha en casa
mi mujer? ¡Hola!: ¿alcaldesa?
(Sale JOAQUINA.*)*
JOAQUINA. ¿Qué quiere, señor alcalde?
ESPEJO. Que al instante te prevengas,
te pongas el dengue de
grana y el brial de seda;
que me saques la peluca
rizada, la capa nueva
y la corbata de *fluecos*,
y que salga toda nuestra
familia con los panderos,
guitarras y castañuelas,
á conducir la fortuna
que va á entrar por esa puerta.
¿Qué haceis vosotros? Cuidad
de las demás providencias.
ALGUAC. Ya vamos. *(Vanse.)*

---

(1) Bib. Municipal: leg. 1-166-36. Copia antigua con las aprobaciones y licencias que se imprimen al final. Un autógrafo de esta parodia de la tragedia *Doña Inés de Castro* existía en la biblioteca del Sr. Menéndez y Pelayo. Fué impreso suelto y por Durán en el tomo II, pág. 652, de su colección, pero con muchas omisiones y defectos.

JOAQUINA. ¿Y no sabremos
la causa de tanta fiesta?

ESPEJO. Sí, hija; porque, según
me aseguran malas lenguas,
va á entrar un embajador
del alcalde de Vallecas
en Pinto. Yo sé que ha días
que la alianza desea
conmigo; y si se unen
entre sí estas dos potencias,
entrambos Carabancheles
temblarán de nuestras fuerzas.

JOAQUINA. ¿Y tan extraño alboroto
merece esa friolera?
Escuchemos la embajada;
y si merece la pena,
después entran bien funciones,
galanuras y floretas.

ESPEJO. Si fuese lo que barrunto,
seréis después la primera
que entre en el baile de gozo.
Mas oigamos, que ya llega.

(Salen, de mozas y mozos de lugar, los que quisieren, cantando y bailando, y detrás MERINO, *muy grave, de payo, capa de grana y pelo tendido.)*

CORO PASTORAL.

«¡Viva, viva la gala de Pinto!
¡Viva, viva la flor de Vallecas!
¡y que viva por más de mil años
la amistad de sus grandes cabezas!
Sea para bien
y sea enhorabuena.»

MERINO. La muy ilustre, muy noble
y leal villa de Vallecas,
vecina á Pinto, que, punto
céntrico de España, ostenta
sola en sí todas las glorias
de su gran circunferencia,
saludes por mí os envía,
con muchas enhorabuenas
de que vuestro hijo, el famoso
Hermenegildo Poleas,
con tal valor, tal constancia,
cortase y con tal destreza
al gallo que habéis corrido
esta Pascua la cabeza.
Hijo vuestro, al fin; pues quien
hace, á la gallina ciega
jugando, tanto, ¿qué hará
cuando se quite la venda?
La fama (porque la fama
tanto corre como vuela)
llegó allá, y enamorado
mi alcalde de sus proezas
y ansioso de que se enlace
su familia con la vuestra,
os ofrece para esposa
del vencedor á Quiteria
Pérez de Zamarramala,
su hija, única heredera
de todos sus bienes, menos
de la vara que gobierna;
porque montan más que valen
los dotes que se varean.
Item más, volver me manda
con tan precisa respuesta
y tan breve, que hoy lo pide,
mañana queden dispuestas
las condiciones, esotro
vayan temprano á la iglesia,
y después de esotro esté
concluída la materia.
Dije.

ESPEJO. Y dijisteis muy bien.
Volved, pues, enhorabuena,
embajador, á la villa,
y asegurad con franqueza
al alcalde que la novia
y los partidos se aceptan.
Item más, que, aunque mi hijo
hasta ahora no ha dado señas
de la aptitud al consorcio
(por la natural vergüenza
con que se portan delante
de sus padres las doncellas)
yo responderé por él,
confiado en su obediencia,
y en que, averiguando cuánto
merece doña Quiteria,
no hará don Hesmeregildo
cosa que de hacer no sea.
Id en paz.

MERINO. Quedad en paz.

ESPEJO. Y el baile y las voces vuelvan.

(Repitiendo bailete y música, se va MERINO, *con los payos, y quedan* ESPEJO *y* ALGUACILES. JOAQUINA *y* MARIANA, *muy suspensa, con la escoba en la mano y suspirando á hurtadillas.)*

JOAQUINA. A fe que le despachaste
con bien pocas etiquetas
á este pobre embajador,
sin ofrecerle siquiera
un trago y unas rosquillas,
y la burra, porque vuelva
más descansado; pero esto
no importa tanto. La fiesta
ha de ser con el muchacho,
que, aunque parece en lo bestia
y lo soberbio á su padre,
oirá con indiferencia
la boda; y al fin, daremos
con todo el tratado en tierra

ESPEJO. ¿Qué dices? ¿será él capaz
de resistirse? Es bajeza
pensarlo; disimulemos
su vanidad, si se deja
ahora llevar del aplauso

con que la villa celebra
del vencido gallo el triunfo
que consiguió su soberbia
(porque el aplauso emborracha
á los hombres más que media
cuartilla de vino puro
en ayunás y sin yesca).
Cúidame tú de que hoy queden
todas las cosas dispuestas;
que al bribón de Hermenegildo
yo le unciré á la carreta.

(Vase con ALGUACILES.*)*

JOAQUINA. Deja la escoba, Inesilla,
arrimada y di qué piensas
tú de todo este aparato.

MARIANA. Yo, señora...

JOAQUINA. Tú. ¡Qué bella
alhaja eres! La verdad:
yo sé que te hace sus fiestas
Hermenegildo. ¿Es acaso
que mormura ó te requiebra?

MARIANA. ¡Ay de mí! Yo soy, señora,
una inocente doncella,
que ni sabe qué es amor,
ni quiera Dios que lo sepa.

JOAQUINA. Aunque haces la gazmoñita:
¡la boba que te creyera!

MARIANA. ¿Quién? ¿yo? ni sé qué decís.

JOAQUINA. ¡Y estás suspirando! ¡Ah, perra!

MARIANA. Señora, esto es que respiro.

JOAQUINA. ¿Eso es respirar? Pues cuenta
que he de averiguarlo todo;
y si, por fas ó por nefas,
sé que tú ú otra criada
anda ó anduvo en chufletas
con el niño y le levanta
de cascos, para que tenga
repugnancia al matrimonio
que tanto nos interesa,
con los dientes y las uñas
haré tal potaje de ella,
que todos al verlo juzguen
que es potaje de lentejas *(Vase.)*

MARIANA. ¡Pobre de mí!; ¡el aguacero
que me va á caer á cuestas!
¡Y ojalá que este granizo
sobre mí sola cayera!

(Sale CHINICA.*)*

CHINICA. ¿Qué causa habrá de que ande
toda la casa revuelta?

MARIANA. ¡Ay, querido señorito!:
ven, ven, que el diablo se suelta.

CHINICA. ¿Qué tienes, Inés querida?
¿qué te aflige? ¿qué te altera?

MARIANA. Ya está perdida tu Inés,
pues que te cases es fuerza
con la hija del vallecano
senador.

CHINICA. ¿Quién lo aconseja?

MARIANA. Tu padre, que ofreció al suyo
tu blanca mano, y ordena
que á desposarse contigo
mañana en Pinto amanezca.

CHINICA. ¿Y nuestro amor?

MARIANA. ¡Triste amor;
que para que infeliz sea
basta lo poco que hubo
y lo mucho que nos cuesta!
Bien lo sabes tú; bien sabes
la constante resistencia
que hice, y lo que te hice
rabiar antes que te diera
el sí suspirado. Un día,
que arrimada en pie á la mesa
de la cocina me viste
mondando unas berenjenas,
llegaste secretamente,
y haciendo desde la puerta:
¡chis, chis!, me hiciste, curiosa,
que la cabeza volviera...
¡Oh, amor: cuántas has perdido
sólo á un volver de cabeza!
Entraste; yo te rogué
que me dejases; me muestras
tu corazón, me aseguras
ser mi esposo; doy la vuelta
y te dejo; tú me sigues
de rodillas y así puestas
las manos; y viendo, al fin,
que contra mi fortaleza,
mis virtudes y mi honor
son inútiles tus quejas,
tus extremos, tus doblones,
tu hermosura y tus ofertas,
tomando el cuchillo grande
de la cocina... (¡aquí tiembla
la barba, falta la vista
y se entorpece la lengua!)...
tomando, al fin, el cuchillo,
con esa mano derecha,
y desabrochando chupa
y justillo con la izquierda
te ibas á dar... Yo, que soy
tan naturalmente tierna,
que consiento que me piquen
las pulgas por no ofenderlas,
te arrebaté de las manos
el cuchillo, antes que abriera
la herida, quedando entrambos,
tú vivo, yo medio muerta;
y desde entonces tan unas (1)

(1) Están tachados este verso y los cinco siguientes y sustituídos por estos otros:

«Casámonos, pues, y nadie
ha sabido esta tragedia,
ni las resultas de tantos
hijos como nos padrean.»

en todo las almas nuestras,
que al punto solicitamos
las necesarias licencias
para llamarnos esposos
á donde nadie lo oyera.
Mas ¡ay! que hoy todo nos sale
mal, y todo lo sospecha
tu madre... ¡Ay, mi bien! ¡yo mue- [ro!

CHINICA. ¡Ay, Inés! No, no te mueras,
que yo te sabré vengar,
aunque un escuadrón de suegras
armado, aunque todo Pinto
se me opongan y Vallecas.
Que si tú lo hiciste todo
por mí, no habrá contingencia (1)
que yo por ti no apechugue
y que yo por ti no venza.

MARIANA. No, hijo mío; no te alteres,
ni contra tu padre vuelvas,
ó tu patria, el invencible
brazo. Ya, señor, te acuerdas
que así me lo prometiste
aquella noche funesta
que aparecimos casados (2).

CHINICA. ¡Ay, Inesilla!: no viertas
lágrimas; porque esos ojos,
hechos para que amanezca
el sol, no es bien que se anublen
con tempestades de perlas.
No llores, y huye al instante;
huye de toda esta tierra,
con nuestros tiernos hijitos,
producción de tu belleza.

MARIANA. Huir es descubrir todo
el pastel; en tal tragedia,
mejor es que yo me quede;
que no me hables ni me veas,
y entretener á tu padre
con alguna estratagema.

CHINICA. En todo he de obedecerte.

MARIANA. ¡Ay, señor!: tu padre llega.

CHINICA. Pues déjame hablar con él.
Dame los brazos, en prendas
de nuestro amor.

MARIANA. ¿Qué me pides,
señor?

CHINICA. Una bagatela:
los brazos.

MARIANA. ¡Ay, cuánto temo
que será la vez postrera!

CHINICA. No importa.

MARIANA. ¡Toma, bien mío!

LOS DOS. ¡Oh, qué fatales estrellas!

(Vase MARIANA.*)*

CHINICA. Pensará mi padre á gritos
aturdirme la cabeza;
pero á buen ratón, buen gato,
y lo que viniere venga.

(Sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. Toda la casa en tu busca
he andado.

CHINICA. Pues ya me encuentra
usted.

ESPEJO. En fin, hijo mío;
imitando mis proezas,
de mi juventud los bríos
y el blasón de mi ascendencia,
dejaste aturdido al mundo
y á la España patitiesa.

CHINICA. Ninguno á correr un gallo
me gana, como yo quiera.

ESPEJO. Así se dice. Mas basta
de gallo, y en la materia
de las gallinas hablemos.
Pues para que en todo puedas
parecerte á mí, te tengo
casado ya con Quiteria...
¿Mas qué es esto? ¿tú lo extrañas
y sacudes la cabeza?
¿Dirás que no?

CHINICA. ¿Para qué?
Basta con que usted lo entienda.

ESPEJO. ¡Qué miro! ¡qué escucho! ¿tú
te opones á mis ideas?
¿En un hijo de un alcalde,
podrá ser que prevalezca
su amor contra su interés?
Pero ¿cómo esto pudiera
ser? Yo la he dado palabra.

CHINICA. Pues cásese usted con ella.

ESPEJO. ¿Qué es esto? ¿Sabes ¡borrico!
lo que monta una propuesta
hecha entre alcaldes de bien;
y que al punto que Vallecas
llegue á saber el desaire
declara á Pinto la guerra?

CHINICA. ¿Y qué importa? Solo yo
bastaré (si tal intenta)
á desafiar á todo
el lugar, y si da treguas
de que salga á la campaña
con seis ó siete docenas
de payos pintos, armados
de garrotes y de piedras,
no ha de quedar ni aun memoria
de los muros de Vallecas.

ESPEJO. Ese furor alocado
más me irrita que me templa;

---

(1) Tachados este verso y el anterior y sustituídos por éstos de letra diferente.

«Confía en mi amor, Inés;
no puede haber contingencia.»

(2) Tachados este verso y el anterior y en su lugar, de otra letra:

«Y has de cumplirlo por fuerza.
CHINICA. ¡Ay, hija de mis entrañas!»

y aunque conozco que hablas
como gran soldado, es fuerza
resolver yo como alcalde.

CHINICA. Por más que usted lo resuelva,
yo no puedo obedecerle.

ESPEJO. En una palabra, ¡ea!:
yo quiero.

CHINICA. En una palabra,
pues: yo no puedo, aunque quiera.

ESPEJO. ¿Por qué no puedes casarte?

CHINICA. Porque no puedo. ¿Hay tal tema?

(*Salen* JOAQUINA, *muy acalorada, trayendo como por fuerza á* MARIANA, *disimulada.*)

JOAQUINA Marido mío, ya está
la empanada descubierta.
No te atolondres ni extrañes
de tu hijo la inobediencia
al casamiento propuesto:
esta picarona, ésta,
es la causa.

MARIANA. ¿Yo, señora,
que soy la propia inocencia?

ESPEJO. ¿Mi criada?

JOAQUINA. Tu criada.

MARIANA. Señora, y ¿con qué conciencia
me levantáis tal calumnia?

CHINICA. Hablemos claro, Inés bella;
yo te quiero y te querré
á pesar de cien Quiterias.

ESPEJO. ¡Muchacha!, y ¿será posible
que hagas la marmota muerta
delante de mí, y detrás
ande la marimorena?

MARIANA. Yo, señor...

ESPEJO. Yo te aseguro
que te acuerdes de la fiesta.

CHINICA. Inés no tiene la culpa;
descargad toda la pena
sobre mí.

ESPEJO. Calla ¡vinagre!;
y pues cumplir aquí es fuerza
como padre y como alcalde,
á ti te nombro alcaidesa
de la malhechora. Ve
y en la cocina la encierra
con tres llaves, entre tanto
que, tocando la cencerra
de concejo, se resuelve
con toda forma y manera.
¡Hola! ¿Alguaciles?

(*Salen los* ALGUACILES.)

ALGUACIL. ¿Señor?

ESPEJO. A concejo, y que la audiencia
es en mi casa, y al punto.

ALGUACIL. Sea muy enhorabuena. (*Vanse.*)

MARIANA. ¡Ay de mí, infeliz!

CHINICA. Inés:
mientras yo viva, no temas;
ahora en muriéndome yo,
si te acogotan, ¡paciencia!

MARIANA. ¡Ah! no, señor, que aunque alcal- [de
mi amo, es tu padre: apela.

ESPEJO. No hay apelación. De dos
la una: si te moderas,
si renuncias los derechos
que contra este niño puedas
tener y quieres casarte,
siendo el dote de mi cuenta,
con Chamorro el alguacil,
que es hábil y hombre de buena
pasta, le perdonaré;
pero si haces resistencia,
te hago emparedar en el
cañón de la chimenea.
Llévatela, y que allá piense,
siendo breve, la respuesta.

JOAQUINA. Ven.

MARIANA. ¡Adiós, Hermenegildo!
(*Vase.*)

CHINICA. ¡Adiós, mi dueño, y espera,
que en tu favor armaré
toda Castilla la Nueva! (*Vase.*)

ESPEJO. ¡Hola, tenedle! Encerrad
á mi hijo en la bodega
también... Mas, ¡ay, hijo mío!
¿Yo contra ti?... ¡Oh, vara recta!
Entre padre y entre alcalde,
¿qué obligación es primera?

(*Sale* ALGUACIL.)

ALGUACIL. Ya aquí están todos los grandes
hombres de Pinto, y esperan,
para entrar á este concejo
de estado, que hagáis la seña.

ESPEJO. Pues acercad esos bancos,
arrimad acá la mesa,
mientras, tocando el cencerro,
se vienen á la querencia.

(*Hecho todo, toca, y salen, de payos de capa y melena tendida, los que quieran, y se sientan.*)

ESPEJO. Padres conscriptos: yo estoy
en la mayor *afligencia*
que se habrá visto un alcalde
casado.

SIMÓN. De vuestra ofensa
venimos bien enterados.

ESPEJO. Pues, abreviando la arenga,
deudos, paisanos y amigos,
hoy os convoco en mi pena,
para que me aconsejéis
qué castigo se le deba
hoy imponer á mi hijo,
ó si es justo se le absuelva
y case con la Inesilla.
Vos, maestro de la escuela,

hablad en primer lugar,
como, al fin, hombre de letras.

SIMÓN. Con todo el conocimiento
que tener debo en materia
de muchachos, digo que á éste
se le casquen dos docenas
de azotes, y si no basta,
que se le destierre á Ceuta.

UNOS. ¡Eso es piedad!

OTROS. ¡Es rigor!

UNOS. ¡Que le corten la cabeza!

OTROS. ¡Que no le corten!

ESPEJO. Quedemos
en alguna cosa cierta.
¿Qué decís, regidor?

CALLEJO. Yo
no tengo voto en la audiencia,
ó le debo defender,
debiéndole la fineza
de que una vez que en la plaza
me halló tendido á la puerta
de Ayuntamiento dormido,
me llevó á mi casa á cuestas [1].

ESPEJO. En cuanto á buen corazón,
le da quince y falta á Eneas.
¿Qué decís los demás?

TODOS. Nada.

ESPEJO. Pues se acabó la asamblea,
y no esperaba yo menos
de personas tan discretas.

(*Sale* ALGUACIL.)

ALGUACIL. Señor, Inés al *concláve*
pide para entrar licencia.

UNOS. ¡Debe entrar!

OTROS. ¡No debe entrar!

CALLEJO. Sí debe.

SIMÓN. ¡No debe!

ALGUACIL. Entra.

(*Sale* MARIANA *con cuatro muchachos, que serán el* CHICO, CAMPANO, CARRETERO *y* CALLE, *cn escalera.)*

MARIANA. ¡Ven, familia desolada!
¡venid, oh huérfanas prendas
del amor más desgraciado!,
y echados á las excelsas
plantas del invicto abuelo,
pedid que perdone á vuestra
madre inocente, y que os dé
cuatro cajas de jalea!

LOS 4 *(de rodillas.)* ¿Abuelo, abuelito mío?

ESPEJO. ¿De dónde ha salido esta
tropa de zánganos? ¿Hay
alguna encantada cueva
en esta casa? ó ¿qué nube
los ha arrojado á mis puertas?

MARIANA. No miréis mi rostro; ved
el vuestro, y si por las señas
queréis conocer su origen,
ellos ignoran quién sea
su padre, como otros muchos;
mas, lejos de que os ofenda
esta niñería, debe
consolar la vejez vuestra.

ESPEJO. Y el traerme los chiquillos,
¿te parece á ti que es prueba
para mí de estar casada?
¡No era mala impertinencia!

MARIANA Vaya, no hagais que me ponga
colorada. ¿Y basta esta
licencia del señor cura?

ESPEJO. Y sobra mucho. ¡Paciencia!
¡Qué lindos son los chiquillos
y qué robustos! ¡cualquiera
dirá que son de su padre!
Y éste lleva lindas medras.
¿Cómo te llamas?

CALLE. Pepito.

ESPEJO. ¡Yo me muero de terneza!
¡Hola! llamad á mi hijo;
decidle al punto que venga,
que yo, por su habilidad,
perdono su resistencia.

MARIANA. ¡Ay, señor!, que al repentino
gozo de ver que merezca
vuestro perdón, no hallo más
arbitrio que caerme muerta. *(Cae.)*

SIMÓN. No es el caso para menos:
se conoce que es discreta.

(Sale JOAQUINA.)

JOAQUINA. Marido, si no se pone
remedio á esta desvergüenza,
tu hijo va á destruir
todo el lugar.

ESPEJO. No lo creas;
que antes creo que por él
su población será eterna

(Sale CHINICA.)

CHINICA. ¿Conque me habéis perdonado?

ESPEJO. Sí, hijo mío; pero apenas
supo mi perdón Inés,
desmayada cayó ó muerta.

JOAQUINA. ¿Si fué cólica?

ESPEJO. ¿Si fué
flato?

CHINICA. No es sino miseria
mía; desgracia, infortunio,
desolación y tragedia!
¡Ay, Inés del alma mía!:
¿cómo vivo si estás muerta?

---

[1] Variante de otra letra posterior:

«Hablaba yo con Teresa,
sin tener siquiera un cuarto,
me prestó cuatro pesetas.»

Pero aquí traigo navaja;
aguárdate, y ¡zas!...

CALLEJO. Espera,
que aquí traigo yo rosoli,
y quizá puede que vuelva
al olorcillo.

CHINICA. Si muere,
desde Pinto hasta Vallecas
millones de luminarias
han de alumbrar sus exequias.

MARIANA. ¿Quién me restituye aliento?

ESPEJO. Toma toda la botella,
que á trueque de que tú vivas
no importa que te la bebas.

TODOS. ¡Viva el abuelo!

MARIANA. Decid
también que viva la abuela.

JOAQUINA. Eso no, que soy más moza
que mis hijos y mis nietas.

CHINICA. Pues vive Inés, todos vivan;
y celébrese la fiesta
de mi boda con tonadas,
cañas, toros y comedias.

TODOS. Que consigan el perdón
á quien serviros desea [1].

106

Los majos de buen humor.

SAINETE NUEVO PARA LA COMPAÑÍA DE JUAN PONCE.

1770 [2].

(Al levantar el telón aparece mutación de calle, con tres ó cuatro casas con portales, los dos del lado de la mesa abiertos, y al lado del que está más al foro habrá dos ó tres sillas viejas, un banco, etc.; y delante estarán bailando, de majos y majas, la PORTUGUESA *y* JUANA, *con* CARRETERO *y* GALVÁN; *la* PALOMERA *y* CALLEJO, *sentados;* POLONIA *tocando el pandero, y* CORONADO, *de tuno, acallando un chico de pecho, que se fingirá llorar de adentro; la puerta de la casa del otro lado estará cerrada y su balconcillo de encima. Durante las seguidillas de pandero que bailan, sale* EUSEBIO, *de capa, mirando la casa cerrada, y luego se planta al umbral de la de enfrente. Después sale* ESPEJO, *de capa y peluquín; hace la propia pantomima mientras los majos hablan, hasta que al pasar lo conoce* EUSEBIO.)

(Seguidillas de pandero.)

PORTUG. ¿Oyes?: ya pareció aquello.

POLONIA. ¿Quién dices? ¿El de la capa
que está allí en aquel umbral?

PORTUG. Sí.

POLONIA. Diera cuatro de plata
porque viniese el lotero,
con quien dicen que se casa
la mayor, y al tal usía
le sacudiese una manta.

JUANA. El novio de la menor,
desde antes que yo dejara
la labor está ya adentro.

POLONIA. ¿Oyes?: y esta noche tarda
aquel otro marqués viejo,
que todas las tardes pasa
en el coche, y después vuelve
también de capita.

CARRET. ¡Vaya!
¿bailamos más, ó qué hacemos?

PORTUG. ¿Manolilla? ¡alto! ¡á las armas!

(Otra seguidilla.)

CORONADO. Suelta el pandero, Manola,
y dásele á Sabastiana;
que parece que le meten
alfileres por las ancas.
¡El demontre del muchacho!

POLONIA. Dicen que éstos siempre sacan
la condición de sus padres.

CORONADO. No seas desvergonzada,
que te crismaré los morros;
dale de mamar y calla.

CARRET. Ya se ha bailado bastante.
Vamos por fruta, muchachas,
á la plazuela de Antón
Martín.

CORONADO. Más vale á la Plaza;
que en esa plazuela suelen
de por fuerza madurarla,
y por lo común está
ú empedernida ú pasada.

PORTUG. Anda, hombre; mejor es que
vaya Paquillo y la traiga;
la comeremos aquí.

CORONADO. Yo tengo mucha galbana,
porque hoy se ha salido tarde
de la oficina; y mañana
es preciso madrugar
á echar carbón en la fragua,
que hay para una iglesia nueva
que hacer verjas y baranda.

GALVÁN. Venga el dinero; yo iré.

CARRET. Ahí tienes un real de plata;
trae lo que alcance.

---

(1) Siguen las censuras, en esta forma:

«He leído el sainete intitulado *Inesilla la de Pinto*, y me parece que puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 5 de enero de 1770.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Nos el doctor D. Cayetano de la Peña y Granda, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete nuevo trágico antecedente, titulado *Inesilla la de Pinto*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y no contener cosa opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid á cinco de enero de mil setecientos setenta.—*Dr. Peña.*—Por su mandado, *Juan Martínez Mora.*»

(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-165-59. Autógrafo de 1770

GALVÁN. Un pañuelo.
PORTUG. Ahí está.
CALLEJO. Ven en volandas.
CORONADO. Bien puede; que á él y á mí poco
la carne nos embaraza.
CARRET. Mientras que vuelve ú no vuelve,
corro y parola, madamas.
POLONIA. ¿Madamas? llámome fuera;
las que tienen esa gracia
son las de enfrente.
CORONADO. ¡Chitico,
y que cuide de sus bragas
cada uno; que no sirve
el murmurar para nada!

(Vase, y sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. Esta noche no han abierto
la puerta ni la ventana;
pero ello hay luz dentro, conque
señal de que están en casa.
JUANA. Chicos, la segunda parte.
EUSEBIO. ¿Señor Marqués?...
ESPEJO. ¡Calabazas,
que me han conocido!... Pero
persona es de confianza.
Señor don Pantaleón:
¿qué es eso? parece que anda
usted de ojeo.
EUSEBIO. Y usía,
por aquí y con esta traza,
¿va á Palacio ú á rezar
á San Lorenzo?
ESPEJO. Pasaba
casualmente por aquí,
paseándome.
EUSEBIO. ¡Patarata!
Si es tan fácil encontrarse
contrabandistas y guardas,
¿á qué es la disculpa, y más
cuando estas noches pasadas
habéis andado en el Prado,
corriendo las caravanas,
tras de las dos andaluzas
que viven en esa casa
de enfrente?
ESPEJO. Y antes de ayer,
¿también con ellas no estaba
usté en la botillería?
EUSEBIO. Yo no lo niego.
ESPEJO. ¡Qué alhajas!
Si no fuera por la tía,
era ese par de muchachas
para un par así de amigos...
EUSEBIO. ¿Le han dicho á usted que se ca-
[san?
ESPEJO. Sí; pero éstas mienten mucho,
y yo sé que no entra un alma
por sus puertas.
EUSEBIO. Lo que extraño
es que esta noche no salgan
á paseo ni al balcón.
ESPEJO. Como van ahora de estatuas
á los paseos, quizá
no habrá mucha ropa blanca,
y estarán las pobrecillas
jabonando las enaguas. *
EUSEBIO. Todo puede ser... Mas ¡hola!
hacia aquí vienen guitarras
de manolillos; veamos
desde el portal de esta casa
si á la bulla salen.
ESPEJO. Bien,
y entonces llegar á hablarlas.

*(A la señal * ha sonado dentro á lo lejos, y sin cesar hasta que salen, guitarras, bandurrias y violín, que sacan* CHINICA, CAMPANO, JUAN MANUEL *y* PEPE; *y luego que salen y ven la casa cerrada dejan de tocar y se paran alrededor de* CHINICA.*)*

CHINICA. Digo, muchachos, aquella
sin cortina es la ventana,
y la puerta aquella que
está debajo cerrada.
CAMPANO. ¿Qué apostamos que han salido?,
porque no parece un alma.
CHINICA. No lo creas, que ayer tarde,
la tía, con la más alta,
estuvieron en mi tienda
á mandar que les echara
países y varillajes
á cinco abanicos...
CAMPANO. ¡Brava
compostura!; pues entonces,
de los viejos ¿qué quedaba?
CHINICA. Los clavillos; y otros seis
á empalmar y poner chapas
á los guías...
J. MAN. ¡Jesús, hombre,
los abanicos que gastan!
CHINICA. ¿No ves que las andaluzas
siempre están acaloradas?
CAMPANO. ¿Y en invierno?
CHINICA. Mucho más.
CAMPANO. Eso es cosa muy extraña
CHINICA. No tal; porque siempre, cuanto
es la tierra más templada,
se destempla más la gente.
J. MAN. ¿Y qué te dijeron? ¡vaya!
CHINICA. Se empezó á tratar de ajuste,
y yo les dije que nada.
«¿Por qué?» Y yo les respondí:
«Porque me da gusto y gana;
y porque, aunque *regolviera*
todo el cajón y buscara
el mejor país de Roma,
de la China ó de la Francia,
bien sé que no he de poder
encontrar mejor estampa
que la de usté.»

TODOS. ¿Y qué te dijo
ella entonces?
CHINICA. Se agarraba
de la vieja, y se reían
las dos como unas canastas
TODOS. ¿Y en qué paró?
CHINICA. Finalmente,
trabándonos de palabras,
se vino á parar en que
aquélla tiene otra hermana.
CAMPANO. ¿Cuál, la muchacha ó la vieja?
CHINICA. ¡Hombre, no has de ser machaca!
¿Te parece que hablo yo
con viejas, cuando hay muchachas?
TODOS. ¿Y qué?
CHINICA. Que viven aquí;
que son solteras entrambas;
que no conocen á nadie,
y que siempre están en casa
por la noche.
PEPE. Será por
que tendrán tertulia.
CHINICA. Aguarda:
¿cómo han de tener tertulia,
si no conocen un alma
y son forasteras?
CAMPANO. Mira
que en esto suele haber maula.
CHINICA. No lo creas; ya pasé
yo por aquí esta mañana,
y vi que estaban las dos
al balconcillo asomadas,
con su labor.
J. MAN. ¿Y qué hacían?
CHINICA. Una mondar avellanas
verdes, y otra poner lazos
verdes á una almilla blanca.
PEPE. ¿Tanto verde?
CHINICA. ¿No te digo
que son mozas de esperanzas?
CAMPANO. En fin: tus amigos somos
de corazón, con que manda.
CHINICA. Templar bien los instrumentos,
y vamos á festejarlas
un rato; que con achaque
de que pueden ir mañana
por los abanicos, yo
las hablaré cuando salgan;
y entraréis por un ladito
á meter la cucharada
también vosotros.
J. MAN. ¡Pues alto;
y á darlas aire!
CHINICA. ¿Quién canta?
PEPE. Tú, que tienes mejor voz.
CHINICA. Sí; pero está acatarrada:
toda la capilla entera
sonará mejor.
TODOS. Pues, vaya. (*Templan.*)

(*Seguidillas al coro.*)

EUSEBIO. Los de la música, todo
es mirar á las ventanas.
ESPEJO. Quizá estarán aguardando
á que alguna moza salga.
EUSEBIO. Así salieran las otras.
ESPEJO. Quizá saldrán á escucharla.
CAMPANO. ¿Cuándo comienzas?
CHINICA. Callad.
CAMPANO. Vamos, hombre, ¿en qué te paras?
CHINICA. Estoy haciendo una copla
á las mozas; esta es guapa
para repetirla todos
después conmigo; escuchadla.

(*Primero la canta solo y todos á las repeticiones.*)

SOLO. «El mejor abanico
del mundo es Cádiz,
porque produce muchos
y bellos aires.
TODOS. Y bellos aires.
OTRO. Pero es el diantre
que, como son marinos,
traen humedades.
SOLO. Si hay quien los tenga,
yo soy abaniquero,
vaya á mi tienda.
TODOS. Si hay quien los tenga,» etc.

(*Al acabar sale* SIMÓN, *con el palo de la escoba levantado, y al primer grito caen todos en tierra unos sobre otros; les da cuatro palos y se retira volviendo á cerrar la puerta, y la* LADVENANA *al balconcillo y la* MORALES.)

SIMÓN. ¡Jee...! ¡Vayan, con mil demonios,
á alborotar á la Plaza
de los toros, que á estas horas
estará desocupada!
LADV. Suba usted, don Antolín.
MORALES. ¡Mujer, que tú le dejaras
salir!
LADV. ¡Si tiene en el cuerpo
el diablo cuando se enfada!
Suba usté aquí, no se pierda.
MORALES. ¡Ay, que me da una desgana!
LADV. Tía, salga usté por él,
no sucedan mil desgracias.
SIMÓN. ¿Quieren ustedes dejarme?
Si yo no hablaré palabra,
y sólo quiero espantar
los mosquitos de la casa.

(*Sale* JOAQUINA *por la puerta.*)

JOAQUINA. Vamos adentro, que toda
la *vecindá* está enterada
de mi buen modo, y no quiero
exponer mi buena fama
por nadie.
SIMÓN. Si esto es juguete...

JOAQUINA. ¿A que le meto á la rastra? *(Le coge.)*
SIMÓN. Usté tiene razón: ya
sabe usté que usté es el ama.
(Vanse cerrando la puerta.)
ESPEJO. ¡Zambomba, qué pajarote
tienen dentro de la jaula!
EUSEBIO. ¡Si no conocen á nadie!

(Sale GALVÁN.)

GALVÁN. Aquí está la fruta.
CORONADO. Calla,
que ha habido aquí lance en forma.
GALVÁN. ¿Pues qué?
POLONIA. Siéntate y aguarda,
que aún chorrea.
CORONADO. ¡Chis!: callemos,
hasta ver en lo que pára.

(Se sienta, callan y comen la fruta, etc.)

CAMPANO. Ya se fué.
CHINICA. ¡Qué voz tan gorda;
parecía una tronada!
¿Te ha dado á ti?
CAMPANO. No; ¿y á ti?
CHINICA. Como boca abajo estaba,
no le he visto bien; mas ¡juro,
á ños! que me duele un anca.
LOS OTROS. Vámonos.
CHINICA. Poquito á poco;
porque dejar la campaña
cuatro hombres á un hombrecillo,
no es razón.
J. MAN. Más de tres varas
tiene el hombre.
CHINICA. Y dos el palo,
son cinco: no hay otras tantas
de humanidad en nosotros.
CAMPANO. Vamos, Juanillo.
CHINICA. Cachaza;
y pensémoslo primero.

(Se ponen como á discurrir en corro, y sale PONCE, mirando, y se detiene al entrar por la puerta donde están arrimados ESPEJO y EUSEBIO.)

PONCE. Siempre he de encontrar fantasmas
á mi puerta... Estas vecinas
andaluzas no me agradan.
¿Se puede entrar?
ESPEJO. Sí, señor.
PONCE. ¡Ju!... ¿muchacho?
UNO *(Dentro.)* ¿Señor?
PONCE. Baja;
y baja una luz.
EUSEBIO. Amigo,
no tengais desconfianza,
que somos gente de paz.
PONCE. Sí; pero en viéndolo basta.
EUSEBIO. Si recelais, ya tenéis
la puerta desocupada.

(Sale CRIADO.)

CRIADO. Aquí estoy, señor.
PONCE. Alumbra
y cierra con llave y tranca.
¡Que no viniera una ronda
por aquí! *(Vase cerrando.)*
ESPEJO. ¿Tengo yo traza
de ladrón, amigo?
EUSEBIO. ¿Y yo?
ESPEJO. ¡El tal señor es alhaja
para la guerra!
EUSEBIO. Pasemos
á la otra cera, y á casa.
ESPEJO. Los músicos aún están;
observemos á la larga.
CAMPANO. ¿Conque eso resuelves?
CHINICA. Sí;
porque sepan las ingratas
que no he de dejar el puesto,
aunque á disputarle salgan
gigantes y gigantones.
LOS OTROS. ¡Pues á zurrar las guitarras!
CHINICA. Oid otra seguidilla
al caso pintiparada.

(Como antes.)

«El mejor aire para
las andaluzas,
es el aire de un majo
que las sacuda.
¡Dios os otorgue
uno que os abanique
con el garrote!»

(A la mitad de la última repetición ha salido, observando con mucha sorna, MERINO, de crudo, con espada larga etcétera.)

MERINO. Hola; esta noche parece
que hay moscas de todas castas
alrededor de la miel:
y ya es preciso espantarlas.
¿Pero cómo? Con muchísima
de la sal y de la gracia.
POLONIA. ¡Digo! ¡el lotero, el lotero!
CORONADO. ¡Chis!: á ver por dónde salta.
CHINICA. Mirad cómo ya no sale.
¡A toda esta gente guapa
que grita, gritarle más!
MERINO. Buenas noches, camaradas.
CHINICA. Téngalas usted muy buenas.
MERINO. Ya que tienen la humorada
de festejar esas mozas,
¿por qué no suben á honrarlas
desde luego arriba, y
sin que entiendan cuantos pasan
por la calle su flaqueza?
Si hubiera venido á casa
yo más temprano, estaría
la orquesta bien colocada,

y con más comodidad.
Las sillas no son de talla,
pero hay sillas, y está la
gente más acomodada.
Pero, al fin, lo compondremos.
¿Antolín?

SIMÓN. *(dentro.)* ¿Hola?

MERINO. Di que abran;
y prevén á esas señoras
que iluminen las arañas
y limpien los canapés,
que suben á acompañarlas
visitas de cumplimiento.

CHINICA. Damos á usted muchas gracias;
pero...

MERINO. No hay que replicar,
que está ya determinada
la cosa.

CAMPANO. ¿Por qué no gritas?

CHINICA. Si véis qué quedo que habla,
¿por qué le he de gritar yo?

ESPEJO. Hagamos la deshilada,
y fuera.

MERINO. Señor marqués,
¿es posible que sea tanta
la benignidad de usía
que quiera honrar estas damas
tan de la parte de afuera?
Ellas quedarán más vanas
y usía está más airoso
dentro.

CHINICA. ¡Sopla, qué legaña!

ESPEJO. Usted no crea que aquí
hay la menor cosa mala.

MERINO. ¿Qué cosa mala ha de haber
en rondar unas muchachas,
á pie por parte de tarde
y en coche por las mañanas?
Lo peor es para usías;
porque están mal empedradas
las calles del Lavapiés,
y sus mayorazgos gastan
en zapatos y herraduras.

(Sale SIMÓN.*)*

SIMÓN. ¿Qué quieres?

MERINO. *(Ap. á él.)* Otorga y calla.
Estos señores desean
dar á nuestras gaditanas
un buen rato, y es preciso
prevenirlas de que hagan
todo su deber. ¡Ea, arriba!

CHINICA. Señor, que yo no aspiraba
á tanto...

SIMÓN. Pues le ha venido
la fortunilla rodada.
(Ap. á MER.*)* Ya te entiendo; verás qué
lindo susto se les arma. *(Vase.)*

ESPEJO. Una casualidad hizo
que yo por aquí pasara.

MERINO. ¿También fué casualidad
el seguirlas á la larga
en el Prado? ¿También fué
casualidad el hablarlas?
¿Casualidad fué venir
con ellas hasta su casa,
después de estar en la fonda?
¿Casualidad que llevaran
á componer abanicos?

CHIN. *(Ap.)* Ahora digo que son ambas
unas grandes picoteras.

MERINO. Y también que yo llegara
ha sido casualidad;
pero ya que así se enlazan
casualidades, es fuerza
que subais á disfrutarlas.
¡Digo!: señores vecinos:
para que más gentes haya
con quienes hacer la fiesta
y esté más autorizada,
favorézcannos ustedes.

POLONIA. ¿De veras?

CORONADO. Por mí, ¡mal haya
si no me encajo el primero
á ver el fin de la danza!

MERINO. Adentro todos.

ESP. y EUS. Amigo...

CHINICA y LOS OTROS:
Señor...

MERINO. No hay ruegos que valgan;
ya que galantearlas quieren,
por fuerza han de galantearlas.

(Los hace entrar por la puerta, y mudándose el teatro en casa pobre, con algunas sillas de paja, salen las señoras JOAQUINA, LADVENANA *y* MORALES, *con* SIMON.*)*

LADV. ¡Bien sabe Dios que nosotras
no tenemos culpa!

SIMÓN. ¡Ah, falsas;
que nadie va donde encuentra
siempre la puerta cerrada!

MORALES. Si no, dígalo mi tía

SIMÓN. La tía es tan buena maula
como las sobrinas.

JOAQUINA. ¡Hola!
Catorce años fuí casada,
y no me dijo otro tanto
mi marido

SIMÓN. Porque estaba
en el Perú, y no sabía
lo que hizo usted en Triana.

MORALES. Mire usté, hijo; si yo sé
quién son, que muerta me caiga.

SIMÓN. ¡Madre mía, á zalamero
y á chasco nadie me gana!

LADV. ¿Y qué escándalo hubo aquí,
ni qué gentes *degcyadas?*
Que nos *jablaron*, ¿y qué?

Que nos hicieron á entrambas
entrar en la nevería,
y bebimos leche helada,
sorbete ó hiel de demonio,
que la paciencia me falta
ya, ¿qué quiere usté? Para eso,
¿le comimos á usté nada?
¡Toma; pues á *güena* parte
se viene usted con fanfarrias!

SIMÓN. Callemos ahora, y estar
atentos á lo que haga
mi concuñado.

(*Sale* MERINO *con todos.*)

MERINO. Señores:
asientos hay en la sala;
vámonos acomodando:
los de la orquesta á esta banda,
y al testero las visitas.

ESPEJO. Para obedeceros basta;
pero es día de correo.

EUSEBIO. Yo tengo también diez cartas
que escribir.

CHINICA. Yo estoy sin cola
con que pegar á estas damas
los abanicos.

MERINO. Poquitas
excusas, que se malgasta
la saliva. ¡Alto: á bailar!

LADV. ¿Qué zambra es ésta?,

SIMÓN. ¿Qué zambra?
la que ves: después verás
otra que está ahora agachada.

MERINO. Los cuatro, y usías dos
toquen, y que estas muchachas
bailen bien.

EUSEBIO. Yo nada toco.

ESPEJO. Yo tampoco toco nada.

ESPEJO. ¿No tocan? Ya tocarán.

MERINO. Pero no lo que pensaban.
(*A* EUSEBIO.) Tome usté este par de llaves,
y mientras bailamos haga
el sonsonete; (*á* ESPEJO) y usted,
mientras respinga esta dama,
acalle esta criatura.

LOS DOS. Eso es desprecio.

SIMÓN. Esto es ser
amigos de confianza.

MERINO. Antolín, cierra la puerta,
y baile hasta que se caiga
cado uno con la suya,
que la orquesta está pagada.

CHINICA. ¿Conque ha de ser?

SIMÓN. Y prestito.

CORONADO. ¡Vaya que es linda humorada!

MERINO. ¡Seguidillas!

CHINICA. ¡No te dieran
unas que te aniquilaran!

(*Cantan y bailan de ocho.*)

CHINICA. ¿Se ha tocado bien?

MERINO. Tal cual.

CHINICA. Pues oiga usté una palabra.

MERINO. Y catorce.

CHINICA El genio es bueno:
¿nos presta usté las madamas
para bailar un ratito?

MERINO. Después que quede evacuada
una cosilla. Aquí en medio
pon una silla, Tomasa.

LADV. Ya está aquí.

MERINO. Vengan ustedes,
y escuchen en confianza.

JOAQUINA. ¿Qué intentará este demonio?

CORONADO. Lo mejor es su cachaza.

MERINO. En suposición, señores,
del amor que á estas muchachas
tienen, sea inclinación
de las estrellas, sea chanza
ó pasatiempo, y que están
reconocidas entrambas,
es menester que haya prendas
que confirmen la alianza.
Esto supuesto, y supuesto
que ellas están atrasadas,
discurro que la mejor
manera de acomodarlas
es ponerlas una tienda
de prendería bizarra
con los vestidos de ustedes,
relojes, hebillas, capas,
etcétera: que por poco
dinero que encima traigan,
bastará para empezar
á comer y poner casa.
Conque vamos, ¡ropa fuera
los seis, y pocas palabras!

JOAQUINA. ¿Qué hacéis?

SIMÓN. Ninguno replique;
que él sabe lo que se manda.

ESPEJO. ¡Ah perros; cómo hacéis burla
porque nos miráis sin armas!

MERINO. Antolín, saca seis pares
de pistolas y de espadas,
y ve armando á los señores.

SIMÓN. Aquí, si les hace falta,
tienen todo mi recado
de escribir. (*Saca etc.*)

CHINICA. Mi mayor ansia
es que traigo la camisa
rota.

SIMÓN. En dejando las bragas
puestas, todo lo demás
ha de adornar la fachada
de la prendería.

EUSEBIO. ¿No hay
justicia en Madrid?

MERINO. ¡Y tanta
que yo sé hacerla!... Recojan

su ropa otra vez, y vayan
á ponérsela al infierno,
que esto ha sido una humorada
no más, para que escarmienten.

CHINICA. Yo he vuelto á cobrar el habla.
EUSEBIO. ¡Yo desnudo!
ESPEJO. ¡Yo pelón
delante de esta canalla!
SIMÓN. ¡Afuera á vestirse!
MERINO. ¡Afuera!
Echalos con una tranca.
TODOS ELLOS. ¡Por vida de!...
CORONADO. Hagan ustedes
cuenta que salen del agua.
MERINO. Vayan en paz; y otra vez
no piensen que todas cuantas
por casualidad contestan,
ó por uso de su patria,
si supieran la intención
de todos, los contestaran;
y agur.
ELLOS. Dejadnos vestir,
MERINO. En la calle, que es muy ancha.
POLONIA. ¡Ha estado pulido el rato!
MERINO. Pase por ésta, muchachas;
cuenta con otra, y prosiga
la fiesta con una brava
tonadilla...

(Con todos.)

Que divierta,
si el sainete desagrada.

107

La Nochebuena en ayunas.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE LA SEÑORA HIDALGO.
SU AUTOR D. RAMON DE LA CRUZ.

1770 (1).

(El telón habrá caído. Al empezar el sainete se levanta y descubre la mutación de salón, adornada de una araña y cornucopias iluminadas; en el foro una mesa con diez y ocho cubiertos, cuatro candeleros, dos ramilletes, á los medios de las dos partes en que se ha de dividir á su tiempo, y sin viandas puestas. Cerca de las lamparillas estarán sentados en semicírculo, muy repantigados en sendas sillas, VALDÉS, CABALLERO, GALVAN, RAMON, *el* SOBRESALIENTE, ENRIQUE *y* ORDOÑEZ, *de abates, presididos de la señora* PEREIRA, *muy petimetra. Habrá una silla á la punta de la izquierda sin ocupar hasta que salga* ALFONSO.)

VALDÉS. Todos tenemos, señora,
los corazones colgados
de vuestra voz. *(Campanilla.)*

PEREIRA. Aguardad,
que parece que llamaron.
CABALL. Y según el ruido, ya
parece que abrió un criado.

(Sale ALFONSO.)

ALFONSO. Perdonad, si acaso he sido
yo por ventura el más tardo,
y disculpad, cortesana,
mi afecto, considerando
que no puede galopar
la grulla como el caballo.
PEREIRA. Vos seais tan bien venido
como quedais disculpado.
Id á ocupar ese asiento.
ALFONSO. Disimuladme si paso
por delante, que es cordura
tal vez buscar los atajos.
VALDÉS. ¡Salve, señor don Jacinto!
ALFONSO. ¡Señor don Roque, salvado!
PEREIRA. ¿Si vendrán más caballeros
abates?
VALDÉS. Señora, ¿tantos
habéis convidado?
PEREIRA. A todos
les ha llevado el muchacho
cédula impresa *ante diem;*
decir quiero á todos cuantos
andan por la corte, fuera
de los que están colocados
en dignidades y empleos
ó sujetos al vicario,
que ésos son gente muy seria
y en ésos razón no alcanzo
para venir, ni en mí hay
razón para convidarlos.
ALFONSO. ¿Conque vos sólo buscais
abates desordenados?
PEREIRA. No; que antes es muy en orden
mi convite, y es el caso...

(Campanilla.)

Mas ¿Juanito? ¿quién llamó?

(Sale AMBROSIO.)

AMBROSIO. Ya entra, señora, mi amo.

(Sale CORONADO.)

CORONADO. Buenas noches... (¿Por á donde
entró esta nube de grajos?)
PEREIRA. Mi marido.
LOS OCHO. Caballero... *(Levántanse.)*
CORONADO No hay para qué incomodaros,
puesto que con mi mujer
estais tan acomodados.
PEREIRA. Me alegro que hayas venido.
Siéntate un poco, y en tanto,
Juanito, ve á la cocina,
y prevenles que cuidado
con que esté todo en su punto
y los pavos bien asados.

(1) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-15[illegible]-42. Autógrafo de 1770 y otro manuscrito con las aprobaciones y licencias que se estampan al final.

CORONADO. ¡Mujer!: ¿tú te has vuelto loca?
¡Noche de colación, pavos!
PEREIRA. ¿No ves la gente que tengo?
Es preciso agasajarlos.
AMBROSIO. ¿Qué va que la Nochebuena
se nos vuelve Viernes Santo? (*Vase.*)
CORONADO. ¿Conque tienes todos estos
señores por convidados?
PEREIRA. Hay, y para más que vengan.
CORONADO. ¡Jesús, Jesús!
PEREIRA. Pues, ¿de cuándo
acá te santiguas tú?
CORONADO. Siempre que te tienta el diablo
Cojuelo.
ALFONSO. Yo no la tiento;
no soy hombre de esos tratos.
CORONADO. ¿Quién se mete con usted?
PEREIRA. Caballero, sosegaos.
¿Son acaso los convites
en ciertos días del año
extraños en casa?
CORONADO. No;
y que convides no extraño,
ni tampoco extrañaría
tuvieses por convidados
los pastores y pastoras
de Belén, el buey, el asno,
y los negros y camellos
del tren de los reyes magos;
pero, ¿abates? ¿Quién ha visto
numen más extraordinario?
VALDÉS. Si el pariente se disgusta,
señora, yo...
PEREIRA. No; yo salgo
por fiadora, porque sé
que él es discreto y bizarro,
y al instante aplaudirá
mi razón y se hará cargo.
CORONADO. Eso tengo yo. En habiendo
razón, al punto me aplano.
PEREIRA. Siéntate, y verás qué breve
de confusiones os saco.
CORONADO. Si por eso sólo callas,
habla, que ya estoy sentado.
PEREIRA. Ya sabéis que la mujer
todo es manías.
CORONADO. ¡Mal año
si lo sabemos algunos!
PEREIRA. Unas gustan de gazpacho,
otras de almendrucos, otras
de yeso y otras de barro.
CORONADO. No seas machaca; y tú gustas
de abates de contrabando:
adelante.
PEREIRA. No gustaba;
y solamente al mirarlos
objeto de las matracas
de visitas y teatros,
me hizo reparar en ellos;
poco á poco este reparo
fué pasando á inclinación.
CORONADO. Y qué, ¿al fin te has inclinado?
PEREIRA. Sí.
CORONADO. Pues vuelve á enderezarte,
no resbales y caigamos.
PEREIRA. Mas ¿quién no se ha de inclinar?
Porque, amigo, vamos claros.
Ya que es preciso tener
con quien conversar un rato
(que pariente á todas horas
ni está en uso ni es del caso),
¿á quién mejor, ni de quién
mejor se puede echar mano?
Es querer á petimetres
lo propio que dar un cuarto
al pregonero porque
ponga en venta los recatos.
Un hombre serio y sesudo
que una coloque á su lado,
es capaz de aventurarle
por un polvo de tabaco.
A estudiantes y golillas,
de cincuenta años abajo
ninguna admite sino en
un lance desesperado.
Servirse de un oficial,
eso todas confesamos
que es el *non plus ultra;* pero
por más que estén bien hallados
ellos y mejor nosotras,
tiene este empleo de malo
lo que los corregimientos:
que vacan cada tres años.
CORONADO. O cada tres días; eso
es según los calendarios.
PEREIRA. Los señores de oficinas,
con el correo, el extracto,
el jefe, la papelera,
la consulta, los despachos,
la minuta, la razón,
el informe, los legajos,
en todas partes están
distraídos, no tratando
de expedientes por arriba
y expedientes por abajo.
Los señores; los señores
solamente son los que hallo
en toda la sociedad
libres por desocupados,
hábiles por sus ingenios,
por su idea cortesanos,
de la modestia vestidos,
del traje condecorados
de militar, con su capa
y sin espadín, que es cuanto
podemos apetecer
las mujeres; pues en caso
que por bucle más ó menos

haya un lance en un estrado,
nos dejan el escozor
de que van desafiados;
y entre gente de paz viven
los placeres y el descanso.
Y así, desde hoy, de la clase
protectora me declaro,
y desde esta noche quedan
mis tertuliantes jurados.

VALDÉS. Y no sólo juraremos,
señora, sino votamos
el erigiros alcázar
como á deidad del milagro,
donde las capas colguemos
por permanente holocausto.

CORONADO. Y yo seré el sacristán
de ese templo, con el cargo
de sacudir á las capas
el polvo de cuando en cuando.

PEREIRA. ¿Qué te parece la idea,
hijo?

CORONADO. Digo que es un pasmo.

PEREIRA. ¿Conque en fin la apruebas?

CORONADO. Mucho,
y de modo que, tomando
tu ejemplo de caridad,
por otro desamparado
gremio, también perseguido
de los orgullos humanos,
declaro mi protección.

PEREIRA. Pero ¿cuál es?

CORONADO. Voy volando
á ponértele á la vista.

PEREIRA. ¿Y cómo...?

CORONADO. Breve los traigo;
verás que función tenemos
y qué alegres que cenamos. (*Vase.*)

ALFONSO. Como no vaya á traer
dos patrullas de soldados...
Juguemos limpio.

CABALL. Señora,
nosotros sólo aspiramos
al obsequio, sin perjuicio.

PEREIRA. No tenéis que recelaros
de nada; yo sé su humor,
y esto es que le ha chocado
la especie.

ALFONSO. Como no choque
él con la especie, me allano.

(*Sale* AMBROSIO.)

AMBROSIO. ¿Señora?

PEREIRA. ¿Qué quieres, Juan?

AMBROSIO. Que ahi afuera está el cuñado
y la hermana de Teodora;
porque ella los ha enviado
á llamar á toda prisa
esta tarde.

PEREIRA. Yo no alcanzo
para qué, sino es que sea,
como tiene que hacer algo
hoy más, para que la ayuden.
Diles que entren.

AMBROSIO. Marigallo,
Blas Patín: entren ustedes.

(*Salen, de payos, la señora* GUZMANA *y* NAVAS.)

NAVAS. ¡Por siempre sea *alabao*
lo más *dino* de alabar!

GUZMANA. ¡Válgame Dios qué aparato
y cuántas visitas! Yo,
como soy, que me he *cortao*.

NAVAS. Señor paje: ¿qué son éstos,
religiosos ó ermitaños?

GUZMANA. Estos son músicos, hombre;
¿no te acuerdas los que hogaño
llevaron los mayordomos
del Señor?

NAVAS. Sí, sí, ya caigo;
por más señas que una tarde
les cogió una agua en el campo,
y aunque llevaba cada uno
su capa, no se embozaron.

GUZMANA. Ya verás qué *villancitos*
que nos cantan en cenando.

PEREIRA. ¿Qué buena venida es ésta,
amigos?

GUZMANA. Haga usted caso
que no sabemos por qué.
Hoy de mañana llegamos
á traer unos bollitos
á mi primo el boticario,
y ha ido el comprador de parte
de Teodora á que vengamos
luego por ella.

PEREIRA. ¿Pascasio?

(*Sale* JUAN ESTEBAN.)

J. EST. *¿Siñora?*

PEREIRA. ¿Quién te ha mandado,
cuando yo nada te he dicho,
que avisases los hermanos
de la doncella?

J. EST. Ella propia;
y diome *pur* el *mandadu*
bien de merendar.

PEREIRA. ¡Teodora!

GR. (*dentro.*) ¿Señora?

PEREIRA. ¿Qué es esto?

(*Sale, con basquiña y mantilla y un lío, la señora* GRANADINA.)

GRANAD. ¡Claro!:
que se quede usted con Dios,
y *salú*, que yo me marcho
esta noche, y otro día
volveré por mi salario.

PEREIRA. Esta no es hora de irte.

GRANAD. En yendo con mis hermanos,
voy muy bien á todas horas.

PEREIRA. Pero, á los menos, sepamos
los motivos.

GRANAD. ¿Los motivos?
Mire usté que si desato
la maldita, cantaré
con más gracia que un canario.

PEREIRA. Pues canta.

GUZMANA. Canta, mujer;
á ver qué has *aprovechao*
en tres años de *Madril.*

NAVAS. Sentémonos mientras tanto,
Marica, porque ya sabes
que yo me duermo en cantando

GRANAD. Hasta otro día.

PEREIRA. Eso no,
que también, si yo me enfado,
sabré ponerte en razón.

GRANAD. Por encima del zancajo
me sobra á mí. ¿Piensa usted
que mis padres me criaron
para que yo me estuviera
en la cocina guisando
tres días para cebar
abates? ¡Voto va al diablo;
que si alzaran la cabeza
y llegaran á mirarlo!...

PEREIRA. ¡Mujer, mujer; poco á poco!

VALDÉS. Esto es mucho.

ALFONSO. Es demasiado;
y á no ver...

PEREIRA. Ustedes dejen
la cuchillada á mi cargo,
pues no ignoran que en mí tienen
el escudo declarado.

VALDÉS. Y escudo, más que el de Aquiles,
fuerte para los troyanos.

PEREIRA. ¡Qué lindo punto de historia
y qué bien aprovechado!
¡Ah, vulgo, qué mal repartes
los premios y los aplausos!

GRANAD. ¿Manda usté otra cosa?

PEREIRA. Aguarda;
deja que venga tu amo
y se tome providencia.

GUZMANA. Señora vamos despacio;
que, aunque *probes*, á Dios gra-
descendemos de cristianos [cias,
viejos y limpios de tal
casta de abates, y á tanto
apretar, tampoco es mucho
que Teodora haya saltado.

NAVAS. Ni tampoco en mi linaje,
aunque ha habido altos y bajos,
pícaros y hombres de bien,
ricos y descamisados,
no hay ejemplar de que hubiese
abate bueno ni malo.

ALFONSO. ¿Habrá mayor desvergüenza?

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Poquito á poco y á un lado,
que llegan mis convidadas.
¡Esta es entrada de garbo!

(*Salen las ocho señoras restantes, de majas, con panderos, castañuelas, etc., cantando y bailando en corro.*)

(*Seguidillas.*)

«Valen más de mi majo
las claridades,
que todos los latines
de un estudiante.
¡Vaya de fiesta,
que no todas las noches
son noches buenas!»

PEREIRA. ¡Hombre!: ¿qué es ésto! ¿te has
el juicio? [vuelto

CORONADO. Vamos callando,
como yo callé *endenantes.*
Usted siéntese en el banco
de la paciencia que tuve,
y téngala mientras tanto
que yo á usté y á estas muchachas
mis intenciones declaro.

SEGURA. Digo, señor don Usía:
cuenta que no sea el fandango
y la cena á que venimos
broma.

CORONADO. Yo sé cómo he dado
mi palabra. Caballeros,
ustedes ya estarán hartos
de asiento.

LOS OCHO. Aquí los tenéis.

CORONADO. Muchachas, arrellanaos,
y nadie me chiste, mientras
yo cuatro palabras hablo.

NAVAS. ¿Antes de los *villancitos*
hay sermón?

GUZMANA. Calla.

NAVAS. Ya callo.

CORONADO. Pues, señores, como digo
de mi cuento, contemplando
que también las majas son
gremio casi abandonado
de todas las gentes de
primero y segundo rango,
reparé, y luego pasó
á inclinación el reparo.
»Mas ¿quién no se ha de inclinar?
»Porque, amiga vamos claros.
»Ya que es preciso tener
»con quien conversar un rato
»(porque esto de la olla todos
»los días, amarga el caldo)
»¿á quién mejor. ni de quién
»mejor se debe echar mano?»
Las grandes señoras viven
en solio tan elevado,

que ni aun con el pensamiento
se puede subir tan alto.
Las medianas, que tal vez
nos miran con ojos gratos,
sólo admiten un cortejo
cuando quieren un esclavo.
Las damas de poco pelo
desean cubrirse el casco
cuanto antes, y al que pillan
suelen dejarle pelado.
Las majas, las majas son
lo bueno y lo más barato,
y almas tan agradecidas,
que estiman más un sopapo
de un amigo que vosotras
un coche con seis caballos.
Y así, de todo el real gremio
por padrino me declaro
desde esta noche, y mañana
se publicará en el barrio.

PEREIRA. ¡Qué gusto tan exquisito!

CORONADO. Mujer, hay gustos extraños;
á ti te gusta lo negro
y á mí me gusta lo blanco.

GUZMANA. Estos son como los bueyes
de casa, que están atados
con un mismo yugo, y tira
cada uno por su lado.

NAVAS. ¿Sabes lo que hace aquí falta?
Nuestro mozo y nuestro carro;
éste para que trabajen
y aquél para enderezarlos.

SEGURA. Conque ¿á qué somos venidas?

CABALL. Nosotros os estimamos,
señora, tantas finezas;
mas ya véis lo desairado
que está aquí nuestro carácter
entre la gente del bajo
pueblo.

MORALES. Escuche usted, compadre:
¿quiere usted decirme cuántos
escalones sube usted
cuando vuelve á su palacio?

GUZMANA. Bastantes puede subir
si vive en un quinto alto
de la plaza.

LOS OCHO. En fin, señora...

PEREIRA. No hay en fin, sino volvamos
al principio: yo convido

CORONADO. Yo también he convidado,
y así, pues son dos las mesas,
mejor es las dividamos,
y que cumpla cada uno
con sus huéspedes.

PEREIRA. Me allano.

GRANAD. Y yo también á quedarme
para servir á mi amo
y á usté; pero á los abates
no he de alcanzarles un plato.

AMBROSIO. Ni yo tampoco.

J. EST. Ni *you*
serviréles por San *Pabro;*
los *menus* que yo he servido
han sido beneficiados.

CORONADO. Señores, valga la flema:
¿no será mejor que hagamos
una concordia entre abates
y majas?

PEREIRA. Son tan urbanos
estos señores, que yo
por fiadora de ellos salgo.

CORONADO. Pues destotras yo respondo.

PEREIRA. Para divertirse un rato,
convengan ustedes. (*Ap. á ellos.*)

CORON. (*Idem.*) ¡Chicas,
hacerles tragar esparto,
y á ellos!

NAVAS. Aunque no cene,
Marica, de aquí no salgo.

GUZMANA. Más vale esto que la loa
que hizo el *sancristán* hogaño.

CORONADO. Chico, ve por tu violín
al instante, y entre tanto
que los bártulos se ponen
en solfa, vamos bailando.

ALFONSO. Nosotros bailamos á
la francesa, ó no bailamos.

PORTUG. Nosotras á la española;
pero ¡cómo lo bordamos!

ABATES. Vaya un minuet.

MAJAS. Seguidillas.

CORONADO. Nada; porque el primer acto
de la concordia ha de ser,
pues ocho á ocho los hallo,
bailar una contradanza.

RAMÓN. Yo la ensayaré de pasmo;
aunque temo que estas mozas
la embrollen á cada paso.

PORTUG. ¡Digo!: ¿qué está usted diciendo?
¿No ha visto usté en esos Caños
del Peral á mil usías
que por sólo remedarnos
el taconeo á compás
y el columpio resalado,
las más de las noches salen
sin caderas ni zapatos?

MÉNDEZ. ¿Bailaban así hasta que
nosotras se lo enseñamos?

RAMÓN. Yo soy el mejor testigo.

CORONADO. Pues vaya, toca, muchacho.

AMBROSIO. ¿Cuál toco?

RAMÓN. La Nochebuena.
¡Puestos, y tengan cuidado!

NAVAS. Mira, Marica, así van
los vencejos por verano.

(*Bailan contradanza nueva los diez y seis, y cuando parezca llaman á grandes golpes, y salen* NAVARRO, *de abate, y* JAIME, *de pillo.*)

CORONADO. Aguarda, ¿qué bulla es ésta?
J. EST. *¡Par Dios!*; un abate *ancianu*
y un pillo *mozu.*
CORONADO. ¿Qué quieren?
J. EST. *Díganlu ellus,* que se *entrarun.*
VALDÉS. ¿Qué es esto, señor mayor?
SEGURA. ¿A qué vienes aquí, Paco?
JAIME. ¡Chitico! Hable usté primero,
que yo estoy desocupado.
NAVARRO. Familia prostituída,
alumnos desalumbrados
del colegio de la tuna
disfrazada que fundaron
tantos ingenios agudos
para comer sin trabajo:
¿qué es ésto? ¿tan abatidos
vivís? ¿tan desesperados,
que desde los tocadores
descendéis al estropajo?
¿Es esta la gravedad,
el entono, el gesto, el raro
mérito de introducirse
donde hay provecho y descanso,
que en tantas constituciones
nuestros padres enseñaron
desde la primera edad?
¿Qué dijeran, á mirarlo,
aquellos abates godos
que, animosos, desterraron
de España las medias lunas
á sátiras y á capazos?
Para obsequiar los rodetes
en las chozas, en los patios
y las guardillas ¿se hicieron
los *turés* tan elevados,
los uniformes tan serios,
tan elegantes los cabos?
¡Ah, hombres ciegos! Volved
sobre vosotros y vamos
donde, junta la asamblea,
degrade al autor de tanto
crimen; y á los demás todos
que no diesen sus descargos
legítimos, se les prive
del oficio por cuatro años.
CORONADO. Ese es premio, que se ahorran
muchos pares de zapatos.
JAIME. ¿Acabó usté?
NAVARRO. Sí, señor.
JAIME. Pues oiga usté otro retazo
de reconvención.
PEREIRA. Marido,
¿y tú estás tan sosegado?
CORONADO. Calla, mujer, que en mi vida
he tenido mejor rato.
JAIME Majas sin pundonor; majas
ruines; familia del diablo,
que con nada estáis contentas
y de todos hacéis ascos;
borrón de nuestros linajes
y tachón de nuestro barrio,
¿qué es esto? ¿á tan grande extremo
la libertad ha llegado
que os andais con los abates
en meriendas y saraos?
¿Es esto vergüenza? ¿Es esta
la crianza que os han dado
aquellas célebres madres
nuestras que están celebrando
todavía las historias
de las plazuelas y el Rastro?—
Compadre, enciéndame usté esa
punta para en acabando.
¡Malditas! Venid acá:
hasta ahora, ¿qué os ha faltado
con nosotros? Poco pan,
pero ese bien sazonado;
poca ropa, pero limpia;
poca casa, por ahorraros
el barrer; pocas pesetas
que gastar, y muchos palos.
Pues ¿qué queréis? ¿Queréis coche?
¿Queréis llevar arrastrando
media bata y media puesta?
¿Queréis llevar garabatos
de piedras? ¿Queréis reloj?
¡Pues á fe que habéis llegado
á buen puerto, á los abates
de infantería, que cuanto
tienen lo gastan en polvos,
en cepillos y zapatos.
Pase por ésta; dispongan
de sus conciencias, y vamos
á donde la cofradía
se junte y se vote el caso,
con la formalidad que
nosotros acostumbramos.
Dije. Hágame usté favor
de dejarme echar dos tragos.
MAJAS. Por vosotros...
ABATES. Por vosotras...
NAVARRO. Vengan detrás de mí. (*Serio.*)
LOS OCHO. Vamos (*Vanse.*)
JAIME. Vayan todas por *delante.*
LAS OCHO. Como tú dispongas. Paco.
NAVAS. Ahora sé yo que estas gentes
tienen también noviciado.
CORONADO. Mujer, tú quedas airosa.
PEREIRA. Tú quedas más desairado.
GUZMANA. Y ellos se van en ayunas.
(*Sale* GRANADINA.)
GRANAD. ¡Ay, señores; que los gatos,
mientras hubo aquí esta broma
y estuvimos escuchando,
han dado tras de la cena;
toda la han despilfarrado;
han dejado caer las fuentes
y han vertido los guisados.

CORONADO. ¿Conque no habrá qué cenar?

PEREIRA. Así como así, ayunamos.

CORONADO. ¡Que á mí me suceda esto!

NAVAS. No nos suceda otro tanto
á los dos. Vamos, María,
en casa del boticario.

GUZMANA. Sí, que ensalada, á lo menos,
allí no puede faltarnos.

PEREIRA. Aguárdense, que ensaladas,
turrón, dulces y cascajos
no faltan, ni buenos vinos.

CORONADO. Y báilese, mientras tanto
que se dispone otra cosa
para divertir el chasco.

PEREIRA. ¡Pobres abates, sin duda
los hizo Dios desgraciados;
pero reciban mi buena
voluntad!

CORONADO. De eso yo salgo
por fiador, porque no hay gente
que dé en Madrid mejor pago.

GRANAD. Pues vaya de tonadilla
de gusto, para aguinaldo
de los que nos favorecen

TODOS. con la piedad y el aplauso (1).

108

Los payos críticos.

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE PONCE.

1770 (2)

(*Será la escena plaza de villaje.—Salen, de alcaldes* MERINO *y* CARRETERO; CALLE, *de escribano, y* ORDÓÑEZ *y el* POLONIO (*Codina*), *de alguaciles.*)

MERINO. En el rollo y en la puerta
de la casa de concejo
fija el cartel, escribano;
y teman todos los tercos
el rigor de mi justicia.

CARRET. ¡Vaya, que es un lance nuevo
echar bando los alcaldes,
para que inquieten el pueblo
los vecinos!

MERINO. ¡Ahí veréis
qué tales son ellas y ellos!
Todos los años nos suelen
dar que hacer, por este tiempo,
alborotando el lugar
con bromas, bailes y enredos;
y este año, que se lo pido,
se lo mando y se lo ruego,
porque tengan diversión
alguna los forasteros,
pues los más son distinguidas
gentes de forma y provecho,
á quien quiero complacer,
se están en sus casas quietos
y no suena una guitarra,
ni se enarbola un pandero,
ni se oye una seguidilla.

CARRET. En una historia me acuerdo
haber leído otra historia
lo propio, aunque no es lo mesmo.

MERINO. Yo les haré que obedezcan.

CARRET. ¡Vaya, vaya, que está bueno;
los diantres son estos payos!

CALLE. Ya están los carteles puestos.

MERINO. Pues vamos á poner otro
en el pilar del crucero
del camino de las huertas.

CARRET. No estaría otro mal puesto
en el pilón donde llevan
á refrescar los jumentos.

MERINO. Bien dicho.

CARRET. Yo no hablo mucho,
pero siempre bien y á tiempo.

MERINO. Resolución y constancia,
y si el caso llega, apremio.

CARRET. ¿Para que bailen?

MERINO. Sin duda.

CARRET. ¡Vaya, vaya, que está bueno
hacerles bailar por fuerza!
¿Y si están acaso enfermos?

MERINO. ¡Cuántos se curan bailando!
Seguid: vamos, compañeros.

(*Vanse de prisa, y por el otro lado salen* CHINICA, ESPEJO *y* CAMPANO, *de payos, recatándose; y sin hablar palabra se ponen á leer el cartel de la puerta; y luego salen las señoras* IGNACIA *y* JOAQUINA, *igualmente de payas, y sobresaltadas.*)

JOAQUINA. ¿No has reparado, *Todosia*,
qué novedades tendremos,
que anda toda la justicia
de aquí para allí corriendo?

IGNACIA. Los asuntos que se tratan

---

(1) A continuación van las aprobaciones y licencias, en esta forma:

«Visto. (Rúbrica.).

He leído el sainete intitulado *La Nochebuena en ayunas*, su autor D. Ramón de la Cruz, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 20 de diciembre de 1770.—*Dr. D. Francisco de la Fuente.*

Nos el Dr. D. Manuel Fernández de Torres, Inquisidor ordinario y vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc. Damos licencia para que en los coliseos de comedias de esta corte se pueda representar el sainete antecedente, intitulado *La Nochebuena en ayunas*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y que no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dado en Madrid á veinte de diciembre de 1770.—*Dr. Torres.*—Por su mandado, *Martín Antonio de Zornoza.*

Madrid 20 de diciembre de 1770.—Pase al censor para su examen y reconocimiento, y con lo que dijere tráigase.—*Delgado.*

Señor: He leído el sainete intitulado *La Nochebuena*, etc., y me parece digno de que usía permita su representación, salvo, etc.—Madrid y diciembre 23 de 1770.—*Ignacio López de Ayala.*

Madrid 23 de diciembre de 1770.—Ejecútese.—*Delgado,*
Madrid diciembre 23 de 1770.—Visto. *Cuéllar.*»

(2) *Inedito.* Bib. Municip.: leg. 1-168-9. Autógrafo de 1770.

en la sala de concejos,
¿quién los puede averiguar?
Siempre será, por lo menos,
un caso grande.

JOAQUINA. Yo diera
una mano por saberlo.

IGNACIA. ¿La mano? No diera yo
ni la mano del mortero.

JOAQUINA. Aguarda; que allí está Roque,
Lipillo y el tío Coleto,
que lo sabrán.

IGNACIA. De por fuerza
lo sabrán, si están leyendo
lo que ha puesto la justicia
escrito en aquel letrero.

JOAQUINA. Pues vamos á preguntar.

IGNACIA. Sí; mas llega tú primero,
que eres casada: y si acaso
repara alguien que yo llego,
quizá lo murmuraría,
ó tendría el mal pensamiento
de que ando yo en malos pasos.

JOAQUINA Eso fuera en otro tiempo;
pero ahora ya, ¿quién repara
en las palabras ni gestos,
habiendo tantos que pasan
adelante por los hechos?

IGNACIA. A mí me dijo mi abuela
que me retirase en viendo
algún hombre.

JOAQUINA. A mí me dijo
también mi madre lo mesmo;
pero, á fé, que si jamás
tratado hubiera con ellos,
me estaría como tú,
siempre soltera de miedo.

(*Vuelve* CHINICA *la cabeza y viéndolas las llama*)

CHINICA. *Muchichas*, venid acá,
que estamos en un aprieto.

JOAQUINA. Hazte cuenta que nosotras
también en otro nos vemos.

ESPEJO. Catorce *ringlones* hay
escritos; con que algo es ello.

CHINICA. Vaya, decid: ¿qué os aprieta?

IGNACIA. Nosotras os lo diremos
después

JOAQUINA. No; mejor será
que ellos nos digan primero
qué dice aquel pegadillo.

CHINICA. Si nosotros no sabemos
leer.

ESPEJO. Tú eres quien no lo sabes;
que yo, mal ó bien, entiendo
que la redondita es *o*,
y aquella del rabo tieso
hacia abajo es *p* ú es *q*.

JOAQUINA. ¡Bravos mozos sois, por cierto!

CHINICA. Yo en mis niñeces sabía
escribir y contar; pero
lo que es leer, jamás pudo
embocármelo el maestro.

ESPEJO. Yo sé contar grandemente,
y más como sea dinero
ó chismes.

CHINICA. En ese caso
aquí están éstas, y apuesto
cuatro reales contra dos.

(*Salen, corriendo, las señoras* POLONIA *y* BLANCO, *con* SIMON *y* CALLEJO, *igualmente de payos.*)

SIMÓN. ¿Qué hacéis aquí, majaderos,
parados? ¿No veis que está
la justicia hecha un veneno
contra todos los vecinos,
y que anda reconociendo
las casas, por si en alguna
oye fandango ó festejo,
para hacer una sonada?

JOAQUINA. Y ¿sabes tú por qué es éso?

SIMÓN. Allí lo dice bien claro.

ESPEJO. Si *naide* sabe leerlo
de nosotros, que lo diga
claro ó turbio, ¿qué tenemos?

IGNACIA. Este que sabe leer
lo dirá.

POLONIA. Ya le sabemos
todas cuatro de memoria.

TODOS. ¿Y qué dice?

SIMÓN. Que, adviertiendo
la justicia que esta Pascua
estudiados no tenemos
ni *tragerias*, ni entremeses,
ni gansos, ni gallo muerto,
soldadesca ú otra fiesta,
y que ni salir queremos
á hacer bailes en la plaza,
para que los forasteros
adviertan que Leganés,
cuando dispone un festejo,
suele quedar bien ó mal,
según lo da de sí el tiempo,
manda la justicia (aquí
entra lo peor del cuento)
que salga todo vecino,
bien lavado de pescuezo,
cara y manos, con la ropa
mejor que tenga y en cuerpo;
y del mismo consiguiente,
todas las vecinas (menos
lo de lavarse la cara,
que eso ya saben hacerlo
sin que se lo mande) luego
á formar baile en la plaza;
pena, lo contrario haciendo,
de pérdida de guitarras,
castañuelas y panderos,
de tiples y de bandurrias,

ó cualquier otro instrumento
que sirva de hacer el son,
que se pondrán en secuestro,
con toda custodia, en
nuestras casas de concejo,
hasta que, visto en justicia,
proceda el Ayuntamiento
á sentenciar como más
haya lugar en derecho.

CHINICA. ¿Así dice?

ESPEJO. Si hay catorce
ringlones en el letrero,
por fuerza ha de decir mucho.

JOAQUINA. ¿Y qué os parece que haremos?

IGNACIA. Mi voto es que no se baile,
aunque pierda mi pandero.

POLONIA. Yo también perderé el mío
porque no lleguen á vernos
bailar esos fantasmones
de la corte; que, en oyendo
gente de lugar, parece
tienen algún privilegio
para tratarlos de tú,
aunque sean mejores que ellos,
y para burlar sus obras,
palabras y pensamientos.

CAMPANO. ¡Cata, lo del ruin de Roma!

JOAQUINA. Allí vienen, con efecto.

CHINICA. Figuras más *ridicúlas*
no se han visto en muchos tiempos.

IGNACIA. Vámonos, antes que lleguen.

CALLEJO. ¿Cómo es irse? Cepos quedos.
Pongámonos aquí á un lado
á observarles y callemos,
y vedlos de arriba abajo.

TODOS. ¿Para qué?

CALLEJO. Yo acá me entiendo,
y después os lo diré;
pues como yo voy y vengo
á Madrid todos los días,
á vender verdura, veo
y sé cosas... Pero ahora
más valdrá que lo dejemos;
y si llega la justicia
y prosigue en el intento
de que hagamos fiesta ó baile,
dejadme la voz del pueblo
á mí solo, y repetid
lo que yo vaya diciendo
todos, y veréis qué risa.

TODOS. ¿Pues qué piensas hacer?

CALLEJO. Eso
después lo veréis; ahora
lo mejor es que callemos.

CHINICA. Yo en diciéndolo Ropillos,
á cierra ojos me *entriego;*
pues que para hacer diabluras
no le hay mejor en el pueblo.

ESPEJO. Pues aun era más su padre:
una vez inventó un juego
que nos tiznábamos todos
con hollín... Cuando me acuerdo,
¡cómo me río! ¡Mas, ay,
y qué vueltas dan los tiempos!

(*Se apartan á un lado; y saten, de petimetras, ta* FIGUERAS, *con una escofieta disforme; la* MAYORA, *con un ahuecador muy grande, y la* PALOMERA, *muy escurrida, con un peinado muy alto haciendo muchos dengues; servidas la primera de* EUSEBIO, *petimetre, con el espadín muy atto, una coleta muy larga y gorda y un sombrerico diminuto; ta segunda con* GALVÁN, *que hará un petimetre muy lánguido, con chupita muy corta y corbatín muy ancho, y la tercera,* PONCE, *de petimetre, con un peinado disforme; en lo atto una gran talega, de que salgan al pescuezo dos cintos como dos colitas de manto, y detrás de esta tropa saldrá la* LADVENANA, *con* JUAN MANUEL, *ambos de majos crudos, con pipas en las bocas, y él con la guitarra debajo del brazo. Los payos se miran unos á otros, se ríen con disimulo, y* CALLEJO *señala á cada uno la figura que debe de observar, conforme la imitación que debe hacer después.*)

FIGUERAS. ¿Ha visto usted, don Simplicio,
otro lugar más desierto
ni más frío?

EUSEBIO. Ciertamente,
que es cosa que aturde el seso:
todo es una secatura.

FIGUERAS. Los vecinos de este pueblo
deben de ser jabalíes
y retirarse á los cerros
en viendo gentes.

EUSEBIO. Mejor
comparación es paletos,
con su licencia de usted.

CHINICA. ¿No oís lo que va diciendo
el de la colaza grande
y el sombrerito pequeño?

CALLEJO. Calla.

MAYORA. ¡Jesús, qué lugar!
Si dos días me detengo
en él, me da una *tiricia*

GALVÁN. Sería eclipsarse el cielo,
y á tan extraño meteoro
consternarse el universo.

CHINICA. ¿Qué ha dicho aquél?

ESPEJO. Yo no sé.

SIMÓN. Yo tampoco; pero apuesto
á que es un gran disparate.

JOAQUINA. Desde el *tubillo* al garguero
tiene dos varas y media.

PALOM. Me parece, don Tadeo,
que hace aire.

PONCE. No, señora;
es un poquillo de viento,
una aura dulce, que, por
adular tus ojos bellos,
los átomos de la esfera
forman bajando y subiendo.

CHINICA. ¿Para qué es aquel costal

que trae atado al pescuezo?

CALLEJO. Para llevar la conciencia;
que todos ú los más de éstos
suelen llevarla á costilla.

ESPEJO Señal que es muy grande el peso.

LADV. ¿Qué te parece, Felipe?
Si se pusiera este gremio
de huecas y de escurridas,
de fantasmas y muñecos,
de venta en las covachuelas,
¿estarían mucho tiempo
sin vender?

J. MAN. Calla, no te oigan.

LADV. Si me oyen, ellas de miedo
de que no las descompongan
todo lo que traen de bueno,
que es lo que se ve por fuera,
se han de postrar en el suelo
y besarme las dos manos;
y si ac so me oyen ellos,
porque de un sornavirón
no les descomponga el pelo,
los arrugue el corbatín
ó les derribe el sombrero,
me pedirán más perdones
que tienes tú de cabellos.

JOAQUINA. Las que á mí no me disgustan,
son estas gentes de trueno,
porque son más naturales.

ESPEJO. Pues yo me enfado de verlas:
y también gastan sus humos,
con diferencias de aquéllos,
que éstos lo echan por la boca,
y esotros, como van tiesos,
yo no sé cómo ni cuándo,
se le sube hasta el cerebro,
y como los pobrecillos
dicen que le tienen hueco,
todo le ocupa, y les causa
tales desvanecimientos,
que andan á tontas y á locas
en el mundo, como ciegos,
estrellándose con todos
hasta que se estrellan ellos.

J. MAN. ¿Oyes?: ¿conoces á éstas?

LADV. Sí; pero no murmuremos;
cada uno es cada uno,
y tiene su alma en su cuerpo,
trata con aquel que quiere
ó que puede; y pues no *semos*
tú y yo mujer y marido,
y nadie viene á ponernos
intervención en los pasos,
ni nos pregunta qué hacemos,
deja los demás vivir,
que si dan algún tropiezo
y caen, que se levanten
ó se queden en el suelo.

J. MAN. ¡Cómo te miran!

LADV. Verás
cómo las hago yo presto
poner los ojos en tierra
con desenvainar el ceño
y mirarlas de hito en hito;
por que éstas tienen un genio
que parece que se comen
todo el mundo; pero en viendo
esta natural frescura
con que nosotros solemos
ponernos en forma de arma
(*Columpiandose y mirándolas.*
para cualquiera solfeo,
les da un mal que de vergüenza
le callo y no te le cuento.

FIGUERAS. ¡Qué desvergüenza tan fina!

MAYORA. Déjala, mujer, no armemos
camorra.

EUSEBIO. Sí; lo mejor
es la paz en todos tiempos.

LADV. Felipe, saca ese mueble
y toca un rato el jopeo;
que parece que se acerca
la ocasión de que bailemos.
(*Siéntanse en un poyo, y él templa.*)

EUSEBIO. El cuento es que los alcaldes
tampoco, con el empeño
de armar el baile, parecen,
ni nos sacan los asientos
de otras tardes á la plaza.

(*Dentro* ESCRIBANO *y* ALGUACILES.)

DENTRO. Allí suena un instrumento,
señores alcaldes.

MERINO. Vamos
á ver quién toca, corriendo.

LOS PAYOS. ¡La justicia, la justicia!

CALLEJO. Todo el mundo se esté quieto,
y déjelo por mi cuenta.

(*Salen los de justicia.*)

MERINO. ¡Hola, señores! ¿qué es ésto?

FIGUERAS. Venir á ver el lugar
que tantas veces tenemos
ya visto, pues que la tarde
no es propia para paseo
del campo, ni hay diversiones.

MAYORA. ¡Jesús, y qué gana tengo
de que me envíen el coche!

PALOM. En cualquiera burro en pelo,
si mi marido no viene
por mí mañana, me meto
en Madrid esotro día.

PONCE. No lo haréis eso viviendo
yo, que, buscando algún mozo
del lugar, os llevaremos
á la silla de la reina
hasta el puente de Toledo.

EUSEBIO. Habiendo dicho villanos,

y que les ruegan, sabemos
lo que pueden dar de sí.

SIMÓN. ¿Qué apostais á que le pelo?

CALLEJO. ¡Calla!

MERINO. ¡Y qué tengan vergüenza,
mis órdenes resistiendo,
de ponérseme delante!

CHINICA. Señor alcalde: lo cierto
de resistirnos al baile
es que como no sabemos
aquellas encorvijadas
de que usan los madrileños
en los brazos y las piernas,
ni nos han dado tormento
todavía en los tobillos
para llevar los pies vueltos,
de modo que uno mire
al solano y otro al cierzo,
luego hacen burla las mozas
y nosotros nos corremos.

CALLEJO. Si supiéramos comedias,
eso era otra cosa; pero
una vez que sus mercedes
ya se empeñaron en ello,
en breve, si dan licencia,
yo con éstas y con éstos
dispondré una mojiganga.

MERINO. ¿Mojiganga? Será ello
propiamente.

FIGUERAS. Dad permiso;
por fin nos divertiremos
en algo.

MERINO. ¿Y en cuántos días
la dispondrás?

CALLEJO. Al momento;
que con los trastos de casa
yo en breve los aparejo
á todos.

CHINICA. Ve y apareja,
si quieres, á tu jumento,
que á mí hasta ahora ninguno
me aparejó.

ESPEJO. No seas necio,
y déjate gobernar,
que cuando ladran los perros
señal es que ven los bultos.

EUSEBIO. Vaya, que saquen asientos,
(*Sacan los cuales.*)
y vayan á disponerse
con tal de que vuelvan presto.

MERINO. De mala gana les doy
la licencia; porque temo
que han de hacer un disparate.

CARRET. Démosela, compañero;
que otros hacemos nosotros
y los disimulan ellos.

CALLEJO. El tren no será lucido;
pero te presentaremos
á lo vivo cierta historia
que todos la conocemos.

MERINO. ¡Ea! pues, id breve.

CALLEJO. Chicos,
seguidme todos corriendo.

TODOS. ¿Dónde vamos?

CALLEJO. A mi casa.

TODOS. ¿En qué parará este enredo?
(*Vanse.*)

MERINO. ¿Qué será con lo que salgan
después estos majaderos?

LADV. ¡Que se pongan á pensar
en mojigangas, habiendo
petimetres en el mundo!

PONCE. Prosiga usted, caballero,
y toque esa guitarrilla;
un rato nos holgaremos.

LADV. Digo, señores; si ustedes
querían divertimiento,
¿por qué no traen una orquesta
ó una cuadrilla de ciegos,
de Madrid? Canten ustedes,
que deben ser los primeros,
y luego iremos nosotros,
si es que estamos para ello.

FIGUERAS. Ver quién la acompañará;
que aquí en el corro tenemos
quien canta bien.

CARRET. (*Se levanta y llega.*) Pues, señora;
si para acompañamiento
puede servir un alcalde,
yo á guapo á nadie le cedo;
iré acompañando á usted
aunque sea á los Pirineos

MERINO. ¡Qué bobería! Venid,
que no estáis en el concepto.

CARRET. Pues ¿no hablan de acompañar?

LADV. Si basta aqueste instrumento,
sea tonada ó seguidillas,
Felipe es un poco diestro
y acompañará cualquiera.

PALOMERA. ¡Jesús! Yo ahora no me acuerdo
de nada.

LOS OTROS. ¡Vaya, Pepita!

MERINO. Señora, haced que gocemos
el canto del ruiseñor
una vez los que por nuestros
pecados estamos siempre
condenados á oir becerros,
cantos de gallo, rebuznos
y ladridos de podencos.

FIGUERAS. Vaya, hija, que estos señores
han estado muy atentos
con nosotros, y en alguna
cosa es razón complacerlos.

PALOMERA. Yo no sé si daré gusto;
pero veré si me acuerdo
de algunas seguidillitas.

LAS DOS. Sí te acordarás.

HOMBRES. Silencio.

Aquí son indispensables unas seguidillas de gusto, y «las remajas» de la Ladvenana, *que se acolarán después, para dar tiempo á que se prevengan los demás para la dicha mojiganga crítica con que ha de concluir este sainete y hacerle más divertido.)*

Todos. ¡Viva, viva!
Ponce. ¿Qué os parece?
Merino. ¡Amigo, esto es mucho cuento!
Carret. Bien canta; pero debiera
cantar un poco más recio,
y una cosa más alegre.
Merino. Eso, amigo, es no entenderlo:
la música *patetica*
es el primer embeleso
de todo el mundo.
Ladv. Conforme:
que está dividido el reino
en bandos sobre ese punto,
y hay mil votos en el pleito
á favor del cascabel
gordo, por lo que advirtieron
que los que, cuando se cantan
las arias, están durmiendo,
en oyendo seguidillas
se levantan del asiento.
Merino ¿A que á mí no me levantan?
Ladv. ¿No? Pues yo, sólo por verlo,
aunque tengo mala gana,
voy á echar unas al vuelo.
Unos. ¡Vaya norabuena!
Otros. ¡Vaya!
Ladv. Punto en la boca, ó lo dejo.

(Canta unas seguidillas breves y muy majas, y los Alcaldes *y* Petimetres *se levantan y la rodean.)*

Carret. Esto es cantar de manera
que se alegran alma y cuerpo.
Petimet. ¡Bravo aire de moza!
Figueras. ¿Habrá
semejante atrevimiento
ni desatención?
Mayora. Son locos.
Eusebio. Digo, señores, ¿qué hacemos?
que están solas las señoras.
Palomera. Dejadlos, por unos puercos.
Petimet. Perdonad la distracción.
Figueras. No se les ha echado menos.
Ladv. ¿Pues, qué?: ¿os habéis levantado,
señor alcalde?
Merino. Confieso
que soy de aquellos que llaman
hombres de mal gusto; pero
este son y el del fandango,
ningún rostro dejan serio.
Carret. Yo poco entiendo de sones,
mas éste retozonzuelo...

(Sale Ordóñez.*)*

Ordóñez. Señor alcalde: ya viene
la mogiganga, pidiendo
licencia de presentarse.
Merino. Di que venga con concierto,
de dos en dos, de manera
que no haya atropellamiento
ni confusión; y veamos
cuál es el más majadero.
Ordóñez. Bien está.
Figueras. Todos serán
iguales en lo discreto. *(Vanse.)*

(Sonando dentro el tambor, van saliendo poco á poco y á alas distantes las parejas. la Ignacia, *remedando á la* Mayora, *con un enjugador por ahuecador, con* Simón, *que imitará á* Galván; *la* Joaquina, *remedando la* Figueras *con una grande escofiela á la granadera, con* Campano *que imitará á* Eusebio; *la* Polonia, *que imitará á la* Nicolasa, *con* Chinica, *que imitará á* Ponce *en el peinado alto y talegón; la* Blanco, *que imitará á la* Ladvenana *con* Espejo. *que imitará á* Juan Manuel, *con muchos jubones de payo, unos sobre otros, su pipa, guitarra, y últimamente* Callejo, *de petimetra, con basquiña, buena mantilla de gasa, de modo que se transparente el jubón de color de rosa, y el pecho y espalda: la basquiña sobr ahuecador, y de modo que deje ver el zapato llano d color de rosa y cuatro dedos de canillas Saldrá pisand á la prusiana y á corto paso, suponiendo que ha de lle var trabas. Conforme van pasando se van levantand con gesto aquellos á quien imitan, y la justicia y los majos se ríen, etc)*

Ponce. ¡Esto es una desvergüenza;
porque es hacer un remedo
de todos nosotros!
Carret. ¡Vaya,
que todos salen muy buenos!
Ladv. ¡Buena maja hace la paya;
pero la falta salero!
Eusebio. ¡Esto es una infamia; vamos
á escarmentarlos!
Los otros. ¡A ellos!

(Empuñan, y los Alcaldes *los contienen.)*

Merino. Poca cólera, señores,
que este es un divertimiento
no más.
Ponce. ¡Es una osadía!
Chinica. ¿Qué? ¿le parece á usted feo?
Pues no está usted más bonito.
Figueras. ¿Y se ha de consentir ésto?
Joaquina. ¿No se les consiente á ustedes
que malgasten su dinero
en aquestos monterones?
Pues ¿por qué yo en cuatro pliego
de papel, también gastar
un par de cuartos no puedo?
Figueras. Eso es hacer burla.
Joaquina. Vaya
por la que ustedes han hecho
otros años de nosotros.
Ignacia Esto que yo traigo puesto
¿cómo decís qne se llama?
Simón. *Agüecador.*

IGNACIA. Y está bueno;
sólo que me lleva el aire
siempre que me bamboleo.
MAYORA. ¡Qué gracia y qué bien le sienta
al burro el dorado freno!
POLONIA. Lléveme usted despacito,
don Pajuncio, que me quiebro,
y como no llevo más
que un delgado zagalejo
de tafetán y la bata,
ni más abrigo en el cuerpo
que el corsé y la camisita,
voy fresca como un ivierno.
CHINICA. ¡Oh! pues vamos despacito;
que aunque es tan débil el viento,
para constipar usías
basta un soplo; y demás de esto,
no sea que el aire también
me desiguale algún pelo.
ESPEJO. ¡El diantre de los jubones
calientan que es un portento!
J. MAN. ¿Es usted de Maravillas
ú Lavapies, compañero?
ESPEJO. Yo soy... yo soy... Hombre, dime
(*A* CALLEJO.)
qué he de responder á ésto.
CALLEJO. *Agüeca* la voz y dile
que tú eres de los infiernos.
LADV. Respóndale usted, seo majo.
ESPEJO. Le responderé, si quiero,
en apurando la miel
que tiene la pipa dentro.
LADV. ¡Bravo, bravo!
ESPEJO. Eso de bravos,
por acá no los tenemos
tan de sobra como allá.
MERINO. ¡Digo y digo!: ¿y qué es aquello
que cierra la retaguardia?
CALLEJO. ¿Qué? Soy yo que me paseo
á la prusiana, con pasos
iguales, ni más ni menos.
FIGUERAS. Pues ¿llevas algún compás?
CALLEJO. Otra cosa mejor llevo,
y más de moda,
SEÑORAS. ¿Qué es?
CALLEJO. Trabas.
CARRET. ¿Como las de los jumentos?
CALLEJO. Con muy poca diferencia.
MERINO. Esta figura no apruebo;
porque es muy escandalosa,
y no es fácil que en un pueblo
cristiano se vean mujeres
enseñando cuatro dedos
de pierna y tan mal tapados,
que provocan más que en cuerpo.
CALLEJO. ¿No las hay? ¿Cómo que no?
Que lo diga el tío Coleto,
que á Madrid suele ir conmigo.
CARRET. Allí en la plaza las vemos
de sobra todos los días
á bandadas, y por cierto
que á veces vuelvo la cara
por no mirar lo que veo.
MERINO. Pues yo me acuerdo que cuando
estaba Madrid tan puerco,
todas andaban muy largas.
CHINICA. Vea usted el pastel descubierto.
Porque llevaban cascarrias
se tapaban; pero luego
que llevar las medias limpias
como una plata pudieron,
subió la ropa y bajó
la modestia hasta los suelos.
EUSEBIO. ¡Que ignorancia! Pues, ¿no van
todas las payas lo mesmo?
SIMÓN. Sí; ellas van de paso,
sin cuidado y sin aseo,
al campo á buscar cardillos,
ó á sus trabajos groseros
en el lugar; pero esotras,
llamando de los más cuerdos
la atención con el adorno,
van al Prado á buscar berros.
CARRET. (*Riyendo.*) ¡El demonio de los payos
críticos!
FIGUERAS. Ya están molestos;
y lo que yo extraño es que
consienta su atrevimiento
la justicia.
MERINO. La justicia
está muy de parte de ellos,
si no me engaño; además,
que otro delito no advierto
aquí que una imitación
de lo que aprender pudieron
de ustedes: y si esto es malo,
no será esotro muy bueno.
MAYORA. Vámonos de aquí, señoras;
que parece que á este pueblo
no ha llegado la crianza.
ESPEJO. Si es la que en ustedes vemos,
aunque no llegue jamás
poco importa.
(*Suenan dentro campanillas de coche de camino.*)
MERINO. ¿Qué es ésto?
CARRET. Algún carruaje que llega.
SIMÓN. A lo que desde aquí veo,
parece coche vacío
de camino.
EUSEBIO. ¡Santos cielos!
¿qué ventura nos le trae?
MAYORA. Ajustémosle corriendo
y metámonos en él.
GALVÁN. Sí, vámonos, que yo tengo
malas pulgas, y si dura
esto un rato más, me pierdo.
CHINICA. No se pierda usted en Madrid,
que acá pronto le hallaremos.

EUSEBIO. Ya he estado yo por sacar
tres veces la espada; pero
lo dejé por no irritarme.

PONCE. Por mí ha pasado lo mesmo;
pero es grande virtud la
templanza en los caballeros.

(Vuelven á sonar las campanillas del coche.)

CARRET. El coche pasa de largo
así que los caleseros
saludaron la taberna.

FIGUERAS. ¿Pues en qué nos detenemos?

PETIMET. Vamos, vamos, y no más
lugares ni lugareños.

(Se van los seis sin hacer caso de nadie, y los de justicia se quitan el sombrero, haciéndoles una irónica cortesía.)

MERINO. ¡Vayan ustedes con Dios,
que ya nos dejan impuestos
en la crianza de moda
que en Leganés echan menos!

LADV. Se han portado los paisanos,
señor alcalde, y protesto
que, si fuera mujer rica,
daba á todos un refresco.

J. MAN. Para darte á ti ese gusto,
aún traigo veintiún pesos
en la bolsa.

CHIN. *(Ap. los dos.)* Siete semos;
conque, á tres por barba.

ESPEJO. El cuento
es que ella le diga ahora
que los reparta.

MERINO. Celebro
que usted no se haya picado
de esa humorada.

LADV. Tenemos
más correa que estas damas,
que lo presumen sin serlo,
la gente vulgar, y, al fin,
vivimos con el consuelo
de que nuestra poca ropa
es del país y es del tiempo,
y de que nuestro caudal
no engorda los extranjeros

CARRET. ¡Qué viva este garbo!

MERINO. ¡Viva!
Y pues ya va anocheciendo,
quien bailar quisiere, á casa,
que no faltara refresco,
merienda y cuanto quisieren.

JOAQUINA. Todos rajas nos haremos,
y allá irán nuestras guitarras,
castañuelas y panderos,
pues no hay más de fuera que
los dos, y son de los nuestros.

LADV. ¡Viva esa cara mil años!

CHINICA. Allí se ha de echar el resto,
queridas mías; y antes
que de bailar nos cansemos,
se ha de cantar un juguete

LA QUE CANTA. Yo la primera me ofrezco
á entonar lo que pudiere.

MERINO. Pues no perdamos el tiempo,
y vamos al punto.

ESPEJO. Vamos,
pues no hay que detenernos
(Con todos.)
más que á suplicar, postrados,
el perdón de nuestros yerros.

109

El Rastro por la mañana.

SAINETE DE D. RAMÓN DE LA CRUZ.

1770 [1].

(Caerá el telón al fin de jornada, y al levantarse aparecerá la calle de cajones de fruteras cerrados, y en uno abierto, de tocino, estará, de maja cobradora, sentada en un banquillo ú silla chica, la señora LADVENANA, *y* JUAN MANUEL, *de mozo, con mandil; habrá tocino y salchichas imitadas, etc. La señora* POLONIA *estará con tren de callos; la señora* JUANA, *de verdulera, con abundancia, la* NICOLASA *se paseará con un canastillo de buñuelos sobre un paño blanco; la señora* MAYORA *estará sentada de panadera con serón á un lado, y tendrá pan y alguna rosca;* ESPEJO *detrás á la puerta de su tienda prendería, y mesita de aguardiente delante. Se verá la cruz del Rastro como va señalada, y junto á ella estará* CARRETERO *con prendas de hierro y algunas baratijas por el suelo; el* CHICO *se paseará de aguador.)*

CORO. «Pues el sol placentero
ya nos anuncia el día,
para que cuantos lleguen
nuestros afanes sirvan,
comerciantes del Rastro,
muy buenos días.

MAY. *(sola.)* ¡Mis ricos panes
llevad, galanes;
vamos, mocitas,
á mis rosquitas!

POLONIA. ¡Qué regalada,
qué resalada.
qué calentita
que está mi ollita!

(Esto en tono de pregón representando la orquesta.

JUANA. ¡A mis repollos!

NICOLASA. ¡Qué ricos bollos!

ESPEJO. ¡Al aguardiente!

CARRET. ¡Al hierro viejo!

(1) Bib. Municip.: leg. 1-169-1?. Copia antigua. Impreso por Durán: tomo I, pág. 164.

LADV. ¡Tocino añejo,
lomo y salchichas!
CORO. ¡Comerciantes del Rastro,
muy buenos días!»

(*Salen, de compradores, mozos de asistencia, con tres ó cuatro esportillos cada uno,* CHINICA *y* CAMPANO, *y* CALLEJO *de librea, con capa correspondiente y esportillo grande, y detrás de él* PEPITO, *de asturiano recién venido, con los brazos cruzados y cantando el mismo aire.*)

PEPE. «Pues ya *llegú* la hora
de cultivar la viña,
vusotrus con el *pesu*,
nusotrus con la sisa,
¡*compañerus* del *Rastru*,
muy buenos días!
TODOS. ¡Comerciantes del Rastro,
muy buenos días!»
CHINICA. Adiós, *Turibio*.
CALLEJO. Adiós, Juan.
CHINICA. ¿Hállaste, por Dios, tan *vieju*
que necesitas pajuncio?
CALLEJO. No, á fe mía, que aun me *atrevu*
á *llevantar* á *custilla*
en vilo el *palaciu nuevu*.
CHINICA. ¿Es tu pariente el rapaz?
CALLEJO. A *lu* cerca ú á *lu llejus*
el pariente, sí es pariente;
peru comu ha *tantu tiempu*
ya que *faltu*, *non* sé en qué
gradus está el *parentescu*.
Ayer me le ha *remitidu*
en una carta *dun Tellu*
Gil, *nuestru beneficiadu*;
y dice que el *rapazuelu*
es cosa propria, y le envía
para que se vaya *haciendu*
hombre y persona á mi *ladu*.
CAMPANO. Persona y hombre es lo *mesmu*.
CHINICA. *Non* tal; dice bien *Turibio*,
que á veces en *muchus cientus*
de hombres no hay una *ducena*
de *presonas* de *provechu*.
CAMPANO. ¡El diablo es este *Juanín!*
CALLEJO. ¡Oh! Juan siempre fué *discretu*,
y si él se hubiera *apricado*,
ya tuviera por lo *menus*
algún beneficio *simpre!*
CHINICA. Y ¿yo para que le *quieru?*
¿Puede haber un beneficio
más *simpre* que el que yo *tengu*
cun la compra, y sin maldita
ubrigación? Yu non rezu,
non me *rompu la mullera*
en estudiar, *non confiesu*,
digo misa, *nin predicu*,
y *cobru* siempre que *quieru*
por mi *manu llas* primicias,
dejandu aparte *llus diezmus*.
CALLEJO. Dice bien.
CAMPANO. Decir sí dice.
CALLEJO. *Pur* lo *propiu* te *encomiendu*
el rapaz.
CHINICA. *Llevanta el morru*,
hombre, que *nun* te le *vemus*.
¿Tienes madre?
PEPE. Sí.
CALLEJO. Señor
se dice, con gran *respetu*,
cuando son mayores en
edad, saber y *gubiernu*.
PEPE. *Siñor*, sí que *tengu* madre.
CHINICA. ¿Y padre?
PEPE. También le *tengu*,
según dicen, en la tierra;
mas yo *nun* le he visto el *pelu*.
CAMPANO. Estará sirviendo fuera.
CHINICA. ¿Qué *añus* tienes?
PEPE. *Non* me *acuerdu:*
quien bien lo sabe es el cura,
y púsolo en un *prucesu*
que traigo en el hato.
CHINICA. Bien.
A ver, hombre: da un paseo.
CALLEJO. *Nun* va mal.
CHINICA. La *pranta* es buena,
y puede ser con el *tiempu*,
si se *aprica*, un buen *lacayu;*
pero es menester *primeiru*
que sepa *cumprar baratu*
y *caru*, ¿estás?
CALLEJO. Ya *lu entiendu;*
baratu para él, y *caru*
para el *amu;* por *lu mesmu*
quiero que ande en pos de ti.
CHINICA. Yo á enseñarle bien me *atrevu*,
y *doite al Diabro*, *Turibiu*,
si *malditu* interés *quieru*;
¿pero cuánto me has de dar
cada mes?
CALLEJO. Nos *cumpundremus*.
¿Has *tumadu* el *chiculate?*
CHINICA. *Ainda non.*
CAMPANO. Aquí le hay *buenu*.
CALLEJO. Vaya, en amor y compaña.
ESPEJO. Y qué rico que le tengo
de Caracas.
CALLEJO. Juan, ¿qué quieres?
CHINICA. *Champurradu.*
ESPEJO. ¿Cuánto echo?
CALLEJO. *You pagu*, señor *Jusepe;*
refresquen todos sin *miedu*.

(*Se ponen á beber juntos el rosoli; y sale por un lado* MERINO, *de suizo, con calzones al brazo, un sombrero sobre el suyo y cajas de botones, polvos, cabo de sebo, etcétera; y por el otro, con un taleguito chico, de paje muy peinado,* CODINA, *y de capa.*)

MERINO. *Alon de butones forte*,
le cerrote pur el pelos

del tupé, le *bon chapó*
é le culot de pelleco.

CODINA. Deme usté un cuarteroncito
de tocino que sea bueno,
mitad magro mitad gordo
y sin cortezas ni huesos,
y despácheme prestito.

LADV. Manolo: destroza un cerdo
para dar dos pares de onzas
de pringue á este caballero.

J. MAN. Ahí va un cuarterón pesado.

CODINA. Este es rancio y está puerco.

LADV. Por *puerco* se vende.

CODINA. Si
no le hay mejor, no le llevo.

LADV. Ni tampoco es menester,
que con la mitad del sebo
que trae en el tupé tiene
para cocer un puchero
con ocho libras de nabos
y otras ocho de carnero.

CODINA. ¡Gentecilla!

JUANA. Comprador,
venga usted acá, que yo tengo
ricas coles.

CODINA. Yo no soy
comprador.

LADV. ¿Qué estás diciendo,
mujer? ¿no ves que es usía?

MERINO. *Voste ¿quisierra* un sombrero
á la gran moda?

CODINA. ¿Qué vale?

MERINO. Vale un *pese durro e medio.*

CODINA. Es grande.

MERINO. *E bien;* habrá *un otro*
que le *truvará* pequeño.

(*Sale* MARIANA, *y detrás* EUSEBIO.)

MARIANA. Tía Pepa, salud y gracia.
Venga una libra de fresco
y otra de salchicha, digo...

LADV. ¿Pues, para qué le tenemos
sino para las amigas?
Aunque sea atrevimiento,
parece que aquel usía
le viene á usté haciendo gestos.

MARIANA. Sí, señora.

LADV. No es malo el frontis.

MARIANA. Es tal cual; lo que yo siento
es que no me hable, verá
usted qué función tenemos.

LADV. El allí está al esportillo.

MARIANA. Póngome en forma y paseo...

EUSEBIO. Buena mañana.

MARIANA. A la ley.

EUSEBIO. ¿No toma usté en este tiempo
café con leche?

MARIANA. Mal mixto
hacen lo blanco y lo negro.

EUSEBIO. ¿Y chocolate?

MARIANA. Soy yo
muy ordinaria para eso.

EUSEBIO. Pues, ¿si usted quiere almorzar,
á bien que cerca tenemos
hostería, y allí habrá
ó perdices ó conejos?

MARIANA. ¿A usted le parece que
hago yo á pluma y á pelo?

EUSEBIO. Vaya: ¿manteca?

MARIANA. Me mancho.

EUSEBIO. Habrá masas...

MARIANA. Dan asiento.

EUSEBIO. Habrá chuletas.

MARIANA. ¡Chulada!

EUSEBIO. Y también habrá buñuelos
de jeringuilla.

MARIANA. ¿Qué más
jeringa que un majadero?

EUSEBIO. ¿Pues yo, qué he de hacer? Ahora,
si usted gusta de un puchero
de callos, en confianza.
Ya ve usted con el aseo
que los tiene aquella moza.

MARIANA. Me da vergüenza comerlos
en la calle.

EUSEBIO. Para todo
en este mundo hay remedio;
espéreme usted un poquito,
que yo dispondré bien presto
algún paraje decente
donde vamos á comerlos.

MARIANA. Pues no me haga esperar mucho,
que soy muy pronta de genio.

LADV. ¿Qué tal? ¿pegó?

MARIANA. ¿A mí pegar?
Es el muy poco sujeto.

EUSEBIO. A los pies de usted, señora.

POLONIA. ¿Dónde está, que no la veo,
esa señora?

EUSEBIO. A usted digo.

POLONIA. Adelante con el cuento.

EUSEBIO. Pues, hija...

POLONIA. Diga usted, padre.

EUSEBIO. Yo me hallo en un empeño
con una dama...

POL. (*Se levanta.*) ¿Oye usted?:
¿tengo yo edad ni pergeño
de desempeñar angustias
de damas y caballeros?
Pues yo sé que, si levanto
el cucharón, va, ya hirviendo,
á su cabeza un cuartillo
de caldo de fundamento. (*Se sienta.*)

EUSEBIO. Oiga usted; lo que quisiera
es, porque á una dama tengo
convidada, que pusiese
usted la mesa allá dentro,
en una sala decente,

donde servir, con aseo
y tenedores de plata,
un plato de callos; esto
pagando lo que sea justo,
y encima...no reñiremos.

POLONIA. ¿Usté ha visto esta fachada?

EUSEBIO. Si he visto, que no soy ciego.

POLONIA. ¿Y es esto botillería,
para tener aposentos
reservados á la fonda?
Pero, por fin, más ha hecho
usté en pedir el favor
que yo haré en servirle. Pedro,
(Se levanta.)
toma la capa y al punto
ve á buscar un tapicero
que venga á colgar el Rastro
de damascos y de espejos,
arañas y canapés;
que viene Don Gerineldos
á comer callos con doña
Dulcinea, y vuelve presto,
que están en ayunas y es
el aire muy flatulento.

EUSEBIO. ¡Eh!, no haga burla.

POLONIA. ¿Quién; yo?
¡Bonita soy yo para eso!

NICOLASA. Dígale usté á esa señora
que, si gusta de buñuelos
con almíbar, á la vuelta
vivo yo y la serviremos.

EUSEBIO. ¡Porquería!

NICOLASA. ¿Porquería?

EESEBIO. ¡Que á mí me suceda ésto!

JUANA. ¿Come esa señora nabos?

POLONIA. Ese sí que es buen *armuerzo*;
dale nabos al usía.

EUSEBIO. Aquí no hay otro remedio
que embozarme y esperar
á la otra esquina el encuentro
segunda vez.

Salen SIMON, GALVÁN *y* CALLE, *de soldados, con sacos y gorras; el primero con talego y los segundos con espuerta grande.)*

SIMÓN. No hay oficio
peor que el de los rancheros.
Vamos á ver si hay cabezas
y algún despojo, que luego
volveremos por verdura.

POLONIA. ¡Ele! ¿digo?

SIMÓN. Ya volvemos;
deja buscar el condumio,
que mientras van á cocerlo
unos, otros cuidarán
de no faltar á comerlo. *(Vanse.)*

CALLEJO. Se debe *algu*, tío *Jusepe?*

ESPEJO. No, señores; buen provecho.

CHINICA. Sígueme, *muchachu*, y *vamus*
pur lla carne *llo primeru*;
¿cuántas llevas tú á tu casa?

CALLEJO. Doce libras de buen *pesu*;
y el *amu* paga catorce;
es verdad que ni un *dineiru*
más le siso en todo el día.

CHINICA. Finalmente, tres *rialejos*
y diez *maises*; ni es poco
ni es *muchu*. Yo, amigo, *tengu*
catorce casas de compra,
que entre quién más y quién *menue*
consumen cincuenta libras;
sacu para mi *pucheiru*
una de *tutal; repartu*,
mala con *güena*, y el *huesu*
hoy acá, mañana allá;
y solamente *descuentu*
tres onzas á cada casa,
ó un cuarterón, y con *estu*,
comprar el pan en la *praza*
de nueve ó de nueve y medio,
el *ocharu* de los *nabus*,
dus cuartus en *lus cunejus*,
medio real en los pichones,
uno los días que *mercu*
llas perdices y gallinas,
capaduras de *lus sesus*,
el *hígadu* y las verduras,
y el *cuartitu* de *lus hueros*,
sin hacer agravio á nadie,
subre pocu más *ú menus*,
va un hombre, gracias á Dios,
juntandu cuatru cuartejus,
y *nun* cobra los salarios
de *lus amus* hasta *luegu*
que va un hombre á ver *lla* tierra
y *lla* mujer con el *tiempu*,
á *facer* el matrimonio
y fundar un *heredeiru*.

CAMPANO. *Nun sey cómu* lo *facéis*,
¡dóite al Diabro si yo *puedu*,
cun doce casas que sirvo.
sisar *máis* de *rial* y medio
al día, y *lus* dos *cuartitus*
del aguardiente que *almuerzu!*

CALLEJO. *Esu* es *pocu*.

CHINICA. Este *nun* sabe
su oficio. *Vamus, Lurenzu.*

CALLEJO. ¿Viste?

PEPE. Sí, señor *tíu*.
Pues cuenta con *aprenderlu*,
que *dóite ó diabru* la maula
si encuentras *mijor mayestro*.

CALLEJO. Oyes, cuenta que en tu vida
has de hacer *tuertu ú derechu*
negociu que *non* te paguen.

PEPE. *Esu* ya me *lu dijerun*
en *lla* tierra.

CALLEJO. Pues *cuidadu*.

CHINICA. El rapaz, á fe, no es *lerdo*. (*Vanse.*)
ESPEJO. Mientras entro yo á almorzar,
cuídeme usted de este puesto,
y perdone.
CARRET. Bien; al fin
hoy de balde beberemos.

(*Sale* PONCE, *de majo.*)

PONCE. ¿Qué haces aquí de plantón?
No estás tú aquí sin misterio.
EUSEBIO. No á fé; mira, Nicolás,
qué moza de fundamento
hay allí junto al cajón
del tocino.
PONCE. Ya la veo;
¿y qué tal la tocinera?
EUSEBIO. Aire tiene.
PONCE. Fué algún tiempo
mi ama, y la pobrecilla
está rabiando de celos
por esta mondonguerilla
que me anda quitando el sueño
ahora.
EUSEBIO. ¡Valiente púa!
PONCE. ¿Quieres que nos acerquemos?
EUSEBIO. Vamos; pero no por ella,
sino porque allí estaremos
á la par. ¡Fuego de Dios!:
¡qué gracia tiene y qué cuerpo
la panaderilla!
PONCE. Cuenta,
y antes de hablarla te advierto
que la panadera es tuna,
y más tuno el panadero.
EUSEBIO. Más tuno soy yo que entrambos.
PONCE. Andar y disimulemos.

(*Se ponen,* PONCE *detrás de la* POLONIA *y* EUSEBIO *delante de la* MAYORA, *y sale, de basquiña y mantilla humilde, con su taleguito, la señora* IGNACIA, *y tropieza con* MARIANA, *que habrá andado comprando por allí y paseándose.*)

MARIANA. ¡Jesús, qué tarde te sacan,
mujer!
IGNACIA. A la hora que puedo,
amiga, y no es porque no
madrugo con el sol mesmo
á encender lumbre y á dar
á mi marido su almuerzo,
antes que vaya al trabajo.
MARIANA. Pues el mío se va en pelo
al amanecer, y yo
me levanto cuando quiero,
y cuando quiero entro y salgo.
IGNACIA. Pues yo ni salgo ni entro
sino cuando me es preciso,
como ahora, por aquello
que es necesario comprar
para el diario puchero.
MARIANA. Tu marido es albañil
muy usía y muy severo;
podía venir el mío
á andarme con regodeos
del almuercito temprano,
la olla diaria, el remiendo
en la ropa, la cenica
y todo muy á su tiempo.
Que lo gane, si lo quiere,
en otro mejor empleo;
que un jornal de cinco reales
no da para todo eso.
IGNACIA. ¿No? ¿Pues cómo lo da en casa,
y, gracias á Dios, tenemos
una cama en que dormir
y un vestido que ponernos?
MARIANA. ¿Con el jornal?
IGNACIA. Sí, con sólo
su jornal y mi gobierno
se hace el milagro.
MARIANA. ¿Y á mí
te vienes con ese ejemplo?
¿No sabes que tu marido
y el mío son compañeros,
y con su jornal apenas
para tres días tenemos
que comer, muy poco y malo;
y eso que yo me ingenio
tal cual, y de aquí ó de allí
siempre alguna cosa llevo;
que tú, como eres tan pava,
ni aun tienes maña para eso?
IGNACIA. Ni quiero tenerla.
MARIANA. Pues
hacer con poco dinero
lo que otras hacen con mucho,
es imposible, no siendo
de tres modos.
IGNACIA. ¿De qué modos?
MARIANA. Yo te lo diré bien presto.
Son: hacer moneda falsa,
hurtar ó tener cortejo.
IGNACIA. Cuatro son, y te has dejado
el mejor en el tintero.
MARIANA. ¿Y, cuál es?
IGNACIA. Buscar á Dios;
que él es tan buen despensero
de su pan, que cada día
le da por un padrenuestro.
El te guarde.
EUSEBIO. ¿Qué? ¿va usted
picada?
IGNACIA. Pierda el recelo,
que el modo de no picarse
las cosas, es tomar viento. (*Vase.*)
EUSEBIO. ¡Zape!
MARIANA. ¿Qué? ¿tampoco pega?
¡qué lástima que le tengo!
EUSEBIO. Pero ¿no da usted limosna?
MARIANA. No; mas le daré un consejo:

¿sabe usted dónde es la puerta
de Foncarral?

EUSEBIO. Bien me acuerdo.

MARIANA. Pues allí, antes de salir,
encontrará el Saladero;
diga usted que le preparen...
y de aquí á un mes hablaremos.
(*Vase.*)

EUSEBIO. Vuélvome á la panadera,
que es mejor que todo esto.

PONCE. ¡Qué bravamente que huele!

POLONIA. Mire usted que eso está puerco,
y se manchará la capa.

PONCE. Más que ella vale el consuelo
del olfato, ¡tales manos
lo guisaron y cocieron!

POLONIA. Usted deje en paz los callos
y váyase á los torreznos.

PONCE. Aquello acabó.

POLONIA. Esto no,
ni tampoco empezaremos.

MAYORA. ¿Quiere usted hacerme el favor
de quitarse de ahí en medio?

EUSEBIO. ¿Estorbo?

MAYORA. ¡Y mucho que estorba!

EUSEBIO. ¿Es duro ese pan ó tierno?

MAYORA. Duro, y muy duro.

EUSEBIO. ¿Y á cómo
se vende?

MAYORA. No tiene precio,
ni se vende.

EUSEBIO. Pues, ¿qué hace
usted que no quita el puesto?

MAYORA. Aguardar á quien distinga
el pan blanco del moreno,
para servirle con él;
pero no para venderlo
á los que cuántos más panes
prueban están más hambrientos.
¡Salud y á un lado! ¡Muchachas,
al rico pan!

EUSEBIO. Con todo esto,
de aquí á un rato he de volver,
quizá correrá otro viento.

(*Al entrarse sale la señora* FIGUERAS, *de suiza, con una maquinita de esas con un pajarito que sube el agua, etc., y se detiene* EUSEBIO.)

FIG. (*Canta.*) «*Done furbe y mai constante*
impaiate l'angelino,
que la sera e dil matino.
non manca di laborar.
Tin, tin, tin; tan, tan.
Tin, tin, tin; tan, tan.»

(*Dando con un hierrecillo en los vasos de la maquinita.*)

EUSEBIO. Mejor es esto que todo.
¿Es canario ú es jilguero?

FIGUERAS. *Siñor*, *está un pajarito*
che a una voche de los cielo,
e il poverino ha un afano
per mañere, chi é contento:
le volete?

EUSEBIO. No; si fuera
pájara, yo desde luego
le ajustara.

FIGUERAS. *O che cativo*
gusto harete, cavaliero!
La femina no a la voce
piace vole, nel pensiero;
con pi, pi, pi, fa la presa,
y poi dispare nel vento.

MERINO. *¿Vosté quierre* polvos *fino*
o de culot de pelleco
pur montar?

EUSEBIO. Yo sólo uso
de calzón de terciopelo.

MERINO. *Servitor.*

EUSEBIO. ¿Es vuestra esposa?

MERINO. ¡Oh, no, *siñor! mi non* tengo
moquer: ellas son muy grandes
maletas y grande peso
por los *viaques* al soldado;
si *quierre* ser granadero
de mi compañía, *allon;*
ya la tomara bien presto,
mi capitán.

FIGUERAS. *O parola,*
pazza non fa mi comercio!
Si volete l'angelino,
prendalo per il suo prezo.

EUSEBIO. ¿Cuánto vale con repisa
y todo?

FIGUERAS. *O! non intendo.*
Adío.

EUSEBIO. *Sei maritata?*

FIGUERAS. *Siñor*, sí; con un sargento
que ha un *bastone tanto groso*
per far tremar il suo aspeto.

EUSEBIO. Ahora no está aquí

FIGUERAS. *Yo vado*
á cercarle por lo steso;
dicono del italiano:
tuto parola; *ma vedo*
spañoli piu locuachi
e piu fachendiste. Adeso.
(*Se retira.*)

EUSEBIO. ¿Qué dice?

MERINO. ¿*Osté* no lo entiende,
ó *osté* no quiere entenderlo?

EUSEBIO. No lo he entendido, de veras.

MERINO. Pues si *osté quierre* entenderlo,
vusté busque otro *interpréte.*

EUSEBIO. ¿Ha sido malo?

MERINO. Muy bueno;
ell dis que *osté* habla mucho
y tiene poco dinero.
Servitor, monsieur. ¡Butones
y cerrote pur el pelos!

EUSEBIO. Todos me burlan, y estoy
divertido con todo eso.

(*Salen* CHINICA *y* PEPE.)

CHINICA. *Chicu, andas ves pur dos llibras*
allí de *tucinu frescu;*
ahí llevas una peseta;
vale treinta *cuartus, luegu*
han de volverte otros *cuatru.*
¿Entiéndeslo?

PEPE. Bien lo *entiendu.*

CHINICA. *Vamus* á *cumprar* verduras
mientras *tanto.*

LADV. Caballero; (*A* PONCE)
en dejándole á usted libre
esa moza, yo le tengo
que decir una palabra

POLONIA. Pues lleve el diantre su pelo
de usted y el suyo; yo, ¿acaso
soy la que aquí le entretengo?

LADV. Yo bien sé lo que me digo.

POLONIA. Para afeitar á los cerdos
tengo yo mejores mozos.

PONCE. Poquito á poco con eso;
que todavía hay quien chille
si un hombre levanta el dedo.

POLONIA. ¡Tal será ella!

LADV. (*Llega.*) ¡Mejor que ella!
Y si piensa que la tiemblo
porque es su majo soldado,
miente; porque ésta, á lo menos,
no es ropa de munición.

POLONIA. ¿Sabe lo que está diciendo
la envidiosa, mala lengua?
Ya se vé que le requiero
al soldado, y me da gana
de estimallo y de querello,
que la que gusta de tropa
tiene honrados pensamientos;
y no como ella, que sólo
trata con cuatro gatuelos.

LADV. ¡Poco á poco, y mire que,
si me enfado!...

(*Vuelven á salir los soldados, y* SIMÓN *delante.*)

SIMÓN. ¿Qué ha sido ésto?

PONCE. Nada, cosas de mujeres.
Mande usted, señor sargento.
(*Se aparta.*)

SIMÓN. ¿Qué decía la señora?

POLONIA. No necesitas saberlo;
que ya está bien respondida.

SIMÓN. Pues, á vender á su puesto.

LADV. Por no dar que decir...

SIMÓN. Vamos.

LADV. (*A* PONCE.) ¡Pícaro, yo te prometo
que me la has de pagar.

PONCE. ¡Sobre
que la callera me ha muerto!

POLONIA. Tardecillo es.

SIMÓN. No ha podido
hoy despacharse más presto,
y á las diez entro de guardia;
id comprando, compañeros,
lo que falta.

GALVÁN. Este Julián
tiene fortuna en extremo:
come, galantea, casca,
y encima le dan dinero.

POLONIA. ¿Necesitas algo?

SIMÓN. No.

POLONIA. Dímelo, sin cumplimiento.

SIMÓN. Entre soldados y mozas,
¿quién ha visto ese comercio?
Lo que es menester, que pases
esta tarde por el cuerpo
de guardia, para que alumbre
tu vista aquel hemisferio
y des consuelo á este triste;
que el día que no te veo
me descalicho.

POLONIA. ¿De veras?

SIMÓN. ¿Has visto tu algún requiebro
de soldado ser mentira?

POLONIA. Sí; pero tienen un cierto
no sé qué, que se conoce
que mienten, y los creemos.

SIMÓN. ¿Conque irás?

POLONIA. Iré á la hora,
y daré cuatro paseos (*Hablan.*)

SIMÓN. ¡Que viva!

PEPE. Aquí está el *tucinu*
y *llus cuatru cuartus vueltus.*

CHINICA. Muy bien; y ¿qué es lo que aguar- [das?

PEPE. *Llus siete cuartus y mediu*
que *sisei* de un cuarterón
en cada libra; *lu mesmu*
que dice que suele hacer
en *lla* carne mi *mayestru.*

CHINICA. *Esu* se hace con *llus amus,*
mais non entre *compañeirus.*

PEPE. *Vusté es* mi *amu pur* presente.

CHINICA. *¡Deshairéte, pur* San *Diegu,*
llus morrus!

PEPE. ¡A mí, *tíu!*

NICOLASA. ¡Deje al muchacho, gallego

PEPE. ¡Oh, *mía* madre!

NICOLASA. ¡Pobrecito!
¡Ea, calla: toma un buñuelo.

PEPE. *Peru* ella, *¿cuántu* ha de darme
pur tumarlo é mais cumerlu?

NICOLASA. Una pedrada.

PEPE. ¡A mí, *tíu!*

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. *Muchachu,* ¿qué ha *sidu estu?*

CHINICA. Que ya sisa *máis* que *you.*

CALLEJO. ¡Oh, *subrinu verdadeiru,*

ve tu *tíu*; tú serás
la honra de nuestro *gremiu*.

CHINICA. Ahora *digu* que *non* es
habilidad ni *talentu*
en *nusotrus* el sisar,
sino influjo del terreno.

CARRET. ¡Ladrón!

ESPEJO. Más ladrón es él.

CARRET. ¿Cómo? ¿Yo ladrón, y vendo
cerraduras y candados
flamantes por hierro viejo?

ESPEJO. Porque los hurta de noche.

CARRET. El es quien roba y engaña
siempre con ropa de enfermos
contagiosos.

ESPEJO. Es mentira;
págueme cuartillo y medio
de rosolí que ha chiflado,
y vuelva más de dos pesos
que había en el cajón.

CARRET. El miente

SIMÓN. Poco á poco, ¿qué ha sido ésto?

ESPEJO. Haberme robado mientras
se quedó guardando el puesto,
porque yo entraba á almorzar.

SIMÓN. Vuélvale usted su dinero.

CARRET. Señor soldado, que miente.

ESPEJO. ¡Yo te diré á ver si miento!
Ténganle ustedes en tanto
que con el alcalde vuelvo.

PONCE. Poco á poco, que es más hombre
de bien que nadie el herrero.

CHINICA. ¿Nadie más hombre de bien
que el tío Jusepe? *Niegu*.

PONCE. ¡Si alzo la mano!

CHINICA. *Turibiu*,
ten ahí mientras *you* le estrello.

SIMÓN. ¿Qué va que agarro una cuerda
y de reata los llevo
al cuartel por *vagamundos*?

TODOS. ¿A quién? ¿á mí?

SIMÓN. A todos ellos,
y si no, ¡amigos, al arma!

POLONIA. Déjalo, no alborotemos,
que ellos se pondrán en paz.

SIMÓN. Agradezcan á tus ruegos.
¡Ea!: cuidado, y cada uno
á cuidar vaya su puesto.

ESP. (*Ap. á él.*) Mire usted, señor soldado,
si usted quiere al rey y al reino
hacer un grande servicio
y formar un regimiento
de los que aquí están de más
y los que venden de menos,
véngase usted disfrazado;
yo se los iré diciendo.

SIMÓN. Otro día.

PONCE. No le crea;
que es muy malo ese prendero.

CHINICA. Su mistela y aguardiente
es bien pura, *pur lu menus*.

SIMÓN. Cada cual á su negocio,
que todos vamos al nuestro;
y pues no es posible dar
mejor fin á este argumento
que cortarle, por cortado (1).
Cántese juguete nuevo.

TODOS. Y sustituyan sus voces
más dulces sus instrumentos.

110

La retreta.

SAINETE NUEVO.

1770 (2).

(*Al levantar la cortina aparece la fachada de los Correos: á la puerta el granadero centineta;* SIMON, *de oficial, sentado en el poyo; á cada lado un farol arrimado. A las puntas del tablado la* LADVENANA, *de castañera, y la* JUANA, *con besugos; en otra* PEPE, *con una cesta de tortas, y su vela encendida, con papelillo alrededor;* JUAN MANUEL, *de ciego, con guitarra, que cantará con la orquesta la copla primera:* CHINICA, *de tambor, sentado sobre el, y enseñando á tocar el pífano á* MIGUELILLO: CAMPANO, *sentado sobre otro tambor, jugando con las baquetas en él, cerca de la besuguera, y algunos soldados entrando y saliendo. Cántase en tonodillana (sic) la copla siguiente:*

JUAN MANUEL (*Canta.*)

«Las mujeres en la Pascua
ya no piden aguinaldo,
porque tienen la costumbre
de pedirlo todo el año.
Ya no quieren turrón ni piñones,
sino medias, batas, basquiñas y broches,
y esta noche sólo es nochebuena
para compradores y las cocineras.»

(*Representa.*)

Vayan comprando, y después
leyendo todos la nueva
relación graciosa, para
después de la panza llena.

PEPE. ¡A cuarto! ¡á cuarto!

JUANA. ¡Vivitos,
vivos!

PEPE. ¡A las tortas tiernas!

LADV. ¡Qué regordas y calientes!

---

(1) Debajo hay estos versos de letra posterior:

«Y no enfadar más con ello;
suplicando al auditorio
el perdón de nuestros yerros.»

(2) Bib. Municip.: leg. 1-169-8. Copia antigua. Impreso por Durán; tomo II, pág. 143.

JUANA. ¡Que colean, que colean!
CAMP. (*Ap.*) ¡Qué pescado tan podrido!
¡Puf! á diez varas apesta,
CHINICA. ¿Vaya que llevas azotes?
¿que no hay forma de que tengas
cuidado? Mira, este dedo
se afloja y éste se aprieta.
MIGUEL. Pues si usté á veces tampoco
se sabe lo que se enseña.
CHINICA. ¿Yo? y he sido dulzainero
y timbalero en Valencia,
que es mapa de tamboriles,
dulzainas y castañuelas.
MIGUEL. ¡Si no sabe usted hacer un
redoble con las baquetas!
CHINICA. Aguárdate, á ver si sé.
MIGUEL. ¡Señor Lucas, que me pega!
CAMPANO. Déjale, Gómez.
CHINICA. Si no hay
diablos que con él se avengan.
MIGUEL. No, pues como tope un canto...
CHINICA. ¿A mí te vienes con fiestas?
¡Señor sargento!

(*Al correr, seguido de* CHINICA, *tropiezan los dos con* ESPEJO, *que sale de hombre serio de capa azul.*)

ESPEJO. ¿Qué es esto?
MIGUEL. Señor, usted me defienda,
que me cascan.
ESPEJO. ¿Y por qué?
CHINICA. Caballero, no le crea
usted, que es un atrevido
y les falta á la obediencia
á los jefes.
MIGUEL. ¿Usted jefe
mío? ¡Manolillo, arrea!;
que de pífano á tambor
hay muy grande diferencia.
CHINICA. ¿Lo ve usted?
ESPEJO. Eso no se dice,
pues basta que el señor sea
mayor.
MIGUEL. ¿Cuántas varas?
ESPEJO. Calla,
chiquillo, y pase por ésta,
señor soldado.
CHINICA. ¡Jesús!
Mande usté en cuanto yo pueda.

(*Sale* PONCE, *de soldado.*)

PONCE. Gómez, mira una palabra.
Ahí ha estado la Antoñuela,
que me ha dado para ti
esta carta, que la leas,
y que tempranito irá
al cuartel por la respuesta.
CHINICA. Pues ¡maldito sea su pelo!:
¿por qué no me buscó ella?
PONCE. Iba deprisa.
CHINICA. Tendría
que hacer otra diligencia.
¿Y tú, estás desocupado?
PONCE. Sí.
CHINICA. ¿Qué? ¿no vino la Pepa?
PONCE. No.
CHINICA. ¿Ni la rubia?
PONCE. Tampoco.
CHINICA. Pues ya son las siete y media
dadas.
PONCE. Déjalas estar,
que tengan la Nochebuena,
que no saben ellas bien
la Pascua que les espera.
CHINICA. Voy á leer.
PONCE. Allí hay faroles.
CHINICA. En el de la castañera
es mejor, que también es
parroquiana.
PONCE. ¡Que no vengan
estas malditas!
ESPEJO. ¡Muchacho!
¡Jesús, las picardigüelas
que tienes!
MIGUEL. Esto es ahora;
aguárdese usted que crezca
y que yo agarre el fusil
y todo mi tren de guerra;
que entonces el que no diga
¡viva España! cayó á tierra.
ESPEJO. Eso me gusta, ser guapo;
hombre, toma una peseta
por el dicho.
MIGUEL. Pues si usted
es aficionado, vuelva
todas las noches, que á real
le diré cada docena.
ESPEJO. Adiós.
MIGUEL. Vaya usted con Dios.
¡Como soy, que es la primera
con que me he visto en mi vida!
Vamos á ver si se encuentra
un lance donde emplearla
con fortuna, porque fuera
ruindad en cualquier soldado
volver al cuartel con ella.
ESPEJO. Esta noche hay poca gente,
y no parece una hembra
con quien tener un ratillo
de tertulia en pie.

(*Salen* MARIANA, *de maja, y* MERINO *detrás.*)

MARIANA. ¡Qué pelmas
son algunos hombres!
MERINO. ¿Va
usted á ver la retreta?
MARIANA. Voy á ver parte.
MERINO. ¿El farol?
MARIANA. No, señor; al que le lleva.

MERINO. Pues dele muchos recados.
MARIANA. Bien hace en tomar la acera
de enfrente, que puede ser
que le fuese mal en ésta.
CHINICA. Tenga usted muy buenas noches.
LADV. Téngalas usted muy buenas.
CHINICA. ¿Me deja usted arrimar
á la luz, para que lea
una carta?
LADV. Sí, señor;
y aquí tiene la silleta.
CHINICA. No, no se incomode usted.
¡Qué pegada está la oblea!
LADV. ¿Es de alguna moza?
CHINICA. Puede.
LADV. Pues será moza discreta,
si sabe leer y escribir.
CHINICA. Aunque sea tonta y no sepa,
nunca faltan buenas almas
para las correspondencias.
Lo mejor que trae la carta
es dejar en blanco media
cuartilla para cigarros. *(La corta.)*
ESPEJO. ¿Qué hace una moza en la Puerta
del Sol una noche oscura?
MARIANA. Si usté en saberlo se empeña,
nadie como Mariblanca
le puede dar la respuesta.
ESPEJO. ¿Y tú, qué haces esta noche?
MARIANA. Aguardar á que amanezca.
ESPEJO. Bien madrugas.
MARIANA. Pues, á fe
que antes que yo pareciera
ya estaba usté aquí de más.
ESPEJO. ¿Y ahora?
MARIANA. ¡Qué cerco lleva
la luna!
ESPEJO. ¿Quieres venir
á refrescar?
MARIANA. Yo estoy fresca
siempre como una lechuga.
ESPEJO. Esa suele ser mi cena
por las noches, y un caldito.

(Sale GALVÁN, *de soldado.)*

GALVÁN. ¿Habías de venir?
ESPEJO. ¡Canela,
que aquí ya amanece; vamos
á dar por ahí otra vuelta!
GALVÁN. ¿Qué demonios has tenido
que hacer?
MARIANA. Componer las medias
y la camisa, que estaban
como una criba.
GALVÁN. Coserlas.
MARIANA. Eso ya lo sé yo; ¡toma!

(Sale CALLEJO, *con la* POLONIA, *de maja.)*

CALLEJO. ¿Oyes?: ¿le traes la botella
y los dulces á tu primo?
POLONIA. Sí; anda, mira si le encuentras.
CALLEJO. ¿Y has de quedar sola?
POLONIA. ¿Y qué?
seguro está que me pierda.
CALLEJO. Si te has de estar mucho, iré
á ver si hallo en la taberna
un amigo.
POLONIA. Hasta que toquen
me estaré como él parezca.
CALLEJO. Pues bien; antes de tocar
vendré.
POLONIA. Mira que no bebas.
CALLEJO. ¿Qué hombre de bien, aunque vaya,
va á beber en la taberna? *(Vase.)*

(Salen IGNACIA, FIGUERAS, EUSEBIO, *de petimetres, y éste llega al* OFICIAL, *y ellas se tapan.)*

EUSEBIO. Amigo, esta noche no hay
rentilla ni chimenea.
Adiós, Antonio, diré
lo bueno y fresco que quedas.
SIMÓN. ¿Oyes, oyes?: ven acá.
EUSEBIO. No puedo, que voy con estas
damas.
SIMÓN. Yo estoy á sus pies;
mas ya que te dan licencia
á ti de que me provoques,
me la darán de que sepa
yo quién me provoca: ¿No?
¡Ay qué gracia! Pero llegan
ustedes á una ocasión,
que es preciso que agradezca
un hombre cualquiera cosa
que la soledad divierta.
EUSEBIO. Agur, agur.
SIMÓN. Eso no,
amigo mío, que piensas
burlarme... Pero, Perico
de mi alma, ¿á dónde llevas
estas damas? *(Desembózale.)*
EUSEBIO. Ahora mismo
salimos de la comedia,
y las llevo á refrescar;
si pretendes conocerlas,
ven á beber con nosotros.
SIMÓN. Si quieren ver la retreta,
allí está á sus plantas el
canapé de la paciencia.
EUSEBIO. No, que hace frío.
FIGUERAS. Sí, sí.
SIMÓN. Por el eco de jalea
y la estatura, hemos dado
ya con la tramoya en tierra.
EUSEBIO. Pues, ¿quién es?
SIMÓN. Ahora no quiero
decirlo.
EUSEBIO. ¿A que no lo aciertas?
SIMÓN. Vaya, el café de mañana.
EUSEBIO. Vaya.

SIMÓN. ¿Quién ha de ser? Nuestra
doña Jacinta.

EUSEBIO. ¿Y ésta otra?

IGNACIA. El demonio que se meta
con ustedes en secretos. *(Descúbrese.)*

SIMÓN. ¿Mi señora doña Elena?

IGNACIA. ¡Qué gente tan habladora!

FIGUERAS. Se me resbaló la lengua,
mujer.

IGNACIA. Vámonos de aquí;
no hay quien con vosotras pueda
nunca hacer una humorada.

FIGUERAS. No, hija; que yo tengo hecha
ya la intención, y he de ver
cómo parte la retreta.

SIMÓN. ¿Quieren ustedes que envíe
por bebidas?

EUSEBIO. No, se aprecia.

FIGUERAS. Si nos vamos al instante. *(Siéntanse.)*

EUSEBIO. Pongámonos de manera
que les quitemos el aire.

SIMÓN. Pues guarnece tú la izquierda
y yo la derecha, y di ahora
que asalten la fortaleza.

JUANA. ¡Qué ricos! ¡vivos!

PEPE. ¡A cuarto!

J. MAN. ¡Vaya la jácara nueva!

(Sale MERINO.)

MERINO. Dios guarde á usted. *(A la POLONIA.)*

POLONIA. A usté también.

MERINO. ¿Sabe usté por dónde se echan
las cartas?

POLONIA. Por el agujero
del correo.

MERINO. ¿Y está cerca?

POLONIA. No se lo puedo decir,
porque soy tan forastera
como usted.

MERINO. Conque ¿tampoco
sabrá usté á qué hora cierran?

POLONIA. Por aquí ya está cerrado;
vaya usted por la otra puerta.

MERINO. Y qué ¿no abren?

POLONIA. Mucho que abren.

MERINO. Pues si han de abrir, ¿á qué esperan?

POL. *(Canta.)* «Un arriero en un mesón
llamaba porque le abrieran,
y al fin llamó tantas veces,
que le abrieron la cabeza.»

MERINO. ¡Zape!

POLONIA. Deje usted al gato,
que no está la carne puesta
de modo que se la lleve.

(Sale PONCE.)

PONCE. Mas de catorce mil vueltas
he dado. Dios guarde á usted;
perdone la inadvertencia,
y la plática prosiga.

POLONIA. Repare usted bien las rejas
al volver, y á cuatro ó cinco
encontrará la estafeta.

MERINO. Dios se lo pague á usted. *(Vase.)*

PONCE. ¿A mí
te me vienes con desechas,
Alifonsa? ¿qué hora es?

POLONIA. Para mí, la que tú quieras;
si quieres, la de maitines,
y si no, la de completas.

PONCE. Vamos, calla, que no sé
qué tienes, ¡maldita seas
de cocer!, que cuanto más
regañas estás más fea.

POLONIA. Ya lo sé yo!

PONCE. Y yo también;
vamos, daca esa botella
de hipocrás y esos confites,
que me ha dicho el tío Melenas
que traes; y paz y salud.

POLONIA. Tómalo, á ver si revientas.

PONCE. ¡Si yo sé que tú no quieres,
por ahora, que me muera!

POLONIA. Tanta falta haces tú, como
los gorriones en la siembra.

PONCE. ¡Más refina, ni tampoco;
pero tampoco más terca!

GALVÁN. Pues, y ¿quién le mete á nadie
en que tú hagas lo que quieras?
Al fin ¿qué la respondistes?

MARIANA. Si tan pronto no se encierra
en el cuarto, la *esjarreto*.

GALVÁN. Otra vez que te suceda,
zúrrala, que aquí estoy yo.

MARIANA. ¿Y cómo estamos de guerra?

LADV. ¡Lo que tarda usté en leer
la carta!

CHINICA. Si no sé leerla,
¿no he de tardar?

LADV. ¿Qué? ¿no sabe?

CHINICA. No, que es de mujer la letra,
y á ustedes, ni aun por escrito
puede haber quien las entienda.

ESPEJO. ¿Me da usté un par de cuartitos?

LADV. ¿Y de qué han de ser? ¿de pierna
ú brazuelo?

ESPEJO. De castañas.

LADV. Hablar claro, que soy lega.

ESPEJO. En latín; pero en romance
ya puedes ser bachillera.

CHINICA. Aunque sea descortesía,
¿entiende usted esta letra?

ESPEJO. Bien clara es.

CHINICA. Para mí es turbia;
¿me hacéis favor de leerla?

ESPEJO. Con mil amores.

LADV. Por uno
que tengo soy castañera.

CHINICA. Otras por el que no tienen
suelen parecer marquesas. .
ESPEJO. Quien escribe á usté es su madre.
CHINICA. ¿Qué dice la buena vieja?
la verdad: ¿vive ó se ha muerto?
ESPEJO. Dice: «Hijo mío.» ¡Qué tiernas
que son las madres!
CHINICA. Conforme;
que la mía, con setenta,
ya estará bien dura.
ESPEJO. «Murió tu hermana Lorenza
de parto.»
CHINICA. No se casara
(como yo) y no se muriera.
ESPEJO. «Y yo he quedado solita.»
CHINICA. La escribiré que se venga
al regimiento y escoja
la compañía que quiera.
ESPEJO. «Escríbeme cuándo cumples.»
CHINICA. Nunca, pues según se quejan
todas mis obligaciones,
no debo cumplir con ellas.
ESPEJO. «Dime si has crecido mucho.»
CHINICA. Hacia abajo.
ESPEJO. «Y ten paciencia.»
CHINICA. Esa es la virtud que en mi
religión mejor se observa.
ESPEJO. «Sé devoto y reza mucho.»
CHINICA. Pues su merced ¿en qué piensa
que no reza por entrambos?
ESPEJO. «Quien te quiere y ver desea,
tu madre, Polonia.»
CHINICA. ¡Brava
colación de Nochebuena!

(*Salen* JOAQUINA *y* NICOLASA.)

JOAQUINA. Chica. pasa entre la gente
con cuidado, á ver si encuentras
algún conocido.
NICOLASA. Madre,
me da á mí mucha vergüenza
mirar la cara á los hombres;
que luego me hacen mil muecas,
y yo me río.
JOAQUINA. Pues, tonta,
míralos y estate seria.
NICOLASA. ¿Como usted?
JOAQUINA. Ni más ni menos.
MIGUEL. No es mala aquella chicuela
que viene allí con su madre,
y vienen sin hombre; ¡ea,
Juanillo, llegó la hora
de lucirlo tu peseta!

(*Sale* MERINO.)

MERINO. La madre y la hija que viven
en la guardilla frontera
de mi casa van allí;
veamos qué familia es ésta.
MIGUEL. ¡Qué chiquita!
JOAQUINA. No hagas caso.
MIGUEL. No haríamos mala pareja
los dos.
JOAQUINA. ¡Mire el renacuajo!
MIGUEL. Chico ú no chico, mi reina,
el mayor hombre es quien tiene
más plata en la faltriquera.
MERINO. Yo me arrimo. (*Le pisa.*)
MIGUEL. Poco á poco;
váyase por la otra acera,
que está más desocupada.
MERINO. ¡El diantre del tarroñuclos!
MIGUEL. Hable usted bien.

(CAMPANO *llega.*)

CAMPANO. ¡Que no hay forma
de que con nadie te metas!
¿Qué apuestas que aviso á un cabo
y esta noche tienes fiesta?
(*Le aparta.*)
MIGUEL. Que no pueda yo crecer
de un estirón vara y media!
JOAQUINA. Y el tamborcillo es galante,
¿no quería de por fuerza
convidarnos?
MERINO. Pues yo no
fuerzo á nadie; mas de buena
voluntad, si ustedes quieren,
elijan de cuanto vean.
JOAQUINA. Yo estoy como si acabara
de comer una ternera
y un pavo. (*Ap.*) ¡Qué hambre que [tengo;
pero nací con vergüenza!
JUANA. ¡Que colean!
NICOLASA. Madre. ¿son,
besugos los que colean?
JOAQUINA. Sí.
NICOLASA. No los he visto.
JOAQUINA. Ven;
te llevaré á que los veas.
JUANA. Señora, como una leche;
vaya éste de libra y media.
NICOLASA. ¡Qué chicos!
MERINO. Eche usted dos.
JOAQUINA. O tres, ya que usted se empeña.
NICOLASA. Yo quiero una torta, madre.
MERINO. Tome usted media docena.
NICOLASA. ¡Qué señor tan porfiado!
MERINO. Cóbrese usted lo que quiera,
y vuélvame lo demás.
JOAQUINA. Mientras que coge la vuelta,
la cogeremos nosotras
en volviendo la cabeza. (*Vanse.*)

(*Sale* CODINA, *de cabo, y dos comparsas de patrulla, que traen preso, de tuno, á* CARRETERO.)

MAR y POL. La patrulla trae un preso.
CODINA. Caballeros, con licencia.

CARRET. ¡Voto va San...! ¡Y que un hombre
de bien en esto se vea!
CODINA. Ande.
CARRET. Señor capitán,
mire que vengo por fuerza:
mándeme soltar.
SIMÓN. ¿Acaso
yo he mandado que le prendan?
CODINA. Oimos decir: ¡Ladrones!,
y al volver la callejuela
del Gato, vimos á éste
correr como una saeta.
CARRET. Pues ¿es acaso delito
el ser ligeros de piernas
los hombres?
SIMÓN. ¿A qué trabajas?
CARRET. A lo que sale.
SIMÓN. Pues entra.
CARRET. ¡Por amor de Dios!
SIMÓN. Adentro,
te se ajustarán las cuentas.
(*Entrando.*)
MERINO. ¿Qué fué aquello?
PEPE. Un preso.
MERINO. ¡Y digo!:
¿dónde se me han ido aquellas
mozas? ¿chasquitos á mí?
Yo las haré que parezcan.

(*Sale* CALLEJO *aturdido.*)

CALLEJO. ¿Dónde estará mi mujer?
¡ah! ya la veo.
MARIANA. Una legua,
compadre.
GALVÁN. El viene borracho.
CALLEJO. Otra será si no es ésta.
MERINO. Pues ellas no están muy lejos.
(*Buscando.*)
CHINICA. ¿Conque la noche que venga
tengo tertulia segura?
LADV. Y castañas.
CHINICA. Pues se acepta;
que no están los tiempos para
hacerse un hombre de pencas.
POLONIA. Aquí estoy; bien se conoce
que vienes de la taberna.
CALLEJO. Pues no he bebido.
POLONIA. ¿Qué has hecho?
CALLEJO. Se ha leído la *Gaceta*
y se ha gobernado el mundo.
POLONIA. ¿Y en qué forma?
CALLEJO. Todo queda
puesto en razón; no ha quedado
un títere con cabeza.
IGNACIA. Pues está esto divertido.
SIMÓN. Hasta partir la retreta,
que después queda todo esto
más triste que la Cuaresma.
FIGUERAS. Siento que no pueda usted
venir á casa de veras,
que tenemos tonadillas (1).
EUSEBIO. No, no hay que darle dentera,
al pobre.
SIMÓN. A bien que ya está
hecho el cuerpo á las baquetas.
FIGUERAS. Frío hace.
IGNACIA. Deseando
estoy ver mi chimenea.
EUSEBIO. Si ustedes quieren, á casa
pueden ir con la retreta
por mejor camino.
LAS DOS. ¿Sí?
pues nos iremos con ella.
SIMÓN. ¡Qué poco le dura á un hombre
la fortuna cuando es buena!

(*Toca el reloj, y á los cuartos callan todos, y á la primera campanada dicen todos.*)

SOLDADOS. Adiós, muchachas.
MOZAS. Adiós.
TODAS. ¡Las ocho, las ocho, alerta!

(*Corren todos, sonando pífanos, tambores y clarinetes, y se forman dos patrullas de cuatro hombres, tambor y pífano; el farol en medio, y tocando dentro los suizos dan vuelta entera al tablado por distintas partes, y al entrarse no queda nadie y se muda el teatro; entra la orquesta de golpe, y luego la tonadilla.*)

111

Las serranas de Toledo.

1770 (2).

(*La escena representa una calle pública en Madrid. Al levantarse la cortina aparece el teatro de calle: á la derecha habrá una gran tienda de espartero, con ruedos y espuertas;* CORONADO, *su dueño, sentado sobre un rollo, y* CAMPANO *á la puerta, trabajando y cosiendo una escoba; al otro lado habrá otra tienda prendería, y la* LADVENANA, *de ama. Un puesto de agua á una esquina del tablado; y al otro lado la* NICOLASITA, *de avellanera, y* CALLEJO, *con banastas y peso, que vende melocotones. Los que puedan pasear arriba y abajo, cruzando hacia el foro.*)

CORONADO. ¡A los rollos de Toledo!
AGUADORA. ¡A la agua fría!
NICOLASA. ¡Avellanas!
CALLEJO. ¡Los ricos melocotones
de Aragón!
CORONADO. ¿Para qué engaña
usté á nadie, si á la legua

(1) Está tachado y puesto de otra letra «diversión».)
(2) *Inédito.* Bib. Municip.: leg. 1-169-44. Copia antigua. El sainete se estrenó en 1770 con la zarzuela del mismo autor, titulada *El buen marido.*

se conoce por la facha
que esa es fruta de la Sierra?

CALLEJO. Porque aquí no estiman nada
por la calidad, sino
por el nombre y la distancia.
¡Legítimos de Aragón...
ó de otra parte! *(Quedo.)*

NICOLASA. ¡Avellanas!

(Salen de la espartería las señoras IGNACIA *y* MARIANA, *de payas de Toledo, y* SIMÓN, *de payo, con moño y montera, etc.)*

SIMÓN. Vamos, si hemos de ir, á la
Plazuela de la Cebada
antes que haga más calor.

IGNACIA. Hombre, aguárdate una miaja,
que venga el tío y los mozos.

SIMÓN. ¿El tío? Hecho un papanatas
andará por ahí; á todo
cuanto ve nuevo se pára.

IGNACIA. Yo, ya se vé, como que
he llegado esta mañana,
poco he visto de Madrid;
pero no es cosa de tanta
ponderación.

MARIANA. Yo creía
que eran las calles de plata,
de oro los edificios
y los tejados de nácar.

SIMÓN. No habéis de ser majaderas.

MARIANA. Como las pocas madamas
y señores que allí vemos
se burlan de nuestra casa
y del piso del lugar,
yo creía que en su patria
estaban de colchoncillos
las calles enladrilladas.

IGNACIA. Pues no es así: ¡por mi vida
que, según hiere las plantas
el piso, creo que están
de puñales empedradas!

MARIANA. Allí vienen.

SIMÓN. ¿No lo dije?
A cada paso se paran.

(Salen CHINICA *y* ESPEJO, *de payos, admirados.)*

ESPEJO. Corbata, ¿viste en tu vida
tantas *presonas* borrachas?

CHINICA. En mi vida, tío Violín,
he reído á carcajadas
tanto como hoy.

ESPEJO. Unos van
bailando la zarabanda,
que parece que se caen,
y las mujeres se agarran
de todo, como el demonio,
y hacen lo que las urracas
en las tiendas: lo *regüelven*
todo y no aprovechan nada.

CHINICA. Lo que yo no puedo bien
distinguir, si van pegadas
las caras á las pelucas,
ó la peluca á las caras.

ESPEJO. ¡Y qué pelazo que tienen
aquí todas! Una cuarta,
debajo de la mantilla,
los rodetes las levantan.

CHINICA. No son rodetes.

ESPEJO. ¿Qué son?

CHINICA. Yo vi á una que allí estaba,
quitada la mantellina,
y aquello que tanto alza
no es rodete, es una cosa...
es... ¿si hallaré comparanza?
una espuertita pequeña
de lienzo, que se la encajan
hasta los ojos, y arriba
se queda empingorotada.

SIMÓN. Tío Violín, parece que
se emboba.

MARIANA. Vamos, Corbata,
que te estamos esperando.

ESPEJO. Tono, lleva las muchachas
por ahí á dar una vuelta.
¡Válgame Dios, qué cosazas
se ven!

CORONADO. También se ven cosas
y cositas delicadas.

SIMÓN. Vamos.

ESPEJO. Yo me quedo aquí,
á ver las gentes que pasan,
con el amigo Ciprián.

CHINICA. ¿Voy con ustedes?

TODOS. Sí.

IGNACIA. Aguarda,
que estoy rabiando de sed.

MARIANA. Mujer, no bebas de esa agua.

AGUADORA. Es muy rica, y el vasito
de cristal, como una plata.

IGNACIA. No trueco yo de mi pueblo
las pobres y limpias jarras
por estos cristales, que
los alientos de aquí empañan.

MARIANA. Vámonos. *(Vanse los cuatro.)*

ESPEJO. Señor Ciprián,
siéntese usté aquí una miaja,
me irá usted explicando algunas
cosillas para mí extrañas

CORONADO. Norabuena.

ESPEJO. ¡Que no sepa
dónde viven mil paisanas
que tengo aquí! Usted supongo
que las conoce: La Paca,
del Colmilludo; la Rita,
de Trespelos; la Juliana,
del Horno viejo; la nieta
de la tía Calandaria,
y otras.

CORONADO. No conozco á nadie.
ESPEJO. Pues allá eran muy nombradas.
CORONADO. ¿Usted piensa que aquí es
lo mismo que allá en la Sagra?
ESPEJO. Ya, ya; es verdad. ¿De qué sirve
aquella ropa colgada
allí?
CORONADO. Está para vender.
ESPEJO. Ya, ya.

(*Salen, de petimetres paseantes,* MERINO *y* EUSEBIO.)

MERINO. ¡Se acabó la casta
de las buenas mozas! Hombre,
no hemos visto una mediana
y...
EUSEBIO. En llegando á la feria
las hallaremos á manta.
MERINO. No es desgraciada esa chica
que vende las avellanas.
EUSEBIO. No, á fe.
NICOLASA. Vaya, pinos de oro,
que están más dulces y blancas
que el azúcar.
MERINO ¿Dónde vives?
NICOLASA. ¿Sabe usted la Cava baja?
MERINO. Sí.
NICOLASA. ¿No hay una *cantarilla?*
MERINO. También.
NICOLASA. Pues si quiere, vaya
y pase por dentro, que
la última puerta es mi casa.
MERINO. ¡Hola, hola!
ESPEJO. Mala está
la gente cuando está oleada.
EUSEBIO. Don Pedro, con disimulo
ved qué prendera tan guapa
hay allí.
MERINO. Aténgome á ella,
que esto está todavía en fajas.
NICOLASA. ¡A pares, á pares vendo
los tontos! ¡Bella embajada!
MERINO. Buena está la prendería.
EUSEBIO. La mejor prenda es su ama;
¿no es verded?
LADV. ¡Y que no es cuento!;
sólo que no tiene gana
de conversación la prenda,
ni usted trae con qué pagarla.
¡Agur y mandar, señores,
que estoy un poco ocupada!
MERINO. ¿Tiene usted siempre ese genio?
LADV. Muchacho, saca la vara,
sacudiremos la ropa.
MERINO. Con mujeres sin crianza,
poco trato.
EUSEBIO. Decís bien. (*Vanse.*)

(*Sale* GALVÁN.)

GALVÁN. ¿Tiene usté alguna sotana
de lance?
LADV. Dos que tuviera,
las tendría ya empleadas
en esos dos colegiales.
GALVÁN. Hablando fuera de chanza,
¿hay alguna?
LADV. Si usted viene
con ánimo de comprarla,
se sacará.
GALVÁN. Ya se ve
que vengo. y con circunstancias,
que no traigo ni un ochavo;
pero traigo unas alhajas
de gusto, que, si usted quiere,
se puede hacer una changa.
LADV. ¿Cómo qué cosa?
GALVÁN. Un reloj
sin cuerda.
LADV. Pues ¿cómo anda?
GALVÁN. Como la lengua, que cuanto
menos cuerda, menos pára.
LADV. ¿Y qué más?
GALVÁN. Un uniforme
completo de abate, hasta
sus cuellos de gridefer
y peluca de grisalla.
LADV. ¿Y tiene valona?
GALVÁN. No;
mas tiene sus arracadas
de oro y hebillas de piedras
para los días de gala.
LADV. Tráigalo usted, trataremos
de ajuste.

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. Doña Pascuala,
¿tiene usted mucho que hacer?
LADV. No, por cierto, doña Paula,
que el señor ya ha despachado.
GALVÁN. Pues allá, cuando el sol caiga,
ó al amanecer, vendré.
LADV. No vengais muy de mañana,
que yo me levanto tarde.
GALVÁN. No importa: y no hablar palabra,
que aquí donde usted me vé
soy hombre de circunstancias.
LADV. En entrando adentro, nadie
os verá. (*Aparte los dos.*)
GALVÁN. Y unas cucharas,
que se dan con conveniencia,
y otros enredos de plata,
¿tomará usted?
LADV. ¿Por qué no?
GALVÁN. Pues bien está; voy á casa,
y al punto vuelvo con todo.
(*Vase.*)
ESPEJO. Aquella no vende nada
y trata con todos.
CORONADO. Pues
de todos saca ganancia.

POLONIA. Pues yo vengo a que si usted
tiene una buena bata,
alguna basquiña rica,
y un reloj, me lo alquilara
por ocho días, o nueve; [pas
porque en no yendo muy gua-
lo propio es para nosotras
Ferias, que Semana Santa.
LADV. Es verdad. Pero es el caso
que una tiene ya alquilada
tanta ropa... En fin, veremos;
y si usted no reparara
en el precio... una basquiña
me han traído esta mañana
a vender, y dos relojes
ricos, que se los llevara;
pero menos de tres pesos
duros no salen de casa.
POLONIA. Eso es muy caro.
LADV. En conciencia,
que no puedo bajar nada.
POLONIA. En fin, entremos a verlo.
LADV. Pero cuenta, doña Paula,
con el aseo.
POLONIA. En pagando,
sueltan.
LADV. De ese modo, vaya...
(Entranse.)
ESPEJO. ¿Por un doblón dos relojes,
y una basquiña?
CORONADO. Prestada.
ESPEJO. Vaya: ¡Virgen del Sagrario!
yo estoy con tanta bocaza
abierta.
CORONADO. Ciérrela, tío, que aquí
puede ser que haya quien
le corte la lengua sin
que sienta que se la sacan.
ESPEJO. ¿Y pues, qué sería la bolsa
que está menos agarrada?
Yo la pondré más segura.
CORONADO. ¿Adónde?
ESPEJO. Aquí entre la faja.
CORONADO. ¡Cuidado!
ESPEJO. ¿Quién es posible
que la quite cara a cara?
CALLEJO. Yo, si puedo. ¡Mala venta!
NICOLASA. No está mejor de avellanas.

(Vuelven a salir comiendo nueces las dos Serranas; y CHINICA *detrás en conversación con los* PETIMETRES.*)*

IGNACIA. ¿Has visto mayores tontos?
MARIANA. ¡Y qué gente tan pesada
hay en Madrid! Aunque una
no les responda, machacan.
IGNACIA. ¡Que machaquen, y callar!
EUSEBIO. ¡Que tenga yo por las payas
tal pasión!
CHINICA. ¿Y por los payos?
MERINO. En siendo de tanta gracia,
tan arcados y tan lindos,
¿cómo no?; también me agra-
CHINICA. ¿Conque soy bonito? [dan.
MERINO. Mucho.
CHINICA. No he encontrado otra buena
[alma
que me lo diga, hasta ahora.
Creo que si me quedara
aquí, que hiciera fortuna.
IGNACIA. Anda tú delante, y calla.
MERINO. Por una tema. ¿No es cierto
que son ustedes hermanas?
CHINICA. Sí; pero no hubo tal tema;
porque jamás porfiaban
mis amos sobre estas cosas.
Así salieron entrambas
naturalmente, y así
se criaron, a Dios gracias.
IGNACIA. ¿Quieres callar, bruto?
MARIANA. ¿A que
te envío de una patada
a decir que hemos llegado
buenas?
MERINO. ¡Valiente pujanza
de pie!
IGNACIA. Mira, Catalina,
qué buena es aquella saya
para ir a trillar. La nieta
de la tía Candelaria
¿no es aquélla que allí viene?
MARIANA. Sí.

(Sale la señora JUANA BLANCO, *de guardapiés de lana, viejo, y mantilla mala, con zapatos viejos de color de rosa, cofieta, y ahuecador, y un gran sofocante.)*

IGNACIA. }
MARIANA. } ¿Teresa?...
JUANA. ¿Qué hay, Olaya?
Catalina, ¿cómo estáis?
IGNACIA. Buenas. ¿Sirves a la hidalga,
que te trajo, todavía?
JUANA. ¡Toma! Más de treinta casas
he mudado ya en Madrid.
CHINICA. Y si quieres, otras tantas
puedes mudar; que yo he visto
muchas más desalquiladas.
MARIANA. ¿Y cómo te andas tan suelta?
IGNACIA. ¿No estás ahora acomodada?
JUANA. Harto lo he sentido. Pero,
como por Ferias y Pascuas,
es estilo de nosotras
estar desacomodadas,
porque no me lo mormuren,
me he salido de una casa
que tenía muchos gajes.
IGNACIA. Pues poco lucida andas,

JUANA. Voy poco lucida; y llevo
zapatos que le costaban
a mi ama siete pesetas;
collar de cinta de Francia;
cofieta y ahuecador
de tafetán. ¡Vaya, vaya,
que ha salido de la Feria
ninguna más cortejada
estas tardes! Cinco vasos
me bebí de leche helada
ayer; y tres de limón.
MARIANA. Mujer, toda estás trocada.
CALLEJO. ¡Ay, ay, ay!
ESPEJO. ¿Qué ha sido eso?
CALLEJO. Que se me ha entrado en la espalda
una avispa.
ESPEJO. Espere usted,
a ver si puedo sacarla.
CALLEJO. Antes te he de sacar yo
la mosca.

(Al registrarle le quita el bolsillo de la faja.)

ESPEJO. Yo no veo nada.
CALLEJO. Adentro.
ESPEJO. No hay tal avispa.
CORONADO. ¿Se dará astucia más rara?
CALLEJO. Déjela usted con mil santos.
ESPEJO. Si revuelve, espachurrarla.
CALLEJO. Bien está. ¡A los de Aragón!
IGNACIA. Teresa, tú estas echada
a perder.
ESPEJO. ¿Qué hay, Teresilla?
JUANA. ¿Tío Violín?
ESPEJO. ¿Eres tarasca,
o mujer? ¿Llevas el medio
cuerpo sobre una campana
a caballo, o cómo va eso?
JUANA. Eso dicen mis paisanas.
Mas, ¿cuándo a las petimetras
no las ven las culipardas
con envidia? Esto es andar
a la moda. Adiós, muchachas.
(Vase.)
MARIANA. ¿Habrá mayor loca?
ESPEJO. ¿Y a éstas
no las tienen aquí atadas?
CORONADO. No, señor; cuanto más libres
se las deja, son más mansas.
MARIANA. ¡Quién lo dijera, mujer!
IGNACIA. Déjala; allá se las haya.
CALLEJO. ¡Qué ricos!
IGNACIA. Pese dos libras,
tío, que hemos hecho gana
de comer con el paseo.
MERINO. Aquí hay pañuelo de Holanda.
¿Gustan ustedes tabaco?
CHINICA. Cuando están acatarradas.
ESPEJO. Yo tal vez...
Vaya un polvito.
MERINO. Es mucho lo que descarga
las cabezas.
MARIANA. Todavía
la han de llevar bien cargada
ellos.

(Sale otra, muy de prisa, de Petimetra.)

PET. Dios quiera que no
lo hayan vendido, Pascuala.

(Sale LADVENANA.)

LADV. Mi señora doña Celia,
como es tan buena y tan cara
su hacienda de usted, aun
no he podido despacharla.
PET. Mejor; porque, amiga, ayer
entró socorro en la plaza,
y salí de mis ahogos;
vuélvame usté a dar mi bata,
mi basquiña, y mis relojes.
LADV. Ayer lo llevé a una casa
todo, y allí lo dejé
PET. Pues vamos por ello.
LADV. Hay causa
que ahora lo impide; porque
la tal señora es casada,
y es menester ir entrando
al marido a ver si paga
la mitad.
PET. Pues ya es ocioso.
Mi basquiña de mi alma
que me llevaron no menos
que dos duros por la vara;
y más redonda, y más corta
no la tiene media España.

(Sale POLONIA, con la basquiña rica y las relojes.)

POLONIA. Agur, agur.
PET. Estos son
mis relojes; ¡ah, taimada!
y mi basquiña.
POLONIA. Por hoy,
ya yo la tengo alquilada.
PET. ¿Mi ropa de alquiler? Antes
la hiciera dos mil migajas.
Quítesela.
POLONIA. Si no quiero.
PET. ¿A que yo hago a manotadas
que se la quite?
POLONIA. ¿Ella, a mí?
LADV. Entren a reñir a casa.
POLONIA. Ella es quien tiene la culpa.
PET. ¿Sabe bien a quién engaña?
LADV. Cuenta, que dos para mí
son poca gente.
LAS TRES. ¡Ah, canalla!
(Riñen, y se entran.)
MARIANA. ¡Qué mujeres!, ¿ves?
MERINO. No todas
son como las toledanas.

(*Sale* SIMON.)

SIMÓN. ¡Qué embolismo de lugar!
Primero que le despachan
a un hombre, le desesperan...
¿Quién son estos camaradas?

EUSEBIO. Amigos.

SIMÓN. ¿Tuyos, Ciprián?

CORONADO. Vinieron con tus hermanas;
y yo, ¿qué había de hacer?
los dejé que se asentaran.

SIMÓN. ¿Quiénes son?

CHINICA. Una buena gente
de estas que dicen que andan
buscando a quien regalar
sólo por su buena cara.

IGNACIA. Mejor parecen dos moscas
de burro, por lo pesadas.

SIMÓN. Venga ahí un palo de escoba,
os enseñaré a espantarlas.

MARIANA. Para eso no es menester
palo; ya están espantadas.

(*De una puñada echa a rodar a los dos.*)

LOS DOS. ¡Eso es una desvergüenza!

CORONADO. Y les hizo las mostazas
como una tierra...

CALLEJO. Me voy
a rematar a la plaza.

CORONADO. Pesar antes cuatro libras.
¿Tiene usted un real de plata,
tío Violín?

ESPEJO. Y dos también.

MERINO. A no ser mujeres...

SIMÓN. Vayan;
que a no ser mujeres, ¿quién
de vergüenza les cascara?

ESPEJO. Caballeros, poco a poco,
que mi bolsillo me falta
de aquí.

CORONADO. ¿No está seguro?
La avispa que le picaba
al amigo era la bolsa.

CALLEJO Mire usted bien cómo habla.

SIMÓN. A ver, regístrenle ustedes
(*Le coge.*)
a gusto.

CALLEJO. Esto es una infamia;
¡que me roban!

CORONADO. Aquí está.

POLONIA. Ella es la desvergonzada.
(*Dentro.*)

PET. Yo daré cuenta a un alcalde.

LADV. Antes irá bien zurrada.

CALLEJO. ¡Ladrones!

(*Salen de patrulla* CARRETERO *y otros dos.*)

CARR. ¿Qué ha sido esto?

CALLEJO. Yo no sé dónde sonaban
(*Disimula.*)
voces. Fué en la prendería.

(*Salen la* PETIMETRA, POLONIA *y* LADVELANA.)

¡Ricos de Aragón, Madamas!
(*Vase.*)

PET. Ya lo verán.

POLONIA. Poco a poco;
que después ha de pesarla.

CARR. ¿De qué? Aguárdese, señora.

LADV. Una disputa, que en chanza
hemos tenido allá dentro;
y se va medio atufada.
Cosas de mujeres, que
al cabo no importan nada.
¿No es verdad?

POLONIA. Pues.

PET. Ya se ve.

(*Se entran muy humildes.*)

(*Sale* GALVAN, *y se turba.*)

GALVÁN. Ya están aquí estas alhajas.

CARR. ¿Qué alhajas son esas?

LADV. Un
vestidillo que se cambia
por unos hábitos...
(*Vase.*)

CARR. Cuenta
con no meter algazara,
porque irá alguno al cuartel.
Adelante, camaradas.

(*Vase la* PATRULLA.)

MERINO. ¡Pícaro, ladrón!: ¿adónde
han echado las cucharas,
el vestido de mi hermano,
y el reloj de oro, que estaba
en mi despacho?

GALVÁN. Aquí está
todo. ¡Por la Virgen Santa
no me descubran ustedes;
y mátenme!

MERINO. Ven a casa;
que por caridad no hacemos
que te saquen a la plaza.
(*Llévanle.*)

ESPEJO. ¿Caridad es consentir,
ladrones?

CORONADO. Un poco falsa.
Pero aquí brilla lo falso
en muchas cosas que tapan
unos, y otros nos descubren.

ESPEJO. Muchachas, por no quedar mai
al instante que comamos,
que ponga el carro, y la bata;
y a la Sierra.

MARIANA. ¡Esto es Madrid!
Para visto, una vez basta.

SIMÓN. Vamos, cerrando la idea
con una nueva tonada.

TODOS. Y con los acostumbrados
indultos de nuestras faltas.

112

Las tertulias de Madrid

o el por qué de las tertulias

1770 (1)

PERSONAJES

DOÑA INES	*María Ignacia Ibáñez.*
DOÑA PETRONILA	*Francisca Ladvenan.*
DOÑA LAURA	*Mariana Alcázar.*
DOÑA ANA	*María Mayor Ordóñez.*
DOÑA FRANCISCA	*Josefa Figueras.*
DOÑA JUANA	*Nicolasa Palomera.*
PATRICIA	*Polonia Rochel.*
OTRA CRIADA	*Juana Blanco.*
DON JUAN	*José Espejo.*
DON LUIS	*Vicente Merino.*
DON JOAQUIN	*Eusebio Ribera.*
DON PEPITO, CHINITA	*Gabriel López.*
DON LUCAS	*Juan Ponce.*
DON MANUEL	*José Campano.*
DON CIRILO	*Juan Manuel.*
DON PABLO	*Juan Codina.*
DOS ABATES	*1.º, Simón de Fuentes. 2.º, Vicente Galván.*
DON GIL	*Tomás Carretero.*
DON ANTON	*Francisco Callejo.*
PERICO	*José Ordóñez.*

(*La escena es una sala de casa de un caballero particular, con adorno correspondiente, y sale la* IGNACIA, *muy petimetra, llorando con grandes extremos, y* LAVENANA *consolándola, y luego las de la acotación.*)

(*Salón corto con mesa.*)

IGNACIA. ¡Que a mí me suceda esto!
¿Hay mujer más desgraciada
en el mundo? ¿Qué será
luego de mí?

LADV. ¡Vaya, vaya!,
que lance más de repente
no puede darse.

IGNACIA. ¡Ay, hermana!
Yo estoy muerta.

LADV. Yo también
estoy medio atolondrada;
pero ya, ¿qué se ha de hacer?

IGNACIA. ¡Válgame Cristo! ¿Muchacha?

(1) Bib. munic.: leg. 1-168-46: manuscrito de la época. El autor lo imprimió en el tomo VIII de su *Colección* de 1789, con una coplilla, a guisa de lema, que dice: "Son en las casas de moda,—tertulias y tertulianos,—ruina del dueño feliz,—del infeliz, desengaños." Lo reimprimió Durán. Por ser texto tan conocido adoptamos nosotros el manuscrito para que puedan verse las diferencias. Arriba va el reparto doble del manuscrito y del impreso.

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. ¡Señora!

IGNACIA. ¿Han traído la gallina?

POLONIA. Sí, señora; mas tan flaca,
que toda ella no es posible
que pueda dejar substancia
para dos tazas de caldo. (*Vase.*)

IGNACIA. No hay cosa que así no salga
de prisa. ¿Dijiste a Pedro
que si acaso no encontraba
nuestro médico, trajese
al primero que encontrara?

LADV. Sí.

IGNACIA. Pues, por Dios, Petronila
que te estés junto a la cama,
ínterin viene algún hombre.

LADV. ¿Yo? Mujer, ¿por qué no lla-
a las vecinas? [mas

IGNACIA. Sabiendo
cuánto ha que estoy enojada
con todas ellas, ¿querías
que yo me baje a llamarlas,
y quede por mí? Aunque viera
morir a toda mi casta,
no hiciera tal bastardía:
ninguna a tiesa me gana.

LADV. Y si a tu marido en tanto
los accidentes le agravan,
¿qué hemos de hacer aquí so-
cuatro mujeres? [las

IGNACIA. Pues, anda,
y ten cuidado con él,
hija, que a mí me quebranta
el corazón; ¡ay de mí!
¿Qué será de mí, si él falta?

LADV. Será lo que ha sido de otras.
A bien que aun eres muchacha,
y no estás desnuda. Tú,
en todo caso embanasta
lo que puedas en los cofres,
y asegura las alhajas
de valor, o yo lo haré,
que tú no estás para nada. (*Vase.*)

POLONIA. Tengan ustedes muy buenas
noches. (*Sale con luces.*)

IGNACIA. ¿Cómo está?

POLONIA. Con ansias
de vomitar, y no puede;
mira a todos, y no habla;
si le preguntan, responde
a dos manos, las puñadas;
y hace mil gestos con las
facciones desemejadas.
Miedo da el verle.

LADV. ¿Las llaves
del dinero y de la plata,
las tiene él?

IGNACIA. Las lleva en una
faltriquera reservada
de los calzones.

LADV. Pues voy
a ver si puedo con maña,
como que saco de allí
la ropa ociosa, afianzarlas.
(Vase.)

POLONIA. ¡Ay, amo mío! *(Vase.)*

IGNACIA. ¡Ay de mí!

(Sale MERINO.*)*

MERINO. ¿Cómo tenéis la antesala
sin luz, y abierta la puerta?

IGNACIA. ¡Ay, señor don Luis de mi al-
que mi marido se muere! [ma,
(Le abraza llorando.)

MERINO. Primero yo imaginara,
que era usted la que quería
morirse, según la extraña
acción de estos agasajos;
pues entrando en esta casa
tantos, de tantos yo soy
solo el hombre, que os enfada
de la tertulia.

IGNACIA. Tal vez
vuestra seriedad nos cansa,
como toda es gente alegre;
pero enfadarme, no.

MERINO. Y vaya:
¿qué tenéis?, ¿por qué llorais?

IGNACIA. ¿No os digo, que está en la ca-
[ma
don Juan, con un accidente
más ha de dos horas largas,
que todos estamos muertos?

MERINO. ¿Y estais con esa cachaza?
¿Y quién está dentro?

IGNACIA. Nadie.

MERINO. ¿Y el Paje?

IGNACIA. Buscando anda
por ahí médicos; entrad
pues no ignorais cuánto os ama.
Quizá sólo vuestra vista
le dará alivio.

MERINO. ¿Y la hermana?

IGNACIA. Adentro.

(Sale ORDOÑEZ.*)*

ORDÓÑEZ. ¡Jesús, María!
(Muy cansado se deja caer en una silla.)

IGNACIA. ¿Hallaste al médico?

ORDÓÑEZ Estaba
en su tertulia, y han ido
a llamarle; pero gracias
a Dios hallé otro.

MERINO. ¿Y no viene?

ORDÓÑEZ ¡Si no puedo echar el habla!

IGNACIA. ¿Y quién es?

ORDÓÑEZ. Don Gil Ventosa.

MERINO. El médico de mi casa,
justamente: ¡gran pulsista!

ORDÓÑEZ Conmigo viene.

(Sale CARRETERO *de médico, con bastón, capa y gorro.)*

CARR. Madama,
a los pies de usted.

MERINO. Amigo
señor don Gil.

CARR. ¿Es desgracia
o accidente?; pues según
la prisa con que me arrastra
este criado...

IGNACIA. Entre usted;
que yo ni aun mover las plan-
puedo; ¡ay de mí! [tas
(Se sienta.)

CARR. ¿Qué ha sido esto?

IGNACIA. Ahí dentro hallaréis mi her-
que os informará. [mana,

MERINO. Venid,
que yo soy de confianza
del enfermo.

CARR. ¿Qué, es el amo?

MERINO. Sí, señor.

IGNACIA. Don Luis, que se haga
cuanto haya que hacer, y usted
disponga como en su casa.

MERINO. Entrad. *(Vanse los dos.)*

IGNACIA. Lo que siento más
es tener desazonada
esta noche la tertulia;
bien pudieras avisarla,
Periquillo, en un instante,
y decirla lo que pasa.

ORDÓÑEZ Pues, vaya; que son poquitos
(Llaman.)
para avisarlos; ya llaman.

IGNACIA. Mira quién es; ¡ojalá
que esta noche me dejaran!

(Sale MARIANA.*)*

MARIANA. Hija, ¿qué es esto? ¿Tan sola,
y tan apesadumbrada?

IGNACIA. ¡Ay, amiga, se acabó
para mí el mundo!

(Sale CALLEJO *de médico, lo mismo que el otro.)*

CALLEJO. Deo gracias.
¿Qué tenemos? ¿Volvió usted
a hartarse de leche helada
después de haberse comido
dos medidas de azofayfas
y tres libras de acerolas?

IGNACIA. No, señor; es mayor causa
para lo que os llamo. Entrad,
veréis a don Juan en cama
de un accidente.

CALLEJO. ¡Fuego!
¿y os estais tan sosegada?

IGNACIA. Otro hay dentro, con don Luis;
porque como usted tardaba,
vino el primero que hallamos.

CALLEJO. Bien hecho.

(*Sale* MERINO.)

MERINO. Perico, marcha
a llamar al cirujano.

ORDÓÑEZ ¡Que no alquile también patas,
quien alquila pantorrillas! (*Vase.*)

MERINO. Justamente preguntaba
por usted el compañero.

IGNACIA. ¿Y qué dice?

MERINO. Hasta ahora, nada.

IGNACIA. ¡Por Dios: que yo en usted [solo
fundo toda mi esperanza!

CALLEJO. Yo pondré los medios.

MERINO. Vamos,
que la urgencia es apretada. (*Vanse los dos.*)

MARIANA. Yo he quedado muerta.

IGNACIA. ¿Y cómo
estará la desdichada,
contra quien todas las iras
de tanto golpe descargan?

MARIANA. ¡Jesús, Jesús!

(*Salen de petimetras* MAYORA, FIGUERAS, NICOLASA, EUSEBIO, SIMON, GALVAN, *de estudiante decente* (1).

FIGUERAS. Me parece
noche de Semana Santa
aquí, según el silencio.

MAYOR. Si hablais cosa reservada,
no os incomodeis.

FIGUERAS. O somos
o no, amigas de confianza.

EUSEBIO. ¿Qué ¿Llora usted, mi señora
doña Inés?

LAS TRES. Hija, ¿estás mala?

IGNACIA. No, por Dios: siéntense uste- [des.

(*Sale* LAVENANA.)

LADV. Dame las llaves del arca
de nogal.

IGNACIA. Tómalas todas
y haz cuanto te dé la gana
en todo, y por todo. ¡Ay! (*Suspensos todos.*)

MAYOR. ¿Sabes tú, qué es esto, Juana?

IGNACIA. ¡Ay!

(1) En el impreso dice "dos abates a la moda".

SIMÓN. Señoras, ¿qué hay de nuevo?

LADV. Que salió bueno de casa
esta tarde mi cuñado,
y volvió luego con tanta
fatiga, que la escalera
dice que la subió a gatas.
Venía trémulo; mandó
que se le hiciese la cama;
se la hicieron; acostóse,
tan torpe que las criadas
tuvieron que desnudarle,
y al echar sobre la almohada
la cabeza, se quedó
sin sentidos y sin habla
con un terrible accidente.

TODOS. ¡Válgame Dios, qué desgracia!

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¡Jesús, y qué confusión!
¿Hay por ahí una garrafa,
doña Petronila?

LADV. Adentro
se la darán las criadas. (*Vase.*)

MARIANA. ¿Cómo va el enfermo?

MERINO. Mal:
lo mismo está, que se estaba. (*Vase.*)

MAYOR. ¡Qué atento es el tal don Luis.

SIMÓN. A nadie dijo palabra.

EUSEBIO. ¡Gran fachenda!

FIGUERAS. Es un cuidado
mayor el que ahora le llama:
yo le disculpo.

MARIANA. Yo, no.

MAYOR. Siempre es así.

IGNACIA. Mira, Frasca;
yo voy a dar una vuelta,
y a saber qué es lo que pasa
allá dentro.

FIGUERAS. No hagas tal,
hija; ¿no está allí tu hermana,
los médicos y don Luis?

IGNACIA. Y a saber por qué no sacan
de refrescar.

MARIANA. Eso, sí.

IGNACIA. Por Dios, te encargo que haya
silencio.

MAYOR. Vete, que bien
sabes a quien se lo encargas.

MARIANA. Hija, en estos lances, y entre
personas de confianza,
no te andes con chocolate,
meriendas, ni pataratas;
lo primero es lo primero
que se ha de cuidar; y basta
conque saquen una fuente
de fruta, alguna fritada,
o torreznos.

MAYOR. ¿Tienes lomo
fresco?
IGNACIA. Voy que lo hagan
freir. (*Se levanta.*)
MAYOR. A mí, chocolate;
que hoy estoy desazonada.
NICOLASA. Yo, mi media rosca tierna
y mi puñado de pasas,
como siempre.
FIGUERAS. ¿Habrá mujeres
más imprudentes?
SIMÓN. Que llaman.
(*Gritando.*)
IGNACIA. Sírvanse ustedes de abrir.
que dentro están ocupadas.
FIGUERAS. Yo he quedado lela.
MARIANA. Y yo,
aún estoy toda asustada.

(*Sale uno de los tres a abrir, y luego sale* ORDOÑEZ, *con* CALLE, *cirujano;* PONCE *y* CAMPANO *de capa y gorro.*)

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿No ha venido el cirujano?
ORDÓÑEZ Aquí le traigo ya.
MERINO. ¡Gracias
a Dios! Entre usted corriendo,
que ya ha rato que hace falta.
CALLEJO. Ahora acaban de avisar.
(*Entranse.*)
PONCE. Buenas noches, camaradas.
CAMPANO. A dios, señores.
EUSEBIO. ¿Sabéis
la novedad?
PONCE. Ahora acaba
de contárnosla Perico.
FIGUERAS. Señores, lo que se encarga
es el silencio. (*Siéntanse.*)
EUSEBIO. Para eso.
y para hacer menos larga
una visita de enfermo,
sé yo, amigos, una brava
receta.
LAS MUJ. ¿Cómo? ¿Qué cosa?
SIMÓN. Di cuál es.
EUSEBIO. Pelar la pava.
MARIANA. Pero hablar quedito.
SIMÓN. Cuanto
más quedo, mejor pelada.

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿Saben ustedes si acaso
dejé yo por ahí mi capa?
Ya la veo. (*Se la pone.*)
SIMÓN. ¿Dónde vas?
MERINO. A traer una tisana
que han recetado.
FIGUERAS. ¿Y qué dicen?
MERINO. No dan buenas esperanzas.
(*Vase.*)
EUSEBIO. ¿Esperanzas? Esa es
una comida muy cara.
GALVÁN. Yo sé quién las tiene, y buenas,
solo que no quiere darlas.
SIMÓN. ¿Tiene usted muchas?
MARIANA. Y gordas.
SIMÓN. Así usted me regalara
unas poquitas.
MAYOR. Silencio;
que esta no es noche de chan-
CAMPANO. ¡Qué cabezas! [zas.
PONCE. De aquí a un poco
yo, amigo, cojo la rauta,
a jugar mi malillita
a otra parte.

(*Sale* CHINITA.)

CHINITA. Salgan, salgan
ustedes a los balcones,
verán venir a dos majas
con un escribano, sobre
quién se lleva el gato al agua.
TODAS. ¡Chis!
(*Con el dedo en la boca.*)
CHINITA. Salgan ustedes.
TODOS. ¡Chis!
SIMÓN. Que está muy malo en la cama
don Juan, con un accidente.
CHINITA. ¿Y qué dice a eso Madama?
MARIANA. Está muerta.
CHINITA. De ese modo
no podrá decir palabra.
MARIANA. Traiga usted la silla chica.
CHINITA. ¿Hablan ustedes en chanza?
(*La trae.*)
MAYOR. No, no; ya lo verá usted.

(*Sale* LAVENANA.)

LADV. Amigas, suplir las faltas;
que hoy todo va como va.

(*Sacan de beber el paje y las dos criadas, y luego algunas servilletas, una fuente de fritada, pan, tenedores y platos.*)

FIGUERAS. Si estaba muy excusada
por hoy esta ceremonia.
MARIANA. No tan ceremonia, Frasca;
que mientras Dios nos man-
[tiene
en este mundo, nos manda
mantener el individuo.
Mira este vaso; qué bata
tiene de tan lindo gusto.
FIGUERAS. Mujeres, ¡que seais tan malas!
¿Quién repara en estos lances?
SIMÓN. Si aquel vino de la Mancha
no se acabó, mande usted
que una botella me traigan.
LADV. Anda, chica.

BLANCO. ¡Bueno va esto!
Y mi amo para dar su alma
a Dios. *(Vase.)*

(Sale MERINO *con la garrafilla de la bebida.)*

MERINO. Buen provecho.
SIMÓN. Luis.
Vaya al paso esta tajada.
MERINO. Voy de prisa.

(Al entrar MERINO *salen los dos médicos e* IGNACIA, *llorando.)*

IGNACIA. Conque, en fin,
¿pueden fundarse esperanzas?
CALLEJO. El pulso aun promete algunas;
pero hareis mal en fundarlas,
hasta ver si vuelve y cómo
vuelve.
MERINO. ¿Le doy la tisana?
CARR. Al instante, y avisar
si la traga o no la traga.
(Vase MERINO.)
SIMÓN. ¿No fuera bueno sangrarle?
CALLEJO. Ya tiene desenvainada
la lanceta el sangrador,
pero hay primero otras causas
que vencer.
CHINITA. ¿Se ha confesado?
(Con la boca llena, y no dejan de comer todos.)
CARR. ¿Cómo, si ha perdido el habla?
IGNACIA. Ese es mi mayor pesar.
EUSEBIO. Esta tajadita magra,
que está diciendo comedme.
(Se levanta, y la brinda.)
IGNACIA. Perdonad, no tengo gana.
MARIANA. ¡Qué mal frito está!
NICOLASA. Y la rosca,
¡qué dura y qué apelmazada!
TODOS. Ven aquí.
CALLEJO. Siéntese usted,
y tenga la confianza
de que no le dejaremos
hasta ver si se le saca
deste primer paso.
IGNACIA. Bien.
(Siéntase llorando.)
CARR. Venga un polvo de la Habana.
CALLEJO. Y rico: los tertuliantes
¡qué ricamente acompañan
la paciente en su dolor!
CARR. No es el ejemplillo rana,
para algunos que yo sé;
que cuanto tienen lo gastan
en tertulias. Otro polvo.
SIMÓN. Los médicos, mala cara
ponen.
CHINITA. ¿Qué médicos son?
SIMÓN. Entrambos de mucha fama.
CHINITA. La fama de los doctores
es como la de las damas,
que aquella, que tiene más
visitas, es más nombrada,
y suele ser la señora.
con perdón, una tarasca.
MERINO. Señores, vengan ustedes,
que ha bebido la tisana
sin derramar una gota.
y van a menos las ansias.
IGNACIA. ¿De veras? *(Ansiosa.)*
TODAS. Estate quieta.
CALLEJO. No es la noticia muy mala;
entremos, don Gil Ventosa.
(Vanse.)
CARR. Vamos, don Antón Jalapa.
MARIANA. No entres tú.
IGNACIA. ¿Pues qué, si soy
(Muy animosa.)
yo sola la interesada?
PONCE. ¡Chis!, don Luis. Salga usted [luego,
que si usted no juega, falta
un pie.
MERINO. ¿Qué pie, ni qué mano?;
¡para juego está la casa!
(Vase.)

(Sale JUAN MANUEL *con* POLONIA.)

J. M. A los pies de ustedes.
POLONIA. ¿Conque
tenemos novedad?
PONCE. Vaya;
que ya hay. Doña Petronila,
que saquen una baraja
y nuestra mesa.
CAMPANO. Este es juego
en que todo el mundo calla.
LADV. Está bien.
POLONIA. Pues en la calle,
de decirnos ahora acaban,
que don Juan está muy malo.
CHINITA. Ya está mucho mejor.
J. M. Gracias
a Dios.

(Sale ORDOÑEZ.)

ORDÓÑEZ Aquí está la mesa.
SIMÓN. Cuenta con gritar, si os fallan
una malilla, don Lucas.
PONCE. Es advertencia excusada
donde hay enfermos; y usted
puede para sí tomarla.
CHINITA. Pues yo me desfilo a un baile,
señoras, si no me mandan
otra cosa.

EUSEBIO. ¿Hay para todos?
MARIANA. No; pues si ustedes se marchan
nos vamos también nosotras.
CHINITA. ¿Aprendió usted ya, doña Ana,
las seguidillas del ole?
MAYOR. Toma; ya están olvidadas.
CHINITA. Si no fuera escandaloso,
iría por la guitarra,
y se haría por lo bajo
una peti-serenata.
SIMÓN. Eso es demasiado ahora:
si quisiera esta madama
honrarnos, sin instrumento
pudiera en seco cantarlas.
MAYOR. Y que lo oyeran.
LADV. Ahora
que está allá dentro mi her-
no importa. [mana.
MARIANA. Vamos, Anita.
MAYOR. Vaya una coplita.
TODOS. Vaya.

(*Canta sin instrumentos: todos la rodean sentados, y de rodillas, a excepción de los del juego.* PONCE, *a medio cantar, se levanta de la silla, echa a rodar el candelero, y dice gritando:*)

PONCE. ¡Hombre de dos mil demonios;
que haga usted esa jugada
en mano de favorito!
CAMPANO. ¿Por qué usted no me avisaba
que tenía la malilla?
PONCE. No sabeis tener las cartas
en las manos.
CAMPANO. Más que usted.

(*Sale* MERINO.)

MERINO. Señores, señores, valga
la cortesía, por Dios;
que nuestro amigo se marcha
por la posta.
PONCE. ¿Sabe usted
ya cuántas malas jugadas
ha hecho este hombre?
MERINO. Bien está;
pero reñirlas mañana.
EUSEBIO. ¿Conque eso va malo?
MERINO. Malo.
(*Vase.*)
PONCE. Don Cirilo, usted baraja.
LADV. Con vuestra licencia, voy
a ver cómo estamos.
FIGUERAS. Anda.
GALVÁN. Noche funesta.
CHINITA. El caso es
que yo tenía mi danza
de monos en mis bolsillos
y esta noche hacer pensaba
los purchinelas.
NICOLASA. ¿De veras?
CHINITA. Si no, ve aquí por fianza
de mi verdad, al señor
don Cristóbal.
(*Saca un muñeco.*)
MARIANA. ¡Ay qué gracia!
MAYOR. ¿Tenéis más?
CHINITA. El perro, el hombre,
el demonio y la madama.
FIGUERAS. ¿Y el silbatillo?
CHINITA. También
MARIANA. Hable usted algo, como hablan.
CHINITA. Se mete bulla.
EUSEBIO. Quedito,
y sólo cuatro palabras.
(*Hablando de Purchinela.*)
CHINITA. "Compañero: ¿que de veras
hay allá fuera muchachas
bonitas, bonitas? Mucho."
(*Ríen todos.*)

(*Sale* IGNACIA.)

IGNACIA. Hijas: por la Virgen Santa,
que os vais; yo conozco que
aquí estais mortificadas,
y yo deseo estar sola.
LADV. Los médicos ahora acaban
de decirnos que don Juan
llegar no puede a mañana.
IGNACIA. ¡Ay de mí! (*Se desmaya.*)
TODAS. Por Dios, amiga;
(*Se levantan.*)
que traigan un poco de agua.
IGNACIA. No es menester; por Dios, idos
MARIANA. ¿Irme yo, estando con tanta
pena tú?
MAYOR. Ni yo tampoco.
FIGUERAS. También yo avisaré a casa,
que no nos esperen.
EUSEBIO. Digo,
mi señora doña Juana,
esfuerce usted el pensamiento,
veréis qué noche tan guapa
pasamos, contando cuentos.
MARIANA. ¿Qué tigre tuviera entrañas
de dejaros en un lance
como éste? ¿No lo extrañara
todo el mundo?
SIMÓN. Oyes, Joaquín,
¿que se quedan las madamas?
EUSEBIO. Sí, hombre. Por lo que se
[ofrezca.
cuanto más acompañada,
mejor; yo seré el primero.
IGNACIA. Hijas, yo con mi desgracia
no estoy para daros cena,
ni hay disposición de camas.
MAYOR. ¿Quién se había de acostar
con tal cuidado?

MARIANA. Ni gana
de cenar, ¿quién la tendrá?
CHINITA. ¿Tenéis jamones en casa,
café y chocolate?
IGNACIA. Sí.
CHINITA. Pues sobra con eso que haya:
y allá en lo más retirado
donde al enfermo no se haga
mala obra, pasaremos
la noche, aunque ya son largas,
como unos santos.
EUSEBIO. Veréis,
qué lindamente se pasa.
SIMÓN. Digo, nos podemos ir
a la pieza de las jaulas,
que está lejos de la alcoba.
MARIANA. Dice bien.
LOS CUATRO. Pues fuera espadas.
IGNACIA. Es imposible, señores.
(*Sale* MERINO, *muy lloroso.*)
¿Qué hay de nuevo, don Luis?
MERINO. Nada;
lo más sensible aquí es
la disposición del alma.
IGNACIA. ¿Pues qué, va peor?
MERINO. Señora,
usted téngala tragada;
busque un coche, y con alguna
de estas amigas se vaya;
que ya no está bien aquí:
y pues satisfacción tanta
tiene de estos caballeros,
nombre uno de confianza,
que se haga cargo de llaves
y papeles.
IGNACIA. ¡Ay, mi Juana!
MARIANA. Yo sería la primera
amiga, que te llevara
a no tener tantos hijos.
FIGUERAS. Yo también, como mi casa
tuviera una alcoba más.
MAYOR. Por mí, ya sabes la mala
condición de mi marido.
IGNACIA. Señor don Joaquín.
EUSEBIO. Madama,
yo en asunto de papeles
soy un pedazo de albarda.
GALVÁN. Yo, ya sabe usted que tengo
una oficina pesada.
SIMÓN. Yo, mil correos y agencias,
que me llevan a la rastra.
CHINITA. A mí de testamentario
es cosa que no me encaja.
IGNACIA. ¿Vosotras sois las amigas
de que tuve confianza?
PONCE. Ese as; ¿no repara usted
(*Gritando.*)
que yo descubrí la mala?
IGNACIA. ¿Cabe en los hombres de honor
correspondencia tan falsa?

(*Sale* MERINO *con* ESPEJO *de bata y los médicos; y todos se admiran.*)

MERINO. Don Juan amigo, ya tiene
sal y aceite la ensalada;
salid a echar el vinagre.
ESPEJO. Sea enhorabuena. Madamas,
caballeros; yo agradezco
a todos mercedes tantas.
IGNACIA. ¡Hijo!, ¿qué es esto?
ESPEJO. Esto es, hija,
haberte dado copiada
una pesadumbre que
quizá puedas ver mañana
original.
IGNACIA. Bien decíais,
que es vano cuanto se gasta
en semejantes tertulias;
que del que más me adulaba
en una necesidad
me hallaría más burlada.
ESPEJO. Te lo dije, y te lo digo:
que nadie viene a estas zam-
sin su fin particular, [bras
o su interés; verbigracia:
(*A* MARIANA.)
la señora viene aquí,
porque es amiga de danza,
y en su casa su marido
no quiere sufrir guitarras.
(*A* FIGUERAS)
La señora viene a ver,
cómo sale de cuñada;
si aquí entran muchos hombres
se inclina alguno, y se casan.
(*A la* MAYOR.)
Esta viene porque viene
estotro; y la contraria;
(*A* EUSEBIO.)
éste porque viene estotra.
Este viene porque aguarda
que yo le saque un empleo:
(*A* GALVAN..)
éste porque está sin blanca,
(*A* SIMON.)
lo más del año, y yo soy
el que socorre la plaza.
El señor acude aquí
(*A* CHINITA.)
(como a otras tertulias varias)
por trasegar de una en otra
lo que en todas partes pasa,
hecho arcaduz; que tan pronto
lo coge como lo vacía.
(*A* PONCE.)

El señor, porque asegura
con el juego la pitanza
para el otro día; éste
(*A* Campano.)
porque con lo que aquí zampa
por la tarde, ahorra la cena;
y estotro, porque hacen malas
(*A los otros.*)
noches; viven ahí, enfrente,
y aquí hay siempre fiesta ar-
[mada.
¿Es esto? Respondan, y
(*Todos suspensos.*)
quien mienta, muerto se caiga.
Este solo es verdadero
amigo, y en quien si pasara
de veras, lo que hoy fingimos
me sirviera y te amparara.

Merino. Con el alma, y con la vida.

Ignacia. Hijo, yo por la enseñanza,
te perdono el grande susto.

Callejo. Ya no hacemos aquí falta;
pues don Juan encontró el
[modo
de curarse y de curarla.

Polonia. Muy bien lo han fingido todos.

Ladv. A costa de nuestras ansias.

Espejo. Por sacar las llavecitas
del dinero y las alhajas;
esas son cuentas que luego
los dos hemos de ajustarlas.

Mariana. Sin embargo, es un desaire.
(*Enfadada.*)

Figueras. Amiga Juanita, calla,
y callemos todos, pues
ya nos han visto las cartas;
y si envidamos el resto
quedamos más desairadas.

Las demás. Dices bien: adiós, amiga.
(*Vanse.*)

Hombres. Chicos, encended las hachas.
(*Vanse.*)

Chinita. Si soy arcaduz, y los
arcaduces nunca paran,
la historia que aquí he cogido
voy a otra parte a vaciarla.
(*Vase.*)

Ignacia. ¿Y qué tisana tomaste?

Merino. Cuartillo y medio de horchata,
que yo le traje en persona.

Ignacia. Pues yo he sido la curada,
yo soy la que debo a ustedes
darles el premio y las gracias.

Espejo. Todos seremos contentos
si de este ejemplo se saca
por qué, cuando las tertulias
se forman, y desbaratan.
(*Hace que se va.*)

Polonia. Y aquí se acabó el sainete.

Espejo. ¡Ah! sí que se me olvidaba
prevenirlo, y prevenir
lo de la nueva tonada,
con la nueva tonadilla,
del perdón de nuestras faltas
a coros,

Todos. Que todo el coro
pide rendido de gracia (1).

113

El viejo burlado

Sainete nuevo

para la compañía de Juan Ponce.

Año 1770 (2).

(*Al levantar la cortina aparecen cuatro mujeres y cuatro hombres de máscara, bailando una contradanza como que la ensayan, y otro de* Paje *fingiendo que la toca. A cuatro mudanzas sale* Callejo *y dice a la señora* Polonia:)

Callejo. Ahí está un lacayo que
pregunta por ti, Teresa.

Polonia. ¿Un lacayo? Dile que entre.
Mis queridos compañeros,
este es un primito mío
que sin duda me trae nuevas
de mi madre. ¡Por Dios, que
me dejéis sola por media
hora con él!

Otra. Y aun por una;
mas cuida que el ama vieja
no te pille en el garlito.

Callejo. Y que dejamos, no sepa,
de ensayar música y bailes
conque esta noche festeja
los contratos de la boda
de la señorita.

Polonia. En esa
materia hay mucho que hablar.
Dile que entre en esta pieza
a ese lacayo, y agur.
(*Vase* Callejo.)

La otra. Vamos antes que la abuela
nos eche menos. ¡Cuidado
con estos primos, Teresa!
(*Vanse.*)

Polonia. ¡Ea!, valor de criada:
ya estamos en la palestra.

---

(1) Esta conclusión no está en el impreso, ni será del autor.

(2) *Inédito.* Bib. munic.: leg. 1-161-31. Autógrafo. Otro manuscrito del mismo año lleva las aprobaciones y licencias que van al final.

(*Sale* MERINO *de lacayo.*)

MERINO. ¿Teresita?

POLONIA. ¡Vaya, vaya!,
que venís de una manera
disfrazado que yo misma
creo que no os conociera.
Sólo no conviene el rostro
de señor, con la librea.

MERINO. Con este traje, y el nombre
de tu pariente, la puerta
me abrieron, y te avisaron,
sin repararme siquiera
ni alguno me ha visto entrar
del lugar; con que no temas.

POLONIA. Creo que estaréis contento,
señor, pues estas finezas
no van muy en orden; pero
es reconocer la extrema
con que amais a mi señora
y con la que os quiere ella;
además, reconocer
que vivirá más contenta
con vos que con el marido
a quien su madre la entrega,
me desvanece cualquier
escrúpulo de conciencia.

MERINO. ¿Qué dices? ¿Ella me quiere?
¿Cómo es posible, si apenas
la he podido hablar, bien que
si tienen los ojos lengua
a cuanto dicen los míos
mandan los suyos respuestas
amables... Mas ¿no te burlas?

POLONIA. Digo que os ama de veras,
y que... Mas ¡ay! el lacayo
de casa hacia aquí se acerca
y no nos aborrecemos,
señor don Lope; paciencia
y haced por mí lo que yo
si saliese mi ama hiciera.

(*Sale* CHINITA *con otra librea distinta.*)
(*Izquierda.*)

CHINITA. ¡Hola! ¿Quién es ése?

POLONIA. Este es
uno de mi parentela
que sirve, y el pobrecillo
viene a verme por las fiestas.

CHINITA. ¿Un pariente tuyo?

POLONIA. Sí.

CHINITA. Será primo.

POLONIA. Tú lo aciertas.

CHINITA. ¡Ju, ju! La tracilla no es
de primo ni con cien leguas.

POLONIA. ¿Qué quieres decir?

CHINITA. ¿Qué digo?
que me das una moneda
que creo que ha de salir
algo falsa si se pesa.

POLONIA. Vaya, no seas malicioso.

CHINITA. Y aunque el demonio viniera
y cargase con tu primo
creo que en tu parentela
ninguno le echara menos.

POLONIA. Hombre, ¿qué dices, tú sueñas?
¡Sobre que es mi primo Pedro!

MERINO. Y quien serviros desea.

CHINITA. ¡Hum!

POLONIA. ¿Qué gruñes?

CHINITA. Sobre que
no tiene aire de taberna;
pero sea o no sea primo
usted, señor Pedro, sepa
que estimo, y estoy dispuesto
a casarme con Teresa
y quiero ser solo quien
se case solo con ella.

POLONIA. Yo le hablaré para que haga
que mis parientes convengan.
Vete.

CHINITA. ¡Qué presto saltó
la prima de la vihuela!
¿Qué dice usted, señor Pedro?
¿Lo aprueba usted o no lo
[aprueba?

POLONIA. Preciso es valernos de él.
(*A* MERINO, *aparte.*)
Vamos, ven acá, tronera:
¿querrás tú servir a un hombre
de honor que si le contentas
te recompensará bien?

CHINITA. Si es hombre que recompensa,
sin duda es hombre de honor.

POLONIA. ¿Sabes que señora intenta
casar a la señorita?

CHINITA. Y también, según se suena,
que ella tiene catorce años
y el novio tiene setenta.

POLONIA. Bien ves que este matrimonio
tiene muchas contingencias.

CHINITA. Sí, porque amenaza celos,
esterilidades, flemas,
y si hay sucesión, disputas
sobre nulidad de herencia.

POLONIA. La pobre niña inocente
se sacrifica por fuerza
con hombre que no conoce
ni nadie sabe quién sea,
cuando de un joven que adora
logra la correspondencia.

CHINITA. Verbigracia, nuestro primo.

POLONIA. Si te hemos de hablar de veras
tú acertaste.

MERINO. Y yo discurro
que si en servirme te empeñas
no quedes de mí quejoso.

CHINITA. El caso es que haya en que
[pueda

porque han de capitularse
al punto que el viejo venga.

POLONIA. Pues antes que venga el viejo
es preciso que se vean
y capitulen los dos.

CHINITA. El caso es que ella es tan lerda,
criada tan sin ver gentes
civiles, modas ni fiestas,
que se asustará y no creo
que al partido se resuelva.

POLONIA. Lo que a nosotros nos toca
es facilitar la empresa;
dejémonos de pensar
lo que resultare de ella:
además que entonces, ya
vendrá de mí bien impuesa.

CHINITA. En fin, el valor no falta:
al jardín sale esa puerta,
esta sala no es común,
tú eres la que lo manejas,
el señor lo paga bien,
yo ando escaso de pesetas
y no es hombre quien su honor
en un lance así no arriesga;
conque ¿cómo he de negarme
a una acción en que se vea
lo útil y lo laudable
para hacer mi fama eterna?

MERINO. No es mi ánimo robarla;
sólo pretendo que sepa
mi amor y confiada en él
resista la impertinencia
de su madre, a que se opone
la misma naturaleza
o me dé palabra, y mano;
pero la noche se acerca...
¿Adónde podré ocultarme?

CHINITA. En mi cuarto... Mas, ¡la vieja!
¡Salvémonos!

POLONIA. Nada menos;
que puede entrar en sospecha
si ve que huís.

CHINITA. Pues callad
y dejarlo por mi cuenta.

(*La señora* JOAQUINA, *muy bizarra, de viuda.*)

JOAQUINA. ¿Adónde está Mariquita?

POLONIA. Señora, haciendo calceta
queda en su cuarto.

JOAQUINA. No es día
de eso; mas ¿qué cara nueva
veo aquí adentro?

CHINITA. Señora,
este es (vaya el miedo fuera)
un caballero pariente
mío, que por bagatelas
le ha despedido su amo;
y habiendo oído que en esta
casa hay boda, dice el pobre
que acomodarse desea
con la señorita.

JOAQUINA. Bien;
tiene muy linda presencia.
¿Adónde ha servido?

MERINO. En casa
de un conde y una marquesa.

JOAQUINA. Pues bien; yo hablaré a mi yerno.
y le diré con franqueza
que os necesita mi hija;
marchad. Oye tú, Teresa.

CHINITA. Buena entrada; la salida
quizá no sea tan buena.

(*Vanse.*)

JOAQUINA. Tú que eres la secretaria
de mi hija, y compañera
más que criada, ¿qué tal
está? Dime: ¿está contenta?

POLONIA. No, señora; está muy triste.

JOAQUINA. ¡Qué quieres! La pobrecilla
se va a casar y me deja;
y no es extraño, en su edad,
que la separación sienta.

POLONIA. ¡Oh!, por lo común ninguna
muchacha tiene tristeza
por casarse.

JOAQUINA. Ni tampoco
hay razón para tenerla.

JOAQUINA. Al mirar ella el marido
que la doy, será diversa
su intención; es hombre rico,
de talento y de prudencia.

POLONIA. Bastante tiempo ha tenido
según dicen de aprenderla.

JOAQUINA. Viejo es, pero también es
amable y de lindas prendas.

POLONIA. ¿Amable con siete dieces
de años? Niego consecuencia.

JOAQUINA. Una hija tan bien criada
como está la mía, es fuerza
tenga el mismo humor que yo
para todo.

POLONIA. No hay quien tenga
el humor de usted en el mundo.

JOAQUINA. No me seas bachillera;
y llámala.

POLONIA. Es por demás;
(*Sale la* NICOLASA.)
que aquí viene.

JOAQUINA. ¡Dulce prenda
del corazón!

NICOLASA. Madre mía:
¿qué mandais?

POLONIA. Esté usted alerta;
(*Aparte a ella.*)
que don Lope está en el cuarto
del lacayo.

JOAQUINA. Vete afuera,
tú.

NICOLASA. ¿Qué me dices; qué has hecho?
¡Ay! (*Temblando: aparte.*)
JOAQUINA. ¿Qué es eso? ¿De qué tiem- [blas?
POLONIA. Porque la digo que es novia,
se corta y la da vergüenza. (*Vase.*)
JOAQUINA. Eso es natural; mas dime:
de serlo tú, ¿no te alegras?
NICOLASA. Yo haré lo que usted me man- [de.
JOAQUINA. Yo te busco conveniencia,
muy conforme a tus costum- [bres,
tu educación y modestia.
¿Qué dices?
NICOLASA. ¿Qué he de decir,
madre, si usted me lo ordena?
P. Y J. Es así; pero ¿estás tú
de tu suerte satisfecha?
NICOLASA. Yo...
JOAQUINA. ¿Cómo es eso de yo?
NICOLASA. Si usted así se impacienta, (*Tímida.*)
yo no hablaré una palabra.
JOAQUINA. En tu interior, ¿no celebras
esta boda...?
NICOLASA. No, señora.
JOAQUINA. ¿Qué, acaso te descontenta
el matrimonio?
NICOLASA. Tampoco.
JOAQUINA. ¿Pues quién quieres que te en- [tienda;
si no es que quieras decirme
que toda eres obediencia
y no tienes voluntad?
NICOLASA. ¡Ay, madre; si usted quisiera (*Risueña.*)
yo muy bien tuviera una!
JOAQUINA. No es preciso que la tengas
para casarte; pues luego
que al marido te sujetas
no la necesitas puesto
que sólo la suya reina.
NICOLASA. Pues, ¿y la mía si entonces
me da gana de tenerla?
JOAQUINA. Ese artículo es un poco
escabroso y tal vez fuera
mortificación; pero hija
es una ley que se observa
fácilmente en las mujeres
de tu juicio y tu modestia.
NICOLASA. Pues para mortificarme,
más vale que me estuviera
en casa.
POLONIA. ¡Albricias, señora,
que ya el novio está a la puer- [ta!
JOAQUINA. ¿Y qué tal es?
POLONIA. Un demonio.
JOAQUINA. Calla, no seas embustera.
POLONIA. ¿Setenta años dicen? Más
tiene de ciento y cincuenta.
JOAQUINA. Dile que entre, y mientras tan- [to
que yo voy a que prevengan
las cosas, quédate tú
como haciendo la desecha:
háblale y verás que no es
despreciable su presencia.
POLONIA. Señora, ¿y quién es este hom- [bre?
JOAQUINA. Se trató con tal cautela
esto, que ni un hijo suyo
que ha venido de su tierra
a la boda, sabrá nada
hasta después que esté hecha,
que lo sabréis todos. Oyes:
habla con toda prudencia
y verdad; los ojos bajos;
y, por Dios, que le entretengas
hasta que avise.
POLONIA. Señora:
don Lope... (*Aparte.*)
JOAQUINA. Vamos, Teresa,
que siento gente. (*Vase, y la* POLONIA.)
NICOLASA. ¡Ay, de mí:
triste corazón, alienta!

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Señora... pero ¡qué miro!
Sin duda es feliz mi estrella,
pues quiere que al primer lan- [ce,
sin testigo alguno, pueda
ponderaros mi pasión
por más que a la edad tan tier- [na
no se conforme la mía.
NICOLASA. Cierto es que hay gran dife- [rencia.
ESPEJO. Pero, con todo, mi mano
se enlazará con la vuestra.
NICOLASA. Mi madre lo dice.
ESPEJO. ¿Y vos?
NICOLASA. Perdonadme la respuesta.
ESPEJO. ¿Es modestia o es disgusto?
NICOLASA. Os juro que no es modestia.
ESPEJO. Luego es disgusto: hablad cla- [ro.
¿Me aborrecéis, dulce prenda?
NICOLASA. ¿No veis que el decir que sí
sería una desvergüenza?
ESPEJO. ¿Hay más que decir que no?
NICOLASA. Menos, que entonces mintiera.
ESPEJO. Esto es ya mucho; aquí hay
alguna maula encubierta.
¡La verdad! ¿Quieres a otro?
NICOLASA. Y que después le dijera
usted a mi madre el secreto.
ESPEJO. No es tanta mi ligereza
que levante testimonios

a nadie.

NICOLASA. No hay porque tenga
este escrúpulo, pues solo
(*Viva.*)
la pura verdad dijera.

ESPEJO. ¿Luego amais?

NICOLASA. ¡Pero, cuidado!:
que mi madre no lo sepa.

ESPEJO. No lo creais; porque sólo
el serviros me interesa.

NICOLASA. ¡Qué amable sois! Ahora digo
que ciertamente os quisiera
si tuvierais veinte años.
(*Amable.*)

(*Sale* CHINITA.)

CHINITA. Señor, mi señora os ruega
que entreis; y a usted que al
[instante
suba, que el sastre la espera.

ESPEJO. ¿A quién amais?

NICOLASA. Ya os he dicho
que amo; conque os resta
que saber, si hacer queréis
con otra las diligencias.
(*Vase.*)

ESPEJO. ¡Fuerte chasco!; pero, Jorge:
morir antes que cederla.
Ven acá, tú.

CHINITA. ¿Qué mandais?
Pero mirad que os esperan.

ESPEJO. Al punto voy. Yo he tomado
afición a tu presencia.

CHINITA. Pues nada tengo de esquivo.

ESPEJO. Y si un servicio me hicieras,
esta bolsa fuera tuya.
¿Qué miras?

CHINITA. Lo que me lleva
la atención no es el bolsillo,
sino vuestra gentileza.

ESPEJO. Pues, hijo, será ella tuya
si me dices lo que sepas
en cuanto a la Mariquita.
Ahora me ha dicho ella misma
que quiere a un hombre; yo sé
que ha vivido recoleta,
y que sólo por criados
se ha guisado esta menestra.
Dime si sabes quién es,
y si eres tú nada temas;
que te guardaré el secreto.

CHINITA. ¿Quién ha de hacer resistencia
a un hombre con el bolsillo
en la mano? La Teresa,
es la que lo sabe todo;
yo solamente sé que ella,
poco ha supo persuadirme
con su cara y elocuencia
que metiera disfrazado
a un caballero...

ESPEJO ¡Ah, perra!

CHINITA. En mi cuarto, para que
hable con la novia mientras
os daban las bien venidas
arriba.

ESPEJO. ¡Quién los cogiera!

CHINITA. No hay cosa más fácil; yo
he tomado la incumbencia
de traerle y de dejar
luego a oscuras esta pieza.

ESPEJO. A lo menos podré oir
a qué estado el caso llega.

CHINITA. Mas si queréis recataros,
para la función dispuesta,
de máscaras han traído
hoy disfraces, y caretas.
Si queréis un dominó
le traeré.

ESPEJO. Tú me franqueas
un placer; toma la bolsa.

CHINITA. Bien hacéis en dar de espuela
al caballo porque llegue;
que la hora está muy cerca.
(*Vase.*)

ESPEJO. Si de sus voces infiero
avanzada la materia
renuncio a la boda. ¡Ah!
que es difícil con setenta
años ser dichoso amante.

(*Sale* CHINITA.)

CHINITA. Vamos, antes que se pierda
el lance; y cambiar el rostro
por el de aquesta careta;
que no perdéis nada, pues
solamente representa
diez y ocho años. ¡Chito!;
que voy apagar las velas;
buenas noches.

ESPEJO. Digo, amigo:
cuando la niña y Teresa
entren ves, y con sigilo
dirás a tu ama que venga.

CHINITA. Bien está; ¿cuánto apostamos
que no encuentro con la puerta?
¿Primo?

MERINO. Aquí estoy.

CHINITA. ; Aguardad;
que voy a avisar que vengan
las mozas.
(*Vase por la otra puerta.*)

ESPEJO. Parece que hablan.

MERINO. ¡Amor; a cuánto me arriesgas!
Procuremos no hacer ruido.

ESPEJO. Mas parece que se acerca
a este lado; voy al otro.

MERINO. Parece que ruido suena

de tafetán... ¿Eres tú,
dulce y adorada prenda?
(*Le coge del dominó.*)

ESPEJO. ¡Poco a poco!

MERINO. ¿Hablas, señora?
Persuádela tú, Teresa.

ESPEJO. Esta es la voz de mi hijo:
no ha sido la niña lerda.

MERINO. Si confiesas que me quieres;
¿por qué ahora me desprecias?
Dame una mano que afirme
nuestra firme unión perpetua.

ESPEJO. Eso, no.
(*Huye y salen las dos mujeres.*)

J. Y P. Aquí estamos ya,
señor don Lope.

MERINO. ¿Qué intentas,
Teresa, con engañarme,
si ves la condición fiera
de tu ama, y que me huye?

NICOLASA. Si acabo de entrar apenas,
¿cómo he de huir ni por qué,
cuando he bajado resuelta
a deciros que agradezco
vuestro amor?

POLONIA. Sin duda sueña.

MERINO. Repetid esas palabras
que mi corazón alientan.

NICOLASA. ¿Para qué he de repetir
lo que sabéis? Toda es vuestra
mi inclinación.

JOAQUINA. ¿Qué es lo que oigo?

NICOLASA. Yo no entiendo de fineza,
ni sé hablar; sólo sé
que os amo y estoy contenta
sólo a vuestra vista: vos
tomaréis a cuenta vuestra
la resolución.

MERINO. ¡Qué dichoso!

NICOLASA. Reclusa, sin experiencia
del mundo ni de sus tratos,
sólo sé que las ideas
de mi madre me disgustan,
sin que por eso la quiera
yo menos, ni la respete
menos; pero en cuanto a esta
boda del viejo maldito
no es fácil que la obedezca
después de veros.

JOAQUINA. ¡Traed luces
(*Grita, y coge a* ESPEJO.)
al instante! ¡Hija perversa;
ingrata! ¿Estos son los frutos
del cuidado que me cuesta
(*Sacan luces.*)
tu crianza? Yo te juro
que un convento y una aldea
te harán ver que no es la vida
que te he dado tan estrecha.

POLONIA. Temblando estoy.

JOAQUINA. Mas, ¿qué es esto?

ESPEJO. ¿Sabe usted si me quisieran
recibir en el convento?

JOAQUINA. ¿Qué es esto, Señor? ¿Y a
aquí ese bribón? [qué entra

ESPEJO. Señora,
el bribón que la librea
disfraza es mi hijo, a quien,
apurada la materia
os aconsejo que deis
vuestra hija; Lope, llega.

JOAQUINA. ¿Vuestro hijo?

ESPEJO. Sí, señora;
y quien con esta experiencia
me hace abrir los ojos para
ver la ridícula escena
en que estoy; y vos también
debéis abrirlos, atenta
a que vuestra extravagancia
obligó a saltar la cuerda;
además que donde hay malos
criados, no hay hijas buenas.

POLONIA. Ve ahí por qué de uno y otro
se ve tan mala cosecha.

CHINITA. De cocineras tal cual;
lo peor es cuanto a doncellas.

MERINO. ¡Padre mío, cuánto os debo!

NICOLASA. Madre, a vuestras plastas pues-
os pido perdón. [ta

ESPEJO. Y bien
lo merece su inocencia.

JOAQUINA. Yo tomo vuestros consejos:
mandad, que mi acción es vues-
[tra.

ESPEJO. Pues que se casen mañana,
y que se empiece la fiesta
desde esta noche.

POLONIA. Y será
una tonadilla buena
lo primero.

TODOS. Después de
perdonar las faltas nuestras (1).

---

(1) He leído el sainete intitulado *El viejo burlado, o lo que son criados*, y me parece puede permitirse su representación, salvo mejor dictamen.—Madrid 21 de Julio de 1770.—Doctor D. Francisco de la Fuente. (Rubricado.)

Nos el Doctor D. Cayetano de la Peña y Granda, Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, &. Por la presente y lo que a Nos toca. Damos licencia para que se pueda representar el sainete antecedente titulado *El vielo burlado*, su autor D. Ramón de la Cruz, atento que de nuestra orden ha sido visto y no contener cosa que se oponga a nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid a veintiuno de Julio de mil setecientos y setenta.—Doctor Peña. (Rubricado).—Por su mandado, Bernardo Pérez. (Rubricado.).—Madrid y Julio 22 de 1770.—Execútese.

Madrid y Julio 23 de 1770.—Visto, Cuéllar. (Rubricado.)

114

De tres, ninguna

Sainete nuevo

DE D. RAMÓN DE LA CRUZ

1771 (1)

PERSONAJES

DON ANSELMO	*José Espejo.*
DON TADEO (hidalgo manchego)	*Polonia Rochel.*
JUANA	*Chinita.*
LUISA	*Nicolasa Palomera.*
GUZMANA	*María de Guzmán.*
DON FABRICIO	*Diego Coronado.*
DON JUAN	*Vicente Galván.*
PERIQUILLO	*Cristóbal Soriano.*

(*La escena es en Madrid. El teatro representa calle pública y salen de camino, con botas,* ESPEJO *y* CHINITA *de hidalgo manchego.*)

ESPEJO. Después de un viaje tan largo,
En fin, señor don Tadeo,
Ya hemos llegado a Madrid,
Y a esta casa, cuyo dueño
Solo es hoy mi hermana, y vos
Con ella lo seréis presto,
Si Dios quiere.
CHINITA. Sí querrá.
Y a fe, amigo don Anselmo,
Que os doy mil enhorabuenas,
Y que como vos me alegro
De la gran felicidad
Que os deparó tal encuentro
De un amigo como yo.
ESPEJO. Ni yo, amigo, daros puedo
Testimonio más constante
De la alegría que siento
Por vos, y lo que os estimo,
Que aplicar todo mi esfuerzo
A que seais mi cuñado;
Y no es poco lo que ofrezco,
Pues como ya os tengo dicho
Después de su esposo muerto
Vive tan inconsolable
Y negada a los comercios
Humanos, que yo no dudo
Que su luto será eterno.
Ella, su casa y familia
Las veréis todas de duelo
Todavía, y ha diez meses
Que sucedió el contratiempo.
CHINITA. ¡Toma! Dejadlo a mi cargo,
Amigo, que para eso
De consolar afligidos
He nacido yo perfecto.

(1) *Inédito.* Bib. munic.: leg 1-154-1 Copia antigua con las aprobaciones y licencias que van al final.

ESPEJO. Supongo que estos dolores
Quien los remedia es el tiempo.
CHINITA. Y en caso que el tiempo no
Todavía hecho su efecto [haya
Yo sé el atajo por donde
Se ha de buscar el remedio.
ESPEJO. Es verdad, que si supiérais
Los méritos y talento
De mi difunto cuñado,
Os pusiérades de acuerdo
De que su llanto y dolor
Habían de ser eternos
En mujer tan virtuosa
Como mi hermana.
CHINITA. Dejemos
Esas cuestiones: haced
Que se me presente luego
Nuestra viuda hecha una sopa
Con el agua que sus bellos
Ojos nublados destilan;
Y en mirándola yo al sesgo,
Con el calor de los míos
Veréis qué breve la seco.
ESPEJO. Si como yo, conociera
Ella tus merecimientos
A la primer vista, ¡zas!
Se clavaba en el anzuelo.
CHINITA. No lo dudes; es mi estrella
La que influye esos portentos.
ESPEJO. Bien puede ser; pero aquí
Consolarla es lo primero;
Prepararla lo segundo...
CHINITA. Y lo cuarto, quinto y sexto,
Enamorarla, casarse
Y no dejarla un momento
Sola, ni a obscuras de noche,
Por que se le quite el miedo.
ESPEJO. Vamos que estará esperando;
Pues se adelantó Lorenzo,
Mi criado, a prevenirla
De nuestra llegada.
CHINITA. Entremos;
Y observad con solo verme
Qué pronto muda de aspecto.

(*Vanse, y mudándose el teatro de salón salen algunos criados y criadas cantando y bailando: entre ellos,* POLONIA *y* NICOLASA, *y luego sale la* GUZMANA *y las contiene.*)

CORONADO. *Venga himeneo, venga;*
Venga Corriendo,
A enjugar de una viuda
Los ojos bellos,
Y en lugar de guirnaldas
Traiga panderos.
Venga corriendo, venga,
Venga himeneo.
GUZMANA. Retiraos todos, haced
Que callen los instrumentos,
Que ha llegado mi hermano;

Y apeado de secreto
En un mesón, viene a verme
Con no sé qué compañero.

POLONIA. ¿Y nos vamos todas, madre?

GUZMANA. Vosotras dos no, que quiero
Que veais a vuestro tío.

NICOLASA. Ya están aquí.

GUZMANA. Pues silencio.
(*Se van las criadas.*)

(*Salen* ESPEJO *y* CHINITA.)

ESPEJO. Esta es.

GUZMANA. Hermano mío:
¿Ya de vuelta? ¡Qué consuelo
Para mí!

ESPEJO. Mayor le logro
Al abrazarte, y más, viendo
Te has convencido a quitarte
Aquellos colgajos negros
Que para toda tu vida
Eligió tu pensamiento.

GUZMANA. Hermano mío, ¿no es fuerza
Que al cabo nos sujetemos
A la razón? Yo os suplico
No me recordéis un tiempo
Tan triste, dejad que goce
De la alegría de veros.
Hijas, saludad al tío.

ESPEJO. Un badulaque estoy hecho:
¡Cómo crecen las muchachas!
¿Pero les dura el deseo
Aún de ser religiosas?

GUZMANA. Eso es lo que yo no creo;
Sin embargo que el dolor
Que en mis tristes ojos vieron
Con la muerte de su padre
Les había dado tal tedio
Al matrimonio, y los hombres,
Que más querrán un convento.

POLONIA. En todos estados, dicen
Que hay ratos malos y buenos.

NICOLASA. Hasta el oro tiene faltas
Y el diamante tiene pelos.

ESPEJO. Pero vamos a otra cosa,
Hermana: aquí te presento
El mayor amigo mío;
Que ha sido mi compañero
Desde que salí de España,
Y a ella juntos hemos vuelto,
Después de correr las cortes.

GUZMANA. El señor tiene por cierto
Un semblante que responde
Por su conducta y su genio.

CHINITA. (Pegó). Yo, señora... Ved
(*Aparte a él.*)
Lo que dije: ¡dicho y hecho!
Aprieta que aquí estoy yo.

ESPEJO. Verás por dónde la entro.
(*Aparte.*)
Y como han sido comunes
Nuestras penas y contentos,
(*A ella.*)
Sabiendo que tú llorabas
Noche y día por tu muerto
Ha tomado tanta parte
Como yo en tu sentimiento
Sin haberte visto...

GUZMANA. Hermano,
Ya os he dicho que no hable-
[mos
Más del difunto; he llorado
Tanto, tanto, que resuelvo
Consolarme de una vez
Con no acordarme más de ello.

CHINITA. No hay duda que es el mejor,
Siempre el más pronto reme-
[dio,

ESPEJO. Y por lo mismo, tú estás
ahora en el mejor tiempo
De tu edad, tienes doblones,
Y un segundo casamiento...

GUZMANA. ¡Ah, querido hermano; cuánto
De que así pienses me alegro!

CHINITA. ¡Lo que puede la viveza
De una mujer! Ya se ha im-
[puesto.

GUZMANA. No han faltado pretendientes.
Verbigracia: un caballero
Montañés; un abogado;
Un mercader de Toledo;
Un asturiano...

CHINITA. No, no;
Vos merecéis un manchego,
Y no porque sea mi patria,
Pero hoy día es el suelo
Que produce los maridos
Más útiles para el reino.

GUZMANA. Vos justamente habéis dado
En el blanco de mi genio,
Y no os podré yo explicar
La fuerte pasión que tengo
Por esa nación amable.

CHINITA. Al punto que os vi yo el gesto,
Conocí que erais mujer [nio;
De buen gusto y mucho inge-
¿Pero estas dos señoritas
No dicen algo de bueno?

POLONIA. Señor, cuando habla mi madre
Es preciso que callemos.

NICOLASA. Oímos para sacar
De todo mucho provecho.

GUZMANA. Están criadas con mucha
Modestia. Pero, a todo esto,
Ustedes vendrán cansados
Y es razón que procuremos
El que descansen. Supongo
Que aunque no es alojamiento
Digno, os quedaréis en casa.

CHINITA. Yo, sí, señora; a eso vengo.

Esta casa ya la miro
Yo como mía, por dentro
Y por fuera.

GUZMANA. Nos hacéis,
Señor, mucho honor en eso.
Yo voy...

ESPEJO. No, no corre prisa
Y antes es fuerza que hable- [mos:
haz que las chicas se vayan.

GUZMANA. También yo tengo otro cuento
Que contarte; pero ahora
Dejad que prepare aquello,
Necesario; vamos, chicas,
Me ayudaréis; presto vuelvo.
(*Vase.*)

CHINITA. ¿Oye usted?

POLONIA. Voy con mi madre...
(*Vase.*)

CHINITA. ¡Digo, niña!

NICOLASA. Luego, luego.
(*Vase.*)

CHINITA. ¡Gran familia!; y, sobre todo,
Aquella cara y ojuelos
De la mayor sobrinita:
A fe que a no ser por miedo
De desesperar a la viuda
Enderezaba a ella el fuego
De la artillería.

ESPEJO. Esa
Aun está en años muy tiernos
Para ti; y además que
No tiene tanto dinero [cio,
Como su madre; ¡aquel jui-
Aquel modo, aquel gobierno!

CHINITA. Muy bien: atengámonos
A tu designio primero.
Venga de las tres la una,
Que todas... mas ¿qué es [aquello?
¿Qué buscará aquí aquel hom-
Me parece... con efecto: [bre?

(*Sale* CORONADO.)

Es mi paisano y pariente,
don Fabricio.

ESPEJO. Vendrá a veros,
Sabiendo que estais aquí.

CORONADO. ¿Qué harán estos caballeros
A solas en esta sala [veo?
Y a estas horas? Mas ¿qué

CHINITA. Sin duda es él.

CORONADO. No me engaño...

CHINITA. Don Fabri...

CORONADO. Don Ta...

CHINITA. Cio.

CORONADO. Deo.

CHINITA. ¡Pariente y amigo!, deja
Que te apretujen el cuello
Mis brazos.

CORONADO. ¡Cuánto ha que no
Nos hablamos ni nos vemos!

CHINITA. Un año.

CORONADO. Seas bienvenido.

CHINITA. Y tú, hallado en este pueblo.

CORONADO. ¿Y quién es este señor
Que me traes de compañero?

CHINITA. Yo no te le traigo; él es
Quien me trae a mí, viniendo
A la casa de su hermana.

CORONADO. ¿Cómo?

CHINITA. Como es D. Anselmo
Hermano de la patrona
De esta casa.

CORONADO. ¡Qué contento!
¿Vos sois el tan suspirado
Hermano de sus afectos?

ESPEJO. El mismo.

CORONADO. Dejad, señor,
Que os dé un abrazo y un beso
En señal de la alegría
Que a vuestra llegada siento.

ESPEJO. Señor, éstos me parecen
Demasiados cumplimientos.

CHINITA. Me vuelvo loco de que
Te halles en Madrid a tiempo
Que me caso. Servirás
De mi padrino a lo menos.

CORONADO. Tú lo hubieras sido mío,
Y hubieras hecho completos
Los placeres de mi boda
Si has arribado más presto.

CHINITA. ¿Cómo? ¿Pues que te has ca- [sado?

CORONADO. Anteanoche, y en secreto.
Pero estando en esta casa,
¿Aun no lo sabes? El dueño
O dueña de ella también
Fué de la boda, y por cierto
Que nadie danzó sino ella.

ESPJO. Mi hermana, estando de duelo,
¿Salir a bailar a bodas?
Algo irregular es esto.

CORONADO. ¿Y qué queríais que hiciese?

ESPEJO. ¿No pudiérais disponerlo
Todo sin ella?

CORONADO. ¡Qué risa:
Disponer un casamiento
Sin la novia!

ESPEJO. ¿Sin la novia?

CORONADO. Vaya, no os hagais el lelo,
Que vuestra hermana es la que
Me hizo feliz.

ESPEJO. Según eso,
¿Sois ya su marido?

CORONADO. Y soy
El menor cuñado vuestro.

ESPEJO. ¿De veras?

CORONADO. Yo os lo aseguro:

Pensad en juntar dineros,
Y mucha hacienda, que yo
Os surtiré de herederos.

ESPEJO. De las nubes he caído.

CHINITA. Y yo desde el firmamento
Que está más alto.

CORONADO. ¿Parece
Que lo extrañáis?

CHINITA. Tú me has muerto:
Que yo venía a casarme
Con ella.

CORONADO. Nos comprendemos;
Deja que enviude otra vez,
Y entonces yo te la cedo.

ESPEJO. Si me dejara llevar
De mi cólera...

CHINITA. Con tiento;
Que en buenas manos está
Y todo lo ajustaremos;
Lo mismo es ser tu cuñado
Que tu sobrino; peguemos
Con la niña mayor.

ESPEJO. Hombre,
¿Qué dices? ¿De qué provecho
Te ha de ser una inocente
De quince años, sin gobierno
Ni experiencia, que hasta aho-
[ra
Se ha criado en un convento,
Que quiere ser monja, y que
No tiene conocimiento
Del mundo?

CHINITA. Yo tengo maña
Más que para dar consuelo
A viudas, para enseñar
A ignorantes.

ESPEJO. Pues callemos,
Que salen.
(*Salen las tres.*)

CHINITA. ¿Por qué, señora,
No tenéis los sentimientos
De vuestro hermano? El me
Destinado para vuestro [había
Esposo; pero una vez
Que otro ha llegado primero,
Aprueba vuestra elección;
Y para evitar mis celos
Me otorga esta dulce prenda.
¿Qué dices tú, mi embeleso?
(*A* POLONIA.)

POLONIA. ¿Yo? Ni le he entendido a us-
[ted
Lo que me ha dicho, por cierto.

NICOLASA. El señor, dice que quiere
Ser tu marido. Yo creo
No es difícil de entender.
Ciertamente me avergüenzo
De ser más hábil que tú
Teniendo tres años menos.

ESPEJO. Sobrina, para tu edad
Tienes bastante despejo.

NICOLASA. ¿No viste casar a madre
Anteayer?

POLONIA. Sí.

NICOLASA. Pues lo mesmo.
Mutatis mutandis hombre,
Vendrá a ser tu casamiento.

POLONIA. Sí, hermana; pero mi madre
Había tenido primero
Otro marido y discurro
Que yo quisiera tenerlo
También antes que el señor.

GUZMANA. Calle, ¿qué entiende ella de
[eso?

POLONIA. Yo no sé lo que me digo,
Pero sé lo que me quiero.

GUZMANA. Yo soy dueña de mis hijas
Y así no hay que hacer apre-
De ella, que será de usted, [cio
Y muy en breve, supuesto
Que usted no repara en su
Edad, y poco talento.

CHINITA. ¿Yo reparar? Ahora, sí:
Si supiérais cuánto tiempo
Ha que busco una muchacha
Nueva; que el primer diseño
De amor le imprima en su al-
[ma
Solo el que ha de ser su dueño.

POLONIA.. Pues quizá no soy tan boba,
Señor, como os lo parezco.

GUZMANA. Calle noramala y piense
En obedecer. Entremos
A mi cuarto si gustais
Para tratar los conciertos
Con más libertad. (*Vase.*)

CHINITA. Verás
Qué muñeca que te ferio.

POLONIA. ¡Quite allá!

CHINITA. Para la feria
Que viene serás mi cielo.
(*Vase.*)

NICOLASA. Yo te doy la enorabuena,
Hermana, con gran consuelo
De que establezcas en casa
La regla de que casemos
A los quince años.

POLONIA. Mejor
me volvería al convento.

NICOLASA. No hagas tal, por Dios. Contigo
Me sacaron, y recelo
Que contigo volverían
a meterme y yo no quiero.

POLONIA. ¡Ay, Luisica, si no fueses
Tan pequeña, qué secreto
Te revelara!

NICOLASA. ¿Pequeña?
¿Pues no tengo yo en un dedo

Más espíritu que tú, en toda
Tu alma y tu cuerpo?

POLONIA. Yo adoro... ¿No te sorprendes?

NICOLASA. ¿Sorprenderme? Pues en eso
¿Qué cosa hay extraordinaria?
¿Y a quién?

POLONIA. A ese caballero,
Nuestro vecino.

NICOLASA. ¿A don Juan
El mayorazgo?

POLONIA. Sí, al mesmo.
Le quiero como a mi vida,
Y él me paga con extremo:
Si me caso con este hombre,
Piensa tú...

NICOLASA. Lo que yo pienso
Es que es preciso avisarle
Y que ponga impedimento.

POLONIA. Pero Luisa...

NICOLASA. Pero Juana...
En asuntos como estos,
Que están cogidos los cabos,
Es fuerza echar por enmedio.

POLONIA. Y nos tenemos ya dada
Palabra de casamiento.

NICOLASA. ¡Hola! que no eres tan tonta
Como yo pensaba. Pero,
¿Cómo has hecho para hablar-
Con tanto recogimiento? [le,

POLONIA. El pasa continuamente
Por las rejas, como haciendo
Casualidad; y esta buena
Devota, que en todo el duelo
Ha venido a consolar
A mi madre, al mismo tiempo
Hacía la caridad
De servirnos de correo.

NICOLASA. ¿La tía Brígida?

POLONIA. La misma.

NICOLASA. Y parecía su aspecto
Ridículo, escrupuloso
Y engañón? Yo me alegro,
Por lo que pueda ofrecerse,
De que tenga tan buen genio.

POLONIA. Pero como ha renunciado
Todas las pompas, festejos
Y vanidades del mundo
La buena mujer, yo creo
Que ya no vendrá.

NICOLASA. Avisarla.
Pero aguarda, tú, que veo
Pasar por la reja... ¡Chis!

POLONIA. ¿Qué vas a hacer?

NICOLASA. Yo me entiendo.
(*Vase.*)

POLONIA. Hermana, ¿qué vas a hacer?
¿No reparas en el riesgo
A que pones a don Juan,
Y las dos nos exponemos?
(*Sale* NICOLASA.)

NICOLASA. ¡Fuego de Dios! ¡Cómo en-
[tiende
De señas! En el momento
Que le guiñé se coló
Y cátale aquí.

(*Sale* GALVAN.)

GALVÁN. ¿Qué es esto?
¿Qué felicidad me trae,
Cuando adoraba los hierros
De tus rejas, a gozar
Cara a cara tus luceros?

POLONIA. ¡Ay, don Juan mío, que estoy
Desesperada!

GALVÁN. Viviendo
Yo, ¿puede haber quien se
[atreva
A darte ni el más pequeño
disgusto?

POLONIA. Mi tío acaba
De llegar, y de concierto
Con mi madre, me destinan
A otro esposo que aborrezco
Apenas le he visto.

GALVÁN. ¡Cuando
Han conseguido mis ruegos
Con mi padre, que mañana
Venga con todos mis deudos
A pedirte por mi esposa
A tu madre!...

NICOLASA. No gastemos
El tiempo en quejas; aquí
Lo que importa es el esfuerzo,
O declarar a mi madre
Clarito todo el enredo,
O ponerse en salvo.

POLONIA. Ese
Fuera mucho atrevimiento.

NICOLASA. Pues morirse.

GALVÁN. Juana mía,
Resuelve tú.

POLONIA. No me atrevo.

GALVÁN. ¿No merecen mis finezas
(*De rodillas.*)
Y mi esperanza algún premio?

(*Salen todos menos* CORONADO.)

GUZMANA. ¿Qué es esto; un hombre a los
De mi hija? [pies

CHINITA. ¿Eso tenemos?
¡Fuego de Dios, la inocente!

ESPEJO. Luisita, ¿qué ha sido esto?

NICOLASA. Lo que esto quiere decir
Solo es que este caballero
Quiere a mi hermana, y mi
[hermana
No quiere a este caballero.

GALVÁN. Madama, la verdad es
Que ha días que nos queremos;
Y que mi padre vendrá
A pedirla, y ofreceros
Su casa, su hacienda...

GUZMANA. Basta;
Que yo sé lo que granjeo
En la únión de mi familia
A la vuestra; y os protesto
Que a no mediar la palabra
De mi hermano...

CHINITA. Yo la vuelvo;
Que yo no quiero inocentes,
Sino mozas de despejo;
verbigracia, esta chiquita.

NICOLASA. ¡Mala peste, caballero!
¿Y tendría usted conciencia
De llevar a tan tremendo
Sacrificio a una mocosa
Como yo?

CHINITA. Tú irás creciendo.

NICOLASA. Yo creceré, pero usted
Se encogerá.

ESPEJO. Para el tiempo
Que tiene sabe bastante.

GUZMANA. Muchacha, ¿qué estás diciendo?

NICOLASA. Nada más de que el señor
No me gusta y es muy feo.

GUZMANA. ¿Habrá mayor insolente?
Vos no os enfadéis por eso,
Que yo sé lo que he de hacer.

CHINITA. Así es como yo las quiero
Que cuando son de esta edad
Tan despejadillas, luego
Son un pasmo de virtudes;
Y, al fin, yo me lisonjeo...

NICOLASA. Eso sí, lisonjearos
Todo cuanto queráis, menos
De ser mi marido, que ese
Fuera mucho atrevimiento.

CHINITA. ¿Por qué?

NICOLASA. Voy a preguntar
El por qué ha de sorprenderos.
(*Vase.*)

ESPEJO. ¿Sobrina? ¿Qué es esto, her-
[mana?

GUZMANA. Niñadas y aturdimientos
De trece años, que tan solo
Puede corregir el tiempo.

CHINITA. Y yo que tengo una mano
Estupenda para eso.

ESPEJO. Sin embargo, esta muchacha
Como soy, me tiene lelo;
Cuando me fuí no sabía
Alzar los ojos del suelo
Y pronunciaba a empujones;
Pero, a fe, que ahora la en-
[cuentro
Bien expedita, y si va
De esta manera en aumento
Su viveza, a los quince años
Será un diablo del infierno.

CHINITA. Dejadla a mi cargo, que
Yo la domaré a su tiempo.

ESPEJO. La casaremos ahora
Y se volverá al convento
Por un par de años.

CHINITA. Conforme
Veamos que corre el viento.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Mujer, ya tienes ahí
Para que haga los conciertos
Al escribano, y también
Una cuadrilla de ciegos
Para que se baile un rato;
Pero ¿por qué están riendo
La Luisica y Periquillo
A la puerta?

GUZMANA. ¿Cuál? ¿El nieto
del indiano de aquí al lado?

CORONADO. Sí; pero ya vienen ellos.

(*Sale de tuno a lo militar* MIGUELITO *y* NICOLASA.)

NICOLASA. Mira que vas a exponerte.

PERIQ. Tú déjame en paz, que quiero
Decirles cuatro palabras. [mos
¿No hay más de que nos deje-
Quitar la moza? Veremos
Si hay quien tenga atrevi-
[miento
De quitármela a mis barbas.

NICOLASA. Repara...

PERIQ. Yo nada temo
Sino perderte, bien mío;
Lo demás importa un bledo.

ESPEJO. ¿Esto qué quiere decir?

GUZMANA. ¿Qué busca aquí este muñeco?

PERIQ. Muñeco, o lo que usted mande.
Madama; no malgastemos
Saliva; yo quiero a Luisa
Y ella me quiere y protesto
Que no se la ha de llevar
Otro, ¡por vida de Pedro!

CHINITA. ¡Caracoles! ¿Todavía
Nos quedaba este embeleco?

PERIQ. ¿Es usted el temerario
(*A* CHINITA.)
Que viene de los infiernos
Aquí a disputarme, lo
Que es tan mío por derecho
De conquista?

CHINITA. Y es gracioso:
De escucharle me divierto.

PERIQ. Si yo le divierto a usted,
A mí me está revolviendo
Las tripas esa figura

De naipes de turronero;
¿Me explico?

GUZMANA. ¿Qué significa
Esta osadía? ¿Habrá empeño
Más despreciable? ¿Ya quiere
Enamorar el trastuelo?

PERIQ. Usted diga lo que quiera,
Que no ignoro los respetos
Que se deben a las faldas;
Pero si este caballero
Gusta, veremos cuál tiene
El corazón mejor puesto.

CHINITA. Pues qué, ¿tú me desafías?

PERIQ. Sí, señor; y fuera pleitos:
O renunciar a mi Luisa,
O vamos a Recoletos
A sacudirnos las pieles
Hasta que uno quede muerto,
Y otro vuelva victorioso
De la batalla, trayendo
El corazón del contrario
A sus pies en un pañuelo.

NICOLASA. Eso de ir a reñir, no,
Perico, no lo consiento.

PERIQ. ¿Por qué? ¿Quieres más ca-
Con éste? [sarte

NICOLASA. Ni con él quiero
Casarme, ni que te maten.

PERIQ. ¿Y juzgas que si te pierdo
Podré vivir? Además
Que ¿por qué ha de darme
[miedo
Un mueble que de mirarme
Se está ya el pobre muriendo?

CHINITA. Este muchacho, sin duda
Es de casta de manchegos.

ESPEJO. ¡Lástima me dan los pobres
Chicos!

NICOLASA. ¡Ah, tío! Yo os ruego
Intercedáis con mi madre.
(De rodillas.)

PERIQ. Mi señora, así os dé el cielo
Otro marido mejor
Que el segundo, por tercero
Que no consintáis que Luisa
Tenga jamás otro dueño.

CHINITA. No puedo más, como soy
Que yo también me enternez-
¡Ea, hijos míos, yo os caso [co.
De mi mano y os dispenso
La edad, amonestaciones
Y todo aquello que puedo
Por mi parte! Esto es, señores,
Manifestar que aun tenemos
Alejandros en la Mancha
Y Quijotes verdaderos.

ESPEJO. Sí; pero de tres, la una,
El que la pierde es muy lerdo.

CHINITA. Muy lerdo será el que busque
Una con juicio entre ciento.

GUZMANA. ¡Pero casarte tan chica!
¿Qué dirán de ti en el pueblo?

NICOLASA. Déjelo usted, madre mía,
Todo lo compone el tiempo;
El os enjugó los ojos
Después de mi padre muerto;
El dió ánimos a mi hermana
Para tratar de secreto
Sus bodas, el nos sacó
De los grillos del convento,
Pues él nos dará a Perico
Y a mí, lo que no tenemos.

ESPEJO. Eso es pensar bien, y siempre
Las venturas esperemos,
Que es el modo de gozarlas,
Aunque no tengan efectos.

POLONIA. Pues vamos a divertirnos,
Que es razón que celebremos
Las bodas.

CHINITA. Voy a mandar
Que toquen los instrumentos.

TODOS. Después de pedir con todos
Indulto de los defectos (1).

---

(1) He leído con atención este sainete intitulado *De tres ninguna* y me parece puede permitirse su representación salvo mejor dictamen.—Madrid 16 Septiembre de 1771.—Doctor Almarza.—Doctor Francisco de la Fuente.

Nos el Doctor D. Fermin Ignacio García de Almarza, primer Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, &.

Damos licencia para que en los coliseos de comedias de esta Corte se pueda representar el sainete antecedente intitulado *De tres ninguna*, su autor D. Ramón de la Cruz, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa opuesta a nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid a 17 de Septiempre de 1771.—Doctor Almarza. Por su mandado, Juan Francisco Martínez Mora.—De representar, P. D.

Señor: He leído el sainete intitulado *De tres ninguna* y juzgo puede V. S. permitir su representación salvo &. Madrid y Septiembre 17 de 1771.—Ignacio López Ayala.

Madrid 17 Septiembre de 1771.—Ejecútese.—Delgado.

Madrid 18 de Septiembre.—Visto, Cuéllar.

115

El examen de la Forastera

Sainete para empezar la temporada en el Coliseo del Príncipe la Pascua de 1771 (1).

(*La escena será de salón corto. Sale* POLONIA *barriendo, ínterin* NAVAS, *que hará de paje de chupa y peluquín, irá arreglando taburetes y limpiando con una rodilla. Como al descuido canta* POLONIA.)

POLONIA. *Todos los años tienen*
Su primavera,
Solamente a los míos
Nunca les llega.
¡Ay, tristes ansias!
¡Ay, esperanzas mías,
Qué mal os tratan!
NAVAS. No sabía yo hasta ahora
Que eras moza de esperanza,
Petronila.
POLONIA. ¿De qué sirve
Tenerlas, siendo tan malas?
NAVAS. Pues yo las tengo muy buenas.
POLONIA. ¿Y en qué las tienes fundadas?
NAVAS. En que dicen que soy tonto.
POLONIA. ¿Pues puede haber mayor falta
En cualquier hombre que serlo?
NAVAS. Así dicen, pero es chanza:
Que en siendo tonto sufrido,
Afortunado, y machaca,
Si no va por el dinero
Se lo envían a su casa.

(*Sale la* GRANADINA *con un pañuelo arrugado en una mano y una plancha en la otra.*)

GRAN. ¿Habrá mayor desvergüenza,
Trabajando yo y mi ama
Como unas negras, y tú
Aquí pelando la pava
Con el pajuncio? Mejor
Sería que jabonaras
La ropa con más aseo.
POLONIA. Ese tizne es de la plancha,
Y no de mal jabonada.
GRAN. Mira si otra vez no lavas
Mejor...
POLONIA. Toma tú la escoba
Y acaba de asear la sala
Mientras tanto.
GRAN. ¿Yo barrer?
Me parió muy delicada
Mi madre para hacei yo
Haciendas tan ordinarias.
POLONIA. A eso de fina, ni tú
Ni otra ninguna me gana.
GRAN. Ella que es la cocinera
Debe hacer las cosas bajas.
POLONIA. ¿Pues y tú qué eres?
GRAN. Doncella.
NAVAS. Eso es mentira, que en casa
De mis amos siempre han sido
Muy iguales las criadas
en sueldo, y repartición;
Y en el manejo de alhajas
De Alcorcón y Talavera
Siempre han sido por semanas.
GRAN. Pero yo soy más antigua
Y debe estar resignada
A mis órdenes.
POLONIA. No puede
La mujer ser ordenada.
GRAN. Yo digo a mis mandamientos.
POLONIA. Sabe Dios como una guarda
Los precisos, y me harían
Fuerza los que ella manda:
Quedemos iguales y
A quien toque barrer, barra,
Y a la que planchar, planche.
NAVAS. Vaya, señora Tomasa,
Que se pone en la razon.
GRAN. ¡Ah, bribón! ¿Ya te declaras
Por la nueva compañera?
NAVAS. No, pero está consultada
En primer lugar.
POLONIA. Si usted
Quiere llevarse la palma,
Yo la renuncio, que tontos
Para tontas nunca faltan.
GRAN. ¡Turrón!, ¡qué guapa es usted!
POLONIA. Sepa usted distinguir Pascuas;
Mejor es decir: ¡Torreznos;
Y cómo huele a fritada!
GRAN. ¿Qué, usted me las vuelve al
[cuerpo?
POLONIA. Y si se ofreciera, al alma.
NAVAS. Si se han de cascar ustedes,
¿Qué hacen que no se despa-
[chan?
Que hay otras cosas que hacer
Y es algo tarde.

(*Se sienta en una mesa y alto.*)

MAYORA. (*Dentro.*) ¿Muchachas,
Qué hacéis?
NAVAS. Ya van, que están ocupadas.

(*Sale* MAYORA.)

MAYORA. ¿Se dará tal picardía?
Las seis de la tarde dadas,
Y cuando saben que estoy

(1) *Inédito.* Bib. munic., leg. 1-164-29. Autógrafo de dicho año. En otros manuscritos posteriores lleva el título de *Paje tonto y malicioso y discordia de criadas.*

Esperando una madama
De cumplimiento, se están
Con el paje en fiesta, entram-
[bas.

GRAN. ¿En fiesta? No es mala fiesta
La que yo tengo, y estaba
Regañándolos, porque
Ni este hombre es para nada
Ni ella tampoco.

POLONIA. Yo soy
Para cuanto me da gana.
Y usted no me ande con bro-
Porque habrá... [mas

GRAN. ¿Qué habrá?

POLONIA. Naranjas.

GRAN. Pues también habrá limones
Si usted otra vez me enfada.

POLONIA. ¡Echale agrio!

GRAN. ¡Echale dulce!

NAVAS. Y después de sazonadas,
Para el paje, que es golos.o

MAYORA. ¿Pues qué es esto? ¿No repa-
Que están delante de mí? [ran

GRAN. Sobre que me las empatan.

MAYORA. Váyanse de ahí.

NAVAS. Sí señora,
Que bien quedan empatadas.

MAYORA. Ve tú a concluir el planchado
Y tú las cosas prepara,
Para el refresco.

GRAN. ¿Para ésta?

POLONIA. ¿Para esotra?

(*Vanse.*)

MAYORA. ¿Habrá muchachas
De peor genio?

NAVAS. Algunas hay.

MAYORA. ¿Cuáles son?

NAVAS. Las mojigatas

(*Con sorna.*)

Que ya han tirado la piedra
Cuando sueltan la palabra.

MAYORA. ¡Qué tonto eres!

NAVAS. Ya lo sé.

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. Así que se me olvidaba
Puesto que está ocioso, acabe
Usted de barrer la sala.

(*Le da una escoba y vase.*)

NAVAS. ¿Yo?

MAYORA. Sí.

NAVAS. No barren los hombres.

(*La deja caer.*)

MAYORA. Pues te irás enhoramala.

NAVAS. Y si me marcho yo, ¿quién
Le escribirá a usted las cartas
Para aquel que está en Toledo
Y el otro que está en Granada?
¿Quién irá con usted en coche,
Que luego que se lo mandan
Se duerma para no oir
Los negocios que se tratan?
¿Quién avisará al barbero
El día que usted se sangra?
¿Quién la llevará a usted a ver
Las ferias?

MAYORA. Muchacho, calla.

NAVAS. ¿Quién se ha de estar espe-
A mi amo a la ventana, [rando
Tres horas el mes de Julio
Dándole el sol en la cara?

MAYORA. ¿Tú has perdido el juicio?

NAVAS. ¿Quién
Ha de decir, cuando vaya
Usté a misa a Antón-Martín
Que ha estado en las Trinita-
[rias?

MAYORA. ¿Qué va que cojo la escoba
Y te rompo las espaldas?

(*Salen* MERINO *y* CHINITA *de petimetres.*)

MERINO. Seis y media son en punto.

CHINITA. A los pies de usted, madama

MAYORA. Sean ustedes bien venidos.

NAVAS. Es verdad, no me acordaba:
¿Y quién ha de ir alumbrando
A los señores con hacha?

MAYORA. Ve llevando esa basura
De camino a la antesala
Y vete de aquí; ¿qué haces?

NAVAS. ¿No me dice usted que barra
Esta basura y la lleve
Hacia afuera?

(*Con la escoba quiere llevarse a* CHINITA *y a* MERINO.)

CHINITA. Por la facha,
No puedes negar de que te
Construyeron en Vizcaya.

NAVAS. De allá venimos los burros
A Madrid, pero es la gracia.
Que damos la vuelta, y queda
El burro sobre la albarda.

(*Vase.*)

CHINITA. No lo hicieran si yo fuese
Quien les echase la carga.

MAYORA. ¿Habrá mayor majadero?

MERINO. Conque, señora, ¿qué causa
Nos anticipa esta tarde
A venir a vuestras plantas
Con prevención?

MAYORA. El que tengo
Una visita avisada
De una amiga forastera [cias
De quien me escriben las gra-
De que es petimetra aguda
Que toca bien y que canta;
Y por no tenerla sola
Y para ver si me engañan,

He querido nos juntemos
Aquí, para examinarla
Y divertirnos con eso.

MERINO. No es fácil el conocer
A primer vista una dama;
Porque las suele haber tan
astutas y tan marrajas,
Que si conocen la flor
Se explican por alquitara
Y dejan para su tiempo
Muchas cosas reservadas.

MAYORA. Señor don José, parece
Que usted entiende sus ma-
[rañas.

MERINO. Justamente tengo un libro
Que trata de eso, en mi casa.

CHINITA. ¡Y qué embusteras las hay!

MERINO. Eso, mucho.

CHINITA. Verbigracia:
La intención de usted, señora,
¿No es ver hasta donde vaya?

MAYORA. Sí, señor; porque es muy fá-

CHINITA. El modo es enamorarla, [cil.
Que esa es la piedra de toque
En que descubren sin falta
Todas las gentes, sus fondos.

MAYORA. Pues yo haré a ustedes espal-
[das
Y quede a cargo de ustedes.

MERINO. ¿Y usted ha de estar desaira-
[da?

MAYORA. En siendo con gusto, dicen
Que a nadie pica la sarna;
Además que alguno habrá
Que me entretenga.

(*Sale* NAVAS.)

NAVAS. Ya baja
La visita, que ya sube

MAYORA. ¿Qué dices, bestia?

NAVAS. No es chanza:
¿Cómo habrán de subir
Si del coche no se bajan?

(*Sale* AMBROSIO *trayendo a la Sra.* PINEDA.)

AMBROSIO. A los pies de usted, señora;
Aquí tiene usted esta madama
Y yo en traerla, el honor
De servir a un tiempo a en-
[trambas.

MAYORA. Sea usted muy bien venida.

PINEDA. Yo daré a mi suerte gracias
Si usted me cuenta por una
De sus más apasionadas.

MAYORA. Yo lo soy de usted. Sentarse
Y, fuera de pataratas
Al estilo de la Corte,
Nosotras, entreveradas.

PINEDA. No quisiera separarme
De usted.

MAYORA. La tarde es bien larga
Y luego hablaremos.

PINEDA. Bien;
No quiero ser porfiada.

MERINO. Ya en no porfiar habéis
Dado la prueba más clara
De que sois discreta, bien
Ha publicado la fama
Vuestro mérito por toda
La Península de España.
¡Ah! ¡Qué de tesoros pierden
Los hombres por su ignoran-
[cia!
Pues a saber, yo el primero,
Que Jerez era la casa
De tal perla, hubiera ido
Con más afán, a buscarla,
Que los genios codiciosos,
Por las que la Aurora cuaja,
Van a los remotos climas
De los extremos del Asia.

MAYORA. ¡Viva, señor don José!
Que lo hacéis con elegancia.

MERINO. Pues os prometo, señora,
Que estreno en esta madama
La habilidad.

CHINITA. Se conoce
Que está esa mente ilustrada.

MERINO. He tratado con personas
De talento, y de crianza,
Y como he solido hallarme
Cerca, cuando enamoraban
He aprendido de memoria
Las expresiones de tabla.

PINEDA. Y con esas expresiones,
¿Dígame usted, conquistaban?

MERINO. No lo sé porque no hicieron
De mí, tanta confianza.

PINEDA. Pues si se estila en Madrid
Así, *yo soy jerezana* (1)
Y por allá nadie miente
Por un ojo de la cara.

CHINITA. Ni aquí, pero por la boca
Se miente cuanto se habla.

MERINO. ¿Qué dice usted?

PINEDA. Como que es
La verdad, nuestra paisana.

CHINITA. De veras que allí nació;
Por cierto que yo me hallaba
De paso en Jerez, el día
Que la bautizaron.

PINEDA. Basta
Para diversión un rato.
Que no gusto de soflamas.
(*Levántase.*)

CHINITA. Tenga usted que aun falto yo,

(1) A esta actriz, de nombre Josefa Pineda, le llamaban "la Jerezana" por su patria; por eso han subrayado la expresión.

(*La detiene.*)
Que nunca enamoro en chanza.

PINEDA. ¿También en Madrid se estila
Que los hombres de tres cuar-
Cortejen? (1) [tas

CHINITA. Hay en Madrid
Hombres como garrapatas
Que le dirán su atrevido
Pensamiento a la Giralda
De allá, y a los Gigantones
De aquí, porque van con fal-
[das.

PINEDA. Pues yo soy algo más chica
Y de la primer patada
Subirán diez hombres de esos
al cielo por telaraña.

(*Se levanta.*)

CHINITA. Sin duda que es andaluza.

MERINO. Siempre es la ventura escasa.

AMBROSIO. Venga usted acá, que conmigo
Quizá esté mejor hallada.

PINEDA. No veo gentes de mi tierra
Yo por aquí.¿

AMBROSIO. ¿Tanta gracia
Tienen todos allá?

PINEDA. Como
Que la sal se les derrama.

MERINO. Pues ¿qué hacen?

PINEDA. Ven a la moza,
La quieren como a su alma;
No la quiebran la cabeza,
La festejan, la regalan
Y en viendo que sale de oros
Al punto los deja a espadas.

CHINITA. No lo entiendo.

PINEDA. Siento mucho
No haya a mano una guitarra.
Se lo diría cantando.

MAYORA. Pues a bien que la hay en
¿Panchito? [casa.

(*Sale* NAVAS.)

NAVAS. ¿Qué manda usted?

MAYORA. Trae la vihuela.

NAVAS. Está mala.

AMBROSIO. ¿Pues qué tiene?

NAVAS. El cirujano
Dice que está destemplada.

(*Vase.*)

AMBROSIO. No importa; la templaremos.

PINEDA. Señores, que ha sido chanza.

MAYORA. Lo creo; pero no importa,
Que todos tenemos gana
De oiros.

PINEDA. Tiempo habrá luego.

MAYORA. Por ser la primera gracia
Que pido a usted...

CHINITA. Y por decirnos
Del modo que allá se matan
Las pulgas.

(*Sale* NAVAS.)

NAVAS. Aquí está el mueble.

AMBROSIO. Trae aquí para templarla.

PINEDA. Si ha de ser, yo lo haré todo
Y supla mi poca gracia
La obediencia con que sirvo
Al punto que me lo mandan.

(*Templa sola, hace seña a la orquesta para entrar, y canta las seguidillas.*)

LOS CUATRO. ¡Viva, viva!

CHINITA. Ciertamente
Que se portan con sus damas
Los jerezanos, pero eso
De rondas, y de la charpa
Está en Madrid prohibido.

MERINO. No importa, yo iré a rondarla;
Dígame usted dónde vive
Y espéreme a la ventana
Hasta que yo llegue; escupa,
Tosa y temple la guitarra.

PINEDA. Vivo en cuarto principal,
Bien lo oiré desde la cama.

(*Sale, alegre, la* GRANADINA, *y después, la* POLONIA.)

GRAN. Señora, dadme un abrazo,
Con licencia de mi ama,
Que acabo ahora de saber
Que es usted medio paisana
Mía.

PINEDA. ¿De dónde es usted?

GRAN. ¿Yo? De la insigne Grana-
[da (1).

POLONIA. Ya se conoce: andaluza.
¡Qué cosa tan chabacana!

PINEDA. ¿Y usted de dónde es, querida?

POLONIA. Yo de Aragón, que es la mapa
De las mujeres insignes.

GRAN. Sí, será con las hazañas
De usted.

POLONIA. ¿Cuántas ha hecho usted
Para ilustrar a su patria?

GRAN. Yo he sido amazona.

POLONIA. Y yo.
Ayudé a quitar de España
El feudo de las doncellas
Que a los moros se pagaba.

MAYORA. ¡Que habéis de estar todo el
Alborotando la casa! [día

GRAN. Esto es como compañeras
Reñir la primer semana
Para querernos después
Todo el año como hermanas.

POLONIA. Ni había otra más de mi genio
Que la señora Tomasa.

(1) El actor que hacía este papel, llamado Gabriel López y por apodo *Chinita*, era de poca estatura.

(1) Se llamaba María de la Chica y era, en efecto, de Granada.

GRAN. Quiero yo a la Petronila
Punto menos que a mi ama.
(*Abrázanse.*)

NAVAS. Mucho dure y bien parezca.

MERINO. Dios os perdone, muchachas,
El haber interrumpido
El buen rato que nos daba
Esta señora.

PINEDA. ¿De veras?

MERINO. La prueba de ello más clara
Es suplicar que prosiga.

MAYORA. Cántese alguna tonada
Mientras que es hora que vamos
a beber a la otra sala.

PINEDA. En esto de tonadillas
Estoy poco acostumbrada.

GRAN. ¿No sabes tú alguna?

PINEDA. Una
Que no me niego a cantarla
Como ustedes no se nieguen
A disimular las faltas.

CHINITA. No hay otra cosa en Madrid
Que gente disimulada.

GRAN. Pues vaya de tonadilla
Y mientras que se preparan
Otras diversiones, éstas
Queden aquí terminadas
Y el auditorio discreto
Disimule nuestras faltas.

(*Se quedarán todos a oirla y en acabando se entran acompañando a la nueva.*)

Represéntese: Montilla.

116

Los majos vencidos

SAINETE DE D. RAMÓN DE LA CRUZ

1771 (1)

(*La escena representa calle pública y salen de majos* CORONADO, GALVAN *y* QUEVEDO *con la* JOAQUINA, LORENZA *y* PORTUGUESA, *de basquiñas y mantillas.*)

CORONADO. Ustedes digan adónde
quieren ir: ¿a un coliseo
a oir cuatro tonterías,
o a constipar a los necios,
que andan de sobra en el Prado,
con el aire de los cuerpos?

QUEVEDO. En ninguna parte tienen
elección los forasteros.

JOAQUINA. Donde nos has de llevar
es adonde desquitemos
cuarenta meriendas que
echa la barriga menos.

GALVÁN. Donde la hay buena y habrá
un baile de fundamento
después y antes, es en casa
del tío Codillo.

JOAQUINA. ¿El tornero
famoso que vive a la
bajada de San Lorenzo?

GALVÁN. El propio.

CORONADO. Pues ¿qué manía
le ha obligado a tal exceso?

GALVÁN. El que se casa su hermano
el polvorista.

JOAQUINA. Yo creo
que ya es muy viejo también.

CORONADO. ¿Y qué importa que sea viejo?
El agua fría se templa
con echarle un poco hirviendo.

JOAQUINA. Es un viejo muy alegre.

CORONADO. Pues si queréis allá iremos,
que entrambos son mis amigos.

TODOS. ¿Por qué no?

(CORONADO *siguiendo la tropa, salen de petimetres* EUSEBIO *y* PONCE.)

PONCE. Con qué silencio
vas, hombre; ¿de cuándo acá?

EUSEBIO. Calla, que voy atendiendo
lo que va delante. ¿Has visto
mejor garbo y más aseo
en mujeres de esta clase?

PONCE. No he reparado por cierto
en tal cosa.

EUSEBIO. Pues yo, sí.

PONCE. El contoneo es estupendo
de lado.

EUSEBIO. Pues cara a cara
verás la razón que tengo:
llega.

PONCE. Pues qué, ¿las conoces?

EUSEBIO. No nos faltará pretexto:
hagamos como que vamos
por aquí perdidos.

PONCE. Pienso
que no hay que fingirlo, pues
que solicitamos eso.

JOAQUINA. ¿Qué te parece Madrid?
Lorenza?

LORENZA. De luego a luego
promete mucho; no sé
lo que dará con el tiempo.

CORONADO. Ya ves ¡qué casas, qué trenes,
qué usías, qué lucimiento!

LORENZA. Eso, no me hace gran fuerza;
porque muchas veces vemos
que adonde venden peor vino,

(1) Bibl. Municipal, leg. 1-209-33 y leg. 1-157-29. Ambas son copias sin más señas que las aprobaciones, en el segundo, que se copian al final. Se imprimió en Valencia, por Martín Peris, en 1818, en 4.° y por Durán.

ponen el ramo más bello.

JOAQUINA. Pues hazte cuenta, que aquí suele suceder lo mesmo.

CORONADO. Si eso sabes, no lo olvides.

LORENZA. La memoria es lo que tengo mejor.

CORONADO. ¿Y la voluntad?

LORENZA. Menos que el entendimiento.

EUSEBIO. Señorita, ¿sabe usted dónde vive aquí un maestro de coches?

LORENZA. Siempre ando a pata.

PONCE. ¿Y usted?

JOAQUINA. Tampoco yo entiendo de coche.

EUSEBIO. Pero de oídas bien pudiera usted saberlo.

LORENZA. Soy forasterita.

EUSEBIO. ¿Y se puede saber de qué pueblo?

LORENZA. No soy de Parla.

CORONADO. Yo, sí:

(Vanse los de la cuadrilla poco a poco.)

¿Qué busca usted, caballero? vayan ustedes andando

(A las majas.)

mientras tanto que yo enseño
a estos señores las calles
por donde se va más presto
a las cárceles, a dar
conversación a los presos.

EUSEBIO. Yo bien puedo ir preguntando.

CORONADO. Por eso voy respondiendo.

PONCE. El maestro de coches...

CORONADO. ¡Dale!
¿Cuánto va que yo les muestro
en vez del maestro de coches,
el látigo del cochero?

EUSEBIO. Por eso no haya pendencia;
callar, y sigamos nuestro
camino.

CORONADO. Por otra parte
que por esta, yo no quiero.

EUSEBIO. ¡Habrá mayor desvergüenza!

CORONADO. Sí lo es, yo lo confieso,
mas por ahora es preciso
embargar todo el terreno.

PONCE. Envaina, hombre, no te pier-[das.

(Aparte a EUSEBIO.)

EUSEBIO. Pues si no fuera por eso,

(Aparte a PONCE.)

¿quién te ha dicho que a estas [horas
no hubiera ya ese hombre [muerto?

CORONADO. Ya se han perdido de vista.
Larga vida, caballeros.

(Vase.)

EUSEBIO. Deja, que yo le daré
a entender a ese gatuelo
quién soy.

PONCE. No, amigo, pues debe
en todo acontecimiento
la prudencia estar de parte
de los hombres de provecho.

(Sale MARTÍNEZ de petimetre riguroso y peinado.)

MARTÍNEZ. Amigos, ¿vosotros por
este barrio? Mas ¿qué es esto?
parece que estos semblantes
están con desabrimiento.

EUSEBIO. ¿Pues no ha tenido osadía
un pícaro de un majuelo
por no sé qué friolera
de perdernos el respeto?

MARTÍNEZ. ¿Y no ha ido descalabrado?

PONCE. ¡Toma! el que no lo quedemos
los dos ha sido un prodigio.

MARTÍNEZ. ¿Y sobre qué ha sido el cuento?

PONCE. Porque iba con dos muchachas.

EUSEBIO. Pero amigo, de provecho...;
todo el caso se me olvida
en acordándome de esto.

PONCE. Empezamos a decirlas...

MARTÍNEZ. ¡Cualquier cosa: despachemos
que por algo ha de empezar
la amistad en los sujetos.

EUSEBIO. Adelante.
La una de ellas,
tal cual contestaba.

MARTÍNEZ. Bueno.

EUSEBIO. Como al desaire.

MARTÍNEZ. Mejor.

EUSEBIO. Pero se metió por medio
el crudo que iba con ellas:
cortó el revesino a tiempo;
las hizo echar adelante,
y tuvo el atrevimiento,
de detenernos el paso.

MARTÍNEZ. ¿Y ustedes le detuvieron?

PONCE. ¿Qué habíamos de hacer?

MARTÍNEZ. Matarle.
Sois unos pobres muñecos.
¿Adónde van esas gentes?

(Salen los majos.)

EUSEBIO. Mira que nos exponemos.

MARTÍNEZ. ¿A qué?

EUSEBIO. Mira que estos majos. .

MARTÍNEZ. Los majos sólo dan miedo,
a los usías que temen
les descompongan el pelo,
o les rompan los encajes;
pero a mí se me da un bledo,
porque yo me alegro más
cuando me pongo más fiero.
Pero, volvamos al caso:
¿Sabéis dónde le hallaremos?

EUSEBIO. Dijeron que iban a un baile

que hay en casa de un tornero
del barrio.

MARTÍNEZ. Vamos allá.

EUSEBIO. ¿Y dónde es?

MARTÍNEZ. Preguntaremos.

PONCE. ¿Y si no abren?

MARTÍNEZ. ¿Tanto cuesta
echar una puerta al suelo?

LOS DOS ¡Guapo eres!

MARTÍNEZ. No hay en Madrid
hombre que tenga más miedo.
Pero esa gente, que todo
lo compone hablando recio,
mirando de rabo de ojo
y doblando ansina el cuerpo;
en tropezando con quien
los entienda, se caen muertos.
Seguidme, y allá veréis
qué linda tarde tenemos.

LOS DOS. ¡Quiera Dios que no salgamos
con las narices de menos.

(Vanse.)

(Solón corto o caso pobre; solen de tunos viejos, pero decentes, ESPEJO *y* ENRIQUE, *troyendo el primero con* PEPE *el aprendiz uno meso odornado o propósito pora merendor seis u ocho personos en semejonte caso.)*

ENRIQUE. ¡Vaya, vaya, que te vuelves
loco con el casamiento!

ESPEJO. ¿Con tanta cordura viven
en el mundo los solteros?

ENRIQUE. Pero hermano, tú y yo estamos
en la cumbre de los viejos,
y desde esta cumbre son
las bodas despeñaderos.

ESPEJO. Por eso elegí la moza
para novia, de buen peso.

ENRIQUE. Allá te las hayas.

ESPEJO. Ella
dice que bien le parezco.

ENRIQUE. Allá lo verás.

ESPEJO. Yo estoy
acomodado y bien puesto,
conque es preciso dejar
un legítimo heredero.

ENRIQUE. Allá lo verás.

ESPEJO. Ella es
huerfanita, conque es cierto
que será humilde, hacendosa,
y agradecida a su dueño.

ENRIQUE. Allá lo veredes, dijo
Agrages.

ESPEJO. ¿Qué sabía de esto
Agrages, ni de otras cosas
que dijo el gran majadero?
Lo que importa es que esté to-
abundante y con aseo, [do
una vez que a merendar
con nosotros la traemos.
Marcha por el pastelón
en casa del pastelero.

PEPE. Voy al instante.

(Vose.)

(Sale MERINO *de mojo, con las Sros.* JUANA *y* NICOLASA, *en el mismo traje.)*

MERINO. ¡Deo gracias!

ENRIQUE. ¡Oh, señoras!, ¿tanto bueno
por mi casa?

NICOLASA. Ustedes vivan
los años que les deseo.

ESPEJO. ¿Cuántos serían?

NICOLASA. Más de mil.

ESPEJO. Y que entrambos los logremos.

NICOLASA. Se entiende.

ESPEJO. Máteme Dios,
con mujer de entendimiento.
¿Qué hay, cuñada?

NICOLASA. Lo de ayer.

MERINO. Vamos a sentarnos todos.

ESPEJO. Ve aquí si mi hermano Pedro
se animara, dos a dos
se doblara el parentesco.

ENRIQUE. Yo soy opuesto a la carne .

NICOLASA. Más opuesta soy yo al hueso.

MERINO. ¿Y a qué viene este aparato,
cuñado, que aún es superfluo
para el día de la boda?

ESPEJO. Es una expresión de afecto
no más; que entonces... enton-
he de traer un repostero, [ces
que hasta la mesa y las sillas,
han de ser de caramelo.

ENRIQUE. ¿Y las cornucopias?

ESPEJO. Como
ésta quiera.

MERINO. Yo os ofrezco
la araña.

NICOLASA. Y yo un par de ligas
de seda para el pescuezo.

ESPEJO. Toda la familia está
reventando de contento.

(Sole lo tropo de mojos.)

CORONADO. Conque, ¿no hay más que ca-
y prepararle festejos [sarse,
a la novia, sin contar
con los amigos y deudos?

ESPEJO. No, no estábais olvidados,
amigos; yo os agradezco
la venida, porque así
mejor nos divertiremos...

MERINO. ¿Es usted parienta nuestra
también, reina?

LORENZA. Yo no entiendo
de genealogías.

ESPEJO. Oyes
Pacorro, ¿quiénes son éstos?

CORONADO. Todos somos unos.
ESPEJO. Bien.

(*Sale* PEPE.)

PEPE. Señor, aquí ya está esto,
y me han dicho que ahora vie-
en el punto de comerlo. [ne
ESPEJO. Pues ponle en la mesa y vete,
de la cocina trayendo
los demás. Vamos, señores,
sentarse sin cumplimientos.
NICOLASA. Aun es temprano.
MERINO. Mejor,
que así luego bailaremos
alegres como una pascua.
ESPEJO. Perdonad, que yo no cedo
mi lado.

(*Poniéndose al lado de la novia.*)

TODOS. Sea norabuena.
ESPEJO. Por ahora tan solo acepto
la mitad, la otra mitad
la guardo para su tiempo;
¿no es verdad, perla?
NICOLASA. Cabal.
MERINO. Chico, trae vino y brindemos.
CORONADO. Vaya a que nos libre Dios
de petimetres como esos
que encontramos ahí arriba.
QUEVEDO. Pues parecían atentos,
y hombres de forma.
CORONADO. ¡Ay, amigo,
que tú aquí eres forastero
y no conoces los fines
de las atenciones de éstos!
QUEVEDO. Hay fines que no se logran
aunque se pongan los medios.
ESPEJO. Yo apenas los puse, cuando
logré el fin del casamiento.

(*Salen los tres petimetres, y los majos siéntanse, menos* QUEVEDO.)

LOS TRES. ¿Ah de casa?
ESPEJO. Arrempujar.
LOS TRES. Buenas tardes, caballeros.
ESPEJO. ¿Qué se les ofrece a ustedes?
QUEVEDO. Señores, aquí hay asiento.
MERINO. Que se vayan a sentar
al Prado; estate tú quieto.
MARTÍNEZ. Vamos dejando estas sillas
libres, los pícaros, menos
éste, que es hombre de bien.

(*Por* QUEVEDO.)

MERINO. ¡Alabo el modo!
MARTÍNEZ. Celebro
también yo el poco de ustedes;
pero se le enseñaremos.
ENRIQUE. En mi casa.
MARTÍNEZ. Nadie manda
en la casa en que yo entro.
PETIM. Vayan arriba.
MAJOS. No quieren.
PETIM. Pues ¡abajo!

(*Echarán a rodar con sillas y todo, a* CORONADO, GALVAN, ENRIQUE *y* ESPEJO, *y* MERINO *se levanta.*)

MERINO. Digo, ¿va esto
de veras?
MARTÍNEZ. Yo soy un hombre
que en la vida me chanceo.
MAJOS. Por vida de la...
MARTÍNEZ. Muchachas.
quietecitas. Compañeros
esto está para comer,
a sentarse y buen provecho.
JOAQUINA. ¡Vaya que es paso de risa!
MERINO. ¡Chis!, muchachos a consejo
de guerra.

(*Se juntan los majos a un lado y dicen entre sí.*)

CORONADO. Tienen mal genio,
y vienen los tres resueltos;
¿qué se ha de hacer?
GALVÁN. ¿Qué?, llamar
a Manuel, el carpintero
que venga.
PEPE. ¿Voy a llamarlo?
MERINO. Sí, muchacho, ve corriendo.
MARTÍNEZ. ¿Dónde vas, niño?
PEPE. A un recado.

(*Vase.*)

MARTÍNEZ. Ve a avisar un regimiento
de majos, y di que estoy
de prisa, que vengan presto.
PORT. ¡Este hombre es algún demo-
[nio!
NICOLASA. Yo estoy temblando de miedo.
GALVÁN. ¿Por qué no los echas como
esta tarde?
CORONADO. Aquel moreno
tiene mala condición.
ESPEJO. ¿Con licencia de usted, puedo
decir algo a mi mujer?
MARTÍNEZ. ¿Mujer?
ESPEJO. Digo, que ha de serlo.
MARTÍNEZ. Pues si lo ha de ser, entonces
se lo dirá.
ENRIQUE. ¡Yo estoy lelo!
EUSEBIO. ¿Qué dice usted, señorita?
LORENZA. Yo no hablo, estoy comiendo.
EUSEBIO. ¿Y en acabando?
LORENZA. Tampoco;
porque al instante me duermo

(*Sale* PEPE.)

PEPE. Aquí está el señor Manuel.

(*Sale* PEPE *con* SIMON, *embozado, de cofia y montera grande.*)

MARTÍNEZ. Entre, y le conoceremos
al señor Manuel.
SIMÓN. Deo gracias.
MAJOS. Manuelito, mira esto

que nos pasa.

SIMÓN. Poca bulla;
poquita, y nombre el consejo
un procurador de todos.

PONCE. ¡Adiós, buena la tenemos!

MERINO. Que han entrado esos usías
como si fueran los dueños
de las mozas, de la casa
y de la merienda.

CORONADO. Y luego
han dicho...

SIMÓN. Punto redondo,
que me hice cargo: este pleito
está vencido a patadas
en dos minutos y menos.

MARTÍNEZ. ¿Y quién ha de darlas?

SIMÓN. Yo.

MARTÍNEZ. Pues quítese usted primero
esa montera.

(Se la tira de un revés.)

SIMÓN. ¡Conmigo!...

MARTÍNEZ. Y con todo el mundo. Quedo
y seamos amigos, antes
que afile los cinco dedos
en sus barbas, y después
le haga tajadas con ellos.

SIMÓN. Señor...

MARTÍNEZ. Quítese la capa,
y vaya a traer de allá dentro
los postres y un par de luces
que anochece ya, y no vemos.

SIMÓN. Voy, señor.

MARTÍNEZ. ¿Qué hacen ustedes,
que no prosiguen comiendo?

(SIMON, con las luces.)

MAJOS. ¿Qué es esto, Manolo?

SIMÓN. Esto es
manifestar que yo en siendo
con modo y de bien a bien,
me arrastrarán de un cabello.

MARTÍNEZ. ¿Qué hacen ustedes?

JOAQUINA. Ninguna
tiene gana.

EUSEBIO. Pues bailemos.

MARTÍNEZ. Perillanes, vaya fuera
este retablo hasta luego:
¿hay guitarra en esta casa?

PEPE. Sí, señor.

MARTÍNEZ. Pues ve, muchacho, por ella.

(Sale SIMON.)

SIMÓN. Aquí está la luz.

MARTÍNEZ. ¿Cuál de esos cementerios
es el tío Codillo?

ENRIQUE. Yo.

MARTÍNEZ. Pues vaya usted disponiendo
que se ilumine esta sala,
y bien, porque yo no acierto
a bailar, sin cornucopias.

ENRIQUE. Velas, de sobra las tengo,
y están todas a su mando;
lo que falta es candeleros.

MARTÍNEZ. Traiga usted las velas, que
lo demás lo hará el ingenio.

(Sale PEPE.)

PEPE. Aquí está ya la vihuela.

MARTÍNEZ. ¿Quién araña ese instrumento?

CORONADO. Yo no sé.

LOS OTROS. ¿Nadie le toca?

MARTÍNEZ. Agárrela uno, y no andemos
en chupaderitos.

MERINO. Este
canta y toca.

CORONADO. Si no puedo.

MARTÍNEZ. Hágame usted el favor.

CORONADO. A esa atención no me niego.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. Aquí hay ya cuatro encendidas.

MARTÍNEZ. Yo las colocaré presto,
tenga usted esta luz; usted
esta otra, al lado izquierdo,
usted a este rincón, y usted
enfrente, al lado derecho.
Ve aquí qué pronto encontramos
repisas y candeleros.

EUSEBIO. Seguidillas entre cuatro
que yo seré el bastonero.

MAJOS. ¡Esto se sufre!

MARTÍNEZ. Cuidado
con la quietud y el sosiego.

(Bailan seguidillas, y sobre la mesa está la luz.)

MERINO. Esto ya es demasía,
y es fuerza tomarlo serio.
Diga usted, aunque esta fuera
una cuadrilla de negros,
¿lo sufriría?

MARTÍNEZ. Chitito.
Que esté firme el candelero,
camarada.

EUSEBIO. Señor majo;
este es castigo del cielo,
para amansar su soberbia,
que estaban ustedes hechos
a triunfar de los usías.

MARTÍNEZ. ¿Toma? y aun le falta al cuento
lo mejor, que es un ratito
de descanso, y cuchicheo.

LORENZA. ¿Cuchi qué?, jamás oí
esta voz allá en mi reino.

MARTÍNEZ. Oiga usted.

LORENZA. Si éste no quiere.

MARTÍNEZ. Y el señor, ¿quién es para eso?

QUEVEDO. Su marido.

MARTÍNEZ. ¡Muerto soy!;
amigo, usted ganó el pleito.

GALVÁN. Y yo el de ésta.

(A la PORTUGUESA.)

CORONADO. Y yo el de esotra.
(*A la* JOAQUINA.)
ESPEJO. Y yo también soy el medio
marido de esta gordita.
(*A la* JUANA.)
MARTÍNEZ. Pues ustedes son los dueños
de la función, y perdonen
mil veces mi atrevimiento.
E. Y P. ¿Ya cedes?
MARTÍNEZ. Yo como a majos
les quise dar escarmiento,
pero en oyendo la voz
de marido me estremezco,
que una cosa es ser goloso
y otra ladrón; a más de esto.
que donde hay tanto baldío,
quien va a lo vedado es necio.
CORONADO. Usted es hombre de razón
y lo será que quedemos
amigos, y para prueba
habrá un juguetillo nuevo.
TODOS. Por que pidamos con él,
el perdón de nuestros yerros.

117

Quien dice mal de la pera aquel se la lleva

1771 (1)

(*La escena se finge en casa de una viuda de un agente de negocios, en Madrid. La Sra.* SEGURA *estará de criada barriendo y cantando la seguidilla siguiente: a la mitad sale* CHINICA, *como escribiente o paje maneja varios legajos de papeles y cartas que habrá sobre una mesa, y luego se sienta a escribir.*)

SEGURA. *¡Oh, bien haya la Corte*
que es el remedio
de todas las presonas
de entendimiento!
¡Ay, Madrí, Madrí,
los que no te conozcan
digan mal de ti!
(*Levántase* CHINITA.)
CHINITA. Oyes, mira si despachas
o lo dejas; porque tengo
que escribir, y con tu voz
y la bulla me divierto.

(1) Autógrafo en la Bib. munic.; leg. 1-159-17. Hay además otro manuscrito con las aprobaciones y licencias de 14 a 18 de enero de 1771. El autógrafo tiene este título antes del definitivo: *La fuerza de los papeles o Quien dice mal,* etc.; pero está tachado y sólo prevaleció el segundo. Impreso por Durán.

SEGURA. Pues ¿qué más quieres, si es-
divertido? [tás
CHINITA. Marcha adentro;
que saldrá pronto señora,
y es hoy muy largo el correo.
SEGURA. ¿De veras?
CHINITA. ¿Tienes alguna
experiencia de que miento?
SEGURA. Muchas.
CHINITA. Pues ¿cuándo he mentido
contigo?
SEGURA. Nunca; pero eso
es porque yo soy de suerte
angosta de tragadero,
que aun la verdad, siendo tan
delgada, trago con miedo.
CHINITA. ¡Ya tienes de picardía
más que te falta de cuerpo!
SEGURA. Cuando tú vendas lo que
te sobra, lo compraremos.
CHINITA. Calla, que viene la tía.
SEGURA. ¿Oyes? la bata del bueno
del amo que de Dios goce
ha sacado; y yo recelo
que es para condecorarte
y poco a poco irte haciendo
digno de su blanca mano.
CHINITA. ¡Anda, bufona!

(*Sale la Sra.* PEREIRA, *de viuda, muy arrebolada y rigorosa.*)

PEREIRA. ¿Qué es esto?
¿qué tienes tú, bachillera,
aquí que hacer, hasta luego
que vengas con la labor?
SEGURA. Señora, estaba barriendo.
Y el señor que manda más
que mi amo que está en el cie-
dice que lo deje. [lo,
PEREIRA. ¿Dice
que lo dejes don Florencio?
pues déjalo.
CHINITA. La señora,
dice lo que quiere en eso;
que de criado a criado
no cabe el atrevimiento
de mandar.
PEREIRA. Sí tal que cabe;
que hay diferencia en extremo
de una fregona a un criado
mayor, que es por lo menos
mi secretario, y mañana,
confianza en Dios, espero
que será mi apoderado.
CHINITA. Si ese título merezco,
bien le podéis confirmar
desde hoy, señora, supuesto
que de todos los cabildos
ciudades y caballeros

particulares, de quienes
mi amo que esté en el cielo
tuvo poderes, tenéis
cartas en este correo,
dándoos con fina expresión
el pésame, y atendiendo
esa súplica, os incluyen
iguales poderes nuevos,
a mi favor, con las mismas
facultades y los mesmos
créditos, encargos, gajes,
salarios y emolumentos.

PEREIRA. No te doy el parabién,
porque soy la que intereso
yo más, y me la he tomado.

CHINITA. Aquí están.

PEREIRA. Vámoslos viendo.
¿Qué haces aquí tú?

SEGURA. Escuchar;
que también yo con el tiempo
puedo ser viuda de agente;
y es bien saber cómo debo
portarme, si mi marido
por fortuna se cae muerto.

PEREIRA. ¡Anda muy enhoramala
a ver si cuece el puchero;
y déjanos en paz, que
estos son asuntos serios!

SEGURA. *¡Ay, viuda triste,* (*Canta.*)
y qué seria te pones
cuando te ríes!... (*Vase.*)

PEREIRA. ¡Qué cabeza!

CHINITA. Poco juicio:
¿qué quiere usted?

PEREIRA. Don Florencio,
la verdad: ¿es aprensión
mía, o miras con afecto
a Mariquita?

CHINITA. Señora,
con solo el de compañero.

PEREIRA. ¿Nada más?

CHINITA. Y el que merece
hallarla a los ojos vuestros
tan apreciable.

PEREIRA. Me sirve
muy a mi gusto por cierto
y la quiero mucho.

CHINITA. Esa es
la razón porque la quiero.

PEREIRA. Bien puede ser; porque yo
he oído que en mil sujetos
hay simpatía de estrellas
cuyo influjo oculto y lento
a una misma inclinación
guía por distintos medios
los corazones. ¿No sabes,
tú que tienes tanto ingenio,
algo de esta astrología?

CHINITA. Una ciencia es que aborrezco
desde que un día de fiesta
fuí a ver por un empeño
el calendario y decía:
"Jueves 2. Claro y sereno";
y todo el día fué de agua
con relámpagos y truenos.

PEREIRA. Eso fué casualidad.

CHINITA. Señora, vamos leyendo.

PEREIRA. Después, que no es bien tra-
[bajes
tan incomodado y quiero
tratarte con distinción;
pues ya se acabó aquel tiempo
de criado. Ve a la pieza
de comer y ponte luego
la bata sin estrenar
que dejó tu amo, que creo
te vendrá bien.

CHINITA. Yo, señora,
¿había de hacer tal exceso?
¿Yo había de atreverme a usar
las alhajas de mi dueño?

PEREIRA. Permitiéndolo la dueña
no queda escrúpulo; y luego
en las herencias los más
cercanos son los primeros.
¿Qué traes tú aquí?

(*Sale la* SEGURA *con su almohadilla y silla chica.*)

SEGURA. Mi labor,
que allá todo está ya hecho.

PEREIRA. Haz lo que te mando.

CHINITA. Voy;
pero la fuerza protesto (*Vase.*)

PEREIRA. El está flaco, pero es
más galán que Gerineldos.
(*Mirándolo.*)
¿Qué tienes tú que mirar?
Con los ojos en el suelo
parecen bien las doncellas.
Si ellas fueran siempre viendo
adónde ponen pies y ojos,
no hubiera tantos tropiezos.

SEGURA. Y aun las casadas y viudas;
pero como ha tanto tiempo
que usted miraba hacia allí,
creí que había algo de nuevo.

PEREIRA. Yo es preciso que lo mire
todo, porque a Dios le tengo
que dar cuenta de mi casa
y familia... No hagas gestos.
maula, que aunque disimules
ha ya días que sospecho
que no te parece saco
de paja el tal don Florencio.

SEGURA. Es verdad: no me parece

que es saco de paja; pero
para esto de enamorarse
me parece que es muy feo;
¿no es verdad, señora?

PEREIRA. No.
que es petimetre, bien hecho
y rubio como el sol.

SEGURA. ¿Rubio?

PEREIRA. Y blanco.

SEGURA. Como un sombrero.

PEREIRA. Pues ¿por qué, si es tan dis- [forme,
le aplanchas con tanto esmero
las camisas, y le llevas
tan tempranito el almuerzo?

SEGURA. Porque después que murió
mi amo fué lo primero
que usted me previno.

PEREIRA. ¿Y antes?

SEGURA. Para tenerle contento
y que me enseñara a leer
en latín.

PEREIRA. ¡Qué devaneo!
Pues ¿piensas ser religiosa?

SEGURA: Sí, señora, que lo pienso
y ya sé yo de qué orden,
aunque no de qué convento.

(*Sale* NAVAS, *de comprador no gallego.*)

NAVAS. ¿Señora?...

PEREIRA. ¿Qué traes, Patricio?

NAVAS. Que está ahí la mujer del [muerto
del otro día, que quiere
hablar a usted en secreto
dos palabras.

PEREIRA. ¿Doña Andrea?
Dila que entre... Oye, primero
aparte, di, ¿has observado
en la casada y Florencio
alguna cosa?

NAVAS. ¿Qué cosa? [vo
porque algunas hay que obser-
y otras que no, como muchos
hacen con los mandamientos.

PEREIRA. Inclinación...

NAVAS. ¿A qué parte?

PEREIRA. Uno a otro; ¡majadero!

NAVAS. No sé nada, no sé nada.

PEREIRA. ¿Se miran con ojos tiernos?
¿Se regalan, se requiebran?
¿Se buscan, se piden celos?

NAVAS. Sobre que yo no sé nada.

PEREIRA. Es que me importa saberlo.

NAVAS. Pues eso es muy fácil.

PEREIRA. ¿Cómo?

NAVAS. Preguntándoselo a ellos. (*Vase.*)

SEGURA. ¿Yo me voy, señora?

PEREIRA. No;
estate quieta, veremos
a qué viene, que es extraño
salir de casa, no habiendo
un mes que murió el marido.

SEGURA. (¡Miren quién lo está diciendo,
y a los diez días de viuda
se fué a misa a Recoletos,
a comer a San Francisco,
y a cenar con gran contento
a la fonda por la noche
conmigo y con don Florencio!)

PEREIRA. ¿Con quién hablas?

SEGURA. Con la aguja
(*Siéntase a la punta y cose.*)
que tiene el ojo mal hecho.
(*Canta.*)
Sal quiere el huevo;
pero el diantre del gato
vertió el salero.

(*Sale la Sra.* GRANADINA *de viuda rigurosa. Mantilla de seda negra.*)

PEREIRA. Hija, ¿por qué te detienes
en entrar?

GRAN. Quise primero
saber si acaso tenías
visitas.

PEREIRA. Ya lo contemplo;
y aun te aseguro que al verte
toda un pasmo me ha cubierto;
pues gran motivo es sin duda
el que te obliga al extremo
de salir sola de casa
a estas horas.

GRAN. No hay remedio.
Esto es, hija, haber faltado
la cabeza deste cuerpo;
la base desta columna
y el sol deste firmamento.

PEREIRA. Lo mismo me falta a mí.

GRAN. ¡Ah, qué bien aquel discreto
dijo que somos las viudas
animales imperfectos!

PEREIRA. No dijo sino muy mal
ese hombre; y era muy necio;
porque una madama viuda,
moza, linda y con dinero
es una alhaja que solo
la habían de dar por premio
los reyes a los que hiciesen
grandes servicios al reino.

GRAN. Es verdad; pero yo, amiga,
soy pobre...

PEREIRA. No nos cansemos.
¿Vienes con alguna urgencia?

GRAN. ¡Que eso preguntes sabiendo
que soy viuda!

PEREIRA. Siéntate

y dime sin cumplimientos
lo que quieres.

GRAN. Ya tú sabes,
amiga, el grande manejo
de dependencias que tuvo
mi esposo que está en el cielo.

PEREIRA. Como el mío.

GRAN. Entre los dos,
¡cuántos negocios hicieron!

PEREIRA. ¡A cuántos vemos por ahí
que sacaron de sus pleitos
y pretensiones triunfantes
sin tener algún derecho!

GRAN. ¡Y qué poco les pagaban!

PEREIRA. Eso mejor para ellos,
que allá se lo habrán hallado
todo lo que acá perdieron.

GRAN. Pues como el pobre cayó
mortal y murió tan presto,
dejó todos los papeles
embrollados; y yo vengo
a ver si por unos días
me prestas a don Florencio,
que es práctico en estas cosas,
y muchacho de talento,
para que le dé salida
correspondiente a este empeño;
que quizá le tendrá cuenta,
pues yo conseguir espero
le subroguen los poderes
de todos...

SEGURA. (Según va esto
este hombre, ha de ser el hom-
más poderoso del reino.) [bre

GRAN. Parece que no te sienta
la proposición.

PEREIRA. Hablemos
con lisura, como amigas;
a mí me pasa lo mesmo
que a ti y mientras no se eva-
[cuen
las muchas cuentas y pleitos
que acá quedaron pendientes,
es imposible, ni creo
que lo aceptara.

GRAN. Quizá
lo aceptará si yo llego
a pedírselo.

PEREIRA. Si tú
tienes con él tanto empeño,
¿para qué vienes conmigo
a fingir y gastar tiempo?

GRAN. Por si acaso tú tenías
quizás otro pensamiento.

PEREIRA. No los tengo yo tan bajos,
como los que has descubierto
tú con esa prevención.

GRAN. ¿Yo? ¡Qué malicia! Mi genio
pica muy alto.

PEREIRA. Y el mío
pica mucho más. Florencio.

(*Canta.*)

SEGURA. *¡Madre y qué gusto
es ver a dos gitanos
tratar de burros!*

(*Sale en bata* CHINITA.)

CHINITA. ¿Qué manda usted? Y me
pintadita, con efecto. [viene

GRAN. Señor, beso a usted las manos.

PEREIRA. ¿Por qué dejas el asiento?

GRAN. Sea mil veces en buen hora.

PEREIRA. Andrea, ¿qué estás diciendo?

CHINITA. Señora, ¿son a la bata
o a mí tantos cumplimientos?

PEREIRA. Se la he dado por que escriba
más desahogado el correo.

GRAN. No lo dudo.

PEREIRA. Siéntate.

GRAN. Que venga su merced en medio.

CHINITA. Prosigan ustedes, que
voy a abrir estos dos pliegos.

GRAN. ¡Jesús, Jesús: vaya, vaya!

PEREIRA. ¿De qué haces tantos miste-
[rios?

GRAN. Tú has perdido el juicio.

PEREIRA. Y tú
no le has perdido de miedo
de que no haya quien le busque
ni se baje a recogerlo.

GRAN. Eso es hablar demasiado.

PEREIRA. No has dicho tú mucho menos.

CHINITA. Otro poder que me envían
de Valencia; ya tenemos
asegurados arroz,
alcachofas y pimienta.

(*Sale* NAVAS.)

NAVAS. Señora, ahí están el tío
Panduro, Roque Pandero
y la Mari-Pandereta.

PEREIRA. Unas gentes de Pozuelo,
en cuya casa me estuve
el otoño divirtiendo
dos meses. ¿Dicen a qué
vienen y si se van luego?

NAVAS. No sé nada; no sé nada.

PEREIRA. Diles que entren.

NAVAS. Obedezco.

(*Vase.*)

CHINITA. Poderes de Asturias: castañas,
pilongas y salmón fresco.

(*Salen de gentes de lugar la Sra.* GUZMAN, ALFONSO *y* NAVARRO, *muy tristes.*)

GUZMÁN. Por siembre sea alabado
el Señor de tierra y cielo.

PEREIRA. ¿Qué buena venida es esta?

NAVARRO. No es muy buena.

GUZMÁN. ¡Qué sabemos!
Padre, hasta ahora, no hay
[nada
que sea malo ni sea bueno.
PEREIRA. María, ¿cómo tan triste?
¡cómo tan huraño abuelo?
Roquito, ¿de cuándo acá?
ALFONSO. Que lo diga don Florencio.
CHINITA. Carta de Málaga con
los poderes de don Pedro
Jiménez; éste si que
tiene humos de caballero.
PEREIRA. Florencio, mira.
CHINITA. ¡Poderes
de Algarrobillas!, torreznos.
GUZMÁN. ¡Ay, padre, que no hace caso
de mí el pícaro!
ALFONSO. Me alegro:
¿no te dije que no hay
que fiar de madrileños?
PEREIRA. Pues ¿qué es esto? ¿Hablan
[ustedes?
GUZMÁN. ¡Ay, señora, que me muero
de vergüenza! ¡Por la Virgen
del Sagrario de Toledo!...
(Llorando.)
¡Por las ánimas benditas,
y así Dios tenga en el cielo
el alma de su marido
y le depare otro luego!
PEREIRA. ¡Amén, Jesús!
GUZMÁN. Que me saque
de un trabajo en que me veo.
Yo estoy casada...
PEREIRA. ¿Con quién?
GUZMÁN. Y doncella.
PEREIRA. ¿Cómo es eso?
GUZMÁN Ese paje, mal cristiano,
ese que se está allí haciendo
el tonto, tiene la culpa.
CHINITA. Poder para sacar ternos
de la lotería; este
es un poder estupendo.
PEREIRA. ¿Qué, te dió palabra?
GUZMÁN. Hubo
muchas palabras; pues pienso
que salimos a tres horas
de conversación lo menos
cada día y usté estuvo
allí más de mes y medio.
PEREIRA. ¿Y mano?
GUZMÁN. Si no me dió
la mano me dió los dedos
y me dijo: "Esposa mía,
de mi alma"; que por cierto
delante estaba Patricio.
PEREIRA. ¿Y tú qué dices a esto?
NAVAS. No sé nada, no sé nada.
(Llaman.)
Voy a abrir y al punto vuelvo.
¡Ay, señora, mirad vos
por la honra deste viejo!
GUZMÁN. Yo no lo siento por la
honra; por lo que lo siento
es porque ya no me llaman
sino la Paja en Pozuelo,
y quiero ser paja fresca,
que muestre el grano a su
[tiempo.
CHINITA. Poder de Añover: melones
de cuelga para el invierno.
(Sale NAVAS.)
NAVAS. Señora, señora mía:
la hija del confitero
de enfrente y la lavandera
de casa vienen riñendo.
PEREIRA. ¿Y sobre qué?
NAVAS. No sé nada.
PEREIRA. Echalas.
NAVAS. ¡Si ya están dentro!
CHINITA. Poder de Alicante; duro
es el turrón, pero bueno.
PEREIRA. ¿Habrá más poca vergüenza?
Hombre, ¿no lo estás oyendo?
CHINITA. Poder de la viuda... Estoy
ocupado; no le acepto.

(Salen de basquiñas y mantillas terciadas al cuello y con pañuelos en las manos las Sras. VALDES y MORALES.)

MORALES. ¿Ella había de pillarte
estando yo de por medio?
VALDÉS. Aunque las lágrimas son
en accidentes funestos
el mejor idioma, hay casos
en que debe hacer esfuerzos
la naturaleza, contra
la debilidad del sexo.
Sí, señora; esto es constante;
tienen muy escaso imperio
todas nuestras prevenciones
contra un marido tan lleno
de malicias, imposturas,
nombres falsos y tropiezos.
MORALES. ¡Ay, señora!; si el blasón
mayor de los caballeros
y de las grandes señoras,
desde los siglos más lejos,
es amparar las doncellas
perseguidas de escuderos
malandrines y follones,
a vuestros pies toman puesto
nuestras cuitas, tomad vos
a cargo el amparo nuestro.
PEREIRA. Vecinas, hablen ustedes
claro, que no las entiendo.
CHINITA. Poder de la Alcarria: miel
y azafrán para el puchero.
VALDÉS. Ese traidor paje; ese

monstruo de amantes enredos;
ese ingrato amigo, es
contra cuantos sentimientos
el honor y la verdad
inspiran en nuestros pechos
el tirano de mi hermana.
El supo con más ingenio
que Ulises a los troyanos
introducir el vil fuego
de amor en su voluntad
y después ¡oh santos cielos!
la retiró los auxilios
para calmar el incendio.
Mayor es su ingratitud,
no se contentó con esto:
Ayer una firma suya
que afirmaba los derechos
de mi hermana, por acaso
cogió y con ojos sangrientos
y acciones trémulas hizo
mil pedazos a los nuestros;
¡oh Justicia!, ¿por qué ociosos
tienes tus verdugos fieros?

MORALES. ¡Ay, señora!, no atendais
piadosa por mí los ruegos
de mi hermana; en ella viven
los brillantes sentimientos
de la heroicidad, y quieren
a costa de su tormento
labrar mis felicidades;
ella es mayor, y primero
obtuvo palabra y mano
de ese vil monstruo perverso.
Su amor es casi notorio;
y mi dolor tan secreto
que aun lo ignoran los parien-
Mi padre, ese confitero [tes.
famoso, mi dulce padre
nada sabe deste horrendo
profano papelicidio.

PEREIRA. Ya no se puede aguantar;
dile que venga corriendo
a nuestro alcalde de barrio,
pues tan cerca le tenemos.

CHINITA. Poderes de Filipinas:
lejillos está el dinero.

GRAN. ¿Y tú, Florencio, qué dices?

CHINITA. Que es hoy muy largo el co-
[rreo.

GRAN. Sí que son muchas sin duda
las correspondencias.

PEREIRA. Esto
es preciso remediarlo,
y ya he discurrido el medio.

(Canta)

SEGURA. *¡Ay cuántas, cuántas*
por el melón suspiran
y es calabaza!

(Salen de majos CORONADO, JAIME *y la Sra.* MENDEZ.*)*

JAIME. Dios guarde a ustedes, señoras.

CORONADO. ¿Está en casa el caballero
paje?

PEREIRA. ¿Qué modo de entrar
es ese tan desatento?

MÉNDEZ. ¿Es desatención, y tienen
en la mano los sombreros?
Otros piensan que...

JAIME. ¡Chitico!
y deja hablar.

CHINITA. Otro pliego
de Tetuán; ya tengo monos
para mi divertimiento.

PEREIRA. ¿Qué quieren ustedes?

CORONADO. Poco;
y hablando poquito y bueno,
que es como suelen hablar
las gentes de entendimiento;
ésta es mi hermana y éste es
un amigo y compañero
que me la pidió ayer tarde
para mujer. A este efecto
estuve con la muchacha
y después que anduvo aquello
de ¡qué sé yo! y ¡qué si
[cuándo!,
salió con que ese muñeco
le tiene dada palabra
y mano de casamiento,
y que ahora se llama fuera;
conque yo me emboco dentro
para ver lo que sacamos
en limpio deste careo.

JAIME. Por mí usted no se incomode,
ni sobre el caso haya pleito;
si usted quiere paja, paje,
y si grano, panadero.

MÉNDEZ. No, señor, que tengo muchos
testigos y ya es empeño.

JAIME. Yo, no, que me sobra pan,
y hay mucho ganado ham-
[briento.

PEREIRA. ¿Y adónde están los testigos?

CORONADO. Adelante, caballeros,
que llaman a deponer.

(Salen de majos y majas todos los que quieran, y luego ESTEBAN *de alcalde de barrio y ministros.)*

TODOS. Dios sea loado.

PEREIRA. ¿Qué es esto?

ESTEBAN. Señora, ¿qué bulla es esta
y qué trajes tan diversos?

PEREIRA. ¡Ay, señor don Saturnino;
que me viene el mundo entero
a insultar!

GRAN. Y yo me doy
por insultada así mesmo;
que en llegando a puntos de
[honra

según con quien vengo, vengo.

ESTEBAN. Pero, ¿qué es el caso?

GRAN. El caso, que este pícaro embustero a todas éstas ha dado palabra de casamiento.

ESTEBAN. Y no más.

LAS NOVIAS. Y este papel.

ESTEBAN. Pues ya está el caso compuesto que la fecha más antigua será la que gane el pleito.

PEREIRA. La más antigua es mi fecha; que desde que era pequeño le he criado.

ESTEBAN. Pero ¿cómo, si apenas ha mes y medio que enviudásteis, pudo daros palabra de casamiento?

MÉNDEZ. Aquí tenéis mi papel.

GUZMÁN. Este es mayor que de a pliego.

VALDÉS. ¡Ay, señor, que quien no tiene papel tiene más derecho: que es esta infeliz hermana!

MORALES. ¡Ay, señor, no hagais aprecio; que ella es el primer papel de los papeles y apuesto que ya habéis sentido [lo! algunas inspiraciones del cie-

ESTEBAN. Yo lo que siento es la bulla; y lo que en el caso siento es que usted venga a la cárcel

(Agárrale.)

pues convence su silencio la culpa.

CHINITA. Yo gritaré.

ESTEBAN. No, que allí averiguaremos la fuerza de los papeles. [do:

SEGURA. ¡Ah! ¿Sí? Ahora que me acuer-

(Levántase.)

vea usted si puede hacer fuer- en juicio este que yo tengo [za

ESTEBAN. ¿A ver? Fe es de libertad,

(Lee.)

de bautismo y casamiento día doce de diciembre pasado, de don Florencio Cantalapiedra con doña María de Cantalejos, desposado, con licencia del señor vicario, siendo testigos Patricio Blanco...

PEREIRA. ¡Ah, bribón; yo te protesto...

NAVAS. No sé nada, no sé nada.

PEREIRA. Ignacio, dime: ¿qué es esto?

CHINITA. Un gran poder que me ha dado a mí el cura de San Pedro.

PEREIRA. Yo te quitaré los otros.

CHINITA. Vos sois muy dueña de hacer- pero solo deseaba [lo, servirlos en nombre vuestro.

(Serio.)

y por vuestra utilidad y alivio; porque me acuerdo de que nací hombre de bien y de que comí el pan vuestro.

SEGURA. Y yo a vuestros pies rendida, señora, digo lo mesmo que mi conjunta persona.

PEREIRA. Digo, Andreita, si aquello que hablamos, no hubiera sido mohama, ¡qué lindo perro nos llevábamos!

GRAN. Ya ha días que yo sabía algo de esto.

ESTEBAN. Pues, señores, ya que ustedes ven que no tiene remedio, sírvales en adelante el chasco para escarmiento; y usted debe perdonarla, que con un justo convenio todos pueden quedar bien.

CHINITA. Usted le hará.

PEREIRA. Yo lo acepto.

GRAN. Y pues hay boda, el pesar convirtamos en festejo; haya buena tonadilla; haya buen baile a su tiempo.

TODOS. Y haya gracia para los que aspiran a complaceros.

118

El amigo de todos

1772 (1)

(Salón adornado de taburetes. Salen cantando y bailando de criadas las Sras. GRANADINA, ANTONIA, NICOLASA *y* CORTINAS, *con* GALVAN, ESTEBAN *y* ENRIQUE.)

CORO.
Todo sea placeres,
todo alegría sea
por los presentes gustos
y por los que se esperan;
y sea bien venido

(1) Bib. munic.; leg. 1-152-49. Copia antigua con el reparto que sigue, por el que se ve fué escrito en 1772 para la compañía de Manuel Martínez, la cual lo estrenó en el Teatro del Príncipe el 2 de agosto de dicho año. Se ha impreso muchas veces: Madrid, Quiroga, 1791; Valencia, José Ferrer de Orga, 1814; Valencia, Imprenta de Esteban, 1816, etc.; todas en cuarto.

a casa nuestro dueño
pues que viene tan rico y tan [contento.

(*Salen las Sras.* PEREIRA, *ama de la casa,* GUZMAN *y* SOBRESALIENTA *de damas, la Sra* RABOSO *de señorita.*)

PEREIRA. Callad con dos mil demonios,
porque si agarro uno de estos
taburetes he de hacer
saltar a todos los sesos.

SOBR. Amiga, sosiégate,
por amor de Dios.

GUZMÁN. ¡Qué genio
tienes, mujer! Pues si hoy
que has heredado a tu suegro
más de veinte mil ducados,
que sabes que llegó bueno
tu marido, y que no ignoras
que pretenden ser tus yernos,
tantas personas iguales
en caudal y nacimiento
estás de tan mal humor,
¿qué dejas para si el cielo
te llenase de trabajos?

PEREIRA. ¿Qué mayor, que el que yo [tengo
con mi marido?

SOBR. Pues todos
en Madrid dicen que es bueno.

PEREIRA. El que lo digais vosotras
es lo que extraño, sabiendo
que no me ha sido posible [dio
en los diez y ocho años y me-
que habrá que estamos casados
hacerle rabiar ni un credo.

GUZMÁN. Como él fuera mi marido,
yo te aseguro por cierto
que hubiera rabiado, los
diez y ocho por lo menos.

PEREIRA. Mal le conocen ustedes;
digan éstas si yo miento.
Todo le sienta igualmente;
lo peor, es estupendo
en su boca; siempre busca,
para hallar virtud, rodeos
a los vicios; no ha encontrado
en los hombres un defecto
hasta ahora, y en su vida
ha tenido un sentimiento.

GRAN. Y eso que mi ama le aprieta
a toda ley los tormentos;
le contradice y le pica,
y por más pruebas que ha he-
la misma mella le hacen [cho
que las berzas a los perros.

GUZMÁN. Eso ya es simpleza.

GRAN. No es
sino un carácter opuesto
a todos los demás hombres;
y si no, vaya un ejemplo
que lo confirme. Mi ama
quiso probarle con celos
unos días; ya salía,
ya entraba, ya iba a paseo
con un mozo de chupete,
siempre que pudiese verlo
mi amo; ya la familia
le echaba una pulla al vuelo,
y ya, finalmente, yo
llegué a meterle los dedos
a ver lo que vomitaba.
Ponderéle que en el pueblo
murmuraban su paciencia;
le dibujé el más tremendo
escándalo.

GUZMÁN. ¿Y qué te dijo?

GRAN. Me dijo con gran sosiego:
No extraño que mi mujer
no ande bien, porque lo mesmo
le sucede a mi reloj [pos."
que anda mal en todos tiem-

SOBR. No fué mala la salida.

PEREIRA. ¿Y habrá paciencia para esto?
Mejor quisiera un marido
que me moliera los huesos
a palos, que uno tan soso;
yo cuando regaño o miento
gusto de que me repliquen.

GRAN. De veras que compadezco
a mi ama. ¿Habrá paciencia
para tolerarlo, viendo
por ahí a tantas mujeres
que no llegan con cien dedos
a su merced, cada instante
gozar de este pasatiempo
en su casa?

PEREIRA. Sólo tú
me sirves de algún consuelo;
que me replicas a todo
y sostienes con empeño
una riña, hasta tirarnos
labor, silla y candeleros.

GRAN. ¡Jesús!, por darle yo gusto
a usted, no hago nada en eso.

RABOSO. Calla, aduladora.

GRAN. ¿Y quién
sacará mayor provecho
de la adulación?

RABOSO. ¿Le diste
aquel recado a don Diego?

GRAN. Ya está de todo instruído.

RABOSO. No sabes cuánto la temo
a mi madre.

GRAN. No hay de qué,
estando yo de por medio.

PEREIRA. ¿Qué es esto?, ¿qué es lo que [hablais?

GRAN. Está la pobre temiendo

que no la toque un marido
como mi amo.

PEREIRA. Yo la ofrezco
que no, que he de examinarlos
antes muy bien, y en teniendo
la menor tacha, a espigar.

GRAN. Hallar hombres sin defectos,
empresa es ardua.

PEREIRA. Más arduo
es hallar en estos tiempos
una muchacha bonita,
noble y con mucho dinero.

GUZMÁN. Lo bien criada lo callas,
porque ya lo suponemos.

(*Sale* SIMON.)

SIMÓN. Señora, albricias.

PEREIRA. ¿De qué?

SIMÓN. De que han enterrado al viejo;
de que mi amo llega ya,
y de que más de quinientos
novios de Madrid, ayer
al lugar en posta fueron
a pedir la señorita.

PEREIRA. ¿Y la ofreció el majadero,
sin consentimiento mío?

SIMÓN. Sí, señora, a todos ellos.

PEREIRA. ¿A todos?

SIMÓN. Con condición
de presentarse primero
a usted, para que eligiese
al de más merecimiento.

PEREIRA. Eso, vaya.

SIMÓN. Pues ya llega.

GRAN. Muchachas, siga el contento.

(*Repitiendo la música llegan al bastidor, y sale* CHINITA *de luto.*)

CHINITA. ¿Qué hay, muchachas? Hija [mía,
dame un abrazo.

PEREIRA. No quiero.

CHINITA. Hacéis bien, porque de luto
los hombres están muy feos.

PEREIRA. Y todos; y esa es la causa
porque yo no me le he puesto,
ni he querido que la chica
se le ponga por su abuelo
tampoco.

CHINITA. Y has hecho bien;
pues si días más o menos
se ha de casar, ¿para qué
la hemos de vestir de negro?

S. Y G. Sea usté muy bien venido
señor don Lucas.

CHINITA. Celebro
ver a ustedes tan robustas.

PEREIRA. ¿No sabes lo que hay de nue- [vo?;
que el bribón del comprador
se fué con veinte cubiertos
de plata y una salvilla.

CHINITA. ¿Y antes de irse, no le dieron
la ración del mes pasado
y los días que cayeron
de éste?

PEREIRA. Yo se la diera
con un rejón.

CHINITA. Pues lo siento;
que le busquen y le paguen.

PEREIRA. Para ahorcarle.

CHINITA... Cepos quedos,
mujer, que ninguno está
libre de un mal pensamiento.

RABOSO. Padrecito, permitidme
que os dé en la manita un beso.

CHINITA. Toma, paloma.

PEREIRA. Y paloma [vos,
que sale a hablar con los cuer-
por la noche a la ventana:
mira tú qué atrevimiento.

RABOSO. Señora...

PEREIRA. A ver si le pico.
(*Aparte.*)

CHINITA. ¿Quién tiene la culpa de eso?
Si tú dejaras entrar
por la puerta a los sujetos
de que gusta, no tendría
que andar con esos misterios,
ni se expondría a que alguna
vez le haga mal el sereno.

GUZMÁN. ¡Vamos!; que panarra igual
no le he visto.

RABOSO. ¿Qué será esto?
¿si lo sabrá?
(*Aparte a la* GRANADINA.)

GRAN. Lo adivinará;
mas la fiesta será luego,
cuando marido y mujer
se claven en el anzuelo.

RABOSO. Por mi madre, me alegrara.

GRAN. Y por pillar a don Diego.

RABOSO. Eso se supone.

PEREIRA. ¡Ah!...
Mira que se nos han puesto
debajo del dormitorio
dos herradores.

CHINITA. ¿De aquellos
que saben con los martillos
hacer mil repiqueteos?

PEREIRA. Sí.

CHINITA Pues es una gran cosa;
verás como en todos tiempos
madrugan más los criados.

PEREIRA. Bien puedes mandarlos luego
mudar.

CHINITA. ¿Mudar?; y ¿por qué?

¿Pues no son hermanos nues-
[tros
como todos? ¿Se han de ir
a vivir a los desiertos?

SIMÓN. Señor, mire usté qué chinche
que le va por el pescuezo.

CHINITA. Déjala entrar; la segunda,
dar de comer al hambriento.

PEREIRA. ¿Y tú eres hombre?

CHINITA. Sin duda.
Pero mira que detrás
de mí los novios vinieron
a ganarse la palmeta
unos a otros.

PEREIRA. En eso
hay mucho que hablar.

GRAN. Señora,
es necesario irlos viendo
uno a uno.

PEREIRA. En eso estoy.
Queridas, tomad asiento;
(A las dos amigas.)
y di que vayan entrando
(Al paje.)
por su orden. *(Vase el paje.)*

GUZMÁN. Ya tenemos
diversión.

SOBR. Y bien extraña.

RABOSO. ¿Y cuándo vendrá don Diego?

GRAN. Cuando yo le he prevenido:
ni el último, ni el primero.

(Sale SIMON.)

SIMÓN. ¡Jesús y qué bizarría!

PEREIRA. ¿La de quién?

SIMÓN. Del caballero
que entra; por el trabajo
de haberle la puerta abierto
me ha dado un doblón de a
[ocho
y esta bolsa con cien pesos,
para dar de refrescar
después a mis compañeros.

GRAN. ¿Quién es ese mentecato?

SIMÓN. Este que llega. *(Vase.)*

(Sale magnificamente vestido JUAN RAMOS.)

GRAN. Veremos

RAMOS. Madama, os beso los pies;
y permitidme, que habiendo
sabido que os ha robado
un criado, de pretexto
sirva lá noticia, para
dedicar a los pies vuestros
una pequeña vajilla
de veinte a treinta mil pesos.

CHINITA. Permitidme que me aturda
con tal regalo.

RAMOS. Tratemos
de otra cosa. Si soy digno
de que me elijáis por yerno
será mi mayor ventura.

CHINITA. Mirad, que aunque el dote es
[bueno.
quizá es menos que pensais.

RAMOS. En eso no reparemos;
que yo amo a esta señorita
por sí, no por su dinero.

CHINITA. ¡Mujer, mujer, qué fortuna;
qué generoso y qué atento!

PEREIRA. Sí; pero antes es preciso,
que su modo examinemos.

RAMOS. De doscientos mil ducados,
a la hora de ésta soy dueño.

CHINITA. Bravo; ¡mujer!...

PEREIRA. Calla, tonto.
Sin embargo, yo prefiero
a las opulencias, las
calidades del sujeto.

RAMOS. No hay en Madrid quien ignore
lo ilustre de mis abuelos;
nadie hace mejor figura
en teatros, en paseos,
en cafés y en las tertulias.
Tomo cada día nuevos
criados y no les pido
razón de nada que entrego;
a quien me pide prestado,
se lo doy, no se lo presto;
y en alabándome alguna
cosa de aquellas que llevo,
la alargo.

GRAN. ¡Jesús, qué linda
sortija llevais al dedo!

RAMOS. Tomadla muy en buen hora,
seeñorita; lo que siento
es que vale poco más
de cien doblones.

PEREIRA. ¿Qué exceso
es este, muchacha?

GRAN. Haber
alabado yo primero
una alhaja destinada
para cualquier lisonjero.

RAMOS. Esto es una friolera,
desde que mi padre ha muerto
he repartido en regalos
más de cuarenta mil pesos.

PEREIRA. ¿Y cuánto ha que murió?

RAMOS. Días.

CHINITA. No vi un carácter más bello
de hombre. Dadme dos mil
abrazos, príncipe excelso;
si no por naturaleza
por el mérito y el genio.

PEREIRA. Poquito a poco, marido;

que hay en el mundo sujetos.
que a fuerza de hacer dichosos,
se hacen desgraciados ellos;
y de desgraciados suelen
pasar en breve a perversos.

GUZMÁN. De los pródigos es éste
el retrato verdadero.

CHINITA. Nada le puede faltar
a quien tanto bien ha hecho.

PEREIRA. Di también que no hay ingra-
[tos.

CHINITA. Sí que lo digo, y lo pruebo:
porque eso que ustedes llaman
ingratitud, es defecto
de memoria.

PEREIRA. Está muy bien;
pero yo, amigo, no quiero
ver opulenta a mi hija
por un año y pereciendo
toda la vida.

RAMOS. Madama,
vos tenéis mucho talento,
y pensais bien. Buenas tardes;
perdonad mi atrevimiento.
(Vase.)

PEREIRA. Parece que lo has sentido.

CHINITA. ¿Yo, hija mía?; no, por cierto;
otro vendrá, y si no viene
más breve despacharemos.

(Sale SIMON.*)*

SIMÓN. La necesidad en visita.

PEREIRA. ¿Quién?

SIMÓN. Ahí va ese caballero.

(Sale CORONADO *de militar, lánguido.)*

CORONADO. Buenas tardes.

PEREIRA. Igualmente
las tengais.

CHINITA. Tomad asiento.

CORONADO. Señor, bajo la palabra,
que me dísteis ayer, vengo.

CHINITA. ¿Qué palabra?

CORONADO. La de darme
vuestra hija en casamiento.

CHINITA. Yo la di *sub conditione*
que mi mujer venga en ello.

CORONADO. A eso he venido yo.

PEREIRA. ¿Qué hombre sois?

CORONADO. Uno de aquellos
pocos que saben vivir,
mi renta son cuatrocientos
ducados solos al año,
y con mi maña y mi ingenio
he sabido en veinte años
juntar hasta setecientos.

PEREIRA. ¿Pues qué habéis comido?

CORONADO. Sopas
en verano y en invierno.

GUZMÁN. ¿Y qué vestidos gastais?

CORONADO. Señora, el que traigo puesto,
que es de invierno y de verano.

PEREIRA. Y si la niña os entrego,
¿qué tren echaréis?

CORONADO. Ninguno.

RABOSO. ¿Y qué trajes, qué festejos
me daréis?

CORONADO. Los trajes son
muy costosos y superfluos,
y es dar a los mercaderes
y los sastres el provecho
que yo me puedo tener
solamente con no hacerlos.
Las fiestas, por las mañanas
será contar el dinero
a solas; se pasarán
las tardes, contando cuentos,
y por la noche a dormir,
con eso nos ahorraremos
la cena y la luz.

CHINITA. Mujer,
no he visto hombre más dis-
éste nos conviene. [creto;

PEREIRA. ¿Ya
barajaste el argumento?

CHINITA. No, que aunque esta economía
alabo, yo no repruebo
la bizarría del otro;
y, amiga, es mucho consuelo
saber que, aunque nuestra hija
viva con hambre y en cueros,
tendrán que heredar mañana
sus hijos y nuestros nietos.

GRAN. Buen consuelo es.

CORONADO. Y, por fin.
dónde hay gusto tan completo
como ver andar a todos,
de afán y miseria llenos,
por ganar cuatro doblones
y tener yo mi talego
hasta el gollete?

CHINITA. Sin duda;
y para el caso lo mesmo
es tener yo muchas cosas,
que imaginar que las tengo.

PEREIRA. Pues yo no quiero que coma.
y vista de pensamiento
mi hija; estais despachado.

CORONADO. Por eso no reñiremos;
a la paz de Dios. *(Vase.)*

CHINITA. Mujer,
dos partidos estupendos
los has despreciado.

PEREIRA. Calla.
y déjanos.

(*Sale de militar payo,* NAVAS.)

NAVAS. Acá me entro,
que llueve. ¿No es aquí donde
viven unos caballeros
que tienen una muchacha
que casar?

SIMÓN. La entrada, cierto,
que es de toda confianza.

NAVAS. Tengan ustedes muy buenos
días. ¿Saben ya quién soy?

PEREIRA. No, señor.

NAVAS. ¿No?, pues diréle.
Yo soy Santiago Beltrán,
hijo de Santiago, el viejo,
Beltrán y de Catalina
Beltrán de la Coca; nieto
de otro Santiago Beltrán,
hidalgos de Ciempozuelos,
y todos por línea recta
alcaldes y molineros.
Me han dicho que vuestra hija
es vana y es tonta; pero,
como es rica no reparo
en nada y por ella vengo.

GRAN. No he visto oración más linda,
ni estilo más halagüeño.

NAVAS. Ni tampoco he visto yo
criada de más despejo,
ni de tanta desvergüenza,
que se atreva hablar primero,
y delante de sus amos.

PEREIRA. Calla, niña; yo os concedo,
que pienso casar mi hija;
mas la elección de su dueño
me será un poco difícil.

NAVAS. Por entretener el tiempo
de ser abuela, que todas
lo teméis más que al infierno.

PEREIRA. ¡Qué necedad!

NAVAS. Siempre tuve
la falta de ser sincero.

PEREIRA. ¿Qué te parece, marido?

CHINITA. Que es el carácter más bello
del mundo, decir a todos
faz a faz sus sentimientos
con franqueza: la ficción
es de ánimos plebeyos;
la verdad, de pechos nobles.

PEREIRA. Pero es un atrevimiento
venir, en vez de adularme,
aquí a perderme el respeto.

NAVAS. ¡Qué! ¿gustais de aduladores?
pues no lo soy.

CHINITA. Yo lo apruebo;
que el adular es bajeza
y es interés; yo os acepto
por mí, amigo.

NAVAS. Vos lo sois
de todos; conque así, creo,
que en serlo mío, tendré
muy poco que agradeceros.

CHINITA. También dice bien.

NAVAS. Hacedme
la merced de ser mi suegro.

PEREIRA. ¿Os ha dicho mi marido
que sin mi consentimiento
nada se hace en esta casa?

NAVAS. No, señora.

PEREIRA. Pues sabedlo.

NAVAS. Pues digo que su merced
es un grande majadero
en dejarse gobernar
por vos.

PEREIRA. ¿Qué dices a esto?

CHINITA. Que tiene mucha razón.

RABOSO. ¡Y que usted esté sufriendo
a este hombre, madre mía!

NAVAS. ¿Es esta la novia?

GRAN. Cierto.

NAVAS. Quédense ustedes con Dios.
(*Levántase.*)

PEREIRA. ¿Qué, os espanta?

NAVAS. Aquel aspecto
derribador de conciencias;
aquellos ojos tan serios
y aquel talle tan alegre;
aquella torre de pelo
y aquel de pies a cabeza
yo no sé, que yo no entiendo;
no está ella criada para
hidalga de Ciempozuelos.
Quédense ustedes con Dios,
por muchos años y buenos.
(*Vase.*)

GUZMÁN. ¡Qué hombre tan politicón!

CHINITA. Pues no hemos de topar yerno
tan de bien y de verdad.

PEREIRA. Para ti todos son buenos.

(*Sale* LOPEZ *de pelucón, muy despacio y dice entrando:*)

LÓPEZ. Que no se me aparten de
la puerta los silleteros.

SIMÓN. Veamos estotro.

GUZMÁN. Parece
bien juicioso, por lo menos.

LÓPEZ. ¿Usted me conoce?

PEREIRA. No.

LÓPEZ. Pues yo soy don Anacleto.

PEREIRA. Y qué buscais?

LÓPEZ. Yo he sabido
que, estando con el deseo
de casar a vuestra hija
le retardan los defectos
de todos los pretendientes;
y esto es lo que yo no temo,
porque ni soy mal criado,

ni pródigo, ni avariento.
No he quitado a nadie nada;
no he quebrado en el comercio,
ni fuí soldado cobarde,
ni con nadie sigo pleitos,
ni he jugado, ni he perdido,
y al fin ni compro ni vendo;
porque yo no soy marqués,
oficial, ni consejero,
plumista, ni comerciante,
letrado, ni palaciego.

PEREIRA. ¿Pues qué venís a ser?

LÓPEZ. Nada.
Gasto todo lo que tengo,
sin que sobre ni que falte;
los cuidados los desprecio;
me visten y me desnudan,
y me acuestan cuando quiero;
me traen, me llevan, me escri-
[ben;
leen por mí; yo no tengo
que hacer jamás sino tres
cosas: bebo, como y duermo.

GRAN. Si este hombre se casa, juzgo
que no es capaz por sí mesmo
de ser padre de sus hijos.

LÓPEZ. Yo solo en casarme pienso,
para tener compañía
con quien divertir el tiempo.

PEREIRA. ¿Y no tenéis algún cargo?

LÓPEZ. No soy amigo de empleos,
porque todos dan cuidados.

CHINITA. Vos, amigo, sois discreto;
porque no hay felicidad
como la paz y el sosiego.

PEREIRA. ¿Y un ocioso de qué sirve
en el mundo? ¿Habrá defecto
mayor, vicio más infame
que la pereza? No quiero
daros a mi hija.

GRAN. Yo soy,
señora, con vos de acuerdo,
porque los maridos deben
trabajar; aborrecemos
la pereza mi ama y yo.

CHINITA. En la pereza hay su cierto
mérito y su perfección.

SIMÓN. Créame usted, caballero,
y váyase a descansar;
que siempre los casamientos
suelen dar algo que hacer.

LÓPEZ. Decís bien; mis silleteros
¿dónde están?

SIMÓN. En la antesala.

LÓPEZ. Yo iré, que de tiempo en tiem-
[po
un poquito de ejercicio
para la salud es bueno.

(*Vase poco a poco.*)

CHINITA. En despreciar a este hombre
no sabes lo que te has hecho.

GUZMÁN. ¿Y qué ha despreciado? Nada.

PEREIRA. Entre el que sigue, y no quiero
escuchar a otro ninguno.

GRAN. Digo: ya pareció aquello.

RABOSO. ¿Si sabrá hacer el papel?

GRAN. Entre bobos anda el juego.

(*Sale* MARTÍNEZ.)

MARTÍNEZ. Madama, vuestra opinión;
la de vuestra hija y vuestros
méritos tan decantados
en las bocas de este pueblo,
me traen a solicitar
el honor, aun más de veros,
que de ser el elegido;
y sólo este pensamiento,
me ha retardado la idea
de retirarme a un desierto,
pues aunque soy noble y rico
tengo tal odio, tal tedio
por sus vicios, a los hombres
que jamás quisiera verlos
delante de mí; parece
que llegó al último extremo,
la naturaleza humana,
de corrupción.

CHINITA. Es incierto,
y eso es pensar mal.

MARTÍNEZ. No sólo
a los hombres aborrezco,
sino a cuantos contradicen
esta opinión que yo llevo,
y andan buscando disculpas
frívolas a sus excesos.

GRAN. Señora, éste nos conviene
(*Aparte.*)
que tiene ideas y genio
para hacer rabiar a mi amo.

CHINITA. Pues yo, al contrario, defiendo,
que es necedad el hacerse
contrario a todos, pudiendo
ser amigo de los más.

MARTÍNEZ. ¿Pues acaso en estos tiempos
hay amigos? La amistad
es voz que se lleva el viento;
todos se aborrecen, todos
se envidian más que los perros.

CHINITA. Callad y marchad de aquí,
que quien tiene pensamientos
tan crueles, es indigno
de ser mi amigo y mi yerno.

MARTÍNEZ. Basta que sea cosa vuestra
para que yo...

PEREIRA. Deteneos;
que si por hijo mi esposo
os desprecia, yo os acepto.

Vos buscábais un buen hom- [bre
y una mujer sin defectos,
y sólo hallais la mitad
en mí; pero con el tiempo
combatiéndole los dos
a nuestras mañas le haremos.
Dadle la mano.

MARTÍNEZ. Señora,
son tan unos nuestros genios,
que no sé contradeciros.

RABOSO. Y es tanto lo que yo quiero
a mi madre de mi alma,
que con amor os la entrego,
sólo por obedecerla.

CHINITA. ¿Se concluyó el casamiento?

PEREIRA. Sí, sí, ya puedes rabiar
y a tu pesar se la entrego.

CHINITA. No lo creas, que ninguno
de todos cuantos vinieron
me pareció mejor que éste,
sino que busqué este medio
de oponerme a su dictamen,
para salir del empeño
que tenías de elegir
contra mi gusto a tu yerno.

PEREIRA. ¿Qué dices?

GRAN. También mi ama
se burla; pues fué pretexto
su oposición a los hombres,
para clavarla el anzuelo.

PEREIRA. ¿Y quién lo dispuso?

GRAN. Yo;
luego después reñiremos.

TODOS. Pues en esta casa hay boda
vámonos todos adentro (1).

FIN

---

(1) Puede permitirse su representación.—Madrid y Noviembre 22 de 1815.—Ochoa. (Rubricado.)
Nos el Doctor D. Francisco Ramiro y Arcayo, Presbítero.

119

La Comedia de Valmojado

SAINETE PARA LA COMPAÑÍA DE RIBERA

1772 (1)

(Entrada de lugar, bosque a un lado, etc. Las señoras BORJA, SANTISTEBAN, MARIA PEPA *y* PORTUGUESA, *bailando con algunos de los payos, y* ESPEJO *y* SORIANO, *uno sentado y otro paseándose con dos papeles de comedia, y luego* CALLEJO *de alcalde,* VICENTE *de regidor y algunos de pueblo,* CODINA *alguacil, bailan y cantan al pandero.)*

CALLEJO. ¿Qué es esto? ¿No basta ya
de bulla y de bailoteo?
Recójase cada uno
a su casa.

SANT. Yo no tengo
que hacer en ella.

BORJA. ¡Jesús,
señor alcalde!; ¡qué serio
es usté con las mujeres!

CALLEJO. Bastante he sido risueño;
y aquellas risas me cuestan
ahora llantos perpetuos.

ESPEJO. ¡Ahí me las den todas!

SORIANO. ¿Conque
no vienen los forasteros,
señor alcalde?

VICENTE. Hasta ahora
no hay por qué desconfiemos,
que aun hay media hora de [día.

CALLEJO. Al anochecer, dijeron.

ESPEJO. Por mí vengan, que ya sé
mi papel mejor que el credo,
y las bienaventuranzas.

SORIANO. Estos demonios de versos
largos, no quieren entrar
por más que los deletreo.

ESPEJO. ¿Conque han venido ya
tres músicos de Toledo?

CALLEJO. Sí.
Se han de quedar pasmados.

BORJA. ¡Qué se han de quedar! En [viendo
que es comedia sin mujeres,
se marcharán al momento.

ESPEJO. La verdad, señor alcalde,
que diera más lucimiento

---

(1) *Inédito.* Citado por Sempere. Biblioteca municipal; leg. 1-162-37: manuscrito con las aprobaciones y licencias de 8 julio, 1876. Durán hace de este sainete y del titulado *Los payos en el ensayo* uno solo; pero son dos distintos y uno continuación del otro. *La comedia de Valmojado* viene a ser la segunda parte.

cualquiera de estas muchachas
vestida, que el personero
al papcl de la primera
dama.

CALLEJO. ¿Y si yo no quiero
poner hombres y mujeres
a pasos de galanteo?

M. P. Pero, si es de mentirillas.

CALLEJO. Muchos, en tales festejos,
desde los lances fingidos,
pasan a los verdaderos,
y las burlitas de afuera
son formalidades dentro
del vestuario; no, señor;
diviértanse ellos con ellos
y ellas con ellas.

BORJA. Pues bien;
para carnaval, queremos
las muchachas hacer otra
comedia.

CALLEJO. No lo repruebo.

SORIANO. ¿Qué dice aquí, Monifacio?

ESPEJO. "Aromas para su templo";
bien claro está.

SORIANO. ¿Y qué es aromas?

ESPEJO. Aromas... aromas... eso
no creo que significa
nada.

SORIANO. Si yo no lo entiendo.

ESPEJO. Pues estará mal escrito;
aguarda, lo enmendaremos.

SORIANO. ¡Aromas!

ESPEJO. Decir, *maromas*.

SORIANO. "*Maromas* para su templo".

ESPEJO. Y suena bien, porque mira
allí serán de provecho,
para tocar las campanas
o asegurar los cimientos.

(*Sale* POLONIA, *derceha.*)

POLONIA. Albricias, señor alcalde;
pues ya vienen, con efecto,
los cómicos de Madrid;
que ya desde aquel otero,
he visto un bulto que corre
y sonaban los cencerros
de carruaje.

CALLEJO. Ellos serían.
Alguacil, anda corriendo
y guíalos a esta parte.

ESPEJO. ¿Oyes, chico?, y al momento
que se desmonten del coche,
diles como yo les cedo
mi propia cama. A las mulas,
al coche y a los cocheros,
que se vayan al mesón.

CALLEJO. Sí; ya está todo dispuesto.

SORIANO. Y di que yo no les salgo
a recibir, porque tengo
que estudiar esta media hoja.

CODINA. Bien está.

CALLEJO. Pues anda presto;
no equivoquen el camino.

CODINA. ¡Si todos mandan a un tiempo!
(*Vase.*)

POLONIA. La primera obligación
de alguacil, es ser ligero...
(*Vaces.*)

BORJA. ¿De qué?

POLONIA. De manos y pies
en todo acontecimiento.

ESPEJO. Ya suenan las campanillas.

POLONIA. Lo que yo esta noche temo,
que os habéis de cortar todos.

SORIANO. Yo por mi parte confieso,
que tengo mucha vergüenza.

ESPEJO. Eso tengo yo de bueno,
que no la conozco.
(*Vaces.*)

DENTRO. ¡So,
só; si voy allá, moreno!
¡Para, para!

SORIANO. Regidor,
cuenta, que al amigo Eusebio
me le cortejes, y que
le hagas muchos cumplimien- [tos,
que es quien presta.

VICENTE. Ya lo sé.

ESPEJO. Me ha prestado a mí un som- [brero,
y un peluquín, para hacer
al rey moro de los griegos,
que no le tiene mejor
un regidor de Toledo.

SORIANO. A mí me ha dado unas plumas
de un pájaro, que yo apuesto
por el tamaño, que son
de elefante por lo menos.

M. P. Mi padre sí que estará
con las cadenillas bueno.

QUEVEDO. Ya están ahí.

POLONIA. ¡Qué buenas mozas
son todas!

BORJA. Ponte tú el pelo
como ellas, y verás como
creces más de cuatro dedos.

(*Salen* EUSEBIO, *la Sra.* FIGUERAS, JOAQUINA *y* TORDESILLAS, *muy agasajadaras, todas las rodean y tadas, y delante hacienda fachenda,* CODINA.)

CODINA. ¡A un lado, a un lado, mu- [chachas!

POLONIA. Calla, que también queremos
ver nosotras.

TODOS. ¡Vivan, vivan!

EUSEBIO. ¿Es aqueste caballero,
el alcalde apasionado,
que dijo usted que tenemos

en este lugar?
ESPEJO. Lo es mucho.
CALLEJO. El que haya en qué complace-
es necesario, madamas: [ros
en mi casa está el refresco
prevenido.
ESPEJO. Ahora veréis
el vinito que tenemos
en Valmojado.
GUZMÁN. En verdad
que no me suena bien, eso
de vino mojado.
ESPEJO. Es que
no lo moja el tabernero;
y si no echarlo en la lumbre
veréis como arde al momento.
CALLEJO. Vamos a casa, señoras.
GUZMÁN. Aguárdese usted, veremos
un rato el campo.
JOAQUINA. ¡Jesús,
mujer!; ¡y qué gana tengo
de que me dé el aire un día,
ya que en Madrid no podemos
gozarle!
CALLEJO. Pues si queréis,
yo os lo enviaré en dos pellejos
cada semana, que aquí
bien de sobra le tenemos.
TORD. Mucho es; que los edificios
no lo impiden.
GUZMÁN. Son soberbios.
SORIANO. Pues esto no es nada; hay ca-
en Valmojado, lo mesmo [sas
que en Madrid; con sus tres
[altos,
la cueva, la sala y luego
encima el desván; y algunas
tienen sus rejas de hierro
en las ventanas, de más
de libra y media de peso.
JOAQUINA. ¿Y no hay caballo de bronce?
ESPEJO. No, señora; mas tenemos
un vecino en Valmojado,
tan fuerte de entendimiento
que de cada testarada,
sabe abrir un agujero
en una pared maestra,
y echar una puerta al suelo.
CALLEJO. ¿Y no vienen más que ustedes?
EUSEBIO. No, señor.
SORIANO. Lo que yo siento
más, es que Espejo no venga.
ESPEJO. Es un grande majadero;
pero a mí me hace reir.
POLONIA. Remédale.
ESPEJO. Ahora no puedo,
que tengo que ir a vestirme.
GUZMÁN. ¿Y qué comedia tenemos?
SORIANO. Aquella del *Sacrificio*
de Eugenia.
TORD. Vaya, me alegro;
con eso para otra vez,
nosotros aprenderemos.
ESPEJO. No es porque usté esté delante,
pero el hijo del santero
de la ermita de San Roque,
tiene mayores *defectos*
y canta mejor que usted.
GUZMÁN. A la noche lo veremos.
CALLEJO. Bonifacio, vaya usted
y que vayan disponiendo
las cosas.
SORIANO. Yo hago el galán
y me debo ir el primero.
EUSEBIO. Dice bien.
JOAQUINA. ¿Y usted, a quién hace?
ESPEJO. Yo el papel de más estruendo
y zumbido, Agamenón.
¡Y si viera usted qué serio
me pongo!
VICENTE. ¿Y hay sus comparsas
y músicos forasteros?
CALLEJO. Cuidado, que han de tocar
toda la función por dentro.
VICENTE. ¿No está mejor por de fuera?
CALLEJO. Dígole a usted que no quiero.
¿No ve que aquí no se pone,
como en Madrid el tablero
y les pueden ver los bajos
a las mujeres?
VICENTE. ¿Pero eso
qué importa, si las mujeres
son hombres?
CALLEJO. Pero compuestos
de mujer, habrá quien pida
a un garrote en casamiento,
en viendo entre los ribetes
los tacones: que no quiero.
ESPEJO. Lo diré así; hasta después.
(*Vase.*)

(*Sale* MERINO *de oficial.*)

MERINO. ¿Hay alcalde en este pueblo?
CALLEJO. ¿Qué manda usted?
MERINO. Que ha dos horas
que anda en su busca un sar-
[gento
para que dé seis boletas.
CLLEJO. Por atender al obsequio
de estas madamas...
MERINO. Amigo,
lo primero es lo primero.
CALLEJO. Pues que vaya el regidor
y que haga el repartimiento;
que yo con esta comedia,
el juicio tengo revuelto,

y más hoy que debe hacerse
con el mayor lucimiento,
pues son estas tres madamas
cómicas, y las tenemos
de fiscalas.

MERINO. Ya me había
dado el corazón un vuelco;
que soy algo apasionado
al arte; vaya usté luego.
señor regidor, y diga
al cabo, que yo me quedo
por acá, que venga a darme
razón del alojamiento.

VICENTE. Bien está.

(Vase.)

MERINO. ¿Y son de Madrid?
Pero... ¿no es usted, Eusebio,
y la señora, Joaquina?
Pues yo soy uno de vuestros
apasionados, ¡por vida
de Sanes!...

LOS DOS Agradecemos
vuestro favor.

MERINO. A estas damas
no conozco, pero apuesto
que son de mérito.

EUSEBIO. ¡Mucho!

CALLEJO. En mi casa, caballeros,
estamos mejor, o en
la casa de Ayuntamiento.

MERINO. Vamos, donde usted mandare.

CALLEJO. Di que vayan encendiendo
el teatro.

QUEVEDO. Voy allá.

(Vase.)

SANT. Señor alcalde, queremos
ir todas.

CALLEJO. Id, norabuena;
pero escúchame un secreto,
marisabidilla.

POLONIA. ¿Qué es?

CALLEJO. Que para que vean éstos
y éstas, que también acá
hay muchachas de provecho,
has de cantar algo mientras
que se les sirve el refresco
y los cómicos acaban
de prevenir sus trebejos.

POLONIA. No sé si me acordaré;
en fin, allá lo veremos.

CAALEJO. Vamos.

MERINO. Si usted me permite,
el que la vaya sirviendo.

GUZMÁN. Usted viva dos mil años.

EUSEBIO. Yo a mi Joaquina me atengo.

JOAQUINA. ¿De cuándo acá?

CALLEJO. Señorita,
si gusta por un momento
apoyarse sobre el brazo
de la justicia...

TORD. Agradezco
la honra.

CODINA. ¡Hola, el alcalde,
cómo sabe de cortejos!,
y luego regañará.

CALLEJO. ¿Queréis callar, majaderos?
Haced siempre lo que os man-[do,
y no hagais lo que os enseño.

(Vanse.)

CODINA. Ahora que habías de cantar,
¿no quieres cantar?

POLONIA. Por eso,
no ha de ir usted disgustado:
vamos alegres diciendo.

(Vanse cantando seguidillas.)

(Con la repetición del mismo canto con que empezó el sainete se entran; y muda el teatro en salón corto, con el teatro al foro dispuesto e iluminado como parezca. ESPEJO *y* VICENTE, *mandando a dos comparsas de payos donde han de acomodar los bancos.)*

VICENTE. A la derecha se pone
el banco de Ayuntamiento;
poned para las muchachas
del lugar, ahí en el suelo,
esa estera; y esas sillas
aquí (que es el mejor puesto)
para las madamas, y ese
banquillo a los forasteros.

ESPEJO. Ahora digo, regidor,
que eres hombre de talento.
Están muy bien colocados
en su lugar los asientos;
¿pero la iluminación?
Mejor que en los coliseos
de Madrid está, a fe mía.

VICENTE. Más extraña es, por lo menos.

ESPEJO. ¡Ah tramoyistas!

DENTRO. Señor
Monifacio, ¿qué hay de nuevo?

ESPEJO. Cuando baje la tramoya
cuidado con tener tieso.

DENTRO Bien está.

ESPEJO. ¿Monago?

BALTASAR.. ¿Qué
(Dentro.)
decís?

ESPEJO. Que no tengas miedo;
que aquí estoy yo, si te caes
y no pasarás del suelo.

VICENTE. ¡Que vienen, que vienen!

ESPEJO. Vamos.

(Turbado.)

VICENTE. Entrese usted allá dentro
y acábese de vestir.

ESPEJO. Cuidado con el silencio;
porque en respirando alguien
de cualquier modo, lo dejo.

(Vase.)

(Salen todos y se van acomodando según se dijo.)

CALLEJO. Podían haber tocado
una marcha, o un jopeo
a la entrada, regidor.

VICENTE. Están ahora bebiendo
los violines.

MERINO. ¡Bella sala!

GUZMÁN. ¡Pues está muy lindo esto!

MERINO. Madama, esta noche están
todas las casas del pueblo
a oscuras y sin candil.

FIGUERAS. Es verdad, lo más perfecto
son las arañas.

CALLEJO. Pues son
de palo, como soy Pedro.

POLONIA. Vaya a manta, que esta vez
han echado todo el resto.

CALLEJO. ¡Ea, a empezar!

(Dentro.)

ESPEJO. Aguardarse,
que me estoy ahora vistiendo.

CALLEJO. Empiece la orquesta.

MERINO. Yo
me colocaré aquí en medio.

SANT. Mira el oficial marica,
¡qué buen lugar tomó!

POLONIA. A éstos
yo no sé por qué los temen
en los lugares; porque ellos,
en dándoles lo que piden,
son pacíficos y atentos.

CALLEJO. ¿Está todo pronto?

VICENTE. Sí,
señor alcalde.

GUZMÁN. Hoy me quiebro
yo alguna vena de risa. *(Ríe.)*

EUSEBIO. Disimule usted.

(Dentro.)

ESPEJO. ¿Podemos
empezar?

(Ríe más.)

CALLEJO. Todavía no,
porque ahora se está riendo
aquí una señora.

JOAQUINA ¡Vamos,
por Dios!

GUZMÁN. Yo callaré luego:
que empiecen.

CALLEJO. Pues de ese modo,
di que silben.

MERINO. A tu abuelo.

(Se levanta el teloncillo, aparece el teatro de bosque con ramos, y con dos sábanas a manera de tienda de Agamenón, y toca la orquesta algún minuet de entrada. Los de Madrid se ríen.)

CALLEJO. ¿Qué les parece este golpe
de teatro?

(Ríen todos.)

TODOS. Está muy bello.

(Música.)

MERINO. ¿Usted no vió alguna vez
las tiendas de los barberos,
que ponían en el Prado
de San Jerónimo?

GUZMÁN. Cierto;
sólo falta la bacía.

JOAQUINA. Señora, callemos.

ESPEJO. Vaya, me voy a acostar,
y sin comedia los dejo.

(Empieza a bajar con cuatro cordeles un taburete y en él Baltasar, imitando a Tadeo (1), y canta el recitado.)

BALTASAR. "Agamenón en vano
arma escuadrones contra Val-
[mojado
si no vierte su sangre generosa
echándose en un ojo una ven-
[tosa.

Aria.

*Sordo a tu voz el viento
no soplará tus velas
y el triunfo porque anhelas.*

Se transtorna y queda agarrado boca abajo.)

BALTASAR. ¡Ay!

ESPEJO. No importa que te caigas;
canta boca abajo, perro.

BALTASAR. Suba usté y cante.

TODOS. ¡Ay, qué risa!

CALLEJO. Calla y éntrate allá dentro.

ESPEJO. Cómo se ha de entrar a pie
si es una diosa del cielo,
que no sabe andar a pata.

(Vase.)

BALTASAR. ¡Ay, que me he quebrado un
[hueso!

ESPEJO. Vaya, ¡arriba la tramoya!

EUSEBIO. No hay que asustarse por eso,
que a nosotros nos suceden
en Madrid mil chascos de esos.

ESPEJO. Si es así, prosigo: "Yo
dormía, y ahora despierto.
Aguarda pálida sombra
vestida de trompetero,
o sal aquí si eres hombre."

(Sale CAMPANO.)

CAMPANO. ¿Está vuestra alteza lelo
o borracho?

ESPEJO. ¡Ay, Ulises,
que he visto al diablo cojuelo
y me ha dicho...

CAMPANO. ¿Qué os ha dicho?

ESPEJO. Aquí me falta el aliento;
aquí me sobra la lengua
y se me eriza el resuello;

(1) Tadeo Palomino, célebre cantante madrileño.

que es preciso que a mi hija
doña Ugenia la matemos
para que por todas partes
respiren libres los vientos.
¿Qué dirá, Aquiles, mi esposa?
¿qué dirá, qué dirá el reino?

CAMPANO. Dirá que no importa que haya
una mujer más o menos.

ESPEJO. Tú has de galantearla.

CAMPANO. ¿Yo,
señor?: no tengo dinero.

ESPEJO. ¿Ni quién te preste?

CAMPANO. Tampoco.

ESPEJO. ¡Ay, Ulises!; pues ¿qué ha-
[remos?

CAMPANO. Señor, las princesas vienen
con todo acompañamiento
por un lado, y por el otro
Aquiles.

EEPEJO. Disimulemos.
(*Tocan marcha.*)

(*Al compás de marcha salen por un lado cuatro comparsas con garrotes, detrás* RUIZ *y* TADEO *de mujeres, y por el otro otras cuatro comparsas, y detrás* SORIANO DE AQUILES.)

RUIZ. En despique de mi ausencia,
para daros muchos nietos,
os presento a vuestra hija.

TADEO. Padre, vuestra mano beso.
(*Truenos.*)

ESPEJO. (Más valiera que te hubieses
afeitado para esto.)

SORIANO. Salve, Agamenón ilustre,
emperador de los griegos.

ESPEJO. ¡Ay, Aquiles!; más quisiera
ser lacayo o panadero
en Madrid.

RUIZ. (¿Tu, tan estúpido?)
¿Qué es esto, señor?

SORIANO. ¿Qué es esto?

ESPEJO. Yo no lo puedo decir;
al oráculo apelemos.
¿Calzas?

(*Sale* RODRIGO, *izquierda.*)

RODRIGO. ¡Gran señor!

ESPEJO. Aprieta
los espolones; ve al templo
y sacrifica en las aras
de ese simulacro hambriento,
cuatro pares de palomas,
y si no basta, un carnero;
mira lo que te responde
y vuelve aquí con el cuento.

RODRIGO. Voy allá.
(*Vase.*)

RUIZ. Esposo mío,
¿a qué son estos misterios?

SORIANO. ¿Qué es esto, Eugenia mía?

TADEO. Esto es que no nos podemos
casar los dos aunque se
despoblara el universo.
(*Truenos.*)

TODOS. ¡Qué asombro!, ¡qué confu-
[sión!

ESPEJO. Calzas, ¿quién tocó allá dentro
el tambor?

(*Sale* RODRIGO.)

RODRIGO. Señor, Diana
sin andarse por rodeos
quiere que muera la niña.

SORIANO. ¿Qué es lo que dices, blasfemo?

ESPEJO. Detente, Aquiles, que es fuerza
obedecer sus decretos.
Llevadla de aquí y metedla
un chuzo por el pescuezo.

RUIZ. ¿Qué es llevar? ¡Ay, hija mía!

TADEO. ¡Ay, madre, lo que te quiero!
(*Música.*)

RUIZ. *Defenderla* vos, Aquiles.
Y vos, rey del tapiz viejo,
¡bárbaro ruin!... Mas, ¿qué di-
Mi señor, esposo y dueño, [go?
tened piedad... Mas, ¿qué mi-
¿Así me dejais, grosero, [ro?
con la palabra en la boca?
Aves, plantas, tierra, perros,
troncos, perdices, besugos,
de mi mal *compadeceros.*

ESPEJO. Llevadla.

SORIANO. No la llevéis.

ESPEJO. ¿Quién podrá más?

SORIANO. Lo veremos.
¡Al arma, soldados míos!

ESPEJO. ¡Al arma, y sacudid tieso!

(*Batalla; y con el ritornelo los divide* TADEO, *y canta de recitado.*)

TADEO. Padre, ¡qué diablo! Aquiles,
madre, ¡qué fea eres!,
¡ay!, que somos mujeres
y por sus perfiles
cualquiera morirá.

SORIANO. No has de morir.
(*Música.*)

TADEO. ¿Dónde vas?

SORIANO. A destripar a mi suegro.

ESPEJO. ¡Al arma, otra vez!

TODOS. ¡Al arma!

RUIZ. Mas, ¿qué músicos acentos
se escuchan, como que se oyen?

(*Sale* BALTASAR *de matachín, danzando con cascabeles.*)

BALTASAR. Yo lo diré, que a eso vengo.
(*Canta.*)

En vez del clamor,
diga el cascabel
que no hay sacrificio
como obedecer.

ESPEJO. ¿Ya estoy perdonado?
(*Música.*)
BALTASAR. Sí.
(*Vase.*)
TODOS. ¡Qué prodigio!, ¡qué portento!
SORIANO. ¡Ay, Eugenia de mi alma!
TADEO. ¿Qué quieres?
SORIANO. Que nos casemos.
TODOS. Y aquí acaba la comedia,
perdonad sus muchos yerros."
TODOS. ¡Viva, viva!
MERINO. Es un prodigio.
CALLEJO. Pues cuidado que lo han hecho
grandemente.
GUZMÁN. En la comedia,
me parece a mí que encuentro
novedad.
VICENTE. Si la de ustedes
no vale nada; la hemos
acá exornado entre todos.
EUSEBIO. Gracias a Dios que hay inge-
conocidos. [nios

(*Salen los de la comedia con* ESPEJO.)

ESPEJO. Aquí estamos:
¿qué tal?, ¿cómo lo hemos he-
TODOS. De pasmo. [cho?
SORIANO. ¿Y yo?
RUIZ. ¡Digo!, ¿y yo?
¿no he sentado bien el verso?
UNOS. A la ley.
OTROS. Sea enhorabuena.
GUZMÁN. Pero, señor, ¿no tenemos
fin de fiesta?
CALLEJO. Ese le tienen
estas muchachas dispuesto
en mi casa.
POLONIA. Por acá
se cantan juguetes nuevos,
y tonadillas también.
GUZMÁN. Bueno, bueno, bueno, bueno.
MERINO. Pues vamos a oirla.
TODOS. Vamos.
ESPEJO. Por que tenga fin con esto
la comedia en Valmojado,
TODOS. Disimulad sus defectos (1).

(1) Pasc. Mro. Zeballos. (Rubricado.)
Nos el Licenciado D. Tomás Antonio Fuertes, Presbítero; teniente Vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc.
Por la presente y lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente en los teatros públicos de esta villa el sainete titulado, *La Comedia de Valmojado,* respecto que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no parece que contiene cosa contra nuestra santa religión y buenas costumbres. Dada en Madrid a ocho de Julio de mil setecientos setenta y seis.—Licenciado Fuertes. (Rúbrica.).—Por su mandado, Juan Miguez de Iriarte. (Rubricado.)
(De representar.)

120

Cómo han de ser los maridos

Sainete nuevo

Para la Sra. Polonia Rochel

Año de 1772 (1)

PERSONAS

DON PASCUAL.
DOÑA ELENA.
DON RAMON, *petimetre.*
ROQUE, *criado.*
MONSIEUR GANDUL, *peluquero.*
DON ALONSO.
DOÑA INES.
DON PEDRO.
DOÑA JOSEFA.
MAD. MERLIN, *modista.*
ANDREA COLINDRES, *vellera.*
LA TIA PEPA, *buhonera.*
DOS NIÑAS.
DOS NIÑOS.

(*Se descubre el teatro de cuarto interior de casa y en él D.* RAMON, *petimetre, en bata y peinado, y* ROQUE.)

RAMÓN. Dame pronto el espadín.
ROQUE ¿Y dónde está?
RAMÓN. ¡Linda flema!
¿qué sé yo? ¡Hay tal descui-
[do!
Búscalo. Las tres y media
son ya y hecha un basilisco
y con razón, doña Elena
estará; qué, ¿no lo traes?
¡Oh, qué infelice cosecha
hay de criados!
ROQUE. Si ustedes
los pagasen, sería buena.
RAMÓN. ¡Se dará tal osadía!
ROQUE. A las cinco...
RAMÓN. ¡Fiero pelma!
ROQUE. Se puso en el tocador. [tia?
RAMÓN. ¿Y a ti qué te importa, bes-
ROQUE. Me importa, que todos dicen,
según usted se adereza,
que es mujer o va apren-
para serlo. [diendo
RAMÓN. ¡Qué insolencia!
ROQUE. En el espejo diez años,
y ahora todo son priesas.
Si el tiempo que en los peina-
los petimetres emplean [dos
los emplearan en los libros,
¡qué doctos, qué sabios fue-
Ya pareció el espadín. [ran!

(1) *Inédito.* Bib. Nac. Ms. 14.519, fechado en 1772. "Se estrenó por Navidad en una zarzuela, por la compañía de Martínez. Año 1772." En la misma Biblioteca hay otro manuscrito del siglo XVIII, aunque posterior.

RAMÓN. La chupa y casaca, ¡venga!, vísteme en abreviatura, acaba.
ROQUE. Si yo quisiera comer algún día sesos no comprara su cabeza.
RAMÓN. Mas, ¿quién a la puerta llama?
ROQUE. Ellos lo dirán, pues entran. ¡Jesús! qué caras de muertos que traen, qué cinco piezas.

(Sale GANDUL *de peluquero, madama* MERLIN, *la* ANDREA *y la tía* PEPA, *ésta con una cesta y las otras dos con cajas y en ellas lo que dicen los versos.)*

RAMÓN. Amigo Monsieur Gandul.
ROQUE. Mal el apellido suena.
RAMÓN. Madama Merlin, ¿qué es esto?
ROQUE. Nombre tiene la batera de mágico.
MERLÍN. Soy modista.
ROQUE. No es mucha la diferencia.
RAMÓN. ¿Qué es esto, tía Colindres?
ROQUE. Otro mueble: la vellera.
RAMÓN. ¿Usted, tía Pepa, en casa?
ROQUE. Delante de veinte suegras, por el ojo de una aguja encajara la tal Pepa un papel; estas polillas desterrarlas conviniera porque a vuelta de sus cintas dan muchas maulas envueltas.
RAMÓN. Ustedes vienen temblando; ¿qué ha sucedido?
MODISTA. ¡Estoy muerta!
ANDREA. Yo no puedo hablar.
PEPA. Ni yo.
ROQUE. Pues bien largas son de lengua.
RAMÓN. Cuénteme, Gandul, ¿qué es [esto?
GANDUL. ¡Oh, Monsieur! A doña Elena fuí a peinar como mandó, cuando llamaba a la puerta..
MODISTA.. Llegué con blondas, con vuelos, petibúes y escofietas.
PEPA. Yo con mi cesta de lazos.
ROQUE. Porque en el lazo cayera: ¡oh, cuántas habrán caído en el cesto por la cesta!
ANDREA. Y yo iba a quitarla el vello.
ROQUE. Las mujeres son muy necias: si lo que es bello las quitan ¿no es fuerza que queden [feas?
GANDUL. Pero su marido al vernos salió con una escopeta.
ROQUE. Ese sí que es buen marido, ya que todos así fueran.
GANDUL. Al montón apuntó.
ROQUE. Bueno.
GANDUL. Quiso Dios que no saliera el tiro.
ROQUE. Lo malo es eso.
GANDUL. ¡Jesús, qué temblor de piernas que me dió!
ROQUE. El color lo dice.
GANDUL. En fin, como horrible fiera, viendo que no salió el tiro, dió una vuelta a la escopeta. y por la culata...
ROQUE. ¡Sopla! ¿A usted dió el tiro a la vuel- [ta?
GANDUL. No, monsieur, antes furioso, me dió un golpe en la cabeza y pillándonos de un brazo nos echó por la escalera.
ROQUE. Acción noble y como tal (porque es justo que la sepan muchos maridos) debían en el *Diario* ponerla.
GANDUL. Pero lo peor, monsieur, fué que dijo que su hacienda a robarle íbamos todos y que era una ladronera: mire usté, aun estoy temblan- si sale el tiro me vuela. [do;
ROQUE. Monsieur peluquier, gran mie- [do le ha cogido a la escopeta.
RAMÓN. ¿Eso pasó?
GANDUL. *Güí, monsieur.*
PEPA. A mí me asió de la oreja, y si me descuido un poco según tiró, allá se queda.
ROQUE. Eso me ha dado gran gusto; para ustedes conviniera fuesen todos los maridos de sus carlancas y presas.
MODISTA. Ladronas nos llamó a todas.
ROQUE. Pues en eso no hay ofensa: que ese es arte liberal, y el que por tal no lo tenga déjelo: ¡poquitas uñas necesita el que lo ejerza. Vaya, no hay arte en el mundo que pida más sutileza.
RAMÓN. Vengan ustedes conmigo.
GANDUL. Si es casa de doña Elena (¡oh, *mon Dieu*!) yo no vuel- [vo.
LAS TRES. Ni nosotras.
ROQUE. Si esto hicieran los maridos, muchas casas de otra manera estuvieran.
RAMÓN. A doña Elena las flores que están en esa cajeta quiero que la lleves; ¿sabes que se ha mudado a la vuelta de la esquina?

ROQUE. Sí, señor.
RAMÓN. Pues ve, Roque, y allí espera.
ROQUE. Contento voy, pues deseo
oir en esta refriega
a un marido que es tan cuerdo
y una mujer que es tan necia.
RAMÓN. Vengan ustedes conmigo.
GANDUL. ¡Dios nos la depare buena!
RAMÓN. Que no es tan fiero el león
como le pintan; ¿qué tiem- [blan?
GANDUL. ¡Oh, diablo!, que es un marido
de una condición perversa.
PEPA. A usted toca nuestro agravio,
pues le dió tanta soberbia
el oir que de su parte
íbamos, que entró a una pieza
y la escopeta sacó.
GANDUL. Monsieur don Ramón, si viera
usted cómo se nos puso
diría qué cosa es esta.
RAMÓN. Vengan ustedes, no tiemblen.
GANDUL. Mire usted dónde nos lleva.
RAMÓN. Los llevo a que usted la peine
y ustedes vendan su hacienda.

(*Vanse y se descubre el teatro de casa medianamente alhajada y salen D.* PASCUAL, *Doña* ELENA *y* ROQUE *con una caja de flores.*)

ELENA. Esa cajeta de flores
pon, Roque, sobre la mesa,
o vuélvelas a tu amo
porque yo no he de usar dellas.
ROQUE. Mal untado está este carro
según rechinan las ruedas.
PASCUAL. Tengamos la fiesta en paz;
porque no quiero que entiendan
don Alonso, doña Inés,
don Pedro y doña Josefa,
nada de lo que ha pasado.
ELENA. Cierto que con estas greñas,
para recibir visitas
estoy donosa y perfecta.
No tienes honra (mal haya
quien me casó), que a tenerla
no permitieras, Pascual,
que una mujer de mis prendas,
de mi honor, mis circunstan- [cias
y nacimiento anduviera
como una mala criada.
ROQUE. Y fué estanquera su abuela:
¡qué bocanadas de sangre!
ELENA. Y aun cuando no concurrieran
en mí tantas circunstancias
por ser tu mujer debieras...
ROQUE. Romperla cuatro costillas,
por modista y bachillera.
ELENA. Procurar (como otros hacen)
que fuera con la decencia
que corresponde a quien eres.
PASCUAL. Mujer, tú has de hacer que [pierda
el juicio: ¿no estás vestida
según alcanzan mis fuerzas?
¿No tienes tres petanlés?
ELENA. De grodetur y griseta;
¡miren qué galas tan ricas!
ROQUE. Con guardapiés de bayeta
la conocí yo algún día,
y bien raída.
PASCUAL. Ni medias,
ni camisas, ni vestidos,
tengo yo.
ELENA. Me desesperas
con tu genio chabacano;
llorando siempre miserias
y siempre envuelto en la capa,
parece que en las Batuecas
te has criado, pues no quieres
(mira bien a cuánto llega
tu ridiculez) me ponga
no sólo aquellas joyuelas
que tengo, sino que estorbas
(cuando visitas se esperan
para qué vamos a ver
el baile de doña Celia)
que el peluquero me peine,
me compre alguna escofieta,
cintas y otras bujerías.
ROQUE. Y la afeite la vellera.
¡Ah, pobre, infeliz marido!
PASCUAL. Las ropas, malas o buenas
que tienes, yo no te impido
te las pongas...
ROQUE. ¡Qué modestia!
PASCUAL. Pues para eso las compré;
pero el querer tú que vengan
peluqueros y esas gentes,
eso no; la poca renta
que tengo, la necesito
para otras cosas que sean
útiles y necesarias,
y no me apures, Elena.
Tú sabes bien; sí, tú sabes
cómo estamos; bueno fuera
cuando... Pero lo mejor
será callar; la prudencia
esté en mí; bien que te ad- [vierto
que como esas gentes vuelvan
he de hacer un desatino.
ROQUE. Aun está allí la escopeta.
ELENA. Buen predicador tenemos.
ROQUE. Toda la cuadrilla llega;
la salutación espero.

(*Salen D.* RAMON, *Monsieur* GANDUL, *Madama* MERLIN, ANDREA COLINDRES *y la tía* PEPA.)

PASCUAL. Don Ramón, ¿qué gente es esa?

Vos venís a introducir
en mi casa mil quimeras.

ROQUE. Y en otras, dando motivos
a discusiones y guerras;
esto hacen los petimetres.

PASCUAL. Vuélvanse por donde entraron
o haré que así me obedezcan.
(*Agarra la escopeta.*)

RAMÓN. Mirad, que vienen conmigo.

PASCUAL. ¿Qué importa que con vos ven-
[gan?

ROQUE. Donde hay maridos que man-
petimetres no gallean. [den

GANDUL. ¡Monsieur, monsieur, no dis-
[pare!

ELENA. Hombre, tente, no te pierdas.

PASCUAL. Haré un estrago con todos.

ROQUE. Mejor fuera una tragedia;
que algunos lo han intentado
y al fin no han podido hacerla.

GANDUL. Yo detrás de usted me pongo.

PEPA. ¡Qué condición tan perversa!

GANDUL. ¿Usted creer no quería
que este hombre *ser* una fiera?

ROQUE. ¡Cómo tiembla el peluquerc!

RAMÓN. Mirad...

PASCUAL. Nadie me detenga.

ROQUE. Fiesta de toros parece;
pero al revés de otras fiestas
que torean al marido
y aquí el marido torea.
¡Ah, buen hijo!

(*Salen D.* ALONSO, *Doña* INES, *D.* PEDRO, *Doña* JOSEFA *y se ponen enmedio deteniéndole.*)

INÉS. Don Pascual,
deteneos.

PASCUAL. Que obedezca,
por quien lo manda es preciso.

ALONSO. Nuestra amistad os lo ruega.

LOS TRES. ¿Qué es esto?

ELENA. Que mi marido...
(no sé cómo lo refiera).

ROQUE. Como no la han afeitado
pone malas bigoteras.

ELENA. No quiere que el peluquero
me peine, que la vellera,
modistá, ni las que venden
cintas y otras frioleras
entren en casa; y en fin...

JOSEFA. No prosigas; ¿quién creyera,
señor don Pascual, que un
[hombre,
de las circunstancias vuestras,
en esas extravagancias,
que son raras, incurriera?
Yo os tenía, a la verdad,
por hombre de más pruden-
los maridos no se meten, [cia:
por no ser de su incumbencia,
en cosas que corresponden
al adorno y la decencia
de las mujeres.

ROQUE. No hay tal,
que el marido manda en ellas.

PASCUAL. De los peinados resultan
los corrimientos de muelas,
quedarse las gentes calvas,
las fluxiones y jaquecas;
y por no descomponer
el pelo, muchas las siestas
no duermen.

ROQUE. Mi amo lo diga;
que si algún día se acuesta
es boca arriba y yo doy
más de cuatrocientas vueltas,
no obstante de ser mi cholla
pesada y la suya hueca.

PASCUAL. Fuera de que me repugna,
porque he dado en este tema
el que hombre alguno la peine
cuando puede la doncella.

ROQUE. Este me agrada, que tiene
estrechas las tragaderas.

RAMÓN. Por bien que una mujer peine
nunca los peinados deja
con aquel donaire y filis
que se debe.

GANDUL. Si supieran
lo difícil que es peinar
con primor, no lo dijeran.

ROQUE. Y meten tan bien el peine,
que a un tiempo peinan y pe-
[lan.

PASCUAL. Con las aguas que se lavan
pudren los dientes y muelas;
el cutis llenan de arrugas,
quitan el color y quedan
los rostros con tantas manchas
que asco y tedio causa el ver-
[las.

ROQUE. Y antes de tiempo se vuelven
las tontas, de mozas, viejas.

PASCUAL. Las cintas, blondinas, lazos,
petibúes y escofietas,
costando tantos dineros,
ni son adorno ni hacienda.

RAMÓN. No, señor, que lucen mucho.

ROQUE. Quemándolas, más lucieran.

PASCUAL. Pero con todo, señoras,
forzoso es que os obedezca
y así, aunque a civilidad
lo que voy a hacer se tenga,
he de ajustar antes cuanto
me ha de llevar en conciencia
por peinar a mi mujer.

ROQUE. Ya cayó en la ratonera;
¡qué mucho, si volverán

tarumba al mundo las hembras!
PASCUAL. Pero espérise, monsieur.
GANDUL. Yo esperaré cuanto quiera.
PASCUAL. Las escofietas veamos.
MODISTA. Aquí están.
PASCUAL. ¿Qué vale ésta?
MODISTA. Justamente eligió usted
una de las que más cuestan.
Ocho pesos.
ROQUE. Ocho años
de un lado, el que se los diera,
debía de estar.
JOSEFA. Ciertamente
que es muy linda.
INÉS. Está bien hecha.
RAMÓN. Oh, sí, que es de cucurucho,
montada a la granadera.
ROQUE. ¿Qué va que sale algún día
con ella a la calle puesta?
Porque muchos petimetres
de puro machos son hembras.
ELENA. Apártela usted a un lado.
ROQUE. ¡Por Dios, que va esto de ve·
[ras!
ELENA. Me has de comprar unos lazos.
PEPA. Estos que vienen de muestra
son los mejores.
PASCUAL. ¿Qué valen?
PEPA. Lo último, veinte pesetas,
porque la cinta es de Francia.
ROQUE. Y la habrán hecho en Vallecas.
ELENA. También quiero que me com-
[pres...
PASCUAL. Di, mujer, que cuanto quieras
te he de feriar.
ELENA. Unos frascos
que trae la tía Andrea
para lavarme la cara.
PASCUAL. ¿Qué agua es?
ANDREA. En ella entra
solimán, alcanfor, huevos,
y la leche de la almendra.
PASCUAL. ¿Y el valor de cada uno?
ANDREA. A diez pesos la docena.
RAMÓN. Con este licor me lavo
yo la cara; es cosa buena.
ROQUE. La poca vergüenza alabo
con que lo dice el babieca.
Es perfecto petimetre;
erudito a la violeta.
PASCUAL. ¿Y qué llevará Gandul
por peinarla?
ROQUE. ¡Cómo tiembla!
GANDUL. Mire usted, monsieur, yo quie-
[ro
barate hacer, pero advierta
de que aquí hay mucho *traba-*
por ser esta la primera [*co*
vez que se peina madama;
bien que hay muchas diferen-
de peinados, y esto pide [cias
mucho *inchenio* y experiencia;
porque según son las caras
y color, así se peina.
El pintor infunde al lienzo
alma solo en la apariencia;
el músico con las voces
arrebata las potencias;
y con los lances estrechos
el que es buen poeta eleva.
ROQUE. ¿Qué va que hace al peluquero
pintor, músico y poeta?
GANDUL. Así nosotros hacemos
que parezcan bien las feas,
las hermosas, más hermosas;
y esto quiere mucha idea.
Yo he de peinar a madama,
y quedará tan perfecta
que ha de desmentir el arte
la misma naturaleza.
ROQUE. Gran pícaro es Gandul; ¡cómo
los va metiendo en la huerta!
GANDUL. Yo he de peinarla, ¡oh, mon-
[sieur!,
ya *verrá* usted, a la coqueta;
que es peinado de capricho
y la pondré en la cabeza
el nombre de usted en cifra,
o sus armas.
ROQUE. ¡Anda fuera!:
que en la cabeza las armas
se las ponen a cualquiera.
GANDUL. Sesenta pesetas vale
el peinado que he de hacerla
y si le pongo las armas
no se paga con doscientas.
ELENA. No es mucho, que a una seño·
y de pocas conveniencias, [ra
por otro peinado igual
la hicieron pagar trescientas.
GANDUL. Sí, señora, el *peluquier*
es en alguna *manierra*
el jefe del tocador.
pues las cabezas maneja.
ROQUE. Las que manejan ustedes
bien se conocen a leguas.
GANDUL. Porque *mirre* usted, las damas
se levantan soñolientas
al modo que el jazmín bello,
que la rosa y azucena;
y al punto que sale el sol,
y con sus rayos la peina
aquella rara hermosura
y toda aquella belleza
que en el botón se ocultaba
hace al mundo manifiesta;
así el *peluquier*...
PASCUAL. Ya basta:

el diablo tiene en la lengua.
Hoy tres mesadas me han da-
mujer, ahí están enteras, [do,
tómalas y ve pagando;
pero advierte que la cuenta
a veinticinco doblones
cuando no llegue se acerca.

ROQUE. ¡Qué lástima de dinero!

ELENA. Tome usted, monsieur.

PASCUAL. Espera,
que delante de Dios quiero
que testigos de la entrega
sean tus hijos: ¡muchachos,
venid acá!

ROQUE. ¡Qué miseria!

(Salen dos niños y dos niñas mal vestidos.)

CHICA 1.ª ¡Padre mío!

CHICO 1.º ¡Padre mío!

CHICO 2.º ¿Ha comprado usted la tela
para hacerme los vestidos?

CHICA 2.ª ¿Y los zapatos y medias?

CHICA 1.ª Mire usted que ir no podemos
nosotras a la maestra;
que las descalzas nos dicen.

CHICO 1.º Ni nosotros a la escuela,
pues nos llaman los pelones
y aunque el maestro les pega...

PASCUAL. ¡Ay, hijos del alma mía!

CHICO 1.º Los muchachos no escarmien-
[tan.

PASCUAL. Ahora bien, en este pleito
den ustedes la sentencia:
para vestir a mis hijos
y pagar algunas deudas
he tomado las mesadas;
¿será justa la despensa
en semejantes locuras
como mi mujer intenta
y ustedes también apoyan?
¿Los maridos que consientan
tal desorden qué merecen?

ROQUE. Dos higas en la cabeza
para no hacerles mal de ojo.

PASCUAL. Yo quiero que esto se invierta
en vestirlos y educarlos;
¿qué dirían cuando vieran
a la madre muy peinada,
muy galana y petimetra
y desnudos a sus hijos?

ROQUE. Que era una madrastra fiera

PASCUAL. ¿Y qué dijeran de mí?

ROQUE. Quién sabe lo que dijeran.

PASCUAL. Ninguno deja a sus hijos
mejores fincas ni rentas
que el buen ejemplo y crianza;
sin esto nada les dejan,
aun cuando les dejen mucho;
en llegando a esto quisiera
enmudecer.

ALONSO. Asombrado
con reflexiones tan cuerdas
he quedado, bien decís.

ELENA. Mortal estoy, ¡qué vergüenza!

PEDRO. Vuestros hijos son primero.

INÉS. El dice bien, doña Elena.
(Vase DOÑA ELENA.*)*

ROQUE. ¡Lo que tenía guardado!
Hoy los maridos aprendan,
por espejo de casados
lo pondría si pudiera.

JOSEFA. ¡Qué donosos son los chicos!

ROQUE. Si las casas recorrieran
cuánto encontrarían de esto.
Monsieur peluquier, entienda
que si viene a buscar oro,
la gran modista pesetas,
la buhonera los duros
y al vellón va la vellera,
que esto se ha quedado a oscu-
[ras
y así echen por otra acera.

LAS TRES No hay sino tontos que com-
[pren.

GANDUL. Tantas manos yo tuviera;
mire usted, señor don *Roco,*
conozco mil petimetras
que por peinarse, sus ropas
las venden y las empeñan.

ROQUE. Y para vestir a ustedes
¡cuántos desnudarán ellas!

PASCUAL. Don Ramón, a usted le advier-
[to
no vuelva a cruzar mis puer-
[tas;
mi mujer que siempre ha sido
prudente, hacendosa, cuerda,
de usted aprendió estas mañas.
¡Cuánto yerran, cuánto yerran,
los que en sus casas admiten
semejantes calaveras!

RAMÓN. Señor don Pascual...

PASCUAL. No escucho
ni réplicas ni respuestas;
váyanse al punto los cinco,
pues tanto el verlos me inquieta
que temo que despechado,
faltándome la prudencia
haga lo que es regular
que después de hecho sintiera.

GANDUL. No, no.

LAS TRES. Vamos.

ROQUE. ¡Oh, monsieur!,
el peinado a la coqueta
pide mucho *inchenio.*

GANDUL. ¡Ah, *diable!*

ROQUE. Y esto sirva para idea,
cómo han de ser los maridos

y una tonadilla nueva
ponga fin a este intermedio.

ALONSO. Dicen que es cosa muy bella.

CELIA. Vamos.

TODOS. Pidiendo rendidos
perdón de las faltas nuestras.

121

La Familia nueva

Sainete para la compañía de Martínez

1772 (1)

(*La escena se finge en Madrid y en un Patio-portal de la casa de* D. SEVERO. *Salen corriendo las señoras* NICOLASA, CORTINAS *y* GUERRERO; *algunos hombres y detrás Sra.* GUERRERA, *todas de mantilla, y los hombres de capa con sus líos huyendo de* NICOLAS, *que saldrá de bata y gorro con un palo y como echándolos de su casa, y la señora* GRANADINA *de basquiña, con la mantilla doblada debajo del brazo, queriéndole contener.*)

NICOLÁS. No me ha de quedar en casa
un títere con cabeza.

TODOS. ¡Señor, por amor de Dios!

NICOLÁS. En vano me clamorean;
váyanse muy enhoramala.
¡Familia, familia nueva!

GUERRERA. ¡Ay mi niño de mis ojos!

GRAN. Señor, por Dios que usted vea
lo que resuelve. ¿Hasta el ama
despide usted?

NICOLÁS. La primera.

GUERRERA. Pues déjeme usted llevar
mi niño.

NICOLÁS. Ni que lo huela.

GUERRERA. Yo le criaré de balde.

NICOLÁS. No quiero: váyanse fuera
de mi casa, todos, luego.

GRAN. Pues ¿quién ha de dar la teta
al niño?

NICOLÁS. Yo tengo arbitrio
para criarle sin ella.

TODOS. Señor.

NICOLÁS. No hay señor que valga.
Quítense de mi presencia
(*Sacúdeles.*)
los bribones, alcahuetes
de mi honra y de mi hacienda.

TODOS. Huyamos todos.

TODAS. ¡Justicia!

NICOLÁS. Esta es justicia y a secas.
Ya estamos libres de maulas
y en la casa no me queda

(*Echalos a todos a palos, y queda la Sra.* GRANADINA, *muy seria, al otro lado, como admirada.*)

un pie malo de familia;
con que, señora Teresa,
tómese usted el trabajo
de marcharse, y poca flema.

GRAN. Pero responded...

NICOLÁS. No gusto
de preguntas ni respuestas;
usted está pagada; usted
se marche de aquí y no vuelva
mil pasos alrededor
de esta casa, aunque la vea
arder, y no haya más agua
que la que usted nos trajera.
¡Picarones de criados!
introducir por las puertas
de mi casa petimetres,
y destruir mis ideas
de casar a mi sobrina
con un hidalgo de Illescas
como el que yo la he buscado.
No, señor; familia nueva.

GRAN. El ama y yo, por lo menos,
usted diga lo que quiera,
que estamos mal despedidas.

NICOLÁS. Ya está dada la sentencia.

GRAN. ¿Quién ayudará a vestir
a vuestra sobrina?

NICOLÁS. Ella
sabrá vestirse, y si no
que se esté en la cama y duerma.

GRAN. ¿Y quién ha de alimentar
al niño?

NICOLÁS. Como te atrevas
tú a eso, quédate en casa.

GRAN. No, señor; que soy doncella,
gracias a Dios.

NICOLÁS. Esas gracias
pocas se las dan de veras.

GRAN. En fin, ¿usted me despide?

NICOLÁS. Y para que nunca vuelvas.

GRAN. ¿Cierto?

NICOLÁS. Cierto.

GRAN. ¿Sin remedio?

NICOLÁS. Sin remedio. Ve a dar cuenta
de todo a tu don Narciso,
que te señale una renta
por lo bien que le has dejado,
con tu oficio de tercera.

GRAN. Mirad...

NICOLÁS. Nada miro.

GRAN. ¿No?
Pues os declaro la guerra
a sangre y fuego; y en vano
vos y el hidalgo de Illescas
celaréis la señorita;
que cuando en las cosas media
las mujeres como yo,
deben de quedar bien puestas.
Yo prometí a don Narciso

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-155-13. Autógrafo fechado en 1772. En la Bib. Nac. hay otro manuscrito con las censuras de 1776.

esta boda y sabré hacerla.
NICOLÁS. ¿Y sin mi consentimiento?
GRAN. Basta con que el mío tengan.
Yo les serviré de padre,
de madre, tía y abuela,
de escribano, de testigos,
de madrina y cuanto sea
necesario; de carroza,
en que vayan a la iglesia.
NICOLÁS. Vete, con dos mil demonios,
porque cuatro mil me tientan
de darte... Mas yo me iré.
Y voy a que se prevenga
mi sobrina a recibir
a su esposo, porque hoy llega,
por que hoy se case, y por que
rabies tú cuando lo sepas.

(Entrase por una puertecilla que se fingirá en un lado del patio con un balcón encima.)

GRAN. En verdad que no sé cómo
podré cumplir mi promesa;
porque el señor don Tadeo,
mi amo, es un gran tronera,
y lo hará como lo dice.
El novio bruto está cerca,
y la niña, en no teniendo
mis consejos a la oreja,
hará cuanto le mandaren
y caerá en la ratonera;
que es tan linda como boba,
y tan rica como bestia.
Pero nuestro Petimetre
viene aquí: no es mala prueba
este acaso, de que quiere
ser la suerte placentera.

(Salen RAMOS, *el segundo de petimetre y* CHINITA *de lacayo.)*

CHINITA. Corramos, señor, que allí
he visto sola a Teresa.
RAMOS. ¿Pues qué haces aquí?
GRAN. Esperaros.
CHINITA. ¿Pues qué, está franca la puerta
para que entremos adentro
a un rato de cochufleta
mano a mano mi amo y yo,
cada cual con su pareja?
GRAN. Al revés, para deciros
que el viejo ha entrado en sos-
de que toda la familia [pecha
ganada estaba de vuestra
parte; que la ha despedido;
que yo me voy detrás de ella;
y ustedes detrás de mí,
para no volver, se vengan.
RAMOS. ¿Qué me dices?
GRAN. La verdad.
CHINITA. Si han de ser todas como esa
las verdades que nos digas,
más valdrá que siempre mientas.
Hoy que estamos más alegres
los dos, que una castañuela,
porque el hermano mayor
de mi amo murió, y le hereda
seis mil ducados, ¿te vienes
a darnos tan malas nuevas?
RAMOS. No tomes de burlas, Pedro,
cosa que pide tan seria
reflexión.
GRAN. ¡Como que pide!
Porque en la casa no queda
sino el tonto de Benito.
RAMOS. Y ése no tiene trastienda
para nada, y al instante,
si su padrino le aprieta,
le dirá cualquier secreto
recado, y papel que pueda
fiársele.
CHINITA. El caso es agrio;
pero como modo hubiera
de pillarle unos doblones,
mi natural elocuencia,
tus carocas y mi amo
con amenazas y ofertas
mucho podrían.
RAMOS. Conmigo
en vano, Perico, cuentas,
que amor que a todos da impul-
y valor en sus empresas, [sos
obra en mí todo al contrario.
CHINITA. Hombre que vistió bayetas
de estudiante y fué Cadete
después por seis años, ¿tiembla
de discurrir, o intentar
un asalto a una mozuela?
¡Vive Cristo que me corro!
No lo digais, de vergüenza.
GRAN. Aquí sale ya Benito.
CHINITA. Pues dejadlo por mi cuenta.

(Sale NAVAS *de militar con espadín, un mandil a la cintura sobre la chupa, escopeta, y pelendengues, y un esportillo al hombro.)*

NAVAS. Los tontos que hay en Madrid...
vele usted aquí dos que dieran
por entrar en esta casa,
cuanto por no estar en ella,
diera yo si lo tuviese.
RAMOS. ¿Benito?
NAVAS. ¡Qué linda gresca
anda dentro! Mi padrino
con su sobrina vocea,
y la sobrina hecha un tigre
desde que os tiene en la testa,
está que salta.
RAMOS. ¿Pues crees
tú, Benito, que me quiera
Isabelita?

NAVAS. ¡Ojalá
que otro tanto me quisiera
a mí!
GRAN. Pero aguarda, tonto:
¿qué traje es ese que llevas?
NAVAS. Como toda la familia
a mí reducida queda,
he tomado para estar
dispuesto en lo que se ofrezca,
el vestido de pajuncio,
el mandil de cocinera,
los trastos de comprador,
y el tocador de doncella.
Solo el oficio del ama,
no sé cómo hacer; mas, ea,
yo voy a mi comisión,
si ustedes me dan licencia.
GRAN. ¿Qué comisión?
NAVAS. Un recado
que le llevo a la tía Pepa,
de mi padrino.
CHINITA. ¿No es
la que vive aquí a la vuelta,
cuyo comercio es urdir
bodas, recoger doncellas
a pares, y acomodar
después amas a docenas?
NAVAS. La misma.
CHINITA. Ya la conozco.
GRAN. ¿Y qué recado le llevas?
NAVAS. Que al instante a casa lleve
un ama, que sea de prueba;
y una doncella aprobada,
en virtudes y en hacienda.
CHINITA. Este recado, me hace
pensar una estratagema.
ven acá; ¿eres todavía
tú, amigo nuestro?
NAVAS. Y de veras.
CHINITA. ¿Te gusta el dinero?
NAVAS. Tanto
como a ti y a otro cualquiera.
CHINITA. No hay más que decir. Pues, [hombre,
mi amo te ofrece cincuenta
pesos duros en el día,
que desposado amanezca
con Isabel.
NAVAS. No es posible,
porque en el instante espera
al otro novio, y la boda
esta noche se celebra.
CHINITA. Eso no importa, señor;
el que usted me ayude es fuerza
a una tramoya.
RAMOS. ¡Hombre! ¿yo?
CHINITA. Una de las más pequeñas
travesuras que se hacían
cuando se estudiaba.
RAMOS. Ordena;
que por lograr a Isabel
no habrá cosa que no emprenda.
GRAN. Y todos le ayudaremos.
CHINITA. Eso aguardo.
GRAN. Pero espera,
que si no me engaño baja
don Tadeo aquí con ella.
RAMOS. Dejádmela ver.
CHINITA. Después,
te puedes hartar de verla;
que ya que no nos conoce
no conviene que nos vea
el vejete.
RAMOS. ¿Por qué?
CHINITA. Vamos
donde os explique la idea,
y se disponga al instante.
LOS 4. Quiera Dios que por bien sea...
(Vanse.)

(Sale por la puertecilla la Sra. RABOSO *y* NICOLÁS.*)*

NICOLÁS. Tú baja al zaguán, si quieres,
un rato a tomar la fresca;
pero yo no he de quitarme
de tu lado hasta que venga
una criada de juicio
que le encargué a la tía Pepa.
RABOSO. ¡Qué tíos hay tan pesados
en el mundo!
NICOLÁS. Amiga, mientras
no es tu esposo don Froilán,
corre tu honor de mi cuenta;
después correrá del suyo;
él es jovial, pero alerta,
que es algo desconfiado,
porque su mujer primera,
y la mía, nos hicieron
andar mil veces a vueltas;
y un escarmentado sabe,
cómo y cuándo ha de cogerla.
RABOSO. ¿Y una niña de mi edad,
sólo porque usted lo quiera,
se ha de casar de improviso
con un hombre de cincuenta?
NICOLÁS. Aunque los tiene, está fresco,
y de gallarda presencia,
como yo; es muy juguetón,
y como una castañuela.
RABOSO. Tío mío, su frescura,
y sus gracias serán buenas;
pero sólo de pensar
que ha de venir, estoy muerta.
NICOLÁS. No vendrá, que ya ha venido;
pues las herraduras suenan
del caballo en el portal.
RABOSO. ¿Quiere usted darme licencia
para subirme a mi cuarto?
NICOLÁS. No andemos con frioleras;

porque en su disposición
tu padre, esta boda ordena,
es mi amigo antiguo; y ha
más de tres años, que espera
la muerte de su mujer,
para entrar a esta prebenda.
Ha tenido esta fortuna
y es justo que sea completa.

(*Sale* NAVAS.)

NAVAS. ¡Padrino, albricias, albricias!
que ya don Froilán se apea
del caballo.
NICOLÁS. Vedle aquí.
Pon esa cara risueña,
demonio.
RABOSO. Calle usted, tío,
que me muero de vergüenza
y de miedo, al ver un hombre
que no me gusta, tan cerca.

(*Sale* CORONADO, *bizarro, ridículo, con botas y espuelas.*)

CORONADO. Amigo, salud y gracia:
estas sí que son empresas;
venir un hombre a Madrid
a casarse, desde Illescas.
NICOLÁS. Amigo, muy bien venido.
CORONADO. Esto de andar tantas leguas
de mundo, me ha reventado;
pero a fe que no me pesa,
siendo la causa los ojos
morenos de esa morena.
NICOLÁS. Mira si serás dichosa,
¡qué jovial es! ¡Chúpate esa!
RABOSO. ¡Maldita sea su estampa!
NICOLÁS. ¿Qué dices? Háblale atenta
y agradable.
RABOSO. Sobre que
no puedo.
CORONADO. ¡Que siempre seas
tan necio! ¿Por qué la afliges?
Déjala gozar siquiera
un rato con libertad
de aquellas dulces ideas
que le influye la esperanza,
de ser dentro de hora y media
novia.
NICOLÁS. Es una mentecata
que no merece las tiernas
expresiones ni las honras
que le hacéis.
CORONADO. La impertinencia
es tuya. Di, hechizo mío;
¿no es verdad? Son malas bes-
todos aquestos tutores, [tias
y tíos en una pieza.
Ha, ha, ha... (*Abre la boca.*)
RABOSO. ¿Qué es esto?
(*Se asusta.*)
CORONADO. Sueño;
y juro que a la hora de ésta,
amigo, tenga más gana
de dormir a pierna suelta,
que de casarme.
NAVAS. Y más vale
que antes de casarse duerma;
que después, y si usted gusta
yo iré a desnudarle.
NICOLÁS. Entra,
si quieres, a descansar,
que la cama tienes hecha
y tu cuarto prevenido.
CORONADO. Nunca he tenido zorrera
semejante; ha, ha, ha...
NAVAS. ¡Ha, ha, ha!
CORONADO. ¿Que me remedas?
NICOLÁS. Vamos, conduce al señor
a su cuarto.
NAVAS. Enhorabuena
CORONADO. Usted perdone, querida,
y no se asuste aunque vea
este sueño; que después
yo le ofrezco una vigilia...
RABOSO. Plegue a los cielos que duerma
de modo que a despertar
se vaya a la vida eterna.
CORONADO. Déjenme dormir seis horas;
que después verán la fiesta
que armo. (*Vase con* NAVAS.)
NICOLÁS. ¿Qué te parece?
RABOSO. Un espantajo de higuera.
NICOLÁS. ¿Ese es el modo que tienes
de agradecer mis finezas?
¿Y dirás luego que el novio
se duerme al verte y te deja?
¿A quién esa cara adusta,
y ese gesto no destierra
y espanta?
RABOSO. Pues, buen remedio:
deme usted un novio que sea
de mi gusto, y verá como
ni él, ni usted de mí se quejan.
NICOLÁS. ¿Al don Narcisito?
RABOSO. Mucho;
y si usted le conociera...
NICOLÁS. También de él me enamorara
¿no es verdad? Como me vuel-
a hablar de él... [vas
RABOSO. Es tan galán,
de tan notoria nobleza...
NICOLÁS. Eso es verdad; aunque yo
no conozco al tal don Pieza,
ni le quiero conocer;
o don Froilán o una celda.
RABOSO. ¡Qué desdichada que soy!
(*Yéndose.*)

(*Sale* NAVAS *riéndose.*)

NAVAS. Requiescat in pace.
NICOLÁS. ¡Bestia!
¿de qué te ríes?
NAVAS. De ver
vuestro novio con la priesa
que entra, se quita la ropa,
tiende el figurón, y apenas
la cabeza pone sobre
las almohadas, cuando empieza
a roncar como un cochino.
NICOLÁS. Es hombre de esa manera,
sin ceremonias.
NAVAS. Padrino,
ya viene allí la doncella
que la tía Pepa os envía.
RABOSO. ¿Quién es? (*Sobresaltada.*)
NAVAS. Señorita, alerta;
que es don Narciso en persona.

(*Sale* JUAN RAMOS *de mujer decente y al natural de criada.*)

RAMOS. Señores, decid: ¿es esta
la casa de don Tadeo?
NICOLÁS. Y con su persona mesma
tropezais.
RAMOS. Pues yo venía,
de parte de la tía Pepa,
a quien habéis encargado
poco hace, una doncella.
NICOLÁS. Es verdad. ¿Qué te parece,
sobrina? Di, ¿te contenta?
RABOSO. Tío mío, yo no tengo
más voluntad que la vuestra;
pero yo mejor tomara
ésta, que no otra cualquiera.
NICOLÁS. Me gusta.
RABOSO. A mí mucho más.
NICOLÁS. Parece mujer honesta,
y de mucho juicio.
RABOSO. Mucho.
NAVAS. Se le conoce a la legua.
NICOLÁS. Decid, ¿dónde habéis servido?
RAMOS. Es mi primer conveniencia
ésta, señor; y yo espero
que también la última sea,
porque sabré contentar
a mi ama de manera,
que no quiera despedirme.
RABOSO. Eso bien podéis de veras
decirlo; que yo no gusto
de mudanzas.
RAMOS. ¡Qué completa
fortuna! ¡Mirarme al lado
siempre de esta ama tan bella!
NAVAS. ¿No es verdad, padrino, que es
mucho mejor que Teresa
esta otra para Isabel?
NICOLÁS. ¿Quién lo duda ni lo niega?
NAVAS. Y con otra circunstancia:
que no introducirá ésta
los hombres en casa.
RAMOS. Antes
los echaré lejos de ella.
NICOLÁS. ¡Qué lindo!
¿Y cómo os llamais?
RAMOS. Yo, señor... (*Turbado.*)
NAVAS. Doña Manuela.
RAMOS. Es verdad.
NICOLÁS. ¿Qué sabes tú?
NAVAS. Me lo dijo la tía Pepa.
NICOLÁS. Hasta el nombre es agradable.
¿Y cuánto quieras que sea
el salario?
RAMOS. Yo no ajusto;
mi ama, luego que vea
cómo sirvo, cuidará
de darme la recompensa.
RABOSO. Sobre eso no reñiremos.
NICOLÁS. Pues ajústate con ella.
NAVAS. ¿Cuánto va que esta que viene
es el ama?
NICOLÁS. A tiempo llega:
que ha rato ya que no mama
el niño.

(*Sale* CHINITA *disfrazado de ama, sin ridiculez.*)

CHINITA. Sea Dios en esta
casa.
NICOLÁS. Seais bien venida.
CHINITA. De parte de la tía Pepa...
NICOLÁS. ¿Sois el ama?
CHINITA. Pero ¡qué ama!
aunque haya media docena
de chiquillos los tendré
como un rollo de manteca
a todos.
NICOLÁS. Pero es preciso,
hacer antes tal cual prueba
del alimento y que alguno
de mis médicos, le vea.
CHINITA. Ya sabe lo que remite
la tía, por experiencia.
NICOLÁS. Eso me basta. ¿Y qué cría
dejais?
CHINITA. La de una marquesa
muy poderosa.
NICOLÁS. ¿Y por qué?
CHINITA. Porque estaba muy expuesta
allí la reputación
de cualquier pobre doncella.
NICOLÁS. ¿Cómo?
CHINITA. Y mucho más la mía;
que yo no gusto de fiestas
y a los hombres aborrezco
tanto como amo a las hembras.
NICOLÁS. Cuanto había menester
he logrado; pero es fuerza
no estar ociosas las amas,

porque al instante se engruesan
los humores.

CHINITA. ¡ Oh !, por eso
no reparéis.

NICOLÁS. ¿ Y qué haciendas
sabéis hacer ?

CHINITA. A afeitar
y a peinar pelucas, vengan
todas las amas del mundo,
que no hay alguna que tema.
(*Llora el chiquillo.*)
Mas, ¡ ay !, que llora el chiquillo.
Voy, voy.

NICOLÁS. Con tiento no metas
ruido y despierte mi yerno.
Mientras yo voy aquí cerca
a buscar un escribano,
tú no me dejes, Manuela,
ni un instante a mi sobrina.

RAMOS. Confiad de mi obediencia.

NICOLÁS. Digo... (*A la* RABOSO.)

RABOSO. Id seguro de que
no haré más de lo que quiera
Manuela..

NICOLÁS. Así te lo mando.

RAMOS. Todas mis estratagemas
solo, mi bien, se reducen
a decirte, que entretengas
a tu tío hasta mañana.

RABOSO. Yo apruebo cuanto resuelvas,
no siendo contra mi honor;
ni que de casa y tutela
me saques, sino casada.

(*Sale* GRANADINA *corriendo.*)

GRAN. ¡ Ay, ay, ay !

RAB. Y 2.º ¿ Qué traes, Teresa ?

GRAN. ¡ Ay, señores ! Que mi amo
ha encontrado a la tía Pepa;
y habiéndole declarado,
que en lugar de ama y doncella
ha introducido en su casa
dos hombres, como una fiera
se puso. Y hallando acaso,
y al paso, media docena
de alguaciles, está allí
dándoles de todo cuenta
para que os pillen.

RAMOS. Pues todo
¿ tendrá mayor contingencia
que perderte yo de vista ?
y al entrar, fuera sospecha
contra mi honrada intención :
yo quedaré con Teresa
y con Benito a la mira;
tú por adentro te encierras
en tu cuarto y lo demás
queda todo por mi cuenta.

RABOSO. Bien está. (*Entrase.*)

NAVAS. No os detengais.

GRAN. El pobre Perico queda
en el riesgo.

NAVAS. ¿ Ah, Periquillo ?
¿ Perico ?

CHINITA. ¿ Quién me vocea ?

NAVAS. Que todo está descubierto
y que don Tadeo llega
ya con cuarenta alguaciles.

CHINITA. ¡ Qué maldita quarentena !

NAVAS. Salta por esa ventana;
porque salir por la puerta
no es fácil.

CHINITA. ¡ Bravo consejo !

NAVAS. Si no, agarra la escopeta
del padrino, y hazte fuerte.
(*Vase.*)

CHINITA. Yo soy quien paga la fiesta.
(*Entrase.*)

(*Salen* LOPEZ *y* SIMON, *y otros cinco de Alguaciles.*)

NICOLÁS. Yo me tengo por feliz
en medio de mi tragedia:
por haberos encontrado.
Esta es la casa y la puerta;
aquí están estos bribones:
salgan o no salgan, mueran.

SIMÓN. Amigos, manos a la obra:
los tres que más valor tengan,
adentro, y otro par de ellos,
quédense conmigo afuera.
Vos id delante a enseñar
la casa.

NICOLÁS. ¿ Yo ? ¿ Y que me dieran
a mí el primero de palos ?
Eso no: ustedes que llevan
su porqué, lleven también
todo aquello que se ofrezca;
que yo detrás de esa esquina
me escondo hasta que los pren-
[dan.

SIMÓN. Pues valor, y entrar de golpe.

TODOS. ¡ Favor al Rey ! ¡ Resistencia !
(*Entran.*)

(*Sale* CHINICA *vestido con la ropa de* CORONADO.)

CHINITA. ¿ Quién se atreve a profanar
mi casa ? ¿ Qué bulla es esta ?

ALG. Señor...

CHINITA. Decidle a mi suegro
futuro, que es desvergüenza
hacerme venir para esto
a Madrid; y que si piensa
pillarme por las narices
piensa mal. (*Vase.*)

NIC. Y 2.º ¿ Digo quién era ?
(*Sacando la cabeza del escondite.*)

SIMÓN. Vuestro yerno que va hecho
un demonio.

NICOLÁS. De esta hecha
todo se perdió.

(*Sale* GALVAN.)

GALVÁN. Ya al uno
pillamos en caponera.

NICOLÁS. ¡Gracias a Dios!

GALVÁN. El vinagre,
como hacía la desecha
y no quería vestirse...
Pero con la ropa mesma
del disfraz, los compañeros
hicieron de camareras
y le pusieron tan lindo.

(*Salen los Alguaciles, y* CORONADO *con la ropa de* CHINICA.)

CORONADO. ¿Qué tracamandana es esta?

NICOLÁS. ¡Ay triste, que es don Froilán
éste!

CORONADO. ¡Hacer carnestolendas
así conmigo, después
de romperme la cabeza
a capirotes! ¡Por vida
del demonio!...

NICOLÁS. Ten paciencia,
amigo, y a fe que ustedes
han hecho muy linda hacienda;
que es prender al inocente,
y dar pan y callejuela
a los culpados. Sobrino...

CORONADO. Tío, no andemos en fiestas;
cásate con tu sobrina
si quieres tú mismo, y vengan
treinta reales que me tiene
de costa el viaje: ¡Canela!
¡Bello modo habéis pensado
de hacerme entrar otra vuelta
en la cofradía!

NICOLÁS. Escucha...

CORONADO. Nadie habrá que me detenga:
aunque todos me apedreen
no he de parar hasta Illescas.

SIMÓN. ¿Y quién paga esta prisión?

(*Sale* RAMOS *y todos detrás.*)

RAMOS. Yo quiero se convenga
todo en paz, haciéndoos cargo,
de las ventajas que lleva
conmigo Isabel.

NICOLÁS. Amigo,
digo que es mil veces vuestra,
con tal que me perdonéis
lo que me alcanza en sus rentas.

RAMOS. Yo lo ofrezco.

CORONADO. Esta es mi gala,
¡ah, pícaro!

CHINITA. Valga flema
que todo se compondrá.

CORONADO. ¿Y mis golpes?

NICOLÁS. Ten paciencia.

RAMOS. Perdonad.

CORONADO. No, no hay de qué:
yo os doy mil enhorabuenas
de que carguéis con la maula.

NAVAS. Si gustais de una doncella
que os ayude a desnudar...

CORONADO. ¡El diablo cargue con esta
boda, esta casa, y con cuantos
coman y bailen en ella!

(*Vase.*)

RABOSO. ¿Con que quedo perdonada,
tío mío?

NICOLÁS. Sí, y en prueba,
de volver a recibir
tu familia doy licencia.

CHINITA. Y aquí, mientras viene el ama,
estoy yo.

NICOLÁS. ¡Maldito seas!

RAMOS. Pues vuelto el pesar en gozo,
todo en placer se convierta;
haya tonadilla...

TODOS. Y haya
perdón de las faltas nuestras.

122

La Función completa

Sainete nuevo

1772 (1)

(*Salón iluminado con araña de palo y cornucopias, cuyas luces están acabándose, de suerte que se hayan de apagar luego, y alguna astilla en las luces de la araña; que parezca que arde el mechero; o mecheros a los cuatro minutos de empezar la fiesta. Estarán bailando contradanza abierta las Sras.* PEREIRA, POLONIA, NAVARRA, NICOLASA *y* JUANA, *con* SIMON, GALVAN, *otro y* CALLEJO, AMBROSIO *y* MERINITO. ENRIQUE, QUEVEDO *y un comparsa figurarán los ciegos al foro, con dos violines y violón. La* GUZMANA, *de viuda, hablando con* CORONADO, *petimetre serio, sentados a un lado; cerca la* JEREZANA, *sentada en una silla poltrona, muy acalorada.* ESPEJO, MERINO *y* PONCE *al otro lado, sentados a un brasero de pie.* SORIANO *andará de bastonero alrededor de los que bailan, y* CHINITA, *mirando a las luces de cuando en cuando, se paseará con mal gesto, y sin cesar el baile, dirá:*)

CHINITA. ¡Si por permisión de Dios
se les quebrasen las piernas
a tres o cuatro, a ver si

---

(1) Bib. munic.; leg. 1-155-25. Copia antigua, con enmiendas de mano del autor y las licencias y aprobaciones de 13 y 14 de febrero de 1772. La censura obligó al autor a cambiar algunos versos y pasajes que anotaremos. Impreso en 1900 en el tomo *Sainetes inéditos de D. R. de la C.* (Madrid, Imprenta municipal, en 4.º), que contiene otros once, de los cuales no eran inéditos algunos.

se cansaban de dar vueltas!
SORIANO. Don Severo, mande usted
que saquen una botella
de vino, para los ciegos
que ha rato que no refrescan.
CHINITA. ¡Un veneno! ¿Me hace usted,
don Alonso, la fineza
de ver la hora que es?
PONCE. Temprano:
poco más de doce y media.
CHINITA. Ya es hora de recogerse,
me parece; cuando quieran
ustedes, pueden decir
a madamas que las fiestas,
en trasnochando, producen
más que diversión, molestia,
y llevárselas.
PONCE. Yo a trueque
de que Juana se divierta
me estaré aquí hasta mañana.
ESPEJO. Una preguntilla suelta,
aquí, hablando entre nosotros:
don Severo, ¿tenéis cena
prevenida?
CHINITA. No, señor;
si a usted el hambre le aprieta,
ya se puede ir a cenar
a su casa.
ESPEJO. No creyera
de vos tal cicatería.
¿Quién tiene en carnestolendas
baile sin ambigú?
CHINITA. Yo.
MERINO. Mi pobrecilla parienta
sí que estará ya cansada.
CHINITA. Sí; ya puede ser que quiera
irse.
PONCE. ¿En cuanto tiempo está? (1)
MERINO. Está ya fuera de cuenta.
CHINITA. ¡Hombre!, ¿qué me dice usted?
MERINO. Amigo, ¡qué bueno fuera
que ahora le diese la gana...!
CHINITA. Hombre, cargue usted con ella
cuanto antes.
ESPEJO. Pues no la fío;
porque ha rato que está inquieta
y encendida.
MERINO. Voy a ver...
Si tal cosa sucediera
habíais de ser el padrino (2).
(*Va a la* JEREZANA.)
CHINITA. Antes ciegues que tal veas,
tener yo niños, y ando (1)
buscando yo quien me tenga.
MERINO. Hija, ¿tienes novedad
o algún dolor?
JEREZANA. Estoy muerta;
mira si ha venido el coche.
MERINO. ¡Dios te la depare buena!
(*Vase.*)
SORIANO. Ved aquí por qué son malas
las contradanzas abiertas,
que no tengo a quien sacar
en acabándose ésta,
porque están todas cansadas.
CHINITA. Mejor, que de esa manera
se podrán ir todas juntas
a descansar y me dejan
descansar a mí.
SORIANO. Yo haré
que jueguen juegos de prendas
o canten, porque es preciso
que dure hasta que amanezca.
CHINITA. No es preciso tal, y ved,
amigo, que *no hay más cera
que la que arde.*
SORIANO. De ese modo
pronto estamos en tinieblas.
Sacar sebo.
CHINITA. Tanto sebo
tengo yo, como manteca.
JEREZANA. ¡Ay!
CHINITA. ¿Qué es eso?
JEREZANA. Un dolor que
la cintura me atraviesa (2).
CHINITA. ¡Malo! Don Jorge, ¿ha venido
el coche ya? (*A* MERINO *que sale.*)
MERINO. Ni lo sueña.
TODOS. Que dure.
SORIANO. Mudar figura,
y empecemos otra vuelta.
CHINITA. Hombre, diga usted que es tarde.
PONCE. La viuda ¡qué tal que pela
la pava con el letrado!
ESPEJO. Estas viudas son tremendas,
y como saben de tiempos
de abundancia y de miseria,
en viendo la suya nada
que pillan desaprovechan.
MERINO. ¿Estás algo mejor?
JEREZANA. Nada.
CORONADO. ¡Eh! que la araña se quema.
CHINITA. Muchacha, la caña.
MERINITO. Allí
está, detrás de la puerta.
PEREIRA. Basta, que si nos cansamos

---

(1) El censor literario recomendó al autor que cambiase la dolencia de Doña ELENA, y sustituyó este verso y el siguiente en esta forma:
PONCE. ¿Y le da la locura?
MERINO. Cada día más le aprieta.
(2) Este verso se enmendó así: "La habíais de sujetar."

(1) En este verso, en lugar de la palabra "niños" se puso la frase "a locas".
(2) Este verso se cambió así: "De sien a sien me atraviesa."

todas, se acabó la fiesta.
(*Dejan de bailar.*)

GALVÁN. Bravamente se ha bailado.

AMBROSIO. Yo he de poner una nueva
luego.

CHINITA. ¿Dónde?

AMBROSIO. Aquí.

CHINITA. Es que aquí
es preciso que fenezca
la función, porque tenemos
a esta señora indispuesta.

PEREIRA. Pues, hombre, ¿por qué no avi-
¿Qué tienes? [sas?

JEREZANA. No sé.

PEREIRA. ¿De veras
estás mala?

MERINO. Unos dolores,
que dice que la penetran
de parte a parte (1).

JEREZANA. ¡Ay, Jesús!

ESPEJO. Quizá puede ser que sea
necesidad.

CHINITA. ¿Quiere usted
un vaso de agua?

MERINO. Si hubiera
un caldo...

CHINITA. (En el hospital.)

PEREIRA. Ves allá dentro, Manuela,
y sácala algo.

POLONIA. ¿Qué es algo?

PEREIRA. Cualquier cosa que tú quieras.

POLONIA. Está muy bien; deme usted
la llave de la despensa.
(*Fisgando.*)

PEREIRA. Tú la tienes.

POLONIA. ¿Desde cuándo?

PEREIRA. Esta tarde, majadera,
¿no te la di?

POLONIA. No me acuerdo.

PEREIRA. Búscala por allá fuera.

CHINITA. Lo mejor es que no hay nada
que sacar, aunque parezca.

POLONIA. Sobre que yo no la encuentro.

PEREIRA. Di que no la hallas. Calienta
(*Aparte las dos.*)
el guisado, y en un plato
sácale algún par de presas. [bre.

POLONIA. Pero el caso es que no hay lum-

PEREIRA. Que se aguarde y encenderla.

POLONIA. Si no hay carbón.

PEREIRA. ¿Dos arrobas
has gastado? No hay paciencia
contigo.

POLONIA. Deje usted que haya
otra que a usted la sufriera.

PEREIRA. Calla, yo te enviaré lumbre;
búscala y si no la encuentras
haz lo que te he dicho. (*Recio.*)

POLONIA. Vamos
a fingir negocio. (*Aparte.*)

GALVÁN. Cuenta
que en todas las contradanzas
usted es mi compañera.
(*Al paso.*)

POLONIA. Ya me lo han dicho.

GALVÁN. ¿A qué hora?

POLONIA. Mírelo usted en la Puerta
del Sol, cuando se retire
a la luna de Valencia.

PEREIRA. Vamos, habladora.

POLONIA. Voy. (*Vase.*)

PEREIRA. ¡Jesús, que se está la pieza
abrasando!

ESPEJO. Yo quería
suplicaros que trajeran
aquí más lumbre.

PEREIRA. ¿Qué lumbre?
Muchacho, saca allá fuera
a la cocina, el brasero;
que luego con las cabezas
calientes, salir al frío
es la cosa más enferma
del mundo.

ESPEJO. Eso es para ustedes,
que bailando, se calientan
los pies.

PEREIRA. Haz lo que te mando.

MERINITO. Al punto, señora.

ESPEJO. Suelta,
hijo, que aquí no incomoda.

MERINITO. Pues si mi ama lo ordena.

ESPEJO. Si es chanza.

PEREIRA. Pues por lo mismo.
de la chanza, he de hacer tema.
Llévatelo. (*Se le lleva* MERINITO.)

SIMÓN. ¿En qué pensamos?

CHINITA. Hija, que expiran las velas.
(*Aparte.*)

PEREIRA. Sacar otras.

CHINITA. ¿Sí?, pues daca.
la llave de la despensa.

PEREIRA. ¡Qué bufonada! ¿Y tú, hija?

MERINO. Parece que se sosiega.
¿Te quieres venir a pie?

CHINITA. Sí: que el ejercicio abrevia
y facilita.

GUZMANA. Si no,
mi coche tiene a la puerta.

MERINO. No, señora; mejor es
que vaya andando.

CHINITA. ¿Manuela?
Saca una mantilla, para
mi señora doña Elena.

GUZMANA. Y yo también, hija mía,
me marcho con tu licencia

---

(1) Enmendado: "De sien a sien."

que ya es tarde.
PEREIRA. ¿A qué has venido?
GUZMANA. A disfrutar de tu buena
compañía, y la de todas
estas señoras.
PEREIRA. Si fuera
yo satírica, diría...
GUZMANA. ¿Qué dirías?
PEREIRA. Que no mientas;
pues si no el señor don Lope,
no tienes quien te agradezca
la compañía en la sala.
GUZMANA. ¡Jesús y qué mala lengua
tienes, mujer!; el señor
ocupó aquella silleta
casualmente.
PEREIRA. ¿Y casualmente
traía cortada tela
para hablar contigo, toda
la noche?
NAVAS. ¡Qué brava vuelta
nos habrán dado!
GUZMANA. Yo veo
que ustedes, tampoco huelgan
en el rato que no bailan;
ni mientras bailan lo dejan,
si me apuran. El señor
ha tenido la paciencia
de darme conversación,
y que la tiene muy bella
ciertamente.
CORONADO. Usted me honra,
mas nada hay que me agradezca;
porque como yo no bailo,
en cualquier concurrencia
paso el rato hablando, a quien
primero se me presenta.
CALLEJO. En verdad que usted se engaña.
Que cuando entró por la puerta,
yo me presenté el primero
y ni tan solo ¡adiós, bestia!,
me dijo usted.
CORONADO. Puede ser
que en vos reparo no hiciera
habiendo damas a quienes
rendir antes mi obediencia.
SIMÓN. ¿Y por qué no baila usted?
CORONADO. Porque el bailar desdijera
de mis años y carácter.
ESPEJO. Dos mil demonios me tientan
con estos golillas, que
resisten el dar dos vueltas
en público, y en secreto
bailan todita la escuela.

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. Aquí está ya la mantilla.
PEREIRA. Si no estás del todo buena,
por Dios, no te expongas.
CHINITA. ¡Dale!
SORIANO. Ustedes estense quietas
y sigan en diversión.
JUANA. ¿Diversión, y sin merienda
ni qué cenar? Vámonos
a mi casa que está cerca.
Se freirán cuatro torreznos,
sacaremos dos botellas,
don Luis y mi paje, tocan
el violín y la vihuela,
y se pasará la noche.
NICOLASA. Pase la palabra, ¿Pepa?
NAVARRA. Bien está.
PEREIRA. Digo, ¿se puede
saber qué consulta es esa?
NICOLASA. Hija, que es más de la una,
y que basta de molestia
para ti.
PEREIRA. Yo había mandado
que renovasen la cera.
JUANA. ¿Para qué ese gasto más?
CHINITA. Mujer, en tu vida seas
importuna.
ESPEJO. ¿Pareció
la llave de la despensa?
PEREIRA. Sí, señor; y ahora que estaban
las cosas medio dispuestas
se van todos.
ESPEJO. Menos yo.
PEREIRA. Adiós, amiga, y Él quiera
salgas con felicidad (1).
(*A la* JEREZANA.)
CHINITA. Don Jorge, amigo, estupenda
noche os aguarda; y si es hija
la función será completa.
MERINO. Sí, tal.
CHINITA. Ahí me las den todas.
PEREIRA. Amiguitas, ¿vais contentas?
JUANA. Di que apaguen; mira que
las cornucopias se queman.
Adiós, adiós.
CHINITA. Chico, alumbra.
ENRIQUE. ¿Con que se acabó esta fiesta?
CHINITA. Sí, señor; tomen ustedes.
ENRIQUE. Bien puede alargar la mecha
que es ya más de media noche
y el ajuste solo era
hasta las once.
QUEVEDO. Las dos
son o más de la una y media.
ENRIQUE. Y sin cenar.
CHINITA. Yo tampoco
he cenado.
ENRIQUE. Vengan, vengan
otro par de pesos.
TODOS. Vamos.

---

(1) Verso sustituído por éste: "Que pases muy buena noche."

PEREIRA. ¿Quién sube por la escalera *(Ruido dentra.)*
con tanta bulla?

(Salen las Sras. GRANADINA *y* MAYORA, *con* EUSEBIO *y* PEPE, *de máscaras los cuatro, y todas vuelven a entrar, que estaban abacadas para irse.)*

GRAN. Esto es
ser amigas verdaderas
y cumplirte la palabra.
PEREIRA. ¡A buena hora!
EUSEBIO. Ahora se empieza
la noche.
CHINITA. ¿Qué va a que el diablo
quiere hacer carnestolendas
conmigo?
SORIANO. ¡Gracias a Dios,
que ha venido quien mantenga
el puesto!
MAYORA. ¿Cómo tan pronto
os han faltado las fuerzas,
amigas?
NAVARRA. Es tarde ya.
GRAN. ¡Qué tarde! Nadie se mueva.
EUSEBIO. Adentro, adentro, que es justo
ya que estas señoras dejan
las máscaras por ustedes
cuatro horas, corresponderlas
otras cuatro.
HOMBRES. Dice bien.
PEREIRA. Hijo, di que se detengan
los ciegos.
CHINITA. Mujer, ¿no sabes...? *(Aparte.)*
PEREIRA. Ahora no hay nada que sepa.
Bastonero, decid que
se les dará lo que quieran
y que aguarden.
ENRIQUE. Bien está.
CHINITA. ¡Qué lindamente receta
mi mujer!
MERINO. ¡Qué bien vestidas!
JEREZANA. Ya se me ha antojado verlas (1)
bailar.
PEREIRA. Pues siéntate, hija.
CHINITA. Don Jorge, ved que está ex-
a un chasco. [puesta
MERINO. Ni en ocho días;
no conocéis todas éstas
lo que son.
CHINITA. Sí; yo pagara
algo por no conocerlas.
SORIANO. ¿Y luces?
PEREIRA. El paje tiene
para alumbrar una vela,
y adentro hay otra de sebo;
haced que las saquen.

(1) Se sustituyó este verso por el de "Yo vuelvo solo por verlas".

G. Y M. ¡Ea!
empecemos a bailar.
MERINO. Permitidme la llaneza
de que vaya a la cocina
a prevenir a Manuela
de que saque a mi mujer
alguna cosilla, mientras
bailan.
PEREIRA. El muchacho irá.
MERINITO. Voy, señora. *(Vase.)*
MAYORA. ¡Si tú vieras
qué bueno está el coliseo
esta noche!
NAVARRA. ¿Cuantas hay?
GRAN. Bastantes; ¡y qué fachendas
está haciendo la vecina
porque lleva de pareja
a... ya me entiendes!
NAVARRA. ¿Y va
sola con él?
GRAN. ¡Y tan tiesa!
PEREIRA. ¡Vitor!
JEREZANA. ¡Ay!
CHINITA. ¿Otro dolor?
MERINO. Parece que va de veras (1).
CHINITA. Hombre, pues no nos burlemos.
MERINO. El caso es que removerla
puede ser muy contingente:
amigo, si usted me hiciera
el favor de ir a decir
a la comadre que venga (2)
para que nos desengañe.
CHINITA. ¿Yo?
MERINO. Sí, que ahí vive a la vuelta,
encima del zapatero.
CHINITA. ¿No tiene usted también piernas
para ir?
MERINO. ¿Y he de dejarla
en ocasión como ésta
yo?
CHINITA. No corre tanta prisa.
MERINO. Sin embargo, voy por ella.
No os apartéis un instante. *(Vase.)*

(Sale POLONIA.*)*

POLONIA. Señora, aquí está la cena. *(Cubierta, etc.)*
ESPEJO. Nosotros la cuidaremos.
SORIANO. Puede ser que esto provenga
del antojo, según dijo (3),
de verles dar cuatro vueltas
a las máscaras.

(1) Después de este verso, siguen en el texto enmendado estos otros:
GRAN. ¡Que le da la pataleta!
PEREYRA. Ya los ojos pone en blanco.
ESPEJO. ¡Ay, que se ha quedado tiesa!
(2) En vez de "la comadre" se puso "su médico".
(3) En lugar de las palabras "del antojo" se pusieron las "de tanta bulla".

MAYORA. Que toquen
y bailemos norabuena.
GRAN. Vaya un minuet figurado.
Cada una con su pareja
o a cuatro.
ESPEJO. ¡Qué bien que huele!
No sea usted pataratera (1),
señora; asi como yo
y lo que viniere venga.

(Bailan un minuet los cuatro, de máscara, interin come con desasosiego la JEREZANA, *y* ESPEJO *la limpia el plato, y una rosca que sacarán. Luego ella deja caerse el plato (acabado el minuet) y hace un estremo como de desmayo, y todos se alborotan.)*

TODOS. ¿Qué es eso?
ESPEJO. Que se desmaya.
CHINITA. ¡Cayóse la casa a cuestas!
PEREIRA. Mejor es llevarla adentro
para ver si algo la aprieta
y recostarla en la cama.
TODAS. Dices bien.
GRAN. Si se te queda
en casa, no es malo el chasco.
PEREIRA. Habré de tener paciencia.
JUANA. Vamos, amiga,
entre todas. *(Se la llevan.)*
SORIANO. Y acá prosiga la fiesta,
que esta no es enfermedad
de cuidado.
CHINITA. ¿Habrá tronera
como éste?
PONCE. Vámonos, hija,
(A la PORTUGUESA.)
que en ocasiones como esta
la mucha gente, más sirve
de estorbo, que conveniencia.
GUZMANA. También para mí ya es tarde:
un recado a la parienta,
señor don Severo: agur.
CORONADO. Yo me quedara si fuera
de provecho, mas son casos
de que no tengo experiencia (2).
CHINITA. Ni yo tampoco, y el diablo
me la quiere dar a medias
ahora.
CORONADO. Vámonos de aquí.
GUZMANA. ¡Quiera Dios que paseis buena
noche!
CHINITA. La traza no es mala.
CORONADO. ¡Digo el amigo, cuál queda!
(Vanse los cuatro.)
CALLEJO. Conque ¿tendremos bateo
en casa, si aquí lo suelta?

(1) Este verso y el siguiente fueron reemplazados por estos otros:
ESPEJO. Interin que la sujetan
los demás, cenaré yo.
(2) Este verso y el siguiente se cambiaron por estos otros:
De Galeno y Avicena.
CHINITA. No lo son, sino del diablo.

CHINITA. ¡Qué había de soltar! ¡Primero
se le suelten las arterias!

(Sale MERINO.)

MERINO. ¿Ha tenido novedad?

(Sale JOAQUINA.)

JOAQUINA. Tengan ustedes muy buenas
noches y mucha salud;
¿adónde está la pacienta? (1)
ESPEJO. Allá dentro: venga usted.
(Se la lleva.)
MERINO. Amigo, otra impertinencia:
la comadre no ha cenado (2),
que ha estado en una comedia
casera, y cuando llegaba
la traje más que por fuerza:
dad disposición y, amigo,
perdonad. *(Entra.)*
CHINITA. Sea enhorabuena;
que esto y más merezco yo
por mis pecados. ¿Manuela?

(Sale POLONIA.)

POLONIA. Señor.
CHINITA. ¿A cuántos estamos
de lumbre, luces y cena?
POLONIA. A treinta y uno del mes.
CHINITA. ¿Y no hay alguna cosuela?
POLONIA. La otra mitad del guisado
que no saqué.
CHINITA. ¡Y que yo sea
tan bobo que en estos lances
tan a menudo me meta!
Sácaselo a la comadre (3)
y todo el mundo perezca.
(Vanse POLONIA *y* ESPEJO.)

(Sale MERINO.)

MERINO. Amigo, dadme un abrazo
porque con todas las señas
según dice la matrona (4)
de que antes que pase media
hora, tendrás un criado
más a quien mandar.
CHINITA. ¡Arrea!
Toquen ustedes fandango:
será la función completa.

(Los ciegos tocan, ellos bailan, los demás se ríen; y sale la PEREIRA *alborotada, y las otras.)*

PEREIRA. ¿Se dará caso como este?

(1) En lugar de "pacienta" se puso "dementa". También en vez de "Joaquina", en el margen, se puso "Médico".
(2) En vez de "la comadre" se enmendó "el médico".
(3) En lugar de "la comadre" se corrigió "ese doctor".
(4) Este verso y los tres que siguen quedaron así:
Según el médico dice
de que antes que amanezca,
medicinándola bien,
volverá en su acuerdo.

Hombre, ¿qué locura es esta?
CHINITA. ¿Qué, tendremos un criado
más a quien mandar?
PEREIRA. La fiesta
es que es verdad.

(*Sale* JOAQUINA.

JOAQUINA. La envoltura (1)
porque esto va muy de priesa,
y muy bien, gracias a Dios.
MERINO. El cuento es que está dos leguas
mi casa.
CHINITA. ¡Ojalá la mía
estuviese cuatrocientas! (*Aparte.*)
JOAQUINA. ¿Pues dónde está? Ello es pre-
[ciso.
MERINO. No más que junto a la Puerta
de los Pozos.
ESPEJO. No está lejos
de la calle de las Huertas. [do.
PEREIRA. ¡Por Dios!: vaya usted corrien-
MERINO. ¿Qué le hemos de hacer? Pa-
Ya he prevenido la den [ciencia.
a usted de cenar.
ESPEJO. Sí, venga
usted conmigo allá dentro.
JOAQUINA. Con cualquiera friolera
hay sobrado; pero antes
es preciso ver la enferma.
(*Vase.*)
ESPEJO. Entretanto cuidaré
yo de que pongan la mesa.
(*Vase.*)
GRAN. ¿Con que esto se acabó?
PEREIRA. Sí,
y de distinta manera
que pensábamos.
SORIANO. Pues yo
me voy con vuestra licencia
a otro baile.
NAVARRA. ¿Y adónde es?
SORIANO. ¿Dónde? En casa de don César.
GRAN. Es verdad. ¿Vamos allá
todos?
MAYORA. Vámonos, norabuena,
que lo estimarán.
EUSEBIO. A bien
que tenéis coche a la puerta.
PEREIRA. ¡Qué ocasión! ¡Por vida de
tantos! ¡Que me suceda
a mí esto!...
CHINITA. Esto, bien mío,
es tener en casa fiestas.

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. Señor, dice la comadre (2)

(1) Este verso quedó así:
MEDICO. Al instante, un cirujano.
(2) Enmendado "Señor: el médico dice".

que vayan a la taberna
corriendo, por vino blanco.
PEREIRA. Anda, chico.
MERINITO. ¿Y la moneda?
CHINITA. Toma, hombre.
MERINITO. ¿Y me abrirán?
PEREIRA. Llama recio y di la urgencia.
CIEGOS. Manden ustedes, señores.
CHINITA. Si pudiesen dar la vuelta
por ahí pasado mañana
se les pagará.
ENRIQUE. Si fuera
por nosotros... Pero como
tenemos que dar la cuenta
a los demás compañeros...

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Una sábana (1).
PEREIRA. Manuela,
ve y dásela a la señora.
POLONIA. Se llevó la lavandera
la que hay de non.
PEREIRA. Yo iré ahora
y le sacaré una nueva.
POLONIA. De la calle de las Postas.
JOAQUINA. ¿Y hay mantillas de bayeta? (2)
PEREIRA. No: que como no se estilan...
Pero hay una bata nueva
de éste.
CHINITA. ¡Un demonio!
PEREIRA. Es preciso.
JOAQUINA. Pues vamos a deshacerla
que esto es más urgente. (*Vase.*)
PEREIRA. Yo,
desde luego.
CHINITA. ¡Anda, morena!
¿Cuánto va que sin camisa
para pañales me dejan?
GRAN. Aquí estamos demás, hija,
Dios te dé mucha paciencia.
PEREIRA. Id en paz.
G. Y M. Cuenta que avises
de todo lo que suceda.
CHINITA. Muy bien; ahí quedan las llaves.
(*Vanse todos los del baile que restaban.*)

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Tome usted esta botella
y lléguese a la botica

(1) Este pasaje quedó así:
Una sábana, si hay nueva,
para disponer vendajes
que la sujeten.
PEREIRA. Manuela,
ve y dásela a don Patricio.
(2) Este lugar se reformó así:
¿Y hay un poco de bayeta
para envolverla los pies
y atraer de la cabeza
el calor?
PEREIRA. No creo que la haya;
pero hay una bata nueva
de éste, etc.

a traer aceite de almendras (1)
dulces, con el jarabito
de peonías.

CHINITA. ¿Es cantaleta?
Vaya usted, señora. ¿Qué
peonía, ni pedorreta?

JOAQUINA. Si es preciso.

CHINITA. ¡Y que el demonio
en estos lances me meta
a mí!

(Hace que se va y le detienen los ciegos.)

CIEGOS. Páguenos primero.

CHINITA. Vayan noramala y tengan
más caridad: ven que está
toda la casa revuelta
y aún porfían. *(Se va.)*

ENRIQUE. Volveremos
mañana, que aquí se queda
la casa.

(Vuelve CHINITA.)

CHINITA. De pedo... ¿qué? (1)

JOAQUINA. Peonía.

CHINITA. ¿Y cuánto cuesta?

JOAQUINA. Poco.

CIEGOS. Mañana vendremos
por la tarde. *(Vanse.)*

(Sale ESPEJO.)

ESPEJO. Que se queja
la paciente.

JOAQUINA. Voy allá. *(Vase.)*

CHINITA. Mujer, si ahora no escarmientas
de bromas, pido divorcio,
y cásate con quien quieras.

PEREIRA. Lleva capa que hace frío.

CHINITA. Mas que ruede la escalera;
mas que me resfríe, y mas
que jamás a casa vuelva,
así, como así, no tengo
cama en que dormir, ni cena. *(Vase.)*

ESPEJO. ¡Qué tal va! Tiene razón.

PEREIRA. Tan precisa es la paciencia
como el escarmiento.

POLONIA. Como
confesiones de Cuaresma,
que en tocando a la aleluya
se olvida la penitencia.

JOAQUINA. ¡Señora, señora! *(Dentro.)*

PEREIRA. Vamos
adentro a lo que se ofrezca.

(1) Estos versos quedaron así:
a traer aceite de yemas
de lombriz, con un extracto
de alcanfor.

(2) Este pasaje quedó así:
CHINITA. ¿Qué extracto dijo?
MEDICO. De alcanfor.

POLONIA. Vayan ustedes, que yo
no puedo por la decencia
de mi estado, concurrir
a esas funciones, y mientras
cantaré una tonadilla,
que aunque no es del caso
sea al caso, porque concluya
también el baile con ella.

CON TODOS. Perdonando el auditorio
las faltas suyas y nuestras (1).

(1) La conclusión que el autor puso, según la censura, a su sainete, es la siguiente:
(Al entrarse salen la JEREZANA, el MEDICO, MERINO y otros, bufoneándose.)

TODOS. ¡Daca la maula!

CHINITA. ¿Qué es esto?

MÉDICO. Esto es haber hecho prueba,
para divertirnos, de
donde alcanza la paciencia
de un hombre casado.

CHINITA. Y digo,
hablando según conciencia:
¿os parece que habrá otro
que en Madrid me eche la pierna?

MÉDICO. Quizá sí.

JEREZANA. Eso no es del caso,
sino que ahora se diviertan.

CHINITA. ¿Con lo que han dejado ustedes?

MÉDICO. No, sino con lo que espera
en casa de la vecina.

ESPEJO. ¿Sabe usted si tienen cena?

MERINO. Y grande.

ESPEJO. Voy a decir
que esperen que ustedes vengan.
Y no me esperen a mí. *(Vase.)*

CHINITA. ¡Estómago triste, alienta!

PEREIRA. Pues, vamos; y tú ven, chica,
para que también diviertas
la noche, y luego nos cantes
una tonadilla nueva.

A TODOS. Con que concluirá festiva
y más dichosa la idea.

Madrid y Febrero 13 de 1772.

Remítase a la censura del P. D. Juan de Aravaca, en el Real Oratorio del Salvador.—*Dr. Almarza.*

He reconocido este sainete, y como va se puede permitir su representación por no haber en él cosa alguna contra los dogmas de la Fe, buenas costumbres o regalías de S. M., en el Real Oratorio del Salvador, de Madrid, a 13 de Febrero de 1772.—*Juan de Aravaca.*

Se concede la licencia.

Nos el Licenciado D. Bernardo Antonio y Marrón. Canónigo Doctoral de la Santa Primada Iglesia de Toledo y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, &.

Por lo que a nos toca damos licencia para que el sainete antecedente titulado *La Función Completa,* compuesto por D. Ramón de la Cruz, pueda representarse, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres.—Madrid, 14 de Febrero de 1772.—*Licenciado Marrón.*—Por su mandado, *Manuel Alonso de Liévana.*

De representar.

Madrid 14 de Febrero de 1772.

Pase al censor y con lo que dijese tráigase.

Señor:

He leído el sainete intitulado *La función completa.* Su asunto es representar un baile, al que concurre una señora embarazada, que allí mismo siente repetidos dolores y últimamente pare dentro. Yo no sé como esto parecerá al público, a quien tal vez podrá gustar; pero jugzo que semejantes asuntos no son propios del teatro. Por lo demás el sainete tiene varias agudezas, y golpes que divertirán. Este es mi dictamen salvo &. Madrid y Febrero 14 de 1772.—*Ignacio López de Ayala.*

Madrid 14 Febrero 1772.

Ejecútese.—*Delgado.*

123

El heredero loco

Sainete para la Compañía de Ribera

1772 (1)

(La escena es en una villa cerca de Madrid. El teatro representa la entrada de lugar, parte de bosque y parte de casas, con una que tenga puerta natural; a ella estará sentada la Sra. JOAQUINA *peinando a* RUIZ, *que figura su hijo; y de allí a poco sale la Sra.* POLONIA *de moza ordinaria, con un cantarillo, y cantando la cancioneta que se pone a su tiempo.)*

RUIZ. Madre, por amor de Dios
que tire usted con más tiento
que de cada tirón saca
la mitad de los cabellos
en el peine.

JOAQUINA. ¡Ojalá que
salieran todos, con eso
no tendrían tanto monte
donde emboscarse los piojos.

RUIZ. Pues, vaya, espúlgueme usted
quedito, pelo por pelo
y verá usted, madrecita,
con la gracia que me duermo.

JOAQUINA. No faltaba más.

(Sale MERINO *de escribano payo.)*

MERINO. Marica:
¿sabes cuándo viene Diego?

JOAQUINA. ¡Qué sé yo!; déjeme usted,
que me tiene hecha un veneno
con sus idas a Madrid
a ver al hermano enfermo;
que todos los días vienen
cartas de que está muriendo,
y al punto que va Dieguillo
se pone mejor o bueno.

MERINO. Sin embargo, bravamente
heredaréis.

JOAQUINA. No lo creo.

MERINO. ¿Oyes?; pues luego que venga
dile que vaya corriendo
a verme.

JOAQUINA. ¿Qué le queréis,
señor secretario?

MERINO. Luego
volveré, porque ya
me aguarda el Ayuntamiento,
y no puedo detenerme. *(Vase.)*

JOAQUINA. Pues bien; después nos veremos

RUIZ. Madre, ¿cuándo acaba usted?

JOAQUINA. Ya te voy a atar el pelo
para que vayas a ver
qué hace tu hermana.

RUIZ. Yo creo
que fué por agua a la fuente.

JOAQUINA. Pero ha dos horas lo menos
que fué.

RUIZ. Como haya encontrado
a su novio Juan Lorenzo,
no volverá ella tan breve.

JOAQUINA. ¡Hola, hola!; ¿eso tenemos?

RUIZ. Eso tenemos, y más,
pues apenas en el pueblo
hay mozo que no la quiera;
y a mí me pasa lo mesmo
con las mozas: como ven
este pedazo de cuerpo
adivinan que yo solo
valgo por marido y medio,
y apenas las digo envido
todas me responden, quiero.

JOAQUINA. Deja que venga tu padre,
que ya se pondrá remedio
a todo.

RUIZ. Vele ahí, mi hermana,
más alegre que un pandero.

(Sale POLONIA.)

(Cancioneta.)

POLONIA. *Labradoras amadas*
y enamoradas,
más os importa
el nacer con fortuna
que ser hermosas.
Mil bellos labradores
por mis amores
andan que penan,
despreciando cariños
de otras más bellas.
Todo quiere fortuna
sin duda alguna;
vedlo vosotras,
pues que siendo más fea
tengo más bodas.
Labradoras amadas
y afortunadas, etc.

JOAQUINA. ¿Dónde has estado, muchacha,
que has tardado tanto tiempo?

Madrid 14 de Febrero de 1772.
Visto.—*Cuéllar.*
En virtud de la censura de Ayala, D. Ramón hizo las enmiendas que van señaladas: el sainete pierde en agudeza con ellas.
Sin embargo, la conclusión parace mejor la últimamente compuesta por el autor y más ingeniosa, en el hecho de suponer que la enfermedad (y en su caso el parto) de Doña Elena fué una broma de Carnaval, bien propia de la ocasión en que el sainete se representaba.

(1) Bib. munic.; leg. 1-166-25. Autógrafo de 1772. Se estrenó el 4 de Noviembre en el teatro de la Cruz, por la compañía de Eusebio Ribera. Reimpreso por Durán.

POLONIA. Aguardando que llegase
un carruaje que a lo lejos
venía de hacia Madrid.

JOAQUINA. ¿Y ha llegado?

POLONIA. No, por cierto.
que se detuvo allá, junto
la Ermita, y están haciendo
qué sé yo qué de maniobras.

RUIZ. ¡Ay, madre, yo voy a verlo!

JOAQUINA. ¿Qué nos importa a nosotros?
Idos ambos allá dentro,
bribones.

RUIZ. Vamos allá.

POLONIA. Ven, por aquí atajaremos.

(Sale ESPEJO *de payo con peluca muy buena; camisola mal hecha, etc., y detrás, de lacayo petimetre francés,* SORIANO, *con una caja de cartón debajo del brazo.)*

ESPEJO. Esta es mi casa, muchacho;
y mi mujer la que ves.
¡Señora doña Marica!

JOAQUINA. ¿Es mi marido?, ¿qué es esto?
¿Y qué escándalo es estarse
en la corte mes y medio
un hombre casado? ¡Ah, infame!

ESPEJO. Pues y yo qué culpa tengo
si yo no iba allí a otra cosa
más que a ver mi hermano muer- [to.

JOAQUINA. Todos los días se muere,
y tú estás yendo y viniendo
sin fruto.

ESPEJO. Consuélate,
que este es el viaje postrero.
El pobrecito... *(Llora.)*

JOAQUINA. ¿Murió?

SORIANO. Peor está ya que muerto.

JOAQUINA. ¿Cómo?

SORIANO. Como está enterrado.

JOAQUINA. Así como así, era viejo;
y estaba tan achacoso
de lo que con sus comercios
y viajes había afanado
que, cualquiera cosa apuesto
a que se murió gustoso.

ESPEJO. Tienes razón, y yo pienso
que si no se murió antes
fué por juntar más dinero.
¡Pobrecito! *(Llora.)*

JOAQUINA. Pero, vamos:
a los difuntos dejemos,
y trátese de los vivos.
Tú que eres su heredero
único, ¿qué has encontrado?

ESPEJO. ¿Qué he encontrado? Mucho y [bueno. *(Ríe.)*
Dame ahí un par de pesetas
para dar a los cocheros,
que brinden a la salud
del difunto; que no tengo
yo aquí más que piezas de a ocho.

JOAQUINA. ¿Pues en qué has venido, Die- [go?

ESPEJO. En coche, como señor.

JOAQUINA. ¡Hombre, tú has perdido el se- [so!

ESPEJO. Calla, tonta, que no sabes
el *tu autem*. Setecientos
mil reales has heredado,
y esta peluca...

JOAQUINA. Eso es cuento.

ESPEJO. Toma; y otros cuantos mil
que traigo del pico.

JOAQUINA. A verlos.

ESPEJO. Los setecientos se quedan
en casa de un compañero
de mi hermano; porque dicen
que estos reales ponen luego
en el monipodio otros
muchos reales que a su tiempo
engendran otros realillos;
conque ve tú componiendo
un caudal en forma para
ser persona de provecho;
y aquí traigo el papelillo
del trato y contrato hecho
ante un procurador
y escribano, como dueño
de principal y ganancias
que a mi voluntad poseo.

JOAQUINA. ¡Ay, esposo mío, que
me vuelves el alma al cuerpo
con esas cosas! ¡Mi pobre *(Llora.)*
cuñado!, yo lo encomiendo
a Dios de muy buena gana.
Tomad, y haced que al momento
traigan todo el equipaje
a casa.

ESPEJO. Con los arrieros
viene lo más.

SORIANO. Yo, señora,
les ayudaré a traerlo,
si me lo permite usía.

ESPEJO. Mira ya con el respeto
que te trata.

JOAQUINA. ¿Y quién es éste?

ESPEJO. Es un lacayo de aquellos
que ya están acostumbrados,
a servir a los sujetos
de nuestra clase; después
se pueden ir recibiendo
los demás; hoy las libreas
a tu gusto dispondremos.

JOAQUINA. Recibamos, dispongamos
como tú quieras, mi Diego.

ESPEJO. ¿Cuánto ha que estás en Ma- [drid?

SORIANO. Más de diez años y medio;

siempre con grandes señores
y a su espalda.

ESPEJO. Yo me alegro;
con eso podrá enseñarnos
a nosotros dos y a nuestros
hijos la manufactura
del señorío.

SORIANO. Para eso
nadie como yo en España.
Ellos son más majaderos *(Aparte.)*
que yo, dure lo que dure
la ocasión aprovechemos.
Usted déjelo a mi cargo.
No hay hombre de más talento
para educar a la moda
una señorita. Leo
y escribo tan felizmente
el español como el griego;
sé bailar a la francesa;
sé tocar diez instrumentos;
canto, y tengo una voz como
un órgano de un convento.
Sé jugar, emborracharme,
y echar cartas al correo,
y sé en la ocasión que siento
el vino de las botellas,
decir de repente versos.

JOAQUINA. ¡Viva! Y di, ¿cómo te llamas?

SORIANO. Perico.

ESPEJO. Pues anda, Pedro,
a tus quehaceres ahora,
y, por Dios, que vuelvas presto;
les darás una lección
a los chicos. *(Se va* SORIANO.)

(Salen los que quisieren de payas y payos, alborozados.)

TADEO. Señor Diego,
que sea muy enhorabuena.

C. Y OTROS. Por muchos años y buenos
disfrute usted esta herencia.

ESPEJO. Muchas gracias, caballeros.

M. P. Marica, dame un abrazo.

NAVAS. Señora María, ¿es cierto
que ha muerto ya su cuñado?

JOAQUINA. Sí, señora.

TODAS. Yo me alegro.

RODRIGO. Dadme los brazos, amigo.

ESPEJO. Nos veremos, nos veremos *(Serio.)*
a la tarde, porque ahora
algo cansadillo vengo
y no estoy para negocios.

JOAQUINA. Déjalos entrar, con eso
tendremos muchas visitas.

ESPEJO. Marica, ya es otro tiempo
y no debemos tratar
con semejantes sujetos.

JOAQUINA. También dices bien.

ESPEJO. Abur. *(Vase.)*

JOAQUINA. Paisanos, guárdeos el cielo. *(Vase.)*

NAVAS. ¿Has visto tal porquería?

MERINITO. Muchachos, ¿no veis qué serio
se nos pone ya?

M. P. ¿Qué quieres?,
no ves que tiene dinero.

MERINITO. Y que le tenga, ¿será
más que nosotros?

CAMPANO. Entremos.

MERINO. Diego, mira que es preciso *(Llevándole aparte.)*
que cases con Juan Lorenzo
a tu hija; es buen muchacho,
y rico...

ESPEJO. Yo lo confieso;
pero ya es ella más rica,
y no entregársela pienso,
sino a un gran señor.

MERINO. Repara,
hombre, que yo me intereso.

ESPEJO. Aunque fueras el gran turco
te respondiera lo mesmo.

MERINO. Pues es fuerza, porque está
escandalizado el pueblo.

ESPEJO. Mejor; con eso dirán
que es muchacha de talentos.

MERINO. ¿Y quién la querrá?

ESPEJO. Cualquiera;
y más teniendo dinero.

MERINO. Tú eres un loco.

ESPEJO. Pues ya.
Mire usted que refranuelo
y si pierdo ya los viajes
a Madrid con lo que aprendo.

MERINO. ¿Con que no se la das?

ESPEJO. No.

MERINO. Mira.

ESPEJO. Digo que no quiero.

MERINO. Tú te acordarás de mí. *(Vase.)*

ESPEJO. Cuando haga mi testamento,
y echemos la noramala
a él y su esencia.

TODOS. ¡A ellos!

MERINITO. Entrad todos tras de mí;
aburrámoslos.

FIGUERAS. ¿Qué es esto?

(Salen la Sra. FIGUERAS *de petimetre, y la señora* BORJA.)

MERINITO. Que el tío Diego, porque
ha heredado unos talegos
de doblones a su hermano
se ha puesto ya tan soberbio
que a ninguno quiere hablar.

FIGUERAS. ¿Y cuánto será el dinero?

ALC. ¿No se sabe?

MERINITO. Según dicen,
los que al lugar le trajeron

es más de medio millón.
BORJA. Con la mitad me contento.
FIGUERAS. Por eso no hay que enojarse.
Ahora con el sentimiento
y el cansancio, no vendrá
para fiestas; volved luego
a darle la enhorabuena;
quizá le veréis atento
y agasajador con todos.
TOD. Dice bien el caballero.
M. P. Vámonos a poner guapos.
y volvamos.
MERINITO. Me convengo;
pero si se hace el Quijote
veréis cómo le escarmiento.
NAVAS. Lo mejor será dejarle
por loco.
TODOS. Pues hasta luego.
(Vanse los payos.)
FIGUERAS. Hermana, ¿sabes qué digo?
tú estás viuda, yo soltero,
y el payo tiene una hija
y un hijo.
BORJA. Ya lo comprendo;
pero ¿con dos animales
quieres tú que nos casemos,
solamente por la plata?
FIGUERAS. Cuántos hay que hacen lo mes-
además que a mí la chica [mo;
me gusta por su despejo.
BORJA. A mí no me gusta el grande,
porque es un grande jumento.
FIGUERAS. Para marido ¿qué importa?
Y mayormente teniendo
la residencia en Madrid
adonde con su dinero,
remediamos la pobreza
y nos estableceremos;
en un pie que no te falten
al día mil ratos buenos
por cuatro malos que sufras
con esposo majadero.
BORJA. De esa manera, tal cual.
Vamos a dar un paseo,
y confiramos el punto.
FIGUERAS. Vamos; después volveremos
a darles la enhorabuena,
y se planteará el intento. *(Vanse.)*

(El teatro se muda en casa pobre con algunas sillas y bancos.)

ESPEJO. Marica, mientras que vienen
los chicos, aquí en secreto
te tengo que prevenir
que es preciso que mudemos
de vida; ya somos ricos.
Yo que estoy yendo y viniendo
a Madrid diez años ha
conozco el mundo y pretendo
que vivamos como gentes
de razón, de fundamento
y de moda.
JOAQUINA. Eso es muy justo;
y desde ahora consiento
que me compres un vestido
de tisul y un aderezo
de diamantes.
ESPEJO. Esas cosas
se suponen, y yo dejo
ajustados dos vestidos
para mí, toditos llenos
de galones de oro y plata;
pero este es un lucimiento
que sastres y mercaderes
dan solamente a los cuerpos;
yo te hablo del honor,
que es fuerza que acreditemos.
JOAQUINA. Ese le tengo de sobra.
ESPEJO. Pero es un honor grosero
el de los payos; amiga,
ese guárdale allá dentro
de tu conciencia; yo hablo
de otro honor, que cuanto menos
se muestra, se tiene más
para el aplauso del pueblo.
JOAQUINA. Eso de que yo no muestre
mi honor a todos, es cuento.
ESPEJO. ¡Qué mula eres, Marica!
Este es un honor moderno,
de grande comodidad
y divertido en extremo,
un honor, en fin, que nada
tiene de malo, y no es bueno
que el pobre anda como puede
su viaje, tuerto o derecho;
que ahora les parece blanco,
y a otra les parece negro,
pero por lo común logra
la admiración y el aprecio.
¿Lo entiendes?
JOAQUINA. Ni una palabra.
ESPEJO. Pues yo te pondré un ejemplo.
Haz cuenta que yo no soy
tu marido, ni por pienso,
y que tú eres mujer de otro;
que casualmente nos vemos;
que te embrollo la cabeza
y que te digo, ¡qué bello
aire!, ¡qué ojos tan hermosos,
qué agradables y qué serios!;
que después digo, madama
en viéndola a usted me muero.
¡Ah, qué será de mi vida!;
que te obligo y te aconsejo
porque pagues mis finezas.
JOAQUINA. Haz tú cuenta que al oir eso
yo me pongo colorada,
me levanto del asiento
y digo que eres un hombre

desvergonzado y molesto.
ESPEJO. Pues haz tú cuenta que entonces
yo me río, porque creo
que es chanza; que te aseguro
por la una mano, o si puedo
por las dos.
JOAQUINA. Y que yo entonces
cojo una silla y te estrello.
ESPEJO. Vele ahí lo que aquí se usa;
pero ese es un honor hecho
todo de una pieza, solo
para un lugar como el nuestro,
y ese por allá no vale
un diablo, y todos al verlo
dijeran qué sé yo qué.
JOAQUINA. ¿Pues qué he de responder sien-
casada?, dímelo tú, [do
¿qué he de hacer?
ESPEJO. Poner un gesto
gracioso; sentarte bien;
empezar a hablar muy quedo
de cualquiera cosa, y dar
esperanzas por lo menos.
JOAQUINA. ¿Y qué dijera mi hombre?
ESPEJO. ¿Yo?, callara como un muerto;
lo que se usa no se excusa:
aunque viera un regimiento
de galanes junto a ti,
estoy obligado a hacerles
la cortesía, y seguir
por mi camino derecho,
y esto es lo que allá se llama
saber vivir.
JOAQUINA. Fuera bueno,
cuando tanto nos amamos.
ESPEJO. Marica, ¿qué estás diciendo?,
¿amarnos, siendo marido
y mujer?, ¡qué devaneo!
JOAQUINA. ¿Pues quién me amará?
ESPEJO. No sé;
mas yo no seré a lo menos;
que a Dios gracias no soy tan
ridículo, ni tan necio.
JOAQUINA. Pero cuando estemos solos
¿me aborrecerás?
ESPEJO. No creo
que estoy obligado a tanto;
pero lo consultaremos.
Aún hay otra bagatela
que a mí, como caballero,
me pertenece.
JOAQUINA. ¿Cuál es?
ESPEJO. Que yo también buscar debo
una madama de moda,
sin ningún merecimiento,
que me dé muy malos ratos,
que yo se los dé muy buenos,
que me aborrezca, que yo
me muera por sus desprecios,
que no valga nada, y que
me cueste mucho dinero.
JOAQUINA. ¿Y a mí qué me costará
un galán?
ESPEJO. Tendrás doscientos.
JOAQUINA. Mejor es uno bonito.
ESPEJO. Eso es lo que no consiento.
Mira, pasa tú sin él;
pasaré yo sin cortejo.
JOAQUINA. Con todo yo espero que
te enardezca el buen ejemplo.
ESPEJO. ¿Oyes?, todo puede darse.
Qué guapo estará, Marica.
Pero aquí vienen ya nuestros
hijos con su preceptor.

(*Salen* POLONIA, RUIZ *y* SORIANO *haciendo monadas.*)

ESPEJO. ¿Qué tal?, ¿los vais instruyendo
en alguna cosa?
SORIANO. En todo.
Ya se aprovechará el tiempo.
JOAQUINA. ¿Y qué tal?
SORIANO. El señorito
tiene tanto entendimiento
como el caballo de bronce
de Madrid.
ESPEJO. Ya lo penetro;
un entendimiento macho,
perdurable y corpulento.
SORIANO. Justamente.
ESPEJO. ¿Y la muchacha?
SORIANO. Tiene muy fino el talento.
JOAQUINA. Como que la enseña a hilar
su madre.
ESPEJO. Alábate de ello;
que es habilidad que tiene
gran crédito y lucimiento.
RUIZ. Padre, ¿conque somos ricos?
ESPEJO. Y muchó.
RUIZ. Vaya, me alegro,
que así no seremos pobres
ni la precisión tendremos
de ir a arar todos los días
usté y yo de compañeros.
POLONIA. Pues a mí no me ha gustado
la herencia; porque aborrezco
las vidas y las costumbres
que en todos los ricos veo.
Ellas, según éste dice,
para salir a un paseo
o ir a visita, se están
martirizando primero
dos horas. Para sacar
colores se dan tormentos
unas, y otras se los ponen
en los carrillos lo mesmo
que acá cuando los muchachos
están ahitos o enfermos
se les unta la barriga

con aceite o con ungüento.
Ellas dicen que si aman
es sólo por pasatiempo
y el amor que logran es
a razón de uno por ciento.
Y así renuncio mi parte
de herencia, porque prefiero
a todo, mi libertad
y el amor de Juan Lorenzo.

ESPEJO. No te hará mal un marqués.

RUIZ. ¿Y no habrá alguna marquesa
para mí? Escucha, Pedro:
¿qué tales son las madamas
de tontillo, para esto
de casamiento?

SORIANO. Un prodigio.

RUIZ. ¿Suelen estarle riñendo
al marido todo el día
y pidiéndole dinero,
como suele hacer mi madre
con mi padre?

SORIANO. No, por ceirto.
Una ama que yo serví
más de un año, bien me acuerdo
que nunca pedía, y siempre
tenía el bolsillo lleno.

RUIZ. A coto de esas.

(Sale CALLEJO *de payo de capa.)*

CALLEJO. Amigo,
sea parabién: yo celebro
vuestra dicha; que gocéis
largos años; y supuesto
que ya sois rico, y que yo
en un apuro me encuentro,
os suplico me paguéis,
aquellos cuarenta pesos [vale.
que os presté, que aquí está el

ESPEJO. Del préstamo bien me acuerdo;
pero estoy ya en un estado
que, aunque en el alma lo siento,
es imposible que os pague.

CALLEJO. ¿Cómo?

ESPEJO. ¿Pues queréis que viendo
que pago mis deudas, nadie
me tenga por caballero?

SORIANO. Dice bien.

CALLEJO. No dice tal.

ESPEJO. Si es moda, dígalo Pedro.

SORIANO. Un amo que yo tenía,
era tan puntual en eso
de no pagar, que le daba
cien reales al peluquero
cada mes como regalo,
por no darle los tres pesos
del ajuste, como paga.

ESPEJO. Pues yo quiero hacer lo mesmo.
Y no pudiendo pagar,
como regalo os ofrezco
el bolsillo; tomad cuanto *(Le saca.)*
querais menos lo que os debo.

CALLEJO. Pues vaya estos dos doblones
de a ocho.

ESPEJO. Para un refresco
a mi salud.

CALLEJO. Bien está.

ESPEJO. Y hágaos muy buen provecho.

CALLEJO. Tomad el vale.

ESPEJO. Eso no,
que habéis de quedar sujeto
a ir y venir cada día
a pedir vuestro dinero.

CALLEJO. Bien está; le romperé.
No he visto mayor jumento.
(Aparte, y vase.)

(Van saliendo los payos y payas de visita, y FIGUERAS.*)*

FIGUERAS. Con el permiso de ustedes.

JOAQUINA. ¿Por mi casa tanto bueno?

CAMPANO. ¿Se puede entrar?

ESPEJO. Adelante.

RUIZ. ¡Las visitas que tenemos!

JOAQUINA. Vamos, señores; aquí
tienen ustedes asientos.

BORJA. No, señores, que es ya tarde
y querrá el señor don Diego
descansar.

ESPEJO. ¿Así me llama?

FIGUERAS. Solo nos trae el intento
de daros el parabién.

BORJA. Y de camino a ofreceros
la casa, mi hermana y yo.

FIGUERAS. Y si el llegar yo el primero
a felicitaros que
seais uno de los nuestros...

ESPEJO. Supongo que usté es señor.

FIGUERAS. ¿No es bien notorio en el reino?

ESPEJO. Adelante.

FIGUERAS. Me hace digno
de que premiéis el afecto
con que adoro a vuestra hija.

ESPEJO. Sí, señor; yo os la prometo.

POLONIA. Yo no le quiero.

RUIZ. Bien haces,
que yo me hiciera lo mesmo
si fuera mujer.

FIGUERAS. Y en prueba
de tanto favor me atrevo
a asegurar que mi hermana
dará, si yo se lo ruego,
la mano al señor don Cosme.

RUIZ Yo al instante me convengo.

ESPEJO. Esa fuera mayor honra.

BORJA. Sin embargo que había hecho
ánimo de no casarme,
por tener padres tan buenos
me conformo.

RUIZ. Pues mejor
es el hijo en quinto y tercio.
MERINITO. Eso de que vuestros hijos
se casen con forasteros
no lo consiente el lugar.
M. P. Cosme ha días que le quiero
yo para mí.
NAVARRA. Y yo también.
RUIZ. Pues no regañen por eso,
que marido hay para todas
en alargando el pescuezo.
MERINITO. Yo soy rico y soy hidalgo.
TADEO. ¿Qué importa si yo la tengo
más obligada?
ESPEJO. Marica,
mira lo que hace el dinero.
FIGUERAS. ¿Quién se atreverá a pedirla
estando yo de por medio?
HOMBRES. Todos.
MUJERES. Y todas y todas.
JOAQUINA. Allí viene Juan Lorenzo.

(*Sale* MERINO *muy pensativo con una carta, y* TADEO.

ESPEJO. Usted, señor secretario,
es un machaca tremendo.
¿Para qué trae ese mozo,
si ya he dicho que no quiero?
POLONIA. ¡Padre!
ESPEJO. No me encolerices.
MERINO. A cosa distinta vengo.
Estas son cosas del mundo,
paciencia; toma ese pliego.
ESPEJO. ¡Pedro!
SORIANO. ¡Señor!
ESPEJO. Abrele,
y que le lea mi yerno.
FIGUERAS. Don Gil Damián.
ESPEJO. Ese es
el procurador que dejo
en Madrid. (FIGUERAS *lee.*)
FIGUERAS. "Muy señor mío:
me hallo con el sentimiento
de que el mercader en quien
dejásteis vuestro dinero,
a ganancias ha quebrado
en más de millón y medio
de reales..."
JOAQUINA. Pues que le suelden.
RUIZ. ¿Qué cuenta tiene con eso
mi padre? (FIGUERAS *lee.*)
FIGUERAS. "Se escapó anoche;
y apenas llega a cien pesos
todo lo que se ha encontrado.
Dios guarde a usted."
ESPEJO. ¿Para qué?
FIGUERAS. Sin duda es caso funesto,
buen hombre; Dios os consuele.
(*Vase.*)
BORJA. Adiós, chicas, hasta luego;
si queréis venir a casa
esta noche, bailaremos. (*Vase.*)
ESPEJO. Haber casado a mis hijos
es la fortuna que tengo
ya solamente.
MERINITO. ¿Con quién?
ESPEJO. No sé; porque los empeños
son tantos...
MOZAS. Yo desacoto.
MUJERES. ¡Miren qué mozo tan bello
para marido!
M. P. Marica,
no sabes lo que me alegro
porque dejéis vanidad.
NAVARRA. Este es castigo del cielo.
TODOS. ¡U, u, u!... ¡Fuera los payos!
(*Vanse.*)
ESPEJO. Pues, hijos, ya no tenemos
ni herencia, ni boda.
POLONIA. Yo
bien segurita la tengo;
¿no es verdad, Juanito mío?
TADEO. Sí, que a ti sola te quiero,
y pobre mejor que rica.
MERINO. ¿Y tú se la otorgas, Diego?
ESPEJO. Aunque tuviera de dote
cien millones, porque veo
que mi locura ha irritado
la justicia de los cielos.
SORIANO. ¿Y yo de qué sirvo aquí?
JOAQUINA. De nada.
SORIANO. Pues venga el sueldo
de dos días que he servido
de lacayo y de maestro;
que ya bien podéis pagar,
pues ya no sois caballero.
ESPEJO. Tienes razón; toma, amigo.
MERINO. ¿Has visto ya el escarmiento?
ESPEJO. Sí, señor.
MERINO. ¿Y tú, Marica?
JOAQUINA. De vergüenza estoy muriendo.
MERINO. Pues sabed que sólo yo
soy amigo verdadero;
y que la carta he fingido,
deseando convenceros,
de que el honor nos le da
la virtud, y no el dinero.
RUIZ. En boca de un escribano
este dicho es mucho cuento.
ESPEJO. Pero hasta las cosas buenas
las hacen con un enredo.
SORIANO. Ya no me voy: con ustedes
de mozo de mulas quedo.
RUIZ. Pues cuenta que en casa hay [grandes
animales.
SORIANO. Ya los veo.
JOAQUINA. ¡Cómo me han de pagar todos
las burlas que nos han hecho!

MERINO. Ellos tenían razón:
mejor es que los dejemos;
que harto torcedor les queda,
pues los burlados son ellos.
ESPEJO. Y ahora vamos a alegrarnos,
publicando en el festejo
que la dicha es verdadera.
POLONIA. Más lo será si yo acierto
el gusto de estos señores
en un juguetillo nuevo.
TODOS. Conque concluye esta idea:
disimulad sus defectos.

124

Loa

Para empezar temporada la nueva compañía

DE

EUSEBIO RIVERA

Año de 1772 (1)

(Al levantar la cortina aparecen junto al foro MERINO *y* ESPEJO, *disputando sentados con muchos ademanes violentos de brazos, en sillas, sentándose y levantándose. A la derecha, riñendo con las espadas desnudas,* MERINITO *y* SORIANO, *muy petimetres y peinados, haciendo broquel de los sombreros para la cabeza, por que no los despeinen, y a la izquierda estarán riñendo a puñadas* CALLEJO *y* QUEVEDO, *éste con mucha sorna y aquél furioso: todos de gala, e ínterin esta pantomimada, cantan dentro festivos de clarines.)*

¡Albricias, albricias,
leales afectos,
que de las venturas
ha llegado el tiempo!
¡Al arma, al arma; guerra contra el ocio
y el afán se corone de los premios!

MERINO. Si el primero en cualquier parte
sin disputa es el primero,
diga usted qué solución
desatará este argumento;
ni si podrán contrastarle
todas las leyes del reino.
ESPEJO. Amigo, no valen leyes
adonde claman los hechos.
Y de abogado a abogado
se verá quién gana el pleito.
SORIANO. Hombre, méteme la espada
cuatro veces por el cuerpo,
pero no me descompongas
la arquitectura del pelo.
MERINITO. ¿Quién se detiene en pelillos,
enfurecido y soberbio?
SORIANO. Yo.
MERINITO. Sí, pues allá va esa.
SORIANO. ¡Confesión! que a mi despecho
me han despeinado de muerte.
Mas ¿qué me aflige, teniendo
tan a mano la venganza?
¡Vengaréme, vive el cielo!
MERINITO. Si puedes.
SORIANO. ¡Al arma!
MERINITO. ¡Al arma!
CALLEJO. Hombre, sacúdeme tieso.
QUEVEDO. Mira que soy el demonio
cuando me enfado y te puedo
matar; date por vencido.
CALLEJO. Primero me has de ver muerto.
MERINO. Me toca a mí.
ESPEJO. A mí me toca.
QUEVEDO. Tú debes ceder.
CALLEJO. No quiero.
SORIANO. Pues riñamos.
ESPEJO. Pues riñamos.
MERINITO. Disputemos.
MERINO. Disputemos.

(Salen de gala la Sra. FIGUERAS *con* EUSEBIO, *que saldrá cortejándola, y siguen las Sras.* POLONIA, JOAQUINA, SANTISTEBAN *y* PORTUGUESA *repitiendo el coro, que suspenden a los dos primeros versos, y luego ha de ir la* FIGUERAS *a despartir a la derecha,* EUSEBIO *a la izquierda y* POLONIA *a los del foro, que ya se hallarán en acción de tirarse las sillas.)*

¡Albricias, albricias,
leales afectos...!

POLONIA. ¿Qué albricias ni qué lealtad,
si están nuestros compañeros
matándose aquí a dos manos?
EUSEBIO. Amigos...
QUEVEDO. Señor Eusebio,
yo estoy encolerizado
y he de acabar con Callejo.
FIGUERAS. Soriano...
SORIANO. Usted me perdone
que he de vengar mis cabellos
heridos en el honor.
POLONIA. ¿Qué demonios que es aquesto?
Unos hombres que debían
dar a todos buen ejemplo,
por sus años y destinos,
están como dos chisperos
agarrados.
ESPEJO. Este debe

(1) *Inédita.* Bib. munic. leg. 1-186-65. Copia antigua con las aprobaciones y licencias que van al final. El año anterior no había habido en Madrid más que una compañía. En este de 1772 se vuelve al sistema antiguo, de tener dos teatros, y la alegría que esto causa a los actores es el asunto de esta curiosa *Loa.* En ella presenta además Ribera al público dos partes nuevas, Catalina Tordesillas y María Josefa Huerta, que luego salieron insignes, la primera en el canto y la segunda en la declamación Pepita Huerta, la que estrenó la *Raquel,* murió muy prematuramente, causando su pérdida mucho dolor a los que gustaban de ver bien representadas nuestras antiguas comedias.

respetarme por más viejo.
MERINO. En materias de intereses
no hay edades ni respetos.
F. Y E. Señores...
LOS SEIS. O he de vencer
o morir en el empeño.
FIGUERAS. Si no quieren hacer paces,
hagan treguas a lo menos,
y averígüese el motivo
de tan repetidos duelos.
MERINO. Agradezca a que mi dama
lo manda, que no le estrello.
ESPEJO. Como vuelvas a embestirme
te he de sofocar a textos.
C. Y Q. Suspéndase por ahora...
MERINITO. Envainemos.
SORIANO. Envainemos.
EUSEBIO. ¿Quién de ustedes nos dirá
la causa de tal extremo?
MERINO. Yo, que tengo la voz clara,
lo diré bien claro y presto.
SORIANO. Esto es que los tres que estamos (*De prisa.*)
con los otros tres riñendo,
sabiendo que una autoría
nuestra, vacante tenemos,
por lograrla nos pelamos
brazo a brazo y pelo a pelo.
Dígalo usted ahora, si puede,
más claro y en menos versos.
ESPEJO. A mí por antigüedad
me toca.
MERINO. A mí por derecho.
POLONIA. ¿Y tú por qué la pretendes?
SORIANO. ¿Yo? Porque no la merezco;
que a veces es la mejor
razón del merecimiento.
LOS DEMÁS. Esa es la misma por que
nosotros la pretendemos.
POLONIA. Si es por eso la pendencia
de ningún modo queremos
estorbar; zúrrense ustedes
y sepamos al momento
quién queda por autor para
que nos vaya socorriendo.
FIGUERAS. Este año, yo necesito
cien doblones por lo menos,
porque estoy muy alcanzada.
SORIANO. Buen alcanzar es por cierto.
JOAQUINA. A mi marido y a mí
no nos bastarían quinientos.
PORT. Yo he de comprar una casa
con el préstamo.
LORENZA. Yo pienso
que me dé veinte mil reales
para redimir un censo.
MERINO. Oyen ustedes: ¿y quién
ha de dar ese dinero?
POLONIA. El autor; ¿pues quién lo duda?
FIGUERAS. Las cargas de sus empleos
principales, son tener
prevenidos los talegos
para siempre que le pidan
surtir de música y versos
la compañía; pagar
la pena de los defectos
de todos: llevar los palos
y gritos de todo el pueblo
cuando apestan las funciones;
ser más bizarro y más tierno
cuanto más aborrecido
viva de sus compañeros;
y, finalmente, el autor
debe tener el celebro
de bronce; la boca de oro;
los pies de gamo; el asiento
de plomo; vista de lince;
los labios de caramelo;
oídos de mercader,
y, sobre todo, un talento
tan universal que nadie
murmure de él en el Reino.
LOS SEIS. ¿Eso ha de ser?
FIGUERAS. Y otras muchas
cosas de que no me acuerdo.
MERINO. Pues renuncio la autoría.
ESPEJO. Yo al instante la detesto.
CALLEJO. Me separo...
QUEVEDO. Yo también.
SORIANO. Yo la impugno y la aborrezco.
POLONIA. No, señores; ni tan calvo
que se le vean los sesos,
que alguno ha de ser autor.
FIGUERAS. No es fácil que ningún cuerpo
se mantenga sin cabeza.
SORIANO. Me agrada el ofrecimiento.
¿Ha visto usted entre nosotros
cabezas en algún tiempo?
MERINO. La dama tiene razón
y es menester escogerlo
que la trate bien.
SORIANO. O mal;
que éstas son como los perros;
que al que las da el pan, le muer- [den
y al que las entiende el genio
y alterna el pan con el palo,
de aquél poco y mucho de esto,
le hacen la rosca y le andan
siempre halagando y lamiendo.
POLONIA. ¡Anda, bribón!
SORIANO. Pues que digan
si no les pasa lo mesmo
a muchos de los que me oyen,
con las que me están oyendo.
ESPEJO. Vaya a suertes;
MERINO. Vaya a votos,
que es más formal y más presto.

SORIANO. Voten primero las damas,
que son el brazo derecho
del cuerpo de compañía;
y logrando que sus miembros
robustos estén, y alegres,
serán los trabajos menos.

FIGUERAS. Pues si en esta junta sirve
mi voto de algún provecho,
voto a Eusebio.

POLONIA. Yo también.

TODAS. Por aclamación: Eusebio
Rivera.

SORIANO. Por muchos años;
cuándo me da usté el dinero?

JOAQUINA. ¿Mi marido autor? El pito
levantaré hasta los cielos.
Hasta empeñados estamos,
sin entrar en más empeños.

EUSEBIO. No te alborotes, mujer,
que de diez votos, tenemos
los seis a nuestro favor.

CALLEJO. ¿Y cuáles dices?

EUSEBIO. Los vuestros.

CALLEJO. No tal; que yo soy tu amigo
y mal para tus ascensos
puede faltarte mi voto.

TODOS. Todos decimos lo mesmo.
(Le abraza.)

ESPEJO. Amigo, sea enhorabuena.
Señora Joaquina, beso
a usted los pies y Dios quiera
que después que se hayan muer-
ustedes, por muchos años [to
vea la plaza en sus nietos.

TODOS. ¡Viva el autor!

EUSEBIO. Poco a poco,
señores, que no resuelvo
aceptar carga que a tantos
ha agobiado con el peso.

SORIANO. Lo más que yo puedo hacer
es servirte de cajero.

EUSEBIO. Muchas gracias; otros hay
de más fuerzas y talento.

FIGUERAS. Pero ninguno que sea
más de nuestro gusto.

PORT. Eso,
¿quién lo duda? Yo, por mi,
si no lo aceptas, deserto.

LORENZA. Este ha de ser el amito
de nosotras.

POLONIA. ¡Qué no haremos
nosotras que tú nos pidas
con ese tono halagüeño
con que las matas callando!

SORIANO. Señal que las coge al tiento.

F. Y P. Vaya si sé yo que sí.
(A los lados.)

SORIANO. Y yo también, porque a Eusebio
con menos pólvora basta
para que se caiga muerto.

JOAQUINA. ¿Quieren ustedes dejarle,
con mil diablos? Pues es cierto
que el mozo ha menester mucho.

ESPEJO. Ya se le cayó el sombrero.

SORIANO. ¡Miren si lo dije yo!

EUSEBIO. Yo no puedo, yo no puedo.

FIGUERAS. Pero ¿puedes resistir *(Seria.)*
las órdenes del gobierno?

EUSEBIO. Eso, no.

FIGUERAS. Pues él lo manda.

POLONIA. Y a tu cargo nos ha puesto:
que con esa inteligencia
las consonancias primero,
y después la aclamación
a ti y a todos los nuestros
convocaron al afán
a que nos estrecha el tiempo.

EUSEBIO. ¡Caigan sobre mí los montes!

ESPEJO. No caerán, pero caeremos
nosotros que somos hartos
para cargar cien camellos.

EUSEBIO. Pero, dando por sentado
que las órdenes venero
de quien manda y que sus hon-
tan desconfiado acepto, [ras
como reverente admito
y como humilde agradezco:
¿no me diréis cómo haré
para salir de un empeño
tan arduo en el día de hoy,
sin segunda, sin tercero,
sin cuarto, sin otro barba,
sin las partes de por medio
precisas; sobresalientes
que nos faltan de ambos sexos,
algún par de caras nuevas
que presentar de gracejo,
y, sobre todo, gracioso?
Es imposible.

JOAQUINA. Yo apelo;
que sin sal y especias finas,
ningún guisado está bueno.

MERINO. Mira, hombre, en el vestuario
hay algunos compañeros
y algunas chicas de afuera,
que si gustais llamaremos
y se irán acomodando
según fuesen sus talentos
y, sobre todo, la unión,
la aplicación y el esmero
son virtudes poderosas,
dándote el primer ejemplo
yo; y si juzgas que mi chico
puede servir de tercero,
ahí le tienes.

SORIANO. No, señor,

que aún es muy niño para eso.
EUSEBIO. Me hiciera un grande favor.
MERINITO. Quien ha venido dispuesto
para obedecer, no tiene
más respuesta que el silencio
y la obediencia. Madrid,
a cuyas piedades debo
tanto, es el que hoy me acobarda
y me arruina al mismo tiempo.
Me acobardo porque soy
incapaz de complacerlo;
y me anima por aquella
experiencia que ya tengo
de que ha sabido otras veces
disimular mis defectos.
El solamente es capaz
de obrar milagro tan nuevo
como es que yo llegue a ser
digno tal vez de su aprecio.
SORIANO. El mocito es de esperanzas.
POLONIA. Yo en el instante te ofrezco
dos muebles.
JOAQUINA. ¿Y cuáles son?
POLONIA. Mi marido es el primero,
y una chica que puede ir
de todos modos creciendo,
el segundo.
EUSEBIO. ¿Y dónde están?
POLONIA. Al punto salgo con ellos. *(Vase.)*
MERINO. Verás que la compañía
se va tal cual componiendo.
ESPEJO. El gracioso es el escollo
mayor.
SORIANO. Ahí está Callejo.
CALLEJO. ¿Yo? Si segundo soy malo,
¿qué sería de primero?
SORIANO. Eso es verdad.
(Sale POLONIA.*)*
POLONIA. Así cumplo
yo todo lo que prometo.
(Saca a la TORDESILLAS *y a* CODINA.*)*
TODOS. Bienvenido sea, Codina.
CODINA. Viniendo aquí fuerza es serlo,
pues vengo segunda vez
a emplearme en el obsequio
de Madrid; y su favor
con todos es tan extenso
que sabe ostentar piedades
con quien no merece premios.
POLONIA. Hazme el favor de callar,
que a ti ya te conocemos;
y di tú cuatro palabras.
CATALINA. *Estoy temblando de miedo.*
¿Van cuatro?
ESPEJO. Sí, hija, cabales.
Dime ahora por los dedos
de la otra mano otras cinco.
CATALINA. *Estoy como que no quiero.*
ESPEJO. ¿Oyes, hija? ¿es turbación
o desenfado?
CATALINA. Es pretexto,
si he de decir la verdad,
para ver cómo me puedo
excusar de echar arengas
al magistrado, ni al pueblo.
Soy novicia, y los novicios
delante de los maestros
no han de hablar. Déjenme us- [tedes
ahora alentar, que luego
hablaré más que una urraca;
cantaré un juguete nuevo
y haré cuanto me mandaren
sin excusas ni rodeos.
Pero ahora, a fe de Catuja
Tordesillas, que no puedo;
que esto de hablar de repente
con Madrid, es mucho cuento.
POLONIA. ¿Qué tal?
JOAQUINA. Que se quede en casa,
y en adelante veremos.
POLONIA. Para segunda no sirve.
JOAQUINA. Una niña hay allá dentro
que me parece que había
de hacerlas con mucho acierto.
FIGUERAS. Llámala.
JOAQUINA. ¿Pepa Martínez?
(Sale PEPA.*)*
PEPA. Señora...
JOAQUINA. Sal sin recelo.
PEPA. Salir es fácil; salir
sin él, fuera atrevimiento.
ESPEJO. ¿Y ésta había de hacer segundas
damas? Medio duro apuesto
a que solamente son
las muñecas su embeleso.
PEPA. Si sois de los que gradúan
a las almas por los cuerpos,
os llevaréis muchos chascos.
No porque errais el concepto
conmigo: que aún es menor
que mi estatura mi aliento;
y tan menor que aún me falta
para hablar en el momento
que me presento a vosotros;
ved lo que será si vuelvo
la vista y veo a Madrid,
mi protector, y si veo
todo este grande concurso
de damas y caballeros,
de cuya atención indigno
juzgo mi débil acento.
Bien sé la piedad de todos;
y aún inmortal en mi pecho
vive la que de mi padre (1)

(1) Su padre se llamó José Martínez Huerta, y sus hermanas Paula y Francisca Martínez Huerta. La primera fué buena actriz, la segunda, mediana. El padre hacía bien algunos papeles.

y mis hermanas tuvieron
y de las que les debí
a todos también me acuerdo;
pero me parece necia
reconvención la de aquellos
que pretenden apurar
a lo sumo, el sufrimiento
de la bondad sin más causa
de que otra vez lo sufrieron.
¡Qué error! Solamente fuera
mayor el mío, creyendo
desempeñar una parte
tan esencial en los versos,
en la situación, la gala,
en la acción y en los afectos;
una parte que requiere
para servirla un sujeto
universal; pues tan pronto
le darán un papel serio
de reina, que haga temblar
una corte con su aspecto,
como una dama agitada
de los dulces sentimientos
de una pasión imposible.
¡Ah! ¡Cuál fuera mi consuelo
si yo pudiera sacar
a ustedes de tal empeño!
Mía fuera la ventura
y de todos el provecho.
Pero es fuerza conocerse:
soy inútil, lo confieso;
ustedes vivan, de mí
con este conocimiento,
y cuenten conmigo, en nada
que para todo soy cero.

ESPEJO. Bendito sea tu pico:
de lo dicho me arrepiento
mil veces.

POLONIA. Pues, hija mía,
segundas has de hacer.

FIGUERAS. Eso
es para después, y ahora
si gustais, voy a traeros
mi sobresaliente esposo.

SORIANO. Si es sobresaliente, bueno.

FIGUERAS. Yo digo sobresaliente
en la parte que le dieron,
no en la habilidad. *(Vase.)*

JOAQUINA. Que salga
mientras tanto que yo vuelvo
y traigo sobresalienta.

SORIANO. Señores, yo voy adentro,
a ver lo que hay y a sacarlo,
todo junto, porque temo
si no, que hemos de salir
a las diez del Coliseo. *(Vase.)*

(Sale FIGUERAS.*)*

FIGUERAS. Este es mi esposo, Mariano
La Rosa; compadecedlo
por caridad.

MARIANO. Por sí mismo
de tan prudente congreso,
de tan generosas almas,
las compasiones espero.
Blasón es de la grandeza,
proteger a los pequeños
y humildes; ninguno más
que yo, pues turbado, ciego
y peregrino me acojo
de vuestra piedad al puerto.
Dispensadme a mí la propia
que otros muchos consiguieron,
para que la dicha sea
mía, y el prodigio vuestro.

ALGUNOS. Amigo, muy bien llegado.

(Sale la JOAQUINA.*)*

JOAQUINA. Señores, aquí tenemos
una antigua compañera
favorecida del pueblo
de Madrid años pasados.
(Saca a la Sra. MEDINA.*)*

MEDINA. Es la ventura que cuento
mayor de toda mi vida,
la memoria de aquel tiempo
que le serví; si ya no es
mayor la de hoy, que de nuevo
vuelve a disfrutar sus honras
mi firme agradecimiento.
Éste sabéis, y sabéis
que mi aplicación y celo
es todo el mérito mío:
con que añadir nada tengo
más de qué, así como yo
fina a vuestros ojos vuelvo,
os suplico que alentéis
con piedades mis recelos.

TODAS. Amiga, vengas con bien
a nuestros brazos.

(Sale SORIANO *con el sexto de la compañía.)*

SORIANO. Para esto
de sacar sillas conmigo
al tablado, y meter muertos
tampoco faltará gente,
que ya traigo compañeros.

NUEVOS. Nosotros...

SORIANO. Chito, que estamos
de arengas hasta los sesos.
Ustedes irán hablando
conforme vayan saliendo,
y no faltará ocasión
en que los examinemos.

MERINO. En descubriendo un gracioso
lo demás está compuesto.

EUSEBIO. Una pequeña remesa
de Cádiz, aquí tendremos

en breve; y en ella un hombre
que quizá podrá ser...

POLONIA. Quedo;
que Soriano me parece
que se ha de salir con ello
como quiera.

TODOS. Dices bien.

EUSEBIO. Pues todos se lo roguemos.

SORIANO. Eso de malo y rogado
fuera dos veces perverso.
La falta es tan evidente
como terrible el empeño;
pero yo soy tan amante
de mís próximos, que quiero
si otro había de apestar,
apestar yo; mas prevengo
que esto es por salir del día;
y que si los mosqueteros
corresponden a mis gracias
con pedorretas, bostezos
y palmaditas de moda,
voy a cenar a Toledo,
a Algeciras a dormir
y a amanecer a Marruecos.

POLONIA. Hombre, no temas, que yo
te acompaño y te protejo.

SORIANO. ¿Y quién te protege a ti?

POLONIA. Toda la corte y el pueblo.

SORIANO. Pues cédeme la mitad
y verás cómo, con eso,
entre los dos repartimos
protección de tanto precio.

MERINO. Basta: y decid qué comedia
se ha de hacer.

FIGUERAS. *Dar tiempo al tiempo.*

MERINO. Sea enhorabuena y nosotros
a él también dejaremos
las pruebas de aplicación,
de gratitud y respeto
que hemos de dar a Madrid.
Bien que de cuantos aciertos
tengamos, todo el impulso
ha de ser suyo, atendiendo
a que mientras de su parte
haya protección, esfuerzos
no faltarán de la nuestra.
Jamás, ¡oh!, permita el cielo
compitan tan generosos
allí el aplauso, acá el celo;
que ya que no puedan ser
iguales, mérito y premio,
lo sean la complacencia
pública y el gozo vuestro.

SORIANO. Amén.

ESPEJO. ¿Queda que decir?

MERINO. Mucho,
pues *Dar tiempo al tiempo*
es la comedia; y en tanto
que a salir nos preparemos,
digan ya con más motivo
las voces que antes dijeron.

(*Se repite el coro y da fin.*) (1)

125

El noticioso general

Sainete para la compañía de Rivera

1772 (2)

(*Mutación de calle.*)

(*Salen* ESPEJO *y* SORIANO, *muy de prisa.*)

ESPEJO. ¿Adónde vais tan corriendo?
Escuchadme dos palabras,
don Pablo.

SORIANO. Ni dos, ni una,
ni media, aunque me importara
un estado, puedo oíros:

ESPEJO. Pero ¿por qué?

SORIANO. No seais maza:
cuando digo que no puedo,
alguna será la causa.
Las cuatro y media. ¡Jesús!
ya tendré llena la casa
de esquelas y de visitas:
¿qué dirán de mi tardanza?
Adiós, que ya nos veremos
algún día de esta Pascua,
y os lo contaré... o si no
que os lo cuenten mis hermanas
que lo saben; y están siempre,
como vos, desocupadas. (*Vase.*)

---

(1) Madrid Abril 18 de 1772.—Vista.—*Cuéllar.*
De orden del Sr. D. Bernardo Marrón, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia de Toledo, Primada de las Españas, y Vicario de esta Villa de Madrid, he vis to esta *Loa* compuesta por D. Ramón de la Cruz; y no hay en ella expresión alguna que se oponga a nuestra Santa Fe y buenas costumbres. Asi lo siento y firmo, en Madrid 18 de Abril de 1772.—*Dr. D. Manuel de Ocaña.*
Despáchese la licencia.
Nos, el Licenciado D. Bernardo Antonio Marrón, Canónigo Doctoral de la Santa Primada Iglesia de Toledo, Inquisidor Ordinario y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, &.=Por lo que a nos toca damos licencia para que la *Loa* antecedente, para la compañia de Eusebio Rivera, pueda representarse mediante que de nuestra orden ha sido vista y reconocida y parece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres.—Madrid y Abril 19 de 1772.—*Licenciado Marrón.*—Por su mandado, *Manuel Ambrosio de Liévana.*
De representar.
Madrid 19 de Abril de 1772.—Concédase licencia para la ejecución de esta *Loa.*—*Delgado.*

(2) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-167-28. Autógrafo de 1772.

ESPEJO. ¿Se dará mayor tronera?
¿Qué ocurrencia tan extraña
será la de este avechucho,
que siempre de sobra anda
por el lugar machacando
a cuantos al paso halla,
y hoy finge tanto negocio?
¡Como soy y me da gana
de alcanzarle y deshacerle
de un sopapo las quijadas!

(*Sale* MERINO.)

MERINO. Adiós, don Patricio.
ESPEJO. Adiós,
señor don Lucas.
MERINO. ¿Qué cosa
es esa? ¡Qué mal humor!
¿Quién puede vuestra cachaza
haber alterado?
ESPEJO. Un diablo...
MERINO. Dígame usted de qué casta;
que en Madrid los hay de mu-
[chas.
¿Era algún diablo con faldas?
ESPEJO. No, porque esos, al revés
que al común, se les espanta
MERINO. Yo no lo entiendo.
ESPEJO. Pues digo,
que sois un gran papanatas.
Al diablo común ¿no dicen,
que para ahuyentarle, basta
con enseñarle la cruz?
MERINO. Sí.
ESPEJO. Pues esotros, se apartan
de quien no les hace muchas
señas, con cruces de plata.
MERINO. No seas malicioso, y vamos
a lo que ha sido en sustancia.
ESPEJO. Que ese trasto de don Pablo,
ahora de encontrarme acaba,
y se pasaba muy serio.
Llaméle, y con una extraña
fachenda, sin detenerse,
contestó, y cogió la rauta.
MERINO. Según eso, no sabéis
el empleo de importancia
que él mismo se ha conferido,
mientras de salir acaba
con el pleito que a Madrid
le trajo desde su patria.
ESPEJO. Nada sé.
MERINO. Pues es gracioso.
Es el dar cada semana
al público, un papelito
curioso, cuya fachada
ha de ser *El Noticioso*
General: y con tan rara,
nueva idea, que no toca
en ninguna circunstancia
de los que hay establecidos.
ESPEJO. Pues ¿qué puede haber que aña-
a *Guías, Diario, Mercurio* [da
y *Gacetas* ordinarias?
MERINO. Muchas cosas que en ninguno
de esos papeles se tratan
y son dignas de saberse,
y buscarse, verbigracias,
los proyectos que hacen mu-
y de vergüenza los callan; [chos
los que hacen otros en vano;
ideas extraordinarias
y figuras, que en Madrid
no se descubren, por falta
de noticia o confusión
que produce la abundancia,
etcétera; mas lo bueno
y mejor de esta humorada,
es la seriedad con que él
lo toma y lo que se afana
por adquirir las noticias,
y por divulgar que vayan
los que quieran producirse
al público, a su posada,
donde ha puesto su despacho
con ciertos libros de caja.
Y ¡qué figuras que acuden,
y habilidades de varias
materias! Si no tenéis
la tarde muy ocupada,
venid, que yo os aseguro,
que después me deis las gracias.
ESPEJO. ¡Raro capricho! y ¿acude
gente?
MERINO. Se llena la sala;
a veces la mejor hora
es ésta.
ESPEJO. Me haréis que vaya,
por ver ese disparate.
MERINO. Disparate que no agravia
a nadie, y divierte el rato,
merece la tolerancia,
si no el aplauso.
ESPEJO. Guiad;
veréis qué fiesta se arma
conmigo; que he de llenarle
de viento la calabaza,
aplaudiéndole la idea.
MERINO. Eso es bueno.
LOS DOS. Pues al arma.
(*Vanse.*)

(*Se muda el teatro en salón, con mesa, escribanía, libros; uno de papel en blanco y otros esparcidos. Salen* SORIANO, *en bata, y las Sras.* JOAQUINA, TORDESILLAS *y* PORTUGUESA.)

SORIANO. ¿Han traído más noticias?
JOAQUINA. Ya estamos desesperadas,
con tanto entrar y salir

gentes y abrir a quien llama:
si esto prosigue, bien puedes
recibir portero.

SORIANO. Y guardia
se ha de poner a la puerta,
si la especie se propaga.
Hay en el día, en Madrid,
mucha figura ignorada,
y mucho capricho bueno.

TORD. Poned que las dos tenemos
la vocación de casadas,
y que no somos de aquellas
que a todo el mundo desairan.

SORIANO. Todo se andará... ¿Llamaron?

LAS TRES. Sí.

SORIANO. Entre quien es.

(*Sale* EUSEBIO.)

EUSEBIO. Deo gracias.

(*Sale* RODRIGO *de vizcaíno, pelo atusado.*)

EUSEBIO. ¿Vive aquí un señor, que ahora
un nuevo diario entabla
de exquisitas cosas?

JOAQUINA. Mucho.

SORIANO. Yo soy, por si les agrada
mandarme.

EUSEBIO. Este es el señor
que vienes buscando: habla
y dile tu pensamiento.

RODRIGO. Si pones extraordinarias
nuevas en cosas diarias,
poner por que sepan cosas
discípulos vengan cuantos
que Pedra, Cosmes de Paula,
Juarizanguanga Coyoa
y Zurri-bumba Timbala:
a Madrid plazuelas llegas
mesones de la Cebada,
a castellanos maestro
de las lenguas de Vizcaya.

JOAQUINA. ¿Qué diablos de jerga es esta?

PORT. ¿Cómo dice que se llama?

RODRIGO. Diablos son Mujeres, sordos,
Don Pedro Cosme de Paula,
Juarizanguanga Coyoa
y Zurribumba Timbala.

SORIANO. Si usted no dice más claro
lo que pretende, no hay nada
de lo otro, porque yo
no le entiendo una palabra.

RODRIGO. Siendo bestias en Madriles,
¿vizcaínos burros llamas?

JOAQUINA. ¿Qué dice?

RODRIGO. ¿No oyes, demoñúa?

EUSEBIO. Que, sabiendo la ignorancia
de la lengua vizcaína
que padece toda España,
la quiere enseñar a todos
y poner públicas aulas.

TORD. ¿Y para qué puede ser
esa lengua de importancia?

RODRIGO. Mejor que lenguas franceses
para comercios que tratas,
diablos; en Portas de Calle,
Puertas de Guadalajara.

EUSEBIO. Dice bien.

SORIANO. ¿Y en cuántos meses
se aprenderá esa algazara?

RODRIGO. ¡Hola! Andrea Galantea
Nuyzu-Escorduo.

SORIANO. Usted vaya
a galantear al demonio;
que la Andreita es mi herma-
y mientras esté a mi lado [na;
ninguno ha de galantearla.

RODRIGO. Jauna no entiendes. Perdona.

SORIANO. Su madre será la jauna
que le parió, y él el jauno.

EUSEBIO. Usted mire, que se enfada
sin motivo.

SORIANO. Pues ¿no dice
que a mi Andrea galanteaba?

EUSEBIO. Pues ¿quién es Andrea?

SORIANO. Esta niña.

EUSEBIO. Pues es ignorancia:
que andrea quiere decir
señora.

SORIANO. ¿Y el galantearla?

EUSEBIO. Galantea: que es lo propio
que decir bella o bizarra.

RODRIGO. Deja dar tontos disculpas;
evidencia mira claras,
de haber en cortes de lenguas
maestros de la Vizcaya.

SORIANO. Bien está; yo lo pondré;
mas no arriendo la ganancia
de los discípulos.

RODRIGO. Necios;
por ver la lengua de patrias
nobles, que hablar deben nobles,
para ennoblecer palabras;
y orejas nobles que escuchan
dejas también confirmadas.

SORIANO. ¿Conque se ha de poner?

RODRIGO. Vay.

SORIANO. ¿Vay?

EUSEBIO. Dice que sí.

SORIANO. ¿Y quién paga
para ayuda de la imprenta?

RODRIGO. Que Pedro Cosme de Paula
a Madrid llegas, Plazuelas
mesones de la Cebada;
número banco, herrador,
catorce sobre Posadas. (*Vase.*)

JOAQUINA. ¡Anda con mil de a caballo!
Pero ¿quién se entra en la sala?

ESPEJO. Amigo, sea enhorabuena;
porque don Lucas me acaba
de decir vuestro destino:
lo he celebrado en el alma.
MERINO. Y todos muy igualmente.
SORIANO. Caballeros, muchas gracias.
MERINO. Señoritas, repetimos.
TORD. Más valiera que pensara
en casarnos.
MERINO. Dice bien.
SORIANO. ¿Tú sin mi licencia hablas?
ESPEJO. No os enfadéis.
SORIANO. ¡Picarona!,
que si voy tengo de hartarla
de palos.
MERINO. Lo que yo alabo
de este hombre es la crianza.
EUSEBIO. ¡Eh! Dejad eso y tratemos
de vuestra idea extremada:
¿Se presenta a dar materia
mucha gente?
SORIANO. No se vacia
las horas de audiencia el cuar- [to;
y ahora parece que llaman.
Entre quien es.

(*Sale la* MARIA PEPA, *como de viuda.*)

M. P. ¿Es usted
el *Noticioso?*
SORIANO. Madama,
yo soy; tomad un asiento,
y dígame lo que manda.
M. P. Señor: yo soy una viuda.
MERINO. ¿Y tan niña? ¡Qué desgracia!
M. P. Pues ya es la tercera vez
que he vestido estas infaustas
ropas; y crean ustedes,
que no me harto de dar gracias
a Dios.
ESPEJO. No faltará alguno,
que en dejando a usté ente- [rrada
se las dé.
M. P. ¡No lo permita
la providencia! Que es tanta
mi caridad, que más quiero
llorar yo la pena amarga
de viuda, por diez maridos,
que dejarle por mi falta
desconsolado, a uno solo.
ESPEJO. ¡Miren la buena muchacha!
M. P. ¡Ay, señor! Que como sé
los dolores que se pasan
al punto de la viudez,
cuando del cuerpo se arranca
la media vida, pues son
marido y mujer un alma;
y como yo quiero tanto
(porque soy muy extremada
en querer) a mis maridos,
por no darles estas ansias
al tiempo que yo me muera,
prefiero yo el tolerarlas.
ESPEJO. Pues tampoco eso es razón,
señora; porque las damas,
para tan grandes trabajos
nacieron muy delicadas:
y así, si enviudar es cosa
que tanto oprime y espanta,
muéranse ustedes, y que ellos
(pues nacieron con barbazas)
rabien y que busquen otras:
y si se mueren mañana,
otras; porque ustedes, son
muy dignas de ser lloradas.
MERINO. Demás de esto, que en cual- [quiera
hombre de bien, es infamia
el dejar una mujer;
siendo tantos de las faldas
los privilegios y el chiste,
que aún cuando ustedes se can- [san
y nos dejan o se mueren,
nos hacen *muchisma* gracia.
ESPEJO. Dice bien.
SORIANO. ¿Y qué motivo
le trae a usted en sustancia?
M. P. Que anuncie usted en su diario
una obra trabajada
por mí.
MERINO. ¿Qué título tiene?
M. P. *Arte de llorar las damas*
en los tres casos precisos.
ESPEJO. ¿Cuáles son esos, madama?
M. P. Cuando se desposan; cuando
enviudan, y cuando engañan;
dividido en tres tratados
en que distingo la rabia (1)
política y alegría
que a estos casos acompañan.
ESPEJO. Ya lo sé yo, antes de verlo.
El gozo cuando se casan,
política cuando enviudan
y el furor, cuando no sacan
lo que quieren de los hombres;
o las impiden que salgan
cuando quieren, y con quien
les da la *purisma* gana.
MERINO. Es cierto.
SORIANO. Pues esa ciencia,
ya la tienen olvidada
todas, de puro sabida;
y pocas han de comprarla.
M. P. ¿Qué han de saber?
Si hay muchas tan mentecatas,
que lloran de veras o

(1) Tachada la palabra "sátira" y sustituída de otra letra "rabia".

gritan como las serranas,
y se apesadumbran luego,
sin que al cabo logren nada.
Las lágrimas que en el día
sirven, son las estudiadas;
y ahí entra el arte: yo sé,
que sin pasar la semana
se hará segunda edición.

ESPEJO. Oye usted, ¿y tiene estampas?
M. P. Muchas.
ESPEJO. Pues dela usté a luz;
porque si es arte que trata
de gestos, con las figuras
será muy afortunada.
SORIANO. Venga usted, la sentaremos.

(*Sale* CALLEJO *de gala, de pelucón, y* MERINITO *de vestido negro y capa.*)

CALLEJO. ¿Es aquesta la posada
de don Pablo Turuleque?
MERINITO. ¿Está, por fortuna, en casa
el señor don Pablo?
SORIANO. Yo
soy; ¿quiénes son y qué man-
[dan?
C. Y M. Yo soy escribano.
SORIANO. ¿Entrambos?
LOS DOS. Sí, señor
SORIANO. Sepa la causa
que los trae.
CALLEJO. Yo seré breve.
MERINITO. Pues proponga su demanda.
CALLEJO. Usted ya sabe el abuso
que en Madrid, desde que hay
hay de sacar escribanos [farsas.
muchas veces a las tablas,
jugando sobre las uñas
equivoquillos y gracias.
SORIANO. No hay duda.
CALLEJO. Pues yo pretendo,
que en esa obra que entabla
ponga en letra bastardilla,
y gorda. que la matraca
no se entiende con nosotros
lo escribanos de fama,
de pelucón, casa propia,
coche y vajillas de plata,
sino con escribanillos
de infantería que arañan
lo que pueden.
MERINITO. ¿Cómo es eso?
Yo traigo la propia instancia.
Usted ponga, que la zumba
de las uñas, sólo trata
con los que cuando las hincan,
sacan la mayor tajada.
CALLEJO. Ellos, los hambrones, son
los que las hincan y sacan.
MERINITO. ¡Qué hemos de sacar nosotros,
si sólo nos buscan para
declaraciones de pobres,
bodas de gente oficiala,
embrollos de cofradías
y almonedas despreciadas!
CALLEJO. Yo me las corto, lo menos
dos veces cada semana.
ESPEJO. Son dos días, en los cinco,
lugar queda de clavarlas.
MERINITO. Yo me las almuerzo de ham-
casi todas las mañanas; [bre
y así a mí no me comprende.
CALLEJO. Ponga usted lo que le mandan:
escribanos de guardilla,
no más.
SORIANO. Asuntos de chanza,
ninguna clase distinguen
y pueden coger a entrambas.
MERINITO. Pues yo daré testimonio.
CALLEJO. Yo también, si me regalan;
que pagar por arancel
es para gente ordinaria.
MERINITO. Pues callemos, que la zumba
ya sabemos con quién habla.

(*Salen las Sras.* FIGUERAS *y* BORJA *todo de prisa.*)

FIGUERAS. Señor, señor; de un prodigio,
que admirará toda España,
habéis de dar parte al mundo.
BORJA. Se quedarán admiradas
las naciones. Oiga usted.
SORIANO. Digan ustedes, madamas.
FIGUERAS. Pues es que mi hermana y yo
hemos vuelto por la fama
de las mujeres.
BORJA. Al mundo
hemos puesto una mordaza,
porque desde hoy no se atreva
a murmurar de las damas
en el punto de habladoras.
FIGUERAS. Quedarán purificadas
desde hoy de ese dicterio.
BORJA. ¿No dicen que sólo hablan
necedades, y que en ellas
no hay discursos de importan-
Pues todo está remediado. [cia?
SORIANO. ¿Como?
FIGUERAS. Como yo y Mariana
hemos estudiado el arte,
que es digna de que se anuncie
con mayúsculas doradas
en ese nuevo papel.
BORJA. Y es preciso que usted añada
algún parrafito aparte,
dejando privilegiada
mi lengua, que en cuatro me-
no ha pronunciado palabra. [ses
FIGUERAS. Yo debo ser preferida;
como que al fin soy tu hermana
mayor.

BORJA. Mas no negarás,
que fuí la que dió la traza
yo de callar; y en justicia,
no debo ser agraviada.
FIGUERAS. Tú debes ceder.
BORJA. No quiero;
que ya que hay mujer que calla
quiero ser yo.
FIGUERAS. No es posible;
y más cuando te lo hablas
tú todo.
BORJA. Más hablas tú.
ESPEJO. Lo que yo veo es que entre
hablan mucho. [ambas
FIGUERAS. Pues señor,
¿adonde habrá tolerancia,
para que ella me dispute
una corona granjeada
a tanta costa?
BORJA. Mejor
merecía tres guirnaldas
yo.
FIGUERAS. Póngase usted ahí en medio,
y sea juez de esta causa.
SORIANO. ¿Quién ha callado más?
LAS DOS. Yo.
SORIANO. ¿Y quién habló más?
LAS DOS. Mi hermana.
SORIANO. Poco a poco.
FIGUERAS. Pues si esa
quiere llevarse la palma,
¿no quiere usted } que dispute
BORJA. ¿no es preciso }
FIGUERAS. Cosa de tanta } importancia?
BORJA. Negocio de esta }
MERINO. Tienen razón. ¡En mi vida
vi mujeres más calladas!
Déjenme ustedes, por Dios,
que yo las ofrezco entre ambas,
preferirlas.
FIGUERAS. ¿Y por qué
prefiere usted a Mariana?
BORJA. ¿Por qué ha de llevar Cecilia
esa gloria?
FIGUERAS. Me cortara
la lengua primero.
BORJA. Y yo.
ESPEJO. De esa manera callaran.
FIGUERAS. Usted ponga que yo he sido.
BORJA. Escriba usted que yo soy.
LAS DOS. El fénix entre las damas.
FIGUERAS. Porque estuve tanto tiempo...
BORJA. Pues ninguno en cuatro meses
LAS DOS. Me ha oído alguna palabra.
SORIANO. Por eso contra mi abuelo
se soltaron las campanas.
C. Y M. Haga usted lo que le digo.
M. P. Mire usted si me despacha.
F. Y B. Yo soy la que calla más;
y la prueba está bien clara.
ESPEJO. Cada uno hable por saturno.
MERINO. Su turno diréis.

(Sale RUIZ *con sus cestos y mamotretos que dicen los versos.)*

RUIZ. Deo gracias...
SORIANO. ¿Qué es esto?
RUIZ. Una cosa grande.
que viene sobre otra larga,
a publicarse, jamás
vista ni representada.
SORIANO. Pues ¿qué es usted?
RUIZ. Empresario
de una de ópera de campaña;
autor de una compañía,
músico, y maestro de danzas.
Y compañías, orquestas,
los bailarines, comparsas,
guardarropa, facistoles,
instrumentos, luminarias
y apuntador; todo viene
dentro de las tres banastas.
SORIANO. Pues esas cosas, sin verlas,
mal puede un hombre explicar-
en el papel. [las
RUIZ. Porque usted
las ponga con elegancia,
manos a la obra; ¿qué quieren
ver?
TODOS. De todo cuanto salga.
RUIZ. Pues pongamos el teatro.

(Clavando dos palos en que traerá rodadas las cortinas y pone detrás los cestos luego.)

MERINO. ¡Original humorada!
RUIZ. Luego saco de este cesto
un pastor con una flauta.
POLONIA. Que es en lo representado
graciosa y primera dama,
y en las óperas galán.
FIGUERAS. ¿Y no oiremos cómo habla?
RUIZ. Vamos, hija: demos muestra
con la Loíta estudiada,
para empezar.
POLONIA. En buena hora.
RUIZ. O quizás en hora mala.
POLONIA. Noble villa, ciudad, lugar u al-
[dea:
aquí está la familia limitada,
que hará dos o tres mil habi-
[lidades,
todas a cual peor, con mucha
[gracia.
RUIZ. Oye, si no eres sorda, con pa-
[ciencia.
POLONIA. Danos buen aguinaldo, pues
[son Pascuas.

LOS DOS. Y en charcos, montes, ríos, [fuentes, mares,
impera, reina, vive, triunfa y [zarpa.
TODOS. ¡Vítor, vítor! ¡Bravo, bravo!
RUIZ. Esta sí que es una loa,
que viene pintiparada
a todos, como librea
de médico, y como albarda
de alquiler: ahora saquemos
los violines; y quien baila
la inglesa, como primer
bailarín de la comparsa.
(Toman violines RUIZ *y* POLONIA *y baila el Chico.)*
RUIZ. Ahora vaya un pasito
de ópera; y tú descansa
hasta luego. Dos pastores,
cada uno con su flauta,
divertían sus pesares:
el uno sólo acompaña,
y el otro, de esta manera,
música y llanto alternaba.
(Con silbetos los dos; y POLONIA *finge tocar cuando no canta.)*

COPLA PASTORAL

¿Qué importa que madrugue
a ver la luz del alba,
el que no ve los ojos
de su pastora amada?
¡Ay que no viene!
¡Ay lo que tarda!
Aun por eso no alientan las [flores
ni los pájaros vuelan ni cantan.

OTRA

¿Qué importa que piadosa
alivies mi esperanza,
si cruel cada día
la posesión dilatas?
¡Ay que no viene!
¡Ay lo que tarda!
Aun por eso no corren las [fuentes
y los tristes corderos no balan.
TODOS. ¡Bravo!
POLONIA. Vaya el fin de fiesta
con un minuete que baila
la pareja y que nosotros
glosaremos con las flautas.
(Bailan los dos chicos el minuet, y el silbato glosará en la orquesta.)
SORIANO. Ya verá usted; será cosa
que ponga recomendada
en mi papel noticioso.
JOAQUINA. ¿Qué te ha parecido, hermana?
TORD. Muy bien.
MERINO. Pues la señorita,
cuando quiere, también canta
de primor.
SORIANO. Vaya, Andreica;
cántales una tonada
porque te oigan, entre tanto
que yo en el libro de Caja
apunto aquestas especies.
TORD. Yo no tengo repugnancia.
MERINO. Pues coronemos la fiesta
con ella; y aquí cortada,
por no molestar, la idea...
TODOS. Merezca indulto en sus faltas.

126

El payo ingenuo

Sainete para el año de 1772 (1)

(El teatro representa calle pública. Veráse a un lado una prendería y al otro un portal. A una esquina estará, de ciego, ESPEJO, *con la cartera de gacetas y un manojo de romances; al otro,* SORIANO, *de ciego, con la guitarra; y* ROSA *igualmente saldrá luego de ciego, y pasarán algunos, et cétera. Canta* SORIANO *con la guitarra y orquesta por la jota.)*

SORIANO. *El que buscare mujer*
doncella, limpia y callada,
vaya a la Puerta del Sol,
que allí tiene a Mariblanca,
y con advertencia
que es tal su recato
que a ninguno escucha
ni admite regalos. *(Representa.)*
Vayan comprando y leyendo
esta satirilla nueva
que ha salido para que
las criadas se diviertan
mientras rompen el vidriado
y jabonan las talegas
de las partes inferiores
de los usías de teta.
Vamos, muchachos: a dos,
a dos cuartos.
ESPEJO. La *Gaceta*
de hoy viernes; ¡*El Sarrabal*
de Milán!
CODINA. Venga una de esas
jácaras; ahí van dos cuartos.
SORIANO. Oye usted: ¿es cuarto o pieza
de a dos?
CODINA. Dos cuartos, y buenos.
ESPEJO. *Libro de las cinco reglas*
de contar.
BALTASAR. Venga un romance.
CODINA. Venga otro.

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-168-48. Dos copias antiguas, pero sin licencias ni aprobaciones. Una de 1772 y otra de 1780.

ESPEJO. La *Gaceta.*
¡Que no pueda vender nada!
SORIANO. A la satirilla nueva:
que se acaba, que se acaba.
ESPEJO. Y apenas habrá hora y media
que está allí. ¡Que este Perico
tal fortuna en todo tenga!
(*Sale* ROSA.)
ROSA. ¡La *Guía de forasteros!*
Pedro, ¿cómo va de venta?
SORIANO. ¡Grandemente!, y lo mejor
es que son de la Teresa
las coplas que vendo.
ROSA. Pues,
¿adónde se ha ido ella?
SORIANO. A la plaza, con Julián.
"El Cordobés" y tu ciega
se han ido a buscar la vida.
ROSA. ¿Y el tío Blas?
SORIANO. Allí vocea;
pero maldita la cosa (*Riéndose.*)
que vende.
ROSA. ¡Que siempre tengas,
Pedro, esa mala intención!
SORIANO. ¿Sabes que me galantea
a la Teresilla?
ROSA. ¡Hombre!
¿qué dices?
SORIANO. Es tan de veras
como el sol que nos alumbra.
ROSA. ¡Si está nublo!
SORIANO. Pues haz cuenta
que está claro, para que
te haga el juramento fuerza.
ROSA. ¿Y ella le quiere?
SORIANO. Un demonio:
si es ya viejo.
ESPEJO. ¡La *Gaceta!*
¡Que no pueda yo ganar
para comprarle unas medias
azules y un alfiler
de a ocho cuartos a Teresa!
¡El Sarrabal de Milán!
Y como es tan blanca ella
de cara, ¡qué grandemente
dirá lo azul a sus piernas!

(*Salen las Sras.* TORDESILLAS *y* SANTISTEBAN *con manojos de hierbas, y detrás un borrico cargado con ramos, que conduce* CAMPANO, *de payo, y luego que ponen el puesto se retiran. Cantan a duo en tono gracioso.*)

Hierbecitas fragantes,
mastrancitos y trébol,
para los altaritos
de San Juan y San Pedro.
SANT. Duélanse compradores,
y despáchennos presto
que dejamos las almas
en nuestro pueblo.
TORD. Poca fuerza me hace
cuanto en la corte veo;
que más vale un cariño
que todo un reino. (*A dúo.*)
Hierbecitas fragantes,
mastrancitos y trébol,
para los altaritos
de San Juan y San Pedro.
ESPEJO. A fe que las payas tienen
una voz de unos jilgueros.
¡Así fueran ciegas para
recibirlas en el gremio!
CAMPANO. Volvamos a Santa Cruz.
TORD. Mejor es poner el puesto
en esta plazuela, donde,
solas, mejor venderemos.
Y que tú lleves el burro
al mesón a echar un pienso
mientras tanto.
CAMPANO. Bien está. (*Vase.*)
TORD. ¡Hierbas de San Juan y trébol!
ESPEJO. Hierbas.
TORD. Va ya.
ESPEJO. Un manojito.
TORD. ¡Y qué hermoso!
ESPEJO. Ya lo huelo.
TORD. Esa es la mano, compadre.
ESPEJO. No es sino un manojo bello
de azucenas, y mejor
que el de mastranzos le quiero.
TORD. No huele.
ESPEJO. Sí tal. ¿A ver?
TORD. De este modo podrá olerlo.
(*Dale.*)
ESPEJO. ¡Juro a bríos que la mitad
de la nariz me ha deshecho!
SANT. Vaya, mujer, que en Madrid
cada paso es un tropiezo.
TORD. No lo extrañes, que aquí todos
para enamorar son ciegos.
ESPEJO. Y me duele. ¡La *Gaceta!*
ROSA. ¡La *Guía de forasteros!*
TORD. Toque usted esa guitarra,
hombre, nos divertiremos.
SANT. Tome usted hierbas y cante.
SORIANO. Téngamelas, hasta luego.

(*Interin repite su copla* SORIANO, *ponen el puesto las payas en los delantales. Salen algunos que pasan, y entre ellos* MERINO, TADEO, *petimetres, etcétera, y luego que acaba, representa* RUIZ, *de payo, cargado de ramos, que trae abrazados, y la Sra.* BORJA, *de paya, con un clavel en cada mano.*)

(*Canta.*)
SORIANO. *El que quisiere comer*
en Madrid, bueno y barato,
provéase cada día
de los despojos del Rastro.
Y con la advertencia,
que de ellos se saca,
no haciéndoles ascos,

provecho y sustancia.
RUIZ. ¡Qué tonta que eres, mujer!
¿Por qué no pregonas recio?
BORJA. ¡Qué casas, hombre!
RUIZ. ¿Qué casas?
¿Pues qué las hallas de bueno?
¡Qué boba que eres, Casilda!
BORJA. ¡Si son mayores que el templo
de mi lugar!
RUIZ. Si cada una
es un lugar, ¿no han de serlo?
BORJA. Mira, mira qué señor:
¿es marqués?
RUIZ. O cocinero:
que en Madrid todos son unos
por afuera.
BORJA. ¿Y por adentro?
RUIZ. El que no huele a botica
suele oler a ciminterio.
BORJA. ¡Jesús, qué malos olores!
¿Y en qué consistirá eso?
RUIZ. No importa que no lo sepas,
que yo tampoco lo quiero
saber, como soy cristiano:
vamos, mujer, vende recio;
que en Madrid son medio sor-
[dos.
BORJA. ¡Claveles grandes y frescos!
RUIZ. Con brío; así como yo:
¡Ramos; a los ramos buenos!
BORJA. Mira, qué ropa tan rica.
¿De quién será?
RUIZ. De algún muerto.
BORJA. Qué, ¿a los muertos en Madrid
los llevan con zagalejos
y basquiñas a enterrar?
RUIZ. ¡Qué pesada eres! No quiero
responderte más.
BORJA. Como es
la primera vez que vengo
a Madrid, ¿qué quieres, hom-
[bre?
RUIZ. Ponte a esa esquina, y callemos,
a ver si se hace un barato
y despachamos con ello.
TADEO. ¡Bravas payas han venido
a Santa Cruz!
MERINO. Pues yo creo
que son mejores las tres
que por ventura tenemos
al paso en esta plazuela.
TADEO. Si te parece, lleguemos
a aquella de los claveles.
MERINO. Detente: ¿no ves qué fiero
payo tiene de guardia?
TADEO. ¡Zape!
MERINO. Para entretenernos
aquí hay dos solas.
BORJA. Cristóbal,
¿qué andarán buscando aqué-
RUIZ. Flores. [llos?
BORJA. Pues yo voy allá.
RUIZ. Andan tras la flor del berro
solamente.
BORJA. ¿Y para qué
la buscan?
RUIZ. Para un remedio.
BORJA. Pues ¿qué les duele?
RUIZ. ¡El demonio
Que te responda!
BORJA. ¡Qué feo
te pones cuando regañas!
¡Claveles!...
RUIZ. ¡Ramos derechos!
MERINO. ¿A cómo vale el manojo?
SANT. Señor, mire usted qué bellos.
¿Cuántos quiere usted llevar?
TORD. Vaya, deme usted el pañuelo,
le echaré una docenica.
MERINO. ¿Cuánto valdrá todo eso
que tenéis?
TORD. Supongo que
dice usted lo que tenemos
encima del delantal.
No sea que salga luego,
conque también ajustaba
la ropa, y el aderezo
de esmeraldas que está en oro.
MERINO. Si te parece, ajustémoslo
todo.
TORD. No hay en Madrid
para pagarlo dinero.
MERINO. ¿Pues quién te le dió?
TORD. Un muchacho
de los que en Madrid no vemos.
MERINO. ¿Pues qué tenía?
TORD. Salud,
dos varas y cuatro dedos
de talla, fuerzas y amor.
Vea usted si en Madrid hay de
[esto.
TADEO. ¡Fuego, y qué aguda es la paya!
MERINO. ¿De dónde sois?
SANT. De Pozuelo.
TADEO. Y di, ¿son como tú, todas
las muchachas de tu pueblo?
SANT. O mejores o peores;
ninguna se tiene en menos.
TORD. Vaya, ¿compran u se mudan?
MERINO. ¿Y está tu lugar muy lejos?
TORD. Una legua.
TADEO. Y si los dos
vamos por allá, ¿tendremos
posada?
TORD. Mucho. Un mesón
hay que caben más de ciento

y treinta caballerías
mayores.

TADEO. Es lo que quiero
decir, si la habrá en tu casa.

SANT. Señor, si apenas cabemos
en ella mi madre y yo.

BORJA. Cristobalón, mira aquéllos:
tres mujeres a cuál más
coja, con tres caballeros.

RUIZ. No son cojas.

BORJA. ¿Pues qué son?

RUIZ. Son señoras de cortejo.

(Salen las Sras. JOAQUINA, MARTÍNEZ *y* PORTUGUESA *de basquiñas y mantillas de moda, con* CODINA, EUSEBIO *y* MERINITO, *de petimetres.)*

MERINITO. Madamas, fuerza es tener
por el más feliz agüero
para todo el año, en tal
día y hora tal encuentro.

EUSEBIO. ¿Vamos hacia Santa Cruz,
señoras?

MARTÍNEZ. Vamos, que quiero
ver los santos y las hierbas.

JOAQUINA. Y también hay estupendos
claveles.

EUSEBIO. Aquella paya
tiene dos que son por cierto
muy lindos.

CODINA. ¿Gansas?

BORJA. ¿Es a mí?

CODINA. Sí: ¿cuánto quieres por esos
claveles?

BORJA. Un peso duro,
ganso.

PORT. ¡Jesús y qué precio
tan caro!

EUSEBIO. Una friolera.

MERINITO. No les tomes el dinero,
muchacha.

EUSEBIO. Yo pondré en paz
a los dos en ese duelo.

MERINITO. Si no ha de ser.

CODINA. Sí será.

JOAQUINA. Vamos, chicas, que me muero
de vergüenza. ¿Qué dirá
la gente que lo está viendo?
(Vanse los tres y CODINA.*)*

EUSEBIO. Vamos, que se van madamas;
no se vayan sin braceros.

(Echan a correr detras de ellas, y RUIZ *suelta los ramos, y coge a* EUSEBIO *y* MERINITO, *y los trae de las cabezas.)*

BORJA. ¡Ay, que se van sin pagar!

RUIZ. Caballeritos, primero
paguen mi hacienda, y después
prosigan su galanteo.

EUSEBIO. Ya está pagado.

BORJA. Es mentira.

MERINITO. Ya pagó aquel caballero
que va con madamas.

RUIZ. ¡Dale!

EUSEBIO. Yo le vi pagar.

RUIZ. No andemos
con andróminas.

EUSEBIO. ¿Habrá
semejante atrevimiento?

MERINITO. ¿Sabe el bruto con quién trata?

RUIZ. Con dos grandes embusteros.

LOS DOS. Yo te diré. *(Empuñan.)*

RUIZ. No me espanto
de asadores ni muñecos;
paguen ustedes, o cojo
los dos en brazos a un tiempo
y por el duro ahí en las
Covachuelas los empeño.
(Los sujeta, cada uno con un brazo.)

BORJA. Pues qué, ¿valen veinte reales?
Yo no los diera por ellos.

EUSEBIO. Pues yo diera el corazón
por ti sola; y prueba de ello
es que a este payo perdono
y a ti el bolsillo te entrego.

RUIZ. Suelta, que a muchas las suele
quemar el bolsillo de éstos.

BORJA. Con efecto, está caliente.
(Le arroja, sopla la mano.)

MERINITO. Tomad la bolsa, don Diego,
(Le recoge.)
y ahí tienen: a estos patanes
sólo les doma el desprecio.

EUSEBIO. Vamos a alcanzarlas.

MERINITO. Vamos.
(Vanse.)

BORJA. Ahora es cuando yo penetro
por qué dicen que en Madrid
anda tirado el dinero.

RUIZ. Vénganseme a fiestas los
usías de medio pelo.

SORIANO. *¡A la satirilla!*

ROSA. Voy
a ver si más dicha tengo
allí al lado del tío Blas.
(Vase a su lado y hablan los dos.)

MERINO. Vaya, que sois con efecto
esquivas.

TORD. Y ustedes son
pesados.

MERINO. Ved, don Alberto
que, para darles el sol
no es un color muy moreno.

TORD. Es que no da en todas partes.

SANT. ¡Y que los estéis oyendo!
Vámonos de aquí, mujer,
a otra parte.

RUIZ. ¿Qué es aquello?
(Va allá.)
¿Quieren ustedes dejar
las chicas?

(*Sale* CAMPANO.)

CAMPANO. ¿Qué ha sido esto?
MERINO. Estos tienen malas burlas:
vamos.
RUIZ. Cuidado con estos
moscones, paisano mío.
CAMPANO. Agradezca que se fueron,
que si no...
RUIZ. Breve se espantan.
TORD. Sólo eso tienen de bueno.
CAMPANO. Y ustedes, si no me engaño,
¿son de Pinto?
RUIZ. Con efecto.
(*Hablan entre sí.*)
MERINO. Paisana, ¿está usted solita?
BORJA. Sí, señor; ¿no lo está viendo?
TADEO. Cuenta no se pierda usted
en Madrid.
BORJA. Harto lo temo,
que en mi vida he estado en él.
TADEO. ¿Y qué le parece?
BORJA. Bueno.
MERINO. Si tú te quieres quedar,
acomodarte te ofrezco.
BORJA. Dime tú la conveniencia
que me darás, y veremos.
MERINO. Oyes, ¡y qué llana que eres!
BORJA. Como estamos en el centro
de la *pulítica*, voy
observando y aprendiendo
de tú y tú; y he discurrido
que este será el tratamiento
que aquí todas las personas
se dan al primer encuentro.
TADEO. ¡Qué gracia!
MERINO. ¿Quieres venir
a comer hoy el puchero
con nosotros?
BORJA. ¿Piensa usted
que con barro me mantengo?
TADEO. Te daremos un pastel.
BORJA. ¿Pastel de Madrid?, no quiero;
que dicen que aquí se hacen
unos pasteles perversos.
MERINO. ¿Y eres golosilla?
BORJA. Mucho.
MERINO. Tendrás dulces y torreznos.
BORJA. Eso me gusta. ¿Cristóbal?
Vamos, hombre, deja a esos,
que esperan estos señores.
RUIZ. Aquí están; vamos, que quiero
despachar. (*Presenta los ramos.*)
BORJA. No quieren ramos.
RUIZ. ¿Qué quieren?
BORJA. Que nos quedemos
a comer torreznos fritos
y muchos dulces con ellos:
ya nos llamamos de tú;
considera en poco tiempo
la amistad que hemos tomado.
RUIZ. ¿Si serán parientes nuestros?
Por si acaso voy a darles
un abrazo. (*Los abraza.*)
TADEO. Quedo, quedo,
que aprietas más que una pren-
[sa.
MERINO. Pues, parienta, razón es
que todos nos abracemos.
(*A ella.*)
BORJA. Yo no os conozco. Cristóbal
es solo el pariente vuestro.
RUIZ. Pues esto es nada; en comiendo
se los daré a usted mejores.
Vamos.
TADEO. ¡Anda a los infiernos
a abrazar!
MERINO. Qué poco modo
que tienen estos paletos.
(*Vanse los dos.*)

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. ¿Cristóbal?
RUIZ. ¿Qué es eso, hermana?
POLONIA. Gracias a Dios que te encuen-
[tro.
¿Sabes lo que hay? Que me voy
contigo.
BORJA. ¿No estás sirviendo
ya en casa del abogado?
POLONIA. Sí.
BORJA. ¿Quién te ha dado estos vuelos
y esta mantilla de viuda?
POLONIA. Mi amo.
RUIZ. ¿Pues qué tenemos?
¿No te pagan el salario?
POLONIA. Y más; porque en mes y medio
me han vestido toda; y me han
dado más de veinte pesos.
BORJA. ¿Y no te dan de comer?
POLONIA. ¡Toma si dan! Mucho y bueno.
RUIZ. Pues ¿por qué te quieres ir?
POLONIA. Porque lo ha tomado a empeño
ya mi padre confesor
estos días.
RUIZ. Algún cuento
le habrás tú llevado, que
de tan mal humor le has pues-
[to.
POLONIA. El me preguntó que adónde
servía; yo dije luego
adónde; me preguntó
si yo hacía todo aquello
que me mandaban: le dije
al instante que sí, menos
estar con el amo a solas;
que aunque me da caramelos
al principio, luego empieza
a pellizcarme el pescuezo;
mira aquí qué cardenal

me hizo ayer.

BORJA. Ya le veo.
¿Ese hombre es judío?

RUIZ. Y tú,
¿no le encajas en los sesos
lo que tienes en la mano?

POLONIA. ¿Cómo había de hacer eso?
¿Pues no dicen que a los amos
es preciso obedecerlos?

RUIZ. Y romperles la cabeza
se debe también, en siendo
los amos como es el tuyo.

POLONIA. Lo que le enfadó más que esto
fué decirle que veía
jugar a unos caballeros
que allí entraban, con mis amas;
y que me ofreció uno de ellos
una noche dos doblones
porque abriera con silencio
para entrar por un balcón.

BORJA. Pues es un gran majadero:
¿no era mejor por la puerta,
donde siempre estaba abierto?

POLONIA. Hay uno muy bailarín,
y hay otro tan zalamero,
que llama madre a mi ama
y la está haciendo pucheros
delante, mas por detrás
la saca la lengua.

RUIZ. ¡Cuerno!

BORJA. ¿Conque ellos son juguetones?

RUIZ. ¿Y a qué juegan? ¿A los cien-
[tos?

POLONIA. Así, a manotadas.

RUIZ. Bueno.

POLONIA. En fin, la casa no hay duda
que es muy divertida; pero
sobre que me ha dicho el padre
que me vaya: y lo que siento,
que no me ha dicho por qué.

RUIZ. Yo te lo diré a su tiempo.

BORJA. Oyes, mira...

POLONIA. ¿Qué me dices?
(Hablan los tres.)

ESPEJO. ¿Conque te consta de cierto
(A Rosa.)
que son de la Teresilla
las coplas que vende Pedro?

ROSA. Sin duda.

ESPEJO. Déjalo estar.

ROSA. Blas, ¿adónde vas?

ESPEJO. Ya vuelvo.

ROSA. Mira lo que haces.

ESPEJO. ¿Y cómo
lo he de mirar si no veo?
¿Perico?

SORIANO. Aquí estoy, tío Blas.

ESPEJO. Con licencia, caballeros.
Daca esas coplas.

SORIANO. ¿Qué coplas?

ESPEJO. Ya las he pillado a tiento.
Pícaro, ¿pues tú te atreves
a mirar lo que yo quiero,
con buenos ojos?

SORIANO. Usted
me vuelva las coplas.

ESPEJO. Eso
después de hacerlas añicos.

SORIANO. ¿A mí? Aguárdate.

ESPEJO. Ya espero.

ROSA. ¡Tío Blas!... ¡Perico!... ¡Por
[Dios!
reparad que nos perdemos.

(Riñen a palos: todos les hacen corro, y se ríen. Rosa, creyendo ponerlos en paz, se vuelve de espaldas y procura separar a otros.)

RUIZ. Hablen ustedes, hermanos;
se alcanzarán.

S. Y E. No queremos.

ESPEJO. ¿Ahí estás? Apara.

RUIZ. ¡Brava
cuchillada!

(Salen las damas y petimetres con hierbas, y entre ellos Callejo de abogado.)

CALLEJO. ¿Pues qué es esto?
¿Por qué no ponen en paz
a estos infelices ciegos?
¿Por qué riñen?

EUSEBIO. Poco a poco.

ESPEJO. ¿Es golilla?

CALLEJO. Sí.

ESPEJO. Me alegro;
¿Sois abogado?

MERINITO. Y de fama.

ESPEJO. Pues sentenciad este pleito.

SORIANO. Primero me han de oir a mí.

POLONIA. ¡Mis amos!

RUIZ. ¿Sí? Pues apelo:
que los pleitos propios deben
ser antes que los ajenos.

ESPEJO. Señor, yo tenía dada
palabra de casamiento
a una mocita... y ¡qué moza!
Con unos ojos tan negros
como una endrina; por señas...

SORIANO. Que le desprecia, por viejo.

ESPEJO. Y a ti por desvergonzado.

SORIANO. Si alzo el palo...

RUIZ. Cepos quedos:
esta muchacha es mi hermana.

JOAQUINA. ¡Mariquilla! ¿Pues qué es esto
de salir sin mi licencia?

BORJA. ¿Cuál de aquellos caballeros
es el bailarín, Marica?

POLONIA. Este. *(Por Codina.)*

BORJA. ¿Y el otro tan necio
que te daba los doblones

por entrar al aposento
por el balcón?

POLONIA. El señor.

(*Por* EUSEBIO.)

CALLEJO. Muchacha, ¿qué estas diciendo?

BORJA. Dice bien: y usted pudiera
pellizcarla con más tiento:
mire usted qué cardenal
que la hizo en el pescuezo.

CALLEJO. ¿Yo? ¡Jesús, qué testimonio!

RUIZ. Si fueran tan verdaderos
los que dan los escribanos,
habría más en el cielo.

JOAQUINA. Pues ¿qué desvergüenza es es- [ta?

RUIZ. Señores míos, callemos;
que esta muchacha es mi her- [mana
y a mi lugar me la llevo.

CALLEJO. ¿Y por qué?

RUIZ. No es menester
decirlo.

CALLEJO. Quiero saberlo.

RUIZ. Porque en su casa de usted
se la da muy mal ejemplo,
y usted la quiere perder.
Buenos días, caballeros.

BORJA. ¡Jesús, qué Madrid! No he [visto
nunca lugar más inquieto.
Y he visto las cuatro partes
del mundo.

RUIZ. Calla, jumento.

BORJA. ¿Pues no he estado en Alcorcón,
Pinto, Valverde y Pozuelo?

RUIZ. Vamos, chicas.

CALLEJO. Poco a poco.

ESPEJO. Usted atienda a mi pleito.

CALLEJO. ¿Qué pleito ni qué demonio?
Ténganmele ustedes preso,
mientras aviso a un cuartel.

RUIZ. Vamos allá.

(*Sale* RODRIGO *de alcalde de barrio.*)

RODRIGO. ¿Pues qué es esto?
¿Que ha habido aquí?

EUSEBIO. Una pendencia
que tenían estos ciegos.

RUIZ. Señor, mayor la tenían
por lo mal que miran ellos.

RODRIGO. No es a propósito este
tribunal para atenderos,
ni para producir quejas:
cada uno vaya derecho
por su camino; y si alguno
se siente agraviado, creo,
y Madrid tiene bastantes
jueces prudentes y serios
donde acudir.

SORIANO. Me parece
que este es alcalde; escapemos.

ESPEJO. A la paz de Dios, señores.

RUIZ. Señor abogado, luego
voy por allá; y si usted quiere
los dos nos pellizcaremos.

(*Vanse.*)

JOAQUINA. Aguarda, pícaro.

CALLEJO. Calla,
mujer, que ya trataremos
de castigarle.

RODRIGO. Eso se hace
sin escándalo del pueblo.

TODOS. Vamos.

EUSEBIO. Y aquí concluído,
como pide este intermedio,
con su tonadilla nueva
da fin y con él sus yerros.

127

Los payos en el ensayo

1772 (1)

(*Casa del autor, mesa con papeles y tintero, una guitarra, una comedia y taburetes alrededor;* JOAQUINA, EUSEBIO *y mujeres todos como de ensaya.*)

EUSEBIO. ¿Joaquina?

JOAQUINA. ¿Qué quieres, hijo?

(*Dentra.*)

EUSEBIO. Mira que están esperando
las gentes que te levantes,
para empezar el ensayo.

(*Dentro.*)

JOAQUINA. Esa es disculpa de todos
para no venir temprano.

EUSEBIO. No lo creas, que ya están.

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Si están, ¿por qué no empeza- [mos?

EUSEBIO. Aunque falte alguna dama
se puede ensayar, en tanto
la comedia. Caballeros,
adentro.

(*Salen* 2.ª *Galán* 4.º, 4.ª *y arman rueda.*)

TODOS. ¡Sea Dios loado!

JOAQUINA. Por siempre.

(*Salen* FIGUERAS, MERINO, CALLEJO, TORDESILLAS, TADEO *y* CAMPANO.)

FIGUERAS. Señor galán,

(1) Bib. munic.; leg. 1-167-31. Copia de 1778 y otra posterior, impreso por Durán.

¿de qué servirá citarnos
a las ocho, si a las nueve
los más días empezamos?

EUSEBIO. ¿En qué consiste?

MERINO. Consiste
en que no queremos darnos
recíprocamente el buen
ejemplo que deseamos.

FIGUERAS. Pues bien pudiera el galán,
echarse en la bolsa un canto.

MERINO. Ello no tiene remedio;
que es preciso tolerarnos
unos a otros las faltas (1),
y nada de esto hace al caso,
sino ensayar.

FIGUERAS. La comedia
no puede ser hasta tanto
que venga el barba.

EUSEBIO. Es verdad.

MERINO. Pues que vayan ensayando
la pieza nueva.

CALLEJO. El gracioso
dijo que se iba hacia el Prado.
a estudiar su papel, mientras
la gente se iba juntando.

MERINO. Pues ensáyese el sainete.

JOAQUINA. Es imposible, faltando
la graciosa y las muchachas.

MERINO. ¿Pues qué? ¿Ha habido repaso
de la música?

EUSEBIO. Tampoco.

FIGUERAS. Vaya, que está rematado
esto.

MERINO. Y dirán luego que
nosotros nos descuidamos.

TORD. Yo, como soy pobrecita,
madı .go y vengo temprano.

CALLEJO. Pues no es eso lo peor.

MERINO. ¿Qué hay que pueda ser más
[malo?

CALLEJO. Que a la puerta de una de ellas
he visto un coche alquilado,
y harto será que no tengan
algún embrollo entre manos.

(*Gracioso dentro y salen Graciosa, 4.ª*, TOMASA, GUERRERA *y* VALLE.)

MERINO. Pues, señores, mientras vienen
las demás, trátese de algo
que interese y no se pierda
todo al fin.

EUSEBIO. Vamos tratando
de las comedias futuras.

MERINO. Asunto es preciso y largo.

(*Sale* SORIANO *de payo.*)

SORIANO. ¿El cuarto bajo no es este
(y perdonen el enfado)
de una casa a la malicia,
donde sólo hay cuarto bajo;
que se entra por una puerta
que está más acá de un patio
y que entre el patio y la calle
hay un portal empedrado?

EUSEBIO. Puede ser; ¿qué es lo que bus-
[cas?

SORIANO. Después: pero vamos claros;
¿esta es casa de malicia?

MERINO. No hay poca entre los que esta-

JOAQUINA. ¿Por quién preguntas? [mos.

SORIANO. No se;
por un... ¿Tío Monifacio?

(*Dentro.*)

ESPEJO. ¿Qué?

SORIANO. ¿Se acuerda usted quién es
el sujeto que buscamos?

(*Dentro.*)

ESPEJO. ¿Muchacho? ¡So! Voy allá.
¡So! Pantorrilla, ata el macho.

(*Sale* ESPEJO *vestido de payo.*)

ESPEJO. Buenos días; aquí es;
aquí es, entrad, muchachos.

EUSEBIO. ¿Qué buscais?

ESPEJO. (*A los de dentro.*) A esos borricos,
que cuide de ellos el Chato.

(*Salen de payos* POLONIA, MARIPEPA, RUIZ *y* ROSA.)

LOS 4. Alabado sea el Señor.

JOAQUINA. La franqueza es la que alabo.

M. P. Yo no entro, yo no entro,
mujer, que hay muchos hom-
[brazos.

POLONIA. ¿Y qué? No nos comerán.

SORIANO. ¿Qué miras?

ROSA. Estoy mirando,
en una casa tan chica
cómo pueden caber tantos.

(*Siéntase* RUIZ *en una silla que estará en medio de todos.*)

TADEO. Si usted gusta de un asiento...

RUIZ. Este está bastante blando.

EUSEBIO. ¿Por quién preguntan ustedes?

RUIZ. ¿Pues acaso preguntamos,
nosotros?

JOAQUINA. ¿Pues a quién buscan?

ESPEJO. A nadie. (*A* JOAQUINA.)

---

(1) Desde aquí, en Durán sigue de este modo:
y a nada de esto hacer caso.
(FIGUERAS *a la* BORJA, *que entra.*)
FIGUERAS. Mucho madrugais, señora.
LA BORJA. Aún no son las nueve y cuarto.
MERINO. Pues ¿qué hacemos? Ahora mismo
comencemos el ensayo.
FIGUERAS. Faltan muchos.
MERINO. Pues, señores,
mientras vienen, trátese algo
que interese y no se pierda
todo al fin, *etc.*

POLONIA. Sáqueme un vaso
de agua, buena mujer,
que me vengo apelambrando
de sed.

M. P. ¡Qué calor que hace!
¡Deme usted ese espantajo!
(*Le dan un abanico.*)

RUIZ. ¡Y qué cansado que vengo!
Como he venido a caballo
todo el camino...

ROSA. ¡Si viera
usted qué albarda ha estrenado
mi borrico!

MERINO. ¿Y cuándo estrena
usted otra?

EUSEBIO. Ya este es chasco.
Si no preguntan por nadie,
ni buscan, ¿a qué han entrado?

POLONIA. No será aquí.
(*Se levantan los Payos.*)

ESPEJO. Cuando yo
lo digo; vaya, sentaos
sin ceremonias.

POLONIA. Con todo,
bueno será que sepamos
si el autor de las comedias
vive aquí.

EUSEBIO. Yo soy este año
el uno; mas puede ser
el otro a quien vais buscando.

ESPEJO. No, señor, y por más señas
que vive usted en cuarto bajo
y tiene una mujer moza,
que hace las viejas de pasmo.

MERINO. Con efecto, a ti te buscan.

ESPEJO. ¿Veis cómo yo lo he acertado?

JOAQUINA. ¿Y quién son ustedes?

ESPEJO. Yo,
regidor de Valmojado;
éste el personero, éste
y estotro son dos muchachos
solteros, aunque éste dicen
que anda allí un poco enredao
con la rubia del Gotoso.
¡Qué quiere usted! Dicharachos
del lugar. Como esas cosas
se dicen...

SORIANO. Yo soy casado,
y no falta quien murmura
que soy alegre de cascos.

ESPEJO. Esta chica es una hija
de mi mujer.

JOAQUINA. ¿Sois padrastro?

ESPEJO. Ya se ve, si no por fuerza
debía ser hija de entrambos.

MERINO. Y ésta, ¿quién es?

SORIANO. Una moza
que tiene en el cuerpo el diablo:
si la viera usted salir
cuando quiere a aquel tablado,
con cualquiera papelillo...

ESPEJO. Y cuando sale cantando
aquello de las naranjas.

CALLEJO. Pues qué, ¿por allá hay teatros
también?

RUIZ. ¿Pues no le ha de haber?
Más de vara tiene de alto.

ESPEJO. ¡Poquito nombradas son
las fiestas de Valmojado!

ROSA. La de las Carnestolendas
sí que fué buena este año.

RUIZ. Pero lo que dió más golpe
a todos, fué el alumbrado.

SORIANO. Diez candiles se pusieron,
cinco arriba y cinco abajo.

RUIZ. ¡Y qué música que hubo!

ESPEJO. ¡Como que tuvimos cuatro
guitarras, una trompeta,
dos tambores y un silbato!

ROSA. ¡Qué función!

MERINO. ¿Acaso vienen
ustedes a convidarnos
para otra?

SORIANO. Desde luego:
yo no tengo más que un cuarto
como un pliego de papel,
pero el vecino del lado
tiene casa para todos.

ESPEJO. En echándola tejados,
paredes, puertas y suelos,
se puede hacer un palacio.

FIGUERAS. A todo esto, ustedes vean
si tienen que mandar algo,
que nos hacen mala obra.

ESPEJO. Me alegro.

POLONIA. No seais pelmazos,
decid a lo que venimos.
Vaya, tío Monifacio.

ESPEJO. Que lo diga el Personero
u otro, que tan deputado
es el uno como el otro.

POLONIA. Decidlo, si no lo encajo
yo, que estarán los señores
en su cosas ocupados.

FIGUERAS. Eso es verdad.

ESPEJO. Pues, señores:
la villa de Valmojado
quiere hacer una comedia
para festejar su santo
patrono.

MERINO. ¿No era mejor
el hacer un novenario?

RUIZ. Les gusta más a las gentes
ver las comedias.

MERINO. Al caso.

ESPEJO. Y queriendo los señores

de la justicia, este año
chafar la guitarra a todos
los futuros y pasados,
nos envían a que usted
haga el favor de prestarnos
los vestidos y el corral,
con bastidores y bancos.

SORIANO. No dice el Ayuntamiento
tal cosa.

RUIZ. ¿Tú estás borracho?

SORIANO. La Justicia pide, por
su dinero regalado,
que le alquilen diez vestidos
y la cazuela y el patio.

ROSA. No dice eso la Justicia.

SORIANO. ¿Pues qué es?

ROSA. Ya se me ha olvidado,
pero ella pide otra cosa
que es algo más y no es tanto.

RUIZ. ¡Qué brutos sois!

ROSA. Dilo tú,
que te tienes por tan sabio.

RUIZ. Todos aquellos señores,
que son prudentes y honrados,
lo que piden es que envíen
ustedes allá los trastos.

MERINO. ¿Pero qué trastos?

RUIZ. Eso es
lo que yo no sé.

POLONIA. El encargo
primero, es llevar vestidos
y aquellos lienzos pintados
que suben y bajan, y otros
que entran y salen con palos
tiesos a modo de biombos,
de mamparas o de cuadros.

EUSEBIO. Ya lo entiendo.

POLONIA. Y el segundo,
que a nosotros seis (pagando
lo que sea razón), ustedes
nos hagan el agasajo
de enseñarnos la comedia,
con el meneo de brazos
y todo aquello que saben.

MERINO. Vuelvan ustedes despacio,
que ahora estamos muy de pri- [sa,
una comedia ensayando.

ESPEJO. A lo menos los vestidos
es menester enviarlos
hoy, que cuesten lo que cuesten.

SORIANO. Mientes, que no dijo tanto
el Ayuntamiento.

CALLEJO. Y digan,
¿cuánto dinero traen?

SORIANO. ¿Cuánto?
Todo lo que ustedes quieran,
que el mayordomo es biza- [rro (1).

JOAQUINA. ¿Y adónde está ese dinero?

SORIANO. Miren qué bolsa que traigo.
Venga ropa, y ajustemos.

MERINO. Amigos, no será malo
hacerles que paguen bien
la tontería a estos payos.

POLONIA. A mí cualquiera vestido
(A la FIGUERAS.)
de usted me vendrá pintado (2).

FIGUERAS. Sí, hija mía.

M. P. Y usted tiene
que alquilarme alguno guapo.

TORD. Para mí lo tomaría,
aunque fuera regalado (3).

(Salen algunos con variedad de vestidos.)

HOMBRES. Ya están aquí, caballeros,
los vestidos.

PAYOS. Pues veamos.
(Míranlos.)

ESPEJO. Pues, señores, esta ropa
no sirve para el teatro
de mi lugar.

CAMPANO. ¿Y por qué?

ESPEJO. Porque han de ser unos payos
con enaguas y plumajes,
al modo de los armados.

MERINO. ¿Pues para qué comedia es?

SORIANO. Deja que lo piense un rato...

---

(1) En el texto de Durán se ponen a continuación estos versos, que quizás estuviesen en el original:

Cuatro viñas ha vendido,
cien arrobas de garbanzos
y la casa en que vivía
por quedar bien con el santo.

MONIFACIO. *(Espcjo)* El para sécula, sécula
queda pobre y empeñado;
pero mejor mayordomo
no ha de levantar el gallo
en aquella tierra.

MERINO. Y qué,
¿la villa lo ha tolerado
eso?

PAYO 1.º ¡Toma! Y de los propios
la villa pone otro tanto.

MONIFACIO. ¡Pero sabe usted lo que es
estar un hombre empeñado!

JOAQUINA. ¿Y dónde está ese dinero? *etc.*

(2) Para entender el chiste hay que saher que la FIGUERAS era muy alta y delgada, y POLONIA muy baja y regordeta.

(3) Desde aquí. prosigue en Durán:

PAYA. 2.ª De ese modo, yo también
tomara aunque fueran cuatro.

PAYO 1.º Vayan ustedes, señores,
por los vestidos volando.

CALLEJO. Dice bien: vamos a ver *(Aparte.)*
lo que podemos pillarlos.

CAMPANO. ¿Y si luego no los quieren?

CALLEJO. Mientras, se pasa este rato.
(Todos los hombres yéndose.)
Pues hasta luego.

JOAQUINA. Volvióse
por hoy tarumba el ensayo.
(Salcn con varicdad dc vcstidos los que por ellos entraron.)

CAMPANO. Ya están aquí, caballeros, *etc.*

Las Armas de la Hermosura.

MERINO. ¿Qué papel hacéis?

ESPEJO. Yo hago aquel que por las mujeres pierde el juicio.

MERINO. ¿A Coriolano?

ESPEJO. ¿Cómo?

MERINO. Coriolano.

ESPEJO. Eso: sí, señor; a *Corneliano* hago yo.

FIGUERAS. ¿Y saben bien el papel?

POLONIA. Ya está estudiado todo.

ESPEJO. Lo mismo sé yo mi papel, que un papagayo.

MERINO. Vaya, pues aquí también hay vestidos de romanos.

SORIANO. Vengan.

(*Se van vistiendo los Payos.*)

ROSA. ¡Qué rico es éste!

ESPEJO. Acoto este colorado.

POLONIA. Mira si te viene bien.

MERINO. Hagan ustedes un paso a ver qué tal.

ESPEJO. Vaya aquél cuando me pongo enfadado yo, y a mi padre le envío con más de quinientos diablos.

SORIANO. Bien.

ESPEJO. Pues tú que haces a Aurelio, empieza.

SORIANO. Pero, cuidado, que me han de advertir ustedes si me equivoco.

MERINO. A eso estamos. No hay que tener cortedad.

SORIANO. Siéntate tú, que ya vamos.

(*Se sienta* ESPEJO.)

"Invito rey... Mas ¡qué miro!..."

ESPEJO. Parece que se ha turbado; (*Aparte.*) no es mucho, si en vez de un rey halla la sota de bastos.

SORIANO. "A ti Roma, porque está ya cayendo o levantando, como si fuera su paje, me envía con un recado. Dice Roma y dicen todos, sus mozas y su Senado que les perdones.

ESPEJO. No quiero.

SORIANO. Eres un desvergonzado. ¿Sabes que hablas con tu padre?

ESPEJO. Me consta a mí lo contrario.

SORIANO. ¿Sabes que es tu madre Roma?

ESPEJO. No, que no me hallé en el parto.

SORIANO. ¿Y no hay piedad?

ESPEJO. No la esperes.

SORIANO. Duélete de sus hidalgos.

ESPEJO. ¿En Roma hay hidalgos?

SORIANO. Sí.

ESPEJO. ¡Brava gala se han echado!

SORIANO. Duélete de sus bellezas.

ESPEJO. No quiero, que dan mal pago.

SORIANO. ¿Al fin, de nada te dueles?

ESPEJO. No, que de todo estoy sano.
Por la azul campaña verde
que aquí nos está alumbrando,
que tengo de hacer de Roma
un Carabanchel de Abajo.
No me ha de quedar segura
muralla ni campanario,
y en viendo que ya está hecha
su fábrica un estropajo,
me he de poner a bailar
sobre todos el canario.

SORIANO. ¡Cruel! ¿Eso me respondes?

ESPEJO. Sí.

SORIANO. Pues ya estoy despachado.

ESPEJO. Guárdente. Aurelio, los cielos.

SORIANO. Buenas noches, Corneliano."

TODOS. ¡Viva, viva! Es un prodigio.

ESPEJO. ¿Sin adular?

TODOS. Es un pasmo.

PAYOS. Pues así lo hacemos siempre.

MERINO. Será un divertido rato.

SORIANO. ¿Ajustamos los vestidos?

MERINO. Los llevarán bien baratos.

ESPEJO. Pues ahí tenéis las monedas, dadnos los demás, y vamos.

PAYOS. Pues carguemos con las ropas, para marchar de contado.

128

El peluquero soltero

Sainete para la Compañía de Rivera

1772 (1)

(Habrá caído el telón; y al levantarse, se descubre la casa pobre, que figura fachada de peluquería, con algunas pelucas y peluquines viejos colgados; en medio, mesa con cabezas, una capa con lumbre, una cuna, un enjugador con mantillas amarillas, &; a la primera baca, bastidor de la izquierda, se figurará puerta de alcoba con su cortina de bayeta vieja, y en frente atra puerta con bastidor a vidriera y campanilla que imite puerta de tienda. Sale ESPEJO, *como que se levanta de la cama, media desnudo y can peluquín despeinado; balsa puerca, &.)*

ESPEJO. Por siempre sea alabado
el Señor de tierra y cielo
que nos deja amanecer
en paz, aunque sin dinero.
Buenos días nos dé Dios.
¿Dónde diablo estarán estos
oficiales que no vienen?
(Dentro de la alcoba.)

JOAQUINA. Vamos, despáchate, Diego;
hazme el chocolate y pon
lo primerito el puchero;
vestirás después al niño.

ESPEJO. Ya voy, mujer, que no puedo
más. *(Dentro.)*

JOAQUINA. Si tú eres un pelmazo
y no cuidas del gobierno
de la casa.

ESPEJO. ¿Por qué tú
no te levantas primero
y lo haces todo?

JOAQUINA. Porque
en madrugando me muero
de flato. *(Llaman.)*

ESPEJO. Ya van; ¿quién es?

(Sale QUEVEDO.*)*

QUEVEDO. Que está mi amo don Pedro
esperando a usted.

ESPEJO. Ya voy.

QUEVEDO. Pues venga usted. *(Vase.)*

ESPEJO. Voy corriendo.
Cuanto pongo a calentar
agua en el chocolatero
para dar el desayuno
a mi parienta, iré luego.
En viniendo Manolillo
(A JOAQUINA.*)*
dile que vaya primero
a peinar al capitán
y de allí a los forasteros
de la fonda; ¿lo has oído,
mujer?

JOAQUINA. Vaya, bien lo entiendo;
que no soy sorda.

ESPEJO. Perdona,
creí que estabas durmiendo.
(Vase.)

JOAQUINA. ¿Diego, Dieguillo? ¿Si habrá
el tonto dejado abierto?

(Sale CODINA.*)*

CODINA. Deo gracias.

JOAQUINA. ¿Quién está ahí?

CODINA. Qué, ¿no está en casa el maes-
[tro?

JOAQUINA. No, señor; ha ido a un recado;
pero volverá al momento.

CODINA. Pues dígale que se llegue
aquí encima del barbero
a peinar a un señorito
que ha venido de Toledo.
(Vase.)

JOAQUINA. Bien está, cierre usted bien;
no sea que deje abierto.

(Sale ESPEJO.*)*

ESPEJO. Este ya está despachado,
gracias a Dios; echaremos
a cocer el chocolate, *(La hace.)*
mientras saco del talego
el recado y se calienta
el caldo para el puchero.

JOAQUINA. ¿Y te han dado buena carne?

ESPEJO. En dos libras sólo creo
que habrá media de piltrafas
y libra y media de hueso.

JOAQUINA. Despáchate.

ESPEJO. ¿Y Manolillo
no ha venido?

JOAQUINA. Ni por pienso.

ESPEJO. ¿Dónde estará este avechucho?

JOAQUINA. Hijo, tráeme si está hecho
el chocolate, que ya
me desmayo.

ESPEJO. Si está muerto
el carbón.

JOAQUINA. ¿Esa es la maña
que tienes para encenderlo?

ESPEJO. ¡Sea por amor de Dios!

JOAQUINA. ¿Te despachas?

ESPEJO. Ya está hirviendo.
(Canta algo para dar tiempo y siempre aficioso.)
Vamos, hija, calentito
para que te haga provecho;

(1) Bib. munic.; leg. 1-168-22. Autógrafo con la fecha de 1772. En la Bib. Nac. Mss. 14519[27], hay otro ejemplar con las aprobaciones y licencias que van al final. También lleva el título de *Primera parte de El Peluquera*, pues con este título hay otras dos partes, que van a continuación de ésta. Impreso por Durán.

y mientras le tomas, voy
a despachar este nuevo
parroquiano de la esquina.

(*Al irse, sale* POLONIA *de basquiña y mantilla.*)

POLONIA. Me alegro que usté esté bueno,
señor.
ESPEJO. Guarde Dios a usted.
POLONIA. ¿Es usté el señor maestro?
ESPEJO. Para lo que usted mandare.
¿Gusta usted que la peinemos?
POLONIA. No es menester; que si gusto
tengo mejor peluquero
y cosa propia.
ESPEJO. Seréis
peluquera, según eso.
POLONIA. Puede ser.
ESPEJO. Pues todos somos
del arte. Tome usté asiento
si gusta.
POLONIA. Vengo de prisa.
(*Dentro.*)
JOAQUINA. ¿Qué mujer es esa, Diego?
ESPEJO. No lo sé.
POLONIA. Gente de paz;
no le cause a usted recelo,
señora maestra. (*Dentro.*)
JOAQUINA. Pues
diga lo que quiere presto
o múdese.
POLONIA. La señora
debe de tener mal genio.
ESPEJO. Un poco.
POLONIA. Pues diga usted,
a Manolillo "el Manchego"
cuando venga, que le espero
en misa, en San Sebastián;
porque anoche nos sintieron
cuando hablaba por la reja
y ha habido en casa un infier-
Mi ama pegó con el paje; [no.
el paje, que está con celos
de la cocinera, dijo
que serían galanteos
de Lucía; la Lucía
dijo que estaba durmiendo
y que sería el lacayo,
que en quedándose en silencio
todo, se iba a jugar a
los naipes con el cochero.
El lacayo es hablador
y por fin ha descubierto
que era yo que me casaba
breve con un peluquero;
y que por hablar con él
abría con gran secreto
la reja de la cocina
por las noches; quiso luego
sacar la cara mi amo,
que es el mejor caballero
que hay en la mitad del mundo
y aunque diga en mundo y me-
y por esto y otras cosas [dio;
que de aquí fueron saliendo,
se ardió la casa y quedamos
en que me he de casar luego
o me envían a mi tierra:
conque es menester que hable-
el señor Manuel y yo. [mos
Dígaselo usté y que espero
en San Sebastián, cuidado.

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. Poquito a poco; ¿qué es eso
de Manuel el oficial?
ESPEJO. ¿Qué ha de ser, mujer?; lo
[mesmo
que me pasó a mí contigo,
allá cuando nos sintieron
en casa del mercader
donde tú estabas sirviendo.
JOAQUINA. ¡Vele ahí cómo el picarón
del oficial anda haciendo
tantas faltas!
POLONIA. ¿Tardará
mucho en venir?
ESPEJO. No sabemos.
JOAQUINA. Vaya usted con Dios, mujer,
y deje esos devaneos;
porque es perder al muchacho
el que se case tan presto
y antes de desaminarse.
ESPEJO. Pues si sabías todo eso,
¿por qué me perdiste a mí?
JOAQUINA. Porque yo tenía medios
de esaminarte después,
como lo hice.
ESPEJO. Ya lo creo
que me examinaste y bien,
que ya puedo ser maestro
de gurrumista y graduarme
de rollón y cocinero.
POLONIA. Que no se le olvide a usted,
señor.
ESPEJO. No tenga usted miedo.
JOAQUINA. Búsquele usted donde quiera;
que en mi casa no consiento
yo drogas.
POLONIA. Vaya, señora,
que no la incomodaremos
ni le pedimos prestados
ningunos cuarenta pesos.
JOAQUINA. ¡Fuego de Dios y qué traza!
¡Pobre Manuel!; yo protesto
quitarle de la cabeza
semejante casamiento.

POLONIA. Oye usted, ¿y por qué?
JOAQUINA. Porque
me da la regana y quiero;
que soy su maestra.
POLONIA. Y yo
su discípula, y veremos
quién puede más.
ESPEJO. Poco a poco.
(*A* PEPA.)
Váyase usted que yo quedo
aquí a todo.
JOAQUINA. ¡Bravo mueble
para fiador! Yo no quiero.
ESPEJO. Pues yo sí.
JOAQUINA. Yo no.
POLONIA. Dios guarde
a usted y no tengan pleitos
por mí, que no ha de faltarnos
adonde ajustar el nuestro.
(*Vase.*)
ESPEJO. ¡Mujer, qué cosas que tienes!
¿Lo ves?
JOAQUINA. ¿Y qué es lo que veo?
ESPEJO. Medio desecha la boda,
o desecha por lo menos
para nosotros, pues ya
nada participaremos
de la función.
JOAQUINA. ¿Qué función?
Anda a vestir al muñeco
y déjate de locuras.
ESPEJO. ¡Si voy a peinar corriendo
ahora! Vístele tú.
JOAQUINA. La obligación es primero
que la devoción.
ESPEJO. Y sin
trabajar, ¿qué comeremos?
JOAQUINA. Buscarlo: a vestir al niño,
mientras yo pongo el puchero.
ESPEJO. ¡Reniego de mi fortuna
y del oficio; reniego
de ti y reniego de mí!
JOAQUINA. Echa, bribón, echa ternos.
ESPEJO. Esta fué la lotería
que hallé con mi casamiento.
(*Toma el niño de la cuna.*)
Ven acá, chocorrotico
de mis entrañas, consuelo
del alma; ¡qué pasta tiene!
JOAQUINA. Un retrato verdadero
de su padre.
ESPEJO. ¡Qué frescote!
Tiene este muchacho un serio
en los ojos, que es preciso
que llegue a ser con el tiempo
alcalde mayor o padre
presentado por lo menos.
JOAQUINA. Déjate de boberías.
¡Qué recado tan perverso
que traes!
ESPEJO. La carne es mala;
(*Flaca.*)
pero los nabos son buenos
y gordos.
JOAQUINA. ¡Qué bruto eres!
ESPEJO. Ya lo sé.

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. Señor maestro,
¿está usted en casa?
JOAQUINA. ¡Ah, bribón!
ESPEJO. ¿No lo ves?
SORIANO. Vaya, me alegro.
JOAQUINA. ¿Es esta hora de venir?
ESPEJO. Déjale, mujer.
SORIANO. Confieso
que ustedes tienen razón;
pero, señor, yo no tengo
otro padre más que a usted,
y en el lance en que me veo
no me ha de desamparar.
ESPEJO. Vaya, hombre, ensancha ese [pecho.
¿Qué tienes?
JOAQUINA. ¿Qué ha de tener?
¿no lo sabes? Andar hecho
un pillo por esas calles,
diciendo mil chicoleos
a cuantas halla, y de noche
quitando el honor y el sueño
a las doncellas honradas.
SORIANO. Eso no, porque me precio
de hombre de bien y a ninguno
quito nada más de aquello
que me da de bien a bien.
ESPEJO. Lo peor es el sereno,
que en estas noches que hiela
no te puede hacer provecho;
pero aquí estoy yo, no temas,
que a todo daré remedio.
JOAQUINA. En casándose le envío
enhoramala; no andemos
en fiestas, que no será
otra cosa ni por pienso.
SORIANO. Será lo que sea razón.
ESPEJO. Vamos, Manuel, ya sabemos
que te casas; haces bien,
amigo, que ese es el medio
de estar en gracia de Dios,
según dicen los solteros.
SORIANO. Y dicen bien.
ESPEJO. ¡Qué sé yo!
Adelante con el cuento.
SORIANO. Pues, señor, yo no pensaba,
ni ella, porque tiene un genio
amable...
JOAQUINA. Como un demonio.
SORIANO. En hacer el casamiento

hasta que se hiciere en forma,
y examinarme primero;
pero dicen que hubo anoche
un demontre de un enredo
que es preciso cuanto antes...

JOAQUINA. Pero ven acá, jumento:
¿con qué has de costear los [gastos
que se originan, y luego
mantener a tu mujer?

SORIANO. ¿Juzga usted que soy tan lerdo?
Ella, además de ser buena
muchacha, no viene en cueros;
que tiene una prebendita
de cien ducados.

JOAQUINA. ¿Con ellos
te puedes desaminar?

SORIANO. El examen es lo menos,
y no corre tanta prisa.

ESPEJO. Lo primero es lo primero,
que es casarse y quedar bien
con los amigos.

SORIANO. Yo pienso
aunque se derrita el dote,
en quedar con lucimiento.

ESPEJO. ¿Mil y cien reales? Verás
cómo yo te los manejo
de modo que hay para todo
y que aún nos sobra dinero.

JOAQUINA. ¡Ah! De ese modo, tal cual.

ESPEJO. Ten, que voy por el tintero
y ajustaremos la cuenta
de los gastos.

SORIANO. Para eso
es bien consultar la novia:
yo voy a ver si la encuentro
aún en San Sebastián;
y cuenta que lo primero
que se ha de poner en cuenta
es un regalito bueno
para mi maestra.

JOAQUINA. ¡Viva!
Ya sabes que yo te quiero,
Manuel; cuenta con mi casa
toda, y tu mujer lo mesmo.

SORIANO. ¡Viva usted mil años! Voy
a traerla y quedaremos
en lo fijo.

ESPEJO. Anda con Dios
y cuenta que vengas presto,
que nos están aguardando
los parroquianos.

SORIANO. Ya vuelvo.

(*Al irse* SORIANO, *sale de militar ridículo, con corbata y muy despeluznado, como de hidalgo de lugar,* RUIZ.)

RUIZ. Deo gracias.

SORIANO. ¿Qué manda usted?

RUIZ. ¿No vive aquí un peluquero?

SORIANO. Sí, señor.

ESPEJO. ¿Qué se ofrece?

RUIZ. Que me ricen estos pelos
en un instante.

SORIANO. Yo estoy
de prisa, ahí queda el maestro.
(*Vase.*)

ESPEJO. Siéntese usted por ahí, que
breve le despacharemos.
Saca los paños, María.

RUIZ. ¿Cómo paños? Yo no tengo
que curar, gracias a Dios;
y cuando hubiera algo de eso,
lo hubiera hecho de camino
que me ha afeitado el barbero.

ESPEJO. Es el peinador.

RUIZ. Acabara.
¿Ahora salimos con eso?
Yo creí que era lo propio
peinador que peluquero.
Si el peinador no está en casa,
mientras que viene y me peino
tardaremos hora y media
y la mejor hora pierdo
de ver solo a mi Marqués.

JOAQUINA. Este es el peinador, vedlo,
y los paños que decía.

RUIZ. De ese modo ya lo entiendo.

ESPEJO. Vamos, siéntese usté aquí,
enfrente de aquel espejo.

RUIZ. Ya estoy sentado.

JOAQUINA. ¿De espaldas?
¿Se dará mayor jumento?
(*Aparte.*)

RUIZ. ¿Qué va usted a hacer? ¿Para [qué
me quita usted el sombrero?

ESPEJO. Para peinarle.

RUIZ. Es verdad;
y máteme usted los piejos
de camino.

ESPEJO. ¿Cuánto ha
que no se peina este pelo?

RUIZ. Tres días que ha que salí
de mi casa.

ESPEJO. ¡Ya está bueno!

JOAQUINA. ¿Y quién le peinaba a usted?

RUIZ. Mi mujer, que para esto
de adobar una cabeza
no hay mejor mano en el pue- [blo.
¡Ay! ¿Qué hace usted?
(*Hace que le corta el pelo.*)

ESPEJO. Iguarlarlo.

RUIZ. Miente usted, que eso es que- [rerlo
cortar, para hacer después
una peluca con ella.

ESPEJO. ¿Con esta miaja?

RUIZ. Con una

miaja que hurta el carnicero
de cada libra de carne,
junta al año más dinero
que el señor de mi lugar
y se pone más soberbio.
Usted peine, mas no corte
nada, porque reñiremos.

JOAQUINA. Péinale de cualquier modo.

ESPEJO. Daca el bote.

RUIZ. ¿Cómo es eso
de bote?

ESPEJO. Es el botecillo
de azar para que le untemos.

RUIZ. ¡Vaya usté a untar al demonio,
que aquí no estamos enfermos!

ESPEJO. ¿Pues cómo se ha de domar
este soto de cabellos?

RUIZ. ¡Qué poco que sabe usted!

ESPEJO. ¿Pues cómo se hace?

RUIZ. Escupiendo
en la mano, ved, así
con un gargajo está hecho.
(*Lo hace.*)

JOAQUINA. ¿Pues a qué viene a peinarse
si sabe usté el remedio?

RUIZ. Por presentarme a la moda
a mi señor, que le vengo
a pedir que me haga alcalde
del lugar para año nuevo;
porque el que lo ha sido ogaño
me tuvo una noche preso
y quiero tenerlo un mes,
si lo consigo, en el cepo.

JOAQUINA. Esa es venganza.

RUIZ. ¿Y qué importa?

ESPEJO. Venga el cabo.

RUIZ. ¿Usté está ciego?
Si es de día, ¿para qué
saca esa vela de sebo?

ESPEJO. Para untar.

RUIZ. ¡Dale que dale!
En este lugar yo creo,
según gastan, que son el
mejor ramo del comercio
las unturas.

ESPEJO. Si es preciso...

RUIZ. Hombre, ¿usted es peluquero
o vieja que siempre andan
untando a diestro y siniestro?

ESPEJO. Pues váyase usté a otra parte
a peinar, que yo no puedo
peinarle.

RUIZ. Sea enhorabuena:
vuelva usted a ponerme el pelo
como estaba, y deme usted
lo que me cortó en dinero.

JOAQUINA. Usted viene a provocarnos;
¡hombre, vaya usted al infier-

RUIZ. Según dicen por mi tierra [no!
quizá no fuera el primero
que por peinarse ha ido allá
montado en su peluquero.

JOAQUINA. ¿Se dará tal desvergüenza?

ESPEJO. Calla, que yo me divierto.

(*Salen* SORIANO *y* POLONIA.)

SORIANO. Señor, ya está aquí la novia.

POLONIA. Vamos, si ha de ser, corriendo;
porque yo hago falta en casa.

JOAQUINA. Hija, aquí tenéis asiento.

POLONIA. ¿Está usted ya de mejor
humor?

JOAQUINA. Como yo le quiero
al muchacho como hijo
y no sabía el sujeto
dónde había echado los ojos,
¿qué quiere usted?

POLONIA. Pues por eso
no lo debió usted tomar
de aquel modo hasta saberlo.

JOAQUINA. ¡Ea! Pelitos a la mar;
y en satisfacción la ofrezco
ser madrina de la boda.

POLONIA. No puede ser, porque tengo
una tía aquí, casada,
mujer de grande respeto,
que me lo tiene ofrecido.

JOAQUINA. De esa manera, yo cedo.

ESPEJO. En todo caso aquí hay
que girar hasta cien pesos.

SORIANO. Cien ducados.

ESPEJO. Menos es;
pero, en fin, vamos haciendo
la cuenta.

RUIZ. ¿Me acaba usted
de peinar, señor maestro?

ESPEJO. Peina tú allí, Manolillo,
ínterin que yo me entiendo
con la novia.

SORIANO. Bien está.

RUIZ. Pues despácheme usted presto.

SORIANO. ¡Jesús, qué soto!

RUIZ. ¡Ay de mí!

JOAQUINA. ¿De qué os quejais, caballero?

RUIZ. ¡Que me repela! ¡Demontre!,
¿qué hace?

SORIANO. Es que soy ligero
de manos.

RUIZ. Pues hazme el gusto
de sentarla o te la siento.

ESPEJO. Conque diga usted, madama,
¿y quién tiene ese dinero?

POLONIA. En la hora que me case,
lo dará mi amo completo.

ESPEJO. Bien, ¿y en qué se ha de gas-
[tar?

JOAQUINA. Se le hará un vestido nuevo
a la novia.

SORIANO. No, señor;
porque, a Dios gracias, tenemos
quien nos preste lo preciso.
ESPEJO. Mucho mejor; pues si hay eso
se podrá hacer el banquete
y el baile con lucimiento
mayor.
RUIZ. Eso es lo que importa,
y después andan en cueros.
SORIANO. Lo que a mí me parecía
es entregar al maestro,
los cien ducados y él se haga
cargo de todo el festejo.
POLONIA. Lo que tú quieras, Manolo.
SORIANO. ¿Sabe usted en lo que pienso?
Acabe usted de peinar
al señor.
RUIZ. ¡Bueno va esto!
SORIANO. En que el cuarto de tu tía
para la fiesta es pequeño.
JOAQUINA. ¿No tenéis aquí mi sala
que la pondré como un cielo?
SORIANO. Es verdad.
POLONIA. ¡Viva usted más
de cien años!
SORIANO. Otro empeño
falta, que ya que la cosa
se ha de hacer con lucimiento,
todo ha de ir correspondiente.
POLONIA. ¿Cuál es?
SORIANO. Buscar un sujeto
de autoridad, bien hablado,
de militar y discreto
que vaya a pedir la novia.
ESPEJO. Aquí estoy yo, que para eso
tengo gracia. Echate polvos,
Manolillo. Y ¡qué estupendo
vestido y qué rica chupa
para tales casos tengo!
Así no estuviera roto;
pero le remendaremos.
POLONIA. ¿Y cuándo ha de ser?
ESPEJO. Mañana.
POLONIA. Yo me voy, no me echen menos.

(SORIANO *echa polvos a* RUIZ.)

RUIZ. ¡Ay mi Dios!
JOAQUINA. ¿De qué se queja?
RUIZ... ¡Ay, que me han dejado ciego!
¡Justicia!
POLONIA. Ese hombre está loco.
RUIZ. ¡Que me han muerto, que me
[han muerto!
SORIANO. ¿Qué le ha dado a este palurdo?

(*Salen las vecinas.*)

VECINAS. Vecino, ¿qué ha sido esto?
ESPEJO. Este hombre que entró a pei-
[narse.
RUIZ. ¡Ay, que me ha dejado ciego!
POLONIA. Serán los polvos; ¿a ver?
Aguarda, le limpiaremos.
RUIZ. ¿Qué me hacen?
POLONIA. No sea usted bruto.
RUIZ. ¡Hola, hola, que ya veo!
JOAQUINA Pues qué, ¿no se ha echado pol-
en su vida? [vos
RUIZ. Ni los quiero.
¡Infelices petimetres,
y qué lástima que os tengo;
pues encarecéis el pan
por gastar la harina en esto,
y sacrificais la vista,
la bolsa, paciencia y tiempo,
porque os deje calvos antes
con antes el peluquero!

(*Vase.*)

JOAQUINA. ¡Ay, que se va sin pagar!
ESPEJO. ¡Déjale con cuatrocientos
de a caballo!
VECINA 1.ª Manolillo,
¿conque te casas?
POLONIA. Sobre eso
se trataba; ustedes callen,
que ya los convidaremos
para aquel día.
SORIANO. De todo
se hace cargo mi maestro.
ESPEJO. Sí, señor; y los sainetes
con que yo he de disponerlo
ellos lo dirán.
SORIANO. Pues mientras,
cada uno a su ministerio.
POLONIA. Y porque la *primera parte*
de la boda no sea duelo,
cantaré una tonadilla;
y váyanse disponiendo
los ánimos al perdón
de los repetidos yerros.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Aprobaciones de la primera parte:

Nos, el Dr. D. Fermín García Almarza, Presbítero, teniente vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presente y lo que a nos toca, damos licencia para que en los coliseos de comedias de esta corte se pueda representar el sainete antecedente, intitulado *El Peluquero*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y que no contiene cosa opuesta contra la santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid a veinte y ocho de Noviembre de mil setecientos setenta y dos.—*Dr. Almarza.* (Rubricado.)—Por su mandado: *Ambrosio Mariano Eigero.* (Rubricado.)

De representar.

Señor:

He leído el sainete intitulado *El Peluquero*, primera parte, y no contiene cosa que pueda impedir su representación, salvo, etc.—Madrid y Noviembre 29 de 1772.—*Ignacio López de Ayala.* (Rubricado.)

Ejecútese.—*Pinedo.* (Rubricado.)

129

El peluquero casado

(O SEGUNDA PARTE DE EL PELUQUERO)

Para la Compañía de Rivera

1772 (1)

(El teatro representa la misma casa del peluquero, adornada para la fiesta, con sillas y bancos; alrededor cuatro cornucopias con luces; estará encendiendo ESPEJO, *con el vestido de gala, y de militar* SORIANO. *Y luego salen de capa y chupetines como oficialillos del mismo arte* TADEO *y* BALTASAR *y* CALLEJO; *la Sra.* JOAQUINA *entra y sale muy guapa.)*

JOAQUINA. Hasta que venga la gente,
¿para qué es gastar la cera?
ESPEJO. No importa, deja que luzca;
que hay una libra de velas
de a ocho en libra.
SORIANO. Pues ya son
bien dadas las cinco y media.
Mucho tardan.
ESPEJO. Pues el coche,
las mulas y las libreas
para ser de don Simón
son de *muchisma* decencia;
que las puede haber llevado
corriendo de aquí a Vallecas
mejor que un tiro de mulas.
SORIANO. Señor maestro, usted sueña;
y esta mañana en traernos
a casa, desde la Iglesia
tardó cinco cuartos de hora.
ESPEJO. ¿Y qué? ¿No fué diligencia
venir de San Sebastián
a la calle de las Huertas
en tan poco tiempo?
SORIANO. Digo,
¿y tomó usted la prebenda,
señor maestro?
ESPEJO. Al instante
que comimos fuí tras ella,
y el amo me la entregó
en admirable moneda.
SORIANO. ¿Y cómo va?
ESPEJO. Aún está entera.
SORIANO. Pues pague usted a todo el [mundo,
que no quiero entrar con deudas.

(1) Bib. munic.: leg. 1-168-23. Autógrafo de 1772. En la Bibl. Nac. Mss. 14519[27], hay otro ejemplar con las censuras que van al final. Impreso por Durán.

ESPEJO. Ya le he dicho al cocinero
que en acabando la cena,
o antes, me la dé.
SORIANO. Cuidado,
que debo la manteleta
al mercader, abanico
y los zapatos y medias
de la novia.
ESPEJO. Ya lo sé;
ni tampoco la escofieta,
los vuelos y las hebillas
que le has dado a la maestra
están pagados aún;
pero dinero nos queda
para todos cien ducados
entre mis manos son treinta
en otras; déjalo estar,
que yo estiraré la cuerda.
SORIANO. Como a la postre no salte.
¿Y sabe usted lo que llevan
los cocineros?
ESPEJO. Yo, solo
dije que una cosa buena;
costara lo que costara. *(Dentro.)*
TADEO. ¿Se puede entrar?
CALLEJO. Con licencia
de ustedes.
BALTASAR. Adiós, amigos.
CALLEJO. Manolo, sea enhorabuena;
me alegro, porque me han dicho
que la muchacha es perfecta
y que no viene desnuda.
ESPEJO. Es muy linda y muy honesta
y muy mujer de su casa.
Si el diablo no se atraviesa,
el muchacho ha hecho fortuna.
SORIANO. Perdonadme la llaneza;
que es razón bailar un rato,
que al tanto, cuando se ofrezca
aquí estoy yo.
ESPEJO. Y yo también,
que aunque no toco vihuela
ni violín, soy un diantre
para arreglar una orquesta.
RUIZ. Señor maestro, ¿a qué hora
nos saca usted una botella
de vino para beber,
porque está la gente seca?
JOAQUINA. No han dejado más que ocho,
de cuatro arrobas y media
de vino, cuando comieron,
y esas son para la cena.

(Sale CODINA.)

CODINA. Pues ¿qué hemos de beber?
ESPEJO. Agua.
CODINA. ¡Qué boda tan churrutera!
JOAQUINA. ¿Cómo es eso?
RUIZ. Pues bien puede-

buscar quien sirva a la mesa;
que no ha de ser esta noche
como a mediodía.

CODINA. Deja
que lo niegue; beberemos,
y yo lo pondré a la cuenta.

RUIZ. Para las gentes que son,
lo mismo es ocho que ochenta.
(*Vase.*)

ESPEJO. El un pavo, que esté tierno;
pero el otro, aunque no cueza
poco importa.

JOAQUINA. ¿Y por qué es eso?

ESPEJO. Calla, mujer; no seas necia;
que así no le comerán
y para nosotros queda.

JOAQUINA. No pienses en guardar nada;
porque me daba vergüenza
verte delante de todos
ir echando en la alacena
cuanto podías pillar.

ESPEJO. Calla, boba; que esta fiesta
nos ha de dar que comer
toda la semana entera.
Hasta las sopas eché
allí en un rincón.

JOAQUINA. ¡Qué buenas
estarán!

ESPEJO. En apartando
las aceitunas, la crema,
el besugo y lo demás
que está revuelto con ellas,
calentitas a la lumbre
mansa, estarán estupendas.

SORIANO. ¿Y el violín?

TADEO. No le traemos:
¡qué!, ¿hay quien baile cosas
[serias?

SORIANO. ¿Pues no ha de haber? La ma-
y una prima calcetera [drina
que tiene mi mujer, bailan
grandemente a la francesa.

CALLEJO. Pues vamos por él.

SORIANO. Vaya uno,
y queda tú, por si mientras
vienen y quieren bailar.

CALLEJO. Al instante doy la vuelta.

JOAQUINA. Coche viene. (*Vase.*)

ESPEJO. Y es el nuestro,
que también viene a la fiesta
ya prevenido, y tocando
las sonajas con las ruedas.

JOAQUINA. Pues alumbra, Manuel.

SORIANO. Eso
de alumbrar a mi parienta
tan al principio y sin ver
antes quién viene con ella,
no quiero.

ESPEJO. Pues eres bobo;
que peor es que ande a tientas
y caiga, porque tú no
la dices dónde tropieza.

DENTRO. ¡Para, para!

ESPEJO. Con el tiempo,
que todavía es doncella.

JOAQUINA. Que se apeen poco a poco.
(*Salen algunos.*)
¡La novia, la novia!

ESPEJO. ¡Ea!;
no entren más que los de casa,
y los demás todos fuera;
que no es baile del Barquillo.

JOAQUINA. Hombre, déjalos que vean
a la novia.

ESPEJO. Pues prestito,
que voy a cerrar la puerta.

(*Salen primero, como de paseo, en coche, las señoras* POLONIA, *de novia;* BORJA, *de madrina; la* FIGUERAS *y* TORDESILLAS, *de petimetras;* EUSEBIO, *de petimetre de capa;* VICENTE, *de tuna, y la* MARIA PEPA, PORTUGUESA *y* NAVARRA *como vecinas, con los demás hombres sobrantes, que figuran curiosas y vecinas; luego* CAMPANO, *de cachera simón, vejete.*)

FIGUERAS. Que sea por muchos años,
señor Manuel.

EUSEBIO. Y que sea
para servir a Dios siempre.

SORIANO. Llega, Bartolillo, llega,
y no tengas cortedad.

TADEO. Me alegro que usté esté buena,
señora, y que usted me mande
en todo lo que se ofrezca.

SORIANO. Este es mi mayor amigo,
sobrino de la estanquera
de enfrente del espital,
el que toca la vihuela
y la cítara a la ley.

POLONIA. Sea muy enhorabuena.

SORIANO. ¿Qué tal?

TADEO. ¡Bravos ojos tiene!

SORIANO. Eso, como dos candelas.

JOAQUINA. Vamos, *asiéntense* ustedes,
y no gasten etiquetas.
¿Oyes?, ¿quién es aquella alta?

M. P. ¿No ves que es la peluquera
que vivió ahí bajo?

NAVARRA. Es verdad,
mujer, ¡y qué petimetra!
¿Ha heredado?

M. P. Mucho, en vida,
a un tonto que la corteja.

FIGUERAS. Aquí, señor don Felipe.

ESPEJO. Señora, donde usted quiera.

EUSEBIO. Yo siempre junto a madama.

BORJA. Niña, tú aquí, y no te muevas
de mi lado, que para eso
soy tu madrina.

(*Sale* CAMPANO.)

CAMPANO. ¿Se queda

aquí el coche o voy a dar
un pienso a las mulas mientras
es la hora?

BORJA. No, señor;
que en una función como esta
debe estar perennemente
el coche puesto a la puerta.

CAMPANO. ¿Usted sabe que han andado
las mulas más de tres leguas
esta tarde?

POLONIA. Anden catorce;
que para eso se llevan
treinta reales; además
que para todos hay cena.
(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. Aquí está el violín.

ESPEJO. Pues vamos
al baile, y que no se pierda
tiempo.

POLONIA. Noche hay para todo;
y aguardemos a que venga
mi amo.

ESPEJO. ¿Qué ha de venir?

POLONIA. ¿Dejará de dar la vuelta,
a ver a la novia? ¡Vaya!
¡poquito quiere a su Pepa!

SORIANO. Esos cariños del amo,
señor maestro, no me petan.

ESPEJO. ¿Por qué? No empiezas a ser
tonto, y más con la experiencia
de que a todas las muchachas
que quiere, les da prebendas.

SORIANO. Eso es antes de casarse.

ESPEJO. Calla, Manuel, no seas bestia;
que mejor las logran las
casadas, que las solteras.

VICENTE. ¿Oyes, Pretona? ¡Cuidado
(*A la* TORDESILLAS.)
que de mi lado te muevas;
porque habrá doble función!

TORD. ¿Cuándo querrá Dios que ten-
juicio? [gas

VICENTE. Cuando deje de
tratar con quien no le tenga.

TORD. ¿Y no hemos de bailar?

VICENTE. Poco;
lo que baste, porque vean
que si llega la ocasión,
sabe ser la gente atenta:
y pocas vueltas, que tú
fácilmente te mareas.

TORD. ¡Qué pesado eres!

VICENTE. Soltarme:
que a bien que si tú me sueltas,
no faltará quién me coja.

TORD. Algún trapero.

VICENTE. U trapera.

POLONIA. ¿Qué es eso, primita?

TORD. Nada.

BORJA. Manolo, ¿por qué no templan
los músicos, y se baila?

SORIANO. Poco a poco y favorezca
usted más a mis amigos,
que no son hombres que vengan
de casta de ciegos.

CALLEJO. Vamos.

ESPEJO. Señores, váyanse fuera,
(*A los vecinos.*)
que ya han visto lo bastante,
y voy a cerrar la puerta.

VECINOS. Cierre usted. (*Dentro.*)

ESPEJO. A fuera, digo.

VECINOS. No queremos.

ESPEJO. ¡Hay tal tema!
¡Pues como vaya al cuartel
por soldados!...

NAVARRA. ¡Anda fuera!
¡Cuartel!

M. P. ¡Mire qué sujeto,
para que allí le obedezcan!

ESPEJO. Después veremos

TODOS. Agur.

ESPEJO. Una compañía entera
he de traer de granaderos.
(*Vase furioso.*)

JOAQUINA. ¡Pues también es desvergüenza!
Váyanse ustedes de bien
a bien.

M. P. Señora maestra,
vaya, que aquí no estorbamos.

FIGUERAS. Yo aseguro que si fuera
mía la casa...

POLONIA. Madrina,
yo tengo mucha vergüenza
de bailar, con tanta gente
delante.

BORJA. Déjalos, Pepa,
que gracias a Dios, bien eres
para vista, y que te vean.

CALLEJO. Vaya, señores: ¿se baila
o no se baila?

TADEO. Comienza
a tocar, que yo te haré
el bajo con la vihuela.

JOAQUINA. ¿Quién sale?

FIGUERAS. Salgan los novios.

POLONIA. Primero son los de fuera
de la casa.

BORJA. La madrina
debe de ser la primera
en toda función de forma.

FIGUERAS. La novia es la que se lleva
la primacía.

TODOS. Que salgan
los novios.

SORIANO. Por mí no queda,
aunque en mi vida
he bailado minuete.

CAR. Sea enhorabuena;
y que bailen por edades
largas, con salud completa.

(*Tocando piano bailan minuet* POLONIA *y* SORIANO.)

M. P. ¡Qué traza tiene de macho
el novio!

NAVARRA. Pues, digo, ¿y ella?
¡Qué presumida!: yo apuesto
que anda la marimorena
antes de mucho.

RODRIGO. Callad,
no lo oiga la maestra.

NAVARRA. ¿Le ha dado el novio esta bata?

M. P. ¿Qué ha de dar, si el pobre apenas
tiene calzones?

RODRIGO. Oid:
yo le he prestado las medias
que trae para hoy.

NAVARRA. ¿Y mañana?

RODRIGO. Dice que tiene unas viejas,
que bastan para marido.

M. P. ¡Qué bodas tan estupendas!

RODRIGO. La bata sé es alquilada.

NAVARRA. ¿Quién lo ha dicho?

RODRIGO. La prendera
se lo dijo a mi sobrina
cuando bajó a la plazuela
por ensalada.

TODOS. ¡Qué risa!

JOAQUINA. ¿Pues no es una desvergüenza
el que estén haciendo burla
así, después que los dejan
estar?

FIGUERAS. Siempre se portan
asina las gentezuelas.

M. P. La señora del *asina*,
¿qué te parece, Tadea,
la *pulítica* que gasta?

NAVARRA. ¿Si será alguna marquesa?

JOAQUINA. Ya, ya vendrá con la tropa,
mi marido.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. ¡Vamos!, ¡fuera
de aquí todo el mundo!

VECINOS. ¿Quién
lo manda?

JOAQUINA. Es una insolencia
lo que hacen. ¿Traes los solda-[dos?

ESPEJO. No ha querido que vinieran
el oficial; pero dice
que como hubiese pendencia
o alguna cabeza rota,
que vendrán.

JOAQUINA. Pues a romperlas.

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¡Adios, señores!

POLONIA. Mi amo

ESPEJO. Téngalas usted muy buenas,
señor, y usted reconozca
por suya, el ama, la tienda
y los trastos.

MERINO. Muchas gracias.
¿Cómo va de estado, Pepa?

POLONIA. Bien, señor; y no hay motivo
de quejarme a la hora de esta,
que en doce horas que ha que [estamos
ya casados, me contempla
mi marido.

SORIANO. Y todavía
no hemos tenido quimera
ninguna, gracias a Dios.

ESPEJO. ¿Quiere usted dar una vuelta
de fandango o seguidillas?

JOAQUINA. Mejor es después de cena
bailar, que los cocineros
dicen que ya están de priesa,
que han de servir a sus amos.

ESPEJO. Pues que se saquen las mesas.
Vamos, Manuel.

SORIANO. Los dos solos
es imposible ponerlas.

ESPEJO. Pues que ayude don Simón
y que gane la peseta
de la maula.

JOAQUINA. Dice bien,
y entre tanto que prevengan
las cosas en aquel lado,
en estotro bueno fuera
bailar algo.

BORJA... Pues bailemos.

TODOS. Seguidillas, norabuena.

(*Aquí hay una escena bulliciosa y divertida, en que bailan seguidillas los ocho que quieran, los demás se juntan y fisgan;* ESPEJO, SORIANO, CAMPANO *y alguno de los cocineros ponen la mesa, asientos, luces y algunos platos, y* ESPEJO *echará al paso algunos puñados de ensalada y algún panecillo en la alacena. Las seguidillas se elegirán largas para dar tiempo.*)

ESPEJO. Vamos, todo está dispuesto,
para cuando ustedes quieran.

EUSEBIO. Pues a sentarse, señores,
sin cumplimiento.

POLONIA. Hagan cuenta
que están a mesa redonda,
que no tiene cabecera.

RUIZ. Seo maestro, ¿dónde están
un pedazo de ternera
y una polla que aquí faltan?

ESPEJO. ¿Qué sé yo... pues?

RUIZ. Usté vuelva
a ponerla, que no gusto
que me desluzcan las mesas.

ESPEJO. El cochero trajo el plato.

CAMPANO. Es incierto.

RUIZ. Si no fuera

por la gente que hay delante...
(*Vase.*)

POLONIA. Señora, no se detengan
ustedes.

SORIANO. Vamos, amigos.

CALLEJO. Anda tú, Manuel, y cena.
que nosotros tocaremos
en tanto.

SORIANO. Sea enhorabuena;
yo siempre junto a la novia.

BORJA. Ahora es razón que cedas
al amo.

SORIANO. Cederé un lado;
pero los dos también fuera
demasía.

BORJA. Es que me toca
estar a mí a la derecha
y no cedo.

JOAQUINA. Más razón
tengo yo, que soy maestra
del novio.

VICENTE. Tú junto a mí.
(*A la* TORDESILLAS.)

TORD. ¿Dejarás de ser postema?

SORIANO. ¿Y dónde me siento yo?

POLONIA. Bastante tiempo nos queda
de estar juntos, y no hay gente
para que sirva a la mesa.

ESPEJO. Dice bien; Manolo, vamos.

SORIANO. ¿Y qué dirá quien lo vea?

ESPEJO. ¿Qué ha de decir?, cada uno,
con los huéspedes hiciera
lo propio en su casa.

SORIANO. Si es
preciso que uno se avenga
a hacer lo que todos, vamos:
muchachos, suene la orquesta.

(*Tocan como una marcha ínterin cenan: algunos ratos se sientan el maestro y el novio y el cochero, otros traen y quitan platos; y siempre el maestro cuida de la alacena.*)

SORIANO. Anímate, prenda mía.

FIGUERAS. Hija, dale una fineza
a tu novio.

POLONIA. Tengo empacho.

FIGUERAS. ¡Estas cosas me degüellan!
¡Y no le tiene de estar
con el amo en cuchufletas!

POLONIA. Tome usted; vaya. (*A su marido.*)

FIGUERAS. ¿Pues si antes
le tratabas con llaneza
y de tú, ¿para qué es eso?

MERINO. Eso es que ya le respeta
como marido; hace bien.

BORJA. ¿Me hace usted el favor de aquella
florecita?

JOAQUINA. Poco a poco;
que ésta es para la maestra.

BORJA. La madrina es lo primero
en iguales concurrencias.

POLONIA. Dice bien.

SORIANO. No dice tal;
y aunque el mundo lo impidiera,
mi maestra es lo primero.

POLONIA. Basta que conmigo venga
la madrina.

SORIANO. Poco a poco:
no respondas con soberbia
porque empezaremos mal.

BORJA. ¿Oyes, mocoso? ¡Pues cuenta
conmigo! ¿Qué modo es ese
de tratar a tu parienta?
¿Sabes con quién te has casado?

JOAQUINA. ¿Cuándo pensara ella,
la muy cochina?

BORJA. ¿A mi ahijada?

JOAQUINA. A su ahijada, y a cuarenta
madrinas de chicha y nabo...

BORJA. ¡Cuidado con la escofieta!

JOAQUINA. Vuelva a recoger la suya,
no se enfríe la cabeza.

BORJA. ¿A mí ella?

JOAQUINA. ¿Y ella a mí?
¡Solfa, solfa!
(*Aquí se pegan una a otra.*)

TODOS. ¡Que se pelan!

ALG. Vamos, señoras, ¡por Dios!

BORJA. ¿Conmigo una peluquera
de morcilla?

JOAQUINA. ¿Cómo es eso?
Morcilla lo será ella,
y su marido el morcón.

FIGUERAS. Venga usté aquí.

TORD. La prudencia
siempre se encuentra de parte
de las gentes de vergüenza.

(*Sale* RUIZ.)

RUIZ. Chico, recoge la plata
y cuéntala bien; no sea
que a río revuelto, alguno
saque a mi costa la pesca.

M. Y E. Vaya, sosiéguense ustedes.

RUIZ. Señor, aquí está la cuenta;
despácheme usted.

ESPEJO. Al instante;
son novecientos cuarenta
y cinco reales, ¿pues cómo?

RUIZ. A fe, a fe que las dos mesas
de al mediodía y ahora,
no volvería a ponerlas
menos de treinta doblones.

ESPEJO. Cierto que han estado buenas.
Tome usté los novecientos
y en paz, que es preciso atienda
a que son pobres los novios.

RUIZ. Si lo son, ¿para qué intentan
banquetes con ramilletes?

ESPEJO. Porque es fuerza.

RUIZ. Pues si es fuerza
que la paguen; pero, en fin,
no reparo; que las mesas
se recojan, que mañana
volverán por lo que queda.
(*Vase.*)

ESPEJO. Ya he pagado al cocinero;
toma el duro y la peseta
de maula, tú. (*A* CAMPANO.)

CAMPANO. Dios pagar.

SORIANO. Señor mío, ¿cuánto resta?

ESPEJO. Novecientos por un lado
y veinticuatro, nos quedan
ciento y setenta y seis reales
cabales.

SORIANO. De esa manera,
ni se puede pagar nada
de lo que he tomado a cuenta
del dote, ni puedo darle
de comer a mi parienta
mañana.

ESPEJO. ¿A mí qué me importa?
La comida y la merienda
que estuvieron a mi cargo,
sin duda estuvieron buenas
y abundantes; lo demás
allá tú te las avengas.

SORIANO. Eso ha sido destruirme
y abusar de la licencia
de gastar.

ESPEJO. Pues por mi gusto
hacer mañana debieras
lo mismo de tornaboda.

SORIANO. Pues usté pagará a medias
por lo menos este gasto.

ESPEJO. ¿Yo? ¿Por qué?

SORIANO. Pues daré queja
a la justicia.

ESPEJO. Y entonces
me pagarás tres silletas
que han roto, el ruido y el agua
que han gastado.

FIGUERAS. ¿Qué pelea
hay allí?

SORIANO. ¡Que todo el dote
se ha ido con la francachela.!

ESPEJO. Es mentira, que han sobrado
cerca de ciento y ochenta
reales.

TODOS. ¡Jesús, qué bobada!

BORJA. ¡Eso es una desvergüenza!

MERINO. ¿Quién les gastó?

SORIANO. Mi maestro.

BORJA. Pues embargarle la tienda
por la estafa.

JOAQUINA. ¿Cómo es eso?

BORJA. Y quédate tú con ella.

JOAQUINA. Me alegro; y harán muy bien;
por que otra vez no te metas
en estas bromas.

ESPEJO. Así
cada día las hubiera.

TORD. Lo peor es que la cama
y cuanto llevan a cuestas
es prestado y alquilado.

POLONIA. ¿Qué?, ¿no hay justicia en la [tierra
para hacer que ese bribón
mi dote entero me vuelva?

MERINO. Más vale callar, que yo
sé cómo esto se remedia,
que es con doblar la partida.

ESPEJO. ¿Cuándo tengo de ir por ella?

MERINO. Esta vez tengo de ser
yo el mayordomo, y con ella
examinar al muchacho,
y ponerlos con decencia;
que usted es un arbolario,
seor maestro.

ESPEJO. Pues la misma
función, poco más o menos
hubo en mi boda.

JOAQUINA. Y la fiesta
nos costó estar muchos años
casi desnudos y a dieta.

POLONIA. Lo que yo suplico a ustedes,
es que ninguno lo sepa.

MERINO. Mejor es que se publique;
por ver si alguno escarmienta
con el ejemplo.

CALLEJO. Pues vamos;
que no ha de acabar la fiesta
llorando.

SORIANO. Vaya, Matías;
canta una tonada nueva,
de las que sabes.

TADEO. ¿Yo solo?

POLONIA. O te ayudará el que quieras;
y en tanto que se previene,
póngase fin a la idea.

TODOS. Más que por falta de asunto,
por temor de ser molesta (1).

---

(1) Aprobaciones de la segunda parte:

Nos, el Dr. D. Fermín de Almarza, Presbítero teniente, vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presente y por lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete titulado *Segunda parte de El Peluquero*, atento que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y no contiene cosa alguna opuesta a nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid a veinte y ocho de Noviembre de mil setecientos setenta y dos.—*Dr. Almarza.* (Rúbrica.).—Por su mandado, *Juan Eva. Martínez.* (Rúbrica.) Escribano.

(De representar.)

Señor:

He leído el sainete intitulado *El Peluquero*, segunda parte, y no contiene cosa que pueda impedir su representación. Salvo etc.—Madrid y Noviembre, 29 de 1772.—*Ignacio López de Ayala.* (Rúbrica.)

Ejecútese.—*Pinedo.* (Rúbrica.)

130

El peluquero viudo

(TERCERA PARTE)

Para la compañía de Eusebio Rivera

1773 (1)

(Calle pública; por un lado ESPEJO, *de peluquero, viudo, en cuerpo, con bolsa de polvos, etc., y por el otro, de barbero,* CALLEJO, *con capa y recados de afeitar.)*

CALLEJO. ¡Vaya usted con Dios!
ESPEJO. ¡Amigo,
me alegro de que hayas vuelto
a Madrid! ¿Qué?, ¿no probaba
el lugar de Ciempozuelos?
CALLEJO. ¡Qué ha de probar, si los hom- [bres
hacen vanidad de cerdos,
y de mes a mes se quieren
afeitar de balde! Luego,
las mujeres comen poco
y guardan los mandamientos
conque no hay una sangría
ni una cura de provecho,
para ejercitar el arte.
ESPEJO. ¿No te lo estuve diciendo?
Si no hay en el mundo villa
como esta para barberos;
porque, amigo, es mucho lo
que se afeita en este pueblo.
CALLEJO. Por eso he vuelto a Madrid.
Pero, diga usted: ¿qué es esto,
y por quién lleva usted luto?
ESPEJO. Por mi mujer.
CALLEJO. ¿Qué?, ¿se ha muerto?
ESPEJO. ¿Has visto tú por los vivos
vestirse a nadie de negro?
CALLEJO. ¿Y de qué murió?
ESPEJO. De nada.
CALLEJO. ¿Pues cómo?
ESPEJO. Según dijeron
los médicos, todo el mal
era nada para ellos;
y entre si nada o no nada,
se ahogó sin salir al puerto.
CALLEJO. ¿Pues qué se ha de hacer, [amigo?
Fuerza es que nos conformemos
con la voluntad de Dios.
ESPEJO. Ya lo hago en cuanto puedo, *(Llora.)*
pero me hace mucha falta.
CALLEJO. Pero usted aún está bueno
y se volverá a casar.
ESPEJO. ¡Si no ha más que mes y medio
que se murió mi mujer *(Se ríe.)*
todavía!
CALLEJO. Pero luego
que pase año.
ESPEJO. No es preciso
el que pase tanto tiempo.
¡Qué sé yo!: la verdad es
que no está uno bien soltero.
CALLEJO. ¿Y ahora quién le cuida a [usted?
ESPEJO. ¿Te acuerdas de aquel mancebo
que tuve?
CALLEJO. ¿De Manolillo,
el de Cartagena?
ESPEJO. El mesmo.
CALLEJO. ¿Que tuvo con la criada
de no sé qué casa, un cuento:
y que ella tenía una
prebenda, y que los cogieron
hablando, y que se casaron
al instante?
ESPEJO. Sí; yo creo
que te hallastes en la boda.
CALLEJO. ¿No fué a la entrada de in- [vierno?
ESPEJO. Si es preciso que te acuerdes;
jamás ha habido en el gremio
boda más sonada.
CALLEJO. Como
que aquel día consumieron
los cien ducados, y al otro
se hallaron los dos en cueros.
ESPEJO. Eso lo dispuse yo;
y quedó con lucimiento
Manuel; porque a la verdad,
estuvo todo completo;
¡quién tuviera su alacena
como entonces! *(Aparte.)*
CALLEJO. ¿Y qué ha hecho
después? ¿Tiene tienda propia?
ESPEJO. No, que en mi casa los tengo
a él y su mujer, y a dos
hermanitas que trajeron
de ella.
CALLEJO. ¿Y le cuidan a usted?
ESPEJO. No estoy, a fe, muy contento,
porque me quieren mandar
y tienen malditos genios.
CALLEJO. Enviarlos enhoramala.
ESPEJO. El caso es que ya no puedo;
porque me han de despedir
o me han de poner un pleito.
CALLEJO. No las han ellos conmigo,
y ahí el único remedio
es que os caséis.

---

(1) Bib. munic.: leg. 1-168-24. Autógrafo de 1773. Impreso por Durán, I, 331 y siguientes.

ESPEJO. ¿Sabes tú
de alguna novia?
CALLEJO. Yo tengo
una prima, buena moza
y de habilidad, sirviendo
aquí en Madrid, que discurro
que os conviene, con efecto.
ESPEJO. ¿Y tiene alguna prebenda?
CALLEJO. Eso no.
ESPEJO. ¿Pues con qué haremos
la función del desposorio,
la comida y el refresco?
CALLEJO. Eso es una bobería:
¿no tiene usté el escarmiento
en su oficial?
ESPEJO. Eso es peor;
porque yo, como maestro,
debiera gastar el doble;
pero por fin la veremos.
CALLEJO. ¿Quiere usted que se la lleve
a casa con el pretexto,
de camino que va a misa,
de que entra a cortarse el pelo
a la moda?
ESPEJO. Me parece
muy bien; a casa me vuelvo,
y no saldré en todo el día.
CALLEJO. No, señor, que pronto iremos.
ESPEJO. Pues hasta después; que yo
enviaré al aprendizuelo
a peinar los que me faltan;
pero él viene allí, me alegro,
con eso irá desde aquí.

(*Sale* CHINITA, *con un peluquín peinado en cada mano.*)

CHINITA. Yo discurro que hoy no peino
la mitad de parroquianos.
¡Jamás otra vez empiezo
por casa de don Andrés,
porque siempre me entretengo
demasiado en la cocina!
¡Y cómo rabia de celos
el paje!, y tiene razón
el pobre, pues le requiebro
la compañera, y le soplo
los más días el almuerzo.
ESPEJO. Eso es, vete más despacio,
holgazán.
CHINITA. Si están durmiendo
los más de los parroquianos
aún.
ESPEJO. Y están ya cayendo
las nueve. Despáchate
y ve a casa don Pedro,
don Jorge y al capitán
de milicias, que hoy no puedo
peinarlos yo.
CHINITA. Yo tampoco.
ESPEJO. ¿Y por qué?
CHINITA. Porque no tengo
orden del señor Manuel.
ESPEJO. ¿Acaso es él el maestro?
CHINITA. ¡Qué sé yo!: lo que yo sé
es que usted le tiene miedo;
conque vean si es razón
que yo le tenga respeto.
ESPEJO. Marcha, y haz lo que te mando,
que si acaso te echan menos
yo les diré a lo que has ido.
CHINITA. ¿Y que nos regañen luego,
a usted porque me lo manda
y a mí porque le obedezco?
No, señor.
ESPEJO. Digo que vayas.
CHINITA. Dígole a usted que no quiero.
CALLEJO. El muchacho es obediente.
ESPEJO. Ven acá: ¿quién es el dueño
de la tienda?
CHINITA. La mujer
del señor Manuel.
CALLEJO. Pues, necio:
¿quién te da de comer?
CHINITA. Ella.
CALLEJO. ¿Y quién te enseña el manejo
del arte?
CHINITA. ¿De qué arte hablamos?
CALLEJO. Del arte de peluquero.
CHINITA. Ella; que a mí y al marido
nos artificia el cabello
cuando quiere, a manotadas.
CALLEJO. ¿Y a eso qué dice el maestro
y qué hace entonces?
CHINITA. Callar;
mas, ¿qué ha de decir? si creo
que es más aprendiz que yo;
y el otro día me acuerdo
que le hizo llorar. (*Ríe.*)
CALLEJO. ¿Por qué?
CHINITA. Porque volvió de paseo
después de las oraciones.
CALLEJO. Amigo mío: ya veo
que vuestras cosas van mal,
y es fuerza poner remedio.
ESPEJO. Sí, señor; lo dicho, dicho.
CALLEJO. Voy al punto a disponerlo. (*Vase.*)
ESPEJO. Y yo a esperaros a casa.
CHINITA. Mire usted que yo no peino
a nadie.
ESPEJO. Si no los peinas
te despido en el momento.
CHINITA. ¿Despedirme a mí?, ¡qué risa!
¿Quién es usted para eso,
teniendo yo a la maestra
de mi parte?
ESPEJO. Lo veremos.
CHINITA. No le despida yo a usted,

si se me antoja, primero.
(*Yéndose.*)

ESPEJO. ¡Aguarda, pícaro!

CHINITA. Abur,
que es tarde y me voy corrien-
[do.
(*Vase.*)

ESPEJO. ¡Hasta el aprendiz se burla
de mí; pues estamos buenos!
¡No, señor; boda me fecit,
y muy breve, porque en esto
de escotar y no comer
soy un grande majadero!
No hay más que cerrar los ojos,
y si me saliere mal,
casados hay en el pueblo
que me presten la paciencia
que les sobra a muchos de ellos.

(*Se descubre la tienda de peluquero, y a la mesa sentadas, tejiendo la* CORTINAS *y* SANTISTEBAN, *en blanco y cofietas.* SORIANO, *barriendo la tienda y la* POLONIA, *muy petimetra, sentada almorzando.*)
(*Cantan* CORTINAS *y* SANTISTEBAN, *a duo.*)

C. Y S. Parecen a las damas
los peluqueros,
en que ocultan sus redes
con los cabellos.
Viva el arte gracioso
de gusto y lisonjero,
que añade gracias
a un rostro bello.
¡Viva el pulido,
peine travieso
que hace cadenas
de los cabellos;
donde los corazones
se quedan presos!
¡Qué bien lo enredan
con sus ojos y manos
las peluqueras!
¡Viva el arte gracioso!, *etc.*

POLONIA. ¿Ha de durar todo el día
ese barrido? ¡Reniego
de tu flema!

SORIANO. Si te digo,
mujer, que yo no lo entiendo.
¿No pudieran tus hermanas
o tú también hacer esto,
y entretanto ir yo a peinar
mujeres?

POLONIA. Si yo no quiero,
y te he dicho que ahí están
el aprendiz y el maestro;
que vayan.

SORIANO. Si no los quieren,
y de esa suerte perdemos
parroquianos.

POLONIA. ¡No eres tú
mal parroquiano, por cierto!
Anda, tráeme el chocolate,
y mira aquellos pucheros
si cuecen.

SORIANO. ¿No has almorzado?

POLONIA. Dos o tres pares de sesos
que se vuelven nada, fritos
y dos huevecillos frescos:
¡brava ración!; además,
que nada me hace provecho
si no tomo chocolate
encima.

SORIANO. Ya voy por ello;
¿y nosotros qué almorzamos?

POLONIA. Para ti, para el maestro
y el aprendiz, si pasaren,
luego después compraremos
media libra de cerezas.

SORIANO. ¿Y si no pasan?

POLONIA. Ahí creo,
que hay en el cajón pan duro
y unas cortezas de queso.

SORIANO. ¡Mujer!, ¿y es eso razón?

POLONIA. Anda, que bastante tiempo
me tuvísteis muerta de hambre
tu maestro y tú; y si puedo
yo haré que mis cien ducados
salgan de vuestros pellejos.

SORIANO. Bien los ha pagado el pobre
simple, y luego nos ha hecho
tanto bien...

POLONIA. El chocolate,
y con réplicas no andemos.

SORIANO. ¡Por no oirte!...

POLONIA. Por no oirme,
¿qué?

SORIANO. Me fuera a los infiernos.
(*Vase.*)

POLONIA. Pues vete, y estate allá
hasta que yo te eche menos.

SANT. ¡Cómo los tratas, mujer!

POLONIA. Es el modo más perfecto
de hacer siempre nuestro gusto,
y que ellos callen de miedo
de que lo hagamos peor.

SANT. Sin embargo, yo me temo
que si el maestro se enfada...

POLONIA. ¡Qué se ha de enfadar el viejo!
Tan acobardado está
que si en el día le ordeno
que se muera, veréis cómo
se tiende, y se queda muerto.

CORTINAS. Dices bien; aprieta, chica,
y campa por tu respeto.

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. Aquí está ya el chocolate.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Manolito, ve corriendo
a peinar al capitán.

a don Jorge y a don Pedro
en un instante, que a mí
me ha dado en el lado izquierdo
un flato, que como soy
pecador, me estoy muriendo.

POLONIA. Pues si usted se ha de morir,
al hospital, que no quiero
ruidos en casa.

SORIANO. Mujer,
mejor será que le demos
a su mercé el chocolate.

POLONIA. ¿A él el chocolate? ¡Un...!

ESPEJO. ¡Buenos
estamos; hoy en el día
me he de casar sin remedio! (*Aparte.*)

POLONIA. ¿Y qué ha hecho usted hasta [ahora?

ESPEJO. ¡También es atrevimiento
venirme a mí a pedir cuenta!

POLONIA. Para eso le mantenemos.

ESPEJO. ¿Quién?

POLONIA. Mi marido y nosotras.

ESPEJO. ¡Esto es lo mejor del cuento!
¿Pues esta tienda no es mía,
y trabajo como un negro?
¡Ah, si alzara la cabeza
la que pudre y viera esto!

POLONIA. Ya se guardará muy bien
de volver aquí, teniendo
yo tomada posesión.
Ea, a peinar.

ESPEJO. Yo me muero.
¿Cuánto va que todavía
me hace salir, y que pierdo
la ocasión de ver la novia? (*Aparte.*)

SORIANO. ¿Adónde está mi sombrero?

POLONIA. ¿Para qué?

SORIANO. Para llegarme
a peinar esos sujetos.

ESPEJO. Chicas, ¿hay agua caliente?

CORTINAS. Caliente está la del tiempo.

SANT. No seas así; aguarde usted,
que ahora la calentaremos. (*Entrase.*)

ESPEJO. Esta es más caritativa.

POLONIA. ¿Adónde vas?

SORIANO. Pronto vuelvo.

POLONIA. Si yo no quiero que salgas.

SORIANO. Bien, hija; no haya por eso
gritos, y piérdase todo. (*Tira el sombrero.*)

(*Sale* CHINITA, *y detrás, dándole de palos con el bastón,* MARTINEZ.)

CHINITA. ¿Quiere usted estarse quieto,
señor don Andrés?

MARTÍNEZ. ¡Bribón;
yo te romperé los huesos!

SORIANO. ¿Pues qué desvergüenza es esta
de llegar hasta aquí dentro
a cascar a mi aprendiz?

MARTÍNEZ. ¡A palos he de molerlo!

POLONIA. Si usted le vuelve a tocar,
con un taburete de estos
le he de estrellar la cabeza.

ESPEJO. Aguarda, mujer; sabremos
por lo que es.

POLONIA. Sea lo que fuere,
es una infamia.

CHINITA. Me alegro
de que usted saque la cara;
porque yo nunca me meto
con el señor don Andrés.

MARTÍNEZ. ¿Es la verdad?, ¡embustero!

CHINITA. Escuche usted lo que dice,
que digo verdad y miento.

POLONIA. Viene usted fuera de juicio.

MARTÍNEZ. A decir a ustedes vengo
que no vuelvan a enviar
a mi casa ese gatuelo,
que en vez de peinarme bien
las pelucas, pierde el tiempo
en alborotar los cascos
de las criadas.

POLONIA. ¡Ah, perro!
y luego dices que te hacen
esperar, o están durmiendo
los parroquianos. (*Dale.*)

CHINITA. Señora,
si es que el paje va con cuentos
a su merced, envidioso
de que yo le galanteo
la cocinera, y le birlo
los más días el almuerzo.

POLONIA. ¿Pero es verdad o es mentira?

CHINITA. ¿Me cascará usté en diciendo
la verdad?

POLONIA. No.

CHINITA. ¿Como hay Dios?

POLONIA. Digo que no.

CHINITA. Pues es cierto;
y si tuviera prebenda
como usted, y amo tan tierno
de corazón que la diese
otra después en dinero
y alhajas como el de usted,
se quedaba el paje al fresco.

MARTÍNEZ. ¿Con que ella te quiere?

CHINITA. Mucho.

MARTÍNEZ. ¿Y al paje?

CHINITA. No nos cansemos,
ella querrá a quien le envide
más breve y mayor el resto.

MARTÍNEZ. ¡Bueno, lindo!: en todo caso
que no vuelva este mozuelo
a casa; que en mi familia

yo sabré poner remedio.
SORIANO. Yo iré allá desde mañana.
POLONIA. Porque has olido que hay bue-
bigotes; ¡seguro está! [nos
SORIANO. Por mí que vaya el maestro.
POLONIA. Peor, porque en aquel día
le pedirá boda el cuerpo.
De casa no irá ninguno:
busque usté otro peluquero.
MARTÍNEZ. Me conformo desde ahora,
que a bien que nada les debo.
(Vase.)
ESPEJO. ¿Deste modo se despiden
los parroquianos?
POLONIA. Callemos,
y vaya usté a despachar
los otros.
ESPEJO. ¡Ay, que me muero!

(Sale de payo, de militar, RUIZ, *mirando a todas partes.)*

RUIZ. ¿Es aquí?, no tal: sí tal,
vaya, que aquí es, con efecto.
POLONIA. ¿A quién busca?
RUIZ. No es a usted.
POLONIA. ¿Pues a quién?
ESPEJO. Al peluquero
de la otra vez.
ESPEJO. Pues yo soy.
RUIZ. ¡Si era blanco, y usté es ne-
[gro!
ESPEJO. Es que murió mi parienta.
RUIZ. ¡Téngala Dios en el cielo!
SORIANO. ¿Y a qué venís?
RUIZ. A que ustedes
vuelvan a rizarme el pelo.
SORIANO. ¿No es usté el que alborotó
la casa, y se nos fué luego
sin pagar?
RUIZ. Como yo era
entonces en Madrid nuevo,
no sabía los estilos;
pero ya enterado vengo
de que cada peinadura
cuesta ocho cuartos, poniendo
ustedes todo el recado:
por eso traigo mi sebo,
mis trapos, peines, harina,
borla, cuchillo y espejo.
¿Cuánto le he dar a usted
por las manos?
POLONIA. ¿Y qué?, el fuego,
las tenazas y la silla
¿no cuestan también dinero?
RUIZ. Dice bien; despáchenme,
que al postre no reñiremos,
que estoy de prisa.
SORIANO. Paquillo,
despáchale.
CHINITA. Aquí hay asiento.
POLONIA. Péinale, por divertirnos.
RUIZ. Haga usted el prorrateo,
(A ESPEJO.*)*
y rebájese la silla
para que me cueste menos.
CHINITA. ¿Cómo he de peinarle en pie?
RUIZ. ¡Dale; sobre que no puedo
sentarme!
CHINITA. ¿Por qué razón?
RUIZ. Porque tengo dos diviesos
en cierta parte del mundo,
que me embarazan.
CHINITA. Poneos
de rodillas.
RUIZ. Otros dos
me van en ellas saliendo.
CHINITA. Pues yo no alcanzo a peinarle;
venga usted, señor maestro.
ESPEJO. Si estoy malo.

(Sale SANTISTEBAN.*)*

SANT. Aquí está el agua.
ESPEJO. ¡Qué flatazo tan tremendo!
Lo que tarda ya la moza.
(Aparte.)
POLONIA. ¡Qué *poquísmo* entendimiento
tienes!, ¿por qué no le peinas
con la escalera?
CHINITA. Porque eso,
aunque es aquí más preciso,
al fin es capricho ajeno.
POLONIA. Pero lo fué de un pintor,
y no de otro peluquero;
conque saca tu escalera
y sirve a este caballero.
CHINITA. Aquí está.
RUIZ. ¿Vas a espulgarme
o vas a limpiar vencejos?
CHINITA. Yo voy a la torre; allá
veré los nidos que encuentro.
RUIZ. Toma desde luego el peine
y avisa, te iré surtiendo.
POLONIA. El payo es original.
CHINITA. En todo acontecimiento
pongámonos de manera
que me monte en su pescuezo
si la escalera se escurre.
RUIZ. Hijo mío, mal y presto.

(Sale CALLEJO, *de militar, y la* RUBIO, *de basquiña y mantilla, con una escofieta en la mano.)*

CALLEJO. Entra, chica, que aquí saben
poner esos embelecos.
RUBIO. ¡Que tengo vergüenza, tío!
SORIANO. ¿Qué quieren ustedes?
CALLEJO. Vengo
a que me hagan el favor,
pagando su justo precio,
de poner esta escofieta

a esta niña.

ESPEJO. En el momento: *(Suelta la taza.)*
sí, señor.

CALLEJO. Ya está informada
y tiene conocimiento
de usted. *(Aparte.)*

ESPEJO. Mejor que mejor.
El taburete de aquellos
que esté más limpio, Manuel.

POLONIA. Retírese usté allá dentro,
que está malo.

ESPEJO. Con el agua
caliente me he puesto bueno.

POLONIA. Déjelo usted, sin embargo,
que nosotras entendemos
de estos peinados mejor.
Patricia, este alfiletero.
(Se la ponen las tres, al otro lado que está RUIZ.)

CORTINAS. ¿De dónde es usted, mocita?

RUBIO. Señora, yo no me acuerdo:
mi tío es el que lo sabe.

POLONIA. ¡Las que la tal se habrá puesto!

CORTINAS. ¡Qué lástima de escofieta!

ESPEJO. Enreda bien ese pelo.

POLONIA. Usted déjenos en paz.

SANT. ¿No ves el diantre del viejo
cómo se engríe?

ESPEJO. ¿Qué tal? *(Aparte a CALLEJO.)*

CALLEJO. No hay por ella impedimento;
porque ya sabe que sois
hombre de bien.

ESPEJO. Lo celebro.
¡Qué doble, qué doble que es!;
como yo; ¡qué par haremos!

CHINITA. Señor Manuel, la escopeta.

SORIANO. ¿Para?

CHINITA. Para que cacemos.
¡En mi vida he visto bosque
más poblado de conejos!

RUIZ. Pilla todos los que quieras,
que no huirán, y estate quieto;
que si te me caes encima,
me sacudo y te reviento.

ESPEJO. Todo eso no vale nada;
déjame a mí.

POLONIA. Si no quiero.

RUBIO. ¿Esta señora es su esposa
o su mujer de usted?

POLONIA. ¿Eso
qué le importa?

ESPEJO. Ni uno ni otro.

RUBIO. Pues de esa manera, quiero
salir hoy de aquí, peinada
de la mano del maestro.
Venga usted si quiere que
le pague lo que le debo.

ESPEJO. A un ladito. *(Apartándalas.)*

POLONIA. ¡A que me enfado,
y de la tienda los echo
a todos!

ESPEJO. No me provoques,
porque declaro el secreto.

POLONIA. ¿Qué secreto?

ESPEJO. ¿Lo declaro?
(A la RUBIO.)

RUBIO. De manera que en barriendo
la tienda de toda esta
basura que miro dentro,
de modo que yo me quede
sola en ella, me convengo.

ESPEJO. Si en eso sólo consiste,
voy por la escoba.

POLONIA. ¿Qué es esto?

ESPEJO. Que me cansé de aguantar
a ustedes; y que ya tengo
quién me cuide, y quién me [sirva
bien, y para todo dentro
de casa.

SORIANO. ¿Lo ves, mujer?
La culpa tiene tu genio.

POLONIA. ¡En qué poca agua se ahogan
ustedes! ¿Tan poco seso
tiene esta señora que
podía querer a un viejo
tan pobre, tan holgazán,
tan ridículo y enfermo,
que a una moza como un pino
de oro echó al cementerio
en cuatro días? Es chanza.

RUBIO. La que se chancea creo
que es usted. Yo le conozco;
como que estuve sirviendo
en ese cuarto de enfrente
bajo, dos años y medio;
sé que estimó a su mujer,
que era un mueble de este [tiempo,
que ni a sus hijos sabía
envolver; conque dejemos
las burlas, porque este lance
ha llegado a punto serio.

ESPEJO. ¡Bien haya tu pico, amén!
Aunque quede pereciendo,
te tengo de hacer un traje
zafiro con cabos negros. [nas?

RUIZ. ¿Peinas, muchacho, o no pei-

CHINITA. Espere usté, que estoy viendo
asomado a la ventana
en lo que para este cuento.

CALLEJO. Ya usté la oye; en qué queda- [mos.

ESPEJO. Por mi parte ya está hecho.

CALLEJO. ¿Y tú, qué resuelves?

RUBIO. ¿Yo?

nada; mientras que no veo
salir a toda esta gente.
ESPEJO. Si sólo consiste en eso,
breve estamos despachados.
(*Coge una cabeza.*)
¡Vamos, fuera!
S. Y LAS 3. No queremos.
CALLEJO. ¿Habrá mayor insolencia?
CHINITA. Allá voy, señor maestro.
a ayudar a usted. (*Baja.*)
LAS TRES. ¡Justicia!
RUIZ. Muchacho, átame estos pelos.
LAS TRES. ¡Ay, que nos matan!
POLONIA. ¡Justicia!
ESPEJO. Afuera, digo.

(*Sale* QUEVEDO.)

QUEVEDO. (*Alcalde.*) ¿Qué es esto?
ESPEJO. Ya lo diré.
POLONIA. Yo también,
que las faldas son primero.
(*Y todos.*)
QUEVEDO. Señores, poquito a poco;
¿quién es de la casa el dueño?
S. Y E. Yo.
QUEVEDO. ¿Cuál miente de los tres?
CHINITA. Los tres, que todo este enredo
es sobre la posesión
que ésta tiene por entero.
QUEVEDO. ¿Pues qué motiva esta bulla?
ESPEJO. Señor, yo soy el maestro,
tenía aquesta familia,
y la estaba manteniendo
porque cuidase mi casa;
y en lugar de agradecerlo,
se regalaban, y a mí
me trataban como a un negro.
Pensé volverme a casar
otra vez por salir de ellos,
y se vuelven contra mí.
Este es, señor, todo el pleito.
QUEVEDO. Testigos.
CHINITA. Yo.
CALLEJO. Yo también.
TADEO. En tu favor depondremos
todos los vecinos, pues
era de todos el siervo.
QUEVEDO. Todos dentro de dos horas
fuera de esta casa.
POLONIA. Apelo.
SORIANO. ¿De qué, si tiene razón?
Vamos, mujer, y callemos,
pues que tenemos la culpa.
ESPEJO. Manolo, con todo eso
te he de dar que trabajar.
CHINITA. ¡Qué animal es mi maestro:
y la maestra parece
que es también mujer de peso!
ESPEJO. Ya ve usted que está servida.
CALLEJO. Y usted lo estará a su tiempo,
con la bendición de Dios.
RUBIO. Yo callo, otorgo y consiento.
ESPEJO. Pues vamos a divertirnos
empezando, desde luego,
por una tonada nueva.
TODOS. Que dé fin al intermedio.

FIN

131

La república de las mujeres

Sainete fin de fiesta para la tragedia
Hamleto

1772 (1)

(*El teatro representa una isla, que se figurará al principio con selva corta, un cubo de muralla a la izquierda, con puerta abierta, y en ella algunos pertrechos de obra interior. Música a un lado, y a otro tiros de salva y voces de desembarco. Con el cuatro de hombres saldrán de esclavos* VICENTE, RAMOS *y* SORIANO, *trayendo a cuestas una gran viga;* TADEO *y* CORONADO *con cubos,* AMBROSIO *y* BALTASAR *espuertas de arena; y con su música se entrarán por la puerta de la muralla, delante de la cual se estarán paseando, armadas con arcos y flechas, la* BORJA *y la* RABOSO.)

(*Coro de mujeres dentro.*)

CORO. ¡Al arma, al arma, al arma;
contra los hombres guerra!
¡Viva de las mujeres
la libertad eterna!
¡Vivan las damas;
triunfen y venzan;
sufran los hombres,
penen y sientan!
¡Tristes de los esclavos
que salen cargados!
R. Y S. ¡Oh, sexo vengativo; (*A dúo.*)
oh, femenil soberbia!
TODOS. ¡Ay, del triste que sufre tus
[cadenas!
TADEO. Fortuna enemiga, (*Solo.*)
¿por qué, di, tu rueda
veloz en los bienes
tan pesada en los males da la
(*A duo.*) [vuelta?
¡Oh, sexo vengativo;
oh, femenil soberbia!
TODOS. ¡Ay del triste que sufre sus ca-
CORO. ¡Vivan las damas; [denas!
(*Dentro.*)
triunfen y venzan;
sufran los hombres,

(1) *Inédito.* Bib. Nac. MS. 14.521, con la fecha 1772. Los actores de este sainete fueron sacados de las dos compañías.

penen y sientan! (*Tiros.*)

(*En entrando los esclavos entran detrás las centinelas, y cierran.*)

¡Echad anclas; a la orilla,
a tierra todos, a tierra!

(*Sale* CHINICA *con su capa al hombro, como huyendo y atemorizado.*)

CHINICA. ¡Pobre de mí: adiós, Chinica!
¡Llegó tu hora postrera!
¿Qué paraje será este
donde del mar la violencia
nos arrojó y sin saber
si de paz o si de guerra
apresaron nuestras naves,
apenas pudieron verlas
desde el puerto, cuando el vaso,
plaza de armas de madera;
unas veces pez que nada,
y otras pájaro que vuela,
subiendo y bajando montes
de agitadas ondas crespas,
ya bajaba a los abismos,
ya subía a las estrellas?
Solo y prófugo discurro
una senda y otra senda
y según el corazón
me avisa, no es buena tierra,
pues un dia he caminado
sin encontrar una cepa.
GRAN. ¿Quién vive? (*Dentro.*)
CHINICA. Gente de paz.

(*Salen las señoras* GRANADINA *y* POLONIA, *la primera con fusil y la segunda con un pífano colgado al pecho.*)

POLONIA. No será sino de guerra,
si es hombre.
CHINICA. Si en eso pende,
seré lo que ustedes quieran.
GRAN. ¿Qué destino te ha traído,
infeliz, a tu perpetua
esclavitud o a tu muerte?
CHINICA. ¿Pues acaso estamos cerca
de Argel?
GRAN. Ya pudieras dar
un brazo porque eso fuera.
CHINICA. ¿Pues dónde estoy?
POLONIA. En la isla
de las mujeres exentas,
república libre donde
ellas sólo penden de ellas;
donde el hombre masculino
se aborrece y se detesta;
y donde se huye del hombre
siempre.
CHINICA. ¿Pues con quién comercian?
GRAN. No hay comercio en esta isla,
que porque en nada dependa
nuestra villa de ellos, sabe
surtir su naturaleza
del sustento y de las armas
nuestro valor en las presas.
CHINICA. ¿Conque en esta isla ninguno
de nosotros sea el que sea,
tiene partido entre ustedes?
LAS DOS. Ninguno.
CHINICA. ¿Pues quién la puebla?
POLONIA. Para los nobles encargos
del gobierno y la defensa,
nosotras; y los cautivos,
para las cosas plebeyas
y serviles.
CHINITA. Según eso,
hemos llegado a la tierra
de las Amazonas.
POLONIA. No,
que hay muy grande diferencia;
pues de esta isla jamás
vuelve a salir cuando entra,
sino las que andan al corso,
que es cargo de las más viejas.
CHINICA. ¿Conque ustedes nunca hacen
expediciones de aquellas
que hacían las otras?
GRAN. Nunca.
CHINICA. Pues, según la historia cuenta,
con las reclutas que hacían
tenían siempre completa
la guarnición.
GRAN. El primero
de nuestros votos en esta
república dominante
es mantenerse doncellas.
CHINICA. ¿Hasta qué edad?
POLONIA. Para siempre.
CHINICA. ¡Qué religión tan estrecha!
¿Quién fué el fundador
GRAN. Vosotros;
y porque todo lo sepas,
ofendidas diez mujeres,
hará cosa de cincuenta
años, según los anales,
nuestros nos lo manifiestan,
de ver con la tiranía
que los hombres de su era
las manejaban...
CHINICA. Suplico...
Ya en eso se ha puesto enmien-
si por eso se enfadaron, [da;
ya pueden volver contentas.
GRAN. Calla y escucha. Ofendidas,
vuelvo a decir, diez soberbias
mujeres se conciliaron
con otras muchas, y atentas
a sacudirse de un yugo
que no podían sus fuerzas
romper de otro modo, huyeron

de su patria con cautela;
se embarcaron con la misma
y se apoderaron de esta
desierta isla y en donde
sacaron de su cabeza
las leyes para el gobierno.

CHINICA. ¡Qué buenas estarán ellas!
¿Y están escritas?

POLONIA. En bronce.
Oye algunas: La primera,
aborrecer a los hombres.

CHINICA. La primer ley es superflua;
casáranse y sin mandarlo
la ley los aborrecieran.

POLONIA. La segunda, que ninguna
en visitas ni asambleas
pueda hablar cuando habla otra.

CHINICA. ¿Y tiene muy grave pena
quien la quebranta?

POLONIA. De muerte.

CHINICA. Pues si en Madrid la impusie-
salíamos de mujeres [ran,
antes de Carnestolendas.

POLONIA. La tercera, que ninguna
pueda hacer la más pequeña
labor que cueste trabajo
y que sólo se diviertan,
se regalen y se adornen.

CHINICA. No hay esa ley en mi tierra,
pero hay muchas que la guar-
[den
y muchos que la consientan.

POLONIA. La cuarta, que de las gentes
que en los navíos se apresan
las mujeres queden libres,
declaradas compañeras
de las demás, y los hombres
sujetos a la cadena
del estado y aplicados
a las labores y haciendas
que hacen en otros países
las mujeres, según sean
sus patrias y habilidades,
y aquel que ninguna tenga
a la república útil,
que arrojado al mar perezca.

CHINICA. Mal estoy yo. ¿Y quién demo-
[nios
es entre ustedes la reina?

GRAN. La república al principio
estableció se eligiera
una generala a quien
las demás obedecieran
de dos en dos años; luego,
por algunas ocurrencias
se hizo anual la dignidad,
pero como estar sujetas
a otra sienta tan mal
a las mujeres, fué fuerza
durara el generalato
solo un mes.

CHINICA. Por esa cuenta
de aquí a poco en cada hora
habrá generala nueva (1).

GRAN. Pero tú, ¿qué haces aquí?

CHINICA. Prófugo por esas señas
vengo de los prisioneros
que ayer apresaron vuestras
corsarias.

POLONIA. ¡Pobre de ti,
que has incurrido en la pena
irremediable de horca!

CHINICA. ¿Por qué?

POLONIA. Porque manifiestas
con la fuga que el honor
de la esclavitud desdeñas.

CHINICA. ¿Y no hay remedio?

LAS DOS. Ninguno.

POLONIA. Y a no ser porque yo y ésta
somos algo compasivas
y no tenemos aquella
ojeriza con los hombres
que todas estas isleñas,
ya hubieras muerto.

CHINICA. Estoy bien.

GRAN. ¿Pero qué importa, si apenas
halles otra mandará
que algunos esclavos vengan
y te cuelguen?

CHINICA. ¿Y entre ustedes
no hay alguna que se duela
de los hombres? La verdad.

POLONIA. A querer mi compañera
bien pudiera libertarte,
porque todavía reserva
la facultad que tenemos
cada una de que pueda
librar en toda su vida
la vida a un hombre.

CHINICA. Pues ea...

GRAN. ¿Yo había de perder mi acción
por una cosa tan fea?
No quiero.

CHINICA. Pues, vaya, usted.

POLONIA. Yo lo haría si pudiera;
pero vino el otro día,
en la penúltima presa
un oficial español
bonito como una perla;
le di la acción y otras mil

---

(1) Al margen hay unos versos que dicen así:

CHINICA. ¿Y ustedes quién son?

GRAN. Yo soy
un cabo de escuadra.

CHINICA. ¿Y ésta?

POLONIA. El pífano de las tropas
de la república exenta.

le hubiera dado a tenerlas.
CHINICA. ¿Si esto hacen las que aborre- [cen,
qué no harán las que los quie- [ran?
GRAN. Al fin te permitiremos
que huyas antes que te vean.
CHINICA. ¿De la isla cómo? Si no
que me eche al mar de cabeza.
LAS DOS. Pues no hay remedio.
CHINICA. Sí le hay.
¿No decís que están exentas
las mujeres?
LAS DOS. No lo dudes.
CHINICA. Pues yo me volveré hembra
y está todo remediado.
(Con la capa par guardapiés, un pañuela al cuella y atra por toca se disfraza.)
GRAN. ¿Qué es eso?
CHINICA. Una estratagema
para quedarme a servir
a ustedes de camarera.
POLONIA. ¡Vaya el pícaro al infierno!

(Sale PEREIRA *con bastán.)*

PEREIRA. Soldados de guardia, alerta;
que sale la generala
a reconocer las presas
y yo voy a conducirlas
al instante a su presencia.
CHINICA. ¿Quién es ésta?
GRAN. Es la mayor
de la Plaza.
CHINICA. ¡Qué severa
es!
PEREIRA. ¡Qué mujer tan horrible!
¿De dónde eres?
CHINICA. De Guinea.
(Tapanda el hacica.)
PEREIRA. ¿Y por qué te tapas?
CHINICA. Porque
tengo yo mucha vergüenza.
PEREIRA. ¿Y eres soltera o casada?
CHINICA. Viuda, porque en la pelea
de la nave en que pasaba
a las Indias con las vuestras,
se le desbocó el caballo
a mi marido.
PEREIRA. Tú sueñas;
¿no fué el combate en el mar?
CHINICA. Perdone usted, que estoy lela
con la viudez.
PEREIRA. ¿Tienes hijos?
CHINICA. No me acuerdo si son treinta
o treinta y dos; pero todos
útiles, porque son hembras.
PEREIRA. Esta es loca; echadla al mar
o a que la coman las bestias.
(Vase.)
CHINICA. ¡Muchas gracias!
POLONIA. Pues aquí
todas son gracias como estas.
(Vase.)
GRAN. Sin embargo, ven conmigo
y te enseñaré una cueva
oculta, donde podrás
morirte sin que te vean. *(Vase.)*
CHINITA. Lo mismo es morir así
que asado.

(Sale JUAN RAMOS *de oficial, petimetre, de camino.)*

RAMOS. Si la belleza,
compasiva en todas partes,
es posible que se duela
de un infeliz...
CHINICA. ¡Arre allá!;
que aquí a nadie se requiebra,
porque el primer estatuto
de esta isla es ser doncellas.
RAMOS. ¿Qué es esto? ¡Pablo!
CHINICA. ¡Señor!
RAMOS. ¿Sabes las desgracias nuestras?
CHINICA. Sí, señor.
RAMOS. ¿Qué traje es este?
CHINICA. Uno que deslumbrar pueda
a las isleñas que encuentre.
RAMOS. ¿Qué importa, si en su tremen- [da
condición todo es delito
y el mayor, según me cuenta
un cautivo que he encontrado,
huir de ellas, cuando ellas
nos buscan para matarnos?
CHINICA. ¡Jesús, y las que se acercan!
RAMOS. Pues conservemos, huyendo,
las vidas lo que se pueda.

(Vanse can celeridad y temar y al campás de la marcha prevenida salen todas las damas en batallán, según el arden que se expresará; dan vuelta al teatra, y sin más evaluciones que quedar al fara en una fila, sale la Generala, que será la señara FIGUERAS, *a la punta del tablado.)*

FIGUERAS. Gloria del hermoso sexo,
belicosas compañeras
cuya beldad hace más
durable, si no perpetua,
la libertad en el trato,
la ociosidad de las selvas
y la exención de los hombres,
cuya condición perversa,
siendo quien más perjudica
a las perfecciones nuestras,
de propósito las aja
sólo para aborrecerlas.
Animo, valor, esfuerzo,
constancia y que viva eterna
nuestra libertad.
TODAS. ¡Que viva!
FIGUERAS. ¡Que mueran los hombres!
TODAS. ¡Mueran!
BORJA. Eso sí, y por más galanes
o más rendidos que sean

esos nuevos prisioneros,
ninguna de ellos se duela;
giman, suden y trabajen
en nuestro poder y vean
los que dicen que las damas
sólo son carga superflua,
si además del aguantarlos
y vivir siempre sujetas
a ellos, es poco afán
el que la naturaleza
distribuyó a la mujer
que de ser mujer se precia.

JOAQUINA. Eso sí, y ojalá que
además de las haciendas
enfadosas y comunes
que nos tocaron, pudieran
saber una vez al año,
por lo menos, lo que pesan
otros cargos que tenemos
y otras cargas que nos echan.

GUZMANA. Vamos al público patio
de los esclavos y crezca
nuestra vanidad a vista
de lo que crecen sus penas
y el número de oprimidos
y escarmentados se aumenta.

FIGUERAS. Toca, tambor, y marchemos
con valor y gentileza.

(*Vuelven a marchar y yéndose por el lado opuesto al que salieron se descubre la mutación larga de columnas, con bambalinas de aire, y en ella los cautivos que salieron y demás que se puedan, todos trabajando en cosas femeniles como hilar, rastrillar, coser, hacer calceta, aplanchar, barrer, fregar y devanar, etc.*)

CORO TRISTE DE ESCLAVOS

¡Oh sexo vengativo!
¡Oh femenil soberbia!
¡Infeliz del que sufre tus ca- [denas!
(*Vase.*)

CORO ALEGRE DE DAMAS

¡Vivan las damas,
triunfen y venzan,
sufran los hombres
penen y sientan!

(*Interin esta música salen por la izquierda algunas de las señoras con la* FIGUERAS, *que toma asiento al lado mismo, quedando inmediatas la* BORJA, POLONIA *y la* GUZMANA, *con la bandera, y por la izquierda la señora* PEREIRA *delante, luego dos damas que traen presos con cadenas los hombres con los trajes según los caracteres que se dicen después, y detrás otras dos con sus armas.*)

PEREIRA. Aquí tienes a tus pies,
¡oh! gran generala nuestra,
esta porción de enemigos
de la república.

FIGUERAS. Vengan,
y en la forma acostumbrada,
o se les dé la sentencia
de muerte o la aplicación
a femeniles tareas;

PEREIRA. Esta es la lista; yo los
iré llamando por ella.
En primer lugar está
el marqués de la Violeta.

EUSEBIO. Yo soy y el que a vuestros pies
tiene el honor, ¡oh princesa!,
de exprimir todas las dulces
pasiones de su fineza.

FIGUERAS. ¿De dónde sois?

EUSEBIO. No lo sé.

FIGUERAS. Título de moda; bella
figura y muy divertida;
mandad luego que le metan
en una jaula y le pongan
al balcón, que nos divierta
tarareando algunas arias
de las que ha oído en su tierra.

PEREIRA. Antón Folias.

GALVÁN. Yo soy.

FIGUERAS. ¿Qué profesión es la vuestra?

GALVÁN. Barbero; verán ustedes
en cuanto se les ofrezca
qué buena mano.

POLONIA. Señora,
la aplicación más perfecta
para éste, es la cocina,
para desollar las piezas
de piel y descañonar
las aves.

FIGUERAS. Enhorabuena.

PEREIRA. Don Flor de Lis.

MERINITO. Aquí estoy.

GRAN. ¡Jesús, qué cosa tan tierna!

FIGUERAS. ¿Quién sois vos?

MERINITO. Un petimetre
de los de suerte primera.

FIGUERAS. ¿Y de qué entendéis?

MERINITO. De todo.

FIGUERAS. ¿Y qué sabéis?

MERINITO. Nada.

FIGUERAS. Buena
aprensión.

BORJA. Este, señora,
puede servir a la mesa
para espantar a las moscas.

MERINITO. ¿Con el abanico?

GRAN. *Etiam.*

MERINITO. Bueno, bueno. No habrá mosca
que al ver mi aire no muera.

PEREIRA. Juan de las Uñas.

NAVAS. Las Viñas
dirá.

PEREIRA. Está escrito de priesa.
Viñas dice, con efecto.

FIGUERAS. ¿Qué oficio tienes?

NAVAS. Yo era,

con perdón de usté, escribano.

GUZMANA. El más útil de la presa
es éste, que está la isla
toda de ratones llena
y no hay quién los amedrente.

FIGUERAS. Pues que no tenga otra renta
ni ración que lo que cace.

NAVAS. Déjelo esto por mi cuenta,
que el ratón que me la pegue
ya ha de tener buenas piernas.

PEREIRA. Un abate.

FIGUERAS. ¿Qué?, ¿no tiene
nombre?

PEREIRA. Pareció que no era
esencial.

CODINA. Como esas cosas
importantes se desprecian...

FIGUERAS. ¿Qué habilidades tenéis?

CODINA. Mondar nueces en las ferias
de Madrid, partir sandías
y acompañar petimetras.

BORJA. Nada de eso sirve aquí.

FIGUERAS. Sin embargo, para prueba
de mi bondad, le recibo
para que alegre las velas.

CODINA. ¡Oh, traje feliz, que en todas
partes te aplauden y premian!

PEREIRA. Policarpo Drogas.

LÓPEZ. *Adsum.*

FIGUERAS. ¿Y tú que nos latineas,
quién eres?

LÓPEZ. Soy boticario.

GUZMANA. A qué buena ocasión llega;
que está sin artillería
para cualquiera defensa
de sus contrarios la isla
y éste sabrá disponerla.

LÓPEZ. ¿Sabré? ¡Y cómo que sabré!
Como yo a la mano tenga
de mí metralla, dejad
que los enemigos lluevan.

FIGUERAS. Mi bombardero mayor
eres, y a tu cargo queda
purgar antes de que lleguen
cuantos enemigos vengan.

POLONIA. ¿Qué mortal de los cañones
de un boticario no tiembla?

RAMOS. Tened piedad. *(Dentro.)*

RABOSO. No hay piedad.
(Dentro.)

CHINICA. ¡Voto a Crispo! *(Dentro.)*

TORD. Resistencia.
(Dentro.)

(Sacan por un lado la RABOSO *a* JUAN RAMOS *preso con algunas hebras de seda, y por el otro la* TORDESILLAS *a* CHINICA *con una cadena.)*

FIGUERAS. ¿Qué es esto?

TORD. Este picarón
que ha incurrido ya en la pena
de muerte por dos motivos.

CHINICA. Incurriré hasta setenta.
¿Pues soy yo algún hombrecillo
como mi amo, que se deja
prender de ustedes, a falta
de un cabello, con dos hebras
de seda?

RAMOS. Y aun esas sobran,
adonde con más violencia
prenden los ojos hermosos
que las temibles cadenas.

FIGUERAS. ¿Qué ha hecho ese infeliz?

RABOSO. Huir,
y según las leyes nuestras,
morir debe; pero yo,
señora, a tus plantas puesta,
sacrifico el privilegio
que, como a todas, me queda
reservado, de librar
una vida porque sea
en él también destinado.

TORD. Para otra vez que se ofrezca
le puedes guardar, que el mío
le servirá para ésta.

TODAS. Usad del mío, señora.

FIGUERAS. No quiero que le agradezca
la vida a ninguna, cuando
de mis odios la entereza
no indultaron hombre alguno,
hasta hoy, para que vea
cuánto merece un soldado
que se rinde a la belleza.

UNAS. Yo he de librarte.

OTRAS. Yo, y todo.

CHINICA. Pártase la diferencia
y líbreme alguna a mí.

FIGUERAS. ¿Pues qué es esto? ¿Cómo ne-
os olvidais de que a mí [cias,
os hallais todas sujetas?

BORJA. El domingo por la tarde
se te acaba la prebenda
y yo estoy en turno, conque
me toca la preferencia.

FIGUERAS. Cedédmele.

TODAS. No queremos.

FIGUERAS. Pues perezca.

TODAS. No perezca.

MERINO. Echad áncoras. Amaina. *(Dentro.)*
(Vase la PEREIRA.*)*

VOCES. ¡Arma, arma; guerra, guerra!
(Dentro.)

ESPEJO. Poned bandera de paz *(Dentro.)*
y ninguno salga a tierra
sino los dos generales,
a ver si el oído prestan
a las capitulaciones.

TODAS. ¿Qué es esto?

(Sale PEREIRA.*)*

PEREIRA. La más funesta

desdicha. Toda una escuadra
de naves, áncoras echa
en nuestro puerto, y aunque
de paz han puesto la seña,
basta saber que son hombres
para hospedarlos de guerra.

FIGUERAS. ¡Eh! Todas sobre las armas;
y pues parece que llegan
a tratar, dejad que lleguen,
oigámosles, por que sea
mayor nuestra gloria al ver
que no hay cosa que nos venza.

PEREIRA. Y confirmar la opinión
de que en dando en una tema
la mujer, no la contrastan
intereses ni elocuencias.

TODAS. Antes muertas que vencidas.

FIGUERAS. Callad, que parece que entran.

(*Salen* MERINO *y* ESPEJO *de gala, con bastón, etc.*)

MERINO. Salve tú, ¡oh! gran generala,
de las enemigas nuestras
a quienes no como amigas
solamente o compañeras
buscamos hoy, sino como
a señoras y cabezas
de todas nuestras pasiones
de facultades y haciendas;
vuestra razón confesamos
y que las impertinencias
de nuestros hombres antiguos
eran insufribles, eran
ridículas; pero ya
el tiempo que es grande escuela
para enmendar los defectos
que al principio se cometan
en cualquier arte, nos dió
fijas y oportunas reglas
para conocer el de
tener las damas contentas.
Ya no hay tornos, celosías,
no hay escuderos, no hay due-
hermanos espadachines, [ñas,
maridos que cierren puertas,
ni padres escrupulosos;
y aquéllos que hay de esta sec-
lo ocultan porque se les [ta
cae la cara de vergüenza,
que al ejemplo de los más
siempre los menos se arredran;
ya...

ESPEJO. ¿Para qué es tanto ya?
Ya está el mundo de manera
que son ustedes los hombres
y los hombres somos hembras.

MERINO. Venid adonde mandéis,
con aplauso y conveniencia.

ESPEJO. Y aun algunos con cadenas
de brillantes porque no haya
preciosidad que no sea
trofeo de las que son
almas y señoras nuestras.

FIGUERAS. Cortesanos extranjeros:
estimando las ofertas
que hacéis, no las admitimos
ni os damos otra respuesta;
que aunque el mundo en otras
coronas se repartiera, [tantas
como hay damas en la isla
para coronar por reina
de una parte a cada una,
no era fácil que cediera
nuestro tesón.

BORJA. Eso sí;
que es bien que una vez se vea
la constancia en las mujeres.

GRAN. Y si porque los desprecian
se ofenden, que desembarquen
sus ejércitos y sepan
que la más chica de todas
no ha (de) ceder sino muerta.

ESPEJO. ¿No hay remedio?

PEREIRA. No hay remedio,
ni otro arbitrio.

TODAS. ¡Guerra, guerra!

ESPEJO. Poco a poco, señoritas;
y porque mejor entiendan,
que ofendidas u obligadas
las veneramos de veras,
antes que nos retiremos
para hacernos a la vela,
desairados otra vez,
determinamos en muestra
de rendidos tributarlas
los frutos que más se aprecian
en nuestra patria. Ellos son,
en sustancia, bagatelas,
y tesoros en lo que
parecen y lo que cuestan.
Sacad aquí esos cajones.

FIGUERAS. Aquí todo se desprecia.

MERINO. Sin embargo, vean ustedes
qué adornos para cabezas;
(*Sacan lo que dicen.*)
qué elegante es este mueble
a que llaman escofieta.

ESPEJO. ¡Qué mantilla esta de gasa!

MERINO. ¡Qué hebillas ricas de piedras!

ESPEJO. ¡Qué arracadas de tres gajos!

MERINO. ¡Qué ganchos y qué pulseras!

ESPEJO. ¡Qué reloj!

CHINICA. Ese señala
la hora en que dan en tierra.

TODAS. ¡A ver, a ver!

MERINO. Poco a poco,
que en pago de estas finezas
siempre han de dar algo uste-

FIGUERAS. ¿Qué les daremos? [des.

BORJA. Cogerlas
y echarlos al diablo.
PEREIRA. El premio
es asunto que hace fuerza.
POLONIA. Démoslo por decomiso
y agarremos lo que pueda
cada una.
GUZMANA. En varios pleitos
esa es la común sentencia.
(Avanzan a tomar de los cajones, dejan las armas. Los esclavos cogen las armas.)
ESCLAVOS. ¡Libertad, libertad! ¡Vivan
los hombres!
CHINICA. Para esta guerra
yo serviré de tambor
que os anime contra ellas.
TODAS. ¿Qué es esto?
FIGUERAS. ¿Qué atrevimiento
nuestra república altera?
SORIANO. El mismo que altera en todas
las virtudes de las hembras,
pues por pillar antes que otras
semejantes bagatelas,
abandonais todos vuestros
propósitos y defensas.
ESCLAVOS. ¡Queden esclavas!
MERINO. No queden;
mejor será que se vengan
con nosotros, porque adorne
nuestras patrias su belleza.
FIGUERAS. Mas, con cuatro condiciones
se admitirá la propuesta
por nosotras.
MERINO. ¿Cuáles son?
FIGUERAS. Que la que novio no tenga
por sí misma a los quince años,
se le ha de buscar por cuenta
del Estado.
MERINO. Concedida.
FIGUERAS. Que a la que naciere fea
se le han de dar de pensión
tres mil ducados de renta
para lavarse la cara.
MERINO. Concedida.
FIGUERAS. Que se intime
pena de muerte a las viejas
el que no hagan mala obra
ni disputen las empresas
y triunfos de las muchachas.
MERINO. Concedida.
FIGUERAS. Finalmente,
que tan vergonzosa sea
en ustedes como es
en nosotras la infidencia
conyugal; porque es rigor
que ustedes por uso tengan,
y blasón lo que en nosotras
es delito y es afrenta.
MERINO. Esa es dura condición.
ESPEJO. Pero, sin embargo, es buena;
concedida.
FIGUERAS. De ese modo
pueden entrar todas vuestras
tropas con tambor batiente
y la alianza está hecha.
ESPEJO. En volviendo a poder nuestro
verán lo que las espera.
HOMBRES. ¡Vivan las mujeres!
MUJERES. ¡Vivan
los hombres!
CHINICA. Para que sea
desde hoy lo que fué y será
desde que hubo machos y hem- [bras.
PEREIRA. Pues todo sea regocijo,
aplausos, gozos y fiestas.
POLONIA. Entre aquesos prisioneros
hay un autor de comedias,
que para pronto, festivo,
ofrece una nueva pieza
intitulada *Los simples*,
cantada entre nueve.
FIGUERAS. Vengan
a cantarla.
MERINO. Y entre tanto,
para dar fin a esta idea
más festiva que otras veces,
repitan voces y letra.
T. Y M. ¡Viva el concurso
que nos alienta,
y todos suplan
las faltas nuestras!

Remítese a la censura del P. D. Juan del Aravaca, en el Real Oratorio del Salvador.—*Dr. Almarza.*

132

Soriano loco

Sainete

Para la compañía de Eusebio Rivera
al empezar la temporada del
Año de 1772 (1)

(Salen cantando y bailando, de payas y payos, las señoras JOAQUINA, POLONIA, SANTISTEBAN *y* PORTUGUESA, *con* QUEVEDO, CODINA, CAMPANO *y* BALTASAR.)

CORO. ¡Viva la alegría,
los pesares mueran,

(1) Bib. munic.; leg. 1-159-43. Un ejemplar autógrafo y otro con las licencias y aprobaciones que van al final. Impreso en la Colección de doce sainetes de D. Ramón que hizo el Ayuntamiento en 1900.

y el que quiera aburrirse
tome una cuerda!
¡Siga la bulla,
ande la fiesta,
y los que fueren tontos
tengan paciencia!

(*Salen con las exclamaciones siguientes* MERINO, *de francés ridículo;* CALLEJO, *de gallego;* MERINITO, *de petimetre, y después* EUSEBIO, *sin espada ni sombrero, con el pañuelo en la mano.*)

(*Hablan natural todos.*)

MERINO. ¿Se dará mayor desgracia?
CALLEJO. ¡Infeliz de mí!
MERINITO. ¡Qué pena
causa mirarle!
EUSEBIO. ¡Qué pronto
dió mi esperanza por tierra!
TODOS. ¿Qué ha sido esto?
POLONIA. Reparad
que de ese modo no empieza
el sainete de hoy.
EUSEBIO. ¡Ay,
Polonia mía!
MERINO. No hay fuerzas
humanas de reducirle.
CALLEJO. ¡Hijo mío! ¿Quién dijera
que tu aplicación había
de parar en tu tragedia?
JOAQUINA. ¿Es esto sainete, o qué es?
MERINITO. Ni ya es fácil que se pueda
representar éste, ni otro.
MERINO. Aun la jornada tercera,
si Callejo no la suple,
será imposible el hacerla.
CALLEJO. ¡Para eso estoy yo!

(*Sale* ESPEJO *como de ciego ridículo.*)

ESPEJO. ¡Qué risa!
Yo estoy muerto de tristeza
por un lado; mas por otro
oirle es una comedia.
CALLEJO. No es mala comedia.
JOAQUINA. ¡Hombre!
¿Qué pantomimada es esta?
EUSEBIO. Hija, ya estamos perdidos.
(*Carcajadas dentro.*)
ESPEJO. Digo, digo, cómo aprieta.
MERINO. Ustedes vayan adentro,
y vístase la que tenga
que hacer en la otra jornada.
Y en lo demás no se metan.
ESPEJO. Hombre, a lo menos que cante
la tonadilla *la nueva* (1).

(1) *La nueva* era Catalina Tordesillas, actriz de cantado que por primera vez pisaba las tablas madrileñas.

POLONIA. ¿Soy yo algún costal de paja
o alguna estatua de piedra
entre ustedes? (1)
TODOS. ¿Qué ha sido esto?

(*Salen las Sras.* FIGUERAS *y* MARTÍNEZ *y cogen a* EUSEBIO *y le retiran a un lado.*)

FIGUERAS. Señor autor, con licencia
de todos, una palabra.
MARTÍNEZ. Y en acabando con esa
señora, me oirá usted otra.
EUSEBIO. ¿Negocios de tanta urgencia
son ambos?
FIGUERAS. Ni un cuarto de hora
que tiene el mío de espera.
MARTÍNEZ. El mío, ni dos minutos:
pero me precio de atenta
y humilde con mis mayores,
y la doy la preferencia
a usted.
FIGUERAS. Yo seré muy breve.
EUSEBIO. ¡Por Dios, que digan apriesa!
Ven ustedes cómo estamos
y me vienen con arengas.
MARTÍNEZ. Diga usted, que ya me aparto.
FIGUERAS. No es asunto de reserva,
y todo está reducido
a que saquéis la licencia
en mi nombre, de Madrid,
para volverme a mi tierra.
MARTÍNEZ. Con la misma pretensión
de la señora Figueras
vengo yo. Cuando la barba
del vecino pelar veas
echa la tuya en remojo,
dice el adagio. ¡Canela!
FIGUERAS. Nada como los ejemplos
a las gentes escarmientan.
ESPEJO. ¡Qué diferente estaría
el mundo por esa regla!
EUSEBIO. Señoras, si ustedes quieren
ahogarme, traigan la cuerda
y acábenme de una vez.
JOAQUINA. Harán bien, y te estuviera
bien empleada.
TODOS. ¿Qué es esto?
EUSEBIO. Esto es ser *autor*.
JOAQUINA. Revienta
con la autoría, ya que
quisiste meterte en ella (2).

(1) Polonia Rochel era la graciosa de la compañía; y, por tanto, la que con su compañero el gracioso disponía los intermedios de entremeses, tonadillas, etc.
(2) Rivera era *autor* por primera vez y lo fué después muchos años. El año anterior no había habido más que una compañía en Madrid, de la que fué *autor* Manuel Martínez, famoso en la dirección de uno de los dos teatros.

POLONIA. ¿Me hace usted favor, Merino,
de meterme estas tijeras
por las sienes, o decirme
el motivo de tan nuevas
locuras?
MERINO. ¡Otra locura!
que es preciso que la sepas
y que al público se diga,
supuesto que tu viveza
se echó a empezar el sainete,
porque ignoraba la gresca
que allá había.
POLONIA. ¿Pues qué había?
MERINO. Que ha perdido la cabeza
enteramente Soriano.
TODOS. ¡Qué dolor!
POLONIA. ¿De qué manera?
MERINO. Cuando se estaba vistiendo
sacó de la faltriquera
los papeles de graciosos
que tiene de las comedias
puestas en lista: arrimóse
con ellos hacia una vela
y empezó: ¿En qué me he me-
[tido?
¿Cómo puedo en estas piezas
sacar yo el jugo que otros?
Y repitiendo mil vueltas
a los papeles, decía...
ESPEJO. Calla, calla, que aquí llega
y mejor lo dirá él...
Ninguno con él se meta
y observadle retirados.
FIGUERAS. Pueden dársele unas friegas
u otro remedio.
MERINO. Al instante
se le dieron en las piernas
ligaduras, y se puso
más furioso.
EUSEBIO. Su dolencia
se curará mal y tarde,
si es que Dios no la remedia.
FIGUERAS. ¿Yo damas? ¿Pues no es pre-
[ciso
que otro tanto me suceda
mañana?
MARTÍNEZ. Y a mí esta noche
lo propio por esa cuenta.
FIGUERAS. Nada menos.
MARTÍNEZ. No, señor.
FIGUERAS. Mi licencia...
MARTÍNEZ. Mi licencia...
ESPEJO. Y en lográndola podemos
irnos los demás sin ella.

(*Al salir* SORIANO *se detiene.*)

SORIANO. ¡Por vida...!
ESPEJO. Allá va lo que es.
SORIANO. ¡Por vida de las melenas [ce;
de un calvo!... Tres y tres, on-
(*Sale distraído.*)
doce, trece y los que vengan
después: tonadas, sainetes,
entremeses y zarzuelas...
Y en todo el pobre Soriano
el primero; ¡anda, morena!
¡Qué gritas me darán! Y
(*Se ríe.*)
si me tiran berengenas
o pepinos, y sacuden
a una de mis compañeras,
¡qué gusto será ver ir
rodando las escofietas!
¿Qué puedo apestar? ¡Qué
[guagüis
que uno apeste, como tenga
la media parte y las sobras
a su tiempo!... ¡Quién tal
[piensa!...
(*Pega con* ESPEJO.)
Hombre, ¿qué es lo que usted
[dice?
¿He nacido sin vergüenza
yo, para comer el pan
sin ganarle? ¡Me muriera
(*Furioso.*)
yo de rubor si supiere
que era una parte molesta
al público!... Sois un ruin
y os he de sacar la lengua
porque otra vez no digais
a nadie...
ESPEJO. Si yo no era.
(*Turbado.*)
SORIANO. ¿Pues quién lo dijo?
ESPEJO. Un muchacho
que echó por la callejuela
corriendo.
SORIANO. ¿Y adónde iba?
ESPEJO. Al vino por la taberna (1).
SORIANO. Y usted, ¿qué hace aquí para-
ESPEJO. Yo soy un ciego que reza [do?
oraciones.
SORIANO. ¿Y usted sabe
la oración de la retreta?
ESPEJO. Sí, señor.
SORIANO. Pues yo también;
vamos a cantarla a medias.
ESPEJO. Empiécela usted, que yo
no me acuerdo muy bien de ella.
SORIANO. Yo, sí: tome bien el tono.
ESPEJO. ¡Dios me saque con bien de
[ésta!

(1) *Lapsus* propio de quien se dirige a un loco.

(SORIANO *hace preludio y* ESPEJO *le imita, y alternan las coplas tomando el palo el que canta.*)

SORIANO. *¡Ya tocan a detener*
al soldado, los tambores;
y bueno fuera, a mi ver,
tocaran a recoger
otros ganados peores.
ESPEJO. *Enciérranle por demás,*
y por las calles se topa
para darse a Barrabás;
que entonces es cuando más
se empieza a tender la tropa.
SORIANO. *Sujeto en los arrabales*
queda el soldado conforme,
y en las casas y portales
se sueltan mil oficiales
sin divisa ni uniforme.
ESPEJO. *Clausura con el tambor*
no solo al soldado den;
SORIANO. *Que otros muchos, en rigor,*
la merecían mejor.
LOS DOS. *Por siempre jamás, amén.*
CALLEJO. ¡Pobre de mí! Él ha perdido
ya del todo la chaveta.
¡Hijo mío! (*Llégase llorando.*)
SORIANO. ¿Qué hay, *Duminguu?*
¿Qué tienes? *¿Pur qué mu-*
[*queas?*
Lus hombres no han de *llurar*
las cuitas como las *fembras.*
¡Hombre, ensánchate *conmigu,*
que aún *tengu cincu* pesetas
depusitadas en *ca*
de *Cicilla* la *tendeira,*
para cualquier *casu* de honra!
MERINITO Él solamente se lleva
del traje, no del sujeto.
FIGUERAS. Pues es muy gracioso tema:
llevarle el humor.
SORIANO. Despacha,
hombre, que *estamus* de priesa.
¿Qué tienes? *Dilu* si puedes,
y si no puedes, revienta.
MERINO. Háblale.
CALLEJO. ¿Qué he de tener?
Que perdí la mejor prenda
de mi vida. (*Llorando.*)
SORIANO. ¿Quién, la *Urosia?*
Ya era buena maula ella.
Sí, sí, sí; bien te *lu* dije
aquel día, si te acuerdas.
¿Y qué hombre llora *pur* una
muller de mala ralea?
Haya ganas y *dineirus,*
que *mundongas* a *ducenas*
y a centenares las hay:
hombre, y si *ó Demu* te tienta,
non te cases en Madrid,
búscala de Pontevedra
o de *Lugu,* que aquí hay mu-
mazadas comu las peras. [chas
Y a *mais* de *todu* hazte *cargu*
que la viuda no es *duncella.*
Que *duncellas* diz que hay po-
y caras. Las *cucineras* [cas
son *gulosas;* las usías
tienen mucha flatulencia;
las pobres quieren ser ricas;
las ricas nunca se peinan
para nosotros los pobres;
quieren mucho las plebeyas:
y así, amigo, *you* de todas,
altas, bajas, limpias, puercas,
solteras, casadas, viudas,
gordas, magras, lindas, feas,
paisanas y *non* paisanas,
pur estu y otras cosuelas
que non saldrán de mi boca
pur non decir indecencias,
mientras *Dious* me *garde* el
[*juiciu*
doy mi parte *a o diabro* de
ESPEJO. Por ahora tan guardado [ellas.
le tiene, que no se encuentra.
MERINO. Callejo nos le ha de echar
a perder.
POLONIA. Pues anda, llega
tú.
MERINO. ¿Qué hay, amigo Soriano?
SORIANO. *¿Est il posible* que *je* tenga
l'honor de *vous voir, ami?*
¡Oh monsieur, aprieta!
MERINO. ¡Aprieta!
SORIANO. *¡Oh mon Dieu!* (*Se abrazan.*)
MERINO. *Alons, sans façon.*
SORIANO. *¡Apropos! Voyez* la letra
que vous avec ecrit a Paris
faisant á madamusella
part de votre mariage,
¡oh diable!
(*La busca por los bolsillos.*)
MERINO. ¿Qué, no la encuentra?
SORIANO. *Non pas, monsieur.*
MERINO. Habrá *reztado* en las otras...
en las otras faltriqueras.
SORIANO. *Eh bien, donné moi vous un*
de la vôtre tabatiera, [*prise*
tout alors.
MERINO. *Fort bien, monsieur,*
muá non tien inconvenienta.
SORIANO. *Tabac de Españ... ¡Oh ça est*
¿Ou le trouvé vous? [*bon!* (1)

(1) Como se ve, no es posible reducir a ortografía corriente este chapurrado: lenguaje, al fin, de un loco.

MERINO. *A Chinebra.*
SORIANO. *Alors Mr. feson les*
les honor de la butella
al tabac.
MERINO. *A la bon heure.*
(*Sorben.*)
SORIANO. *E dansons la Canchoneta.*
LOS DOS. *Lan, larán, larán.*

(*Danzan y cantan los dos, sorben el polvo y en medio cantará* SORIANO *la canzoneta francesa que guste, con tal que sea decente.*)

FIGUERAS. ¡Lástima da!
POLONIA. Allá voy yo,
a ver de qué modo pega
conmigo. ¿Cristóbal mío?
SORIANO. "Serrana de estas riberas
más floridas a merced,
que del Tajo que las riega,
de tu planta que las pisa;
¡bien haya la aurora nueva
que a mis ojos te ha traído!
No en vano las avezuelas
esta mañana adivinas
de su ventura y las nuestras,
anunciaron a estos prados
repetidas primaveras."
JOAQUINA. ¡Qué tierno que está!
ESPEJO. El las toma
del modo que las encuentra.
SORIANO. "A la sombra de este roble,
cuyas verdes ramas densas
forman natural dosel
a tu perfección, te sienta."
POLONIA. ¿No ves que está muy mojada
con el rocío la arena?
SORIANO. "Tenderé yo mi pellico
que rústico trono sea,
donde te juren las flores
por mi dueño y por su reina."
(*Se quita la chupa.*)
POLONIA. ¡Vaya!, ¿qué quieres decirme?
SORIANO. "Nada, porque está la lengua
de más, cuando hablan los ojos
con otros que los entiendan."

(*Sale* MARIANO DE LA ROSA *de griego o turco.*)

MARIANO. ¿Esto se estila en Madrid?
¿Por escuchar a un tronera
se echan a perder sainetes
y se detienen comedias?
FIGUERAS. ¿No ves al pobre Soriano
loco?
MARIANO. El loco, por la pena
es cuerdo: dadme un garrote,
veréis si le hago que vuelva
a cobrar el juicio.
FIGUERAS. Calla;
que mejor es que se vea
si es posible reducirle
por bien.
(*Llega y se levanta* SORIANO.)
SORIANO. "Amada Briseida:
¿Qué deidad o qué prodigio
te libró de las cadenas
del tirano Agamenón?
Con bien a mis brazos vuelvas."
MARIANO. ¿A los brazos? ¡Un demonio
que te lleve (1).
FIGUERAS. Considera
cómo está.
MARIANO. Loco o no loco
te abrazará si le dejan.
SORIANO. Aguarda. (*Arrebatado.*)
MARIANO. Quítese de ahí,
o le rompo la cabeza.
SORIANO. "Bárbaro, iluso, dime: ¿en qué
(*Serio.*)
[confían
tu loca vanidad y tu soberbia?
¿Tú eres el general que contra Troya
eligieron los príncipes de Grecia
entre sí mismos? ¿Tu palabra rompes
y el apoyo de Aquiles menosprecias
por una pasión loca? Vengaréme;
por las deidades; volveré las velas
de mis naves desde hoy hacia mi patria;
de mis solares gozaré allá, mientras
tú de Ilión vencido, en sus campañas
eternizas la historia de tu afrenta.
¡Adiós, mi bien!... Mas ¿cómo las pasiones
bastardas de mi pecho se apoderan?
¡Triunfe el honor! ¡Soldados: a la playa!
Prevenidme la nave más velera.
¡Iza, iza; a la escota; al chafaldete:
a marcha toquen cajas y trompetas!
(*Toca con la boca turuú, turuú, imitando.*)
¡Adiós, Briseida mía, para siempre...
adiós, Agamenón!... ¡Maldito seas!"
CALLEJO. ¡Hijo mío, por Dios, que te
[moderes!...
SORIANO. *Tanto bailé con la gaita gallega.*
(*Bailando.*)
ESPEJO. Atadle, que esto va malo.
POLONIA. Pues vemos que se sosiega
entre nosotras, dejadme
a mí usar de cierta treta
que me ha ocurrido.
FIGUERAS. A mí otra.
Señor *autor*, mi licencia;
que yo no puedo hacer *damas*
y más ya con la experiencia
de que queda como lóco
quien más estudia y se empeña.

(1) Mariano de la Rosa era marido de la Figueras, con quien acababa de casarse.

MARTÍNEZ. Después hablaremos de eso.
POLONIA. Ahora, venid, compañeras;
y cantándole entre todas
una cosilla halagüeña,
veamos lo que resulta.
TODOS. Norabuena.
TODAS. Enhorabuena.
SANT. Que le aseguren.
POLONIA. Callad,
y dejadlo por mi cuenta.
CUATRO. *Detente, arroyuelo ufano,*
y sobre las flores duerme,
que al blando arrullo del aura
músico susurro mece.

(*Le rodean todas y cantan alguna copla agradable* (1) *y él hace estremos como que vuelve en sí.*)

SORIANO. ¡Hola! Cómo tiene un hombre
aturdida la cabeza;
con el estudio se duerme
fácilmente, y más con esa
música y las vocecillas
que son como una jalea...
Mas todos están vestidos
para el sainete: ¿no era
La diversidad de trajes?
Dios mío, ¿en qué faltriquera
está el papel?
EUSEBIO. ¿Qué papel,
si ya por hoy no se echa?
SORIANO. ¿Y por que?
ESPEJO. ¿Qué tal te sientes?
SORIANO. Sano como una camuesa;
y con este sueñecillo,
mejor.
POLONIA. Eso es porque vean
ustedes, que las mujeres
tenemos en las urgencias
muchas virtudes ocultas,
gracias a Dios.
SORIANO. ¿Qué extrañeza
advierto en vuestros semblan-
[tes?
POLONIA. ¿Conque tú no caes en cuenta
del susto que nos has dado?
SORIANO. ¿Y había quien malpariera?
JOAQUINA. No, no lo tomes a chanza,
que has perdido la cabeza
y te habías vuelto loco.
SORIANO. ¿Yo loco? No es mala esa:
yo soy el hombre de más
juicio de mi parentela.
¿No es verdad, padre?
CALLEJO. Sí, hijo.
Callemos, no sea que vuelva
a las andadas.

(1) Cantarán los cuatro versos anteriores, a cuatro voces.

SORIANO. ¿Yo loco?
FIGUERAS. Lo que conviene es que veas
al médico, y que te sangre
o te purgue, y que nos creas.
SORIANO. Parece que ustedes tienen
algo de gana de fiesta.
Vamos a hacer el sainete.
EUSEBIO. Pues hombre, ¿no nos ves fue-
del vestuario? [ra
SORIANO. Eso es verdad;
¿pero eso es una fachenda
de ustedes, que me han sacado
dormido?
MERINO. Porque lo creas
del todo, vete a vestir
para seguir la comedia.
POLONIA. Mientras, en vez del sainete,
cante una tonada nueva
la Tordesillas. ¿Catuja?
¿Adónde está?
JOAQUINA. ¿Cuánto apuestas
a que se marchó a su casa,
creyendo quedaba exenta
de cantar con este acaso?
POLONIA. La hubiéramos hecho buena.
¿Ah, Catalina?

(*Sale* CATALINA *muy despacio.*)

CATALINA. ¿Señora?
POLONIA. Pues es una linda flema.
¿Por qué no respondes pronto
cuando oyes que te vocean?
CATALINA. Como hay tantas Catalinas
en Madrid, pensé que no era
por mí por quien preguntaban.
Mande usted.
POLONIA. Que te prevengas
a cantar la tonadilla.
CATALINA. ¿Cuándo?
EUSEBIO. Al instante.
CATALINA. Maestras
hay que la canten primero,
de quien yo a cantar aprenda.
JOAQUINA. ¿Pues no dijiste en la *Loa*
que tuviéramos paciencia
y que luego cantarías?
CATALINA. Es menester que se entienda
ese luego, como muchos
que dicen que luego llegan
deste lugar o del otro
y suelen estar cien leguas.
FIGUERAS. Pues aquí no lo entendemos
así: y el público espera
que cantes.
CATALINA. A ese señor
sería grande desvergüenza
hacerle esperar, y así,

voy a cantar, y paciencia.
Lo que les suplico a ustedes
es que por la vez primera
no me dejen aquí sola
y entre tantas caras nuevas
para mí.

POLONIA. Todas están
propicias: nada las temas,
y esfuérzate.

CATALINA. Por esfuerzo
no quedará; ¡ojalá sean
iguales sus compasiones
a mi esmero y obediencia!

MARIANO. ¿Y qué tal va de locura,
amigo?

SORIANO. Cuando sea cierta
la daré siempre por bien
padecida, como penda
de mi aplicación, premiada
con las piedades discretas
del público, a quien suplico
me perdone y compadezca.

CATALINA. ¿A qué hora callan ustedes?

MERINO. A la misma que tú empiezas
a cantar tu tonadilla,

TODOS. Con que concluye esta idea (1).

(Se quedan a oirla sentados los que quieran, y con la tonadilla se da fin.)

(1) Madrid Abril 18 de 1772.—Visto.—*Cuéllar.* De orden del Sr. D. Bernardo Marrón, Canónigo doctoral de la Santa Iglesia de Toledo, Primada de las Españas, he visto con cuidado este sainete compuesto por D. Ramón de la Cruz, y no hay en él cosa alguna que se oponga a nuestra Santa Fe, ni a las buenas costumbres. Así lo siento y firmo en Madrid, hoy 18 de Abril de 1772.—*Dr. D. Manuel de Ocaña.*
Despáchese la licencia.
Nos, el Licenciado D. Bernardo Antonio Marrón, Canónigo doctoral de la Santa Primada Iglesia de Toledo, Inquisidor Ordinario y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, &,
Por lo que a nos toca damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *Soriano loco,* su autor D. Ramón de la Cruz, pueda representarse mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres.—Madrid y Abril 19 de 1772. — *Licenciado Marrón.* — Por su mandado, *Manuel Ambrosio de Lievana.*
De representar.
Madrid 19 de Abril de 1772
Concédase licencia para la ejecución de este sainete.—*Delgado.*

133

La tornaboda en ayunas

Sainete nuevo para la compañía de

Eusebio Rivera

1772 (1)

(Mutación de calle pública. Sale de un lado ESPEJO *y del otro* RUIZ, *muy galán.)*

ESPEJO. Adiós, señor don Patricio. *(Serio.)*

RUIZ. Señor don Lucas, me alegro
mucho de haberos hallado. *(Alegre.)*

ESPEJO. Pues yo, no; porque no quiero
reñir con vos; y es preciso
daros mil quejas que tengo,
ya que os hallo.

RUIZ. Poco a poco;
qué si vuestro sentimiento
nace de no haber contado
con vos desde los primeros
pasos de mi boda, juzgo
que harto disculpado quedo
con deciros que esa queja,
también la tienen mis deudos.

ESPEJO. Ni yo me agravio, ni es el
convite lo que echo menos;
lo que siento es el que hayáis
despreciado los consejos
que os di, y que os hayáis casa-
con la hija de don Telmo; [do
y más, estando él ausente.

RUIZ. ¿Por qué razón?

ESPEJO. Yo me acuerdo
que os dije la calidad,
las crianzas y los genios
de esas niñas y su madre,
entonces; mas ya no es tiempo,
si vos lo habéis olvidado,
de repetíroslo.

RUIZ. Cierto
que me informásteis, y que
me han servido de gobierno
vuestras advertencias para
todo; mas, ¿queréis saberlo?
Pues toda la culpa es vuestra
de que haya sido en secreto

(1) Bib. munic.; leg. 1-160-13. Copia antigua, con las aprobaciones y licencias que van al final. Impreso por Durán.

mi boda; de que empeñado
en domar los devaneos
de mi suegra, y en tener
a mi parienta del freno
desde el primer día, todo
haya ido con tan serio
paso y tal economía,
que ni cena ni refresco
di anoche que me casé,
ni otro extraordinario tengo
para hoy, que un par de per-
[dices
que ella y yo nos comeremos
mano a mano.

ESPEJO. Esa miseria
tampoco, amigo, la apruebo.

RUIZ. No es miseria, es prevención;
que son muy locos aquellos
que enseñan a sus mujeres
a funciones, a paseos,
a galas y libertad
a los principios, pues luego
que ven que el pan de la boda
se ha acabado, le echan menos,
y porque dure hasta el fin
no reparan en los medios.

ESPEJO. Vuestras ideas son justas;
pero, amigo, mucho temo
que os han de salir contrarias;
¿qué dice la madre a eso?

RUIZ. Al principio resistía;
pero ya, amigo, la he puesto
más suave que una manteca.

ESPEJO. ¡Me lleve Dios si lo creo!
Sea enhorabuena y adiós.

RUIZ. Cuando de favorecernos
gustéis, ya sabéis la casa.

ESPEJO. Otro día nos veremos.

RUIZ. Yo voy a comprarla algunas
chucherías, porque quiero
vea que de ser galán
por ser marido no dejo. (*Vase.*)

ESPEJO. Abur, con la colorada.
No le ha caído mal terno
al Patricio con la novia,
con la suegra y con los deudos.
Mas, ¿la suegra y las herma-
[nas
no son éstas? Sí; yo quiero
divertirme un rato.

(*Salen las Sras.* JOAQUINA, BORJA *y* MARTÍNEZ, *con* MERINO *y* TADEO *de petimetres y la* CORTINAS *de paje.*)

JOAQUINA. Ustedes
no hagan caso de mi yerno,
que es hombre sin ceremonia;
y como ha tan poco tiempo
que está en la corte, no sabe
de filis ni cumplimientos.

MARTÍNEZ. ¡Quién le dijera a mi hermana
que había de ser tan en seco
su boda!

BORJA. ¿Cómo era fácil?
Sólo los muchos empeños
de que se ha valido, hacerle
tan venturoso pudieron.

MERINO. Sin embargo, es fuerte cosa
que porque tenga mal genio
un marido de dos días,
abandone sus derechos
para cortejarla un hombre
que ha dos años que está ha-
méritos en su servicio; [ciendo
y así yo, con el pretexto
de acompañaros, la voy
a decir mis sentimientos.

TADEO. Yo no voy; porque no hay cosa
que me cause mayor miedo
que un marido que se empeña
en penetrar los intentos
de los que van a su casa.

BORJA. Si todos hicieran eso,
se estarían las mujeres
siempre solas.

TADEO. Es concepto
gracioso; ¿pues los maridos
qué son?, ¿fantasmas?

BORJA. Lo mesmo.

JOAQUINA. Gracias al Señor, que el mío
ha tres años que está lejos:
sólo ese tiempo ha que vivo.

BORJA. Y desde hoy viviremos
mucho mejor sin mi hermana,
que con su labor, sus rezos
y ridiculez, nos tiene
quitados mil pasatiempos.

MARTÍNEZ. Sin duda.

(*Llega* ESPEJO.)

ESPEJO. A los pies de ustedes,
señoras.

JOAQUINA. ¡Tan buen encuentro,
señor don Lucas! ¿Pues cómo
nos asistís en los empeños
de su boda a don Patricio?

ESPEJO. Según me ha dicho, no creo
que se ha empeñado con nadie.

TADEO. Pues será el novio, primero,
a quien le suceda.

JOAQUINA. El es
tan político y atento,
que no os habrá convidado.

ESPEJO. Es así; pero no tengo

queja, sabiendo que ha sido
su desposorio secreto.

JOAQUINA. Yo le haré público, ahora
que ya no tiene remedio.
Vamos a ver a mi hija
para ensancharla aquel pecho
oprimido, y a enterarla
muy por menor del manejo
que ha de tomar en su casa
y en su esposo; que no quiero
que se acobarde y que viva
como esclava en unos tiempos
en que estamos las mujeres
dominando el universo.

MERINO. ¿Y podremos ir nosotros?

BORJA. ¿Por qué no?

ESPEJO. Tampoco pierdo
yo esta función que será,
si el amigo llega luego,
completa.

TADEO. Yo no quisiera
con maridos tener pleitos.

JOAQUINA. Conmigo vais muy seguro.

BORJA. Decid que sois mis cortejos
los tres.

JOAQUINA. Dice bien Juanita.

ESPEJO. Pues vais justamente a tiempo
que don Patricio ha salido.

JOAQUINA. ¡Qué tacha! Vamos corriendo;
pondremos a esta muchacha
en el tono.

ESPEJO. Yo no trueco
(Aparte.)
las funciones de esta boda
por las de más lucimiento.

LAS DS. Vamos prestito, señores.

LOS HS. Todos os vamos sirviendo.
(Vanse.)

(Se muda el teatro en salón corto, tocador, mesa y escribanía.)

(Salen SORIANO *y* GABRIELA.*)*

SORIANO. ¿Se ha levantado ya el ama
nueva?

GABRIELA. Ya se está vistiendo.

SORIANO. ¿Y qué tal?

GABRIELA. Hasta ahora, bien:
parece agradable el genio,
y mujer de mucho juicio.

SORIANO. ¿De veras?

GABRIELA. Sí.

SORIANO. No te creo.

GABRIELA. ¿Por qué?

SORIANO. Porque no es posible
que te parezca bien, siendo
la que te viene a quitar
el despótico manejo
que tenías de la casa,
de la familia, y del mesmo
amo, que más parecía
tu criado que tu dueño.

GABRIELA. ¿Qué pensaría de mí,
quien te oyera decir eso?
Si sus padres me criaron,
y si en su casa murieron
los míos, ¿qué extraña es
su confianza?

SORIANO. Pero esto
de servir a otra...

GABRIELA. ¡Paciencia!;
y aunque al principio me temo
que me cause novedad,
también es mucho consuelo
el verme libre del cargo
de la casa y su gobierno.

SORIANO. Pero, Pepa, la verdad:
alguna noche entre sueños,
o algún día entre dos luces,
¿no te asaltó el pensamiento
de casarte con el amo?

GABRIELA. Tan al contrario, que pienso
que yo he tenido la culpa
de que se case tan presto;
porque a cierta edad los hom- [bres
ricos, no están bien solteros,
ni criadas de mi edad
tampoco están bien con ellos.

SORIANO. Conforme; porque yo he visto
de todo, en la edad que tengo.

(Sale la Sra. POLONIA *en deshavillé).*

POLONIA. Hijos, perdonad, que son
muy desiguales mis medios
a mi corazón; tomad:
tú, este abanico, estos vuelos
y estos pendientes, y tú
toma este poco de lienzo
para un par de camisolas,
que a ratos te las haremos
en casa, y este doblón
para unos zapatos nuevos.

LOS DOS. ¡Viva usted más de mil años!

GABRIELA. Extrañaréis el sosiego
de esta casa.

POLONIA. Te aseguro
que era muy contra mi genio
el bullicio de la mía.

GABRIELA. ¿Queréis peinaros?

POLONIA. No tengo
prisa; cuando tú quisieres.

GABRIELA. Pon el tocador en medio.
(A SORIANO.*)*
Perdone usted, si al principio
a darla gusto no acierto,
mientras no la cojo el aire.

POLONIA. Por eso no reñiremos,
que yo también sé peinar;
ya lo verás, porque luego
te peinaré a ti.
GABRIELA. ¡Señora!...
POLONIA. Yo sé que mereces esto
y mucho más; y hazte cuenta,
mi Pepa, que el casamiento
de tu amo no te añade
trabajo, porque deseo
también servirle; y el que ha- [ya,
entre ambas repartiremos.
SORIANO. Ahora digo que mi amo
es dichoso, y nos ha hecho
felices a todos.
POLONIA. Deja (*Llaman.*)
boberías, y tratemos
de otra cosa... mas, ¿llamaron?
SORIANO. Sí, señora.
POLONIA. ¿Oyes?, no siendo
persona de confianza
de tu amo, yo no quiero
recibir a nadie.
SORIANO. Yo
avisaré, voy a verlo. (*Vase.*)
POLONIA. Según el ruido, parece
que viene algún regimiento
a darnos la enhorabuena.
GABRIELA. Pues excusen el obsequio,
que mi amo no es coronel,
ni tiene ganas de serlo.

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. Mi señora la mayor,
con dos o tres caballeros,
y vuestras hermanas.
POLONIA. Que entren.
SORIANO. ¿Pues acaso yo las detengo?
POLONIA. ¡Qué cosas tiene mi madre!

(*Salen los seis que se entraron antes.*)

JOAQUINA. ¡Hija mía!... Mas, ¿qué es es- [to?
parece que estás llorosa.
POLONIA. ¿Yo, señora? No por cierto.
LOS HS. Madama, a los pies de usted.
MARTÍNEZ. ¡Cuánto hace que no te veo,
hermana mía!
BORJA. ¡Ay, hermana,
que no hemos cogido el sueño
acordándonos de ti,
toda la noche!
(*Abrazándola con zalamería.*)
SORIANO. Yo apuesto
que no se ha acordado mi ama
de ellas siquiera un momento.
JOAQUINA. ¡Qué desmejorada estás
desde ayer acá! No andemos
con disimulos; ¿qué ha habido?
¿Te ha perdido ya el respeto
tu marido?
SORIANO. Sí, señora;
y ha llegado a tal extremo,
que la ha llamado de tú.
POLONIA. Señora, tome usté asiento,
y no haga tal injusticia
al que rendido y atento,
sólo piensa en obsequiarme.
JOAQUINA. ¿Ahora salimos con eso?
¿Que eres tú de las mujeres
que gustan de los requiebros
de los maridotes?, ¡malo!
BORJA. Eso fuera hacer desprecio
de la crianza que madre
nos ha dado.
ESPEJO. Ya pondremos
remedio a todo los dos.
JOAQUINA. Sí, señor.
ESPEJO. Pues que sea presto.
Rabiando estoy porque vea
(*Aparte.*)
don Patricio, que son ciertos
mis pronósticos.
JOAQUINA. ¿Qué hacías?
POLONIA. Componerme un poco el pelo.
JOAQUINA. ¿Tú misma?
GABRIELA. Yo la peinaba.
BORJA. Pues qué, ¿no hay un peluque- [ro
en Madrid?
JOAQUINA. ¡Pobre de mí,
qué sacrificio se ha hecho
contigo, paloma mía!
Ve al instante, y dile al nuestro
que venga. (*Al paje.*)
POLONIA. Usted me perdone,
que sin el consentimiento
de mi marido...
JOAQUINA. Que venga;
(*Vase el paje.*)
y si él no quiere, yo tengo
con qué pagarle.
MARTÍNEZ. ¿Quién toma
estas mantillas? (*Quitándoselas.*)
BORJA. ¿Qué es esto?
¿Adónde están las criadas
de esta casa?
POLONIA. Usté es muy dueña
de esta casa, madre mía;
pero por hoy no tenemos
prevención...
JOAQUINA. ¿No hay qué comer?
SORIANO. Sí habrá; mas no todo aquello
que es regular en un día
que piensan favorecernos
usted y las señoritas.

JOAQUINA. Y para estos caballeros
y los demás que vinieren
es preciso que al momento
se disponga aquí una mesa
de veinte o treinta cubiertos
y que avises tus amigas,
que vengan de cumplimiento,
para esta tarde.
POLONIA. Por mí,
no me atrevo a disponerlo.
JOAQUINA. Pues yo sí, y haré al instante
que llamen a un repostero,
que lo disponga a mi gusto,
una cuadrilla de ciegos...
Y pregunto: ¿qué regalos,
hija, nos tienes dispuestos
por día de tornaboda,
ya que antes no lo ha hecho
el puerco de tu marido?
GABRIELA. Eso de que mi amo es puerco,
señora, nadie lo ha dicho.
JOAQUINA. Yo lo digo; ¿y qué tenemos?
GABRIELA. Que lo decís sin razón.
BORJA. ¿Habrá tal atrevimiento?
¡Contradecir a mi madre!
JOAQUINA. Muchacho, toma corriendo
la capa y vete a la fonda
a que venga uno de aquellos
jefes, a tomar mi orden.
SORIANO. Yo mientras esté sirviendo
a mi amo, no sirvo a nadie.
JOAQUINA. ¿Cómo que no?
MARTÍNEZ. Lo primero
que has de hacer, mudar fa-
[milia.
SORIANO. Y más es que nos iremos
nosotros.
JOAQUINA. Haz lo que digo.
SORIANO. Ya digo que no obedezco
a nadie, sino a mi amo.
TADEO. No os impacientéis por eso;
que yo correré con todo
si gustais; y yo os ofrezco
disponeros la comida
que decís, baile, refresco,
cena y todo lo demás.
JOAQUINA. Tendría que agradeceros
infinito; que estas cosas
en la torpe mano de estos
criados, siempre se arriesgan.
TADEO. Pues voy al instante, y vuelvo
con la respuesta.
JOAQUINA. Y haced
de camino, que al momento
venga un mercader de sedas
con los más ricos y nuevos
géneros que haya en su tienda.
MARTÍNEZ. ¿Y que sean extranjeros?
JOAQUINA. Se supone.
TADEO. ¿Hay algo más
que prevenir?
BORJA. Yo no quiero
bata, madre.
JOAQUINA. ¿Pues qué quieres?
BORJA. Un reloj y un palillero.
JOAQUINA. Pues bien; que traigan de todo.
ESPEJO. No parece el señor lerdo,
yo apuesto que queda bien.
TADEO. Mejor os lo dirá el tiempo;
para estas cosas no hay otro
de más gusto ni más diestro
(*Vase.*)
POLONIA. ¿Y quién lo ha de pagar?
JOAQUINA. Tú.
POLONIA. Si yo no tengo dinero,
madre.
JOAQUINA. ¿Le tiene tu esposo?
POLONIA. Sí, señora.
JOAQUINA. Pues lo mesmo:
que una vez con él casada,
la mitad de todo aquello
que tiene y ha de tener,
es tuyo, según derecho.
ESPEJO. ¡Toma, las leyes que sabe
la tal suegra! ¡Pobre yerno!
POLONIA. Pero, señora...
JOAQUINA. Tú. calla.

(*Sale* CORTINAS.)

CORTINAS. Aquí está ya el peluquero.
CALLEJO. Brevecito, que hoy es día
ocupado.
POLONIA. No me peino,
señora.
JOAQUINA. Te peinarás;
siéntate en aquel asiento.
POLONIA. ¿Y qué dirá mi marido?
JOAQUINA. Nada, señora; callemos,
no se alborote la casa.
CALLEJO. Alfileres.
GABRIELA. Ya los tengo
prevenidos.
MERINO. Ese cargo
ha días que lo merezco
yo solamente, en la casa.
ESPEJO. ¿Vos sois el alfiletero
de las cuatro?
POLONIA. Reparad,
don Luis, que ya es otro tiem-
MERINO. Sin embargo... [po.
GABRIELA. Sin embargo,
estoy yo aquí para eso,
que yo solamente soy
la criada y el cortejo

de mi ama.

JOAQUINA. ¿Tú respondes
de esa manera a un sujeto
de toda mi estimación?
¡Vaya a espumar el puchero,
muy enhoramala!

BORJA. Madre,
despídala usted.

GABRIELA. Para eso,
antes me despido yo.
¡Pobre amo, por vos lo siento!

(*Se entra llorando.*)

POLONIA. Madre, por Dios, usted viene
a hacerme infeliz.

JOAQUINA. Yo vengo
a decirte que no seas
tan boba, y que desde luego
enseñes a tu marido
los dientes; que si es grosero
y te dice una palabra,
que tú le respondas ciento;
que sepa que tus hermanas
y yo, igual parte tenemos
en la casa, que tú y él;
que te vayas a paseos,
a visitas y teatros
sin que le busques pretextos,
ni jamás pidas licencia
para salir; que con eso,
no te negará los gustos
que apetezcas, pues todo esto
es regular en mujeres
como nosotras; y en siendo
celoso, hacerlo peor:
y, en fin, todo el pensamiento
se reduce sólo a un punto,
y es que te hagas desde luego
cargo de que te has casado
para gastar el dinero
de tu esposo, divertirte,
regalarte, socorrernos;
y para hacerle rabiar,
en fin, si tiene mal genio.

ESPEJO. No es lo malo que lo diga,

(*Aparte.*)

sino los muchos ejemplos
que tenemos de este mal,
y los pocos del remedio.

CALLEJO. Lo mismo hacen todas las
más señoras que yo peino.

BORJA. ¡Qué tonta serás, hermana,
en no tomar los consejos
de madre!

MERINO. Esta señorita
tiene mucho entendimiento,
y se sabrá manejar.

POLONIA. Yo lo hiciera, pero temo;
que a mi marido por bien,
le llevarán de un cabello
a cualquier parte, y por mal,
no sé yo...

JOAQUINA. Si quieres verlo,
haz la experiencia en entrando.

(*Sale* CORTINAS.)

CORTINAS. El mercader está ahí, lleno
de baratijas.

JOAQUINA. Pues que entre
al punto.

(*Sale* MARIANO DE LA ROSA.)

ROSA. Señoras, beso
a ustedes los pies.

BORJA. Seais
bien venido.

JOAQUINA. Id extendiendo
las piezas.

BORJA. ¿Trae usted hebillas
de piedras?

ROSA. Y de quinientos
reales.

BORJA. Esas quiero yo.

ESPEJO. ¿Y vienen algunos vuelos
ricos, que valga diez reales,
para dar a mi cortejo?

ROSA. No vendo yo tan barato.

ESPEJO. Pues no nos ajustaremos.

JOAQUINA. Mientras eligen las niñas,
ponte tú allí, y ve escribiendo
papeles de aviso a todas
las amigas, suponiendo
que ya sabes cómo.

CORTINAS. Ya
lo sé.

ESPEJO. ¡Está el cuadro estupendo!

SORIANO. Un coche ha parado.

JOAQUINA. ¿Quién
puede ser?

TODOS. Ya lo veremos.

(*Sale* GABRIELA.)

GABRIELA. Cuando venga por el cofre
se ajustará lo que debo
yo al amo, o su merced a mí.

POLONIA. ¿Es posible?...

GABRIELA. No hay remedio.

POLONIA. Aguárdate.

SORIANO. ¡El amo, el amo!

ESPEJO. Ha llegado al mejor tiempo.

(*Estando la novia al tocador con el peluquero,* MERINO, *de rodillas, dando alfileres; las señoritas y* JOAQUINA *con el mercader, el paje escribiendo, la* GABRIELA *de basquiña y mantilla, llorando, etc., sale* RUIZ.)

RUIZ. ¡Sea muy enhorabuena!
¿Por mi casa tanto bueno,
y sin avisar?

JOAQUINA. Te enseñan
(Muy seria.)
lo que habías de haber hecho
tú, si tuvieras crianza.
RUIZ. Dios guarde a usted, caballero:
¿qué santo está usté adorando?
(A MERINO.)
MERINO. No adoro, pero venero
a esta deidad que os envidio.
RUIZ. Pues vaya usté a los infiernos,
por envidioso. *(Le tira.)*
MERINO. ¿Sabéis?...
RUIZ. No lo sé, pero lo entiendo.
Tome usted, por su trabajo,
y váyase, peluquero.
CALLEJO. No está acabado.
RUIZ. No importa:
yo la peinaré a su tiempo.
(Vase el peluquero.)
ROSA. Aquí hay ropas más bonitas.
RUIZ. Vuelva usté a recoger eso.
POLONIA. Poco a poco, déjalas;
¿no ves que están escogiendo?
BORJA. Yo ya he elegido.
RUIZ. ¿Y qué escogen?
POLONIA. Unas batas que pretendo
regalarlas porque es día
de mi boda, y porque quiero.
RUIZ. ¡Hola, y qué recio que hablas!
POLONIA. Pues aún hablaré más recio
si me inquietas.
ESPEJO. A la tarde;
después de beber el Pedro
Ximénez y el Frontiñán:
entonces sí que hablaremos.
Pues a la noche...
RUIZ. Don Lucas,
¿qué me decís?
ESPEJO. Que tenemos
mesa redonda, sorbetes,
ambigú, baile, refresco...
habrá boda para todos,
en fin.
RUIZ. ¿Y quién lo ha dispuesto?
POLONIA. Yo; ¿qué, pensabas tratarme
como a una hija de un negro?
Pues no, amigo, no lo pienses;
que ya mi madre me ha abierto
los ojos.
RUIZ. Dices muy bien;
tan mal en tratarte pienso,
que venía de comprarte
este exquisito aderezo
de brillantes, que me cuesta
justamente dos mil pesos,
que en los gastos de la boda
hubieran sido superfluos.
Tienes un coche a la puerta
para ir a misa; aposento
para comedia esta tarde,
con tus gentes, y refresco
prevenido...; pero, al fin,
ya que a servirte no acierto,
mi bien, por este camino,
por el contrario echaremos.
JOAQUINA. Echa por donde quisieres.
RUIZ. Vuelva usté a recoger eso,
antes que yo lo recoja.

(Sale TADEO.)

TADEO. Ya queda todo dispuesto
a la ley: de aquí a una hora
vendrá todo; y os advierto
que ya han recibido a cuenta
en la fonda y reposteros,
cuarenta y cinco doblones.
JOAQUINA. Después os lo pagaremos
todo.
ESPEJO. ¿Y habrá pastelones?
TADEO. De todo habrá.
ESPEJO. Yo me alegro,
don Patricio, de que os hagan
lucir vuestro casamiento.
RUIZ. Pepa, ¿por qué lloras tú?
¿Adónde vas?
GABRIELA. Señor, esto
es haberme despedido.
BORJA. Porque has perdido el respeto
a mi madre; dilo todo.
ESPEJO. Es mentira.
RUIZ. Yo lo creo.
¿Conque, en fin, ha de haber
JOAQUINA. Claro está. [fiesta?
RUIZ. Pues la tendremos;
pero no en mi casa. Roque,
llama cuatro esportilleros.
POLONIA. Sepamos para qué.
RUIZ. Para que se lleven al momento
todos los trastos que hay tuyos
adonde ayer los trajeron;
y tú vete con tu madre
al instante detrás de ellos,
y allí tendrás la función
con más libertad.
JOAQUINA. ¿Qué es esto?
¿A nosotras tal desaire?
RUIZ. Pues peor será si empiezo
a hacer aire, que quizá
no quedará sano un hueso.
TADEO. Los hombres de bien, amigo...
RUIZ. Yo sé lo que hacer debemos
los hombres de bien.
TADEO. ¿Y qué es?
RUIZ. La primer vez obrar cuerdos.
MERINO. ¿Y a la segunda?

RUIZ. Tan locos,
(*A coces.*)
que de este modo aventemos
los abejones que andan
tras los panales ajenos.
LOS DOS. Dejarle por bruto.
(*Se van corriendo.*)
JOAQUINA. ¡Ay, hija,
qué lástima que te tengo!
BORJA. Vámonos de aquí al instante,
hermana mía.
POLONIA. Yo pienso
al contrario; porque sé
que mi marido es tan bueno,
como mala la conducta
que se me aconseja y esto
sólo ha sido daros prueba
de vuestro errado concepto,
madre; que la que procede
en todo contra el consejo
de un buen marido, o es mala
o está muy cerca de serlo.
ESPEJO. Amigo, ¡sea enhorabuena!;
que la chica es mucho cuento.
RUIZ. Cuando llego a echar el ojo,
bien sé yo dónde le echo;
hija, ¿cuánto les has dado?
Yo lo pago y yo lo apruebo
JOAQUINA. No necesitamos nada,
ni volver jamás queremos
a esta casa.
BORJA. No pareces
nuestra hermana.
(*Vanse todas, enfadadas.*)
POLONIA. Ni lo quiero
parecer.
ESPEJO. Adiós, señoras.
RUIZ. Tú no te aflijas por eso,
que todo se compondrá
y acá nos divertiremos.
TODOS. Interin, pedimos todos
perdón de nuestros defectos (1).

---

(1) Remítese a la censura del P. D. Juan de Aravaca, en el Oratorio del Salvador.—*Doctor Almarza.* (Rubricado.)
Este sainete no contiene cosa alguna contra la fe, buenas costumbres o regalías de S. M., y se puede permitir su representación.—Madrid, 24 de Junio de 1772.—*Juan de Aravaca.* (Rúbrica.)
Dése la licencia. (Rúbrica.)
Nos, el Licenciado D. Bernardo Marrón, Canónigo de la Santa Primada Iglesia de Toledo, Inquisidor ordinario y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc.
Por lo que a nos toca, damos licencia para que el sainete nuevo antecedente, titulado *La Tornaboda en ayunas*, pueda representarse, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y aparece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra santa fe y buenas costumbres.—Madrid, veinte y cinco de Junio de mil setecientos setenta y dos.—*Licenciado Marrón.* (Rúbrica.)
Ejecútese. *Pinedo.* (Rúbrica.)—Por su mandado, *Bernardo Pérez.* (Rubricado.)
De representar.

134

Las usías y las payas

Para la comedia de *El Honor da entendimiento*

Compañía de Rivera

Año de 1772 (1)

(*El teatro representa bosque a la entrada de una villa.* CHINICA, CORONADO, CALLEJO, GALVAN, ENRIQUE *y* QUEVEDO *jugando a la barra. La señora* GUZMANA *y* POLONIA, PORTUGUESA *y* JUANA *bailando las cuatro seguidillas y la* JEREZANA *sentada en el suelo, con pandero: todos de payos; y* SORIANO *y* MERINO *paseándose de capas y monteras al otro lado.*)

Seguidillas payas bailadas a cuatro

El ramo que a tu puerta
puse por Mayo,
se mantuvo florido
por todo el año.
Deje usted que eso sea
por todo el año.
Pero no juzgo,
como es cosecha mía,
que dará fruto.
Deje usted que eso sea,
que dará fruto.
TODOS. ¡Valiente tiro!
CORONADO. Barra es.
CHINICA. Dígole a usted que no es barra.
CORONADO. Que lo digan todos.
CHINICA. Digan
lo que les diere la gana,
no lo es: para barra buena
la que está aquí señalada.
que yo tiré.
GALVÁN. Esa fué mía.
CHINICA. ¿Pues acaso tienes barbas
tú, para llegar aquí?
¡Miren el mozo que habla
para echar largo!
GALVÁN. ¿Pues tienes
acaso tú más pujanza?
Con la mano solamente
la he de poner, si me enfadas,
más lejos que a pechos tú.
No miras aquestas zancas
y aquestos brazos.

---

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-152-53. Autógrafo de 1772 y otro ejemplar, copia, con las aprobaciones y licencias que siguen al texto.

CHINICA. ¡Qué importa!
GALVÁN. Jusepillo, no eches plantas,
y confiésala.
CHINICA. Apostemos
las almendras y la horchata
de la bodega del cura,
que es la mejor y más cara,
al mejor tiro.
CORONADO. Apostemos.
GALVÁN. Y al primero.
CHINICA. Vaya en gracia.
CORONADO. Tira tú.
CHINICA. Sea enhorabuena.
CALLEJO. Más atrás.
CHINICA. ¿No ves la raya,
hombre? Si digo yo que
estais de ver:
TODOS. Tira.
CHINICA. Aparta.
TODOS. ¡Buen tiro!
CHINICA. Siga la rueda
y veamos el que paga.

(*Siguen jugando y se llegan* MERINO *y* SORIANO *a las payas.*)

MERINO. ¡Qué milagro es que una vez
estéis de bailar cansadas,
chicas!
POLONIA. No es porque lo estamos;
sino dejar mientras pasan
esos usías el baile.
SORIANO. Sí, con efecto, ya bajan
al camino de Madrid
a tomar el sol.
POLONIA. ¡Qué maulas
son esos hombres que traen!
SORIANO. Digo: la verdad, muchachas:
¿Dicen algo?
POLONIA. Dicen tanto...
JUANA. Yo no les entiendo nada,
ni se lo quiero entender.
POLONIA. ¡Y qué llaneza que gastan!
Por poco, si me descuido,
ayer el uno me abraza.
GUZMANA. Ayer al salir de misa
bajé yo, como madama,
la escalera de la iglesia
muy despacio y agarrada
de la mano de uno de ellos.
POLONIA. ¡Buena la hiciste, Colasa!
GUZMANA. ¿Pues qué, es pecado?
POLONIA. Eso, el cura
te lo dirá la semana
Santa; pero por lo menos,
es dar motivo a que hagan
burla de ti las demás,
y a que si lo sabe Patas
te aborrezca.
MERINO. ¿Por qué no
le enviastes muy noramala?
GUZMANA. Yo discurrí que era bueno;
como en Madrid se estilaba..
SORIANO. ¿Qué, te parece que allí
es bueno cuanto se halla?
GUZMANA. Pero ¿es pecado, es pecado
que yo la mano agarrara
de aquel señor?
POLONIA. ¡Qué sabemos!
GUZMANA. Pues ¿y por qué se la agarran
las otras? ¿No son mujeres?
MERINO. Es que, por distintas causas,
lo que escándalo en los pobres,
suele en los ricos ser gala.
P. Y J. Ya vienen.
POLONIA. Pongámonos
como que estamos de cara
al sol, y dejad que pasen.
JUAN. Y Lucía la Hortelana
también viene allí cantando.
POLONIA. Pues tras esa, ¡qué tal anda
el uno de los amigos!
MERINO. ¡Si tú supieras qué gana
que tengo de escarmentarlos!
SORIANO. Pensemos una humorada
y hagamos Carnestolendas
con ellos.
MERINO. ¿Y si regaña
el alcalde?
SORIANO. Es que ha de ser
graciosa y poco pesada.
MERINO. Difícil es.
SORIANO. Sin embargo,
procuremos el hallarla.

(*Se retiran a la punta del tablado opuesta a la que están las payas sentadas de cara a las lamparillas, y sale la Sra.* MAYORA *con unos apios y cardos en una cesta o esportilla, cantando.*)

MAYORA. Verdurita, verdurita,
tú me mantienes:
plegue a Dios que las aguas
de Abril te rieguen.
¡Ay, qué contento!
¡Ay, qué gustito;
es ganar con sus manos
el bocadito!
Las de mi huerta
sí que son esperanzas
que me alimentan.
¡Ay, qué gustito!
¡Ay, qué contento
es comer un bocado
de pan, sin riesgos!

(*Antes de concluir las seguidillas han salido, de señoras, la* PEREIRA, GRANADINA, NAVARRA, NICOLASA *y* JOAQUINA, *con* EUSEBIO, PONCE, SIMON *y* AMBROSIO, *como de paseo en un lugar.*)

EUSEBIO. Don Patricio, ya tenéis
la hortelanita en campaña.
PEREIRA. ¡Gran cosa!
SIMÓN. La verdad: ¿no es
un prodigio como canta?
PEREIRA. Ciertamente que no he visto
semejantes papanatas
como ustedes: tal pergeño,
¿qué primores, ni qué gracias
puede producir?
GRAN. ¿No sabes
que hay ojos que de legañas
se enamoran?
JOAQUINA. Que nō es eso;
sino que tienen la maña
los hombres de acreditar
que es la que más les agrada
la última.
PONCE. ¿Y ustedes no?
AMBROSIO. Andemos, que el sol se pasa,
y hará después frío.
SIMÓN. Agur.
¿Oyes?
MAYORA. Agur.
EUSEBIO. ¿Qué ensaladas
llevas ahí?
MAYORA. Apios y cardos.
EUSEBIO. ¿De venta?
MAYORA. No vendo nada
yo.
EUSEBIO. ¿Pues para qué es la huerta?
MAYORA. Esa la tiene arrendada
mi esposo; si usted quiere algo,
a ajustarlo con él vaya.
AMBROSIO. ¡Qué sardesca es!
PEREIRA. Haces bien,
hija; mira que te engañan
y quieren burlarte; como
te ven una pobre paya...
MAYORA. Más fácilmente quizá
se burlan a las madamas
de Madrid y a los usías,
que no a los payos.
GRAN. ¡Cuitadas
de vosotras! Y qué poco
pájaras sois para tanta
liga como os pondrán ellos.
MAYORA. Pues según dicen las malas
lenguas, en mirando el cebo
también ustedes se clavan.
LOS PET. ¡Bien respondido!
PEREIRA. ¡Qué risa!
EUSEBIO. Píquenla ustedes.
GRAN. ¡Qué gracia!
SIMÓN. ¿No vendrás después al baile?
MAYORA. Si fuese allá no haré falta.
PEREIRA. ¡Han quedado ustedes bien!
SIMÓN. Quedamos tantas a tantas.
MAYORA. ¡Ay, qué gustito! *(Canta.)*
¡Ay, qué gran cosa,
es mirar a los burros
andar las norias!

(Vanse los usías por un lado y la MAYORA *por otro.)*

POLONIA. ¿Pues no es una desvergüenza
el que estas encorozadas
piensen así de nosotras?
GUZMANA. Chicas, ¿vamos a apedrearlas?
TODOS. Vamos.
MERINO. Muchachas, tened.
SORIANO. Diles lo que quieres que hagan,
tú, mientras tanto que voy
yo a disponer la maraña. *(Vase.)*

(Sale ESPEJO, *de payo, acelerado.)*

ESPEJO. Muchachos, dejad el juego;
que está el alcalde que rabia
porque todica la gente
tarda en juntarse en la plaza
para el baile que ha ofrecido
dar esta tarde a esas daifas
de Madrid.
POLONIA. Vaya quien quiera;
que nosotras en mi casa
bailaremos esta noche.
JUANA. Dices bien; y sin quien haga
burla.
CHINICA. ¡Toma!, ¿y para eso
tan solamente nos llamas?
CORONADO. Tenemos función mejor
que el baile, ya concertada
nosotros: vamos, muchachos.
MERINO. Digo ninguno se vaya;
sino haced corro y oid.
¿No os sentís muy agraviadas
vosotras, de esas usías,
porque juzgan, temerarias,
que os pagáis de los requiebros
de los que las acompañan?
POLONIA. Mucho: diera medio brazo
solamente por llamarlas
embusteras, y ojalá...
TODAS. Y todas.
MERINO. Menos palabras,
y más obras. Y a vosotros,
¿no se os sube la mostaza
a las narices de ver
que tras nuestras mozas andan
esos alfiñiques; esos
hombres de papel de estraza,
como galgos tras las liebres?
CHINICA. Yo se la tengo jurada
a uno de ellos, y a no ser
porque siempre lleva espada
y porque le tengo miedo...

ESPEJO. ¿Pues no sabes que hay estacas
de seis palmos?
CALLEJO. ¿Pues no hay piedras?
CHINICA. Decís bien; no me acordaba.
MERINO. ¡Chis!, y va otra preguntita:
¿No sabéis que yo en mi casa
tengo todos los vestidos
que se han buscado de gala
para hacer nuestras comedias
y entremeses?
TODOS. Sí.
ESPEJO. ¿Y qué sacas
tú de eso?
MERINO. Lo que yo saco
es una cierta humorada
que el Zurdo y yo hemos pensado.
TODOS. ¿Cuál es?
MERINO. Lavarnos las caras,
muy bien, primero; y después,
con aquellas ropas guapas
fingir que somos señores
que a Madrid acaso pasan
por aquí, y que se detienen
esta noche en la posada;
que saben que hay baile; que
salen a verle a la plaza,
y que al ver a estas señoras
se ponen a cortejarlas.
CHINICA. ¿Y qué consigues con eso?
MERINO. ¿Qué se consigue? ¡Ahí es nada!
Que ellos entonces irán
a burlar a las muchachas
nuestras; y estando ellas firmes
en enviarlos noramala;
mientras nosotros hacemos
a las usías unas natas,
vean cuáles son peores
y de conciencia más ancha,
las payas o las usías.
ESPEJO. Pero, tonto, ¿no reparas
que si acá los despreciamos
huirán?
MERINO. Ya tendremos traza
de entretenerlos. En fin,
cada uno su papel haga,
y lo demás por mi cuenta.
ESPEJO. Dejadme a mí aquella alta
y respondona; veréis
qué tal le mato la caspa.
CHINICA. Yo también quiero vestirme.
TODOS. Y todos.
POLONIA. No tiene gracia
eso; solamente aquellos
que saben por ir con tanta
frecuencia a Madrid su estilo,
se han de disfrazar.
CORONADO. Me agrada
esa idea; y yo con otra
me anticiparé a clavarlas
mejor.
TODOS. ¿Cuál?
CORONADO. Allá se verá.
ELLAS. Pues al arma.
ELLOS. Pues al arma.
POLONIA. Y para empezar la fiesta
repita nuestra algazara.

(Repitiendo la seguidilla se van todos por la izquierda, y por la derecha sale NAVAS, *de payo, muy mustio y detiene a la Sra.* GUZMANA.)

NAVAS. Con perdón de todo el mundo,
señora doña Colasa,
óigame usía un recado.
GUZMANA. ¿Adónde has estado, Patas,
que dende ayer no te he visto?
NAVAS. ¡Ay! Dios lo sabe y lo calla.
GUZMANA. Y tú también lo sabrás.
NAVAS. ¡Ay! Debajo de la cama,
hartándome de llorar,
sin comer ni beber nada,
desde ayer al mediodía
me he estado metido en casa.
GUZMANA. ¿Y qué, ni a misa has salido?
NAVAS. Salí a la misa del alba
y me volví a zambullir
otra vez en la banasta.
GUZMANA. ¿Y qué has hecho allí metido?
NAVAS. Maldecir toda tu casta
y la hora en que te vi
asomada a la ventana
de tu tío el herrador
cierto día que de paja
iba cargado a Madrid.
Ya, ya te acuerdas; ¡malhaya!
tu asomadura y también
reniego de mi parada.
GUZMANA. Pero ¿por qué, di; por qué?
NAVAS. Mira, mujer, no me hagas
rabiar.
GUZMANA. Si yo no te entiendo.
NAVAS. Tampoco se me da nada
de que no me entiendas. Toma
tus ligas y tu corbata
que me diste, por aquello
que tú bien sabes, y daca
la camisa que te traje
y las zapatillas blancas
de valdés, por Nochebuena.
GUZMANA. ¡Hombre, mira lo que hablas,
y que eso es dar qué decir!
NAVAS. Mejor fuera lo miraras
ayer al salir de misa.
GUZMANA. ¿Qué, lo vistes?
NAVAS. Y con tanta
boca abierta, junto a ti:
¡y qué tal que te apretaba

aquel maldito la mano!

GUZMANA. Pero si él llega y la agarra, ¿qué había yo de hacer?

NAVAS. Soltar.

GUZMANA. ¿Pues acaso era alguna ascua?

NAVAS. Y peor; era un demonio que a mí me quemó hasta el al- [ma.

GUZMANA. Yo creí que no era malo aquello.

NAVAS. Escandalizada quedó toíta la gente; y después me dieron tanta brega a mí... ¡Cuándo me acuer- [do del lance, se me arrebata toda la sangre a la frente! ¡Jesús, Jesús! Vamos, daca mis prendas, una por una; toma todas tus alhajas y anda bendita de Dios.

GUZMANA. Patas mío. (*Llorando.*)

NAVAS. Aquí no hay *patas*: lo que ha habido ha sido manos y no las quiero pringadas.

GUZMANA. ¿Pues, se me ha pegado algo? ¡Esa ya es mucha matraca, también y todo!

NAVAS. Lo malo, que ya te quedes notada en el pueblo; y sobre todo no doy yo mis manos bastas a quien sabe ya que hay otras más suavecitas y blandas.

GUZMANA. Ni yo ya me acuerdo.

NAVAS. En fin, si con ésta no te casas, después de cortarte esotra, no nos cansemos, Colasa.

GUZMANA. ¡Hombre, tú eres una fiera! ¿Y qué dirán?

NAVAS. No me ataja el que una fiera me llamen soltero: más me pesara el oirlo después de coger manos apretadas por otro: ¡sopla; esa es grilla! Poca ropa, pero honrada.

GUZMANA. Yo se lo diré a mi tío.

NAVAS. Y si has menester compaña, yo iré contigo.

GUZMANA. ¡Por Dios, que te acuerdes de las malas noches que por ti he pasado!

NAVAS. ¿Y tan buenas las pasaba yo, que me estaba en la calle cayéndome encima el agua a cántaros?

GUZMANA. Valen más las peras que yo te daba y los bollitos.

NAVAS. ¿Te acuerdas también de cuando me echabas los puches en el sombrero? ¿Y las morenas untadas de miel?... ¡Qué tiempos aque- [llos!

GUZMANA. Pues en estando casada contigo, entonces verás...

NAVAS. No te canses, Nicolasa: si no te cortas la mano, fuera.

VOCES. ¡A la plaza, a la plaza! (*Dentro.*)

NAVAS. ¿Qué dices?

GUZMANA. Tanto te quiero, que creo me la cortara por ti; ¿mas cómo podré servirte con esa falta?

NAVAS. Para mí en no siendo coja ni tuerta, más que seas manca.

GUZMANA. Ya hablaremos.

NAVAS. Los usías vienen por allí.

GUZMANA. ¡Malhaya ellos!

NAVAS. Amén.

LOS DOS. Y los aires que otra vez acá los traigan. (*Vanse.*)

(*Se muda el teatro en plaza de lugar; los payos y payas que puedan, bailando; los usías que entran y van ocupando los bancos que formarán un gran circo y quedarán asientos desocupados. Cantan y bailan a ocho, hombres y mujeres, las mismas seguidillas de empezar; y estarán sentados, bien vestidos de payas,* MERINO, *el* CHICO *y* PEPE, *a los que empiezan a galantear* EUSEBIO *y* PONCE, *que se sientan junto a ellas.*)

PEREIRA. ¡Qué diversión, mi señora doña Francisca.

GRAN. Me ahorcara si estuviera quince días metida entre esta gentualla.

JOAQUINA. Dios quiera que vengan los coches pasado mañana.

EUSEBIO. Mira allí qué dos.

PONCE. Y a fe que tienen pulidas caras.

EUSEBIO. A ellas, y rabie quien rabie.

PONCE. Y ustedes, ¿por qué no bailan?

MERINITO. No quiere mi madre.

EUSEBIO. ¿Y dónde está su mercé?

MERINITO. Está en casa.

EUSEBIO. ¿Y usted no tiene licencia tampoco?

PEPE. Si no me sacan.

EUSEBIO. Luego han de bailar ustedes
con nosotros.
SIMÓN. ¡Cuál se agarran
los amigos!
JOAQUINA. Quizá es eso
envidia; si quieren vayan,
que mejor estamos solas.
NICOLASA. ¡Qué gente tan ordinaria
y veleta!
GRAN. ¡Y dirán que
son las mujeres voltarias!
PEREIRA. ¡Y de que les digan cosas,
las puercas, cómo se ensan-
JUANA. Si cojo un banco... [chan!
POLONIA. Mujer,
no está lejos la venganza.
PORT. Hétele por donde vienen
ya.
POLONIA. No los mires, y calla.

(*Salen delante* CORONADO, *de calesero;* ESPEJO, *de pelucón;* CHINICA *y* SORIANO, *de petimetres, y* MERINO, *de oficial, como paseándose, y luego hacen lo que se infiere de los versos que siguen.*)

GRAN. Parece que hay forasteros.
PEREIRA. Y no tienen mala traza.
Irán a Madrid sin duda.
AMBROSIO. Ya están ustedes en brasas
porque han visto gente nueva.
PEREIRA. ¿Oye usted?, así se acercaran,
que a fe que ustedes se habían
de ir mucho enhoramala;
y con ellos solamente
se había de pelar la pava
esta noche.
SIMÓN. ¡Otro tanto oro!
Digo, compadre, ¡qué tacha!
CORONADO. Para lugar es muy lindo,
y luego que usías salgan,
verán qué bella campiña.
CHINICA. Dos leguas de Nicaragua
hay otro ni más ni menos,
donde tengo yo una casa
y huerto con un estanque
enladrillado de plata.
SORIANO. Para lugares a mí
me gustan más los de Francia.
¡Qué París, aquel; qué Lon-
[dres;
qué Venecia, qué Alemania;
¡oh bondiu!
MERINO. ¿Cuántos gobiernos
ha tenido en Nueva España
usía?
ESPEJO. Cuarenta y dos.
MERINO. ¿No se habrá perdido nada?
ESPEJO. Su docena de millones,
y dos millares de barras,
de oro, que tendrá cada una
dos arrobas bien pesadas.
MERINO. Pues yo no quise ir a Indias,
porque es tan rica mi casa
que de asistencias me dan
mil duros cada semana.
GRAN. ¿Oyes, qué gente?
NICOLASA. ¡Dios quiera
que lleguen!
PEREIRA. ¿Qué hacéis paradas,
niñas; por qué no bailáis?
POLONIA. Está la gente cansada.
CORONADO. Señores, baile tenemos;
y aunque de gente patana,
podrán divertirse, usías.
SORIANO. Y que bailen contradanzas
inglesas o de a ocho... Pero
¡hola! que también hay damas
de mérito.
LAS DS. Sean, usías,
bien venidos.
LOS 4. Bien halladas
estén usías también.
GRAN. A quien tuvo su crianza
en la Corte, poco pueden
divertir extravagancias
de rústicos.
CHINITA. Yo pensé
que usías eran hidalgas.
PEREIRA. ¿Hidalgas? ¡Qué porquería!
De jerarquía más alta
somos, que somos señoras
de Madrid.
MERINO. ¿Y tituladas?
GRAN. No, señor; porque mi abuelo,
aunque tuvo hecha la gracia,
no la usó.
PEREIRA. Como mi padre:
que por no jurar la plaza
de marqués, se quedó en solo
caballero de su casa.
JOAQUINA. Yo sí, que tuve un abuelo
barón.
CHINICA. Cosa bien extraña,
si los demás fueron hembras.
SIMÓN. No estén usías con tanta
pena.
AMBROSIO. Aunque es malo el asiento...
CHINICA. Al lado de estas madamas
será el canapé del Sol
la más indecente tabla.
(*Se sientan y fingen negocio.*)
AMBROSIO. Digo las firmes.
SIMÓN. Mejor;
dejad que allá se las hayan,
y a las palurdas.
AMBROSIO. Queridas,
haced enmedio una cuarta

de lugar.
POLONIA. A esotra puerta
se rozará con las sayas
ásperas el terciopelo.
SIMÓN. Te diré cuatro palabras
de veras.
POLONIA. Hablar de veras
solo por acá se gasta;
y por eso les decimos
que de veras nos enfadan.
SIMÓN. Oye, niña.
MAYORA. Es día de fiesta,
y está la Audiencia cerrada.
AMBROSIO. ¡El diablo son éstas!
EUSEBIO. Conque,
¿se puede entrar por las tapias
del corral?
MERINITO. Pero, cuidado;
no sea que usted se caiga
en el pozo.
EUSEBIO. A bien, que hay luna.
PONCE. Y dime tú, niña: ¿ladra
mucho el perro de tu padre?
PEPE. No tenemos perro en casa.
EUSEBIO. ¿Queréis venir a Madrid?
MERINITO. Toma, antes hoy que mañana.
EUSEBIO. Pues por nuestra cuenta queda.
PEREIRA. ¿Y será larga la estancia
en Madrid?
ESPEJO. Las pretensiones
cualquier residencia alargan.
PEREIRA. ¿Qué viene usted a pretender?
CHINICA. Usted que a todas las damas
conocerá de Madrid,
¿conoce a doña Tomasa
de Pliegues y Peranzules?
GRAN. No, señor.
CHINICA. Con esa tratan
de casarme mis parientes,
porque, según dicen, pasa
su dote de tres millones.
Mas por esa patarata
no transijo yo mi gusto.
MERINO. Usted ya estará empleada,
supongo.
GRAN. ¡Ah, no, señor!
Soy viuda, por mi desgracia.
CHINICA. De esa puede resultarme
a mí la dicha más alta.
ESPEJO. ¿Y vos sois del mismo estado?
PEREIRA. ¡Ojalá que en él me hallara!
ESPEJO. ¿Tenéis esposo?
PEREIRA. Y de un genio
que ni el diablo lo aguantara.
ESPEJO. ¿No os permite hablar con na-
[die?
PEREIRA. Con cuantos me dé la gana.
Y si usted gustare allá
de favorecer mi casa,
lo verá.
ESPEJO. Mucho que iré.
SORIANO. ¿No está aún acomodada
esa señorita?
JOAQUINA. Es pobre.
SORIANO. Sería en mí demasiada
llaneza decir...
JOAQUINA. Decid.

(*Sale* GUZMANA.)

GUZMANA. Si digo que vengas, Patas.
(*Tirando del brazo.*)
NAVAS. ¿A ver a ese petimetre
de las manos de tenaza?
No quiero.
GUZMANA. Pues quédate ahí
y verás, si acaso me habla,
la respuesta que me lleva.
AMBROSIO. Allí viene la muchacha
de ayer.
SIMÓN. Si es menos esquiva,
vamos un rato de charla
con ella.
AMBROSIO. ¿Qué hay, Colasita?
SIMÓN. ¡Cuánto ha que menos te echa-
el amigo! [ba
AMBROSIO. ¿Por qué escondes
las manos? No son tan malas,
que bien me acuerdo.
GUZMANA. Ahí va una;
(*Le da un bofetón y le ensangrienta la cara.*)
y si con esa no basta,
vuelva por otra.
AMBROSIO. ¡Ay mis dientes!
NAVAS. ¡Bien sacudido!
SIMÓN. ¿Muchacha,
qué has hecho?
GUZMANA. Sacarle sangre,
para que quede lavada
mi mano de la inmundicia
que ayer le pegó al tocarla.
¿Estás ya contento, bruto?
NAVAS. Mucho; ¡viva mi Colasa!
AMBROSIO. ¡Voto va!...
TODOS. ¿Qué ha sido aquello?
POLONIA. Una friolera; nada
más que decir al señor
del modo que dan las payas
la mano.
SIMÓN. Es atrevimiento;
y este pícaro que es causa,
según creo, ha de pagarlo.
MERINO. Poco a poco, que hay quien sal-
a la defensa. [ga
(*Se pasan a defenderle.*)
CHINICA. ¡Mamola!
PAYAS. ¡Usías, daca la maza!

PEREIRA. Al Alcalde he de dar cuenta.
GRAN. ¿Y qué hacen que no le llaman
ustedes?
JOAQUINA. Ya viene allí.

(MARTÍNEZ, *Alcalde y algunos de alguaciles.*)

MARTÍNEZ. ¿Qué ha habido aquí; qué al-
es esta? [gazara
PEREIRA. Es una insolencia
de esta gente mal criada.
MARTÍNEZ. ¿Pues cómo?
CORONADO. Señor Alcalde;
la verdad, en dos palabras,
ha sido...
MARTÍNEZ. ¿Qué traje es ese
Zurdillo? ¿Qué mojiganga
es esta Barbero? ¡Pues
digo el sacristán!; que vayan
a la cárcel.
JOAQUINA. ¿Cómo es esto?
LAS TRES. Yo estoy medio atolondrada.
MERINO. Oígame usted y después
vamos todos en reata.
Estos señores detrás
de nuestras mozas andaban,
y estas señoras creían,
por ser unas pobres payas,
que al instante... usted me en-
[tiende,
se engreían con soflamas.
Picados algo nosotros
y también ellas picadas,
nos disfrazamos, y como
forasteros que llegaban
las requebramos, y al fin,
en caso de comparanza,
las usías admitieron
y despreciaron las payas.
EUSEBIO. Poco a poco, que cada uno
defiende los de su banda.
Y aquí tenéis dos que pueden
competir en desolladas
a cualquiera verdulera.
ELLAS. ¡U, u, u!
CHINICA. ¡Daca la maza;
que son los dos monaguillos
de la Iglesia!
ESPEJO. Alzaos las faldas
y que vean los bausanes
de Madrid de que se pagan.
CHINICA. Lo de la burra con tocas,
aquí ¡qué bien encajaba!
PET. ¿Habrá mayor insolencia?
PEREIRA. ¡Ved quién tendrá tolerancia!
MARTÍNEZ. Señores, a la verdad,
no ha habido en la burla nada
de ofensa; y me parecía
fuera mejor que pasara
por chasco de carnaval.
PEREIRA. No era eso lo que esperaba
yo de usted.
MARTÍNEZ. Ni yo tampoco
creía que me inquietaran
los hombres de obligaciones
a las doncellas honradas;
y así, démonos por buenos.
GRAN. Hijas, vámonos a casa.
JOAQUINA. Y mañana, si Dios quiere,
a Madrid. (*Vanse las usías.*)
PAYAS. ¡Daca la maza!
MARTÍNEZ. Callen ellas, y cada uno
se me retire a su casa,
al instante, porque quede
la contienda terminada.
MERINO. Y terminando también
el sainete.
TODOS. Una tonada
nueva dulcifique a todos,
si la idea les amarga (1).

135

El viejo a la moda

Sainete para la compañía de Martínez
Año de 1772 (2)

(*El teatro representa una sala de casa particular. Se descubrirán hilando las Sras.* NICOLASA, CORTINAS *y* GUERRERO, *muy tristes, y la Sra.* PEREIRA *leyendo en un libro.*)

NICOLASA. Madre, con este calor,
¿nos hemos de estar hilando
de día y de noche?

---

(1) Madrid y Febrero 22 de 1772.
Remítase a la censura de D. Manuel de la Fuente, capellán de las Trinitarias Descalzas.—*Dr. Almarza.*
El sainete que he leído de orden de V. S. no se opone a la fe Católica, ni contiene cosa contra las buenas costumbres. Así lo siento, *salvo meliori,* en este de Trinitarias, a 23 de Febrero de 1772. — *Doctor D. Manuel de la Fuente Uruñuela.*
Concédase la licencia.—Madrid 24 de Febrero de 1772.—*Licenciado Marrón.*
Nos, el Licenciado D. Bernardo Antonio Marrón, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia de Toledo, Primada de las Españas y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, Sede vacante, etc.
Por la presente y lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda representar el sainete nuevo titulado *Las usías y las payas,* su autor D. Ramón de la Cruz, atento a que de nuestra orden ha sido visto y no contiene cosa alguna opuesta a nuestra santa fe y buenas costumbres.—Dada en Madrid a 24 de Febrero de 1772.—*Licenciado Marrón.*—Por su mandado, *Ambrosio Mariano Eiger.*
De representar.
Madrid 24 de Febrero de 1772.—Ejecútese.—*Delgado.*

(2) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-165-45. Autógrafo con este título y fecha.

PEREIRA. A vuestro
padre con ese recado.

NICOLASA. Si usted le dijera...

PEREIRA. ¿Yo?
no, amigas; ya sabéis cuánto
le he dicho, y que luego para
en alborotar el barrio.
Yo, por mi arbitrio, ya que
de día trabajáis tanto,
y siempre estáis encerradas
sin divertiros, sin trato
de gentes, ni libertad
siquiera para asomaros
al balcón, os llevaría
algunas noches al Prado
o a la plaza. Mas ya veis
que siempre que lo intentamos
me cuesta una pelotera
con mi marido, empeñado
en que nadie se divierta.
Pasad como yo lo paso.

CORTINAS. Como su merced ya es viejo
y ha tenido tantos años
para divertirse, ahora
quiere que todas seamos
de su edad.

GUERRERO. ¿Y adónde está?
No sea que esté escuchando.

NICOLASA. Está escribiendo el correo
allá dentro, con mi hermano.

PEREIRA. Mirad también lo que hace
con ese pobre muchacho,
que cuando sale conmigo
me da vergüenza llevarlo;
porque como a nadie trata,
ni frecuenta los teatros,
tertulias, gente instruída,
ni sabe bailar un paso
de minuet, en las Batuecas
parece que se ha criado.

ESTEBAN. Deu gracias. (*Dentro.*)

PEREIRA. ¿Quién es?

NICOLASA. El mozo.

CORTINAS. Entre usted.

(*Sale* ESTEBAN *de comprador.*)

ESTEBAN. ¿Dónde está el amu
para que tome la cuenta?

PEREIRA. Ahí le tienes en su cuarto.

CORTINAS. No le diga usted que ayer
para merendar nos trajo
fruta, ¡por amor de Dios!

PEREIRA. No, que ya se la he pagado.

ESTEBAN. Tampocu le dije *aquellu*
de los pichones asadus
de la otra tarde. (*Vase.*)

PEREIRA. Está bien;
ya que encerradas estamos,
no nos deja divertir,
y si le piden un cuarto,
gruñe, es fuerza que el bolsillo
lo paque de cuando en cuando
que se le puede pillar
por descuido o por asalto.

(*Sale* VICENTE RAMOS *de chupa suelta.*)

V. R. Madre, ahí ha estado Manuel,
mi condiscípulo, instando
para llevarme a una fiesta
que tiene en el cuarto bajo
de su posada, esta noche.
¡Por Dios, dígale usted algo
a mi padre!

PEREIRA. Bien está;
pero tú verás que salgo
desairada. Y ¿Periquito,
el paje?

NICOLASA. Ya hace buen rato
que salió.

PEREIRA. ¿Y adónde ha ido?

RAMOS. Nunca lo dice.

CORTINAS. ¡Qué trasto
es!

PEREIRA. Él es el verdadero
señorito; y si regaño
con él me riñen a mí;
conque es fuerza tolerarlo.

(*Salen* LOPEZ *y* ESTEBAN *con el libro de cuentas.*)

LÓPEZ. Que lo paguen si lo quieren.
Señora, ¿quién ha mandado
traer tomates y judías?

PEREIRA. Yo; que en la estación que es-
me parece regular. [tamos

LÓPEZ. Pues a mí no; que es un gasto
excesivo; y en verdura
solo, emplear doce cuartos,
es bueno para cocinas
de duques y potentados.

PEREIRA. Manda tú lo que quisieres.

LÓPEZ. Pues esta es otra; un ochavo
de vinagre; así está todo
lo que se come tan agrio.
¡Dos cuartos de especia! ¡Un
[cuerno!
(*Tira el libro.*)
Y ha ocho días que se trajo
igual porción. ¿Qué caudal
ha de bastar a este paso?
Mañana te pagaré, que
ahora estoy muy enfadado.

ESTEBAN. ¿Yo acasu tengu la culpa?

LÓPEZ. No: yo bien sé con quién hablo.

ESTEBAN. Bien.

LÓPEZ. Anda con Dios.

ESTEBAN. Señora,
para mañana ¿qué traigu?

PEREIRA. Lo que el amo diga.
LÓPEZ. Aquello
solo que sea necesario
para entretener la vida:
que en este mundo no estamos
para comer, sino para
por medio de los trabajos
y de la mortificación
caminar a los descansos.
PEREIRA. Pues en este mundo creo
que no te has mortificado
tú mucho.
LÓPEZ Por eso ahora
como puedo lo restauro,
y hago que se mortifiquen
cuantos andan a mi lado.
PEREIRA. ¿Oyes? Mira que ya están
las camisas expirando.
LÓPEZ. Remendarlas.
PEREIRA. Buen remiendo
necesitan.
LÓPEZ ¿Cómo cuánto?
PEREIRA. Un remiendo que las coja
todas desde arriba abajo,
y las mangas.
LÓPEZ. Ya hablaremos,
que vayan ahora pasando.
NICOLASA. Bien pasadas están ellas.
LÓPEZ. Sobre que estoy sin un cuarto.
PEREIRA. Pues los maestros de tus
hijas no te cuestan caros,
ni tampoco mis visitas,
mis batas, ni mis tocados.
LÓPEZ. No toquemos ese punto,
porque luego me arrebato.
PEREIRA. Lo que más siento es que todas
discurrirán que yo trato
tus hijas como madrastra,
y que yo soy la que causo
sus encierros y crianzas
tan contra su edad y estado:
mas me consuelo el que vean
que también las acompaño
en todo.
LÓPEZ. ¡Que las mujeres
solamente estén pensando
siempre en holgarse!
PEREIRA. ¿Y los hombres?
LÓPEZ. Allá cuando son muchachos
tienen alguna disculpa.
PEREIRA. Pues dale licencia a Paco
para que vaya esta noche
a una diversión un rato.
LÓPEZ. De eso no hablemos. Ahí tiene
unos libros extremados
que le divertirán, y
si no, que se esté rezando.
PEREIRA. Mira quién llama.
V. R. Es Perico.
LÓPEZ. Periquito.
V. R. Este taimado
es quien se huelga por todos,
y está siempre haciendo el san- [to.
PEREIRA. Hace bien: sobre que tiene
más privanza con su amo
que su mujer y sus hijos.
LÓPEZ. Yo bien sé lo que me hago.
Es un mozo muy atento,
muy fiel y muy buen cristiano.
V. R. Esto es mejor: y está siempre
las criadas inquietando,
pero mi padre no hay forma
de que lo crea.

(*Sale* CHINICA.)

CHINICA. ¡Qué bravo
calor hace!
PEREIRA. ¿Dónde has ido
sin hablar y te has estado
toda la tarde?
CHINICA. Señora,
fuí a buscar un paisano
de mi amo a Barrionuevo;
no estaba en casa, y en tanto
que volvía de la plaza
donde me dijo el lacayo
que estaba a qué sé yo qué,
me pasé a los Mercenarios
a rezar mis devociones.
LÓPEZ. ¡Ah! Si todos los criados
se entretetuvieran así?
V. R. ¿Se dará mayor bellaco?
CHINICA. Volví y estuve con él.
LÓPEZ. ¿Conque, en efecto, ha llegado?
CHINICA. Sí, señor.
LÓPEZ. ¿Y qué te ha dicho?
CHINICA. Que le queda a usted esperando
a toda prisa, porque
se ha de firmar un despacho
que el que vaya este correo
le importa no sé qué tanto,
y que quiere ir con usted
a casa del escribano,
y luego a cenar a casa
del vizconde, su cuñado,
y también... ya no me acuerdo.
LÓPEZ. Allá lo veremos; vamos, (*Alegre.*)
me ayudarás a vestir,
que por más que en estos casos
tenga que vencer mi genio,
es preciso presentarnos
con decencia.
PEREIRA. ¿Qué vestido
quieres llevar?
LÓPEZ. El más guapo.

PEREIRA. Saca a tu padre el que quiera,
Tomasa.

NICOLASA. Voy a sacarlo.

(*Vanse* LOPEZ, CHINICA *y* NICOLASA.)

CORTINAS. Esta noche vendrá tarde,
bien pudiéramos un rato
salir a pasear.

PEREIRA. No, amigas;
lo más que podré hacer, daros
de merendar, y si pasan
los ciegos, que canten algo
que nos divierta; pero eso
de salir de casa un paso
sin su licencia, jamás;
que aunque sea tan uraño
y ridículo, es precisa
obligación sujetarnos
a su voluntad.

CORTINAS. ¡Paciencia,
amiga! Pero ¿llamaron?

RAMOS. Sí; quién es lo voy a ver.

(*Sale* NICOLASA.)

PEREIRA. Niña, ve si quiere algo
más tu padre: estáte allí.
(*A* NICOLASA.)

NICOLASA. Señora, si me han echado;
porque su merced y Perico
están en secreto hablando
qué sé yo qué.

PEREIRA. Déjalos.

(*Sale* LOPEZ *de gala.*)

LÓPEZ. Si queréis cenar temprano,
podéis; y si a media noche
no estuviese aquí, acostaros,
porque con estos señores
se pasan, en empezando
a hablar, las horas perdidas:
yo me llevaré al muchacho
por lo que se ofrezca y por
que me venga acompañando.

PEREIRA. Paquito, ¿quién es quien llama?

RAMOS. Pepe, que trae un recado
de parte de mi señora
doña Violante del Barco,
que si usted gusta que pase
por aquí para ir al Prado
esta noche.

LÓPEZ. Di que no.

PEREIRA. Pues, hijo, di: ¿qué reparo
puede haber? ¿No hemos si- [quiera
un día de desahogarnos?

LÓPEZ. No, señora; porque un día
va otros muchos empeñando,
y en punto de diversiones,
hija mía, todo es malo
fuera de casa.

PEREIRA. Pues trae
con que nos entretengamos
a ella, y que de camino
se les vayan despertando
los sentidos a tus hijos.

LÓPEZ. Eso es para más despacio.
Adiós, que es tarde.

PEREIRA. Adiós.
(*Vase.*)

CHINICA. Yo harto siento que mi amo
me lleve; porque mejor
me quedara acompañando
a ustedes, para contar
cuentos, rezar el rosario
y devanar; mas ya ven
que es preciso acompañarlo.

PEREIRA. ¡Adiós, buena maula!

CHINICA. Creo
que nos vendremos temprano,
porque mi amo sólo gusta
de su casa y su descanso.
(*Vase.*)

RAMOS. ¿Y qué le digo a ese paje?

PEREIRA. La respuesta que te ha dado
tu padre.

RAMOS. Bien breve ha sido.

PEREIRA. Parte unos torreznos magros
y mándale a la criada
que nos disponga un buen pla- [to
para merendar, que es con
lo que puedo consolaros.

CORTINAS. Todo era bueno, señora. (*Vase.*)

PEREIRA. Pero, Juana mía, ¡cuánto
me alegro de verte!
(*A la* GUZMANA, *que sale.*)

GUZMANA. ¿Está
en casa el señor don Pablo?

RAMOS. Ahora ha salido; mucho es
que no le hayais encontrado.

PEREIRA. Pero ¿qué es esto; qué traes
tan asustada; qué llanto
es ese? Siéntate y habla.

GUZMANA. Quédate sola.

PEREIRA. Marchaos
a divertir un poquito
con vuestros tiestos al patio.
(*Vanse las niñas.*)

GUZMANA. Hija, ya sabes el genio
tan impertinente, fatuo
y tan ridículo del
marido que Dios me ha dado
por mis culpas.

PEREIRA. Igualmente
las mías ha castigado.

GUZMANA. Y viejo además.

PEREIRA. Y el mío,
te parece que es muchacho?

GUZMANA. Que no hay diversión alguna

ni festejo, el más barato,
que me permita.

PEREIRA. Prosigue,
que hasta aquí igual estamos.

GUZMANA. ¡Ojalá! ¡Pero, ay, amiga,
que el mío es dos veces malo!
Pues hoy ha llegado a mis
oídos, por un acaso
tan cierto como fatal,
que el muy picarón, estando
para su casa más seco
que por diciembre los campos,
para otras está más verde
que los árboles por mayo.

PEREIRA. ¿Pues, cómo?

GUZMANA. Decirlo todo
sería cuento muy largo,
y, vamos a lo del día:
hoy gasta el picaronazo
más de cuarenta doblones
en una cena, un sarao,
además de otros cincuenta
que importaron los regalos
que ha dado a una socarrona,
de estas que nos trae el diablo
a Madrid.

PEREIRA. Es imposible.

GUZMANA. Yo lo tengo averiguado;
y por lo mismo venía
a ver si el señor don Pablo,
como tan amigo suyo,
quería ir a pillarlo
en el garlito, y después
decirle lo que hace al caso.

PEREIRA. El cuento es que no está en ca-
y te aseguro que es chasco. [sa;
El mío tiene sus cosas,
y es cierto que nos da un trato
que estamos como en Argel;
pero, en fin, no llega a tanto,
gracias a Dios, mi desdicha.

GUZMANA. Lorenza, ¿quieres que vamos
las dos; que nos presentemos
allí y que sin irritarnos
le saquemos, a ver si
con esto le escarmentamos?

PEREIRA. ¿Y tendrás tanta paciencia?

GUZMANA. Sí, que en lances tan pesados
no nos queda a las mujeres
más arbitrios que llorarlos,
pues no hará el rigor lo que
[hagan
su vergüenza y nuestro llanto.

PEREIRA. ¿Y es mujer casada?

GUZMANA. No:
que, según me han informado,
son dos hermanas y tía,
casada con un indiano,
como conmigo quizá:
que a costa de los petardos
que pegan viven y triunfan.

PEREIRA. Yo bien fuera con mi hijastro
y contigo: mas si luego
mi marido...

GUZMANA. Ese reparo
es débil; ¿quién piensas tú
que se lo diga? El culpado
lo callará de vergüenza;
ellas, de miedo, y al cabo
di que te fuiste tras mí,
por evitar un estrago.

PEREIRA. Ven adentro a merendar,
ínterin que lo acabamos
de pensar.

GUZMANA. No quiero nada.

(*Sale* CORTINAS.)

CORTINAS. Ya está aquello, para cuando
usted guste.

PEREIRA. Vamos, hija.

GUZMANA. Yo no tomaré un bocado,
que no me haga mal.

PEREIRA. Pensemos
el modo de remediarlo,
lo mejor que se pudiere;
y paciencia mientras tanto.

(*Mudándose el teatro en el salón largo, se verá en el foro una mesa magnífica a que estarán sentados las Sras.* GRANADINA, RABOSO, *de gran escofieta,* SOBRESALIENTA, RAMOS, *de soldado;* SIMON, *de petimetre;* LOPEZ *y* GALVAN, *muy galanes y rendidos;* NAVAS, AMBROSIO *y* ENRIQUE, *de ciegos, tocando;* CHINICA *y* CORONADO, *de criados, sirviendo, y* GALVAN *alcanzará algunos platos de cocina. El medio salón estará iluminado con su araña pendiente, etc., y para imitar la música de los ciegos tocará una marcha la orquesta con solo el violón y dos violines, no muy recio, para que se entienda la representación hasta que se avise.*)

TODOS. ¡Que viva!

GALVÁN. Pues vaya, a que
viva el más enamorado.

RAMOS. Vaya por el más dichoso.

ELLOS. ¡Viva, viva!

LAS SRAS. ¡Bravo, bravo!

LÓPEZ. ¡Que viva la Andalucía,
que cría tales garbanzos!

SIMÓN. Y que me los coma yo
al punto que estén guisados.

CORONADO. Digo, compadre, parece
que todos están borrachos.

CHINICA. Sí lo están; pero ningunos
tanto como nuestros amos,
que comen solo por dos
y pagan por todos cuatro.

V. G. Ustedes cuiden de que
no se pierda ningún plato.

AMBROSIO. ¡Bien huele!

NAVAS. Mejor sabrá.

AMBROSIO. Calla, que dicen que hay tanto
que aún llevaremos mochila.
ENRIQUE. No pierdas el compás, Francho.
NAVAS. Quien inventó que estén unos
comiendo y otros tocando,
debió también de inventar
la fábula de Tantalo.
AMBROSIO. ¿Quién era ese hombre?
NAVAS. Uno a quien
pasó lo que a más de cuatro;
que viven muertos de sed
y están siempre junto al caño.
LÓPEZ. ¿No toman ustedes más?
SOB. ¡Vivan ustedes mil años!
GRAN. Todo ha estado muy completo.
(*Se levantan de la mesa.*)
RABOSO. ¡Jesús, yo estoy reventando!
LÓPEZ. Con su permiso de ustedes,
irán los ciegos cenando
y los chicos, para que
después bailemos un rato.
(*Dejan de tocar.*)
GRAN. Señor, es usted muy dueño.
RABOSO. ¿No sabe usted que es el amo
del dueño y de las personas?
Siéntese usted a mi lado.
Vaya; ¿qué, no quiere usted?
LÓPEZ. Señora, a favor tan alto
¿quién se había de negar?
CORONADO. Digo, caballeros, vamos
a cenar.
NAVAS. ¡Santa palabra!
CHINICA. ¿Quieres que demos un chasco
a los ciegos?
CORONADO. ¿Cuál?
CHINICA. Ponerles
siempre vacíos los platos.
CORONADO. Eso fuera bueno, a no
estar delante los amos.
GUZMANA. Aquí, viejecito mío;
perdone usted, que le hablo
con confianza.
GALVÁN. Esa es
por la que estoy suspirando.
SOB. Cójanme ustedes enmedio
y estamos acomodados
todos.
SIMÓN. Tía de mis ojos;
nosotros hemos pagado
tanto como los dos viejos
la función, y será chasco
que ellos se diviertan doble.
SOB. Los dos se irán muy temprano.
J. R. Y si no, que no se vayan;
verán qué breve que agarro
a la niña de una oreja
y a fe que no soy alano
la he de tirar de la otra.
SOB. Como tengo a mi cuñado
en presidio (por un lance
de honra, así esté en descanso
el ánima de mi padre)
y dicen que valen tanto
en Madrid estos señores,
van a ver si le sacamos
indulto.
SIMÓN. Como ese indulto
no nos deje desterrados
a nosotros, vaya en gracia.
J. R. Yo no soy hombre que callo
jamás sino seis minutos
donde hay mozas; en pasando,
aunque venga un regimiento
de viejos, allá me encajo.
LÓPEZ. Conque, decid, madamita,
la escofieta ¿os ha gustado?
RABOSO. Mucho: es usted tan garboso
(así no lo fuera tanto)
que no se puede nombrar
nada delante...
LÓPEZ. Quitaos
esa aprensión, ¡pues qué cosa!
La verdad: ¿se ofrece algo?
RABOSO. ¿A mí? ¡Jesús! No, señor.
Si usted viera qué baratos
me daban unos pendientes
de brillantes de tres gajos
muy lindos esta mañana...
LÓPEZ. ¿Se puede saber en cuánto?
RABOSO. ¿A que no lo acierta usted?
LÓPEZ. No presumo en acertarlo,
pero vaya a ver: ¿cien pesos?
RABOSO. Vos siempre echais por lo lar-
¿Cien pesos? ¡Ave María! [go.
No, señor: cincuenta y cuatro
doblones no más.
LÓPEZ. ¡Zambomba,
qué pendientes tan pesados!
GRAN. En fin, señor, como están
(*Al otro.*)
los tiempos tan alcanzados,
no se ha podido sacar:
y ayer dijo un escribano
a mi tía que el indulto
quedaría de su cargo,
como cuarenta doblones
le pusieran en la mano;
pero, ¡pobres de nosotras!
¿Cuándo podremos juntarlos?
¡Desgraciado tío mío! (*Llora.*)
SOB. ¡Mirad cómo está llorando
la pobre!
SIMÓN. Debe de estar
el viejo como un guijarro.
GRAN. Si hubiera quién los prestara
y que los fuera cobrando

poquito a poco...
GALVÁN. ¿De qué?
GRAN. Cuando mi tío el indiano
nos socorra.
LÓPEZ. Aquí tenéis
(*Con recato.*)
diez onzas: si está reacio
en el precio, os daré el pico
mañana.
RABOSO. ¡Jesús, temblando
estoy; no sabe usted
la fineza que le hago
en tomarlos.
GALVÁN. Aquí hay treinta
doblones, que ahora no traigo
(*A la otra.*)
aquí más mirad si en eso
podéis con él ajustarlo.
GRAN. Con disimulo.
J. R. Parece
que se arriman demasiado.
SIMÓN. Vamos despachando ciegos:
(*Levántanse.*)
señores, vamos bailando.
LÓPEZ. Vamos, un cascabel gordo,
que en los minuetes me caigo.
CIEGOS. Vamos.
CORONADO. Cuando ustedes quieran,
que aquí ya hemos acabado.
RABOSO. Vaya unas seguidillas
en forma, a lo Gaditano.
L. Y G. Vayan.
SOB. Dejad a los viejos.
SIMÓN. Mas que se los lleve el diablo.
J. R. Hombre, ¿no ve usted qué tie- [sos
se ponen y qué avispados?
SIMÓN. Amigo, en la leña seca [mo.
prende el fuego que es un pas-

(*Bailan seguidillas las Sras.* GRANADINA *y* RABOSO *con* GALVAN, *padre y* LOPEZ; *y al acabarlas salen* VICENTE RAMOS *y detrás inmediatamente las señoras* PEREIRA *y* GUZMANA.)

V. R. ¿Está aquí el señor don Roque?
Mas ¡padre!
LÓPEZ. ¿Pues tú aquí, Paco?
(*Sorprendido.*)
GUZMANA. Mírale, dónde está.
PEREIRA. Y mira
el que le está acompañando.
SOB. Señoras, ¿qué es lo que buscan?
GUZMANA. ¡Ah, traidor!
PEREIRA. ¡Pícaro, falso!
(*Los embisten.*)
G. Y R. ¿Se dará tal desvergüenza?
CHINICA. Que son las mujeres de ambos;
callen ustedes.
PEREIRA. ¡Para esto
hay los doblones sobrados
y faltan para camisas!
GUZMANA. Gruñes que nos divertimos,
por divertírtelo todo
tú solo, ¡pícaro!
PEREIRA. Y cuanto
según los despojos que hay
en la fiesta habrán gastado.
SIMÓN. Eso no, que ha sido a escote
y yo mi parte la pago
de más.
J. R. Como yo también.
LÓPEZ. Yo no soy hombre que aguanto
escote: eso no.
P. G. Ni yo.
P. G. Y L. Aquí yo sólo he pagado.
S. A. ¿Pues cómo es esto?
CHINICA. Esto ha sido
engañar a todos cuatro.
CORONADO. Me alegro.
GRAN. Ustedes perdonen,
señoras, y les juramos
que ignorantes...
PEREIRA. No hay de qué,
nosotras nos alegramos
de que a semejantes hombres
se les peguen tales chascos.
GUZMANA. ¡Así hubieran conseguido
ustedes el desollarlos
de los pellejos también!
LÓPEZ. Hija, a tus plantas postrado...
GALVÁN. Rendido a tus pies, querida...
LOS DOS. Os pedimos...
LAS DOS. Levantaos.
LOS DOS. Que esto no pase de aquí.
PEREIRA. Como aquí se quede, estamos
conformes; mas si estas fiestas
se repiten por acaso,
será la primer visita
a quien pueda remediarlo
todo.
R. Y S. ¡Viva esa prudencia!
PEREIRA. Ven acá tú, buen cristiano:
(*A* CHINICA.)
¿era esto lo que esta tarde
rezaste en los Mercenarios?
CHINICA. Las tres viven de *merced;*
mire usted si yo la engaño.
CORONADO. Aguóse la fiesta, amigos.
CIEGOS. A bien que estamos pagados.
PEREIRA. Vamos delante.
LAS 3 PET. Señoras...
PEREIRA. Nosotras nada extrañamos;
pero advertimos a ustedes
que si repiten saraos
de estos, por mucho que ganen
les saldrá alguno más caro.
J. R. También nosotros podemos
salir bien escarmentados.
SIMÓN. Yo pienso volver mañana

por mi parte, sin embargo.
CORONADO. ¡Ah! ¡Cuántos originales
tendrá en el lugar el caso!
TODOS. Que con una tonadilla
tendrá fin, ya que no aplauso.

136

Los viejos burlados

Sainete de D. Ramón de la Cruz

1772 (1)

(El teatro representa el salón de la casa de doña Emeteria, rica viuda de Madrid.)

(Coro de criados cantando y bailando.)

Todos los hombres vengan,
casados y solteros,
viudos y manteístas,
mozos, niños y viejos,
a celebrar la unión de dos [amantes
que cincuenta y tres años se [*quisieron.*
CALLEJO. ¡Vaya, chicas, que la letra
ni de romance de ciego!
TORD. Tan extravagantes son,
como la boda, los versos.
CALLEJO. Pero, vamos, Inesilla;
tú que sabes este cuento
mejor que todos nosotros,
como criados modernos,
¿no nos dirás por qué piensa
en segundo matrimonio
nuestra ama, siendo tan vieja?
TORD. Pues el novio no lo es menos,
según dicen.
POLONIA. De una edad
han de ser, a lo que creo.
El caso es que mi cotorra
y el amado caballero
fueron vecinos en el
año de mil setecientos
y veinte, según he oído;
y conforme iban creciendo
creció el amartelamiento.
Llegó la edad de casarse
y sus padres dispusieron
que ella casase en Madrid
con un chico forastero,
y a él le enviaron a Francia,
donde por evitar pleitos
de no sé qué mayorazgo,
trataron su casamiento
con una prima. Por fin
les separaron los cuerpos,
pero no les separaron
las almas; pues aunque lejos,
en más de cuarenta años
que casados estuvieron,
duró la correspondencia,
sin exceptuar un correo.
Al cabo de tantos días
oyó su clamor el cielo
y con gran gusto de entrambos
enviudaron casi a un tiempo.
Hay más; destos matrimonios
quedaron dos herederos:
a mi ama la señorita
y un señorito al abuelo;
conque para no tener
disputas en los convenios
ni escrúpulos adelante,
casar también han dispuesto
los hijos el mismo día;
que si llegan hoy no creo
que pasará de mañana.
Lo que habrá al recibimiento
y la burla que harán todos,
eso después lo veremos;
lo que ahora importa es bailar,
pues de mi ama el empeño
es que halle alborotada
la casa con el contento,
si viene acaso a apearse
a ella don Teodoredo,
el galán, como le llama
su merced.
TORD. El caso es nuevo:
cincuenta años de cariño,
amigos, es mucho cuento.
CALLEJO. Los amantes de Teruel,
callad, que este es más ejemplo.
POLONIA. Volvamos a nuestra fiesta.
FIGUERAS. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! *(Dentro.)*
TODOS. ¿Pero qué es esto?

(Sale la Sra. FIGUERAS *huyendo de la Sra.* JOAQUINA, *ambas de batas, muy bizarras, y la última con afectación, muy arrebatada y alguna ridiculez.)*

JOAQUINA. ¡Ah, insolente! ¿Así te atreves
a resistir mis preceptos?
FIGUERAS. Mátese usté y no me obligue
a casar con ese sujeto
que no conozco.
JOAQUINA. Siendo hijo
del galán don Teodoredo,
será muy galán por fuerza;
muy hermoso y muy discreto.
FIGUERAS. Pues siendo de esas ventajas

(1) *Inédito.* Bib. Nac. MS. 14.519. Autógrafo, fechado en 1772. Bib. munic.: leg. 1-161-45; copia antigua con las censuras.

le sobrarán casamientos,
y que a mí me deje en paz.

JOAQUINA. Tú harás lo que yo te ordeno.

(*Sale* RUIZ.)

RUIZ. Señora, el novio ha llegado.

JOAQUINA. ¿Qué me dices? ¿Viene bueno?
¿No es rubio y galán? ¿No es
derretido por extremo?
"¡Oh, hermosa doña Emete- ria!",
como me llamaba un tiempo.
¿No te preguntó al instante
por mí con este epiteto?

RUIZ. Señora, yo no lo he visto;
sólo sé que ya tenemos
el equipaje a la puerta.

JOAQUINA. ¿Pues qué hacéis, pelmazos? [Presto
id a avisar las parientas
que vengan todas a verlo
y a celebrar mi buen gusto.
Venid, vosotras, corriendo
me volveréis a peinar
y a ver si me he descompuesto
algún alfiler, o hay
en la tez algún defecto. (*Vase.*)

MUJERES. Curro, la locura en casa.
(*Vanse las criadas.*)

CRIADOS. Vamos allá, compañeros.
(*Vanse los criados.*)

FIGUERAS. ¡Inés mía!

POLONIA. ¿Señorita?

FIGUERAS. Yo me quiero ir a un convento,
por no ver lo que hace madre.
¿Qué dirán en todo el pueblo
de su merced?

POLONIA. No dirán
más de lo que ya dijeron.
Pero si es tan galán
vuestro padrastro; y don Pedro,
su hijo, dicen que es
el retrato verdadero
del padre en su juventud;
igualmente que los viejos
aseguran que en el rostro,
en el aire y en el genio
vuestra madre era lo mismo
que usted, en aquellos tiempos;
¿por qué es esa resistencia?

FIGUERAS. Porque abomino y detesto
las bodas. Pues qué, ¿no basta
haber visto en el infierno
que estuvo toda la casa
hasta que mi padre ha muerto,
y la vida que le dió
mi madre para escarmiento?
No, amiga; antes de mirar
a ese hombre le aborrezco,
y aunque me fría en aceite,
no hay que hacer, no he de [quererlo.

POLONIA. Pero si fuese tan lindo...

FIGUERAS. Aunque fuese el amor mesmo
vestido de coronel.
Lo que si algo te merezco
te pido, es que tú me saques
deste embrollo con tu ingenio,
y te daré cuanto quieras
y de pronto, hasta cien pesos.

SORIANO. ¿Ah de casa? ¡Presto, presto!
(*Dentro.*)

POLONIA. ¿Quién llama? Sin duda es
que anticipa algún correo
el novio; déjame sola,
para entablar el enredo
antes que vean a madre.

FIGUERAS. Sin recibirlos te dejo,
aunque no estaré distante
y en tus manos me encomiendo.
(*Vase.*)

SORIANO. ¡Hola! ¿Ah de casa, ah de [casa?
(*Dentro.*)

POLONIA. ¡Jesús, qué prisa! Por cierto,
se conoce que es amor
el que los trae; ¡Ah, qué ejem- [plo!
Al casarse vuelan todos,
como pájaros ligeros,
y de allí a poco ya llevan
el paso de los camellos,
o desotros animales
que arrastran el mayor peso.

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. ¿No hay gentes en esta casa?

POLONIA. Sí, señor.

SORIANO. ¿No hay un portero?

POLONIA. No, señor, pero hay portera.

SORIANO. Pues decid a ese portento
de gracias y de hermosura;
a esa, si mal no me acuerdo,
la hermosa doña Emeteria,
que el galán don Teodoredo,
su esposo, ya está en Madrid
más galán que Gerinaldos.

POLONIA. Ese nombre de la hermosa
doña Emeteria no creo
se conserve sino en el
corazón de vuestro dueño.

SORIANO. Lo mismo que el del galán
de mi amo, en el supuesto
de que habrá cincuenta años
que lo era.

POLONIA. ¿Y el don Pedro,
su hijo, qué cosa es?

SORIANO. El muchacho más perfecto,
pero él viene hecho un demonio

con esta boda, y resuelto
a no casar con la hija
aunque le tuesten los huesos.

POLONIA. Pues la hija por el hijo
tiene el mismo sentimiento.

SORIANO. Mi señorito es un hombre
indiferente y muy terco.

POLONIA. Pues también mi señorita
es insensible en extremo.

SORIANO. Treinta doblones me ofrece
si enredar el caso puedo
de modo que no se case.

POLONIA. A mí me ofrece cien pesos
mi ama y otras mil cosas,
como estorbe el casamiento.

SORIANO. De esa suerte no es difícil
el pillar este dinero.

POLONIA. Por mi parte os lo aseguro.

SORIANO. Yo hago cuenta que le tengo
ya en el bolsillo.

POLONIA. ¿Y por qué
se detienen?

SORIANO. Porque el viejo
se está acicalando, y anda
a coces con el barbero
porque le rejuvenezca.
El chico, como su empeño
es sólo parecer mal
a la novia, ahí le tenemos
a la puerta... ¡Señorito,
entre usted!

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿Y qué tenemos?

SORIANO. Hasta ahora sólo esta niña
de tan compasivo pecho
y tan dócil, que sin duda
será para nuestro intento
utilísima.

MERINO. ¿Le has dicho
la ojeriza con que vengo
a esta casa, y que daré
el más excesivo premio
a quien me sepa impedir
este odioso casamiento?

SORIANO. Pues ya le podéis soltar,
porque el negocio está hecho.

POLONIA. No lo dudéis, que mi ama
me dará por deshacerlo
doble que vos ofrecéis.

MERINO. ¡Qué fortuna! Yo os prometo,
si es verdad, otro regalo
mayor.

POLONIA. Pues en prueba de ello,
señorita, diga usted (*La saca.*)
en facha al señor don Pedro
que le aborrece.

(*Sale* FIGUERAS.)

FIGUERAS. ¡Hola, hola!
Que no es mal mozo por cierto.

SORIANO. Descúbrale usté a esta dama
todo su aborrecimiento.

MERINO. ¡Caracoles, y qué moza!

FIGUERAS. ¡Qué semblante tan risueño!

MERINO. ¡Qué rostro tan agradable!

SORIANO. ¿A qué viene ese silencio?
Vamos, no se pare usted
en decirle dos desprecios
a una dama facha a facha,
que eso es gracia en estos tiem-
[pos.

POLONIA. Vamos, decid, señorita,
con franqueza ese no quiero.

FIGUERAS. ¿Pero no ves que está mudo?

POLONIA. Usted debe hablar primero,
y despreciarle.

FIGUERAS. Y si me ama,
¿será razón que le demos
un pesar?

POLONIA. Yo os aseguro
que os aborrece, más terco
que suegras a yernos pobres.
Además que es tan pequeño
de estatura...

FIGUERAS. Eso no importa;
puede crecer.

POLONIA. Yo lo creo
y sin milagro, que muchos
crecen con los casamientos.

SORIANO. ¿Y usted perdió la palabra?
¿Qué se hizo aquel despecho
de todo el viaje?

MERINO. ¡Ay, Perico!
¡Qué diferentes afectos
me han asaltado al mirarla!

SORIANO. Sois un pobre hombre: yo quie-
[ro
hablar por vos y salir
de una vez del embeleso.
Señora, usté es muy amable,
tiene gran cara y gran cuerpo,
pero no es de nuestro gusto.

MERINO. ¿Qué dices tú, majadero?

POLONIA. Responda usted, señorita.

FIGUERAS. A tal desaire, ¿qué puedo
yo responder?

POLONIA. Lo que yo
diré por vos. Caballero,
usted es joven, galán,
es rico, y será discreto;
pero váyase a otra parte,
que en casa no le queremos.

FIGUERAS. Inesilla, poco a poco.

SORIANO. Aunque trajera usté el cerro
del Potosí para dote,
no cayera en el anzuelo,
que mi boda la ha de hacer

mi gusto, y no los ajenos.
POLONIA. Yo también os juro, amigo,
que mejor apetecemos
ser doncellas perdurables
que casarnos con tan feos
avechuchos.
SORIANO. Ese talle
no es para estar con sosiego
un hombre fuera de casa,
ni aun en su casa durmiendo.
POLONIA. ¡Valiente par de petates
amo y criado, por cierto!
SORIANO. Mujeres como vosotras
ni a cinco reales el ciento
las tomáramos.
MERINO. ¡Borracho!
¿Qué dices?
FIGUERAS. ¿Qué estás diciendo,
necia?
POLONIA. Lo que ustedes dos
al mirarse resolvieron
decir.
SORIANO. Si con el discurso
las voces se enardecieron,
no es culpa nuestra.
MERINO. ¿Y a qué
son tan ridículos cuentos?
SORIANO. Para adornar la oración,
y probar más el concepto.
FIGUERAS. ¿Y pensáis del mismo modo
vos, y me decís lo mesmo?
MERINO. Tan al contrario, señora,
que solamente recelo
desmerecer, al miraros,
lo que desairé sin veros.
¿Y vos, señora?
FIGUERAS. Yo sólo
os puedo decir que quedo
incapaz de resistir
a mi madre.
SORIANO. *Volaverunt*,
los treinta doblones.
MERINO. Nada
perderás; yo lo prometo.
JOAQUINA. ¡Muchachas! (*Dentro.*)
FIGUERAS. Mi madre viene
del tocador, con efecto.
POLONIA. A recibir las visitas;
se ha levantado y sospecho
que se viene hacia esta sala.
FIGUERAS. No quisiera que tan presto
supiera que había mudado
de resolución.
MERINO. Yo temo [dre
que aquí me encuentre mi pa-
tan bien hallado y contento,
después de la resistencia
tan constante a sus proyectos.
POLONIA. Pues, señorita, llevadle
a la esotra pieza, y con eso
podréis desmentir mejor
los primeros movimientos
de una pasión que os obliga
a pasar de extremo a extremo.
FIGUERAS. Venid conmigo. Inesilla,
ven. (*Se van las dos.*)
POLONIA. Ya voy.
SORIANO. Y yo me quedo
a descargar mi antojada.

(*Sale* JOAQUINA *con un espejito a la mano.*)

JOAQUINA. Chicos, sacad más asientos
a esta sala.
SORIANO. ¡Oh qué figura!
JOAQUINA. ¿Quién está aquí?
POLONIA. Un mensajero
de vuestro galán esposo (*Vase.*)
JOAQUINA. ¿Está de Madrid muy lejos
vuestro amo?
SORIANO. Ya ha llegado.
JOAQUINA. ¿Pues cómo tarda un momento
en presentarse?
SORIANO. Señora,
le pareció que primero
era razón afeitarse.
JOAQUINA. Ha procedido muy necio,
que a los ojos de su dama,
nunca parece más bello
un amante que desnudo
de toda gala y arreos.
¿Y es tan rubio como era
y tan galán?
SORIANO. Sólo pienso
que han cambiado de color
y cantidad sus cabellos.
JOAQUINA. A mí también de quince años
se me cayó todo el pelo
y así no me espanta; y dime:
¿es aún gracioso y risueño?
SORIANO. Eso mucho, todos cuantos
le ven se quedan riendo.
JOAQUINA. ¡Qué gana tengo de verle!
Dile que venga corriendo
y que yo para servirle
todavía me conservo
tan hermosa como entonces.
SORIANO. ¿Y cuánto habrá?
JOAQUINA. Por lo menos
habrá cuarenta y seis años.
SORIANO. No lo parece por cierto.
JOAQUINA. Pues ya he cumplido los trein-
día de San Emeterio [ta,
bendito.
SORIANO. No lo creyera.
JOAQUINA. Despáchate.
SORIANO. Ya volvemos. (*Vase.*)

(*Sale* RUIZ.)

RUIZ. Señora, vuestras parientas
todas se quedan vistiendo
de gala, para venir
como deben al festejo
prevenido.

JOAQUINA. Hacen muy bien,
que es digno de todo obsequio
mi marido. Di a la niña
que salga al recibimiento
de su padre por un lado
y por el otro su suegro.
(*Vase* RUIZ.)
¿Cómo pondré yo esta cara
que desde luego halle un gesto
(*Al espejo.*)
gracioso que les sorprenda?
Este no es malito, pero
cuando niña hacía unos
tan bonitos, que me acuerdo
que se quedaban los hombres
de repente patitiesos. [bre?
Mas ¿qué busca este buen hom-

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Finalmente ya me veo
en casa de mi divino
dulce, adorado embeleso.
Mas, ¿quién es este demonio?
Esta, si mal no me acuerdo,
es aquella tía vieja
que tiene...

JOAQUINA. Este viejezuelo
será su ayo y será
el que cuida del gobierno
de su casa.

ESPEJO. Usted, señora
(perdonad mi atrevimiento),
¿no es la tía de la dueña
de la casa?

JOAQUINA. Usté está ciego,
pues me quiere comparar
con una mujer que ha muerto
veinte años ha, y que tenía
de edad cerca de los ciento.

ESPEJO. Perdone usted, como ha tanto
que falto de Madrid, esto
no es de extrañar.

JOAQUINA. ¿Conocéis
al galán don Teodoredo?

ESPEJO. ¡Y cómo que le conozco!

JOAQUINA. ¿Y es tan amable y tan bello
como era?

ESPEJO. Y mucho más;
cuatro millones de pesos
vale más ahora que cuando
estaba en Madrid soltero.

JOAQUINA. ¿Le habéis tratado?

ESPEJO. Con tanta
estrechez como a mí mesmo.

JOAQUINA. ¿Y no os habló de la hermosa
doña Emeteria?

ESPEJO. Os protesto
que ella sola ha sido siempre
el imán de sus deseos.

JOAQUINA. ¡Oh, qué gusto!

ESPEJO. Pues, en cambio,
decidme si lo merezco.
La hermosa doña Emeteria,
¿cómo está? ¿Tiene el aspecto
encantador que tenía?

JOAQUINA. Está adorable en extremo;
su hermosura no es de aquellas
a que se atreven los tiempos.

ESPEJO. ¿No la han ajado los años?

JOAQUINA. No, señor; antes creemos
que a medida de su edad
va su hermosura creciendo.
Mas, ¡ay!, que viene.

ESPEJO. ¡Ay, que sale!

(*Salen todos y se arroja* JOAQUINA *a* MERINO *y* ESPEJO *a la* FIGUERAS.)

JOAQUINA. ¡Mi galán don Teodoredo!

ESPEJO. ¡Mi hermosa doña Emeteria!

SORIANO. Lo mejor es este encuentro.

JOAQUINA. ¡Qué delicia es abrazaros!

ESPEJO. ¡Oh qué placer es el veros!
No os habéis mudado nada.

JOAQUINA. Cada día estáis más bello.

ESPEJO. ¡Vaya, que estáis buena moza!

JOAQUINA. ¿A qué viene ese silencio?

MERINO. Señora, yo no os conozco.

FIGUERAS. ¿Quién es usted, caballero?

ESPEJO. ¿Qué frialdad es aquesta?
¿A qué viene ese misterio?

JOAQUINA. Siendo tan público que
nos casamos y queremos.

F. Y P. Ustedes se han engañado.
Quien ustedes buscan, creo
que ha de vivir una puerta
más abajo.

LOS VJOS. ¿Cómo es esto?

FIGUERAS. Yo no soy doña Emeteria.

MERINO. Ni yo soy don Teodoredo.

JOAQUINA. ¿Pues, qué demonio de embrollo
es este que yo no entiendo?

POLONIA. Que este es vuestro esposo, y este
su hijo el señor don Pedro.

ESPEJO. ¿Pues ésta...?

SORIANO. Es doña Isabel,
la hija de vuestro dueño,
doña Emeteria, que es ésta.

ESPEJO. ¡Emeteria!

JOAQUINA. ¡Teodoredo!

ESPEJO. ¡Jesús qué visión!

JOAQUINA. ¡Jesús
qué fantasmón tan horrendo!
¿Quién, demonios, ha podido
así cambiarnos?
ESPEJO. El tiempo,
que la mayor maravilla
también en vos ha deshecho.
JOAQUINA. Sentidlo sólo por vos,
y ¡ojalá!, pluguiere al cielo,
que os hubiera a vos tratado
con el cuidado y respeto
que a mí; vedme, vedme bien.
ESPEJO. Ya lo veo, ya lo veo.
JOAQUINA. Yo os vuelvo vuestra palabra.
ESPEJO. Yo también la vuestra os vuel- [vo.
JOAQUINA. Pero por que no os quejéis
de que en todo os desatiendo,
me determino a casarme
con vuestro hijo don Pedro.
ESPEJO. Y yo con doña Isabel,
vuestra hija; quedaremos
tan amigos como de antes
y estamos todos compuestos.
FIGUERAS. Eso es lo que no será.
MERINO. Y lo que yo no consiento.
LOS VJOS. ¿Pues cómo?
FIGUERAS. Usted no se canse,
madre, que yo sólo quiero
ser obediente a su gusto
y casarme con don Pedro.
MERINO. En los hijos la obediencia
es forzoso, y desde luego
yo, por dar gusto a mi padre,
la mano y alma te entrego.
FIGUERAS. Y yo la tomo.
ESPEJO. Muchacho,
¿por qué has mudado tan pres- [to
de resolución?
SORIANO. Esto es
resolución de los tiempos.
Vosotros, que erais amantes,
os aborrecéis al veros,
y ellos que se aborrecían
al mirarse se quisieron.
POLONIA. Yo digo que en todos cuatro
sobrada razón encuentro
de amarse y aborrecerse.
ESPEJO. Fuerza es que nos conforme- [mos;
nuestro tiempo se ha pasado,
amiga, no hay más remedio.
JOAQUINA. Vos sois el que está perdido,
desfigurado y grosero,
que yo cada día estoy
mejor. Pero, al fin, no quiero,
pues vuestro hijo no ha sabido
distinguir cuánto la excedo
a mi hija yo en la belleza,
que logre tan grande empleo
como yo, lleve a Isabel;
que al cabo de mucho tiempo
llorará haberme perdido.
SORIANO. ¡Qué bien dice aquel proverbio,
que quien malas mañas ha
las pierde con el resuello!
POLONIA. Ya vienen los convidados.
JOAQUINA. Vamos al salón de adentro
a recibirlos.
ESPEJO. Madama,
sin embargo, bailaremos
una gallarda los dos.
JOAQUINA. Bien seguro estais por cierto
que yo siempre he de bailar
el amable, o no me muevo.
POLONIA. Que entran.
JOAQUINA. Pues seguidme todos
y sea el primer festejo
una nueva tonadilla.
TODOS. Porque tenga fin a un tiempo
este capricho y nosotros
indulto de nuestros yerros.

137

El cortejo escarmentado

Sainete para la compañía de Rivera
1773 (1)

PERSONAS

Don Atanasio	Gabriel López, *Chinita*.
Petimetre 1.º	Eusebio Rivera.
Petimetre 2.º	Cristóbal Soriano.
Petimetre 3.º	Vicente Merinito.
Don Felipe (amigo juicioso)	José Espejo.
Don Pablo (caballero de buen humor)	Vicente Merino.
Don Jorge	José Martínez Huerta.
Doña Lorenza (su esposa) ...	Josefa Figueras.
Manuela (criada)	Polonia Rochel.
Un paje	Francisco Callejo.
Un criado de D. Atanasio ...	Juan Codina.
Visita 1.ª	Gertrudis Borja.
Visita 2.ª	Joaquina Moro.
Visita 3.ª	Lorenza Santisteban.

Dos cocineros que no hablan
La escena es en Madrid

Si fueran todas las damas
como la que figuramos,
habría en el lugar muchos
cortejos escarmentados.

(*El teatro representa salón corto con algunos asientos. Sale D.* ATANASIO *con vestido rico, y lo mejor peinado y petimetre que pueda: un criado detrás limpiando el sombrero que luego le da. Después salen tres petimetres, amigos de D.* ATANASIO.)

D. A. ¿Qué te parece el vestido?
CRIADO. De gran gusto y bien cortado.

---

(1)—Impreso por el autor en el tomo II de sus obras, por Durán y suelto (Valencia, Orga, 1815, 4.º). En la Bib. munic., leg. 1-164-43, hay un autógrafo de dicho año y otro manuscrito antiguo, con las censuras de 9, 10 y 11 de Noviembre de 1773. Se estrenó el mismo día 11 de Noviembre.

D. A. ¿Y el pecho?
CRIADO. Bien.
D. A. Me parece
que ha de estar un poco largo.
CRIADO. Está como debe estar:
y también hoy se ha portado
el peluquero.
D. A. ¿En efecto?
Tráeme el espejo volando
otra vez, que quiero ver
si se ha dcscompuesto algo.
CRIADO.. Lo que ha que corteja, el juicio
se ha vuelto de arriba abajo.
(Aparte.) *(Vase.)*

(Salen PETIMETRE 1.º, *con el* 2.º y 3.º*)*

PET. 1.º ¿Qué es esto? ¿Vas a salir?
D. A. ¿Qué hora tenemos?
PET. 2.º Las cuatro.
D. A. Voy a hacer una visita.
LOS TRES. ¿Adónde?
D. A. A ver un paisano
que viene de correr cortes.
PET. 1.º No es el disimulo malo;
pero, amigo, entre nosotros
no pasa ni viene al caso.
PET. 2.º ¿A qué viene eso, si sabes
que de gitano a gitano
no corre moneda falsa?
PET. 3.º No te pongas colorado,
cuando puedes de tu empleo
hacer vanidad.
D. A. Muchacho.

(Sale el CRIADO.*)*

CRIADO. Aquí está el espejo
D. A. Mira
si van limpios los zapatos
por detrás.
CRIADO. Como una plata.
PET. 2.º Estás perfecto, Atanasio:
no hay qué hacer.
D. A. Vayan ustedes
si quieren burlarse, al Prado,
y déjenme estar en paz.
¿Los hilvanes van quitados?
CRIADO. Todos.
D. A. ¿Llevo alguna mota?
CRIADO. No, señor. *(Vase.)*
D. A. ¿Qué estáis mirando,
bufones?
PET. 1.º Yo acá entre mí
estaba filosofando,
porque dicen que el amor
envejece; pero hallo
que te has rejuvenecido
tú después de enamorado.
D. A. ¿Conque ello hc de confesar?
PET. 3.º ¡Si es público!
PET. 2.º Vamos claros:
todos somos tus amigos;
tu ventura celebramos
con deseo que la logres
barata y por muchos años;
pero cs menester que sea
de participantes.
D. A. ¡Chasco!
PET. 2.º Lo que queremos decir,
es que debes convidarnos
cuando haya función.
D. A. Vosotros
habéis olido el sarao
de esta noche y la merienda,
y yo no quiero llevaros.
LOS TRES. ¿Y por qué?
PET. 2.º Porque no puede.
¡Si es lo que yo os he contado
todo fachenda! Allí va,
tal vez como uno de tantos.
Saben que es hombre decente;
doña Lorenza y don Pablo
son atentos, y le admiten;
mas distinguirle en el trato
de todos y él cortejarla,
como suponen, ¡mamao!
D. A. Ese *mamao*, es palabra
(Enfadado.)
mayor, que yo no la mamo
tan fácilmente, y a mí
nadie a mamar me la ha dado.
PET. 1.º Pues, amigo, yo no creo
que tú seas allí el amo,
porque ella es una real moza,
y con muchos mejicanos
de sobra: de nadie admite,
ni admitió jamás regalo:
quiere a su marido, que es
hombre de honor y de garbo:
si alguno allí se ha excedido,
ha salido escarmentado;
y es fuerte cosa creer
que todo aqueste recato,
hermosura y opinión,
te la hayan sacrificado
al primer envite a ti,
que eres un chiquilicuatro.
D. A. Más hombre soy que no tú:
no seas desvergonzado.
PET. 3.º Hombre, no te formalices.
D. A. ¡Pues si me estáis apurando!
¿Tengo yo pies para andar,
boca para hablar, y manos
para escribir un papel?
PET. 2.º ¿Quién lo disputa?
D. A. ¿No acabo
de heredar doce mil pesos,

y un bonito mayorazgo?
PET. 1.º Es notorio.
D. A. ¿Es mujer ella?
PET. 1.º Nadie lo duda.
D. A. ¿Hay criados?
PET. 1.º Y codiciosos.
D. A. Pues, hombre,
eres un gran mentecato,
si tienes por imposible
a mujer alguna, cuando
se declaran contra ella
ingenio, porfía, aplauso,
adulación, vanidad,
familia, dinero, trato,
y el ejemplo sobre todo,
que es el más fuerte contrario.
PET. 3.º Tienes razón.
PET. 1.º No la tiene.
PET. 3.º Aprieta, que se ha picado.
(*Aparte.*)
PET. 2.º Con todo, yo no lo creo.
(*Recio.*)
D. A. ¿Habrá mayores pelmazos?
Pues os tengo de llevar
sólo por desengañaros.
Id allá en dando las siete,
y haced que me entren recado,
que yo saldré a introduciros.
PET. 3.º ¿No es mucho mejor que va- [mos
contigo?
D. A. No puede ser;
y al amigo y al caballo
no hay que apretarlo, según
dice aquel antiguo adagio.
LOS TRES. Pues bien, quedamos en eso.

(*Sale* D. FELIPE.)

D. F. Señores: ¡oh! ¡para un banco
qué cuatro pies tan iguales!
PET. 3.º Y usted con ese cuerpazo
podría servir de tabla.
D. A. ¡Señor don Felipe! ¡Cuánto
deseaba veros! Amigos,
yo tengo que hablarle un rato
a solas; hasta la noche.
D. F. ¿Son ustedes convidados
al festín? Vaya, me alegro.
PET. 3.º Nada hace más que pagarnos;
que él se ha divertido en otros.
adonde le hemos llevado.
D. A. Dices bien.
LOS TRES. Adiós, amigos.
(*Vanse.*)
D. A. Cuidado que vais temprano.
siéntese usted.
D. F. Tengo priesa.
D. A. Tampoco yo estoy despacio;
pero tengo qué deciros.
D. F. ¿Estáis ya desengañado
(*Sonriéndose.*)
de que con doña Lorenza
gastaréis el tiempo en vano,
y que con ella no valen
rendimientos ni agasajos?
D. A. Sí, señor, y no, señor.
D. F. No lo entiendo.
D. A. Estoilo en cuanto
a conseguir un descuido
para tomarla una mano,
porque no he visto mayor
postema que el tal don Pablo.
Siempre va con su mujer
a paseos, a teatros
y a visitas: si está en casa,
le tiene cosido al lado;
y aunque ella se mortifica,
no hay medio, es fuerza tra- [garlo.
Pero en cuanto a la segunda
parte, no me desengaño;
porque ella toma papeles,
admite los agasajos,
crédito con mercader,
y con grande desenfado,
delante de su marido
me da las gracias.
D. F. Lo extraño
mucho. Y esta fiesta de hoy,
¿quién la paga?
D. A. Yo la pago.
D. F. No, no lo creo.
D. A. Pues creedlo,
cuando llego a confesaros
que será la última.
D. F. ¿Cómo?
D. A. Como estoy desesperado;
que es hacer burla de mí.
D. F. Que ella pretende burlaros,
no lo dudo; pero dudo
que os estafe ni un ochavo.
D. A. Yo os lo haré ver.

(*Sale el* CRIADO.)

CRIADO. Ahí está
don Jorge, que quiere hablaros.
D. A. ¿El mercader?, dile que entre.
(*Vase el* CRIADO.)
Este es a quien yo le he dado
orden que a doña Lorenza,
en géneros, en encargos
y en dinero, facilite
de mi cuenta todo cuanto
le pida.
D. F. ¿Qué va a que nada
le ha pedido ni ha sacado?

(*Sale D.* JORGE.)

D. P. Tengan ustedes muy buenas

tardes.

D. F. Beso a usted las manos.

ATANASIO. ¿Qué mandais, señor don Jorge?

D. J. Nada, si estais ocupado.

ATANASIO. El señor no nos estorba.

D. J. Pues, señor don Atanasio,
la dama que usted llevó
a casa días pasados...

ATANASIO. ¿Ha repetido?

D. J. Discurro
que repite demasiado.
Pásese usted por allá,
hablaremos; y entre tanto
diviértase con la cuenta
de lo que hasta hoy ha sacado.

D. A. Bien está: yo la veré,
y hasta mañana temprano.

D. J. Adios,señores. *(Vase.)*

D. F. Adiós.

D. A. Mirad si se ha descuidado
madama: aquí está el testigo.
(Viendo el papel.)
Jesús! ¡Virgen del Sagrario!

D. F. ¿Qué es eso?

ATANASIO. Diez y seis mil
trescientos reales, y cuatro
maravedises y medio
de vellón.

D. F. El medio alabo.

ATANASIO. Eso prueba la conciencia
del mercader.

D. F. ¡Qué petardo!
¿Qué ha sacado esa mujer
que tanto importa?

ATANASIO. Veamos.

(Sale MANUELA *de basquiña y mantilla.)*

MANUELA. ¡Gracias a Dios que hallo a usted
en casa!

ATANASIO. ¿Pues, qué traes?

MANUELA. Traigo
un recado de mi ama,
que me mandó darle al paso
que vine (para una amiga)
a la botica de ahí bajo
por dos reales de hermosura
y uno de salud.

D. F. Sepamos
(Levántase.)
en qué consisten remedios
tan útiles.

MANUELA. En emplastros
que se ven y no se ven;
mas suelen hacer milagros.

D. F. Muy buen provecho; que surtan
el efecto deseado.
(Siéntase.)

ATANASIO. ¿Y qué manda tu señora?

MANUELA. Que el ambigú no sea escaso;
y sea exquisito, porque
son muchos los convidados;
y que no haya ramillete
en medio, sino a los lados,
porque se quiere apartar
de lo común.

D. A. ¿Pues qué plato
puede hacer lucido el centro?

MANUELA. El que su mercé ha inventado,
que es muy de moda.

ATANASIO. ¿Cuál es?

MANUELA. Un elefante empanado.

ATANASIO. ¡Qué locura!

D. F. Dice bien.
Id al instante a encargarlo;
y añadid al cocinero,
que dice un aficionado,
para que tenga el pastel
asas por donde agarrarlo,
que deje a un lado de fuera
la trompa y al otro el rabo.

MANUELA. Dice bien.

ATANASIO. Dile a tu ama,
que la hora, y que lo raro
del precepto hacen difícil...

D. P. ¡Ah de casa! *(Dentro.)*

MANUELA. Este es mi amo:
no quisiera que me viese.

ATANASIO. Pues pasa por esos cuartos
de adentro, y por la otra puerta
te puedes ir, en entrando.

MANUELA. Deme usté antes un polvito.

ATANASIO. ¡Hola! ¿Qué, tomas tabaco?
(Saca la caja.)

MANUELA. Y caja: démela usted,
que no tengo dónde echarlo.

ATANASIO. Mira que es de oro.

MANUELA. No importa:
viva usted más de mil años.
(Vase.)

ATANASIO. ¿Lo veis?

D. F. Estoy aturdido.

ATANASIO. ¿Quién es?

(Sale el CRIADO.)

CRIADO. El señor don Pablo.

ATANASIO. Señor, ¿usted se detiene?

(Sale D. PABLO.)

D. P. No quisiera embarazaros.

ATANASIO. ¿Usted en mi casa?

D. P. ¡Amigo!
(A FELIPE.)
celebro tan buen hallazgo.

D. F. Yo, igualmente.

D. P. Supongo
que el señor don Atanasio,
como dueño de mi casa,

os habrá ya convidado
a divertir esta noche.

ATANASIO. No me he atrevido yo a tanto.

D. P. Pues habéis hecho muy mal,
sabiendo que os estimamos
de veras.

D. F. Debe ser cierto.
(Aparte.)

ATANASIO. ¿Y tenéis que mandar algo?

D. P. Sí, señor.

ATANASIO. Venid aparte.

D. P. No lo juzgo necesario;
porque el señor es prudente,
y nunca le será extraño
que hombre que tiene familia,
mujer bonita y de garbo,
con su coche y su tertulia,
esté alguna vez escaso
de dinero; y como sé
no puedo dar golpe en vago
confiándome de vos,
vengo a pediros prestados...
poco: unos treinta mil reales:
que con esos tendré hartos
para las trampas menudas;
y tiempo queda sobrado
para tratar de las cosas
por mayor.

D. F. ¡Esto va malo!

ATANASIO. A un traidor, dos alevosos.
(Aparte.)
Ahora voy a sofocarlo,
pues de esto no sabrá nada
su mujer; y es doble chasco
que él se divierta a mi costa,
y yo pague por dos lados,
sin holgarme por alguno.

D. P. ¿Qué es esto? ¿Lo estáis pen-
[sando?
¡Solo faltaba que ahora
saliéseis con escusaros
a esta bagatela!

D. F. ¡Lindo!

ATANASIO. No, amigo; yo iré a llevarlos
a madama.

D. P. Enhorabuena:
ya ella los está aguardando,
y a vos, que es tarde.

ATANASIO. Muy bien:
servíos de esperar un rato.
Esto ya pasa de chanza:
(Aparte.)
y yo he de ver si le clavo,
que me los ha de pagar,
o le ha de llevar el diablo.
(Se va a la escribanía.)

D. P. ¿Qué decís, seor don Felipe?

D. F. Que estoy escandalizado
os confieso, porque yo,
y todo el lugar estamos
en que sois rico.

D. P. ¿Usté ha visto
rico algún hombre casado,
con mujer moza, bonita
y petimetra, con cuatro
hijos, dos pares de mulas
y seis o siete criados?

D. F. No, pero ahí entra el arreglo.

D. P. Yo confieso mi pecado;
pero a mi mujer le doy
y le daré barro a mano
cuanto quiera, para todos
sus caprichos y entusiasmos.

D. F. ¿Sean los que fueren?

D. P. Cabal.

D. F. ¡Sois valiente maridazo!

D. A. Id con éste al mercader
(Le da un papel.)
don Jorge Pérez del Barco,
que os dará en buena moneda
el dinero de contado.

D. P. Mil gracias; id vos a ver
a mi mujer entre tanto
y disponer lo que falta.
(Vase.)

D. F. Adiós, amigo. Paisano, [loco
¿qué es esto? Vos sois más
que el otro en ser tan bizarro.

D. A. Los perderé, solamente
por mientras él va a pillarlos,
coger su mujer a solas
los dos, y hablarla muy claro.

D. F. Porque no os precipitéis,
os prometo acompañaros.
Pero lo mej r será
buscar un pretexto honrado
de retirarse, coger
recibo o carta de pago
de ese dinero a lo menos,
y quedar escarmentado.

D. A. Eso será con su cuenta
y razón; en todo caso
vamos, que se pierde el tiempo.
(Vase.)

D. F. Id, que ya os sigo los pasos.
¡Ah, Madrid! ¡Cuántos leones
mantienes con pieles de asno!
(Vase.)

(Descúbrese salón largo, mesa y aparadores con luces al foro, sillas alrededor, una araña con luces, cornucopias que está encendiendo un criado y MANUELA, *y dos hombres de cocineros cubriendo la mesa. La señora doña* LORENZA, *de petimetra, paseándose.)*

D.ª L. Id poniendo en su lugar
todo, a excepción de los platos
calientes.

MANUELA. Yo estoy encima,
descanse usted sin cuidado.

CRIADO. ¿Conque brava caja de oro
al mameluco has pillado,
Manuela?
MANUELA. No pesa mucho.
CRIADO. ¿Y partiremos?
MANUELA. Me allano,
como lo que a ti te dió
por dar el papel, partamos
igualmente.
CRIADO. ¡Mucho sabes!
MANUELA. ¡Como que soy secretario;
que eso de ser papelista
es sólo para lacayos!
CRIADO. Habla bien, que yo soy paje.
MANUELA. Yo, doncella.
CRIADO. ¡Me atraganto!...
MANUELA. ¿Qué es eso, hombre?
CRIADO. Ya pasó:
¡lo que me costó el tragarlo!
(Vase.)
D.ª L. Manuela, daca la caja.
MANUELA. Aquí está.
D.ª L. Para un regalo
la necesito, y te ofrezco
otra cosa más al caso
para ti, y de más valor.
MANUELA. Si yo no tomo tabaco,
señora, y sólo fué chanza
para volvérsela. *(Vase.)*
D.ª L. Vamos,
que yo te dejaré bien.

(Sale un criado.)

CRIADO. El señor don Atanasio
y don Felipe, señora.

(Salen D. FELIPE y D. ATANASIO.)

D.ª L. ¡Jesús, amigo, qué tardo
es usté en las ocasiones!
No, no es esto lo ajustado.
Usté ha de venir aquí ,
por la mañana temprano
a la orden, y los días
de hacienda ha de estar atado
en el canapé, o adonde
yo le mandare, hasta tanto
que le dé licencia de irse.
D. A. Pues, señora, ¿soy esclavo?
D.ª L. Sois mi cortejo, que es más
fuerte yugo.
D. F. Y más tirano.
D.ª L. Adiós, señor don Felipe...
Usted me le habrá ocupado,
porque acaso no sabía
que yo le estaba esperando.
D. A. No, señora; sino que
hoy me siento un poco malo.
D.ª L. Pues, no os dejaré beber
ni merendar, sino un caldo.
D. A. Señora, ya estoy mejor.
D.ª L. Se ha de hacer lo que yo man-
vuestra salud vale mucho. [do:
D. F. ¿Pagar y no comer? ¡Bravo!
D. A. Ved si tengo calentura.
D.ª L. Tengo muy frías las manos:
en viniendo mi marido
os pulsará.
D. F. Está ocupado.
D. A. Y ya que lo está, señora,
y es este el primero rato,
al cabo de cuatro meses,
que puedo a solas hablaros,
permitidme...
D.ª L. Vos queréis
preguntar, desconfiado
de vuestro mérito, ¿cómo
me va con vos? Algún tanto
me incomodais; pero al fin
yo tengo el genio bonazo,
y estoy con vos muy contenta.
D. A. Pues yo no estoy bien pagado.
D.ª L. ¿Cómo es eso de pagar?
(Seria.)
D. F. Señorita, vamos claros.
Es público que por vos
sacrifica su descanso,
su tiempo, y aun su dinero
(que a bien que solos estamos)
y ni aun los públicos gajes
goza de cortejo.
D.ª L. ¡Alto!
Que si este cortejo hubiera
como los más empezado
desde la vista al oído...
D. F. Cerca están el gusto y tacto.
D.ª L. No están sino muy distantes.
Desde el oído a los labios,
desde el labio al corazón,
y del corazón a cuanto
duda siempre el más dichoso,
y confía el temerario;
pudiera reconvenirme
el señor don Atanasio,
o usted en su nombre, si
le trae por apoderado.
D. F. Señora, la apoderada,
y la poderosa, al cabo
lo es usted.
D.ª L. ¿Vos ignorais,
sin duda, nuestro contrato,
y antes de entrar en mi casa
lo que el señor ha firmado?
D. F. Sí, señora.
D.ª L. Pues ved como
hablais por boca de ganso;
porque el señor me ha ofrecido

aún mucho más, que me ha da-
sin esperar recompensa. [do,

D. F. Si así está capitulado,
tenéis razón.

D. A. Lo confieso;
y digo que soy un macho,
y jamás de lo que digo,
aun en chanza, me retracto;
pero esto ya se acabó.

D.ª L. ¿Cómo que esto se ha acabado?
Vos me habéis de cortejar
hasta quedar sin un cuarto.

D. A. ¿Y entonces?

D.ª L. Hasta quedarme
sin casa, según el pacto,
vos siempre debéis en ella
entrar como uno de tantos.

D. A. Sois de un genio tan cruel,
tan esquivo y tan tirano,
que aunque me muriera de
[hambre,
no me diérais un bocado.

D.ª L. Distingo; porque los hay
de membrillo confitado,
y los hay de los que llevan
las mulas y los caballos.
¿De cuál de éstos preguntáis?

D. A. Nada; mejor es dejarlo.

D. F. Amigo, esta es mucha gracia.
(Ríe.)

D. A. Vos os reis, y yo rabio.

(Sale D. Pablo.)

D. P. Lorenza, que están ahí
ya las señoras: muchacho,
baja a alumbrar.

(Salen Petimetres 1.º, 2.º y 3.º)

Los tres. ¿Está aquí
el señor don Atanasio?

D.ª L. Sí, señor.

D. A. Son mis amigos...

D.ª L. Y muy dueños de este estrado
y mi casa.

Los tres. Por la honra
todos los pies os besamos.

(Salen las que quisieren de visitas.)

D.ª L. Amigas, ¿cómo tan tarde?

Visita 1.ª Me han estado a mí peinando,
porque estaba en la comedia.

D.ª L. Ya estaba con sobresalto.

D. A. ¡Embustera! *(Aparte a D. Felipe.)*

D. F. Por las gentes
siquiera, mostrad agrado.

D. A. No puedo.

Pet. 2.º ¿Qué es eso, amigo?

D. F. Un elefante empanado
que le ha pedido madama,
y no ha podido encontrarlo.

D. A. Haber empanado vivo
un toro de nueve años,
de Castilla, era mejor,
y en sentándose, soltarlo.

D.ª L. ¿Cómo estáis? *(A las damas.)*

Visita 2.ª Para servirte.

D.ª L. Vaya, vámonos sentando.

(Sale Manuela.)

Manuela. Señora, los cocineros
rabian, porque los asados
y fritos se pasan.

Visita. 3.ª ¿Pues
qué hora es?

Visita. 2.ª Las ocho han dado.

Manuela. Como se les pidió todo
para las siete...

D.ª L. Pues vamos
a sentarnos a la mesa;
con eso queda más rato
para cantar y bailar
después.

D. P. Seor don Atanasio,
al lado de mi mujer,
como cortejo.

Visita. 2.ª ¡Qué extraño
es el nombre en esta casa!

Visita. 1.ª ¡Bien se lo murmura el barrio,
y aun el lugar!

D. F. Eso nace
de ser en Madrid tan raros,
que ninguna mujer tiene
uno, sino tres o cuatro.

D. A. Ya es preciso hacer de tripas
(Suelta el sombrero.)
corazón, porque estos trastos
vean que yo aquí supongo
más de lo que ellos dudaron.

D.ª L. ¿Adónde vais?

D. A. A sentarme.

D.ª L. Un cortejo declarado
debe ceder el asiento;
y más, habiendo soldados
que se le guarden.

D. A. ¿Pues yo
qué he de hacer?

D.ª L. Alcanzar platos,
y cuidar de que esté siempre
bien limpio y lleno mi vaso.

D. A. Esto es ya preciso.
(Coge el sombrero.)

D.ª L. Ahora
entra bien escarmentarlo.
(Aparte.)

D. P. ¿Dónde vais?

D. A. A esta señora
dije antes que estaba malo,

y estoy peor.
D. P. Ese es desaire.
D. A. No me apuréis más, don Pablo,
porque de todas maneras
yo soy solo el desairado.
Todos. Tiene razón.
D.ª L. No la tiene;
sino que ha llegado el caso
de hacer ver en él a muchos
hombres, que ofrecen muy fal-
cuanto ofrecen al principio, [sos
sus malicias disfrazando
con humildad, y a nosotras
no dañará el desengaño.
Antes de entrar el señor
en mi casa, hubo mil pasos:
y ved en este papel
lo que está capitulado.
D. A. Ese papel no hace fuerza.
D.ª L. ¿Es de vuestra pluma y mano?
D. A. Sí, señora.
D.ª L. Pues la haría
a cualquiera juez de palo.
D. F. (*lee*) "Señora: Mi inclinación al mérito de usted, la poca atención que le han debido mis paseos por su calle y la impaciencia de ver otros más felices, que logran la dicha de frecuentar su casa y tertulia, animan mi pluma a suplicar a usted por éste, me admita en el número de sus rendidos: por cuya honra me sacrifico a los pies de usted, y la ofrezco el alma, la vida, la persona y los bienes que Dios me ha concedido con mano liberal, sin aspirar por este sacrificio a otras recompensas, que no se deben esperar de mujeres como usted, ni pretenden jamán hombres como yo, que soy y seré siempre su más obsequioso esclavo.—*Don Atanasio Leopoldo de Bracamonte y Montalto.*"
D. P. ¡Qué apellidos tan gigantes
para un hombre tan enano!
D.ª L. ¿Qué tal?
D. F. De mi tribunal
siempre saldréis condenado.
D. A. ¿Y en las costas?
D.ª L. Es preciso.
¿Yo os buscaba por acaso?
Me embocásteis el papel,
que recibí con enfado:
leíle, reflexionéle
y dije, este hombre es bizarro
y bien nacido, es atento,
y no es razón desairarlo:
venga a mi casa en buen hora,
y alguna cosa admitamos.
El alma es de Dios: la vida
gócela por muchos años:
la persona importa poco
que se la coman los grajos;
porque hablando sin lisonja,
no es carne para cristianos.
Pues tomemos el dinero,
sus presentes y regalos,
que mientras se gasta el suyo,
el mío puedo yo ahorrarlo.
Visita. 1.ª Mujer, ¿y tienes vergüenza
tú propia de confesarlo,
y tu marido de oirlo?
D. P. No, señoras: y yo añado,
que es el amigo mejor
para pegarle un petardo.
D. F. Si no, dígalo la cuenta
de diez y seis mil y tantos.
D. A. Hay tantas cosas que hablen...
D. F. Sacadla, que estoy rabiando
por verla.
D. A. Aquí la tenéis.
Visita. 2.ª En habiendo ese descaro,
todas pudieran lucir.
D. F. Cuatro batas con sus cabos
a la última moda: tres
pares de vuelos y ganchos.
Item, seis cofietas. Item,
cuatro pares de zapatos
con bordadura de piedras.
D. P. ¿Para qué queréis cansaros?
Yo soy quien a mi mujer
hace todo ese regalo.
Aquí tenéis el papel
por donde consta pagado
a don Jorge, vuestro amigo;
y el que, por ver vuestro garbo,
os pedí de dos mil pesos,
con esta lista en que cuanto
habéis remitido consta,
y os van a llevar. Muchacho,
¿las dos bandejas y el cesto?
Paje. Ya se lo entregué al criado
del señor.
Visita. 2.ª ¿Esta es la fiesta
a que nos han convidado?
D.ª L. Alentad, cortejo mío,
que ya os sale más barato.
D. A. ¿El qué, si no logré nada?
D.ª L. Señal que buscábais algo;
y por conocerlo yo
he querido escarmentaros,
para que nunca pongáis
los pensamientos tan altos,

ni por gusto o vanidad
escandalicéis los barrios.

PET. 1.° ¡Si me volvieran a mí
lo que yo he desperdiciado
en balde!...

D. F. Yo no, porque
nunca suelto hasta que agarro.

P. 2.° Y 3.° Eres gran conquistador.

D. A. Yo no sé dónde me hallo.

D. P. Adonde os estiman todos
por vos, y vuestro bizarro
proceder que no desluce
el querer, como otros varios,
presentar a todo el mundo
una buena moza al lado.

D. A. No era otro mi intento.

D.ª L. Ya
lo sé: por eso quedamos
amigos; y por memoria
con la caja que habéis dado
a la criada me quedo,
y esta que estoy usando
del mismo valor os doy.

D. A. ¿Y todo lo que han llevado?

D.ª L. Perderemos la amistad
si me hablais más en el caso.

D. A. No hablaré más.

D. P. Pues, Manuela,
que traigan los demás platos,
y vamos a divertirnos
y a merendar.

D.ª L. Vamos.

TODOS. Vamos.

FIN

138

Las cuatro novias

Sainete para las dos compañías

en el verano de 1773 (1)

(*Salón corto. Salen* POLONIA *con una luz, trayendo de la mano, embozado, a* MERINO, *y detrás* CHINITA, *temblando.*)

CHINITA. ¡Gracias a Dios que nos vienes
a sacar de aquel encierro
maldito!

POLONIA. En verdad que voy
a embocaros más adentro.

CHINITA. ¿Qué dices?

POLONIA. Que a mi señor
se le ha metido en el cuerpo
hoy el diablo; y en lugar
de salir fuera en comiendo,
como acostumbra, se ha estado
en su cuarto revolviendo
sus escritorios, después
que cerró con gran misterio
las puertas y los balcones.

MERINO. ¿Si nos vió entrar?

POLONIA. No lo creo:
la verdad es que, enfadado
y sospechoso de veros
pasear la calle y estar
a sus puertas de estafermos,
cree que es doña Isabel,
su sobrina, vuestro empeño:
y como él también desea
su hermosura y su dinero,
que ya tiene en su poder,
quiere asegurarse de ellos;
a cuyo fin ha traído
y encerrado en su aposento,
un escribano, con quien
fraguando está los conciertos
para casarse mañana
al amanecer.

MERINO. Primero
esta espada...

POLONIA. Envaine usted,
y tómelo con sosiego,
que aquí estoy yo. El escribano
me corteja, y no es de aquellos
escrupulosos; conque
ya sabe usted, que no es lerdo,
que suelen hacer prodigios
los amantes y el dinero.

CHINITA. Eso de que te corteja
el escribano, me ha muerto
a mí.

POLONIA. Pues Dios te perdone;
que ahora no estamos en tiempo
de hablar en balde, sino
de buscar donde esconderos.

CHINITA. ¿Adónde?

POLONIA. A tu amo allá arriba,
que hay un corredor muy fres- [co.

CHINITA. ¿Y a mí?

POLONIA. En cierto gabinete
que en la cocina tenemos
para esconder otras cosas.

CHINITA. Será la despensa.

POLONIA. Luego
lo verás; vamos aprisa,
no se pierda todo el resto.

(*Vanse.*)

(*Cantan dentro* JOAQUINA, GUZMANA *y* MANUELA, *y después sale* MARIA PEPA, *oyendo.*)

CANTAN. Feliz desciende,

(1) *Inédito*. Bib. munic., leg. 1-159-15. Autógrafo de 1773.

casto himeneo;
ven mi deseo
a consolar.
Pues con sus flechas
ciego cupido
mi pecho ha herido,
venle a curar.

M. P. ¿Mi abuela, mi prima y tía
tan alegres? ¿Qué será esto?
¿De cuando acá han mejorado
sus extravagantes genios?

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. Señora doña Isabel,
¡albricias! que ya tenemos
a don Alonso encerrado.

M. P. ¿Tú has tenido atrevimiento
semejante?

POLONIA. A grande fiebre,
es preciso gran remedio.

M. P. ¿Mas si mi abuela o mi tía
le vieren?

POLONIA. ¡Quisieran verlo!
No sabe usted lo mejor:
que todas están creyendo,
cada una para sí,
que es a ellas el galanteo
de don Alonso.

M. P. ¿De veras?

POLONIA. ¿Pues no habéis visto el estremo
de asistir a las ventanas
las tres, y de hacerle gestos
a hurtadillas unas de otras?

M. P. Yo lo dudo.

POLONIA. Yo no, siendo
confidente de las tres,
que con vergüenza y secreto
me han suplicado que ayude
su atrevido pensamiento.

M. P. Por eso están tan contentas.

POLONIA. El caso tiene sus riesgos
ahora; mas si nos sale
bien, será de los más bellos.

ESPEJO. ¿Muchachas? ¿Madre? (*Dentro.*)

M. P. ¡Mi tío!

POLONIA. Idos a vuestro aposento,
segura de que no haréis
falta donde yo me quedo.
(*Vase* MARIA PEPA.)

(*Sale* ESPEJO, *enfadado, detrás de la* JOAQUINA, GUZMANA *y* MANUELA.)

ESPEJO. Madre, en esta casa todos [sos
se han vuelto locos. ¿Qué ver-
y qué canciones escucho?

JOAQUINA. De canciones nos dejemos,
y vamos a ajustar cuentas:
que sacar mi dote quiero,
pues te vuelves a casar.

ESPEJO. Yo amo a Isabel; y pretendo
disponer de su tutela
a mi favor el primero:
de lo demás, madre mía,
en casándome hablaremos.

GUZMANA. Antes tengo yo que hablarte,
hermano.

MANUELA. Y yo también tengo
que deciros, padre mío.

ESPEJO. Todo será perder tiempo.

JOAQUINA. Más lo pierdes tú en andar
en bodas y devaneos,
sin dejar establecidas
con un digno casamiento
a una hija y a una hermana
que tienes.

ESPEJO. Id prosiguiendo;
y a una madre.

JOAQUINA. ¿Y por qué no?
Pues gracias a Dios no peino
tantas canas; y quizás
hay un galán caballero...
basta...

ESPEJO. ¿Tan cargada de años?

JOAQUINA. Los años no me hacen peso;
y en fin, cásate mañana,
si quieres; pero yo espero
que no tardaré ocho días.

GUZMANA. Pues yo a los cuatro, si puedo,
tengo de haber recibido.
el séptimo Sacramento.

ESPEJO. ¿También tu, hermana?

GUZMANA. Sí, hermano.

ESPEJO. ¿Tú que mil ascos has hecho
del matrimonio?

GUZMANA. ¿Qué quieres?
En soplando el aire recio,
y en buena ocasión, derriba
cuanto se le pone en medio.

ESPEJO. ¡Bueno va!

MANUELA. Y estad seguro
que yo seguiré su ejemplo.

ESPEJO. ¿Tú también? Son necesarias
muchas cosas para eso.

MANUELA. Perdone usted, padre mío;
que ya hay un cierto sujeto
rico, galán, que me quiere
mucho, y yo también le quiero.

GUZMANA. ¿Mejor que el mío? Más poco.

JOAQUINA. ¿A que es el mío el más bello?

ESPEJO. ¡Viva! ¿Conque cada una
tiene el suyo? ¡Esto va bueno!

POLONIA. Es que os quieren imitar.

ESPEJO. Yo lo estorbaré bien presto.

GUZMANA. Cásate tú y déjanos;
que acá nos entenderemos.

ESPEJO. ¿Pero es posible?... ¡De ira

se me esté abrasando el pecho!
Mejor es irme y dejarlas,
por no hacer un desaciento.
(*Vase.*)

POLONIA. El va tan enfurecido
que ni echar puede el aliento.

JOAQUINA. Eso es lo que deseaba
yo, y es el mejor pretexto
para disponer mi boda
sin escándalo del pueblo;
pues todos conocerán
que lo hago por despecho,
y por castigar a un hijo
tan loco y tan majadero.
Sin embargo, Luisa mía,
sólo me obliga mi afecto.

POLONIA. ¡Vaya! ¿Y a quién ama usted?

JOAQUINA. Tú lo sabes; más no quiero
decírselo ni aun al aire;
que aun del aire tengo celos.

POLONIA. Yo soy callada. ¿Y usted,
señora?

GUZMANA. Sólo el silencio
y tu confianza, son los
testigos de mi tormento.

POLONIA. Aquel que suele pasar
por la calle... ya me acuerdo,
de usted; ya sé que es aquel
que suele venir.

MANUELA. El mesmo:
calla, no lo oiga mi abuela.

POLONIA. Pero señoras, yo creo
son mudos vuestros amantes.

GUZMANA. Con un hermano tan necio
y en esta casa maldita,
¿puede haber otro consuelo [da
que el de los ojos? No hay du-
que es un lenguaje discreto;
pero para un genio vivo,
se ataja mucho diciendo.

MANUELA. Pues mi amante es más agudo,
que suele pasar tosiendo,
y estornuda algunas veces.

JOAQUINA. Aún es mucho más discreto
el mío, que con los ojos
clavados está en los hierros
del balcón, como quien dice:
"Tus cadenas apetezco."

POLONIA. ¡Gran modo de enamorar!

MANUELA. Mi padre vuelve.

JOAQUINA. No quiero
verle; venid a mi cuarto,
las medidas tomaremos
de castigarle.

POLONIA. Es verdad;
en poniéndose de acuerdo
ustedes, todo saldrá.

LAS TRES. ¿Cómo?

POLONIA. Como yo pienso.
Si pudiera coger solo
al escribano un momento...
(*Vanse.*)

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Luisa, ¿no sabes que a toda
mi familia se le ha vuelto
el juicio?

POLONIA. Y es bien alegre
su locura, por lo menos.

ESPEJO. Porque yo me caso, todas
pretenden casarse... Pero,
¡que si quieres! Esta noche
hemos de hacer los conciertos
solos yo e Isabelita.

POLONIA. ¿Y mañana el casamiento?

ESPEJO. ¡Quién lo duda! y tempranito;
de camino que la llevo
a misa.

POLONIA. Cuenta, señor,
no tengáis algún encuentro
con el don Alfonso, a quien
querían los demás deudos
que se la diéseis.

ESPEJO. Lo que ha
que vive en recogimiento
y le quité las salidas
y visitas y paseos,
ya ha perdido esas ideas.

POLONIA. ¿Y quién era ese sujeto?

ESPEJO. Yo no le he visto en mi vida:
su padre me encargó un pleito
cuantioso... no perdí nada,
pero no vienen a cuento
ahora escrúpulos pasados.

(*Sale* CALLEJO *de escribano.*)

CALLEJO. Ya está concluído esto,
señor.

ESPEJO. Supongo que está
de modo que no quedemos
en la calle, si la novia
se nos muere antes de tiempo.

CALLEJO. Apenas de su caudal
irá comprendido un tercio
en la escritura, con tanta
habilidad, que al leerlo
todo suena; y a usted mismo
a pegársela me atrevo.

ESPEJO. ¡Qué hombre tan hábil! Pues
por dos testigos corriendo [voy
o tres. Dile a Isabelita
que baje a mi cuarto luego,
y no la digas a qué.
Como me ayudes, te ofrezco...

POLONIA. ¿Qué cosa?

ESPEJO. Un mata-maridos

y un deshavillé de lienzo...
(*Vase.*)

POLONIA. Bien está. ¡Gracias a Dios,
que hablaros a solas puedo
cuatro palabras!

CALLEJO. Añade
al cuatro siquiera un cero,
pues sabes lo que te estimo.

POLONIA. Si es verdad pronto he de ver-
pues es preciso... [lo,

CALLEJO. ¿Qué dudas?
Vaya, sin encogimiento.

POLONIA. ¿Qué os valdrá esta travesura
que por mi amo habéis hecho?

CALLEJO. Ya me valió antes de todo,
me ha regalado cien pesos.

POLONIA. Poco es; que, a mi parecer,
bien merecíais doscientos.
Pero vamos adelante:
¿tendréis ánimo y aliento
de aburrirlos?

CALLEJO. No, señora. [ellos,

POLONIA. ¿Aunque os dieran, en vez de
doscientos doblones de oro?

CALLEJO. Eso ya es caso diverso:
¿dónde están?

POLONIA. Ya lo sabréis.

CALLEJO. Es que no basta saberlo.

POLONIA. Jurad antes.

CALLEJO. Yo lo juro,
lo porvido y lo protesto:
¿qué hay que hacer?

POLONIA. Sólo engañar
al codicioso deseo
ridículo de mi amo,
y hacer firmes los conciertos
de la boda, solamente
como su tutor, poniendo
por novios doña Isabel,
con don Alonso Quevedo.

CALLEJO. Yo le conozco muy bien;
es el mejor caballero
y más bizarro que he visto.

POLONIA. Pues contad con el dinero
ofrecido, y quizá más.
Pero cuenta que si luego
mi amo dobla la partida,
no mudéis de pensamiento.

CALLEJO. No lo temas, que es un gusto
engañar a un embustero,
de más que con la mitad
del novio y con los mil pesos
dejo de ser escribano
al otro día, y me meto
a oficio en que la conciencia
no tenga tantos tropiezos.
(*Vase.*)

POLONIA. Sea enhorabuena. ¡Dios quiera
que salga bien el proyecto!

(*Sale* CHINITA.)

CHINITA. Pues ha salido el agente
de casa, bien, Luisa, puedo
salir a decirte.

POLONIA. Ahora
no es ocasión de requiebros.

CHINITA. No lo temas; a decirte [riendo.
que de hambre me estoy mu-

POLONIA. Sufre; que tu amo también
lo hace.

CHINITA. Sufra él que es necio.
Demás que un enamorado
que está cerca del objeto
que adora, no necesita
ni apetece otro alimento.

POLONIA. ¿Pues por qué no haces lo mes-
Quiéreme con el extremo [mo?
que tu amo adora a Isabel,
y verás qué satisfecho
quedas.

CHINITA. Amor en ayunas
es de andantes caballeros,
no de amantes encerrados.
Dame de cenar, y luego
verás lo que enrobustece
mi pasión...

POLONIA. ¿Cómo?

CHINITA. Comiendo.

POLONIA. Muy bien, vuelve al escondite,
mientras que yo voy corriendo
a decir a don Alfonso
que al escribano tenemos
ya de nuestra parte.

CHINITA. Y dime:
¿cuándo nos escaparemos?

POLONIA. Si se ha llevado las llaves
mi amo. (*Vase.*)

CHINITA. ¡Bravo consuelo!
Si el agente nos encuentra,
¡bravo negocio hemos hecho!

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿Oye, Lorenzo?

CHINITA. Señor.

MERINO. Perdidos estamos; que
he tenido dos encuentros
con la hija y con la hermana
del agente.

CHINITA. ¿Y qué os dijeron?

MERINO. Enamoradas de mí,
apurar mi sufrimiento
pretendían... y a no ser
por llegar al punto el viejo
y huir porque no las viese,,
ya se hubiera descubierto
la tramoya.

CHINITA. ¿E Isabel?

MERINO. Apenas tratar los medios
pudimos, para sacarla
de este infeliz cautiverio.
Con su tío y los testigos
está encerrada: yo temo
alguna violencia. Busca
a Luisilla.
CHINITA. ¿Y si por yerro
doy con vuestros enemigos?
MERINO. Ya no queda otro remedio
que salir a todo trance. [ro,
CHINITA. Si de esta escapo y no me mue-
no más bodas en que es mío
el daño, y el gusto ajeno.
(*Vase.*)
MERINO. Engañar a un escribano
y a un agente, es mucho empe-
Mucha fortuna sería, [ño.
o gran prodigio del cielo.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. Ya se ha firmado el concierto;
ahora que se escape... Pero,
¿qué hombre es este?
MERINO. ¡Soy perdido!
ESPEJO. ¿Qué busca usted, caballero?
MERINO. Yo, señor... cuando venía...
sí... ya os lo diré a su tiempo.
ESPEJO. ¡Cómo! ¡Ladrones, ladrones!
MERINO. ¡Mirad lo que estáis diciendo!
ESPEJO. ¡Ladrones!
MERINO. ¿Tengo yo traza
de ladrón?
ESPEJO. Sí; pues es cierto
que no los hay con vestidos
muy ricos en este pueblo.
La casa ha estado cerrada;
conque sin duda...

(*Sale* POLONIA.)

POLONIA. ¿Qué es esto?
¡Con todo dimos en tierra!
(*Aparte.*)
ESPEJO. Luisita, llama corriendo
a mi vecino, el alcalde
del barrio.
POLONIA. ¡Jesús, qué miedo!
ESPEJO. No temas, niña.
POLONIA. ¡Ay, Señor!
ESPEJO. Toma las llaves.
POLONIA. ¡Qué feos
son los ladrones! Ya voy;
téngale usted bien sujeto.
(*Vase.*)

(*Sale* JOAQUINA.)

JOAQUINA. ¿Qué bulla es esta, bribón?
¿Así pierdes el respeto
a quien antes de ocho días
será tu padre?
ESPEJO. ¡Esto es bueno!
¿Mi padre?
JOAQUINA. Claritamente.
Es mi amante y yo le quiero.
ESPEJO. Eso no sufriré yo.
JOAQUINA. Mis facultades os cedo:
castigad a vuestro hijastro,
dueño mío.

(*Sale* GUZMANA.)

GUZMANA. ¿Qué hay de nuevo,
hermano? Mas ¡ay de mí!
si sabes lo que son yerros
de amor, perdona los que
se dirigen al honesto
fin de unir dos almas finas
amantes.
ESPEJO. ¡Mejor es esto!
Madre, ¿en qué quedamos?
GUZMANA. Yo
seré su mujer.
JOAQUINA. Primero
es que el novio quiera.

(*Sale* MANUELA.)

MANUELA. Padre,
¿quién causa todo este estruen-
y por qué riñe mi abuela? [do
ESPEJO. Déjanos.
MANUELA. Pero ¡qué veo!
¡Por Dios, no le hagan ustedes
mal, porque sus pensamientos
son el casarse conmigo,
y sólo ha venido a eso!
MERINO. ¿Se dará tal confusión?
ESPEJO. ¿También danza en el enredo
mi hija?
MANUELA. A pediros viene
mi blanca mano, ¿no es cierto?
ESPEJO. Quedemos en una cosa
fijamente; porque a un tiempo
no puede ser mi padrastro,
y mi cuñado y mi yerno.
MERINO. La verdad es...
ESPEJO. La verdad
es que, si bien os parezco,
también os caséis conmigo,
con la criada y el perro;
para que gocéis de toda
la familia por entero.
MANUELA. Bastante tiene conmigo,
padre.
JOAQUINA. ¡Ah, tirano!
GUZMANA. ¡Ah, perverso!
MANUELA. ¡Ah, mal hombre!
ESPEJO. Ya está aquí
la justicia, ahora veremos.

(*Sale* CHINITA *de alcalde de barrio, con capa de grana y peluca.*)

CHINITA. ¿Qué ha habido aquí?
ESPEJO. Hay un ladrón,
sobornador del sosiego
de mi madre, de mi hermana
y de mi hija.
CHINITA. ¿Y por esto
se alborota usted? ¡En cuántas
familias se ven sucesos
peores! Mas, sin embargo,
se castigan: lo primero
es asegurarle; y yo,
por el honor del sujeto
y de la casa, me encargo
de llevarle por mí mesmo.
JOAQUINA. ¿A la cárcel? (*Llorando las tres.*)
GUZMANA. ¿A la cárcel?
MANUELA. ¿A la cárcel?
CHINITA. Soy de un genio
inexorable, y el llanto
me endurece más el pecho.
Y si así lloran ustedes
porque le ven llevar preso,
¿qué reservan para el día
que le ahorquen?
ESPEJO. ¡Muy bien hecho!
JOAQUINA. ¡Hijo mío!
GUZMANA. ¡Hermano!
MANUELA. ¡Padre!
ESPEJO. Forzoso es el escarmiento.

(*Sale* MARIA PEPA.)

M. P. Callen ustedes, que ya
salgo yo a darlas consuelo.
ESPEJO. ¡Esposa mía!
M. P. Callad;
que no es justo que deis celos
con ese nombre tan dulce
a mi esposo verdadero.
ESPEJO. ¿Quién es ése?
M. P. Don Alfonso.
Dad las gracias a mi bello
tío, que ha firmado ya,
y aprueba mi casamiento
con vos, dándome mi dote.
MERINO. Yo, señor, os lo agradezco.
ESPEJO. ¿También quiere a mi mujer?
¿Hay más en casa? ¿Qué es
[esto?
MERINO. No quiero más que a Isabel;
perdonad mi atrevimiento,
señoras, que por lograrla...
ESPEJO. ¡Sin duda que el juicio pierdo!
Venga el contrato.

(*Salen* POLONIA *y* CALLEJO.)

P. Y C. El contrato
le firmaréis sin leerlo,
como tutor de la niña,
confesando y devolviendo
su dote.
ESPEJO. No puede ser.
M. P. No, pero ya ha sido.
ESPEJO. Apelo:
que vos me habéis engañado.
(*A* CALLEJO.)
CALLEJO. Acordaos, como me acuerdo
yo, de que más engañásteis
en aquel cuantioso pleito
al padre de don Alfonso.
En fin, callar y callemos.
ESPEJO. Señor alcalde, justicia,
o voy a ponerles pleito
a todos.
CHINITA. Si vais, tomad
vuestra peluca, sombrero,
capa y bastón, que yo soy
un alcalde contrahecho
por Luisa.
POLONIA. A quien debéis dar
encima mucho dinero;
pues si doncella, Isabel
sabe hacer estos enredos,
¿qué hará casada? Casaos
conmigo y quitaos de cuentos.
ESPEJO. ¿Contigo? ni con mi madre,
que a todas os aborrezco. (*Vase.*)
JOAQUINA. Tasadamente por donde
unos se van vienen ciento.
MANUELA. Pues, abuela, deme usted
uno a mí.
GUZMANA. Y a mí un par de ellos.
POLONIA. Mi amo se dará a partido;
que yo conozco su genio
fácil; lo que nos importa
es, que el chasco celebremos
con músicas y con bailes,
dando principio al festejo
con alguna tonadilla,
TODOS. Y su fin al intermedio.

FIN

139

El Duende

Para la compañía de Rivera (1)

1773 (2)

(Salón corto, con algunos taburetes. Salen huyendo la Sra. RUBIO *y* TADEO *de la Sra.* POLONIA, *que saldrá con un garrote en la mano.)*

RUBIO. ¡Ay, ay, señor, que nos matan!
TADEO. ¡Por Dios, que deje usté el pa-
señora! [lo,
POLONIA. Os he de moler
todos los huesos.
R. Y T. Huyamos.
POLONIA. ¿Huir? Ya no hay por adonde,
porque todo está cerrado
y en mi bolsillo las llaves.
(Sale MERINO.)
MERINO. ¿Qué alboroto tan extraño
es este, mujer?
RUBIO. Esto es, [tando
después que está una aguan-
las miserias y otras cosas
(Llorando.)
de la casa, el aguinaldo
que nos dan.
TADEO. No es lo peor eso,
sino el habernos llamado
ladrones a boca llena.
Si lo supiera un paisano
que tengo aquí, panadero,
y un tío, medio escribano,
quizá el hacérmelo bueno
la costaría bien caro.
POLONIA. Más os costará a vosotros,
porque al alcalde del barrio
he de dar cuenta.
MERINO. Mujer,
¿qué motivo hay para tanto
alboroto?
POLONIA. Nada menos,
es faltarme de mi cuarto
cuanto tengo de valor
al instante que lo saco;
y aun sin que lo saque, pues
lo único que había quedado,
que era el aderezo de
diamantes, sin él me hallo.
Cerrado siempre el buró
de la alcoba; aquí no ha entra-
nadie sino ellos; conque [do
mira quién debe pagarlo.
MERINO. ¡Jesús, Jesús! Si te digo,
Patricia, que en este cuarto
hay duende. No hemos tenido
desde que a él nos mudamos
cosa segura: ni a mí
se me luce cuanto gano.
POLONIA. ¡Duende! Duendes de dos pies.
MERINO. Yo lo había maliciado
también; teniéndolo a cuentos
de viejas y de muchachos;
pero, amiga, el caso de hoy
es, sin duda, mucho caso.
¿Sacar, sin razón alguna,
del escritorio cerrado
mis alhajas? Aquí hay duende.
POLONIA. Pues como yo llegue a echarle
las uñas, hemos de ver
cuál de los dos es más diablo.
MERINO. Déjate de eso; que ya
se va haciendo tarde; y vamos
a casa de don Simplicio,
que nos dará buenos ratos
antes y después de mesa.
POLONIA. Yo, amigo, ya no he quedado
para disfrutar de nada.
Antes con dos mil ducados
que tienes de sueldo, y otros
más de mil de mayorazgo,
para todo nos sobraba;
y ahora ni un par de zapatos
me puedo calzar, porque
dices que estás empeñado:
unas alhajas se venden,
y otras se las lleva el diablo.
¡Ah, bribones!
(Mirando a los criados.)
RUBIO. ¿Habrá tema
semejante?
MERINO. Los criados,
hija, creo que son fieles.
POLONIA. Pues tú me le habrás quitado.
MERINO. ¿Yo? Si digo que aquí hay
[duende.
POLONIA. Aunque soy boba, no tanto
que crea en esas patrañas,
y yo tengo de apurarlo;
que para duendes caseros
tiene conjuros muy guapos
la justicia.

---

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-164-6. Autógrafo de 1773. Este sainete es distinto del que publicó Durán, con igual título en el tomo I, pág. 201 de su colección. El verdadero título del impreso por Durán, es: *Gracioso engaño creído del duende fingido,* y pertenece al año 1777, como se verá en su lugar. Este de 1773 fué estrenado en la Nochebuena, por la compañía de Eusebio Rivera.

(2) El original tiene, de letra del autor, la siguiente nota:

"Este sainete, aunque su representación es veloz, no es corto, pues consta de 670 versos. En el ensayo puede atajarse lo superfluo."

MERINO. No seas loca.
POLONIA. ¿Loca y nos vamos quedando
en menos?
MERINO. La lavandera,
el comprador y el cuñado
de ésa, que suelen venir...
RUBIO. Poco a poco con mi hermano,
que aunque fuera oro molido
está seguro en sus manos.
POLONIA. De esa gente no sospecho, [to.
porque nunca entra en mi cuar-
MERINO. No hay que alterarse, señora,
que todos nos descuidamos.
TADEO. O es el duende o no es el duen-
señor. [de,
MERINO. Mira que llamaron.
Anda, ve a abrir.
TADEO. Yo no puedo;
que las llaves ha quitado
mi ama de todas las puertas.
MERINO. Dásela.
POLONIA. Yo tengo manos:
y sin pasar por mi aduana
no han de salir ni aun los ga-
MERINO. ¡Qué disparate! [tos.
(Va a abrir y sale CALLEJO *de paje.)*
POLONIA. ¿Quién es?
(Sale CALLEJO.)
CALLEJO. Yo, señora.
MERINO. ¿Qué recado
traes, Perico?
CALLEJO. Dice mi ama
(A MERINO.)
que se llegue usted volando
allá; y a usted que, por Dios,
(A POLONIA.)
vaya un poquito temprano
para recibir las otras
señoras, que está esperando.
POLONIA. Dígala usted, Periquito,
que yo estimo su agasajo;
mas no puedo recibirle,
porque me he desazonado;
pero que don Diego irá
y cumplirá por entrambos.
MERINO. Yo, si tú no vas, no voy.
POLONIA. Eres tú muy cortesano
para desairar las damas
que convidan con tal garbo.
MERINO. Por esa misma razón
debes tú ir, sin embargo
que te halles desazonada.
Dila que al instante vamos.
CALLEJO. Está muy bien; pero no
tarde usted en todo caso.
MERINO. Anda con Dios: bien está.
CALLEJO. ¡Poquito me lo ha encargado!
(Vase.)
MERINO. Vamos, mujer; no se haga
mala obra.
POLONIA. Es excusado.
Tú que haces más falta, vete.
MERINO. ¡Vaya!...
POLONIA. No seas temerario.
En una noche como esta,
¿se han de quedar los criados
solos, y sin colación,
mas que una sopa de gato?
MERINO. Para colación, ¿qué más
con un poco de cascajo
que traigan?...
RUBIO. Y aun eso sobra
en casa de tales amos.
TADEO. ¡Si vieras tú, en otros tiempos,
qué casa era esta y qué trato!
MERINO. Vamos.
POLONIA. Digo que no quiero.

(Sale RUIZ *de capa de grana, gorro y bastón.)*

RUIZ. En este tiempo tan santo,
tan festivo y tan de gracias,
¿quién pronuncia regañando
no quiero?
POLONIA. Muy buenas noches
tenga usted, señor don Pablo.
MERINO. Esta, que esta tarde está
de mal humor.
RUIZ. Me arrellano,
(Siéntase.)
señora; porque el paseo
ha sido un poquito largo.
ESPEJO. Deo gracias. *(Dentro.)*
MERINO. Entre quien sea.
¿Qué hacéis vosotros parados
ahí?
TADEO. ¿Sabemos nosotros
si venimos o si vamos?
POLONIA. Entraos adentro, que luego
hablaremos más despacio.
(Se van los dos.)

(Salen ESPEJO, *de medio decente, y* MARTINEZ, *de abate.)*

LOS DOS. Señora, a los pies de usted.
POLONIA. ¡Jesús, seor don Atilano!
¿Qué os trae a casa a estas ho-
y tan bien acompañado? [ras
MARTÍNEZ. Hemos encontrado al paje
de doña Pascuala, al paso,
y nos ha dicho que usted
piensa esta noche dejarnos
por indispuesta.
ESPEJO. ¿Qué ha sido?
La verdad: ¿jaqueca o flato?
MERINO. Ni uno ni otro.
ESPEJO. Y que lo sea,

no os tiene que dar cuidado;
que es nochebuena y los dos
males se quitan cenando.

POLONIA. ¡Si es día de ayuno!

ESPEJO. Señora,
de colores distingamos:
el día ha sido de ayuno;
más la noche es de *gaudeamus*.

MARTÍNEZ. Esa es doctrina corriente.

ESPEJO. El señor, que tan graduado
está, como yo lo dice;
mire usted si será falso.

RUIZ. ¿De veras no piensa usted
irse a divertir un rato?

POLONIA. No, señor; ni puede ser.

ESPEJO. ¿Cómo que no puede, estando
yo aquí? Diga usted sus males,
verá qué breve la sano;
que aunque hay malicias que di- [gan
que las uñas alargamos
por pillar, y a los enfermos
hacemos tirar penando,
es testimonio; porque
también cuando llega el caso
hay doctores que en dos días
a cualquiera despachamos.
Venga ese pulso.

MERINO. Es ocioso.
La pobre, yo no lo extraño,
se ha sobrecogido de
que en este maldito cuarto
reconocemos que hay duende.

ESPEJO. ¿Duende? Don Benito, vamos
de aquí.

MERINO. Qué, ¿les tenéis miedo?

ESPEJO. Amigo mío, en hablando
de cosas del otro mundo,
me espeluzno y me arrebato;
porque, como sé que tengo
por allá tantos contrarios,
temo que cuando me pillen
no me dejen hueso sano.
¿Por qué juzgáis voy a misa
siempre a oratorios privados,
y jamás a las parroquias?
Porque las veces que he entrado
se amotinan las baldosas
y percibo que debajo
de tierra dicen los muertos:
"Aquí estamos, aquí estamos;
en llegándote a pillar
ya te daremos el pago." (1)

MERINO. No cuente usté aquí esas cosas.

ESPEJO. No temáis vuelva a contarlo.
¡En nochebuena, con duende
y sin qué cenar! ¡Buen paso!
(*Vase.*)

MARTÍNEZ. Señora, aunque usted perdone,
¿puedo yo servirla de algo?

POLONIA. No, señor.

MARTÍNEZ. Pues mande usted
otra cosa, que me escapo.
Me están para cierta junta
de teólogos aguardando,
donde se resuelve un dubio
grave que se ha suscitado,
sobre si esta noche pueden
hacer colación con pavos.
(*Vase.*)

RUIZ. ¡Bravo! Par de piezas son
el Abate y don Hilario.

MERINO. ¿Qué resuelves?

POLONIA. Que no voy.

MERINO. Y te lo apruebo. ¿Muchacho?

(*Sale* TADEO.)

TADEO. Señor.

MERINO. Dame mi espadín
y mi sombrero, que es chasco
desairar, por un capricho,
a estos señores entrambos.

POLONIA. Yendo tú, no hago yo falta.

RUIZ. ¿Pelillos?

MERINO. Como esos tragos
se sufren; ¡qué bien hacéis,
amigote, en no casaros!

(*Sale* CHINITA, *decente.*)

CHINITA. ¿Don Diego?

MERINO. ¡Seor don Simplicio!

CHINITA. Hombre, ¿qué respuesta han [dado
ustedes al paje?

MERINO. Que
esta dama se ha asustado,
aunque quiere aparentar
un espíritu bizarro,
porque la dije (confieso
que fué descuido), que hay [trasgo
en esta vivienda, o duende,
que por jugar va ocultando
cuantas alhajas tenemos.

CHINITA. Señores: este es el barrio
de los duendes de Madrid.
También para mi regalo
he descubierto otro en casa:
¡y qué cena que ha enviado
para esta noche el maldito!
Y todo ya tan guisado
y dispuesto, que a la hora
no habrá más que calentarlo.

MERINO. ¿Hombre, de veras?

CHINICA. De veras.

(1) En este tiempo se enterraba aún en las iglesias

¿Tenéis más que preguntarlo
a mi mujer, que es a quien
parece que se ha inclinado
más que a mí?

POLONIA. Qué, ¿la regala?

CHINITA. Cuando menos, nos hallamos
con una bata, un reloj:
hasta pares de zapatos
a mi medida y la suya,
se suelen hallar debajo
de la cama, sin saber
yo jamás por dónde entraron.

RUIZ. Quizá lo que lleva allá
de otra parte va quitando.

POLONIA. No me dirá usted si por
casualidad ha llevado
allá unos pendientes míos,
unos broches de retratos
guarnecidos de diamantes,
un reloj y tres o cuatro
sortijas?

CHINITA. No he visto nada
de eso.

RUIZ. Sois afortunado.

MERINO. ¿Y estáis seguro en que es
[duende?

CHINITA. Duende es, como usté es cris-
[tiano.

MERINO. Pero, al fin, ese ya es bueno,
que este de casa es muy malo.

RUIZ. ¿Y que unos hombres con bar-
[bas,
a otro hombre de diez palmos
piensen persuadir tal cosa?

CHINITA. También yo estaba reacio
en creerlo, hasta que tuve
dos pruebas de gran tamaño:
la primera es mi mujer,
que seriamente ha contado
que le ve muy a menudo;
y la segunda, que entrando
el otro día yo en casa
se me apareció el malvado,
en forma de frailecito.

POLONIA. Sería el chico de cinco años
que tiene vestido así
el carpintero de al lado.

CHINITA. ¿Qué había de ser, si le vi
con más barbas que un zamarro
en la cabeza? De más
que yo me paré a mirarlo:
él tiró escalera arriba,
y conforme iba montando
los escalones, el bicho
iba creciendo por palmos;
de modo que el que era tan
chiquitito, fué tan alto. (*Señala.*)
Yo que lo vi, eché a correr;
por una parte, de espanto,
y por otra, de prudente:
porque si iba a llevar algo
en la manga, para casa,
no era razón acecharlo;
y si acaso se enfadaba,
que me sentase la mano
de hierro y fueran azotes
los que hasta aquí son regalos.

MERINO. Ello, no hay duda que hay
muchos espíritus vagos,
ya incubos o sucubos (1),
espectros, duendes o trasgos.

CHINITA. ¡Si estará *en el cubo* el mío!

RUIZ. Digo que yo soy un asno,
y ustedes tienen razón.

CHINITA. ¡Sobre que lo he visto claro!

(*Sale* TADEO.)

TADEO. El maestro de bailar
y el niño están ahí.

POLONIA. ¡Qué chasco!
que nada tengo que darles.
(*Aparte.*)

CHINITA. Madama Patricia, vamos.

POLONIA. No voy.

RUIZ. La señora irá;
vayan ustedes andando,
que yo la convenceré.

MERINO. En fin, queda a vuestro cargo.

CHINITA. Vamos delante, que ya
Pascuala estará rabiando.

MERINO. ¡No sea que hallemos al duen-
[de!

CHINITA. Ahora estará ocupado
en repartir colaciones,
y yo en yendo acompañado
con un hombre como usted,
échenme incubos y trasgos.
(*Vanse.*)

(*Sale* VICENTE MERINO.) (2)

VICENTE. Señora, a los pies de usted.

POLONIA. ¡Señor maestro! ¡Ay mi perla,
qué lindo está!

VICENTE. ¿No hablas, niño?

POLONIA. Déjelo usted.

VICENTE. Me ha mandado
mi discípula y señora
doña Pascuala, llevarlo
conmigo esta noche y yo
con él allá; le he traído
para que déis un repaso.

POLONIA. Yo no voy.

RUIZ. Usted irá.

---

(1) Habrá que pronunciar breves las dos palabras, para que conste el verso. Que así se pronunciaban entonces, resulta del verso siguiente.

(2) Llamado *Merinito*, por ser hijo del otro Merino.

VICENTE. Perdone usted, seo don Pablo;
que por hablar a madama...

RUIZ. Ya sé que sois cortesano
y hombre de talento.

VICENTE. Usted
sabe honrar a sus criados.
Pues si usted no va, tampoco
nosotros y nos quedamos
con usté a hacer colación,
para divertirla un rato.

POLONIA. Yo lo estimo; pero no...

RUIZ. Señora, vamos hablando
de veras: yo he descubierto
los duendes que se han citado:
y a casa de don Simplicio
tengo de ir a conjurarlos.

POLONIA. ¿Y aparecerán mis cosas?

RUIZ. Quizá no todo, pero algo;
el señor me ha de ayudar
al exorcismo.

VICENTE. En tocando
a broma, y más con las gentes
de mi humor, y en estos casos
y noches, en media España
no hay otro más abonado.

RUIZ. Pero, cuidado, madama;
que aunque allá descubráis algo
que puede de vuestra casa
allá el duende haber mudado,
calléis y vuestra impaciencia
no me eche a perder el chasco,
que a veces una mirada
remedia más que un porrazo.

POLONIA. Yo no soy una imprudente;
pero si eso fuera...

VICENTE. Al caso:
¿qué papel me toca a mí?

RUIZ. Vamos adentro a tratarlo,
mientras se viste madama,
porque ha de ser reservado;
de modo que ni aun usted
lo sepa hasta adivinarlo.

POLONIA. Será alguna travesura; [ñado,
mas, ya que usted se ha empe-
me he de poner de chupete,
con un traje muy salado,
de moda, a la polonesa.

RUIZ. Eso allá se verá.

LOS TRES. Vamos.

(Vanse: y cayendo otro telón que figure otra sala, salen las Sras. BORJA, TORDESILLAS *y* JOAQUINA, *con* QUEVEDO *y* CODINA, *de petimetres, y* ESPEJO *y* MARTINEZ, CALLEJO, *etc., con luces.)*

BORJA. Aquí estaremos mejor,
mientras van compaginando
en la sala principal
las mesas. ¡Hola, muchacho!

CALLEJO. Señora, ¿qué manda usted?

BORJA. Pon ahí, en forma de estrado,
para que se sienten éstas,
los taburetes medianos.

TORD. Esta fiesta es muy bonita,
aunque hubiera un gran sarao.

BORJA. En ella hemos de bailar
después, mientras los criados
cenan.

JOAQUINA. Lo que yo siento
es que hay capones y un pavo,
según dices, y que yo
he comido de pescado,
y no me ha sentado bien.

CODINA. Pues cualquiera que está malo,
bien puede comer de carne.

QUEVEDO. Cerca hay con quién consultar.

MARTÍNEZ. Conforme a mi teología. [lo
poca duda hay en el caso.
¿Amaneció con salud
esta señora? Está claro
que debió comer de viernes.
¿Después se ha desazonado?
Pues puede cenar de carne
y de ese modo ha observado
en un día los derechos
divino y natural.

TODOS. ¡Bravo!

CODINA. ¿Y a esto, el dictamen de usted
cuál es, señor don Hilario?

ESPEJO. De modo, que esas licencias
y dictámenes los damos
según son los que la piden;
porque a un caballero es llano
se le debe distinguir
de un ganapán del trabajo,
y a las damas, de las mozas
que venden coles y nabos.

TORD. Eso es verdad; porque todas
no somos de un propio barro.

JOAQUINA. Y más siendo delicadas,
como yo del estomago (1).

BORJA. Y yo que tuve tan grande
inapetencia el verano,
si se ofreciese esta noche,
¿podré promiscuar?

MARTÍNEZ. No tanto.

ESPEJO. Tampoco yo me conformo.

BORJA. ¡Miren qué par de letrados:
un doctor sin mula, y un
abate desordenado!
Yo haré lo que me dé gana;
y si son desvergonzados
otra vez, sabré tirarles
un taburete a los cascos.

(1) Grave tendrá que pronunciarse para que haya asonancia. Quizá quiera el poeta satirizar el lenguaje de la Sra. Joaquina.

ESPEJO. ¡Vaya usté a negarlas cosa
que piden; que a cada paso
ponen a uno en precisión
de que se le lleve el diablo!

(Salen MERINO *y* CHINITA.*)*

M. Y C. Muy buenas noches, señoras.
BORJA. ¡Vaya, señores; qué tardos
son ustedes! ¿Y madama?
MERINO. Medio indecisa ha quedado:
¡qué sé yo! Cosas de ustedes.
CHINITA. Mujer, no sabes qué chasco
tienen: también allá hay duen-
como acá. [de,
BORJA. ¿De veras? Bravo;
con eso verás que le hay
en casa y que no te engaño.
ESPEJO. ¿También aquí hay duende?
MARTÍNEZ. Sí:
ya os podéis ir.
ESPEJO. En cenando.
TORD. Mujer, ¿qué dices?
(Se levantan turbadas.)
JOAQUINA. Amiga:
a mí, solo de mentarlo,
ya tiemblo.
QUEVEDO. ¿No conocéis
que se están todos chanceando?
BORJA. A fe que no es chanza. ¡Y como
me va tan mal con él! ¡Cuánto
diérais por tener vosotras
un mueble tan cortesano!
Venid, don Diego, venid,
veréis los extraordinarios.
MERINO. Después, madama. Los ciegos
estarán aquí temprano.
ESPEJO. Mejor es que vengan tarde.
TORD. ¡Pretona! ¡Qué coz me ha da-
este duende! [do
(Aparte.)
JOAQUINA. A mí también;
que cuatrocientos ducados
no dan para tantas galas,
donde no hay duende encerra-
BORJA. ¿Qué estáis ahí diciendo? [do.
TORD. Nada;
del abate nos burlamos.
JOAQUINA. ¡Qué serio es!
CHINITA. ¿Oyes, Perico?
¿Tu señora ha convidado
al abate y al doctor?
CALLEJO. Mucho.
CHINITA. ¡Virgen del Sagrario! ¿Dónde
ha de haber cena para
llenar aquellos dos panchos?
CALLEJO. Sí, habrá.
CHINITA. Hombre, ¿no ves?
Dos baúles del tamaño
de sus barrigas son mucha
carga para un carromato.
BORJA. Gente suena.
MERINO. Mi parienta
parece que viene hablando.

(Salen la Sra. POLONIA, RUIZ, VICENTE, TADEO *y el* NIÑO.*)*

POLONIA. Vuélvete al instante a casa.
RUIZ. Cuenta con aquel encargo.
(A TADEO.*)*
TADEO. Estoy en todo. *(Vase.)*
POLONIA. Querida,
no dirás que no hago excesos
por ti.
BORJA. Ya me ha dicho el paje
que te habías indispuesto.
POLONIA. ¿Oyes, hija: y te parece
que es el lance para menos,
tener un duende en mi casa
que me va dejando en cueros?
TODAS. Mujer, ¿qué dices?
POLONIA. No hay más.
MERINO. ¿Conque ya lo crees? Me ale-
[gro.
RUIZ. Yo la he dicho que es posible
y cosa muy común; pero
para eso de descubrirlos
y conjurarlos, yo tengo
gracia especial.
MARTÍNEZ. Poco a poco;
¿quién es usted para eso?
Si el conjuro se ofreciera,
yo debía ser primero.
ESPEJO. Y tiene mucha razón;
que donde hay duendes caseros,
para cualquiera conjuro
un abate es mucho cuento.
BORJA. Vamos, hija, siéntate.
Paco mío, dale un beso.
ESPEJO. ¿Don Simplicio? ¿Es este chico
el duende?
CHINITA. No, que es muy feo.
BORJA. Ya creía yo que usted
no venía. *(A* VICENTE.*)*
VICENTE. Sólo vengo
a presentarle a señora,
por no parecer grosero;
mas nos vamos al instante.
BORJA. Eso es lo que no consiento.
VICENTE. La marquesa de Olmobajo
y el conde Altomajuelo
le quieren ver cómo baila
a la francesa. Otro empeño,
muy superior para mí,
me obliga a llevarle luego
donde hay un bailete inglés;
y ha de mudarse allí mesmo,
para bailar seguidillas

a lo gitano. Yo siento
tener que servir a tantos;
pero uno come con ellos.

RUIZ. Pues con licencia de usted,
amigo, ya le tenemos
acá, y ha de bailar algo.

VICENTE. En despachándonos presto,
no hay inconveniente.

BORJA. Pues,
decid que toquen los ciegos
y que baile.

(*Sale* CAMPANO.)

CAMPANO. Aquí está uno.

VICENTE. Pues, con usté está más hecho
a bailar, vaya un paspié.

POLONIA. Solamente no me niego,
por acompañar al niño.

ESPEJO. ¡Toma! Otro duende tenemos
que nos dilate la cena.

CHINITA. ¡No he visto hombre más ham-
briento!

RUIZ. ¿Marica? ¿Pepa?

BORJA. ¿Qué hacéis?

RUIZ. Llamar las chicas, que quiero
que vean al niño.

(*Salen* CORTINAS *y* RUBERT.)

C. Y R. ¿Señora?

BORJA. Dejadlas, que están adentro
ocupadas.

CORTINAS. Por ahora,
todo está pronto y dispuesto.

CHINITA. Pues que vaya Periquillo
y cuide no hagan sus hechos
los gatos.

ESPEJO. Si no, yo iré...
pero solo, no.

CHINITA. Estaos quieto.

CALLEJO. Yo me estaré en la cocina,
que a don duende no le temo.

MERINO. Vaya, toque usted.

CAMPANO. ¿Paspié?
Vaya uno fácil y bueno.

VICENTE. Ustedes quieren honrarlo,
señores; hasta otro día. (*Vase.*)

(*Toque la orquesta un paspié de gusto, que bailan la Sra.* POLONIA *y el* CHICO, *y* CAMPANO *finge tocar el violín.*)

UNOS. ¡Muy lindamente!

OTROS. ¡Qué gracia!

BORJA. Chicas, vamos despachando.

CORTINAS. Señora, vamos corriendo.
(*Vanse y se quedan a la izquierda.*)

ESPEJO. Vámonos, pues, aflojando,
si ha de ser.
(*Se quita la espada y suelta la chupa.*)

CHINITA. ¿Qué, ¿ya dais cuerda
al reloj?

BORJA. Señoras, vamos.

C. Y R. ¡Ay, ay de mí! (*Dentro.*)

TODOS. ¿Qué es aquello?

RUIZ. Ya va mi conjuro obrando.

(*Salen* CORTINAS *y* RUBERT, *asustadas.*)

C. Y R. ¡Ay, señoras de mi alma,
que al entrar hemos hallado
que está toda la cocina
a oscuras y sin un plato!

ESPEJO. ¿Cómo lo han de ver a oscu-
ras?
Vamos todos a mirarlo.

CORTINAS. Y dentro de la tinaja
hay ruido a modo de cuando
en las playas de mi tierra
se quejan los medio ahogados.

ESPEJO. Ya no voy.

MERINO. ¡Qué bufonada!
(*Enfadado.*)

CHINITA. Don Diego, vamos despacio,
(*Deteniéndole.*)
que de martinico puede
ser burla; y no será extraño
que, como hay duendes incubos,
haya duendes sutinajos.

BORJA. ¡Qué bruto eres! (*Sobresaltada.*)

CHINITA. Ya lo sé.

BORJA. Ven a ver qué es esto.

ALGUNOS. Vamos.

MARTÍNEZ. Volveos a atacar la chupa,
si os parece, don Hilario.

ESPEJO. Aguárdese usted, que aún
no está un hombre desahuciado.

(*Salen todos sacando a* CALLEJO *majado hasta el peluquín.*)

MERINO. ¡Esto es una desvergüenza!

BORJA. Dile al alcalde del barrio
que venga al punto.

CHINITA. Mujer,
ahora estará cenando.

B. Y M. No se ha de quedar así.

POLONIA. Señores, vamos despacio;
que peores cosas hace
el duende en mi casa, y callo.

MERINO. ¿Tú crees esas pataratas?
(*Enfadado.*)

POLONIA. Habiéndome asegurado
(*Con flema.*)
tú que los hay, ¿soy tan terca
yo que había de negarlo?

ESPEJO. ¿Qué es esto, Perico?

CALLEJO. Esto
es que a la puerta llamaron
de la cocina; yo abrí,
y al punto me arrebataron
por el aire doce duendes
y dentro del oceano
me metieron, desde donde
poco a poco vine a nado
a la tinaja de casa...

yo no sé lo que me hablo.

(*Sale* TADEO.)

TADEO. ¿Señor? ¡Albricias!
MERINO. ¿De qué?
TADEO. De que endenantes, estando
mi compañero y yo haciendo
nuestras sopicas de gato,
oímos ruido en la sala;
fuimos a ella y hallamos
una magnífica mesa,
cubierta de aves, pescados,
ensaladas, ramilletes...
MERINO. ¿Qué estás diciendo, muchacho?
TADEO. La verdad, a fe de paje.
ESPEJO. Seco: que éste es remojado.
MERINO. Estas burlas son un poco
pesadas, señor don Pablo.
CHINITA. Es verdad; que el señor dijo
que sabía conjurarlos,
usted vaya a conjurar
sus duendes, que si me enfado
os haré que por justicia
me restituyan los daños
de echar de mi casa uno
que valía un mayorazgo.
RUIZ. Don Diego, chito y haced
chacota del desengaño.
JOAQUINA. ¡Vaya, que es gracioso el duen-
Señores, vamos volando [de!
allá, no lleve la cena
a otra parte si tardamos.
POLONIA. A bien que la casa es cerca
y todos los convidados
de confianza.
MERINO. Por fin,
me quiere dar un buen rato
el duende y desenojarme.
RUIZ. Así debéis de llevarlo; (*Aparte.*)
no sea que don Simplicio
despierte de su letargo.
POLONIA. Como se logre la enmienda...
RUIZ. Esa queda de mi cargo.
BORJA. Don Diego, ¿qué es esto?
MERINO. Esto es
tirar de la manta al diablo.
Vaya, señores, a casa
y redúzcase a fandango
la burla del duende.
POLONIA. Yo
ofrezco, para en cenando,
una nueva tonadilla.
BORJA. A tus órdenes estamos.
ESPEJO. Duendes caseros, alerta,
que hay quien sepa conjuraros.
TODOS. Y aquí concluye la idea,
perdonad si no ha gustado.

FIN

140

El elefante fingido

Sainete nuevo

Para la compañía de Eusebio Rivera

1773 (1)

(*Plaza de lugar: tocan a toda prisa dentro una campana y pasan corriendo algunos hombres de capa, pelo suelto, etc. y algunas de las señoras.*)

POLONIA. Alguna gran novedad
hay en el lugar.
TODOS. ¿Qué es esto,
señor escribano?

(*Sale* RUIZ.)

RUIZ. ¡A un lado!
POLONIA. ¿Sabe usted lo que hay de nue-
RUIZ. Yo no lo sé, ni tampoco [vo?
os lo dijera a saberlo;
pues escribano es lo mismo
que secretario y secreto,
lo propio que secretario,
o archivo de los proyectos,
votos, providencias, juicios
y locuras del concejo. (*Vase.*)

(*Sale* CHINITA. *de payo.*)

CHINITA. Muchachas, ¿a qué se junta
el Cabildo?
TODOS. No sabemos.
CHINITA. ¿Conque tampoco sabréis
a qué es este campaneo?
JOAQUINA. Ya se ve.
CHINITA. ¿Y sabéis por qué
os lo pregunto yo?
JOAQUINA. Menos.
CHINITA. Pues sois unas grandes tontas:
que el motivo que yo tengo
de preguntarlo, es porque
no lo sé y quiero saberlo.
TODAS. ¿Qué será?
CHINITA. ¿A que no nos llaman
para repartir dinero
ni pan de balde?
POLONIA. Judillas:
¿por qué tú no vas a verlo
que eres hombre?
TODAS. Dice bien.
CHINITA. Porque tengo atado el pelo
y porque no tengo capa.

---

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-155-45. Autógrafo y otro ejemplar, copia, con las licencias y aprobaciones que están al final.

JOAQUINA. ¿Pues eso qué importa, necio,
para ir allá como todos?
CHINITA. ¿Has visto tú en algún tiempo
que a un hombre sin capa y [buena
se le dé voto en concejo?
TORD. Allí viene el alguacil;
quizá de él lo sabremos.

(Sale CODINA.)

CODINA. ¿Habéis visto por la plaza
pasar al tamborilero?
CHINITA. Con el tamboril acuestas
estaba en el cementerio,
aguardando al sacristán.
CODINA. ¿Sabes para qué?
CHINITA. Yo creo
que quieren poner acordes
toditos los estrumentos
y dar una noche de estas
música.
TODAS. ¿A quién? *(Vivo.)*
CHINITA. A los muertos.
(Riendo.)
CODINA. Voy a ver si aún está allí.
TODAS. No te has de ir, como primero
no digas algo. *(Le rodean.)*
CODINA. Soltad.
TODAS. No soltamos.
CHINITA. Es mal hecho:
que vosotras no debéis
ser jamás impedimento
de que la justicia vaya
por su camino derecho.
CODINA. Yo no lo sé; sólo he oído
(Acelerado.)
que le han traído ahí un pliego
para que haga... ¡qué sé yo!
Porque viene un gran sujeto
al lugar... yo no lo sé...
Ya lo veréis; hasta luego.
(Vase.)
CORTINAS. No: es mejor ir *cada cia* allá,
a ver si lograr podemos
entender algo.
CHINITA. ¡Que todas
tengáis tan curioso el genio!
POLONIA. La curiosidad es gracia
en la mujer.
CHINITA. Es muy cierto;
pero yo sé que en algunas
esa gracia no es aseo;
pues sólo el genio es curioso
y todo lo demás puerco.
CORTINAS. ¿Qué decís? ¿Vamos allá?
TODAS. Vamos allá, con efecto.
TORD. Ven, Judillas.
CHINITA. Si ha de ser,
vamos, que aunque yo no tengo
nada de curioso, estoy
rabiando por ver qué es ello.
POLONIA. Aguardad.
TODAS. ¿Qué ha sucedido?
POLONIA. ¿No veis allí un forastero?
CHINITA. Sí: ¡qué mala cara tiene!
POLONIA. Peor es la tuya, Tadeo.

(Sale MARTÍNEZ *recatándose.)*

CHINITA. A ti en siendo caras nuevas
te parecen sin defecto.
JOAQUINA. ¿Quién será?
CHINITA. Si no es ladrón,
hace muy mal de no serlo;
porque no he visto quien tenga
mejor traza ni peor gesto.
POLONIA. Pregúntale que quién es.
(Tocando.)
TODAS. Ya toca el tamborilero.
CHINITA. Vamos allá, que esto es antes.
POLONIA. Sí, sí; acudamos primero
donde llama la mayor
necesidad, que en saliendo
deste cuidado, después
con el otro pegaremos. *(Vanse.)*
MARTÍNEZ. Demasiado tarde, y hallo
alborotadillo el pueblo.
¡Plegue a Dios que no nos cues-
la torta un pan! [te

(Sale SORIANO *de propio.)*

SORIANO. ¿Compañero?
MARTÍNEZ. ¿Qué me dices?
SORIANO. Que sin duda
la victoria cantaremos.
¿Dónde están los camaradas?
MARTÍNEZ. Prevenidos en lo espeso
de ese bosquecillo esperan
con todos los aparejos.
SORIANO. Vamos allá.
MARTÍNEZ. ¿La tragaron?
SORIANO. No he visto mayor jumento
que el alcalde; y eso que
es brava recua el concejo;
loco está: de aquí sacamos
bien que comer y dinero
para proseguir el viaje.
MARTÍNEZ. Un tropel de gente veo
llegar aquí.
SORIANO. Será el bando.
MARTÍNEZ. ¿Bando?
SORIANO. De risa me muero...
Vamos, te lo contaré
por el camino; no demos
que sospechar si nos llegan
a ver juntos.
MARTÍNEZ. Yo me temo;
porque estos alcaldes de

monterilla son tremendos.
SORIANO. ¿Qué gitano teme alcaldes
de montera ni sombrero?
Si pega, pega; y si no,
cien azotes más o menos
y cuatro meses de cárcel,
los pasa un hombre durmiendo.
MARTÍNEZ. ¿Y las hambres?
SORIANO. Son salud.
MARTÍNEZ. ¿Y los ratones?
SORIANO. Consuelo.
MARTÍNEZ. ¿Y la horca?
SORIANO. Un pasadizo
desde este mundo al eterno.
Vamos, que para esta guerra
no es preciso mucho aliento.

(Vanse. Salen ESPEJO, *de alcalde;* VICENTE *y* TADEO, *de regidores;* RUIZ, *de escribano;* CODINA, *alguacil;* CAMPANO, *de tamborilero, y detrás las mujeres y* CHINITA. *Por el otro lado, luego, de médico,* MERINO.*)*

ESPEJO. Vamos, hijos, que esta vez
he de ver lo que os merezco
como alcalde; que soy padre
de la patria y padre vuestro;
pues más de diez de vosotros
sois mis hijos verdaderos.
VICENTE. No le debe quedar nada
que hacer al Ayuntamiento.
TADEO. Mi voto es que no se yerre
y en lo demás no me meto.
ESPEJO. Razón es de pie de banco:
regidor, sois gran camueso.
TADEO. Lo dicho, dicho, señores,
y a lo que dije me atengo.
ESPEJO. ¿Qué fué?
TADEO. Ya lo dije allí.
ESPEJO. Repetidlo.
TADEO. No me acuerdo.
RUIZ. Si este regidor no es mula,
no hay mulas en todo el Reino.
ESPEJO. En fin, muchachas, es fuerza
que prevengáis los panderos,
y vosotras las guitarras,
porque lances como estos
hay pocos en muchos siglos,
de los siglos venideros.
UNOS. ¡Viva el tío Bizcocho!
OTROS. ¡Viva
el alcalde!

(Sale MERINO.*)*

MERINO. ¿Qué ha sido esto,
señores? ¿A media tarde
juntarse todo el concejo
y alborotar el lugar?
ESPEJO. Escribano, presto, presto;
notificad al doctor
su parte, según que lo hemos
proveído por el auto
hoy dado en conclave pleno.
RUIZ. Voy allá.
ESPEJO. Decidme antes:
¿hay demasiados enfermos?
MERINO. Bastantes.
ESPEJO. Pues que se mueran
o la enfermedad dé tiempo
que vos os desocupéis.
MERINO. ¿Pues yo qué negocio tengo
en el día?
ESPEJO. El que os hará
famoso en el universo
entre todos los doctores
que han sido, serán y fueron.
MERINO. ¿Qué es?
ESPEJO. Curar al elefante,
que viene calenturiento.
MERINO. Tío Bizcocho, ¿qué decís?
VICENTE. Que esta tarde le tenemos
en el lugar.
CHINITA. ¿A quién dijo?
(Aparte, quedo.)
POLONIA. ¡Al elefante!
CHINITA. ¡Qué feo
pájaro dicen que es todos!
POLONIA. No es pájaro, majadero;
que es animal.
CHINITA. Tu marido
es quien sabrá mejor eso,
que le ha visto allá en Madrid.
MERINO. Alcalde, no nos burlemos:
¿qué decís?
ESPEJO. Lea en voz alta
el escribano este pliego,
para que venga a noticia
de todos este suceso.
RUIZ. "Nos, don Saturnino Vaca *(Lee.)*
y Cabeza de Carnero,
Intendente de animales
de todas clases del Reino..."
ESPEJO. ¡Jesús, qué jurisdicción
tan grande tendrá este empleo!
RUIZ. "A vos y otros cualesquieras *(Lee.)*
alcaldes, a nos sujetos,
por la razón susodicha,
salud."
ESPEJO. Esa yo la tengo:
id adelante.
RUIZ. "Y por cuanto *(Lee.)*
el robusto y corpulento
elefante en esta corte
con los aires se ha indispuesto,
y necesita tomar
los del mar, según dijeron
los médicos de la junta

que se celebró a este efecto:
y habiendo determinado
su jornada, se ha resuelto
que conforme a su grandeza
se le dé el alojamiento
por las villas y lugares
de sus tránsitos, haciendo
responsables de su vida
a los médicos del pueblo
respectivo, y al alcalde
más hacendado y más viejo.
Lo que entenderán y harán
que se lleve a cumplimiento,
so pena de mantener
al elefante año y medio
con huevos moles, con fruta
de sartén y caramelos.—
Don Saturnino de Vaca.
Al señor alcalde."

ESPEJO. ¿Veislo?

RUIZ. Daos por notificado.

VICENTE. Y que os estiren los dedos
para que podais a gusto
tomarle el pulso en viniendo.

MERINO. Alcalde, ¿vos estais loco?
¿No advertís que todo esto
es chasco?

TADEO. Sí, no es mal chasco.

ESPEJO. Vamos a embargar las huertas,
pues dicen que la verdura
que se le echa en el puchero
son ciento y cuarenta coles
y dos arrobas de puerros.

VICENTE. Item, todos los vecinos
que pongan de manifiesto
todo el arroz que tuvieren.

ESPEJO. Y que le hagan tres calderas
para cenar esta noche
y todos le echen dinero
para jugar.

MERINO. ¿A qué juega,
a la mata o a los cientos?
(*Burlándose.*)

ESPEJO. Luego se verá: alguacil,
ves a ver si desde el cerro
de la ermita le descubres;
y toca tamborilero
para que todos se alegren
y prevengan instrumentos
para celebrar la entrada
del elefante en Mazuecos.

TORD. Hoy no podemos bailar,
porque cada una tenemos
bien que hacer en nuestras ca-[sas.

CHINITA. Hoy no es día de bureo,
que se perderá el jornal.

ESPEJO. Sois unos grandes jumentos;
lo mejor de este animal
es que tiene privilegio
para que nadie haga nada
donde él va, más que ir a verlo.

RUIZ. Y aun dicen que tiene honores
de día de fiesta.

CORTINAS. Y por eso,
¿me dejará de reñir
mi amo, si yo me quedo
al baile?

ESPEJO. El se guardará,
porque no tiene remedio;
y esta es otra regalía
que tiene el animalejo:
licenciar a los criados
del amo más circunspecto.

JOAQUINA. Sin embargo, yo no fío
de mi amo, que es un perro.

POLONIA. Cuando el alcalde lo dice
y lo hace, será *güeno*:
que obrar, según la justicia,
lo mandan los mandamientos.

TORD. Anda, mujer, que no faltan
amos y amas de buen genio.

CHINITA. Dice bien, que si una puerta
se abre, se cierran ciento.

(*Sale* CODINA.)

CODINA. ¡Jesús, Señor, qué animal!
No puedo echar el aliento.
Estoy viendo a usted, y aún
me parece que le veo.

ESPEJO. ¿De veras? ¿Y está ya cerca?

CODINA. Junto a la ermita.

ESPEJO. Me alegro.

VICENTE. Salgamos a recibirle
con algazara y contento,
que todos dicen que gusta
mucho de música.

MERINO. Es cierto,
que hay autores que lo dicen.

CHINITA. ¿Y dicen si todos ellos
son mansos o son bravíos?
Porque soy hombre tan quieto,
que en una precisión antes
fuera toro que torero.

(*Sale* MARIA JOSEFA *y detrás* EUSEBIO, *de hidalgos.*)

M. P. Señor alcalde, justicia.

ESPEJO. Perdonad, que no es día de eso.

M. P. Pues vaya gracia.

ESPEJO. Eso sí.

EUSEBIO. ¡Si aunque busques más empe-[ños
no le has de ver!

M. P. Sí, he de verle.

ESPEJO. ¿Pero sobre qué es el pleito?

EUSEBIO. Sobre que soy su marido
y ha de hacer lo que yo quiero.

CHINITA. Dice bien.

M. P. Yo soy mujer,
y él debe darme completos
los gustos.
CHINITA. Mejor dice ella.
EUSEBIO. Vámonos a casa luego.
M. P. Yo te cojo la palabra:
luego iré, en anocheciendo.
EUSEBIO. Ahora, ahora.
M. P. Pues ahora
no iré.
EUSEBIO. Tú irás.
ESPEJO. Cepos quedos:
¿qué tiene que hacer en casa?
M. P. Aguantar este grosero
marido que Dios me dió,
(*Llorando.*)
a quien tan poco le debo,
que cuando se han despoblado
todos los vecinos pueblos
por ir a Madrid a ver
el indiano animal nuevo,
no me ha querido llevar;
y hoy que pasa por el pueblo,
sólo porque no le vea
quiere encerrarme.
ESPEJO. Sentencio
que os quedéis; y que si os [gusta
se le dé el alojamiento
en vuestra casa, que es
la más grande que tenemos
en el lugar.
M. P. Me conformo.
Y ha de cenar en mi mesmo
plato y dormir en mi cama,
como el perrito faldero.
EUSEBIO. ¡Mira que te has de asustar!
M. P. ¡Que si quieres; ya te entien-
MERINO. ¿Asustarse una mujer [do!
de un indiano? No lo creo;
de lo contrario en Madrid
se ven algunos ejemplos.

(*Sale* CODINA.)

CODINA. Que llega.
EUSEBIO. Vamos, Anita.
M. P. Si te digo que no quiero.
EUSEBIO. Pues más que te caigas muerta
ahí de repente.
MERINO. Yo apelo
que nadie debe morirse
sin pagarme los derechos.
CODINA. ¡Que ya va a entrar en la pla-
ESPEJO. Pues toca, tamborilero. [za!

(*Llegan todos muy festivos al bastidor, y luego, con el "Ay, ay", se retiran precipitadamente, quedándose agachadas las mujeres a la derecha; la* MARIA PEPA, *desmayada en brazos de* EUSEBIO; CHINITA, *tendido boca abajo en el tablado. Salen* SORIANO, *de cabo;* MARTINEZ, *de soldado, con fusil y mochila, y* CALLEJO, *de chino, agarrado del elefante, que figuran dos hombres con la botarga y cabeza en la conformidad prevenida, etc., etc. Los del concejo se quedan en posturas de admiración graciosas:* ESPEJO, *con el sombrero en la mano, temblando, y* MERINO, *observando y riendo.*)

TODOS. ¡Ay, ay!
RUIZ. ¡Válgame la Virgen
del Sagrario de Toledo!
(*Se queda con la boca abierta.*)
SORIANO. Decid que viene cansado
y es preciso recogerlo.
Que si le examinan mucho,
dió la tramoya en el suelo.
JOAQUINA. ¿Es cochino?
POLONIA. Los cochinos
no tienen tan largo aquello
que le cuelga por la boca.
TORD. ¡Mujer, si será camello!
CORTINAS. Será buey, que tiene astas.
POLONIA. No son astas, que son cuernos.
JOAQUINA. No son cuernos, que son dien-
[tes.
TORD. Los dientes son más pequeños.
POLONIA. Colmillos son.
CORTINAS. ¿Y tan grandes?
POLONIA. ¡Qué poco sabes tú de eso!
Vieja hay que si los enseña
los tiene dobles que aquellos.
EUSEBIO. ¡Bien temía esta desgracia!
MERINO. Aquí hay fraude manifiesto.
(*Aparte.*)
Para descubrir el fin
apoyar la astucia debo.
POLONIA. Judillas, levántate.
CHINITA. Muchachas, ¿*vus* habeis muer-
de espanto? [to
TODAS. No.
CHINITA. Pues yo sí;
pero ya voy reviviendo.
JOAQUINA. Levanta.
CHINITA. ¿No se ha comido
a *naide?*
JOAQUINA. No.
CHINITA. ¿Y se está quieto?
JOAQUINA. Como un gran borrico.
CHINITA. ¿A ver?
¡Jesús, qué animal tan feo!
Yo sé quién se le parece
en las piernas con extremo.
SORIANO. Bien se pueden acercar
ustedes, no tengan miedo.
MERINO. Señor alcalde, llegad
y hacedle los cumplimientos
debidos.
ESPEJO. Pues qué, ¿lo entiende?
MERINO. Han dado muchos ejemplos
de su instinto, superior
al del caballo y el perro.
Y usted aliente, madamita;
desechen cualquier recelo

todos, que no es animal
tan feroz para temerlo,
si no le irritan.

ESPEJO. ¿Usted
le fía?

MERINO. En aquel aspecto
se encierran mil propiedades
que con racional talento
les faltan a muchos hombres.

CHINITA. Lo que es por mí, desde luego
no le alcanzo a su merced,
aunque se asiente en el suelo.

MERINO. La mansedumbre, templanza
y continencia; el esfuerzo,
gratitud y la grandeza
de los elefantes dieron
a muchos naturalistas
lugar a lucir su ingenio.
Pero aquí no viene al caso.
Para las noches de invierno
os cito en la chimenea;
veréis autores diversos
que recopila el *Moral
Político*, Valdecebro.

CHINITA. Yo no faltaré, como haya
castañas y vino añejo.

ESPEJO. ¿Conque se puede llegar
sin temor?

MERINO. Yo iré el primero.

SORIANO. El médico se ha clavado.
(*Aparte.*)

CALLEJO. Buen principio, caballeros;
los demás no hay que temer.

MARTÍNEZ. Y a ese presumido menos.

ESPEJO. Mientras le tomais el pulso,
poco a poco llegaremos.

VICENTE. A vos, regidor decano,
toca ir delante.

TADEO. Yo cedo.

M. P. ¡Jesús, qué susto, hijo mío;
vámonos de aquí corriendo!

EUSEBIO. Tiempo hay de hacerle la cama
y de que cene en tu mesmo
plato, y si quieres llevarle
en brazos, te lo consiento.

M. P. Yo creí que era bonito,
según rabiaban por verlo
todas.

EUSEBIO. Es que todas tienen
en lo raro su embeleso.

MERINO. ¿Eres tú el que le ha criado?

CALLEJO. *Guiguitiapo, chicoa.*

MERINO. ¿Hablas malabar o griego?

ESPEJO. Yo juzgo que en vizcaíno,
señor doctor, que es lo mesmo.

SORIANO. A él no se le entiende nada,
yo soy el que le interpreto.
Cuchichicay. (*A* CALLEJO.)

CHINITA. *Cuchichí*
quiere decir galanteo:
¿si pretenderán casar
al elefante en Mazuecos?

CALLEJO. *Tapagui, connoco, chaque.*

SORIANO. Dice que le deis dinero
a recoger con la trompa,
para que vean el juego
y ligereza.

MERINO. Ahí está
un peso duro en el suelo.

SORIANO. No alcanza.

MERINO. ¿Cómo que no?

MARTÍNEZ. ¡Voto a San, que nos cogieron!

SORIANO. El torpe uso de la trompa
y continuo encogimiento
denota su enfermedad:
dádsela en la mano.
(*Dásela y la da a* CALLEJO.)

CHINITA. Bueno;
que hace burla del doctor.

MERINO. ¿En qué hace burla, podenco?

CHINITA. En que vuelve atrás la mano
luego que pilla el dinero.

ESPEJO. Lo que importa es el que sane
o se mejore a lo menos
en el lugar.

MERINO. No es difícil.

SORIANO. Vamos al alojamiento.

MARTÍNEZ. Dénsenos la provisión,
que mañana trataremos
o a la noche de su cura,
que le hace mal el sereno
ahora que viene cansado.

MERINO. ¡Ah, bribones; ya os entiendo!

ESPEJO. ¿Dónde se le toma el pulso?

MERINO. Aquí, en la trompa.
(*Le sacude y derriba al médico.*)

CHINITA. ¡Ahí va eso!

POLONIA. A fe que si esa propina
dieran todos los enfermos,
no habría tantos doctores.

MARTÍNEZ. Apartad, porque recelo
que se irrita.

CALLEJO. *Guizirrapa,*
(*Alterado.*)
cuchisizipa topeco.

TODOS. A casa, muchachas. (*Alborotados.*)

MERINO. Nadie
se vaya, verá un remedio
con que yo le hago amansar.
¿No está el estanque bien lleno
de la huerta?

CHINITA. Sí, señor.

MERINO. Pues allí le llevaremos
que tome un baño tres horas;
y después, de aceite hirviendo
tomará otro baño que
le vuelva el calor al centro.

SORIANO. Eso es matarle y ¡por vida...!
ESPEJO. Señor médico, con tiento;
que esta alhaja importa mucho.
S. Y M. Cuenta a la corte daremos
de todo.
MERINO. Yo la daré. [queso,
¿Veis que os la armaron con
alcalde, y que sois un tonto?
¿Son de elefante estos juegos
de la rodilla, esta piel
y colmillos contrahechos?
(*Le arronca uno.*)
S. C. Y M. ¡Por amor de Dios, señores!
ESPEJO. ¿Ahora salimos con eso?
¡Por vida de mi justicia
que he de hacer un escarmien-
CHINITA. Yo lo conocí al instante [to!
que le vide que era negro.
RUIZ. *Ad perpetuam rei memoriam*
daré yo fe de este hecho.
LOS REG. ¡Mamola el señor alcalde!
ESPEJO. ¡Ah, ladrones! Vayan presos.
SORIANO. Señor, no somos ladrones,
que somos gitanos; y esto
sólo ha sido una invención
para poder mantenernos
cuatro días.
ESPEJO. He de ahorcarlos.
¡Alborotar a Mazuecos
con un elefante falso
que no vale nada!
SORIANO. Menos
vale el de los abanicos
y cuestan cinco o seis pesos.
POLONIA. Tiene razón, y es preciso
que interceda todo el pueblo
por su perdón, pues, al fin,
o fingido o verdadero
hemos visto su figura.
CHINICA. Y nos ahorra el dinero
del viaje y las peloteras
que había para ir a verlo.
M. P. Yo he de ir.
EUSEBIO. ¿No estás todavía
desengañada?
M. P. Es horrendo:
me espanta; pero yo he de ir
porque otros van, y sobre eso,
morena.
EUSEBIO. Como no vuelvas,
la licencia te concedo.
TODOS. ¡Perdón, perdón!
ESPEJO. Perdonados
quedan con tal que al momento
salgan de aquí, y que vosotras
deste chasco lo indigesto
me quiteis con tonadilla.
T. Y E. Todos obedeceremos.
MERINO. Y si no agradó la idea,
siquiera por ser del tiempo (1).
CON TODOS. Supla este defecto más
quien suple tantos defectos (2).

141

El enfermo fugitivo

Sainete

para la compañía de Martínez

1773 (3)

(*Casa pobre con algunas sillas y un banco. Salen la Sra.* GRANADINA, *llorondo, y la* GUZMANA *y* MORALES, *de vecinas, consolándola; todas de mujeres de lugar, en cuerpo.*)

GUZMANA. Amiga, sosiégate.
GRAN. Es imposible que haya
una mujer en el mundo
más pobre ni desgraciada
que yo.
MORALES. ¿Pero con llorar
y maltratarte, qué sacas?
GRAN. Desahogar el corazón
un poco; y si no mirara
que aunque sea pecadora,
al fin, es una cristiana,
y que si mañana enviudo

---

(1) Había por aquéllos llegado a Madrid por primera vez un elefante vivo.

(2) Nos, el Licenciado D. Tomás Antonio Fuentes, Presbítero, Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc.
Por lo que a nos toca, damos licencia para que el sainete antecedente titulado *El Elefante Fingido*, dispuesto por D. Ramón de la Cruz, pueda representarse mediante que habiéndose visto y reconocido parece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres.—Madrid y Noviembre 11 de 1773.—*Licenciado Fuentes*.—Por su mandado, *Bernardo Pérez*.
De representar.
Madrid y Noviembre 11 de 1773.—Pase al Reverendo Padre Revisor.—*Palanco*.
Cumpliendo con la comisión puesta a la vuelta, he leído con todo cuidado el sainete nuevo, su titulo *El Elefante Fingido*, y hallo no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fe y buenas costumbres, por lo que se puede conceder la licencia para que se represente. Así lo siento.—La Victoria de Madrid y Noviembre 11 de 1773.—*Fr. Sebastián Puerta Polanco*.
Madrid Noviembre dicho día. — Apruébase. — *Polanco*.
Visto.—Represéntese.—*Riaza*.

(3) Bib. munic.; leg. 1-155-52. Autógrafo de 1773 y otro manuscrito antiguo con las aprobaciones y licencias de 1776. En la Bib. Menéndez Pelayo, de Santander, hay otro manuscrito que tiene las aprobaciones y licencias primitivas de 27 y 28 de Mayo de 1773, en cuyos días debió de ser representado.

y me maltrato la cara,
tardaré más en casarme,
toda la haría tajadas.
¡Ay, triste de mí!

MORALES. Mujer,
no me parece que hay causa
para tan grandes estremos.

GUZMANA. Y al cabo no será nada,
quizá, el mal de tu marido.

GRAN. Esa es mi mayor desgracia,
que un mal que estaba curado
quizá en dos días de cama
y regalo, tenga el pobre
que salirse de su casa
para irse al santo *hespital.*

MORALES. Muchas personas honradas
van a él, y ¿qué tenemos?

GUZMANA. ¿Y no fuiste tú allá, marras,
y te curaron al punto
las *palóticas?*

GRAN. ¡Malhaya
mi poca fortuna, amén!
Que no vengo yo de casta
de gente que va a curarse
al *hespital.*

GUZMANA. No seas vana,
mujer, y gracias a Dios
de que estamos en la mapa
de la caridad, y adonde,
aunque una persona caiga
mortal, no hay que dar cuidao,
que hay donde curarse a man- [ta.

GRAN. ¿Qué dirá la vecindad
en sabiéndolo, y mi hermana
qué dirá?

GUZMANA. Que no lo sepan;
y decir que fué a Aravaca,
u otro pueblo, a recoger
alguna deuda atrasada.

MORALES. Dice bien.

(*Salen* MANUELA *y* PONCHA.)

MANUELA. ¿Oyes, Catuja?
¿Conque ha pasado tan mala
noche tu *probe* marido?

PONCHA. ¡Válgame Dios, y qué cara
lleva el pobre al *hespital!*
¡Milagro será que salga!

(*Sale* ANTONIA.)

ANTONIA. Vaya, mujer, que teniendo
tantos vestidos y alhajas,
consientas que tu marido
vaya al hospital... ¡qué entra- [ñas
tienes de león!

GRAN. Por cierto
que venís bien informadas.
¿Quién os ha dicho ese em- [buste?

MORALES. ¡Si se ha ido esta mañana
a cumplir una promesa!...

GUZMANA. No fué sino a la cobranza
de unos cuartos que le deben.

GRAN. Ve aquí cómo se levantan
en Madrid los testimonios;
el que lo oyera, pensara
que es verdad.

MANUELA. ¿Pues no ha de serlo,
si ha pasado por mi casa
con el tío Chilindrón,
liado allí en una capa,
medio muerto?

PONCHA. Yo pensé
que a mi puerta se quedaba.

GUZMANA. Sin duda que os engañásteis.

ANTONIA. Y cuando ellas se engañaron,
¿no estoy yo aquí, que le hablé
y le di una poca de agua,
y me contó el *probecillo*
que todo su mal estaba
en el estómago y los
vacíos de las espaldas?

GRAN. ¿El te lo dijo?

ANTONIA. Clarito.

GRAN. ¿Pero no sabéis sus chanzas?
¡Si no habla jamás en forma!

MANUELA. Entre nosotras no pasa,
amiga, ese disimulo.

ANTONIA. Mujer, no seas pesada;
¿qué borrico se nos muere
a ti ni a mí?

MANUELA. Me da gana
de vomitar el que nieguen
las cosas que están tan claras.

GRAN. Si todo es falso: a Pozuelo
ha ido a cobrar esta pascua
lo que le deben.

MANUELA. ¿De qué?

PONCHA. De las haciendas y casas
caídas del mayorazgo.
Déjalo, Pepa.

(*Sale* LÓPEZ.)

LÓPEZ. Deo gracias.

GRAN. Tío Chilindrón, ya hablaremos.

LÓPEZ. No hay que asustarse, mucha- [cha;
que al punto que le pulsearon
los practicantes de guardia,
dijeron que todo el mal
pueden ser unas tercianas
o un tabardillo pintado;
y yo espero en Dios que salga
del santo hospital con bien.

GRAN. ¿Y a qué viene esa embajada?

Será lo que Dios quisiere.

LÓPEZ. Yo pensé que me estimaras
la noticia y el haberle
llevado casi a la rastra
por esas calles.

GRAN. ¿Y acaso
serían cuantos pasaban
conocidos?

LÓPEZ. Mucho; y todos
los del barrio, a las ventanas
y las puertas, le tenían
compasión y le animaban.
Supongo que el Antoñuelo
lo merece; que es alhaja.

GRAN. ¿Y qué se dirá en el barrio
de que mi marido vaya
al hospital?

ANTONIA. ¿Y quién tiene
la culpa, si acaso hablan?

MANUELA. ¿Por qué no vendes tu ropa
y le curas en tu casa?

PONCHA. Hasta los clavos vendiera
yo, si en tal caso me hallara.

GUZMANA. Pues fuera una tontería
gastar mucho y pasar malas
noches la *probe*, cuando hay
donde de balde lo hagan.

LÓPEZ. Eso tampoco es conciencia;
que quizá les hará falta
a otros *probes*.

PONCHA. Pero, en fin,
el camino de Aravaca
es por la puerta de Atocha.

MANUELA. Déjala, mujer, no la hagas
rabiar.

ANTONIA. Pues que no nos venga
a vender aquí fanfarria;
que entre vecinas, mejor
se saben las telarañas
y basura que hay en las
ajenas, que no en sus casas.

GRAN. Entre vecinillas como
vosotras, de morondanga,
chismosas y atisbadoras,
se estilan esas porcainas.

GUZMANA. ¿Y qué nos metes a todas?

GRAN. No hablo contigo; ¡malhaya
la hora en que me mudé
de la calle de la Palma,
que todas, de arriba abajo,
son gente de circunstancias!
¿Pero esto?... Al fin, Lavapiés.
¡Qué cosa tan chabacana!

ANTONIA. ¿Pues se ha visto usté hasta [ahora
en su vida más honrada?

MANUELA. Calla, que tiene razón
esta señora; pues basta
que ella haya venido al barrio
para que pierda su fama.

GRAN. Yo no soy mujer de puerta
de calle.

PONCHA. Mire cómo habla,
que sufro poco.

GRAN. Yo menos.

LÓPEZ. Entre vecinas honradas
(*En medio.*)
no es razón que anden las uñas,
echando a perder las caras.

PONCHA. Pues que calle y se contente
con quedar tantas a tantas,
pues son iguales los juegos.

GRAN. ¡Ah! Si viniera mi hermana
por ahí, yo las aseguro
que brevemente callaran
de miedo.

ANTONIA. ¿Tan fea es
que a todas nos espantara?

GRAN. ¿Fea? Ni otra tan garbosa
hay en Madrid, ni muchacha
de más juicio: no es pasión,
que lo dice toda España.

ANTONIA. Pues es dolor que no venga
para ver si nos tragaba.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. ¿Catuja? ¿Aún estás así?
Vamos, que está aquí tu herma-
ponte la basquiña y ven, [na;
celebraremos la Pascua
ahí en el canal, con unos
livianos y una ensalada;
que va la gente de broma
y llevamos las guitarras,
y luego bajará el manco
con su bandurria; despacha.
Tengan ustedes muy buenas
tardes.

GUZMANA. Un poco atrasadas
han sido; pero, por fin,
siempre viene la palabra
de Dios a tiempo.

GRAN. ¡Ay Colás
de mi vida y de mi alma,
que me sucede un trabajo!

CORONADO. Otro tal tuvo tu hermana;
que por salir tarde a misa
hoy, se le torció una pata;
pero para irse a pasear
ya está mejor, a Dios gracias.

ANTONIA. Rabiando estoy por ver esta
mujer de juicio.

MANUELA. ¡Yo, pajas!

CORONADO. ¿Pues qué ha sido? ¿Por qué [lloras?

(*Sale* RABOSO.)

RABOSO. ¡Válgame Dios, qué pesada

eres! Pues mi maridito,
cuñado de su cuñada.

CORONADO. Mujer, si ya se lo he dicho
y no quiere.

GRAN. ¡Ay Sabastiana
(*Abrazándola.*)
de mi vida!

RABOSO. Poco a poco,
(*Apartándola.*)
mujer; no me ajes la bata.

CORONADO. ¿Y qué importa?

RABOSO. No dijeras
eso si tú la pagaras. [co!

CORONADO. ¿Yo? Sí, ¡pues tonto es el chi-

GRAN. Pues yo, según la abundancia
que de ellas veo, creía
que costasen muy baratas.

CORONADO. No mucho; pero con todo,
las mujeres aplicadas
que saben lograr los lances,
andan fácilmente guapas.

LÓPEZ. Antes de ayer compré yo,
por cien reales, una capa
que valía un peso duro.

CORONADO. Hay en Madrid muchas gangas.

RABOSO. ¿Pero qué tienes, mujer?

GRAN. Estoy muy acongojada.

RABOSO. ¿Por qué razón?

GRAN. ¡Antoñuelo!

RABOSO. Ya sé que te da muy mala
vida; tú tienes la culpa,
que le sufres y le aguantas,
sabiendo que hay tribunales
y presidios en España.

MANUELA. El tribunal y el presidio
qué bien dicen con la bata,
chicas.

ANTONIA. Mira que es garbosa
y mujer de juicio; calla.

RABOSO. ¿Te cascó?

GRAN. No.

RABOSO. ¿Pues qué ha sido?
Dilo, y si tú te acobardas,
aquí estoy yo, que conozco
a un oficial de la sala
que es el protector de todas
las mujeres agraviadas.

GRAN. ¿Mi Antonio agraviarme a mí?
¡Qué poco, que es mucha al-
[haja!
No hay más voz ni voluntad
que la mía en esta casa;
y aunque anduviera yo luego
buscándole con un hacha,
de rodillas, todo el mundo,
no hallaré otro si él me falta.

RABOSO. ¿Pero qué hay?

GRAN. Que al pobrecito
le dió un frío ayer mañana
y un calenturón después,
que pensé que se quedaba
en mis brazos. Esta noche,
porque yo no me asustara
y me costase la vida,
aunque se moría de ansias
no me quiso despertar,
y parece que la trampa
lo hizo: que me dormí
hasta hoy a las once dadas,
que me despertó el cuidado
de su salud quebrantada.
Ya estaba entonces vestido
el hijo de mis entrañas,
y me dijo: "Adiós, Catuja",
sin que por más que llorara
le pudiese detener.

CORONADO. ¿Y adónde cogió la ruta?

GRAN. Al hospital general,
y no creo yo que salga
ni volver a verle vivo,
porque soy muy desgraciada.
(*Llora.*)

CORONADO. Allí bien está.

RABOSO. ¿Y por eso
haces tantas alharacas?
Vamos, ponte la basquiña
y la mantilla de gasa,
y ven a comer conmigo
una sopa de ensalada
que te refresque esa sangre.

LÓPEZ. Parece de rompe y rasga.

CORTINAS. Mucho; todo lo hace tiras
cuando le viene la rabia,
y diez pares de zapatos
le duran una semana.

GRAN. Pero, mujer, ¿qué dirán
las vecinas?

RABOSO. Si reparas
en el qué dirán, ya puedes
meterte entre cuatro tapias
y echarte a morir; cada una
viva como le dé gana,
y la que más y que menos
tendrá por qué callar.

ANTONIA. Vaya,
que es garbosa hasta en el pico.

MANUELA. Ya estoy yo medio moscada.
¿Queréis que la provoquemos,
y si replica palabra
por principio de merienda
le demos unas patadas?

PONCHA. No será malo.

MANUELA. Pues bien;
veremos por dónde salta.

CORTINAS. Vamos, que se pierde tiempo.

RABOSO. Si no tienen ocupada
(*Con agrado.*)

estas señoras la tarde,
que se den por convidadas
y vengan a acompañarnos;
se partirá lo que haya

LÓPEZ. Comeremos más y menos,
como dicen en la Mancha.

GUZMANA. Estimamos la atención. [blanca,

MANUELA. Mira que, aunque no es muy
toda junta es buena moza.

PONCHA. Y se conoce que gasta
cortesía.

GUZMANA. Con efecto,
dice doña Sebastiana
muy bien; y con afligirte,
tu marido no adelanta
nada y tú te desmejoras.

ANTONIA. Procuremos animarla.

RABOSO. Mira, mujer, que va Chicho,
el tornero de la plaza,
tu conocido.

CORONADO. Hoy estrena
una chupa de melania
y unos calzones de tripe,
con charreteras de plata,
que ya se le puede ver.

GRAN. ¿Y de qué color?

CORONADO. Morada,
y los calzones azules.

GRAN. Le dirán bien a la cara,
que él es como un alabastro.

RUBIO. ¿Te determinas?

GRAN. No me hagas
reir: ¡Ay, Antonio mío,
que ya estarás con la santa
unción, quizás!

CORONADO. Si no viene,
vamos de aquí, Sebastiana.

GUZMANA. Vamos, que todas iremos
tan sólo porque tú vayas.

RAMOS. ¡Antoñuelo! *(Dentro.)*

CORONADO. Nuestra gente.

ALGUNOS. ¡Antoñuelo!

GRAN. No está en casa.

(Salen RAMOS, AMBROSIO, NAVAS *y otros, de capa, como gente de oficio, con guitarra.)*

AMBROSIO. ¿Pues qué es esto?

CORONADO. Que se ha ido
porque le ha dado la gana
al hospital, y por eso
no quiere salir de casa
Catuja.

NAVAS. Pues es muy necia;
que cuando ella estuvo mala,
él se divirtió a la ley.

GRAN. No lo creo.

RAMOS. Su desgracia
fué que usted no se muriese,
que ya tenía acotada
otra mujer.

AMBROSIO. Mejorando
lo presente, una muchacha
era y es como un trinquete.

NAVAS. Y gorda como una vaca.

GRAN. ¿De veras?

GUZMANA. Así son todos;
cree que nadie se mata
por nadie y vamos al campo,
porque con eso te esparzas.

GRAN. Eso no es razón. Ahora,
si fuera a puerta cerrada,
aquí armar un fandanguito
no más que entre los de casa.

RAMOS. Bien dice: así como así,
está la tarde nublada.

RABOSO. ¿Que quiere llover?

RAMOS. Y bien.

RABOSO. ¡Ay mi ropa de mi alma!
No soy yo la que esta tarde
va a la Canal.

LÓPEZ. Pues que traigan
la merienda.

CORONADO. Y entre tanto,
saquen éstos la guitarra
y ande la bulla.

GRAN. Es verdad;
pero os encargo, muchachas,
que esto no lo sepa nadie.

MORALES. No es posible; que tu sala
es buena, como no tiene
a la calle las ventanas.

CORONADO. ¿Y el mozo de la merienda?

AMBROSIO. Ahí a la esquina quedaba.

CORONADO. Voy a llamarle y entrarlo
todo por la puerta falsa.

LÓPEZ. Vaya usted, que yo abriré.

RABOSO. Muchachos, fuera las capas
y alegrar las gentes tristes.

RAMOS. Por nosotros está armada
breve la fiesta.

RABOSO. Templad.

RAMOS. Ya está templado: ¿quién baila?

GRAN. Vaya, las vecinas mías;
luego seguirá la tanda.

PONCHA. Por no hacernos de rogar...

RAMOS. ¿Están listos?

RABOSO. Vamos, canta.

(Pónense a bailar seguidillas de a cuatro los que quieran; y al acabar sale GARRIDO, *en chupa suelta, asombrado y como huyendo.)*

GARRIDO. Misericordia: ¿no hay quien
a un desdichado le valga?

TODOS. ¿Qué es esto?

GARRIDO. ¡Ay, Catuja mía!
¡Que me cogen, que me aga-

GRAN. Esto es que con el delirio [rran!
se ha escapado de la cama.

LÓPEZ. No tal, que viene calzado
y vestido como estaba.

CORONADO. ¿Qué es esto, Antonio?

GARRIDO. Cerrad
(*A* CORONADO.)
esa puerta con la tranca.
¡Ay de mí!

GRAN. ¡Marido mio!...

GARRIDO. Pero, parece que estaban
ustedes de broma; siga,
(*Se para.*)
que mi mal es patarata.

GRAN. Mira, hombre...

RABOSO. De modo que
nadie sabíamos nada,
y como estaba Catuja
tan triste...

GARRIDO. Por alegrarla
se armó aquí el fandango, mien-
a mí allá me amortajaban. [tras

GRAN. ¡Si se lo estuve diciendo!

GARRIDO. Ya me hago cargo: tu hermana
tendría la culpa; que tú
has sido siempre una santa.

RABOSO. Cabal: yo animé la gente;
¿qué tienes que decir?

GARRIDO. Nada,
decir que está muy bien hecho;
y dar a usted muchas gracias.

RAMOS. ¿Pero, por qué te has salido
sin curar?

AMBROSIO. ¿De quién entrabas
huyendo?

GARRIDO. ¿Queréis saberlo?

TODOS. Mucho.

GARRIDO. Pues escuchen.

TODOS. Vaya.

GARRIDO. Pues sabed, señores míos,
que mi suerte, buena o mala,
me condujo al hospital;
y apenas entré en sus salas,
apenas iba observando
aquellas difuntas caras,
conociendo por las quejas
la diferencia de causas;
apenas, pues, palpitando
el corazón, embargada
la respiración, la idea
confusa, torpe la planta,
iba teniendo lo propio
que yo allí solicitaba;
cuando por una escalera
(aquí la vida me falta)
veo venir... ¡oh, qué asombro!
un chirrión en forma humana,
un practicante asesino,
¡válgame Santa Susana!
con un birretillo blanco,
pardo chupetín sin mangas,
un mandil por delantero
defensorio de las bragas,
zapato bajo de hebilla
y medias alagartadas.
Traía en la mano zurda
un... ¡el aliento desmaya!
un... ¡el discurso tropieza!
un... ¡válgame Santa Olaya!
un... ¡válgame el calendario!
un... un... un arma vedada,
un arma de punta en ojo,
un puñal, una guadaña,
una ayuda, que ella es sola
de sí misma semejanza.
Una jeringa traía
con una punta tamaña,
con unos medios tan gruesos
y capaces, que rematan
en un zoquete torneado,
con que ajusta y afianza
la mano derecha toda,
esta máquina inhumana.
Yo, al mirar esta figura,
haciendo mis brazos alas
que resistan de algún modo,
del enemigo la entrada
y pegado a la pared
porque sirva de muralla
del indefenso portillo,
le dije: "Allá te las hayas;
guarde yo el mío, y después
por el que quiera entre y salga."
Miróme, pasó de largo
y se encaminó a una cama
adonde estaba un pobrete,
y diciéndole que haga
actos de contradicción,
con resolución extraña,
para descubrirle el bulto
corre las cortinas blancas;
así que le tuvo a tiro,
con codiciosa asechanza
puso a punto la escopeta
(a fe que iba bien cargada),
saca este pie, mete este otro,
el ojo en la mira cala,
aprieta el puño al zoquete,
dió el zoquete su batalla,
y sin decir "agua va"
le echó toda la descarga,
que sería por lo menos
dos azumbres de sustancia,
cantando su triunfo en muestra
de su victoria tirana.
Yo, como bisoño, al fin,
en semejantes batallas,
salgo huyendo de allí dentro,

temiendo que me alcanzara
de aquella fusilería
alguna perdigonada.
Busco en mi casa el asilo
de tan deshecha borrasca,
y encuentro con mis vecinas,
mi mujer y mi cuñada,
que son otras tres ayudas
de costa; conque ofuscada
la imaginación, no sé
si me quede o si me vaya,
ni cuál será la jeringa
menos sensible entre tantas.

CORONADO. ¿Y ahora qué tal te sientes?

GARRIDO. Tan mejorado, a Dios gracias,
por no pasar otro susto,
que ya no me duele nada.

TODOS. Sea enhorabuena.

CORONADO. Pues, hombre,
piensa cuando estuvo mala
Catuja lo que tú hacías,
y que habéis quedado patas.

GARRIDO. ¿Yo? ¿Pues no sabíis que soy
el hombre de mejor pasta
que hace trigo en Castilla?

GRAN. Hijo, que me has vuelto el alma
al cuerpo.

GARRIDO. Dios te lo pague.

GRAN. Pues prosiga la algazara,
ínterin que se merienda.

RABOSO. Yo, como buena cuñada,
te pretendo divertir
con una nueva tonada.

GARRIDO. Yo también te ayudaré,
por divertirme, a cantarla.

GRAN. Con esto será la fiesta
más divertida y más varia.

TODOS. Como también más dichosa,
si perdonan nuestras faltas.

142

Las Escofieteras

Sainete.

1773 (1)

Los géneros españoles
más perversos y más caros,
empaquetándolos bien,
y diciendo son extraños,
son para tontas y necios
excelentes y baratos.

PERSONAS

Escofietera	La Granadina (María de la Chica).
Antonia	Nicolasa Palomera.
Juana	María Josefa Cortinas.
Patricia	Antonia Guerrero.
Un abate	Vicente Ramos.
El amo de la tienda	Diego Coronado.
Un paje	Chinita (Gabriel López).
Un peluquero	Juan Ramos.
Un capitán de caballería	Manuel Martínez.
Un criado de la Escofietera	Juan Esteban.
Un payo	Felipe de Navas.
Una petimetra	Mariana Raboso.
Un majo, su amigo.	Simón de Fuentes.
Don Antonio, mercader de sedas	Nicolás López.

(Descúbrese una tienda de escofietería; a un lado estará la ESCOFIETERA *bordando a un bastidor; al otro un armario y una mesa delante, como mostrador; y en medio de otra mesa estarán montando escofietas en cabezas,* ANTONIA, JUANA *y* PATRICIA, *cantando; y el abate plegando cinta; el amo se paseará en bata buena, con peluquín muy empolvado, gran talega y cintas al cuello.)*

ABATE. Vea usted, señora, si está
esta cinta bien rizada.

ESCOFIET. No está sino desigual:
usted cuanto más trabaja,
adelanta menos.

AMO. Muchos
tienen la misma desgracia,
hija; y si no acuérdate
de lo que yo trabajaba,
y lo poco que comía,
hasta que hallamos la ganga
de poner este taller.

ESCOFIET. Esos asuntos se callan,
que ahora no vienen al caso;
más valiera que pensaras
en empaquetar las medias
que han venido de Granada,
y las cintas de Toledo,

(1) Tomo X, págs. 187 y siguientes de la colección publicada por el autor. Reimpreso por Durán. En la Bib. munic.: leg. 1-155-44, hay varias copias manuscritas antiguas, una con las censuras de 23 de enero de 1773: el sainete se estrenó dos días después, por la Compañía de Manuel Martínez, en el teatro de la Cruz.

a modo de las de Francia.
AMO. Ya está ese negocio hecho.
Lo que les hace más falta
Es que el abate les ponga
la factura extraordinaria
por libras, que por adarmes
siempre se les hacen caras.
ESCOFIET. Antes tiene otro negocio
que hacer de más importancia;
que es ir a ver a los amigos
del café y correr las casas
de las damas de buen gusto,
diciendo que aquí se halla
de todo con conveniencia,
para adquirir parroquianas.
ABATE. Pues voy. ¿A cómo da usted
ese raso para batas
que han traído de Valencia?
AMO. El cuesta a nueve de plata
escasos porque es muy feble:
mas diciendo que es de Italia
o de París, bien envuelto
en papeles, y en su caja,
podrá venderse a dos duros,
o a dos y medio la vara:
conforme sea el parroquiano.
ESCOFIET. No queda mucha ganancia
a ese precio.
AMO. Hija, las cosas
deben ir muy arregladas
en el comercio, y la fe
pública es de toda su alma.
Un ciento y cincuenta y seis
por ciento, creo que basta.
ESCOFIET. Ello es verdad, que al principio
para que corra la fama,
es preciso perder algo.
ABATE. Voy a ver a dos madamas,
y a decirlas que ahora mismo
por Manzanares acaban
de llegar cuatro navíos
de escofietas y de batas.
ESCOFIET. Id, pero no tardéis mucho.
AMO. Es verdad; porque hacéis falta
para incitar y aplaudir.
ESCOFIET. Pero es una extravagancia
el decir que en Manzanares
los géneros desembarcan.
AMO. Hombre, no lo diga usted,
que lo tomarán a chanza.
ABATE. ¿Chanza? ¿Les parece a ustedes
que las mujeres reparan
en geografías? Si oyen
una moda extraordinaria
y conciben que han de estar
más bonitas, o más guapas,
que venga por donde venga,
y salga por donde salga.
AMO. Usted lo entiende.
ABATE. Ahora hemos
de inventar una humorada
de arte mayor.
ESCOFIET. ¿Y cuál es?
ABATE. Se han de inventar unas batas
que se hagan con menos tela,
y que se vendan más caras,
con el bello nombre: *A la*
Constantinopolitana.
ESCOFIET. ¿Pues qué hechura han de te- [ner?
ABATE. Con tres colas, y sin mangas.
TODOS. ¡Viva la idea!
ABATE. Ya vuelvo:
veréis qué presto se trazan.
AMO. Ni el demonio inventará
lo que el abate.

(*Sale el* PAJE)

PAJE. Deo gracias.
AMO. Diga usted qué se le ofrece.
PAJE. Vengo de parte de mi ama;
que si está ya la escofieta
que vino para lavarla,
y ponerle nuevas cintas.
ESCOFIET. ¿Qué cofia dice, muchachas?
PAJE. No es cofia, sino escofieta,
que mi señora no es maja,
para gastar charrerías.
AMO. Usted no lo entiende, vaya:
lo mismo es uno que otro.
PAJE. Dádmela si está acabada.
ESCOFIET. ¿Sabéis cuál es?
ANTONIA. ¿Será ésta?
ESCOFIET. No, que esa es de la criada
del confitero de enfrente.
PAJE. Si se la pone cuando haga
caramelos, y después
en la cabeza se rasca,
se le almorzarán las moscas
la mitad, una mañana.
AMO. ¿Si será aquella tiñosa
de la usía remilgada,
que vino ayer tarde, y dijo
que estaba desesperada,
porque su paje era un bruto,
que los recados trocaba?
PAJE. ¿Eso dijo? pues esa es:
y yo soy el paje, para
lo que a ustedes les cumpliere.
ESCOFIET. Pues no tiene usted la traza
de tan bruto.
PAJE. Pues lo soy
de los mayores de España.
Pues si no lo fuera, ¿había
de servir en una casa
que como mal, y no almuerzo;
que el salario no me pagan,

ni me visten, y pretenden
que ande vestido de gala;
donde a recados me rompen
los pies, y nunca me calzan;
y donde... donde... ¿se puede
aquí hablar en confianza?

ESCOFIET. Sí.

PAJE. Pues no quiero decirlo,
puesto que mi amo lo calla.

ANTONIA. Esta es.

ESCOFIET. Estaba de suerte,
que no creí que quedara
tan bonita; tome usted.

ANTONIA. ¿Trae usted en qué llevarla?

PAJE. No, señora.

ANTONIA. ¿Ni pañuelo?

PAJE. Sí, señora; pero es tanta
la estilación, que me cae...

ANTONIA. ¡Jesús, qué asco! Daca, daca
ahí un pliego de papel.

(*Sale el* PELUQUERO.)

PEL. A los pies de usted, madama.

ESCOFIET. Entre usted.

PEL. A usted acaso
parecerá un poco extraña
esta visita.

ESCOFIET. ¿Por qué,
cuando está abierta la casa
para el comercio?

PEL. Sobre eso
me ha de oir usted dos palabras
en nombre de todo el gremio.

ESCOFIET. Usted parece en la facha
peluquero.

PEL. Sí, señora.

PAJE. Oigamos esta embajada.

ANTONIA. Llévela usted con cuidado. [da?

AMO. ¿Diga usted qué es lo que man-

PEL. Deje usted que estemos solos.

PAJE. Yo, si es cosa reservada,
no quiero estorbar: agur.

AMO. Digo, digo: ¿y qué, no paga
la compostura?

PAJE. ¿Cuánto es?

ESCOFIET. Creo que quedó ajustada
en cuatro pesetas.

PAJE. Pues
a mí no me han dado nada,
más del orden que la lleve
pronto, porque le hace falta.

AMO. Que vuelva por el dinero.

ESCOFIET. Que la lleve; y que lo traiga
después, que no he de perder
por eso una parroquiana.

PAJE. Que me vuelva yo escofieta,
si tú vuelves a ver blanca.
(*Aparte.*)
(*Vase.*)

ESCOFIET. Ya puede usté hablar.

PEL. Soy breve.
¿Ustedes creo que acaban
de entrar en la comisión
del ornato de las damas?

AMO. Sí, señor.

PEL. Y acaso ignoran
las competencias tiranas
con que las escofieteras
y peluqueros estaban
opuestos. Ellas querían,
para lograr sus ganancias,
persuadir a las señoras
que una cofia que costaba
dos duros por una vez,
el dinero les ahorraba
y el martirio para muchas;
añadiendo la ventaja,
como las antiguas cofias
todo el cabello ocultaban,
de que en dos o tres minutos
se hallasen aderezadas
para cualquier concurrencia
que se ofreciese impensada.
¡Ah, ingenio perjudicial
de la mujer! Cuando trazas
perseguir al hombre, ¡qué
no intentas, qué no avasallas!
Los peluqueros decían,
y con razón muy sobrada:
"Estas mujeres nos pierden;
y si a tiempo no se trata
de remediar este daño,
nuestra ruina está cercana."
Empezaron lengua a lengua,
por tiendas, calles y plazas
los dos bandos a embestirse.
Cada uno buscó sus damas
auxiliares; las usías
de todo pelo, aduladas
de todos nosotros en
los ratos de confianza
del tocador, levantaron
el grito por nuestra causa;
las de medio pelo, y todas
las viejas y las peladas,
hicieron por las gorreras
sus fuerzas extraordinarias;
y, finalmente, indecisos
los dos gremios en campaña,
hubieran llegado a ser
escándalo de la patria,
si una señorita, hija
de Madrid, asesorada
de un abate valenciano,
no hubiera con la más alta

ingeniosa novedad
metido su cucharada
en el caso, con asombro
de aire, tierra, fuego y agua.
El medio fué producir
un nuevo estilo en que ambas
clases pusiesen la mano:
de manera que se usaran
escofietas y peinados
a un mismo tiempo con gracia;
y aunque hubo sobre el modelo
muchas disputas, y varias
sobre el tamaño, porque unas
las querían como tazas,
las otras como dedales,
cual a modo de pantalla,
cual a modo de melón
envuelto en hojas de parra;
por fin, quedó decidido
que cada una la usara
chica, porque el peluquero
no perdiera su ganancia:
y para que las cofieras
tampoco perdieran nada
en el menos material,
que todo lo que sobrara
lo empleasen en alas dobles,
como si necesitaran
para girar siempre largo
las mujeres de más alas.
Esto supuesto, y que ustedes
no parece que son ranas,
pues han hallado el arbitrio
con sólo estarse sentadas
clavando cuatro alfileres,
de asegurar las ganancias
como en un coche parado,
atisbando a cuantos pasan
a la tertulia perpetua
por tarde, noche y mañana...
Salud el gremio os envía
y confía en vuestra urbana
atención, que confirméis
los pactos de la alianza,
para que el hermoso sexo
haga ostensión de sus gracias,
y los hombres que se precian
de tontos nos satisfagan
a buen precio vuestros lazos
y redes con que los cazan,
y los alfileres nuestros
que tantas veces los clavan.

ESCOFIET. Piden con justicia.

AMO. Piden:
y os doy la mano y palabra
que saldrán de mi taller
las cofietas tan sisadas,
que si no las llevan en
equilibrio, se les caigan.

PEL. Eso es ser hombres de bien.
¡Qué ingenios hay en España
tan grandes! ¡Y que el Gobierno
no los aplique a las armas! [no

(Sale el CAPITAN.*)*

CAPITÁN. Dios guarde a ustedes, señores.

PEL. A los pies de usted, madama.
Adiós; quedamos en esto.

E. Y A. Id asegurado.

PEL. Basta. *(Vase.)*

ESCOFIET. Siéntese usía, señor.

AMO. Aquí hay asiento: ¿qué manda
vueseñoría?

CAPITÁN. Poquitas
usías, porque me enfadan
adulaciones: lo que
pretendo es que me hagan
ustedes merced de darme
dos chismes, que aquí me encargan,
de la mejor calidad,
sin andar en pataratas
de ajustes, según conciencia
de una vez tanto: y en plata,
o en oro de cordoncillo,
para ahorrar peso y palabras.

AMO. ¿Pues qué le encargan a usía?

CAPITÁN. ¡Dale! Un buen corte de bata
de rasoliso extranjero.

ESCOFIET. Le hay de París y de Italia.

CAPITÁN. Mas que sea del infierno,
en gustándole a la dama
que le pide.

ESCOFIET. ¿Y el color?

CAPITÁN. Azul.

AMO. Señal de que es blanca.

CAPITÁN. O negra.

ESCOFIET. Este es primoroso.
(Le presenta una pieza.)

CAPITÁN. ¿Y a cómo vale la vara?

AMO. Todo el corte ochenta pesos.

CAPITÁN. ¿Y cuánto hay?

AMO. Veinte y dos varas.

CAPITÁN. Que sale a cincuenta y cuatro
reales y medio.

AMO. ¡Caramba!
¡Qué contador es usted!

CAPITÁN. ¿Y de ahí cuánto se baja?

AMO. Por ser para usted, se harán
dos doblones de rebaja.

CAPITÁN. Por ser para mí; ¿y si fuera
para otro, cuánto bajara?

ESCOFIET. ¡Ay, señor! Si usté supiera
hasta ponerlo uno en casa
lo que me cuesta...

CAPITÁN. ¡Ay, señora!
Si también usté pensara

lo que le cuesta a un soldado,
que no juega ni hace trampas,
juntar diez y ocho doblones
del triste sueldo que gana.

AMO. ¿Qué más queréis?

CAPITÁN. Un demonio
de esos que ahora se gastan,
a modo de manteletas,
que no sé cómo se llaman,
y es lo mismo que los dengues
antiguos, que antes usaban,
menos las puntas.

AMO. ¿Es esto?
(*Saca un cabriolé.*)

CAPITÁN. Esto será por la facha.
¿Cuánto vale?

ESCOFIET. Treinta pesos.

CAPITÁN. ¿Lo último?

AMO. Aquí no hay baja;
diez y ocho y tres veintiuno.

CAPITÁN. Supongo que está ajustada
la cuenta, como si usted
estuviera ya en la cama
para expirar, aguardando
que el diablo se le llevara.

AMO. Lo propio.

CAPITÁN Pues, hijo mío,
cada uno su alma en su palma.
Aquí está en buena moneda,
y haga usted que me lo traiga
un criado.

ESCOFIET. ¡Hola! ¿Muchacho?

(*Sale el* CRIADO.)

CRIADO. ¿Señora?

ESCOFIET. Toma la capa
y vete con el señor.

CAPITÁN. No es muy larga la jornada.

(*Sale el* ABATE *de priesa, y tropieza.*)

ABATE. ¡Jesús, y lo que he corrido!

CAPITÁN. Pues pare usted, camarada:
que no tengo otras narices
que ponerme, si me aplasta
estas que traigo, que ya
ve usted que no son muy malas.

ABATE. Señor oficial...

CAPITÁN. Abur,
hasta otro día, madama. (*Vase.*)

ABATE. ¿Parece que éste ha pegado?

ESCOFIET. No lleva mala botana.

AMO. ¡Y qué preciado de crudo
es!, y el pobre es un panarra,
que si le pido cuarenta
doblones, también los larga.

ABATE. Gente sin filis, que no
entienden más que de espadas.

ESCOFIET. Sin embargo, bravo susto
os pegó.

ABATE. ¿Quién, él? Dé gracias
a que estoy de buen humor.

(*Sale el* PAJE.)

PAJE. Señora, dice mi ama
que usté es una chapucera;
y que está muy mal lavada
la escofieta; que la cinta
la pidió verde, y es blanca;
se ha puesto como un demonio,
y ha estado para picarla
en el tajo.

ESCOFIET. ¿Y qué? ¿Te ha dicho
que ese recado me traigas?

PAJE. Sí, señora; y la escofieta
que viene aquí maltratada,
no me dejará mentir.

ESCOFIET. ¿Se dará mayor infamia?

JUANA. ¿Qué entenderá de primores
la cochina de su ama?

ESCOFIET. A ella la picaría
yo mejor, si la pillara
en mis uñas.

PAJE. ¡Ojalá!

ESCOFIET. Dame la basquiña, Juana,
que quiero ir a responderla.

AMO. Pues yo no quiero que vayas.

JUANA. ¿Quiere usted que vaya yo
y que le diga dos gracias?

AMO. ¿Y quién es?

ESCOFIET. ¿Quién ha de ser?
alguna doña Fulana
que sabe Dios las camisas
que tendrá.

PAJE. Dos remendadas.

ESCOFIET. Y querrá todos los días
estrenar cofias y batas
a la moda.

PAJE. Usted parece
que la conoce. Así hallara
amigos que se las dieran,
o amigas que las prestaran.

JUANA. Vamos allá: ¿está muy lejos?

PAJE. No, señora. ¡Qué muchacha,
(*Aparte.*)
y qué ocasión!... Pero el caso
es que me coge sin blanca;
pero ella no aceptará:
poco pierdo en convidarla.
(*Vanse.*)

(*Sale un* PAYO *con una excusabaraja.*)

PAYO. ¡Alabado sea el Señor!...
Con efecto, aquí se gastan.

AMO. ¿Qué traes?

PAYO. Vengo a que ustedes
me digan, en confianza,
qué cosa es esta que traigo

en esta excusabaraja.

ESCOFIET. ¿A ver? Es una escofieta.

PAYO. ¡Gracias a Dios! Reventara
el que la puso tal nombre,
que nos hizo volver calvas
en mi lugar las cabezas
de los padres de la patria.

AMO. ¿Pues, de qué nació la duda?

PAYO. Se la regaló a una hidalga
una prima que aquí tiene,
sin decirla por las cartas
otra cosa que *ahí va eso.*
Y aunque ella es bastante sabia,
y conoció que era cosa
de ponerse, no acertaba
adónde: juntó las mozas,
y no acertaron palabra.
Consultó al sacristán, menos;
se juntó el concejo, nada;
y hasta el dómine se estuvo
estudiando una semana;
mas ni en latín ni en romance
se encontró nombre que darla;
porque toditos decían
siempre que se la probaban,
para espuerta de cien reales
en calderilla, es delgada;
para escarpín, es muy corta;
para montera, no encaja;
y así, a costa del común,
resolvieron que yo traiga
el mueble, y vuelva con él
y la respuesta en volandas.

AMO. ¿Quiere usted que se lo ponga
por escrito?

ESCOFIET. ¡Vaya, vaya,
que es caso particular! [cias,

PAYO. No, señor; que yo, a Dios gra-
tengo muy buena memoria:
¿no ha dicho usted escofaina?

AMO. Escofieta.

PAYO. Sí, escofieta:
y ya veo que se planta
como gorro en la cabeza.

AMO. Si quieres, puedes llevarla
puesta, para que en tu pueblo
vean el modo de usarla.

PAYO. No, señor; que yo no tengo
la cabeza de madama
Escofieta: quiera Dios
que me acuerde de nombralla.
(*Vase.*)

(*Salen una* PETIMETRA *y un* MAJO *tuno, de capa, su amigo.*)

MAJO. Entra; guarde Dios a ustedes.

ABATE. A los pies de usté, madama:
tomad asiento.

MAJO. ¿Es usted
(*Al* ABATE.)
el amo de la posada?

ABATE. No, señor.

MAJO. Pues si no, chito.

ESCOFIET. Digan ustedes qué mandan
o qué es lo que piden.

MAJO. Yo
no pido ni mando nada.

ESCOFIET. ¿Pues a qué viene?

MAJO. A pagar
lo que pida esta muchacha.

ABATE. ¡Bello aire!

MAJO. Mejor le tengo
yo; que cuando se desata,
no queda títere en pie
de la primer bocanada.

PETIM. ¿Vienes de mal humor?

MAJO. No,
por cierto: vamos, despacha
y pide.

PETIM. ¿Qué he de pedir?

MAJO. Lo que quieras.

PETIM. Por mí, nada.

MAJO. Mejor; ya hemos despachado
aquí: vámonos a casa.

PETIM. Quédense ustedes con Dios.

ESCOFIET. ¿Pues, a qué ha sido esta en-

PETIM. ¿Nos hemos de ir? [trada?

MAJO. ¿Qué sé yo?
¡Pues, reniego de tu casta!
¿Qué me dijiste anoche
que querías?

PETIM. Una bata
buena, y un par de escofietas,
que es lo que me hace más falta
por ahora.

MAJO. Toma doce,
para que estés equipada
todo el año; y no gastemos
más saliva.

PETIM. Si te enfadas,
nada tomaré.

MAJO. ¡Canario,
y qué paciencia que gastas!

AMO. Venga usté a escoger.

PETIM. ¿No vienes?

MAJO. Yo no soy ciego, a Dios gra-
desde aquí lo veo todo. [cias:

ABATE. Ese que usted le acompaña,
¿es pariente?

PETIM. Sí, señor.

ABATE. Parece garboso.

PETIM. ¡Vaya!
La menor limosna que
da siempre, es una medalla.

MAJO. Señor abate, ¿usted quiere
dejar en paz esa dama,

y cortejar a las suyas?

ABATE. ¿De modo que las palabras
generales, que proceden
sólo de buena crianza,
no imprimen algún carácter?

MAJO. Usted mire que si salta
la cuerda, le puede dar
un zurriagazo en la cara.

PETIM. Estas tres piezas tan lindas
escojo.

MAJO. Pues a pagarlas.
Ajusta y venga la cuenta.

PETIM. Esta escofieta me agrada.

ABATE. Como hecha en París: ved este
buen gusto y esta elegancia.

MAJO. ¿Se sabe ya cuánto debo?

AMO. Esto, haciendo cuanta gracia
es posible, importa ochenta
doblones y tres de plata.

MAJO. El pico me ha jorobado.

(*Saca un bolsón.*)

AMO. ¡Fuego, y qué lagarto!

MAJO. Vaya
usted contando.

(*Salen el* PAJE *y* JUANA.)

JUANA. ¡Ay, señora;
que vengo tan sofocada!...

ESCOFIET. ¿Pues qué ha habido?

JUANA. ¡Qué mujer
tan rdícula!

PAJE. ¡Qué brava
función he tenido!

ESCOFIET. En fin,
¿quedó la cofia?

JUANA. Y pagada.
¡Pues, digo! ¿He nacido yo
muda, ni tampoco manca,
para sacarle el dinero
de las gabetas del alma?

ANTONIA. ¿Pues qué ha habido?

PAJE. Para eso
yo que no perdí palabra.

ESCOFIET. Breve.

PAJE. No fué largo el paso,
pero bonito. En sustancia,
entró esta niña con sorna;
apenas la vió mi ama,
cuando se impuso; empezó
a decirla unas cosazas,
que si hubiera sido ésta
cosa que a mí me tocara,
me pierdo; pero como ella
no querrá tocarme nada,
tampoco quise perderme,
y dejé que se pelaran.
Entró en esto un caballero
que suele ir a mi casa,
tan bueno como el buen pan,
pues muchos días lo paga;
y al ver la cofia, empezó
a decir: "¡Qué bien montada!
¡Qué linda! Parece nueva."
Con lo que quedó mi ama
satisfecha; y no tan sólo
dió en lo que estaba ajustada,
sino una peseta más
a la niña, por llevarla;
y a usted le envía las cuatro
pesetas, y muchas gracias.

MAJO. Vamos de aquí.

(*Salen un* MERCADER *y el* CAPITAN, *vestidos de mercaderes.*)

CAPITÁN. Poco a poco,
todos detengan la planta.

AMO. Adiós, señor don Antonio.
¡Cuidado, chita callanda!

MER. Pues qué, ¿pretende que yo
sea encubridor de faltas?

CAPITÁN. ¿Qué lleva usted, señorita?

MAJO. Lleva cuatro zarandajas
que ha comprado.

CAPITÁN. Que las deje;
pues he sabido, por rara
casualidad, que estas telas
y géneros son de España,
y de la calle Mayor.

MER. Como que han sido compradas
en mi tienda antes de ayer;
y aún por eso recataba
su casa el amigo.

CAPITÁN. Vamos
soltando a todos la plata.

AMO. Usted mire lo que dice...

CAPITÁN. ¿Y aún me replica el canalla?
Apare. (*A palos.*)

ABATE. Yo voy a ver.
si hay quién me preste una es- [pada.
(*Vase.*)

AMO. Señor, yo escarmentaré;
pero diga usté a las damas
ridículas de Madrid
y petimetras, que no hagan
asco de todas las cosas
nuestras; pues su extravagancia
les hace a veces mentir
a muchos por despacharlas.

MER. ¿No hay un alcalde?

ESCOFIET. ¡Por Dios,
que aquesto de ahí no salga!

PETIM. ¡Jesús, qué lance! Perico,
(*Al majo.*)
que saquen un vaso de agua.

PAJE. No, señores; que dirán
que la han traído de Irlanda,
y os pedirán un doblón

	por ella, y dos por sacarla.
CAPITÁN.	¿Se enmendarán?
A. Y E.	Al instante.
CAPITÁN.	Pues con aquesto se acaba;
	y si la idea parece
	demasiado ponderada,
	por lo que tiene de cierto
	no dirán que ha sido falsa.

143

Los escrúpulos de las damas

Sainete

para la compañía de Rivera

1773 (1)

(Salón corta. Sale la Sra. MARIA PEPA, *de criada, muy acelerada, y luego el pajecillo, que le hará el chica.)*

M. P.	¿Manolito, Manolito?
	¿Mas que ha cogido la rauta
	este mocoso? ¿Manuel?
CHICO.	Aquí estoy en la antesala; *(Dentro.)*
	¿qué manda usted?
M. P.	Ven acá.
	(Sale el chico.)
CHICO.	No es tan grande la distancia
	desde la antesala aquí,
	para que usted se cansara
	en ir a darme el recado.
M. P.	No seas bachillero, anda
	y di al médico se venga
	contigo a ver a mi ama;
	porque después de comer
	se ha puesto desazonada
	de muerte.
CHICO.	Sí, que a estas horas
	estará el doctor en casa.
M. P.	Pues buscarle donde esté.
	¿Adónde vas?
CHICO.	Por la capa
	allá dentro.
M. P.	¡Qué pesado
	eres!
	(Sale ESPEJO.)
ESPEJO.	¿Qué es aquesto, Juana?
M. P.	Corre, muchacho.
	(Chico, de capa, que va a salir de casa.)
CHICO.	Señor,
	que dice que está muy mala
	mi señora, y que le llamen.
ESPEJO.	¿Al confesor? Ve en volandas.
M. P.	¿Al confesor? ¡Dios nos libre!
	Dice al doctor.
ESPEJO.	Pues no vayas,
	que ella se pondrá mejor
	para el baile de mañana.
FIGUERAS.	¡Juanilla! *(Dentro.)*
M. P.	Ya voy, señora.
	Sin duda su mal se agrava;
	dígale usted que despache.
	¡Ama mía de mi alma! *(Entrase.)*
ESPEJO.	Ves al instante, no sea
	que alguna vez entre tantas
	como se queja de vicio
	diga verdad; pero, aguarda.
	¿En la función de ayer noche,
	hizo alguna extravagancia
	en cuanto al baile o la cena?
CHICO.	Yo no vi que hiciese nada
	su merced, sino lo que hace
	en cuantas funciones se halla.
	Bebió solamente cuatro
	cuartillos de leche helada,
	bailaría sólo trece
	o catorce contradanzas,
	y aunque es verdad que cargó
	de fiambres y de pastas,
	al cenar no probó el caldo,
	ni otra cosa de substancia:
	conque nada de esto es
	irregular en mi ama.
ESPEJO.	¿Oyes? ¿Y estuvo contenta?
CHICO.	Mucho; más que las tres pascuas
	del año.
ESPEJO.	¿Y con quién habló?
CHICO.	Yo no reparé que hablara
	con nadie más que con uno,
	que no sé cómo se llama;
	y eso con tanta prudencia
	que no se oía palabra.
ESPEJO.	Está bien; anda corriendo
	y que venga, si le hallas,
	el doctor; Dios le dé el tino
	que desean los que cazan.
CHICO.	¡Maldito si yo le busco
	más, como no esté en su casa! *(Vase.)*
ESPEJO.	¡Oh, mundo! Nuestras mujeres
	se divierten y se hartan,
	y los médicos nos purgan
	a nosotros de la plata.

(1) Bib munic.; leg. 1-164-41. Autógrafo de 1773 y otros varios manuscritos antiguos de la misma época. Se estrenó el 9 de Febrero de dicho año 1773

(*Vuelve el chico.*)

CHICO. Aquí están estas señoras;
avise usted a mi ama,
señor, que yo voy a esotra
cosa de más importancia. (*Vase.*)

(*Salen de basquiñas y mantillas las Sras.* JOAQUINA *y* TORDESILLAS, *con* EUSEBIO, SORIANO *y* TADEO.)

JOAQUINA. ¿Qué es esto que nos ha dicho
el paje? ¿Qué tiene Pacha?

EUSEBIO. No será mal de cuidado,
cuando ha tomado la capa
ya el señor don Serafín
para ir a paseo.

ESPEJO. Estaba
para marchar, cuando oí
que al pajecillo enviaban
por el doctor; pero yo
no sé el motivo que haya.

JOAQUINA. ¿Y estáis con esa paciencia?
¡Bueno! Si a mí me pasara
tal cosa con mi marido,
al punto me divorciaba.

ESPEJO. Ella dijo que venía
del baile desazonada,
esta mañana a las cuatro.
Se metió luego en la cama,
durmió hasta las doce y media,
la despertó la criada
para ir a misa; y aunque
se vistió de mala gana,
luego no fué, porque dijo
que estaba muy resfriada,
y la humedad de las calles
era capaz de matarla.

SORIANO. ¿Y tenía calentura?

ESPEJO. No, señor; pero se hallaba
un teólogo a la violeta
a la sazón en la sala,
que expuso opiniones tan
seguras como adecuadas,
para sosegar los nimios
escrúpulos de las damas.

JOAQUINA. ¿Y comió?

ESPEJO. No comió más
que de lo que le gustaba.

TORD. Y qué, ¿se ha vuelto a acostar?

ESPEJO. Discurro que sí... ¿Muchacha?

M. P. ¿Vino el médico, señor?
(*Acelerada.*)

ESPEJO. No; di que están estas damas
y estos señores aquí.

M. P. ¡Ay, señoras, y qué mala
está su merced!

JOAQUINA. ¿Qué tiene?

TADEO. ¿Qué ha de tener? Derrengada
de lo que anoche bailó. (*Aparte.*)

SORIANO. O ahita; pues la ensalada
de coliflor que le eché
no cabe en una banasta.

M. P. Y le dan unas congojas
revueltas con unas ansias,
que parece que va a dar
a su Criador el alma.

ESPEJO. Dichosa ella.

JOAQUINA. Pues dile
que no quiero incomodarla;
que si se le ofrece algo,
avise.

TORD. Y dígale cuanta
pena llevamos de que
no esté bien dispuesta para
una broma que se ha
dispuesto entre los de casa
de repente.

SORIANO. ¿De repente?
Si lo oye, se pone sana.

FIGUERAS. Juanilla, ¿quién ha venido?
(*Dentro.*)

M. P. Mi señora doña Clara,
su hermana y unos señores.

FIGUERAS. Pues diles que no se vayan,
(*Dentro.*)
que quizá su compañía
me aliviara. Daca, daca
la manteleta y zapatos.

JOAQUINA. Hija, ¿por qué te levantas?
Mejor estás recogida.

ESPEJO. ¿Oyendo que ustedes tratan
de broma, se estará ella
recogida? Dos de plata
y tres costillas apuesto,
que es la primera que danza.

JOAQUINA. ¡Pobres mujeres; de todo
hemos de ser murmuradas!

EUSEBIO. No todo: bien sabe usted
que muchas cosas se callan.

(*Sale la Sra.* FIGUERAS, *desdeñosa, con cabriolé, sostenida de la* MARIA PEPA.)

FIGUERAS. ¡Ay, hijas; que solamente
por vosotras me animara!
¡Qué noche he pasado!

SORIANO. Eso
ya lo oímos.

FIGUERAS. ¡Qué mañana!
os quise decir.

ESPEJO. Durmiendo,
tendida como una rana.

FIGUERAS. Os juro que no sé dónde
tengo la cabeza.

JOAQUINA. Vaya;
siéntate, no estés en pie.

FIGUERAS. Llega unos asientos, Juana
y siéntense ustedes.

ESPEJO. Hija,
mejor estás acostada,

por si te mandan sangrar.
FIGUERAS. Ya puedes coger la rauta
y marchar a tu paseo.
ESPEJO. ¿Yo, mujer?...
FIGUERAS. ¿No veis qué cara
pone porque una se queja
tal vez? Y es por la rabia
del qué dirán, si los ven
salir, cuando una está mala.
Pues hombre, vete y no vuelvas
hasta que te dé la gana,
que yo ponderaré a todos
que ha sido fuerza que salgas
a una diligencia: ¿quieres
más?
ESPEJO. No, que bastante cargas.
JOAQUINA. No te apures.
FIGUERAS. Si le tienen
a una la sangre quemada.
JOAQUINA. Si es providencia de Dios,
según lo que a las casadas
nos sucede, que vivamos
arriba de tres semanas
en poder de los maridos.
ESPEJO. La otra por dónde salta,
y un cañón de artillería
no es capaz de derribarla.
FIGUERAS. Teresita, ¿qué era eso
que le decías a Juana
dispuesto para esta noche?
TADEO. Una bonita humorada.
JOAQUINA. Pues no la digan ustedes;
porque no pudiendo Pacha
acompañarnos, por mí
les recojo la palabra. [cidla.
FIGUERAS. De algo se ha de hablar; de-
EUSEBIO. Señora, que a esta madama
le han regalado un pernil
cocido, y una gran tarta
de dulce; un pavo fiambre,
vinos y otras zarandajas,
creyendo que era esta noche
la fiesta que proyectada
está para el día veinte.
Conque en estas circunstancias
se ha dispuesto que se junte
la gente de confianza
a las ocho: que a las nueve
con solemnidad se haga
el entierro.
ESPEJO. Yo a ninguno
voy; pero a ese no haré falta.
SORIANO. Y que prontos a las diez
un par de simones haya
a la puerta, que nos lleven
al coliseo en volandas
a digerir.
ESPEJO. Yo no sé
digerir sino en la cama.
FIGUERAS. ¡Buen pensamiento!
ESPEJO. ¿Qué tal,
hija; estás más alentada?
FIGUERAS. Mejor tengo la cabeza.
ESPEJO. Ya se conoce en lo que hablas.
FIGUERAS. ¿Por qué?
ESPEJO. Porque hablas más claro.
TORD. ¿Qué tal fuera te animaras
y vinieras?
FIGUERAS. No, no puedo;
de veras, que estoy muy mala.
JOAQUINA. Mira, en cenando poquito
y en estándote sentada
después...
FIGUERAS. No seais tentaciones.
JOAQUINA. Vamos, anímate.
LOS 3 PET. Vaya.
ESPEJO. Es una locura: ustedes
hacen mal en porfiarla;
cuando ella envía a llamar
al doctor, sin duda hay causa.
FIGUERAS. Pues no la hay, gracias a Dios.
ESPEJO. Si no, ¿para qué le llamas?
FIGUERAS. Porque tenemos encima
ya la cuaresma; me daña
la comida de pescado
y quiero ver si me saca
del escrúpulo que tengo
de comer, estando sana,
carne en día de vigilia.
JOAQUINA. ¡Oh! ¿Y qué tal tiene la man-
tu médico? [ga
ESPEJO. Cada una
es como una plaza de armas.
JOAQUINA. Pues el mío es un doctor
tan ridículo, que en casa
a todos hace ayunar.
TORD. ¡Ay, madre! Yo me alegrara
que ahora viniera el de acá,
a ver si a mí me sacaba
de otro escrúpulo también.
FIGUERAS. ¿Y cuál es?
TORD. Que no me agrada
el ayunar; y porque
no hay otra más delicada
de estómago.
FIGUERAS. Ahora vendrá.

(*Dentro* POLONIA *y* SANTISTEBAN.)

POLONIA. ¡Limitas dulces!
SANT. ¡Naranjas!
JOAQUINA. Mi naranjera.
FIGUERAS. También
lo es mía.
JOAQUINA. Llámala, Juana.
FIGUERAS. Y di que suba.
ESPEJO. ¡Mujer!...

FIGUERAS. ¡Marido! ¿A qué hora te mar- [chas
y nos dejas? Pero, tente;
que es preciso que me traigas
cintas para el dominó;
que ya con las encarnadas
me conocen a la legua,
y las quiero llevar blancas.
ESPEJO. ¡Mujer, si es día de fiesta,
las tiendas están cerradas
y no se puede comprar
ni vender!
FIGUERAS. ¡Que tú me salgas,
sabiendo lo escrupulosa
que soy, con la pampingrada,
es lo que extraño! Anda, ve
a la tienda de la plaza,
donde yo saco, que allí
saben que las parroquianas,
aunque sea el día del Corpus
deben ser privilegiadas.
TADEO. ¿Y eso vale?
SORIANO. Hay un arbitrio
bueno.
FIGUERAS. ¿Cuál es?
SORIANO. No pagarlas;
con eso no se reirá
el diablo de la ganancia
del mercader; y usted hace
cuenta que son regaladas.
FIGUERAS. Dice bien.
ESPEJO. Estos son los
escrúpulos de las damas.

(*Sale la Sra.* BORJA, *del mismo modo* VICENTE *y* BALTASAR, *paje.*)

BORJA. ¿Qué es esto, amiga? Que he [visto
a tu doncella asomada,
y me he asustado.
FIGUERAS. ¿Por qué?
BORJA. Porque dice que estás mala.
VICENTE. Serán resultas de anoche.
(*Aparte.*)
JOAQUINA. Ya está mejor, a Dios gracias.
FIGUERAS. Siéntate.
BORJA. Puedo estar poco,
que se me ha ido una criada,
y como la otra es bonita
y está sola, estoy en brasas.
ESPEJO Dice bien.
VICENTE. Que vaya el paje
y se quede a acompañarla,
que aquí tendrá usted de sobra
criados, cuando se vaya.
BORJA. No, que yo me iré temprano.
JOAQUINA. Justamente yo pensaba
en ir por ti.
BORJA. ¿Para qué?
JOAQUINA. A que nos acompañaras
a la máscara esta noche.
BORJA. ¿Estando fuera de casa
mi marido, y de Madrid,
dejar sola a una criada?
BALTASAR. ¿No estoy yo aquí?
BORJA. Eso sería
quedar peor acompañada;
es asunto escrupuloso.
ESPEJO. Al cabo de la jornada
ella echará, como todas,
escrúpulos noramala.

(*Sale* MARIA PEPA.)

M. P. Ya están aquí estas mocitas.

(*Salen las Sras.* POLONIA *y* SANTISTEBAN, *de limeras.*)

POLONIA. Dios sea en aquesta casa.
JOAQUINA. ¡Ea, la gente del bronce!
SANT. ¿Qué le hemos de hacer, mi [ama?
No todos hemos nacido
para *feguras* de plata.
FIGUERAS. ¿Qué hay, Paquilla?
POLONIA. ¡Tanto bueno!
Vamos, señora tocaya,
que hoy vienen de fantasía.
SORIANO. Pequeñas son las naranjas.
POLONIA. Es que no son de la casta
de los naranjos de aquí,
que seis hacen una carga.
EUSEBIO. ¡Chúpate esa!
POLONIA. Aquí no hay
que chupe: en la Cava Baja
y en Leganitos hay dos
cantarillas preparadas
de miel para los golosos.
FIGUERAS. Digo, no hay que provocarlas,
porque ellas responderán.
SANT. O no; porque algunos hablan
a ocasión que estamos sordas
o que estamos ocupadas.
FIGUERAS. ¡Qué pocas limas traeis!
SANT. Y esas vienen reservadas
para usted.
POLONIA. A medio real
un señor me las pagaba,
que iba bien acompañado.
¡Vaya, que era buena dama,
no agraviando a nadie! Digo,
¡y qué ojos que las echaba
la tal moza!... ¡Pero, quiá!
¡Si vale más mi palabra
que todo el oro del mundo!
M. P. ¿Conque éstas son para casa?
ESPEJO. No todas.
FIGUERAS. Y más que hubiera.
ESPEJO. ¿Y a cómo?
POLONIA. Ya están pagadas.

ESPEJO. ¿Quién nos hace la merced?
FIGUERAS. No seas parlera, muchacha.
POLONIA. Me prestó cuatro pesetas
la otra tarde mi tocaya,
y se desquitan en limas.
¿No es verdad, señora Juana?
M. P. Por cierto que yo presté
a su mercé un real de plata,
que no tenía bastante
suelto.
ESPEJO. Mujer, que estás mala;
no comas eso.
FIGUERAS. Ni hay cosa
mejor que las limas para
la digestión.
EUSEBIO. Conque, chicas,
ya quedais desocupadas
por esta tarde.
POLONIA. Conforme;
que aún puede ser que nos caiga
que hacer, si usted nos convida
a la fonda.
EUSEBIO. ¡Si no hay blanca!
POLONIA. Pues aquí hay diez pesos gordos
todavía, y veinte en casa
para pagar por usted.
SANT. ¡Arbol de mucha hojarasca,
bien dicen que poco fruto!
A este asunto digo, Paca,
que bien venían aquellas
seguidillas que tú cantas.
POLONIA. ¿Las del privilegio del
comercio de las naranjas?
SANT. Pues.
POLONIA. Como que dicen una
verdad en cada palabra.
SORIANO. Bailadlas, chicas.
SANT. No hay son.
POLONIA. Para bailar son muy largas.
SORIANO. Cántalas.
POLONIA. ¿Lo manda usted?
SORIANO. Y lo rogaré a tus plantas.
POLONIA. Me sé yo tener derecha,
no necesito peana.
FIGUERAS. ¿Conque, cantas?
JOAQUINA. Días ha
sé yo que tiene esa gracia.
FIGUERAS. Yo quiero oirte.
POLONIA. Acabóse;
una vez que usted lo manda
no hay que replicar; chitito,
y oigan estas dos palabras.
(*Canta.*)
Aunque muchos comercios
mejores haya,
yo me atengo a mis limas
y mis naranjas.

(*Sale acelerado el chico trayendo a* RUIZ, *de médico.*)

CHICO. Aquí está el médico ya;
las piernas traigo quebradas.

(*Sale* RUIZ.)

RUIZ. ¿Se ha muerto ya esta señora?
FIGUERAS. ¡A fe que es buena la entrada!
RUIZ. Según la prisa y el susto
con que el chico me arrastraba,
creí que era un accidente.
ESPEJO. No, señor; lo que le daña
es dar en escrupulosa
sin pensar en ser beata.
FIGUERAS. Siéntese usted aquí en medio,
señor don Juan de mi alma,
y dígame: ¿la cuaresma,
que sabe usted que es tan larga
este año como todos,
podré dejar de ayunarla
y comer carne?
RUIZ. Veremos.
JOAQUINA. Lo cierto es que ella está mala.
RUIZ. ¿A ver el pulso?... ¡Hola, hola!
que tiene usted destemplanza.
JOAQUINA. ¿Y yo, señor doctor?
RUIZ. Luego.
¿A ver la lengua?... Cargada
está: soy de parecer
que usted se meta en la cama.
FIGUERAS. Es que esta noche tenía
algo qué hacer. (*Aparte.*)
RUIZ. Pues mañana.
JOAQUINA. O el miércoles de ceniza,
que queda desocupada
por mes y medio.
ESPEJO. Compadre,
crea usted que le llamaba
porque se siente indispuesta.
Clarito, no hay que adularla;
si está mala, que se cure.
FIGUERAS. ¡Hombre, no has de ser macha-
¡Si digo que estoy mejor! [ca!
SORIANO. Y con cuatro contradanzas
se pone buena del todo.
RUIZ. Pues, ¿y para qué me llaman,
teniendo ustedes receta
tan segura y tan barata?
FIGUERAS. Si era para lo que digo.
JOAQUINA. ¿Y yo que estoy desganada,
podré dejar de ayunar?
RUIZ. Tal cual día a la semana.
JOAQUINA. ¿Y esta chica?...
TORD. ¡Si usted viera
el flato que me levanta
el abadejo!
RUIZ. Comer
buen carnero y buena vaca.
BORJA. ¡Ay qué médico tan bello!

Perdonad la confianza.
Yo que tuve a la mitad
de la cuaresma pasada
un dolor en este brazo,
y que tengo la desgracia
de que el día que no almuerzo
cuatro veces y otras tantas
no meriendo, me desmayo,
¿qué haré?

RUIZ. Llenar bien la panza
al mediodía, y hacer
colación algo romana.

BORJA. No creo que ha de bastar
con eso.

RUIZ. Pues si no basta,
hacer sola una comida
desde el amanacer hasta
que os acostéis, y cumplís
con lo que el precepto manda.

SANT. Señor doctor: yo que soy,
aunque pobre, delicada
de estómago, y muchas veces
ni mi marido lo gana,
ni yo tengo qué comer
las horas acostumbradas,
¿qué debo hacer?

RUIZ. Ayunar
o morirse.

POLONIA. Eso me agrada.

SANT. ¿Por qué, señor?

RUIZ. Porque así
la ley de pobres lo manda;
y el mundo añade en sus glosas
no se les indulte nada.

SORIANO No faltaba más sino
que también ellas gozaran
privilegios de señoras.

POLONIA. Como soy, que me da gana
de coronar al doctor
en la calle, de pedradas.

FIGUERAS. Vamos a nuestro negocio.

SORIANO. Oiga usted cuatro palabras,
y perdone usted.

RUIZ. ¿Qué cosa?

SORIANO. Yo, que tuve unas fulanas
este otoño, que me dieron
quehacer catorce semanas,
¿podré comer carne en viernes?

RUIZ. ¿Pero cómo se llamaban
de nombre esas mis señoras?
¿Eran Pepas, Nicolasas,
Antonias o Catalinas?

SORIANO. Me da vergüenza nombrarlas.

RUIZ. Vaya, que yo no me asusto.

SORIANO. Señor, unas almorranas.

RUIZ. ¡Pólvora, que hacen rabiar
al hombre cuando se arraigan!

SORIANO. ¿Y qué haré?

RUIZ. Comer picante,
sentarse en duro y rascarlas.

SORIANO. Está bien.

ESPEJO. Usté está loco,
mi doctor; ¿cómo las manda
que coman carne y no ayunen?
¿No advierte usted que le en-
en cuanto dicen? [gañan

RUIZ. Es cierto,
pero si yo lo negara,
se lo concediera otro;
y es preciso contemplarlas,
amigo; porque sin ellas,
con dos médicos bastaba
en la corte, y otros dos
en lo restante de España.

FIGUERAS. Esto está determinado.
(Se levantan.)

BORJA. Es preciso que te vayas
(A BALTASAR.)
a cuidar toda la noche
tu compañera y la casa.
Duerme en la antesala tú,
y prevenle a la muchacha
cierre las puertas de enmedio,
de la alcoba y de la sala.
¡Cuidado!

BALTASAR. Piérdale usted
y no recele de nada.

ESPEJO. ¿Y el escrúpulo, señora?

BORJA. ¿He de estarme yo encerrada
por miedo de los criados?
Ellos cuidarán su alma.

FIGUERAS. Por lo que dice mi esposo
yo no fuí esta mañana
a misa; ¿cómo he de ir
a función...?

SORIANO. Eso se salva
con ir de noche, y así
no habéis salido de casa
en todo el día. *(Vase.)*

FIGUERAS. Es verdad.

SANT. Mujer, como soy yo maja,
que tu *concencia* y la mía,
si esto es bueno, no son malas.

POLONIA. ¿Qué han de ser? Aquí no hay
[más
que un poco de lengua larga;
estafar algún dinero
a quien todo lo malgasta,
y querer algún embite
cuando son buenas las cartas.

LAS DOS. Adiós, señores, que es tarde...
(Vanse.)

FIGUERAS. Hasta otro día, muchachas.

VICENTE. Con todo, me parecía
más acertado, madama,
que llevase usted la chica
a la función: y quedara

el paje bien encerrado,
puesto que es de confianza.

BORJA. Bien, como yo me divierta,
no hay inconveniente en nada.

FIGUERAS. ¿Queréis merendar natillas,
chicas?

ESPEJO. ¿Después de naranjas?

JOAQUINA. ¿Y qué importa?

RUIZ. Dicen bien.

ESPEJO. Si eran como perros de agrias,
¿no se ha de cortar la leche?

RUIZ. Es que cuanto más cortada
la leche, podrá mejor
facilitar su jornada.

TODOS. Vamos.

ESPEJO. Ved lo que son los
escrúpulos de las damas.

RUIZ. Ellas saben que esta idea
tiene muy poco de falsa.

FIGUERAS. Pase por chasco del tiempo (1)
si les parece matraca.

TODOS. Y vaya de tonadilla
con que se cierre la plana.

144

Los hombres solos

Sainete

para la Compañía de Martínez

1773 (2)

Lucía	Granadina (M. de la Chica).
Felipa	Raboso (Mariana).
D.ª Matilde	Pereira (Sebastiana).
D.ª Frasquita	Guzmana (M. de Guzmán).
Juanillo, criado	Garrido (Miguel).
Don Lucas	Martínez (Manuel).
Don Pedro	Galván (Vicente).
Barbero	Coronado (Diego).
Peluquero	Guzmán (Bernardo).
Paje	Ramos (Juan).

En casa de hombres solteros
ama de llaves muchacha,
o ha de abusar de las llaves,
o ha de quedarse por ama.

(*La escena en una sala de la casa de los dos caballeros. Para empezar se levantará el telón y estará el teatro de salón corto, que represente cuarto de dos caballeros solteros, con algunas sillas, mesa, etc.* D. PEDRO *se estará afeitando por* BARBERO, *y* D. LUCAS *paseándose impaciente de bata y gorro;* JUANILLO *entrará y saldrá de criado, limpiando algún vestido, sombrero, etc.*).

MARTÍNEZ. ¿Juanillo? ¿Sabes si el diablo,
se ha llevado al peluquero?

GARRIDO. No será difícil, como
desde anoche se haya muerto.

MARTÍNEZ. ¿Que siempre que tenga un [hombre
que hacer hayan de ser lerdos,
ustedes?

CORONADO. Para eso el día
que tienen ustedes sueño,
los despertamos temprano.

GARRIDO. ¡Bien haya nuestros abuelos,
que con menos tocador
y desperdicio de tiempo,
iban más guapos y más
galanes que Gerineldos!

GALVÁN. ¿Qué hora será ya?

CORONADO. Las ocho.

GALVÁN. Pues a las nueve me temo
que han de estar aquí mada- [mas.

MARTÍNEZ. Las once han de dar primero
que vengan. Uno de los
principales privilegios
de la damería es
no madrugar.

GARRIDO. Con todo eso,
cuando ellas tienen que hacer
algún negocio de aquellos
que les acomodan, suelen
madrugar más que un trapero.

CORONADO. ¿Tienen ustedes visitas
de mozas?

MARTÍNEZ. Con más respeto
las trata.

CORONADO. ¿Pues qué, son viejas?

MARTÍNEZ. Son damas, que a nuestro rue- [go,
sin que sirva de ejemplar,
vienen a favorecernos.

CORONADO. Pues ustedes me perdonen;
porque yo cuando las veo
ir a casa de hombros solos,
no formo muy buen concepto.

MARTÍNEZ. Tampoco les hará falta
para nada el de un barbero.

GARRIDO. Sin embargo, no quisiera
por enemigos tenerlos;
porque a veces la opinión
de un barrio consiste en ellos.

GALVÁN. ¿Vamos?

CORONADO. Muchas con salud.
(*Acaba de afeitar*)

GALVÁN. ¿Tiene usted prisa, maestro?

CORONADO. No, señor; si se ofrece algo,
aquí me tienen dispuesto
a todo.

GALVÁN. Pues quizá puede
sernos aquí de provecho
para que ayude a Juanillo,

(1) Tiempo de Carnaval.
(2) Tomo VIII de la Colección publicada por el autor; reimpreso por Durán y suelto. (Valencia, Esteban, 1817; y Valencia, Orga, 1811: ambos en 4.º). En la Bib. munic. (leg. 1-156-12) hay un manuscrito antiguo con las aprobaciones y licencias de 2 de Octubre del 1773, que sería, días después, la fecha del estreno.

si se ofrece traer almuerzo
de la fonda, o unos dulces.

GARRIDO. Eso había de estar hecho,
o a lo menos prevenido
desde anoche.

MARTÍNEZ. Lo más cierto
será que no tomen nada;
ya lo verás.

GALVÁN. Por lo menos
que destrocen un jamón:
prevengan unos torreznos,
dulces, rico chocolate
y bizcochos; no quedemos
corridos como unos monos
si aceptan algo.

MARTÍNEZ. Yo apuesto,
a que ni aun agua nos piden
ni toman un caramelo,
los dos ojos y esta mano.

GALVÁN. Pues quedarás manco y ciego.

CORONADO. Ellas jamás hacen gustos,
ni de balde ni completos.

GALVÁN. Digo, ¿y has contado con
nuestra mujer de gobierno?

MARTÍNEZ. Hará lo que se le mande.

GALVÁN. Conforme la coja el viento:
¿de qué humor se ha levantado
hoy, Juanillo?

GARRIDO. De perverso.
Yo me estoy sin almorzar
por no pedírselo; y eso
que le tengo dadas pruebas
de que soy buen compañero.

CORONADO. Porque yo quise poner
el escalfador al fuego
mientras usted se vestía,
agarró un tizón ardiendo,
y si me descuido un poco,
me afeita ella a mí primero.

MARTÍNEZ. Sin embargo, llámala.

GARRIDO. Aquí está ya el peluquero.
(*Vase*)

(*Sale* GUZMÁN)

GUZMÁN. *Alon, monsiú,* perque a mucho
de afer oyurduí (1).

MARTÍNEZ. ¿Conque ello,
yo he de ser todos los días,
el que peinéis el postrero?

GUZMÁN. No, monsiur, perdonvosté,
que *vusté* estar el *primiero*
dan la estimación de *mua*:
come votre tres atento,
tres obeisant serviteur:
(*Cortesías*)
verra cuánto ben le peño (1).

MARTÍNEZ. Hijo, menos cortesías
y vamos breve y ligero.

GALVÁN. Peinadle a perfección
porque hoy es día de empeño.

GUZMÁN. ¡Oh, sí, sí, *parfetemant; ne pasé vu la pena; malgré de tus mes afers epuvantables je peñeré a monsieur come un Apollon* (2).

CORONADO. Sí que se parece a Apolo,
en lo rubio con extremo.

GUZMÁN. *¡Voyé, monsiú, quil pomad!*

MARTÍNEZ. ¿Qué pomada? Despachemos
y más que me untes con pez.

GUZMÁN. *¡Qui, monsiú!*

MARTÍNEZ. Sin cumplimientos.
(*Hablando de taravilla*)

GUZMÁN. *Apropó de cumplimant: Madam la marquis de los Aquencos, me ha prié, de vu dir, qui ell vus atand le soar a la Comedí; ell è bien peñé; tre bien peñé, ma foa; il ni a pa deperruquié puls (sic: plus) horox que mua dan la cour, je peñé trua duchés, quatre comtes, Marquis, y è mil outres dames* (3).

MARTÍNEZ. ¿Quieres peinar y callar,
hombre?

(*Sale* GRANADINA)

GRANAD. ¿Qué quiere el concejo.
que necesita en persona
mi asistencia?

(*Sale* GARRIDO)

GARRIDO. ¡Aquí te quiero!

(1) En el texto manuscrito están estos dos versos así:
Alon, monsiur, porque
hay grande priesa.

(1) En la estimación de mua,
servitor, criado vuestro.
(2) Oh, sí, si, parfetemant
a pesar de mis quehaceros
espantables, voy peñarle
como un Apolon del cielo.
(3) Don Ramón redujo a prosa, al imprimir este sainete, lo que en el primer texto había escrito en verso, en la forma siguiente:
GUZMÁN. Apropó de cumplimant,
la Marquis de los Aquencos
me ha prié de vus disir
qui vus atand san remedio
a la comedi esta noche.
¡Oh, qui piñado superbo
porta! Mucho bien piñada.
Ma foá no estar perruquiero
come yo an Madrit; monsiur
nan puls fatigue: e yo peño
truas duchés: dis conteses,
treint marquis y chinquichento
parroquiana de bon gusto
quit toda tiñer cortico:
ma la melió di esa estat
la Duchese dil Coneco.

CORONADO. Pocas criadas hay de éstas
en las casas que yo afeito.
GARRIDO. Pues yo, en las más que he
[servido,
las encontré de este genio.
MARTÍNEZ. Señora doña Lucía:
es preciso echar el resto
de sus primores de usted,
y que tenga con aseo
prevenida una salvilla,
los vasos y los cubiertos;
porque vendrán unas damas
quizás a favorecernos
y es preciso quedar bien.
GRANAD. Pues muy mal día escogieron
de venir esas señoras.
GALVÁN. ¿Y por qué?
GRANAD. Porque yo tengo
que salir precisamente
esta mañana.
MARTÍNEZ. ¿Podemos
saber a qué?
GRANAD. A visitar
también a otro caballero,
que me tiene prevenido
chocolate con pan tierno.
MARTÍNEZ. ¿Y quién te ha dado licencia
de que salgas?
GRANAD. En no haciendo
cuenta de volver aquí,
para irme yo me la tengo.
MARTÍNEZ. Ni la tienes, ni te irás
y harás cuanto te mandemos.
GRANAD. ¿Yo? ¡Qué gracioso está usted!
¿Y me lo dice usted serio?
Si me he puesto yo a servir
en casa de hombres solteros
por no aguantar amas, vean
cómo aguantaré cortejos
de mis amos, y servirlas
para que vayan haciendo
burla de mí, y esta noche
se publiquen mis defectos
en la tertulia! ¡Un demonio
para ellas, y cuatrocientos
para usted!
MARTÍNEZ. Hazte cargo
de que éste ha sido un obsequio
a estas señoras preciso;
porque anoche nos dijeron
que pasaban por aquí
a la vuelta del convento
donde van a confesar.
GRANAD. ¿Y a qué vienen aquí luego?
¿A cumplir la penitencia,
o a ganar el jubileo?
MARTÍNEZ. No seas loca.
GALVÁN. Ella hace bien;
y la culpa de todo esto
la tiene usted, que le da
tantas alas: ¿En un pueblo
como éste faltarán otras
criadas de más talento
y más juicio que nos sirvan?
Yo te perdono dos pesos
que tienes adelantados,
si quieres irte al momento:
no haces maldita la falta,
adiós, y cuanto más presto
mejor.
MARTÍNEZ. ¿Ves a lo que has dado
(*A la* GRANADINA)
lugar? Calla y vete adentro.
GRANAD. ¿Cree usté que yo soy mujer
que treinta reales que debo
a un usía miserable,
no puedo pagarlos?
MARTÍNEZ. Quedo.
GRANAD. Vuélvame usted lo demás
de esa onza de oro.
GALVÁN. Por esto
la despidiera yo solo.
GRANAD. Pues sería caso nuevo
en Madrid el despedir
porque se muestra dinero.
Tómele y no se asuste;
que si usted no tiene suelto
para darme lo que resta,
otro día nos veremos.
GALVÁN. Anda con Dios, y no seas
provocativa.
MARTÍNEZ. Don Pedro,
callad, que ella amansará.
GALVÁN. Si ya he dicho que no quiero.
GRANAD. Ni yo tampoco.
MARTÍNEZ. ¿Y quién puede
sacarnos hoy del empeño?
GARRIDO. Si ustedes me dejan, yo
serviré de repostero.
MARTÍNEZ. ¿Sabrás tú hacer chocolate?
GARRIDO. Sí, señor; y deshacerlo
también.
GALVÁN. Si no es necesario.
La primita del maestro
que tiene en casa vendrá;
¡qué juicio tiene! ¡qué aseo!
¡y qué manos de labor!,
y como se lo roguemos
quizá se querrá quedar
para mujer de gobierno.
CORONADO. En mandándoselo usted
sin duda; porque es en extremo
lo que le quiere; ¡poquito
cuidado tiene, en viniendo
a afeitar a usted de que
afile los instrumentos

y que traiga paños limpios.
GALVÁN. Dile que venga corriendo.
MARTÍNEZ. No vayas.
CORONADO. Verá usted una moza de siete provechos. *(Vase)*
MARTÍNEZ. ¿Despacha usted? *(Al peluquero)*
GUZMÁN. *Tut alor; un petit morzó di sebo,* madama (1).
GRANAD. Por la otra oreja; que por ésta no lo entiendo.
MARTÍNEZ. Un poco de sebo, pide.
GRANAD. No le hay.
MARTÍNEZ. Anda, ves a verlo.
GUZMÁN. *¿Vus eté faché madam? ¡Oh mondiu! ¿Que vus á fet del enuí? No pas mua, que vus eté joli como el jur a midi.* *(A GRANADINA)* (2)
GRANAD. ¡Esto nos faltaba ahora! ¿Qué apuesta usted que le pei- [no?
GUZMÁN. ¿Qué dis vusté?
GRANAD. ¿No lo entiende?
GUZMÁN. Non.
GRANAD. Pues óigalo más recio. *(Dale y vase)*
GARRIDO. Estas, si no las entienden la lengua, hablan con los dedos.

(Sale CORONADO)

CORONADO. Vaya, señores; sin duda *(Alegre)* que debe estar del cielo que sirva mi prima en casa; porque al salir, lo primero que hallé fué ella que iba a [misa.
GALVÁN. ¿Y en dónde está?
CORONADO. ¡Tiene un genio tan corto! ¡Vamos, Felipa, entra, que estos caballeros son muy humanos.
GARRIDO. En obras, palabras y pensamientos.

(Sale FELIPA)

RABOSO. Muy buenos días: me gozo de que ustedes estén buenos, señores.
GALVÁN. Doña Felipa, pase usted y tome asiento.
RABOSO. ¡Qué ocupada anda la gente que ha tres días que no veo esta real presencia! *(Al pasar, aparte)*

---

(1) Sí, siñor.
Vosté tien un poco di sebo;
Madam?
(2) GUZMÁN. Ecuté vu; esta señora,
yo la compondré el gran pelo.

GALVÁN. Calla, que ya te diré yo luego muchas cosas.
GARRIDO. ¡Caracoles qué compañera que tengo!
MARTÍNEZ. ¿A qué es esta ligereza, hombre? Si no se ha resuelto que se vaya la Lucía, ¿de qué sirve que tratemos con esta niña?
RABOSO. El señor, *(Por D. LUCAS)* parece un poco indigesto.
MARTÍNEZ. Es que estaba frío el horno el día que me cocieron y me quedé así, algo crudo.
RABOSO. Pues discurro que no haremos buenas migas; porque a mí sólo me gusta lo tierno.
GARRIDO. Para tierno y bien cebado yo.
RABOSO. ¿Cuántos bamboches de éstos hay en casa? *(Escupiendo)*
GARRIDO. No hay más que uno, y todos están contentos.
GUZMÁN. *Alon voyé bien monsiur, la pierruc a votre especo.*
MARTÍNEZ. Bueno está. *(Levantándose)*
GUZMÁN. *Bien obligué* (1): *jusque a demain... Cabalier, si vus avé besoan de una servant, je he une, quet un chef de ouvre: elle chant, elle ball; elle se peñe a mervell; je vus la porteré de bon matin.*
MARTÍNEZ. Bien está; si se ofreciere, mañana le avisaremos.
GUZMÁN. *Cet un fam de condicion par di; elle é sor de monsiu le cociner del Conte del...*
MARTÍNEZ. ¿Quieres irte, demonio?
GUZMÁN. *Bien, parlaremo demein* (2). *(Vase)*
MARTÍNEZ. Mas que aquí no vuelvas.
GARRIDO. Cuidado, que el peluquero,

---

(1) GUZMÁN. Bien oblisé acuté vu caballero;
si vusté quierre criada
yo sé de una mucho cuento
e moquier di gran merrito
e qui sapier todo a serlo.
Si vusté quierre mirarla
yo la portaré al momento.
(2) GUZMÁN. Ecuté vu; esta señora,
estar prima del serreno
de mi calle.
MARTÍNEZ. ¿Quieres irte,
demonio?
GUZMÁN. Bian: parlaremo,
ma foá, a piñar
a cuatro mosi dil peso. *(Vase)*

para mano de almirez
tiene cabal todo el peso.

RABOSO. Vamos, ¿y qué hago yo aquí?

GALVÁN. Poco a poco.

RABOSO. Es que mi genio
no es de estar mucho parada.

GALVÁN. De modo, que ha habido un [cuento
con la criada, que es fuerza
separarla.

MARTÍNEZ. No es tan serio
el motivo, a la verdad.
Sed más prudente, Don Pedro.

GALVÁN. Ella se ha de ir hoy.

MARTÍNEZ. O no.

GALVÁN. Amigo, por mi dinero
quiero criada a mi gusto.

CORONADO. Dice bien.

MARTÍNEZ. ¿Y yo no suelto
tanto como usted o más,
compadre?

RABOSO. Mientras el pleito
(Se levanta y pone la mantilla)
se declara, yo me voy
a misa a los Recoletos.

GALVÁN. Si te has de quedar en casa.
(Deteniéndola)

MARTÍNEZ. Eso ahora lo veremos:
¿Lucía?

GARRIDO. Este ha de ser
buen paso si aprietan ellos.

(Sale GRANADINA *con basquiña y mantilla)*

GRANAD. ¿Qué más? Ahí quedan las lla- [ves,
como dijo el otro: y esto
se acabó; que aquí ya estoy
de más; y yo sé de cierto
que otros amos de más fuste
me están echando ya menos.

MARTÍNEZ. Aguarda.

RABOSO. Lo que es por mí,
señorita, yo no quiero
que se le haga mala obra.
Para comer un puchero,
un guisado y un principio
de perdices o conejos,
y tener cuatro guiñapos
tal cual, como los que llevo,
basta con lo que una encuentra
arrojado por los suelos
de Madrid.

GARRIDO. ¡Qué vista tienen
éstas! Yo jamás encuentro
sino piedras que me rompan
los zapatos.

CORONADO. ¡Majadero!
Los ojos de las mujeres
son imanes del dinero.

GARRIDO. ¿A que no atraen el mío?

CORONADO. ¿Por qué?

GARRIDO. Porque no le tengo.

RABOSO. Como digo, usted se quede.

GRAN. No, señora; yo le cedo
la conveniencia; y cuidado
que no faltan sus provechos
si usted no es escrupulosa;
que aquí mi amo, el más feo,
vive con la vocación
de casarse de secreto
con una criada alegre.

RABOSO. ¿Y a quién cuenta usté ese [cuento,
hija mía?

GRAN. Madre mía,
a usted, si le viene a pelo.

GALVÁN. Ya está claro por qué usted
insiste en que la aguantemos.

MARTÍNEZ. Y usted quiere despedirla
porque es áspera de genio,
y estotra es muy agradable.

GALVÁN. Si se descubren los juegos,
puede ser...

MARTÍNEZ. ¿Qué puede ser?
¿Hay más que nos separemos?

GARRIDO. Cada uno con la suya,
y partirme a mí por medio
para que quedéis iguales.

RAMOS. Aquí están ya, caballeros,
mis amas.

(Salen D.ª FRASQUITA *y* D.ª MATILDE *de basquiña y mantilla)*

GUZMANA. ¡Jesús, María!
Son ustedes unos puercos;
el portal y la escalera
parecen dos basureros.
Por fin, hombres solos.

PEREIRA. Mientes;
(Con fisga)
que acompañados los veo,
y no mal.

GUZMANA. ¿Pues, cómo?... ¿Cuándo?...
¡Tal desaire! ¡Yo fallezco!
(Se sienta desmayada)

GALVÁN. ¡Señoras!...

PEREIRA. ¿Qué es esto, hermana?

MARTÍNEZ. Lucía, tráete corriendo
un poco de agua.

GRAN. Ahí está
la nueva ama de gobierno,
que dará las providencias
convenientes.

MARTÍNEZ. Ve, y ahorremos
de cuestiones (1).

---

(1) Estos dos hemistiquios decían en el texto primitivo:
PEREIRA. El aliento
ha perdido.

GARRIDO. La fortuna
(según mis amos dijeron)
es que viene confesada.
GALVÁN. Señora, ¿qué ha sido esto?
PEREIRA. Calle usted; no me provoque;
apártese usted, don Pedro,
no me provoque, por Dios.
GUZMANA. ¡Ay, Jesús!
MARTÍNEZ. Vaya, que ha vuelto.
CORONADO. Todas estas petimetras
se suelen estar muriendo
cada instante de burlitas.
GUZMANA. ¡Mi Dios y Señor! ¡Cuán bueno
que sois, pues consentís hom-
[bres
en el mundo tan perversos!
GARRIDO. También brilla en las mujeres
bastante su sufrimiento.
MARTÍNEZ. Bien dicen, que siempre cuestan
las venturas grande precio,
señoras, pues la presente
nos cuesta un susto primero.
PEREIRA. Vaya usted muy noramala.
¿Te sientes ya con aliento
de poder marchar?
GUZMANA. Sí, hermana,
y cuanto antes. ¡Qué escar-
[miento!
¡Fuego de Dios en los hombres!
PEREIRA. Bien hago yo en no quererlos.
GALVÁN. Señoras, oigan ustedes,
que quizás este desprecio
que ustedes juzgan, ha sido
un principio de su obsequio.
PEREIRA. Cuando aguardaban, después
de muchos meses de ruegos,
a dos mujeres decentes
que al paso suban a verlos,
¿tienen por recibidoras
(que es el colorido menos
indigno que puede darse)
dos mozuelas y un barbero?
Mas, ¿cómo lo digo, cuando
de pensarlo me avergüenzo?
RABOSO. Las mozuelas puede ser
que tengan los pensamientos
tan honrados como ustedes,
y quizá...
GRAN. Yo no los trueco.
CORONADO. Y el barbero es cirujano
examinado. Aquí tengo
los testimonios.
GUZMANA. Matilde,
¿estos son los hombres buenos?
¿Los que nos aman rendidos
y los que sirven atentos?
¡Ah, bien haya la quietud
de claustros y de conventos!
GALVÁN. Señora...
GUZMANA. Déjeme usted;
no me ponga en otro aprieto
de corazón.
MARTÍNEZ. De manera
que ya es honor y es empeño
de nuestra atención que ustedes
sepan que aquí no hay miste-
sino una desavenencia [rio,
mía y de mi compañero
por esta criada nueva
y ésta que estaba sirviendo
en casa, que sin motivo
se aparta y yo la detengo.
PEREIRA. Pues yo lo compondré todo,
ya que he venido a buen tiempo.
Cada uno tome la suya
para servirse, supuesto
que les agradan; y así
quedarán ambos contentos,
y con sus gracias tendrán
buena tertulia este invierno,
sin riesgo de resfriarse:
porque en mi casa, a lo menos,
no daré lugar ni sillas
a semejantes sujetos;
y para no desairarlos,
desde ahora se lo advierto.
GUZMANA. Lo que alabo es tu frescura.
PEREIRA. En lo poco que me altero,
verán lo que nos importan
sus groserías ni obsequios.
Echa delante, Frasquita.
Buenos días, caballeros.
GUZMANA. No más visitas, no más
a casa de hombres solteros.
PEREIRA. Pues yo, aún puede ser que
a ésta. [vuelva
GUZMANA. ¿A qué?
PEREIRA. A pegarle fuego.
(Vanse)
GALVÁN. Muchacho, dame al instante
mi espada y mi sombrero.
MARTÍNEZ. ¿Dónde vas?
GALVÁN. A compañarlas.
MARTÍNEZ. Anda, hombre, estate quieto,
que será en vano; y al fin,
del enemigo el consejo.
Pues en tomando a las dos,
que alternen en el manejo
de todo con igualdad,
está el asunto compuesto.
RABOSO. Yo, desde luego, renuncio.
GRAN. Y yo, desde ahora, reniego.
RABOSO. Que yo siempre campo sola.
GRAN. ¡Pues yo, pajas! Hasta luego
que vuelva por mis dos cofres,
digo, que envíe por ellos,

que ya para mí esta casa
está más alta que el cielo.
(Vase)

RABOSO. Yo no tengo a qué volver,
gracias a Dios. *(Vase)*

CORONADO. Ni yo quiero
afeitar a ustedes más:
ya pueden buscar barbero.
(Vase)

GALVÁN. Llámalas, Juan.

MARTÍNEZ. No las llames.

GALVÁN. Pues los tres solos, ¿qué hare- [mos?

MARTÍNEZ. Casarnos, para quitarnos
de criadas y cortejos.

GALVÁN. Dices bien; vamos al punto
a buscar novias.

GARRIDO. Yo tengo
noticia donde podéis
ir a escoger entre ciento
y más.

LOS DOS. ¿Dónde?

GARRIDO. A San Fernando,
al Hospicio y los paseos.

GALVÁN. ¡Quítate, pícaro!

MARTÍNEZ. Vamos
a buscar nuestro remedio.

GARRIDO. O quizá la enfermedad (1),
siendo novias de estos tiempos
y enfermedad de por vida.

MARTÍNEZ. No dice mal este necio.

GARRIDO. Antes de casarte, mira
lo que haces.

GALVÁN. Es proverbio
muy útil.

MARTÍNEZ. Pues mirar antes
de casarnos lo que hacemos (2).

---

(1) La conclusión en el manuscrito es:
MARTÍNEZ. Porque tenga fin con esto,
una nueva tonadilla,
LOS TRES. Nuestro afán y el intermedio.

(2) "Damos licencia para que por la compañía de Manuel Martinez, se pueda representar el sainete nuevo, intitulado: "*Los hombres solos*", según y como lo han ejecutado y ejecutan en los coliseos de esta Corte con los antes. Madrid y Octubre dos, de mil setecientos setenta y tres.

Dr. Almarza *(Rubricada)*.

Por su mandato:
Pedro Landeras y Velasco *(Rúbrica)*,

Ejecútese:
Pinedo *(Rúbrica)*.

145

La Hostería de buen gusto

Sainete para la compañía de Rivera

1773 (1)

PERSONAS

Catalina, Polonia Rochel.
Pepa, Joaquina Moro.
Madame Tiñán, Francisco Callejo (de mujer).
Petra, Josefa Figueras.
Vicenta, Josefa Rubio.
Micaela, Josefa Cortinas.
Madame Petibón, Gertrudis Borja.
Madame Adela, Catalina Tordesillas.
Grodibú, Vicente Merino.
Baltasar, Baltasar Díaz.
Campano, José Campano.
Pedro, José Espejo.
Patitas, Chinita (Gabriel López).
Silveria, Cristóbal Soriano.
Jones (inglés), Javier Ruiz.
Eusebio, Eusebio Rivera.
Jenaro, Tadeo Palomino.
Jasé, Vicente Merino (hijo).
Mr. Cotetó, Juan Codina.
Mr. Parparín, Julián Quevedo.
Vicenta Rubert.

(Se descubre mutación de hostería, con el fogón al faro y fuega rodeado de pucheritos, su gran asador, y en él una gran pierna, camo de cardero. El asada se mueve par rueda, que anda un perro. A los lados habrá dos pequeñas mesas, sólo con manteles, y delante taburetes. Estarán de GALOPINES, *bailando un minué a cuatra,* BALTASAR, CAMPANO, JOAQUINA *y la* RUBERT. *Estas can escofietas y deshavillés de indiana, y ellos con peluquín.)*

LOS 4. *Lan, lara, ran,* etc.

(Sale la Sra. POLONIA *de hostelera, muy bizarra y con moña, coma hija de barrio de esta villa.)*

POLONIA. ¿Qué baile tan a deshora
es este?

JOAQUINA. Todo está hecho,
señora; las ensaladas,
pastelones y buñuelos,
ya están en su aparador
en esa pieza de adentro.

CAMPANO. Los paisanos de mi amo,
¡qué tal se pondrán el cuerpo!

POLONIA. Ni tampoco a mis paisanos
los he de dejar yo hambrientos.

JOAQUINA. Sí; lo primero que ha dicho
su merced es, que ni un hueso

---

(1) Bib. munic., leg. 1-160-31. Manuscrito de la época, con las licencias y aprobaciones que van al final. Fué impreso por Durán, según un texto muy incompleto. En la Biblioteca de Menéndez y Pelayo hay un manuscrito autógrafo que, según costumbre, estará enteramente conforme con este texto que sirvió para la censura y tiene la fecha también de 1773, lo cual prueba que no es anterior a este año. El titulado *La Hastería*, rperesentado en 1767, según nota que existe en el Archivo municipal de Madrid, será de otro autor.

se vende a nadie esta noche,
ni se deje entrar adentro
a cenar alma viviente;
que todo lo que hay dispuesto
es para cortejar sus
amigos y compañeros
los franceses, y ha de ser
sin que les cueste dinero.

POLONIA. ¿En una noche como esta
perder la venta por ellos,
y sentarme yo a cenar
sin tener un par de truenos
a los lados como el mío
y quien diga claro puerros?
¡Ya voy, que me estoy peinan- [do!
Esto después lo veremos.

BALTASAR. Pues mire usted que mi amo
está empeñado, y es terco.

CAMPANO. Y le ha dicho a la Gabacha
que si usted se opone a ello
o la gente quiere entrar,
ha de enviar al momento
por un soldado.

POLONIA. Muchachos,
si acaso llega a ese extremo,
el que vaya de vosotros
traiga alguno de los nuestros,
disfrazado, que le burle.

CAMPANO. ¿Sabe usted a quién traeremos?
A Patitas, que es muy chusco.

JOAQUINA. Pero tiene poco cuerpo
para soldado.

POLONIA. Bueno es,
que es vivo para el intento.

(*Sale* CALLEJO *vestido de francesa de hostería.*)

CALLEJO. E bien, madam Grodibú;
¿osté quier que la peñemos?

POLONIA. Si usted me vuelve a llamar
Grodibú, ni Grodicuerno,
le he de tirar a usted cuantas
cacerolas y pucheros
hay en este gabinete.

CALLEJO. ¿E cómo la llamaremus?
Estando el amo monsieur
de Grodibú, en todo tiempo
su moquer será madama
de Grodibú.

POLONIA. ¡Otra te pego!
En cada tierra hay su estilo:
ya he dicho que nombre tengo,
y me llamo Catalina
Leonarda de San Tadeo,
nacida y criada en la
misma calle de San Pedro
la baja; y por más reseñas,
hija de un real tabernero.
Y si en Francia se conocen
las mujeres por el mesmo
apellido del marido,
acá guardamos el nuestro
cada una; o al revés:
en hallando en un paseo
al marido de Marica
y de Teresa, solemos
decir: mira dónde van
el Marico y el Tereso.

CALLEJO. Alon, don; a la toaleta.

POLONIA. ¿La mujer de un figonero
toaleta? El diablo lo ha visto.
Dígole a usted que no quiero.

CALLEJO. Es preciso estar peñarse.

POLONIA. ¿Cuánto va que yo le peino
antes a usted, si porfía?

(*Sale* MERINO.)

MERINO. ¿Eh, qué dimoños está esto?
Vusté y madama Tiñón
siempre andar en grandes plei- [tos.

POLONIA. A títulos de paisana
tuya, quiere este estafermo
mandar más que yo.

MERINO. Eso no.

CALLEJO. ¡Ah, Mondiu! Porque le prego
venga a peñarse.

MERINO. Esto sí;
que hay gente de cumplimiento
a supar en compañía.
Vienen unos caballeros
mis amigos, unas damas
de condición, y entre ellos
la peluquera del Rastro.

POLONIA. ¿Y a quién peina, a los carne- [ros?
Cuenta que es habilidad,
porque tienen duro el pelo.

MERINO. ¿Se ha dado nada a persona?

JOAQUINA. No, monsieur

MERINO. Esto va bueno.

POLONIA. Porque ninguno ha venido
a comprarlo ni a comerlo:
que antes que hacer francache- [la
es agarrar el dinero.

MERINO. No se vende nada.

POLONIA. Todo
se ha de vender, si yo puedo;
y si vienen tus amigos,
mientras estén embutiendo
a la puerta, si me enfado,
se ha de poner un letrero
en que diga: "Aquí se venden
también franceses rellenos."

MERINO. Vusté estar mucho atrevida,
y los franceses no semos
españoles.

POLONIA. Ya lo sé.

MERINO. No quería decir esto.

Vusté lo ha entendido poco:
¿es verdad? pues no burlemos.

POLONIA. No hay más burlas que la ven-
¿oyes, hijo? Y te prevengo [ta;
que si tienes convidadas
tus gentes, también yo tengo
convidadas dos amigas
del barrio de San Lorenzo,
con sus muebles respectivos.

MERINO. ¿Qué gente es esta de mueblos?
¿Aquellos hombres de mala
cara, que llevan tan puerco
su vestido, y una chupa
pequeña, y encima de esto
otra gran chupa, y camás
se componen bien sus pelos?
¡Puf! No entran en casa mía.

POLONIA. Veremos.

MERINO. E bien, veremos.
Muchacho, llega al cuartel
y dile mis cumplimientos
al oficial, y que mande
al instante un granadero;
yo pondré la centinela,
no entrará que quien yo quie-

POLONIA. Anda, ves. [rro.

CAMPANO. Si me lo manda
monsieur, mi amo, ¿no he de
[hacerlo?
(*Vase.*)

MERINO. Bien, y osté vaya a poner
la gran cofia en el momento
sobre su cabeza.

POLONIA. Sobre
mi cabeza, no la quiero.

MERINO. Sí pondrá osté.

POLONIA. No pondré.

MERINO. ¿E osté me tiene respeto?

POLONIA. Demasiado.

CALLEJO. ¡Oh, quel metresa
me habé vu doné, non metro!

POLONIA. ¡Miren madama la pringue,
toda plegarias y gestos!
Váyase a fregar los platos
allá fuera; ¿no está oyendo
que hay función?

MERINO. Vusté se burla.

(*Sale* ESPEJO *de francés ridículo, gran peluca, manguito y caña.*)

ESPEJO. Buenas noches, caballeros.

MERINO. ¿E qué manda osté, siñor?

JOAQUINA ¡Vaya, ya pareció aquello!

ESPEJO. ¿No es usted el señor don
monsieur Grandibún?

MERINO. Concedo.

ESPEJO. ¡Quién pensara tal ventura!
Dadme un abrazo y dos besos
a la francesa.

POLONIA. ¡Anda, hijo:
sóplate ese par de huevos!

MERINO. E vamos poquito a poco:
¿quién es osté?

ESPEJO. Un extranjero,
de París.

MERINO. Parlé fransé.

ESPEJO. Habiendo una dama en medio,
es mala crianza hablar [mos.
sin que entienda lo que hable-

POLONIA. ¿Usté es francés? Como yo.

ESPEJO. ¿Lo decís por el asento?
Salí de allá de tres años,
para seguir aquí un pleito
que me dejó encomendado
mi padre en su testamento,
sobre cierto vinculillo
que valdrá unos cien mil pesos
de renta en el Languedoc,
sobre poco más o menos.
Ganéle; y como me vi
rico y con tanto dinero,
quise dar en proyectista;
y como esto de proyectos...

MERINO.. ¡Qué proyectos ni vínculos,
o qué romances añecos!

ESPEJO. Estoy a los pies de usted,
madama, ahora que me acuer-

MERINO. E bien; vengamos al caso. [do...

ESPEJO. Deje usted tomar aliento,
que me he cansado de hablar;
después diré a lo que vengo.
(*Siéntase.*)

POLONIA. Oye, mira que parece
que este es un grande embus-

MERINO. Más picarón estoy yo; [tero.
décalo, que ya verremos.
(*Sale* CAMPANO.)

CAMPANO. Monsieur, aquí está el soldado.

(*Sale* CHINITA *de soldado, con fusileta.*)

CHINITA. Alabado sea el tremendo
álamo que San Cristóbal
llevaba de apoyadero.
¿Qué hay aquí que custodiar:
buenas mozas o dinero?

MERINO. ¿Osté es soldado? (*Burlándose.*)

CHINITA. Y soldado
veterano, de los buenos.

MERINO. Osté es chiquito, chiquito.

CHINITA. Pues dos varas y once dedos
tuve de talla; sino
que hallándome en un encuentro
allá en Flandes, un cañón
me dividió por en medio.
Tenía entonces un gran
cirujano el regimiento,
que me curó en un instante

cortando a diestro y siniestro
lo que lastimó la bala,
y volvió a pegar el cuerpo;
con que quedó algo más chico,
pero cada vez más tieso.

MERINO. Adelante, señor mío;
que sea grande, sea pequeño,
osté hacer su centinela
a esta puerta por adentro,
sin decar entrar persona
aunque sean extrangueros,
como no sean franceses.

CHINITA. Supongo que todos ellos
traerán la fe de bautismo
en la mano.

MERINO. ¡Oh, que no es esto!
¿Madama Tiñón?

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. ¿Monsicur?

MERINO. Tú que conoces los nuestros,
debes decir al señor
los que deben entrar.

CALLEJO. Bueno.

CHINITA. ¿Empiezo a hacer centinela?

MERINO. Sí, señor; en el momento.

CHINITA. Bun, bun, bun; armas al hom-
[bro;
bun, marchen; va de paseo.

ESPEJO. Para contener la gente (*Se levanta.*)
tenía un grande proyecto
yo imaginado.

POLONIA. ¿Y cuál era?

ESPEJO. Una muralla por medio.

POLONIA. Que le den un jarro de agua
por la gracia.

MERINO. Osté es molesto:
diga un poco lo que busca.

ESPEJO. Después diré a lo que vengo.
(*Siéntase.*)

VICENTE. ¿Ah de casa? (*Dentro.*)

CORTINAS. ¿Catalina?

CHINITA. Poco a poco, caballeros.
(*Se tercia el arma.*)

CALLEJO. Estos no.

CHINITA. Pasen ustedes.

(*Salen de barrio las* Sras. CORTINAS *y* RUBIO, *con* TADEO *y* VICENTE.)

CORTINAS. Gracias a Dios que te vemos
las conocidas, mujer;
porque desde que te has hecho
francesa, no hay quien te vea.

VICENTE. Vaya: ¿quieres que te demos
usía, o tú, o su merced?

POLONIA. ¡Muchachas, cuánto me alegro
que haya llegado una vez
la hora que nos juntemos!

TADEO. ¿Es el señor tu marío?
Me alegro que esté usté bueno,
y que lo esté la Catuja.

MERINO. Yo estimo los cumplimientos...
Seo soldado. ¿Eh, qué hace
[osté?

CHINITA. Les pongo el arma a los pechos
y me dice que a éstos no;
con que les di el paso abierto.

CALLEJO. No le croyé pâ, monsiú.

CORTINAS. Catuja, si yo no miento
aquel es Patitas. (*Aparte.*)

POLONIA. Sí;
callad, que es un chiste bello.
Hijo, mira mis amigas.
(*A* MERINO.)

MERINO. Buenas noches: bueno, bueno.
(*Como despreciando.*)

(*Se asoman a la puerta las* Sras. BORJA *y* TORDESILLAS, *de francesas, con cabriolés y cofietas altas.* MARIQUITA, CODINA *y* QUEVEDO, *idem.*)

QUEVEDO. ¿Monsiú de Grodibú?

CHINITA. Atrás.

CALLEJO. Estes sí, señor.

CHINITA. Ya entiendo:
todos atrás, o les abro
en la tripa un abujero.

MERINO. ¡Dimoño
de este soldado! ¿Qué está esto?
Vusté, hombre, está borracho,
si ha venido del infierno;
haga osté su obligación,
o yo avisaré al sargento
que lo pase al calabozo.

CHINITA. ¿Pues si cuando les contengo
dice "a estes sí, a estes sí",
qué he de hacer? Yo les aprie-
[to.

MERINO. Perdonen ostés, madames,
limpertinansas: vamos dentro.
Siñora Catuca, aquí:
son madamas.

POLONIA. Ya las veo.
(*Torciendo el hocico.*)

MERINO. ¿Vus avé tus de santé?

B. Y T. Ui, monsiur.

MERINO. Mucho me alegro.

QUEVEDO. Servitor de tu mon cor.

POLONIA. Ui, monsiú. Mira tú aquello.

CORTINAS. ¡Qué cara debió de andar
la sal cuando éstas nacieron!

MERINO. E bien, acomodé vus.

BORJA. Un otro departamento,
que aquí estamos indecentes.

MERINO. Cuando vayan estos puercos
amigos de mi moquer,
o me dequen haser luego.

ESPEJO. Madamitas, monsiuritos (*Llega.*)
ui, monsiur, servitor vuestro.

QUEVEDO. ¿Qué dis?
ESPEJO. Que tengo el honor
de ser paisano a lo lejos.
CODINA. ¿Ah, monsiur de Grodibú?
Este señor no tenemos
la honra de conocerle.
MERINO. Es un grande macadero.
(*A él.*)
Puede usted tomar la puerta,
que es precisos los asientos.
ESPEJO. Usted siga sus quehaceres,
que ya le diré a qué vengo.
(*Se sienta.*)

(*Sale* RUIZ, *de inglés, con el chico de la mano; se va derecho a una mesa, se sienta sin hablar y da una palmada, y todo habla por señas lo que dice* ESPEJO.)

MERINO. ¿Cómo ha entrado este señor?
(*A* CHINITA.)
CHINITA. ¿No lo ha visto usted? Muy se- [rio;
un paso tras otro paso.
MERINO. ¡Oh, soldado! Reñiremos.
¿Y qué quier vusté? (*Al inglés.*)
ESPEJO. Cenar.
(RUIZ *se lleva la mano a la boca.*)
MERINO. Amigo, no es nada hecho
por cenar.
POLONIA. Sí hay, y bastante.
MERINO. Mas yo no quiero venderlo.
POLONIA. Este me parece inglés.
(*Sale a las lámparas.*)
ESPEJO. Cenar para él, bueno, y presto.
POLONIA. ¿Cuánto quiere usted gastar?
(*Al inglés, que enseña un duro.*)
MERINO. No se toma nada.
POLONIA. Vuelvo.
(*Vase y sale al instante con plato de comida, botella y vaso.*)
MERINO. Vusté se puede surtir
en otras fondas.
(RUIZ *hace señas que no.*)
ESPEJO. No quiero.
MERINO. ¿No quiere? Señor soldado,
haga usted un poco el despeco.
CHINITA. Voy allá. ¡Qué alto es usted!
¡Qué ojos tiene el hombre!
[¡Fuego!
(*Va* CHINITA *a echarle.* RUIZ *le mira y él se retira a su centinela.*)
MERINO. Vusté está un poco poltrón,
y yo estar mucho superbo:
va usted con Dios.
(RUIZ *se sienta.*)
ESPEJO. Y se sienta.
MERINO. Mire osté que reñiremos,
y quç si saco mi espada... (1)
(*Saca* RUIZ *una pistola.*)
MERINO. En estando un hombre atento
que hace forza la razón,
yo mis pasiones sujeto.
(*Mira* RUIZ *con ceño a* MERINO, *y después de una breve pausa se va.*)
ESPEJO. Pues otra vez que se ofrezca,
le he de dar a usté un pro-
[yecto.
MERINO. ¿Osté es un otro dimoño?
ESPEJO. Después diré a lo vengo.
MERINO. Osté se quiere perder. [mos,
TORD. Monsiur Grodibú, ¿qué hace-
que aquí somos desairadas?
BORJA. Vusté, amigo, nos ha hecho
un agasajo enuyante.
MERINO. Acá, con los compañeros
tengan la buena partida;
que a los otros yo prometo
darles su licencia.
CHINITA. ¡Hola!
Que viene el general nuestro.
MERINO. Digo, ¿a quién presenta las

---

(1) Aquí el texto impreso intercala este pasaje, que también se halla en hoja aparte en el manuscrito.

y que si saco mi espada...
(JONES (RUIZ) *saca un violinillo.*)
PEDRO (E.) ¡Calle! Saca un instrumento.
CATALINA (P.) (*Sale*) Señor, venga usté a cenar.
(JONES *dice por señas que no.*)
PEDRO. Ahora no quiere; me alegro.
(*Los criados, con* CATALINA, *han sacado un plato, pan y una botella que han puesto en la mesa en que se sentó* JONES *al principio: este hace señas al chico que baile.*)
CATALINA. Yo soy la que manda en casa.
Cene usted, y buen provecho.
(JONES *hace señas de que no.*)
PEDRO. ¡Sobre que ha dicho que no!
JOSÉ. ¡No he vista un hombre más fresco!
GRODIBÚ. ¿Osté se burla de mi?
(JONES *pone un dedo en la boca indicando silencio.*)
PEDRO. Dice que calle: esto es bueno.
MAD. PETIBÓN. ¡Ay, que va a bailar el chico!
CATALINA. ¡Y qué gracioso es! Callemos.
(*Baila el chico el baile inglés que toca* JONES; *y acabando se quita el sombrero, hace aire a* GRODIBÚ *con él, y una cortesía a todos, y lo mismo el chico, y se van.*)
TODOS. ¡Viva, viva el chiquitín!
CATALINA. Suplico a usted, caballero,
que se quede con nosotros. (*A* JONES, *que se marcha.*)
GRODIBÚ. Señores, voy a matarle
por punto de honor. ¡Cospeto
di Baco!
COTETÓ. Esta es una chanza
de la Nochebuena.
GRODIBÚ. Esto
es otra cosa; si no
le mataba sin remedio.
PAPARÍN. ¡Oh! ¡Si no fuera una chanza,
yo también le hubiese muerto!
COTETÓ. E yo también.
JOSÉ. (*Aparte.*) Si volviera
callaban todos de miedo.
MAD. PETIBÓN. El baile, ¿no es un prodigio
en un niño tan pequeño?
PEPA. Bueno es; pero si yo traigo
dos sobrinitos que tengo
aquí a la vuelta... Eso si
que es admiración.
CATALINA. Es cierto.
¡Verles bailar seguidillas
gitanas, es mucho cuento!
MICAELA. Señora Pepa, por Dios,
que vaya usted a traerlos.
PEDRO. ¿Se ha sosegado usté ya?
GRODIBÚ. En estando un hombre atento...

armas este macadero?

(*Sale el mozo.*)

VICENTE. ¿Quién es nuestro general?

CHINITA. El que va en ese pellejo.

(*Al decir ¡Hola! presenta las armas* CHINITA, *y después sale un comparsa con un pellejo de vino a cuestas, y* SORIANO *de arriero de la Mancha.*)

SORIANO. ¡Jesús, la gente de forma
que hay aquí! Adiós, caballeros.
¿Qué hay, Catuja? ¿Cómo va?

POLONIA. Grandemente.

MAJOS. ¿Qué hay, Silverio?

POLONIA. Ya no te esperaba hoy.

MERINO. Muchachos, este generro
que se ponga en su lugar.

(*El vino adentro.*)

BALTASAR. Señor amo, ¿lo embotello?

CALLEJO. Estos serán mis negocios.

(*Vase.*)

MERINO. ¿Supongo que estará añeco?

SORIANO. Supone usted bien, compadre;
bien puede decir que es bueno
y cristiano; como hay Dios,
que a ninguno se lo llevo
tan a la ley; pero basta
que le hayan dado los cielos
por mujer esta real moza,
que es hija del tabernero
más hombre de bien y más
puro que ha tenido el reino.
Más besos me tiene dados...
Catuja, toca esos huesos,
y reniego de la madre
que me casó tan pequeño;
que si no, ningún francés
te hubiera tocado el pelo,
y fuera yo solo el amo
de todo este firmamento.

POLONIA. Oyes, puede ser que sí.

MERINO. ¡El dimoño del arriero!
Osté no diga folias
a mi moquer.

SORIANO. La diremos
bolero, si usted se enoja;
voy a ver qué hacen aquellos
marmitones con el vino.

POLONIA. Oye, ¿quieres cenar?

SORIANO. Luego.

(*Vase.*)

BORJA. Monsiú, ¿el padre de madama
Grodibú era tabernero?

TORD. ¡Qué cosa baja!

CODINA. E siñora,
el hombre buscó dinero
para poner su hostería
y establecer su comercio.

BORJA. Menester es humillarse
mucho para estar con ellos.

CORTINAS. ¡Con qué seriedad nos miran!

POLONIA. ¿Y qué se te da a ti de eso?
Ellas están con los suyos,
y acá estamos con los nuestros.

MERINO. Usté está un poco poltrón.

ESPEJO. Si eso se tarda, me duermo.

MERINO. ¿Por qué osté no va a su casa?

ESPEJO. Después diré a lo que vengo.

(*Sale* EUSEBIO.)

EUSEBIO. ¡Jesús, María! ¿Por qué ha-
arrestado al hosterero? [brán

CHINITA. No lo está: ¿es usted francés?

EUSEBIO. No, señor.

CHINITA. ¿Y madrileño?

EUSEBIO. Tampoco.

CHINITA. Pues pase usted,
que esa es la orden que tengo.

(*Salen la* Sra. FIGUERAS, *de mantilla, y* EUSEBIO, *de petimetre, con cabriolé.*)

EUSEBIO. Entre usted, señora. Amigo,
¿no tenéis por ahí adentro
un cuarto decente, donde
retirados merendemos?

POLONIA. ¿Retiros? No hay más que uno
en Madrid, y ese está lejos;
si los hubiera en mi casa,
los echara yo en el suelo.

EUSEBIO. ¿Pues dónde come la gente
de modo?

POLONIA. ¿No está usted viendo
ahí dos tablas con manteles,
lo propio que dos luceros?

EUSEBIO. Una señora de honor
y de tanto fundamento,
¿se pondrá donde se ponen
los lacayos y cocheros,
y entre toda esa gentualla?

VICENTE. ¿Qué dice ese don Cortejo
aforrado en cabriolé?

CORTINAS. ¿Qué cosa ha dicho que semos?

POLONIA. Gentualla.

CORTINAS. ¿Cómo gentualla? (1)

POLONIA. Pues digo, ese caballero
vendrá en carroza o berlina.

EUSEBIO. Si me enfado les prometo
que han de dormir en la cárcel.

TODOS. ¡Brava planta, bueno, bueno;
vaya fuera, vaya fuera!

VICENTE. Déjalo entrar, pues es cierto
que la dama que le sigue
será de gran fundamento;
y cena en noche como ésta
de petardo.

CORTINAS. Eso es lo menos.
Digo, Catuja, muchachas,

(1) Desde aquí hasta la entrada de Soriano falta en el impreso por Durán.

mirad cuántos arrapiezos
encubren los ricos mueres
y los gloriatures negros (1).

RUBIO. Si vienen equivocados:
es hostería y creyeron
que era figón.

TODOS. ¡Ande fuera!

EUSEBIO. ¡Señora, vámonos presto,
que aquí nos han de correr!

FIGUERAS. ¿Qué es lo que está usted di-
[ciendo?
Teniendo yo uñas, ¿se habían
de quedar sin escarmiento?
(*Se tercia la mantilla.*)

POLONIA. ¡Anda fuera, raso liso,
que te piso!

FIGUERAS. Ya lo entiendo.
¡Anda fuera, moño y bata,
que me mata!

ESPEJO. ¡Aquí te quiero!

CORTINAS. Mujer, váyase con Dios,
y déjenos aquí quietos.

FIGUERAS. Ya se ve, que soy mujer;
y pudieran antes verlo,
sin exponerse a que a mí
se me tuerza un poco el viento
y a cada una en la rodilla
puesta, con grande salero
les toque un redoble, de
manos, que ni un timbalero.

RUBIO. Cuenta que yo peso mucho.

FIGUERAS. Para las tres, con tres dedos,
basta, y faltan otras siete
para otros siete que tengo.

ESPEJO. Para aplacar a estas mozas,
monsieur, ¿quiere usté un pro-
[yecto?

MERINO. Hay el palo.

ESPEJO. Ese es el mío.

POLONIA. Pues si ha de seguir el pleito
a golpes, ¡fuera sortijas!,
no sea que las emporquemos.

TODAS. ¡Viva quien venza!

EUSEBIO. Señores,
por amor de Dios les ruego
(*De rodillas.*)
que miren por su honor, y
por el de este caballero.

FIGUERAS. ¡Vaya usted enhoramala!
(*Dale un puntapié.*)
¡El demonio del muñeco!
Estoy yo aquí, por los dos
el partido defendiendo,
¿y se viene con plegarias?
¿El es hombre? No lo creo;
quíteseme de delante;
y si tiene atrevimiento
de verme otra vez o hablarme,
lo he de despedir, tan lejos,
que cuando vuelva a Madrid
no se estilen los cortejos.

EUSEBIO. ¡Señora!...

FIGUERAS. ¡Váyase, digo,
que lo haré como lo cuento.

EUSEBIO. Eso es desaire.

FIGUERAS. Pues éste
es aire; fuera estafermos,
que por fuera son figuras
y son paja por adentro.

POLONIA. ¡Viva, que es guapa, y quede
recibida en el real gremio
por aclamación!

TODAS. ¡Que viva!

FIGUERAS. Pues esto ha sido por juego;
que en poniéndome de veras,
aunque soy así y parezco
la gata de Marí Ramos,
el Diablo me tiene miedo
y no me tienta en un mes.
(*Vanse.*)

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. Señores, ¿qué ha sido esto?

TODAS. Una camorra.

SORIANO. ¡Y que yo
me haya estado entretuviendo
por allá! Tasadamente
soy el mayor camorrero
de la Mancha (1).

MERINO. E yo tomaré remedio
que estoy el amo de casa.

SORIANO. ¿Qué miro? ¿Monsiú Coleto?
¿Monsiú Paparín? Amigos,
¡qué peinados y qué puestos!

MERINO. ¿E usted de qué los conoce?

SORIANO. ¡Toma!, ¿no he de conocerlos,
si éste ha estado en San Cle-
[mente
más de tres años y medio

---

(1) Grodetures, plural de *grodetur*: gro de Tours. La maja, como de costumbre en el pueblo de Madrid, estropea o pronuncia a su modo los nombres extranjeros.

(1) Aquí el impreso intercala el pasaje siguiente:

PEPA. (*Sale con dos niños.*) Ea, señores,
aquí los niños tenemos.

TODOS. ¡Qué graciosos! ¡Qué bonitos!
Que bailen y cantaremos
seguidillas.
(*Se levantan las francesas y dicen:*)

MAD. PETIBÓN. (G.) Poco a poco;
sigan su divertimiento
ustedes, porque nosotras
nos vamos, que hacer tenemos.

GRODIBÚ. A ustedes sobran razones,
mas no hay mi consentimiento.

CATALINA. Hombre, deja que se vayan
a otro sarao más serio.

GRODIBÚ. Es que está una picardía,
e yo tomaré remedio... *etc.*

de amolador, y este otro
pasante de calderero?

MAJOS. ¡Viva la gente de forma!

SORIANO. Poco a poco con chufleos,
que naide escoge fortuna,
y tampoco acá no semos
ningunos archiprestazgos.

POLONIA. Yo solamente me alegro,
porque mi marido calle.

MERINO. Con tus cuentes no me meto;
solamente que se ponga
peluca, aunque venga en cue-
[rros.

SORIANO. Conque dejemos tontunas
y si han de bailar, a ello;
que Catuja y yo, entretanto,
haremos algo.

MERINO. ¿Qué es esto
de hacer algo?

SORIANO. Prevenirnos
para un juguetico nuevo
a que ayudará también
Patitas el molendero.

MERINO. ¿Cuál es Patitas?

CHINITA. Las mías;
y mientras que me prevengo
tome usté el fusil, y cuenta
no entre ningún extranjero.

MERINO. Moquer ¿e todo estar chasco?

POLONIA. Todo es por pasar el tiempo.

MERINO. Yo voy a cerrar mi puerta;
suplico a usted, Don Proyectos,
que se vaya, pues no dice
su motivo.

ESPEJO. Llegó el tiempo.

MERINO. Bien; sepamos a qué viene.

ESPEJO. A cenar de balde vengo.

MERINO. ¿E por qué razón?

ESPEJO. Porque
todos vienen a lo mesmo.

MERINO. Yo le daré a osté a cenar
como calle sus proyectos.

ESPEJO. Sí, señor, porque en cenando
conseguí todo el que tengo.

MERINO. Pues vamos a la gran sala
al otro divertimiento.

ESPEJO. Y si no gusta la idea,
ni por nueva, ni del tiempo,
a bien que lo es para gracias.

TODOS. Y esa más recibiremos (1).

---

(1) Nos el Licenciado D. Tomás Antonio Fuertes, Presbítero, Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, etc.

Por lo que a Nos toca damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *La Hosteria de buen gusto*, dispuesto por D. Ramón de la Cruz, pueda representarse con exclusión de las tres primeras líneas tiradas al folio quinto vuelto (a), mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y en estos términos parece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres. Madrid veinte y cuatro de Diciembre de mil setecientos setenta y tres.—*Licenciado Fuertes.* (Rubricado.) Por su mandato.—De representar. *Bernardo Pérez.* (Rubricado.)

Madrid y Diciembre 25 de 1773.

Pase al Rvdo. P. Fr. Sebastián Puerta Palanco. para su censura, y se traiga.—*Palanco.* (Rubricado.)

En cumplimiento del orden que antecede he leído el sainete adjunto, intitulado *La Hostería de buen gusto*, y no contiene cosa que se oponga a nuestra Santa Fe y buenas costumbres; por lo que se puede conceder la licencia necesaria para que se represente. Así lo siento. La Victoria de Madrid, 3 Diciembre 26 de 1773.—*Fr. Sebastián Puerta Palanco.* (Rubricado.)

Madrid 26 de Diciembre de 1773.—Apruébase.—*Palanco.* (Rubricado.)

Madrid 26 de Diciembre de 1773.—Represéntese.—*Ferrándiz.* (Rubricado.)

(a) Se refiere a los versos que dicen:
Alabado sea el tremendo
álamo que San Cristóbal
llevaba de apoyadero,
sustituídos por estos otros, según el impreso:
Alabado sea el sombrero
de tres picos que le ponen
de montera al Padre eterno.

146

La oposición a cortejo

1773 (1)

La codiciosa y altanera madre,
la amiga en los cortejos obstinada,
y las tertulias libres, ¡cuántas veces
han corrompido la mejor crianza!

PERSONAS

D.ª ELVIRA, *petimetra*	María Josefa Huerta.
D.ª OROSIA, *vieja presumida*...	Joaquina Moro.
D.ª LAURA, *su hija*	Polonia Rochel.
D. FAUSTO *y* D. FRUTOS, *petimetres*	Vicente Merino y Cristóbal Soriano.
UN OFICIAL.	
UN ESTUDIANTE	Tadeo Palomino.
D. FLORENCIO, *caballero viejo alegre*	José Espejo.
CELIA, *criada*	Catalina Tordesillas.
D. PATRICIO, *marido de* DOÑA LAURA	Chinita.
UN ESCRIBANO, *su amigo*	

La escena es en casa de D.ª ELVIRA

(*Sala con sillas.* D.ª ELVIRA *y* D. FAUSTO *sentados con inmediación.*)

D.ª E. ¿De cuándo acá vos, don Faus-
conmigo estáis tan grosero? [to,

D. F. Mi señora doña Elvira,
antes por obviar al serlo
omitiré cuanto pueda

---

(1) Tomo I de la colección del autor; Durán; Valencia, Orga, 1813, y Valencia, Estevan, 1817, ambos en 4.º

las ocasiones de veros.
D.ª E. ¿Qué nuevo lenguaje es ese?
¿Conmigo a solas tan serio
vos, no venir ayer, y hoy
venir tan tarde y tan necio?
¿Sois vos el fino?
D. F. ¡Ojalá
no lo fuera, y por los mesmos
filos que me herís, pudiera
medir con vos el acero!
D.ª E. Soy muy tonta; si más claro
no os explicáis, no os entiendo.
D. F. ¿Daisme licencia?
D.ª E. No sólo
os la doy, sino que os ruego
me saquéis de este cuidado.
D. F. Pues por si acaso no tengo
otra ocasión tan feliz
de hallaros a solas, quiero
que oigáis mi queja.
D.ª E. Aguardad.
Muchacha, ¿qué estás hacien-
(*Sale* Celia.) [do?
Celia. Remendando la camisa
de mi amo.
D.ª E. Deja eso,
y asómate a la ventana
para que avises con tiempo
si viniere alguien.
Celia. Señora,
ved que si no la remiendo,
no tiene otra que mudarse.
D.ª E. No se mude, o compre lienzo
para hacer una docena.
Celia. Señora, hace mucho fresco,
¿y si me casca un dolor
de costado, qué consuelo
me daréis?
D.ª E. El hospital
está todo el día abierto.
Celia. Esta sí que es conveniencia,
poca honra, poco provecho
y poco que comer; sólo
hay de sobra el mal ejemplo.
(*Vase.*)
D.ª E. Tomad asiento, y hablad
al asunto, y en compendio.
D. F. Pues decidme: ¿estáis en algo
quejosa de mis obsequios?
D.ª E. No lo sé.
D. F. Yo sé que no
lo podéis estar, sabiendo
que ninguno contará
diez años como yo cuento
de perenne cortejante,
obstinado a los pies vuestros,
tanto, que en Madrid soy el
decano de los cortejos.
Yo por vos he tolerado
que me desuelle el barbero
todos los días; por vos
he desmentido mi sexo,
ya al tocador, porque fuera
mi peinado el más perfecto,
ya bordando en cañamazo
a vuestro lado, o ya haciendo
bufandas; por vos con todos
mis parientes indispuesto
vivo; por vos renuncié
los más brillantes ascensos,
que fuera de aquí me daba
la carrera que profeso;
por vos jamás voy a misa,
sino el día de precepto;
por vos soy un animal,
pues ni me aplico ni leo,
y sólo sé hablar de modas,
o murmurar; que son, cierto,
en un hombre conocido
muy aprciables talentos.
Por vos han estado ya
para quitarme el empleo;
por vos estoy empeñado
hasta los ojos; y creo,
señora, que por vos, sólo
falta que me caiga muerto.
D.ª E. Aunque esa fineza hiciérais,
no seríais el primero,
y esa tal cual lo sería;
pero los demás extremos
no son más que regulares
en cualquiera caballero,
que se atreve a tomar (como
ha de tomar) el empeño
con una dama; y más, dama
como yo, que si me acuerdo,
también por vos he dejado
de admitir otros respetos,
que además de bien nacidos,
oportunos y discretos,
venían recomendados
de galas y de dineros.
Por vos todos los más días,
ni me visto, ni me peino
hasta la una; por vos
comemos tarde, y tolero
que me suelte mi pariente
mil indirectas; y esto
es ahora, que hasta hacerle
a las armas, un infierno
era la casa. Por vos,
aunque en nada me divierto,
voy a la comedia, voy
a visita y a paseo:
por estar con vos hablando,
rara es la noche que rezo;

por vos sufro a las criadas
más de cuatro atrevimientos;
y, en fin, por vos sólo falta
que mi marido un día de estos
se acuerde de que es marido,
y me meta en un convento.
Ved si con estas finezas
os pago bien lo que debo.

D. F. Yo lo confieso, señora,
agradecido, y confieso
que nuestras dóciles almas
son recíproco modelo
una de otra: que no hay
en el lugar dos sujetos
tan análogos, y tan
brillantes y paralelos
como los dos, y que somos
de todos el embeleso,
tanto que en cualquier paraje
somos el primer objeto;
pero nace de esta misma
felicidad mi tormento,
pues cuando sin mi licencia
admitís tertulia, temo
que cansada ya del mío,
queráis probar otro afecto.

D.ª E. Razón tenéis de temer;
¿pero tan poco merezco,
que me ocultáis vuestra queja?
Ya estuviérais satisfecho,
sabiendo que mi marido,
por divertirse este invierno,
ha ido recogiendo gente;
pero también os ofrezco,
que no serán muy frecuentes,
si no son tan majaderos,
que quieran estar delante
de quien no hará caso de ellos.

(*Sale* CELIA.)

CELIA. Doña Orosia y su hija Laura,
están ahí.

D.ª E. ¿Ahora tenemos
esa secatura? Dilas
que entren, pues ya no hay re- [medio.

D. F. ¿Quién son?

D.ª E. Esta es una chica
que se ha casado un día de estos.
Ella está muy bien criada,
e instruída en un colegio,
pero la madre es muy loca,
la ha sacado, y de secreto
la casó con un hidalgo
que tiene muy pocos medios.

D. F. ¿Será cosa de aseriarme,
no las escandalicemos?

D.ª E. Por la madre, no; la hija,
que aprenda o se vaya presto.

(*Salen* D.ª OROSIA *y* D.ª LAURA *con basquiñas y mantillas, y luego se las quita* CELIA.)

D.ª E. Amigas, ¿pues qué milagro?

D. F. Señoras, los pies os beso.

D.ª O. Sólo para que usted vea
la trato sin cumplimiento,
y que de amiga tan fina
como usted nada reservo,
vengo a traer a la novia.

D.ª E. Mucho el favor agradezco.
Es linda muchacha.

D. F. Yo
no me acordaba, por cierto,
que teníais tales amigas.

D.ª O. Pues dos veces el invierno
estuvísteis en mi casa,
con madama.

D. F. Tengo un genio
tan corto, que muchas veces
en las concurrencias entro
donde está madama, y salgo
sin ver otro algún objeto.

D.ª E. Quita esas mantillas, Celia,
y pues ya va obscureciendo,
puedes luego sacar luces.
¿Qué hacemos en pie? Yo siento
que vengáis sin avisar,
porque pudiera teneros
siquiera algunas amigas.

D.ª O. Sepa usted que por lo mesmo
no la avisé.

D.ª E. Es linda gracia,
después de haber tanto tiempo
que no me favorecéis.

D.ª O. ¿Qué queréis? Las que tenemos
el trabajo de ser grandes,
no gustamos de paseos,
de visitas, ni comedias,
donde es preciso echar menos
las que hemos sido bonitas
los antiguos rendimientos
de los hombres; porque ya
(perdone usted, caballero)
tienen tan poca crianza,
y se han puesto tan soberbios,
que en pasando de los treinta
ya nos fingen los requiebros,
y a los cuarenta ya sólo
nos hablan por cumplimiento.

D.ª L. ¿Por qué dirá esto mi madre,
cuando en Madrid no hay sujeto
apenas que no conozca;
tanto, que nos detenemos
siempre que vamos a misa,
de tres horas, por lo menos
las dos y media en la calle?
Ciertamente, no lo entiendo.

D.ª E. Sin embargo, buenos ratos

habéis tenido.

D.ª O. Estupendos;
me he holgado como ninguna,
y de hoy más no me prometo
menos diversiones; pues
como ha estado en el colegio
la niña, y sin experiencia
todo en el mundo le es nuevo,
he de enseñarla las calles,
la etiqueta y el gobierno
de las visitas, las modas,
botillerias, coliseos,
tiendas de calle Mayor
y calle de Postas, templos
de más concurrencia; el Prado
y todo el demás manejo
de la política; y como
hay en Madrid tantos riesgos,
he resuelto acompañarla
a todo, porque no quiero
exponerla a que la den
un chasco, y porque con eso
me divierto yo a las ancas
de los regalos y obsequios
suyos, que aunque sean por ella,
ambas los disfrutaremos.

D.ª E. Decís muy bien; además,
¿quién mirará su provecho
como su madre?

D. F. Y su honra.

D.ª O. Ya se ve; pero es lo menos.
¡Honra! no tuvieron nada
más de sobra sus abuelos;
pero yo y mi chica más
necesitamos dinero.

D.ª L. ¡Oh qué mal piensa mi madre!
(*Aparte.*)
De escucharla me avergüenzo.

D. F. ¿Y es muda esa señorita?
Todavía no sabemos
el metal de voz que tiene.

D.ª O. Habla, Laura.

D.ª L. ¿Yo qué tengo
que hablar? Por hablar mi ma-
[dre,
perdonad no me haya puesto
antes a vuestra obediencia.

D.ª O. Haz también ofrecimiento
de tu persona y tu casa.

D.ª L. Ser tan atenta no puedo;
porque la persona tiene
a mi marido por dueño,
y en mi pobre casa nada
hay que ofrecer de provecho.

D.ª E. ¿Quiere usted mucho al parien-
[te?

D.ª L. Como que sé que no tengo
otra cosa que querer.

D.ª O. ¡Como es el mozo tan bello!
¡Ay, hija! Bien se conoce
que te has criado tan lejos
de mi lado.

D.ª L. Pues si usted
conocía que era feo,
¿por qué me casó con él?
Yo sólo sé que no debo
ni puedo querer a otro,
y le figuro perfecto,
correspondo a su cariño,
le idolatro y le venero.

D.ª E. A la madera del torno
huele aún; mucho me temo
no se os ha de parecer.

D.ª O. Dificililllo era eso;
pero con todo, a mi lado
será mujer con el tiempo.

D.ª E. ¿Y el pariente asiste mucho
en casa?

D.ª L. No todo aquello
que yo quisiera.

D.ª O. Pues hija,
cuélgatele del pescuezo
con una cinta; no es nada,
y a las diez ya le tenemos
en casa todas las noches.

D.ª E. ¡Qué marido tan molesto!
La noche que viene el mío
antes de las doce, pienso
que viene malo y me asusto;
y así mandado le tengo
que hasta que toquen maitines,
si no me avisa primero,
no se recoja.

D.ª L. Pues yo
que den las nueve deseo
para que venga aquí.

D. F. ¿Pues
qué, vendrá a favorecernos?

D.ª O. Salió con un escribano
amigo suyo, y dijeron
que vendrían por nosotras.

D. F. Ruido parece que siento
en la escalera.

(*Sale* CELIA.)

CELIA. Señora,
estos cuatro caballeros
están aquí.

D.ª E. Diles que entren.
Señores, tomad asiento.
(*Aparte a* D. FAUSTO.)
Ahora veréis lo que yo
hago por satisfaceros.

(*Salen un* ESTUDIANTE, *un* SOLDADO, D. FRUTOS *y* D. FLORENCIO *con* CELIA, *que luego que se sientan se retira.*)

LOS 4. Señoras, a vuestros pies.

D.ª E. De ver a ustedes tan buenos
me alegro mucho; esta noche
mejor diversión os tengo
que el revesino.

D. FRUT. Señora,
nosotros no apetecemos [tas.
más que estar a vuestras plan-

D.ª E. Yo lo estimo; pero hablemos
clarito: don Fausto y yo,
ha diez años que tenemos
una materia pendiente,
cuyo asunto no reservo
de nadie, porque se funda
en hablar sin fundamento:
yo no he de dejarle solo.
Esta señorita tengo
certeza que está vacante:
que ustedes lo están, lo infiero
de que divierten las noches
con la simpleza del juego;
y así no hay sino aplicarse.

D.ª O. No estés con encogimiento,
muchacha.

D.ª L. A mí me parece,
madre, que estoy como debo.

SOLDADO. Señora, si ha de ser este
el modo de complaceros,
acerco mi silla.

LOS TRES. Todos
también las acercaremos.

SOLDADO. Eso es hacer mala obra
y cansarse sin provecho,
que donde está la milicia,
nadie tiene cabimiento.

EST. ¡Oh, que las hermosas saben
cuán bien les está lo negro!
y la gente estudiantina
hace también sus progresos
en un estrado.

D. F. Señoras,
en el lugar es proverbio
que el cortejar es oficio
de petimetres.

D. FLO. Lo creo;
pero también los corbatas,
aunque somos hombres serios,
entramos por un ladito,
y a veces nos dan asiento.

SOLDADO. Pues a la par, y quien tenga
fortuna, que gane el pleito.

D.ª O. ¿Cómo es eso de fortuna?
Es necesario, a más de esto,
saber con qué cartas juega
cada uno: es mucho cuento
mi hija para que nadie
la pretenda por cortejo,
sin hacer muchas semanas
de méritos en su obsequio.

D. FRUT. ¡Zape! Terrible es la madre.

D. FLO. ¿Por qué? ¿Porque dijo aquello
de méritos dilatados?
¿No conocéis, majadero,
que eso es querer transigirlos?

EST. Así es; porque siempre han he-
[cho
más que los largos servicios,
los breves ofrecimientos.

D.ª L. Madre, ¿qué llaneza es esta?
No creí que eran tan necios
los hombres tan bien vestidos.
¡Qué vanos! ¡Qué desatentos!
¡Qué gente tan mal criada!

D.ª O. Boba, ¿qué entiendes tú de eso?
Este estilo es el que hace
distinguidos los sujetos.

(*Al paño* CELIA, D. PATRICIO *y el* ESCRIBANO.)

CELIA. Avisaré.

D. P. No hagais tal,
ni descubrirnos, respecto
que no venimos decentes.

ESCR. Aquí nos ocultaremos
a la puerta de la alcoba.

CELIA. Bien está, como a mí luego
no me regañen...

D. P. Si acaso,
los dos os disculparemos.

CELIA. Pues tomad sillas, y adiós.

(*Retírase y los dos se sientan a la cortina.*)

D. P. ¿No véis qué de cumplimiento
están todos?

ESCR. Es verdad:
lo que tratan escuchemos.

D.ª E. Amiguita, es necesario
que usted se vaya con tiento,
que es materia delicada
esto de elegir cortejo;
y no se pague al instante
de lo buen mozo, porque eso
la que está de conveniencias
muy sobrada puede hacerlo;
pero a usted lo que le es más
conveniente es uno bueno
que haga a todo: verbigracia,
que supla el escaso sueldo
del marido o le acomode
mejor; que tenga talento
para compraros las cintas,
flores, gasa y todo aquello
que se os ofrezca, y que tenga
para acompañaros, dentro
y fuera de casa, poca
sujeción y muchos pesos.

D.ª O. Es verdad, eso es hablar
con todo conocimiento.

ESCR. Don Patricio, ¿qué decís
de esta visita?
D. P. Callemos,
que es lástima que se pierda
una palabra del cuento.
SOLDADO. Pues señora, por mi parte,
nada más puedo ofreceros
que un honrado gentil hombre,
a quien hallaréis dispuesto
siempre para acompañaros,
y daros...
D.ª O. Oigamos esto. *(Aparte.)*
SOLDADO. Muy larga conversación,
pero muy poco dinero;
porque el día que se ajustan
los uniformes al cuerpo,
los soldados hacen votos
de pobreza y sufrimiento.
D. F. Peor estáis que los casados,
que éstos no hacen el primero.
D. FRUT. Yo no me puedo ofrecer
a soportar todo el peso
de una casa; mas pudiera
con los gastos subalternos
de abanicos, alfileres,
el coche alquilón, refrescos
y comedias.
D.ª O. No es muchísimo,
pero es un renglón muy bueno.
D. FRUT. Y con otra circunstancia:
que en Madrid soy el primero
a quien llegan las noticias
de las modas.
D. FLO. Para eso
yo no tengo habilidad:
a la dama de cortejo
la doy mil doblones, y ella
compre allá sus embelecos.
D.ª O. Eso es mejor; o entregarle
a su madre los dineros,
que son muy desperdiciadas
todas las mozas, y luego
lo gastan en garapitos.
D. FLO. ¿Pues qué hombre de talentos
y de edad, había de andarse
por las tiendas escogiendo
pelendengues y cintajos?
Esa es cosa de muñecos.
D.ª O. Y más teniendo la dama
su madre, que puede hacerlo.
D. P. ¡Oh codicia de las viejas,
cuántos estragos han hecho!
D.ª L. ¡Que esto consienta mi madre!
D.ª O. Laurita mía, hombre serio,
cortejo de capa y gorro,
que da más y suena menos.
D. F. Madama, ya sabe usted
(Aparte los dos.)
que yo no soy nada bueno;
pues crea usted que me corro
de oir la madre.
D.ª E. Os confieso
que es difícil de creer
tanto descaro, a no verlo.
D.ª L. Calle usted, madre.
(Al oído.)
D.ª O. No seas
desagradable.
D.ª L. Protesto
no volver aquí jamás.
D.ª O. ¿Te parece que hallaremos
otra amiga tan de veras
que mire por tu provecho?
EST. ¿Qué, ya está esa señorita
disgustada?
D.ª O. Tiene un genio
muy corto; el caso es que yo
la culpo y también le tengo.
EST. Señoras, si se ofrece algo,
yo no soy uno de aquellos
que ofrecen lo que no pueden;
pero si se hace un esfuerzo,
aunque no soy hombre rico,
podrá quedar vuestro yerno
acomodado, porque
yo soy un hombre que tengo
muchísima introducción,
y le haré dar un empleo
en la hora.
D.ª O. También es éste,
hija, para amigo bueno.
D.ª L. Ahora bien; yo he oído a uste-
[des
y conozco que acá dentro
del corazón vuestras voces
hacían sentir un eco...
no sé cómo diga, como
que me iban seduciendo.
Pero yo quiero saber
(antes de exponerme a un ries-
[go),
para responder, ¿qué ley,
qué bula o qué privilegio
hay para que las mujeres
casadas tengan derecho
de corresponder a dos,
y las solteras a ciento?
Si es engaño, es mal engaño:
y yo exponerme no quiero
a que sepa mi marido
que sé fingir; porque luego
serán para él sospechosos
mis más sencillos afectos.
Si es malicia, yo he aprendido
la doctrina en el colegio,
y sé que es fragilidad
muy necia, muy mal comercio
tolerar mil contingencias,

por tener dos ratos buenos;
y así ustedes me perdonen,
pero yo no me resuelvo
a empeñarme en una cosa
que me asusta, y no la entiendo.

D.ª E. No puedo hacer, amiguita,
más fineza que poneros
rendidos en que escoger.

D.ª L. Yo, señora, os lo agradezco;
pero es tarde, porque está
ya mi albedrío sujeto.

D.ª E. ¡Hola! ¿A quién?

D.ª L. A mi marido.

D.ª E. Eso se da por supuesto;
por eso antes de dejarse
sobrecoger, desde luego
se le enseña a buenas mañas,
y se imitan los ejemplos
de la crianza, y el uso
más común de nuestro tiempo.

D. P. Esta madre y esta amiga
son espías del infierno.

D.ª O. Vamos, Laura.

D.ª E. ¿Tan temprano?

D.ª O. Sí, señora; que con eso
los señores con nosotras
irán, y tienen pretexto
de volver mañana a casa.

D.ª L. Perdone usted, que yo espero
a mi marido. *(Con resolución.)*

Los 4. Señora,
todos os vamos sirviendo.

D.ª L. No puede ser.

D.ª E. Dicen bien;
así llevàis menos miedo.

D.ª L. La mujer casada no *(Con entereza.)*
puede tener mayor riesgo
que el enojo del marido
o la sospecha.

D.ª E. Ese cuento
al principio de este siglo
dicen que le recogieron.
Celia, trae esas mantillas.

(Salen los dos.)

Los dos. Buenas noches, caballeros.

D.ª O. Hijo, ya estábamos llenas
de cuidado.

D. P. Yo lo creo.

Est. Caballero, en mí tenéis
un amigo verdadero.

Soldado. Conózcame usted por suyo.

D. Frut. Yo soy igualmente vuestro.

D. Flo. Usted mande en qué le sirva.

D. P. ¡Los amigos que yo tengo!

D.ª O. Si vieras ¡qué cortesanos,
qué agradables y qué bellos
señores! Ya lo verás,
porque se exceden de atentos,
y nos van acompañando.

D.ª E. Saca esas mantillas presto,
Celia.

(Sale Celia.)

Celia. Ya las traigo aquí.

D.ª E. Cuidado, que hace sereno;
taparse bien las cabezas.

D.ª O. Adiós.

D. P. Deteneos,
que quiero yo despedirme.
Amigo, de todo esto *(Al Escribano.)*
que habéis visto, habéis de dar-
un testimonio completo, [me
porque acuda yo con él,
para que ponga remedio
a tribunal competente;
que aunque calle, por respeto
a su estado y su marido,
los detestables consejos
de una tan escandalosa,
infiel amiga, no quiero
que se quede sin castigo
la madre; y al mismo tiempo
se les oculte a otras madres
tan malas el escarmiento.

Todos. Eso es rigor.

D. P. Es honor.

D.ª O. ¿Quién eres tú para eso?

D. P. Un marido que no ignora
la dignidad y el derecho
que le dan entrambas leyes.

D. Flo. Vamos de aquí, caballeros;
que están demás hombres locos,
adonde hay maridos cuerdos.

Est. Vamos, pero él se lo pierde.

D. P. Con una buena mujer,
y sin lados tan perversos,
yo sé bien lo que me gano,
y sé bien lo que me pierdo.

Escr. Yo os ofrezco testimonio,
y asegurar con secreto
donde es justo esta señora.

D.ª E. Pues, ¿en mi casa?...

D. F. Callemos,
porque no hay otro partido
mejor.

D.ª E. Ya lo considero.
Sólo uno lo puede ser:
que es a vista de este feo
cuadro, evitar que mañana [tro.
se presente al mundo el nues-

Fin.

147

La oposición de sacristán

Sainete para la compañía de Rivera

1773 (1)

PERSONAS

Callejo (Francisco) Moreno, alcalde 2.°
Merino (Vicente) Dávila, escribano.
Espejo (José), Tío Tuétano.
Codina (Juan) Laguna, herrador.
Campano (José), payo.
Eusebio (Rivera) Tintín, regidor.
Vicente Palotes, payo.
Rodrigo (Antonio) Cornejo, alcalde 1.°
Joaquina (Moro), viuda.
Borja (Gertrudis) Pepita, novia.
Tordesillas (Catalina) Toral, sacristán.
Polonia (Rochel) Antequera, sacristán.
Navarra (Casimira Blanco) Diego, sacristán.
Soriano (Cristóbal) Cuello, sacristán.
Tadeo (Palomino) González, sacristán.
Baltasar, sacristán.
Ruiz (Javier), Paquillo.

(Plaza de lugar. A un lado tienda de botero y Espejo *soplando un pellejo; al otro,* Laguna, *de herrador;* Quevedo *y* Campano, *de payos, paseándose, y luego sale de escribano, muy grave,* Merino, *con unos papeles, y* Callejo, *de alcalde, con vara, el sombrero en la mano y hablando en tono de súplica de villano.)*

Callejo. Como digo, en vuestras manos
pongo toda mi esperanza,
señor secretario.
Merino. Bien;
luego veremos las caras
que ponen estos señores.
Callejo. Yo bien sé que serán malas,
y que lo resistirán;
pero ahí entra vuestra labia
y el absoluto dominio
que tenéis en cuanto trata
el Ayuntamiento; pues,
a la corta o a la larga,
siempre salimos con que
lo que vos queréis se haga.
Merino. En fin, veremos.
Callejo. Confío
de vos; y una vez lograda
la idea, no faltará
una gratificación.
Merino. Vaya,
eso es lo menos. ¿Qué cosa?
¿Dinero o alguna alhaja
de valor?
Callejo. A vuestro arbitrio.
Merino. Bien, bien; tened preparadas
las voluntades de entrambos
regidores; id a casa
de la novia, a prevenirla
vos mismo, y acompañarla,
y dejad por cuenta mía
lo demás.
Callejo. La extravagancia
seria de mi compañero
es la que temo.
Merino. Dejadla
a mi cargo.
Callejo. ¡Digo, digo!
Pues otro escollo nos falta
que vencer.
Merino. ¿A quién?
Callejo. Al Tío
Tuétano, que por sus raras
aprensiones todo el pueblo
su oráculo le proclama.
Merino. ¿Cuál, el botero? A ése yo
le diré cuatro palabras
y hará lo que se le mande.
Callejo. ¡Como ahora llueven albardas,
que es el demonio!
Merino. Yo soy
escribano; a ver quién gana.
Callejo. Pues mandad.
Merino. Adiós, seo alcalde.
Callejo. ¡Cuidado! *(Vase.)*
Merino. ¡Dale, machaca!
Sin embargo, bueno es ya
que este hombre de acuerdo vaconmigo. ¡Qué bravamente,
Tío Tuétano, se trabaja!
Espejo. Este es mi sino.
Merino. ¿El soplar?
Espejo. Distingamos, camarada;
que yo, con utilidad
pública, soplo en la plaza,
no en secreto por la propia,
donde más estragos haga
con los soplos que un cañón
de a treinta con su metralla.
Merino. Pues, amigo, yo os venía
a buscar.
Espejo. ¡Cosa excusada!
Merino. ¿Por qué?
Espejo. Porque siempre estoy
a la puerta de mi casa
trabajando; ¿y qué se ofrece?
Merino. Una cosa de importancia,
en que me interesa mucho
y es preciso que se haga.
Espejo. ¿Alguna bota o pellejo
de primor?
Merino. ¿Quién de eso trata?
Espejo. Yo, y con mucha de la honra

(1) Bib. munic.; leg. 1-158-9. Copia antigua; impreso por Durán.

comercio de mejor gana
con pellejos muertos, que otros
aseguran sus ganancias
con el trato de los vivos;
porque al fin, aquestas manchas
de la pez y del zumaque
se sacuden y se lavan;
pero esotros nunca pueden
lavar lo que una vez manchan.

MERINO. ¡Qué mal genio que tenéis!

ESPEJO. Malo, y más si se repara
que hablo verdades y no
gustan de escucharlas.
Al grano.

MERINO. Pues, amiguito,
ya sabéis que antes de Pascua
se nos murió el sacristán.

ESPEJO. Lo sé; y me acuerdo, a Dios [gracias,
de que jamás fuí a entierro
ninguno de mejor gana.

MERINO. ¿Por qué?

ESPEJO. Por ver enterrar
el que a tantos enterraba.

MERINO. Que dejó una hija.

ESPEJO. Muy rica,
soltera y buena muchacha.

MERINO. Que dejó en el testamento
la cláusula extraordinaria
de que en todo aqueste mes
debe de quedar casada
con algún sacristán pobre,
publicando en la comarca
primero la oposición,
y mandado que se abra
después el concurso, donde
sean los padres de la patria,
en público Ayuntamiento
(presente la sacristana),
los que den al mozo más
benemérito la plaza.

ESPEJO. Bien entendido, que en él
concurran las circunstancias
de cristiano viejo, y voz
de tenor sonora y clara,
que sepa solfear; que sepa
tocar tambor y sonajas
por música; acompañando
los villancicos de Pascua;
que toque el órgano y todos
los sones de las campanas.
Esto sé; y sé más, pues sé
que está llena la posada
de opositores, y que hoy
se empieza la zarabanda,
para lo cual han bajado
de la torre la mediana
y el cimbalillo, que están
con el órgano en la casa
del Ayuntamiento, a ver
quién se lleva el gato al agua;
ya lo sé y ya voy allá
a meter mi cucharada,
que, gracias a Dios, entiendo
de cada cosa una miaja,
y a aquel a quien yo eche el fa- [llo,
a fe que no será rana.

MERINO. No creo que es menester
tanto empeño, aunque se haga
la oposición por el *dícere*,
teniendo determinada
ya la persona elegida.

ESPEJO. ¿Y quién ha tenido tanta
autoridad?

MERINO. El alcalde y yo.

ESPEJO. Para juzgar de la causa,
famoso par de maestros
de las capillas de Italia.

MERINO. Es que se ha de dar por alto.

ESPEJO. Al que tenga mayor gracia,
aunque sea como una chinche;
y sobre eso, ¡cierra España!

MERINO. Oiga, usted.

ESPEJO. Y con orejas
tan iguales, y tan largas,
que para orejas de juez
valían lo que pesaban.

MERINO. El alcalde llano, que es
un buen padre de la patria,
atendiendo que es dolor
que esta niña tan bizarra
y este gran caudal le logre
un cualquiera, porque taña
punto más o punto menos,
ha pensado en emplearla
con su hijo; que tal cual
sabe tocar las campanas,
limpiar el polvo, atizar,
tañer la vihuela; canta
seguidillas, y una vez
vestido de la sotana
y ropas sacristanales,
desempeñará la plaza;
pues ¿qué más tiene cantar
a los cuerpos que a las almas?;
y en cuanto a tocar, lo propio
es órgano que guitarra.

ESPEJO. ¿Quién, Paquillo Malahierba?
¡El mejor trozo de albarda
que hay en el lugar! Y luego
que el caso escandalizará
a todo el orbe. Eso no;
no se hará tal entruchada,
a fe de Tuétano honrado,
en mis días, a mis barbas.

MERINO. Pues se hará, aunque usted no [quiera.
ESPEJO. Pues no quiero que se haga.
MERINO. Mirad...
ESPEJO. Yo bien miro; usted
fuera justo que mirara,
que ha de dar fe del concurso
y no puede habiendo trampa.
MERINO. Pues ¿yo acaso soy algún
escribanillo de mala
muerte, que no sabré dar
un testimonio con maña?
ESPEJO. Son muy mañosos algunos
de ustedes, y con tal gracia,
que a veces da el testimonio
el mismo que le levanta.
MERINO. Eso es falso.
ESPEJO. Más lo es el
asunto de que se trata.
MERINO. ¡Nos veremos, seo botero!
ESPEJO. En cuanto tomo la capa
nos veremos, seo escribano,
y veremos el que campa.

(*Salen* CODINA *y* CAMPANO.)

CODINA. Tío Tuétano, ¿qué ha sido eso?
ESPEJO. ¿Yo supercherías? ¡Vaya!
Pobrecillo; pero ¡siempre
la verdad, caiga el que caiga!
Chicos, al Ayuntamiento,
que nos quieren dar lombarda
por coliflor.
CAMPANO. ¿Pues qué ha habido?
ESPEJO. Tomen ustedes las capas,
que se pierde tiempo; allá
lo verán. Digo, constancia,
como buenos ciudadanos
de Móstoles, y la fama
eternice nuestros nombres
por la justicia y la patria.
CAMPANO. ¿Qué, es asunto de pelea?
¿Hemos de llevar espadas
y cachiporras?
ESPEJO. La lengua
expedita y las gargantas
húmedas; ya me entendéis.
Mucho respeto a las varas
de los alcaldes; mas si ellos
las tuercen, a levantarlas
a gritos, y al escribano
cuatro coces bien plantadas.
CODINA. ¡Viva el Tío Tuétano!
TODOS. ¡Viva!
ESPEJO. ¡Y la justicia y la patria!

(*Descúbrese sala de Ayuntamiento, con mesa, bancos, etc. Sacan un organillo por un lado y por otro dos campanillas en su campanario;* MERINO *estará fingiendo negocio y dirigiendo.*)

MERINO. Cada cosa en su lugar,
y aquí, para las madamas,
poner tres o cuatro sillas
sin que embaracen.

(*Sale* EUSEBIO.)

EUSEBIO. Deo gracias.
MERINO. ¿Oyes, regidor? Cuidado,
que es menester dar la plaza
a Paquillo.
EUSEBIO. ¿Es cosa tuya?
MERINO. Sí.
EUSEBIO. Pues no hables más palabra;
que aunque el mismo que inventó
la solfa resucitara,
no será de otro.

(*Sale* VICENTE.)

VICENTE. La paz
de Dios sea en esta casa.
MERINO. Señor regidor, yo tengo
un empeño de importancia
con vos.
VICENTE. Señor secretario,
mande usted en cuanto valga
la persona.
MERINO. De los cuartos
que se sacaron del arca
de los propios, y resultan
contra usted tengo trazada
ya la salida en las cuentas
por ahora, dando largas
para después. Oid aparte.

(*Sale* RODRIGO.)

RODRIGO. Adiós, señores; aún falta
mi compañero.
EUSEBIO. Poco ha
que con su hijo fué a casa
de la novia, con el fin,
parece, de acompañarla
al Ayuntamiento.
RODRIGO. Creo
que con sus ideas raras
e injustas...
VICENTE. Dadlo por hecho,
(*A* MERINO.)
pues el mandarlo usted basta.
MERINO. Está bien. Señor alcalde.
RODRIGO. Me alegro que usted haya
venido presto. Cuidado
que la oposición se haga
con rigor y con limpieza;
y si alguno se desmanda,
aclamando por pasión
o por interés (ni en chanza)
a alguno, vaya a la cárcel;
que ya he dejado de guardia
los esbirros a la puerta,

con la órdenes cerradas.

MERINO. Mas, sin embargo...

RODRIGO. En asuntos
que de conferir se trata
el premio a quien le merece,
y el sustento a quien le gana,
no hay "sin embargo" ni ar-
[bitrio.

MERINO. Ahí entra aquello que llaman
los teólogos epiqueya.

RODRIGO. ¿Ahora me descalabra
con su teología? Bueno;
diga usted que entrando vayan
vecinos y opositores,
y ¡cuidado!

MERINO. Por más que haga,
él no es más que un voto, y yo
soy cuantos me dé la gana.

(*Sale* CALLEJO *con la* JOAQUINA *y* BORJA, *de medio luto.*)

CALLEJO. Vamos, vamos donde está
la silla privilegiada,
que está aquí la novia.

MERINO. Aquí.
Mira, Pepita (¡qué guapa!):
cuidado, que quien te quiere
soy yo, y el que te prepara ,
un bravo sacristán.

BORJA. Madre:
¿me he de poner colorada
cuando me hablen de los no-

JOAQUINA. Un poquito. [vios?

BORJA. Y cuando salga
alguno que a mí me guste,
¿me he de poner en la cara
las manos para reirme?

JOAQUINA. Mucho; que es señal de casta
doncella.

BORJA. ¿Pues, por ventura,
yo lo soy, si estoy casada
ya?

JOAQUINA. ¿Con quién?

BORJA. Con uno de ésos,
que vienen por eso.

JOAQUINA. Calla,
tonta, y tápate, que salen.

(*Salen* ESPEJO, CODINA *y* CAMPANO.)

ESPEJO. Dios guarde a ustedes, señores.

MERINO. ¡Miren allí qué crianza!
¿Por qué no dice Dios guarde
la justicia?

CALLEJO. Bien repara.

ESPEJO. No repara bien, ni yo
lo omito por ignorancia,
pues no quiero que Dios tenga
la justicia tan guardada,
que no parezca entre ustedes;
antes con tal abundancia
la envíe, y hasta con el
escribano se reparta.

RODRIGO. Bien, Tío Tuétano.

ESPEJO. Usté y yo
somos los hombres de España.

RODRIGO. ¡Fuerte ese ánimo!

ESPEJO. Señor
alcalde, ¡tiesa esa vara!

PAYOS. Con licencia del Concejo,
Pepita, que Dios te haga
dichosa.

CALLEJO. Ya que han entrado,
lo que más se les encarga
es el silencio.

RODRIGO. Señores,
ya ustedes ven que se trata
en un punto de conciencia.

BORJA. Y grave, pues me retardan
recibir el sacramento
que se pide con más ansia.

ESPEJO. Y en que se pagan las culpas
actuales y las pasadas.

RODRIGO. Silencio digo; cada uno
vote por aquel de que haga
mejor juicio, pues en todos
concurren las circunstancias
de conocido y honrado,
según informes que paran
en mi poder; lo demás,
que sus méritos les valgan
por nuestra parte, y el gusto
después de la interesada.

JOAQUINA. Eso se ha de ver primero,
que mi hija no es esclava.

MERINO. Por lo mismo, tengo yo
que exponer.

RODRIGO. Para mañana,
que estaremos más despacio.

BORJA. Hoy estamos ocupadas
con la boda; dice bien.

CALLEJO. Aquí a cualquiera que habla
se le escucha, compañero.

RODRIGO. Es muy justa la demanda,
si hay de qué y si tiene voto;
los opositores salgan.

MERINO. ¿Cómo han de salir?

EUSEBIO. Cantando,
para hacer menos pesada
la oposición.

ESPEJO. Y después,
saquen a suerte la gracia
que le toque a cada uno,
para evitar toda trampa.

(*Salen de sacristanes las* SRAS. TORDESILLAS, POLONIA, NAVARRA, SORIANO, BALTASAR *y* TADEO, *y todos cantando.*)

LAS TRES. Salve, ilustre Ayuntamiento.

LOS TRES. ¡Ay qué contento, ay qué con-
LAS TRES. Para triunfar y vencer... [tento!
LOS TRES. ¡Ay qué placer, ay qué placer!
LAS TRES. Y vivid los mismos días...
LOS TRES. ¡Ay qué alegrías, ay qué ale-
LAS TRES. Que vivió Matusalén. [grías!!
LOS SEIS. ¡Amén, amén, amén!
BORJA. ¡Qué bello coro de voces!
ESPEJO. Hacen linda consonancia
los altos.
MERINO. A mí el tenor
es lo que más me arrebata.
SORIANO. ¿Cuál es la novia?
BORJA. Yo, yo.
POLONIA. Hasta ver cuál se señala
más en esta oposición,
no se concede mirarla
a ninguno; lo primero
es procurar conquistarla.
RODRIGO. Supongo que saben todos
su obligación.
TODOS. Con ventaja.
SORIANO. Todos repicamos.
POLONIA. Todos
sabemos tocar sonajas.
TADEO. Todos teclean de pasmo.
POLONIA. Todos entonan que rabian.
RODRIGO. ¿Y están todos aquí?
LOS SEIS. Todos.

(*Sale Ruiz de sacristán.*)

RUIZ. Menos yo, que ante la sala
del Consejo me presento
a la susodicha instancia;
y cuanto a buen sacristán,
me opongo a cuantos se hallan
en el presente concurso
o ya todos juntos salgan,
o ya uno a uno; y así
tengo de cantar, si cantan;
si tocan, he de tocar;
tengo de bailar, si bailan;
de repicar, si repican;
de rapar cabos, si rapan;
de sacudir, si sacuden;
de casarme, si se casan.
MERINO. ¡Viva Malahierba!
CALLEJO. ¡Hijo,
ánimo!
MERINO. Ved las ventajas
de mi ahijado y el despejo
que manifiesta.
ESPEJO. Esa es clara
prueba de su insuficiencia,
porque aquellos que se avanzan
a pretender mucho, suelen
no ser buenos para nada.
CALLEJO. Compañero, ya ve usted
que aunque alguna cosa haya
que disimular, no es justo
que yo desairado salga.
MERINO. El saldrá.
ESPEJO. Si lo merece.
MERINO. Se quedará.
ESPEJO. En la estacada,
señor alcalde; formal.
CALLEJO. ¿Pues yo soy de mojiganga?
ESPEJO. Yo no lo sé.
CALLEJO. ¿Pues no veis
que son iguales las varas?
ESPEJO. No lo parecen; será
el modo de manejarlas.
RODRIGO. Vamos callando; venid,
y sacad de aquesta caja
la habilidad, que por suerte
os toque, con circunstancia
que el que la repugne queda
excluído.
ESPEJO. Y acabada
su oposición, si pretende
Malahierba que la alhaja
sea suya, que gane a todos.
JOAQUINA. ¿Cuál es el que a ti te agrada
más, Pepita?
BORJA. Aquel gordito
que los ojos se le bailan.
TODOS. Vamos en nombre de Dios.
TADEO. Organo.
POLONIA. Solfa.
SORIANO. Campanas.
BALTASAR. Tambor.
TORD. Sonajas.
NAVARRA. Tabletas.
RODRIGO. Pues, empezad.
LOS SEIS. ¡Vaya en gracia!
POLONIA. Sacristanes famosos (*Cantando.*)
que os venís a oponer,
vuestras habilidades
publicad esta vez.
TODOS. Sea enhorabuena;
pregunte usted,
prontos estamos
a responder.
POLONIA. ¿Cuántos oficios debe
el sacristán saber?
SORIANO. Repicar y tocar a nublado.
TADEO. Con despejo cantar y tañer.
TORD. Consolar a las viejas y mozas.
BALTASAR. Hacer coplas, ya mal o ya bien.
NAVARRA. Hacer cirios de gotas de cera.
LOS SEIS. Sacudir, apagar y encender.
POLONIA. ¡Vivan los sacristanes!
TODOS. ¡Vivan
siempre jamás, amén!
SORIANO. Oir este clamor:
din, don; din, don.
NAVARRA. Oir este compás:

chas, chas; chas, chas.
TADEO. Oir esta gaitilla,
que es una maravilla.
POLONIA. Chito, señores, chito;
veréis qué villancito.
LOS SEIS. Vamos todos a una,
con instrumento y voz.
POLONIA. Cuenta que a tiempo entren.
TODOS. En la repetición.
POLONIA. Un pastor que iba a Belén
a caballo en un borrico,
se resbaló con la nieve
a la mitad del camino.
Pedro Jiro se llamaba
el pobrete pastorcillo.
TODOS. ¡Jesús, qué desgracia!
¡Pobre Periquillo!
POLONIA. El burro perniquebrado
allí se quedó tendido,
y el pobre pastor, a pie
y tiritando de frío,
anduvo más de tres leguas
sin cenar ni beber vino.
TODOS. ¡Jesús, qué desgracia!
¡Pobre Periquillo!
POLONIA. Al cabo llegó a Belén,
donde vió muchos prodigios;
y con los alegres coros
de sus pastores amigos,
celebró la mejor Pascua
que lograron los nacidos.
TODOS. Jesús, qué ventura!
¡Dichoso Perico!
Y todos felices,
cuando repetimos
tan dulces memorias
en coros y en himnos.
POLONIA. En coros.
TODOS. En coros.
POLONIA. Y en himnos.
TODOS. Y en himnos.
POLONIA. En coros y en himnos.
TODOS. En coros y en himnos.
ESPEJO. ¡Vivan, vivan! ¡Esto es
ser sacristanes de fama!
CALLEJO. Más hará que todos ellos
mi hijo, si le da la gana.
RUIZ. Pues ya se ve que lo hará.
TODOS. Que lo haga, que lo haga.
CALLEJO. A él no le mueve interés,
ni lo hace por la madama,
sino por sacrificarse
a la iglesia y a la patria.
ESPEJO. Que toque el órgano.
RUIZ. ¿Ese no es preciso que taña
entre dos?
ESPEJO. Precisamente.
RUIZ. Pues yo soy el uno; vaya:
yo tocaré los cordeles
y el otro que toque las flautas.
TODOS. ¡Burro, burro!
MERINO. ¿Cómo burro?
El se ha de llevar la plaza,
que es hijo de un potentado
de la villa.
RODRIGO. Diga cada uno
lo que se le ofrezca.
EUSEBIO. Yo voto por él, pues basta
que lo pida el secretario.
VICENTE. Yo soy voto de reata
con mi compañero.
RODRIGO. Yo soy de opinión contraria.
ESPEJO. Y todo el pueblo conmigo.
MERINO. Que lo diga el pueblo falta.
TODOS. El Tío Tuétano siempre
con la voz de todos habla.
MERINO. ¡Ah, pueblo; boca de ganso!
¿No es vergüenza declarada
que os atengáis al dictamen
de un botero?
ESPEJO. Más infamía
es que obedezca un consejo
lo que un escribano manda.
MERINO. Yo, cuando no hable en justicia,
traigo mi tema fundado
en la costumbre, pues siempre
que una cosa buena vaca,
parentesco y favor son
las mejores circunstancias.
ESPEJO. ¡Y el mérito que se quede
colgado de las agallas!
MERINO. ¡Que chille por donde pueda!
ESPEJO. No será eso mientras haya
tíos Tuétanos en el mundo.
MERINO. ¡Miren, y qué personaza
de autoridad!
RODRIGO. Yo la tengo.
Y pues está demostrada
la suficiencia en los seis,
el que elija la muchacha
quedará nombrado.
ESPEJO. Apelo,
y suplid que la palabra
honrada os ataje.
RODRIGO. Diga.
ESPEJO. Este tiene declarada
vocación de sacristán,
désele luego la plaza;
y la moza, con su dote,
al que de esotros agrade
más a la Pepita.
RUIZ. Nolo:
que yo sin la sacristana
no quiero ser sacristán.
ESPEJO. ¡Miren el fin que llevaba
de sacrificar su vida

por la iglesia y por la patria!
RODRIGO. Lo dicho, dicho. Pepita:
¿cuál te agrada?
BORJA. Este que canta
bonito.
(*Señalando a* POLONIA.)
ESPEJO. ¡Mira que es tiple!
BORJA. Pues esotro que levanta
la voz gorda sobre todos.
(*Señalando a* SORIANO.)
ESPEJO. Esa es la más acertada
elección.
PAYOS. ¡Viva el que sabe
tocar las campanas!
SORIANO. ¡Verán ustedes, si Dios
quiere que estiren la pata,
qué responsos que les canto!
ESPEJO. ¡A mí, que he sido la causa
de la proclamación doble!
SORIANO. ¡Ojalá que sea mañana!
ESPEJO. Amén; ya que uno se muera,
que bien responseado vaya.
SORIANO. Y pues estoy convenido
con todos mis camaradas,
que al que se lleve la novia
todos es justo le aplaudan
y le ayuden al obsequio,
vaya de festejo.
TODOS. Vaya.
POLONIA. Que se ha de empezar por una
buena y famosa tonada,
que cantaré luego al punto (1).
UNOS. Pues a la fiesta.
OTROS. A la bulla.
TODOS. Y quede finalizada
esta idea, suplicando
el perdón de nuestras faltas.

FIN.

(1) Falta un verso después de este. El final del sainete es diferente en Durán, y, sin duda, posterior al que aquí se imprime.

148

Las payas celosas

Sainete para la compañía de Martínez

1773 (1)

(*La escena se representa en un lugar vecino a Madrid. Bosque, de cuyos árboles estarán cortando ramos* NAVAS, AMBROSIO, CORONADO, GUZMÁN *y* ENRIQUE, *de payos, y luego sale en el propio traje* GARRIDO, *cantando.*)

GARRIDO. Albricias, paisanos míos,
de que hoy me ha herido el [amor
con otra flecha mejor.
He visto tres forasteras
hoy al primer arrebol,
más bellas que el mismo sol.
¡Qué discretas, qué agradables
y qué bonitas que son!
Estas sí que son mujeres
de agasajo y de primor;
¡con qué halago, qué dulzura
cada una me miró!
Estas sí que son mujeres
de agasajo y de primor!
CORONADO. Pascasio, ¿qué traes, que vienes
tan alegre y tan contento?
GARRIDO. Hombres, ¡qué gusto, qué gus-[to!
Venid si queréis saberlo.
NAVAS. ¿Han purificado el vino?
¿Restituye el carnicero
lo que ha hurtado? ¿Han hecho [voto
de amarnos y obedecernos
las mujeres, desde el punto
que con ellas nos casemos?
¿Se han hundido las boticas,
o los médicos se han muerto?
GARRIDO. No es eso.
NAVAS. Será otra cosa;
pero mientras haya de estos
enemigos, no es posible
que haya gustos verdaderos.
CORONADO. Para ti que eres un tonto;
pero los hombres discretos
como yo, nos alegramos
que ande el mundo al retortero;
con eso lo andamos todos
y se va engañando el tiempo.
GARRIDO. Es verdad.
AMBROSIO. ¿De qué te ríes?

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-158-12. Autógrafo y otro manuscrito antiguo con las aprobaciones y licencias que van al final.

Cuéntanoslo sin rodeos.
GUZMÁN. La formalidad encargo.
GARRIDO. Veréis qué breve lo cuento.
Esta mañanita... Mas
echad los ojos primero
por ese campo, no sea
que haya venido en mi acecho
alguna moza y lo escuche.
TODOS. Nadie viene.
AMBROSIO. Habla sin miedo.
GARRIDO. Pues, amigos, sabed que
las tres mozas que vinieron
antes de ayer al lugar,
son mujeres de provecho.
CORONADO. Ya lo sé yo; que las dos
son hijas de un confitero
muy rico, y la otra sobrina;
que tienen más de mil pesos
cada una de dote, que
quiere casarlas el viejo
con algún labrador rico
de estos lugares, primero
que con algún mozalbete
de la corte; y que por eso
las ha traído.
GARRIDO. ¿Y no más?
¿No sabéis que yo las tengo
medio enamoradas ya?
CORONADO. ¡Pascasio, que seas tan necio!
¿Qué caso quieres tú que hagan
de los pobres jornaleros
como nosotros?
GARRIDO. ¿Qué caso?
Esta mañana, viniendo
hacia acá, las vi a la puerta
de la casa del tío Diego,
donde posan... ¡Qué muchachas!
Una hay de unos ojos negros,
que me miró, y como hay Dios
que me atravesó por medio;
otra hay alta... pues la chica...
Vaya, son como tres cielos
las tres.
AMBROSIO. ¿Y qué, las hablaste?
GARRIDO. Mucho; y como yo no tengo
cortedad, y se me ofrecen
unos dichos tan discretos,
las dejé a las tres clavadas,
y al despedirme, en efecto,
nos tratamos con llaneza.
AMBROSIO. Pues hombre, ¿qué te dijeron?
GARRIDO. Yo les dije: "Adiós, brillantes
estrellas del firmamento".
Y una me dijo: "Adiós, bruto";
la otra, "Adiós, majadero",
y la otra me guiñó y me dijo
que cuidado con aquello.
NAVAS. ¿Y qué es aquello?
GARRIDO. Una cosa
que tratamos con secreto
los dos.
TODOS. Dínosla.
GARRIDO. Cuidado,
que ninguno ha de saberlo
y me habéis de ayudar todos;
que yo también os prometo
a vosotros ayudaros.
TODOS. Así te lo prometemos.
GARRIDO. Pues, amigos, sabed que
me han dicho que son muy be-
los mozos de este lugar. [llos
ENRIQUE. Eso ya nos lo sabemos
nosotros.
AMBROSIO. Como yo, pocos
muchachos habrá en el reino.
NAVAS. Lo que es a doble y robusto,
con todos me las apuesto.
GUZMÁN. Y yo, a galán.
CORONADO. Adelante.
GARRIDO. Dicen que tienen resuelto
quedar casadas aquí
con aquel o con aquellos
que las festejen mejor
y hagan el mayor esfuerzo
por divertirlas.
CORONADO. Pues, hombre,
es preciso que pensemos
cada uno de por sí
y entre todos, algo bueno
que las aturda.
NAVAS. Eso es fácil,
llevando al tamborilero.
AMBROSIO. No lo sepan nuestras novias
y a la postre nos quedemos
burlados.
GARRIDO. ¿Y qué se pierde?
AMBROSIO. No inventen algún enredo
que lo eche a perder.
CORONADO. Si hubiera
alguno que hiciera versos
de comedia...
GUZMÁN. Aquí estoy yo.
AMBROSIO. O quien inventara un juego
de parejas...
GUZMÁN. Yo también.
GARRIDO. Mejor era un estafermo.
GUZMÁN. Aquí estoy yo.
CORONADO. Mejor era
una orquesta de instrumentos
con buenas voces.
GUZMÁN. La mía.
NAVAS. Si no, subirse al alero
de la torre, y desde allí
arrojarse.
GUZMÁN. Yo el primero.
CORONADO. Si todo lo has de hacer tú,

en balde nos cansaremos
nosotros; que le den las
tres novias, y buen provecho.

GARRIDO. También sé que mientras salga
a pagar los cumplimientos
de la justicia su padre,
saldrán solas a paseo
a la ermita; si queréis
ir, las acompañaremos,
y con los ramos cortados
se armará una danza.

AMBROSIO. Bueno;
vamos, que para pensar
en otras cosas hay tiempo.

CORONADO. Pues guíanos a buscarlas
y salirles al encuentro.

GARRIDO. Yo iré delante cantando,
y vosotros, repitiendo. *(Canta.)*
Albricias, paisanos míos, etc.
(Vanse.)

(Salen de payas, como acechando, las SRAS. GRANADINA, MANUELA, MORALES *y* LUISA.*)*

GRAN. Muchachas, mirad los mozos
qué alegres y placenteros
van con los ramos.

MORALES. Mañana,
para ver los que me han puesto
a mi ventana, madrugo.

LUISA. Yo esta noche no me acuesto.

GRAN. ¿Qué apostáis a que ninguna
tiene tantos y tan frescos
como los que me pondrá
mi Pascasio a mí?

MANUELA. Mi Alejo
me pone a mí una guirnalda
de rosas, además de ellos.

MORALES. Mi Juan me la pondrá a mí
de claveles.

LUISA. Para eso,
que a mí me lleva Beltrán
su música.

GRAN. Si yo quiero,
tendré más música y flores
que todas, porque es extremo
lo que me quiere Pascasio;
y como es cercano deudo
del sacristán, llevar puede
todos los ramilleteros
de la iglesia; y si no fuera
por dar que decir al pueblo,
el órgano y las campanas
para mi divertimiento
llevara también.

MORALES. ¡Qué ruido
daría!

MANUELA. En tocando quedo
y llevándolo él debajo
del brazo, estaba compuesto.

GRAN. Ya se ve.

MANUELA. ¡Qué boba que eres,
Hermenegilda!

GRAN. Callemos,
que viene Antona cantando
y apresurada.

LAS TRES. Silencio.

(Sale la MAYORA *cantando, de paya.)*

MAYORA. "Payitas bobitas,
jamás andéis solitas;
mirad que por el campo
lobos vienen y van,
y que os pillarán..." etc.

MANUELA. ¿Qué es esto, Antona?

MAYORA. ¡Ay amigas!
Que he visto tres forasteros,
y ¡qué ojazos que me echaron!
Si no me escapo corriendo,
me alcanzan.

MORALES. ¿Y qué importaba?

MANUELA. Para tantos aspavientos
no es ese motivo.

GRAN. ¿Son
algunos lobos hambrientos
por ventura?

MAYORA. Yo no sé,
pero tienen todos ellos
trazas de hombres de Madrid,
que cuando vienen al pueblo
siempre dejan en él algo
malo que después lloremos.

MORALES. En parte tiene razón,
porque suelen darles celos
a nuestros mozos, y así
se atrasan años enteros
nuestras bodas.

MANUELA. Dice bien.

GRAN. Pues, muchachas, el remedio
es ninguno de estos días
salir donde puedan vernos.

LUISA. ¿No hemos de oir misa?

GRAN. De suerte
que en habiendo impedimento
legítimo, dice el cura
que a *naide* obliga el precepto.

MORALES. ¿Y dónde está ése?

GRAN. Ahí es nada
lo que se expone, si pierdo
un hombre en tiempos tan libres
que quiera vivir sujeto.

MANUELA. ¿Qué trae Pascuala que viene
llorando?

LUISA. Calla, veremos.

(Sale ANTONIA.*)*

ANTONIA. ¡Ay amigas de mi vida!

TODAS. ¿Qué traes, mujer?

ANTONIA. Yo me muero de pesadumbre.
GRAN. ¿Por qué?
ANTONIA. Porque sí. ¡Hu, hu! No puedo hablar; pobres de nosotras que ya no nos casaremos. ¡Hu, hu!
TODAS. ¿Por qué?
ANTONIA. Porque no. ¡Hu, hu!
MORALES. Pero da a lo menos razón.
ANTONIA. ¡Hu, hu! Porque sí.
LUISA. ¿Pues ha habido algún sorteo en que salgan nuestros novios por soldados?
ANTONIA. Que no es eso.
LUISA. ¿Pues qué es?
ANTONIA. ¡Hu, hu!
TODAS. Vaya, dilo.
ANTONIA. ¡Hu, hu! Que toditos ellos quieren a las forasteras que esotro día vinieron al lugar, y con los ramos las van haciendo festejos; ¡hu hu! y cantando cantares.
GRAN. ¿Y va Pascasio?
ANTONIA. El primero, delante; y detrás de todos ¡hu, hu! va mi Nicodemus.
TODAS. ¡Ah pícaros!
GRAN. ¡Ah bribón!
TODAS. Vamos a vengar corriendo esta injusticia.
MANUELA. Arrancarles con las uñas los pellejos.
GRAN. Eso no; que si los ven desollados, los tuvieran ellas por hombres de moda, y nos ganaran el pleito.
MAYORA. Matarlos.
TODAS. Eso es mejor. Vamos allá.

(*Sale* GUZMANA.)

GUZMANA. Cepos quedos, muchachas
TODAS. Vamos de prisa.
GUZMANA. Aguardaros.
TODAS. No podemos.
GUZMANA. ¿Por qué?
MANUELA. Porque vamos todas hechas un mismo veneno.
GUZMANA. Oid, que traigo un gran chisme.
GRAN. ¿Chisme traes? Pues escuchemos.
TODAS. ¿Y los otros?...
GRAN. Que se aguarden, porque el chisme es lo primero.
GUZMANA. Pues sabed, amigas, que... mas cuenta con el secreto.
TODAS. Bien está.
GUZMANA. Sabed, amigas, cómo tres bodas tendremos en el lugar, de Madrid; porque esos tres forasteros que llegaron ayer tarde al mesón, son los sujetos que galantean a las confiteras, sin saberlo el padre, que anda buscando tres hidalgos lugareños con quien casarlas; hay más: que mi cuñado el barbero es el alcahuete, y cuando más descuidado esté el viejo, le traerán al señor cura un despacho de Toledo, y las depositarán en casa del tío Lorenzo, el hortelano.
MAYORA. ¿Y de dónde has sabido tú todo eso?
GUZMANA. Hay más: que dicen que está muy adelantado el cuento, y que aunque no quiera el padre se harán estos casamientos, porque ellos tienen a cuenta tres libras de caramelos que les regalaron ellas.
GRAN. Eso no supone.
GUZMANA. Pero suponen los cucuruchos en que se los envolvieron, dando de su pluma y mano palabra y consentimiento de que las saquen.
LUISA. ¿Y cómo sabes tú todo ese cuento?
GUZMANA. Haz cuenta que no lo sabe *naide*, ni yo, en todo el pueblo, porque mi hermana lo sabe de su marido el barbero; mi hermana después lo dijo a mi madre, hablando quedo; mi madre lo contó anoche cuando estábamos durmiendo y oscuras, para que *naide* pudiera ver el secreto, y yo os lo digo a vosotras a media voz, porque quiero que no se sepa por mí y puedan llamarme luego habladora.
MORALES. Por el chasco de vuestros novios, me alegro.

MAYORA. Tres años hemos de hacerles
penar después.

MANUELA. No lo apruebo,
que eso es contra nosotras;
abreviar el casamiento
es lo mejor, y después
vengarse.

GRAN. ¿Sabéis qué pienso?

TODAS. ¿Qué piensas?

GRAN. Que es necesario
vengarnos de ellas y de ellos
sin dilación, y obligarles
a que se vayan hoy mesmo
del lugar.

TODAS. ¿De qué manera?

PAYOS. ¡Ji, ji, ji, ji!

GRAN. Pero creò
que ellos vienen hacia aquí;
venidme todas siguiendo,
y os lo diré.

GUZMANA. Míralos
qué alegres y qué risueños
que las vienen festejando.

GRAN. No os dé cuidado, que presto
les pesará.

TODAS. Que ya llegan.

GRAN. Pues vámonos, repitiendo:
¡fuego de Dios en los hombres!

GUZMANA. Mujer, maldice con tiento,
no sea que se quemen todos.

GRAN. Bien dices; ya lo modero:
¡Fuego en los que nos engañan!

GUZMANA. Eso sí.

GRAN. Pues ¡fuego!

TODAS. ¡Fuego!
(Vanse.)

(Salen la RABOSO, NICOLASA *y* PONCHA *de madamas de Madrid, como les acomode, como atisbando y enfadadas de los payos, que salen delante cantando con los ramos.)*

GARRIDO. "Hasta hoy nunca se ha visto
por nuestro lugar el sol.

TODOS. Estas sí que son mujeres, etc.

GARRIDO. Aplaudamos nuestras dichas
y gocemos su calor.

TODOS. Estas sí que son mujeres", etc.

LAS TRES. ¿Quieren ustedes dejarnos?

RABOSO. Hijos, no es este el festejo
que os pedimos; ha de ser
con aparato dispuesto
y una fiesta de novillos.

NAVAS. Para boda es mal agüero.

NICOLASA. Pues vaya de toros grandes.

CORONADO. ¡Y qué guapos los tenemos
en la villa! Pero son
gente de mucho respeto.

RABOSO. Pues haced una comedia,
una máscara, un torneo,
de modo que cada uno
nos manifieste su afecto,
y dejadnos por ahora.

NAVAS. Como decía mi abuelo,
porfiar hasta vencer.

AMBROSIO. Ya lo más tenemos hecho,
que es dejar a nuestras novias
por ustedes.

NICOLASA. Nos veremos
a la noche, que ya es tarde.

GARRIDO. ¿Pero qué tal le parezco
yo a usted?

RABOSO. Grandemente.

GUZMÁN. ¿Y yo?

PONCHA. ¿Habrá tales majaderos?
Idos, no vuelva mi padre
y nos vea.

GARRIDO. Por lo menos
hasta la plaza hemos de ir
sirviendo a ustedes.

NICOLASA. El cuento
es que los otros no llegan,
aunque nos vienen siguiendo,
por estos brutos.

RABOSO. Pues vamos
hasta la plaza, veremos
si allí nos dejan.

GARRIDO. Muchachos,
hasta secarse el garguero
alzar el grito.

RABOSO. Callad,
amigos, que ya tenemos
las cabezas aturdidas.

CORONADO. Pues vaya ahora con silencio.

GARRIDO. Madamita, si usted gusta
que le sirva de bracero...

GUZMÁN. Perdone usté.

PONCHA. ¡Ay, que se pican!

RABOSO. A pares los llevaremos.

NAVAS. Ya esto quiere decir algo.

NICOLASA A no tener tan inquietos
(A la RABOSO.*)*
los corazones, no era
este mal rato.

GARRIDO. ¿Va bueno?

RABOSO. Grandemente.

NICOLASA. ¡Qué animales
tan graciosos!

R. Y P. Vamos presto.
(Vanse.)

(Salen siguiéndolas MARTÍNEZ, SIMÓN *y* GALVÁN, *de petimetres ordinarios, de capa.)*

MARTÍNEZ. Los demontres de los payos
se han tirado como perros
a ellas.

GALVÁN. Y ellas parece
que no se hallan mal con ellos.

SIMÓN. Muchachos, ¡qué bueno fuera

que las hubiera ya el viejo
convencido!
MARTÍNEZ. Papel canta.
GALVÁN. Y para cualquiera pleito
de propiedad, nadie puede
alegar mejor derecho.
MARTÍNEZ. Malo será que ellas quieran.
SIMÓN. Ponerles impedimento,
y que cumplan su palabra
por fuerza.
MARTÍNEZ. Fuera mal hecho.
Si casándose a su gusto
y enamoradas hay luego
tantos trabajos, ¿qué habría
forzándolas?
GALVÁN. Lo que veo
es que tienen buenas caras
las payitas de este pueblo.
MARTÍNEZ. Ya estamos para casarnos;
anda, hombre, déjate de eso.
GALVÁN. Aunque uno se case, siempre
los ojos quedan solteros.
MARTÍNEZ. Pero detrás de los ojos
suelen ir los pensamientos,
detrás de ellos las palabras,
tras las palabras los hechos,
y el diablo, por lo común,
cierra el acompañamiento.
GALVÁN. ¡Qué bravo predicador!
SIMÓN. Sin embargo, por lo mesmo
que ellas se van con los payos,
debíamos darlas celos
con las payas.
GALVÁN. Una viene
con flores, que tiene un gesto
gracioso.
MARTÍNEZ. Allá os las hayáis,
que yo por quien vengo vengo

(*Sale* MANUELA, *cantando, con un canastito de flores.*)

"Si algunos señores
gustaren de flores,
baraticas van.
Mas, no arriendo la ventaja,
que cualquiera sol las aja.
Si algunos señores
gustasen de flores," etc.

(*Sale* GRANADINA *acechando con las payas.*)

GRAN. Parece que ha conseguido
Petronila detenerlos.
GALVÁN. ¿A cómo vendéis aquí?
MANUELA. Antes de decir el precio,
diga qué género busca.
GALVÁN. Las flores.
MANUELA. Estas que llevo
en la cesta, muy baratas.
GALVÁN. ¿Y las flores que llevas al pecho?
MANUELA. Caras; que cada una vale
un albedrío lo menos.
GALVÁN. ¿No veis, don Jorge?...
MARTÍNEZ. Dejadla
con mil diablos, que perdemos
de vista a las otras.
SIMÓN. Vamos:
lo primero es lo primero.
MANUELA. Mal nos sale la intención.
GRAN. Aguárdate: caballeros, (*Salen.*)
amparad a estas cuitadas...
MARTÍNEZ. Perdonen por Dios.
GUZMANA. Doleos
de unas mozas ofendidas.
SIMÓN. ¿De quién?
GRAN. De aquellos perversos
mozos, que nos han dejado
desde que al lugar vinieron
esas de Madrid, con quien
se casarán sin remedio.
MARTÍNEZ. ¿Pues qué? ¿Los admiten ellas?
GUZMANA. ¡Toma! Yo sé todo eso;
y les han dicho que aquel
que les haga más festejos
será el dueño de cada una.
LOS TRES. ¿De veras?
GUZMANA. Yo nunca miento
ni soy amiga de chismes;
pero es notorio.
SIMÓN. ¿Qué haremos?
MARTÍNEZ. Dejarlas a ellas por locas
y matar a todos ellos.
MANUELA. Uno y otro es malo.
GRAN. Oid:
¿no era mejor resolveros,
para que todos rabiaran,
a casaros en el pueblo,
que hay muchachas muy hermosas,
humildes y de buen genio?
GUZMANA. Esta, verbigracia.

(*Por la* GRANADINA.)

GRAN. O ésta.

(*Por la* GUZMANA.)

MARTÍNEZ. Andad, que ya os entendemos,
embusteras.
GALVÁN. Vayan de ahí
a buscar cardillos.
SIMÓN. Bellos
talles para andar en coche.
GUZMANA. Tú nos has metido en esto,
Hermenegilda.
GRAN. Callad,
que yo os vengaré si puedo.
TODAS. ¿Cómo?
GRAN. ¡Ladrones, ladrones!
MARTÍNEZ. Están locas, con efecto.
TODAS. ¡¡Ladrones!!

(Salen por todos lados: PEDRO GALVÁN, *de alcalde;* LÓPEZ, *de confitero, y las petimetros y payos, asustados.)*

PEDRO. ¿Adónde están?
RABOSO. Padre, vámonos corriendo
a casa.
PEDRO. ¡*Agua... aguaciles,*
escribano; hola, prendedlos!
LÓPEZ. ¿Adónde están los ladrones,
muchachas?
GRAN. Estos son, éstos.
PEDRO. Ministros.
CORONADO. Nosotros los prenderemos.
NAVAS. Allá voy.
MARTÍNEZ. ¡Aparta, bruto!
NAVAS. Perdone usted, caballero.
PEDRO. Resistencia.
SIMÓN. Poco a poco,
señor alcalde, y primero
oidnos.
PEDRO. Aseguradlos,
no se escapen, y hablaremos.
LÓPEZ. ¿Qué han robado?
GRAN. Hasta ahora nada,
pero ellos vienen a eso.
PEDRO. ¿Y quieren robarme a mí?
GRAN. No, señor; al confitero.
GARRIDO. A cualquiera de los dos
que roben, irán contentos.
GRAN. Le quieren robar las hijas
y la sobrina, sabiendo
que no se las quiere dar,
y les busca casamientos
fuera de Madrid.
LÓPEZ. Aguarda;
que conozco, con efecto,
estas caras; ¡ah, bribones,
que me venís persiguiendo
hasta aquí! Señor alcalde,
embocadlos en un cepo.
PEDRO. Mejor lo podéis hacer
vos, con el consentimiento
de que se casen.
LÓPEZ. Bien dice.
¡Ah, ladrones!
MARTÍNEZ. Es incierto,
amigo, que solamente
venimos por lo que es nuestro.
LÓPEZ. ¿Cómo?
MARTÍNEZ. Sus firmas lo cantan.
LÓPEZ. ¡Ah infames!
(A los tres petimetros.)
GUZMANA. ¡Cuánto me alegro!
MAYORA. De esta hecha, a las usías
las mata a palos el viejo.
LÓPEZ. Antes os cortaré un brazo.
RABOSO. Señor, que atendáis os ruego,
a que vos tenéis la culpa.
Si nosotras pretendemos
la libertad de la corte
y vivir allí, supuesto
de que nos crió usted, no
como hijas de confitero,
sino como señoritas;
estos talles, este aseo,
sobre todo la crianza
con tertulia, y con maestros
de cantar y de bailar,
y en teatros y paseos,
mal con la idea convienen
de aldeanos casamientos.
Nos crió usted petimetras,
y petimetres queremos.
PEDRO. Amigo, mal puede un padre
replicar a este argumento.
LÓPEZ. ¿Y quién son estos señores?
GALVÁN. Yo, señor, un caballero
paje.
SIMÓN. Yo, memorialista
e interventor de Correos.
MARTÍNEZ. Yo, pretendiente a vacantes
de pluma, de lana y pelo.
LÓPEZ. ¡Admirables elecciones!
¡Hijas mías, buen provecho!
NICOLASA. No, señor; que está tratado
se ha de emplear el dinero
del dote, en buscar un modo
seguro de establecernos.
LÓPEZ. De esa suerte es menos malo.
GARRIDO. Nosotros quedamos frescos.
AMBROSIO. Decidlas que ha sido chanza.
PEDRO. Lo que yo saber deseo
es, en esta novedad,
¿qué interés ha sido el vuestro?
GRAN. Castigar a esos villanos,
falsos, que no conocieron
que los burlaban, y a todas
nos dejaron por el negro
interés.
GALVÁN. ¿Son vuestros novios?
PAYOS. Sí, señor.
PAYAS. Mentís.
GRAN. Lo fueron;
pero ya se acabó. Amigas,
para maridos del tiempo
que nos den de comer mal,
que nos traigan casi en cueros,
nos hagan trabajar mucho
y que nos pongan más peso
que el preciso en la cabeza,
no es menester que aguantemos
estos bárbaros, y siempre
se puede llegar a tiempo
para hallarlos en Madrid,
donde quizá encontraremos
fortuna, y si no parece,

nosotras la buscaremos.
¿Os conformáis todas?

PAYAS. Todas.

GRAN. Y juráis...

PAYAS. Aborrecerlos.

CORONADO. Mirad que todo fué chanza.

GUZMANA. Pues, amigos, esto es cierto.

PAYOS. Perdón. *(De rodillas.)*

PAYAS. Vayan noramala.

(De espaldas.)

PAYOS. Desde hoy nos enmendaremos.

GRAN. Madrid o morir doncellas.

NAVAS. No he visto mayor despecho;
estoy por ahorcarme.

GARRIDO. Calla,
que en diciendo éstas no quiero,
son más seguras. Las noches
de San Juan y de San Pedro
vienen pronto; hace calor,
y se habla a oscuras y quedo.

PAYOS. Tú eres quien tiene la culpa.

(A GARRIDO.)

PEDRO. ¿No hay remedio?

GRAN. No hay remedio;
que el ser nosotras humildes,
hace a los hombres soberbios.

LÓPEZ. ¡Vivan las payas celosas!

GUZMANA. Y pues que bodas tenemos,
haya alguna diversión
que haga mayor su desprecio
y vuestra libertad.

MAYORA. Yo
una tonadilla ofrezco
de gusto.

TODOS. Pues a cantarla,
porque después descansemos (1).

---

(1) "Nos, el Dr. D. Fermín García Almarza, presbítero, teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido,

Por la presente, y lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda representar y represente el sainete titulado *Las Payas celosas*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y con las correcciones que comprende, parece no contiene cosa que se oponga a nuestra santa fe y buenas costumbres. Con dicha corrección y no de otra forma se represente, pena de excomunión, mayor *latæ sententiæ*, y con apercibimiento. Dada en Madrid a diez y siete de Junio de mil setecientos setenta y tres.—*Doctor Almarza.* (Rubricado.).—Por su mandado, *Joseph Antonio Ximénez.* (Rúbrica.)

De representar. — Ejecútese. — *Pinedo.* (Rúbrica.)

149

Los payos y los soldados

Sainete para la compañía de Rivera

1773 (1)

(El teatro representa la entrada de un lugarcillo. Atraviesan el teatro, cantando con guitarra y tiple, SORIANO *y* TADEO, *y detrás* DÍAZ *y* MERINITO, *de soldados; alguaciles en chupa, papelillos, etc.)*

"Las mujeres de forma
son conocidas
en que gustan de gente
de la milicia.
Siendo su tema
salir y estar en casa
con centinela."

(Por el lado opuesto salen las SRAS. POLONIA, NAVARRA, TORDESILLAS *y* CORTINAS *de mozas, con cantarillos, como que van por agua, con la mismo música.)*

"El día que me aparte
de mi soldado,
haga mi madre cuenta
que me enterraron.
Sargento mío,
si te vas a la guerra
me iré contigo."

(Salen, como acechando, de payos, CHINICA, RUIZ, CALLEJO *y* CAMPANO, *y luego pasan según los versos.)*

CHINICA. ¿Lo veis? ¡Sobre que las tienen
a todas alborotadas!

RUIZ. ¿Y qué se ha de hacer? Paciencia.

SORIANO. ¡Viva ese garbo, muchachas!

MERINO. ¿No ve usted, señor sargento,
qué lindamente que cantan
nuestras seguidillas?

SORIANO. Mucho.

POLONIA. Cuando las cosas agradan,
se pegan a la memoria
pronto.

CHINICA. ¡Quién te pegara
con la tranca de la puerta,
a ver si entonces cantabas!

CALLEJO. ¡Hombre! Calla, no te oigan.

CHINICA. ¡Mas que siquiera!...

RUIZ. ¡Hombre, calla!

---

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-168-44. Autógrafo de 1773.

CHINICA. ¿Conque tú les tienes miedo, llevándoles una vara de alto?
RUIZ. Sí.
CHINICA. ¿Pues qué haré yo?
MERINO. ¡Los paisanos, qué tal andan asombrados!
POLONIA. Están todos que se les lleva la trampa porque hablamos con ustedes.
SORIANO. Pues por nosotros no haya cuestiones.
MERINO. Digo, ¿es alguno de aquéllos cosa del alma?
POLONIA. Ni del cuerpo.
TORD. ¡Bravos mozos para sitiar una plaza!
CORTINAS. No tenemos tan mal gusto.
CHINICA. Mienten.
RUIZ. Mira que *arreparan* en nosotros, y que puede suceder una desgracia.
CHINICA. ¿Y por qué? Decid, ¿acaso no tienen también espaldas los soldados, donde duelan los garrotes, y sus panzas, por donde entren los cuchillos como Pedro por su casa?
CALLEJO. ¡Pito! ¿Estás desesperado?
CHINICA. Aquí no hay pito ni flauta; más vale morir, que ver requebrar a nuestras barbas las mozas.
RUIZ. Dice muy bien; y si ven que los aguantan, se alzarán en cuatro días con el reino de las faldas.
CALLEJO. Yo no me atrevo.
CAMPANO. Ni yo.
CALLEJO. Muy buen provecho les hagan, si las quieren.
CHINICA. Sois cobardes.
CALLEJO. Pues tú eres valiente, anda y riñelos.
CHINICA. ¡Ya se ve! Vamos allá, Pajalarga.
RUIZ. Vamos.
CHINICA. Pues ve tú delante.
RUIZ. Mejor será que tú vayas, que yo bien puedo por cima de ti ver lo que te pasa.
CHINICA. Pues vamos.
SORIANO. Conque, ¿en efecto la tropa no os desagrada?
POLONIA. Hablen ustedes quedito, que es muy mal intencionada la gente de este lugar, y de cualquiera palabra formará luego un proceso que publicar en la plaza.
SORIANO. ¿Hay más que echarlos de allí de un suspiro, si os enfadan?
CALLEJO. Retírate, que nos miran.
CHINICA. *¡Alantre,* caiga el que caiga! Venid tras mí.
SORIANO. ¿Qué andan ahí haciendo pasmarotadas? Si tienen que decir, digan, y si no, luego se vayan por su camino.
CHINICA. De suerte que como ustedes estaban ocupados con estotras, y la política manda no estorbar la gente cuando está la gente ocupada; y como yo—y como ustedes—; luego dijo Pajalarga vamos, yo respondí entonces, y nadie habló más palabra.
MERINO. ¡Bravas razones!, amigo; te explicas con elegancia.
POLONIA. Pues este es el más discreto.
RUIZ. ¡Qué ha de ser, si es un panarras este Pito! Hombre, ¿por qué no dices las cosas claras? Si hubieran llegado a mí, a fe que no se burlaran de la respuesta.
SORIANO. ¡Hola, hola! ¡Parece que tú echas plantas!
MERINO. Poco a poco. ¿Qué tenías tú que responderme?
RUIZ. Nada.
SORIANO. ¿Pues qué quieren?
RUIZ. Solamente saber si ustedes gustaban de venir a refrescar.
CHINICA. Este lo tiene en su casa: ojo de gallo, muy rico.
SORIANO. Lo estimamos.
TADEO. No se gasta a estas horas.
CHINICA. Hasta luego.
SORIANO. Vayan con Dios, camaradas.
CHINICA. ¿Quieren ustedes que demos dos vueltas con las guitarras por el lugar? Verá usted qué risa.
TORD. No seais machacas; si no quieren sus mercedes ahora.
SORIANO. Iremos mañana.
TADEO. O a la noche.
MERINO. Adiós, amigos,

que ya es esta demasiada
conversación con vosotros.
¿En qué estábamos, muchachas?

P. Y C. Lo mejor es no hacer caso.

TORD. Que el señor cabo de escuadra
lo puede componer con
el padre de la Tomasa,
que le quiere como a hijo,
y la tenemos armada
para esta noche.

SORIANO. ¡Poquito
me quiere mi patrón! ¡Vaya!
Así me quisiera tanto
mi patroncita.

MERINO. ¿Qué, es zaina?

SORIANO. ¿No la ves?

POLONIA. Callen ustedes,
que me pongo colorada.

CHINITA. Y yo me pongo amarillo.

RUIZ. Pues a ti va esa pedrada.

CALLEJO. ¿Ves, cómo callas de miedo?

CHINICA. Ninguno diga palabra,
y demos vuelta a la calle,
para observar cuanto tratan,
detrás de aquella esquinita.

LOS OTROS. Y con aqueso ¿qué trazas?

CHINICA. Ya lo veréis.

RUIZ. ¿No nos hemos
de despedir?

CHINICA. Excusada
cosa es decirles se queden
con Dios, cuando nuestra rabia
se complaciera de que
los diablos se los llevaran.
(Se van.)

CORTINAS. ¡Gracias a Dios que se fueron!

SORIANO. ¡Hola! Parece que os daban
cuidado.

TADEO. Serán sus novios.

POLONIA. Los pobres tras de eso andan;
pero no hay forma, y desde hoy
adelante con más causa,
que hemos visto lo que es bueno.

TORD. Yo, sin embargo, Tomasa,
si me gustara un paisano
de veras, no lo dejaba
por los señores.

POLONIA. ¿Por qué?

TORD. Porque son como las aguas
de verano, que no mojan
sino al paso, con tronadas,
y en vez de beneficiar
las frutas, suelen dañarlas.

TADEO. ¡Caramba, y qué pulla!

SORIANO. ¡A fe
que la aprensión no es de paya!

POLONIA. Como ésta estuvo en Madrid
sirviendo, trajo mil gracias
de allá.

SORIANO. ¿Y por qué te viniste?

TORD. Porque no me acomodaba.

MERINO. Es cierto que los soldados
tenemos muy mala fama
en el amor, por aquello
de que en tocando la caja...
pero no es así.

SORIANO. Ocho días
estuve yo en Caravaca,
y sólo porque a una moza
la dije te quiero, en chanza,
hoy es, y la estoy queriendo,
y el correo que me faltan
noticias de ella, me dan
lo menos unas tercianas.

POLONIA. Pues si usted está enamorado
de aquélla, ¿para qué gasta
tantas lisonjas conmigo?

SORIANO. La que yo digo es casada,
y es una correspondencia
como dicen, celibata.
Pero tú y yo, que sabemos
el tiempo breve se pasa,
y en sacando la licencia,
si la gente está inclinada,
puede tomar sus medidas
y enamorar una dama.

MERINO. ¿Y usted qué dice?

TORD. Que a ustedes,
en tocándoles la marcha,
se les van los pies del pueblo
y la inclinación del alma.

MERINO. Eso es conforme; tan sólo
de pensar que si nos llama
el oficial al cuartel,
que está de aquí una jornada,
te he de dejar por dos días,
me sacudió esta mañana
un desmayo...

TORD. ¡Qué mentira!

MERINO. Dígalo mi camarada.

TADEO. Hablando estaba de usted,
y le pegó una desgana
que se cayó en estos brazos
tan blanco como una estatua.

SORIANO. Si un hombre no las quisiera
bien, ¿para qué era engañarlas
ni platicar tanto?

SANT. En fin,
luego que ustedes se vayan
lo veremos.

TADEO. Aunque vamos
al postrer lugar de España,
no habrá novedad.

TORD. Que es tarde.

SORIANO. Vámonos a la posada,
a ver si hay noticia alguna

del capitán.

POLONIA. En mi casa
estaremos después todas;
no tarde usted.

CORTINAS. Y que vayan
los señores.

SORIANO. Luego irán,
que se ha de armar una danza
esta noche...

LOS CUATRO. ¡Agur!

(Vanse los soldados.)

SANT. Chicas,
vámonos a casa
que luego riñe mi madre.

CORTINAS. También la mía regaña;
pero por hablar con un
soldado, aunque me matara
por la noche, volvería
a hablarle por la mañana.

SANT. No hay duda que es gente alegre.

TORD. Pero no es acomodada.

POLONIA. ¡Que habiendo estado en Madril
gustes de gente patana!

TORD. Es muy distinto el partido
que sacamos las muchachas
entre soldados y payos;
porque a éstos se les agarra
la melena fácilmente
y si es menester se arrastran;
pero los soldados tienen
el paño de las casacas,
escurridizo, y por más
que una apriete, se le escapan.

CORTINAS. Anda, mujer, ¿qué sabemos
la fortuna que la aguarda
a cada uno?

CHINICA. Si ustedes

(Salen los cuatro payos.)

gustan de oir una palabra
hoy a quien ha pocos días
que les escucharon tantas.

CORTINAS. ¡A buena hora!

POLONIA. No podemos
que es tarde.

CHINICA. Mira, Tomasa,
que ya murmuran las gentes;
y que si das mayor causa,
no habrá nada de lo dicho.

POLONIA. ¿Qué importa que no lo haya?
Cierto que perderé bravo
mayorazgo.

CALLEJO. Mira, Paca,
que los huéspedes se irán.

CORTINAS. Pero en tanto que se vayan
o no, quiero divertirme.

CALLEJO. ¿Y después?

CORTTINAS. Si tú te enfadas,
a pares andan los tontos
detrás de las buenas caras.

TORD. Vamos, que es tarde.

TODAS. ¡Adiós, brutos!

POLONIA. Si os aburrís, en la plaza
está la tienda; en la tienda
hay cuerdas pintiparadas;
las ata un hombre al pescuezo
de un cabo; el otro lo ata
a un balcón; se echa de golpe
y sus pesares se acaban.

CALLEJO. Esa es poca desvergüenza.

RUIZ. Yo digo que es mucha.

CHINICA. Basta.

CAMPANO. Y yo te aseguro...

CALLEJO. Yo
te diré.

CHINICA. ¿Queréis dejarlas?

POLONIA. ¿También te enojas tú, Pito?

CHINICA. Yo, no.

POLONIA. Como no me hablas.

CHINICA. Ve a cumplir con el sargento,
que estará aguardando; marcha
que vosotras tenéis siempre
cumplido con los de casa.

TORD. Sin embargo, si queréis
menear un poco las patas,
a cas de ésta vamos luego.

RUIZ. ¿Y tendréis cuerpo de guardia?

CORTINAS. Lo primero.

SANT. ¿Qué os importa?

POLONIA. Ni a nosotras el que vayan.

TODAS. ¡Rabiar, rabiar!

POLONIA. Mirad, chicos,
qué seguidillas tan guapas:
Sargento mío,
si te vas a la guerra
me iré contigo. *(Vanse.)*

RUIZ. ¿Qué dices de esto, qué dices?

CHINICA. Que hacen bien.

CALLEJO. ¿Tú las alabas?

CHINICA. Mucho.

LOS TRES. ¿Y qué habemos de hacer?

CHINICA. Ir al baile, festejarlas
a ellas, y a los soldados
darles por todo las gracias.

LOS TRES. ¿Y no vienes tú?

CHINICA. Yo, no.

LOS TRES. ¿Por qué?

CHINICA. No me hablen palabra
que yo iré después, Corchito:
¿te acuerdas de cuando andabas
a la escuela; y que aprendiste
a *escrebir* y a leer en cartas?

CAMPANO. ¿No me tengo de acordar?

CHINICA. ¿Fuera cosa muy extraña?
Diez años fuí yo a la escuela
y no me acuerdo de nada.

RUIZ. ¿Y a qué viene eso?

CHINICA. ¿A qué viene?
¿Tu primo Roque está en casa?
CAMPANO. Sí, estará.
CHINICA. Vamos a verlo.
RUIZ. ¿Qué capricho es ese?
CHINICA. Nada.
LOS TRES. Dínosle.
CHINICA. ¿Queréis saberlo?
LOS TRES. Sí.
CHINICA. Pues yo no tengo gana
de decirlo; id a bailar,
y chito.
RUIZ. Allá te las hayas.
CHINICA. ¡Válgate Dios por soldados;
válgate Dios por muchachas,
que no saben que el pan de hoy
es hambre para mañana!
(Vase.)
LOS 4. ¡Válgate Dios por soldados
y válgate Dios por payas!

(Se muda el teatro en casa pobre, con algunas sillas de paja y un banco. Sale ESPEJO *de payo viejo y los soldados.)*

ESPEJO. Siéntense ustedes y esperen
un ratico aquí en la sala.
SORIANO. ¿Y la señorita?
ESPEJO. Ha ido
a recoger las muchachas
amigas por el lugar
y aquéllas que mejor bailan,
para que ustedes extrañen
menos la pobre posada,
divirtiéndose un ratico.
MERINO. Para nosotros no hay mala
posada jamás adonde
nos pone tan buena cara
el patrón.
SORIANO. Es imposible
(como soy) que usted no haya
melitado algunos años.
TADEO. Dice bien mi camarada.
ESPEJO. ¿En qué se conoce?
TADEO. En que no
hay en la gente paisana
ese aire, esa bizarría,
talento y buena crianza.
ESPEJO. ¡Vivan ustedes mil años!
MERINO. ¿En qué regimiento estaba
sirviendo usted, la verdad,
cuando las guerras de Italia?
ESPEJO. En ninguno, ni yo he
salido jamás de España,
y harto lo siento. ¡Ojalá
que tuviera menos canas
y no tuviera familia,
que al punto sentaba plaza;
porque es preciso que sea
buena vida y descansada
la del soldado.
SORIANO. No hay otra:
en este empleo se gasta
poco en vestir, y está un hombre
siempre vestido de gala;
y hace a veranos y a inviernos
y a lutos esta casaca.
Nadie come nunca menos
ni tiene menos viandas
en qué escoger; pero todo
se le convierte en sustancia.
Ve uno el mundo a costa ajena,
tiene en todas partes casa
puesta; y cuando los patrones
son como usted, verbigracia,
después de darle la mesa
le dan cuanto hay en su casa.
ESPEJO. ¡Qué tal! ¿y el trabajo es mucho?
MERINO. No hay duda que se trabaja
a veces, pero también
muchas veces se descansa;
y sobre todo, ¿dónde hay
vida más afortunada
que servir al Rey con honra
y defender a la patria?
ESPEJO. Desde chico tuve yo
inclinación a las armas,
y no las seguí por miedo
a la pólvora y las balas;
porque no hay duda que son
mala menestra mezcladas.
TADEO. En perdiéndoles el miedo,
hay hombre que se las traga,
o cuando las ve venir
con la mano las aparta.
ESPEJO. ¿Y ustedes, aunque perdonen,
se han visto en muchas batallas?
LOS 4. En muchas.
ESPEJO. Y ¿no se han muerto?
SORIANO. No se mueren porque vayan
allí los hombres; lo más
que sucede es que los matan.
ESPEJO. Eso es otra cosa; aquí,
como no sabemos nada
de eso, es una bendición
las bolas que nos encajan.

(Sale POLONIA *con las demás y los payos, menos* CHINICA *y* QUEVEDO.)

TODAS. ¡Alabado sea el Señor!
ESPEJO. Ya está aquí toda la jarcia.
SOLDADOS. Muy bien venidas, señoras.
ESPEJO. Idos sentando, muchachas.
¿Qué buscáis aquí vosotros?
RUIZ. ¿Se niega a *naide* la entrada
cuando hay baile, tío Botines?
¿De cuándo acá hay esa usanza?
ESPEJO. Desde que se ha entrado todo

el bien de Dios por mi casa.
¡Afuera, que donde hay
melitares naide campa!

SORIANO. Patrón, déjelos estar;
que el adorno de una sala
mejor es que se interpolen
uniformes y polainas.

ESPEJO. ¡Qué gente! ¡A todo se avienen *(Aparte.)*
y a todo el mundo agasajan!

MERINO. Además, que no queremos
ver las niñas disgustadas
por falta de sus paisanos.

ESPEJO. ¿Para qué les hacen falta?
Una hija y una sobrina
tengo, y tengo de casarlas
con *melitares* o se han
de morir adoncelladas.

RUIZ. ¿Lo oyes? Más loco está que
el viejo. [ellas

C. Y C. Vamos.

RUIZ. Aguarda
que vengan Pito y el otro.

SORIANO. ¿Adónde está la guitarra?

MERINO. Aquí está; vamos bailando.

TADEO. Esos señores que salgan.

RUIZ. A nosotros harto tiempo
nos queda para bailarlas.
Salgan ustedes.

DÍAZ. ¡Alón!:
vamos, dos a dos.

POLONIA. ¿Quién canta?

TADEO. Nosotros.

ESPEJO. ¡Estos son hombres!:
para todo tienen gracia.

(Se ponen a bailar dos de los soldados con la señora POLONIA *y otra, y a la mitad o al acabar la seguidilla sale* CHINITA *acelerado y* QUEVEDO *como de propio, payo.)*

CHINICA. Aquí están. Señor sargento,
a usted le traen esa carta.

SORIANO. ¿De quién es?

QUEVEDO. Del oficial.

CHINICA. ¿Te diviertes bien, Tomasa?

POLONIA. ¿Quieres dejarme, zoquete?

CHINICA. Sí; yo te doy la palabra
de dejarte.

POLONIA... Y yo la acoto.

SORIANO. Chicos, tocaron a marcha.
Seis leguas de aquí es preciso
que amanezcamos mañana.

MUJERES. ¿De veras?

MERINO. ¿Y a qué lugar?

SORIANO. Al lugar de las muchachas
mejores de estos contornos.
No hay que detenerse en nada:
a disponer las mochilas;
patrón, que luego nos hagan
un gazpacho y larga vida,
que salió usted de la maula.

POLONIA. Pero ¿volverán ustedes?

SORIANO. Sí, hija mía (las espaldas). *(Aparte.)*

CORTINAS. Pero escriban a menudo.

MERINO. Si apenas un hombre halla
un papel para un cigarro,
¿qué será para una carta?

SORIANO. Poca parola; a coger
los trastos a su posada
cada uno y volver pronto,
que aquí aguardo, camaradas.

ESPEJO. Aunque fuerais hijo mío,
no me diera tanta gana
de llorar esta partida.

SORIANO. Venid a darme las armas. *(Vanse los soldados.)*

MUJERES. ¡Qué poco duran los gustos!

CHINICA. ¡Qué lástima que se vayan!

TORD. Yo poco chasco me llevo,
porque sólo los miraba
de paso, como decía.

CHINICA. Muchachos, vamos a casa,
que esta fiesta se acabó.

POLONIA. Luego saldré a la ventana,
Pito.

SANT. Cuidado tú, Corcho,
que *dempués* a hablarme vayas.

CAMPANO. Se me quebrarán las piernas
primero.

CHINICA. Amiga Tomasa:
quien ha visto lo que es bueno,
como tú, fuera bobada
que tuviese tan mal gusto.
Quédate con Dios y canta:
Sargento mío, etc.

POLONIA. Ya se van los pobrecitos;
con que tus celos se acaban.

CHINICA. ¡Hola! ¿Conque un hombre sólo
está para suplir faltas?

SANT. ¡Brutos! ¡Que no conozcáis
que todo ha sido una chanza!...

CHINICA. También eran chanza, ¡bestias!,
nuestras antiguas palabras.
¡Fuera de aqu! Y al primero
que me vuelva a requebrarlas,
se le ha de desconocer
por buen hijo de la patria.

C. Y C. Norabuena.

RUIZ Menos yo,
que vi siempre con constancia
mi novia.

TORD. No soy tan boba
que lo seguro dejara
por lo volandero.

POLONIA. ¡Quién
lo dijera!

CHINICA. Cuando andan
éstas con aquello de...

¡quién dijera, quién pensara!,
señal de muerte o al menos
de que están bien desahuciadas.

(*Salen los tres soldados y* QUEVEDO.)

MERINO. ¿Dónde están esos bribones?
CHINICA. Descubrióse la maraña.
MERINO. ¡Seor sargento!

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. ¿Qué es eso?

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. No se han de ir (por una miaja
más o menos) sin cenar.
MERINO. ¿Qué viaje, si esta canalla
ha fingido aquel papel
por burlar a las muchachas?
SORIANO. ¿Quién lo asegura?
TADEO. Este payo
que le trajo a usted la carta.
ESPEJO. En efecto, que es Roquillo.
¿Pues qué es esto?
CHINICA. Una humorada
seria, para escarmentar
las mozas alborotadas
y los padres tontos.
PAYOS. Vamos.
ESPEJO. ¿Cómo este chasco en mis bar- [bas?
CHINICA. Somos humildes, y no
queremos mujeres guapas.
TODOS. Somos humildes, y no... etc.
(*Vanse.*)
SORIANO. Amigos, vuelvan ustedes;
que en pasando esto de chanza,
aunque estemos aquí un año
nadie volverá a mirarlas;
que el ser alegres no es ser
perjudiciales.
ESPEJO. ¡Qué maulas
tiene aquel Pito!
SORIANO. Llamadlos.
POLONIA. Usted deje que se vayan
y que vuelvan o no vuelvan;
que si hay cuatro que se espan- [tan
de ustedes, en el lugar
hay cuatrocientas que rabian
por la amistad de un soldado
para asegurar su casa.
SORIANO. ¿No habrá perjuicio?
ESPEJO. Cuando
lo dice Tomasa, ella
bien lo sabrá.
SORIANO. Pues prosiga
la función.
POLONIA. Por continuarla
sin fatiga, cantaremos
desde luego una tonada.
ESPEJO. ¿Y después?
POLONIA. La diversión
proseguirá su jornada.
TODOS. Y después se irá cada uno
a descansar a su casa.

150

El poeta aburrido

Intermedio para la fiesta de Pascua,
para la compañía de Martínez

1773 (1)

(*El teatro representa la sala de ensayos; algunas señoras estarán repasando música con el guitarrista, para lo que bastará cualquiera coro que sea festivo, y acompañe la orquesta.* MARTÍNEZ *se paseará pensativo, y* GARRIDO *y* CORONADO *estarán hablando, sentados a un lado del teatro.*)

GRAN. Señor autor, me parece
que tarda mucho el poeta
que nos ofreció traer
los sainetes de esta fiesta.
MARTÍNEZ. Más tarda la compañía,
que debiera estar completa,
según estaba citada
antes de las ocho y media
para oirlos, y a las nueve
aún no hay traza de que ven- [gan.
GARRIDO. A bien que yo estoy aquí.
GRAN. ¿Adónde se consintiera
que nosotras madruguemos
tanto, y que los hombres duer- [man
hasta que les dé la gana?
PONCHA. ¡Si esto es una desvergüenza!
MORALES. Yo no vengo hasta las diez
mañana.
ANTONIA. Yo no viniera
muchos días a las once,
pero mi madre me arrea
que rabia.
CORONADO. Mientras que vienen,
vamos a dar una vuelta
a la plaza, a ver si hay algo
de provecho o fruta nueva
sazonada.
GARRIDO. Como usted

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-184-28. Copia antigua, con la licencia de 27 de mayo de 1773. Al pie tiene esta nota, a causa de que la censura había rayado algunos versos: "Este sainete se ejecutó diciendo todo lo rayado, pues se encontró no haber impedimento para decirlo." Se estrenó al empezar las funciones el día de Pascua.

me convide, norabuena;
porque yo no tengo un cuarto.

CORONADO. Te llevaré a la derecha,
y te dejaré pagar.

GARRIDO. Sería hacer dos ofensas
a la antigüedad de usted;
no, señor; yo iré a la izquierda
y detrás, como lacayo,
y lo que se compre, mientras
usted lo fuere pagando,
cargaré con ello a cuestas.

(Salen algunos.)

ALGUNOS. Deo gracias.

MARTÍNEZ. ¡A buena hora!

RAMOS. No es tan mala que no pueda
ganar la palmeta a muchos.

NAVAS. Si se usara la palmeta,
¡cuántos compañeros hay
que sin manos estuvieran!

(Salen SOBTA. y GUZMANA.)

S. Y G. ¿Venimos muy tarde?

GRAN. Sí;
pero la fortuna vuestra
es que no habéis hecho falta.

GARRIDO. Sino a mí, que en tus ausencias
estoy como el olmo triste
que desampara la yedra.

GUZMANA. Quita de ahí, zalamerote.
(Llaman.)

GRAN. Mirad quién llama a la puerta.

MARTÍNEZ. Pase adelante quien fuere.

(Sale SIMÓN de militar.)

SIMÓN. Señores, a la obediencia
de ustedes.

MARTÍNEZ. Señor don Justo,
muy bien venido.

CORONADO. El poeta.

GARRIDO. ¡Poeta y Justo! Sin duda
que serán sus obras buenas.

CORONADO. Allá se verá.

MARTÍNEZ. Sentaos. *(Se sientan.)*

GUZMANA. ¿Me ha puesto usted alguna pieza
de primor?

NAVAS. ¿Hay cosa donde
un hombre la mano meta?

SIMÓN. No lo sé.

NAVAS. ¿Pues quién lo sabe?

SIMÓN. La idea sólo; porque ella
ha de elegir los actores
más propios a sus escenas,
alternando en el trabajo
todos, según las ideas.

MARTÍNEZ. Dice bien.

CORONADO. Parece serio.

GARRIDO. Pues si lo es, haga comedias
y no sainetes, que es cosa
fácil, alegre y ligera.

CORONADO. Así dicen, pero dice
lo contrario la experiencia.

MARTÍNEZ. Señores, ¿estamos todos?

GRAN. No, pero no se detenga
usted, que, los que avisados
no vienen, señal que aprueban.

SIMÓN. Pues en esa confianza,
señoritas, aquí cerca:
caballeros, atención.
(Saca algunos papeles.)

GUZMÁN. ¿Cuántos hay?

SIMÓN. Media docena,
para que ustedes elijan
los que mejor les parezca.

TODOS. ¡Viva!

PONCE. ¿Está en casa Martínez?
(Dentro.)

MARTÍNEZ. Respondan que no: usted lea.

SIMÓN. El primero es de un abate
que, sin vocación ni letras,
come el pan de otro ministro
más útil para la iglesia.

TODOS. Buen asunto.

(Sale PONCE de abate.)

PONCE. Si está usted
en casa, ¿por qué se niega?

GRAN. Sin duda el diablo le dijo,
que a tan buena ocasión venga.

MARTÍNEZ. Estábamos ocupados.
Si a usted le parece... vuelva
otro día.

PONCE. Mi visita
será muy breve, y mi arenga
mucho más.

MARTÍNEZ. Pues diga usted
todo lo que se le ofrezca.

PONCE. Que usted no vuelva a sacar
en entremés, en comedia,
tonadilla ni sainete
abate alguno, sopena
de amotinar medio pueblo
contra las mejores fiestas;
darles palmadas de moda,
y no permitir que vengan
las damas que protegemos
por ningún motivo a verlas.

SIMÓN. Señor, es pleito vencido
que en toda la Europa sean
los abates el objeto
ridículo de la escena.

PONCE. Aquí no queremos serlo,
porque no nos tiene cuenta;
esto es en pocas palabras:
haga lo que le convenga. *(Vase.)*

MARTÍNEZ. Aguarde usted.

GUZMÁN. Déjalo,
que si por todos se empeña
en perseguirnos a todos,
es preciso que obedezcas;
que es mal contrario un abate
cuando declara la guerra.
GARRIDO. ¿Guerra? ¿Y dónde están las [armas?
SIMÓN. ¿Qué más armas que la lengua?
Conque éste no sirve; vamos
a otro.
GUZMÁN. La dicha nuestra
es que haya en qué escoger.
SIMÓN. Este es de una petimetra
que gasta en sus diversiones
y sus adornos más renta
en un mes, que su marido
tiene de salario en treinta.
SOBTA. ¿Y qué se mete usted en eso?
(*Se levanta.*)
¿Saca de la papelera
suya el dinero que gasta,
ni usted le paga sus deudas?
GRAN. Si ella tiene algún arbitrio
(*Se levanta.*)
o alguna mina encubierta,
dice muy bien: cada uno
se ingenia como se ingenia.
GUZMÁN. Pero ¿qué le importa a nadie
que gasten y se diviertan,
(*Se levanta.*)
ni por qué se han de quejar
si el marido no se queja?
SIMÓN. Por lo mismo, es el asunto
más propio para la escena,
donde ese mal matrimonio
se ve copiado y se afrenta;
y lo que hoy le desazona,
quizá mañana lo enmienda.
TODAS. Sin embargo, es mal asunto.
UNOS. Vaya fuera.
OTROS. Vaya fuera.
SIMÓN. Vaya otro sobre cortejos.
GRAN. ¿Se trata de que no sean
miserables ni celosos,
y den a las que cortejan
cuanto pidan?
SIMÓN. Al contrario.
GRAN. Pues tampoco es buena idea.

(*Sale* LÓPEZ *con capa de grana y la* MANUELA.)

LÓPEZ. Alabado sea el Señor.
No te quedes a la puerta.
MANUELA. Despacha, que aquí te espero.
LÓPEZ. ¿Qué te tapas? Vamos, entra;
que bien se puede saber
que me quieres sin vergüenza.
MARTÍNEZ. ¿Qué manda usted?
LÓPEZ. Lo que mando
es que usted no se me atreva
hacer otra vez sainetes
de viejos que galantean,
ni a enseñar a las muchachas
que nos saquen la moneda
y nos dejen luego alpiste,
que bastante saben ellas.
SIMÓN. Esos caracteres nunca
se sacan, porque no sepan
ellas más de lo preciso,
sino porque ustedes vean
lo desairada que está
la nieve en la primavera.
GARRIDO. Me parece que usted sabe
muy poco de esas materias:
nunca es más útil la nieve
que cuando el calor aprieta.
SOBTA. ¿Y usted gusta de este mueble,
siendo tan niña y tan bella?
MANUELA. Amiga, ¿qué quiere usted?
Si de la elección pendieran
patria, padres y cortejos,
habría pocas plebeyas;
todas las mozas serían
de Cádiz o aragonesas,
y no tendrían jamás
vacaciones ni cuaresma.
Pero como es necesario
que se sujete a su estrella
cada una, se conforma
con lo más útil que encuentra.
LÓPEZ. Señor Martínez, cuidado,
que no quiero yo que sepan
que cortejo esta muchacha,
y si vengo a la comedia
me señalen con el dedo.
SIMÓN. Pues dígame usted: ¿no fuera
más propio que la dejase?
LÓPEZ. ¿Dejarla yo? ¡Qué simpleza!
Cuatro muelas tengo, y antes
dejaré las cuatro muelas.
GARRIDO. Y el corazón y los ojos
dejarían, como dejan
la vida, los viejos antes
que los vicios y pesetas.
LÓPEZ. ¿En qué quedamos?
GRAN. En que
para siempre se destierran
los sainetes de cortejos,
que no divierten las hembras
y escaman a los varones.
LÓPEZ. Sea muy enhorabuena.
(*Vanse los dos.*)
TODOS. Vaya otro.
SIMÓN. ¡Qué brava gente!
Dios me dé por hoy paciencia.
Trata el cuarto de una junta
de la compañía entera,

sobre la elección de autor,
suponiendo que lo era
usté, y murió de repente.

MARTÍNEZ. Agradezco la fineza.

(Sale GALVÁN, *hijo, de militar de moda.)*

GALVÁN. Amigo y señor Martínez.

MARTÍNEZ. Téngalas usté muy buenas,
y diga lo que me manda.

GALVÁN. Tome usted esa silleta,
y oiga de un apasionado
erudito que le aprecia
un consejo.

GARRIDO. ¿Si será
erudito a la violeta? (1)

CORONADO. Sus obras y sus palabras
hablen.

MARTÍNEZ. Decid.

GALVÁN. De manera,
que yo estoy interesado
en que el teatro aparezca
de repente corregido
y brillante con mi escuela.
Para esto, es menester
que usted queme sus comedias,
a excepción de diez o doce
que dicen que son muy buenas.

MARTÍNEZ. ¿Y cuáles son?

GALVÁN. Yo no sé,
pero queda de mi cuenta
preguntarlo y avisar.
Usted ha de hacer zarzuelas
que tengan menos defectos
que las mejores tragedias.

MARTÍNEZ. ¡Ahí es nada lo que pide!

SIMÓN. Eso no es fácil.

GALVÁN. Hacerlas.

SIMÓN. ¿Y usted por qué no las hace?

GALVÁN. Para eso sé deshacerlas:
no ha de sacar al tablado
los vicios de nuestra era
para que sirvan de risa.

SIMÓN. Con dos preceptos enseña
todo lo contrario Horacio.

GRAN. Usted calle, en penitencia
del pecado de escribir
versos.

GALVÁN. Las obras que sean
de muy pocos personajes,
y de ninguna manera
ustedes como quien son
han de hacer papel en ellas;
y, sobre todo, lo que
todo el buen orden altera
de una república culta,
lo que el buen gusto reprueba,
lo que escandaliza al mundo
porque no hay en él idea
ni ejemplar de tal abuso,
es aquella expresión necia
de pedir todos, al fin,
perdón de las faltas nuestras.
Hasta aquí pudo llegar
(Se levanta.)
mi oración y mi paciencia.

SIMÓN. Y la mía: ¿cómo es eso
(Se levantan todos.)
de que ejemplares no tengan
los abusos que propone
de representar escenas
entre muchos, y los mismos
actores que representan?
¿Cuántas piezas quiere usted
italianas y francesas
escritas así, y escritas
por sus mejores poetas
cómicos? *Y en cuanto a que
se finalicen las piezas
(que por obras puede ser
que usted, y otros, no lo entien-
con la debida atención [dan
al público, decid: ¿qué era
el "Plaudite" de Terencio?
¿Y qué son en Francia aquellas
entradas de los bailetes,
adonde la última letra
que se canta trata siempre
de conseguir indulgencia?* (1)
Mas, concluído el asunto,
¿no dicen la propia arenga
el arlequín o el criado
en muchas de sus comedias?
Es claro: si quiere textos,
yo se los daré a docenas;
pues ¿por qué ha de citar sólo
los sainetes y las nuestras?
Si dijera que esta es
una práctica superflua,
pues cuando el perdón se pide
de los defectos, ya queda
la obra mala condenada
y celebrada la buena,
pase; mas decir que aqueste
delito capital sea,
cuando con quitar dos versos
tres o cuatro se remedian...;
por este y otros tan leves
decir que las obras pecan
contra el arte y el decoro
todas...

MARTÍNEZ. Usted se contenga.

SIMÓN. No quiero; y sepan ustedes
que en Madrid sobran poetas

(1) Alusión a la obra de Cadalso de este título que se acaba de publicar.

(1) Tachados por la censura los versos que van de cursiva.

que no dan muchas funciones
por no exponerse a la necia
crítica de semisabios
sin acierto ni experiencia.
Queden ustedes con Dios,
y pues hay quien tanto sepa,
salga al público, que él es
quien hace justicia seca. *(Vase.)*

MARTÍNEZ. El asunto es perseguirle
de muerte; detente, espera. *(Vase.)*

GARRIDO. Pues le sigues y persigues
en vano, que el otro vuela.

NAVAS. ¡Pues hemos quedado frescos!

GUZMÁN. La única cosa que hay buena
es haber averiguado
la causa por que se niegan
tantos a escribir.

MARTÍNEZ. Es cierto:
pues ¿a quién no desalienta
camino tan escabroso
que en cada paso tropieza,
y en que hay tantos que censuren
y tan pocos que agradezcan?

GARRIDO. ¿Y qué hacemos sin sainetes?

GRAN. Tal cual para fin de fiesta
allí hay uno, sin cortejos,
abates, que pocos entran
y todos somos supuestos.

MARTÍNEZ. Por fin, algo se remedia.
Conque en quitándole aquella
conterilla de las faltas,
será una cosa perfecta.

GARRIDO. ¿Y por entremés?

GRAN. Se hace
una introducción ligera,
y que cante Antonia Blanco
una tonadilla nueva.

ANTONIA. ¿Yo? ¿No hay otra más bonita?

GRAN. No.

ANTONIA. Pues todas sois muy feas.

MARTÍNEZ. Ya te puedes prevenir.

ANTONIA. Yo, protestando la fuerza,
cantaré.

GRAN. Canta y confía,
pues sabes que te toleran.

ANTONIA. Razón es para animarse,
pero sólo me atreviera
mandada; escuchen ustedes,
que la tonadilla empieza.

Madrid 27 de Mayo de 1773.—Omitiendo lo que va rayado o supliéndolo con otro concepto, que se me haga presente, pase por visto este intermedio.—*Noriega.*

151

Las resultas de las Ferias

Sainete para la compañía de Rivera.

1773 (1)

(El teatro representa calle pública a la salida de la feria; al bastidor primero estará de buhonero SORIANO, *con baratijas, alguna escofieta y unos broches a lo menos; al segundo, la* CORTINAS *con mesa de avellanas, acerolas y melocotones; el tercero será salida. Todo esto es a la derecha y lo descubre el telón. Se previene que ínterin el diálogo de* MERINO, EUSEBIO *y* ESPEJO, *han de cruzar arrimados al telón hombres y mujeres las veces que quieran, sin hablar.)*

CORTINAS. Señores: acerolonas
ricas; frescas avellanas,
y melocotones gordos
de Aragón.

SORIANO. ¡Vamos, madamas,
que se concluye la feria!

CORTINAS. ¡Qué poco que se despacha!

SORIANO. Por las tardes, ya se sabe
que se vende poco, o nada.

CORTINAS. Pues yo no sé en qué consiste,
que bastante gente pasa.

SORIANO. Por la tarde aquí se ferian
sólo las buenas alhajas.

(Salen de payas TORDESILLAS *y* NAVARRA, *con* RUIZ *y* CALLEJO.*)*

RUIZ. ¿Quién me compra este artesón
que me queda de la carga?

TORD. No mientas: que aún tienes cuatro
que vender en la posada,
y eso es pecado.

RUIZ. En Madrid,
apenas pone las plantas
uno, tiene privilegio
para no decir palabra
de verdad.

NAVARRA. ¿Y mienten todos?

RUIZ. Solamente los que hablan.

NAVARRA. Eso se supone. ¿Cómo
han de mentir los que callan?

TORD. ¡Qué cosas tienes, Damasio!

RUIZ. Llévalas por ahí, Juan Pala,
a que vean esas cosas,
mientras veo si se acaba
de despachar esta hacienda.

CALLEJO. No tengas cuidado, anda;
que yo conozco a Madrid,

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-169-13. Autógrafo de 1773 y otras copias antiguas.

y sé las encrucijadas;
bien seguras van conmigo.

RUIZ. Cuidado, que ellas son mansas;
y aquí, ni aun suelen estar
seguras las mulas falsas.

TORD. ¿Qué, somos mulas nosotras?
¡Alabo la comparanza!

NAVARRA. ¡Qué cosas tienes, cuñado!

TORD. Juan, cómpranos avellanas.

RUIZ. Hasta después. ¡Artesones!
(*Vanse.*)

CORTINAS. ¡Qué ricas! Señoras guapas.

NAVARRA. ¿Cuánto vale esa medida?

CORTINAS. Ocho cuartos.

TORD. Son muy caras.

CORTINAS. Vengan ustedes acá.

TORD. No quiero.

CORT. ¿No ven la paya,
qué desvergonzada que es?

TORD. Si yo soy desvergonzada,
peor es ella, que es ladrona.

CORTINAS. Me lo ha de hacer bueno.
(*Sale fuera.*)

TORD. Daca,
Juanillo; daca ese palo,
(*Se le quita.*)
y le quitaré las ganas
de vender caro.

CORTINAS. ¿Ella a mí?

SORIANO. ¡Poquitas voces, paisanas!
Váyanse por su camino;
y usted, señora Tomasa,
déjelas; que en estos lances
más se pierde que se gana.

TORD. Si estuviera aquí Damasio,
yo aseguro...

NAVARRA. Mujer, calla;
mejor es dejarlo *asina*.
(*Se aparta.*)

CORTINAS. A no mirar que son gansas,
y que una, al fin, es quien es,
ya tendrían en la cara
a estas horas, bien pintado,
el escudo de mis armas.

(*Salen* MERINITO *y* CODINA *reparando.*)

MERINITO. ¿No ves qué payas tan lindas?

CODINA. Y a fe, que la una es bizarra.

MERINITO. ¡Con qué brío que se puso
en defensa!

CODINA. Pues no es paja
la otra.

MERINITO. ¿Quieres que vayamos
un cuarto de hora a pavearlas?

CODINA. ¿A qué venimos aquí?

MERINITO. Pues sigamos a la larga.
(*Vanse detrás de ellas.*)

(*Salen por un lado la* POLONIA *y por otro* MERINO, *y* ESPEJO *la sigue.*)

POLONIA. Parece alano el demonio
del viejo. ¡Cómo se agarra!
Pues a fe que ha de correr
más que un galgo, si me alcan- [za.

ESPEJO. El diablo de la mozuela,
parece liebre.

MERINO. Muchacha,
¿qué llevas en ese lienzo?
¿Dónde vas tan sofocada?

POLONIA. Llevo un poco de vajilla.
Pero, señor de mi alma:
¿conoce usted a ese viejo
que me sigue?

MERINO. ¿Al de la capa
azul?

POLONIA. A ese propio.

MERINO. Mucho.
¿Qué, te corteja?

POLONIA. No es nada;
deténgalo usted, que no
quiero que sepa mi casa. (*Vase.*)

MERINO. Aguarda, chica.

ESPEJO. Guardemos
de este perillán la cara.

MERINO. Adiós, señor don Ambrosio.

ESPEJO. Me cogieron en la trampa.
Adiós, amigo. (*Hace que se va.*)

MERINO. Esperad.

ESPEJO. No puedo, porque me aguarda
un correo dilatado.

MERINO. ¿Habéis recibido cartas
de Manila?

ESPEJO. No me acuerdo.
Ya os responderé mañana.
(*Vase.*)

MERINO. Ya se ha perdido de vista
entre la gente que pasa.
Si ella le ha hecho alguna burla,
como soy, que me alegrara
de saberla.

(*Sale* EUSEBIO.)

EUSEBIO. Es imposible
(*Distraído.*)
que en la hora más menguada
no me hiciesen a mí autor.

MERINO. Señor Eusebio, ¿qué traza
es esa? ¿Usted discursivo?
Sin duda que alguna dama
os hizo rostro a las ferias,
y a la gratitud espaldas.

EUSEBIO. ¡Ojalá que fuera eso!
Que para esas cuchilladas,
ya tiene uno la paciencia
llena de callos, y aguanta.

MERINO. ¿No? Pues a fe que el sembrar
en tierra propia, o extraña,
que a lo menos no de el uno
por ciento, a mí me da rabia;

porque discurro, que pido
una cosa moderada.

EUSEBIO. Amigo, ¡dichoso usted
que puede estar para chanzas,
señor Merino, y no obstante
que los perjuicios le alcanzan,
no se halla en el descubierto!

MERINO. Pues usted, ¿en cuál se halla?

EUSEBIO. Que no tenemos sainete
para empezar temporada
a estas horas.

MERINO. Pues a fe
que ya poco tiempo falta.

EUSEBIO. No queda por diligencias
mías, pero han sido vanas.
Salga usted con cosa vieja,
y verá lo que le aguarda.

MERINO. Si yo lo hubiera sabido
antes... justamente estaba
cierto poeta ahí en la
plazuela de la Cebada;
le hubiera hablado.

EUSEBIO. ¿Quién es?

MERINO. Uno que ha dado obras varias,
y que algunas han gustado.

EUSEBIO. Si a lo menos nos sacara
de este paso...

MERINO. Espere usted,
que allí viene.

EUSEBIO. Pues, ¡al arma!
Embistámosle de firme,
hasta que dé la palabra.

MERINO. A los ingenios los vence,
más que la fuerza, la maña.

(Sale CHINICA *de estudiante, observándolo todo.)*

CHINICA. ¡Cómo está el mundo!
¡Y que un hombre
no haya de decir palabra,
porque la mitad se pica
y la otra mitad se rasca!

EUSEBIO. ¡Qué bella fisonomía
de poeta!

MERINO. Por la facha,
nadie la tiene mejor.
Lleguemos.

EUSEBIO. ¿Qué idea rara,
lleváis, señor don Hilario,
en la cabeza?

CHINICA. Son tantas,
que atropellándose todas
en la intelectual escala,
por subir y por bajar,
ni bien suben, ni bien bajan.

MERINO. Aprensiones semejantes
no las hay en toda España.

CHINICA. ¿De qué sirven aprensiones
sin fortuna? Verbigracia:
yo hago aprensión de comer
una perdiz bien guisada:
me quedo con la aprensión,
y la perdiz en la plaza.
¿Estará un hombre a las tres
de la tarde para gracias?

MERINO. Sin embargo, ahora lo estáis:
y una que me es de importancia
os he de pedir.

CHINICA. ¿Cuál es?
Mandad, en la confianza
que soy vuestro apasionado.

MERINO. Para empezar temporada,
nos habéis de dar sainete.

EUSEBIO. Con cualquiera patarata
me contento, como sea
nuevo el asunto.

CHINICA. ¡Ahí es nada
la condicioncilla! Amigos:
he cerrado ya la plana
de versos para el teatro
enteramente, por falta
de ideas; pues no hay alguna
que hoy al público complazca.

MERINO. ¿Tal decís? ¿Pues es posible
que mientras que mundo haya,
y en él hombres y mujeres,
dejen sus extravagancias
de dar materia al teatro?

CHINICA. De esa manera pensaba
yo algún día; pero ya
veo por distinta cara
el mundo, y todas sus gentes
me parecen arregladas,
juiciosas e irreprensibles.

EUSEBIO. Esa idea sí que es rara. [nunca

CHINICA. ¿Por qué? ¿Pues se ha visto
tanta prudencia en las canas,
tanto respeto en los mozos,
en los niños tal crianza,
tal orden en las familias,
mejor gobierno en las casas,
tal modestia en las solteras,
tal lealtad en las casadas
y tanto recogimiento
en las viudas? ¡Vaya, vaya!
Está tan igual, que nadie
puede a otro ponerle tacha.

MERINO. Cuidado, que a usted es preciso
entenderle a la contraria.

CHINICA. Lo digo como lo siento,
no hay ironía que valga.
Y si no, vamos a la
plazuela de la Cebada,
veréis todas las virtudes
en su trono colocadas.

MERINO. Pues sólo esta feria, amigo,
¿no da materia sobrada

para cien sainetes?

CHINICA. No;
pues yo no hallo en ella nada
que criticar, y celebro
en los unos las ganancias,
el regocijo en los otros;
y en todos las buenas ganas
que traen de comer sandías,
acerolas y azufaifas.
Y la prueba de que toda
cuanta viene es gente sana,
nos la dan las dentaduras
al partir las avellanas.

EUSEBIO. ¡Qué púa que es!

MERINO. Sin embargo,
me parece que en las tablas
fuera escena divertida,
ver un hombre a quien no al-
su renta para comer, [canza
que corteja a cuantas halla
y las da ferias.

CHINICA. Eso es
galantería, que llaman,
y en saciándose el capricho,
más que lo ayune la panza.

MERINO. Ver a otro, o a ese mismo,
que le lleva a la sultana
de sus deseos, un corte
de basquiña, otro de bata,
escofietas, abanicos,
broches, ganchos, arracadas,
etcétera, que lo estima
o lo no estima madama
(que suele ser lo más cierto),
y apenas vuelve la espalda,
empiezan a murmurar
los chiquillos, las hermanas,
el ama del niño, el paje,
las vecinas, las criadas,
porque a todas no las viste
por entero, y las regala.

CHINICA. Y tienen mucha razón;
si todos esos aguantan
que corteje el señor mío,
¿por qué no los agasaja?
Y aún le debía, en conciencia,
feriar al amo de casa
una sortija de... concha.
y una montera muy ancha.

MERINO. Ved a otro...

EUSEBIO. ¿Para qué
en referirnos se cansa
usted lo que estamos viendo?

MERINO. Es verdad; las más que pasan,
son figuras que darían
mucho gusto retratadas.

CHINICA. Pues buscad otro pincel,
y otra idea más bellaca,
que yo no encuentro defecto
propio para carcajadas;
y no habiendo muchas, dicen
que el sainete es una plasta,
aunque contenga la idea
más fina y la mayor gracia.

EUSEBIO. ¿Y aquí, no halláis que reir?

MERINO. Por Dios, que tengáis cachaza,
y observemos por un rato.

CHINICA. Lo haré, porque usted lo man-
y porque en cuanto repare [da,
usted, vea que se engaña.

(*Pasa* TADEO.)

MERINO. Ved este de la papera:
aunque avergonzado se halla
entre todos, como viene
por lo que todas le arrastran.

CHINICA. Quizá será estilación
que le cae a la garganta,
de puro estudiar. También
puede ser su salud tanta,
que naturaleza arroje
próvida la exorbitancia.
Y si durmió en cuarto bajo,
será humedad de la cama.

MERINO. ¿Qué es eso, don Roque?

TADEO. El fresco
de aquellas noches pasadas
me destempló la cabeza.

CHINICA. Ved cómo toda la causa
del mal de este caballero,
sólo es su destemplanza.

TADEO. ¿Qué, pensaban otra cosa?

CHINICA. ¡Qué sé yo lo que pensaban!

TADEO. ¡Qué perillanes! (*Vase.*)

CHINICA. Agur.

(*Pasa y llega* VICENTA.)

MERINO. Mirad aquella muchacha
infeliz, ¡con qué ambición
a aquella tienda repara!

CHINICA. No es ambición; es quedarse
divertida, o admirada
de ver las superfluidades
en que el dinero se gasta;
y que no hay quien dé a las po-
para comprar una saya. [bres

EUSEBIO. No lo creo.

MERINO. Ello dirá.

VICENTA. ¿Son estas piedras de Francia?

SORIANO. Sí, señora.

VICENTA. Y diga usted:
¿están en fino engarzadas?

SORIANO. Sí, señora.

VICENTA. ¿Cuánto valen
estos broches?

SORIANO. Ved que es plata,
y son de moda: once pesos.

VICENTA. ¡Jesús, qué cosa tan cara!
SORIANO. ¿Cuánto da usted?
VICENTA. Un doblón.
SORIANO. Por verlos.
MERINO. Digo, Fulana:
¿tienes tú el doblón?
VICENTA. Ayer,
que me despidió mi ama,
me le dió por el salario
de tres meses.
MERINO. ¿Y lo gastas
en broches? ¿No era mejor
que tu madre te comprara
camisas?
VICENTA. De las camisas
no se ve más que las mangas;
demás, que mi madre está
en el *hespital* muy mala;
con que yo, con mi dinero,
haré lo que me dé gana.
CHINICA. Cabal.
VICENTA. ¡Y ojalá tuviera
para comprar una bata,
que no me echara la pierna
ninguna a saber llevarla!
CHINICA. Bien dicho.
VICENTA. ¿Quiere usted más?
MERINO. No, hija mía.
VICENTA. Pues, mudanza;
que conversación, de balde
me la dan a mí en mi casa.
(*Vase.*)
EUSEBIO. ¿Qué decis?
CHINICA. Que es un prodigio
ver, qué aguda, qué aplicada
esa moza, sólo por
lo que ve lo que adelanta.
(*Sale* POLONIA.)
POLONIA. Agur, señor.
MERINO. ¿Qué, ya vuelves
otra vez?
POLONIA. Volveré tantas...
Este es el quinto viaje
de hoy.
MERINO. ¿Y qué llevas?
POLONIA. Tazas,
platos, jícaras y vasos.
MERINO. ¿Y antes, qué llevabas?
POLONIA. Tazas, jícaras, platillos,
lebrillos, fuentes y jarras.
MERINO. ¿Y para qué compras tanto
de eso?
POLONIA. Porque otros lo pagan.
MERINO. ¿Cómo?
POLONIA. Yo me vengo aquí
temprano, por la mañana;
me siguen; yo no los miro,
ni respondo si me hablan;
y cuando veo que es hora,
llego haciendo la zanguanga
a una tienda; lleno bien
el lienzo de zarandajas,
se empeña el hombre en pagar,
acepto, y cojo la rauta
cuando puedo; cuando no,
les digo, muy asustada,
que es mi marido cualquiera
que hay allí de mala cara,
y a los que, más atrevidos,
me preguntan la posada,
les doy números distintos
de guardillas de la plaza,
y los cito entre dos luces,
que es la hora proporcionada
para que suban de hocicos,
y luego bajen de espaldas.
MERINO. Pues, boba, no era mejor
(ya que lo haces) que estafaras
de modo que utilizases
algunas ricas alhajas,
o vestidos, en las tiendas
surtidas de mayor fama?
POLONIA. Si yo los llevase allí,
¿le parece a usted que entraran?
MERINO. Pero, mujer: ¿qué has de hacer
con tanto barro?
POLONIA. ¡Ahí es nada!
Para poner una tienda
de vidriería mediana,
tengo ya vajilla y vidrios
asegurados, que pasan
de valor de tres mil reales.
Con esto y con la ganancia
paso este año, para el otro
tengo la senda trillada,
y podré caminar más;
de modo, que sin desgracia
de nadie, me hago dichosa,
y puedo vivir honrada,
a costa de aquellos tontos
que desperdician su plata.
Agur, que pierdo otro viaje,
y todavía me faltan
muebles; que por su figura
no es razón que yo los traiga.
(*Vase.*)
EUSEBIO. Y esto, ¿qué os parece?
CHINICA. Bien;
por la honradez y la gracia
con que va estafando a todos,
a no ser contra ordenanza
el regalar los poetas,
doce platos la feriaba.
(*Sale* ESPEJO.)
ESPEJO. ¡Que si quieres! Vaya usted

a buscar en Salamanca
uno vestido de negro.
¡Y que yo le contestara!
¡Toma, que aún se están aquí;
valiente par de fantasmas!

MERINO. ¿Despachó usted ya el correo?

ESPEJO. Reniego de su llamada
de usted; que perdí una moza
que iba allí, como una plata.
¡Y a qué tiempo la perdí:
cuando iba ya regalada!

MERINO. ¿No sabe usted donde vive?

ESPEJO. Sí, señor.

MERINO. ¿Dónde?

ESPEJO. En la plaza,
entre la carnicería
y una tienda de badanas,
número dos, a seis altos.

MERINO. Vamos; ¿y cómo se llama?

ESPEJO. Si usted lo quiere saber,
por qué no va usted a buscarla?
El que quiera coger truchas,
que se moje las polainas.

MERINO. Ella os ha burlado.

ESPEJO. ¿A mí?
Eso, ni más poco.

MERINO. ¡Vaya!
¡Qué tal ha ido de feria?

ESPEJO. La lástima es que se acaba:
no he faltado ningún día,
por tarde ni por mañana.

EUSEBIO. ¿Pues ha habido buenas mozas?

ESPEJO. ¡Toma, si ha habido! ¡Qué [guapas,
y qué agradables, las más;
qué atentas, qué cortesanas!
Ninguna me ha desairado.
Apenas uno llegaba
a ofrecer, como si un hombre
fuera su hermano, aceptaban.
Pero aquí no está lo bueno;
lo mejor es la empanada
de esteras y petimetres,
soldados, sogas, madamas,
payos, sandias, chiquillos,
frutas, viejas y avellanas,
todo revuelto allá en medio
de la plazuela.

CHINICA. La estampa
es preciosa.

ESPEJO. ¡Pues los lances!
Más de mil reales de plata
me cuestan; pero tres mil
diera, porque ahora empezaran.

CHINICA. Tras un año viene otro.

ESPEJO. ¡Qué valientes rebanadas
de sandías he comido!
Y las tontas me limpiaban...

(*Salen* JOAQUINA, *y* CAMPANO, *de paje.*)

CAMPANO. Señora, allí está mi amo.

JOAQUINA. Era hora de que te hallara,
hombre; más de treinta vueltas
he dado.

ESPEJO. Pues yo te andaba
buscando al revés, y ya,
de enfadado, me iba a casa.
¿Y lo has comprado ya todo?

JOAQUINA. ¿Con qué, si no tengo blanca?
Y bien tienes que soltar:
que hacen muchas cosas falta.

ESPEJO. Pues no estamos para gastos.
Con dos escobas de palma,
seis platos y cuatro ruedos,
está surtida la casa
para todo el año.

CHINICA. Y sobra.

JOAQUINA. Estas cosas, no se tratan
en público; escucha aparte.

ESPEJO. Es que no andemos en danzas;
que en empezando a pedir
vosotras, sois temerarias.

MERINO. Y este viejo, ¿no merece
una crítica pesada?

CHINICA. Tampoco: la diversión,
contestan (que es necesaria
al hombre) varios autores:
a unos divierten las cañas,
a otros los toros, a éste
le divierten las muchachas [bre:
no más; qué ha de hacer el po-
¿Se ha de estar entre dos tapias

(*Vuelven los payos y petimetres.*)

de miedo? No; pues corteje,
y buen provecho le haga.

TORD. Déjalos, por Dios, Damasio;
no suceda una desgracia.

MERINO. Vamos el mismo camino,
y hablemos cuatro palabras
al paso...

RUIZ. Al paso en Madrid
suceden muchas desgracias.

NAVARRA. Bien dijiste tú que mienten.

TORD. Pues más de dos horas largas
nos han venido siguiendo.

RUIZ. ¿De qué sirves tú, Juan Pala?

CALLEJO. Si dicen que nos conocen,
y que estuvieron por Pascua
en nuestro lugar tres días.

RUIZ. A ti (que eres un panarra)
te lo cuentan: que se vengan
a mí con la pamprigada.

MERINO. ¿Y quién eres tú?

RUIZ. ¡El demonio!

CODINA. Pues al diablo se le espanta
con la cruz del espadín.

RUIZ. Si los agarro, en volandas,
ellos y los espadines
fueran a cenar a Arganda.
MERINO. ¡Ah bribón!
RUIZ. Bribones son
los que en malos pasos andan
como ellos.
MERINO. ¡Allá va! *(Se sacuden.)*
RUIZ. Vuelvo.
SORIANO. La Patrulla. *(Como que la ve.)*
LOS TRES. Esto no es nada.
(Vanse.)
ESPEJO. Vamos, hija, que te quiero
comprar unas avellanas.
(Vanse los dos.)
SORIANO. Con la voz de la Patrulla
logré que todos se esparzan.
(Vase.)
MERINO. Al fin, ya para el sainete
tenéis materia sobrada.
EUSEBIO. Y lo que de esto se puede
inferir.
CHINICA. No seais machacas,
que todo esto es divertido
natural; y mientras haya
ferias, modas y cortejos,
ha de haber extravagancias;
y no ha de haber quien las diga,
aunque hay tantos que las hagan.
Y está muy puesto en razón
que petimetres y damas
vivan, inventen y triunfen,
hasta ver en lo que acaba.
(Vase.)
EUSEBIO. Hemos quedado bien frescos.
MERINO. Amigo, vamos a casa,
y mañana en el ensayo
veremos qué se adelanta
entre todos, y a lo menos,
para hacer menos la falta,
se dispondrá que Polonia
cante una nueva tonada.
EUSEBIO. Vaya usted bien tempranito.
MERINO. Seré el primero que vaya.
EUSEBIO. Pues hasta mañana, adiós.
MERINO. Pues adiós, hasta mañana.

152

Sanar de repente

Sainete para la compañía de Martínez

1773 (1)

PERSONAS

Doña María	Granadina (La).
Doña Juana	Pereira (Sebastiana).
Doña Clara	Guzmana (La).
Rosita	Palomera (Nicolasa).
Andrea (criada)	Mayora (La).
Don Benito	Garrido (Miguel).
Feliche	Felipe de Navas.
Dimas (paje)	Coronado (Diego).
Médico	López (Nicolás).
Escribano	Pedro Galván.
Don Bruno	Vicente Galván.
Don Claudio	Vicente Ramos.
Un oficial	Martínez (Manuel) (2)

(Salón. Sale D. BENITO *corriendo, de bata y gorro, y D.ª* MARÍA *furiosa, y D.ª* CLARA *deteniéndola agarrada de las manos.)*

BENITO. ¡Cuñada, tenla, por Dios;
que según está soberbia,
si me pilla me acogota.
como hay Dios, en la refriega!
MARÍA. No me detengas, hermana;
quita las manos y deja
que, como una calabaza,
le monde la calavera.
BENITO. Cuñada, nos seas cuñada,
¡por Cristo!; y tiesa que tiesa,
evita que con sus uñas
me ensangriente la cabeza.
CLARA. ¡Que haya hombre que a una [mujer
de aquese modo la tema!
BENITO. Es que tiene malas mañas
la mujer cuando gatea.
MARÍA. Yo tengo de hacer mi gusto,
y has de gastar cuanto tengas.
BENITO. Como no gaste un ochavo,
haz tu gusto en cuanto quieras.
Doy otro nudo al bolsillo;
(Saca un bolsillo, le da un nudo y le guarda.)
que aunque es mucha mi dureza,
sin embargo, las mujeres
hacen ablandar las piedras.
MARÍA. ¡Y que me haya yo casado
para que esto me suceda!
BENITO. Buen remedio deshacerlo

(1) Bib. munic.; leg. 1-162-13. Copia antigua. Reimpreso por Durán.
(2) Entran además PACORRA y UN NIÑO.

si acaso no estás contenta.

MARÍA. ¡Me he de ahorcar, dame un [cordel! *(A* CLARA.)

CLARA. Mujer, aunque te le diera, ¿no miras que tu marido lo estorbará?

BENITO. No lo creas; hágase como lo pide, y que se ahorque, norabuena.

MARÍA. Yo al baile tengo de ir, aun cuando el cielo y la tierra se juntaran.

BENITO. Pero no con mi dinero, aunque mueras.

MARÍA. ¡Que mi marido me mata! ¡Madre, salga usté acá fuera!

(Chilla furiosa y patea llamando recio, y sale D.ª JUANA *y agarra a* D. BENITO, *maltratándole furiosa.)*

JUANA. ¡Ah, pícaro! ¿Pues te atreves con temeraria indecencia, a tocar a tu mujer ni al pelo de la cabeza?

BENITO. Mujer del diantre, que yo ni aun le toqué la peineta.

MARÍA. ¡El me matará en dos días!

CLARA. ¡Es de muy mala ralea!

JUANA. ¡Es un catalán perverso!

BENITO. Los tres enemigos, vean ustedes, de los casados: cuñada, mujer y suegra.

JUANA. Vaya, hija mía, ¿qué ha habido? No me ocultes lo que sea.

MARÍA. Que para ir a la función de baile, visita y cena, que mi amiga doña Rosa en esta Pascua celebra, se ha empeñado en no sacarme un traje bueno de seda.

BENITO. ¿No tienes veintiséis trajes?

MARÍA. ¿Qué importa que tenga treinta? ¡Quiero traje, traje, traje!

BENITO. ¿A que llevas una buena, si das voces, tiesa, tiesa?

MARÍA. ¡Me muriera de un sofoco si mi gusto no se hiciera!

BENITO. No me toques al bolsillo, y muérete, o no te mueras. Vaya otro segundo nudo *(Idem.)* para evitar contingencias.

CLARA. ¡No hay en esta corte, hombre, que viva con más miseria!

BENITO. Cuñada, lo que no gasto siempre está en mi faltriquera.

JUANA. ¿No ha hecho en quererte bas- [tante para que la complacieras?

BENITO. ¿Pues qué, soy yo despreciable?

JUANA. Y mucho; aunque no tuvieras más que ser como un embudo, de los pies a la cabeza, era suficiente para aborrecerte cualquiera.

BENITO. Cuanto más chico, es mejor el hombre y la berenjena.

MARÍA. Y viudo, con un montón de hijastros que me revientan.

CLARA. Ello al baile hemos de ir las tres, hasta que amanezca.

JUANA. Y para las tres un coche has de traer con presteza.

MARÍA. Y otro para el oficial que en casa es tu suple ausen- [cias.

BENITO. Y otro para Belcebú, que os lleve en una galera. Ya te he dicho que oficiales no quiero dentro ni fuera; que en casa basto sin ellos para hacer cuanto se ofrezca.

MARÍA. En fin, ¿no quieres gastar para que yo me divierta?

BENITO. Ni lo que monta un comino.

MARÍA. Pues mira, infame, por ésta; *(Júrasela.)* que ya me voy a morir sólo por darte que sientas. *(Vase.)*

BENITO. Tengo hecho voto solemne de que nada me dé pena.

JUANA. Yerno, tú la pagarás si cae Mariquita enferma. *(Vase.)*

BENITO. ¿Pagar? Ni visitas pago, por no pagar, a mis deudos; miren cómo pagaré, si algo le debo, a mi suegra.

CLARA. Cuñado, ya lo verás como mi hermana se muera. *(Vase.)*

BENITO. Si se muriere la roncha sentiré de lo que cuesta el entierro; y ahora voy a retirar mis pesetas, porque hay muchas Herodías en mi casa contra ellas. *(Vase.)*

(Salen PACORRA, ROSITA *y* FELICHE *y el* NIÑO; *éste muy alegre y risueño.)*

FELICHE. Muchachas, ¡gran novedad! Nuestra madrastra perversa dice que se está muriendo.

ROSITA. ¿Oyes? Dios se lo conceda. ¿Y se morirá prestito?

FELICHE. Al instante que se muera.

PACORRA. ¡Así lo hiciera mañana!

FELICHE. ¡Qué mala intención! ¿No era

	mejor que lo hiciera hoy,
	porque menos lo sintiera?
PACORRA.	¡Amén, Jesús! Hágase
	según como lo deseas (1).

(Sale DIMAS, *como buscando y mirando a todos lados.)*

DIMAS.	Muchachas: ¿y mi sombrero
	que estaba sobre la mesa?
PACORRA.	Ese le tenía puesto.
FELICHE.	Tirándole andaba ésa.
ROSITA.	Esa se sentó sobre él.
PACORRA.	Feliche le echó a la Y griega.
FELICHE.	Es mentira, que no pude,
	aunque hice la diligencia.
ROSITA.	Es verdad, que le picamos,
	y cupo de esa manera.
DIMAS.	¿Se verá maldad más grande?
	He de quebraros las piernas (2).

(Corre tras de ellos y sale D. BENITO *en el traje que antes.)*

BENITO.	Paje, ¿qué te ha sucedido?
DIMAS.	Nada; que entre la caterva
	de los hijos que usted tiene,
	me han arrojado a la Y griega
	el sombrero, y para otro
	no tengo, ni que lo huela.
BENITO.	No hayas miedo que al sombrero
	ese chasco le suceda.
DIMAS.	¡A fe que el chiste es gracioso!
BENITO.	Déjalos que se diviertan.
DIMAS.	Pues yo agarraré el sombrero
	que más a mano me venga,
	para avisar a un doctor
	que a ver mi señora venga;
	porque le ha dado un soponcio
	de rabia, que no va fuera.
BENITO.	¡Ah, perro del que se casa!
	¡Qué malos ratos que lleva!
DIMAS.	Y buenos: ellos son menos,
	pero, al fin, ande la rueda.
BENITO.	Ya llevo nueve mujeres,
	y la peor ha sido ésta.
DIMAS.	¿Nueve mujeres? ¡Qué asombro!
BENITO.	Y me casé de unos treinta;
	que si me caso de quince,
	hasta hoy llevara cuarenta.
DIMAS.	¡Valiente mata mujeres!
	Diga usted: ¿de qué manera
	(por si me caso) se hilvanan
	tantos funerales?
BENITO.	Sea
	la mujer la que se fuese,
	es voluntariosa y terca;
	come cuanto se le antoja,
	en beber no tiene rienda;
	yo en nada las pongo freno,
	y a galope caen enfermas;
	y el médico que yo tengo
	ni un maravedí me lleva;
	pero a la primer visita,
	al instante las despena.
DIMAS.	¡Antes que a mí me visite
	se le quiebren ambas piernas!
	¿Iré a llamar a ése?
BENITO.	No;
	di a tu ama que no le encuentras,
	que ella sanará, si quiere,
	de lo que la tiene enferma.
DIMAS.	Vámonos a prevenir
	por un rato de paciencia.

(Vanse.)

(Sale D.ª MARÍA *haciendo de enferma, agarrada a* D.ª CLARA *y a* D.ª JUANA, *y* ANDREA *con dos luces que pondrá sobre la mesa.)*

MARÍA.	No hay remedio, he de morirme;
	y de esta infausta tragedia
	es la causa mi marido.
	¡Mal tabardillo le venga!
CLARA.	¿Pero qué enfermedad tienes?
JUANA.	¡Mujer, que seas tan necia!
	¿Hay mayor enfermedad
	para nosotras, que quieran
	ponernos coto en aquello
	que nuestro gusto desea?
ANDREA.	Mi amo no está para gastos;
	tengan ustedes prudencia (1).
MARÍA.	Me han de matar entre todos;
	sentadme en una silleta.

(Siéntanla.)

(Sale DIMAS.)

DIMAS.	Toda la corte he andado

---

(1) El texto impreso por Durán añade aquí estos versos:

NIÑO.	¿No sabéis que ayer su madre
	me tiró de las orejas,
	y me llamó hijo de otra?
PACORRA.	Eso es mucha desvergüenza.
FELICHE.	¡Qué tontería! ¿Y qué importa
	el ser hijo de cualquiera?

Esto no parece del autor.

(2) A continuación dice el impreso:

ROSITA.	Corre, Pacorra. *(Vase.)*
PACORRA.	Huye, Rosa. *(Vase.)*
FELICHE.	¡Caramba, que da de veras! *(Vase.)*
DIMAS.	¿En qué casa he entrado yo?
	¡Cielos, peor es que Ginebra!

(1) El impreso añade aquí:

MARÍA.	¿Y quién te mete a ti en eso,
	habladora, bachillera?
ANDREA.	El sueldo es corto y no da
	para andarse en francachelas.
JUANA.	Que lo busque o que reviente.
ANDREA.	Eso es no tener conciencia.
JUANA.	¿A que te pongo en la calle?
ANDREA.	¿A que no salgo yo a ella?
JUANA.	Aquí mando yo y mis hijas,
	picuda. En cuanto amanezca
	has de marcharte de casa.
ANDREA.	Deje usted que yo irme quiera.
	¡Después que se ven sin hambre
	se han llenado de soberbia!

y ni un médico se encuentra.
CLARA. ¿Pues dónde se han ido, hom [bre?
DIMAS. A Turquía, porque cuentan
que desde que no los hay,
de gente está que revienta.
ANDREA. ¿Qué, la disminuyen ellos?
DIMAS. De doce, los once entierran;
y no han de tomar la pluma,
que entonces cae la docena (1).
MARÍA. Me matan. ¡Ay que me muero!
DIMAS. Ahora, Santa Genoveva.

(*Sale* BENITO *de militar.*)

BENITO. ¿Qué viene a ser este ruido?
JUANA. Que se muere tu parienta,
porque tú estás empeñado
en que nunca se divierta.
BENITO. ¿Con que no se moriría
como a divertirse fuera?
Pues más hay, por divertirse,
empanadas en la tierra,
que no por no divertirse;
conque ella hará lo que quie- [ra (1).
MARÍA. De tristeza he de morirme (2).
BENITO. Si tú has dado en ese tema,
yo no te lo he de estorbar:
despacha y *requiem eternam.*
CLARA. ¡Que se va quedando fría!
BENITO. ¡Como soy, que va de veras!
(*Aparte, alegre.*)
JUANA. ¡Ay, Mariquita de mi alma!
Un médico a toda priesa.
(*Chilla y abrázala.*)
MARÍA. Que le encarguen me despene
lo más breve que ser pueda.
ANDREA. Sin embargo, lo hacen ellos.
DIMAS. Señor, ¿aquél que usted cuenta,
que a la primera visita
las suele enviar a la iglesia?
MARÍA. Trae también un escribano.
BENITO. ¡Ya me enternezco de verla!
(*Llora.*)
Todo lo traeré corriendo. [vas,
MARÍA. ¡Ay! Que puede, cuando vuel-
que haya dado cuenta a Dios.
BENITO. Si vas limpia de conciencia,
yo salgo del purgatorio
y tú en la gloria te cuelas.
¡Pobrecita de mis ojos!
(*Mirándola, y llora.*)
El corazón me atraviesa. (*Vase.*)
CLARA. Hermana, ¿cómo va?

---

(1) En el impreso sigue esta escena:
ANDREA. (*Aparte.*) ¡Ay, que grande zalamera!
(*Salen con miedo y alegría* FELICHE, PACORRA, ROSITA *y el* NIÑO; *ellas tocando panderetas,* FELICHE *tambor y el* NIÑO *una flauta o pito.*)
P. Y R. (*Cantan.*) *Faralé, faralé, alegría,*
que se muera la madre m,a.
Faralé, faralé, faraló,
si se muere me alegro yo.
MARÍA. (*Enojada.*) ¡Canallas! Me estoy muriendo
¿y gritáis de esa manera?
FELICHE. Aunque usted perdone, ¿cuándo
se le muere a usted la lengua?
NIÑO. ¿Oyes? Mejor es las manos,
que me sacude con ellas.
MARÍA. ¿Y a qué viene esa alegría?
FELICHE. Sólo a no estar usted buena.
JUANA. ¿Pues qué haréis si es que se muere?
ROSITA. Tendremos función completa.
CLARA. ¿Tan mal la queréis, infames?
PACORRA. Yo, como un dolor de muelas.
NIÑO. Yo, según como me quiere.
MARÍA. Difunto verte quisiera.
NIÑO. Pues a usted la quiero yo
de aquesa misma manera.
MARÍA. ¡Mal haya quien tiene culpa
de que mis ojos os vieran!
FELICHE. ¡Amén!, que ha sido mi padre.
¡Nunca a vernos la trajera!
JUANA. ¿Y qué ha ganado en venir?
ROSITA. ¿Cómo, qué ha ganado? ¡Buena!
Y tuvimos que comprarla
por menudo hasta las medias.
FELICHE. ¡Digo! Ligas y zapatos.
PACORRA. Pañuelos y faltriqueras.
NIÑO. Y hasta dos mata maridos,
que costaron a peseta.
ANDREA. Y no es mentira, que todo
ha sido al pie de la letra.
MARÍA. ¡Ah, canallas! ¡Vive Dios,
que os tire aquesta silleta!
(*Furiosa agarra la silla para pegarles.*)
CLARA. Mata de un golpe a los cuatro.
ANDREA. ¿Y yo se lo permitiera,
que casi los he criado?
¡Ah, si su madre viviera! (*Llora.*)
FELICHE. No llores, que bien está
adonde el Señor la tenga.

(1) En el impreso se intercala este pasaje:
NIÑO. Si usted tuviera calzones
y le empalmase una felpa,
ella sanara muy presto
y mejor trato nos diera.
BENITO. ¡Por vida de don Benito,
que el chico ha dado en la tecla!
JUANA. (*Rabiosa.*) ¡Ah, uz (*sic*) hijo de mal padre!
(*Arremete al* NIÑO.)
He de arrancarte la lengua.
NIÑO. Como usted pueda cogerme,
yo le daré la licencia. (*Escapándose.*)
FELICHE. Muchachas, siga la broma
mientras tanto que se muera.
(*Vanse* FELICHE, PACORRA *y* ROSITA, *tocando lo que tienen.*)

(2) Después de este verso prosigue el impreso:
BENITO. Yo haré que se diviertan,
Andrea; pues sabes tantas,
canta una tonada buena,
y nos divertiremos todos
sin gastar blanca ni media.
MARÍA. No me gustan diversiones
cuando el dinero no cuestan.
BENITO. Yo, amiga, soy al contrario:
de balde todo me alegra.
ANDREA. Cantaré una tonadilla,
que en aquesta Pascua mesma
cantando está la Mayora;
cuyo gracioso sistema
es el dar el aguinaldo
a los oyentes.
TODOS. Empieza.
JUANA. Te advierto, María, que...
MARÍA. No
hay nada que me divierta.
¡Qué congojas! Yo me muero.

MARÍA. Mal.
JUANA. Bien tu semblante lo muestra.

(*Sale* PACORRA.)

PACORRA. Andrea, ¿se va muriendo?
(*Aparte a* ANDREA.)
ANDREA. No, pero ya está muy cerca.
PACORRA. Procura, con disimulo,
meterla el codo por fuerza.
(*Vase.*)

(*Sale* ROSITA.)

ROSITA. Dimas: ¿y nuestra madrastra?
DIMAS. Calla, que no está muy buena.
ROSITA. ¿Quieres que le diga al mozo
que el agonizante venga?
DIMAS. Aún no ha llegado la hora.
ROSITA. Eso me hace poca fuerza;
al que se ha de ir, despacharle
lo más presto que se pueda.
(*Vase.*)
ANDREA. ¡Qué noche que nos da usted,
y están las más casas llenas
de funciones y alegría.
MARÍA. Amiga, tened paciencia;
que más ganas que no tú
tengo yo y no puedo verlas.

(*Salen el* OFICIAL, D. BRUNO *y* D. CLAUDIO.)

OFICIAL. ¡Qué callando está la gente!
Todo respira a tristeza.
¿Señoras, por qué suspiran
y están con caras tan serias?
JUANA. ¡Ay, Oficial de mi vida!
Que mi Mariquita bella,
como usted lo puede ver (1),
está en las ansias postreras.
OFICIAL. Dicen ustedes las cosas
tan claras y sin reserva,
(*Turbado como que le da algo y limpiándose con un pañuelo.*)
que a no ser un militar
su secretario, era fuerza
que se hubiera desmayado
a un golpe de esa manera.
¡Ay dueño de toda el alma!
BRUNO. ¿Tanto sientes el perderla?
OFICIAL. Es que yo sé lo que vale,
porque sé lo que me cuesta (2).
CLAUDIO. ¿Cómo va, doña María?
MARÍA. Don Claudio, estoy hecha tierra.
BRUNO. Esto habrá sido camorra
entre pariente y parienta.

CLARA. Su marido nos la mata.
OFICIAL. Si delante de mí fuera,
se acordara ese fideo.
ANDREA. Usted será el fideo, y cuenta,
que al que hable mal de mi amo,
sabré arrancarle la lengua.
OFICIAL. Yo haré, por lo que le quieres,
que te nombre su heredera.
ANDREA. Pues hará mal testamento
si usted las mandas ordena.
CLAUDIO. ¿Qué ha sido la desazón?
CLARA. Haberle pedido ella
a su mísero marido
el que un buen traje (1) la hiciera
para ir a un baile, y el
exponernos que se pierda,
por cuatro o cinco mil reales,
una de las petimetras
que hay en Madrid de carácter.
OFICIAL. ¿Y por eso toma pena?
La traeré yo diez mil trajes (2).
ANDREA. Hombre, ¿a qué es esa fachenda,
si por falta de dinero
usted propio a sí se peina?
MARÍA. ¡Que me muero, que me muero!
CLARA. ¡Ay, como un hielo se queda!
JUANA. ¡Hija de mi corazón! (*Chilla.*)
OFICIAL. ¡Ay dueño de mis potencias!
¿Quién tiene alguna bellota
de olor?
DIMAS. Yo la tengo, y buena;
(*Sácala.*)
pero le falta el arrope
que en la botica les echan.
OFICIAL. ¡Quítate, con dos mil diantres!
(*Dale.*)
¡Ay, eclipsada belleza!
BRUNO. Este espíritu, es posible
que en su sér la restablezca.

(*Saca un frasquito y se llega a que huela, y le desvía de un empujón el* OFICIAL, *furioso, y él se llega a* D.ª MARÍA.)

OFICIAL. Aparta, con Belcebú;
que yo le diré a la oreja
cosa que haga más efecto
que cuanto dársela pueda.
Doña María, animaos,
(*Recio al oído.*)
que yo, con traje (3) y con cena,
os convido para un baile.
(*Levántase con prontitud, risueña y despejada, y todos se admiran.*)
MARÍA. Vamos, muy enhorabuena;
que, a Dios gracias, para eso
ya tengo salud perfecta.
ANDREA. Ella sanó de repente. (*A* DIMAS.)

---

(1) En el impreso, este verso está sustituído por este otro:

...y cuerpo de guardia vuestro,

que no parece pudo escribir el autor.

(2) Los cuatro versos anteriores atajados en el manuscritos; pero constan en el impreso.

(1) En el impreso, "una bata".
(2) En el impreso, "dos mil batas".
(3) En el impreso, "con bata".

DIMAS. Pues ven acá, majadera;
la mujer que a eso no sana,
cuéntala ya como muerta;
y aunque muerta, es muy posi-
si se lo dicen, que vuelva. [ble,
CLARA. Breve has sanado, María.
MARÍA. Era mi mal apariencia.
OFICIAL. Son capaces los soldados
de revivir una piedra;
que hacen terribles efectos
nuestros tiros a la oreja (1).
CLAUDIO. Pues estamos tres a tres,
vamos al baile, morenas.
LAS TRES. Por nosotras, al instante.
MARÍA. Entremos a esotra pieza
a tomar alguna cosa,
porque bailar mejor pueda (2).
(Vanse.)

(Sale FELICHE.*)*

FELICHE. ¿Oyes, murió mi madrastra?
DIMAS. No, que se ha puesto buena.
(Vase.)
FELICHE. ¡Malas nuevas te dé Dios!
Ya se nos aguó la fiesta.
(Vase.)

(Salen con sigilo, y coma de venir de fuera, BENITO, *el* MÉDICO *y el* ESCRIBANO.*)*

BENITO. Entren ustedes quedito,
que ya quedaba en la extrema.
MÉDICO. ¡Vea usted: le llaman a un hom-
[bre
cuando el enfermo es ya tierra;
de manera que al doctor
nada que matar le dejan!
BENITO. Usted me curó las otras
difuntas, y así con ésta
le he de deber el favor
que haga la caridad mesma.
ESCR. Ya no hablará, y es difícil
que testamento hacer pueda.
BENITO. Sí habla, señor escribano.
ESCR. ¿Cómo, si ya la hacéis tierra?
BENITO. Es que primero se mueren
que no dejen de hablar ellas.
MÉDICO. Toda la casa es silencio.
BENITO. Se murió ya, y es la prueba
(Alebre.)
de que no hubiera silencio
si acaso viva estuviera.
Ya llevo, sin ésta, ocho.
MÉDICO. ¡Felicidad estupenda!
Yo no puedo matar una,
y eso que la tengo enferma
y no me falta el acierto
de despachar las ajenas.
BENITO. Mi padre enviudó cien veces:
puede ser que esto sea herencia.

(Sale DIMAS *restregándase los ojos y camo llorosas.)*

DIMAS. El diantre del oficial. *(Aparte.)*
Me ha metido la contera
del espadín en un ojo,
y no quiere salir fuera.
BENITO. ¿Oyes, paje: por qué lloras?
¿Se ha muerto ya mi parienta?
DIMAS. Engañemos a este tonto.
(Aparte.)
Ya es la pobrecita muerta.
(Llora.)
BENITO. Tenedme, amigos, porque
me desmayo de la pena.
(Hace que se desmaya y le agarran el ESCRIBANO *y el* MÉDICO.*)*
MÉDICO. Puede ser que no sea así.
BENITO. ¡Ay! Más vale que así sea,
(Va mejorando.)
porque quedamos en paz
de aquese modo yo y ella.
DIMAS. Se murió la desdichada. *(Llora.)*
BENITO. Gracias a la providencia,
que a dos meses de casado
ya despaché la novena.
¿Y la viste tú mroir?
DIMAS. Déjeme usted: la cordera,
(Llora recio.)
abrazadita de mi,
dió las boqueadas postreras.
BENITO. ¿No dijo para mí nada? *(Llora.)*
DIMAS. Me encargó con muchas veras
que se case usted al instante.
BENITO. Está demás la advertencia,
que ya estaba yo en hacerlo
aunque ella no lo dijera.
Entrad, amigos, conmigo,
por si me desmayo al verla.

(Al entrarse, salen con cabriolés, como que van fuera, MARÍA, CLARA, JUANA, *el* OFICIAL, CLAUDIO, BRUNO *y* ANDREA; *y* BENITO, *al ver a su mujer, se santigua con admiración y* DIMAS *se ríe.)*

MARÍA. Vamos corriendo, señores,
que ya son las ocho y media.
BENITO. Mujer, ¿has resucitado?
MARÍA. ¿Acaso he estado yo muerta?
BENITO. Pues si lo ha dicho este paje.
DIMAS. Si fué gana de chufleta.
MÉDICO. Don Benito, la difunta.
(Riéndose.)

---

(1) En el impreso se añade a continuación de este verso:
BRUNO. ¿Por qué os figurasteis mala?
JUANA. Por tener la complacencia
de que su bobo marido
ese mal rato tuviera.
ANDREA. Maridos: abrid el ojo.
DIMAS. Maridos, patas de leña;
porque de esta condición
hay muchísimas enfermas.

(2) A este verso siguen, en el impreso, estos cuatro:
ANDREA. Dimas, esto son mujeres;
a la mejor, no la creas.
DIMAS. Si no hemos de escarmentar,
¿de qué sirve la advertencia?

ESCR. ¿Qué tal, amigo, la enferma;
la que se estaba muriendo?
MARÍA. Ya, a Dios gracias, estoy buena.
OFICIAL. Yo hice sanar a madama
con grandísima presteza (1).
BENITO. Pues irán con dos mil diantres
hoy el médico y la enferma (2).
¿Y adónde vas de ese modo?
MARÍA. A una función aquí cerca.
BENITO. ¿Quién la licencia te ha dado?
OFICIAL. Yo la he dado la licencia.
BENITO. Pues yo no quiero que vaya.
OFICIAL. ¿Qué importa que usted no quie-
si queremos los demás? [ra,
BENITO. ¿Conque de aquesa manera,
todos los que hay son de casa
sino es el amo?
NIÑO. Usted sepa,
que si no pone remedio
le ha de echar el señor fuera.
BENITO. Pues echaré yo al señor,
antes que eso me suceda.
MÉDICO. ¡Ah, don Benito! Acordaos
(*Aparte.*)
el que sois el dueño de ella.
BENITO. Ea, señores: al punto
vayan tomando la puerta;
que yo basto a acompañar
a mi mujer aquí y fuera,
a servir de secretario,
a ponerla la escofieta
y a enderezarla de un palo
si acaso no anda derecha;
que los muebles que concurren
donde hay una petimetra,
no acuden por caridad,
sino por lo que se pega.
MARÍA. Vamos. que todo es chanza.
JUANA. Y ello, ¿qué otra cosa fuera?
MARÍA. Marchemos todos al baile.
BENITO. Dimas, trae la tranca gruesa:
verás cómo los seis bailan
una contradanza nueva.
¡Fuera de aquí, caballeros!
(*A voces.*)
BRUNO. Hombre, tenga usted prudencia.
BENITO. ¿No se van? ¡Hola, muchachos!
Arrojadlos con presteza
a los tres por un balcón,
y bajarán más depriesa.
(*Van a embestir los muchachos.*)
OFICIAL. Estimo mucho el favor:
yo me iré por la escalera.
Adiós, señoras; que aquí
ya se mudó la bandera.
(*Vase haciendo besamanos.*)
BENITO. Yo te daré el besamanos,
si das por acá la vuelta.
CLAUDIO. Don Bruno, que esto va malo;
escapemos de soleta. (*Vase.*)
BRUNO. ¡Qué fiero que es un marido
si la mansedumbre deja!
(*Vase.*)
CLARA. ¿Qué haré yo sin ti, don Bru-
[no?
(*Llora.*)
BENITO. Pues corre tras de él, aprie-
[ta (1).
(*Como echándola.*)
MARÍA. Yo no he de parar en casa.
BENITO. Por si es que tienes pereza,
yo te ayudaré a salir:
marcha con tus compañeras.
(*Echándola.*)
JUANA. En Orán te he de poner.
(*Vase.*)
BENITO. Antes que eso me suceda,
yo te pondré a cardar lana
para hacer colchas manchegas.
JUANA. Yo te aseguro, Bribón... (*Vase.*)
BENITO. Váyase la mala hembra (2),
antes que con el garrote
le desbarate la jeta.
¡Los espolios como éste,
que en Madrid hacerse pudie-
D. Y A. ¡Viva el amo! [ran!
HIJOS. ¡Viva! ¡Viva!
E. Y M. Amigo, ha sido acción regia.
BENITO. De estos secretarios bobos,
los menos en casa: y tenga
TODOS. Fin el *Sanar de repente;*
perdonad las faltas nuestras.

---

(1) En el impreso, "con grande liberaleza".
(2) Intercala aquí el impreso este pasaje:
(*Salen todos los demás del sainete.*)
PACORRA. (*A los otros niños.*) ¡Mírala, qué tiesa está!
FELICHE. Yo la quería más tiesa.
BENITO. ¿Y adónde vas de este modo?

(1) El impreso intercala:
CLARA. Tú te acordarás, cuñado. (*Vase.*)
JUANA. Y te acordarás de veras;
que indispondré a tu mujer
para que verte no pueda. (*Vase.*)
BENITO. Los milagros como este
que suelen hacer las suegras.
(2) En el impreso dicen estos dos versos:
JUANA. ¿A mi hija? ¿Tú, bribón?
BENITO. (*Echándola.*) Anda tú, maldita suegra.

153

El almacén de novias

1774 (1)

Boquirrubios, ojo alerta:
que en acudiendo al reclamo
donde hay solteras y viudas,
pocos escapan del lazo.

PERSONAS

El Administrador del Almacén	José Espejo.
Un pretendiente a boda	Vicente Merino.
Su criado	Cristóbal Soriano.
La Crítica	Josefa Figueras.
La Maja	Polonia Rochel.
La Beata	María Josefa Huerta.
La Simple	Mariana Alcázar.
La Muda	Catalina Tordesillas.
La Cocinera	Joaquina Moro.
El Portero	Francisco Callejo.
Seis hombres testigos.	

La escena se supone en Madrid.

(*Calle con una casa practicable, y sus puertas y ventanas cerradas. Salen el pretendiente y su criado, de capas, trayendo el último debajo de ella una guitarra.*)

CRIADO. ¿Conque, en fin, señor, usted
determina ser casado?
PRET. Sí, amigo; ya lo he resuelto.
CRIADO. Vedlo bien, y muy despacio.
PRET. Antes estos miramientos
me han hecho perder dos años
de marido, y muchos reales
que pudiera haber ahorrado
mi mujer.
CRIADO. Pues yo creía
que duplicaban los gastos
las mujeres.
PRET. Es conforme;
y por eso voy con pasos
de pavana buscando una,
que sólo tenga estas cuatro
calidades, aunque en todo
lo demás haya trabajos:
santa, noble, hermosa y rica:
ya ves tú cuán moderado
soy en pensar.
CRIADO. Sí, señor;
y en Madrid, sin fatigaros,
la encontraréis en cualquiera
parte donde echéis el gancho.
PRET. En la misma inteligencia
estoy yo; mas, sin embargo,
quiero fiarme de ti,
y ver si alguna encontramos
en el Almacén de Novias,
que me dices ha fundado
para casos semejantes
ese extravagante hidalgo.
CRIADO. Es un grande pensamiento:
pues en él va almacenando
cuantas huérfanas y viudas
halla en Madrid sin amparo.
Allí encontraréis de todos
caracteres y tamaños
en que escoger. Pero, cuenta,
que el mismo que lo ha fundado
lo administra; hombre muy gra-
adusto, doctor en ambos [ve,
Derechos y hombre que sabe
dónde le aprieta el zapato:
tratadle con gran respeto,
y habladle poco y pausado.
PRET. Está bien.
CRIADO. El me honra mucho;
y con ver que os acompaño,
basta para que al instante
saque de lo reservado.
PRET. Yo espero en tu patrocinio.
CRIADO. Bien. Mas, tate, que ya estamos
en la casa.
PRET. ¿Cuál es?
CRIADO. Esta.
Parece que estáis temblando
al verla.
PRET. ¿Yo? ¿Pues por qué?
CRIADO. ¿No? Pues a fe que sois guapo;
que quien no tiembla a la vista
de un matrimonio estos años,
no temblará aunque le cerquen
doce mil hombres prusianos.
PRET. ¡Qué locura! Calla, busca,
toca la campana y vamos.
CRIADO. No se toca la campana.
PRET. ¿Pues qué se toca?
CRIADO. El fandango.
PRET. ¿Y quién le toca?
CRIADO. El que viene.
¿Por qué os parece que traigo
la guitarra?
PRET. ¡Rara idea!
CRIADO.. Es para que en escuchando
el sonecillo, se impongan
las colegialas en autos,
y cada una rece aquello
que tiene costumbre al santo
de su devoción, porque
salga elegida.
PRET. Pues alto:
toca, y veamos en qué para.
CRIADO. Si ha de parar en casaros,
no para; que hasta la muerte
no llegaréis al descanso.

(1) Tomo segundo de la colección del autor; Madrid, Quiroga, 1791, 4.º; Durán.

PRET. ¿Y hay portero?
CRIADO. Sí, señor:
un holgazán asturiano,
que tiene por cada entrada
de derechos cuatro cuartos.
PRET. ¿Y a la salida?
CRIADO. Diez reales
del que sale despreciado.
PRET. ¿Y de los que salen novios?
CRIADO. Nada.
PRET. Yo juzgué al contrario.
CRIADO. Es el director prudente,
y no era justo cargarlo
de más pensión al que sale
con una mujer cargado.
PRET. Vamos, haz la seña, y deja
los disparates a un lado.
CRIADO. En oyéndome, no queda
un ratón en todo el barrio.

(Canta un pedazo de jácara, y saca la cabeza el portero por una ventana.)

(Sale el PORTERO.*)*

PORTERO. ¿Qué gente?
CRIADO. Gente de paz.
PORTERO. Muy bien: aguarden, hermanos;
daré parte al director.
CRIADO. Dígale que soy Cuadrado,
su amigo, que aquí le trae
un pretendiente de garbo.
PORTERO. Ya os conozco.
PRET. Y yo os deseo
servir.
PORTERO. Beso a usted la mano.
(Vase.)
CRIADO. Cuidado con la propina
al entrar.
PRET. Le daré cuatro
reales.
CRIADO. El es tan atento,
que aunque le deis duplicado
lo tomará.
PRET. En estos lances,
¿qué hombre repara en gastos?
CRIADO. Ninguno; por eso todos
andan después alcanzados.

(Sale el PORTERO, *abriendo la puerta.)*

PORTERO. Adelante, caballeros.
PRET. Tomad.
PORTERO. ¿Para qué es cansaros?
PRET. Con su licencia de usted.
PORTRO. Dios os saque en paz y a salvo.

(Salón corto con sillas de paja. Entran y salen por la derecha y por la izquierda, el ADMINISTRADOR *con anteojos grandes, bastón, bata y un gran gorro, etc.)*

CRIADO. Señor don Blas, buenas tardes.
ADMOR. ¿Qué hay, amigo? ¿Qué nublado
os arroja por acá?
CRIADO. El desear que mi amo
me dé una buena ama, ya
que Barrabás le ha tentado
de casarse.
ADMOR. Bien, bien, bien.
(Mirándole.)
PRET. Reconoced un esclavo
en mí.
ADMOR. Yo os estimo mucho
que al querer esclavizaros
hayáis venido a que os ponga
yo los grillos por mi mano;
y pues esto de casarse
quiere hacerse sin pensarlo,
manos a la obra... Pero antes
poneos en frente, veamos
esa figura. ¡Eh!, tal cual;
y según la talla, fallo
que con una novia de
vara y media tendréis harto.
CRIADO. Sí, señor; del mal el menos,
como dijo el otro sabio.
ADMOR. ¿Queréis mujer aplicada,
laboriosa y pocos años?
PRET. No son malas calidades.
ADMOR. Pues mirad este retablo.

(Toca una campanilla y salen las tres chicas, una hilando, otra con costura y otra haciendo calceta. Se sientan, y luego cantan.)

"Agujita, agujita,
tú me mantienes:
quiera Dios no te pierdas,
ni te me quiebres.
¡Ay qué contento!
¡Ay qué gustito
es ganar con sus manos
el bocadito."
ADMOR. ¿Qué tal?
PRET. Parece que aún tienen
éstas la miel en los labios.
ADMOR. Otras habrá más adultas.
CRIADO. Usted váyanos sacando
géneros, que aquí venimos
a escoger.
ADMOR. Ya, ya lo alcanzo;
y supuesto que os parecen
éstas de genio pacato,
vaya otra más despejada,
que sabe hablar recio y claro.
¿Colasa? *(Grita.)*
MAJA. ¿Qué gente suena?
(Dentro.)
ADMOR. Sal y lo verás.

(Sale MAJA.*)*

MAJA. ¡Loado

sea el que dió al cielo luces
y a la tierra escarabajos!
¿Qué se ofrece?

ADMOR. Que tenemos
moro en campaña, y te llamo
porque...

MAJA. Ya estoy. ¿Y quién es
el tal moro? ¿Ese cristiano?

CRIADO. ¿Yo? No lo permita Dios.
No, señora; más abajo
hay posada.

MAJA. ¿Es ese usía?

CRIADO. En cuerpo y alma.

MAJA. ¡Qué asco!

ADMOR. ¿Por qué, niña?

MAJA. Antes con antes
tiene cara de casado.

PRET. Desde tamañito tuve
esa vocación.

MAJA. Y vamos:
¿qué partido?

CRIADO. No venimos
aquí a ser examinados,
sino a examinar.

MAJA. Pues yo
poca saliva malgasto.
Cuanto a usted, ya lo sabemos.
Cuanto a mí, digo: ¿a qué esta-
Y esto se reduce a poco, [mos?
que mi genio es moderado.
Mucho brial, mucha cofia,
mucho jubón a lo majo,
mucha basquiña de muer,
de rumbo; mucho zapato
de seda, mucha mantilla
de grodetur negro o blanco,
muchas diversiones, mucha
libertad y mucho plato.

CRIADO. Otro mucho se le olvida.

MAJA. Diga usted cuál.

CRIADO. Mucho palo.

MAJA. Ahora sí, palo, palillo.
Y ahora que se me ha acorda-
mucha guitarra, que rompo [do,
doce docenas cada año.

PRET. ¿Y de qué suerte?

MAJA. Las seis,
en hombres que descalabro;
y las otras seis de frío,
con el aire que las hago.

PRET. ¿Y toca usted?

MAJA. Cuando quiero.

PRET. ¿Y canta?

MAJA. De cuando en cuando.

PRET. Haga usted como que quiere
ahora.

MAJA. No tengo embarazo.
Hermano portero.

PORTERO. Diga. *(Dentro.)*

MAJA. Sáqueme usted ese trasto.

(Sale el PORTERO.)

PORTERO. Aquí está pronto.
(Saca una vihuela, y se va.)

CRIADO. Ella es
de mi alma.

MAJA. Vamos, callando.
(Canta algunas seguidillas.)

CRIADO. Esta me gusta para ama,
señor.

PRET. No tengo embarazo;
que al fin es mujer que puede
dar a un hombre buenos ratos.

MAJA. ¿Le he gustado a usted?

PRET. Y mucho.

MAJA. Pues a mí no me ha gustado
usted; conque, ¿para qué
se ha de gastar tiempo en vano?
Pero a bien, señor don Blas,
que el almacén no está escaso.
Dele usté una petimetra
con coroza de a dos palmos
y ahuecador. Y jamás
me llame para estos casos,
en no siendo hombre que traiga
en la boca un gran cigarro,
un trueno de un par de libras
y media capa arrastrando.
(Vase.)

CRIADO. ¡Hemos quedado lucidos!

ADMOR. Por eso no hay que asustaros,
que todo se compondrá.

PRET. Lo creo: más, sin embargo,
sacadme una novia en forma
desde luego.

ADMOR. Tal... ya caigo.
(Piessa un poco.)
¿Queréis una viuda moza,
noble y discreta?

PRET. Veamos.

ADMOR. ¿Mi señora doña Porcia?

VIUDA. ¿Qué mandáis? *(Dentro.)*

ADMOR. Que salgáis.

VIUDA. *Adsum.*

ADMOR. Este caballero...

VIUDA. Ya:
no tenéis vos que cansaros
en propalar intenciones
que penetra mi astrolabio.
Sin lucerna se distingue
que el señor viene tocado
del impulso de himeneo.

ADMOR. ¿Y qué os parece?

VIUDA. Si un sabio
anduvo con un candil
(o bien fuese con un cabo
de cera o sebo, que en esto

están los autores varios)
buscando por todo el mundo
un hombre ciento y dos años,
y no pudo hallarle...

CRIADO. Pues
el tal era un mentecato:
buscara mujeres, y
luego las hubiera hallado.

VIUDA. No son para los ineptos
conceptos tan elevados,
ni materias tan sublimes.
calle el bufón mientras hablo.
Si aquél no pudo (decía)
conocerle, con tan raro
ingenio y solicitud,
¿cómo podría mi parco
numen conocer un hombre
in hospite et salutato?
Es el hombre, según dicen
las fábulas de Menandro,
la poética de Fedro
y las comedias de Plauto,
un enigma...

CRIADO. Ya sabemos
que el hombre es un ente malo.
Diga usted qué es la mujer,
que es de lo que no se ha halla-
hasta ahora definición, [do
ni en los libros de los sabios,
ni en los coplas de los ciegos,
ni en los Medos ni en los Par-
[tos.

VIUDA. ¿Y por qué no? Es la mujer
el más bello y más humano
ente de naturaleza,
capaz de tan grande encargo
como producir los hombres,
nutrirlos y fomentarlos
en sus niñeces.

CRIADO. Apelo:
que es irnos acostumbrando
desde luego a la papilla,
para después engañarnos.

VIUDA. Contra.

PRET. ¿Venimos aquí
a disputas o a casarnos?
La cuestión sólo es que yo
vengo una novia buscando:
si gusto, luego; y si no,
estamos desocupados.

VIUDA. *Concedo majorem, nego
minorem, et ipso facto,
sic distingo consequentiam.*
Prescindiendo de reparos,
si sois erudito *ad intra*
o *ad extra*, os daré la mano
de esposa; pero si no,
vade retro.

PRET. Yo no engaño
a nadie, señora: soy
lego.

VIUDA. ¿No habéis estudiado
siquiera de *musa musæ*
hasta *mascula sunt maribus?*

PRET. Nada; sobre que soy lego
de todos cuatro costados.

VIUDA. Pues *vade in pace*: que yo
quiero un hombre literato,
que me enseñe a hablar en grie-
y otros idiomas extraños, [go,
y que pretenda las nupcias
sin más fin que destinarnos
a traducir bibliotecas
y establecer anticuarios. *(Vase.)*

CRIADO. Vaya: que ésta por lo obscuro,
y la otra por lo claro,
son un bello par de muebles.

ADMOR. A las que están trabajando
me atengo.

PRET. Vamos a ver
si podemos sacar algo.
A los pies de usted.

MUDA. Ba, ba.

ADMOR. Esa es muda.

CRIADO. Esta es un pasmo
para mujer propia.

PRET. Pues
tómala, si te ha gustado.
A ver estotra. ¿Qué hay, niña?
(Se levanta.)

SIMPLE. ¡Jesús, qué señor tan guapo!
¿Es usted conde o marqués?
Y estas plumas, son de pavo
o pichón? *(Le quita el sombrero.)*

PRET. ¡Pobre de mí!
cada golpe es un gazapo.
A ver estotra. *(La llega.)*

BEATA. Deo gracias.
¿Quién llama por este brazo?

PRET. Mírelo usté, y lo verá.

ADMOR. Sal aquí, deja el trabajo.

BEATA. La obediencia por delante.
(Se levanta.)

CRIADO. Gatica de Mari-ramos
tenemos.

PRET. ¡Qué modestica!
¿Quién es usted?

BEATA. Un gusano,
que de la tierra nació
a ser tierra; y contemplando
en su origen y su sér,
va dejando atrás sus años.

ADMOR. Alza los ojos.

BEATA. Protesto
la fuerza. Mas, ¡ay qué espan-
¡Qué horror! [to!

ADMOR. ¿De qué te horrorizas?

BEATA. De ver hombres tan cercanos.
PRET. Según se explica, el tratarla
de boda será excusado.
BEATA. ¿Qué es boda?
SIMPLE. Mira, Patricia,
yo me he visto en tres o cuatro;
es comer mucho en un día,
bailar y ponerse guapos.
MUDA. Ba, ba, ba. *(Muy alegre.)*
CRIADO. También la muda
se alegra. ¿Qué, entiendes algo?
MUDA. Ba, ba, ba. *(Bailando.)*
BEATA. Si no es más que eso,
y me dejan consultarlo
con mi padre confesor,
pedirle a Dios por diez años
me depare un buen consorte,
y éste joven, rico y santo,
con su santa bendición,
y con la de nuestro honrado
administrador, ser puede
que al fin me fuera esforzando
a ese sacrificio.
PRET. ¿Dónde
me has traído, mentecato?
ADMOR. Donde elija usté entre cinco
novias, la más de su agrado.
PRET. ¿Qué he de elegir, si descubro
los genios a cual más raros
y extravagantes en todas?
ADMOR. Pues si vais examinando
a todas las de Madrid,
os sucederá otro tanto.
PRET. ¿Sí? Pues renuncio de boda.
CRIADO. Eso es para lo que os traigo
a examen; pues fueran menos
los bodorrios y los chascos,
si antes de casarse todos
se fueran examinando.
PRET. Dices bien, seor director;
agur, y mandar.
ADMOR. Despacio;
que una vez entrado aquí,
por fuerza habéis de casaros.
PRET. ¿Por fuerza?
CRIADO. Eso no es razón,
señor don Blas.
ADMOR. Aquí os trajo
ese intento, y juro a tal
que habéis de salir casados
los dos.
CRIADO. Yo no vine a eso.
ADMOR. Basta que aquí hayas entrado,
a ti te gustó la muda,
y voto a lo que malgasto
que ha de ser tuya.
MUDA. Ba, ba.
(Se alegra.)
SIMPLE. Ya voy, que me estoy peinando.
(Se pone delante.)
PRET. Si no hay novia de sustancia.
ADMOR. ¿Cómo que no? ¿Maricallos?
(Sale la COCINERA.)
COCINERA. Señor, ¿me tocó la vez?
ADMOR. Sí, amiga; dale la mano
de esposa al señor, que busca
novia de sustancia y garbo.
COCINERA. Para el día de la boda
tengo que hacer un guisado
que se ha de chupar los dedos;
y si vienen convidados
en casándonos, marido,
(Al PRETENDIENTE.)
veréis qué pasteles hago.
CRIADO. Y yo los llevaré al horno.
PRET. A fe que no era mal chasco,
si estas muchachas tuvieran
testigos con que probarnos
la idea que nos condujo.
ADMOR. No faltan, que están al paño
para deponer lo oído.
¿Ah testigos?

(Salen seis hombres.)

LOS SEIS. Aquí estamos.
ADMOR. ¿Lo habéis oído todo?
LOS SEIS. Todo.
COCINERA. ¿Conque sabréis que me caso
con este real mozo?
PRET. ¿Yo?
Váyase a fregar los platos.
COCINERA. ¿Qué apuesta que las narices
con el cucharón le aplasto?
BEATA. Poco a poco, que conmigo
está ya capitulado.
SIMPLE. Yo a estotro me agarro;
que aunque sea tan gran bobo,
yo soy discreta por ambos.
MUDA. Ba, ba, ba. *(Enfadada.)*
SIMPLE. Sobre que es mío.
ADMOR. ¿Qué hacen? Vamos despachan- [do,
o un pleito matrimonial
se les pone a los dos.
CRIADO. ¡Malo!
¿Y usted calla ahora? ¿De qué
le sirve ser abogado?

(Sale la VIUDA.)

VIUDA. ¿Abogado dijo? Estoy
ya pronta a congratularlo;
con tal de que ha de estar siem- [pre
con la golilla a mi lado,
para que yo me persuada
que es el Cid o Arias Gonzalo.
PRET. Esta tal cual, por lo rara
me gusta.
CRIADO. No déis el brazo

a torcer; aquí estoy yo,
que si esto se va enzarzando,
lo echaré todo a rodar.

(*Sale la* MAJA.)

MAJA. Echeme usté a mí, seo guapo.
CRIADO. De modo...
MAJA. Aliente.
CRIADO. De modo...
MAJA. Dejemos el modo a un lado,
que me ha venido la gana
de casarme.
CRIADO. A mí no.
MAJA. Vamos:
venga esa mano de amigos,
antes que saque los trastos
(*Saca rejón.*)
de matar y quede viuda
sin haberme desposado.
P. Y C. ¿Conque ello ha de ser?
ADMOR. Amigos,
en acudiendo al reclamo
donde hay solteras, no hay me-
pocos escapan del lazo. [dio:
MAJA. Y más habiendo testigos
como aquí, ocultos y falsos.
LOS DOS. Paciencia.
SIMPLE. Chicas, que hay bodas:
vamos cantando y bailando.
MAJA. Eso quien lo ha de mandar
soy yo.
VIUDA. Pues bailen en tanto
que el jurisconsulto y yo
nos imponemos los autos.
(*Vase con él.*)
MAJA. Que se rompan las cabezas
ínterin que acá cantamos
una tonada, preludio
de la merienda y fandango.
ADMOR. Todo lo apruebo, y me doy
a todo por convidado.

154

Las calceteras

Sainete para la compañía de Rivera,
con dos tablados

1774 (1)

PERSONAS

Alifonsa	Polonia Rochel.
Marica (calcetera)	Catalina Tordesillas.
La Pomposa (calcetera)	Mariana Alcázar.
Crispina	Joaquina Moro.
Criada	María Josefa Huerta.
Cortinas	(Vicenta).
Vicenta	Antón.
Tío Nicolás	José Espejo.
Paco	Chinita.
Manolo	Cristóbal Soriano.
Don Silverio	Merinito.
Tadeo	Palomino.
Camas	(Vicente Sánchez).
Codina	(Juan).
Quevedo	(Julián).

(*La escena se supone en una calle pública de Madrid, con dos tablados, permaneciendo el telón: empieza el sainete en el tablado chico, donde habrá prevenida tabla con medias, silla y recado que figure puesto de calcetera. Sale* POLONIA *y se sienta a coser, cantando la siguiente seguidilla:*)

POLONIA. "Por más que del oficio
digan algunos,
somos las calceteras
mozas a punto.
Con la laborcita
sentadas a la puerta,
somos en la casa
fieles centinelas.
Callamos a veces
los que salen y entran,
y otras publicamos
cuanto pasa en ellas.
A la lila lila,
a la lila lela,
que vendrá mi Manolo
ya por sus medias.
Tal cual lo paso,
porque tal cual acuden
los parroquianos.
Trabajar, manitas,
que mañana es fiesta;
pensamiento mío,
no, no me diviertas;
porque las *presonas*
son como las medias,
que en perdiendo el punto

(1) Bib. munic.; leg 1-163-10. Autógrafo de 1774. Reimpreso por Durán, y antes impreso varias veces en Valencia, incompleto en todos los textos, menos el presente.

se van de carrera.
A la lila lila,
a la lila lela,
que vendrá mi Manolo
ya por sus medias."

(*Sale* CHINITA *de zapatero decente, sin mandil, con el marco.*)

CHINITA. Abur, Alfonsita.
POLONIA. Abur.
CHINITA. Voy a ver un parroquiano,
antes que salga; a la vuelta
hablaremos más despacio.
POLONIA. No quiero conversación,
que hoy estoy de priesa.
CHINITA. Vamos,
que si fuera otro sujeto...
POLONIA. Si fuera Manolo, claro;
aunque no comiera, echara
a volar todo el trabajo
por darle parola; ¿y qué?
CHINITA. ¡Si tú vieras qué zapatos
de *gloriatú* a la italiana,
con mis delicadas manos
te estoy haciendo!
POLONIA. Se estima;
pero tengo yo hasta cuatro
pares de real cordobán,
al uso maravillano,
con cuatro dedos de pala
y tacón de medio palmo,
sin estrenar, que se pueden
llamar señores zapatos;
y cuenta que están cosidos
por un oficial de garbo.
CHINITA. ¿Manolo?
POLONIA. Puede que sí.
CHINITA. No lo tiene más borracho
ni más holgazán mi padre
en su tienda. Y dado caso
que fuera bueno, ¿quién deja
por el aprendiz al amo?
POLONIA. Yo, que soy tonta; y al ver
que me brindan con dos platos,
dejo el de pollo de enero
por hartarme del de pavo.
CHINITA. ¿Te casas con él?
POLONIA. No sé.
CHINITA. ¿O con alguno de tantos
cazadores, como andan
tras las chochas de este barrio?
POLONIA. No sé.
CHINITA. Y allí viene uno;
¡mira qué disimulado!
¿A que te trae algunas medias
que componer?
POLONIA. ¿A qué estamos?

(*Sale* MERINITO.)

CHINITA. Tú estás perdida. ¿Oye usted?
(*Saliéndole al encuentro.*)
¿Tiene usted que mandar algo?
MERINITO. Busco una casa.
CHINITA. Pues esta
no es casa.
MERINITO. Es un cuarto bajo
por aquí.
CHINITA. Pues no es aquí.
POLONIA. ¿Por quién viene preguntando
ese señor?
CHINITA. Yo discurro
que por ti, y que os embarazo;
adiós.
MERINITO. No sea malicioso,
que las señas que me han dado
aquí son.
POLONIA. ¿Pues a quién busca?
MERINITO. Son (según me las pintaron)
unas damas forasteras
de gran tren y mucho garbo,
de muy hermosos colores
(sean suyos o prestados),
que vienen a pretender
pasar unos mayorazgos
de otras casas a las suyas;
¿me sabréis decir si acaso
viven en aquella acera?
CHINITA. No; las que usted va buscando,
creo que están de posada
en aqueste balcón largo. (*Vase.*)
MERINITO. ¡Anda con cien Satanases!
Un mes ha que estoy pasando
por aquí, y jamás he visto
a usted sin un espantajo.
POLONIA. Y ahora que no había otro
viene usted.
MERINITO. Burlas a un lado,
y hablemos de veras.
POLONIA. Vaya
usía desembuchando
medias, que en pagando bien,
las coso breve y de pasmo.
MERINITO. La verdad. ¿Qué estado tienes?
POLONIA. Calcetera.

(*Sale* SORIANO *de oficial de zapatero.*)

SORIANO. Aún es temprano,
y no han abierto la tienda.
Sábado, día quebrado;
aunque me tarde, a bien que
no es lunes, y en trabajando
bien mañana, que es domingo,
los jornales acabalo.
POLONIA. Manolo. ¿Quiere usted irse,
(*Aparte a* MERINO.)
señor, y no sea pesado?

MERINITO. Me gustas.
POLONIA. Buen buche hará
un perro con un cantazo.
SORIANO. Chica, ¿por qué no despachas
la gente?
POLONIA. El señor ha rato
que se pudiera haber ido,
porque ya está despachado.
SORIANO. ¿Pues qué hace usted aquí?
MERINO. Mirar.
SORIANO. ¿Quiere usted que nos veamos
los dos las caras? ¡Eh! No hay
reirse, que si no traigo [que
espadín, mata maridos
o mondadientes colgado,
traigo, por casualidad,
aquí mi sacabocados,
que también saca narices
siempre que yo se lo mando.
MERINITO. Agradezca a mi carácter
y al lugar en que me hallo;
pero yo, yo sabré dónde
trabajas.
SORIANO. Digo, seo guapo,
no está lejos.
MERINITO. Bien está;
en presidio he de encajarlo.
(*Vase.*)
SORIANO. Agur. ¿Quién es este mueble?
POLONIA. Uno de los muchos trastos
que llegan, y por más que haga
una, no hay forma de echarlos.
SORIANO. Ya ajustaremos las cuentas;
ves a encenderme un cigarro
y a traer cualquiera cosa,
que todavía no he almorzado;
que yo te guardaré el puesto.
POLONIA. ¿Quieres que te traiga un frasco
de almíbar y unas castañas?
SORIANO. Lo que quieras.
POLONIA. Voy volando.
(*Vase.*)

(*Siéntase* SORIANO *en el puesto a preparar su cigarrro, y levantándose el telón aparece el teatro de zapatería, en que están trabajando de oficiales* TADEO, LUIS, CAMAS, CODINA *y* QUEVEDO; *habrá otros dos banquillos a las puertas, desocupados. Mesa como de cortar, al frente, y en ella, sentados,* JOAQUINA, *muy guapa, con grande escofieta, y* ESPEJO, *en bata y gorro y sombrero de picos, tomando chocolate, y de criadas la* CORTINAS *y* VICENTA, *guarneciendo cada una un zapato.*)

CORO. Tan, tan, tan, etc.
CORTINAS. (*Canta.*) Más quiero un zapatero
que no un usía,
que al fin iré calzada
si no vestida.
TADEO. Todos los hombres que estudian
(*Cantando.*)
para saber cosas grandes,
atiendan a dos historias
unidas en un romance,
sabrán los hechos famosos
y casos particulares
de la señora Giganta
y del señor Elefante. [ro,
CAMAS. La manita, por más que te quie-
(*Cantando.*)
no me toques jamás, zapatero;
que mi madre me dará de azo-
[tes
si me huele la mano a cerotes.
CORO. Tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan
y qué rico que es el cordobán;
ay, ay, ay, y qué tal que con-
[suela
el olor del zumaque y la suela.
ESPEJO. Ni el gran señor de los turcos
ni el chico de los enanos,
se desayunan con tanta
comodidad y aparato.
¡Bendito Dios! que nos deja
ver los tiempos que alcanzamos
y dió a las mujeres tal
gana de romper zapatos.
JOAQUINA. ¿Muchachas?
LAS DOS. ¿Qué manda usted?
JOAQUINA. Vaya a traerme aguamanos
la una, y la otra prevenga
lo demás, en entre tanto
para ir a mirar y a ver
si el platero me ha acabado
el *adrezo* de diamantes.
CORTINAS. ¡Anda fuera diamantazos!
JOAQUINA. ¿Oyes, qué es lo que entredien-
hablas? [tes
CORTINAS. Estoy acabando
de rezar mis devociones.
TADEO. ¡Qué devoto que es el diablo!
CORTINAS. ¿Qué dice usted?
TADEO. Es aquí
mi compadre, con quien hablo.
CODINA. Déjala, que está de mal
humor, porque tarda tanto
Manolo.
CORTINAS. Gusto yo siempre
de tener limpias las manos.
¿Lo entienden?
TADEO. Si no se habla
aquí de usted.
CORTINAS. Por si acaso...
JOAQUINA. Muchacha, ¿vas a traerme
lo que te he dicho?
CORTINAS. Ya vamos.
Poquito a poco, señora;
porque yo tengo el trabajo
de las mulas mal domadas,
que en arreándome me paro,
y en tirándome del freno

me subo a los campanarios.
JOAQUINA. ¡Qué terrible es esta moza!
ESPEJO. Eso es según lo tomamos;
si fueran todas así,
tuviera el Rey más soldados.
Las mujeres han de ser
así, de golpe y porrazo.
JOAQUINA. ¡Como eres tú tan ligero!
ESPEJO. Crispina, calla, pues callo.

(*Sacan recado de plata de lavar manos, y* JOAQUINA *se lava, estando las criadas en pie, y sale* POLONIA *al tabladillo con un jarro y castañas.*)

POLONIA. Aquí está esta friolera.
SORIANO. Chica, vamos refrescando.
¿Y mis medias?
POLONIA. Como nuevas
las tienes.
SORIANO. ¡Vivas mil años!
POLONIA. Estés tú servido, y más que
todo el mundo ande descalzo.
SORIANO. Alifonsa: y con el hijo
de mi maestro, ¿en qué estado
te hallas?
POLONIA. Que le aborrezco
lo mismo que a mis pecados;
y no me hables en tu vida
otra palabra en el caso.
SORIANO. Será conforme.
POLONIA. Harás mal;
que los hombres de tu garbo,
con mujeres como yo
no han de ser desconfiados.

(*Sale* CHINITA *al tablado.*)

CHINITA. Zapato me vuelva yo
si fiare más zapatos
ni a mi padre.
JOAQUINA. ¿Pues qué traes?
ESPEJO. ¿Por qué vienes enfadado?
CHINITA. Porque no puedo cobrar
de nadie, y usted fiando
a todos.
JOAQUINA. Si cuanto yo
digo a tu padre es en vano,
y no quiere creer que está
perdiendo el oficio.
CHINITA. Es claro:
como que no se ha podido
ahorrar en estos dos años
sino para una vajilla
de plata, y dos mil ducados.
ESPEJO. ¿Qué queréis, si Dios me hizo
tan concienzudo y bizarro?
SORIANO. Adiós, que es tarde de veras.
Si vuelve por aquí el trasto
de mi maestrillo, avisa:
verás qué carta de pago
se le imprime en las costillas.
POLONIA. Está muy bien.
SORIANO. ¿Quieres algo?
POLONIA. Nada.
SORIANO. Pues no te avergüences
a nadie, que aunque no traigo
dinero, mi corazón
y mis bolsillos son anchos.
POLONIA. Se agradece. Adiós, Manolo,
honra del género humano.
SORIANO. Adiós, moza imperial, que
real moza ya es ordinario.
(*Vase.*)
POLONIA. Ya está Manolo servido:
ahora vengan trabajos.
(*Siéntase a coser.*)
ESPEJO. ¿Has ido a ver qué queria
la mujer del mayorazgo?
CHINICA. Sí, señor; y por más señas,
que me ha puesto como un trapo,
porque se le sirve mal;
pero, al fin, hemos quedado
amigos, y me ha ofrecido
para Pascua un buen regalo,
si para ella sola dos
oficiales destinamos
que le hagan cada semana
ocho pares de zapatos.
ESPEJO. Esa se puede llamar
tal cual parroquiana.
CHINITA. El caso
es que me acuerde de cómo
me dijo... Pero, ya caigo:
lunes, zapatos azules;
los martes, anaranjados;
miércoles, color de rosa;
jueves por la tarde, blancos,
y por la mañana, verdes;
viernes, negros o morados;
sábados, color de lima;
los domingos, de verano;
de tafetán de matices,
de entre tiempo, sobre raso;
y los de invierno, tisú
o rizo con galón ancho
y brillantes. Finalmente,
su más especial encargo
es que todos duren poco,
porque gusta de estrenarlos
cada día, y por hacer
a su marido este gasto,
ya que no cuida de que ella
lleve siempre buen zapato,
como ella cuida de que él
vaya siempre bien peinado.
JOAQUINA. Esa mujer es discreta.

(*Sale* MARÍA PEPA *de criada, con mantilla y basquiña de lana.*)

M. P. Señor maestro, volando

lleve zapatos a mi ama.

ESPEJO. ¿Pues no la llevé ayer cuatro pares?

M. P. Ya han muerto los tres, y el otro está agonizando.

ESPEJO. ¿Es posible?

M. P. En la mañana rompió, como corre tanto, los primeros; los segundos, al entrar se reventaron.

ESPEJO. Esa es prueba de lo fino y de lo bien acabado de la obra.

M. P. Los terceros, un caballero muy largo de vista, que va a mi casa, dijo a su merced, bajando por la escalera, que estaban descosidos y manchados; conque tuvo que ponerse, para ir a un baile, los cuartos; y si se desgracian éstos, se ve su mercé en el caso de quedarse allí a dormir, o que la traigan en brazos.

ESPEJO. ¿Y cuántos quieres?

M. P. Diez pares; porque usted es un pelmazo, y quiere por quince días vivir sin ese cuidado.

CHINITA. ¿Y usted cuántos pares rompe?

M. P. Los que da de sí el salario.

CHINITA. A las más las ha cogido ahora por los pies el diablo.

ESPEJO. Diga usted que voy allá.

M. P. La brevedad encargamos. ¿Oye usted? ¿El oficial que trabaja allí está malo?

ESPEJO. Yo no lo sé; aún no ha venido.

M. P. Ese puede ir a llevarlos, que es un mozo muy atento; dele usted muchos recados de parte de la doncella de la calle del Soldado.

CHINITA. ¿Doncellita de la calle es usted?

M. P. Allí vive mi amo.

CHINITA. ¡Ya!

M. P. No sea usted malicioso ni diga eso, que es pecado; y más a las inocentes como yo, que siempre vamos con las orejas abiertas y con los ojos cerrados. *(Vase.)*

JOAQUINA. Mi mantilla y mi basquiña, muchachas.

CORTINAS. ¿Cuáles sacamos?

JOAQUINA. Cualquiera de las de muer y mantilla de encaje ancho.

(Sale SORIANO.*)*

SORIANO. Deo gracias.

JOAQUINA. ¿Es hora esta de venir, picaronazo?

SORIANO. Cada uno tiene que hacer sus diligencias.

CHINITA. ¡Qué palos!

ESPEJO. Calla, que es buen oficial.

CHINITA. No está usted tan informado como yo de eso.

ESPEJO. ¡Que hay prisa, señores! Vamos cortando.

JOAQUINA. Hijo mío, ¿cuánto habrá que el chocolate tomamos?

ESPEJO. Habrá una hora.

JOAQUINA. Pues antes de salir, traedme un caldo; que como te curas, duras.

SORIANO. Digo, chicos, ¿qué ganado tenemos el lunes?

CODINA. Creo que de Castilla, y muy guapos.

CHINITA. Ninguno como mi padre había de escarmentarlo, si fuera otro.

ESPEJO. Hasta el lunes por la noche a nadie pago el jornal, a ver si así los puedo hacer aplicados.

CHINITA. Eso sería alterar los privilegios tan rancios del gremio, para hacer fiestas todos los lunes del año. sin obligación de oir misa.

TODOS. ¡Viva el maestro chico!

ESPEJO. ¡Andallo! Será verdad cuando tú lo dices, que has estudiado.

(Sale CORTINAS.*)*

CORTINAS. ¡Vaya el caldito! (¡Veneno!) *(Aparte.)*

JOAQUINA. Parece que está salado.

CORTINAS. Así están todas las cosas donde yo pongo la mano.

CHINITA. ¡Y que no es mentira!

CORTINAS. ¡Vaya!

CHINITA. ¡Si no puedo remediarlo!

(Salen al tablado MARIANA *y* TORDESILLAS, *de calceteras.)*

MARIANA. Allí está la calcetera. Si me confiesa de plano la verdad y cede, chito; pero si no, habrá sopapo que valga por los doscientos que le dan a un azotado.

TORD. ¡Mujer, mira no te pierdas!
MARIANA. ¿Por esa mujer? ¡Qué asco!
Ya sabe por experiencia
de mi genio y de mis manos,
que en la calle que yo piso
tiembla todo el vecindario.
TORD. Déjame llegar a mí,
que tengo el genio más blando,
a ver si es cierta lo boda;
y si lo es, se hace cargo
de tu justicia, y se aparta.
MARIANA. Porque moro ni cristiano
pueda decir de mí nunca
que en todo no me he portado
como una mujer en forma;
anda, ve, que aquí te aguardo.
Pero si se entona, dila
la verdad y que he jurado
dar de cenar esta noche
con su asadura a mi gato.
TORD. Adiós, Alifonsa.
POLONIA. Adiós,
Marica; ¿cómo has dejado
el puesto? Si faltan medias
por allá, dímelo claro,
que necesito oficialas.
TORD. Pues yo necesito manos;
que aunque no son tan maestras
como tú, se entiende algo
el oficio, y, a Dios gracias,
no me faltan parroquianos.
POLONIA. ¿Y tu amiga la Pomposa?
TORD. Buena; y ya que me has tocado
ese punto, ¿me dirás
una verdad?
POLONIA. ¿Pues acaso
he mentido yo en mi vida?
TORD. Yo me alegro; y aquí, hablando
con confianza, ¿qué tienes
con Manolo?
MARIANA. ¡Qué despacio
(*Aparte.*)
se van para la que trae
todo su cuerpo azogado!
POLONIA. ¿Qué Manolo? ¿El zapatero?
TORD. El mismo.
POLONIA. Ya estoy al cabo.
Responde a la que te envía,
que si le importa ese guapo
me lo pregunte, que yo
no hablo por boca de ganso.
MARIANA. Pues vaya, responda usted,
que ya vengo a preguntarlo.
¿Sabe usted quién es Manolo?
POLONIA. Mucho.
MARIANA. ¿Y quién es?
POLONIA. Un muchacho
que me quiere y que le estimo.
MARIANA. Pues ya puede usted dejarlo
de estimar, porque me tiene
dada a mí palabra y mano.
POLONIA. ¿Y usted, qué le ha dado a él?
MARIANA. Nadita; que yo no gasto
finezas hasta su tiempo.
POLONIA. Pues yo sí, que le he prestado
plata para ver las fiestas
de toros este verano,
y me pagará este invierno,
luego que estemos casados.
MARIANA. Usted mire lo que dice,
que viene el tiempo nublado
por acá.
POLONIA. Pues por acá,
reina, ya está granizando.
MARIANA. ¿A que hay solfa?
POLONIA. Que la haya.
MARIANA. Pues cuenta, que yo echo alto
el compás.
POLONIA. También yo sé
hacer que suenen los bajos.
MARIANA. ¡Pues a una!
POLONIA. ¡Pues a una!
TORD. Por la Virgen del Rosario,
muchachas; que hay cerca al- [gunos
alguaciles escuchando.
MARIANA. Pues a la Canal.
POLONIA. Más cerca
está el altillo del Rastro.
MARIANA. El lugar importa poco:
lo que importa es el matarnos.
TORD. Eso es locura: aprended
de mí, que yo también gasto,
si no trajes de tisú,
mis camisitas de trapo;
y así al somormujo, hasta ahora
ninguno me la ha pegado.
Veamos la que quiere él,
primero que nos perdamos
por un hombre que estará
quizá a las dos engañando.
POLONIA. ¡Qué letrada eres, Marica!
TORD. ¡Jesús, hija; al contrario,
sé muy poco; ahora que tiene
que procuro aprovecharlo.
MARIANA. ¿A qué coges la mantilla?
POLONIA. Si eres, como te has pintado,
tan guapa, sígueme.
MARIANA. ¿Dónde?
POLONIA. Donde salgamos del paso.
TORD. Pero di...
MARIANA. Que no lo diga
si no quiere; que en llevando
conmigo yo éstas y ésta,
a nadie temo.
POLONIA. Pues vamos.
(*Vanse.*)

TORD. Ved aquí cómo se pierden
las mujeres. ¡Ah malvados
hombres! Pero estáis muy cer-
no me atrevo a provocaros. [ca;
(Vase.)

(Sale MERINITO.)

MERINITO. ¿Está el señor maestro en casa?
ESPEJO. ¿Qué tiene usted que mandarlo?
MERINITO. ¿Trabaja aquí un oficial?
CHINITA. Muchos.
MERINITO. Uno mal carado.
CHINITA. No, que todos somos lindos;
váyanos usted mirando.
SORIANO. ¿Soy yo? Repáreme usía
bien, desde arriba hasta abajo.
MERINITO. Tú eres. Señor ministro,
(A MARTÍNEZ *que viene de alguacil.)*
este es el que os ha mandado
prender el señor alcalde.
CHINITA. Me alegro.
JOAQUINA. Será algún falso
testimonio.
SORIANO. Sí, señora.
ESPEJO. El es un poco borracho,
muy holgazán, jugador
y alborotador de barrios;
pero en cuanto a lo demás,
me parece un buen muchacho.
SORIANO. Déjele usted, que es envidia,
y yo cantaré de plano
allá.

(MARIANA, TORDESILLAS *y* POLONIA, *con* CALLEJO, *de alguacil.)*

MARIANA. Señor alguacil,
téngame usted asegurado
a este bribón en la cárcel
correspondiente, entre tanto
que se decide una duda.
POLONIA. Si yo no vengo a embargarlo,
señora; ¿de qué se altera?
Vengo a darle un desengaño
a ella y a él.
MERINITO. Venga preso,
que allá se le harán los cargos.
CALLEJO. El preso es mío.
MERINITO. Eso fuera,
si yo no le hubiera echado
antes el guante.
CALLEJO. No andemos
en competencias.
CHINITA. El caso
se compone fácilmente
conque lo lleven entrambos.
ALG. El preso es mío. *(Tirando.)*

(Sale MARÍA PEPA.)

M. P. Mi ama
me envía por los zapatos,
porque no puede salir... [rando?
Mas ¿qué es lo que estoy mi-
¡Ay, que me le llevan preso!
SORIANO. ¡Calla!
M. P. ¡Virgen del Rosario!
(Desmáyase.)
JOAQUINA. Señores, ¿qué es esto?
ESPEJO. ¡Calla
tú, mujer, que es un buen rato!
CALLEJO. No hay quehacer; que toca el
a la cárcel del vicario. [preso
MERINITO. Yo le llevaré si toca.
CHINITA. Eso se vence a sopapos.
¡Dios quiera que la Alifonsa
disimule!
JOAQUINA. ¿Qué le ha dado
a esa chica?
MERINITO. Es mi criada,
con quien ha hecho contrato
matrimonial; y ahora quiere
el gran picarón negarlo,
porque anda con dos o tres
calceteras enredado.
MARIANA. Y yo soy una que no
cederá ni al más pintado
usía la posesión.
POLONIA. No hay que mirarme de rabo
de ojo, que no me pico
ni necesito yo al trasto
del oficial, donde tengo
al maestro a mi mandado.
ESPEJO. ¡Muchacha! ¿Qué es lo que di-
Mira que yo soy casado. [ces?
POLONIA. No es a usted, que es a su hijo
a quien digo esta es mi mano.
CHINITA. Si aquello era chanza.
POLONIA. ¿Cómo?
¿Qué va que me hace ir volan-
por otro alguacil? [do
JOAQUINA. ¿Mi hijo,
con cincuenta mil ducados
de dote, emplearse tan mal?
CORTINAS. ¡Vaya: que no hay que asusta-
ni esto puede ser! [ros,
POLONIA. ¿Por qué?
CORTINAS. Porque me tiene a mí dado
este papel.
CHINITA. Y otra cosa.
JOAQUINA. ¿Qué es?
CORTINAS. Que le tengo guardados
veinte doblones de a ocho,
para fianza del trato.
JOAQUINA. ¿Había de hacer tan indigna
boda mi hijo?
CORTINAS. Despacio;
que así como usted estaba
veinte años ha con un trapo

delante y otro detrás,
y la enriqueció mi amo,
puede enriquecerme a mí
su hijo, y aún pierdo algo.

CHINITA. Aunque la mona se vista de...
pero, ¡ay!, que es mi madre, [callo.

SORIANO. Señor, por amor de Dios;
que yo me pongo en sus manos,
y ninguna de éstas tiene
prenda ni papel contrario
que impida mi matrimonio
con su doncella.

M. P. Vivamos,
corazón. *(Aparte.)*

MERINITO. Pues de ese modo,
yo os aseguro mi amparo.

CHINITA. ¿Encontró usted a la que iba
esta mañana buscando?

MERINITO. Buscaba a las calceteras,
para averiguar el chasco
que se ha visto.

CHINITA. Y otro más
que teníamos callado.

ESPEJO. ¡No es mala moza mi nuera!

TORD. Muy buenas habéis quedado.

MARIANA. Peor queda él. ¡Mira qué moza,
parece un escarabajo!

M. P. No importa; a bien que ya tengo
mi zoquete asegurado.

CHINITA. Mire usted que ese pan duro
no se le atasque al tragarlo.

MARIANA. Nadie tiene envidia.

POLONIA. Mientes,
que así lo estás declarando;
la que se ríe soy yo,
y en testimonio más claro,
voy a celebrar las dos
bodas que pierdo cantando
una nueva tonadilla.

ESPEJO. Pidiendo perdón a cuantos
nos favorecen oyendo
errores tan duplicados.

155

Las damas apuradas

1774 (1)

"Tener función, aguardar
coche prestado, no haberlo
y oir llover, sin recurso
en una noche de invierno,
¡qué apuro para las damas!;
¡para los hombres, qué empeño!"

PERSONAS

D.ª JOAQUINA, *señora de la casa.*
D.ª ROSA, D.ª BELTRANA y D.ª NARCISA, *sus amigas.*
D. VENANCIO y D. ZACARÍAS, *caballeros sirvientes.*
D. ANTOLÍN, *amigo de todas.*
EL DOCTOR.
JORGITO, *paje.*
DOMINGO, *mozo de compra.*

La escena es en Madrid
(Salón con asientos. Sale el paje poniéndose el espadín y sombrero, de mala gana.)

JORGITO. El diantre de la señora
no tiene otros pensamientos
que divertirse, y más que
un hombre se caiga muerto.
Si son las cinco, y al coche
que viniera le dijeron
a las seis, ¿qué prisa corre?

(Sale D.ª JOAQUINA.)

D.ª J. ¡Jorgito, qué pronto has vuelto!
Vaya, ¿qué dice el marqués?
¿Qué, vendrá el coche al mo- [mento?

JORGITO. Señora, si acaba usted
de darme el recado, ¿puedo
estar ya de vuelta?

D.ª J. ¡Bruto,
tres minutos ha lo menos
ya que te mandé que fueses!
Mira si has tenido tiempo
para ir desde San Antón
a la puerta de Toledo,
y volver con el recado.
No le he tenido más lerdo
que tú.

JORGITO. Ni yo tuve ama,
tampoco, de tan mal genio.

D.ª J. ¿Qué gruñes?

JORGITO. Nada: que voy
al punto.

D.ª J. Calla, que siento...

JORGITO. ¿El ruido?

D.ª J. Ya está ahí el coche.
Muchacha, dame corriendo

(1) Tomo VI de la colección del autor; reimpreso por Durán. Lo hizo la compañía de Rivera.

el cabriolé, los frasquitos,
el abanico, el pañuelo
blanco, las cajas...

JORGITO. Doncella,
no lo traigas, porque creo
que el coche pasó de largo.

D.ª J. No tal, que ha parado.

JORGITO. ¡Bueno!
¿No le oye usted cómo suena
corer cada vez más lejos?

D.ª J. ¡Por vida de los demontres!
¡Que a mí me suceda esto!
Mira si vas al instante
y me traes coche, advirtiendo
que si no le traes, te des
por despedido al momento.

JORGITO. Bien está. Así como así,
la conveniencia que pierdo
no es de las mejores. *(Vase.)*

D.ª J. ¿Dónde
podré apelar más? ¿Gallego,
gallego? ¡Animal! ¿Domingo?

(Sale DOMINGO.*)*

DOMINGO. Domingu, sí.

D.ª J. ¿Estás oyendo
que te llamo, y no respondes?

DOMINGO. Bien cerca estaba, pur ciertu,
y al primer Domingu vine;
lu demás you non lu entiendu;
que gallegus e animales
somus muchos, e non quieru,
si no me llaman a mí,
cansarme en venir curriendu.

D.ª J. ¿Oyes?

DOMINGO. Oyir sí, bien oigu,
siñora.

D.ª J. ¿Tendrás talento
para dar bien un recado?

DOMINGO. Póngamelu en un lletreru
su merced, de lletras gordas,
que you tal cual deletreu,
y en cuatro días u cinco,
si no es muy llargu, pudreilo
deprender.

D.ª J. ¿De qué te sirve
la memoria, majadero?

DOMINGO. Mimoria, llu que es mimoria
tengu poca; entendimientu,
esu sí, gracias a Dios,
que ningún ha sido llerdu
de mi casta, y todus son
así pocu más u menos.

D.ª J. ¿Sabes la calle de Atocha?

DOMINGO. ¿No es aquella que está yendu
a llus Mustenses, y tira
derecha a llus Recoletos?

D.ª J. No, ¡bruto! ¿Sabes la Plaza?

DOMINGO. Lla Plaza, sí; llo primeru
que me enseñarun mis primus;
comu que allí está el cumercio.

D.ª J. ¿Y no hay una calle larga
que baja todo derecho
al Prado?

DOMINGO. ¿Es una que empieza
adonde meten llos presos,
y acaba en el Hespital,
donde curan llos enfermos?

D.ª J. Sí.

DOMINGO. Pues ya sey; allá voy.

D.ª J. ¿Y a qué vas, borrico?

DOMINGO. A esu:
daré a la calle de Atocha
el recadu, y prontu vuelvu.

D.ª J. ¡Déjalo; maldito seas!
(Aplica el oído.)
Pero el coche. ¿De qué fiero
susto salí! Di que arrime,
que voy a bajar. Y creo
que llaman. Mira quién es.

DOMINGO. Será el coche. ¡Qué jumentus
cargados de prata y seda
tener por amus solemos! *(Vase.)*

D.ª J. Ya disculpo a las muchachas
que admiten los novios viejos
por el coche, pues sin coche
se malogran mil proyectos.

(Salen de petimetres D. ANTOLÍN *y* D. VENANCIO.*)*

LOS DOS. Señora, a los pies de usted.

D. V. No dirá usted, o a lo menos
no lo dirá con razón,
que no somos los primeros
criados que se presentan
para irla después sirviendo
a la visita.

D. A. No mientas.
Ya conoce usted mi genio,
nada adulador; la causa
de venir aquí Tadeo
y yo, es diversa.

D.ª J. No estoy
con gana de escuchar pleitos.
Sea con el fin que fuese,
yo la venida agradezco,
porque es tarde, y de dos coches
de dos amigos que espero,
ninguno ha venido; vamos
en el de ustedes, que luego,
para la vuelta quizá,
por docenas los tendremos.

D. V. ¿Nuestro coche? De limosna
y de compasión, por vernos
metidos en un portal
tan guapos, y el aguacero

que cae, no sin repugnancia,
nos vació aquí don Fulgencio,
al paso.

D. A. — Y para llegar
a la función con aseo
de pies y cabeza, como
previene la ley del duelo
venimos, y porque usted
nos lleve: ved el obsequio
que ha ponderado el amigo.

D.ª J. — El que mienta importa un bledo;
lo que importa son las culpas
que hago de consentimiento.

(*Sale* JORGITO.)

JORGITO. — Señora, gracias a Dios.

D.ª J. — ¿Está ahí el coche?

JORGITO. — No es eso,
sino que encontré al lacayo
del marqués, y ya no tengo
que ir allá.

D.ª J. — ¿Pues qué te ha dicho?

JORGITO. — Que prestó para un bateo
el coche su señoría
esta tarde, que tuvieron
que ir a llevar la madrina
a Jetafe, y que no ha vuelto.

D. V. — También es casualidad
particular.

D.ª J. — Lo que es bueno
es hallarme yo en un lance
tan ridículo, teniendo
a mi disposición todos
los trenes que hay en el pueblo.

JORGITO. — Ya tomara usté un simón
en la hora presente.

D. A. — Ofrezco
(*Aparte.*)
a las ánimas tres misas,
como me den el consuelo
de dejarla a pie.

D.ª J. — Muchacho,
ve a casa del consejero
de enfrente, y dile me preste
su coche por un momento.
Ya no me acordaba.

JORGITO. — Voy. (*Vase.*)

D.ª J. — Aún otro recurso tengo.
¿Domingo? Juntaré aquí
cuarenta coches, si empiezo
a recetar.

D. A. — Venga uno,
que ya nos contentaremos.

(*Sale* DOMINGO.)

DOMINGO. — ¿Voy a la calle de Atocha
u non voy?

D.ª J. — No, que está lejos.
Ves al médico de casa,
y dile que venga luego
su berlina; aunque es pequeña,
bien nos acomodaremos.

DOMINGO. — ¿Al dutor?

D.ª J. — Sí.

DOMINGO. — Voy allá.
(*Vase y vuelve.*)
¿Y hay que traer algún remedio
de lla butica también?

D.ª J. — ¿Cuánto va que te encasqueto
una silla en la cabeza?

DOMINGO. — En todu casu, you quieru
más errar que preguntar,
que es lla lección del discretu.
(*Vase.*)

D. A. — Señora doña Joaquina:
¿no sabe usted aquel cuento
tan famoso de la novia
de Tarancón?

D.ª J. — Apostemos
a que le abro a usted un palmo
de cabeza o le despeino.

D. A. — Si no hay coche, lo segundo;
pero si le hay, lo primero.

D.ª J. — Coche suena. (*Dentro.*)

VOCES. — ¡Para, para!

D. V. — ¡Vamos! Cobre usted aliento,
que ya salimos del susto.

D.ª J. — Alcánceme usté el espejo,
a ver si voy bien.

D. V. — Perfecta.

D.ª J. — He tenido tan inquieto
el rato, que ha sido mucho
el no haberme descompuesto.
Supongo que es todo un hombre
Jacinto, mi peluquero.

(*Salen* D.ª ROSA, D.ª NARCISA *y* D.ª BELTRANA *con* D. ZACARÍAS, *despeinado, con botines y cabriolé.*)

D.ª R. — ¡Hija mía, por qué p co
vamos después del refresco
o no vamos, por el coche!

D.ª N. — Si tarda un poco, protesto;
que ya me iba a desnudar.

D. A. — No han sido por acá menos
los trabajos.

D.ª B. — Aún no es tarde
para que nos apuremos,
que son las seis.

D.ª N. — Es que yo
gusto de tomar asiento
a un rincón, y desde allí,
como no tengo cortejo
que me divierta, observar
todo lo malo y lo bueno
que pasa.

D.ª J. — ¡Qué bobería!

D.ª R. — Pues yo, amigas mías, llevo
gran máquina en la cabeza

esta noche, y el proyecto
de hacer rabiar a Tomasa.

D. V. Difícil será, teniendo
seis que la cortejen.

D.ª R. Doce,
a cual más pícaros, tengo
yo alquilados para traer
esta noche al retortero,
y que rabie: tres abates,
tres indianos de hilo negro,
tres mayorazgos y tres
cadetes de caramelo.
Esta noche me veréis
mandar ejército nuevo.

D.ª B. ¿Cuánto va que se va el coche?

LAS 4. Fuera buen chasco, por cierto.

D. A. ¡Ojalá!

D. Z. Le mataría:
¡pues tengo yo lindo genio!

D.ª J. ¿Dónde va? Venga usté aquí,
no nos enfade al cochero.

D. A. ¿De quién es?

D.ª R. Uno que trajo
don Zacarías corriendo
de la comedia, y porque
no formases queja luego
de ir sin ti, como quedamos
anoche...

D. A. Pues tomó viento:
oigan ustedes el ruido.

(*Sale* D. ZACARÍAS *sofocado, con el cutó desnudo.*)

D. Z. Señoras y caballeros,
ténganme ustedes, porque
si vuelvo a bajar me pierdo
con ese pícaro.

TODOS. ¿Cómo?

D. Z. Como no ha habido remedio
de detenerse, aunque más
he porfiado, diciendo
que su amo sale al sainete.

LAS 4. Y diga usted, ¿no le ha abierto
la cabeza?

D. V. ¿No le has dado
cien palos?

D. Z. Aún más he hecho.

TODOS. ¿Qué?

D. Z. No le he dado la maula,
y ya le tenía envueltos
en este papel...

D. A. ¿Cuánto hay?

D. Z. Dos reales en cuartos nuevos.

D. V. ¡Están ustedes lucidas!

D.ª R. ¿Y qué hombres están viendo
cuatro damas *apuradas*,
que aunque se desgaje el cielo
a llover, y aunque los charcos
les lleguen hasta el pescuezo,
no van a buscar un coche?

D.ª J. Y cuando no haya otro, el mes-
carro del sol. [mo

D. V. Dicen bien:
amigo, este ya es empeño;
dividamos a Madrid
en dos partes por enmedio:
tome usted la del oriente,
y yo correré ligero
la del ocaso, y a fuer
de andantes aventureros,
juremos a estas señoras,
o volver en coche o muertos.

D. Z. Enhorabuena.

LOS DOS. Pues vamos.
(*Vanse.*)

D. A. Abur, que yo aquí me quedo
a consolar.

D.ª B. Antolín,
¡que sea usted tan grosero!

D. A. Estoy muy cansado. (*Siéntase.*)

D.ª N. ¿A quién
no le anima aquel ejemplo?

D. A. Al que vive escarmentado.
Toda la vida me han hecho
ustedes rabiar, y ahora
es cuando yo me divierto
de verlas rabiar a ustedes.

LAS 4. ¿Rabiar nosotras por eso?

D. A. No es nada.

D.ª J. Estoy por ponerme
a cantar; tan poco siento
el chasco.

D.ª B. Canta, Joaquina.
(*Aparte entre ellas.*)

D.ª R. Siquiera porque este perro
bufón se deslumbre, canta.

D.ª J. Si estoy rabiando.

D. A. ¿Hay consejo
reservado?

LAS 4. No os importa.

D. A. Si acaso el Ayuntamiento
necesita de asesor,
mi dictamen les ofrezco.

D.ª J. Sobre lo que he de cantar
es la duda.

D. A. ¿Y se ha resuelto?

D.ª J. Mucho: un juguete italiano;
perdonad si no me acuerdo
bien, pero allá va.

D. A. Usted cante,
y diviértanos.

LAS 4. Silencio.
(*Canta* D.ª JOAQUINA *lo que guste.*)

D. A. ¡Viva, y que siga la rueda!

(*Sale* JORGITO.)

JORGITO. Señora.

D.ª J. ¿Pues qué tenemos?

JORGITO. Que apenas oyó el recado
el vecino, mandó atento
poner el coche.

LAS 4. ¡Que viva
el vecino!

JORGITO. Pero el cuento
es, que ni muertos ni vivos
no parecen los cocheros.

D. A. ¡Que viva el vecino! *(Burlando.)*

D.ª B. ¿Vaya
que si nos enfurecemos
nos vengamos en usted?

D. A. No importa, que ya estoy hecho
a esos golpes de fortuna.

D.ª N. Hijas mías, yo recelo
que no está de Dios que vamos
a la función: ¿qué sabemos
si nos esperaba alguna
desgracia?

D.ª J. ¡Qué pensamiento!
Las desgracias de los bailes
suelen ser para los vuelos
y abanicos.

D. A. ¿Y no más?

D.ª R ¡Vaya usted a los infiernos!

(Salen D. VENANCIO *y* D. ZACARÍAS.)

LOS DOS. ¡Jesús, y qué noche!

D.ª B. Albricias,
que por fin coche tenemos.

D. V. A la puerta no hay ninguno.

D.ª J. ¿Pues ustedes qué ofrecieron?

D. V. O volver muertos o airosos;
y, por fin, venimos muertos...
de rubor.

D.ª J. Mira quién llama.

JORGITO. Sin duda será el gallego. *(Vase.)*

D. V. En teniendo coche, el diablo
me lleve, si se lo presto
ni a mi padre.

D. Z. Más quisiera
morirme, que verme en esto.

D.ª N. ¿No os dan compasión?

D.ª R. ¿A mí?
¿Te parece que los creo?

LOS DOS. ¡Paciencia!

(Sale JORGITO.)

JORGITO. Ahí está un criado
de doña...

D.ª J. ¿Quién, majadero?

JORGITO. De la dueña de la casa
de la función, que echan menos
a ustedes, y que ya es hora
de que se saque el refresco;
que si han de esperar a ustedes
o no.

D.ª J. ¿Qué responderemos?

D.ª R. Clarito, que envíen un coche,
y que aguarden un momento.

D.ª N. Poquito a poco, queridas;
porque eso correrá luego
de boca en boca en la sala,
y será desaire nuestro.

D.ª J. Dice bien ésta: ¡qué burla
harían todas de vernos
en este estado!

D.ª R. Pues hijas,
aquí no hay otro remedio:
dile que diga a su ama
que ya íbamos ahora mesmo
a avisarla, de que estando
vestidas y el coche puesto
a la puerta, dió a Joaquina
un histérico tan recio,
que se ha llamado al doctor;
y que las tres no tenemos
corazón para dejarla.

D. A. Y que a los doce cortejos
de la señora, les diga
que por hoy están absueltos.

(Sale DOMINGO.)

DOMINGO. Aquí está el dutor, señora.

D.ª R. Ha venido a muy buen tiempo;
con eso le verá el paje.

D.ª J. Chico, aguárdate; veremos
si hay arbitrio.

(Sale el DOCTOR *con capa, bata y gorro, etc.)*

DOCTOR. ¿Qué hora es esta
de llamar a uno, lloviendo,
sin enviar coche? ¿Quién
está malo? Despachemos.

D.ª J. ¿Qué, viene usté a pie?

DOCTOR. Y rabiando.

JORGITO. Yo discurro, que ya puedo
despachar al otro.

D. A. Sí.

D.ª J. ¿Y a qué viene usted aquí?

DOCTOR. ¡Bueno!
¿No me envía usté a llamar
a toda prisa?

D.ª J. ¿Yo? Vuestro
coche era lo que quería;
y ahora os le pido de nuevo,
si me hacéis favor.

DOCTOR. Señora,
los médicos no podemos
prestar los coches a nadie,
por voto; y además de esto,
tengo una mula sin manta,
y ya veis cómo está el tiempo;
conque no usándole yo,
por obviar que le dé un muer-
al animalito, ved [mo

si es posible complaceros.
LAS 4. ¿Pues a qué ha venido usted?
D. A. No ha venido en balde: hable- [mos
clarito. Yo estimo a ustedes,
señoras, y considero
que es necesario sangrarlas,
porque el susto ha sido fiero
y temo un sofoco.
D.ª J. ¡Bruto!
¿Qué te dije?
DOMINGO. Que curriendu
fuese y trajese al dutor,
y non trajese el remediu
de lla butica; y por pocu
tuve a cuestas que traerllu,
purque pur la noche son
remulones todus ellus.
D. A. Vamos, señor don Damián;
es fuerza hacer un exceso
con estas damas.
DOCTOR. Haré
cuarenta, como no hablemos
del coche: habrá quince días
que me costaron trescientos
reales el par de muletas;
la una de ellas está en cueros,
como dije, y no es razón
tampoco dar mal ejemplo.
D.ª J. Pues váyase usté a pasear.
D.ª N. ¿Mujer, y en qué pasaremos
la noche?
D.ª J. En bailar, cantar
cuanto se pueda; y en siendo
hora, las aves y dulces
que para el médico tengo
de regalo prevenido
por Pascuas, nos cenaremos;
porque tampoco para ir
a llevarle mi gallego
tiene cabriolé, y ya ven
ustedes cómo está el tiempo.
DOCTOR. ¿Conmigo? Pues bien está;
a bien que en mi mano tengo
la venganza: ni una misa
ni un ayuno la dispenso
a usté, aunque esté agonizando;
y esta cuaresma protesto,
que aunque reviente de flatos
he de hartarla de abadejo.
(*Vase.*)
D.ª J. En haciéndole yo un mimo...
D. V. Vaya, señores; dejemos
disputas, y a divertirse.
D.ª R. Pues hay a mano instrumentos
y quien toque, vaya una
contradanza lo primero.
D.ª J. Dispónganla ustedes, mientras
yo me visto y me prevengo
a otro baile.
TODAS. Si haces falta.
D.ª J. Ya habrá quien supla mi pues- [to;
y en bailando yo, prosigan
ustedes, mientras enredo
yo allá cierta pastorela
que concluya el intermedio.
(*Vase.*)
D. A. Pues vaya usté a prevenirse,
y nosotros empecemos
a bailar, por ver si acaso
con música, baile y versos,
aunque malos,
TODOS. conseguimos
ver al concurso contento.

FIN

156

El hijito de vecino

1774 (1)

Sainete para la compañía de Martínez

"A sus queridos paisanos,
un poeta madrileño
pide, en honor de la patria,
se miren en este espejo."

PERSONAS

D. FELIPE y D. BERNABÉ, *petimetres*	Miguel Garrido y Diego Coronado.
D.ª PETRA	Sebastiana Pereira.
D.ª BERNARDA, *su hija*	Manuela Guerrero.
D. PABLO, *caballero de juicio*	Juan Ramos.
D. MARCOS, *viejo*	Manuel Martínez.
D.ª MATILDE	María de Guzmán.
LA RITA y DAMASIO, *majos*	Nicolasa Palomera y Simón de Fuentes.
CURRA, *ramilletera*	María de Solís.
CRIADA 1.ª	La Granadina.
CRIADA 2.ª	Antonia Blanco.

Un criado, un paje, otra criada, que no hablan

(*El teatro estará de calle. Salen* D. FELIPE *y* D. BERNABÉ *de petimetres, éste regular y aquél afectado, a lo tuno, con dos relojes, llenas las cadenas de cascabeles y sombrero al desgaire, espada de acero, larga, etc., atufado.*)

D. F. ¡Agradezca el botarate
a las gentes que han mediado,
que si no, por unos días
se había de acordar!
D. B. ¡Ah guapo!

(1) Tomo X de la colección del autor. En la biblioteca municipal; leg. 1-156-7; hay el autógrago, con la fecha 1774. Reimpreso en Valencia y por Durán.

D. F. ¿Pues qué, tanto es menester
para chafar con el taco
a un hablador las narices,
o levantarle los cascos?

D. B. ¿Que has de tener ese genio,
Felipe? ¿No te haces cargo
de que tienes que perder?

D. F. Tan fijo le desbarato,
si no es por ti, la figura
de un manotón o un tacazo,
como tú eres Bernabé;
si sabes que yo no aguanto
chanzas. ¡Como que soy hijo
de Madrid!

D. B. Vamos despacio,
que no tuviste razón.

D. F. ¿No la tengo, y me ha ganado
seis duros?

D. B. ¿Para qué juegas
sin conocer al contrario?

D. F. ¿Pues juega alguien más que yo?
Que apueste a echar trucos al-
y la última carambola [tos:
que hice yo, vale por cuanto
juegue él en toda su vida.

D. B. Lo que sé es que te ha ganado.

D. F. ¿Qué hombre es él para ganar?
Agradezca a tres o cuatro
chiripas que le han salido,
y a que somos desgraciados
los hijos de este lugar.

D. B. Es verdad; pero no tanto
que no haya algunos felices,
siendo buenos y aplicados.

D. F. ¿Oyes? Parece que es eso
dar a entender que soy malo
y holgazán.

D. B. Esa es malicia,
que tú eres un buen muchacho
(mejor que tú me haga Dios);
pero en cumpliendo treinta años
un hombre, parece que
es razón vaya sentando
la cabeza y aplicar
los dos hombros al trabajo.

D. F. En hallando amigos serios
como tú, me lleva el diablo:
son más viejos y más locos,
y siempre están predicando.
Hasta ahora ninguno ha dicho
que yo sea tonto... Despacho
de oficial entretenido,
en mi oficina por cuatro,
o por todos; porque allí [ros.
no hay más que yo: vamos cla-
Que uno trate a cuatro mozas,
que juegue y chupe un cigarro,
no deshonra las familias;
y sobre todo, volvamos
los ojos a doña Petra
y su hija, a ver de tantos
como aspiran, por el dote
y calidad, a su mano,
quién se llevará la pera;
y esto yo me lo he agenciado
por mis méritos. Los hombres
no se han de medir por palmos,
sino por la aceptación,
las conquistas y el aplauso.

D. B. No sabes lo que deseo
llegar a verte casado.

D. F. Si así piensan mis amigos,
¿qué pensarán mis contrarios?

D. B. ¿Pues no llevas buena moza,
noble y rica?

D. F. Por un lado
veo que me tiene cuenta;
pero este nudo gordiano
del matrimonio es terrible,
y no me gusta.

D. B. Dejadlo.

D. F. Eso no; que con la mosca
y la placita que aguardo
vacante de mi oficina,
salgo de tutela, pago
mis deudas, y me divierto
después, como un Papiniano.
Menos en punto de mozas
que ese, ya lo he renunciado
enteramente.

D. B. Me alegro. *(Dentro.)*

CURRA. ¡Tres ramilletes al cuarto;
claveles de rumbo!

D. F. ¡Digo,
ahí viene la Curra! *(Alegre.)*

D. B. Vamos
a visitar a la novia,
que es primero.

D. F. Aún es temprano:
si me he de purgar mañana,
déjame hoy llenar el pancho.

D. B. Tarde se purga el humor
con la costumbre arraigado.

(Sale CURRA *(Sra. Solís) de ramilletera, cantando seguidillas al aire de maja.)*

CURRA. "Rositas y claveles (1)
vengan y compren,
todos los que cortejan
sólo con flores.
Señoras hermosas,

(1) Esta canción está tachada en el original.

cuenta con las rosas
que tienen espinas
y escuecen, si pican.
Cuenta no se claven
y se hieran de modo
que nunca sanen.
¡A mis claveles,
garrafales y frescos
como la nieve!"

(*Representa* CURRA.)

CURRA. ¡Vamos, señor don Felipe;
mire usté qué clavelazo!
D. F. Ya se pueden dar por él
dos reales.
CURRA. ¡Dos rejonazos!
D. F. ¡A tu marido!
CURRA. Es torero
él, y los pone de pasmo.
D. F. ¿Y a mí me lo cuentas?
CURRA. ¡Digo,
por si a usted se le ofrece algo!
D. B. ¡Tómate ésa!
D. F. Como de éstas
me tomo yo y me las mamo,
ya me conocen y saben
que no me dan dado falso;
como que he sido primer
catedrático del barrio.
CURRA. El latín que allí sabemos,
es porque usté le ha enseñado.
D. F. La verdad: ¿cuánto ha que no
le toca el yesero el cuadro?
CURRA. Deje usted que toque.
D. B. Mira
tu compañero don Pablo
dónde viene.
D. F. ¡Bravo mozo!

(*Sale* D. PABLO.)

D. P. ¡Adiós, señores!
D. F. Paisano,
¿vienes de casa del jefe?

(*Con misterio.*)

D. P. No.
D. F. ¿Ni sabes si ha bajado
ya la plaza despachada?
D. P. Tampoco.
D. F. No, no lo extraño,
porque te hallas sin derecho
ni esperanzas.
D. P. Siendo tantos
los tuyos, fuera osadía

(*Con bufonada.*)

disputar contigo el lauro.
D. F. ¡Qué brava cabeza tienes!
D. P. Pues si lo estás confesando...
D. F. ¿Para qué acudes a casa
de Petra?
D. P. Porque don Marcos,
su tío, me hace favor,
y no debo despreciarlo.
D. F. Sí; porque te hacen cosquillas
también los seis mil ducados
del dote, como a otros muchos;
para mí no hay dado falso;
pero, hijos, tarde piache,
que otro llegó más temprano.
D. P. ¿Y ese eres tú?
D. F. Puede ser.
D. P. Pues ya compadezco a cuantos
te compitan.
CURRA. Tome usted
dos claveles.
D. P. No los gasto.
CURRA. Para regalar.
D. P. Soy pobre.
D. B. Doña Matilde.
D. F. Cuidado,
que no la digas que ya
tengo empleo y que me caso
con otra. Daca un clavel:

(*A* CURRA.)

veréis cómo la despacho
engañada y más contenta
que una pascua.
D. P. Eres tirano
con las damas.
D. B. Y hace bien,
pues sus caprichos extraños
dejan el oro más fino
por el oropel más falso.

(*Sale* D.ª MATILDE (*la Sra.* GUZMANA) *con paje y criada.*)

TODOS. Señora, a los pies de usted.
D.ª M. Yo beso a ustedes las manos,
caballeros.
D. F. ¿Va usted ciega?
D.ª M. No creo que he tropezado
con nadie, para que usted
haga esa pregunta.
D. F. Extraño
la seriedad.
D.ª M. ¿Cuándo yo
he sido jocosa?
D. F. ¿Cuándo?...
Vaya, no haga usted hablar
a los mudos... ¿Queréis algo
de la tienda?
D.ª M. Muchas gracias.
D. F. Vaya ese clavel.
D.ª M. Guardadlo
para la boba infeliz
que nunca os haya tratado
ni os conozca. Adiós, señores,
a más ver. Andad, muchachos.

(*Vase.*)

D. B. Has quedado bien.

D. F. Así
me gustan a mí, rabiando
de celos unas por otras;
ella ha oído que me caso,
y está muerta.
D. B. Di, Felipe:
¿no es ésta a quien habías dado
palabra, y a la que dicen
que le diste tu retrato,
papeles...?
D. F. Y en algún tiempo
mi alma la hubiera dado;
pero si es pobre, y un hombre
cual yo, cuasi acomodado,
debe pensar de otro modo.
D. P. Esa conducta no alabo.

(*Sale de mantilla la* RITA (*Nicolasa*)

D. F. ¿Conocéis a ésa?
D. P. Yo no.
D. F. A fe que tiene buen gancho.
D. B. Qué, ¿te ha preso el corazón?
D. F. Un poco. ¡Viva ese garbo!
(*A la* RITA.)
D. P. Vaya, que mi compañero
gasta buen humor.
D. B. Alano
de presa igual no le he visto.
CURRA. ¡Ay señor, qué equivocado
vive usted! Perro que ladra
a todo lo que halla al paso,
jamás hace presa y suele
morirse de hambre o a palos.
D. F. ¿Es usted muda? (*A* RITA.)
RITA. Señor,
¿quiere usted no ser pesado?
D. F. Como que he visto esa cara
otra vez.
RITA. ¿Dónde?
D. F. En el Prado.
RITA. ¿Quiere usté dejarme en paz?
D. F. Eso vengo yo buscando:
la paz que esos enemigos
del alma me arrebataron.
D. B. Déjala si no contesta.
D. F. ¡No contesta y se ha parado!

(*Sale* DAMASIO (*Simón*)

DAMASIO. Perdona, que me detuve...
Pero ¡hola! ¿Ya has encontrado
paje?
RITA. Deja que le encuentre
sin ir primero a buscarlo.
Este dará a usted razón
(*A* D. FELIPE.)
de lo que me ha preguntado.
DAMASIO. ¿Qué cosa?
D. F. Dios guarde a usted.
DAMASIO. Mande usted.
D. F. ¡Qué abochornado
está el día!
DAMASIO. Si usted quiere,
aquí tengo yo a la mano
abanico.
D. F. No, señor;
yo venía preguntando
por un cambiante de letras
(*Turbado.*)
que vive en el cuarto bajo
de mi casa... y la señora...
DAMASIO. ¿Qué apuesta usted que le cam-
la dentadura en moneda [bio
suelta y que la desparramo?
D. F. ¿A mí? ¿Sabe con quién habla?
DAMASIO. Con él.
RITA. Déjale, Damasio.
D. F. Agradezca que hay por medio
faldas.
DAMASIO. Yo las pondré a un lado.
(*La aparta.*)
¿Qué hará usted?
D. F. ¿Qué haré yo? Nada.
D. P. Vaya, señores; que al cabo
no merece esto la pena.
D. B. Y si llega a avizorarlo
algún alguacil, habrá
que dar de comer al diablo.
D. F. A no estar tú de por medio,
había resuelto plantarlo
en un presidio.
DAMASIO. ¡Presidio!
Hombre, ¿qué está usté hablan-
RITA. ¿Quién es usté para eso? [do?
Pues cuenta que si me enfado,
al señor don Chirimbolo
le hago besar de un sopapo
la tierra que piso.
CURRA. ¿Y ella
dónde iría de un gargajo
entonces, doña Escofieta,
(*Suelta la cesta.*)
si me toca al parroquiano?
RITA. ¿Ella?
CURRA. Yo; a su señoría
de poco acá.
DAMASIO. Calla y vamos.
RITA. ¿No ves qué provocación?
DAMASIO. Vamos: déjalo empezado,
que cuando un hombre se pier-
debe perderse por algo, [da,
y esto no es nada. Compadre,
Damasio López me llamo.
Si usted tiene que mandarme
Vaya a los Desamparados,
que allí le darán razón
de mí cualquiera muchacho;

que en público y entre mozas,
el pollo más ruin es gallo.
Me parece que me explico.
Anda, Rita. Abur, paisanos.
(*Vanse.*)

D. B. ¿Qué te parece?
D. F. Que el hombre
me ha temido, y va temblando.
D. B. Más valiera que pensaras
en la lección que te ha dado
de prudencia.
D. F. Curra mía,
como hay san que te has portado.
CURRA. Una cosa es proceder
la gente, si llega el caso,
como quien es, y otra cosa
es que me hubiera alegrado
de que le hubieran a usted
hecho tortilla los cascos.
Porque, como dijo el otro,
derreniego yo del galgo
que deja de alcanzar una
liebre por seguir a cuatro.
Adiós, señores, que aquí
no es mucho lo que he ganado.
D. F. Hasta luego.
CURRA. O hasta nunca.
D. B. Hacia acá viene don Marcos,
con la niña y doña Petra.
D. F. Ya sé yo que andan buscando
géneros para la boda;
yo pudiera embarazarlos,
mejor es huir del empeño.
D. P. Hay más que hablarles de paso,
por si nos vieron.
D. F. Mejor:
cuanto un novio es más huraño,
le contemplan más.
D. P. Pues yo,
respecto que nada aguardo,
llegaré.
D. B. Yo quiero hablarlas
también.
D. F. Andad, mentecatos,
que eso más perdéis. Abur.
(*Vase.*)
CURRA. Salud ,caballeros.
LOS DOS. Vamos. (*Vanse.*)
CURRA. "¡Ay, cuántos, cuantos (*Canta.*)
han perdido las dichas
por confiados!
Señoras hermosas,
cuenta con las rosas", etc.

(*Salón corto, sillas. Salen* CRIADAS 1.ª *y* 2.ª)

CRIADA 1.ª Antes que vengan las amas,
vaya, recoge los trastos
que dejaron sus mercedes,
ínterin voy yo limpiando
la sala.
CRIADA. 2.ª Conque, en efecto,
¿don Felipe será al cabo
dueño de la señorita?
CRIADA 1.ª No lo creo, porque el amo
piensa mejor.
CRIADA 2.ª ¿Y qué importa,
si porque les hace cuatro
alaracas, madre e hija
le quieren, sin hacer caso
de otros más dignos?
CRIADA 1.ª A fe
que llevarán buen petardo,
porque mayor calavera
no le hay en Madrid.
CRIADA 2.ª Don Pablo
sí que es mozo de talento.
CRIADA 1.ª Pero qué quieres: es cauto,
modesto, humilde, rendido;
y como es tan al contrario
este genio al de mis amas,
bullicioso, alborotado
y hablador, le menosprecian
por el don Felipe, trasto
sólo útil para una farsa
de títeres o un sarao.
CRIADA 2.ª ¿Creerás que a mí, el otro día,
de aquellos dulces que trajo
me dió antes que a las señoras,
y me estuvo requebrando
en el balcón media tarde?
CRIADA 1.ª Si yo me hubiera llevado
de dichos y de finezas,
me ha dado a entender bien claro
que me quiere a mí de balde,
más que a mi ama con cuanto
tiene; pero Dios me dió
este genio tan ingrato,
que como su Majestad
no haga conmigo un milagro,
será imposible que yo
llegue a ponerme en estado.
CRIADA 2.ª No seas gazmoña.
CRIADA 1.ª Bien sabes
que tal cual he despreciado
dos conveniencias.
CRIADA 2.ª ¡Y buenas
ambas a dos! El lacayo
de enfrente y el aprendiz
del sastre del cuarto bajo.
CRIADA 1.ª Es mentira; y, sobre todo,
hasta ahora nadie ha pasado
por esta calle por ti.
CRIADA 2.ª ¿Qué sabes tú? Más de cuatro
quizá.
CRIADA 1.ª Miren la real moza.

CRIADA 2.ª Ya, ya sé yo que a zancajos
y a puerca me ganas tú.
CRIADA 1.ª ¿Qué apuestas que si me enfado
te tiro una silla?
CRIADA 2.ª ¿A que
te tiro yo dos?
LAS DOS. Veamos.
(Se agarran.)

(Sale D. FELIPE *(Garrido))*

D. F. Deidades (del fregadero),
suspenda el furioso brazo
golpes que a mi corazón
turban con solo el amago.
CRIADA 1.ª Pues usted tiene la culpa.
(Riñendo.)
CRIADA 2.ª Si usted no fuera tan falso
con todas... *(Llorando.)*
D. F. Queridas mías,
si yo pudiera explicaros
a cada una de por sí
lo que merecéis
CRIADA 1.ª ¿Llamaron?
D. F. Sí, que yo cerré la puerta
cuando entré.
CRIADA 1.ª Y está el criado
fuera; voy a ver quién es.
(Vase.)
D. F. Mariquita.
CRIADA 2.ª No me hablo
con usté más.
D. F. No seas tonta,
que sólo a ti te idolatro.

(Sale CRIADA 1.ª*)*

CRIADA 1.ª Doña Matilde... ¿Qué es eso?
D. F. Pedirme celos al paso
(Aparte a la CRIADA 1.ª*)*
de ti.
CRIADA 1.ª ¿Y usté qué la ha dicho?
D. F. Que te estoy idolatrando;
toma.

(Sale D.ª MATILDE *(Guzmana))*

D.ª M. ¿Conque las amigas
no están en casa?
CRIADA 1.ª Han llegado
ahí a la calle Mayor;
si usted las aguarda un rato,
no tardarán en venir.
D.ª M. Descansaré mientras tanto.
(Se sienta.)
D. F. Y aunque sea pena vuestra,
(Rendido.)
será mi gloria el cansancio
como feliz medianero
de este venturoso acaso,
de repetiros mis fieles
y constantes holocaustos.
D.ª M. Los conozco, y agradezco.
(Con fisga.)
¡Viva usted más de mil años!
Y yo he sido más feliz
en haberle aquí encontrado.
D. F. Eso es nacer a triunfar.
CRIADA 1.ª Ahí creo que están mis amos.

(Salen D.ª PETRA *(Pereira),* D.ª BERNARDA *(Manuela Guerrero),* D. MARCOS *(Ramos),* D. BERNABÉ *(Coronado),* D. PABLO *y* PAJE.*)*

D.ª M. Sean ustedes bien venidas.
D.ª P. ¡Matilde! ¿Pues qué milagro
es este? ¿Cómo está padre?
D.ª M. A los pies de usted, tan sano,
gracias a Dios.
D.ª B. Siéntate,
ínterin nos desnudamos,
con tu licencia.
D. F. Para esto
de doblar mantillas valgo
yo lo que peso.
D. M. Se estima;
pero tenemos criados
y criadas... Los señores
petimetres, al estrado.
D. F. Yo soy de casa.
D.ª P. Bien dice.
¿Que siempre has de estar, her-
[mano,
de mal humor con el pobre
don Felipe?
D. B. ¿El tío don Marcos
creo que está por usté?
D. P. Sí; pero yo no me amaño
a mujer pobre ni rica,
sin estar acomodado.
D.ª P. ¿Ha tenido usted alguna
noticia de aquello?
D. F. Pablo
pudiera saberlo ya,
que está más desocupado;
pero no ha querido ir
a ver al jefe.
D. P. Con tantos
pretendientes, y más dignos,
¿no fuera yo temerario
en importunar a nadie?
Tú que estás esperanzado
tan justamente...
D. F. No más;
a la hora de ésta ha bajado
la plaza ya en mí. El aviso
quizá me estará esperando
en casa.
D.ª P. Vaya usted a verlo.
D. F. Ahora estoy muy bien sentado.
D.ª B. ¿De cuándo acá? Venga un pol-
[vo.

D. F. ¡Qué delicioso está el barro!
D.ª B. Cierto.
D. M. ¡Que piense mi hermana
dar a este chiquilicuatro
su hija!
D. B. Muy bien la emplea.
D. M. Sobre eso hay que hablar despa-
D.ª P. Don Felipe, mire usted. [cio.

(*Sale el* Criado.)

Criado. ¿Está aquí el señor don Pablo?
D. P. Sí; ¿qué traes? (*Se levanta.*)
Criado. Este papel
que a toda prisa ha enviado
a usté el señor Contador.
D. F. Será a mí.
D. P. Lee, que bien claro
está el sobrescrito.
D.ª P. Vaya,
mujer: ¿qué te trae a honrarnos
hoy?
D.ª M. Dar a ustedes mil quejas,
de que por otros sepamos
la boda de Bernardita,
y traerla mi regalo;
que aunque es ingrata, me acuer-
que conmigo se ha criado. [do
D.ª B. Yo, hija, no tengo la culpa.
D.ª P. Es cierto que está tratado;
pero hasta que se publique
el empleo que le han dado
a don Felipe.
D. B. ¿Qué es eso,
(*A* D. Pablo.)
hombre; te da algún desmayo?
D. M. ¿De qué tiembla usted?
D. P. Señores,
no extrañen mi sobresalto,
cuando sin mérito alguno
ni pretenderlo me hallo
que con la plaza vacante
de mi oficina me ha honrado
el rey.
D. F. ¿A ti?
D.ª M. ¿Cuánto vale?
D. P. Valdrá ochocientos ducados.
D.ª M. ¿Con su montepío y todo?
D. P. Sí, señora.
D.ª M. No era malo
para una doncella honrada.
D. M. Dadme, amigo, mil abrazos.
D.ª P. Pues ha sido una injusticia
(perdonad que hable tan claro)
que don Felipe es más hábil
que usted.
D. B. En pegar petardos,
alborotar las muchachas
y en aderezar tabacos.
D.ª B. ¿Qué sabe usted de eso?
D.ª P. A bien
que no desluce este acaso
sus méritos, y mi hija
tiene un lindo mayorazgo.
D. M. ¿Para el señor?
D.ª P. Sí, señor;
que basta que yo haya dado
mi palabra.
D. M. ¿Y otras veinte
(*Burlándose.*)
que tienen ya de antemano
la del señor, qué dirán?
D.ª M. ¿Yo, nada: tan al contrario,
que como tu buena amiga
lo primero te regalo,
renunciando mi derecho,
sus papeles, su retrato
y sus versos, que por fuerza
me embocó por los criados
y criadas, hasta que
me precisó su descaro
a darle cuenta a mi padre,
que le dió muy buenos palos.
D. F. ¿A mí?
D.ª M. Al señor don Felipe.
D. P. De que seas mi paisano
me afrento.
D. M. ¿Dónde no hay
hijos de vecinos malos?
Y más donde hay tantos padres
como en Madrid, descuidados,
que malogran los auxilios
del agudo ingenio, el trato
civil, escuelas y ejemplos,
que a todos está brindando
a la educación más propia
y premios proporcionados
que sólo en Madrid se encuen-
Usted tuvo un padre sabio, [tran.
le crió bien y es feliz;
el de estotro fué más vano
que celoso; le crió
sin freno y afeminado,
y es despreciable; conque
no es la que hace desgraciados
la patria, sino los padres
necios o los hijos malos,
que a la vista del honor,
las virtudes y el aplauso.
en los senos del oprobio
se arrojan precipitados.
D. F. ¿Oyes? Págale al señor
por el sermón dos ducados,
con tal de que calle.
D. M. Hermana,
¿qué es eso? ¿Qué estás pen-
[sando?

D.ª P. En que hay muchas damas locas
(yo la primera): con cuatro
lisonjas dichas a tiempo,
una flor, un par de saltos,
noticias de lo que pasa
entre Fulana y Fulano,
y las modas que han salido
últimas, nos embobamos,
y a cualquiera chuchumeco
le conferimos el grado
de doctor.
D. B. Y ellos se suelen
tomar el de licenciados
in utroque.
D. M. Pues a bien
que a tiempo estás de enmendar-
D.ª P. Eso yo te lo prometo. [lo.
(Se levantan.)
D. F. Y a todo esto, ¿en qué queda-
usted y yo, señorita? [mos
Que éstos están delirando.
D.ª B. En que vaya usté a decir
por Madrid, que le he enviado
enhoramala, y no vuelva
con la respuesta.
D. F. ¡Que al caso
viene aquí lo de Moreto!
"Me hacéis un favor tamaño:
guarde Dios a vuestra alteza;
y se la dejó rabiando."
(Vase.)
D.ª P. No he visto tal botarate
D.ª M. Me alegro del desengaño.
D. M. Don Pablo, luego hablaremos
de otro asunto.
D. P. Soy criado
de esta casa.
D.ª P. Y también dueño,
siempre que no haya reparo
en la niña.
D.ª B. ¿Cuándo yo
a la obediencia he faltado,
y más en estos asuntos?
CRIADA 1.ª Este siquiera es buen amo,
y no el otro cascabel.
D.ª P. ¿Conque a ti te gusta?
CRIADA 1.ª Tanto,
que con música y tonadas
se ha de celebrar el chasco
del otro necio.
D. M. Y aquí,
la idea finalizando,
será dichosa si sirve
de ejemplar a más de cuatro.

157

La maja majada

Sainete para la compañía de Rivera

1774 (1)

"Nadie trata a los tunos
como las Majas,
que tan pronto los quieren
como los plantan.
Y ellos a ellas,
que tan pronto las toman
como las dejan.
¡Qué viles tratos!
Para cariños firmes,
los cortesanos."

PERSONAS

COLASA, *maja de rumbo*	Polonia Rochel.
PATRICIO, *su majo*	Cristóbal Soriano.
BLAS, *su marido*	José Martínez Huerta
MENEGILDO *(majo de)*	Tadeo Palomino.
BASTIANA, *otra maja*	Mariana Alcázar.
D.ª PETRA, *su hermana*	Catalina Tordesillas.
PEPA, *vecina de* COLASA	Lorenza Santisteban.
D. SATURIO, *vizcaíno*	Chinita.
D. MAURICIO, *petimetre*	Vicente Merino.
Alcalde de barrio	

La escena se supone en Madrid.

(Casa pobre, donde se ve a COLASA, *de maja, partiendo cascajo a una mesa, y encima una cesta de frutas, cajas de turrón, un almirez, etc., y canta.)*

MÚSICA

"Quien no vive en la calle
de la Paloma,
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes."

(Sale BLAS.)

BLAS. Muy buenas noches, mujer.
COLASA. Marido, tales las tengas.
BLAS. ¿Es hora de que cenemos
ya?
COLASA. ¿Hombre, tienes conciencia?
¿Conoces algún cristiano
que cene en la Nochebuena?
BLAS. Todos.
COLASA. Harán colación.
BLAS. Lo mesmo es.
COLASA. ¿Y tú la hicieras
si ayunaras?

(1) Tomo III de la colección del autor; reimpreso en Valencia por Estevan en 1816, y después por Durán. Se estrenó en Diciembre de 1774.

BLAS. ¿Qué, no ayuno?
Mejor que tú.
COLASA. ¡Buena es esa,
y almorzaste un cuarterón
de queso y una libreta!
BLAS. Eso fué por la mañana,
y lo que dicen las letras
del calendario es *vegilia*
por la noche.
COLASA. Pues haz cuenta
que ayunas, y acuéstate
sin cenar.
BLAS. ¡Qué brava cesta
de frutas!
COLASA. Para ti estaba
aquí: mira si la dejas,
o te abro con el martillo
en la frente una tronera
por donde salgan a misa
del gallo las tres potencias.
BLAS. En no estando don Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.
COLASA. Calla, Blas.
BLAS. Digo bien, sí.
COLASA. ¿Cuánto apuestas
a que te sacudo?
BLAS. ¡Dale!
¿No callo ya?
COLASA. ¡Blas!...
BLAS. ¡Paciencia!
COLASA. Mientras yo parto el cascajo,
machaca tú esas especias.
(*Blas obedece.*)
"Toma castañas, (*Canta.*)
verás qué gusto tienen
a resaladas."

(*Sale* PEPA.)

PEPA. Vecinita, buenas noches.
COLASA. Qué tarde que vienes, Pepa.
PEPA. ¡Qué quiés! Cada una en su ca-
tiene tal noche como esta [sa
que hacer su poco o su mucho.
COLASA. ¿A qué viene esa fachenda,
si eres como el caracol
y sales a cenar fuera
de casa?
BLAS. ¿Vienes acá?
PEPA. Sí, señor.
BLAS. Señal que hay cena.
PEPA. ¿Quieres que te ayude?
COLASA. Sí;
ve partiendo nueces, mientras
yo mondo.
BLAS. Machaca tú,
yo mondaré.
COLASA. ¡Blas!...
BLAS. ¡Paciencia!
PEPA. ¿Y Patricio?
COLASA. ¿Qué se yo?
Si en dando las seis y media
no ha parecido, a las siete
ya estoy yo de centinela
a la puerta de la calle,
y la pregunta primera
no se la haré yo.
PEPA. ¿Pues quién?
COLASA. Esta manita derecha,
con un sopapo tan limpio,
que antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el aire que he de hacerlas.
BLAS. Así él te diera otro igual,
y con eso me comiera
yo solo el turrón.
PEPA. No discurro yo que venga
tan pronto. (*Con fisga.*)
COLASA. ¿Por qué?
PEPA. Por nada.
COLASA. Eso de por nada, deja:
vamos, *gomita;* que cuando
los mudos hablan, licencia
tienen de Dios, como dijo
el otro.
PEPA. ¡Mujer!, que seas
asina. Si ha sido gana
de hablar.
COLASA. Pues ya que comienzas,
prosigue y dímelo todo:
¡maldita sea tu lengua!
PEPA. La tuya: y mira cómo hablas,
Nicolasa.
COLASA. Más valiera
que tú lo miraras antes.
PEPA. ¿Pues yo qué te he dicho?
COLASA. Pepa,
dime adónde está ese hombre.
PEPA. Si no es más que una sospecha.
COLASA. Pues cuéntamela.
PEPA. No quiero
que te dé la ventolera,
y que digan que yo he sido
ocasión de una pendencia.
COLASA. ¿Y qué te parece a ti,
que si callas no ha de haberla?
PEPA. ¿Con quién?
COLASA. Contigo; porque
si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
encima de tu conciencia
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.
PEPA. ¡Anda fuera, bolatina!
COLASA. ¿Lo quieres ver?
PEPA. Ten prudencia,

y *arrepara* que no es justo
el que por nosotros pierda
la calle de la Paloma
la opinión de su grandeza,
y del juicio y la quietud
de cuantos viven en ella.

BLAS. Dice bien la Pepa: basta
que viva yo.

COLASA. Calla, bestia, (*A* BLAS.)
y dime de bien a bien
lo que hay. (*A* PEPA.)

PEPA. Una friolera.
Que esta mañana encontró
don Patricio, en las fruteras
de la plaza, a la Bastiana...

COLASA. ¿Y la habló? (*Viva.*)

PEPA. Anduvo con ella
un rato, y la regaló,
según dicen malas lenguas,
un pavo de peso gordo
y dos cajas de jalea;
conque como no ha venido
todavía, y sé que hay fiesta
en casa de la otra, puede
que busque dos Nochebuenas

COLASA. No tendrán sino una y mala
entrambos, como yo pueda.
Blas, ponte presto la capa
y ven conmigo. (*Coge la mantilla.*)

BLAS. ¿Qué idea
te ha dado?

COLASA. Ponte la capa,
y no chistes ni te metas
en más.

BLAS. ¿Pero adónde vamos?

COLASA. ¡A los infiernos!

PEPA. ¡Que tengas
ese genio!

COLASA. No tengo otro.
Ten cuidado de la puerta (*A* PEPA.)
y de esas cuatro ensaladas,
que presto daré la vuelta:
si viene gente, que espere.
Si por desgracia le encuentra
mi furor con la Bastiana,
y ella sale a la defensa,
del primero puntapié
la hago subir tantas leguas,
que cuando baje ya estemos
a mediado de Cuaresma. (*Vase.*)

PEPA. ¡Mujer, no seas tan loca!

BLAS. El diablo que la detenga. (*Vase.*)

(*Mutación de sala, donde están bailando y cantando* BASTIANA, *de maja;* DOÑA PETRA, *de escofieta;* D. MAURICIO, D. SATURIO, *etc., y luego sale* MENEGILDO, *oficial menestral, borracho.*)

CANTA

"Un majo idolatro,
porque las majas
corresponden con todas
sus circunstancias.
Y en las usías
son las correspondencias
falsas o tibias."

BASTIANA Bailar y cantar a un tiempo
no hay gargantas que lo puedan
aguantar.

D. M. También se lucen
a un tiempo voces y piernas.

D.ª P. El bailar sin instrumentos,
parece bailar a secas.

D. S. ¡Diablos, cantoras, mal bailas
guitarras cuando no suenas!

D. M. ¿No te he dicho ya que calles,
primo, hasta que hables y entiendas
el castellano?

D. S. Castillas
tiene demonios en lenguas
y ángeles en caras mozas,
que vuelven almas mantecas.

BASTIANA. Parece que al vizcaíno
las muchachas de esta tierra
no le desagradan.

D. S. ¡Diablos
que tienes almas traviesas!

D. M. Pues ya te he dicho que no
tienes que llegar a ésta; (*Por* D.ª PETRA.)
echa por otro camino,
e ingéniate como puedas.

D. S. Para caminos, ingenios
sobran si faltan pesetas

D.ª P. ¡Lo que tarda tu marido!

BASTIANA. Quizá estará en la taberna
esta noche hasta las doce.

D.ª P. ¡Y que tú se lo consientas,
hermana!

BASTIANA. ¡Qué tonta eres!
Es cucaña manifiesta
tener marido borracho;
pues aunque haga lo que quiera
una mujer, entre y salga,
no chista, y cuando se queja
no le cree ninguno, y todos
la compadecen a ella.

D.ª P. Yo me avergüenzo

D. M. Por cierto
que son ustedes diversas
en el modo de pensar,
de hablar y aun en la apariencia;
pues usted es toda filis,
y su hermana ordinariezas.
(*Sale* MENEGILDO, *turbado.*)

MENEG. Por siempre sea alabada

la Divina providencia.
BASTIANA. ¿Eh? Ya viene como suele.
¡Dios te la depare buena!
D. M. Muy buenas noches, señor
Hermenegildo.
MENEG. La media
en punto. ¡Chis! *Tibi Christi*
(*Estornuda.*)
qui fecit Ingalaterram.
D. S. Paisanos, ¿no miras patas
donde pones, que revientas?
(*Le ha pisado* MENEGILDO.)
MENEG. ¿Qué hacen usted a escuras?
También es buena simpleza
habiendo luz. ¿Sebastiana?
¿Y las despabiladeras?
BASTIANA. A la vista están.
MENEG. ¡Chitito,
y poquitas desvergüenzas;
que en hablando yo formal,
no hay que volver a la cuenta!
BASTIANA. Cuidado lo que haces.
MENEG. Mientes.
(*Espabilando, sin atinar*).
¡Vaya! ¡Otra! Estate quieta.
¡Hola! Parece que quiere
burlarse de mí la vela:
pues juguemos limpios. (*Dale.*)
¿A mí te vienes con esas?
¡Toma!
(*Da un sopapo a la luz y la apaga.*)
BASTIANA. ¿Qué has hecho, borracho?
MENEG. Lo que cualquier hombre hicie-
[ra:
mirar por tu honra y la mía.
D. M. Aquí está: voy a encenderla.
(*Cógela, y vase.*)
MENEG. Parece que aún es de noche,
mujer.
BASTIANA. ¿Por qué no te acuestas?
MENEG. Luego: aguárdate un poquito
a que repose la cena.
BASTIANA. Siéntate.
MENEG. Bien; pero calla,
que voy a rezar completas.
(*Vuelve con la luz.*)
D. M. Estará usted divertida
con este hombre.
D.ª P. No viviera
con él, aunque mil doblones
tuviese al año de renta.
BASTIANA. Pues yo vivo muy gustosa...
Pero han llamado a la puerta.
MENEG. ¿Oyes? Bastiana: si vienen
a saber de la taberna
qué es lo que yo debo, diles
que apunten azumbre y media,
que una cosa es el dinero
y otra cosa es la conciencia.
BASTIANA. ¿Quién es a estas horas?

(*Salen* COLASA *y* BLAS.)
COLASA. Yo.
BASTIANA. ¿Qué buena noticia es esta?
¿Colasa, tú por acá,
a esta hora, en Nochebuena?
COLASA. No vengo a cenar, no tienes
que asustarte.
BASTIANA. Aunque vinieras,
creo que no faltaría.
COLASA. Ya lo huelo: en casa llena
presto se guisa el potaje.
BASTIANA. Siéntate.
COLASA. Vengo de priesa.
BASTIANA. ¿Y qué tienes que mandar?
COLASA. ¿Reñiremos?
BASTIANA. Como quieras.
COLASA. Más vale que no.
BASTIANA. Más vale.
COLASA. Pues si quieres que fenezca,
como dicen, la visita
en paz y concordia: suelta
al punto el pavo cebado
y las cajas de jalea
que has estafado a Patricio.
BASTIANA. Colasa, ¡qué desatenta
y provocativa eres!
D.ª P. ¡Se dará tal desvergüenza!
COLASA. A usted no la dan golilla,
señora doña Escofieta,
para este entierro.
BLAS. Bien dicho.
BASTIANA. Colasa, ¿vienes de veras
por esos chismes?
COLASA. Andando.
BASTIANA. Pues tiene mucha manteca
el pavo en la rabadilla
para que yo te le ceda.
COLASA. Vengan el pavo y las cajas.
BASTIANA. ¿Las cajas? Vuelve por ellas:
en comiéndome yo el duz,
te daré las tapaderas.
COLASA. Mira que ya se me van
poniendo azules las venas.
BASTIANA. Señal de sofocación:
di que te echen sanguijuelas
mientras me como yo el pavo;
que, a Dios gracias, estoy bue-
[na.
COLASA. ¿Te burlas de mí?
D.ª P. Hace bien,
y es una gran insolencia
el venir a provocarla.
D. M. Usté en eso no se meta,
doña Petronila.
COLASA. ¡Arroz!
Mi señora doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de Muñuelera
en las Vistillas; recoja

usté ese Don que le cuelga,
porque está mal hilvanado.

BASTIANA. Para esto ya no hay paciencia.

COLASA. ¿Y qué harás tú?

BASTIANA. ¿Qué haré? ¡Toma!
(*Zurra.*)

COLASA. Vuelvo, y a ver por quién que-
[da.

MENEG. Poco a poco, que hay delante
gente de forma.

BLAS. ¡Qué terca
es esta mujer! La dije
cien veces que no viniera.

COLASA. ¡Que no traiga yo el rejón!
(*Sale* PATRICIO.)

PATRICIO. Tengan ustedes muy buenas...
¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves
(*A* COLASA.)
a salir sin mi licencia
a estas horas de tu casa?

BLAS. Me alegro; para que vea
que cuando yo hablo, algo digo.

PATRICIO. Parece que no escarmientas;
pues escarmentarás. Vamos
dejando esta gente quieta:
arrecoge la mantilla,
y a casa.

COLASA. ¿Yo a casa? Deja.
Mientras no me lleve el pavo
y las cajas de jalea
que le has dado a esa golosa,
no me he de ir, aunque me mue-

PATRICIO. Te digo que vamos. [ra.

COLASA. Ya
digo que no quiero.

PATRICIO. Ea:
haz lo que mando, y no demos
que decir en casa ajena.

COLASA. Si no me he de ir.

PATRICIO. Señor Blas,
oblíguela usted a que venga.
como marido.

BLAS. ¿Yo? ¡Es cierto
que el empeño la hará fuerza!

COLASA. Si no he de ir.

PATRICIO. Irás.

COLASA. No iré.

PATRICIO. Pues irás de esta manera.
(*Cógela del brazo.*)

COLASA. ¡Ay, ay, ay!

MENEG. ¡Poquita bulla,
que me duele la cabeza!

COLASA. ¡Pícaro, falso: por ti
me veo yo en esta afrenta!
Pero me la he de comer.
(*Suéltase, y vuelve.*)

BASTIANA. Veremos.
(*Sale el* ALCALDE.)

ALCALDE. ¿Qué bulla es esta?
La Justicia.

D.ª P. ¡La Justicia!
¡Ay de mí! ¡Que se me altera
el corazón! ¡Ya la vista
se desvanece y flaquea
la máquina! ¡Yo desmayo!
(*Se desmaya de rodillas.*)

D. M. Saturio, trae agua fresca.

D. S. Aguas, no sabe cocinas,
(*Aturdido.*)
tinajas donde están puestas.

ALCALDE. ¿Qué es esto?

PATRICIO. Señor alcalde,
ha sido una friolera.

ALCALDE. Alguna causa ha de haber
donde hay voces y pendencia,
y yo quiero averiguarla.
Nadie hable palabra, mientras
yo pregunto a cada uno
de por sí. ¿Quién es la dueña
de la casa?

BASTIANA. Yo.

ALCALDE. ¿Y el dueño?

COLASA. Este caballero.

ALCALDE. Venga
usted acá: ¿parece que
tiemblan un poco las piernas?

MENEG. El sereno de la noche...

ALCALDE. ¡Ya! ¿Qué bulla ha sido esta?

MENEG. ¿Cuál?

ALCALDE. La que ustedes tenían.

MENEG. Si no hay en casa vihuela,
¿cómo ha de haber baile? ¡Va-
que toda esta gente sueña! [ya,

ALCALDE. ¡Qué bueno estás tú! Mocito,
¿quién es usted?

D. S. ¿Yo? De Menas
real Valles nacer Saturios
Giles, Guarricochitenas;
antiguos nobles Adanes,
solares mucho más que Evas.

ALCALDE. ¡Brava clase de testigos
son los que se me presentan!
Caballerito...

D. M. Señor,
hasta que esta dama vuelva
en toda su luz, están
en ocaso mis potencias.

ALCALDE. ¡También es bueno!

MENEG. De modo,
que el hombre que no se alegra
hoy, no es hombre para nada.
¿Se hace usted cargo?

ALCALDE. ¡Qué buena
está tu alma! ¿Usté quién es?
(*A* BLAS.)

BLAS. Yo soy el marido de ésta.

ALCALDE. ¿Y usted, señor guapo?
(*A* PATRICIO.)

PATRICIO. Yo,
señor alcalde, un cualquiera.
ALCALDE. ¿Y a qué se viene aquí?
PATRICIO. A dar
a esa mocita una felpa,
porque sale de su casa
sin pedirme a mí licencia.
ALCALDE. ¿Y usté qué dice a esto?
(*A* BLAS.)
BLAS. ¿Yo?
Allá los dos se lo avengan.
¿No se lo dije yo antes
de salir que no saliera?
ALCALDE. ¿Qué, no manda usté en su ca-
BLAS. Señor alcalde, aunque sea [sa?
descortesía: ¿y usted,
si es casado, manda en ella?
ALCALDE. Sí, señor; y mi mujer,
en viéndome, es la primera
que se pone a temblar, sin
que nadie a chistar se atreva
hasta que yo doy la orden.
BLAS. Será la señora vieja.
ALCALDE. No es sino moza y bonita.
BLAS. ¿Muchacha, bonita, tiembla
en entrando su marido,
y en todo vive sujeta
a su mercé, en este siglo?
¡Vaya, que usté se chancea!
Ningún casado es posible
que trague esa berenjena.
ALCALDE. ¿Por qué?
BLAS. Porque cada uno
echa plantas por defuera
de su casa, y dentro hace
lo que quiere la parienta.
MENEG. Pues cuando lo dice Blas,
punto redondo.
D. M. Ya alienta
esta señora.
D.ª P. ¡Ay, Jesús!
COLASA. ¿Con tantas preguntas hechas,
qué ha sacado usted en limpio?
ALCALDE. Que esto es una borrachera;
y que si no se separan
todos, haré yo que venga
quien los separe.
MENEG. Bien hecho.
PATRICIO. De suerte es y de manera,
señor alcalde, que a mí
no me agrada esa sentencia.
ALCALDE. ¿Por qué?
PATRICIO. Porque usté no sabe
la causa de la contienda.
ALCALDE. No por cierto.
PATRICIO. Pues ha sido
por dos cajas de jalea
y un pavo que he regalado
esta mañana yo a ésta.
De esto se ha picado estotra,
y quiere que se lo vuelva,
porque está en la actualidad
de que yo la favorezca;
conque *dividatur linfas,*
o júntense las meriendas,
y unánimes y conformes
celebren la Nochebuena,
las Pascuas, y si quisieren
también las Carnestolendas;
que yo me río de todas
(y de las dos las primeras)
y me voy, con su permiso,
a otra parte con la orquesta.
Colasa, salud, y Dios
te dé lo que te convenga.
Don Blas, aplicar el hombro,
que esto se acabó: paciencia.
(*Vase.*)
COLASA. ¡Que esto me suceda a mí!
BLAS. ¡Mujer, has quedado fresca!
BASTIANA. Animo, amiga Colasa:
que una cosa es la quimera
y otra es la paz; por fin basta
que seas mujer, y te deja
un pícaro, para que
las mujeres de honra sean
de su parte.
COLASA. Antes que otro
vuelva a escuchar de mí...
BASTIANA. Deja
los juramentos, y vamos
a que, si nos da licencia
el señor alcalde, todo
en diversión se convierta.
ALCALDE. Como sea con quietud,
muy bien.
MENEG. Toda es gente quieta,
y basta que yo lo diga.
ALCALDE. ¡Qué valiente gentezuela!
¡Cuánto para dirigirla
es menester conocerla,
y las ridículas causas
de sus chismes y quimeras!
Adiós. (*Vase.*)
TODOS. Señor, muchas gracias.
BASTIANA. ¿Todavía estás suspensa,
Colasa?
COLASA. No estoy pensando
en eso.
BASTIANA. ¿Pues en qué piensas?
COLASA. Solamente en acordarme
de una tonadilla buena,
porque con ella se dé
más regocijo a la fiesta,
y que se ahorquen los hombres,
sabiendo que si nos dejan

alguna vez, los dejamos
nosotras a ellos cuarenta.
BASTIANA Y que no es mentira. Blas,
ves a traer a la Pepa
a hacer colación. En tanto,
(*A* COLASA.)
canta la tonada buena
que has ofrecido.
COLASA. No quiero
que digan que me lo ruegan
dempués de malo. Allá va,
y si no gusta, paciencia.
(*Con la tonadilla cancluye este intermedio.*)

158

El marido sofocado

Tragedia burlesca en un acto

1774 (1)

"Pretendientes a dotes y hermosura,
sin ricos patrimonios o salarios,
prefiriendo el capricho a las virtudes,
contemplad esta imagen por un rato."

PERSONAS

Dª LUCRECIA, *petimetra.*
D. JUAN BUENO, *su marida.*
D. ZOILO, *abogada, su amigo.*
UNA CRIADA.
PAQUITO, *paje.*
Comparsa de maridas.
Camparsa de cortejos.

La escena es en Madrid

(*El teatro representa sala bien amueblada de una casa particular de Madrid.*)

ESCENA I

DON JUAN *y* PAQUITO

D. J. Dime, Paquito, aquí que nadie escu-
[cha:
¿Dónde caminan tus veloces pasos?
PAQ. Voy a varios recados de mi ama,
de los cuales ninguno es reservado,
para después acompañarla a misa.
D. J. Y entre tanto, ¿qué hace?
PAQ. Está rezando
sus devociones, riñe a las doncellas
y le da chocolate al papagayo.
D. J. ¡Lo que hace ser mujeres para todo!
Y dime, niño, así Dios te haga santo.
¿Hay alguna visita proyectada?
¿Hay algún embeleco nuevo y caro
que comprar? ¿Hay alguna romería
que nos aumente el insufrible gasto?
PAQ. Vos que sabéis su genio impenetra-
[ble,
su despotismo y seriedad, me es-
[panto
que preguntéis así; ¿pues cómo pue-
[de
saber un paje lo que ignora un amo?
D. J. ¡Cuántas cosas ignoran los maridos
que saben los vecinos y criados!
PAQ. No donde es la señora tan honesta
como mi ama.
D. J. ¿Y dónde vas, al caso?
PAQ. A la calle Mayor, por unos broches
y un abanico que dejó ajustados
anteayer.
D. J. ¿Y por qué gastó saliva
en ajustar, si no hemos de pagarlo?
PAQ. Sólo sé que me toca obedecerla:
tomar un aposento acomodado
para ver la comedia de esta tarde,
y al zapatero prevenir de paso
la haga para el surtido de este in-
[vierno
diez docenas de pares de zapatos
de castor, terciopelo y rasoliso.
(*Vase.*)

ESCENA II

D. JUAN *y* D. ZOILO, *y luego la* CRIADA

D. J. Gran numen tutelar de los casados:
tú que influyes en unos la paciencia
y en otros las industrias, a ti clamo;
pues sin éstas o aquélla, no es posi-
[ble
salir a la orilla de tan hondo charco.
D. Z. Don Juan, ¡héroe feliz de nuestro
[siglo!
Varón fuerte, varón en cuyo aplauso
ocuparse debieran muchas famas,
a no ser en Madrid los héroes tan-
[tos.
D. J. ¿Yo héroe? ¿Yo varón, don Zoilo
[amigo?
No sino el más débil renacuajo
de la tierra, el mortal más infelice
que vieron en su especie los huma-
[nos.
D. Z. ¿Vos infeliz? ¿Vos débil? ¡Ah, qué
[propio
es de los Escipiones y Alejandros
la modestia y desprecio de sí mis-
[mos!
¿Vos infeliz, don Juan, siendo casa-
[do
con una dama tan gallarda moza,

(1) Tomo III de la colección del autor. Reimpreso muchas veces en Madrid, Valencia y Cádiz y por Durán. Se estrenó en Septiembre de 1774 por la compañía de Eusebio Rivera.

de tanto rumbo y tales ringos ran-
[gos;
dama de tal talento y tanto gusto,
que a quemarse el archivo de los
[diablos
nos pudiera formar código nuevo
de tocador, visitas y saraos? [casa,
¿Vos débil, siendo Atlante de esta
en cuyos ricos muebles brilla el faus-
[to,
en cuyas mesas reina la abundancia
y en cuyos trajes ve recopilados
la admiración, el arte y los ingenios
de los propios artífices y extraños?
¡Vos débil, y hacéis más con seis mil
[reales,
que hacen otros con treinta mil du-
esto sin cirineo que os ayude [cados;
ni otro auxilio que pueda deshonra-
[ros!
¿De qué ingenioso y esforzado grie-
de qué glorioso capitán romano [go,
nos cuentan las historias tal hazaña?
Nos dirán cuántos reinos conquista-
[ron,
lo que extender pudieron sus domi-
[nios,
cuántos reyes uncieron a los carros
de sus triunfos, su brío y su constan-
[cia,
igual en los desaires y el aplauso
de la fortuna; pero no refieren
héroes iguales a los que alcanzamos.
¡Feliz tiempo! Sin duda que los dio-
para nuestras edades reservaron [ses
lo más de su poder, y a los maridos
les dieron facultad de hacer milagros.

D. J. ¡Ah semblante del hombre, Mongi-
[belo
que oculta en lo florido lo abrasado!

D. Z. ¿Qué es esto? ¿Suspiráis? ¿Bajáis
[los ojos?
¿Y sin darme respuesta alzáis los
¿Tenéis motivos de pesar? [brazos?

D. J. Muy graves.

D. Z. ¿Por qué no los decís?

D. J. Porque los callo.

D. Z. ¿Tiene, acaso, remedio?

D. J. Con la muerte,
que es el doctor de los desesperados.

D. Z. ¿No sois noble, don Juan?

D. J. Nací en Vizcaya.

D. Z. ¿No sois docto?

D. J. En Osuna me graduaron.

D. Z. ¿No tenéis quien os sirva?

D. J. De tormento.

D. Z. ¿Tiene honor vuestra esposa?

D. J. Demasiado.

D. Z. ¿No es linda como el sol?

D. J. Bien lo sabe ella.

D. Z. ¿No os trajo una dote?

D. J. Se ha gastado.

D. Z. ¿Y qué tenéis al fin?

D. J. Lo que no tengo:
que son dinero, crédito y descanso.

D. Z. ¿En qué pende?

D. J. ¡Ay, amigo de mi vida!
El sol en el estío no es más claro
que el honor de mi esposa, noble y
[bella;
pero es mujer, y una mujer que ha
[dado
en el capricho de lucir más que
[otras;
una mujer del genio más amargo
en su casa y más dulce fuera de ella;
una mujer que, al fin, ha dominado
a su marido, y siempre le habla gor-
[do
porque le ve de todos modos flaco.

D. Z. Si fuera mi mujer...

D. J. Yo me alegrara.

(*Sale la* Criada, *seria.*)

Cri. Mi ama del tocador se ha levantado
más hermosa que suele, y con deseos
de venir a poneros como un trapo
y daros un mal día.

D. J. Dila que entre,
que yo se lo permito.

Cri. Voy volando.

(*Vase.*)

D. Z. ¿Don Juan, qué hacéis?

D. J. Lo que cualquier cautivo
en los grillos del dueño más tirano:
que es tolerar con paz las sinrazones
por evitar suplicios más infaustos.

D. Z. ¿De una mujer tembláis, y mujer
[propia?

D. J. Las dos son causas del mayor tama-
que si como mujer es enemigo, [ño;
es por ser propia mi mayor contra-
[rio.

ESCENA III

Doña Lucrecia, *y los dichos*

D.ª L. Esta mañana, en que la inadverten-
[cia
de las criadas dió lugar a un gato
para entrar en la alcoba a despertar-
[me
y me vestí dos horas más temprano,
me ha parecido propia para quejas.
que a costa del dolor ocultó el labio.
Solo os buscaba, pero poco importa,
señor don Juan, que os halle acom-
[pañado,
porque así mi razón tendrá un tes-
[tigo

que os convenza si fuere necesario.
D. Z. ¿Qué nuevo estilo es este, mi señora
doña Lucrecia?
D.ª L. Es tiempo de hablar claro
y con resolución.
D. J. Pues si yo empiezo...
D.ª L. En acabando yo de hacer los cargos
podéis hablar, que en el señor don [Zoilo
tenemos medio juez siendo abogado.
D. Z. Y aun juez entero, porque no me [vencen
interés ni hermosura.
D.ª L. Acomodaos,
que no seré molesta, pues justicia (*Siéntanse.*)
clara no necesita informes largos.
Yo me casé con vos de mala gana;
porque si las figuras comparamos,
es la desigualdad tan manifiesta
como en las codornices y los grajos.
Pero al fin me casé, por ceremonia:
traje de dote quince mil ducados,
y con mis gracias y mis habilidades
un tesoro que monta otros dos tantos.
Entre celebridades, parabienes,
galas, joyas, convites y aparatos
pasé con gusto los primeros meses;
estuve indiferente por dos años,
con displicencia toleré el tercero
y por desesperarme estuve al cuarto.
D. J. Ahora correspondía que se ahorcara (*Aparte.*)
al quinto, si yo fuera afortunado.
D.ª L. Se gastó mi dinero alegremente,
la mitad de las galas ya son trapos
y la otra mitad no son de moda,
los bailes y visitas se acabaron.
D. J. Si se acabó el dinero. (*Aparte.*)
D.ª L. Yo carezco
de las fiestas de toros, de los baños
y de la libertad de los lugares
los dos primeros meses del verano,
con otras diversiones inocentes [do.
que le da a su mujer cualquier casa-
Estas prudentes reflexiones, estos
desaires a una dama de mi garbo,
me han hecho reparar en el marido
que le cupo a mi suerte; al contem- [plarlo
dueño absoluto mío, pobre y feo;
al contemplar perpetuo nuestro lazo;
al verle a media luz en bata y gorro
y que nunca se muere aunque está [malo,
la bella tez del rostro se me eclipsa,
mi viveza fallece entre desmayos,
y, por fin, me sofoca la vergüenza
de que dama de méritos tan altos
sepa el mundo que pudo haber tenido
pensamientos tan necios y tan bajos.
D. J. Señora, a tan heroicas desvergüen-
es preciso... [zas
D.ª L. Callad, que ahora empezamos.
En esta confusión, en este aprieto
pasé noches y días meditando
medio que no se oponga a mis vir- [tudes:
un medio que en el público teatro
exenta me mantenga y respetable,
sin que decaiga un punto de mi faus-
pero ya me cansé de discurrirle, [to;
y tampoco soy yo quien debe hallarlo.
Usted que de marido de una dama
noble y rica tomó el dichoso cargo;
usted que tuvo ideas tan altivas,
con mala facha y poco mayorazgo,
y, finalmente, usted que es cabecilla
de cuerpo tan gracioso y tan gallar- [do,
es el que debe sostener sus miembros
en el vigor con que se lo entregaron.
Me resolví a decirlo, y ya lo dije:
tres horas doy a usted para pensarlo.
El caso es duro, pero son más duras
las resultas que habrá de lo contrario.
D. J. ¿Qué puede sucederme?
D. Z. Muchas cosas:
lo mejor es echar por el atajo.
Señora, de la ley y la prudencia
hacemos profesión los abogados
y los jueces; y yo, valido de ambas,
hoy he de ver si es fácil acordaros
cediendo cada uno.
D.ª L. Yo no cedo.
D. Z. Pero dejadme hablar.
D.ª L. Será excusado.
El me ha de mantener en mis dere- [chos
de rica y de señora, o le declaro
la guerra a sangre y fuego.
D. Z. ¿Con qué auxilios?
D.ª L. Con los que ofrece el siglo, que son [varios
y todos espantosos y terribles.
D. Z. ¿Y cuáles son?
D.ª L. Sabreislo de aquí a un rato,
si pasadas las treguas, mi enemigo
no se rinde a partido; y entre tanto,
sabed que no he nacido musulmana
para sufrir las leyes de un tirano
dueño absoluto, siempre contenida
con las fuertes murallas de un serra- [llo.

Nací a ver y ser vista entre los hom-
[bres
de Europa más galanes y bizarros,
y aunque el cortejo tuve siempre a
[menos,
el diablo hace lo más en tales casos.
(Vase.)

ESCENA IV

D. JUAN *y* D. ZOILO

D. J. Esta es mujer, amigo, y mujer pro-
[pia.
D. Z. Pues si es propia, ¿por qué no ha-
[céis un sayo
de ella, como podéis de vuestra capa?
D. J. ¡Qué guerra que me espera, cielo
[santo!
D. Z. Pues amigo, buen ánimo y a ella,
y no os acobardéis en todo caso.
D. J. No tengo gente ni armas de moneda.
D. Z. Con moneda no puedo yo ayudaros,
mas puedo con amigos y consejos.
Un rato me aguardad y al punto os
[traigo,
para vuestra defensa, un abundante
escuadrón de maridos veteranos,
que de la disciplina y ordenanzas
matrimoniales puedan informaros;
ellos os mostrarán cuándo convienen
las retiradas, cuándo los asaltos,
y cómo han de pactar los prisioneros
con enemigos más afortunados.

ESCENA V

D. JUAN *y la* CRIADA

D. J. Pretendientes de bodas ventajosas,
que emprendéis con caudal de chicha
[y nabo
y sin meditación esta carrera,
contemplad un poquito este retablo.
(Sale la CRIADA.)
CRI. Señor, que la enviéis dice mi ama
un doblón de a ocho.
D. J. No tengo trocado.
CRI. Y yo os digo que ya las prevenciones
de todas las dispensas se acabaron;
que próvida mi ama ha dado el orden
de que al instante traingan cuatro
[carros
de carbón.
D. J. Si tuviera las orejas
como las mías, no encargara tanto.
CRI. Que llegan esta tarde los arrieros
del aceite, perniles y garbanzos,
todo con abundancia.
D. J. Que lo traigan,
que no faltará en casa donde echarlo.
CRI. Prevenid el bolsillo.
D. J. Si pagaran
los médicos a veces todo cuanto
recetan, puede ser que en las boticas
no fueran conocidos más de cuatro.
CRI. Y yo, aunque con rubor, también os
[pido
los diez meses que tengo de salario
caídos, y otros diez que necesito
para hacer un vestido, adelantados.
D. J. ¿Te ha mandado tu ama sofocarme?
¿Tenéis más que pedir?
CRI. A espacio, a espacio;
que a una criada, linda y petimetra,
la debe agasajar siempre su amo,
la debe regalar y no reñirla,
y la debe... mas ¿para qué me canso?
¿Ni cómo un mal marido de su es-
[posa
puede ser buen señor de sus criados?
Un ciego que no ve las perfecciones
de su parienta, un desconsiderado
marido, que a mujer como la suya
no la mantiene coche a tiros largos,
gran mesa, gran tertulia, ni la sirve
para alfileres con dos mil ducados,
¿cómo ha de conocer lo que merezco
ni la merced que con servir le hago?
Agradezca al puntillo, y agradezca
a que entrambas queremos señalar-
[nos
prodigios de Madrid en nuestro sexo,
de ambicioso y de frágil acusado.
Pero aquesta virtud extraordinaria
nos da la facultad de desquitarnos
con hacernos soberbias e insufribles.
Si no se premia con el agasajo,
continuas diversiones, rendimientos
y prevención de ideas y regalos,
yo lo digo, señor; no hay que mi-
[rarme.
D. J. ¿Puede llegar a más el desacato?
¿Cómo, atrevida...? pero también,
[¿cómo
he de reñir familia que no pago?
CRI. Yo lo digo, señor, y os aseguro
de nuestro pundonor; pero os añado,
que el siglo, vengador de las mujeres
oprimidas en los antepasados,
para castigo de maridos tontos,
miserables y feos, puso a cargo [me
de todo hombre de bien con unifor-
(como la edad no le haya jubilado),
de estudiantes y abates el despique,
inclusive algunos mayorazgos.
Estos hábiles cuerpos respetables,
estos amigos del género humano
y de la sociedad mantenedores,

no se descuidan en cumplir su en- [cargo;
tienen astucia, tienen oro y brío
y en vengar a las damas son exactos.
Temed esta invasión, que os hablo [seria;
meditad este punto, que es muy ár-
finalmente, señor, abrid el ojo [duo;
con mis avisos, o cerrad entrambos.

ESCENA VI

D. JUAN, D. ZOILO *y comparsa de maridos de todas clases del pueblo*

D. Z. Amigo, albricias, que llegó el soco- [rro.
D. J. Ya tarde llega. ¿Pero qué reparo?
¿Permitís que un palurdo así profa- [ne
de mi parienta el primoroso estrado?
M. 1.° Marido por marido, en la palestra
nenguno como yo sabrá ayudaros.
D. Z. Consejeros tenéis de todas clases
y de todas fortunas.
M. 2.° ¿Qué aguardamos?
El consejo de guerra se comience.
D. J. Los votos breves, útiles y claros.
D. Z. Yo seré el asesor.
D. J. Yo soy el reo, [bo.
que sentencia de muerte sufre al ca-
D. Z. Suponiendo que ya de este afligido
caballero os halláis bien informados
por mí, como también de su parienta,
cuyo inflexible genio odioso y vano
no da partido a las moderaciones.
¿Qué decís?
M. 3.° Yo, que es fuerza tolerarlo,
y que si hay majaderos que le pres- [ten
la debe mantener con todo el fausto.
D. J. No sé trampear.
M. 3.° Tampoco yo sabía,
pero al fin mi mujer me lo ha ense- [ñado.
M. 2.° Mejor es permitirlas que ellas bus- [quen
mayordomo a su gusto que haga el [gasto.
D. J. Eso no, que no quiero que me diga
la criada al entrar que está ajustando
su ama las cuentas con el mayordo- [mo,
y se infiera después que la ha alcan- [zado.
M. 2.° Pues alguien lo ha de hacer, o ha de [haber trampas
en casas donde el fondo es limitado,
y es sin limitación el desarreglo.
D. J. Los dos votos repruebo.
M. 1.° Sosegaos,
que aún quedan dos arbitrios infa- [libles.
Ms. ¿Y cuáles son?
M. 1.° La seriedad y el palo.
D. J. ¿Con su amable mitad ha de estar
un ilustre marido enamorado? [serio
Ni la tierna estructura de una dama
se ha de descuadernar a los villanos
tercos golpes de un rústico garrote.
M. 1.° Hacerle pulir antes, o dorarlo,
y darle siempre firme en la cabeza
para dejar el cuerpo encuadernado.
D. J. ¿Y qué dijera el mundo al ver se- [guida
de un noble la opinión de un hombre [bajo?
M. 1.° Pues seguir la opinión del mayordo-
y no desluciréis nunca el penacho
de vuesras armas. [mo

(*Sale la* CRIADA.)

CRI. Mi señora sale.
D. Z. Retirémonos todos a este lado,
que una comparsa de maridos fuertes
es temible.
M. 1.° Lo fuerte es el caso.

ESCENA VII

D.ª LUCRECIA *y los dichos, y luego* PAQUITO

D.ª L. No me salgo a quejar, débil esposo,
de que dividas mi opinión en bandos,
que entre gente de gusto y de talen- [tos
cuanto diga esa tropa de espantajos
no puede deslucir mi vanagloria;
vengo sólo a buscar mi desagravio
con tu vergüenza y con tu oprobio [eterno.
¿Paquito?

(*Sale* PAQUITO.)

PAQ. ¿Qué mandáis?
D.ª L. Dile a tu amo
quién le viene a buscar.
PAQ. Una comparsa
de acreedores que os está esperando
que salgáis a paseo cuenta en ristre.
D. J. ¿Y cuántos vienen?
PAQ. No los he contado.
Allí hay gentes de todos ejercicios
y de todas naciones: está el blanco
peluquero francés; el zapatero,
adusto catalán; el italiano,
exacto cotillero y sastre airoso;
está el impertinente apoderado [quila
del hambriento vizconde, que os al-
esta casa, y, al fin, de los cántabros
invencibles están una docena
de embajadores tercos, reclamando

el derecho que tienen todos cinco
gremios mayores contra vuestro era-
[rio.
D. J. Todos me embisten juntos y crueles,
todos contra mi vida se han armado.
PAQ. No traen lanzas, espadas ni trabucos,
aunque os dispararán su cañonazo
cada uno, con toda la metralla
de las desconfianzas que han forma-
D. J. ¿No me brindaron ellos? [do.
PAQ. Discurrían
que erais rico, y echaban a lo largo;
pero ya piensan en ataros corto
desde que la pobreza averiguaron.
D.ª L. ¿Y yo debo pasar por esta afrenta?
D. J. ¿No disfrutáis también de los rega-
D.ª L. Es mentira. [los?
D. J. Mujer... ¡Que no me ahorque
esta pena!
M. 1.º ¡Qué tonto es el hidalgo!
(Aparte.)
D. J. Di que dejen las cuentas y que vuel-
[van
mañana por la tarde más temprano
y los despacharé... como hoy no pue-
[do.
¿A qué amigo le iré con el petardo?

ESCENA VIII

La CRIADA *y los dichos, menos el* PAJE; *comparsa de cortejos*

CRI. Señora, las amigas que han sabido
vuestra desgracia y os estiman tan-
envían auxiliar media docena [to,
de cortejos por hoy, asegurando
que vendrá otro refuerzo cuanto an-
[tes;
y añaden, como sabias, que el reparo
que hasta aquí habéis tenido, a vues-
[tras gracias
la mitad de los brillos ha eclipsado.
D.ª L. Ya lo sé; pero más que no su ejem-
[plo
pueden mi vanidad y mi recato.
C. 1.º Madama, aunque jamás cultos decen-
de recomendación necesitaron, [tes
hay deidades que sólo al común rue-
[go
se dignan de admitir los holocaustos.
C. 2.º Yo hablo poco, señora, pero al alma:
tiempo queda después para insinuar-
[nos.
M. 1.º Si usted me permitiera que insinuara
mi cariño a los seis con seis abra-
D. Z. Aquí de la constancia. [zos...
D. J. ¡Aquí de un turco
que me degüelle de un chafarotazo!

ESCENA ULTIMA

El PAJE *y todos*

PAQ. ¿Señor?
D. J. ¿Ya me conduces los dogales
que me deben ahogar, amigo Paco?
PAQ. ¡Pluguiera al cielo que ellos fueran
[solos
las pesadumbres y el dolor que os
[traigo;
instrumento hay de filo más agudo
en estotro papel para mataros!
D. J. ¿Pues qué papel es ese?
PAQ. Es una carta
en que os dan cuenta los arrendata-
[rios
del meson, de las casas y bodegas
que forman vuestro corto mayoraz-
[go...
D. J. ¿Qué me dicen? ¿Que todas se han
Habla, Paquito [caído?
PAQ. No me deja el llanto.
Señor, gracias a Dios, no ha sido
D. J. ¿Pues qué ha sido? [eso...
PAQ. Que todo se ha quemado.
D.ª L. Este caso me desazona un poco.
D. Z. ¿Se dice quién ha sido el incendia-
PAQ. Fué un descuido. [rio?
D.ª L. ¿Quién tuvo ese descuido?
PAQ. Una vieja, que estándose espulgando
a la luz de un candil la rindió el
[sueño.
D. J. ¡Arda Troya, pues yo también me
[abraso!
(Haciendo gestos.)
D. Z. Amigo, ¿a quién llamáis?
D. J. Llamo a la muerte
y no quiere venir, quizá temblando
que la dé mi mujer de bofetadas.
¿Para cuándo, septiembre, para cuan-
[do
se hicieron tus anginas, tus poste-
tus tabardillos y tus arrebatos [mas,
de la sangre y humores subalternos?
Corazón, ¿dónde estás que no te ha-
para pelarte vivo? Más parece [llo
que ya en el pecho está revolotean-
Ya parece que sube... pero baja. [do.
Mas ya subió del todo, y ya tomando
más fuerzas para dar el postrer vue-
[lo,
le siento en el gaznate atravesado.
Ya me voy a morir... de aquí a un
[poquito.
Ya saliste de maulas, dueño amado;
ahora al fin quedas bien, que quedas
[viuda,
y con todo tu dote malgastado.
Pero parece que esto va de veras...

¡Sopla cómo me aprieta este zapato!
Quien no tiene de qué hacer testa-
[mento,
no necesita de testamentarios.
Sola una manda dejo... ya la vista
flaquea... para ejemplo... ya me cai-
[go...
Cuidad, amigo, pues, que en mi se-
[pulcro
no se ponga más letra ni epitafio
que... (*A* D. ZOILO.)

D. Z. ¿Qué? Breve, decid.

D. J. ¿Breve? ¿Os parece,
amigo, que yo puedo girar largo?

D. Z. ¿Qué?

D. J. Por una mujer soberbia y loca,
aquí yace un marido sofocado. (*Cae.*)

D. Z. Como no pongan otro, será fácil
con muchos en Madrid equivocarle.

D.ª L. ¡Qué hombre! Ni aun morir supo
[con gracia.

Ts. ¡Qué tragedia!

Cri. ¡Qué lástima de amo!

D.ª L. Aunque no merecía mi memoria
hombre tan para nada, es necesario
que se venda un reloj para su entie-
[rro,
con la pompa mayor y el aparato
conforme a quien yo soy. Ustedes
[vengan
al gabinete a consolarme un rato,
concibiendo esperanzas el más digno
de ser dichoso al fin del novenario.
(*Vase.*)

M. 2.º El caso de este bobo, compañeros,
deja nuestro dictamen afirmado.

M. 1.º El mío es más seguro, pues todo esto
y más evitan seriedad y palo.

D. Z. Enterremos al muerto, y a los vivos
esarmiente su boda y su epitafio.

159

El Mesón en Navidad

Sainete para la compañía de Rivera

1774 (1)

PERSONAS

La Corregidora	Josefa Figueras.
La Mesonera	Joaquina Moro.
Constanza	María Josefa Cortinas.
Una cómica	Polonia Rochel.
Valenciana 1.ª	María Pepa Huerta.
Idem 2.ª	Mariana Alcázar.
Una moza	Francisca de Morales.
Una paya	Lorenza Santisteban.
Otra	Catalina Tordesillas.
El Corregidor	Vicente Merino.
El Alcalde	Chinita.
Un Marqués	Eusebio Rivera.
Merino	Merinito.
El Mesonero	José Espejo.
Un Sacristán	Francisco Callejo.
Pepillo	Cristóbal Soriano.
Armero 1.º	Julián Quevedo.
Idem 2.º	José Campano.
Cómico 1.º	Tadeo Palomino.
Idem 2.º	Vicente Sánchez Camas.
Un valenciano	Luis Navarro.
Calesero 1.º	Juan Codina.
Idem 2.º	José Martínez Huerta.
Un payo	Baltasar Díaz.

(*Mesón con bancos, hogar iluminado y caldera al fuego. La* SRA. JOAQUINA, *de mesonera, entrando y saliendo;* EUSEBIO, *de marqués, de camino, sentado a un lado con* ESPEJO, *de mesonero; la* SEÑORA CORTINAS, *hija;* NAVARRA, *paya, y* MORALES *y* ALCÁZAR, *mozas del mesón, bailan con* CODINA, *calesero;* QUEVEDO *y* CAMPANO, *arrieros de la Mancha, y* MERINITO, *ayuda de cámara del Marqués, cualquiera seguidilla festiva.*)

JOAQUINA. Niña, bastante has bailado;
anda, ve al cuarto al momento
con un candil, y remienda
la camisa y el chaleco
de tu padre.

ESPEJO. Déjala
si ahora se está divirtiendo
un rato.

JOAQUINA. Por eso mismo.

ESPEJO. Déjala.

JOAQUINA. Si yo no quiero
ni aun que salga a la cocina.

ESPEJO. Pero ¿por qué?

JOAQUINA. Yo me entiendo.

CAMPANO. Vaya, señora, dejadla
que no se la comeremos.

CODINA. Al que viene de Madril
hartado de caramelos,

(1) Bib. munic.; leg. 1-167-20. Autógrafo de 1774 con esta portada: "*El Mesón en Navidad.* Saynete escrito de siete a ocho sin intermisión: tan *constante* y temerario es su autor. Para la compañía de Eusebio Rivera." Reimpreso por Durán.

¿le parece que las coles
de la Mancha le harán eco?

CORTINAS. Digo, compadre, pues sepa
que esta col no está en el huer-
por falta de compradores, [to
sino por el mucho precio.

ESPEJO. ¡Viva mi chica!

EUSEBIO. Es graciosa.

JOAQUINA. Mira si te vas adentro.

EUSEBIO. Patrona, esta noche está
todo el mundo de festejo,
y a la juventud es fuerza
dejarla gozar su tiempo.

ESPEJO. Basta que el señor Marqués
lo mande: siga el bureo.

JOAQUINA. No seguirá tal.

EUSEBIO. ¿Pues qué
receláis, mientras estemos
a la vista?

JOAQUINA. Que la vean,
porque yo sé los enredos
que pasan entre muchachas
de mesón y pasajeros.

EUSEBIO. Aunque pasen, esta noche
estoy yo aquí.

JOAQUINA. ¡Pues es cierto
que son gente muy segura
los marqueses!

MERINITO. Yo concedo
(*Aparte los dos.*)
que hay algunos alegritos
y amigos de chiscoleos,
si la ocasión se presenta;
pero mi marqués es serio,
inflexible; finalmente:
mi marqués es mucho cuento.

JOAQUINA. Y aquí para entre los dos,
¿cómo le va de dinero?

MERINITO. Caudal más sano no le hay
en la corte ni en el reino.

JOAQUINA. ¿Y en qué pende?

MERINITO. En que su bolsa
siempre está a los cuatro vien-
que son juego, vanidad, [tos:
petardos y desarreglos;
sin los gastos reservados
que él y yo solo sabemos.

EUSEBIO. ¿Qué dice a usté ese hablador?

JOAQUINA. Le pone a usía en los cielos;
bien se conoce que es mozo
de ley y de mucho ingenio.

EUSEBIO. No le falta, y esa prenda
es por la que le tolero.

MARTÍNEZ. ¡Ah, de casa! (*Dentro.*)

ESPEJO. Una calesa.

JOAQUINA. Muchachas, andad corriendo
a abrir por la puerta falsa.

ESPEJO. Yo también voy. (*Vase.*)

EUSEBIO. ¿Qué hacen lejos,
niñas? Acérquense acá.

NAVARRA. Estamos como debemos.

EUSEBIO. ¿Esta mocita es también
hija del patrón?

JOAQUINA. Viene a ser lo mesmo,
haga usía cuenta, porque
es hija de un tabernero
del lugar y viene aquí
porque su padre y yo *semos*
uña y carne; y ella enseña
a su casa a los arrieros,
y no se van a dejar
a otra taberna el dinero.

NAVARRA. Soy muy criada de usted.

EUSEBIO. No me disgusta su aseo.

NAVARRA. Para lo que usted mandare.

CORTINAS. Se dice usía.

EUSEBIO. Por eso
no hemos de reñir.

(*Sale* MARTÍNEZ *de calesero regañón.*)

MARTÍNEZ. ¡Que siempre
me toquen a mí estos huesos
que roer! El diablo cargue
con sus cajas y con ellos.

JOAQUINA. Adiós, tío Sebastián.
¿Adónde se va?

MARTÍNEZ. Al infierno.

JOAQUINA. ¿Y a quién trae?

MARTÍNEZ. A Satanás.
¡De mi fortuna reniego
y del oficio! ¡Hola, moza!
Luz, y vamos componiendo
ese ganado. (*Vase.*)

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. ¡Gran noche!
Dos usías más tenemos
en la posada.

EUSEBIO. ¿Quién son?

ESPEJO. Según dijo el calesero,
es todo un corregidor
en dos tomos.

EUSEBIO. ¿Cómo es eso?

ESPEJO. Como trae corregidora,
que es el segundo; y me atengo
a éste, porque es de afolio.

(*Sale la* SRA. FIGUERAS.)

FIGUERAS. Buenas noches, caballeros.
¿Mesonera, ha prevenido
decente el alojamiento?

JOAQUINA. ¿Quién le ha de prevenir?

FIGUERAS. Ella.

JOAQUINA. ¿Y ella cuántos mensajeros
envió delante?

FIGUERAS. Repare
con quién habla.

JOAQUINA. Pues hablemos

con modo, porque yo al son
que me tocan taconeo.

MERINO. Hija mía, en las posadas
es preciso el sufrimiento,
y a estas gentes, tales cuales,
darles buen trato.

FIGUERAS. No quiero
ni aguantar las porquerías
de los mesones que encuentro.

MERINO. Si no hay otros.

FIGUERAS. Pues que tengan
un palacio en cada pueblo
sólo para los que van
a servir corregimientos,
considerando que llevan
a todo el rey en el cuerpo.

MERINO. Calla, mujer, no se rían
de ti; ¿qué cuarto tendremos
más decente?

JOAQUINA. No hay más que uno,
y están unos extranjeros
que vinieron esta tarde.

ESPEJO. Mientes. Otro hay, que es el [nuestro;
y aunque es chiquito, la cama
es grande y allí podremos
acomodar al marqués
y a los señores.

EUSEBIO. Yo cedo
cualquiera comodidad
a esta dama; y lo que siento
es no poderla ofrecer
aquel digno alojamiento
que a sus méritos se debe
y desea mi respeto.

FIGUERAS. ¡Viva usía muchos años!
¡Qué galán es y qué atento!
Usía es fuerza que haya sido
corregidor.

EUSEBIO. Yo protesto
a usted que se engaña!

FIGUERAS. ¡Usted!
No he visto marqués más puer- [co.

MERINO. Hija, ¿por qué?

FIGUERAS. ¿No has notado
que no me da tratamiento?

MERINO. Los jueces de señorío
y de partidos pequeños
no le tienen.

FIGUERAS. Le tendrán
desde hoy, porque al primero
que no me dé señoría
allá le encajo en el cepo.

MERINO. Tú estás loca.

ESPEJO. Usías, vengan
a ocupar estos asientos.

FIGUERAS. El único hombre de forma
que hay aquí es el mesonero.

(*Sale* LUIS *con* MARÍA PEPA *y* MARIANA *de valencianos.*)

LUIS. *Bona nit, chiqués, anem,*
que así hay foc.

M. P. *¡Mare de Deu,*
cuanta gent!

MARIANA. *¡Oy, yo nun vull*
exir!

ESPEJO. No tengan recelo.

LAS DOS. *Deu les guart.*

CORTINAS. ¡Ay qué bonitas
valencianas!

MARIANA. *Mesonero,*
porte ali oli y arrós
abiat, perque vulemos
sopar.

JOAQUINA. ¡Qué tarde que llegan!

LUIS. *Fa mal temps.*

EUSEBIO. ¿Y adónde bueno?

MARIANA. *A Madrit cun el chermant*
anem a fer el asientu
de las horchates y el aigua
de sibada.

ESPEJO. Ya lo entiendo.
Es usted de los que la andan:
¿qui la beu, qui la beu?

LUIS. *Sí, siñor.*

ESPEJO. Sea enhorabuena.

JOAQUINA. ¿Y a qué van por el invierno?

M. P. *Es que yo vach à casarme*
con un paisà del comersio
de estera fina.

(*Sale* SORIANO *de arriero andaluz.*)

SORIANO. Tío Bragas,
haga usté que me abran presto
para meter estas bestias,
o van las puertas al suelo.
(*Vase.*)

CORTINAS. Ya está ahí Pepillo.

JOAQUINA. Cuidado,
que lo hará; ve a abrir corrien- [do.

CORTINAS. Yo iré, madre.

JOAQUINA. Estate quieta.

MERINITO. Parece que aquellos ecos
le han sonado a usté en el alma.

CORTINAS. En el alma y en el cuerpo,
y me han sonado muy bien;
¿qué quiere usted para eso?

MERINITO. Yo nada, reina.

CORTINAS. Pues rey,
meta la lengua en el fuego.

(*Sale* CHINITA.)

CHINITA. A la paz de Dios, señores.
¡Los huéspedes que tenemos!
Sean ustedes bien venidos;
y si hay algo de provecho
en el lugar... Catalina,
(*A la Mesonera.*)

¿quién son estos caballeros?

JOAQUINA. El señor marqués... ¿de qué?

MERINITO. De la Lechuga.

CHINITA. ¡Qué fresco título! Usía conozca al mayor servidor vuestro.

ESPEJO. Un señor corregidor y su parienta.

FIGUERAS. Celebro conocerle, buen alcalde.

CHINITA. Alcalde, eso sí; lo bueno es lo difícil.

MERINO. ¿Por qué?

CHINITA. Porque soy un majadero, y empeñado el escribano, señor, en que he de serlo.

MERINO. En algo consistirá.

CHINITA. Yo lo diré: en que no entiendo el oficio, y de mí hacen lo que quieren.

MERINO. Pues no hacerlo.

CHINITA. En siendo alcalde es preciso hacer algo malo o bueno.

(*Sale* TORDESILLAS.)

TORD. ¿Está aquí el señor alcalde?

CHINITA. No han de dejarme un momen- [to. ¿Qué quieres?

TORD. Que venga usted y haga que me vuelva un cerdo que yo tenía cebado, por encargo de mi suegro y a su costa, al escribano; que ha ido con muchos fueros a casa y me lo ha quitado.

MERINO. ¿Con qué motivo?

TORD. Diciendo que, cochino por cochino, es su merced el primero.

CHINITA. Dice bien.

MERINO. No dice tal, pues aunque pague su precio siempre tiene la primera posesión mejor derecho.

CHINITA. ¿Y qué importa que la tenga, si yo a reñir no me atrevo al escribano?

MERINO. ¿Por qué?

CHINITA. Porque la vara le debo a él: él me instruye, él pone los autos y los acuerdos en forma, y yo solamente firmo como en un barbecho.

MERINO. ¿Quién tal confiesa y tal dice?

CHINITA. Yo, que soy un majadero.

MERINO. Usted debe revestirse de su autoridad y hacerlo restituir a la parte su alhaja o ponerle preso.

CHINITA. Si no le ha quitado alhaja ninguna, que ha sido el puerco.

MERINO. Pues el puerco.

CHINITA. Voy allá, a ver si lo componemos.

MERINO. Usted sea inexorable.

CHINITA. Vuélvame usté a decir eso.

MERINO. Que el juez no debe torcerse.

CHINITA. Ya: que vaya siempre tieso. ¿Por qué me hicieron alcalde, si digo que no lo entiendo?

TORD. Venga usté antes que lo sepa mi marido.

CHINITA. Pronto vuelvo a consultarle a usted tres cosas en que estoy perplejo.

(*Vanse los dos.*)

FIGUERAS. Si vieras lo que me enfada que contestes a ese necio...

MERINO. Me compadece.

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. Señores, larga vida y buen provecho.

C. Y C. ¿Nadie cena?

SORIANO. Cenarán, que para el caso es lo mesmo.

JOAQUINA. ¿Qué hay, seo Pepe?

SORIANO. ¿Qué ha de haber? Trabajos por esos negros caminos; pero a la *proste*, como *ijo* aquel discreto, los hombres han de ser hombres y *jarreando* se va lejos. Ven acá tú, prenda mía.

(*A la* CORTINAS.)

JOAQUINA. Vamos estándose quietos.

SORIANO. ¡Si voy a abrazar a usted! ¡Que tenga usted ese genio tan caviloso!

JOAQUINA. Eso vaya: me alegro que vengas bueno.

(*Sale* ESPEJO.)

ESPEJO. ¡Hola! ¿Y yo?

SORIANO. Venga usté acá, tío Bragas, y partiremos; que yo nunca quedo mal por abrazo más o menos.

ESPEJO. ¿Qué te parece las gentes que hay?

SORIANO. Y de fundamento.

ESPEJO. Mi pesadumbre no es más de que el mesón es estrecho.

SORIANO. La gloria de Dios es ancha, y allá nos entenderemos en paz y concordia.

JOAQUINA. ¿Chicas, ha parado coche?

MERINITO. Cierto.

ESPEJO. ¿Quién será?
SORIANO. ¿Cuánto apostamos
a que es un destacamento
de cómicos de la legua?
FIGUERAS. ¡Sólo nos faltaba esto!
MERINO. ¿Y qué?
FIGUERAS. Eso quisieras tú,
para tener más completo
el rato.

(*Sale* TADEO.)

TADEO. Dios sea loado.
SORIANO. Vaya: ellos son, con efecto.
EUSEBIO. ¿Está el peinado tal cual,
muchacho?
MERINITO. No está malejo.
EUSEBIO. Si hay alguna buena moza,
dile al paso todo aquello
que sabes como que sale
de ti.
MERINITO. Ya estaba yo en eso.

(*Salen la* SRA. POLONIA, *de cómica de la legua, y* VICENTE.)

POLONIA. ¡Jesús, qué mala posada!
TADEO. Fortuna que tiene techo
y paredes.
POLONIA. El cuidado
con la ropa es lo primero
y el caudal, que a lo demás
ya estamos bastante hechos.
ESPEJO. Si viene mucho caudal,
cuidado, que yo no quiero
desazones en mi casa.
POLONIA. Calle usted, que el caudal nues- [tro
no es moneda.
ESPEJO. ¿Pues qué es?
POLONIA. Trapos y papeles viejos,
con que unas veces estamos
ahitos y otras hambrientos.
Yo me voy a calentar.
MERINITO. Señorita, aquí hay asiento.
POLONIA. Se estima; pero me voy
a la lumbre, que hace fresco.
MERINITO. El lugar más abrigado
es aquel donde se ha puesto
el marqués, mi señor.
POLONIA. Gracias;
así como así padezco
de fluxiones, y el calor
no me puede hacer provecho.
Con el permiso de usía.

(*Se sienta al lado del Marqués.*)

FIGUERAS. ¿Dónde está mi calesero,
patrón?
ESPEJO. Estará en la cuadra.
MERINO. ¿Para qué le quieres?
FIGUERAS. Presto
lo verás: dígale usted
que se llegue aquí corriendo.

(*Vase* ESPEJO.)

M. P. *¡Oy! ¿Qué te aquella dona?*
MARIANA. *¡Qui sap!*
LUIS. *Ei, chicas, parleu
en castellá que os entendan.*
MARIANA. *Parlarem, cuando parlém
con alguno.*
POLONIA. ¿Quién es esa
señora del moño tieso,
aunque usía me perdone
que tenga este atrevimiento?
EUSEBIO. Usted puede tener todos
los que quisiere.
POLONIA. Lo aprecio.
EUSEBIO. Es una corregidora
muy arisca.
POLONIA. Ya lo huelo.

(*Sale* CALLEJO *de sacristán, con sotana y sombrero de picos.*)

CALLEJO. ¿Está aquí el señor alcalde?
JOAQUINA. No.
CALLEJO. ¡Por vida de Meco!
¿Sabéis si está en la taberna?
TODOS. No.
CALLEJO. Pues en el cementerio
de la iglesia todavía
no está.
CORTINAS. Sacristán, ¿tenemos
buen villancico después?
CALLEJO. ¿Qué ha de haber, si ya me [han hecho
soltar esta noche todo
cuanto aire tenía en el cuerpo?

(*Vase.*)

(*Sale* MARTÍNEZ.)

MARTÍNEZ. ¿Qué se ofrece? ¡Si querrán
dejarnos un rato quietos!
FIGUERAS. Pon la calesa al instante.
MERINO. ¿Mujer, estás en tu seso?
¿Dónde hemos de ir a estas [horas?
FIGUERAS. Más que sea a los infiernos,
en yendo donde no esté
entre payos y entre arrieros.
SORIANO. ¡Pues ciertamente que habrá
allá bajo falta de ellos!
FIGUERAS. Pon la calesa.
MARTÍNEZ. ¿Usted sabe
la jornada que tenemos
que andar?
FIGUERAS. Yo no.
MARTÍNEZ. Pues yo sí.
Dígole a usted que no quiero,
que es un disparate y *naide*
me puede obligar a ello.
FIGUERAS. Yo te obligaré.
EUSEBIO. Madama,
usted crea...
FIGUERAS. ¿Cómo es eso

de usted? ¿Cree que somos to-
usías de medio pelo? [dos

EUSEBIO. Es engaño; que declare
mi criado si es entero
o no.

FIGUERAS. Vámonos de aquí.

POLONIA. Señora, vamos con tiento:
que ni usté es tan gran persona
ni este es concurso de negros.

FIGUERAS. ¡Qué sabe ella lo que es una
corregidora de un pueblo
de más de treinta vecinos
y extramuros un convento!

POLONIA. Una mujer como yo,
vara más o vara menos.

SORIANO. Mientras anda esta bolina
yo me voy a echar el pienso.

CORTINAS. Lo que tengo que decirte.

SORIANO. Calla, que *empués* hablaremos.
(*Vase.*)

FIGUERAS. Vamos.

MERINO. ¡Si no puede ser!

FIGUERAS. Será; que llamen corriendo
al alcalde.

(*Sale* CHINITA.)

CHINITA. ¿Qué se ofrece?

FIGUERAS. Préndame a ese calesero,
que no quiere obedecer
y me ha faltado al respeto.

CHINITA. Mande usté otra cosa; al punto
con los alguaciles vengo.

MERINO. Alcalde, ¿dónde va usted
sin haber oído primero
a la otra parte?

CHINITA. ¿Qué parte,
cuando hay faldas de por me-

MERINO. ¿Y la justicia? [dio?

CHINITA. Antes es
dejar airoso su empeño.

MERINO. ¡Me horrorizo de escucharle!
Bien ha dicho usted que es ne-
[cio,
y lo es más de lo que piensa.

CHINITA. ¿Pues qué, esto es malo?

MERINO. Es perverso.

CHINITA. ¿Para qué me hacen alcalde,
si digo que no lo entiendo?

JOAQUINA. Véngase usted a mi cuarto
y allí las dos estaremos
solas.

FIGUERAS. Pues vaya usté al cielo.

POLONIA. ¡Vaya, que es original
la mujer!

MERINO. Toma este asiento
separado, y por Dios, hija,
(*La separa.*)
que calles, que están haciendo
burla de ti.

FIGUERAS. Te aseguro
que este es el viaje postrero.
Haz que te den al instante
una plaza de un consejo
para vivir en Madrid.

MERINO. Bien está: yo te lo ofrezco.

EUSEBIO. Y el marido es un buen hombre.

POLONIA. ¡A fe que le compadezco!

EUSEBIO. Compadézcame usté a mí.

POLONIA. Quisiera, pero no puedo,
porque he dejado empeñada
la compasión en cien pesos
que me prestó, para el viaje,
en Andújar un sujeto.

EUSEBIO. ¿Hay más que desempeñarla?

POLONIA. No querrá él.

EUSEBIO. Con el dinero,
¿por qué no?

POLONIA. Porque está el otro
con la prenda muy contento,
y yo sé que está segura.

JOAQUINA. ¿Es su amo de usted el serio?

MARTÍNEZ. A ratos.

(*Sale* CALLEJO.)

CALLEJO. Señor alcalde,
¡gracias a Dios que os encuen-

CHINITA. ¿Qué quieres? [tro.

CALLEJO. Que vaya usted
al punto a poner remedio
y eche de la iglesia a todos,
si ha de haber misa.

CHINITA. ¡Pues, necio!
¿quién la ha de oir?

CALLEJO. El cura y yo
solos, y el Ayuntamiento,
como no lleve castañas
que tirar. Mozo hay ya dentro
del coro y la iglesia que
lleva celemín y medio,
la menor como este puño;
y en estando para ello,
las más van al sacristán
que los está divirtiendo;
y si no, acuérdese usted
del otro año.

CHINITA. Bien me acuerdo
que respondiste *Deo gracias*,
cuando el cura dijo *Credo*.

CALLEJO. ¿No más? ¿Y la contusión
que tuve en el ojo izquierdo,
de la pera bergamota
que me tiró el carnicero?

CHINITA. Hombre, ¿quién no ha de ti-
[rarte
si cantas como un becerro?

CALLEJO. Eso después se verá.
¡Y qué villancico llevo
entre un sordo y una coja,

con zambombas y panderos,
obligado! Lo malo es
que haya tantos forasteros
que lo oigan, y me harán
ir de sochantre a Toledo.

CHINITA. ¡Calla, tonto!

CALLEJO. Bien está;
ya verá usté si los dejo
sin villancico.

(*Sale* SORIANO.)

SORIANO. Compadre:
¿conque esos tres extranjeros
que hay en la sala de arriba
son bailarines?

ESPEJO. Yo creo
que sí, según dijo el mozo.

SORIANO. Pues, señores, ¿qué haremos?
Aquí todos *semos* unos
ahora: en amaneciendo,
su merced es corregidor
y yo me quedaré arriero.
La noche está convidando:
quien cante y baile tenemos;
bendecido el que lo envía
y Pepillo el malagueño,
que soy yo, salva la parte,
no se quedará zaguero.
Juntar cenas y *dempués*
toda la noche a bureo.

POLONIA. ¡Viva el andaluz! Ha dicho
cuanto hay que decir, y ofrezco
ser la primera que haga,
como etiquetas dejemos,
alguna pieza cantada,
nueva, con mis compañeros.

SORIANO. Y yo entraré por un lado.

MERINO. Mujer, ¿qué dices a esto?

FIGUERAS. Que les daré la licencia
como me den el asiento
preferente y elevado
siquiera un palmo del suelo.

TODOS. Bien está: nos conformamos.

EUSEBIO. El humor la llevaremos.

ESPEJO. Se pondrá sobre la artesa
aquel taburete viejo
con una manta.

FIGUERAS. Que pongan
lo que quieran, en haciendo
conocida distinción
correspondiente a mi empleo.

EUSEBIO. Yo cuidaré de los bailes.
Sube, y a estos tres sujetos
diles que hay aquí un marqués
y unas damas que queremos
divertirnos.

MARTÍNEZ. Bien está:
ya estoy en todo el enredo.
(*Vase.*)

SORIANO. Pues a disponer la cena.

ESPEJO. ¿Qué cena, si no tenemos
en el mesón sino pan?

POLONIA. ¿No hay más que pan? ¡Malo [es eso!
que con la tripa vacía
yo no sé hacer nada bueno.

CALLEJO. Si ustedes se contentaran
con castañas...

SORIANO. ¡Cepos quedos,
que estoy yo aquí! Camaradas,
¿son ustedes los arrieros?

C. Y C. Sí, señor.

SORIANO. ¿Y qué se lleva?

CODINA. Yo llevo capones muertos
y cestitas para monjas.

SORIANO. ¡Qué cestas ni qué embelecos!
Todo eso se echó a perder
con las *clemencias* del tiempo,
y se cumple con las cartas.
¿Y usted, compadre?

CAMPANO. Yo llevo
perdices escabechadas
y frutas.

SORIANO. Todo es muy bueno;
con eso, con un cajón
de batata que saquemos
de mis cargas y una azumbre
que se eche a cada pellejo
de agua, en lugar de vino,
de mi paisano don Pedro
Jiménez, que esté en descanso,
que para cenar saquemos,
cátate una colación
que para puesta de precio
ni es mucho ni es poco.

TODOS. ¡Viva!

MERINO. ¿Pero qué dirán los dueños
después?

ESPEJO. Digan lo que digan,
que nos lo saquen del cuerpo.

SORIANO. Pues al avío, madama;
venga usted: nos impondremos
en nuestro paso cantado.

POLONIA. Enhorabuena; hasta luego.
(*Vase.*)

MERINO. ¡Pobres regalos: a cuántas
aduanas estáis sujetos!

(*Sale* MARIANA.)

MARTÍNEZ. Los bailarines son gente
de razón y muy atentos;
dicen que, con mil amores,
al instante están dispuestos
a servir la compañía.

(*Sale* TORDESILLAS.)

TORD. Hombre, que vengas corriendo,
que te llama el señor cura.

CALLEJO. Di a su merced que no puedo,
que estoy aquí.

CHINITA. Y que tampoco
puede ir el Ayuntamiento;
que misa le hay cada día,
y estotro nunca lo vemos.
MERINO. ¿Quién tal dice? ¿No veis que
esa obligación primero [es
que la diversión?
CHINITA. ¿Conque
los alcaldes, en teniendo
que hacer, no pueden holgarse?
¡Pues cuenta que tiene pelos
el oficio!
MERINO. Y delicados.
CHINITA. Pues ya que fuí majadero
en tomarle, ¡juro a Briós
no lo he de ser en volverlo;
y el que no es para casado,
que siempre se esté soltero.
Vamos, sacristán.
CALLEJO. Con mil
castañazos me contento.
MERINO. Mocita, aunque usted perdone,
¿volvió el escribano el cerdo?
TORD. Sí, señor; menos el rabo,
un solomillo y los sesos.
CHINITA. Miraría el arancel
y se cobró los derechos.
(*Vanse los tres.*)
M. P. *¿Qué femos aquí nosaltras?*
MARIANA. *Res; anem, divertiremos*
la nit, y en otra vegada
farem la festa.
M. P. *Los peus*
me fan mal de estar dereta.
LUIS. *Sentate.*
ESPEJO. Vamos subiendo,
señores; ved que en la sala
casi todo está dispuesto.
FIGUERAS. Vayan ustedes delante,
porque yo he de ir presidiendo.
ESPEJO. ¡Quién te presidiera a ti
con una vara de acebo!
JOAQUINA. Vamos, por Dios, que se enfría.
MERINO. Ya vamos todos.
TODOS. Pidiendo
indulto para el sainete,
por de repente y del tiempo.

160

No puede ser guardar a la mujer

Entremés para la compañía de Martínez

1774 (1)

(*Teatro de calle, con puerta y ventana encima; a la derecha,* LÓPEZ, *en chupa y gorro, con una escopeta al hombro y un sable en la mano, sale por la puerta y dice:*)

LÓPEZ. No puede llegar a más
la insolencia temeraria
de las mujeres: si un rato
salgo esta noche de casa,
cuando he vuelto me hallo solo,
sin sobrinas ni criada.
(*Sale* GALVÁN, *de petimetre.*)
GALVÁN. Adiós, señor Juan; ¿qué es eso?
¡Hombre, parecéis un guarda
de monumento!
LÓPEZ. Si usted
supiera lo que me pasa,
amigo.
GALVÁN. Terrible lance
debe ser según la traza.
LÓPEZ. ¡Ahí es nada lo del ojo,
y en las manos le llevaba!
GALVÁN. ¿Qué cosa?
LÓPEZ. La picardía
mayor, la mayor infamia
que se habrá visto en el mundo,
habiéndose visto tantas.
GALVÁN. ¿Se puede saber?
LÓPEZ. Compadre,
ya sabéis que tengo en casa
cuatro sobrinas bonitas
que mi hermano, que Dios haya,
el panadero, dejó
a mi tutela encargadas,
y que recogiendo el padre
desperdicios y migajas,
tal cual hasta veinte mil
ducados pudo dejarlas
de dote.
GALVÁN. Eso es bien notorio;
y hablando aquí, en confianza,
dicen que las dais mal trato

(1) Bib. munic.; leg. 1-157-38. Autógrafo de dicho año. En la Bib. Nac., Ms. 14.520, hay una copia antigua con las licencias que van al final. Impreso en Valencia, sin autor, con el título de *Jamás ha podido ser el guardar una mujer*, 1816, 4.°, bastante mutilado.

y que tenéis tabicadas,
para que nadie las vea,
las puertas y las ventanas,
aspirando a que las cuatro
se mueran para heredarlas.

LÓPEZ ¿Y no es más razón que yo
disfrute de las ganancias
de mi hermano, que los chulos
que las rondan y levantan
de cascos?

GALVÁN. ¿Por qué razón?

LÓPEZ. Por ninguna; ¿pero cuántas
sinrazones por ahí vemos
que se toleran y tragan?
Y ellas me han dado motivo
desde hoy más para tratarlas
con apremio extraordinario.

GALVÁN. Pues ¿qué han hecho las cui-
[tadas?

LÓPEZ. Lo que han hecho las malditas
es, ínterin que yo estaba
rezando mis devociones
para meterme en la cama,
después de quitar las llaves
de todo, según mis mañas,
al son de los almireces
fingir todas que cantaban,
y mientras tanto quitar
de las puertas las cerrajas
para escaparse esta noche;
pero les saldrá bien cara
la burla, que a cada puerta
la he de echar desde mañana
cuatro candados.

GALVÁN. Si mientras
vais por ellos no se escapan.

LÓPEZ. Para eso estoy prevenido.
¡Qué! ¿Me duermo yo en las
[pajas?
Y aguardando un granadero,
hijo de mi concuñada,
que me defienda la puerta
entretanto que yo vaya
a tratar a cualquier costa
cerrajeros y las barras
de hierro que halle más fuertes.

GALVÁN. ¿Ahora, a las once dadas
de la noche?

LÓPEZ. Sí, señor;
el oro todo lo allana.

GALVÁN. Amigo, no lo acertáis;
no hay centinela que valga
ni cerradura segura,
si ella misma no se guarda,
que resguarde a la mujer;
hacer de ellas confianza
y tratarlas bien, son medios
únicos de asegurarlas.

LÓPEZ. Yo sé lo que debo hacer.

GALVÁN. Pues muy buen provecho os ha- [ga;
que a quien desprecia consejos
en breve le dan matracas.

(*Vase.*)

LÓPEZ. ¿Qué entenderá un solterón
de doncellas ni de guardas?
No sabe él lo que son veinte
mil ducados en un arca.
Cuatro taleguitos de oro
son, a cinco mil por barba;
¿no es un dolor que entre cua- [tro
picarones se repartan?
Eso no, mientra yo viva;
hagan cuenta las bellacas
que son viudas, como yo,
y ayunen para ser castas.

(*Sale* CORONADO *corriendo, de criado, y* SIMÓN, *granadero.*)

CORONADO. Señor, aquí está el soldado.

SIMÓN. Al servicio de usted.

LÓPEZ. Gracias
a Dios que llegaste, amigo;
es preciso que esta casa
se guarde por media hora.
Dame el sombrero y la capa.

(*Vase* CORONADO.)

Sin que entre ni salga nadie;
y el que lo intente, que caiga.

SIMÓN. ¿A golpe de bayoneta
o al impulso de las balas?

LÓPEZ. Del modo que antes se mueran
y que menos mal les haga.

SIMÓN. Vaya usted con Dios, que en [esto
de matar hombres y para
guardar puertas halló usted
al que lo entiende en España.

(*Sale* CORONADO.)

CORONADO. Tomad la capa.

LÓPEZ. Cuidado
que no entre nadie ni salga.
Ven aquí; ¿dónde vas tú?

CORONADO. Pues qué, ¿yo no soy de casa?

LÓPEZ. No importa; ni aun de mí pro-
[pio
me fío en las circunstancias.
El primero a quien usted
me ha de defender la entrada
es a éste, que es el mayor
pillo que hay en la comarca.

SIMÓN. Muy bien.

(*Se pasea.*)

LÓPEZ. ¿Qué hacéis?

SIMÓN. De este modo
es como se hace la guardia.

LÓPEZ. ¿No veis que os pueden tomar
la vuelta por las espaldas
y entrar? No, señor; así,

las piernas espatarradas
en el umbral de la puerta,
prontas a apuntar las armas,
y la vista siempre fija
al frente de la campaña.
Y más esta noche que
está la luna tan clara.

SIMÓN. ¿Así?

LÓPEZ. Grandemente; ahora
que embista toda una armada.
Y más esta noche que,
está la luna tan clara.
Presto vuelvo. *(Vase.)*

SIMÓN. Hará usted bien,
que esta postura es cansada.

CORONADO. Señor don soldado...

SIMÓN. Atrás
o le levanto la tapa
de los sesos.

CORONADO. Esto es malo.
(Retírase.)
¡Qué chasco se les aguarda
cuando sepan lo que ha habido
a los majos de mis amas!
Voy a buscarlos por ver
cada uno cómo rabia... *(Vase.)*

(Van saliendo con sus versos, de capa y montera o sombreros, como artesanos, MARTÍNEZ, RAMOS *y* GALVÁN, *cada uno con su guitarra debajo del brazo, y después* GARRIDO, *por lo más lejos y de la misma manera.)*

MARTÍNEZ ¿Si habrán ya descerrajado
las puertas estas muchachas?

RAMOS. Las noches de luna a veces
son buenas y a veces malas.

GALVÁN. Valor, corazón y arrea,
que cerca está la posada.

GARRIDO. Ni en los mares ni en los ríos
ni en el canal de mi patria
hay pez como el amor, si
no tuviese tantas raspas;
pero, paciencia, gaznate,
que es necesario tragarlas
a cuenta de los sabrosos
bocaditos que se maman.

RAMOS. ¿Jorge?

MARTÍNEZ. Dios te guarde, Antón.

RAMOS. ¿Has corrido la campaña?

MARTÍNEZ. No; parece que las cosas
aún se están como se estaban.

RAMOS. Un bulto se acerca.

MARTÍNEZ. Allí
me parece que otro anda.

RAMOS. Un hombre es.

MARTÍNEZ. ¿Qué ha de ser hombre
si del suelo no levanta
dos tercias? Será algún perro.

RAMOS. Para perro es demasiada
la estatura.

MARTÍNEZ. Alguna burra
quizá será, descarriada.

RAMOS. No es sino borrico, que
ya le distingo la albarda.

SIMÓN. Parece que hay enemigos;
pero a bien que está la plaza
defendida por un hombre.

GALVÁN. Buenas noches, camaradas.

M. Y R. ¿Qué hay, Dionisio?

GALVÁN. ¿Qué tenemos?

MARTÍNEZ. Hasta ahora, de *güeno*, nada.

RAMOS. Hombre es, que se acerca.

MARTÍNEZ. De éstos,
como las moscas se espantan.

GARRIDO. ¿Compañeros?

LOS TRES. ¿Atilano?

GARRIDO. Sí, yo soy. ¿Está juntada
la cuadrilla?

RAMOS. ¿Y prevenida
la orquesta de las guitarras?

MARTÍNEZ. Sí; ¿te parece que es hora
ya de que cantemos? Habla
y empezaré yo.

GARRIDO. Tú no,
porque tienes mucha gracia
y se levantarán todos
por oirte de la cama.

RAMOS. Pues vaya, todos.

GALVÁN. Tampoco,
que al viejo le sobran maulas
y maliciará lo que es.

MARTÍNEZ. Que cante como que pasa
casualmente por la calle
uno; para seña basta.

GARRIDO. Dice bien; allá voy yo,
que tengo la voz más baja,
para que si ya están libres
sepan que estamos y salgan.
(Canta.)
"Ya no vivo en la calle
de la Paloma,
que vivo en el Barquillo
como señora."
"Número doce,
guardilla de la casa
Tócame Roque."

(Sale con un jarro y una taza CORONADO.*)*

CORONADO. Voy a ver si este soldado
viendo que uno le agasaja
me deja entrar y sacar,
a lo menos, la criada
y la ropa, que es lo que
me pertenece en la casa.

MARTÍNEZ. El criado.

GARRIDO. Periquillo,
¿tenemos novedad?

CORONADO. ¡Tantas!...
El viejo lo sabe todo,

porque vió descerrajadas
las puertas, y va a llenarlas
de candados y de barras;
y mientras ha ido por ellas
nos ha puesto allí de guardia
el granadero que veis.

TODOS. ¡Hombre! ¿Qué dices?

MARTÍNEZ. Aguarda,
que es verdad, y con la sombra
del umbral y la distancia
no habíamos reparado.

GARRIDO. ¿No se pudiera hallar traza
de burlarle?

CORONADO. Es imposible.
¿No veis cómo abre las patas
y se está quieto guardando
todo el quicio como una aspa?

MARTÍNEZ. Con todo, entretenle tú;
dale de beber y ¡al arma,
compañeros!

GARRIDO. ¿Qué pretendes?

MARTÍNEZ. Echad por ahí las guitarras
y seguidme, en siendo tiempo.

LOS TRES. ¿Cómo?

MARTÍNEZ. Haciendo lo que haga.

SIMÓN. ¿Quién va allá?

CORONADO. Gente de paz;
señor soldado, ¿se cansa
de hacer ya la centinela?

SIMÓN. Soldados de mi templanza
y mi fortaleza nunca
se mimbrean ni desmayan.

CORONADO. ¿Quiere usted un traguito?

SIMÓN. ¿Es tinto?

CORONADO. Por cierto que no.

SIMÓN. Pues vaya
blanco. Bastante, bastante;
no se derrame la taza.

MARTÍNEZ. Ropa fuera y hagan soga
(*Se quitan la capas y las esconden.*)
todos detrás de mí a gatas;
abre y disimula. (*Por detrás.*)

CORONADO. ¡Fuego,
qué astucia! Mirad qué rara
estrella hay allí hacia el Norte.

SIMÓN. Esa es la estrella que llaman...
¡válgate Dios! no me acuerdo;
pero para cosas guapas
de éstas, cuando uno navega.

CORONADO. Y después de las borrascas,
¡qué gusto será llegar
al puerto donde le aguardan!

SIMÓN. Mucho.

CORONADO. Así han hecho los otros;
maldita sea su casta!
Pero yo he de ver si puedo
colar también allá; vaya
un brindis a la salud
de la prenda más del alma
que usted tenga.

SIMÓN. Una andaluza:
es como una plaza de armas.
¡Si usted la viera, compadre!

CORONADO. Puede ser que ocasión haya.

SIMÓN. ¡Que viva!

CORONADO. ¡Viva! Usted con
el jarro y yo con la taza.

SIMÓN. En buen hora.

CORONADO. Vaya a una,
y que viva edades largas.

(*A la señal se entreron por entre las piernas de* SIMÓN *y* CORONADO *los cuatro; y ahora, mientras bebe aquél, baja la cabeza* CORONADO *y se entra rápidamente y al mismo tiempo sale muy afanado* LÓPEZ, *con tres o cuatro cerrajeros tiznados, con hierros, herramientas y luces.*)

LÓPEZ. Ya estamos en casa, amigo;
¿ha habido novedad?

SIMÓN. Nada:
de dos leguas en contorno
no se me ha acercado un alma.

LÓPEZ. ¿Pues quién os trajo este jarro
y estos despojos y taza?

SIMÓN. Vuestro criado, y al punto
le mandé coger la rauta;
seguro estáis.

LÓPEZ. Pues tomad,
dormid bien y muchas gracias,
que yo acá con los señores
dispondré mis artimañas.

SIMÓN. Siempre que se ofrezca, usted
cuente con esta muralla. (*Vase.*)

AMBROSIO. Cuenta que se pagan dobles
estas noches toledanas.

LÓPEZ. Ustedes trabajen, que
será a su gusto la paga.
(*Vanse.*)

(*Muda el teatro en casa pobre o salón corto. Salen las* SRAS. GRANADINA, NICOLASA, MANUELA, ANTONIA *y* PONCHA, *muy alegres, y detrás los hombres, con un arca los cuatro y* MARTÍNEZ *con un escoplo y martillo.*)

GRAN. ¡Vivan nuestros novios que
saben asaltar murallas!

TODOS. ¡Chitito!

GRAN. ¿Qué? ¿No es el caso
para estar alborotadas?

GARRIDO. ¿Qué preso cuando le sueltan
libre y sin costas no baila?

MARTÍNEZ. Lo primerito de todo
es descerrajar el arca,
sacar el dote y después
irse a un alcalde en volandas,
decir que lo deposite
en quien le diere la gana,
hasta que averigüe el caso,
vista la justicia clara
de vosotras; bendiciones,

y cada uno a su casa
con su dinero y su moza:
esto es en pocas palabras.

GRAN. Pues nosotras, entre tanto
que tú el arcón descerrajas,
algo hemos de hacer.

TODOS. Bailar.

BLANCO. ¿Y si a la sazón llegara
el viejo?

GRAN. Mejor; con eso
quizá se ahorcará.

TODOS. Pues vaya.

(Pónense a bailar y salen LÓPEZ *y los cerrajeros.)*

LÓPEZ. ¡Ay, pobre de mí! ¿Qué es [esto?
¡Que me roban, Virgen Santa!

GARRIDO. ¿Por qué no tardaba usted
más en venir y se ahorraba
esta pesadumbre?

LÓPEZ. Amigos,
matémoslos.

MARTÍNEZ. Nadie salga
si quiere vivir.

LÓPEZ. ¡Ladrones!

MANUELA Tío, poquita algazara.

NICOLASA. ¿Sobre mi dinero voces?

BLANCO. Tío, salimos de maulas.

LÓPEZ. ¿Juzgáis que lo son éstas?

GRAN. Sí; pero hay grande distancia
de que la sarna se venga
a que se busque la sarna.

LÓPEZ. Chica, ve a llamar la tropa.

PONCHA. Con este cabo me basta
a mí para mi resguardo.

LÓPEZ. ¿Conque justicia me falta?

MARTÍNEZ. No, señor; que ante ella misma
os llevaremos en andas
en esta silla de brazos,
porque sepan vuestra infamia
y avaricia.

GARRIDO. Poco a poco,
con tiento que no se caiga.

LÓPEZ. ¡Ah señores cerrajeros,
defiéndanme!

CERRAJS. ¡Vaya, vaya!
que bien merece el castigo.

GRAN. ¿Y adónde vais?

NICOLASA. ¿Qué humorada
es ésta?

MARTÍNEZ. Pues ya amanece,
llevarle ante quien nos haga
justicia a todos.

GRAN. Bien hecho;
y porque no sean tan largas
estas horas que tardéis,
nosotras, alborozadas,
cantaremos.

GARRIDO. Yo me quedo
para resguardo del arca,
primeramente por no
llevar al demonio en andas
y ayudaros a cantar.

NICOLASA. Sea una nueva tonada.

LÓPEZ. Antes os ahoguéis.

GRAN. Usted
es quien quedó de la agalla.

TODOS. Y aquí este breve entremés,
por no molestar, acaba (1).

161

El Regimiento de la Locura

para la compañía de Rivera

1774 (2)

(El teatro representa calle pública, con carteles. Salen por un lado RUIZ, *de sopista, y por el otro* MERINO, *muy presumido y ponderado, etc.)*

RUIZ. No hay cosa tan contingente
como los juicios humanos;
por eso están siempre opuestos
los tiempos y el calendario.

(Sale MERINO.)

MERINO. ¡También la magia se hereda;
valiente desatinazo!
Si las ciencias se heredaran
no fueran los mayorazgos
tontos por naturaleza,
tontos por mal educados,

---

(1) Nos el Licenciado D. Tomás Antonio Fuertes, Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc.

Por lo que a nos toca, damos licencia para que el sainete antecedente, titulado *No puede ser guardar a la mujer,* pueda representarse, mediante que ha sido visto y reconocido y parece no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres.

Madrid y Mayo de 1774.—*Licenciado Fuentes.*—Por su mandado, *Bernardo Pérez.*

Madrid, 5 Mayo 1774.

Pase al reverendísimo padre Fr. Sebastián Puerta Palanco, para su revista.—*Palanco.*

En cumplimiento del orden que antecede, he leído el sainete adjunto intitulado *No puede ser guardar a la mujer,* y no contiene cosa opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres, por lo que se puede conceder la licencia para que se represente. Así lo siento.

Madrid y Mayo 5 de 1774.—*Fr. Sebastián Puerta Palanco.*

Madrid, Mayo 5 de 1774.—Apruébese.—*Palanco.*

Puede representarse.—Madrid y Mayo 6 de 1774. *Vallejo.*

(2) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-169-18. Autógrafo de dicho año. En la Bib. Nac., Ms. 14.521, hay otra copia antigua con las aprobaciones y licencias que van al final de ésta. Se estrenó en el Príncipe el 4 de Febrero de 1774.

tontos por aclamación;
tontos, ociosos y vanos;
tontos por desperdiciar
lo que sus padres granjearon,
y tontos, últimamente,
de todos cuatro costados,
por adentro y por afuera,
por arriba y por abajo.

(*Sale* SORIANO *de militar, muy empolvado, desafiando al aire sin ponerse el sombrero.*)

SORIANO. Viento atrevido, que a soplos
me quitas el matiz blanco
del elegante cabello,
dos horas mortificado,
para atraer todo un día
bellezas de cuatro en cuatro:
si te atreves, ¿por qué huyes?
¡Ah elementos inhumanos
que no sabéis distinguir
a un señor de su lacayo!

(*Sale* POLONIA *de mantilla, acelerada y llorosa.*)

POLONIA. Caballero, si lo sois
dad a una mujer amparo.
SORIANO. Acudid adonde toca. (*Serio.*)
POLONIA. ¿Adónde, que no lo alcanzo?
SORIANO. A los nobles guedejudos,
allá del siglo pasado,
sólo para las pendencias
galanes de punta en blanco;
que los caballeros de éste
no exponemos el peinado
ni la ropa por sacar
a una mujer de trabajos. (*Vase.*)
POLONIA. ¡Plegue a Dios que otra te ara- [ñe
y que te ponga a ti en tantos,
que no vuelvas a salir
de tu casa hasta el verano!
RUIZ. Hoy pone claro y sereno,
y todo es viento y nublados.
MERINO. ¡También la magia se hereda!
No dice mal si reparo
que en Madrid, según las cosas
que se ven, hay muchos magos.
POLONIA. Señor, ¿es usted poeta?
MERINO. Señora, pico más alto:
digo mal de cuantos versos
hacen, pero no los hago.
POLONIA. ¿Y usted?
RUIZ. Perdone por Dios.
¿No ve que estoy ocupado? (*Vase.*)

(*Sale* CALLEJO *de artesano, de capa, y lee el cartel.*)

CALLEJO. "Vayalarde". ¡"Vayalarde"!
Tendrá tramoyas y diablo;
y con diablo y con tramoyas
no hay comedia mala; vamos.
POLONIA. ¿Es usted poeta?
CALLEJO. ¿Yo?
Yo soy Tomás Colorado,
el Cantero.
MERINO. También hay
versos duros como un canto,
que se conoce que están
no escritos, sino labrados
como quien labra una piedra
o un zoquete a martillazos,
y pudieran ser de usted.
CALLEJO. Aunque soy aficionado,
no tengo esa gracia.

(*Sale* EUSEBIO *llorando.*)

EUSEBIO. ¡Ay pobre
de mí!
POLONIA. ¿Qué es eso?
EUSEBIO. No hallo
consuelo.
POLONIA. Ni yo tampoco;
por más que voy mendigando,
no hallo siquiera un poeta
adonde dicen que hay tantos.
MERINO. ¿Pues qué es eso?
POLONIA. ¿Qué ha de ser?
A la hora precisa hallarnos
yo, sin la luz de mis ojos,
sin la sal de mis guisados,
sin el eco de mis voces
y el resorte del teatro,
que era Chinita.
EUSEBIO. Chinita
nos falta, y con él faltaron
los sainetes de esta fiesta
crítica de fin del año;
después que estaban escritos
a su genio.
CALLEJO. No es mal chasco.
MERINO. ¿Y quién suple sus papeles?
EUSEBIO. Nadie se atreve a tomarlos,
ni yo me atrevo a exponerlos.
POLONIA. Por eso vamos buscando
un poeta de repente
que nos saque del pantano;
pues aunque bien conocemos
que en poco tiempo inventarlos,
escribirlos, repartirlos,
estudiar, hacer ensayos
y ejecutarlos es mucho,
y dudoso el que salgamos
airosos; con todo eso,
el empeño es, aunque arduo,
el salir con cosa nueva,
que el público se hará cargo
después de las contingencias,
las prisas y los acasos,

o para compadecernos
o para disimularnos.

CALLEJO. Lo que me alegrara yo, amigo, haber estudiado, para sacaros del lance.

MERINO. Yo, si pidierais un canto heroico a unos ojos negros, tan bellos como tiranos, aunque no le tengo, sé dónde había de copiarlo; pero sainetes es cosa de poetas chabacanos.

CALLEJO. Yo jamás hice más versos que unas coplas a un ahorcado; si sirven iré por ellas.

MERINO. ¿Conque Chinita está malo? Pues sainetes sin Chinita es hacer migas sin ajos, puches sin miel, y chorizos sin pimiento colorado.

POLONIA. Ya lo sabemos; por eso así nos desconsolamos.

CALLEJO. ¿Pero no habrá arbitrio alguno?

VOCES. ¡Desterradlos, agarradlos! *(Dentro.)*

(A un tiempo se oyen voces, tambores, ruido de panderetas y preludio de la orquesta, y todos se suspenden menos MERINO.*)*

POLONIA. ¿Pero qué es esto?

MERINO. Aguardad, que este rumor tan extraño sin duda es de la locura; que en Madrid ha levantado, dicen, un gran regimiento y anda por ahí reclutando gentes.

EUSEBIO. ¡Hola! Pues quizás podrá ella mejor sacarnos, con algún nuevo capricho, que nadie del embarazo en que para despedirnos del público nos hallamos.

CALLEJO. Dice bien.

MERINO. ¡Toma si dice!

POLONIA. Y a su reflexión añado que si compone su tropa de locos, apuesto un brazo a que entre ellos hay poetas y músicos duplicados.

EUSEBIO. Pues ya llega.

POLONIA. Mejor es observarla retirados.

CALLEJO. ¡Qué gorda está!

MERINO. ¡Oh! la locura tiene en Madrid mucho pasto.

(Al compás de la marcha que se cantará al aire de la Prusiana y acompaña toda la orquesta, con clarines y tambores de los suizos y pífanos dentro y alguno que sacarán, sale ESPEJO *de capitán, vestido caprichosamente, y todos los hombres y damas de la compañía que no se citan con pieza conocida, y a lo menos ocho comparsas en distintos trajes unos de otros, trayendo todos gorra de arlequín, con cascabeles y panderetas en la mano. Dan vuelta;* CODINA *vendrá de sargento a lo último, y* HUERTA.*)*

MARCHA

CORO. Locos alegres
que los sentimientos
trocáis en contentos
este Carnaval.

TODOS. Lan, larán, larán, larán.

CORO. Tomad mi divisa,
veréis qué funciones,
hojaldres, jamones
y gustos gozáis.

TODOS. Larán, larán, larán", etc.

EUSEBIO. Suspende, numen festivo, *(Llegan los cuatro.)* tus placeres por un rato, para sacar del empeño más terrible a un desdichado.

ESPEJO. ¿A la locura te vienes que te saque de trabajos, cuando es notorio que soy la que en ellos metió a tantos? ¡Esto es bueno!

MERINO. No hace mal; que también en muchos casos por ser locos habéis hecho felices a más de cuatro.

ESPEJO. De ese modo os daré audiencia; pero antes hagamos alto. ¡A la izquierda. A la derecha. Golpe arriba, golpe abajo. Presenten las armas. Chito. Anden hacia atrás despacio. Cortesía. La cabriola del cochino. Otra por alto. Descansen sobre sus pies y estense quietos a un lado ¡Hola, sargentos!

HUERTA. Señor...

ESPEJO. Idme por ahí presentando cuantos locos encontréis, mientras a estotros despacho.

C. Y H. Muy bien, señor. *(Vanse.)*

ESPEJO. Adelante; ¿qué hay en que yo pueda daros favor? ¿En qué la locura os puede servir?

POLONIA. Sacando de vuestra cabeza algunas ideas de gusto raro, alguna diversión que agrade a los cortesanos piadosos pechos que nos favorecen todo el año.

ESPEJO. Pero sepamos primero

qué pieza más de su agrado
puedo yo dar a Madrid.

MERINO. Si hubierais de consultarlo
sólo conmigo, yo soy
en pensar tan moderado,
que una friolera sólo
tendría que suplicaros.
En vez de sainetes, dos
cortas comedias en un acto,
adonde hubiese un carácter
sostenido y bien trazado
desde el principio hasta el fin,
con un enredo tan raro
que tuviese al auditorio
siempre suspenso, y que al cabo
se desatase del modo
más nuevo, fácil y claro;
que hubiese buenas costumbres,
los sentimientos más sanos,
sentencias y, sobre todo,
piezas, para no cansaros,
escritas sin un defecto
y en el mejor castellano.

ESPEJO. ¿Y eso llamáis friolera?
¡Oh, amigo! Ya ha algunos años
que los moldes de unas obras
semejantes se quebraron.
Si los hubo; que yo sólo
los vi escritos o pintados.

CALLEJO. No haga usted tal.

ESPEJO. Poco a poco,
y antes de oiros sepamos
quién sois.

MERINO. Yo soy erudito
de profesión.

ESPEJO. Que es un sabio
a la moda. ¿Y vos quién sois?

CALLEJO. Yo soy Tomás Colorado,
picapedrero y vecino
todas las tardes del patio.

ESPEJO. ¿Un aprobante seguro
de buena fe a todo cuanto
le divierte?

CALLEJO. Sí, señor;
¿pues en yendo allí, a qué vamos?

MERINO. Dad piezas en que compitan
lo heroico con lo gallardo.

CALLEJO. Usted eche "Vayalardes",
verá qué risa y qué aplausos.

MERINO. ¡Qué peste, qué necedad!

CALLEJO. Pues valga a ustedes el diablo,
porque a eso acuden y no
celebran.

ESPEJO. Vamos callando,
que si no se acuerdan gustos
tan tenaces y tan varios,
es imposible acertar.

POLONIA. Ved ahí por lo que apelamos
a la locura, que a veces
consiguió desempeñarnos.

ESPEJO. Pues callad, que voy a ver
si me acude el entusiasmo.
(Recitando.)
Callad; ya baja Apolo: ya me inspira.
¿No ois el suave arpegio de su lira
conque a daros la idea me provoco?
¿No le ois?

CALLEJO. No, señor.

MERINO. Ni yo tampoco.

COPLA

ESPEJO. Ya la tararira
siento de su lira
aquí y acullá.
¡Ay que se me va!
Mas ya la atrapé,
yo no la diré,
pero ello dirá.

(Sale HUERTA *trayendo por fuerza a* RUIZ.*)*

HUERTA. Aquí está este hombre, que
porque tradujo un tratado,
con ayuda de vecino,
ya no hay quien pueda aguantarlo,
presumiendo que en Madrid
él solamente es el sabio.

ESPEJO. Pues es locó, y de la marca.

HUERTA. Señor, por eso le traigo.

ESPEJO. Ponle en fila con los otros
doctos de *bucabulario;*
copiantes, revendedores
de los ajenos trabajos;
y ya que se engañan ellos,
no pretendan engañarnos.

RUIZ. ¿Usted sabe con quién trata,
y que soy hombre que paso
el día en las librerías?

ESPEJO A la puerta, murmurando,
y la noche en el café;
ponle la divisa, vamos.

(Sale CODINA *con la* CORTINAS, *según dicen los versos.)*

CODINA. Señor, esta buena moza
iba camino del Pardo,
lloviendo, con su mantilla
de gasa, con sus zapatos
de muer, de color de rosa,
y el escote de verano.
¿Está loca o no?

ESPEJO. Y de prueba.

CORTINAS. ¿Yo estoy loca? ¿Pues acaso
el ir al uso es locura?

ESPEJO. Cuando son estrafalarios
y tan costosos los usos,
es gran locura el usarlos.

CORTINAS. Yo apelaré.
ESPEJO. Yo te admito
la apelación; pero en tanto
encájala la divisa.
CORTINAS. ¿Qué es la divisa?
CODINA. Este trasto
de moda.
CORTINAS. Pues si es de moda,
poco importa que el llevarlo
sea locura; yo le admito
y le recibo a dos manos.
(Se la pone.)

(Sale haciendo el petimetre TADEO, *de capa.)*

ESPEJO. Coge a aquél
TADEO. ¿A mí, por qué?
ESPEJO. Porque tú, si no me engaño,
ibas ayer con dos mozas
por el camino del Pardo.
TADEO. ¿Pues acompañar las damas
es locura?
ESPEJO. En ciertos casos
suele serlo; ¿quiénes eran?
TADEO. Yo no lo sé.
ESPEJO. ¿Qué costaron?
TADEO. El refresco, la merienda,
un par de pañuelos blancos
en que metieron los dulces;
las cucharas del tabaco
con que les llené las cajas;
luego, después, me dejaron
a la esquina de la calle
que viven.
ESPEJO. O en otro barrio.
(Aparte.)
Sería por pundonor. *(A él.)*
TADEO. Sí, señor; por el recato.
Yo me quedé tan contento
y esto se acabó a capazos.
ESPEJO. Miren si lo dije yo.
Sargento mayor os hago
del Regimiento; ponedle
la gran divisa.
(Sale HUERTA.)
HUERTA. Aquí os traigo
este hombre.
QUEVEDO. Soy mal traído,
que yo tengo bien probado
mi juicio.
ESPEJO. ¿Por qué le traes?
HUERTA. Porque es rico y está flaco
de no comer; porque está
siempre en su casa encerrado
sin divertirse, por no
gastar ni romper zapatos,
y dejar a sus sobrinos
más de veinte mil ducados.
ESPEJO. Sentadle la plaza.
QUEVEDO. ¿A mí?
ESPEJO. Sí, que quien se da mal trato
porque otros le tengan bueno
el día que esté boqueando,
es muy loco.
CALLEJO. Adiós, señores;
voy, que me están esperando
para hacer una fianza
para un amigo.
ESPEJO Agarradlo.
CALLEJO. ¿Por qué?
ESPEJO. Por loco.
CALLEJO. ¿Yo loco?
ESPEJO. Sí, señor, y rematado.
Pues hombre que en otro fía
es un grande mentecato.

(Sale VICENTE *acechando.)*

VICENTE. ¿Sabe usted si mi mujer,
que hoy ha salido temprano,
ha pasado por aquí?
(Sale la BORJA.)
BORJA. ¿Me sabréis decir, hidalgos,
adónde está mi marido?
VICENTE. ¿Petimetra y sola? ¡Malo!
BORJA. ¿Madrugar, andar muy limpio
y suspirar un casado?
VICENTE. Mas, hételа donde está.
¡Mujer!
BORJA. ¡Marido!
ESPEJO. Agarradlos.
LOS DOS. ¿Y por qué?
ESPEJO. Porque es locura
que os andéis así celando
el uno al otro, sin ver
que es buscar tres pies al gato
buscar la fe conyugal
en los tiempos que alcanzamos.

(Sale SORIANO *detrás de la* MARÍA PEPA.)

SORIANO. Detengan a esa muchacha
que el corazón me ha robado.

(Sale JOAQUINA.)

JOAQUINA. ¡Ay que me muero, señores;
deténganme a ese muchacho!
MERINO. ¿Qué es eso?
JOAQUINA. Que este bribón
las entrañas me ha escalfado
y no se quiere casar
conmigo.
ESPEJO. ¿Qué estoy mirando?
Una vieja arrebolada,
remilgándose los labios
y haciendo pinitos? Vaya
al Regimiento del diablo,
que ni aun entre locos tienen
lugar tales espantajos.
SORIANO. Mira que por ti suspiro.
M. P. Sobre que os estáis cansando
en balde; antes que con vos

a un oso diera mi mano.

POLONIA. ¿Y por qué? A mí me parece partido proporcionado.

M. P. Porque he llegado a creer
que me quiere demasiado,
y un marido cariñoso
dicen que es un cepo.

ESPEJO. ¡Andallo!
¿Y tú te quieres casar
con quien te da tan mal pago?

SORIANO. Sí, pues que quieran o no
antes, lo mismo sacamos
nosotros, si a ellas después
les sopla viento serrano.
Y sobre todo, señor,
ocho días que han pasado
sin verla, para mí han sido
(*Dulce.*)
diez y seis noches de llanto.

ESPEJO. Ponedle diez y seis gorras;
una a ésta, por sus reparos,
y treinta y dos a la vieja;
ya que queréis embarcaros
aborrecidos, en nave
que peligran los amados.

MERINO. Vuestras razones desmienten
lo que estáis manifestando.

ESPEJO. Qué, ¿os parece cosa nueva
el ser loco y no mostrarlo,
o el parecerlo y no serlo?

MERINO. Y mucho.

ESPEJO. Pues agarradlo;
que quien hace juicio sólo
por la corteza del árbol
es loco, pues la más verde
tiene el corazón dañado.

CODINA. ¡Detenedlos! (*Dentro.*)

P. Y E. ¿Qué es aquello?

ESPEJO. ¡Hola, sargentos! (*Dentro.*)

VOCES. Huyamos.

(*Sale* CODINA.)

CODINA. Señor, son tantos los locos,
que no se puede dar vado
a los reclutas.

ESPEJO. Ni habrá
pan para todos.

E. Y P. ¿Y cuándo
nos declaráis esa idea
que os pedimos?

ESPEJO. Agarradlos.
Después que han estado hacien- [do
disparates todo el año,
sólo cuando se despiden
pretendían enmendarlos.

EUSEBIO. Más vale tarde que nunca.

ESPEJO. Pues sois unos mentecatos,
que os debéis despedir locos
de regocijo, mirando
la continuada asistencia,
discreción, piedad y agrado
del público de Madrid;
y, al fin, cantando y bailando
nos debemos despedir,
hasta que los días claros
del Abril nos reconduzcan
otra vez a disfrutarlo.

TODOS. Dice bien.

ESPEJO. Pues si ha de ser,
locos míos, a formarnos.

POLONIA. Con la marcha; y sea diciendo,
por gratitud y en aplauso
de cuantos nos favorecen,
más los ojos que los labios;
mientras que yo a divertirlos
con tonada nueva salgo.

(*Se forman y cantan a dúo o como quieran las damas.*)

"Corte brillante,
en cuya grandeza
y en cuya belleza
es todo piedad.

TODOS. Lan, larán, etc.
Por tantos favores
como te debemos,
hoy, fiel, te ofrecemos
nuestra libertad.

TODOS. Larán, etc.

A DÚO. Y cuando volvamos
a vuestra presencia,
después de la ausencia
finos continuar.

TODOS. Larán, etc.
Y, al fin, sin zozobras
y sin sentimientos
gozar de contentos,
y adiós os quedad.
Larán, etc.

(*Retirándose bailando se da fin y caerá el telón.*) (1)

---

(1) Nos, el Licenciado D. Tomás Antonio de Fuentes, Presbítero, Teniente vicario de esta Villa de Madrid y su partido.

Por la presente y a lo que a nos toca, damos licencia para que en los coliseos de comedias de esta Corte se pueda representar el sainete antecedente intitulado *El Regimiento de la Locura*, mediante que de nuestra orden ha sido visto y reconocido y que no contiene cosa alguna opuesta a nuestra Santa Fe y buenas costumbres. Dada en Madrid a primero de Febrero de 1774.—*Licenciado Fuentes.*—Por su mandado, *José de Uruñuela y Marmanillo.*

Madrid, 2 de Febrero 1774.

Pase al Reverendísimo Padre Fray Sebastián Puerta Palanco para su revista.—*Palanco.*

Cumpliendo con el orden que antecede he leído el sainete adjunto, su título *El Regimiento de la Locura*, y no contiene cosa alguna que se oponga a nuestra Santa Fe y buenas costumbres, por lo que se puede conceder la licencia necesaria para que se represente. Así lo siento.—Madrid y Febrero 2 de 1774. *Fray Sebastián Puerta Palanco.*

Madrid, dicho día.

162

La viuda y el letrado

1774 (1)

Sainete

PERSONAS

Viuda	Joaquina Moro.
Plácida	Mariana Alcázar.
Pascuala	Polonia Rochel.
Tecla	Pepita Huerta.
Dorotea	Catalina Tordesillas.
Simplicia	María Josefa Cortinas
Abogado	José Espejo.
Petimetre 1.º	Cristóbal Soriano.
Petimetre 2.º	Tadeo Palomino.
Petimetre 3.º	Juan Codina.
Toribia, criada gallega	Chinita.

(*Salón. Sale la* VIUDA *sacudiendo con una caña a* PLÁCIDA, *que viene huyendo.*)

VIUDA. ¡Pícara, desobediente;
yo veré si así escarmientas
de asomarte a las ventanas,
y de hablar con cuantos llegan
a preguntarte!

PLÁCIDA. Señora,
usté ha tomado la tema
conmigo. Si me preguntan,
¿no tengo de dar respuesta?
¿No ha de ver una las gentes
un rato, el día de fiesta,
desde el balcón? ¡También es
fuerte rigor!

VIUDA. ¡Que no aprendas
de todas tus cuatro hermanas
a tener juicio y modestia!

PLÁCIDA. Más vale caer en gracia
que ser...

VIUDA. ¿Cómo? ¡Bachillera!
¿A mí te vienes con coplas
y adagios?

(*Sale* GALLEGA.)

GALLEGA. ¿Qué bulla es esta?
Deje ustei la suñurrita;
que al diabru maldita aquella
tiene ustei entre llas cincu
otra mijor, ni tan güena
tampocu.

VIUDA. ¿Qué entiendes tú
de esto, fregona gallega?

GALLEGA. ¿Qué entiendu? ¿Tantu es preci- [su,
en viviendu cun llas fembras
tres días, para saber
de lla pata que cujean?
Lla señurrita es allegre,
habla, canta, brincutea
dellante de su mercé
y todu el mundo que venga.
Llas otras hacen lla gata
murtecina, zalameras,
cun lla intenciún engreída
y turcida lla cabeza,
comu santas de pajares;
¡do au diabru mi parte de ellas!

VIUDA. ¿Qué apuestas, desvergonzada,
que te rompo la mollera?

GALLEGA. Pues a fe que está bien dura.

VIUDA. ¿Habrá mayor insolencia?
Yo te la pondré, a fe mía,
más madura que una breva.

GALLEGA. Eso será si me alcanza;
que, gracias a Dios, a piernas
para correr, a bunita,
a graciosa, gorda y fresca
cun todas me llas apuestu.
(*Vase corriendo.*)

PLÁCIDA. ¡Por Dios, que usted se conten- [ga,
madre mía!

VIUDA. ¿Yo tu madre?
No tengo yo hijas traviesas
como tú, que de mi genio
pacífico degeneran;
las otras sí que lo son,
y que en todo me semejan.
¿Dónde están? ¿Tecla, Simpli- [cia,
Pascualita, Dorotea?

(*Salen las cuatro de hábitos humildes y con los brazos cruzados.*)

LAS 4. Señora.

VIUDA. ¡Miren qué cuatro
palomas: benditas sean!

PLÁCIDA. ¿Que no conozca mi madre
estas gazmoñas? ¡Ah perras!

VIUDA. ¿Qué estabais haciendo, hijas?

SIMPLICIA. Yo estaba haciendo calceta,
con las manos y los ojos
enclavados en la tierra.

DOROTEA. Yo pidiendo a Dios me dé
una vocación perfecta
del estado que deseo.

TECLA. Yo estaba, por penitencia,
almorzándome un torrezno
que pesaba libra y media.

PLÁCIDA. Y yo estaba contemplando
en las delicias eternas.

VIUDA. Yo lo creo; esta es virtud.
Aprende tú, picotera.

(*Sale* GALLEGA)

GALLEGA. Ahí está...

VIUDA. ¿Quién está ahí?

GALLEGA. Siñora.

(1) *Inédito.* Bib. munic.; leg. 1-161-43. Copias antiguas, del siglo XVIII.

VIUDA. Despacha, bestia.
GALLEGA. Quien parece un putentado,
sigún su grande presencia.
VIUDA. ¿Quién dices, bruta?
GALLEGA. Un siñor
con una cara muy seria,
que habla poco con la boca
y todu llo manutea.
VIUDA. ¿Es abogado?
GALLEGA. ¿Abogadus
non son aquellus que llevan
un vestidu todu ñegro,
una capa tuda ñegra,
un mediu platu al cugote
y una grande cabelleira?
VIUDA. ¡Qué explicación! Sí, mujer,
dile que por qué no entra.
GALLEGA. Voy allá.
VIUDA. Tráele al instante.
GALLEGA. ¿Tengu que traerlle a cuestas
u andandu?
VIUDA. Si cojo el palo,
yo te daré la respuesta.
GALLEGA. Mi ama da pocu salariu;
pero palus, a docenas.
¡El diablu lleve al que diju
que el servir es cunveniencia!

(Vase.)

VIUDA. Este que me viene a ver,
para cierta diligencia,
es el doctor don Onofre
del Mazo y Cantalapiedra,
letrado de gran talento
y de ciencia y de conciencia.
PLÁCIDA. Y qué, ¿piensa usted casarle,
madre, con alguna de éstas?
VIUDA. No, por cierto.
LAS 4. Ni queremos.
TECLA. Yo sólo apetezco celda
y quietud.
SIMPLICIA. Yo mi rosario,
disciplina y calavera.
PASCTA. A mí de ver solamente
los hombres, me da jaqueca.
DOROTEA. Yo no quiero, madre mía,
sino aquello que Dios quiera.
VIUDA. Yo lo creo. ¡Qué humildad!
PLÁCIDA. ¡El perro que las creyera!
PASCTA. Con el permiso de madre,
vámonos a la otra pieza;
que delante de los hombres
no estamos bien las doncellas.
LAS TRES. Dices bien. Madre, la mano.
VIUDA. Dios os premie la modestia.
¿No te vas tú?
PLÁCIDA. Ya me voy
a pedir a Dios que venga
la hora en que usted conozca
que las cuatro se la pegan.

(Vase.)

VIUDA. ¡Qué condición de muchacha!
PASCTA. Preciso es compadecerla.
TECLA. Sin duda Dios se la dió
a usted para penitencia.
VIUDA. Decís bien.
PASCTA. Digo, muchachas;

(Aparte las cuatro.)

estemos todas alerta
detrás de aquestas cortinas
para escuchar lo que intenta
mi madre.
SIMPLICIA. Yo que soy larga
de oído.
DOROTEA. ¿Si acaso piensa
casarse antes que nosotras?
SIMPLICIA. Eso no, con su licencia.
VIUDA. ¿Qué apostamos a que estáis
tratando de la materia
en que habéis de meditar?
LAS 4. Sí, señora; usted lo acierta.

(Sale GALLEGA.)

GALLEGA. Aquí está ya su merced.
PASCTA. Muchachas, a la huronera.

(Quédanse al paño y sale el ABOGADO, grave.)

VIUDA. Adiós, señor don Onofre.
ABOGADO. Dios la guarde, doña Elena.
VIUDA. ¿Usted está bueno?
ABOGADO. Bueno:
está como una conserva
mi salud, hoy en su punto;
que no es poco en una tierra
donde hay tantas golosas.
VIUDA. Tome usted esa silleta,
y escuche, en pocas palabras,
la causa de mi molestia.
Dios me ha dado cinco hijas.
ABOGADO. Sea muy enhorabuena.
VIUDA. Las cuatro son unas santas
y la otra es muy perversa,
por lo que quisiera echarla
de casa, si un hombre hubiera
de bien, de juicio y caudal
para poder mantenerla.
Y como usted tiene amigos...
ABOGADO. Bastantes. A la hora mesma
le traeré para escoger,
si usté quiere, una docena.
Que la población también
toca a la Jurisprudencia,
y yo para esto de bodas
tengo una mano estupenda.
VIUDA. Se lo estimaré a usted mucho;
que luego, según mis cuentas,
entrarán las otras cuatro
monjitas. Y yo, sin esta
carga, quedo habilitada
para cualquier conveniencia

que me depare el Señor.

ABOGADO. Y si usted no la halla buena,
aquí estoy yo, que no pienso
ser fraile de las Batuecas.

VIUDA. De eso hablaremos después;
que lo que es gente de letras,
no me ha disgustado nunca.

ABOGADO. Pues si me elige, lo acierta;
porque mejor librería,
aunque yo no sé leerla,
no la tiene algún letrado.

(*Sale* GALLEGA.)

GALLEGA. Mi señora, que us espera
el cumprador, purque dice
que quiere ajustar la cuenta,
y ver si quiere ensalada
de pepinus u de acelgas.

VIUDA. ¡Que siempre venga a estas ho- [ras!
Al instante doy la vuelta.

(*Vase.*)

ABOGADO. Adiós, muchacha.

GALLEGA. ¿Muchacha?
Ya se ve lo que soy, ea;
como que me pintu sola,
y en poniéndome you tiesa,
¡poquito vale mi garbo!

ABOGADO. Así no fueras gallega.

GALLEGA. Gallega con mucha honra;

(*Enfadada.*)

y aunque pobre cocinera,
non me peinu para él;
que soy yo muy petimetra.

(*Vase.*)

ABOGADO. Dice bien; porque en Madrid
no hay otra moza como ella.

(*Sale* TECLA.)

TECLA. Señor letrado.

(*Sale* PASCUALITA.)

PASCTA. Señor
abogado de la legua.

(*Sale* SIMPLICIA.)

SIMPLICIA. Señor peluca de estopa.

(*Sale* DOROTEA.)

DOROTEA. Señor golilla de estera.

ABOGADO. Señoritas...

PASCTA. Calle y oiga. [dia
Si usted, dentro de hora y me-
no trae aquí cuatro novios
que tenemos a la puerta,
aguardando de sacarnos
la ocasión, y no lo enreda
de suerte que nuestra hermana
quede tocando tabletas,
le enviamos a defender
pleitos a la vida eterna.

ABOGADO. ¡Poco a poco!

PASCTA. No ha de ser
sino aprisita, que en estas
cosas siempre la ventura
pende de la diligencia.

ABOGADO. Yo se lo diré a su madre,
para que las ponga enmienda.

LAS 4. No se lo dirá usted tal.

ABOGADO. ¿Por qué?

PASCTA. Porque antes que venga,
le echaremos a empellones.

TECLA. Eso sería una afrenta
para el señor. ¿No es mejor
que le saquemos la lengua?

LAS TRES. Dice bien.

LAS 4. Todas a él. [lan!

ABOGADO. ¡Que me matan! ¡Que me pe-

(*Sale* PLÁCIDA.)

PLÁCIDA. ¿Qué es esto? ¿Qué hacéis, her- [manas?

LAS 4. Déjanos.

PLÁCIDA. ¿Tenéis conciencia?
¿Qué ha hecho el pobre caba- [llero?

(*Sale la* VIUDA.)

VIUDA. ¡Muchachas! ¿Qué bulla es es- [ta?

LAS 4. ¡Jesús, Jesús!

VIUDA. ¿Pues qué ha sido?

PASCTA. ¿Qué ha de ser? Cosas de nues- [tra
hermana Plácida, que
apenas dió usted la vuelta
salió, y al pobre señor
le quiso sacar la lengua.

VIUDA. ¿Y a qué vino esta locura?

PASCTA. Porque dice que usted piensa
casarse con su merced,
que a eso sale en casa y entra;
y que no quiere padrastro;

TECLA. Más dice, que la primera
no se ha de casar usted.

DOROTEA. Y añade que antes es ella.

VIUDA. ¿Hay mayor atrevimiento?
Si Dios no me contuviera
con su mano poderosa...

ABOGADO. No vi tales embusteras.

VIUDA. ¿Pues quién miente?

ABOGADO. Todas cuatro.

PLÁCIDA. Me alegro que usted lo vea.

VIUDA. ¿Mis cuatro niñas mentir?
Es falso; que en todas ellas
no hay un pecado venial.

PASCTA. Si usted no entiende la gresca,
madre.

VIUDA. ¿A que me volvéis loca?

PASCTA. Mire usted que se la pegan,
y el abogado y la niña
se quieren sin su licencia.

ABOGADO. Señora...

TECLA. Calle el bribón,
y váyase luego de esta
casa muy enhoramala.

LAS 4. ¡Vaya fuera, vaya fuera!

ABOGADO. Señora...

VIUDA. Váyase luego,

o a un alcalde daré cuenta.
ABOGADO. Reniego de todas cinco:
más loca es la madre que ellas.
Pero si yo no me vengo,
no me haga Dios juez de letras.
(*Vase.*)
VIUDA. Yo no sé lo que me pasa.
PASCTA. ¡Mujer, que tengas vergüenza
de estar delante de madre!
SIMPLICIA. Que su merced lo consienta
es lo que yo extraño más.
VIUDA. Por vida de doña Elena
Pantaleona Botello
de Bracamonte y Contreras,
que se ha de acordar de mí.
Traedme al punto la cadena
con que ataba mi difunto
a los mastines de presa;
que atada la he de tener
un año, a ver si escarmienta.
PLÁCIDA. Señora, ved que os engañan.
DOROTEA. Mire usted si es zalamera.
VIUDA. Días ha que yo lo sé.
PASCTA. Si hiciera las penitencias
que nosotras, no estaría
con el genio para fiestas,
ni tan gorda.

(*Sale* GALLEGA.)

GALLEGA. Mi siñora,
albricias, que ya está cerca
aquella gente.
VIUDA. ¿Qué gente?
GALLEGA. El jubón se me revienta
de risa.
VIUDA. ¿Qué dices, tonta?
GALLEGA. Ellus llu dirán, pus entran.

(*Salen los tres petimetres.*)

LOS TRES. Señora, a los pies de usted.
VIUDA. Permitid que me sorprenda
visita tan impensada.
PET. 1.° Sabemos que usté es atenta;
y dudando que la diese,
nos tomamos la licencia.
VIUDA. Muy bien; ¿y qué es lo que us-
buscan? [tedes
PET. 3.° Una friolera.
VIUDA. Esa pretendo saber.
PET. 2.° El señor, que la voz lleva
de los tres y de otro amigo
que se ha ido esta tarde a Illes-
os lo dirá. [cas,
PET. 1.° Sí diré,
y sin gastar en arengas
el tiempo; porque a señoras
tan prudentes y discretas
como usted, y que conocen
que este mundo es una rueda
que está de día y de noche
sin descanso dando vueltas,
es natural que las cosas
del mundo no le hagan fuerza.
DOROTEA. Es mucha mujer mi madre.
SIMPLICIA. Usted diga lo que quiera.
PASCTA. Seguro es á que se enoje.
TECLA. Aunque le echaran a cuestas
esta casa y la de enfrente,
se quedara tan serena.
VIUDA. ¿Y a qué es esa prevención?
PET. 1.° Si usted bien lo considera,
nada; porque en esta vida
miserable y pasajera,
los que hoy están en España,
mañana están en Ginebra;
las mozas que fueron rubias
ayer, hoy son pelinegras,
y en cuatro minutos pasan
a casadas las solteras.
VIUDA. Caballero, ¿esta es matraca
o visita?
PET. 1.° Con paciencia.
PET. 2.° Con la prosa que tú gastas,
¿quién es capaz de tenerla?
PET. 3.° Dice bien esta señora.
PET. 1.° Pues ya que ustedes aprietan,
echaré por el atajo.
Muchachos, papeles fuera.
(*Sacan los papeles.*)
¿Ustedes los reconocen?
LAS 4. Son de nuestra mano y letra.
PET. 1.° ¿Se ratifican?
LAS 4. Tres veces.
PET. 1.° Pues usted conmigo venga.
PET. 3.° Usted conmigo.
PET. 2.° Y conmigo
se vendrán las dos que restan,
una para mí y la otra
para el amigo de Illescas,
con cuyo poder me hallo
aquí.
VIUDA. Protesto la fuerza.

(*Sale* GALLEGA.)

GALLEGA. Lla carroza del vicariu
está esperando a lla puerta.
Si llas beatas se casan,
¿qué haremus llas mundungue-
VIUDA. No lo creo, no lo creo. [ras?
PASCTA. Pues, señora, usted lo crea,
y dé mil gracias a Dios,
que nos ha dado paciencia
para aguantar tanto tiempo
esa condición tan fiera,
ridícula y miserable.
VIUDA. ¡Ah pícaras, embusteras!
¿Era esta la aplicación,
el recato y la obediencia?
GALLEGA. ¡Mamola, mi ama par Dios!
PLÁCIDA. Me alegro; para que vea

mi madre que las gazmoñas
son quienes antes las pegan.

ABOGADO. Deo gracias.

(*Sale el* ABOGADO.)

VIUDA. ¡Ay don Onofre
de mi alma! Venga, venga,
que me sucede un trabajo.

ABOGADO. Amiga, sea enhorabuena.

VIUDA. Vea usted aquí cuatro bodas
de repente.

ABOGADO. Por mi cuenta
son cinco; que yo también
me caso con la gallega.

GALLEGA. Esu se verá despaciu;
que soy you mucha sujeta
para irme a casar a pata.

ABOGADO. Ya he traído una carreta
que te lleve.

GALLEGA ¿Y ha de darme
una albarda de ballena,
un gorru con muchas cintas,
desabullé y pulloniera?

ABOGADO. Sí, bien mío.

GALLEGA. De ese modu,
esta es mi manu derecha,
y que se lleven de envidia
dos mil diablus a lla vieja.

VIUDA. Plácida, ¿qué te parece?

PLÁCIDA. Que usted se quede tan fresca
como ellas quieren dejarla.
y que para su asistencia
y regalo, aquí estoy yo
hasta tanto que usted muera.

VIUDA. O hasta tanto que me case;
porque tú ese gusto tengas,
que es lo mismo.

PLÁCIDA. Sí, señora.

LAS 4. Perdón, madre.

PETS. Perdón, suegra.

VIUDA. Yo os perdonaré con tal
de que os vais donde no os vea.

PLÁCIDA. Ved que al fin todas son hijas,
y perdonarlas es fuerza.

VIUDA. Pues mi bendición les caiga,
y luego allá se lo avengan.

PASCTA. Pues, pariente, para que
mi madre el pesar divierta,
es preciso divertirla
con una tonada nueva
entre los dos.

PET. 2.° Me conformo.

PET. 1.° Porque con esto fin tenga
la diversión.

TODOS. Y el concurso
la voluntad agradezca.

163

El Abate Diente-agudo

Sainete

para la compañía de Martínez

1775 (1)

PERSONAS

Abate	Garrido.
Su ama	Granadina.
Lacaya	Esteban (Juan).
Caballera	López (Nicolás).
La Marquesa	Pereira (Sebastiana).
Criada	Nicolasa (Palomera).
Criada	Ferrer (Felipe).
Mayordamo	Galván (Pedro).
Médicos	Coronado (Diego). Martínez (Manuel).
Criada	Rafael (Ramos).
Criadas	Pérez (Josefa). Lavenant (Silveria de Rivas).
Criados	Mariano (Raboso). Enrique (Santos).
Doncella de labor	Raboso (Mariana).
Criada	Ordóñez (José).

(*Salón corto. Sale* GARRIDO, *de abate, muy petimetre, y la* SRA. GRANADINA, *de ama.*)

GARRIDO. Ama, ¿quedas enterada
de todo lo que te ordeno?

GRAN. Sí, señor; ¿pero no vale
más comer vuestro puchero
en casa, que ir a las otras
a catar caldos ajenos,
sin que os conviden?

GARRIDO. ¡Qué gana
de hablar! ¿Qué sabe ella de
[eso?
Los hombres de mi carácter,
de mi gracia y mi talento,
honramos cualquiera mesa
donde nos aparecemos
al mediodía. Cien damas
y cuarenta amigos tengo
quejosos porque rehuso
comer la sopa con ellos
continuamente.

GRAN. Y si vais,
os tildarán con el dedo
de pegote; estaos en casa,
que el pucherillo está bueno,
y en sacando de él los tres
cuarterones de carnero,
podemos tener asado.

(1) *Inédito*. Bib. munic.; leg. 1-151-38. Autógrafo. En la Bib. Nac., Ms. 6-7-25, hay una copia antigua con las censuras de Junio de 1775. Se estrenó poco antes del 12 de Junio, fecha del recibo del autor que hay en el Archivo munic., Sec. 1.ª, 437-1.

GARRIDO. Y después, ¿qué cenaremos?
Ama, mientras que no pueda
mantener un cocinero,
está un hombre desairado
y, por lo común, hambriento;
porque guisos de mujeres
son para los que tenemos
el paladar erudito,
insípidos y groseros.
Y hoy tengo un hambre capaz
de honrar el más opulento
banquete.

GRAN. Pues id con Dios,
y que os haga buen provecho.

GARRIDO. Si viniese la italiana
que reedifica los cuellos
dila que vuelva, verá
la disertación que he hecho
para engomarlos de modo
que ni estén flojos ni tiesos;
Y el gris, según los autores,
romanos lo dispusieron.

GRAN. Está bien.

GARRIDO. Haz de mi parte
una visita al tornero,
y dile que robustezca
un poco más el modelo
del bucle en jefe, y que estudie
para el tupé alguno nuevo.

GRAN. Está bien; y de camino,
ya que he de salir a eso,
iré en casa de mi hermana,
que es esta tarde el bateo.

GARRIDO. Ve con Dios, que yo los días
que como mucho no ceno.
(*Vase, y vuelve.*)
¡Ah! Si viene el impresor
a traerme algunos pliegos
a corregir, que los deje.

GRAN. Muy bien; mirad que no vuelvo
hasta las diez de la noche,
que quizá habrá bailoteo.

GARRIDO. Vete tarde, por si acaso
a dormir la siesta vuelvo,
y adiós; que ya son las doce,
y para comer más presto
voy a casa de un ministro
de buen gusto y de gran genio.
(*Vase.*)

GRAN. Anda donde no parezcas;
y gracias a Dios que tengo
un día para salir
a procurar mis ascensos.

(*Salón largo con respaldo de librería y los dos últimos laterales, mesa con cubierta de Damasco, buenos taburetes, y* LÓPEZ, *de vestido bueno y modesto, escribiendo;* ESTEBAN, *de lacayo.*)

ESTEBAN. Señor, aquí tiene usía
estas cartas del correo.

LÓPEZ. A buen hora; ponlas ahí,
y ves a ver si está puesto
el coche, y tráeme, en estando,
mi espadín y mi sombrero.

ESTEBAN. Muy bien, señor... ¿Quién es-
[tá ahí?
(*Sale* GARRIDO.)

GARRIDO. ¿Embarazo?
(*Vase.*)

LÓPEZ. No por cierto.
Señor abate, sabéis
que de esta casa sois dueño.

GARRIDO. Parece estáis ocupado.

LÓPEZ. Era un entretenimiento
que ya está dejado. ¡Vaya!
¿Y qué tenemos de nuevo?
(*Se levanta.*)

GARRIDO. Hoy no he visto a nadie. Ayer
(*Se pasean.*)
me convidó a comer vuestro
hermano un trozo de vaca
de Aragón, que es el más bello
bocado del mundo.

LÓPEZ. Aquí
le comeréis igual.

GARRIDO. Bueno.

LÓPEZ. ¿Sois amigo de pastel
de mollejas?

GARRIDO. Me perezco
por él, y más con la pasta
que hace vuestro cocinero.

LÓPEZ. Amigo, el plato del día
es buen tocino gallego,
dulce con tomates.

GARRIDO. ¡Bravo!
Sois bizarro caballero,
y no es lisonja, que todo
el mundo lo está diciendo.

LÓPEZ. Si uno no se trata bien,
¿para qué quiere el dinero?

GARRIDO. Así habían de pensar todos.

LÓPEZ. ¡Y qué truchazas espero
del Barco de Avila!

GARRIDO. ¡Y qué
guapas las hay!

LÓPEZ. Lo que siento
es que ya no hayan llegado.

GARRIDO. ¡Ah! señor; tampoco es bueno
el comer tanto en un día.

LÓPEZ. No le digáis nada de esto
a mi hermano.

GARRIDO. No, señor.
¡Qué diente tan estupendo
tiene!

LÓPEZ. A fe, señor abate,
que si se ofrece un empeño
no le cederéis el campo.

GARRIDO. Eso era en otros tiempos;
pero ya no valgo nada.

LÓPEZ. Pues el jueves lo veremos,
que os aguardo a comer.

GARRIDO. ¿Cómo
el jueves?

LÓPEZ. ¡Pues! Y yo espero
que habrán llegado las truchas.

(*Sale* ESTEBAN.)

ESTEBAN. Señor, ya está el coche puesto.

(*Dándole espada y sombrero.*)

GARRIDO. Qué, ¿no coméis hoy en casa?

LÓPEZ. No he podido, por más que he
excusarme a concurrir [hecho,
en casa de un compañero.
¿Dónde coméis hoy? ¿Queréis
que os lleve?

GARRIDO. Yo lo agradezco;
Pero ya que estoy aquí,
comer hoy la sopa pienso
con la Marquesita, vuestra
vecina.

LÓPEZ. Tiene gran genio.

GARRIDO. Alegre; pero la mesa
escasa y con poco aseo.
Sin embargo, alguna vez,
por no desairarla, vengo.

LÓPEZ. Agur, y cuidado el jueves.

GARRIDO. No haré falta.

LÓPEZ. Yo lo creo.

(*Teatro de salón corto, con diferente telón del primero o del otro, y salen las* SRAS. PEREIRA, *de cofia de dormir, como enferma, y* NICOLASA, *criada.*)

PEREIRA. Mariquita, di que cuiden
los pajes de estarse quietos,
y dame ese libro infolio

(*Se sienta.*)

para ver si me entretengo
un rato.

NICOLASA. Pues qué, ¿no duerme
la siesta usía?

PEREIRA. No quiero;
que se siguen dos perjuicios:
despeinarse lo primero,
y el segundo, que después
por la noche me desvelo.

(*Sale* FERRER, *lacayo.*)

FERRER. El señor abate Diente-
Agudo está aquí.

PEREIRA. Me alegro
que venga; que entre al instante.
Muchacha, arrima un asiento.

(*Sale* GARRIDO.)

GARRIDO. Señora, no dirá usía
que la olvido.

PEREIRA. ¡Bueno es eso!
Para que no le regañen
a usía, me entra riñendo.

GARRIDO. A mí reñirme, ¿por qué?
Cuando mil quejosas dejo

(*Se sienta.*)

por acompañar a usía
hoy.

PEREIRA. No sea zalamero.
¿No ha sabido usía hasta hoy
los vahidos que me dieron
el lunes en la comedia,
y que me sangraron luego
dos veces?

GARRIDO. Nada he sabido,
por la fe de caballero.

PEREIRA. ¿De veras?

GARRIDO. A fe de abate
de honor.

PEREIRA. Ahora lo creo;
y perdono a usía el descuido,
por el gusto, que confieso,
de venir a acompañarme
temprano.

GARRIDO. Yo del acierto
me doy mil enhorabuenas.

PEREIRA. ¿Sabe usía que tenemos
que hacer crítica de varios
libros que he comprado nuevos?

GARRIDO. ¿Dónde están? Se hará justicia.

PEREIRA. Tráelos, María, y di a Pedro
que saque la mona, para
que le haga cuatro gestos
al abate.

GARRIDO. Un animal
es, señora, que aborrezco.

PEREIRA. Es muy limpia, jovencita
y graciosa con extremo.
Me la ha enviado de Orán,
por gran regalo, don Diego.

GARRIDO. Os afirmo que a las monas
de cuatro pies no las tengo
afición; con las de dos,
sí que tal cual me divierto.

NICOLASA. ¿Manda usía otra cosa?

PEREIRA. Nada.

(*Aparte las dos.*)

NICOLASA. ¿Pues de esa forma me puedo
ya ir a comer?

PEREIRA. En buen hora.

NICOLASA. Si no viene a tan buen tiempo
el abate, juzgo que hoy
los criados no comemos. (*Vase.*)

PEREIRA. ¿Sabe usía que ha venido
mi primo el marqués del Sesgo
de Indias?

GARRIDO. ¿Y cuándo llegó?

PEREIRA. Ayer por la noche, y quiero
que comáis con él; veréis
qué agradable y qué discreto.

GARRIDO. Sea parabién.

PEREIRA. ¿Qué miráis?
Parece que estáis inquieto.

GARRIDO. Que estamos a la una dada,
y muy poca gente veo
a comer.

PEREIRA. Si estoy de dieta,
sin tomar otro alimento
que un poco de caldo claro;
y por no ponerme a riesgo
de exceder y la quietud,
no recibo sino a aquellos
de cariño por un rato
breve; pero ya me siento
mejor, y usía me divierte.
GARRIDO. Pues, señora, yo no puedo
detenerme. *(Se levanta.)*
PEREIRA. ¿Dónde vais?
GARRIDO. Es que, ahora que me acuerdo,
me espera a comer el conde
del Ripio...
PEREIRA. Pues ¿no está enfermo?
GARRIDO. No, señora; antes de ayer
vimos en un aposento
la comedia los dos juntos.
PEREIRA. Pues anoche lo dijeron
aquí.
GARRIDO. Sólo por hablar.
PEREIRA. Pues ya que allá vais, os ruego
que digáis a la condesa
dos palabras, con secreto.
Oid.
GARRIDO. Señora, que es tarde.
PEREIRA. Sentaos.
GARRIDO. Que estaré haciendo
(Inquieto.)
mala obra.

(Sale FERRER.*)*

FERRER. Aquí está el miní.
(La saca.)
PEREIRA. Mona dirás, majadero.
Abate, tómela usía
en brazos y déla un beso.
(Se levanta.)
GARRIDO. ¡Quita allá!
PEREIRA. Déla usía un dulce
y verá con el aseo
que lo come
GARRIDO. Y donde está
ni le empleara, a tenerlo
yo, en la mona; ¡quita allá!
FERRER. No tenga busía miedo.
GARRIDO. Y que me despeine: agur,
otro día nos veremos
más despacio, y la traeré
dos onzas de caramelos.
PEREIRA. Oiga usía aquel recado,
que es breve.
GARRIDO. Volveré luego
que coma. *(Vase.)*
PEREIRA. Sobre que urge.
Oid y marchad corriendo.
(Le sigue.)
FERRER. You quisiera que al abate
le hubera rotu lus vuelus.
(Vase.)

(Salón largo. Salen GALVÁN, *de criado mayor, con un papel en la mano, como receta, y* CORONADO *y* MARTÍNEZ *de médicos, todos tristes.)*

GALVÁN. Conque ¿qué juzgan ustedes?
MARTÍNEZ. Señor, el mal es violento.
CORONADO. No hay qué hacer; él viene es- [pada
en mano, como solemos
decir, y como hay tan cortas
facultades de sujeto...
Aunque la naturaleza...
En fin, veremos.
MARTÍNEZ. Veremos.
Lo que importa es que a menu- [do
le den ese cocimiento.
GALVÁN. ¿Domingo?

(Sale RAFAEL.*)*

RAFAEL. ¿Qué manda usted?
GALVÁN. Ve a la botica corriendo
a traer ese cordial.
RAFAEL. ¿Y me le darán envuelto
en algún papel?
GALVÁN. ¡Borrico!
Cada día eres más lerdo.
¿No oyes que es bebida?
MARTÍNEZ. Hombre,
lleva un frasco en que traerlo,
y sea breve.
RAFAEL. Voy allá.
Señor... *(Corre y tropieza al entrar.)*

(Sale GARRIDO.*)*

GARRIDO. Animal, ¿vas ciego?
RAFAEL. Perdone usía.
(Vase.)
GARRIDO. Adiós, señores.
Don Pepe, ¿están ya comiendo?
GALVÁN. ¿Qué manda usted?
GARRIDO. Que si están
ya a la mesa.
GALVÁN. ¡Bueno es eso!
(Los médicos hablan aparte.)
¿A la mesa?
GARRIDO. Por más que hice,
no pude venir más presto.
GALVÁN. ¡Sea por Dios!
GARRIDO. Qué, ¿hay mucha gente?
GALVÁN. ¡Buena comida tenemos;
y está mi amo desde ayer
en la cama, casi muerto,
con seis sangrías a cuestas!
CORONADO. Y quizá le sangraremos

esta tarde otras seis veces.

GARRIDO. ¿El conde? Bien me dijeron.
Señores, ¿y qué mal tiene?

MARTÍNEZ. Nosotros no lo sabemos.

CORONADO. Pero le vamos curando
a ver si Dios nos da acierto.

GARRIDO. Ya me hago cargo.

MARTÍNEZ. A las cinco,
como dije, volveremos;
y para satisfacción
del paciente y de sus deudos,
pueden llamar otros cuatro
facultativos. Seremos
seis; se harán todos los días
dos juntas; y si aún con eso
muere, será providencia
del Altísimo; a lo menos
no se morirá por falta
de médicos el enfermo.

CORONADO. A las cuatro, que esté el coche
enfrente del Buen Suceso.

GALVÁN. Bien está; vayan ustedes
con Dios.

M. Y C. Agur, hasta luego.
(*Vanse los dos.*)

GARRIDO. ¡Vaya, vaya! ¡Fuerte golpe!
Me he quedado medio lelo.
Y la condesa, ¿ha comido?

GALVÁN. Casi a fuerza la hemos hecho
tomara un caldo; entre usted:
la servirá de consuelo,
que está sola.

GARRIDO. Es algo tarde,
y a las dos y media tengo
una junta sobre el flujo
y reflujo del Mar Negro,
en mi casa; que me voy
con pesadumbre os protesto,
que era buen amigo el conde.
Yo volveré a saber luego
de su salud.

GALVÁN. Y yo voy
a cuidarle como debo,
que hago falta; usted perdone
que no le vaya sirviendo. (*Vase.*)

GARRIDO. ¡He quedado bien! Y ahora
¿dónde iré? Mas ya me acuer-
en casa de don Enrique [do:
comen mucho y con sosiego,
y aunque uno llegue a mitad
de comida, llega a tiempo.
¡Y que a un hombre como yo
en Madrid suceda esto!...
(*Vase.*)

(*Casa blanca, y salen las* SRAS. PÉREZ, *y* LAVENANT, *enfaldadas con pañuelos en las cabezas, y* MARIANO *y* ENRIQUE *de mozos de cordel, barriendo y cantando cualquier seguidilla, y la* SRA RABOSO *en igual traje, con un plumero.*)

RABOSO. ¡Qué pesadez! Todo el día
os podéis estar barriendo.

PÉREZ. Ayúdanos tú; verás
cómo se acaba más presto.

RABOSO. ¿Yo barrer?

PÉREZ. ¿Y por qué no?

RABOSO. Las doncellas no barremos
ni fregamos. Dos tibores
he limpiado, y ya no puedo
estar de lo que me duelen
los brazos y todo el cuerpo.

LAVENANT. Cuidado no se te quiebre,
que es lástima.

RABOSO. Yo lo creo;
que no le quiere quebrado
quien le quiere, sino entero.

ENRIQUE. Si la pillara a vustey
en Galicia uno de aquellus
mis primus, you la aseguro
que le haría andar derechu
y fuerte como una roca.

RABOSO. ¡Calla tú y barre, podenco!

(*Sale* GARRIDO.)

GARRIDO. ¡Qué hora de barrer! Aguarden
un poco; pero ¿qué es esto?

RABOSO. En mala hora viene usted;
que estamos de desestero,
señor abate.

GARRIDO. ¿Y los amos?
¿Adónde comen?

RABOSO. Se fueron
a Aranjuez esta mañana,
al amanecer, huyendo
del polvo.

GARRIDO. Y ¿cuándo vendrán?

PÉREZ. Se estarán allá lo menos
ocho días.

GARRIDO. Cuando vuelvan
hacedles mis cumplimientos;
y agur.

RABOSO. Déme usted la caja
de barro.

LAVENANT. A mí un caramelo.

GARRIDO. A las mozas no doy dulces
ni barro, porque no quiero
que se opilen. Adiós, niñas.

LAVENANT. No se vaya usted tan presto,
y barra un poco por mí.

GARRIDO. La confianza agradezco.
¿De cuándo acá, dueño mío?

RABOSO. Qué va que si se lo ruego
yo lo hace; una escobadita
sola, y le contaré un cuento.

GARRIDO. Esta es el diablo... Mujer,
estoy ahora en un empeño
que no puedo detenerme;
otro día nos veremos.

LAS TRES. Oiga usted.

GARRIDO. ¡Pues está un hombre
ahora para chicoleos! (*Vase.*)
PÉREZ. Hoy está de mal humor
el tal abate.
RABOSO. Yo pienso
que venía a comer acá,
y que se ha llevado perro.
LAVENANT. ¡Si son ya más de las tres!
RABOSO. ¿Las tres? Vamos concluyendo
de barrer las otras piezas,
para ir un rato a paseo.
LAS TRES. Sí; que un día que nos toca,
justo es que le aprovechemos.
ENRIQUE. Mala gente son llas fembras,
rapaz.
MARIANO. You digu lo mesmu;
peru a mí, malas y todu,
parécenme bien por cierto.

(*Calle, y sale* GARRIDO.)

GARRIDO. ¡Jesús, qué chasco! Sin duda
este es castigo del cielo,
por lo poco y mal que ayuno
en los días de precepto.
Paciencia, tripas, por hoy;
y aquí no hay otro remedio
que ir a casa a recoger
los residuos del puchero.
Pero qué dijera mi ama
de llaves, y qué concepto
haría de mí tan bajo
y ridículo; apelemos
a una taza de café,
que aunque es de corto alimen-
es digestivo, espacioso [to,
y vigoriza los miembros.
Vamos a la fonda.

(*Salen la* SRA. GRANADINA, *de basquiña y mantilla, y* ORDÓÑEZ, *de paje.*)

GRAN. Gracias
a Dios, señor, que os encuantro,
después que de casa en casa
os he buscado; y, por cierto,
que en ninguna habéis comido,
según...
GARRIDO. ¿Habrá atrevimiento (*Enfadado.*)
igual? ¿A estas horas yo
en Madrid y sin comer? ¡Bellos
caprichos! Antes presumo
que he comido con exceso,
y por lo mismo he salido
a andar y tomar el fresco
por las calles. Mas ¿por qué
me buscabas? ¿Qué tenemos?
GRAN. El señor os lo dirá,
que ha venido a casa en menos
de media hora tres veces.
ORDÓÑEZ. Y me haría volver ciento
mi ama, si no os llevase.
GARRIDO. Pues, Jorgito, ¿qué hay de nue-
¿Qué me manda mi señora [vo?
doña Fausta?
ORDÓÑEZ. Es un empeño
en que su mercé y su prima
se han metido, sin poderlo
desempeñar sin usted.
GARRIDO. Breve lo remediaremos,
como sea del instituto.
¿Sabes tú cuál es?
ORDÓÑEZ. Que fueron
las dos juntas al Portal
de Guadalajara, a efecto
de elegir los tafetanes
del mejor gusto y del tiempo,
para hacer batas, y han sido
tantas las muestras que vieron,
que confundidas, después
que todo lo revolvieron,
les es preciso apelar
a tan superior talento,
por no exponer en materia
tan importante el acierto.
GRAN. Si se fían de mi amo,
no lo errarán, que para eso
de ver telas y cortar
vestidos, no le hay más diestro.
GARRIDO. Pues decid que luego voy,
que me aguarden un momento.
Ama, ¿vas a casa?
GRAN. ¿A casa?
Y quizá estará el bateo
ya empezado; ande usted mu-
una vez que está repleto, [cho,
y déjese de dormir.
ORDÓÑEZ. Pues yo sin usted no vuelvo,
que están ahí desde las dos.
GARRIDO. No han comido, según eso,
todavía; vamos, vamos (*Vivo.*)
al instante, que no quiero
se les haga mala obra;
las iré después sirviendo.
ORDÓÑEZ. Comieron antes de la una,
porque desde allí han dispuesto
ir al Canal.
GARRIDO. ¿Al Canal? (*Suspenso.*)
ORDÓÑEZ. Señor, venga usted corriendo,
que me reñirán a mí.
GARRIDO. ¡Honor! ¿para qué te quiero? (*Suspirando.*)
Disimula tu flaqueza,
Emplea tu entendimiento
en obsequio de las damas,
y más que te caigas muerto.

Vamos, hijo.
GRAN. ¡Qué carilla
lleva mi amo! Yo apuesto
a que no coma los dulces
que me toquen del bateo.
ORDÓÑEZ. Y si viera usted, señor,
¡qué merienda que tenemos
dispuesta allá!
GARRIDO. El caso es
(*Alegre.*)
que yo rara vez meriendo;
pero en trinchar ensaladas
y aceitunas me divierto.
Vamos, hijo, que estarán
impacientes. Hasta luego,
ama; y ya sabéis que yo
el día que como no ceno;
GRAN. Agur.
GARRIDO. A tu sobrinita
memorias, y que la ruego
que cante unas tonadillas
por mí.
GRAN. Voy a obedeceros.
LOS TRES. Porque con ella concluya
este raro pensamiento.

INDICE

SAINETES POR ORDEN ALFABETICO

ERRATAS

PAG.	COL.	LIN.	DICE	LEASE
5	1	37	de Gutibamba, que si no	De Gutibamba, si no
6	1	2	Mucibarrenas	Mucibarrena
6	1	19	Téngala	Téngalas
8	2	7	Mucibarreras.	Mucibarrenas.
99	1	39	arricos	arrieros
133	2	51	Pues cuenta	CHINICA. Pues cuenta
161	1	8 y 9	DON TADEO. (hidalgo manchego)... *Polonia Rochel.* JUANA... *Chinita.*	DON TADEO (hidalgo manchego)... *Chinita.* JUANA... *Polonia Rochel.*
165	1	1 y 2	Más espíritu que tú, en toda Tu alma y tu cuerpo?	Más espíritu que tú, en toda tu alma y tu cuerpo,
165	1	42	engañón?	regañón?
169	2	36	negar de que te	negar que te
170	1	45	tiene usted esta	tiene esta
172	2	37	contoneo	contorno
181	2	2	¡Ay, señora,	NAVARRO. ¡Ay, señora,
186	2	38	secñorita;	señorita;
194	2	9	*(Este verso es incompleto; pero está así.)*	
197	1	26	encajara	encajará
200	1	2	espérase	espérese
202	2	56	media	median
215	1	21	(1)	(2)
216	1	21	piojos.	piejos.
219	2	37	a otra	ahora
221	2	34	hermana	hermano
225	1	17	Hasta	Harto
228	1	14	próximos	prójimos
230	1	52	dice?	diz?
232	2	47	*(Después de este verso falta otro que dice:* de callar con tal constancia.)	
233	1	49 y 52	*(Después de cada uno de estos versos falta otro en el original.)*	
236	1	55	payo tiene	payo que tiene
237	1	29	¿Gansas?	¿Gansa?
247	2	1 a 3	que traes! ESPEJO. La carne es mala *(Flaca.)*	traes! ESPEJO. La carne es mala y flaca;
250	1	36	Echate polvos	Echale polvos
250	2	34	Y porque	Porque
253	1	29	empiezas	empieces
255	1	3	Señora,	Señores,
255	2	14	¿Cuándo pensara ella,	¿Cuándo pensara ella, la
255	2	15	la muy cochina?	muy cochina?
256	1	52	¿Quién les	¿Quién los
260	2	16	¿Es la verdad?	Es la verdad.
262	2	56	en qué quedamos	¿en qué quedamos?
273	2	46	*reztado*	*restado*
279	1	37	acaso yo las	acaso las
313	2	44	*(Falta un verso después de éste en el original.)*	
315	2	1	firmaréis	firmasteis
319	1	32	de diez palmos	de siete palmos
321	1	51	¡Virgen del Sagrario! ¿Dónde	¡Virgen del Sagrario!
321	1	52	ha de haber cena para	¿Dónde ha de haber cena para
323	1	45	al diablo	el diablo
329	2	26	aquellos llegado	aquellos días llegado
332	1	33	hay tribunales	hay *trebunales*
332	1	34	y presidios	y *presillos*
332	1	35	El tribunal y el presidio	El *trebunal* y el *presillo*
332	2	19	la ruta?	la rauta?
334	1	50	iba teniendo	iba temiendo
343	2	46	ya lo oímos.	ya lo vimos.
368	2	52	me interesa	me intereso
369	1	13	gustan de	gustan todos de
369	2	53	escandalizará	escandalizara
370	2	46	alegro que	alegro de que
374	1	14	tocar las	tocar mejor las
381	1	33	tonadilla ofrezco	tonadilla os ofrezco
400	2	16	Sin embargo,	Sin embargo,
400	2	25	Dois	Dios
406	2	38	*Piessa*	*Piensa*
409	2	31	mozas a	mozas de
442	2	4	*que así hay*	*que aquí hay*

[illegible]